

EL TABLERO DEL CREADOR

Antonio Martín Luque



EL TABLERO DEL CREADOR

ANTONIO MARTÍN LUQUE



Primera edición: diciembre 2019

ISBN: 978-84-1350-098-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Martín Luque

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Juan Antonio Márquez Ramos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mi madre, a la madre de mi madre, a la madre de mi hijo y al Sol
que ilumina con su sonrisa cada uno de mis días.

Capítulo 1: La familia Cabral

La luz del claro día veraniego comenzó a extinguirse, y poco a poco fueron encendiéndose los pequeños faroles que colgaban a merced del viento bajo los verdes mantos de parras. A esa hora, los fatigados jornaleros regresaban a sus hogares y saludaban a sus distantes vecinos con fuertes resoplidos de caracolas que llenaban el aire de susurros marinos. A lo lejos se divisaban manadas de cabras que volvían en busca de sus rediles, y algunas bestias de carga atadas junto al pie de algún olivo. Por debajo de Villaciclón, donde aún parecía oírse los tambores y trompetas de la última verbena estival, se vislumbraba la encorvada silueta de José Cabral, que regresaba visiblemente agotado. Avanzaba entre rectas hileras de saludables viñas, taciturno. Terminaba el último trayecto de día, pero aún debía pasar por la panadería de Manuel y soltar la voluminosa carga de monte que hacía bambolear a su borrico.

José era un «aislado», un hombre que para subsistir no contaba con el beneplácito del cacique, que era quien movía los hilos de la existencia dentro de las fronteras de su imperio. Y no lo era por su propia elección, sino porque la vida lo determinó así, antes incluso de que llegara a entenderla. Aunque esta marginación social no aglutinaba a un elevado número de sujetos, el modo de incrementarlo era sencillo: solo era necesario contradecir la voluntad del señor. Había dos tipos de personas denigradas por el patrón: las que tenían algunas tierras y debían luchar por mantener los pies firmes, y las que no la poseían, cuya única alternativa era recoger bártulos y emigrar lejos de las influencias del cacique. José

pertenecía a la primera, la de los pequeños propietarios, y como tal había mantenido un duelo pertinaz con la adversidad, hasta el día en que su amigo Manuel le ofreció un puesto en la panadería.

Chumbero, así solían llamar a José y a los tipos como él. El término chumbero podía calificarse de dos maneras: como nombre en boca de las personas llanas y honestas, o como adjetivo despectivo que usaban los siervos del cacique. Pero la profesión de chumbero era, en realidad, una de las escasas alternativas que tenían los pequeños propietarios, pues a menos que vendiesen y aceptasen el yugo, estarían vetados para cualquier trabajo que estuviese bajo la influencia del terrateniente.

Don Miguel, el cacique, constantemente intentaba obtener las últimas parcelas ajenas mediante una compra justa, incluso prometía a los vendedores la seguridad de un jornal continuo, aunque fueran malos tiempos. Pero los que cogieron esa oferta, lo hicieron mucho tiempo atrás, de modo que ahora solamente se oponían a sus deseos un puñado de tozudos luchadores que solo se bajaban del pedestal de la independencia y la terquedad cuando la sequía inundaba las cosechas con su halo de miseria o en la mala hora en que la enfermedad concurría al lecho de un familiar. En estos casos, los propietarios se veían obligados a vender sus posesiones al precio que el mandamás estipulase como respuesta a la rebeldía. Por todos estos motivos, solo quedaba un reducido número de propietarios que, por astucia, suerte o altivez, habían logrado permanecer fuera del control autoritario que ejercía el cacique sobre el resto de la población.

Los dos amigos entraron al patio de la casa y se sentaron en una mesa de madera comida por el sol y la edad. Abrieron una botella de vino tinto y cortaron unas rebanadas de pan moreno que comieron con grandes trozos de queso añejo conservado en aceite. Mientras comían, Manuel sacó a relucir el rumor que había corrido como la pólvora esa misma tarde en el pueblo, traído por un conocido vendedor ambulante vecino de Alhaurín. Había comentado que tres paisanos dados por muertos dos años antes, al finalizar la guerra Hispanoamericana, aparecieron en Alhaurín ante la atónita mirada de familiares y vecinos, contra toda esperanza y sin ayuda

de los timoratos cauces oficiales. Sabía del interés que causaría la noticia en José; unos meses antes, su hijo y un amigo del pueblo habían regresado de la contienda en Filipinas en similares circunstancias. Pero la única respuesta de José fue una mirada ausente y anclada en la nada, lejos de aquellos muros.

—Qué no habrán pasado allí —logró murmurar finalmente, buscando con determinación la mirada de Manuel—. Un día —prosiguió—, pasado ya dos meses largos del regreso de mi hijo, y viendo que no mejoraba de su mutismo cotidiano y de sus noches sudorosas y llenas de pesadillas, le dije que yo estaba allí para escuchar lo que tuviese que contar, fuese lo que fuese. Él abrió la boca en un intento que quedó en gesto y que desembocó en una mirada huidiza, e insistí en que podía contar conmigo para lo que fuese si eso lo ayudaba. Le aclaré que sabía perfectamente todo cuanto podía verse y cometerse en la guerra, que no era su juez ni su enemigo, sino su padre, alguien que le tendería su afecto y su comprensión, pero ni por esas. Simplemente se fue y no lo volví a ver hasta el día siguiente, cuando comprobó que yo había abandonado mi intento de llegar al origen de su infelicidad.

—Nunca quise ahondar en ese tema —aclaró Manuel con titubeo—. Me preocupabais, pero no quería entrar abiertamente ahí. No sé qué pasó, y quizá tú no lo sepas nunca, pero creo que poco a poco logrará centrarse y volverá a ser el que fue, ese chico risueño y abierto. Solo tienes que mirar a su amigo, parece que no haya pasado por todo lo que les tocó pasar.

—No compares a mi Juan con Antonio, pues aunque sea imposible encontrar a dos amigos más unidos y que se tengan más afecto, tampoco lograrás hallar a dos personas tan distintas que pasen tanto tiempo juntas. Mi Juan es nobleza, tacto, espera, duda, e incapaz de conciliar el sueño si cree que actuó mal; el otro, aunque noble también, es pragmatismo puro y resolución, pero ojalá estés en lo cierto.

Después de abordar el hecho, nada ocasional en días en los que constantemente aparecían excombatientes abandonados a su suerte tras la pérdida de las últimas provincias de ultramar, se hizo

un prolongado silencio que finalmente rompió José con una trivialidad.

—Se huele la miseria, ¿verdad?

—Se puede tocar con la punta de los dedos —repuso Manuel, perdiendo la vista en el sugerente color del vaso de vino que había criado su propio amigo—. Todo cae en picado y aún no se percibe el fondo. Los precios rozan las nubes y los sueldos gatean. Quien no tenga guardado algo para este invierno, sufrirá.

—Y como siempre, quien sacará tajada de todo esto será don Miguel —expuso José con aire de tristeza.

—Ni lo dudes. Hace lo mismo que hacía su padre en años como este, aguanta las cosechas lo que puede para que a los jornaleros se les meta bien el hambre en el cuerpo y no les quede otra que transigir por un mísero mendrugo.

—El cacique está cortado con el mismo patrón que los de su calaña —sentenció José—, y ahora a mi hijo le entra la calentura de meterse bajo su ala.

—¡No me digas! —exclamó Manuel—. ¿Le ha ofrecido trabajo?

—Para toda la vida, y según mi hijo, sin nada a cambio.

—Ya, pero tú no crees eso.

—Por supuesto. Es más, sé lo que quiere a cambio. Sabe sin tacha que por mi parte nunca obtendrá las tierras, así que busca en mi hijo una deuda que satisfaga con la venta de las tierras que le toquen el día que yo muera.

—¿Y tú no se lo has explicado?

—De mil formas que terminaron en mil acaloradas discusiones, pero está cegado, quizá por una juventud que solo le muestra una ilusión que no sé de dónde saca. He de reconocer que vivir de los chumbos y del huerto no es seguro, pues vienen años de inclemencias donde hemos de comernos las patas como los pulpos. A pesar de eso, mi mujer no murió de hambre precisamente, y a él y a su hermano los puse en cuerpos de hombre sin mendigar, únicamente con mi esfuerzo y esas tierras. Pero ya ves, él ni caso, y menos aún por el hecho de la boda.

—Al menos eso te contenta... A la novia me refiero.

—Oh, sí, por la hija de Pedro Nazaria estoy muy tranquilo, pero ese hecho no quita que me entren dolores de cabeza en cuanto el gallo me obliga a abrir los ojos, y es que no me gusta nada que trabaje para don Miguel, y mucho menos aún que vayan a vivir a su lagar —confesó José con aire visiblemente irritado.

—Yo tampoco veo el asunto con buenos ojos. El cacique es el cacique y todos lo conocemos.

—Pero... ¿qué puedo hacer, Manuel? Estoy harto de explicárselo, pero él nada, solo piensa en tener un sueldo y un techo propio, aunque no le pertenezca. Lo intenté cientos de veces, pero no le entra en esa mollera tan dura que tiene. —José calló y estuvo pensativo antes de sentenciar—: Sería mejor que reconstruyera la antigua casa de Irving y viviese allí. Dinero no tendría, pero al menos no le faltaría comida y evitaría el contacto diario con un ser tan mezquino y despreciable como el cacique.

Amparado por un cielo atestado de estrellas, José abandonó la casa de su amigo, no sin antes quedar para el día siguiente en la taberna del Chiquitín, donde solían reunirse los domingos para cruzar naipes y tomar algunos vinos. Una vez llegó a Royohondo, metió el burro en la cuadra y se dirigió a la casa que él mismo había levantado con la ayuda de sus dos hijos. Tenía solamente dos habitaciones, incluyendo la pequeña sala de entrada, y estaba construida con muros de piedras unidas mediante barro y cal. Sobre los irregulares muros se apoyaban unas torcidas vigas de chopo que él mismo transportó desde el río, y sobre estas descansaba un liviano aunque grueso tejado de cañas y brozas en el que una enorme cantidad de gorriones construían sus nidos. Al entrar en la casa, le pareció extraño que ninguno de sus hijos saliera a saludarlo, pero cuando miró en la habitación, comprobó que estaba solo. Salió al exterior y, asistido por la luz de la luna, bajó hasta el arroyo, donde los encontró atareados con el huerto. Una vez que se asearon, salieron al porche para disfrutar del frescor nocturno.

Desde el lugar que ocupaban se distinguían las siluetas de las parras más cercanas. Sin embargo, la misma luz de luna que las delataba no era lo suficientemente intensa como para mostrar el coqueto valle de saludables olivos y almendros. Algunos de esos

olivos, centenarios, cobijaron bajo sus sombras el descanso de los moros que siglos atrás poblaron esas tierras, dotándolas de la lozanía que ahora desplegaban. Si cerraban los ojos, podían percibir la invasión de suaves fragancias a jazmín y dama de noche mezcladas con el romero y el tomillo. Así, en animada charla, disfrutando de un suave café de cebada, fueron relatándose los sucesos de ese día, pero una vez que Enrique, el menor de los hijos, se despidió para descansar, José sacó a relucir la misma conversación que había mantenido por la tarde con su amigo Manuel.

—¿Has pensado bien lo que te dije acerca de quedarte aquí?

Juan lo miró con una incalificable expresión que se movía entre el aburrimiento y el claro gesto de que entendía la obstinación de su padre. Durante unos instantes mantuvo esa mirada en silencio, hasta que finalmente liberó una mueca y un resoplido que vislumbraron una sonrisa tenue.

—¿Otra vez, padre? —preguntó Juan en un tono lento y cansino—. ¿No comprende que si me quedo aquí no podremos salir adelante? El día que Enrique se case, ¿cree usted que este pedazo de tierra nos dará de comer a todos?

—Sí, sí que dará —contestó irritadamente José—. No solo está la viña, Juan, está mi trabajo con Manuel, y estás tú, que seguirás vendiendo los chumbos y otros frutos en el pueblo, y Enrique, que se encargará del huerto y las colmenas. Saldremos adelante, lo sé. Dinero, lo que es dinero, no tendremos, pero al menos no nos faltará comida ni ropa.

—Padre, no quiero volver a hablar de este asunto, lo tengo decidido. Creo que es una buena oportunidad para contar con un trabajo estable.

—No seas necio —gruñó José—. ¿Por qué crees que don Miguel quiere darte un trabajo?

—No lo sé, padre. Tal vez sea por lo que me ha dicho, que admira con devoción a los soldados que expusieron sus vidas para salvaguardar el honor de España contra los Estados Unidos.

—¿Y tú crees eso? Porque yo que me tengo por hombre de ciertas luces, no, desde luego. Déjame explicártelo una vez más —vociferó

moviendo repetidas veces el dedo índice hacia delante, al tiempo que le entregaba un documento que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué son todos estos nombres? —inquirió Juan visiblemente perdido.

—Los de arriba, diecisiete si los cuentas, son los nombres y apodos de las personas que terminaron vendiendo sus tierras al padre del que tú llamarás patrón en nada. El antiguo cacique necesitó treinta y dos años para hacerse con ellas, y puedo asegurarte que no lo consiguió por las buenas. Mató a tantas personas que me faltan dedos para contar. Envenenó pozos, destripó ganado, quemó cosechas y arruinó más vidas de las que puedas imaginar. Con eso consiguió arrancar y reunir diecisiete trozos de tierra. Pues bien, en cuatro años, el santo de su hijo, jefe supremo desde el 96, cuando murió el antiguo cacique —señaló José con la mano alzada mostrando cuatro dedos—, ha logrado veintidós. Puede que para ello no matase, vale, pero se sirvió de la miseria humana para lograrlo. No sé cómo lo hizo, pero obtuvo antes de que fuera oficial la lista de reclutamiento del 98, cuando ya se sabía en algunos círculos que la guerra era inminente. Casualmente, todas las personas que aparecen en esa lista, y otras más como tú, estaban destinadas a ultramar, así que lo comunicó a sus familias que terminaron por vender, logrando que el señorito obtuviese el cambio de destinos a la península primero, y abonando luego las mil quinientas pesetas de la redención a las que los familiares de esos nombres ahí escritos no podían hacer frente. Después de eso, solo quedaron nueve pequeños propietarios, entre los que me hallo, y no porque no entrásemos por el aro, sino porque nueve de los hijos de esas personas se hicieron los valientes y se alistaron voluntarios para liberar a sus familias. De los nueve, volvieron dos, uno de Cuba y tú de Filipinas, junto a tu amigo Antonio, que se marchó con anterioridad por otras razones no muy distantes. Así que no me vengas ahora con paparruchadas y abre los ojos de una vez, idiota. Suma a eso el hecho de que jamás, jamás en la vida, ni el padre de don Miguel ni él consintieron que trabajase para ellos mientras no les vendiese la viña. De la misma

manera, ni tú ni tu hermano pudisteis echar un triste jornal en sus tierras porque yo seguía en las mías, así que piensa con cordura y dime: ¿Crees tú que porque pasaste dos años en Filipinas como soldado él levantaría el veto contra ti?

—¿Por qué no? —interpuso Juan de modo tajante.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? ¡Porque no, idiota! —gruñó el padre mofándose de su ingenuidad—. Yo adivinaré para ti, sin posibilidad de equivocarme, el motivo que tiene para darte ese maldito trabajo, y no es otro que el provocado por su constante fracaso a la hora de convencerme para vender. Eso es lo que lo empuja a ello, y te lo advierto para que lo tengas presente: esparcirá cizaña entre ambos, te golpeará y esconderá el brazo para que solo me veas a mí, y no cejará en su empeño hasta que consiga lo que quiere. Y para ello, si es preciso, no le importará derribar lo que se ponga en su camino.

José hizo una pausa para que su hijo recapacitara, tras la cual, le advirtió, algo más sereno.

—Compréndeme, hijo mío, lo que temo es que pueda enfrentarnos.

—Eso nunca, padre. Ni todo el dinero junto o todas las tierras del mundo conseguirían eso, antes dejaría el trabajo y me vendría aquí.

—Eso es lo que quería oír. Al menos eso me contenta.

Amaneció domingo, su día de descanso en la panadería, pero alguien debía vender los chumbos recolectados el día anterior, porque el hambre no entendía de domingos ni de festivos. Todavía no había aparecido el sol cuando José pasó por debajo del cerro de la Silla, provocando a su paso las arrancadas de inquietos y fugaces conejos y el aletear de perdices aletargadas en sus nidos de cardos. Continuó zigzagueando por la falda del monte hasta bajar por la cuesta Colorá. Al llegar a las primeras casas del pueblo, situadas a unos setenta metros de desnivel respecto al castillo, soltó su conocido grito de «chumbos, chumbos, redondos y barridos, de los pechos de Cártama», con su peculiar voz rota y traicionada por tantas y tantas tardes de ilegal tabaco liado. Poco a poco, conforme

iban saliendo las mujeres, el infatigable animal fue aliviado paulatinamente de su carga, de tal manera que, mucho antes de llegar a la plaza del pueblo, sus capachos solo contenían espinas. La venta se hizo con mucha rapidez porque ese día era fiesta popular y se celebraba la llegada de los frutos del verano, así que después de concluirla, José decidió tomar unos vinos en la bodega de los sótanos de la iglesia. Estaba amarrando la bestia junto al pilar para que bebiera, cuando el golpeteo de los cascos de un caballo que se le acercaba por la espalda llamó su atención.

—Buenos días, José.

Antes de girarse y ver al individuo que lo saludaba, supo quién era.

—Buenos días, don Miguel —le respondió llevándose la mano al sombrero en señal de respeto, pero sin llegar a descubrir su cabeza, gesto que irritaba profundamente al cacique, aunque se encargaba de disimularlo.

—Tenía ganas de verte y de hablar contigo.

El cacique bajó del caballo y lo amarró a una de las muchas anillas de la pared que había junto al pilar. Hizo el esfuerzo de descubrirse, a lo que José respondió como si de un reflejo se tratara, y le estrechó la mano. Entraron a la taberna, ante la petición de don Miguel, y se dirigieron al fondo del tubo alargado que era la estancia. La luz del día se aventuraba unos pocos metros a través de la puerta y la ventana enrejada, dejando la parte del final iluminada solo por un fogón que calentaba una olla hirviente. El tabernero saludó al cacique con cierto nerviosismo y con un guiño escondido de apoyo a José. Su intento de poner una palmatoria que mitigara la penumbra fue abortado con un gesto casi imperceptible del mandamás.

Antes de saborear el vaso de vino, el señor miró a los paisanos sentados en las dos mesas cercanas, y estos, sin mediar palabra, apuraron sus vasos y salieron a la calle tras los pasos del tabernero, dejando a solas a los dos hombres.

—Deberías saber ya que no voy a venderte ese trozo de tierra. Ni aquí ni en ningún otro escenario que levantes para engatusarme —

soltó José a media voz, pero cerciorándose de que el cacique lo había oído con claridad.

No había en sus palabras acritud ni ánimo de hacer sangre, solo parquedad y ganas de no perder el tiempo. Don Miguel lo sintió como un aldabonazo, a pesar de que lo había esperado y de creerse preparado para ello. Por ese motivo, se aseguró de que estuviesen solos. Se recompuso y habló con tranquilidad, intentando ganar la iniciativa.

—¿Cómo sabes que quiero hablar de ese asunto y no de la seguridad que tendrá tu hijo en adelante?

—Ambos sabemos que mi hijo es el medio, que yo soy el escollo que intentas salvar, y que mis tierras son la orilla lejana. Actores, trama y escenario, nada más, don Miguel.

Al señorito le exasperaba aquella petulancia, esa manera adusta y formal de hablarle. En las tabernas, con sus iguales, siempre lo había visto desenvolverse como si fuese otro hombre: con irreverencia, sin tonalidad en sus expresiones, soltando onomatopeyas en lugar de adjetivos, acompañando su lenguaje de exabruptos cotidianos, de un modo acorde al que le correspondía por nacimiento. Sin embargo, las pocas veces que había conversado con él, sacaba a relucir lo recogido en aquellos dos volúmenes de leyes que había heredado de su padre, y este a su vez de su abuelo, y que habían servido como defensa para muchos vecinos y amigos en asuntos de lindes y otras disputas. Aunque don Miguel no lo supiese, no eran sus únicos argumentos para que se expresase de aquel modo, pues también tenía el respaldo de una pequeña biblioteca que no superaba la veintena de libros, leídos y releídos hasta la extenuación, tanto por él como por sus hijos. Por eso, el hombre que le hablaba no lo hacía solo, pues sus labios y su garganta liberaban sugerencias de Cervantes, Quevedo, Irving, Dumas, Hugo, Unamuno, suficiente metralla léxica como para amedrentarlo.

—¿Ves? ¿Crees que esta es forma de alcanzar un trato, José? Yo hago un esfuerzo por contentarte, muy por encima de lo que suelo ofrecer, y tú por contra me humillas con tu altivez y sin siquiera oír mi propuesta.

—No, don Miguel, perdone —aclaró José pausadamente cortando la charla del cacique, pero asegurándose de pedir perdón por ello con un claro gesto de la mano—. El trato es el trayecto que hay desde una petición a una proposición, y se alcanza cuando las dos partes aceptan. Aquí no hay petición, nunca la hubo ni la habrá por mi parte. Comprenda que esas tierras son mi vida. Con siete años, y aún lo recuerdo, ayudé a mi abuelo a sembrar seis olivos con los que ganamos un tramo más a la montaña. Mis abuelos, mis padres, el sudor y la sangre de ellos están por ahí, y por eso le ruego que lo entienda de una vez. El día de mañana, cuando yo falte, que mis hijos hagan con ellas lo que quieran, pero yo no puedo, compréndame.

El cacique posó sobre José una mirada neutra, ilegible, mientras tomaba nota de los negríssimos ojos que sostenían con determinación su escrutinio. Le irritaba tanto que siempre le cambiara el tratamiento de tú a usted y viceversa que... Se centró nuevamente en sus ojos, y en ellos divisó, como en otras ocasiones, la dureza de una roca. Era un hombre terco, lo sabía, de los que ocupan el camino sin apartarse cuando el toro viene a la carrera, con la convicción de que una vez corneado, tendría los ojos del animal en cada una de sus manos. Al cacique no le gustaba esa mirada serena, ni el porte sobre la mesa de sus brazos fuertes que, aunque no amenazaban, aguardaban en tensión. Finalmente, apartó la mirada y comprobó que seguían estando solos.

—¿Cómo arreglamos esto, José? ¡Dime cómo! Esta desavenencia enquistada desde los tiempos de mi padre... —El cacique apuró la copa y fijó sus ojos achispados en el candor de las llamas. A continuación relleno las dos copas, antes de tomar nuevamente la palabra—. Sabes que tu hijo vivirá en el lagar cuando se case. — José asintió con un leve gesto de su cabeza—. ¿No crees que pueda ser el motivo idóneo para que solventemos de una vez por todas nuestras rencillas? —preguntó el cacique con cierto asomo de súplica.

—Si usted es una de las partes en disputa, yo no me considero la otra. Nunca se me ocurriría entablar un pulso con usted, como tampoco en el pasado traté de trabarlo con su padre.

—¡No seas hipócrita, José! —vociferó don Miguel perdiendo un poco la compostura—. Sabes perfectamente que no mantuviste buenas relaciones con mi padre, que en paz descanse, ni que tampoco las mantienes ahora conmigo.

—Ni buenas ni malas, don Miguel, inexistentes, diría yo. A pesar de ello, le respeto como caballero que es y jamás le evito el saludo.

—¿Ves a qué me refiero? Es tu forma de afrontarme lo que me molesta. ¿Crees que esa autosuficiencia con la que me hablas indica respeto?

El cacique acercó su cara a un palmo de distancia. Tenía la misma edad de su hijo Juan, pero parecía mucho más joven. «La guerra pasa factura», se dijo José así mismo. Con tranquilidad, don Miguel sacó tabaco y le ofreció, cosa que aceptó porque hubiese sido una descortesía a la que no podría haber puesto excusa.

—José —insistió el cacique en tono conciliador—, ¿eres consciente de que siempre te he hecho una oferta justa?

—Eso no lo niego, pero puedo rechazarla, ¿no?

La intervención de José descolocó a don Miguel, que mutó abruptamente su carácter, aunque matizándolo con mucho esfuerzo.

—Bien, sí, sí que puedes. Ahora las cosas te van bien, e incluso no te falta un trabajo diario, pero eso puede cambiar. La economía puede caer aún más y el precio del pan subir por encima del salario. Puede venir un año de sequía que te deje sin agua para el huerto y sin fruto en la arboleda, o uno de lluvia intensa que pudra y destruya el sembrado, incluso uno en que las abejas no rindan por falta de floración. ¿Qué harás entonces? Y supón que durante una de esas épocas en que la vida más duramente acecha, tú o uno de tus hijos enferma. ¿Qué haréis? Nada. Absolutamente nada, porque no hay recursos para esa eventualidad, que efectivamente puede presentarse. En cambio —prosiguió cambiando nuevamente el tono de su voz, esta vez más misericordioso—, si tú me vendes esas tierras, nunca podrá cebarse en ti la adversidad, porque si lo hace, yo, don Miguel de Guzmán, estaré ahí para velar por ti y por los tuyos.

Calló y esperó a que hablase José, pero viendo que este no rompía su silencio, continuó.

—Mírame como a un padre, pues con quien así me mira, así me porto. ¿No he dado acaso trabajo a todos lo que me vendieron?

—Sí, hasta que surgió el mínimo problema.

—¡Contradecirme, José, contradecirme! Ese es el único pecado — exclamó con desproporcionado énfasis.

—Lo que no entiendo, don Miguel, es por qué esta insistencia para que venda. Quedan algunos más que no lo han hecho, y sin embargo nunca los increpa, y al decirle esto no sugiero que lo haga. A mí, en cambio, me viene usted cada cierto tiempo con lo mismo.

—Eso es porque me hallo enamorado de ellas. Además, sé que las otras, de una manera u otra, vendrán a mí. Todo el mundo, tarde o temprano, necesita de mi ayuda. Mira el buen ejemplo que es Marcelito. El mes pasado, sin ir más lejos, vino él mismo a ofrecerme su viña. Imagínate, Marcelito, que iba por los bares alardeando de no necesitarme para nada y de autocalificarse con mucho orgullo como el mayor de los aislados. Pero al final qué, José, al final qué. Que el hijo se le pone enfermo y necesita viajes para allá, que si viajes para acá, que si medicinas, que si tiempo para hacerlo todo él porque la mujer no puede moverse. En definitiva, que tiene que venderme porque si no se le muere el hijo. Pero claro, no al mismo precio que yo le había ofertado, sino más bajo. ¿Y sabes por qué? —El cacique forzó una pausa, y luego agregó—: Por el interés que suma el contradecirme. A pesar de todo, me lo agradece mucho, pues le he prestado dinero y le he dado trabajo. ¿Qué iba a hacer? ¿Esperar a que se muriera por un contencioso? No, ningún orgullo pesa más que una vida.

El cacique sacó nuevamente tabaco y le ofreció a José, que esta vez lo desestimó. Don Miguel hizo caso omiso del gesto y prosiguió.

—Contigo también podría esperar y esperar, pero como siento lo que siento por esas vistas, no puedo, de verdad que no puedo.

—Es cierto que las vistas son hermosísimas, sobre todo para mi familia, pero no es algo de lo que carezcan otra docena de enclaves que le pertenecen.

—Sí —cortó secamente el cacique—, pero hay algo más que ningún otro sitio puede ofrecerme. Algo que quizá ningún otro lugar en el mundo posea.

José se le quedó mirando fijamente, con más atención que nunca, como no acabando de entender, pero finalmente supo de qué se trataba y no pudo dar crédito a tal insinuación.

—Espero que no te refieras a lo que estoy pensando.

—Sí. A eso es —sentenció con determinación don Miguel—. Pienso conquistar la cañada, domeñarla, por muchas que sean las historias que circulan por ahí.

—Si lo que estoy oyendo no es ninguna patraña, debería pensar que eres ciego. Hay cosas que no se pueden tener, don Miguel, por mucho dinero que se posea. Cosas que aunque estén en este mundo no pertenecen a él. Eres de aquí, naciste aquí, así que has tenido que oír historias. Pues, por muchas historias que hayas oído, ninguna de ellas habrá sido capaz de recoger verdaderamente la naturaleza de ese lugar. Su espíritu seguiría siendo inconquistable e ingobernable por muchos hombres que mandases. Por ejércitos, incluso, que reclutaras y lanzaras contra ella, pues únicamente lograrías sembrar de túmulos la tierra que la ampara.

—¿Es verdad entonces cuanto cuentan?

—Sí. Es la prueba tangible de que el mundo no es tan simple como parece, y de que lo habita algo más, desprovisto de leyes humanas y naturales que lo gobiernen. Olvídese de las tierras, don Miguel, y si es por eso, más aún.

El cacique hizo un leve gesto de vergüenza y se sonrojó como un niño al que hubiesen llamado la atención. Luego intentó reconducir la conversación hacia sus intereses, visiblemente desairado.

—Piénsalo, José. El precio es el que te dije el mes pasado, trabajo para tu otro hijo y para ti si algún día te fuera necesario, y ahora añadido una parcela de tierra con la mitad de tamaño y en el lugar que tú decidas. Es mi última oferta, José, no me estrujes más, porque si lo haces, esperaré y esperaré hasta que la fatalidad te visite y tengas que rogarme, y el precio será peor.

Esperó a que saliera un sí de la boca de José, pero al no aparecer ni siquiera una respuesta, su impaciencia se reveló con nitidez.

—¿Qué dices? ¡Contesta, hombre!

José permaneció pensativo, pero no para escrutar la oferta, sino para encontrar el modo de romper la conversación para siempre y

evitar la ruina que a la larga sufriría su hijo.

—Quiero que entienda que lo que voy a decirle es válido para hoy, para el próximo mes, para los años venideros y para el resto de mi vida. Nunca, nunca jamás venderé esas tierras. Y no es porque no crea en su palabra cuando dice que me garantizará trabajo para el resto de mi vida o dude de su apoyo en la mala hora que una enfermedad afectase a alguien de mi familia, créame. Es porque me niego a trabajar el resto de mi vida fuera de mi libre albedrío. Cuando los años son malos y el precio del dinero cae, a los hombres que trabajan para usted no les falta el trabajo, es verdad. Sin embargo, lo que ganan de sol a sol es insuficiente para que sus familias no pasen hambre. En esos años, yo me libro de derretirme pegado a una azada para criar y vender, porque no merece la pena. No obstante, como bien... No como carne, bueno, pero no me faltan higos, chumbos, aceitunas, espárragos, frutas y hortalizas. Y sobre la enfermedad... Qué decirle de la enfermedad, que no venga a mí, y si viene, que sea leve, y si es dura y muero, estará de Dios, pero que por ella no endeude a mis huesos y a mi prole con usted por el resto de los días. ¿Comprende, don Miguel, comprende por qué no puedo venderle ese trozo de tierra? Pues, por eso. Porque esa tierra es mi vida y la de mis hijos, como lo fue la de mi padre y mis abuelos. Con ella me pertenezco a mí mismo y no me arrastro ante nadie, por ella puedo refugiarme de la enfermedad cuando otros la encuentran en los campos anegados bajo la lluvia. Es mi última palabra, don Miguel, y la emito teniéndole mucho respeto.

Don Miguel lo miró de arriba abajo con un aire visiblemente colérico que el velo de sus ojos entrenados para la representación no logró mitigar. Le dieron ganas de estrangularlo allí mismo. Sabía que su padre había matado a muchos hombres por tener un punto de vista distinto, y que la mayoría de ellos pertenecían a la estirpe del que le sostenía la mirada con tanto descaro. Pero él era distinto a su padre. Aunque conocía profundamente los detalles del porqué de la enemistad entre su familia y la del pequeño propietario, se conduciría con el tacto que se había propuesto el día que tomó posesión de todo, tras jurar ante un espejo, con el cadáver de su padre presente, que no derramaría sangre ni sembraría el miedo

durante su reinado. Pero, a pesar de ese juramento, no desestimaba ni mucho menos su meta, y pensaba alcanzarla por caminos diferentes a los utilizados por sus antepasados, aunque estos fueran más arduos y largos. No obstante, si tenía que mostrar acritud, la mostraría, y si tenía que arañar, arañaría. Así que tragó la saliva agolpada en la boca y, con una serenidad que presagiaba más frío que el brillo de una hoja afilada, susurró:

—Algún día pagarás lo que acabas de decir. Nadie ha osado jamás hablarme de ese modo.

—Siempre hay una primera vez para todo —le aclaró José con la misma sangre fría, al tiempo que desterraba definitivamente el capote de la cortesía.

—Dile a tu hijo que no cuente con ese trabajo.

—Se lo diré, y no sabe lo feliz que me hace.

El cacique lo miró detenidamente. Tras escuchar las palabras de José, comprendió la razón del pulso que le había plantado.

—Ya veo —dijo con una mueca indeterminada—. Tu hijo tendrá ese trabajo. Soy joven, puedo dar cuantos rodeos sean necesarios hasta encontrar lo que busco.

—Eso nunca lo conseguirás —gritó José en un enérgico arrebató.

—¿Nunca? Nunca no es más que un bocado duro que puede roer el tiempo.

«Tablas», aseguró en sus pensamientos el cacique, mientras soltaba un billete sobre la mesa y giraba sobre sus talones hasta dar con la calle. «Finalmente arranqué tablas.»

Pero, cómo le escocían. Nunca había recibido un trato así de nadie. Si hubiese sido de un igual, posiblemente lo podría haber soportado, pero no tratándose de un campesino. Galopó hasta su casa en silencio mientras murmuraba para sí, que él, don Miguel de Guzmán, conseguiría sus fines tal y como se lo había propuesto, pero, además, añadiría a sus tareas un poco de saña. Le habían arrojado un guante y aceptaba el desafío.

Dos días después de que le llegara su San Martín al cerdo criado durante el último año, y diera copiosa asistencia a los invitados de la boda de Juan Cabral y María Nazaria, los recién casados fueron llevados en volandas por los amigos y vecinos al que sería el hogar del matrimonio. La pareja se trasladó con enseres e ilusiones al lagar que don Miguel poseía tras el castillo. Los primeros meses fueron arduos, rebosantes de pasión, de inquietudes, de trabajos y fatigas, pero desprovistos de cualquier alegría, excepto la de la unión diaria de aquellos dos cuerpos jóvenes. La esperanza también parecía haberse bajado del carro, de forma tan huidiza que no la encontraban por ningún sitio de aquel caserón lleno de despensas vacías y alguna que otra mancha de cal en medio de la humedad reinante. Sin embargo, a Juan, orgulloso hasta la médula e incapaz de reconocer el fracaso de su decisión, no le quedó otra que la de seguir adelante.

Lo más difícil era desplegar y mantener el continuo martilleo de su pujanza de sol a sol. Muy temprano, un gallo lo despertaba. Ese era su comienzo diario, y acababa cuando la sirena del ocaso marchitaba la luz del día. No es que realizara un trabajo tan duro que le machacase los huesos, pero era tan constante, que no podía desviarse ni un solo minuto del largo índice de actividades diarias que un capataz le impuso el primer día que montó sobre las ascuas del cacique. Rara vez veía a don Miguel, pero tenía la certeza, por compañeros en su misma situación, que en poco tiempo recibiría su visita, en la que argumentaría los pormenores necesarios para que todo se mantuviese dentro de los márgenes que dictaba su minuciosidad.

El día que recibió la visita del patrón era un domingo húmedo y ventoso. La chimenea hacía crepitar la madera y las cáscaras de almendras. Era su día de descanso, y seguramente por eso lo eligió el cacique. Fue una tertulia corta y austera en la que se pusieron las cartas sobre el tapete. La jugada era bien sencilla. El lugar del cacique era el peldaño más alto, y el de Juan, no contradecir ni causar quejas. Cumpliendo esas premisas, su casa y su sueldo seguirían en orden. Durante la entrevista, el cacique, que entre sorbo y sorbo de café visitaba los pechos de María con su mirada,

se mostró serio y concluyente, pero sin vestigios de absolutismo, como Juan había esperado. ¿Sería diferente a su padre como algunos decían? Seguro que en cuanto a tacto, sí. Lo había demostrado en no pocas ocasiones, aunque nunca en asuntos financieros y de orden, donde exigían una pulcritud que delimitase con claridad el espacio entre distintas clases.

Don Miguel tenía en aquel 1900 la misma edad que Juan, veinticinco años, aunque parecía más joven, quizá porque no tuvo que soportar en sus huesos la contienda militar que acabó con las últimas posesiones de España en América y el Pacífico. Era un hombre de pelo castaño y cuerpo robusto, a pesar de que su tripa empezaba a insinuarse. Su nariz era poderosa y angulosa; sus ojos, intensamente verdes y abotargados, estaban enmarcados por profundas ojeras. En definitiva, el conjunto de su mirada sugería la capacidad de penetrarlo todo.

Se creía superior a los demás. No obstante, a diferencia de su padre, trataba con cierta consideración a los criados y a los trabajadores que dependían de él. Afortunadamente para ellos, los cinco años que pasó en un internado durante su adolescencia le hicieron ser magnánimo con aquellos que, según él, Dios había puesto bajo su protección. Eso siempre y cuando ningún sujeto llegara a contrariarlo. Llevaba con mejor talante que su padre la subversión de ciertos individuos, aunque no dudaba un ápice si había que someterlos con dureza. Su mayor dolor era el recuerdo nostálgico de que, en un pasado remoto, todas las tierras que alcanzaba con su vista pertenecieron a la familia De Guzmán. Al igual que lo fue para sus antepasados, el asunto de las tierras era su mayor reto. Sin embargo, estaba convencido de que, con el correr del tiempo, lograría recuperarlas. Desde que heredó el imperio de su padre, los asalariados decían que la vida era mejor. Él, al menos, daba vidilla cuando alguien se le cruzaba, y permitía que cualquier caído en desgracia levantara vuelo en un pueblo cercano. Sí, eso era magnanimidad, porque su padre, ni eso, y si no, que preguntasen a más de una treintena de familias que no encontraron cobijo ni agua allá donde los hilos de su poder pudieron suscitar un deseo de extorsión. En verdad, esta «benevolencia» no

surgía de la inocencia o de la juventud, sino que brotaba de una personalidad construida por interés, que el paso de los años acabaría por desmontar, dejando ante la vista de todo el mundo la verdadera esencia de su estirpe.

Don Miguel era dueño de una inmensa fortuna que, según aclaraba la simbología de su antiquísimo escudo familiar, fue forjada en tiempos muy remotos gracias al sudor y a la sangre de un tal don Gabriel de Guzmán, un antepasado valiente y sagaz del cual su padre no había heredado aire ni condición. A pesar de eso, la mayor parte de la riqueza que poseía fue acumulada por su tatarabuelo, que llegó a ser gobernador de gran prestigio en las Indias.

Al año de abandonar el internado, don Miguel rindió culto al vicio y al despilfarro, mostrándose como un consumado juerguista que se lanzaba sin red, noche tras noche, detrás de faldas y cartas. Esta vida disoluta acabó, en cierta manera, cuando contrajo matrimonio, en 1898, con la hija de un importante armador de Cádiz, provisto de fama, pero carente de riqueza. La señora, algunos años mayor que él, había sido en sus tiempos moneda de cambio entre camas de ilustres y excelencias. Según hablaban las malas lenguas, desprovista ya de los favores de su marido, cansado de que no le diera un hijo que asegurara su estirpe, se metía bajo las mantas de un conde al que don Miguel no podía ni ver.

Tres cosas le apasionaban verdaderamente: la equitación, los toros y asistir a excelsas veladas de ópera y zarzuela. Era un pésimo practicante de la primera; en cuanto a la segunda, jamás dejaba de acudir a una corrida de toros en la que tomase parte Guerrita, siempre y cuando no tuviera que salir de Andalucía, aunque con la plaza madrileña solía hacer una excepción. Pero su gran debilidad era la música, pues lograba sacarlo del país y llevarlo a lugares distantes. Así, a su edad, podía presumir de haber conocido los escenarios más ilustres y maravillosos, como La Scala de Milán, La ópera Garnier, el Liceo de Barcelona y el Royal Opera House y tantos otros. Sin embargo, de lo que más orgulloso se sentía era de la casa judía donde vivía. Según una crónica de un tal Juan Céspedes, delegado del maestro de Santiago tras la reconquista de Cártama en el año 1485, la casa databa de 1425, y

en ella, según esa misma crónica, comió y durmió el mismo Fernando el Católico cuando el sitio a la fortaleza. La casa judía era residencia de la familia De Guzmán desde finales del siglo XVI, cuando se alzó con ella un antepasado tras delatar a sus moradores tachándolos de judaizantes. Su estado de conservación era inmejorable. De sus paredes colgaban fantásticas obras de arte. Había grabados en bronce y plata, retratos de familia, bustos de personajes famosos recientes e históricos, como el de una mujer de la época romana. En el último año se habían añadido a la colección de arte tres grandes mosaicos de origen romano encontrados en las excavaciones realizadas en la bodega. Uno de ellos hacía referencia a la agónica muerte de Pilatos. Había vestigios irrepetibles en cada rincón de la casa, pero si a don Miguel le hubiesen pedido escoger uno, no habría dudado en elegir el suelo de estilo mudéjar que, después de haber sido pisado durante siglos, seguía imperturbable, conservando la frescura y belleza de sus orígenes. El suelo estaba formado por exquisitas baldosas de barro cocido, rodeadas de azulejos vidriados en distintos colores, casi hasta el final de la estancia, donde el piso dejaba paso a un precioso tramo elaborado en madera, sobre el que se levantaba una coqueta bodega bien surtida de ricos caldos. Era el lugar de la casa donde los visitantes quedaban prendados, mientras el cacique de turno decía: «La de historias que podría contar este suelo —para seguidamente agregar—: En aquel lugar de allí comió y bebió don Fernando el Católico con su séquito más ilustre».

A veces visitaba las casas de su propiedad que los jornaleros le alquilaban. Lo hacía con la excusa de inspeccionar el estado en que estas se encontraban, pero su verdadera intención era forzar un encuentro con mujeres en problemas.

Fueron varias las ocasiones que el señor visitó el lagar donde vivía Juan, sabiendo, naturalmente, que su mujer estaría sola. Pero esta, escamada tras oír el más leve ruido, se escurría por lugares oscuros para esconderse, pues sospechaba de las verdaderas intenciones del patrón. Este era el motivo principal por el cual María no quería continuar en la casa del cacique, y la razón de que varias veces le pidiera a su marido que se marcharan. Pero nunca lo hizo

abiertamente, porque la única prueba solo era una sospecha, y porque además sabía que, si bien Juan era un ser noble, la ofuscación podía llevarlo a cometer cualquier locura. De esa manera, con el continuo miedo al señor por parte de la mujer y el nacimiento de los primeros hijos, pasaron cinco años en los que la dependencia de Juan hacia su patrón fue creciendo. Cinco años de duros e intensos trabajos y fatigas que envejecieron sobremanera su estampa, y que solo maquilló un poco el oasis de felicidad en que se convertía la casa cuando todos estaban juntos.

De los años pasados en el lagar, María podía recordar momentos malos y peores, pero ninguno que le reportaba más angustia que los traídos por el patrón. Uno de ellos sucedió cuando el cacique mandó a Juan, muy de madrugada, a cierto lugar lejano, asegurándose así el campo libre. A eso del mediodía, se oyó la voz de don Miguel gritando su nombre, pero al no recibir respuesta, empujó la puerta, que se encontraba abierta, y entró en la casa cerrándola tras de sí. La llamó varias veces más, pero como tampoco recibió contestación, subió hasta la habitación de Juan. Allí, desde el interior de un armario, María pudo ver, muerta de miedo, cómo el cacique sacaba sus pocas prendas íntimas de los cajones, las desparramaba ordenadamente por el suelo y se masturbaba mientras besaba apasionadamente un retrato suyo. Cuando terminó, guardó la ropa y se largó, dejando sobre el piso descascarillado el rastro húmedo de su deseo. Pero el momento más terrible de todos, el que más miedo le hizo sentir, ocurrió un día que no lo oyó llegar y se lo encontró de súbito. Aquello no la pilló por sorpresa, pues había temido ese encuentro desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, sí la sorprendió que, en vez de obligarla, se lo pidiera con un fervor que durante algún tiempo ella llegó a pensar que era verdadero. Don Miguel le habló con una dulzura que ella creía impropia en él. Más que en un susurro, con un encomio arrebatador le expuso su perdido andar por ella. Le dijo, en tono lastimero, que pasaba días enteros tras los eucaliptos y limoneros esperando verla tender la

ropa. Le confesó que incluso había dejado de abordar las casas de su propiedad, desestimando su único vicio, porque ahora reconocía lo que era el amor verdadero. Finalmente, se declaró ofreciéndole su fortuna a cambio de que abandonase a su familia y huyesen al fin del mundo, pues él la haría feliz. Cuando ella pudo digerir y ordenar todo cuanto había oído, abrió su boca, pero no para decir lo que él había supuesto de antemano. Su voz fue una losa pesada y fría:

—Para mí el fin del mundo termina donde empieza, en mi marido y mis hijos, y sin ellos no hay felicidad alguna.

Ese fue el primer empujón que comenzó a liberar la ira adormecida en su corazón de peñasco. Con la vergüenza pintada en la cara, don Miguel esbozó un «lo siento» y salió cabizbajo sin poder controlar la humillación que le oprimía el pecho.

Después de aquel encuentro, y a pesar de que don Miguel no volvió a dejarse caer por el lagar, María tuvo problemas para conciliar el sueño durante largo tiempo. Cada noche, cuando los párpados caían empujados por el cansancio, un sobresalto la despertaba, una pesadilla esbozada en una figura humana que subía las escaleras de su casa mientras gritaba «esto no acabará aquí; yo, don Miguel de Guzmán, tarde o temprano siempre consigo lo que me propongo».

Cuando ocurrieron aquellos hechos, María no contó nada a su marido, pues sabía que decírselo era enfrentarlo a su señor, y, en ese caso, Juan hubiera tenido todas las de perder: los hombres de don Miguel lo hubieran matado antes de que se le acercara para pedir cuentas. Además, el tiempo de aventurarse en quimeras había pasado ya, porque si el patrón los echaba, ¿adónde irían con sus cuatro hijos?

El tiempo transcurrió sin que se supiera nada de aquella historia, y así, María fue olvidando los fantasmas que la persiguieron desde entonces y recobrando la seguridad perdida. En cambio, cada día que pasaba, don Miguel se sentía más atraído por esa bella mujer que parecía esquivar los declives del tiempo. Se iba obsesionando con cada paso que daba, con sus pechos, con sus caderas, y se juraba a sí mismo que algún día la poseería, en cualquier sitio, de todas maneras, pues pensaba conquistarla el día que lo tuviera todo

y su marido nada. Cuanto más tiempo pasaba sin conseguir realizar sus fines, el odio que sentía hacia la familia Cabral más se parecía al que siempre le habían dispensado sus antepasados desde siglos atrás. Tan exagerado comenzaba a ser ese odio, que fue sumiendo poco a poco en el desierto del olvido al doctor Jekyll que siempre se había apreciado en él, al tiempo que iba dejando al descubierto la grotesca figura de un Hyde inmisericorde.

A medida que el tiempo fue cayendo en la cesta del pasado, la rutina fue creciendo hasta dejar en ocho el número de miembros del núcleo familiar. En los once años que llevaban casados, tuvieron seis hijos. Al mayor, José, que tenía diez años, le seguían Juanito, de ocho, y Miguel, de seis, que era la viva imagen de su abuelo paterno. Después venían Francisco, Remedios y María Candela, de cinco, tres y uno, respectivamente.

José llevaba trabajando desde los siete años, cuando un capataz enviado por el cacique le comunicó a su padre que ya estaba lo suficientemente fuerte como para desarrollar algunas tareas sin importancia. Juan, en desacuerdo, tuvo dos alternativas: aceptar, como hizo finalmente, o marchar con su prole bajo el brazo y vagar por los campos de la hambruna. Aquel día, Juan sufrió como nunca al tener que comunicarle a su hijo que no había nacido para sumergirse en las letras y los números como él deseaba, sino para ser uno más en el marcador de la desgracia, otro desafortunado que caía ante la crudeza del mundo.

—José, ha llegado la hora de que tengas un trabajo de verdad —le comunicó Juan a su hijo con un nudo en la garganta.

—Lo que usted diga, padre —contestó el chico con la frente paralela al suelo.

—Casi todos los chicos de tu edad ya trabajan, y los que no, o están enfermos o sus padres son ricos —le explicó Juan intentando convencerlo con la ley del mal de muchos.

—Haré lo que usted diga, padre.

—Yo no estoy de acuerdo con don Miguel, hijo, pero no puedo hacer nada sin que os exponga a pasar hambre. Trabajarás de porquero. Es un trabajo fácil y solo tienes que pasear por el campo guardando cerdos.

María, que estaba sentada en un rincón de la habitación, sin mirar pero prestando mucho oído, contenía la rabia de la impotencia para no intervenir, pues hacía nueve meses que José había tenido una enfermedad grave de la que lo salvó un milagro. Por la noche había discutido con Juan sobre la decisión de poner a trabajar al niño. Ninguno de los dos estaba de acuerdo, pero el capataz les había dicho claramente que si el mozo no trabajaba, tendrían que irse, o cuanto menos pagar un alquiler. Por ese motivo, no les quedó más alternativa que aceptar. Aquella lejana noche, Juan lloró abrazado a su mujer, y fue entonces cuando se dio cuenta de que su padre tenía razón. En aquel instante supo que habría estado mucho mejor con él, en su casa, en su tierra, pero ya era demasiado tarde para regresar pidiendo ayuda, aun sabiendo que él jamás se la negaría y que los recibiría con los brazos abiertos. Juan era demasiado orgulloso para afrontar ese paso atrás. A esos pensamientos se sumaron las dudas sobre si aquel pedazo de tierra podría mantener a su mujer y sus seis hijos.

Montados en un tren que se encaminaba hacia el infierno, pero temerosos de bajarse, la vida de la familia Cabral siguió transcurriendo. José maduraba en el marco de su niñez, escalando en la rudeza de su trabajo de porquero. A pesar de ser un niño que todavía no había cumplido los once años, era robusto, de carácter lanzado y valiente para soportar la fatiga que hubiese que soportar. Era inteligente, y aunque sus manos encallecidas bien hubieran podido empuñar una pluma para enlazar letras y palabras hasta conseguir parir un poema, solo pudo aplicar su capacidad al apilamiento de fardos de paja y a la tarea de guiar arados, labores que empezó a desempeñar cuando dejó el cuidado de los cerdos a su hermano Juanito, una vez este alcanzó los nueve años.

Fue por esas fechas cuando un problema más se sumó a los ya de por sí tormentosos pensamientos de Juan Cabral. Se trataba de su padre. No fue el propio José quien comunicó a su hijo la delicada

situación que atravesaba desde días atrás, sino Manuel, el panadero. Días antes, este se había visto obligado a prescindir de la ayuda inestimable de José. Al principio solo fue una insinuación del cacique, pero luego fue una advertencia directa. Un día, uno de sus capataces más agresivos fue a visitar al panadero y le exigió con sutiles amenazas que cortara su ayuda a José. Pero Manuel, creyéndose autosuficiente, le dijo que no se metiera en sus asuntos, que eso era problema suyo.

—Como quieras, pero te advierto —dijo el capataz en tono autoritario que no dejaba hueco a la ambigüedad—, si antes de una semana no vienes pidiendo perdón y accedes a la petición que acabo de hacerte, la cual no nace en mí, no te quedará más remedio que buscar otro pueblo para vivir.

Fue la penúltima jugada del patrón, que había logrado hacerse con el resto de tierras, salvo la de José Cabral. En realidad no llegó a pasar ni siquiera la semana que predijo el capataz. Al tercer día, Manuel tuvo que ir a pedir disculpas a pesar de tener el corazón roto por abandonar a su amigo. En los dos días anteriores, solo un par de clientes le habían comprado pan, transeúntes forasteros, los únicos verdaderamente independientes que podía haber en el pueblo, aparte de José. Desde entonces, el abuelo, que vivía en soledad desde hacía tres meses, cuando encontraron muerto a su hijo Enrique en el huerto, no tuvo más remedio que dedicarse por entero al negocio de los chumbos y la venta de los frutos que obtenía de su tierra. Para más escarnio, tampoco podía hacerlo en el pueblo, sino que se vio obligado a salir por las poblaciones cercanas, ya que los hombres del cacique pregonaron por las calles que cualquier persona que comprase algo a José Cabral sería vetada para trabajar en los asuntos de don Miguel de Guzmán.

Durante el verano, José no pasó dificultad alguna, salvo la molestia que le acarreaban los largos desplazamientos matutinos. El problema en sí llegó con el invierno, o mejor dicho, cuando una fría mañana tupida de escarcha encontró el huerto destrozado por la mano de alguien a quien él ponía rostro. Esos frutos eran su único alimento, además de espárragos, caracoles y bellotas, que aquel año escaseaban debido a la cantidad de jornaleros en paro. A partir

de aquella mañana, y durante algo más de una semana, el yerno de Manuel, el panadero, le estuvo llevando un pan diario y comida de la que su esposa cocinaba, pero tuvo que dejar de hacerlo cuando el Veterano, mano derecha y ejecutor oficioso del cacique, se presentó en el molino y le dijo que si continuaba con su afán de desprendido, en menos de un mes tendría frente a su casa una panadería que vendería a mitad del precio que él podía ofrecer, y sin sufrir pérdidas. Después de esa amenaza, Manuel visitó a Juan y le contó todas las adversidades por las que estaba atravesando su padre.

Esa misma tarde, después de la conversación, María, con sus dos hijas, se presentó en Royohondo con una cesta en la que llevaba una cazuela de fideos y tres arencas destripadas.

—Llévate esa cesta para tu casa. Allí hace más falta que aquí, y no vuelvas a traerme nada, tengo seis nietos que lo necesitan más que yo —le gritó José con aires de suficiencia.

Naturalmente, María se llevó la cesta, pero vacía. Las palabras del viejo no contentaron ni a Juan ni a su esposa, por lo que al día siguiente, María y sus dos hijas volvieron a aparecer. Al verlas, el viejo montó en cólera, y, poniendo el grito en el cielo, descargó su puño sobre una mesa.

—¡Cago en el gorro del Papa! ¡A Australia me voy a ir!

Acudían cada mañana, pero José se quitaba de en medio para que no le dejaran la comida. Pero daba igual, porque terminaban colgando la cesta en una ventana. Fue una semana más tarde cuando María lo encontró en su casa, para su sorpresa, hablando con un tipo extraño de ojos azules, piel muy blanca y pelo del color de los melones mantecosos.

—María, este es Alan —le dijo el viejo liberando su hálito de anís—. Es inglés y le voy a vender la mitad de mis tierras. Así, yo me quitaré el problema que tengo y vosotros dejaréis de mantenerme. Dile a Juan que la otra mitad no la venderé jamás, que antes de eso cojo un cordel y amanezco más tieso que una mojama. Dile que esta tierra que queda siempre le estará esperando a él y a su familia, bien cuando lo desee o bien cuando yo muera. Y dile también a ese cabezota que es suficientemente fructífera aún para daros de comer a vosotros dos y a mis nietos.

El hecho fue un revuelo en el pueblo, la noticia voló como el papel cuando estalla la pólvora. En Rodahuevos dijeron que fue así; en el Toledillo, que de aquella otra manera; en el mercado, que hubo tiros y navajas, pero todas las versiones estuvieron lejos de la realidad. La situación vivida en Royohondo fue más bien una tranquilidad tensa, escenificada en la cara de un Juan preocupado antes por su padre que por él mismo. El golpe seco le vino primero con la noticia que le trajo su mujer respecto a la venta; el otro golpe, el que lo remató aunque no dijera nada, se lo endosó el inglés a bocajarro. Lo conocía de algún sitio, aunque no fuese capaz de precisarlo, lo que le hizo sopesar la idea de que todo fuese una treta forjada por el cacique para dejarlos, a su padre y a él mismo, en clara desventaja.

Sin embargo, la realidad de la gran casa mudéjar se asemejaba más a un polvorín de ira contenida y espera de órdenes que al runrún interno que tejía la cabeza de Juan. El cacique se volvió loco unos minutos cuando el Veterano se lo comunicó. Se puso rojo de ira, dejó de comer, y los trozos de carne que masticaba salieron de su boca sin control, expulsados por el espasmo espontáneo que evitó que se ahogara. Gritó sin palabras ni destino para ellas, solo por pura rabia. Por primera vez pensó que podía matar sin utilizar las manos de otros, y al no tener a sus enemigos frente a él, utilizó el bastón de ébano con cabeza perruna de oro macizo y arremetió sin control con cuanto tuvo al alcance. Abrió un boquete en una mesa de madera labrada que su abuelo trajo de Venezuela, desfiguró cuadros, macetas y plantas caribeñas, la vajilla que halló a su alcance y hasta el tranquilo perro adormecido que no lo vio llegar. Solo después de sentirse sin fuerzas para blasfemar y embestir, se serenó un poco y buscó consuelo y respuestas en el Veterano.

—¿Qué pasó, Veterano? ¿Cómo no lo vimos llegar? ¡Dime!

—No sé, patrón. Si nunca se dejó comprar por usted, ¿cómo íbamos a imaginar que se dejase por otro?

—O sea, que es personal. ¡Personal! —bramó el cacique con voz descontrolada, al tiempo que volvía a arremeter contra todo objeto y adorno al alcance de su cabeza de perro—. Esto no quedará así, por mi padre y por mi madre, Veterano, por Dios lo juro si es preciso.

Fuera de sí, vació un cubilete de polvo colombiano y lo hizo desaparecer en un santiamén. Hizo llamar a dos hombres de su entera confianza, subordinados del Veterano, y pidió consejo sobre cómo actuar. Eran los tres únicos hombres que le quedaban en la nómina de repartir leña o acero, pues los otros tres que formaban la cuadrilla extorsionista fueron encontrados mes y medio antes con las tripas rajadas. Fue una mañana, nada más clarear el día, mientras regresaban de una velada de cartas la noche misma de su último cobro.

Aquel asunto había dejado al cacique y sus hombres de confianza más en ascuas que un rebaño de cerdos obligados a ir en fila de uno, pero finalmente terminaron por endosar la cuestión al azar o un ajuste de cuentas por asuntos de juego. Eso los dejaba dormir mejor. De primeras, quedó constancia en el aire de que el cacique quería arrasar Royohondo, pero, quién iba a imaginarlo, el Veterano frenó el ímpetu de su amo. Sopesaron todo, investigaron durante horas con correos que fueron aquí y allá hasta dar con el origen del rumor. Un tal Diego Burla, cabrero, fue llevado ante el cacique y explicó claramente, aunque de manera entrecortada, que había visto con sus propios ojos a José Cabral delimitando la finca con cuerdas de pita, acompañado por un hombre que sobrepasaba los cincuenta.

—Con su permiso, patrón —intervino el Veterano pidiendo la aquiescencia de don Miguel, que asintió con tranquilidad expectante—. Creo que no podemos ir a cara descubierta. Y me refiero a que todo el mundo sabría a cuenta de qué carne se percibe después ese aroma. No sabemos quién es ese extranjero, y deberíamos investigar si tiene gente detrás. Y si la tiene, determinar si son de peso o simple paja.

—Estoy de acuerdo contigo, Veterano. ¿Qué propones? ¿Utilizar a Juan?

—No, a Juan debemos tenerlo apartado de todo este asunto. Primero porque su información no sería fiable, y segundo porque es la situación ideal para que corra en estampida si se ve presionado. Y eso no es lo que quiere usted, ¿verdad? —El cacique asintió—. Yo propongo que tiremos del cocinero, que utilicemos al mejor

amigo de Juan para llegar a Royohondo y que averigüe lo que está sucediendo allí.

El cocinero llegó al salón, y cuando vio a los presentes, notó que habían percibido su «miedo» ante la sorpresa de verlos allí reunidos. Le pidieron que tomase asiento, orden que acató sin poder disimular el nerviosismo. Miraba al suelo, pero en ocasiones se le escapaba una mirada furtiva a su señor y a sus matones, que durante más de cinco minutos permanecieron callados fomentando el auge de la tensión. De Gálvez no era un hombre de la total confianza del cacique, pero sí la necesaria para comer lo que este ponía en su plato. Don Miguel le tenía cierto aprecio, sobre todo porque jugaba aceptablemente al ajedrez, don inusual en los de su clase. Era tan exquisito e imprevisible que, aunque nunca lo había derrotado, lo había puesto contra las cuerdas en no pocas ocasiones, y había logrado arrancarle algunas tablas. El cacique, mirándolo fijamente con gesto serio, recordó el día que llegó a su casa pidiendo trabajo, años atrás, justo al acabar la guerra. Lo recibió por pura curiosidad. Quería ver a uno de los soldados que habían vuelto de Filipinas por sus propios medios, aunque no tenía pensado darle sustento a alguien que no había hecho bien su trabajo para mantener vivas las últimas llamas del imperio. Antonio de Gálvez le dijo que conocía la gastronomía tradicional y otras exóticas, más ricas y novedosas, que había cocinado para generales y excelencias, y que estaba dispuesto a demostrarlo con lo que tuviese a mano en su despensa. El cacique lo dejó hacer, y en verdad resultó todo delicioso, pero no estaba dispuesto a prescindir de la vieja Camila, que lo alimentó desde que recordaba, ni a mantener a alguien incapaz de dar hasta la última gota de sangre por su patria. Pero justo en el instante en que iba a decirle que se fuera porque no lo necesitaba, una oportuna intromisión del cocinero en la partida de ajedrez que mantenía por cable con un reputado jugador húngaro, y con la que salvó al rey, hizo que recapacitara y lo contratase. Desde entonces, jamás le había pedido nada como lo que iba a pedirle, pero el momento tampoco era comparable a ningún otro.

El cocinero, sin poder mantener a raya el sudor frío y un nerviosismo sin riendas ni bocado, le pidió encarecidamente que lo excusase de tal servicio, porque, según juró, se sentía incapaz de llevarlo a cabo. Pero el cacique se lo explicó claro: «O eso, o la calle». Finalmente, aceptó.

—Nada de nerviosismo, y no des síntomas de inquietud o de esconder algo. Muéstrate sereno, como si tu amistad con la familia te diera derecho a ser curioso sin necesidad de ocultarlo —le indicó por enésima vez el Veterano.

De Gálvez lo repitió una vez más para sí, pero todos oyeron la reverberante retahíla de su torpeza. Se preguntaron si sería capaz, y solo fueron conscientes de que sí cuando el patrón le habló como quien habla a un niño, y el niño da muestras de entender.

—No tienes por qué estar nervioso, Antonio. Es como una partida de ajedrez, como lanzar un movimiento en el que debes intentar ganar una pieza para mí a toda costa.

—Así lo haré, patrón. Lo intentaré.

—Eso quería escuchar. Sé que lo lograrás —puntualizó el patrón dando por finalizada la reunión.

Le prepararon el mulo con capachos desproporcionados que llevaba siempre que se acercaba a algún lugar por asuntos de intendencia. Es más, insistieron para que en Royohondo dijese que se dirigía al molino de Almotaje a recoger unos sacos de harina de excelente calidad proveniente de los llanos de Sierra Yeguas, pero que se había desviado con la intención de averiguar si los rumores que corrían por el pueblo eran ciertos. Uno de los dos hombres del Veterano lo acompañó hasta el arroyo, como habían planeado, para templar los nervios del cocinero con una conversación trivial. Allí se separaron. Antonio subió hacia el llano de Royohondo por el sendero zigzagueante y el hombre rudo continuó hacia el molino dejando Barceló a su izquierda. El cocinero se adentró en el llano con manifiesta sobriedad, como si con esa actitud pretendiera no llegar nunca a la casa, o al menos eso fue lo que leyó desde la distancia el otro hombre del Veterano, apostado en un cerro desde el que divisaba la parte trasera de la casa, donde no se veía a nadie más. El matón lo siguió con la mirada hasta la esquina derecha de la

parte de atrás. Allí lo perdió. Ahora le tocaba esperar. La suerte estaba echada.

Antonio sabía a la perfección que bajo aquel techo de hojas de parra nadie lo podría observar. Se acercó sin titubeos y amarró la bestia en la anilla de un pilar. Todos lo miraron con expectación, y salvo el extranjero, todos con honda preocupación, incluso el viejo José. Pero el cocinero no se detuvo allí, sino que entró en la casa. Los demás lo siguieron con la inquietud dibujada en sus rostros. Una vez dentro, De Gálvez y el extranjero se abrazaron efusivamente entre risas y muestras de amistad. Juan y José permanecieron impávidos, sin dar crédito a todo cuanto acontecía, hasta que José pidió explicaciones.

—Nos conocemos del Pacífico, Cavite y otros lugares que no quiero recordar —aclaró un De Gálvez sonriente—. Es una larga historia que no merece el breve tiempo del que disponemos ahora.

—Contacté con él hará un par de meses —prosiguió con la historia el inglés—. Mi intención era terminar mis días en este valle, y si no podía ser, en las inmediaciones. Ya se lo hice saber en una ocasión a Antonio, durante nuestras largas charlas en las Filipinas, pues descubrí con asombro que no solo conocía el lugar, sino que formaba parte de él. Y ahora, simplemente era el momento de llevar a cabo ese deseo largamente esperado.

El extranjero se detuvo un momento al ver las caras de desconcierto de José y su hijo, y con una leve sonrisa se acercó al bolso de cuero, único objeto que traía consigo, del que extrajo una vieja carta, entre otros documentos.

—Sí, perdón, eso también merece una explicación. Me considero un romántico tardío. Siempre utilizo ese término, y la verdad es que me hace gracia —dijo riendo al tiempo que ofrecía la carta a José.

—¿Irving? —preguntó José sin dar crédito a la situación.

—Sí. El destinatario de esa misiva era mi padre. Aunque Irving era mucho mayor que él, mantuvieron durante los últimos años de su vida una amistad sincera e inquebrantable. Siempre que estaban lejos aprovechaban la ocasión más inverosímil para escribirse y contarse sus descubrimientos en sus andanzas por el mundo.

José encaminó sus pasos y desconcierto hacia un lateral del salón, y fijó la vista en la pared. Había una vieja imagen colgada, un daguerrotipo con más de cincuenta años, en la que estaban Washington Irving, su abuelo, ya mayor, y su padre con una madurez profunda asomándole por la cara. Junto a la imagen de los tres hombres, se veía El Olivo, y al fondo, la Cañada del Diablo.

—Vivió en la pequeña casa que ha comprado durante algo más de un año —comenzó a relatar el viejo, con el mismo tono parsimonioso que había escuchado un sinfín de veces a su padre—. Él la mandó a construir tal y como la vio usted hoy: modesta aunque encantadora, aun siendo un hombre de posibles. Fue muy amigo de mi padre..., de mi abuelo, o al menos eso me contaron.

—Sí, puedo asegurarlo. —Alan sacó algo más de su bolsa de viaje—. Esto es un diario que envié a mi padre como regalo de su secreta estancia aquí. Fue la mejor época de su vida. Si lo lee, descubrirá con qué intensidad llegó a apreciar a su familia. Habla de sus sueños, de sus escritos durante ese periodo oculto de su vida, de las aventuras a caballo que vivió junto a su padre, abriendo vías por los montes, y de la fascinación que sentía cuando observaba a El Olivo o se acercaba a la misteriosa Cañada del Diablo.

La cara de José se tensó al oír las palabras del extranjero. La cañada no era un asunto frívolo. Juan se asomó a la puerta como si no hubiese escuchado, y De Gálvez no pudo esconder la aparición de un súbito escalofrío.

—No es únicamente en esta casa, señor Seager. En este pueblo no se habla de ese lugar. Ni abiertamente ni con recato —indicó José con aire sombrío.

—Eso mismo resaltaba Washington en el diario —precisó Alan visiblemente apesadumbrado por su metedura de pata—, y de una manera más extendida, terrorífica y claustrofóbica.

—¿Es por eso por lo que vino? —inquirió el viejo José.

—No, por supuesto, aunque son notas que al principio aderezaron el crecimiento de mi interés y mi determinación para acabar mis días aquí. Porque esto que veo hoy es la respuesta que creó mi mente cuando intentaba recrear el paraíso. Y todo eso lo consiguió Irving, con su historia y sus escritos dirigidos a mi padre.

—Ya, pero esto no es el paraíso que idealizó en su cabeza —aseveró José—. Ya le avisé antes de comprar. Y la cañada no es el peor de nuestros problemas. Ese tiene nombre y puede señalarse mejor: Don Miguel de Guzmán —dijo al tiempo que volvía su cabeza hacia De Gálvez, como interrogándolo con la mirada.

—No, por eso no se vaya a preocupar —le aclaró el cocinero con movimientos pausados de manos y cabeza—. Alan está al tanto de todo y es un hombre de recursos..., a pesar de su edad. Con los mimbres que tenemos podemos tejer un nudo que sujete el equilibrio por mucho tiempo, al menos mientras viva, y aunque eso es algo que el cacique tratará de impedir a toda costa si Alan no accede a venderle su parte, tenemos una carta que lo evitará.

—No entiendo todo esto, Antonio —susurró Juan con inquietud—. Irá a degüello a por todos nosotros.

—No, no lo hará. Alan tiene una cadena que lo sujetará, pero lo que sí es cierto es que es hora de que te vengas para acá, que lo abandones. Alega lo que quieras. La salud de tu padre suena convincente; si no, te hará la vida imposible.

—Ni hablar, no puedo hacer eso, no puedo. Mis hijos...

Le explicaron de todas las formas posibles que eso era lo mejor, pero no estaba dispuesto a abandonar. Era tozudo a más no poder, así que desistieron, aunque le previnieron para que, ante el primer indicio de peligro, recogiera sus cosas y se marchara.

—¿Cuándo quiere que vaya? —preguntó el inglés a De Gálvez—. Mañana mismo, ¿verdad?

—Así es.

—Iremos hoy, porque mañana será él quien tenga que venir conmigo.

—Antonio —demandó José con aire súbito—, ¿quién es Alan? ¿Quién eres tú?

—Él, un inglés, y yo... un cocinero.

El mulo los acompañó la ladera abajo, sin necesidad de tiro, mientras los dos hombres avanzaban en animada charla. El inglés

había sobrepasado la cincuentena, pero se mantenía ágil. Se aclararon detalles muy nimios por el camino, casi innecesarios. Alan sabía cómo iba a discurrir la conversación y en qué términos. Tenía claro que al comienzo se dejaría llevar, y que su silencio expectante y su tranquilidad sembrarían en don Miguel las primeras dudas sobre su persona. Eso siempre que el cacique no fuese directamente al grano, porque entonces habría que reconducir la situación y no estaba muy seguro de ello. Si transcurrida esa fase inicial, todo iba bien, empezaría a desquiciarlo haciendo tímidos comentarios sobre las obras de arte que sabía que el cacique tenía colgadas en la pared, al tiempo que intercalaría observaciones sobre don Nicanor, conde del Valle, al que había conocido dos tardes antes en Sevilla. El simple hecho de que conociese al conde personalmente, junto al parloteo desenvuelto que mostraría sobre las obras de arte y sus autores, haría cambiar el tono del cacique hasta casi mitigarlo. Hacia el final del encuentro soltaría toda la artillería, primero veladamente, para terminar adueñándose de la situación tras revelar la recepción a la que asistiría el día siguiente, en el hotel Hernán Cortés, para lo cual demandaría su presencia como hombre de pro, pero sin mencionar que el propio Alan era parte importante de ella.

Al entrar al pueblo, se dieron cuenta de que estaban siendo seguidos a cierta distancia por dos hombres a caballo. Poco o nada había cambiado el lugar desde que Irving lo reflejase en sus escritos privados. Sin embargo, al amigo de su padre se le olvidó describir la ingente cantidad de excrementos de cabras. «El exterior de la casa es hermoso, muy hermoso», reconoció Alan para sí, cuando la contempló.

Los hombres del Veterano se les habían adelantado para avisar al patrón, que al principio mostró cierta rabia por lo inoportuno de la visita, pero acabó alabando y agradeciendo el inesperado éxito de la gestión de su cocinero. Alan y De Gálvez, quien no pensaba retirarse de su lado hasta que su patrón hiciera acto de presencia y le hiciese alguna sugerencia, fueron acompañados por Camila hasta el gran salón de estilo mudéjar, grandioso en su continente, pero cuyo contenido dejaba mucho que desear por lo caótico de su

conjunto. Había mesas de caoba inequívocamente coloniales, cuya manufactura Alan identificó como holandesa; muebles de estilo fernandino que empalagaban sus sentidos más que el perfume de Payan-Bertrand que años atrás olfateó a orillas del Sena. Había toques isabelinos por doquier, y para colmo de la extravagancia, unos sillones de estilo Boulle con patas en cabriolé y sobresalientes de bronce. Los cuadros los evitó para abordarlos durante la entrevista, pero no pudo hacer lo mismo con el armero de caoba de la pared. Había bastantes fusiles, todos personalizados con labrados e incrustaciones en plata. Nada del otro mundo en cuanto a costo y originalidad, pero sí sobradamente contrastados en contienda. Había dos modelos Máuser del 93 con sus respectivas bayonetas, varias carabinas de la misma marca y un Berdan transformado cuyos detalles en oro hubiesen pagado todos los anteriores. Aparte, en otro armero de idéntica apariencia pero más pequeño, había seis fusiles del 71 con sistema Remington, cuyo uso no dudó el inglés que ejercerían el Veterano y sus hombres, a los que había identificado en el patio interior desde la puerta que comunicaba con el salón.

Finalmente, entró don Miguel e hizo un ademán al cocinero para que se fuera, lo cual no pasó desapercibido para el inglés.

—Un placer, señor...

—Seager, Alan Seager, don Miguel. Como verá, yo si he oído hablar de usted —reveló dejando entrever una sonrisa.

Tras algunos cumplidos más, el cacique quedó sorprendido de lo bien que hablaba el castellano, amén de que no le desagradó nada ese acento marcado por las «ces» y por las «d» al final de las palabras. Pero no era esa cuestión lo que le interesaba. El cacique se había vestido con exquisita pulcritud. Chaqueta y pantalón marrón oscuro que llegaba a la parte inferior de la rodilla, alcanzando las medias, de color idéntico al de la camisa. Sin embargo, se sintió amedrentado al ver que el pantalón largo empezaba a imponerse, en contraste con la chaqueta de una tonalidad más oscura, tal y como vestía el inglés.

El cacique dejó las suposiciones y se centró. Abrió la caja de plata y ofreció un habano a Alan, que no rehusó, y una copa de coñac, de

la que nada más olerla, el extranjero dedujo añada y procedencia. Luego, don Miguel fijó sus ojos inexpresivos y profundamente abotargados en los claros del inglés, y rompió el hielo sin utilizar salva de fogueo, como había temido Alan.

—La verdad es que la situación que nos ha reunido aquí es bien compleja y hosca. No le conozco de nada, y por supuesto que nada tengo contra usted, pero ha de saber que se encontró con la mala fortuna de meterse en un camino que, quizá, no le encamine a puerto seguro. No sé cómo consiguió que el viejo le vendiera sus tierras. Me pregunto si fue por desesperación, por hacerse con un buen puñado de duros que necesitaba como el comer, o si en cambio tuvo la nefasta ocurrencia de creer que el peso de su avaricia hundiría más la balanza que el lastre de mi respuesta. De una manera u otra, la afrenta está hecha; pero ahora queda determinar si la lanzáis entre ambos o queda únicamente en la conciencia del Cabral. Le preguntaré una sola vez, señor Seager: ¿José Cabral le comunicó a usted que yo deseaba fervientemente esas tierras?

—Sí, lo hizo, y repetidamente. He de reconocer que fue honesto —contestó el inglés sin titubeos.

La fina copa estalló entre los dedos del cacique, dejando caer al suelo el contenido, mezclado con cristales y gotas de sangre. Pero se recompuso, ajustó la mirada y templó la voz.

—Bien. En ese caso no me queda duda de que delante de mí existen dos frentes: el de José, que sabía que la cosa no quedaría así y a pesar de ello apostó, y el que acaba de abrir usted al reconocer que el hecho de enfrentarse a mí no le produjo la intención de evitarlo. Termínesse usted el habano tranquilamente y disfrute del coñac.

El cacique se levantó para irse, al tiempo que hacía una señal al Veterano para que lo dejaran ir sin más. Pero en ese mismo momento el inglés comenzó a hablar.

—Le pido disculpas, don Miguel. No es necesario apurar el coñac, aunque lo lamento de veras. Hace tres días —continuó a pesar de que el cacique se marchaba—, en Sevilla, asistí a una importante

reunión de negocios en la que tuve la ocasión de departir largamente con don Nicanor Gasset y...

No tuvo que decir más. El cacique se frenó en seco, permaneció estático unos segundos, y se giró lentamente sin poder esconder su asombro. La importante reunión fue una caña útil, pero el nombre de su íntimo enemigo, el conde del Valle, fue el mejor cebo que Alan pudo colocar en el anzuelo.

—¿Conoce a don Nicanor?

Don Miguel lanzó la pregunta como un autómata. Su relación con el conde era una tensa calma, una hipocresía de sonrisas forzadas. Hasta el presente, no se habían pisado los pies, pero... ¿había llegado ese día?

—Conocer no sería la palabra exacta. Yo diría más bien que coincidimos en una velada grata. Departimos y sacamos conclusiones respecto a un proyecto en el que colaboraré con él y otros hombres como usted, para el cual, me gustaría contar con su presencia mañana noche en el Hernán Cortés.

El cacique jamás tuvo necesidad de medir sus palabras ante nadie, y se sintió turbado por ello. Alan lo intuyó. De hecho, lo había buscado.

—Sin embargo —continuó el extranjero—, tras nuestra charla de negocios salió a la palestra mi intención, tomada muchos años atrás, de vivir mis días en España, concretamente en Cártama. Fue una sorpresa para él, pues durante los meses de invierno vivía en un pueblo colindante, por la suavidad de su clima. Tras esa apreciación, me dijo que le conocía, que era un gran amigo suyo, y que tenía la total seguridad de que usted se sentiría halagado por mi vecindad, de la misma manera que lo estaría él si decidía moverme unas millas y establecerme en sus tierras. Con todo, le pido disculpas, señor De Guzmán, y le agradecería que me permitiera explicarle el porqué de mi aparición por estos lares.

—Ahora soy yo quien le pide perdón, señor Seager —manifestó el cacique al tiempo que le devolvía el manuscrito de Irving que explicaba mucho—. Por mi rudeza, por estos hombres armados, pero son tiempos difíciles que requieren medidas extremas. Pero... volviendo al caso que nos trajo aquí, he de decirle que no puedo

consentirlo de ninguna manera, al menos en esos términos. Lo respeto mucho, créame, y puedo tolerar que viva en ese lugar hasta el fin de sus días, pero entienda que necesito asegurarme de que tras su marcha esas tierras quedarán en mis manos. Para ello estoy dispuesto a pagarle el importe íntegro de su compra y dejarle las tierras en usufructo sin ninguna compensación por su parte.

—Es imposible. Es lo único que me pidió José, que no se las vendiese. Por ello hice incluir en el contrato de compraventa una cláusula en la que me comprometí a pagarle el importe multiplicado por diez si le vendía las tierras a usted.

—Estaría dispuesto a asumirlo —intervino el cacique en un arrebatado de impaciencia—, y en las mismas condiciones que antes cité.

—No lo entiende, don Miguel. José tachó con la pluma la cláusula, me miró a los ojos y dijo: «El dinero es algo que si se tiene se puede pagar sin más. Yo no quiero diez veces lo que me dio, ni cien, ni mil, quiero su palabra de que no lo hará». Y se la di.

—¿Entonces? —soltó con frialdad el cacique poniendo cara de póquer.

—Lo respeto, don Miguel, como mayor hombre aquí, como máxima autoridad moral de este pueblo. Por eso le dejaré el contrato, que aún no he firmado. No me conteste ahora mismo, por favor. Medítelo, deje pasar unos días y luego acataré lo que me sugiera: no firmar y dejarlo todo como está, con lo que también ejecutará mi partida hacia las tierras del conde, o el permiso para estampar mi firma en las condiciones que concreté con José.

»Ahora tengo que irme, estoy cansado y mañana tengo un día que seguro será durísimo. Una cena en Málaga, con hombres importantes. En un principio se pensó en el Palacio de la Aduana como lugar para el evento, pero los asuntos a tratar aconsejaban evitar lugares oficiales, así que se cambió a un sitio más tranquilo en la zona de la Caleta. Habrá mucho que departir, acuerdos que cerrar, mediar entre unos y otros, aconsejar. Y tenga la seguridad que veremos salir el sol. ¿No le gustaría asistir?

—¿Alberga autoridad para ofrecerme una invitación? —preguntó el cacique con cara de asombro.

—Se respetará mi decisión, no lo dude. Su asistencia sería una gran oportunidad para la financiación del proyecto, y quizá también para usted.

—¿Quién asistirá?

—Eso no puedo decírselo, al menos en su totalidad, pero puedo aventurarle que entre los presentes estará su amigo don Nicanor.

Alan no necesitó oír su respuesta. La gritó la mirada del cacique que, por su brillo especial, tildó de ansiedad en cuanto De Guzmán oyó el nombre del conde del Valle.

Don Miguel llegó a Málaga, al hotel Regina, pasadas las once de la noche, tras una hora y media de fatiga y polvo. Dos horas antes había terminado de apurar una copa de coñac junto al inglés, que en una tarde había conseguido revolucionar sus planes de caza mientras dialogaban sobre el arte colgado en las paredes de su salón. Una vez que este se marchó, todo fue un trajín de órdenes y carreras que aún no habían terminado. Al menos sus dos últimas grandes inversiones demostraron su valía y gran servicio. La primera fue la concesión del teléfono que había conseguido un año antes y que les costó una fortuna a don Nicanor y a él, que fueron quienes sufragaron los gastos del tendido de cables que conectaron ambos pueblos con la capital. Había llamado al hotel, que aunque don Miguel no tenía necesidad de comunicar de antemano su hospedaje, venía bien para que el servicio fuera el deseado por un hombre de su talla, y para poner sobre aviso a su sastre preferido para que estuviese esperándole a su llegada a Puerta del Mar. La otra inversión fue su flamante Richmond color crema, que le producía verdadero placer al conducirlo. Le acompañaba el Veterano, sentado a su lado, fusil en mano y su Smith y Wesson colgado del cinto. En los asientos de atrás iban otros dos hombres con los fusiles cargados y dirigidos al exterior del camino. Mucho plomo para veintisiete kilómetros, pero la oscuridad y la escasa velocidad lo demandaban.

Don Miguel poseía una casa en la capital, en el barrio de la Caleta, con grandes jardines bien cuidados e inmejorables vistas al mar. La utilizaba frecuentemente durante el verano, época en la que habitualmente asistía a un pequeño club privado con baños y masajes, sobre todo al mediodía, además de cada noche al burdel. No obstante, también le encantaba la libertad que proporcionaba el hotel, sus barrios adyacentes, el cercano y vistoso trajín del puerto y la calle Larios con sus cafés y restaurantes, pero más que nada salir al balcón y presenciar el bello espectáculo de la Alameda atestada de transeúntes.

Por fin se quedó solo. El sastre se había marchado para enfrentarse a su larga noche de insomnio forzado, y sus hombres se instalaron en una habitación contigua, donde estarían atentos por si su patrón los necesitaba. Como era demasiado tarde para asistir al estreno de *Acis y Galatea* en el Cervantes, decidió pedir compañía femenina y varias botellas de champán. Por la mañana tendría tiempo de dormir, la noche era joven.

Al día siguiente, llegó al hotel Hernán Cortés a eso de las nueve de la noche, como le había indicado Alan en la invitación firmada por él mismo. Traje negro, camisa blanca y zapatos negros con un pequeño detalle a juego con la camisa. Aunque prefería conducir él mismo y disfrutaba verdaderamente de ello, había contratado a un conductor, pues sabía con seguridad que los allí reunidos harían lo mismo y no quería desentonar en cuestión de servicio.

En el preciso momento que el cacique abandonaba su vehículo, en la misma puerta del hotel, lo hacía también don Nicanor, que dio instrucciones a su chófer para que el Hotchkiss de cuatro cilindros y cabina trasera cerrada se perdiera en dirección este. El conde del Valle lo saludó con efusividad, mostrando su típica sonrisa amarillenta enmarcada por las manchas que el inicio de la vejez empezaba a dibujar en su cara. Entraron juntos y comenzaron a tomar champán, sin parar de saludar y dialogar con otros hombres célebres de la ciudad y la provincia. A don Miguel le causó

admiración que estuviesen allí dos ilustres y reputados abogados de Madrid, conocidos representantes de uno de los ministros más importantes del gobierno. Todo el mundo sospechaba que ejercían como testaferros de este en asuntos de variada índole. Saludó a Grisban, director de la Cámara de Comercio, a Brenan Herst, subdirector del puerto, a Alonso Di Grou, eminente empresario de ferrocarriles, pero sobre todo, le sorprendió la presencia del gobernador civil y del gobernador militar, ambos sin ningún tipo de ornamento que vistiese de oficialidad su asistencia. Sin embargo, a quien no veía por ninguna parte era a Alan. Se fijó en las claras muestras de interés de todos por todos, a pesar de las veladas enemistades existentes entre muchos. Conocía a la mayoría, y lo mismo le ocurría a la mayoría con respecto a él, a pesar de que era un hombre que no se prodigaba en círculos sociales. Su padre sí había sido un prócer de la ciudad, a pesar de haberse mantenido fiel a sus raíces en el pueblo, que jamás abandonó. No en vano había participado en diversas sociedades mercantiles de la capital relacionadas con el ámbito textil, de la siderurgia en dos etapas distintas, y del sector financiero tras ser uno de los padres de la nueva sede del banco de Málaga en 1856. Así mismo, también participó financiando la creación del teatro Cervantes y otras acciones destinadas al embellecimiento de la ciudad. Pero todo ello, como bien se encargó de decirle su padre en sus últimos días, solo había logrado socavar el tesoro familiar al menospreciar las inversiones que precisaba el verdadero caudal de riqueza que abastecía a la familia, que no era otro que potenciar la producción agrícola, ganadera y la industria cárnica.

Casi una hora después, apareció Alan. Los hombres estaban reunidos en una enorme carpa montada en el jardín para la ocasión. Al verlo, todos lo recibieron con un sonoro aplauso, que iniciaron los gobernadores, don Nicanor y otros ilustres. Don Miguel creía que la intervención de Alan estaba relacionada estrictamente a labores de representación, pero, por lo que pudo ver, era el hombre clave en aquel circo discreto. Todos intentaban saludarlo, estrecharle la mano e intercambiar unas palabras con él, como si fuese el mismo Jesús

de Nazaret. En ese momento, el cacique resopló y se alegró de no haber actuado con el inglés de acuerdo a sus ideas iniciales.

Durante las dos horas siguientes, en las que sostuvo una copa de brandy de la cual no probó una sola gota, Alan habló con diversos hombres a los que les hacía un leve ademán con la mirada para que se acercasen en solitario. También departió con diversos grupos de caballeros a los cuales veía murmurar y asentir. Diez minutos antes de que sirvieran la cena, le hizo un gesto a don Miguel para que se acercase. Alan lo llevó hacia un nogal enorme que había en un extremo del jardín, desde donde eran claramente visibles pero nadie podía oírlos. Antes de que el inglés fuese al grano, don Miguel se adelantó entregándole un papel que sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Le pido nuevamente disculpas, señor Seager. Y espero que esto sea una prueba de buena voluntad.

Alan tomó el papel y lo abrió. Ya sabía que era el mismo documento que el día anterior dejó en manos de don Miguel, pero mostró sorpresa y sonrió en señal de gratitud, al tiempo que lo guardaba en su bolsillo.

—No necesita que le diga que puede firmarlo y que espero que seamos buenos vecinos.

—Seguro que sí, don Miguel.

—Llámeme Miguel, por favor.

—Solo si usted me llama Alan, a secas. Y me gustaría pedirle un favor, si es posible, Miguel. —El inglés hizo una buena representación al marcar un esfuerzo para evitar el tratamiento de don.

—Lo que sea, señor Seager... Alan. Pida usted lo que desee.

—Tendría mi eterna gratitud si sus hombres no volvieran a increpar más a José Cabral.

El cacique quedó desconcertado. No se esperaba eso. Hizo una mueca por querer rebatir algo, pero finalmente asintió repetidamente.

—Ahora le contaré algo, aunque no debería hacerlo bajo ningún concepto. Lo hago como muestra de nuestra futura amistad. No podrá decir nada sobre esa información, pues de hacerlo, serán sus propios intereses los que se vean comprometidos. —Esperó a que

el cacique asintiera en silencio, y cuando lo hizo, continuó—: Lo que ve usted allí al fondo es una jauría de depredadores avariciosos con olfato para el rédito a cualquier costo; sin embargo, sus sentidos carecen del tino necesario para descubrir la posible trampa. La pregunta es la siguiente: ¿Tiene usted el olfato preparado para olerla? —Alan prosiguió sin dejarle contestar—: Si lo tiene, lo demostrará escuchando mi sugerencia, y si le hace caso, constatará definitivamente lo referente a su olfato. Hoy es la última vez que represento los intereses que he defendido toda mi vida, y esa representación termina con el postre tras la cena y la copa que disfrutaré después, nada más. Hoy me retiro y dejo a cargo al hombre que se encargará de lo que fue mi cometido hasta esta noche. Ese hombre pondrá ante la mesa tres tipos de ofertas que ninguno de los presentes querrá dejar escapar. Mi consejo es que aborde la primera como sea, aunque necesitará aportar como mínimo un capital de 700.000 pesetas.

—Tras oír la cifra, don Miguel silbó—. No lo dude, porque con lo que se nos viene encima en uno o dos años, esa inversión se doblará a más tardar en cuatro años. La señal para recoger todo ese rédito es precisamente esa, que se haya duplicado. A partir de ahí, peligra.

—¿Qué es lo que se nos viene encima?

—Muerte, destrucción, países devastados. Pero España se mantendrá al margen, así que intente aprovechar la ocasión. Esta información también es inconfesable. El siguiente consejo, y más importante que el primero, es que no llegue ni siquiera a escuchar la tercera propuesta que hará quien será mi sucesor, ya muy avanzada la noche. Esa olvídelo, pues podría llevarle a la ruina económica y personal, aunque también a ser un hombre poderosísimo. Insisto en que no merece la pena, créame. Si desoye este consejo y sigue adelante, ha de saber que la segunda propuesta que le harán no tiene los peligros de la tercera, pero tampoco la seguridad de la primera; así que será usted quien determine si entra o no entra en ella.

—¿Usted qué haría? —demandó el cacique.

—Yo, sin dudarlo, metería todo mi capital disponible en la primera y, al doblarlo, fuera.

—¿Y qué más puede decirme de la segunda?

—Que podría quintuplicar su inversión o perderlo todo. Si la acepta es que juega fuerte. Yo no lo haría y me quedaría simplemente a contemplar el desenlace de los que entren. O serán muy ricos o tendrán que empezar de nuevo. Pero sepa que el capital mínimo será de dos millones. Sobre la tercera... Tendrá que entrar en una logia, y mi consejo es que ni se acerque, concretamente a esa.

—¿A qué se destinarán esas inversiones? —preguntó don Miguel.

—La primera a levantar otra siderurgia aquí, en Málaga. Acero para la guerra, armas a través de Gibraltar para el norte de África y Oriente Próximo, para que todos los frentes coloniales estén repletos y sean un dolor de cabeza más para los que tienen que hacer la guerra en Europa.

—Pero... ¿a qué frente en concreto pretenden ayudar?

Alan lo miró a la cara y comprobó lo verde que estaba. Si quisiera, y quería, en menos de veinte años podría verlo tras una yunta de mulos.

—¿Frente? Aquí no hay frentes, solo intereses, y en cuestión de intereses, no hay ninguno que sea bastardo. A los que mandan, sean quienes sean, únicamente les interesa que el revuelo sea el mayor posible, independientemente de que toquen o no el suelo del país en el que viven. Total, a ellos no va a llegarles nada. Pero su ambición es que el árbol más frondoso se agite con poderío y deje caer el mayor número de frutos que recolectar. La segunda inversión va destinada a diversos fondos que surtirán distintas causas. Nada cotidiano u honesto. Se trata de armamento, desestabilización, propaganda, antipropaganda, atentados selectivos, etc. Todo muy turbio, muy opaco y dudoso. Ahí no hay patriotismo, ni bandera, ni madre nación. Si le turba esto que le digo, abandone la papilla y comience a roer duro, porque el mundo no es un algodón de azúcar.

—Alan sacó el reloj de cadena de su bolsillo, lo miró y, encaminando sus pasos ya hacia los demás, agregó—: Tenemos que dejarlo, llevamos seis minutos de charla, el mismo tiempo que dediqué a los otros, que, por cierto, no dejan de mirar el reloj. Van a servir la cena.

Tras ella, desapareceré. He intentado ayudarle posicionándolo mejor que a nadie. Lo que haga a partir de ahora será responsabilidad suya.

Fue a partir de la llegada del inglés, y sobre todo de aquella velada en el Hernán Cortés, que José Cabral logró burlar a don Miguel de Guzmán hasta el fin de sus días. Y lo hizo de las dos maneras que más pudieron dolerle al cacique: esquivando sus argucias, sin llegar a saber cómo, y alejándolo más si cabía de la obtención de las tierras por medio de la partición. Por su parte, el cacique, maniatado por la secreta maniobra del nuevo vecino, acató el trato, pero bajo la apariencia de haber pasado página se escondía un rencor latente que dejaría salir algún día con toda su furia. Esa época fue el inicio del peor tramo de su vida. Tuvo que acostumbrarse a cohabitar con otro depredador en su territorio, cuyo tamaño y dientes le eran desconocidos, pues solo había visto la enorme pezuña llena de pelos que le mostró bajo la puerta. Aunque era capaz de imaginar su rugido, no llegaba a vislumbrar su faz de lobo. Para todo el mundo, don Miguel seguía siendo el pez gordo del lugar, pero en realidad no se veía así, por muchas historias convenientes a su imagen y referentes al inglés que circularan por el pueblo. Se rumoreaba que, muchos años atrás, Alan había sido maestro de escuela en York, su ciudad natal, y que tuvo que salir exiliado de su país por grandes diferencias con un lord inglés, el cual, al parecer, se enteró de que aparte de dar clases a su rubia hija, exquisita y arrogante, le enseñaba otras materias a su hermosa mujer, lo que llevó al maestro a poner tierra de por medio.

Desde aquellos días de la esposa del lord, había viajado por casi toda Europa. Conocía Francia, Alemania, los Países Bajos e Italia, pero al llegar a España, quedó profundamente enamorado de sus paisajes, de sus castillos, de su comida y, sobre todo, de su historia. Ahora, en su tranquila madurez, enseñaba su idioma al conde del Valle. Pero don Miguel sabía que esa historia era falsa, por mucho que desconociese la verdad. Más aún, sospechaba que era el

propio Alan el encargado de difundirla, lo que hacía crecer más aún su rabia acumulada por la impotencia, que derivó en un endurecimiento de trato con Juan Cabral y su familia, pero de una manera sutil y meticulosamente estudiada para que no provocase la estampida de Juan, pues para sus planes era mejor que siguiera bajo su influencia.

Unos meses más tarde, a través de un informante que tenía colocado en la casa del conde, llegó a oídos del patrón que el inglés había solicitado para Juan un trabajo que le diera la posibilidad de sacar a sus hijos del campo y ponerlos a estudiar, porque las cosas se estaban poniendo muy feas al amparo de don Miguel. El cacique sabía perfectamente que Juan no había sido quien inició la súplica, no era de esos que iban con el lloro por ahí, sino más bien todo lo contrario. Juan era un hombre de los que guardaban los problemas y los roía en su interior si eran fruto de sus decisiones. El cacique no podía permitirlo, jamás. Si Juan le dejaba y comía de otra mano, se esfumaba la posibilidad de que el día de mañana las tierras de su padre cayesen sobre su regazo como fruta madura. Esa noche no durmió, la pasó en su despacho con la puerta cerrada, entre copa y copa de brandy, mientras lo consumía la rabia. Le dio mil vueltas al asunto, pero no veía la manera de competir contra el puesto de ujier en diputación o de ordenanza en Gobernación, que era lo que había propuesto don Nicanor a Alan, y ello ocurriría no antes de tres meses. Lo único que tenía a su favor era que a Juan le costaría dejar solo a su padre, porque de sobra sabía que José no se marcharía. Así que, bajo la carga de la noche que terminaba y el crepúsculo que empezaba a manifestarse, tumbado en un cómodo sillón, con la camisa empapada de sudor, le vino a la mente la idea de un plan para retener a Juan. Se dejaría unos duros más por el camino, tocaría aquí y allá hasta cambiarle la realidad. No tenía más remedio que sacar a los hijos menores de la brega y pagarles la escolarización, y aprovechar la honestidad y esa actitud casi borreguil de Juan para crear en él un vínculo de deuda y gratitud que lo acompañase toda la vida. A María, la mujer de Juan, también debería persuadirla para que se opusiera a su marido si optaba por la idea de marcharse, y todo ello, bien valía cien corderos.

El agradable olor a café y a tomate abierto recién cogido despertó a Juan Cabral. A esa hora de la mañana, el calor de principios de julio sofocaba y pegaba el cuerpo a las sábanas de hilo. Permaneció tumbado en la cama con una pierna tan hinchada que parecía a punto de estallar, al tiempo que retomaba la lectura de la noche anterior por el lugar donde la había dejado. Recorría con la vista los renglones donde el Gabriel de don Benito relataba lo acontecido en el Santísima Trinidad cuando la voz de su mujer lo sacó del navío para comunicarle que lo buscaban. Con ayuda de un bastón de olivo, bajó cojeando las escaleras hasta encontrarse con Alberto, uno de los capataces del patrón.

—Don Miguel quiere que te presentes en su casa.

—No lo entiendo —susurró inaudiblemente Juan—. Creí que don Adolfo iba a explicarle lo de mi ausencia.

—Sí, el médico habló con él, yo mismo escuché de su boca que tenías que reposar ese pie. Pero... ya sabes cómo es don Miguel. Juan... yo solo soy un mandado.

—Ya, ya, no te preocupes. Ahora mismo me acerco.

En cuanto el capataz salió por la puerta, María tiró de malos modos los enseres de cocina con los que trajinaba y se dejó caer al suelo llorando desconsoladamente. Una y otra vez lanzaba al aire la pregunta de por qué, pero la única respuesta que halló la encontró en los ojos enrojecidos de su marido tratando de esconder la humillación.

—Es un mal nacido —rugió Juan, esforzándose para que su voz no se quebrara y dejara escapar el sollozo que retenía a duras penas—, pero también es el patrón, y de su trabajo dependemos, queramos o no. Ahora, si crees por un momento que sin él podríamos salir adelante, dímelo y se acaba todo aquí mismo.

—Si te obliga a trabajar con la pierna así, nos vamos.

Juan se vistió rápidamente, pues don Miguel no era un hombre al que se le pudiese hacer esperar. Salió de su casa y cogió la mula de la cuadra para sortear el camino. El pie imposibilitaba que su trote hasta la hacienda del cacique fuese regular, pues lo mantenía fuera

del estribo para no forzarlo. Al entrar en la hacienda, se dirigió hacia la casa del señor y lo encontró sentado en el jardín trasero, bajo una frondosa encina de copa alta, sacándole partido a la hermosa mañana mientras apuraba un coñac francés con esmerada meticulosidad.

—Buenos días, don Miguel.

El cacique se giró hacia él y percibió en sus ojos algo que nunca antes había visto. La cotidiana sumisión había dejado paso a algo que catalogó de estoicismo, el mismo que había visto en algunos fusilados o condenados a muerte cuando terminaban aceptando su suerte.

—Buenos días, Juan. ¿Cómo va esa pierna?

El que le preguntase por la pierna era un comienzo esperanzador: significaba que se había levantado de buen humor. La mañana era el inicio de su día, y el primero que hablaba con él corría la voz sobre el estado en que se encontraba. Había cambiado mucho desde que Juan se casó y vino a trabajar para él. El cacique ya no era el hombre esforzado, recto y meticoloso en extremo. Esa personalidad había caído con el correr de los años hacia un temperamento violento e inestable. Aunque Juan no lo sabía, su familia tenía parte de culpa en ello, si no toda. Por un lado, su padre, obstinado como una roca sobre la que llevaban dando golpes durante años sin siquiera cascarla; y por otro lado, su mujer, de la que se enamoró perdidamente el cacique, haciéndola participe de sus deseos. Por ella desnudó su alma, y por ella su alma se resfrió. Desde entonces, fue cayendo en un estado de desesperación que lo llevó a vagar noche tras noche por burdeles, a dejarse diluir en litros de alcohol y a arrastrar sus amaneceres por campos embarrados, portando unos anteojos con los que comía las migajas que manaba de la lejana imagen de María lavando la ropa en el arroyo. Se encerró en el único remedio que le hacía olvidar y mirar para otro lado: la gloria blanca que le conseguía desde Colombia un médico desacreditado, a cambio de un chorro de dinero que poco a poco iba acercándole a la perdición. Comenzó, como le indicó el médico, a tomarse una minúscula medida que desglosaba en particiones para consumir a lo largo del día. Pero al tiempo, desoyendo los consejos

del galeno, fue aumentando las dosis a dos, tres, cuatro y hasta cinco en los últimos meses, lo cual le proporcionaba raciones constantes de vigor, sudores, escalofríos y la roja imagen de un rostro consternado, cuyos ojos parecían querer volar de sus orbitas. Quizá fuera la gloria blanca lo que liberó su ADN dormido, o tal vez el enquistamiento del viejo José, o solamente la negación de María, o quizá todo eso. Fuera cual fuese la causa, el cacique dejó de ser el hombre opuesto al demonio de su padre, para comenzar a parecerse como el reflejo de un espejo. Así, pasó de dejar caer la mano vuelta para evitar descargar una bofetada sobre un viejo sin fuerzas, a bendecir la macabra esencia de su hombre de confianza, el Veterano, dándole rienda suelta para que ejerciera presión de cualquier intensidad y con todas las consecuencias sobre el sujeto que él señalase. Su transformación fue un proceso lento, pero preciso e imparable, que terminó por abrazar sin reparos cuando comprendió que la obligación de todo hombre de poder es ejercerlo sin mirar las consecuencias. «Al final, mi padre tenía razón —se dijo—, y yo he sido un incrédulo que dirigió su mirada hacia donde los necios la posaban» Pero esos pensamientos murieron el mismo día que lo comprendió y empezó a manejar los resortes que empujan a un hombre soberano a levantar una guerra y condenar con ella a miles de vidas en pos de un interés personal.

—¿La pierna? —preguntó Juan dirigiendo sus ojos a ella—. ¡Oh, la pierna! Sí, me cayeron unos trastos en el cobertizo y don Adolfo me aconsejó que no la forzara y que la dejase descansar.

—Sí, eso mismo es lo que vino a decirme esta misma mañana. Pero... sabes lo que hay, ¿no? Sin faena, no hay cuartos. Si quieres descansar, allá tú. Tienes mi permiso, pero si no quieres perder dinero, puedo ofrecerte un trabajo de varios días que no te acarreará problemas y que podrás llevar a cabo sin dificultades, incluso con esa contingencia.

No hubo un sí ni un no por parte de Juan, únicamente un cruce de miradas y la impaciencia que salía de los ojos del patrón frente a la neutra y serena frialdad en los del jornalero. «Otra vez ese altivo estoicismo», pensó el cacique. Temió la posibilidad de que la cuerda

se rompiera después de tantos años de trato vejatorio, así que pasó rápidamente a la acción poniendo su cara más tolerante.

—De verdad, Juan. No te pediría esto si no fuese verdaderamente importante. No tengo muchos hombres que me inspiren la confianza necesaria y que tengan la solvencia que tú me ofreces para llevar a cabo este asunto, incluso con la pierna en ese estado. Deja que te explique y luego decides, y te prometo que aceptaré sin contrapartidas tu decisión.

—Mande usted, don Miguel.

El cacique vio el cambio en su mirada, otra docilidad en su actitud, y supo que había mordido el anzuelo.

—Se trata de un negocio que puede reportarme numerosos dividendos. He conseguido afianzar intereses e influencias en algunos círculos muy selectos y notables, y prueba de ello es que puedo lograr un importantísimo contrato para abastecer de carne a quien elabora la mayoría de cenas de gala y celebraciones en Madrid, en los círculos de la alta política y en las recepciones de diversas embajadas. Pero para ello necesito pasar la primera prueba, que será en unas dos semanas, en una importante velada en el Palacio de Oriente. Si resulta un éxito, no me arrepentiré de la cuantiosa inversión que he tenido que acometer para sufragar la pequeña flota de vehículos ganaderos que preciso. Una de las condiciones indispensables es que el ganado sea de aquí, la otra, consiste en establecer un pequeño matadero en Madrid. Pero todo eso es ahora elaborar las cuentas de la lechera, así que lo primero es lo primero. Necesito unos ciento veinte corderos lechales y otros tantos cabritos antes de cinco días. Los vehículos que utilizaré para llevar los animales hasta la capital no estarán disponibles hasta la semana que viene, pero para entonces quisiera tener la tranquilidad de tener aquí el producto. Y es ahí donde entras tú. Es una responsabilidad muy grande que quiero encomendarte, porque si está en tus manos, podré dormir tranquilo.

Juan sabía lo que implicaban las palabras del cacique. Tenía que aceptar o de lo contrario tendría grandes posibilidades de caer en desgracia. Don Miguel siempre dejaba una salida, pero esta podía encaminar al desastre.

—Es algo muy importante, insisto, y sé que te llevaría unos días fuera de tu casa, por lo que estaría dispuesto a triplicar el sueldo de cada jornada que empleases.

—Muchas gracias por su ayuda, don Miguel. Le agradezco que me ofrezca un trabajo acorde a mis condiciones —acabó por balbucear Juan.

—Tú lo mereces. Quiero que te acompañen dos hombres más, pero sabes lo ajetreados que están los jornaleros en la vega, así que había pensado en que llevases a tus dos hijos mayores. Para ellos habrá el mismo sueldo que recibirás tú, por triplicado también —se apresuró a decir el cacique al percibir un asomo de duda en los ojos de su asalariado—. Y no solo eso, Juan, quiero hacerte participe de una idea que me ronda por la cabeza desde hace tiempo. Nada que comentar por ahí de momento. Intento llevar mis negocios más allá de donde los llevó mi padre, utilizando el progreso y la nueva maquinaria existente en el mercado. Y para ello, no solo necesitaré de una mano de obra fuerte y disciplinada, sino también de una horda de mentes formadas e instruidas. Por eso, quiero comunicarte que los hijos de mis mejores empleados, entre los que te encuentras tú, recibirán una óptima enseñanza que yo mismo me encargaré de costear, para que el día de mañana sean hombres preparados para la vida. Quiero que sepas que tus hijos estarán ahí.

—No... no... no sé cómo agradecersele, don Miguel —terminó por decir Juan, incrédulo ante la inesperada noticia que lo embargaba de felicidad.

—Simplemente saliendo ahí y cumpliendo tu cometido. Confío en ti a pesar de esa lesión.

Algunas veces, cuando hablaba con el patrón, Juan terminaba profundamente desorientado, pues tenía la impresión de que le hacía subir descalzo por una cuesta pavimentada de cristales rotos, para ofrecerle en la cima el regalo de unas espléndidas botas. Pero esta conducta del cacique era fácilmente explicable, pues atendía a la continua disyuntiva que le acarreaba Juan. Por un lado, necesitaba castigarlo con trabajo duro para él y sus hijos, como diana para los dardos de la ofuscación que sentía por culpa de su

mujer y de su padre; y por otro, era preciso darle, tras uno de esos castigos, un caramelo que lo mantuviera en sus redes para llevar a buen término sus fines.

Sin soltar prenda, el cacique sacó tabaco y le ofreció a Juan, no sin antes tomar una dosis de su medicamento colombiano. Luego se pasó un pañuelo por la nariz y le explicó.

—Quiero que mañana a primera hora salgáis para Ronda. Toma tres caballos en las caballerizas, para ti y tus hijos, y pídele a Eusebio que te coloque un capazo en una mula y que lo cargue con todo el material necesario para acampar. Ten en cuenta que cruzaréis la Sierra de las Nieves, y que a pesar del verano, las noches son frías y, en ocasiones, pasadas por agua. Luego busca a Antonio, el cocinero, y que te abastezca de manera holgada para la ida y la vuelta. Que no escatime. Y llévate también un queso y un jamón para tu casa, que no vendrá mal. Cuando lleguéis a Ronda, pregunta por el Bizco, que es quien se encarga de mis asuntos ganaderos en la dehesa. Muéstrale este papel con mis instrucciones y te entregará la manada de animales que tiene entre algodones para que todo salga según lo previsto. El esfuerzo es mínimo, ya ves. Salvo levantar las tiendas, todo es cabalgar al ritmo que la mula y el camino os permita. Aprovecha esos días para recuperarte de eso que tienes en el pie. Ah, y busca al Veterano y que te entregue un arma para el camino, que nunca se sabe.

—¿Alguna cosa más, don Miguel?

—Solo una. Quiero que me digas, aquí y ahora, si el día que falte tu padre accederás a venderme su tierra. Te recompensaré muy bien, y te juro por Dios que jamás te faltará trabajo, llueva o nieve. Es el único trozo de tierra que me falta por poseer, aparte de la que compró el extranjero, y una de mis debilidades.

Juan esbozó una respuesta que aún no había meditado, pero que complacería al cacique.

—Aún no es mía, don Miguel, y espero que siga así por muchos años, pero el día que lo sea, supongo que no habrá problemas para que lleguemos a un acuerdo.

—Eso espero Juan, y tomo tu palabra.

Antes de dirigir sus pasos a casa, llevando consigo la noticia que haría poner el grito en el cielo a su mujer, Juan pasó por la zona del servicio, tal y como su señor le había indicado. En la cocina, con un pie en la despensa, trabajaba su amigo el cocinero. De Gálvez no era el hombre que todos recordaban cuando regresó de la contienda. No fue obligado por reclutamiento a intervenir en ella, como fue el caso de Juan, sino que las circunstancias familiares lo obligaron a dejar su hogar con quince años recién cumplidos y buscarse la vida por el mundo. Durante algunos años, el único contacto que tuvo con su familia y su mejor amigo fue a través de cartas que enviaba desde distintos lugares en el mundo, donde decía que trabajaba como marinero y cocinero de apoyo en un mercante que alternaba rutas entre América y Asia, intercalando, extrañamente, siempre el puerto de Róterdam. Él y Juan habían sido amigos desde muy niños, una amistad que no interrumpieron ni durante los años que estuvieron separados ni durante la guerra, donde Dios, o el destino, quiso reunirlos de nuevo en mitad de una emboscada en una selva alejada de toda realidad. Juan logró salvar la vida gracias a la intervención de su amigo, y fueron dos veces más las que el cocinero salvó a Juan en el transcurso de sorpresivas escaramuzas que explotaban en cualquier instante. La primera de ellas, cuando mató a un nativo que intentaba acuchillar a Juan por la espalda; la segunda, cuando un grupo de soldados comandados por un joven teniente, hijo y nieto de arrogantes y pomposos militares, que creía que la guerra era igual a los retratos donde sus antepasados pasaban revista, quedó a merced de un numeroso batallón de tagalos que los acribillaban desde todos los flancos. Sin embargo, lo acontecido en ese trance nunca salió por boca de Juan, porque así se lo pidió Antonio, pues para el devenir, lo que menos interesaba es que creyeran que arrojaba sombra de héroe.

El amigo se alegró de verlo, y, como cada vez que recibía su visita, se la jugó al recortar parte de las reservas de manjares que atestaban la despensa del cacique. De Gálvez tiró a una lata de

desperdicios, que luego irían a parar a los cerdos, el papel escrito de puño y letra de don Miguel, donde se lo autorizaba a dar tocino, pan y arencas a Juan, junto con el inesperado regalo del jamón y el queso. Aparte de eso, el antiguo sargento sacó varias botellas, no del mejor vino, que hubiese alertado al patrón, pero sí de otro de gran calidad, dos jamones curados que no se dejarían notar en el techo de la despensa atestada, y una orza de barro llena de reciente lomo en manteca. Juan se las vio y se las deseó para cargar todo en su mula, pero finalmente, con la ayuda de dos capachos y el auxilio de los altos limoneros, consiguió sacarlos de la hacienda sin ser visto.

De madrugada, a una hora muy temprana, toda la casa bullía con la partida de Juan y los niños. Las niñas se habían despertado con lo inusual de tanto alboroto, y los más pequeños amanecieron de la misma forma que se fueron a la cama, con llantos, pues también querían ir, creyendo que todo lo que se urgía alrededor de la cocina y tanto lomo era el mero preámbulo a una excursión. José y Juanito, los agraciados para acompañar a su padre, reían de excitación, más espabilados a esas horas que un gato buscavida. La única que no estaba contenta con tanto trajín era María, que, en camisa de dormir, merodeaba entre una trifulca de fuegos y sartenes al tiempo que intentaba desmigrar su amarga resignación. El día anterior habían discutido después de que Juan le comunicara el encargo del cacique. Por la noche, la riña se intensificó, pero finalmente el intercambio de puntos de vistas enfrentados se estrelló contra el muro de la realidad. Había que hacerlo, pues no había alternativa viable que quedase fuera del desamparo.

Poco después, Juan y sus dos hijos salieron en dirección a Ronda montados sobre los caballos y con la mula del patrón cargada con los pertrechos necesarios para afrontar el viaje de ida y vuelta.

Un sol picante entraba por la ventana del salón, delatando las partículas de polvo que contaminaban el aire alrededor del cacique. Su mujer, que compartía el desayuno con él, le preguntó el motivo

de esa aparente alegría que a esa hora de la mañana le iluminaba el rostro.

—Nada especial, solo un asunto trabado en el tiempo que pienso destrabar hoy —insinuó sin apartar la mirada de una tostada, conteniendo apenas su excitación.

Acabado el desayuno, don Miguel tomó una copa de coñac y fumó un habano, tras el cual bebió otra copa. Cosa extraña en él en los meses estivales. Llamó a gritos a un criado y le ordenó que preparara su caballo y que llamase al Veterano.

Ignacio, el Veterano, como todo el mundo le llamaba, era el capataz mayor de la hacienda y la persona en quien más confiaba el patrón. El apodo le venía por su participación en las revueltas de Cuba, anteriores a la Guerra, pero ese apodo dejaba paso al de Ropanueva cuando no estaba presente. Don Miguel decía que si en la guerra hubiera habido más hombres con sus arrestos, otro gallo hubiese cantado, y el precio de los habanos sería todavía asequible a cualquier muerto de hambre. Era bastante mayor que él, pero amigo inseparable desde que su padre lo pusiera a su lado como perro guardián en su niñez. A lo largo de su vida le había demostrado ser un pozo ciego de inestimable seguridad donde delegar y almacenar sus instintos más sombríos. Por una palmadita de su patrón, decían que era capaz de despellejar viva a su abuela, y aunque en la realidad no había llegado a ello en el sentido literal de la palabra, sí había dejado un reguero de sangre allí donde su amo lo hubiese indicado o simplemente sugerido. Su fortaleza física le había conferido desde niño la suficiente ventaja para verse continuamente inmerso en riñas, de las que siempre salió ileso. Era infalible promoviendo esquiroles o, si era necesario, tirando a los costados con toda la industria de Albacete. En los tres últimos años, coincidiendo con el precipitado e imparable embrutecimiento de su amo, decían que había mandado a varios hombres a la tumba, pero en un tiempo que los caciques eran poco menos que señores feudales, esto era solucionado sin dificultad.

—Mande usted, patrón —gritó el Veterano, anteponiendo la saliva de sus podridos dientes.

—Quiero que hoy se lleve a cabo lo acordado anteayer. Voy a salir y probablemente no ande por aquí, así que encárgate de todo.

La espontaneidad del cielo irrumpió con una violenta tormenta cuando Juan y sus hijos se hallaban a la misma distancia de Cártama que de Yunquera, paso obligado y primer destino en su ruta hacia Ronda. Habían mantenido un trote lento pero constante, suficientemente rápido para quitar camino y dejar atrás la repentina lluvia. Desde que el día rompió con su claridad, había mutado constantemente, alternando cortos chubascos y grandes claros, hasta que finalmente se mostró cerrado y oscuro por la intensa cortina de agua que impedía ver más allá del tiro de una piedra. Durante los intervalos no titubearon y avanzaron a pesar de que se hallaban empapados hasta la médula, pero cuando el cielo se cerró y abrió el grifo de su manantial, se resguardaron bajo una lona de campamento montada en un lugar desprovisto de árboles, a la espera de que el aguacero remitiera. Consiguieron encender un fuego que les calentó el alma y pusieron a cocinar varias lonchas de gruesa panceta. Con todo, no debían demorarse demasiado, así que Juan decidió esperar otra media hora y, aunque el temporal no menguara, reemprenderían la marcha.

El único temor que albergaba Juan era su hijo José, fuerte como un roble, pero al mismo tiempo enfermizo. Nueve meses atrás había contraído un principio de pulmonía del que solo pudo recuperarse gracias a toda la disposición que puso don Adolfo, el médico.

Paró de llover. Se secaron y estrujaron la ropa cuanto pudieron, pues no llevaban otra muda. Juan le dio a José otra lona seca para que se cubriera el cuerpo. Con el sol nuevamente reinando, pero con la inquietud de que el reinado fuera breve, emprendieron viaje con la intención de avanzar todo lo posible antes de la noche. Juan estaba preocupado por un repentino temblor que se había apoderado del cuerpo su hijo. A pesar de su reserva, el chico percibió la intranquilidad de su padre.

—¿Le preocupa algo, padre?

—No, nada —respondió Juan dejando el tiempo suficiente para responder algo distante de sus verdaderos pensamientos.

—Es que le veo muy serio —dijo José castañeando los dientes.

—Pensaba en don Adolfo —comentó el padre desviando su inquietud—. Es un gran hombre.

—Naturalmente que sí, es médico —sentenció su hijo con la voz entrecortada por el enfriamiento.

Juan fijó sus ojos en él. El comentario había tirado de su interés.

—No, José, no te equivoques. Ser médico no lleva consigo ser buena persona. El mejor médico del mundo puede ser a la vez la persona más mala, de la misma forma que el peor puede resultar la más piadosa y entregada. No es cuestión de técnica ni experiencia, sino de interés y predisposición. Por suerte para nosotros, los pobres, don Adolfo reúne todas esas buenas cualidades. Y donde señalo con el ejemplo de un médico, pon lo que quieras: un cura, un militar, un terrateniente o un individuo que no tenga dónde caerse muerto. En todos esos casos, conocí sus diferentes versiones, así que fíjate siempre en la persona y no en la cáscara que la envuelve.

Al día siguiente pararon a comer en Tolox, un pueblecito hermoso por el que transcurría un río de aguas diáfanas y heladas, aun en esa época del año. Era la puerta utilizada por la mayoría de los comerciantes del Guadalhorce para acceder a las inmediaciones rondeñas, y por eso era constantemente transitado por individuos de toda calaña, que a su paso descansaban y comían antes de aventurarse en la parte más ardua y peligrosa del recorrido. Evitando las tabernas y refugios por mor de la economía, Juan y sus hijos acamparon para almorzar a la salida del pueblo, junto a un chopo bañado por aguas cristalinas. La pierna dolía, pero Juan obvió el sufrimiento y puso abundante aceite en una sartén atiborrada de hollín, y cuando este estuvo caliente, echó una cantidad notable de habas hasta que se frieron y ablandaron. Después añadió una cebolla que habían cogido por el camino, y, finalmente, estrelló cuatro huevos sobre el sofrito. Acompañaron el plato con una buena porción de queso viejo que había que agradecer a De Gálvez. Mientras Juan degustaba un rojo y afrutado vino tinto, los hijos bebían en el mismo río al tiempo que se

embelesaban observando las truchas que lo cortaban a media profundidad.

Al atardecer cruzaron un puerto de montaña donde, en épocas pasadas, abundaron bandidos y huidos de la justicia. En esos días aún hay gente obligada a tirarse al monte por circunstancias diversas, y de todos los posibles, elegían estos parajes agrestes y tortuosos que poblaban cada recodo del laberinto rocoso, ideales para sorprender y no dejarse sorprender. Ese era el motivo por el que la gente que se adentraba en estos lugares lo hacía en compañía y armada.

Era noche absoluta cuando la ciudad de Ronda apareció a lo lejos. Juan ya había estado años atrás, pero sus hijos la presenciaban por primera vez, y se quedaron asombrados con su hermosura. Palacios moros y cristianos se mezclaban a ambos lados del tajo pintando de arcaica y misteriosa belleza la faz de la ciudad que un día albergó al valiente Hamet el Zegrí.

Aunque eran altas horas de la noche. Los parques ajardinados y las calles estaban atestadas de gente que descansaba del calor, perfumando sus sentidos con las fragancias de las numerosas plantas que conquistaban cada rincón, cada atalaya y cada precipicio. Fue quizá por eso por lo que Juan decidió encontrarse con el Bizco. Varias veces preguntó por él, y con cada una de esas preguntas fue acercándose más y más hasta que, finalmente, llegó a unas casas de difícil acceso situadas en las laderas del tajo, rodeadas de canales que regalaban un fresco murmullo de aguas corrientes. El Bizco resultó ser un patriarca gitano que les impidió acampar fuera de su protección y acomodo. Cuando llegaron Juan y sus hijos, habían acabado de comer, pero aprovecharon la súbita aparición de un bienvenido para reavivar las hogueras, sacar las guitarras y estirar lonchas de tocino sobre los negruzcos palos que utilizaban como asadores. Saciados de tocino bellotero y carne, los miembros de la familia Cabral decidieron dar una vuelta por la ciudad y verla en toda su extensión. Los niños caminaron sobre las murallas musulmanas y sus adarves, alrededor de los baños árabes y los antiguos arrabales, y se metieron en cada uno de los rincones que había en el tajo, para terminar, naturalmente, en la plaza de

toros, siempre observados a cierta distancia por su incapacitado padre.

—Aquí ha de haber muchos don Miguel —susurró José, absorto con la cantidad de magníficos palacios.

El padre lo miró riendo y le dijo que sí, que debía de haber muchos, pero que posiblemente resultara más rentable al trabajador, porque si se cerraba una puerta, había otras donde pegar.

—¿Y ellos han construido todo esto? —volvió a preguntar el hijo.

—No, no lo creo. La mayoría de los palacios fueron construidos por los musulmanes, lo mismo que las murallas y las torres.

—¿Quiénes eran los musulmanes? —demandó el hijo más pequeño.

—Fueron quienes gobernaron y modelaron estas tierras durante muchos siglos, aunque en España les llamábamos moros. En ocasiones fueron sabios, cultos y tolerantes, y también dicen que poseían enormes riquezas que dejaron enterradas bajo el suelo del Al-Ándalus, que era como ellos llamaban a España, para el día que pudiesen regresar y recoger lo que les pertenecía. Por eso hay tantas leyendas que aluden a magníficos tesoros ocultos por todo el territorio de España, y especialmente en Andalucía. Pero también es cierto que los españoles somos demasiado soñadores y recurrimos con bastante frecuencia a los cuentos que nos dejaron nuestros antepasados. Y es por eso mismo que no creo que debajo de cada castillo o fortaleza se encuentre enterrado un tesoro.

—¿Y el castillo de Cártama? ¿También era de los moros? —preguntó José.

—También.

—¿Y podríamos buscar ese tesoro y comprar nuestra propia tierra lejos de don Miguel? —murmuró el pequeño Juan sutilmente, como para sí.

—Creo que si hubiese un tesoro enterrado en el castillo, no nos hubiese esperado tanto tiempo —le explicó Juan riendo, mientras acariciaba el cabello de su hijo—, pero voy a haceros partícipes de una historia que me contó mi abuelo cuando yo era niño. Cuentan que, cuando los cristianos tenían sitiada la fortaleza de Cártama, una de las más importantes del reino nazarí, estratégica y

militarmente, esta había recogido las riquezas de otras fortalezas musulmanas de los alrededores, que previamente habían caído en poder cristiano. La intención de sus moradores era desplazar el tesoro al castillo de Málaga antes de que llegaran los cristianos y utilizarlo para seguir defendiendo el resto del reino nazarí. Pero antes de conseguirlo, las tropas de los Reyes Católicos sitiaron la fortaleza.

»Viendo esto, el alcaide envió a un soldado de confianza hasta la fortaleza de Málaga para pedir instrucciones sobre los pasos a seguir. Cuando regresó, el soldado trajo la orden de enterrar el tesoro en un lugar inaccesible y secreto para que no cayera jamás en poder de los cristianos. Dicen que así lo hizo el alcaide antes de rendir la fortaleza, pero que a la vez protegió el tesoro de la avaricia cristiana cubriéndolo con piezas y joyas de menor calidad que sacaron a la vista de los vencedores. Se cuenta que el alcaide ocultó el tesoro en una cámara situada bajo tierra, en mitad de un túnel construido siglos atrás, que distaba entre el castillo y el río; un túnel que, en caso de necesidad, podía ser utilizado como ruta de escape. Me contó mi abuelo que muchos hombres a lo largo de la historia buscaron ese túnel; sin embargo, nadie lo encontró, por lo que no debe ser cierto. También dice la leyenda que con aquellos moros habitaba un diablo invencible y despiadado. Fueron varias las veces que intentaron apresarlo y matarlo, pero ninguna flecha consiguió penetrar en su piel, pues era dura como jamás vieron armadura. Cuando corría, contaba mi abuelo, lo hacía dando voces y gritos ininteligibles que helaba la sangre de todo aquel que lo escuchaba. Al final, gracias a Dios, desapareció en las entrañas de la tierra, donde creen que mora desde entonces esta criatura de los avernos.

Cuando Juan terminó de relatar la historia, supo que sus hijos no dormirían en mucho rato. Así se lo insinuaba el brillo de sus ojos mientras permanecían callados. El padre sintió nostalgia de su abuelo y de un tiempo pasado y maravilloso que nunca conoció. Los hijos seguían como buscando resquicios, peros y pros a la historia. Finalmente, Juanito rompió el mutismo.

—Yo pienso buscar ese tesoro —dijo con firmeza.

—No seas tonto —le dijo su hermano dándole un cogotazo—. ¿Te vas a creer esa historia? A ver si lo que encuentras es el demonio. Lo que tienes que hacer es terminar de aprender a leer y a escribir, que ya tienes edad para ello.

Con la claridad de la mañana fueron despertados por el piar de una bandada de pájaros que poblaban de aleteos el fresco cielo de la ciudad. Tras un suculento desayuno compuesto por café de cebada, pan negruzco con restos de granos de trigo y chorizos a las llamas, emprendieron el viaje de regreso con el rebaño abriéndose paso delante de ellos.

El ganado era nuevo y sano, por lo que no tendría problemas con don Miguel. Nada más emprender el camino de vuelta, se toparon con una pareja de la Guardia Civil que acababa de pasar la noche en un cortijo cercano. Alertaron a Juan de que había bandidos en la zona, pues varios cortijos habían sido asaltados en los últimos días. Continuaron caminando entre despeñaderos y rocas sueltas; entre zonas verdes y otras marchitadas por el viento gélido que soplaba desde las altas buitreras en las madrugadas llenas de escarcha; entre alfombras de agujas de pino y espinos punzantes. El camino prosiguió sin incidencias, hasta que José, presa de una fiebre repentina, divisó varias formas oscuras acercándose lentamente y con cautela por una pendiente que se descolgaba a su derecha. Bajándose un poco la tela que le cubría casi toda la cara, llamó a su padre y le indicó con el ceño fruncido la dirección de la visita.

—Vosotros ni una palabra —ordenó Juan, haciendo señas para que se situaran tras él, mientras reparaba en que el dolor de la pierna se había esfumado.

—Con Dios —dijo el más alto de los tres individuos, que tenía la cara picada de viruela.

—Con Dios —respondió Juan.

—No os hemos seguido hasta aquí para saludaros, cretino —sentenció secamente otro.

Juan examinó a los tres individuos y se hizo una idea bastante acertada de la situación. Sus días en el ejército le habían conferido una capacidad notable para advertir la calaña de ciertos sujetos. El primero que había hablado era el más peligroso. Sus ojos llevaban

implícita la muerte, pero también la cautela. Sin duda se trataba de un veterano bien lidiado que sabía lo que hacía. Si se le llevaba el juego, no habría problemas. El de su derecha, que no había abierto la boca, era un tipo frío y peligroso, pero plenamente consciente de su sumisión al primero. Lo que hiciera dependía de lo que este ordenara. El tercero era el que había aclarado que aquello era un asalto. Temblaba como un ternero recién nacido, seguramente por inexperiencia. Era el más problemático de los tres, más por su inestabilidad que por su seguridad y control. A pesar de lo que dijera el jefe, habría que tener un ojo puesto en aquel tipo.

—No llevamos dinero —argumentó Juan con una tranquilidad que puso sobre aviso al jefe de los bandidos—, podéis registrarlo todo. Soy un mandado, y el ganado pertenece al cacique. Estos son mis hijos, así que no moveré un dedo para impedirlo. Coged algunos corderos, si es lo que queréis, y dejadnos seguir adelante.

—Hemos venido a por todo —repitió el mismo de antes.

—¿Todo? Con algunas podréis escapar y puede que nadie os encuentre, pero ¿con todo el ganado...? Vosotros mismos. Ya he dicho que no me interpondré.

El jefe estudió a Juan con detenimiento y creyó ver un espejo. No era lo que le habían dicho, pero supo que con los hijos de por medio el éxito de su misión estaba asegurado. Con esa idea, avanzó con parsimonia sobre el caballo, sin quitar la vista del revólver que Juan llevaba en el cinto y le ofreció un trago de vino.

—Los corderos —le dijo a Juan mientras este aceptaba el trago—, sé que es una locura, pero somos hombres desesperados haciendo la última apuesta. Tendrás problemas con tu patrón, lo sabemos, pero entiendes que esto es así, ¿verdad?

Juan asintió, sereno, y el canijo nervioso protestó la cuantía.

—Inútil —le gritó secamente el jefe con un desdén desbocado—, incluso con la mitad del ganado podría vernos el comandante desde el sillón de su casa.

Los niños rieron el insulto y esto atrajo hacia ellos al canijo. El aire se espesó. Con apariencia de no haberlo meditado, descargó sobre el más pequeño una bofetada que lo arrojó al suelo. Juan vio que su hijo no tenía más que magulladuras, así que logró contenerse. Él sí,

pero su hijo mayor no. José, a pesar del temblor que tenía, levantó su mano y con una fusta de membrillo le cruzó la cara al canijo. Fue la chispa que cebó el ambiente hasta hacerlo estallar, desatando un trajín de movimientos bruscos que formó un nuevo dibujo en las posiciones. De las tres figuras, había una en actitud amenazante, visiblemente fuera de control, pero las dos restantes, el jefe de la partida y el otro hombre, dejaban entrever la intención de reconducir la situación. Juan estaba allí, frente a ellos con evidente voluntad de poner toda la carne en el asador si era preciso. Pero el canijo no pudo afirmarse en ese mar de quietud vigilante y terminó rompiendo una espera que parecía eterna, golpeando con todas sus fuerzas el rostro de José, que también cayó al suelo como su hermano, pero con la mala fortuna de romperse el cuello en el fatídico segundo en que un tropel de huesos quebradizos farfulló. Juan lo vio como a cámara lenta, pero lo supo incluso antes del macabro ruido. Y quizá fuera ese nefasto presentimiento lo que le dio la ventaja necesaria para actuar. En un palmo de terreno sacó el revólver y disparó varias veces sin arrojar plomo alguno. Sin detenerse a pensar, sacó la navaja del bolsillo trasero y tiró un tajo a la yugular del canijo que lo fulminó antes de que fuera consciente de lo que ocurría. Aprovechando la inercia del primer ataque, giró para encontrarse con el siguiente bandido, que leyó su intención y se apartó sin devolverle el ataque, incluso viendo la pérdida de equilibrio en la guardia de Juan. Se volvió para arremeter nuevamente, pero quedó paralizado cuando vio a su otro hijo con la navaja del jefe en la garganta.

—Esto no tenía que haber ocurrido. Es un lamentable infortunio que no habíamos planeado, por supuesto, y te aseguro que me perseguirá toda la vida. Lo siento, te lo juro por lo más sagrado, Juan.

¿Juan? El que lo hubiesen llamado por su nombre lo descolocó más aún, al tiempo que se preguntaba por qué extraño motivo el revólver no había matado a nadie.

—Tenemos que irnos, y tenemos que llevarnos esos corderos —dijo un poco fuera de sí el jefe—. Tu hijo vendrá con nosotros como

salvoconducto hasta aquella loma lejana. Allí lo soltaremos y en poco podréis reuniros. Para entonces, nosotros estaremos lejos.

—Mi hijo no va a ir a ningún lado.

—Sabes que no tienes alternativa. Y te doy mi palabra de que cumpliré lo que digo.

Se marcharon con el pequeño sobre la montura del jefe mientras Juan se quedaba en el suelo llorando en silencio. Después corrió hasta el cuerpo inerte de su hijo, tendido sobre unas rocas, sin más fuerza que la de la desesperación. Lo llamó un sinfín de veces, pero a ninguna de ellas respondió, y tampoco sintió su pulso cuando lo buscó. Preso de la locura, aludió a Dios en profundas y sentidas blasfemias, hasta que con la voz rota y apagada, hundió su cabeza y se abrazó al pequeño cuerpo. Allí se quedó, con el corazón desgarrado por el dolor, con la vista perdida en el cielo, mientras su Juan se alejaba de él llorando a lágrima viva.

Aquella tormenta de desgracias pasó sobre la familia Cabral derribando todo a su paso. Los primeros chubascos cayeron el mismo día de la partida de Juan y sus dos hijos, mientras don Miguel hacía la digestión del succulento desayuno. Ese día, salvo por el hecho de que Juan y sus dos hijos mayores se encontraban ausentes, todo era pacífica rutina.

María se encontraba preparando la comida para el almuerzo, con aquel esmero que siempre la caracterizó en la cocina. María Candela, que a esa edad era la felicidad de la familia, ponía en práctica la indescifrable verborrea que siempre arrancaba las risas de su abuelo José, con la misma intensidad que Fahala arrancaba los árboles con sus inesperadas crecidas invernales. De Remedios solo cabía esperar una conducta: su dedicación exclusiva y apasionada a su hermana pequeña, que iba más allá del simple deber; y de Miguel y Francisco, lo cotidiano de andar donde solían de un tiempo a esta parte, campeando una caterva de incontrolables cerdos por esos ríos y arboledas, hasta que la noche se alzaba. Por todo eso, a primera vista nada había de particular en el ambiente.

Sin embargo, algo no cuadraba en el acostumbrado esquema que amparaba los límites del lagar donde residían los Cabral, y ese algo era la rara e inusual presencia del cacique.

Don Miguel llevaba algún tiempo acortando la distancia que había impuesto a sus deseos, pero nunca más allá de donde podía distinguir, sin ayuda de anteojos, la diaria laboriosidad de María. Todo comenzó como un desahogo fortuito que le susurró una espesa tarde de vino, y a partir de aquel día lo repitió cada vez con más frecuencia. Los primeros días le resultaron crueles, pues a su masturbación de mirón descompuesto le seguía una profunda desazón de culpa, que solamente desterraba cuando el párroco lo absolvía mediante el repetitivo murmullo de sus oraciones y su paseo por el cepillo antes de abandonar el templo. Pero con la constancia se fue acostumbrando hasta que el tedio le insinuó, con gritos más altos, que no había nada malo en su actuar. Ese mismo tedio le fue abriendo nuevas puertas para las que antes no hubiese encontrado llaves, y cuando las cruzó, averiguó con tranquilidad que los pasillos de sus fronteras se ensanchaban. Así, con un empeño cada vez más avivado por la corrosión de su moral, y envalentonado por el excesivo consumo de medicina colombiana, don Miguel llegó a aventurarse donde no lo había hecho desde que recibiera la negativa más dolorosa que sufrió. Al principio no pensaba llegar hasta donde llegó, pero la excitación casi infantil con la que amaneció aquella mañana luminosa lo fue moldeando con el paso de las horas para que actuara como finalmente actuó. Su cara escondida tras los pajizos matojos veraniegos y su tembloroso cuerpo eran la definición de la bisoñez cuando abandonó el desarrollo de su deleite más personal para sopesar un deseo que pedía a voces convertirse en realidad. Su mente adoptó la imagen de los «yo» que anidaron en su vida: uno cordial, etiquetado con la ética y la moral conservadora que le enseñaron los curas del internado; otro resolutivo e invariable que caminaba por el sendero de su influencia y su poder; y otro que no conocía, pero que empezaba a arraigar profundamente en él susurrándole la posibilidad de que sus palabras y deseos debían de cumplirse, amparándose en que no había dolor más sentido e intenso que el

propio. Fue ese último «yo» el que se impuso, empujándolo a salir de su escondite para internarlo en el mundo de la realidad que le brindaba el placer y la certeza de conseguir cuanto quisiera a la luz de su poder. Sin miramientos de ningún tipo, anduvo la corta distancia que lo separaba del lagar, su lagar, y con una determinación de demente puso el cerrojo de la cuadra donde acababa de entrar Remedios con su hermana pequeña. Desoyendo las voces que salían del interior, encaminó sus pasos hacia la puerta principal de la casa, mientras una intranquilidad de enamorado se hacía perceptible con un escalofrío. Entró por la cocina, sin prestar atención a los aromas de la olla humeante. Cruzó por una salita contigua sin encontrar la razón de su incursión. Desde allí se accedía a tres puertas. La primera, la de la izquierda, a un cuartucho húmedo y vacío del que salió un gato esparciendo su ronroneo; la segunda, donde el olor a cebollas y patatas lo embadurnaba todo; y la tercera, la central, que daba paso a un salón donde encontró a María recosiendo una tela desgarrada.

Lo inesperado de la visión hizo que María soltara lo que tenía entre las manos. Tal fue su desolación que no abrió la boca hasta que oyó al cacique esbozar, con un arrebató de locura, algo parecido a las pesadillas olvidadas.

—¡Te deseo más que a nada en este mundo! Juro por Dios que te me pones de bocado hoy o te como cruda.

María supo que no mentía, y sin pensar las consecuencias en caso de éxito, con un aplomo desconocido incluso por ella misma, le arrojó al cacique un tiesto de cerámica granadina. Pero falló y el cacique corrió hasta abordarla refregándole el sudor de su cara roja, donde crepitaban dos ojos como carbones incandescentes. No lo pararon las uñas que le cortaron la piel de la cara, ni los gritos, y centró su atención en gobernar aquel aspaviento de brazos que se desesperaban en la defensa. Una vez que lo consiguió, lamió el rostro de María con un deleite desmesurado. Cuando finalmente le introdujo la lengua en la boca, a punto estuvo de perderla con el mordisco que esta le propinó. Fue entonces cuando perdió los últimos flecos de modales que aún colgaban de él y le endosó dos golpes secos en la boca del estómago que la hicieron desfallecer.

Pero como la lucha que mantenía María por su honor era a vida a muerte, con todas sus consecuencias, se recuperó con una rapidez asombrosa para continuar la resistencia. Viendo que no conseguía nada, el cacique se apartó de ella y le dijo con calculada frialdad:

—Juro por Dios que no me acerqué para esto, pero estando aquí se me metió en la cabeza, y por los huesos de mi padre que lo conseguiré.

—Antes tendrás que matarme —le escupió ella, jadeando por el esfuerzo.

—Si ha de haber muertes, sea, pero te aseguro que no será la tuya. Por Él, que está en las alturas, que será la de tu marido —vaticinó besando la cruz que formó con los dedos.

María le creyó, y se derrumbó en el suelo ahogándose en el mar de su impotencia. Sus lágrimas brotaron y un llanto de derrota la cubrió.

—¿Por qué nos hace esto, don Miguel? ¿Por qué? —masculló entre lágrimas.

—Yo no quería llegar aquí, María, pero tú me obligaste.

—Yo, ¿por qué?

—Por tu negación, por tu obstinación. Un día te ofrecí todo lo que tengo, e incluso miré bien por tu familia, procurando a tu marido lo que siempre había deseado, ¿y es así como me pagas, con desprecio?

El cacique la acercó hasta su pecho y palpó las lágrimas entre sus dedos.

—No llores —le dijo—, quiero que sepas que lo mío es verdadero amor. Inténtalo al menos y comprobarás cómo me aseguro de que tu familia no sufra nunca.

Mientras se desnudaba obligada por el patrón, que le dijo que sus hijas eran rehenes en manos del Veterano, María lloraba en silencio. A pesar de las seis criaturas que había traído al mundo, a sus treinta y pocos años poseía un cuerpo sedoso y firme que le evaporaba la edad. Una vez que la mujer estuvo totalmente desnuda, don Miguel observó el hermoso cuerpo aún poderoso en firmeza, pero viendo que su miembro no reaccionaba ante tanta belleza, golpeó a la mujer en la cara con el exterior de la mano. Lo repitió varias veces

más, hasta que terminó por excitarse y sentir la seguridad de su respuesta viril. Empujada, la mujer cayó de espaldas en un colchón de paja, y a continuación empezó el sufrimiento que tanto había temido durante años. Suscitando asco, el cacique movió sus regordetas y enjoyadas manos con lascivia por todo el cuerpo de la mujer, recreándose en cada parte que sus deseos había imaginado durante tanto tiempo y comparándolas con la realidad, hasta que por fin la violó con parsimonia mientras María ocultaba su vergüenza en un punto perdido en la nada. En el mismo instante que vertió en ella su ira blanca, don Miguel sintió curada su alma de la negación y la contrariedad en que lo sumió esa mujer, pero al momento lo asaltaron la desdicha, el resentimiento y la culpabilidad que no desterró hasta que el influjo de su testosterona le hizo recordar esos momentos de placer.

Desde el atardecer en que descorrió el cerrojo que mantenía encerradas a sus hijas, María no había dejado de lavarse pulcramente sus partes íntimas, como si con ello pudiera desterrar la mancha de repugnancia que sentía en lo más profundo de su ser. Su único deseo era que en su cuerpo no creciera la semilla que el mismo diablo había depositado. Todavía por la noche recordaba el tacto de la bestia que había destrozado su felicidad, y también sus últimas palabras jurándole que si se iban de la casa y abandonaban su tutela, se encargaría de que Juan conociera lo ocurrido ese día. A pesar de todo, daba gracias a Dios porque sus hijas no hubiesen visto al patrón, ni sospechado lo ocurrido esa tarde.

La noche fue interminable; llena de pesadillas y pensamientos que la desgarraban. Se había repetido una y otra vez que tenía que seguir adelante, que su marido no debía de saber jamás lo ocurrido. Se haría un nudo en la memoria y estrujaría con él lo acontecido esa tarde. Debía hacerlo por ella, por su marido y por sus hijos.

Tres días más tarde fue asaltada por las campanas de la iglesia de San Pedro que anunciaban muerte. Con paso inseguro se acercó a la ventana y miró por ella. El sol naciente hacía imposible ver con

detalle las manchas oscuras que desde lontananza parecían venir en su dirección. Echó agua en una palangana y se aseó, se vistió y bajó las escaleras. Al salir a la puerta, lo que vio le heló la sangre.

Un carro fúnebre que portaba un ataúd era arrastrado por dos oscuras mulas. Lo cortejaban un grupo de personas del pueblo, entre las que reconoció a su marido abriendo la comitiva. Junto a él estaba el pequeño Juan. Ambos lloraban desconsoladamente. María tuvo un presentimiento funesto. Corrió hasta su marido y al verle la cara confirmó en sus ojos lo que momentos antes había pasado por su cabeza. Destrozada, cayó al suelo con la vista perdida en el cielo. Tenía la boca abierta, pero de ella no salía ningún llanto, solo un débil y apagado aullido de rabia que entraba en los oídos de su marido como un bastoncillo de zarzas. Sus encallecidas y limpias manos tiraban de sus cabellos arrancándoselos, pero no sentía dolor alguno, porque otro mucho mayor no dejaba espacio ni siquiera para el aire que respiraba.

Por la tarde, la casa estaba llena de gente acompañando a la familia en el dolor. Algunos hombres salían a encender un cigarro mientras otros entraban para dar su pésame. Pululaban parientes, amigos, vecinos, conocidos y un sin fin de personas que intentaban consolar a la destrozada familia. En nada, José sería enterrado y no quedaría más que un recuerdo perenne que arañaría por siempre sus corazones.

María se encontraba rodeada por un enjambre de abanicos que surcaban el aire intentando desterrar su sofoco. Quería que todo no fuera más que una terrible pesadilla de la que finalmente despertaría dando gracias a Dios, y a veces, tenía la sensación de que verdaderamente lo era, pero al pellizcarse la cara para despertarse y salir de ella, comprobaba con abrasador desengaño que todo era una verdad tan grande que, por doler, dolía hasta el alma.

Poco antes de que el cuerpo sin vida de José partiera para siempre, entraron a dar el pésame las personalidades más influyentes del pueblo. Primero llegaron el párroco y el médico, y poco después don Miguel, que fue dando las condolencias a los cercanos a la familia. Al llegar al rincón donde se encontraba María, rodeada de mujeres, se fijó en su cara empapada por la angustia y

poblada de arrugas antes inexistentes, y sintió una profunda desazón. En ese instante supo que todo cuanto había sentido durante años era un mero deseo, irresistible, fuerte, pero deseo al fin y al cabo, y sintió una honda pena por ella. También llegó a la conclusión de que tendría que lavar su alma en el confesionario. Finalmente, se acercó hasta ella, y con una solemnidad de protocolo real, le dijo al oído:

—Estoy profundamente apenado por tu hijo y siento mucho lo que ocurrió. Juro que no volverá a suceder y que velaré concienzudamente por los tuyos.

Las palabras sonaron como un silbido de serpiente en los oídos de María, que se quedó con los ojos cerrados por la rabia que intentaba contener. Tras eso, don Miguel se acercó hasta Juan, que no le había visto. Tenía la intención de preguntarle cómo había sido, y de asegurarle que haría todo lo posible por castigar a los culpables, pero todo eso quedó en nada cuando Juan lo vio, pues se lanzó hacia él y le dio tres puñetazos rápidos y precisos que lo tiraron al suelo como a un pelele. El cacique no recibió más porque contuvieron a Juan, que lloraba impotente y gritaba repetidamente que le conocían y que la pistola no disparó. Alguien de los presentes llamó al Veterano, que había venido a acompañar a su señor y permanecía esperándole fuera junto a uno de sus hombres. Entró en la casa como un elefante en una cacharrería, navaja en mano y sin muestras de respeto. Fue su propio señor quien lo contuvo mientras intentaba parar la hemorragia de la nariz con un pañuelo. No repararon en De Gálvez, que tenía la extraña facultad de no hacerse notar cuando la ocasión lo requería, y ocupaba un flanco cercano a Juan en actitud discretamente vigilante, pero sí en Alan, que apareció del fondo, secundado por los dos guardaespaldas de don Nicanor, el conde.

Ahí quedó todo, en un cruce de miradas esquivas que ocultaban mucho más de lo que los presentes podían leer. Alan hizo un ademán con la mano a los dos hombres para que permaneciesen cerca de Juan y salió afuera. Anduvo hasta un árbol separado de la casa y al poco llegó el cacique.

—¿Qué hacen esos dos hombres contigo? ¿Es esto una amenaza? ¿Debo estar preocupado en mi propia casa?

—No es lo que parece. Vinieron simplemente a traerme una propuesta de don Nicanor, con quien mantengo negocios, y alguien les dijo que me encontraba aquí. Eso es todo. Ahora te preguntaré yo. ¿Tuviste algo que ver con la muerte del pequeño?

—Alan, por Dios. Es un niño.

El extranjero lo miró serenamente y supo que mentía. Leyó en su cara que no había dado la orden directamente, pero algo salió mal y provocó ese desenlace. Sin embargo, le haría pensar que le creía y pediría perdón por dudar de él. En otro tiempo el cacique no hubiese pasado de esa noche, pero ahora no disponía de tales recursos. Había abandonado a su gobierno, y los mimbres que durante largo tiempo tan bien manejó, terminaron por abandonarlo a él. Gracias a Dios, pudo montar el decorado que levantó la noche en que invitó al cacique a la cena de negocios en el Hernán Cortés, pues era la columna donde se sustentaba su supuesto poder. Ese, y el que le proporcionaba don Nicanor, quien también le veía como alguien todopoderoso y con quien llevaba a cabo succulentos negocios de toda índole. Pero, al fin y al cabo, todo era un decorado sujeto con alfileres que ante cualquier descuido podía venirse abajo.

—Siento haberte hablado así, Miguel.

—Acepto tus disculpas, Alan. Todos estamos de los nervios con algo así.

—También tienes que perdonar a Juan.

—Eso es imposible. Has visto lo que me ha hecho delante de todo el pueblo.

—Comprende que él es quien peor está. Despídele como castigo y ya está. El pueblo percibirá cuál es tu respuesta a la afrenta y comprobará tu bondad al permitirle hacer su vida.

—No, él lejos de mí, no. Tenemos un trato para las tierras el día que su padre falte.

—Eso no sé si se concretará, pero Juan me ha dicho que se va. Lo tiene decidido.

—No aceptaré. Hablaré con él.

—No, no hablarás. Llama a tus hombres y márchate. Haz lo que te he dicho y recompón tu honra.

—¿Me estás dando órdenes en mi casa? ¿Sabes quién soy yo?

Hablaban con intensidad, aunque en voz baja; Alan con gesto sereno y don Miguel con expresión cercana a la congestión. Estaban lo suficientemente alejados del resto como para que nadie advirtiese la conversación. Sin embargo, la mayoría de los asistentes al velatorio presenciaban de soslayo cuanto acontecía entre los dos hombres. Ambos se hicieron cargo del detalle, y en el preciso instante que el cacique fue presa de un extremo nerviosismo por cuanto pudieran pensar de él, Alan, que leyó lo que podía estar pasando por su cabeza, hincó una rodilla en tierra y suplicó algo al señor, borrando en todos los presentes la duda de quién de los dos hombres era el más grande. Aquel gesto irritó más el ego del cacique, pues le recordó la sensación que siempre sentía al estar frente a Alan, la misma que sentiría un hombre que, estando en una calle desierta y oscura a altas horas de la madrugada, se enfrentara a un hombre en apariencia peligroso demandándole la cartera, y cuya única amenaza era el nimio misterio de una mano oculta en el interior de su chaqueta.

—Sí —terminó contestando Alan rodilla en tierra con suavidad—, claro que sé quién eres. Un hombre importante al que respeto y con quien deseo llevarme bien. Y al que le doy consejo de muy buena fe.

—Pues, acéptalo tú también —propuso abruptamente don Miguel—. Esto que te pido que hagas es otro consejo. Logra que hable conmigo, a solas, aquí, sin nadie alrededor. No ocurrirá nada. Intentaré convencerlo del trato y si no... nada. Tienes mi palabra.

Lo convenció, y Alan hizo lo propio con Juan. Le clarificó que era lo mejor a pesar de las circunstancias. Le recordó la realidad de sus otros hijos y la necesidad de lograr una paz que los ubicara nuevamente a todos en la rutina. «Escúchale, y luego haz lo que creas, pero que al menos se vaya con esa batalla ganada», le dijo finalmente Alan.

—Juan —comenzó a esgrimir don Miguel—, sé que no es el momento más oportuno para ello, pero después de lo que ha

pasado no puedes seguir aquí. Sin embargo, me gustaría darte una buena cantidad de dinero para que nuestro trato referente a las tierras de tu padre siga en pie. —El cacique hizo ademán de meter su mano en el bolsillo de su chaqueta veraniega de liviana tela celeste para sacar algún dinero, pero nunca llegó a enseñarlo, pues Juan puso su mano sobre la de él y le espetó:

—Eso ya no será posible. Guárdese su dinero. De aquí en adelante viviré en esa tierra, la cuidaré como mi padre la cuidó cuando era fuerte, y con ella alimentaré a mi familia. Olvídense de ella, pues jamás la abandonaré. Antes muerto.

Le dio dos palmaditas en el hombro con todo el disimulo que pudo, y agregó:

—Te arrepentirás. Eres un desgraciado y un desagradecido. Ten la certeza de que lo pagarás. El inglés no estará ahí siempre, y ten en cuenta que si para conseguir esas tierras es necesaria la presencia de la muerte, como tú mismo has insinuado, la muerte aparecerá.

—No la libere, don Miguel —le respondió Juan—, porque la muerte liberada no se puede controlar y vaga a su capricho en cualquier dirección.

—¿Me estás amenazando, desgraciado? —preguntó don Miguel dibujando en sus labios una risa seca, de vencido.

—No, solo le advierto para que cuide las distancias —masculló Juan marchándose, liberado de todo respeto y dejando al cacique sumido en la ira.

—Creo que es hora de irse —indicó Alan acercándose al cacique en cuanto Juan lo dejó—. Aceptemos el desenlace. Ahora te toca salir ahí y representar tu papel. Es lo que prometiste.

El cacique lo miró con rabia y desdén, y le soltó con cierta teatralidad soslayada:

*Algún día derribaré las ventanas que sostienen
la oscura habitación que es tu secreto.*

—Hermosos versos de Chamod —le dijo Alan desconcertándolo—. Aunque traducidos pierden musicalidad, encanto y métrica.

¿Conoces estos otros de Crawford, a los cuales les ocurre lo mismo?

*Y yo estaré allí de pie, incólume.
Aguardando el alzamiento de tu desdicha.*

Impotente, el cacique asintió. Él también sabía leer sin necesidad de profusas explicaciones. Se dirigió a la puerta del lagar y gritó para que le escuchasen todos.

—Decidle a Juan que tiene dos días para abandonar la casa. Y que no vuelva jamás al trabajo que tuvo tantos años. Esto —confesó elevando el pañuelo bañado en sangre—, lo perdono porque el cuerpo de su hijo está presente.

La noche era absoluta cuando Juan y sus hijos regresaron tras el entierro, acompañados en todo momento por Alan y Antonio. Tomaron un caldo de gallina reconfortante y sabroso. Era el primer bocado que probaba Juan en dos días. Los hombres y los niños salieron hacia Royohondo intentando resolver el misterio que envolvía a la ausencia de José. Tres amigos de Juan y el propio De Gálvez intentaron por separado dar con su paradero, pero les resultó imposible, así que el viejo desconocía lo referente a su difunto nieto.

Tardaron algo más de una hora en llegar a la viña que desde varias generaciones pertenecía a su familia. Juan llamó un sinnúmero de veces, pero nadie contestó. Como le había dicho el cocinero, la puerta y las ventanas estaban cerradas. Fue hasta la piedra donde su padre siempre ocultaba la enorme llave, para cuando él o María la necesitasen. Entraron y se quedaron extrañados de que la puerta del patio estuviese abierta. Juan se asomó al corral y lo examinó con detenimiento, pero nada en él resultaba fuera de lo común. Volvieron a entrar en la casa y se dirigieron a la única habitación que había, que ocupaba toda la planta alta, pero allí tampoco había nada insólito, salvo la cama deshecha que rara vez su padre dejaba sin hacer. Juan se acercó hasta ella, y fue entonces cuando el corazón

le dio un vuelco. Al otro lado de la cama, junto a la vetusta cómoda de arcaicos retratos y añejos recuerdos familiares, yacía su padre, que aún respiraba fatigosamente en el suelo de madera.

Los tres adultos corrieron en su ayuda, y cuando Juan lo llamó a gritos descontrolados palpando su pecho, José abrió los ojos con debilidad.

—Padre. ¡¿Quién le ha hecho esto?!

Juan dio de beber a su padre con ternura y delicadeza.

—¡Padre! ¡Qué ha pasado! —exclamó fuera de sí.

—Qué va a pasar, hijo mío. Me dio un dolor en el pecho y en el brazo cuando me levanté esta mañana, y ya no he tenido fuerzas para incorporarme. Esto es la vejez, que poco a poco va poniendo los pies en un nuevo territorio hasta que lo toma del todo.

—Salid fuera —ordenó a sus hijos—. Esperad en el porche.

—No —pidió el viejo—, quiero besar a mis nietos. ¿Y mi Joselillo? ¿Dónde está? —preguntó mientras los abrazaba y besaba.

Los niños empezaron a llorar. Fue entonces cuando Juan les ordenó de nuevo que salieran afuera.

—Está ayudando a la madre, quizá luego se pase —le contestó con ojos acuosos.

—Luego será tarde, hijo. Sabes que me estoy yendo, ¿verdad?

—Lo sé, padre. Lo sé.

Ya no pudo retener el llanto. Se abrazó desconsolado a su padre, como intentando arrancarlo un rato más de las fauces de la muerte, aunque sin estar seguro de que mereciese la pena una sola hora más de estancia en esta vida.

—Hijo, no me queda mucho. Prométeme que no pondrás en peligro a tu familia. Solo de esa manera podré irme tranquilo.

Tras unos segundos vacilación, Juan, con la mano tensa y apretada, dando pequeños golpecitos de frustración en el suelo, susurró:

—Tiene mi palabra, padre. Y sepa también que me vendré a vivir a Royohondo con mi familia. Haré de esto el vergel que siempre fue. Me encargaré de que El Olivo siga viviendo y de que mis hijos lo cuiden cuando yo muera. Se lo prometo.

Cuando Juan terminó de hablar y levantó su vista del suelo, vio el rostro sin vida de su padre. En él se dibujaba una tenue sonrisa, la de la victoria final.

Mientras ocurrían esos hechos, lejos de allí, en la casa del cacique, el Veterano entraba al despacho de su patrón.

—Veterano —susurró don Miguel en un tono lacerante que puso sobre aviso al sicario—, dime que lo de ese muchacho es casual, que no tiene nada que ver contigo. Las órdenes eran claras, concisas: dejar que Juan creyese que él es el responsable de la pérdida del ganado, hacerle creer que mi negocio en Madrid se va al traste por su culpa, y que a pesar de ello yo lo perdonaba. Quería crear ese vínculo de deuda y gratitud de por vida, y que sus hijos fuesen testigos de ello. Sin embargo...

Ese tono era peligroso, el Veterano lo había comprobado muchas veces cuando el patrón había abusado de la medicina colombiana. Intentó sobreponerse y ser firme, pero se vino abajo.

—Lo siento, patrón, todo lo hice por usted. Me dio carta blanca en el asunto e hice lo que creí conveniente para sus intereses. Lo que ha ocurrido no debió de pasar. A uno de los hombres que contraté se le fue la mano y...

—Por Dios, Veterano. En parte soy culpable del asesinato de un niño. ¿No sabes que hasta ahí no quiero llegar? ¿No sabes que aborrezco ese tipo de actos? Puedo hacer oídos sordos cuando matas a alguien que es molesto a mis intereses, pero mi alma no está tan podrida para obviar esto.

Sobrevino un silencio tras el cual el cacique golpeó con todas sus fuerzas la mesa al tiempo que gritaba:

—¿Cuál era tu plan, Veterano? ¿¡Cuál!? —gritó fuera de sí.

Al Veterano se le descompuso el vientre y comenzó a hablar rápido y torpemente, pero don Miguel ya no lo escuchaba, solo pensaba en cómo sería la vida a partir de ese momento, su día a día con el extranjero, los coqueteos de este con don Nicanor, que tan suculentos dividendos arrojaba y que él no llegaba ni a oler. Terminó

fijando sus ojos en el Veterano, pero este supo que no lo veía, sino que miraba a través de él, mucho más allá de la estancia en que se encontraban, y percibió su propia ruina en los ojos de su señor.

—Veterano —musitó el cacique con voz lenta, desanimada y poco audible—, no te delato ante la ley porque yo saldría esquilado, pero desde este momento te degrado a lo más bajo. Desaparece de mi vista y preséntate mañana ante el capataz Felipe, que te mandará al infierno que esta noche yo decida.

El temporal de desgracias que sobrevoló la vida de la familia Cabral amainó cuando sepultaron al viejo José Cabral. Su único hijo con vida y sus tres nietos pequeños se hallaban recibiendo las condolencias en la puerta del cementerio. El otro hijo, Enrique, hermano de Juan, fue hallado muerto en misteriosas circunstancias años atrás, lo mismo que todos los hermanos de José Cabral muchos años antes, hechos ya muy lejanos en el tiempo y recordados de forma imprecisa por los más ancianos.

Seis días más tarde, estando ya la familia instalada en Royohondo e informado don Miguel de que Juan y sus hijos habían salido con una carga de frutas, envió a Camila y a una sirvienta de confianza a Royohondo con la excusa de dar el pésame a la familia. María las dejó pasar y aceptó las condolencias de ambas. Seguidamente, se quedaron solas, ella y Camila, por expresa petición de esta. La vieja, que había sido lo más parecido a una madre que tuvo don Miguel desde que su progenitora murió siendo él un niño, puso sobre la mesa de la cocina una voluminosa bolsa de cuero que había portado todo el rato su joven asistente. En la bolsa había una cuantiosísima cantidad de dinero. Fajos y fajos de billetes pulcramente ordenados. Junto a ellos, un sobre limpio y arrugado por el trajín del camino. La vieja lo tomó y lo puso en manos de María.

—Es del cacique, ¿verdad? ¿Sabes lo que dice? —preguntó María.

La vieja asintió sin asomo de rubor, pero le hizo indicaciones para que lo leyese ella misma.

—No. Explícamelo tú, por favor.

—La cantidad de dinero que ves aquí es más, mucho más de la que verías en cinco vidas —ceceaba hasta en la ese final de los plurales, haciendo dificultoso su entendimiento por la falta de dientes y un ligero temblor en la mandíbula—. Dice mi patrón que supera veinte veces el precio de estas tierras. Dice que Juan se volvió tozudo como su padre y que en su obstinación se negaría a aceptar esta oferta incluso con lo que significa: la libertad para un nuevo comienzo en otro sitio, la posibilidad de dar estudios a tus hijos, de no depender del caprichoso destino, de evitar el posible enfrentamiento. Dice que tú podrías convencerlo. Así os iráis y nadie sabría jamás lo que ocurrió entre vosotros en el lagar.

—¿Eso es todo? —inquirió María adoptando una pose enérgica y decidida, tras la cual llamó a las niñas, que regresaron y se abrazaron a la madre—. Bien, si eso es todo, déjame responder ahora. Dile a tu señor que jamás, jamás, venderemos estas tierras ni por todo el oro del mundo. Puedes recoger todo ese dinero y devolvérselo. Dile que de aquí en adelante viviremos en estas tierras, que las cuidaremos como mi suegro las cuidó y que con ellas alimentaremos a mi familia. Que se olvide, nunca las abandonaremos. Antes muerta. Y hazle saber también que seré yo misma, con la posibilidad de que crezca esta barriga y todo, quien cuente esta noche a mi marido lo que ocurrió en el lagar. Le conozco, y sé que en cuanto mire mis ojos sabrá con certeza de dónde se desprende la verdad, si de ellos o de los rumores que siembre tu cacique por cada rincón de esta comarca. Pero también tienes que saber, tu dueño tiene que saber, que Juan no se quedará quieto. Irá a buscarlo, tarde o temprano, cuando estime el momento oportuno, para restablecer su honor. Y sé, y asumo, que con ello puedo perder a mi marido, pero si es así, hazle saber a tu patrón que ya no estamos solos, que por primera vez tenemos amigos poderosos.

—El extranjero no vivirá siempre, no estará indefinidamente vigilando por encima de vuestro hombro. Algún día se marchará o la

vejez se lo llevará. Será entonces cuando cuentes esto mismo a mi patrón, que por cierto, tampoco está solo —manifestó la vieja en tono sibilino.

—En última instancia, el poder no dudará en echar a pelear a una mitad de su pueblo contra la otra. —María se acercó hasta un cuenco con patatas a medio picar y tomó un cuchillo—. Yo tampoco dudaré en utilizar esto si es preciso, hasta las últimas consecuencias —agregó.

—Muy bien, así se lo haré saber —dijo la vieja mientras recogía los fajos de billetes y los introducía nuevamente en la bolsa—. No será necesario que cuentes a tu marido lo ocurrido en el lagar. De la boca de mi señor no saldrá nada. Es lo más conveniente para todos, y lo sabes. Por eso no debes estar preocupada.

—No lo estoy. Házselo saber a tu amo. Dile también que no noté nada. Y llévate ese montón de billetes que olvidas ahí.

—Me dijo que si las cosas no se daban bien, te dejara eso. Un acto de buena voluntad. Habéis tenido muchos gastos con tanto entierro.

—Insisto, no lo queremos.

—Alguna buena utilidad le darás, mujer —le dejó caer antes de salir por la puerta.

María miró a sus hijas limpiándose los ojos brillosos y les sonrió como si allí no hubiese sucedido nada.

—Fijaos, esta vieja ha hecho que se nos vaya la mañana y la comida sin hacer. Vamos, vamos a ponernos a ello, que vuestro padre y vuestros hermanos llegarán pronto.

Mandó a cada una de las niñas a por un tronco no demasiado grande para darle vivacidad al fuego, y para ayudarle metió debajo de estos el montón de dinero.

—A casi todo puede encontrársele una buena utilidad.

Fue como si el cacique hubiese recibido una estocada en el pecho. Se mordió el labio inferior, cerró los ojos como queriendo velar la verdad, y comenzó a regular su respiración, que se le descabritó

con tintes de anarquía. Hizo un esfuerzo tan grande por mantener la dignidad, que nunca llegaría nadie a saber cuánto le costó, aun teniendo frente a él a alguien de tanta confianza como Camila. Volvió a respirar, abrió los ojos y, poniendo las palmas de sus manos sobre su frente, le dijo con ademanes cansinos:

—Toda una vida luchando por mantenerme en los márgenes del bien, por no liberar los consejos de mi padre y sus remedios, por degollar los demonios nacidos de mis malos ratos con las desnudas manos de mi talante conciliador, por abanderar un lienzo de honor del que hoy mismo reniego, por desdeñar a veces mi interés dando amparo al de otros, que en nada lo merecen. Y todo para nada. Se arrepentirán. Desgraciados, desagradecidos. Tenga la certeza de que lo pagarán, Camila, y tenga en cuenta que si para conseguir esas tierras es necesaria la presencia de la muerte, como ellos mismos han insinuado, la muerte aparecerá.

Cerró los ojos para concentrarse mejor, para encontrar un ingrediente que mejorase su situación, hasta que finalmente demandó la presencia de uno de sus hombres. Cuando Felipe estuvo frente a él, arrancó una hoja en blanco de su cuaderno de notas, la dobló en dos, dándole tamaño de carta, y esbozó en el oído de su capataz:

—Busca un sobre, mete este papel dentro y dáselo al Veterano. Dile que el día que yo le indique, utilice esta carta de la manera que a él le convenga. Que se presente ante mí, tenemos planes y no habrá más reproches.

Capítulo 2: Ez, el nodo existencial de Sir Alex Crawford

Aquella tormenta no era normal, había algo extraño en ella que el extranjero no sabía explicar y que percibía con tintes de irrealidad. Llevaba casi año y medio en Royohondo y nunca había visto algo parecido al invierno y al otoño tormentoso que vivió. Se preguntó si estaría relacionado con la proximidad de la Cañada del Diablo o si era que los ciclos de la naturaleza en la zona carecían de patrón. Donde se crió, en el condado de Devon, el clima solía ser algo más lineal y predecible. Si el asunto trataba de tormentas, podía enumerar un sinfín de ellas, verdaderamente salvajes, pero esto, esta agua cayendo sin dirección, en remolinos beligerantes y anárquicos, jamás lo había presenciado.

Estaba junto a la ventana, mirando al arroyo torrencial y al valle, en total oscuridad, viendo con preocupación la casa de los Cabral iluminada con cada nuevo relámpago. En menos de dos horas que llevaba ahí, sentado en un cómodo sillón de terciopelo oscuro, había contado una docena de rayos que parecían dirigirse directamente al tejado de la casa, pero que en el último instante la sorteaban milagrosamente para acabar rasgando el suelo a una distancia nunca mayor de treinta metros. Eso también era muy raro. Los rayos deberían haber buscado el sitio más elevado. Sin embargo, merodeaban como evitando el contacto con el tejado.

A las dos y cinco de la madrugada, según su reloj de cadena, cesaron repentinamente la cortina de agua y las lenguas de viento tras el aparatoso estallido de un trueno al que antecedió una

kilométrica grieta de luz en lo alto del tajo del Águila. Tan inaudito como lo anterior fue que en menos de diez minutos claudicara cualquier atisbo de viento y que el cielo encapotado se abriese dejando un nítido firmamento sembrado de hermosas estrellas. En esas dos horas tensas, Alan se temió lo peor, pensando en la familia que empezaba a querer como si fuera propia. La inquietud seguía martilleándole. Ahora se alegraba de haber sido insistente con Juan para que arreglase el tejado, y de haberle sugerido que cambiara las cañas y el pasto prensado por una cubierta sólida. Aunque en un principio quiso correr con los gastos, la negativa rotunda de Juan le hizo concebir el subterfugio de cobrárselo en trabajo. Así que, cada día, después de que Juan terminaba su jornada, dedicaba una hora a los árboles y sembrados que Alan no sabía cómo liquidar para que el orgullo de Juan no quedara en entredicho. Otro día, en que el padre e hijos salieron todo el día con la intención de comprar algunos animales para criar, se las ingenió para que dos albañiles cambiaran la puerta y todas las ventanas de la casa por otras más estancas y gruesas, que por propia iniciativa había mandado hacer a un carpintero al que él mismo le proporcionó las medidas.

Una luz en el piso superior de la casa de Juan le hizo cortar el hilo de sus pensamientos y la intranquilidad volvió a cebarse en él. A pesar de la hora, quizá inoportuna, se vistió y salió muy abrigado por el sendero que bajaba hasta la casa del llano, con la intención de ofrecer ayuda, si era necesario. María estaría a punto de dar a luz, si no lo había hecho ya. En las últimas semanas había intentado convencerlos de que se pusieran en manos de un doctor solvente, que él mismo pensaba traer para que el alumbramiento discurriera sin incidencias, pero María se negó y adujo que si con Fuensanta, la partera, le fue bien con cada uno de sus hijos, no quería tocar al destino cambiando esa costumbre. Alan llegó hasta la puerta de la casa con un farol alumbrando el camino. Con esa luna llena de postal, no necesitaba más luz, pero prefirió tranquilizar a Juan, o a cualquiera que pudiese verlo, exponiendo su figura y su rostro a la luz del farol.

La puerta de la casa se abrió y le demostró que el farol había servido de poco, pues el espasmo de Juan, que salía a por leña, fue

mayúsculo al verlo allí.

—Perdona que esté aquí a estas horas, pero con los rayos me temí lo peor, y al ver la luz encendida... —argumentó Alan en claro tono de disculpa.

—¿Perdona? Pasa para adentro, anda, que con la que está cayendo te vas a quedar helado, y tú eres uno más de la familia.

—No, no, no es necesario, de verdad. Únicamente necesitaba saber que estabais todos bien. Sé que no son horas.

—Entra, venga, que ahí, con tanto trueno y el alumbramiento no duerme nadie. Además, tienes que darme un abrazo, acabo de ser padre. Tu presencia le vendrá de perlas a la comadrona para que vea que ahí afuera el mundo no se ha ido al garete.

Se fundieron en un emotivo abrazo antes de entrar a la casa, donde la temperatura era reconfortante.

—Ha sido durísimo. Estaba preocupado por los truenos, que parecían oírse sobre la misma casa y daba la impresión de que retumbaba todo. El primero nos sacudió sin esperarlo cuando Fuensanta dijo que el bebé tardaría poco en nacer, pero fueron dos horas de parto horrible. Las niñas se despertaron y lloraban de pánico con cada nueva sacudida. Ha nacido a las dos y cinco, justo cuando el último de los truenos parecía querer arrancar la casa de su sitio. Fíjate qué casualidad, la tormenta y el parto han durado exactamente lo mismo.

Alan asintió, y aunque se consideraba también un hombre de ciencias, sabía que la casualidad siempre escondía algo indemostrable. Pensaba, mejor, sabía que casi nada sucedía por azar y que casi todo atiende a una reacción o espoleta que es el origen de todo, puede que en la otra orilla del mundo.

—Desde luego que es una casualidad —terminó respondiendo—. Pero puedo asegurarte que los rayos no parecían estar sobre tu tejado, es que lo estaban.

La casa era un trajín. Estaba caliente y confortable, y los niños se hallaban agrupados alrededor de la chimenea que crepitaba vivamente. A la luz del fuego, contaban historias de miedo en noches de tormentas. De vez en cuando subían a ver al recién nacido y luego bajaban corriendo para no perderse nada de lo que

contaba el pequeño Juan. Entre tanta algarabía, resultaba complicado mantener una conversación, así que Juan tiró de Alan hasta un rincón de la cocina, arrimó dos sillas y preparó dos calibres de aguardiente hasta el borde.

—Queremos que seas el padrino.

Las palabras de Juan pillaron por sorpresa a Alan. Era un hombre entrenado para no mostrar el mínimo sentimiento que delatase lo que pensaba. De ello había vivido sus últimos treinta y tres años. Pero aquello desarmó la correa que ataba sus sentimientos, y ni pudo ni quiso luchar contra el torrente de emociones que lo asaltaron. Sus ojos comenzaron a brillar con un débil titileo, después se volvieron acuosos, y por último liberaron unas lágrimas que ya creía no poseer. No sabía qué decir. Por primera vez desde sus lejanos veintidós años, se dio cuenta de que la felicidad era algo que podía existir aunque resultase tan sutil como un tenue aroma. Él, que tras tanto sufrimiento y desengaño en su juventud, solo encontró algo vagamente parecido en la gratificación que le proporcionaban los pequeños o grandes pulsos que, a modo de partida, había mantenido por todo el ajedrez del mundo. Qué poder había tenido, cuántos recursos a su disposición para hacer lo que se le antojase, y era ahora, en su ocaso, cuando empezaba a encontrar la felicidad junto a un hogar humilde. Al final, el extraño había tenido razón en aquel tugurio de Iloilo, cuando le dijo que si no toda, al menos una pequeña parte de la humanidad sí merecía la pena, y también cuando lo convenció, en mitad de aquella selva inmunda en Mindanao, donde sin saberlo Juan, él mismo le había perdonado la vida gracias al hombre extraño.

—Será un honor —respondió quitándose las lágrimas y modulando la voz para no parecer un colegial emocionado—. Pero es una muy mala elección. Pronto seré un viejo, y en vez de ofrecerle protección a tu hijo le vas a dar una carga.

—El día que tú no estés, dentro de muchos años, De Gálvez hará esa función como la hace con el resto de mis hijos. Ya lo hablamos, y se alegró mucho por ti.

—¿Tienes madrina? —preguntó Alan.

—¿Bromeas? ¿En estos tiempos, con los planetas que me corren? Quien se ofreciera o aceptara tendría el futuro muy borroso.

—Yo buscaré una madrina, si no te importa. Haremos intocable al pequeño —dijo riendo—. ¿Cómo se llamará?

—Ezequiel —pronunció el nombre llenando la boca con una sonrisa—. Vamos, María y el bebé están bien. Subamos a verlos.

La partera, que iba a pasar la noche allí, aún permanecía contemplativa junto a la madre y al recién nacido. Era una mujer que andaba camino de la vejez. Al verlos, deslizó un comentario.

—Es hermosísimo, y el único, aparte de vuestro amigo el cocinero, que he traído al mundo con algunos dientes.

El comentario no pasó desapercibido para el inglés, que nuevamente dirigió sus cavilaciones hacia el inicio y el fin de la tormenta, buscando reconocer el patrón que desvistiera la supuesta casualidad.

—Pues, apunte usted otro caso, señora —aseveró el extranjero—. Yo también vine con dientes al mundo. Es como si la madre naturaleza, siempre sabia, hubiese sabido que necesitaría dar dentelladas desde el comienzo. —Alan terminó por reír a carcajadas, y todos le secundaron.

Se acercó hasta la cama, donde dio primero la enhorabuena a María, y luego dirigió sus ojos al pequeño. Fue entonces cuando se mareó, cuando esa sensación que tan bien conocía, que lo envolvía en una especie de campana de irrealidad que lo aislaba del mundo, lo asaltó con más nitidez y fuerza que nunca. Era una especie de conmoción y desconcierto parecido al provocado por el *déjà vu*, pero de mayor intensidad. Con los años, él había aprendido a reconocer la fuente que originaba ese desarreglo funcional, y en este caso no tuvo duda de que era el pequeño. Juan se apresuró a socorrerlo cuando las piernas le fallaron, pero enseguida se recompuso y culpó al contraste de temperatura que había entre el interior y el exterior de la vivienda, al aguardiente y a la escalera. Dueño ya de la situación, terminó de acercarse al pequeño, le tomó la manita y le susurró a cierta distancia.

—Ojalá pueda ver cómo te conviertes en hombre. Me gustaría poder instruirte como ahora hago con tus hermanos, y enseñarte

cuanto sé, para que ese hombre esté preparado, si tus padres me dejan. Eres como el hijo que nunca pude criar. —Y volvió a llorar, esta vez sin querer impedirlo.

Después de pasar los últimos siete meses de su vida lidiando con el frío, la lluvia y la fatiga, que no eran lo mejor para su cuerpo, la prolongada espera a la que lo estaba sometiendo el patrón en el salón desde hacía más de una hora, golpeaba su dignidad. El tiempo transcurrido en suelo inglés, durmiendo a veces en lugares lóbregos y húmedos, tarde o temprano terminaría por pasarle factura a sus huesos, pero ni ese sacrificio, ni el hecho de abandonar a su hijo durante tanto tiempo, parecía suficiente a su patrón, que seguía martilleándole con tales conductas vejatorias. Tras su desembarco en Gibraltar, ni siquiera encontró la ocasión para asearse y cambiarse de ropa, dando toda prioridad a presentarse a su señor lo antes posible. Todo ese apremio terminó siendo infructuoso, y en ello, desde luego, tuvo mucho que ver la misiva que él mismo había enviado desde el norte de Escocia, hacía ya mes y medio, en la cual recogía el pobre resultado de sus últimas investigaciones. No es que hubiese esperado un abrazo de su señor, pero sí al menos una cálida acogida y un estrechamiento de manos; una copa de coñac, un puro. Pero no hubo nada de eso.

Camila entró al salón y le dijo que el señor lo esperaba en su despacho. Cuando entró, el Veterano encontró a don Miguel de espaldas, detrás del escritorio, llenando una copa de algún licor. Se giró con una sola bebida en la mano y, sin decirle nada, se sentó cortando la boca a un puro que encendió con manifiesta parsimonia. Lo fumaba como un cigarro, el humo al pecho, y soltaba bocanadas que se deshacían en volutas alrededor de su rostro.

—Dime que tras la última carta hay algo nuevo que merezca la pena, Veterano. Haz que todo ese dinero que hemos invertido tenga su recompensa.

El hombre fuerte del patrón, aunque denostado en los últimos tiempos, no sabía dónde meterse. Era cierto que durante su

estancia en las islas británicas dispuso de una ingente cantidad de recursos monetarios que no terminaron dando los frutos apetecidos. Al principio, buscó casi a ciegas, solo con un nombre y una cara para la cual no disponía ni de una fotografía que mostrar. Con esos datos escasos logró olfatear algunas pistas que lo llevaron al norte de Inglaterra, pero terminaron volviéndose difusas o erróneas. Más tarde creyó encontrar la cuna del señor Alan Seager en remotos lugares de Escocia, pero aunque el nombre del sujeto era el mismo y su pelo y rostro coincidían en parte, nada tenía que ver el pastor de ovejas que encontró con el que se paseaba a sus anchas por toda la provincia de Málaga, codeándose con la flor y nata de la región.

—Lo siento, señor. Resultó imposible. Miré por cada duro que me dio más que si fuera mío, pero ese hombre que deambula entre Royohondo y la casa del conde como si fuera el patio trasero de su casa, no existe para ninguna de las fuentes a las que terminaron llevándome cada una de las pistas supuestamente solventes que encontramos. Créame que lo intentamos todo. Mis dos detectives y yo logramos contactar con gente de la nobleza, del parlamento nacional y de altas instituciones de la banca y el ejército, pero nada de nada a pesar de los sobornos y los bolsillos untados. Es como si ese hombre fuese un fantasma. Pero, disculpe que le diga, que tampoco nos ayudó en nuestro trabajo el hecho de no disponer de la foto que le pedimos.

—Es esquivo el condenado, ¿verdad, Veterano? Intenté lo de la foto para enviártela, de veras. Contraté a un detective y a dos periodistas en ejercicio, busqué la forma de capturarlo en una imagen, y para ello no escatimé en gastos. Aproveché cada fiesta local para recoger fotografías que publicar hablando de las bondades de este clima y otras tonterías. Logré, a través de De Gálvez, que colaboró sin saberlo, que se pusiese frente al objetivo, voluntaria o involuntariamente, y así y todo, lo único que esos dos magníficos periodistas consiguieron fue esto.

Don Miguel le pasó un sobre grande en el que había una docena de fotografías en la que el Veterano pudo ver a medio pueblo sonriente con un vaso de vino en la mano.

—¿Dónde se encuentra el inglés, señor?

—En cada una de esas fotos. Otra cosa es que lo veas. Y es eso lo que me dio miedo y me hizo pensar a qué nos enfrentamos.

Como el Veterano seguía sin ubicarlo, fue el propio Don Miguel quien le fue señalando al extranjero en cada fotografía. Era cierto que estaba en todas, sus trajes lo demostraban, pero su cara no era reconocible en ninguna. En una foto aparecía con la cabeza girada hacia atrás, como si hablase con alguien; en otra, su cara estaba tapada por el globo que acababa de escapársele a un niño; otra fotografía estaba deteriorada, con una mancha en la zona de su rostro; en otra, mirando hacia el suelo; y en otra, su rostro era invisible por el vuelo de una paloma que se interpuso entre el extranjero y el objetivo de la cámara, y así por el estilo todas. Y lo peor de todo, según contaba el patrón, es que tenía la maldita sospecha de que si le hubiesen tirado cien fotos, serían cien fotos en las que no se vería su faz.

—Debe ser una casualidad, señor —insinuó el Veterano—. Mire usted otra vez las fotos, De Gálvez está en cinco de ellas, a tenor de su traje, pero su cara tampoco aparece en ninguna, y no puede ser un capricho del azar, señor.

—Desde luego que es la respuesta más convincente, y quiero creerla, Veterano, pero hay algo que no sé precisar y que me da muy mala espina. Es una sensación extraña con la que siento que pierdo el control de todo, con la que percibo que soy una hoja arrastrada por un viento que no soplo. Y ese aire extraño no es de origen natural, sino oscuro, opaco a mi comprensión. Me atormentan pesadillas en la que me atacan mis más encarnizados enemigos. Don Nicanor, quedándose con todas mis tierras; el inglés, derrotándome con una tenue sonrisa que esconde más que muestra; y José Cabral acompañado de su nieto muerto que me señala acusador con un dedo sin carne. El médico me dice que deje de tomar el producto colombiano, pero no puedo, porque es más fuerte que yo. Todo es horrible, Veterano, hasta la confianza que nos teníamos, incluso mi autoestima, que siento desarticulada. Quiero que esto pase, Veterano, pero para ello he de barrer, quitar cuanta suciedad veo. Herir, matar, destruir primeramente a los que se ríen

de mí a mis espaldas. Y juro por lo más sagrado que lo lograré, me cueste lo que me cueste, en dinero y en tiempo, y también lo juro por mi pequeño acostado en esa cuna en el cuarto de arriba. El día que me vaya no puedo dejarle esto así. Necesito paz, necesito tranquilidad, y sobre todo necesito venganza.

—Hay que tener paciencia, señor. Trabajar la roca con cuña de madera y agua que la hinche, sol que la seque y más agua que la vuelva a hinchar. Tengo esperanzas, señor. Ese inglés no durará siempre, si es que antes no encontramos la debilidad de su talón. Tenga esperanzas usted también, porque el tiempo corre a nuestro favor.

—Me gustaría pedirte otro favor, Veterano, grande, porque sé que dejarás nuevamente a tu hijo aquí, pero sabes que se queda en buenas manos. Quiero que la semana que viene vuelvas otra vez a las islas, porque este sí sale en las fotos.

—¿Quién es, señor? —preguntó el Veterano tomando la fotografía y observándola con detenimiento.

—El hombre que sustituyó a Alan durante la charla de negocios después de la medianoche en la velada del Hernán Cortés.

Aquella mañana arrojó agua para estorbar. Muy poco calado sobre la tierra y mucho polvo convertido en barro. A eso de las once no quedaba ni una brizna de hierba mojada. Era el día del primer cumpleaños de Ezequiel. La familia no nadaba en la abundancia, pero se mantenían a flote con una solvencia que ni Juan ni María habían esperado, ni por asomo. En verdad, el tiempo había pasado tan rápido que el lagar de don Miguel parecía un recuerdo borroso. Al principio, la vida en la viña fue ardua y tormentosa, pues hubo que barajar aquel abandono propiciado por la vejez de José y la obstinación de Juan, al que finalmente no le quedó más remedio que reconocer la certeza de las palabras de su difunto padre: aquel trozo de tierra era suficiente para vivir sin aprietos. Pero después, poco a poco, la vida fue mejorando, y la dureza de los primeros meses se asentó hasta que llegó una paz tan grande, que señaló la

torpeza de Juan, al permanecer, innecesariamente y por tantos años, bajo la peligrosa sombra del cacique.

En los comienzos de la nueva etapa, tuvieron que adecentar los campos talando olivos y saneando almendros; recuperaron las cepas casi muertas que, milagrosamente, lograron sobrevivir a la epidemia de filoxera de 1882, y poblaron los lugares menos asequibles con higueras y frutales injertados sobre pie de almendro. Una vez que el duro trabajo de Juan y sus hijos mayores hicieron de la viña un vergel de abundancia y prosperidad, abordaron la necesaria remodelación de la rancia casa de José, porque la numerosa prole lo demandaba. Ahora, en vez de la sala de entrada y la habitación contigua a esta, había un inmenso salón fruto de la unión de las dos antiguas estancias. Había una enorme chimenea bajo la escalera que se utilizaba para cocinar y para corregir el agravio de los crudos inviernos. Sobre el enorme salón, se había construido una cámara con las mismas medidas de aquel, que Juan repartió en las tres habitaciones que ocupaban por separado padres, niños y niñas, y la zona donde se conservaban los diferentes alimentos; maíz en mazorcas, calabazas, pimientos secos, tomates colgados en sus ramas, trigo, higos prensados, aceitunas, cebollas, patatas y batatas. En la parte posterior de la casa continuaba estando el viejo patio que se utilizaba como cuadra y almacén de forraje. Allí encerraban cada noche al nuevo borrico, ya que *Cacique*, el que tuvo durante tantos años José, murió dos inviernos atrás. Aparte de todos estos sustentos, la familia poseía una veintena de colmenas que daban miel para consumo y para la venta, que, como en tiempos de José Cabral, se efectuaba en las poblaciones cercanas, pues nadie, por expresa orden de don Miguel, podía ejercer el derecho de compra sin temor a nefastas represalias. Detrás del patio, junto a un olivo viejo y desmadejado, protegido por un techo de brozas, se encontraba el horno donde María cocía el pan de la semana, y a la izquierda de la casa, según su entrada, estaba el arroyo, donde había una mina de la que manaba agua todo el año, a borbotones en invierno o a paupérrimos hilos durante los meses que soplaban el terral. Junto a esta, como antiguamente lo hacía José, Juan continuó sembrando el huerto de

verano, y desde luego que no era ningún problema que el lugar perteneciese al extranjero. En otra cuadra sin puertas que hicieron entre el arroyo y la casa, aunque nunca estaba allí, había una vaca que trajo Alan, esgrimiendo que era un regalo al cual Juan no pudo negarse, ya que, como no sabía cuidarla ni sacarle partido, se la regalaba a la familia. Poseían, por supuesto, otros animales más comunes para subsistir varios pasos más allá de lo básico: dos cabras de las que se obtenía leche y queso, cuatro ovejas dedicadas a la cría y de las que fabricaban distintos lácteos. También gansos y pavos que pululaban y se alimentaban libremente por los campos, conejos incluso para vender, gallinas ponedoras que hacían unos caldos que a Alan lo subían al séptimo cielo, y cerdos en diferentes fases de crecimiento para que, cada cuatro meses, hubiese que montar una matanza que durante varios días dejaba en el cobertizo el olor a morcilla cocida. En ciertas estaciones, Juan no paraba de vender miel y mermelada. María tenía buenas manos para todo en la cocina, pero para la mermelada, mejor ni hablar. No había época del año que se escapara, pues cuando no la conseguía con tomates o pimientos, la elaboraba con limones, naranjas, nísperos o cuanta fruta en cantidad cayera en sus manos. Al poco de descubrir Alan que la mermelada era un asunto vital para la familia, se presentó un día con un carro lleno de sacos de azúcar, aduciendo que era un regalo de un conocido dedicado a tal industria. Tanto Juan como María sabían que no era verdad, pero también eran conscientes de que hubiese inventado cualquier camelo para dejar el azúcar allí.

Un día, Juan habló muy seriamente con él, y le dijo que no se sentía cómodo con tanta ayuda que recibía de su parte, pues era como si le estuviese robando. Pero Alan le respondió que hasta ahora no había tenido algo parecido a una familia, y sí dinero para tostar una vaca en mitad del mar, así que le pidió que lo dejara sentirse feliz con las pequeñas cosas que hacía. Juan se desternilló de risa, porque por primera vez comprobó que empezaba a manejar el tipo de humor sarcástico que antes ni olía. Desde entonces, ya sin excusas, se presentaba continuamente con todo tipo de artículos que María no sabía ni como meterle mano a la hora de cocinar.

Contactó con un tipo que se hacía llamar El Rubio del Puerto, de Almogía, que cada cierto tiempo aparecía con una ingente cantidad de bacalao en salazón, arenques en barricas y pulpo seco, pero que tuvo que moderar la cuantía de género el día que María le dijo: «Che, Rubio, no te aproveches de Alan, recuerda que esto es una casa y no un cuartel». Fue Alan quien convenció a Juan de no trabajar en los días de lluvia, pues era mejor fondear en puerto seco durante la tempestad que navegar resfriado durante el terral, así que aprovechaban esos días para pasarlo junto a la chimenea mientras jugaban al backgammon y contaban historias a los niños, que no paraban de reír y pelear.

Ese día, el del cumpleaños de Ezequiel, se presentó con unas langostas que María no sabía ni por dónde coger, pues lo más parecido que había visto era el perchero colgado detrás de la puerta. De modo que terminó cociéndolas en un arroz, esta vez sin conejo, que salió con un sabor y color parecido al que debía de tener la ambrosía. Después de comer, sentados en la parte del porche donde aún regaba un sol delicioso, mientras disfrutaban de café, chocolate y un bizcocho que preparó María en el horno con los rescoldos tras el amasijo de pan, Alan pensó que quizá se había quedado corto respecto a sus secretos pronósticos sobre Ezequiel. Andaba ya con soltura desde unos meses atrás, y estaba jugando con una pelota, o más bien la pelota con él, cuando al botar contra una piedra angulosa cayó dentro de un barreño lleno de agua hasta tres cuartas partes. No lloró, ni siquiera intentó alcanzarla, tras lo cual, mientras todos empezaban a reír con la cara de desconcierto que puso, se dirigió hacia donde Juan había dejado algunos ladrillos de barro cocido. Con muchísimo esfuerzo echó seis en el barreño, de tal forma, que el agua quedó casi a ras. Todos comenzaron a reír nuevamente esperando ver el resultado del séptimo, que lo haría bosar y lo mojaría. Pero en vez de eso, buscó uno partido por la mitad, que al echarlo no arrojó agua afuera. Luego, cogió un palo y sacó la pelota.

Por supuesto que Ezequiel fue precoz también a la hora de hablar, y ya con dos años preguntaba cosas que iban más allá de lo normal, utilizando palabras demasiado precisas para su edad. Muchas

mañanas, cuando el día estaba ya un poco avanzado, Alan se acercaba hasta la casa y sacaba a Ezequiel y María Candela a pasear por el llano ya oreado, mientras María y Remedios se dedicaban a las labores de la casa. Aunque no quitaba ojo de encima a la pequeña, a quien también quería con locura, su interés se volcaba en Ezequiel, buscando constantemente esos extraños patrones de comportamiento que tanto él mismo como su amigo tuvieron en la niñez, y que su madre le explicó ya de mayor. Pero no eran exactamente iguales. Algunas veces, le indicaba algo para que el pequeño fijara su atención, y mientras tanto se retiraba sigilosamente, y cuando Ezequiel terminaba y lo buscaba, no lo hacía en el lugar que lo había dejado, sino en el que realmente estaba, por lejano y mimetizado que estuviera. Era como si tuviese un sexto sentido del que tanto él como su amigo carecían. Aunque de pequeño él también fue muy sensible, y no la cáscara sin alma en que se convirtió después, no podía compararse en nada a Ezequiel. La empatía que tenía el niño era tal que a los dos años y medio, cuando rompió sin querer la pequeña extremidad de un geranio, lloró tanto con la ramita en la mano que todos tuvieron que salir a rodearlo intentando explicarle que a la planta no le sucedería nada, que saldría adelante. Pero él, con una ciencia que nadie sabía de donde sacaba, y que asustaba a su padre, aunque se encargaba de esconderlo, lo remedió. Ante la atónita mirada de todos, hizo un poco de barro con agua y una arcilla rojiza que había cerca del porche, y la colocó moldeando la unión original entre el tallo y la ramita. Todos se tranquilizaron cuando él lo hizo, pero no terminó ahí, sino que durante los cuatro días siguientes, al atardecer, cuando el moldeado se apreciaba seco, Ezequiel lo hidrataba con un palito mojado con agua. Al cuarto día, le dijo a todos: «Ya no necesita agua, dejemos que se seque y caiga el barro. Ha agarrado».

Su padre lo quería..., como a todos, pero con algo más que no podía precisar. Un día, María se lo definió con mucha claridad al decirle que con sus hijos tenían la ensalada más sabrosa del mundo, pero que Ezequiel era el aliño que lo abrazaba todo, y su

José, volátil, recurrente y etéreo en la mente de todos, el sutil aroma que desprendía.

Una tarde, cuando Ezequiel ya había cumplido su tercer año, María Candela corría entre hileras de parras intentando alcanzar al pequeño diablillo que cortaba el aire de Royohondo como un rayo nervioso. Sin miedo a caerse de los abruptos cortados, bajaron en una loca carrera por el Chorraero, que todavía en el mes de julio era surcado por un torrente de agua clara que las copiosas precipitaciones habían alimentado. Cuesta abajo, fuera ya de los arados y mimados viñedos, y por entre secas esparragueras de amenazante presencia, se oían las risas claras y estridentes de los inseparables hermanos. Cuando llegaron a la altura de la casa, subieron corriendo la cuesta y pasaron por debajo de la gruta natural de rocas que cada noche guarecía a la media docena de cerdos rosados. Una vez arriba, cayeron exhaustos en el suelo de pequeños cantos rodados grises y negros que adornaba el porche de la casa con dibujos florales. Si se fijaba bien la vista, en un rincón podía advertirse la presencia de un minúsculo brote de parra sembrado el invierno anterior. Poco le duró el resuello al niño. Se levantó y desde la distancia se quedó mirando fijamente la Cañada del Diablo, en una pose que su padre había visto otras veces con intranquilidad. Juan quiso romper ese momento de ensimismamiento arrastrando su atención hacia otro lado, pero fue Ezequiel quien lo arrastró a él a una realidad que creía imposible.

—¿Qué hay allí, papa?

A Juan se le vino el alma a los pies. Era el tipo de cosas con las que a veces Ezequiel lo asustaba, pero esta vez con mayor intensidad al focalizar la atención en algo para lo que no tenía un pensamiento acertado.

—Un arroyo profundo y escarpado —le contestó atropelladamente—. ¿Por qué?

—Me llama. Es una voz que no habla. Pastosa, aterciopelada.

—¿Aterciopelada? —inquirió Juan hijo al oír a su hermano sin prestar atención a lo verdaderamente importante—. ¿De dónde sacará esa jerga?

La palabra era lo de menos para Juan padre, que más que preocuparse entró en un estado de nerviosismo que finalmente desembocó en un ataque de ansiedad. Sin poder apartar su mente del hecho, esgrimió una excusa que sonó vacía y distante, y como empezaba a oscurecer, pidió a todos que se recogieran en casa.

La Cañada del Diablo no era asunto de broma. Estaba allí, justo al lado, a escasos trescientos metros en línea recta desde la casa, pero para llegar a ella había que recorrer no menos de seiscientos serpenteando hasta el arroyo y luego buscar un sendero inexistente hasta el llano que la antecedía. Ese terreno pertenecía a la familia desde siempre, en la legalidad, porque en verdad, sobre él tenían el mismo control que posee un niño pequeño sobre la luna cuando su madre se la regala. Estaba cerca, pero ausente e inaccesible. Nadie se acercaba a la cañada ni solía fijar su vista en ella. Era como si esta, con personalidad propia, repudiara el acto de abordarla antes de concebirlo. Que supiera, su familia en el pasado no había tenido problemas con esa naturaleza desconocida, ni él ni su hermano ni sus otros hijos. Solo su padre, que en dos ocasiones se vio forzado a llegar al llano, y en las dos sufrió las desagradables sensaciones que producía. Sabía que con anterioridad a su nacimiento habían muerto algunos hombres que se hicieron los valientes y la rondaron en busca de sus fecundas esparragueras. Pero eso, y el runrún del tabú que arrastraba desde siempre, la marginaban del interés. Desde luego no tenía constancia de que nadie, salvo su padre en aquellas ocasiones, Irving en tres, según le había relatado Alan, y el mismo Alan en otras dos ocasiones, lo hubiesen intentado con los mismos resultados negativos. A nadie llamaba la cañada, sino todo lo contrario. Con esos antecedentes, su preocupación respecto a Ezequiel lo dejó con una intranquilidad que rondaba el pavor. La madre, muerta de miedo y con lágrimas en los ojos, se lo llevó arriba, a solas, y le preguntó por la voz que había escuchado, que cómo era, que qué decía, pero Ezequiel rompió a llorar y dijo que solo había sido una ocurrencia.

Esa noche, cuando los niños estuvieron dormidos, los padres bajaron y hablaron sobre el asunto en voz baja para que no les oyeran. Estaban aterrados, y sabían que si Ezequiel dijo eso, es que

eso había ocurrido. Sin lugar a dudas, lo de la ocurrencia sería algo que dijo para quitarles la preocupación. Acordaron hablar con Alan, por si él había visto u oído algo parecido por parte de Ezequiel. Esa misma noche, Juan se acercó hasta la casa de su amigo.

—Si ha dicho eso es porque lo ha sentido —constató Alan con visible preocupación en la cara—. Lo he visto varias veces con la mirada perdida hacía allí. Algo le inquieta, y eso me inquieta a mí. Debemos vigilarlo, examinar el coqueteo de su interés con el lugar, e impedir bajo cualquier circunstancia que se acerque. No sabemos qué puede hacer un lugar como ese con la mente de un niño.

—Por eso te lo cuento, porque pasas muchas horas con él y porque eres la única persona con vida que ha estado allí. Mi padre estuvo y sentí el cambio en él después de aquello, pero jamás me contó nada.

Alan detuvo su mirada en los ojos de Juan, que percibió su congoja en la saliva que tragó antes de abrir la boca con cierto titubeo.

—Fueron dos veces, y ambas resultaron experiencias horribles. Sabía por los manuscritos de Irving a mi padre que esto no era cosa baladí. Fui al lugar por dos motivos: primero para confirmar si las sensaciones descritas por él eran reales o si, por el contrario, eran el mero fruto de un raro estado emocional; y segundo, por si lo que encontró allí era cierto.

—¿Qué encontró? —se apresuró a preguntar Juan absorto, plenamente metido en la historia.

—Mi padre e Irving eran dos eruditos dedicados al descubrimiento ancestral. Fuera de sus vidas cotidianas, buscaban el indudable origen, saber con aproximación a la verdad de dónde procede verdaderamente el hombre, dónde hunde sus raíces, y por ello buscaron por todo el mundo evidencias que mostrasen con claridad si hubo un pasado distinto al que nos cuentan los historiadores oficiales y sus financiados escritos. Irving aseguró que encontró tallas en las piedras de origen posiblemente hiperbóreo, con todo lo que ello suscita, pero yo no he podido comprobarlo porque el lugar no me dejó. A él tampoco, aclaro, pero se ve que tuvo más insistencia que yo, por no expresarlo de otra manera más castiza.

—Yo solo sé —intervino Juan—, que no te entran ganas de acercarte allí y ya está, y que si lo haces, a mucha distancia te cautiva un sentimiento de intranquilidad que involuntariamente te aparta.

—Sí, es lo que ocurre si merodeas más allá del arroyo y subes un poco la ladera, pero eso es nada comparado con lo que te apresa cuando tomas la decisión de ir allí.

Alan esperó la pregunta de Juan, pero vio que era innecesaria. La dejaba caer su pose inmóvil, expectante, así que continuó reviviendo su experiencia, al tiempo que su piel se vestía de escalofrío.

—Empiezas a subir y lo notas. Es como si no estuvieras solo, como si te acompañasen incitándote en todo momento a abandonar el intento. Comienzas a dejar de oír el viento y el movimiento que provoca en la naturaleza circundante. No ves pájaros, ni los oyes, el silencio lo envuelve todo y te preguntas si es solo una experiencia onírica más. Es entonces cuando las sensaciones se intensifican, cuando la susurrante invitación velada que te pide desistir deja paso a un miedo repentino que te sube como el frío por los pies. En ese silencio reinante comienzas a oír ruidos extraños en cada dirección a la que no miras, y sientes que las presencias se vuelven una sola pero de naturaleza maléfica. La primera vez abandoné ahí, a mitad de la subida que antecede al llano de la cañada, pero la segunda llegué hasta el mismo llano. Los pasos fueron los mismos, y la cascada de sentimientos angustiosos se presentaron de igual forma, pero a partir de ahí, del punto que antes me detuvo, cuando me acercaba ya al llano, fue cuando noté como si me mirasen desde atrás, como si me tocasen por la espalda unas manos inexistentes y frías, y cuando unos susurros de hielo no cesaban de acariciar mis oídos. Una vez que alcancé el llano, mirando directamente a la cañada, mi mente dibujó los más terribles temores que recordaba de pesadillas pasadas. Imaginaba caras, figuras y abominaciones que saldrían del lugar en cualquier momento para atacarme. Tenía la piel erizada y esa constante sensación de sobrecogimiento en la nuca. Corrí cuesta abajo cuanto pude, creyendo que nada podría salvarme de lo que fuese que me perseguía, jadeándome escalofríos audibles

como la expiración, pero con tonos seseantes, y comprendí que los que habían muerto ahí quizá no lo hicieron por algo concreto, sino por la misma carrera loca que se anteponía a cualquier razonamiento lógico y al propio estallido del corazón en su alto repiqueteo de terror. No terminó la angustia en el arroyo, ni en mi casa tras la puerta cerrada a cal y canto, sino que la imaginación de los susurros me acompañó toda la noche. Los tres días siguientes los tuve que pasar en Málaga, en un hotel acompañado por una prostituta que mitigara mi temerosa soledad, y solo después de esos días logré reunir el valor para volver a mi casa, en la que ya no tuve problemas. Es por eso por lo que no podemos dejar de vigilar a Ezequiel. Si lo perdemos un momento y sube allí, creo que su corazón no lo resistiría, y de hacerlo, la carga emocional que sufriría podría dejarle secuelas para el resto de su vida. Tenemos que estar siempre encima de él, sin mencionarle directamente el lugar, pero haciéndole ver de alguna forma que el lugar es peligroso, por ejemplo, a causa de su camino escarpado y traicionero.

—No le quitaremos ojos, y Dios quiera que haya sido todo una casualidad —le dijo finalmente Juan.

Durante un tiempo, los padres y Alan no descuidaron un momento el seguimiento de Ezequiel. Juan hizo partícipe del asunto a su hijo mayor, de una forma soslayada, sin entrar en detalles innecesarios, pero tras dos meses en los que el niño no hizo ninguna insinuación sobre el asunto, comenzaron a tranquilizarse y a olvidarlo. Volvieron a preocuparse cuando el pequeño empezó a tener comportamientos extraños en mitad de las noches carentes de luna, no siempre a la misma hora. Se despertaba y divagaba en voz baja. Lo asaltaban ideas geniales sobre cómo hacer esto o aquello para que sus padres y sus hermanos no tuviesen que trabajar tanto.

Tiempo antes, Alan le había mostrado una lupa con la que se podía aumentar el tamaño de lo que se observaba o calentar algo concentrando los rayos del sol hasta llegar a quemarlo. Una de esas noches de insomnio, ante las protestas de todos que le pedían que

se callase, dibujó un artilugio para calentar la olla de su madre por medio de una lupa de considerable tamaño que a través de un tubo y un espejo devolvía el haz de luz a la base de la olla. Todos dijeron que era una tontería, pero Alan consiguió los materiales necesarios, y tres días después, la madre preparó la comida en el invento.

El insomnio seguía persiguiéndole en las noches oscuras, pero ya no se quedaba en la cama, sino que bajaba al salón, donde el fuego iluminaba con calidez el rincón donde, con ayuda de una vela, dibujaba esquemas ingeniosos que por la mañana todos miraban con perplejidad.

El padre decía que toda aquella anarquía de sueño y galimatías inventivo no acarrearía nada bueno, pero Alan lo convenció para que lo dejara experimentar sin más, pues en el mundo había ya demasiados necios y genios marchitos antes de germinar.

El primer año de tal desconcierto fue de vigilia para María, que no dejaba el pequeño a solas mientras la casa dormía, pero con la costumbre y el cansancio, no tuvo más remedio que claudicar y dejar al niño con el dibujo de sus planos, pero obligó a Juan a poner pestillos en lo alto de las puertas y ventanas. Así evitaría que cualquier locura, en la que no quería ni pensar, hiciese que Ezequiel se escapase alguna noche.

Un invierno, calentó la casa concentrando grandes lupas que giraban automáticamente sobre sí, al ritmo del sol, mientras incidían en una enorme viga de acero que conectaba el interior de las habitaciones y el exterior de la casa. Cuando caía el sol, un mecanismo de poleas movía una madera que aislaba a la viga del frío de la noche. También metió agua corriente en la casa desde un depósito en altura, alimentado desde la parte más elevada del arroyo, junto a la casa de Alan. La mañana que durante el desayuno les enseñó la infraestructura necesaria, todos dijeron que era una locura, que necesitarían más de un mes de tardes de trabajo para llevarlo a cabo, pero quedaron convencidos cuando les expuso con detalles el número de horas que su madre y sus hermanas pasaban a diario subiendo agua desde lo más profundo del arroyo, para que su padre y sus hermanos tuviesen la comida preparada y el agua para asearse cuando volvieran de trabajar.

Un día, un ingeniero amigo de Alan que estaba de visita dijo, al ver todo lo que había concebido la mente de un niño de cinco años, que jamás había visto nada igual en cuanto a precocidad e ingenio. De Gálvez, que estaba sentado en el porche de Alan comiendo un pedazo de panceta que cortaba a grandes trozos y la empujaba con tinto, le aseguró que estaba en lo cierto.

El siguiente año, y hasta que cumplió los diez, aprendió los seis idiomas que hablaba Alan. No fue una instrucción al uso, sino una demanda nacida de la curiosidad del propio Ezequiel. Todo empezó como una broma, cuando Alan le contestó una pregunta en los idiomas que conocía, y a partir de ahí empezaron a pasear por las mañanas, mientras buscaban espárragos o setas, dialogando en una sopa de palabras que nadie más podía seguir, hasta que las conversaciones se hicieron tan fluidas que ya no tenían que pensar qué idioma utilizaban o iban a utilizar.

Al inglés le encantaba la botánica y el dibujo, que cultivaba representando plantas con la que llenaba libros repletos de información. A Ezequiel también le dio por dibujar, pero lo hizo con un estilo que Alan jamás había visto. La primera persona que dibujó fue a su madre, y quedó tan perfecta, que el inglés le pidió que le enseñara. Lo intentó, pero aquello iba más allá de su habilidad. Lo primero que hacía cuando tomaba un papel era grabar con un palo fino de punta roma una serie de marcas aparentemente sin funcionalidad, y luego comenzaba a dibujar alrededor de ellas con líneas en todas direcciones y de distinta intensidad hasta completar el rostro que parecía dibujado y tallado a la vez, logrando una profundidad que Alan nunca había visto. Los dibujos de plantas y de árboles eran verdaderamente maravillosos, muy artísticos y enriquecidos. Todos tenían una especie de aura que en ciertas zonas marcaba con una línea de puntos, y en otras con un pequeño círculo y un punto central. Alan le preguntó qué era todo aquello, y él le respondió que no solo a las personas y a los animales los rodeaba la luminiscencia, sino que a las plantas también, y que las líneas punteadas eran el centro de gravedad donde descansa una rama o tallo, y los círculos, los lugares más débiles, donde la densidad y dureza era menor. Alan se quedó mirándolo fijamente,

luego observó otra vez el dibujo, hasta que no pudo más y le dijo: «No te pases de listo conmigo, pequeñín, y vete al carajo», mientras Ezequiel se desternillaba de risa revolcándose por el suelo.

Con siete años comenzó a impartirle las disciplinas más comunes de manera que él entendiera, como había hecho con sus hermanos. Con los demás niños evitó perder el tiempo con nimiedades que llenasen el cerebro y se centró en lo sustancial, en lo que precisarían para la vida. Al fin y al cabo, podía conseguirles un funcionariado cómodo y bien retribuido cuando alcanzasen la mayoría de edad. Pero con Ezequiel fue distinto, porque su rápido entendimiento y su naturaleza, que aún le era desconocida, así lo requería.

Un día, sacó un mapamundi de grandes dimensiones que él mismo se encargó de dibujar y le dijo: «Esta es la geografía que necesitas. Memoriza el perímetro de los continentes y su ubicación. Céntrate en los países circundados en rojo, que son de donde parten, en mayor o menor medida, las influencias y las fuerzas que interfieren en los demás, pues los otros cambiarán tanto de nombre como de tamaño en función del interés y la política que ejerzan los primeros. Si quieres, apréndelo por culturilla o respeto, adelante, pero es una pérdida de tiempo, créeme». Le enseñó sobre el mapa el diagrama energético natural del globo terráqueo, que el pequeño asimiló en nada, sorprendiendo a Alan y haciéndole reír de felicidad. Era un arma muy secreta en poder de un reducido número de países que propiciaba el éxito o fracaso de una contienda o el balance comercial de una economía concreta. Explicaba la dirección de las corrientes marítimas mundiales en cada época del año, las fluctuaciones temporales de viento en cuencas y territorios, lo que conllevaba implícito el gasto o ahorro energético de una empresa, tanto que podía conducirla al error o al éxito.

—Con esas tablas—le explicó un día Alan—, la arcaica armada española se quedó sin carbón en la contienda de Cuba, empujada por la presencia de buques enemigos que la obligaron a navegar por rutas con mayor carga de consumo energético, obligando a la flota de Cervera a entrar en Santiago con el consiguiente desenlace que ya conocemos. Referente a esto, se han hecho estudios que

confirman esas tablas. Soltaron toneladas de material flotante en diversos puntos del Pacífico y terminaron en su totalidad en este punto, o en distintos países donde se arrojaron telas vistosas de cientos de metros que acabaron concentradas en esta zona del desierto del Gobi. Esto es fundamental en geoestrategia.

Le enseñó orientación nocturna en función del mapa estelar, que resultaba válida también de día si se miraba a través de un cristal de *grogrú*, el cual desvanecía la claridad del sol dejando ver el firmamento estrellado a cualquier hora. Le inculcó historia en sus dos vertientes, la oficial como contraste para la comparación, y la que presumiblemente ocurrió, que no eran más que conjeturas mal cosidas en el manto del desconocimiento, pero para la cual tenía en cuenta todos los hilos existentes: Baalbek, Tiahuanaco, Sacsayhuamán... Lo introdujo en la física, para la cual le prometió el concurso de instructores muchos más versados, y matemáticas hasta donde pudo, pues la estructura de pensamiento con la que trabajaba el cerebro de Ezequiel dejaba en ridículo todos sus conocimientos, que estaban muy por encima del estándar. Los contactos y el influjo de Alan le facilitaron varios maestros durante los años siguientes, pero a todos los sobrepasaba en proyección, según el propio Alan. A pesar de ello, guardaba para sí su veredicto, intentando no destrozar el ego de estos, los cuales, en algunos casos concretos, gozaban de su amistad.

Uno de los matemáticos que asistió a Ezequiel durante un par de meses fue un joven de origen indio con el que trabó amistad hasta que poco después falleció, y al que estimó en su recuerdo de por vida. Su nombre era Ramanujan. También mantuvo intensos diálogos y estudió algunos meses con Schrödinger, antes de que este se trasladara a la universidad de Zúrich. Se llevaron bien, pero el físico adujo falta de tiempo para continuar sus enseñanzas, aunque Alan sospechaba que lo turbaba la profundidad de pensamiento de Ezequiel, y eso precipitó su marcha. De él extrajo sobre todo los mecanismos mentales para desarrollar teorías de calado, desechando el lastre que para la mente suponía a veces el método científico, llegando a conclusiones tan agudas como las alcanzadas por Demócrito cuando determinó la existencia del

átomo, y alcanzando la certeza de que la realidad se podía elegir. Para fortalecer esto último, los dos meses en que convivió con Heisenberg en casa de Alan afirmaron su convencimiento teórico de que no solo eso era así, sino que incluso se podía cambiar. Luego vinieron otros dos maestros, ambos de incógnito, pues, según decía Alan, eran personas muy significativas a las que la inteligencia de varios países seguían de cerca por su importancia. El primero de ellos era un matemático, de cabeza afeitada y barba, que se hacía llamar Leo. Gracias a la amistad que le unía a Alan y a la grata sorpresa que le produjo Ezequiel, permaneció todo un mes intentando, sin conseguirlo, enseñar a un niño que se adelantaba a sus resultados, lo cual, además de abrumarlo, lo frustraba, hasta que una tarde entraron en un debate enconado donde el profesor defendía a ultranza la Teoría de la Relatividad y el niño aseguraba que no describía la realidad, sino una exegesis encorsetada de esta, además de que resultaba tremendamente presuntuosa al pretender constatar su validez en todo el universo sin conocer siquiera la verdadera naturaleza de este. Años más tarde, Ezequiel leyó una revista que le dedicaba un extenso artículo a su profesor Leo, y sintió pena por cómo le había hablado. En la imagen se veía diferente, con el pelo blanco, largo y desordenado, y con bigote.

El segundo de estos maestros clandestinos con los que aprendió, a la edad de once años, y sin duda al que más admiró durante toda su vida en cuanto a ciencia, fue Nicola, a secas, como pidió que le llamase. Estuvo solo siete meses en Royohondo, pero fue tal el bagaje que le inculcó en tantas tardes de charlas, que Alan supo con total certeza que todo ese conocimiento le dejó a Ezequiel una inmensidad de hilos sueltos en la madeja de la invención, y que utilizaría algún día para cambiar el mundo.

Pero no todo en la niñez de Ezequiel fue preparación y aprendizaje, hubo también tiempo para que saliera el niño que vivía en su interior. Con siete años, algunos sábados acompañaba a su padre cuando este realizaba ciertas tareas de menor consideración. Fue por esa época cuando conoció al mejor amigo de la infancia, Basilio, dos años mayor que él. Basilio era huérfano de madre y vivía con su padre, abrazado de igual modo por la libertad y la

soledad. Era tímido, quizá por esa soledad que le acompañaba o por un hemangioma que desde su nacimiento le ocupaba la totalidad de la parte derecha de su cara. Su reino eran los picos escarpados que iban desde el tajo del Águila, donde se divisaba todo Royohondo, hasta los montes que terminaban abrazando la Alquería. Vivían en una cabaña grande, soleada y cómoda en mitad de aquel laberinto de cañadas y monte bajo, sin siquiera necesidad de corral cercado para el rebaño de cabras del que subsistían. El padre de Basilio vendía la leche a través de un contacto que tenía en Alquería, y la mayor parte del queso por mediación de Juan, que lo repartía allá donde llevaba sus frutos y la mermelada que elaboraba María.

La primera vez que Ezequiel vio a Basilio, algo más bajo que él a pesar de los dos años que le separaban, este se escondió tras su padre mostrando con ello su timidez. No era un niño acostumbrado al trato ni a la compañía. Cuando se le acercó Ezequiel a preguntarle por su nombre, lo pronunció tan bajo que ni se oyó. Después Ezequiel le preguntó qué le pasaba en la cara, y él, inaudible, contestó que era cosa de nacimiento. Ezequiel le dijo que no se refería a eso, sino que le preguntaba por el araño que tenía debajo del ojo, y fue ahí donde Basilio supo que había encontrado un amigo. Mientras los padres hablaban sobre un tema concerniente a la venta de quesos, que empezaba a dispararse, los niños se retiraron y empezaron a jugar lanzando piedras aquí y allá, hasta que Ezequiel sacó de su bolsillo una pequeña chirimoya que ofreció a Basilio.

—¿Has visto alguna vez algo igual? —preguntó Ezequiel—. Me la dio mi padrino. Toma, para ti. Está riquísima y proviene de ultramar —aclaró Ezequiel, señalando con el dedo el mar, que se divisaba en la distancia.

Basilio quiso estar a la altura de Ezequiel, así que sacó del interior de su zurrón un cuenco de madera lleno de hermosas moras recién cogidas que ofreció a Ezequiel.

—Proviene de allí, de «ultrarroyo» —murmuró señalando el confluente de dos laderas montañosas.

Luego sacó de su zurrón una honda y la cargó con una piedra que estrelló contra el costado de una cabra que pastaba a unos cincuenta metros para impresionarlo con su puntería. Alarmado, Ezequiel le preguntó.

—¿No te da pena?

—No, es solo una demostración de puntería.

Entonces Ezequiel agarró un terrón de tierra y se lo tiró malintencionadamente al costado, sin miramiento alguno, tras lo cual Basilio, dolorido, le preguntó que a cuento de qué venía aquello.

—A cuento de nada. Es solo una demostración de empatía inducida.

Basilio no supo jamás qué significaban las palabras empatía e inducida, pero entendió el concepto y se desternilló de risa. A partir de ahí, pasaban todas las tardes juntos en lo alto de la sierra o en el llano, donde Basilio se sintió verdaderamente arropado por los Cabral, que lo trataron como a uno más de la familia.

1921 fue un año horrible. La hambruna visitó toda la región con severidad manifiesta. Los dos años anteriores, las lluvias apenas se dejaron ver, y ese, el de su octavo cumpleaños, no fue más que un mero fantasma en el recuerdo. El trigo se quedó en pequeños brotes mustios y pajizos, y los huertos eran estampas marchitas. La gente lo pasó mal, mucho caldo con una pequeña porción de ave cazada, en la mayoría de ocasiones; espárragos, almendras, aceitunas y cualquier alimento ocasional. La familia Cabral pasó los dos años anteriores con cierta holgura. Aunque el arroyo no corrió en el primero de esos angustiosos años, y en el segundo la humedad se evaporó hasta del lugar donde siempre sembraron el huerto, un hilillo que bajaba de la Cañada del Diablo les bastó para no tirar exclusivamente de la ayuda de Alan. Pero ese año, el hilillo se secó. Durante el almuerzo solían hablar de cómo iban a hacer esto o aquello. Juan padre proponía y asentaba las directrices, pero los demás también participaban y aportaban su punto de vista hasta

enriquecer el proyecto más liviano. Ese día hablaban del huerto, de si se sembraba o no en vista de la sequía, y concluyeron que era una pérdida de tiempo y un esfuerzo innecesario, ya que la lluvia ni estaba ni se esperaba. Pero entonces, Ezequiel, al que siempre se recurría por si aportaba algo nuevo como la invención de un milagro técnico al que ya estaban acostumbrados, adujo:

—En el arroyo no hay ni humedad, aquí en el llano ni rocío por las mañanas, pero sí podemos ir a donde seguramente hay agua.

—¿Dónde?! —exclamaron todos al unísono.

—Allí arriba —apuntó con su dedo y su mano estirada—. Podemos sembrar allí, en el llano que antecede a la Cañada del Diablo.

Hasta su hermana María Candela, que tenía ya once años y sabía lo que significaba aquello, se estremeció solo con la idea. No era una cosa que su padre le hubiese enseñado, sino un sentimiento de miedo que asumían desde muy pequeños y que luego acompañaban por lo bajo con un runrún de fondo con el que ninguno de ellos bromeaba. Las caras de los niños reflejaron perplejidad y miedo, María se persignó, aunque no creía en más Dios que el azar y el destino y en más fuerza que la de sus manos. Juan rompió aquella incomodidad repentina con un fuerte puñetazo sobre la mesa que tiró varios platos al suelo.

—Ya está bien de majaderías, Ezequiel. Hay cosas que no tienen que enseñarse, sino que se aprenden por sí solas. Ni a mi hermano ni a mí tuvieron que decirnos nada, ni a mi padre ni a mis tíos. Tus hermanos también lo supieron por sí solos. Es una realidad que te acompaña desde que tienes uso de razón y desde que puedes juntar dos palabras. Es la constatación de que en el mundo no es todo «si trabajo como y si no enfermo vivo». Es el ejemplo de que existe algo más, aunque de naturaleza desconocida. Y está ahí, sea lo que sea. Si lo dejamos, nos deja, y ya está. Apréndelo. Y asúmelo. A unos les toca la lotería y lo toman con incredulidad en un principio y con jolgorio después; a otros les toca el quedar lisiados en una cama de por vida y de igual manera lo toman con incredulidad al principio y con amargura después. Pues, de igual forma, a nuestra familia le tocó convivir con eso de ahí arriba. Créelo de una vez, si no eres capaz de sentirlo, y apártate de ello.

—Sí que lo siento. —Todos los niños miraron al suelo ante la inesperada réplica de Ezequiel—, pero no como vosotros, no con ese miedo. Me llama, incansablemente, una y otra vez. Ya estoy harto de ocultarlo, de evitar mirar porque sé que me vigiláis y no quiero preocuparos. Me dice que suba, que confíe.

—¡Basta ya!

Juan volvió a golpear la mesa con más fuerza y se levantó iracundo hacia Ezequiel con las manos abiertas. Nunca golpeaba a sus hijos, pero si era por su bien, no dudaría en dar unos azotes. María se interpuso con lágrimas en los ojos, y Juan, al verla, y al reparar en su propia furia, salió de la casa y se alejó hasta donde nadie lo viera y se dejó caer junto al tronco de un árbol, llorando desconsoladamente.

Por la tarde, todos los niños permanecieron en casa con la puerta cerrada, a cargo de Juan hijo, que ya había cumplido dieciocho años. Mientras tanto, los padres estaban reunidos con Alan en su casa, y muy preocupados.

—Lo he observado últimamente, y sí, mira más que nunca. Creo que es peor que la otra vez. No podemos quitarle ojo de encima. Mañana me pondré en contacto con un amigo para que venga lo más pronto posible y lo estudie. Es un doctor de la mente, y previsiblemente nos determine qué cosas pueden estar pasando por su cabeza. He pensado en tres, todos muy amigos míos y conocidos entre sí. Son los doctores Freud, Reich y Jung. Finalmente he optado por Carl Gustav, simplemente porque es el más cuerdo de todos. Creo.

Esa noche, los padres sacaron la cama del fondo de la estancia y la pusieron por delante de la escalera, donde pensaban dormir para controlar a Ezequiel, al que le prohibieron bajar por las noches durante sus insomnios.

A las dos y trece minutos de la madrugada, Ezequiel despertó y se sentó en silencio en la cama. En su cabeza oía claramente cómo le llamaban. Miró la cama de sus padres, que se interponía en su camino, y las maletas que habían puesto por delante para que no pudiese colarse por debajo de ella. Quitó una sin hacer ruido y se deslizó por debajo de sus padres. Muchas noches bajaba al salón, y

aunque alguna vez sintió deseos irrefrenables de salir y acudir a la llamada, el gran cerrojo que colocaron en la parte superior de la puerta se lo impedía. Esta vez no lo haría. Con sumo cuidado acercó un extremo de la mesa hasta ocupar una de las hojas de la puerta, luego subió dos sillas sobre ella, y una tercera encima de estas hasta formar una torre de madera a la que se encaramó. Echó aceite de cocinar por todo el mecanismo del cerrojo, al igual que en las bisagras, y con delicadeza liberó la puerta sin hacer ruido. Luego, retiró la mesa lo indispensable y agarró una manta que se echó al cuerpo, tomó un candil y el chisquero de su padre para encenderlo cuando estuviera lejos de la casa. Cuando salió afuera y cerró la puerta, se dio cuenta de la enorme ventolera que hacía. Se oía un búho cercano y la respuesta de otro más distante. No se asustó, sino que se encaminó con determinación hacia el arroyo notando el fuerte cansancio que tenía acumulado tras varias noches de poco dormir. Una vez que cruzó el cauce del arroyo por la derecha de donde solían sembrar el huerto, comenzó a subir hasta que todos los sonidos se desvanecieron repentinamente, dando paso a un silencio absoluto que lo tranquilizó. Siguió subiendo sin encender el candil hasta llegar al llano, porque sus ojos se habían acostumbrado a la noche. Entonces lo encendió para ver todo con detalle. No solo no le había asaltado inquietud durante la subida, sino que una paz cargada de sopor lo abrazó. Era un llano prácticamente rectangular, de aproximadamente unos cincuenta por setenta metros que se metía debajo de la pared cortada de la montaña. Varias vetas de distintos minerales metálicos la recorrían en sentido longitudinal hasta donde le alcanzaba la vista, aunque no pudo precisar la naturaleza de estos. Por debajo de la cornisa, pisando tierra agradablemente comfortable, se encaminó hasta la boca de la garganta. Era el inicio de la Cañada del Diablo. Un poco más allá, vio agua sobre las rocas. Sin duda eso era una buena señal. Estaba muy cansado, profundamente cansado, pero asistido por una paz que lo inundaba. En la entrada de la tétrica espesura había un ingente caos de zarzas que pareció abrirse para él cuando se acercó. Lo achacó a un efecto óptico de su avance. De ahí habían salido todas las llamadas sin palabras que desde pequeño

escuchaba, no tenía ninguna duda, pero no era hora de explorar, estaba agotado. Encendió una pequeña hoguera bajo la cornisa de la abrupta pared rocosa y se tumbó en la tierra seca y suave enrollado en la manta. Las llamas formaban figuras casi reales sobre el follaje, la maleza y las piedras cercanas a la misteriosa bocana de lo que fuese aquello. Se volvió despreocupado dando la espalda a lo que otros hubiesen tildado de amenaza espectral, pero le faltaba algo. Juntó un montoncito de arena que le sostuvo la espalda en la zona lumbar. Ya estaba mejor, posiblemente mejor que nunca. Los ojos comenzaron a cerrársele poco a poco, como la cortina que baja con parsimonia hasta brindar oscuridad, y su mente abandonó el mundo de la consciencia para sumirse en un profundo sueño.

Juan despertó y la falta de luminosidad en las ventanas le indicó que aún era noche cerrada, pero que pronto amanecería. Tuvo que recordar el porqué de su extraña ubicación, y fue entonces cuando dirigió su vista hacia el lugar que ocupaba la cama de Ezequiel. Las maletas que a modo de parapeto había puesto por la noche estaban movidas, lo que aceleró su corazón. En penumbras, fue hasta la cama del niño y la encontró desierta. No quiso alarmar a María, así que se encaminó escaleras abajo murmurando una letanía para que estuviese allí, como tantas mañanas, dormido entre mantas y dibujos ininteligibles. Pero al llegar abajo y ver el castillete de sillas y el cerrojo abierto, el mundo se le cayó a los pies. Jadeando llamó a María y toda la casa se despertó presa del pánico. Atropelladamente, dio órdenes para que su hijo mayor avisara a Alan, y para que todos los demás permanecieran dentro bajo el cuidado de la madre hasta nuevas instrucciones. Una vez salió de la casa, bramó el nombre de su hijo con la angustia saliendo en cada grito. Tras darse cuenta de que no podía pensar con claridad para dar asistencia al rumbo de sus pasos, se asomó al arroyo desde lo alto del lateral de la casa, y miró donde no quería mirar: a la Cañada del Diablo. Seguía estando oscuro, por lo que pudo ver sin dificultad

la luz de una hoguera titilando en las partes más bajas de la montaña. Sin pensarlo un momento y casi sin ver, corrió cuesta abajo poniendo en peligro su integridad, al tiempo que maldecía y volvía a maldecir su mala suerte. Dos veces cayó al suelo antes de cruzar el arroyo, pero una energía que no sabía de dónde sacaba le evitó el dolor de la caída. Cuando atravesó el cauce seco, comenzó a subir sin titubeos hasta llegar al lugar que siempre le había causado un fuerte sentimiento de inquietud. Esa raya imaginaria siempre había sido la frontera de su determinación, pero esta vez no le hizo caso y prosiguió con su corazón acelerado, pero no solo por el esfuerzo. Los sonidos se apagaron y la campana de irrealidad lo abrazó con un miedo que no cesaba de aumentar. No sentía el aire ni su ruido molesto, no oía a los pájaros ni movimientos naturales de animales en huida, solo el roce de sus pies corriendo sobre la tierra y sus pisadas contra el monte bajo. Sintió un deseo loco de abandonar al oír los primeros susurros en su nuca. Eran palabras ininteligibles, indiscutiblemente amenazadoras, pero quien estaba ahí arriba era su hijo. Prefería que le estallara el corazón a causa del miedo que dejar a su pequeño en brazos de ese miedo. Llegó al llano fuera de sí, gritando y llorando, sin sentido de la realidad, girando sobre sí repetidamente y lanzando los brazos como si quisiera apartar un enjambre de avispas. Perdió todo control posible sobre la dignidad y el estoicismo, gritando de puro terror, como un niño, pero recobró un ápice de cordura y con los ojos cerrados gritó repetidamente el nombre de su hijo. Era incapaz de abrirlos porque temía encontrarse con la malévola presencia que sentía a su alrededor, pero entonces escuchó la timidez de una respuesta en la voz de Ezequiel. Tiró de toda la fuerza de su voluntad para mirar, y lo vio al fondo, tendido en el suelo, abrigado por una manta. Corrió hasta él sin parar de gesticular, como intentando desprenderse de lo que lo seguía, pero entonces vio que era Ezequiel quien corría para encontrarse con él.

—¡Corre, corre! Huye sin mirar atrás. Alcanza el arroyo —le pidió su padre sin mirarlo, con el terror asentado en su cara.

—No, dame tu mano, papá, dámela.

Juan extendió el brazo hacia el pequeño y cuando este le apretó la mano con fuerza y dulzura, toda su aprensión se desvaneció. Fijó sus ojos en la verde intensidad de la mirada del niño, y un atisbo de miedo recorrió su cuerpo ante la incertidumbre que representaba la naturaleza de su pequeño. Finalmente, lo abrazó. «A mí me tocó esto y lo quiero tal y como es», pensó.

—Lo siento, papá. Siento todo esto, pero tenía que hacerlo de una manera u otra.

En ese momento se oyó un disparo que provenía de la subida, gritos de miedo y varios disparos más hasta que todas las balas de un tambor se agotaron. Alan apareció en el llano, gateando, gimiendo, se tiró al suelo boca arriba intentando defenderse de algo que únicamente él veía. Padre e hijo corrieron hacia él y el pequeño tomó a Alan por la barbilla y después lo apretó. Se serenó y se abrazaron los tres. Cuando Ezequiel los soltó, el miedo los asaltó de nuevo, *in crescendo* desmesuradamente. Entonces los volvió a apretar y gritó:

—¡Son mi familia, mi familia! Y todos los de ahí abajo. ¡Darían la vida por mí!

Volvió a soltarlos, pero ya no los envolvió esa congoja desmesurada.

—Tranquilos, vamos para abajo —sugirió Alan aún compungido.

—No —lo contradijo Ezequiel—, inspeccionemos el terreno. Hay que ver el mejor sitio para sembrar.

Una semana más tarde, toda la familia estaba en el llano por primera vez en sus vidas, reacios al principio, pero seguros de Ezequiel y avivados por la urgencia. Únicamente había una norma: no entrar bajo ningún concepto en la Cañada del Diablo. Alan le preguntó el motivo y él le contestó que eso vulneraba el principio de Banch. Alan quiso saber qué era el principio de Banch, pues le recordaba una imagen apagada que no sabía precisar, como una melodía familiar y agradable pero supuestamente ignorada, algo parecido a la repentina aparición en la boca del sabor de un

alimento que evoca la niñez. Fue tal el desconcierto que creó en Alan, que escribió por separado a todos sus amigos, muchos de ellos premios Nobel, preguntando por tal principio. Todos le contestaron de igual manera, con pesar, desconcierto e interés, y muchos de ellos coincidieron en explicar su vaguedad con la similitud de una melodía conocida y sugerente, pero a la vez olvidada.

Finalmente sembraron dos huertos, uno que correspondía a los preceptos más sensatos en cuanto a fechas y lunación que dictaminó Juan, que no estaba dispuesto a escuchar los absurdos comentarios de su pequeño, por muy sabiondo que fuese, y otro que indicó Ezequiel. Para este, también tuvo en cuenta la luna, pero llena, contra toda lógica, cuando se hallaba en las antípodas de Royohondo. Sembraron a las tres de la mañana, alumbrados por cinco hogueras dispersas en las que Ezequiel había puesto muchísimos cantos rodados al fuego durante horas, ante la protestas de todos, salvo de Alan y María, que reían.

Los hoyos estaban abiertos, y a la hora que indicó Ezequiel, se sembraron las semillas, se taparon con tierra, se regaron y se les puso encima un canto rodado casi incandescente. Fue media hora de labor, pero a los dos días las yemas se abrían paso hacia el cielo con una velocidad nunca vista por ellos. Juan no tuvo más remedio que reír, pero le advirtió que sembrar fuera de lunación podía acarrear vistosas plantas con gran floración, pero nada para comer.

Mes y medio después, cuando empezaron a recoger hortalizas y verduras, su padre le preguntó que cómo supo lo de sembrar en esas circunstancias. Él le dijo simplemente que se había dejado llevar por las ideas más ocurrentes y el momento señalado, que coincidía con la luna llena mirando el lado contrario del mundo. Alan indicó que aquella cosecha debía mantenerse oculta a los ojos de todos, que toda rareza ha de alejarse del interés del poder, que ansiaba el mínimo milagro para intentar poseerlo en exclusividad y reproducirlo. Por eso levantaron una cerca de cañas que cobijara definitivamente la desconocida desproporción de los alimentos producidos en aquel huerto. Y fue así, gracias a Ezequiel, que la familia Cabral logró conquistar un trozo de tierra que si bien no dejó

de entrañar un misterio para todos, al menos podían disfrutarlo, y de qué manera, en compañía del niño.

Meses más tarde, junto a Ezequiel, Alan se acercó a la entrada de la cañada, justo donde las dos vertientes de las montañas creaban la gran garganta. Era todo un amasijo de zarzas y otras enredaderas comunes que no dejaban ver más allá de ese verde. En cuanto se acercaron, el inglés percibió que el pánico que otras veces había sufrido empezaba a azuzarle el corazón, pero el niño le cogió la mano y le insinuó que no se preocupara, que aguantara porque el esfuerzo merecía la pena. En la pared de la izquierda, bajo la maleza que retiró el pequeño con la mano, Alan identificó con claridad e inequívocamente los caracteres a los que hacía referencia Irving en las misivas a su padre. Nunca más se acercó hasta allí, sabía que era una temeridad y un derecho que no le pertenecía, pues el único ser que parecía tenerlo era Ezequiel, al que observaba con sana envidia y regocijo cada vez que se perdía en el interior de la cañada, entre unas púas que jamás lo hirieron.

Algunas veces se ausentaba en el interior por espacio de horas, pero nunca se atrevió a preguntarle qué hacía allí dentro y qué buscaba. Hasta que un día, durante el almuerzo con Juan, bebió dos copas de vino de más y no pudo resistir la curiosidad.

—Maravillas —le murmuró el pequeño con la vista perdida en el infinito—, y aprender el lenguaje de las plantas.

Un tibio día de junio del año veintitrés, doña Águeda, condesa del Valle, esposa de don Nicanor y madrina de Ezequiel, hizo acto de presencia por primera y penúltima vez en Royohondo. Aunque siempre lo había deseado, sus sesenta y dos años, que siempre se encargaba de recortar, y sus numerosos quehaceres se lo habían impedido, pero la situación apremiaba y no quiso demorar más la deseada visita.

El asunto resultaba harto delicado por un despropósito del conde, que había carecido de la visión más elemental cuando decidió internarse por un camino para el que ella no hubiese dado jamás su

consentimiento. Quería a Ezequiel como al hijo que jamás pudo tener por culpa de su marido. Al menos eso sí estaba claro, don Nicanor fue la parte débil en el lazo matrimonial que imposibilitó concretar el nudo de su descendencia. No sabía precisar, y era justa al reconocerlo, la cantidad exacta de bebés a los que había bautizado en calidad de madrina en la capilla familiar, pero siempre tuvo en su memoria a aquel que amadrinó en la catedral de Málaga, junto al apuesto inglés que sacó de las inmediateces del precipicio la deriva que llevaban los negocios de su marido. Alan empezó a llevarlo al palacio de la condesa poco después de que cumplierse los cinco años, y desde entonces, en cada visita, le recordaba que no dejase de llevarlo toda vez que Alan fuese a visitarla. No es que faltaran niños en la casa y en sus tierras, pero con Ezequiel sintió algo más que el cariño que dispensaba a cualquier pequeño de su alrededor, en aras quizá de su esquiva y ya desahuciada maternidad. En un principio se dijo que esa atracción y deseo de proteger al niño le vendría por el casi parentesco que tenía el pequeño con Alan, o posiblemente, y a eso le daba más probabilidades, por su bautismo celebrado en la catedral. Al final, el caso no fue lo uno ni lo otro, sino que descubrió que se había encariñado de Ezequiel desde el primer momento. Era risueño, inteligente, no sabía precisar si maduro para su edad, pero sí tierno, sensible, y derrochaba un encanto y una alegría que rociaba sobre los demás. Tras pocas visitas, él también se encariñó con ella, a la que llamaba madrina, y lo hacía de corazón. Don Nicanor, al principio discutió con su mujer por permitir que el pequeño parase a los jornaleros para que comiesen o se refrescasen con cualquier cosa que les llevara de las cocinas, sus cocinas, o cuando los apremiaba para que abandonasen las labores al sol en las horas más calurosas del verano y se refugiaran en la sombra.

—¡Mírale, Águeda! No te encariñes con él. Si con cinco años es un pequeño jodido sindicalista.

El caso es que en menos de un año fue el propio conde quien no quería apartarlo de él. Tanto que en una ocasión, mientras lo observaban con devoción, llegó a decirle a su mujer: «Si fuese nuestro». Ese día lloraron, y por la noche durmieron juntos después

de muchos años e hicieron el amor con la permisividad propia de la edad.

A partir de entonces, cada trabajador del conde agradeció la influencia del pequeño en el señor, que mutó su estricta severidad, aunque no malvada, en un seguimiento verdaderamente preocupado de cada contratiempo que sufriese cada uno de ellos.

Doña Águeda llegó acompañada por Alan a las inmediaciones del porche de la casa de los Cabral, donde le esperaba Ezequiel. Llevaba más de un mes sin ver al pequeño, que ese abril había cumplido diez años, y lo abrazó con verdadera devoción. Había subido a lomos de un pequeño burro en compañía de un hombre de su marido y del inglés, que lo hizo a pie. Su cuerpo no estaba ya para caballos. Entró en la casa con ayuda de un bastón que en verdad no necesitaba aún, y cuando vio a Juan y a María allí, de pie, tensos, inclinó un poco la rodilla y con lágrimas en los ojos les dijo:

—Perdón, en nombre de mi marido y en el mío propio, aunque desconocía su bastarda proposición. Está muy apenado y avergonzado por lo sucedido, y si no está aquí presente no es porque no lo crea necesario, sino porque, según dice, su hombría ha quedado en entredicho al compararla con su desvergüenza. Son palabras duras y autocondenatorias de un hombre poderoso cuyo honor está roto.

—Se aceptan, señora —murmuró Juan—. Ahora las dejo a solas por si tienen algo más que hablar.

Doña Águeda sonrió dejando entrever una hermosa boca de blancos dientes. Tenía los ojos azules y la tez, inusual en los de su clase, tirando al color propio de verse sometida diariamente al sol. Su cara era un triángulo invertido, y estaba marcada por profundas arrugas que no lograban mitigar la belleza que en otro tiempo la acompañó. Miró con cariño a María, percibiendo el brillo de sus emocionados ojos verdes. Estaba reluciente, como una diosa, imbuida de una hermosura que ni las primeras y tenues arrugas de los ojos y de las comisuras de los labios llegaban a reducir. Le encantaron sus cuidadas manos. Limpias, como si no dedicara personalmente tantas horas al cuidado de su familia y a la elaboración de la rica mermelada. Se fijó en la casa, sencilla y

humilde, pero hermosa y fragante con aquel susurro a lavanda que tanto le gustaba.

—Me encanta la casa, María, y me atrevería a decir que se ve en ella la mano de Ezequiel. Pero mis viejos huesos empiezan a decirme que les bendiga con el sol.

—Salgamos, entonces, señora. Hay un camino por el llano muy adecentado que llega hasta la casa de Alan.

—Llámame Águeda, por favor, me haría sentir más cercana. Además, señora y condesa son términos más apropiados para jóvenes que creen que nunca van a morir. A mi edad, y no te digo esto por decir, cambiaría mis años y mis títulos por los trapos para planchar y los veinte años que tiene mi sirvienta Monserrat.

María rio con estrépito y tomó la mano de la condesa mientras salían al exterior en aquel día tan suave que parecía de primavera. Avanzaron por el llano junto a la hilera de encinas que apenas dejaban al sol tocar el suelo. Todo estaba marchito en ese mes, menos los árboles y, curiosamente, el monte de enfrente, que llamó la atención de la condesa.

—Lo de mi marido no tiene excusa.

—Ya lo dijo usted, dejémoslo pasar, Águeda.

—¡No! Quiero explicarme. ¡Permíteme, María! Nunca pretendió que os sustituyésemos. Él no quería arrebatároslo, sino que viviera en casa como nuestro ahijado y que fuésemos como otros padres capaces de darle la mejor educación posible. Fue muy ingenuo y se dejó llevar por las falsas ilusiones de una mente que empieza a decaer. Conoce a Ezequiel desde hace cinco años, y lo quiere tanto que se le fue la cabeza. Tiene un único sobrino, Gonzalo, por encima de los cuarenta ya. Pero malo, más que malo en todo lo que se piense. Le compró la carrera de derecho, por pusilánime, por incapaz de alcanzarla por sus propios medios. Si mi difunta cuñada, la Predilecta, lo viese, se arrojaría de nuevo a su foso mortuario sin besarla siquiera. Gasta más de lo que es capaz de obtener, y bebe más de lo que es capaz de contener, así que a mi marido se le puso en la cabeza aquello de que hasta aquí hemos llegado, y pensó que como no es un faraón y no necesita llevarse lo que tiene al otro mundo, Ezequiel, y no ese ruin por muy sobrino carnal que sea, era

el que debería heredar. Y así, en tal necesidad, mandó a redactar un contrato para que lo trajera Alan y lo firmaseis como si estuviésemos hablando de ganado. Te imaginas cómo se puso Alan cuando vio que aquello iba en serio, ¿verdad? Rio, pero su risa no era de broma, y le dijo a mi marido, con toda razón, que si aquello no se cortaba allí mismo, era capaz de hacer con el ejército inglés lo que no tuvo huevos de hacer el francés con toda la ayuda de Godoy y el VII. Después de aquello, me enteré de todo, y reprendí duramente a mi marido en lo que una mujer puede reprender, ya sabes. En fin, María, que te suplico para que nos des tu confianza y lo dejes venir de nuevo a casa en compañía de Alan, que nada malo le pasará. Pues sabes que aparte de la protección que la Virgen haya dispuesto para él, cuenta también con la nuestra.

María la miró fijamente a los ojos y le sonrió en muestra de verdadero perdón. Sabía que el despropósito no había partido de ella.

—En la Virgen no creo —confesó la madre de Ezequiel—. Creo en el trigo que alumbra el pan, y no sin sudor. En la mantequilla que lo unta, en la aceituna que reina en los inviernos, en el sol que calienta la tierra, que cobija la semilla y que la hace brotar en verde yema sobre el suelo marrón hasta que sube por el tallo y nos brinda el alimento. Creo también en algunas personas, y entre ellas estáis vosotros. Ezequiel puede ir a vuestra casa, y de verdad que lo desea. Os quiere mucho, pero también a su familia, que no lo olvide el conde. Y en cuanto a lo de la herencia... es una locura, Ezequiel no la necesita, pues vendría acompañada de un enemigo de por vida que trataría por todos los modos de arrebatarla. Mejor no lidiar con esos fuegos, Águeda, pues es corral para otros gallos, con perdón. Por otra parte, en cuanto a su sobrino, me dijo Alan que su marido lo tiene prácticamente desterrado en Madrid.

—Así es, hija, siempre medrando en cualquier ala del conservadurismo.

—Pues, permítame pedirle que cuando se encuentre aquí, nos avise para que el pequeño ni se acerque.

—Así se hará. Y una cosa más antes de irme, María. Sabéis que Ezequiel es especial, ¿verdad?

—¿A qué se refiere? —inquirió María sin poder disimular una pose defensiva.

—A que tiene que cuidarse mucho de hacer ciertas cosas en cualquier lugar. La gente, mi gente al menos, lo quiere con locura, pero hay quienes lo observan con cierto recelo. Siempre está de aquí para allá con otros niños, jugando, inventando cosas que les hace la vida más fácil, pero cosas que no están al alcance de cualquiera. En ocasiones le insto a que me lea algo, pues mis ojos empiezan a marchitarse incluso tras los cristales. Un día, no hace mucho, me leía versos de Keats, uno de mis favoritos. Sé que lo hacía por complacerme y que lo que de verdad tenía ganas era de correr por las huertas con esos pequeños rufianes que andan por mi hacienda, así que cerré los ojos para que creyese que dormía y se fuera. Antes de marcharse, cerró el libro y lo dejó en una mesita, y abstraído, se acercó a unas fuentes inspiradas en los parterres del Generalife que tenemos en el jardín. Hay más de cuarenta chorros de agua. Pues bien, fue acercándose alternadamente a varios de ellos, y allí donde ponía sus ojos, la fuerza del caño, y por tanto su altura, variaba perceptiblemente. Son las cosas que creo que debería evitar.

—Puede que fuese una casualidad, Águeda —defendió María, visiblemente preocupada.

—Puede, hija, pero parecía perfectamente sincronizada con su intención o deseo.

Después de cinco días sin ver a sus dos hijos mayores, lo que menos deseaba Juan era una discusión como la del desayuno del sábado, que volvía a reunir a toda la familia en la mesa. Pero la verdad es que no pudo evitarlo, pues le irritaba profundamente el cariz que estaba tomando la personalidad de su hijo mayor, ahora que pasaba los días laborables lejos del hogar.

Juan hijo había conseguido un puesto bien remunerado en gobernación, donde rellenaba informes y los archivaba. Ese era su trabajo en una oficina iluminada que compartía con otros tres

enchufados, desde la cual veían el mar y el tránsito de barcos cargados de mercancías y pasajeros. Allí lo había puesto don Nicanor, como prometió en su día, y lo mismo haría con todos los varones de la casa a su debido tiempo.

Miguel, por su parte, se dedicaba enteramente al despacho de ultramarinos que habían montado en una esquina de calle Larios, en un amplio local que les había proporcionado Alan y por el cual no tenían que pagar alquiler. El producto estrella, sin duda, era la mermelada de frutos del tiempo en sus distintas variedades, pero ahora empezaban a dejarse notar una altísima aceptación del turrón y los dulces de albaricoque que llevaban implícito el sello de María. Miguel no estaría allí más de dos años, tras los cuales Remedios tomaría las riendas del negocio, cuando él empezara a trabajar en gobernación. Tan bien les iba que habían sentado el proyecto para poner una pequeña fábrica en las afueras de la ciudad, para la que pensaban contratar a una veintena de trabajadores y expandir el negocio por distintos barrios.

—En esta casa, bajo este techo, no se habla de política. Si no entendemos de política es porque no necesitamos para nada saber de política. Así que en adelante, tenlo bien presente, y no creas que el hecho de tener veinte años, de que vivas fuera de tu casa algunos días de la semana, y de que trabajes en gobernación, donde no dudo que se hablará de política en todo momento, te dé riendas para ello —clamó Juan padre con una firmeza y aplomo que no dejaba amparo a otra posibilidad—. Aquí solo eres el hijo mayor, pero hijo al fin y al cabo, y allá fuera, eres un polluelo que abandona el nido familiar de lunes a viernes, pero que necesita regresar a su hogar cada fin de semana. Y aunque creas que puedes esbozar ideas por esa boca, tuyas o de otros, te advierto, por tu propio bien, para que no lo hagas fuera, y te prohíbo terminantemente que las liberes aquí, donde puedes intoxicar a tus hermanos más pequeños. Y, en cuanto a lo otro, a eso —prosiguió señalando un petate que había en un rincón en el que se divisaban dos astiles de madera—, deberías de pensarlo dos veces antes de volver a utilizarlo buscando tesoros en el castillo en tu tiempo libre. Eres el hazmerreír de todos. Madura de una vez. Para eso sí que tienes edad.

Todo había empezado por un comentario del hijo mayor sobre el golpe de Primo de Rivera. Aquello había sacado de sus casillas al padre, y una cosa le llevó a la otra.

—Madurar no es más que acatar definitivamente las reglas que otros han impuesto para que juegues al juego que ellos diseñaron en clara desventaja. Madurar es dejar de soñar, y al dejar de soñar es cuando los sueños se vuelven utopías.

Todos, sin excepción, miraron a Ezequiel, que se había atrevido a hablar desde una esquina cortando la perorata de su padre. Y todos supieron que el desayuno no iba a terminar dentro de la normalidad deseada. El padre, incrédulo ante tanta desfachatez, lo fulminó con la mirada, pero con ello no consiguió callarlo.

—Y en cuanto a la política... —continuó el pequeño—, todo es política, padre. Aunque haya gente que no quiera saber y diga no saber de ella, la pone en práctica a diario. Lo hace con el simple gesto de apoyar una causa inmoral o deshonesto si conviene a sus intereses, en vez de inclinarse por la estrictamente moral o correcta. También puedes apreciarla en el vacío que unos pocos pueden hacerle a alguien, con razón o sin ella. El hecho de que tú vayas a vender los chumbos a Alhaurín en vez de hacerlo ahí abajo, en tu pueblo, supongo, aunque desconozco los detalles, que se debe a la decisión política de alguien que por temor o interés termina acatando el resto.

—No vuelvas a interrumpirme en tu vida —vociferó Juan, colérico, con los ojos que parecían querer escapar de sus cuencas. María jamás lo había visto así—. Voy a pensar que el rayo que te cayó encima con cuatro años terminó afectándote. —Se arrepintió de ello en el mismo momento que las palabras abandonaron su boca.

—Además, mi hermano tiene razón en cuanto al golpe de estado —continuó Ezequiel como si nada mientras los demás no daban crédito a tal osadía—. No es que haya sido bien recibido por el ínclito, como Juan ha sugerido, sino que, con seguridad, lo ha bendecido antes de nacer. A Primo no le ha aplaudido el Alfonso cuando lo ha visto ocupar el centro de la plaza tras una buena faena, sino que, con certeza, ha sido él mismo el empresario que le ha dicho: ¡Venga, sal ahí! Pero ese gesto es su tumba. Tardará uno,

cinco o diez años, pero sus días en el sillón están contados, porque no se puede aplaudir sin más el cese de la libertad sin que la masa, tarde o temprano, lo vea como lo que es, un traidor a su pueblo, a la gente que importa mucho más que el propio suelo que pisan. Primo sufre ahora el desinterés y la desconfianza de casi todos, lo que tratará de subsanar con cualquier acción militar que en uno o dos años termine por auparle a las alturas. Algo facilito, no creáis que vaya a recuperar Gibraltar.

Su padre, sin salir de su asombro, y quizá contenido por el comentario que hizo con anterioridad refiriéndose al rayo, le dijo con amargura:

—Mírame, Ezequiel, y mírales la cara a ellos. —Señaló a sus hermanos—. Tienes diez años. No puedes ir diciendo por ahí esas cosas que ni yo mismo sé, sean ciertas o no.

—Yo no voy diciendo nada inapropiado por ahí, padre. Por ahí callo, aunque sufra por ello y me quede con las ganas de gritar a los cuatro vientos la injusticia de unos y la estupidez de otros. Pero aquí, en mi casa, con mi gente, al menos puedo decir lo que pienso, ¿no?

—Ni aquí puedes decir eso, Ezequiel —respondió Juan visiblemente hastiado y con la voz cansada—, no tienes edad.

—Pero... es la verdad, papá. Si tú mismo pensaras tras observar la realidad, también llegarías a la misma conclusión. El resultado de sumar dos y dos siempre es cuatro. Podemos discutir quién pone los unos de cada dos, pero no el cuatro final.

—¿Es eso lo que te enseña Alan? Porque con tus hermanos no lo hizo.

—Alan me enseña a pensar por mí mismo, el resto es cosecha propia.

Salió de la casa más cargado de años que nunca para no golpear al niño con las ganas que le entraron de hacerlo. Nunca había pegado a sus hijos. Tampoco es que ellos lo hubiesen merecido, pero este... En el llano, se desahogó dejando rodar por sus arrugadas mejillas las lágrimas de su impotencia, mientras buscaba por todos lados el aire que no parecía obtener en ningún sitio. Liberó

varios bufidos que no lograron mitigar la presión de su pecho, y se dirigió a casa de Alan con andar derrotado.

Alan le abrió y vio el reflejo de la desesperación en su rostro. Anduvo hasta la mesa del centro, se sentó y le dijo:

—Alan, sabes que eres uno más de la familia, que te queremos todos con locura, que sin ti no hubiésemos llegado a dar un solo paso, pero dime la verdad: ¿estás enseñando cosas inapropiadas a Ezequiel? ¿Le estás hablando de política? Si las cosas que ha dicho en mi casa las dice en otro sitio..., nos buscaría la ruina. ¿No puedes ofrecerle el mismo aprendizaje que a los otros? Ya sabes, lo necesario para andar por la vida, lo útil para encontrar un trabajo decente y ya está.

Alan miró con detenimiento los ojos de Juan. Desde que le conocía, y bastantes años habían pasado desde entonces, jamás tuvo el mínimo atisbo de reproche por su parte, pero en ese momento lo percibió con nitidez, y sintió por ello dolor y comprensión a partes iguales. Bajó la mirada y el gesto de su boca dibujó la deliberación interior. Luego se desplazó hasta la puerta y gritó a Remedios, que no andaba lejos de allí, que llamase a su madre para que viniese. Preparó una buena cantidad de café, que sirvió con un toque de aguardiente para Juan y con doble parte de leche para María. Para él preparó la habitual infusión de manzanilla silvestre aderezada con brotes de hinojos, a la que añadió un tallo fresco con sus hojas de estevia.

—Política —murmuró casi para sí el inglés—. Proviene del griego polis, cuyo significado es ciudad, o algo así como... el arte de vivir en sociedad. Hace algo más de un año, Ezequiel me dijo, en uno de nuestros largos discursos, que detestaba la política y todo lo que representa. Le mostré mi desacuerdo de manera frontal, y aduje que sin ella, sin su ciencia, la humanidad no hubiese llegado jamás a ser lo que es hoy. Me dijo estar completamente de acuerdo con mi apreciación, pero que, si contemplaba a esa humanidad desde el prisma de la globalidad, solo percibiría el nauseabundo olor de un inmenso estercolero de injusticia y desigualdad. Luego agregó, y me acuerdo todavía de cada una de sus palabras, que la política en sí misma era la prueba más palpable, y a la vez causa, de la derrota

del humanismo, que muere ejecutado en el mismo momento que el individuo delega la responsabilidad que le corresponde de administrar en igualdad su vida y la de los vecinos que le rodean, poniéndola en las manos de otros que quizá jamás sostengan su mirada. Después de esto, pediros perdón si he fallado en algo a vuestra confianza, pero sabéis como yo que me dejaría despellejar vivo antes de que a él o al resto de vuestros hijos les ocurriese algo.

Juan notó un asomo de calor en sus mejillas y se sintió avergonzado. No era eso lo que había querido decirle. Sabía que Alan haría cualquier cosa por ellos.

—A Ezequiel no se le enseña nada —prosiguió el inglés—. A Ezequiel se le muestra y él se encarga de tomar. Lo que la mayoría de las personas necesitan una vida para aprender, él lo trae ya de casa. No sé cómo, pero lo acarrea desde siempre. Aunque no lo sepáis, las personas que dieron clases a Ezequiel durante estos años, en cortos periodos de tiempo, eran matemáticos y físicos de primer orden mundial. Dioses de la ciencia, premios Nobel algunos, pero todos se sintieron niños respecto a Ezequiel en cuanto a absorción de conocimientos, en cuanto a destreza cerebral. Así que lo único que puedo enseñarle o mostrarle es la realidad del mundo tal y como es o al menos como la percibo. Sabéis que él no es alguien normal, ¿verdad?

—Mi mujer siempre dice que es especial —apuntó Juan.

—¿Especial? Especial puedo ser yo, y perdonad mi falta de modestia. Él es único. Un Prometeo capaz de dar nuevamente el fuego a los hombres.

—Es solo un niño, Alan —se apresuró a decir María—. Muy inteligente para su edad, pero un niño, nada más. Con sus carencias, como todos, con sus problemas, como todos. ¿O crees que es una bendición que no pueda probar pan o cereales desde que se destetó? Con sus resfriados, con la mala y buena suerte de que le cayese un rayo con cuatro años y milagrosamente sobreviviera. ¿Es especial acaso por eso, porque le cayó un rayo y sobrevivió?

—No, al contrario. El rayo le cayó por ser quien es —sentenció Alan antes de ofrecer alguna explicación más—. No digo que sea

así, ni intento convenceros de ello, lo que digo es que así lo creo. Forma parte de mis creencias, de mis suposiciones, y en ese peldaño, al menos yo, permaneceré inamovible.

—Que tu mente piense eso no quiere decir que estés en lo cierto —le previno María.

—Eso mismo he dicho antes, María, pero te advierto que no poseo mayor patrimonio que mi mente, que es quien responde a las preguntas que constantemente me hago. Con ella diserto y delibero, y aun a riesgo de equivocarme, únicamente por ella pongo la mano en el fuego.

—Alan —lo interrumpió Juan—. No sigas por ese camino, por favor. ¿No puedes limitarte a hacer lo que hiciste con los otros, por lo cual estaremos eternamente en deuda contigo?

—Ya. Como queráis, sois sus padres y tenéis todo el derecho a ello. Pero también condenáis al mundo cuando le negáis la posibilidad de aprovechar su presencia y lo que esta pudiese brindar en el futuro. Os conformaríais con una educación decente y con un puesto para él en gobernación, o de chófer de un gran señor, o también incluso como asesor de cualquier politicucho del tres al cuarto, ¿no? ¿Sabéis de verdad qué haría Ezequiel con cualquiera de esos hombrecillos? Os lo diré: lo convertiría en el dueño de una importante empresa que llegaría en nada a la cima, o en el presidente de gobierno de un país cualquiera. Y eso, aunque no lo creáis, es condenar al ostracismo su valía y al milagro que representa su presencia en estos días.

—Me da miedo cómo hablas, Alan. No te reconozco —dejó caer María con voz queda.

—Pues soy el mismo de ayer, María. El mismo que desde hace más de diez años os protege únicamente por cariño, incluso desde antes de que Ezequiel naciera. Haré lo que queráis. Lo sabéis, ¿verdad? Pero antes de nada he de advertiros que tarde o temprano ese mundo, que está ahí fuera y que intentáis que yo no le muestre, lo encontrará a él, porque no es alguien que pueda pasar desapercibido. Con sus leyes mundanas, físicas y no sé si divinas, pero lo hallará, y creedme si os digo que cuando llegue ese momento, será mejor que esté preparado. Él no es alguien normal,

no es un invitado más que asiste a la macabra fiesta que se desata ante nuestra presencia por el espacio de una vida. Es un actor principal, y por ello, las fuerzas que imperan en la naturaleza lucharán en lo que a vosotros os parecerán meras casualidades del destino por mantenerle o apartarle de este mundo.

Alan percibió con meridiana claridad el desconcierto y el miedo en los padres de Ezequiel, la manifiesta incompreensión de sus rostros alicaídos. Era normal, la sencillez de sus conductas no amparaba otro razonamiento.

—Creedme o no. No digo que esto sea así porque yo lo diga y ya está, pero recoge todo lo que siento y, por tanto, equivocado o no, forma parte de lo que soy, de mis creencias. Y en ellas, el mundo en verdad no es la rutinaria mediocridad que creéis conocer y que han puesto ante vuestros ojos. Aunque os parezca mentira, es un lugar mucho más hostil, pero en el cual la ciencia empieza a señalar mediante teorías la posibilidad del milagro o del supuesto más remoto por inverosímil que os parezca. ¿Creéis de verdad que todo se reduce, en mayor o menor medida, a un don Miguel de turno que atiza u otorga y que maneja el devenir de su solar? Si pensáis eso, mirad allí, a la Cañada del Diablo y pensad en la normalidad de su naturaleza, o en el rayo que cayó sobre Ezequiel sin despeinarlo siquiera, o en la irrealidad que alumbró la noche de su nacimiento con tintes de devastación. Pensad en ello y contestaos vosotros mismos a la pregunta de si el mundo es como dicen que es, ese mar de cotidianidad.

—¿Quién eres tú en realidad, Alan? —demandó María manteniendo firme la mirada.

—Alan, Alan Seager, si me remito a la verdad que me viste ahora. Pero si pregunto a mis recuerdos, no tengo más remedio que echar la vista atrás y tirar de mi memoria con el profundo dolor que ello conlleva. —Se acercó hasta la cocina y trajo tres copas llenas de aguardiente—. No te vendría mal un trago a ti también, María —indicó Alan—. Ahora no soy más que el señor Seager, pero con anterioridad fui otros hombres, tres en concreto; y otros nombres, tantos que ni los recuerdo. En mi juventud fui un soñador crédulo y casi estúpido, desprovisto de experiencia y carente de herramientas

para afrontar la vida; después, un demonio desalmado que sembró de sangre y dolor todo aquello que estuviera al alcance de su dedo en un mapa; y por último, lo que veis ahora, nuevamente un soñador cargado de experiencia que lo único que intenta es ayudar a la que considera su familia y al mundo donde vive. Cierta élite me conoce como sir Alex Crawford, o me conocía, pues desaparecí para el mundo un día después de llegar a este valle que ahora es mi hogar, mi felicidad y el sosiego de mis días. Soy alguien especial, tocado también constantemente por esas fuerzas que luchan por dominar el mundo, pero no soy como Ezequiel, sino un mero peón que el aparente azar puso a su servicio. Llamad a esas fuerzas en las que creo y de las que os hablo como queráis: bien y mal, oscuridad y luz, blanco o negro. Es lo de menos, pero la verdad es que están ahí presentes y bien definidas aunque de manera muchas veces sutil. Soy un velado, un hombre capaz de ocultarse de quien quiere cuando es preciso, y para ello, la supuesta casualidad me asiste en todo momento. Si paso por ese llano y no quiero ser visto, aunque esté lleno de gente, pasaré sin ser visto y a plena luz del día. No desaparezco ni nada por el estilo, paso y ya está, es la... llamémosle casualidad en sus variantes quien me ampara. Si estáis todos ahí, buscándome, una ráfaga de aire cargada de tierra os cegaría mientras paso a vuestro lado, y a cada uno de tus hijos también, salvo a Ezequiel. Os sorprendería un suceso cualquiera que lograría apartar toda atención de mí. Llámale grito, visita, sol, pájaro, estruendo o lo que sea, pero pasaré a un metro de vosotros y ninguno lograréis verme, porque algo captará vuestro interés en favor mío.

—Estás bromeando, ¿verdad? —sugirió Juan, cambiando el peso de su cuerpo entre sus piernas—. Eso de lo que hablas no puede ser cierto. No puede existir algo de tal rareza en este mundo, ni las casualidades conspirando a su favor.

—No, ¿verdad? —murmuró Alan dando un paso hacia la ventana hasta tener frente a sus ojos la lejana Cañada del Diablo.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Juan cuando comprendió lo que encerraba ese gesto, y su piel y la de María se erizaron sin control en el preciso instante que una enorme piedra cercana a la

cañada se desprendía y se precipitaba violentamente hacia el arroyo destrozando todo lo que encontraba a su paso. Gritaron de pavor cuando apenas tres segundos después buscaron la mirada de Alan y este había desaparecido.

—Jamás sintáis miedo de mí —manifestó a sus espaldas mientras volvía con la botella de aguardiente—. Sois mi familia, lo único que tengo y quiero, la razón de mi existir.

Los tocó, rompiendo con ese contacto el misterio y el miedo, al tiempo que les transmitía ternura antes de proseguir.

—Toda posibilidad existe. Cualquier cosa que imagines puede acontecer, aunque el exponente de su probabilidad tienda a infinito, y en ocasiones, se presenta. Algunas veces de manera increíble, y entonces le llamamos casualidad; otras contraviniendo lo que estipula la ciencia, y las señalamos como anomalías; en otros casos más remotos aparecen desatendiendo toda lógica, rompiendo leyes conocidas y aparentemente inmutables. A estos últimos casos los llamamos milagros. Conocí a un hombre, John Sally, que le cayeron siete rayos y sobrevivió a todos. Cuatro años después de su muerte, otro rayo destrozó su tumba. Hallad la probabilidad a eso. Seguí la vida de un hombre, piloto, que sobrevivió a tres accidentes aéreos como si nada. En uno de ellos saltó del avión en llamas, cayó desde tres mil metros de altura y fue rompiendo ramas de pino hasta caer de pie en el suelo, sin un arañazo. En 1884, cerca de las islas Sandwich, naufragó la goleta británica Mignonette. En el naufragio hubo un asunto muy turbio que la armada de mi país se preocupó mucho por ocultar. Cuatro sobrevivientes estuvieron en un bote a la deriva durante días, sin víveres ni agua. Decidieron prescindir de uno de ellos para beber y comer lo que su cuerpo ofreciera, y eligieron, según aclararon después, a un joven grumete de diecisiete años llamado Richard Parker, porque no tenía familia a la que mantener, aunque seguro que lo hicieron porque era el más débil de todos. Bien, pues este caso no era el primero, ya había sucedido antes, pero en un libro de Edgar Allan Poe, *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*, tras un naufragio, sobreviven cuatro personas que ante la necesidad deciden sortear quien morirá para permitir vivir a

los demás. El sorteo deparó el sacrificio de un joven grumete. A ver si sabéis su nombre.

—¿Richard Parker? —preguntó María.

—Exacto. Y así podíamos seguir todo el día.

—¿Hay más como tú?

—Hay otros como yo, sí, pero casi todos quedaron en el camino en la partida de ajedrez que el devenir nos obligaba a mantener como siervos de los poderosos. Salvo a uno, distinto, capaz de revelarse contra su destino y de convencerme para que intentáramos cambiar el mundo. Pero antes de eso creo que es hora de que os cuente mi historia desde el principio, y para ello, he de recurrir a mi verdadero nombre, al que de verdad sigo repudiando.

»El nombre que me alumbró desde mi nacimiento es Adam Burgoyne. Único hijo de sir Donald Burgoyne, un aristócrata inglés asentado en el condado de Devon. Como hijo único también me pertenecía una increíble herencia, de la que por iniciativa propia renegué a la edad de veintidós años. Disponíamos de ingentes cantidades de tierra de labor y pastos, incontables ganaderías repartidas por toda la campiña, mataderos y fábricas de embutidos, y una nómina extensísima de mano de obra a nuestro cargo, que mi padre se ocupaba muy bien de subyugar con mano dura. Algo muy parecido a lo que habéis tenido por aquí durante toda vuestra vida, como podéis ver. Con otro aroma, con otro sabor, pero más de lo mismo. Aquí hemos de hablar ahora sobre educación, y es que no todo el mundo recibe la misma. La vuestra, si la tenéis, está enfocada a la instrucción y al adoctrinamiento, a ser un obediente servidor. En cambio la mía y la de los de mi clase, aunque odie referirme a ello en esos términos, estaba enfocada a defender a ultranza nuestra «posición superior», costara lo que costara. A vosotros se os enseña a ser nobles borregos, a nosotros a utilizar esos borregos según nos convenga. Así, en esos términos que os pongo encima de la mesa, podéis imaginar cómo fue la educación que mi padre dispuso para mí. Largos y tediosos días de profesores que me llenaban la cabeza de geografía e historia, aburridas tardes de matemáticas y ciencias, y mi padre intentando asentar en mí el conocimiento de empuñar el látigo y utilizarlo sin reparo allá donde

fuera preciso. Pero yo no era así, se ve que mi personalidad bebía de la de mi madre, una mujer buena, no excesivamente religiosa, cuyas inclinaciones iban más enfocadas al arte y a la escritura. Me preocupaba por el bienestar de los trabajadores de mi padre y por el servicio, lo que jamás vio este con buenos ojos, haciéndolo enfurecer hasta límites que no estoy dispuesto a reproducir aquí. Durante mi adolescencia logré evitarlo con mi internamiento en costosos y privilegiados colegios. En ellos aprendí, sobre todo, algo más sobre la verdad de la vida. Fueron años felices, de hallazgos, de rica lectura y hermosa poesía, de descubrir la otra sensibilidad política que recorría el mundo pidiendo su parte del pastel. Luego llegó la universidad, la fascinación que sentimos unos amigos y yo, todos del mismo mundo ególatra y aristocrático, cuando concretamos e hicimos encajar ideas parecidas hasta crear la sociedad nodiana. Esos fueron los años más hermosos de mi vida, los de la sociedad nodiana y los que pasé con el único amor de mi vida, Margaret.

Juan y María permanecían en una posición que no parecía para nada relajada. Estaban absortos, pero inquietos también por descubrir el camino que les conducía por aquella historia. Cuando Alan pronunció el nombre de Margaret, sus ojos se volvieron rojos y acuosos, y supieron que la de Margaret no sería una historia con final feliz.

—La conocí en Oxford, en una callejuela sin nombre en la que su padre tenía una pequeña panadería —continuó Alan tras apurar un calibre de aguardiente—. Entré allí por casualidad, aunque sé que las casualidades no existen. Sentí esa conmoción que los nodianos sentimos desde niños cuando nos encontramos ante un hecho reseñable de nuestra vida. Pálida y tierna, con pómulos sonrojados y tenues pecas, y aquel pelo castaño claro delicadamente recogido en una cola... Supe que sintió lo mismo por mí. Su padre, el señor Crawford, no vio con buenos ojos que un hombre de mi clase pusiese su interés en ella. Decía que pertenecíamos a mundos diferentes, pero que agradecía el gesto de buena voluntad por mi parte al pedir su permiso. Accedió, finalmente, a la tercera vez que lo visité, y me dejó pasear un domingo por la tarde con su hija,

durante un par de horas, con la tía de Margaret a escasos tres metros de nosotros, y con el oído no más lejos de unos centímetros. Creo que creyó en mi seriedad, pero también me dijo que si empezaba aquello era para terminarlo bien, y que si no era así, mejor ni intentarlo. Yo le aseguré que si mi padre no lo consentía, a mí me daría igual. Tenía dinero suficiente para terminar la carrera de derecho por mis propios medios y, a partir de ahí, seguiría mi camino. Después de eso, la única prueba que tuve para ofrecerle fue la compra de un revólver cargado con cinco balas guardado en una caja con interior de terciopelo, en cuya tapa ordené tallar unas instrucciones torpes y escuetas: «Si algún día fallo a Margaret, tenéis permiso para no fallar a mi honor». Dos meses más tarde me reuní con mi madre y la hice participe de mi dicha. No se alegró como yo esperaba, no por mí, sino por lo que me esperaba a partir del momento que mi padre se enterase. Pero me apoyó, incondicionalmente, y me dijo que pasase lo que pasase, estaría a mi lado. Nos casamos un día después, con la sola presencia de mi madre, Edward, mi suegro, y la tía de Margaret, Nora. Nos marchamos a vivir en régimen de alquiler a un ático situado en The Broad. Mi madre me dejó dinero suficiente para unos meses, y la promesa de que antes de que se acabara tendría más, pero le dije que tenía mis propios medios para conseguirlo sin ponerla a los pies del caballo salvaje que era mi padre. Fueron meses felices, cargados de pasión y llenos de aromas que aún me asaltan en las noches que la nostalgia me visita con su anacrónico rumor. Obtuve un trabajo poco remunerado en un periódico local, que al poco comenzó a vender mis artículos anónimos a los grandes diarios londinenses. Nadie sabía cómo, pero un periodista que firmaba con el nombre misterioso de Your Shadow ponía sobre el sepia de los diarios los asuntos más escabrosos y rocambolescos de los políticos del país. Conseguí la renuncia al cargo de no pocos al demostrar las mentiras de muchos en sede parlamentaria, los tejemanejes de los poderosos en connivencia con los señores de la cámara, y los abusos de militares en no tan lejanos lugares del mundo. Así viví aquel año de felicidad, al tiempo que terminaba mi carrera de derecho. Al mismo tiempo, en la sociedad nodiana...

—¿Qué es la sociedad nodiana? —interrumpió Juan.

—Fue. Tristemente hemos de emplear el pretérito. Fue un grupo de soñadores con la firme idea de cambiar el mundo. Una tropa de titiriteros del verso y adoradores de la utopía. En principio, solo cuatro amigos de mi mundo privilegiado cuyo nexo era la rareza de compartir un sentimiento extraño y vago, en ocasiones, pero que se fue nutriendo al descubrir que de vez en cuando iban apareciendo otros seres extraños con la misma disfunción. Nosotros, los nodianos, creíamos que en el mundo no debían de imperar la ciencia y la razón como única fuerza motriz para el progreso, sino que para ello, en mayor medida, debía contribuir el sexto sentido de la intuición y el vaticinio repentino. No somos gente normal, nos asaltan presentimientos que nos aconsejan huir o cambiar la dirección, variar el rumbo de nuestras acciones o la determinación de nuestras conclusiones. Sabíamos de las fuerzas que imperaban en el mundo, una que te obliga a ir hacia un lado y otra que te aconseja no hacerlo, cualquiera de ellas puede ser la buena o la mala, y es ahí precisamente, en esa duda, cuando nos asalta un sentimiento de mareo muy parecido al *déjà vu* que nos insinúa qué es lo que hemos de hacer. Los nodianos, y de estos sé que existe un número reseñable en el mundo, tenemos la particular visión de que el futuro, aunque previsiblemente escrito, ampara cierto margen para el libre albedrío, y es precisamente ahí, al asaltarnos esa sensación que nos golpea haciéndonos reparar en el momento, cuando sabemos que nos hallamos frente a una intersección vital a la que llamamos nodo existencial. Para que lo entendáis mejor, es como si tuviésemos escrita nuestra vida en una novela que seguimos al pie de la letra, pero en la que a veces, el escritor o el corrector ha dejado una marca reconocible que solo nosotros, los protagonistas, sabemos apreciar, y que nos da la posibilidad de que tomemos un camino diferente que, aunque nos lleve al mismo final escrito, enriquezca la experiencia de otros protagonistas que se cruzan en nuestra vida para que antes de que su historia llegue a su propio fin, ayude o empuje de alguna manera que desconocemos a una de esas dos fuerzas que luchan en el mundo y a la cual llamamos bien. Yo perdí ese poder o esa intuición poco después de

cumplir veintitrés años, y lo recobré, con más intensidad que nunca, el día que vi en la cuna a Ezequiel recién nacido. Los nodianos perseguíamos el bien de la totalidad asumiendo la pérdida de privilegios de unos pocos. No éramos partidarios del comunismo existente, que en ocasiones se encargaba de distribuir la pobreza y reservar parabienes para algunos de sus poderosos; ni del socialismo, que ocupó un ala deshabitada de la sociedad con la pretenciosa idea de reclamar su parte del pastel; ni del anarquismo, cuyo rostro era un hermoso ángel de vistosas alas pero cuya cabeza carecía de cerebro; y por supuesto que tampoco tolerábamos el conservadurismo, pues en un mundo tan desigual como el de aquellos días, existían pocos motivos para conservar algo. Nosotros, los nodianos, pensábamos que la política, en su totalidad, era una maquinaria pesada y tosca, ruin, y que esta debía utilizarse exclusivamente, y por un breve espacio de tiempo, para sentar las bases sólidas y bien definidas que propusieran un cambio en el desarrollo de ciencias y pensamientos que alumbraran la equidad. En definitiva, mecanismos que aseguraran la estandarización de la felicidad. Buscábamos un mundo en el que nadie pasara hambre o frío, y creíamos que la llave que lo abriría sería la empatía, en primer lugar, y el auge de la ciencia enfocada a producir alimentos en cada región del planeta. Creíamos que la desarticulación del comercio, tal y como era y es en la actualidad, era vital, pues ello conllevaba la destrucción del tejido económico que arrastra materias primas y comestibles de ciertos lugares, dejando a cambio pobreza y desigualdad, y la generación de riqueza en las manos de unos pocos que lograban gestionar ese trasvase.

—¡Estás hablando de la utopía! —exclamó Juan, perplejo—. Hermosa, pero imposible.

—No hay imposibles —le respondió Alan—, recuerda lo del número elevado a millones de ceros. La utopía no es más que el fantasma inconsistente que nos asusta en la distancia, la etiqueta que derrota a la superación antes de abordarla. Pero si queremos, si tenemos la voluntad, la confianza y la determinación de asaltarla, la acecharemos; no para alcanzarla, pues esta debe ser como un

espejismo cada vez más lejano, pero sí para que avancemos permanentemente hacia una nueva frontera.

Juan y María se quedaron mudos, sin poder replicar y sin saber cómo continuar, por lo que Alan prosiguió.

—Pero toda aquella felicidad empezó a tambalearse poco a poco. De manera leve al principio, cuando agentes del gobierno pusieron su punto de mira en el causante de tanto estragos en el parlamento, lo que sumía al país en cierto descrédito y vergüenza. Cosas tan ruines como la mentira, el deshonor, incluso la traición, si no se hace contra la cabeza más dorada, son aceptadas, pero siempre que no salgan del círculo íntimo que representa el secreto comedido, porque fuera de ahí, en la calle, se ataca con toda la carga de profundidad posible. Así que tuve que despedirme del trabajo, sabía que tarde o temprano me delatarían ante tanta presión. Marché de Oxford con mis estudios de derecho terminados y me fui al norte. Allí, en Newcastle, recibí por parte de mi madre la noticia de que mi padre, que había regresado de uno de sus largos viajes por el mundo, tras dos años ausente, montó en cólera por mi desaparición y el ocultamiento de mi madre sobre todo lo concerniente a ello. Sé que a pesar de los moretones que tuvo que padecer por todo su cuerpo, mi madre no comunicó a mi padre que había contraído matrimonio sin su consentimiento. Imaginad cómo se puso cuando supo que esa mujer no tenía sangre aristocrática. Contrató detectives que me buscaron sin éxito por todo el país y otros destinos a los que le condujeron las pistas falsas que aporté. Pero finalmente obtuvo, no sé cómo, la dirección del padre de Margaret. Me presenté ante mi padre cuando supe que había secuestrado a Edward y que lo estaba torturando. Lo primero que hizo cuando me vio fue llevarme en presencia de mi suegro, que estaba en los sótanos de nuestra centenaria casa de campo, con el cuerpo destrozado de tantos golpes, a pesar de lo cual no logró arrancarle nada sobre nuestro paradero. No sé si le dolió más que abrazara a mi suegro con verdadero cariño o que no lo hubiese abrazado a él. El caso es que le descerrajó la sien de un disparo a bocajarro que me dejó sordo del oído izquierdo durante una semana. El miserable quería que le dijese dónde estaba mi mujer, prometiéndome que

nada malo le sucedería si accedía a ello. Me encerró en un lugar seguro del que no podía escapar, con varios hombres custodiándome día y noche. Hasta el cuarto día no me permitieron ver a mi madre. La vi desmejorada, casi sin carne, con los ojos hundidos de tanto sufrimiento. Lloró y se me rompió el alma. Le aseguré que mi promesa de evitar la herencia era firme, que únicamente tenía madre, mujer y un bebé que, de no torcerse el destino, vendría al mundo en cosa de dos semanas. Tres días más tarde, creyéndose libre y no seguida por nadie, llegó a Newcastle para reunirse con Margaret y llevarla a Italia, donde en el futuro me reuniría con ellas. Pero la siguieron, y ya jamás en mi vida volví a ver a mi mujer, al único amor de mi vida. Murió al dar a luz a Susan, en un barrio marginal, sin asistencia médica ni ayuda, donde pudo finalmente escabullirse de la búsqueda de los hombres de mi padre. Mi hija, mi pequeña, a la que jamás llegué a ver, murió una semana después en una casa de acogida, sin alimento ni higiene alguna, según supe luego. Nunca vio la cara con vida de su madre, ni tomó la leche de su pecho, ni sintió el calor tierno del abrazo de su padre.

María se levantó llorando y se acercó a Alan tendiéndole un pañuelo y abrazándolo con ternura. El hombre poderoso se volvió viejo en un instante. Juan también llegó hasta él y lo abrazó con los ojos silenciosos arrasados por las lágrimas. Continuó el relato triste, al principio con dificultad, por el llanto desconsolado, escondido durante años en su memoria, pero serio y adusto tras recomponerse un poco.

—Me dejó marchar dos semanas después con el nombre de un pueblo del norte en mi bolsillo, y una dirección que resultó ser la de un cementerio con dos tumbas numeradas. Allí descubrí el desenlace de todo. Escapé fácilmente de los hombres que me acompañaban, y lo desperté un mes después en su cama con el revólver que le regalé a mi suegro hundido en su cabeza. No suplicó, eso no era cosa suya, simplemente gritó desafiante para que lo matara y cogiese todo cuanto me pertenecía, su legado. El miserable me decía que era el momento ideal, pues había aprendido a golpes cuánto representaba la vida y cómo debía un hombre emplearse en ella. Iba a matarle cuando mi madre apareció a mis

espaldas y me rogó para que no lo hiciera. Me dijo que la muerte lo libraría de muchas horas de remordimiento. Así que descargué el revólver, besé a mi madre y desaparecí para siempre. Esa noche, en aquella habitación, murió Adam Burgoyne y el nodiano que vivía en él. A la mañana siguiente reaparecí en el mundo como Alex Crawford. Contacté con los hombres del gobierno que habían estado buscándome en Oxford, algo que resultó fácil pues no habían dejado de investigar sobre mí ni un solo día. Me llevaron a un almacén del puerto en una noche oscura, y tras intentar sonsacarme, por medios pocos sutiles, cómo había obtenido las informaciones que crearon tanto desaguizado en el parlamento, se dispusieron a acabar conmigo. No consiguieron mi confesión, pero los frené con otras informaciones mucho más peligrosas que verían la luz si en los siguientes días no aparecía por distintos lugares. Entonces llamaron a un superior que se hizo cargo de mí en cuanto supo la naturaleza de las cosas que había descubierto. Lo que les puse sobre la bandeja fue el nombre de tres traidores, personas muy importantes, que colaboraban en el trasvase de información privilegiada de investigación, diseño y experimentación balística y armamentística, e inteligencia militar calificada de altísimo secreto. Lo hacían con los Estados Unidos y otras potencias europeas en menor calado, a cambio de riqueza e influencia mercantil. Supo que era verdad, pero le dije que no era solo eso, sino que había un lustroso listado de doce traidores más, para los que podría facilitar pruebas irrefutables que los subiría irremisiblemente al cadalso, a pesar del tinte azul de sus apellidos. Para ello puse una única condición: que a mi padre se le desposeyera de ciertas tierras y fábricas. Cuando el hombre supo quién era mi padre, dijo que resultaría imposible sin carecer de algo importante con lo que acusarle. Les di algo oscuro referente a él, nimiedades, nada contundente para enturbiar siquiera los pensamientos de un aristócrata de su talla, pero el contrapeso que ofrecía la lista de los doce era tal que forzaron el asunto sin dudarlo. A cambio también obtuvieron mi firma en un contrato para dedicarme los siguientes tres años de mi vida a labores de inteligencia, pues un diamante así, según dijeron, no se dejaba tirado en el suelo sin más. De aquella

lista no se supo nada oficial, pero sé que casi todos acabaron muertos en accidentes de caza, en viajes privados, en barcos o en campañas militares de poca monta. Mi padre, que jamás supo de dónde le venían los directos, y con la mente noqueada por las filtraciones que empañaban su imagen pública, inició una desesperada lucha sin cuartel, pero carente de éxito, contra los organismos oficiales que le expropiaron tierras y varias fábricas ante su perplejidad. Me dijeron que se volvió medio loco, luchando contra enemigos inexistentes que creía tener en todos lados. Las tierras terminaron en manos de antiguos trabajadores suyos, a los que tenía yo por buenas personas. Prometieron a un interlocutor designado por mí, pero que desconocía mi identidad, respetar a cada uno de los trabajadores de esas fábricas y esas tierras, ser justos y equitativos con todos, y no acercarse jamás, ni lo más mínimo, al trato que mi padre siempre había dispensado a estos. Pero me equivoqué en mis criterios, en mis prospecciones, porque en menos de tres años eran incluso peores que mi padre. Esto me llevó a perder toda esperanza e interés en la humanidad, a la que juzgué y sentencié al albedrío de su suerte, pues me convencí de que no había remedio para ella. Ahí murieron definitivamente los últimos flecos de mi filosofía nodiana, y los hombres en los que confié perdieron sus bienes, todos ellos, riquezas, tierras y fábricas, y cayeron junto a sus familias, nuevos ricos, en la miseria más estrepitosa.

»En cuanto a mí, lo que iban a ser tres años de servicio a mi país se convirtieron en una dedicación exclusiva e indefinida. Tras solo seis años llegué a dirigir todo el *establishment* de inteligencia, únicamente superado por un interlocutor cercano al almirantazgo y la realeza, con la que jamás departí, pero que sin embargo me nombraron sir en una ceremonia privada, sin mencionar a cuento de qué. Finalmente, mi único contacto con el poder supremo fueron misivas secretas con indicaciones que en dos años pasaron a ser insinuaciones y en cuatro a desaparecer por innecesarias, pues mi forma de operar era más osada y llegaba más allá de lo que siempre se me indicó.

Alan se acercó hasta la ventana y perdió su mirada en el arroyo débil, casi nulo en esa estación del año. Había llenado las tres copas, la suya, cosa nada habitual, por cuarta vez. La llevó consigo hasta la claridad que lo rodeaba. La apuró nuevamente de un tirón, como si la necesitara para continuar, y la dejó en una mesa donde había varios libros y una lámpara.

—Lo que tengo que decir a continuación no me dejará en buen lugar ante vosotros, pero es el momento de vomitarlo, de liberarme de ello, y, aunque después quizá ya no me miréis de igual manera y me repudiéis, he de hacerlo si algún día quiero obtener vuestro perdón sincero. Yo, esta persona que veis, insignificante casi, recluida por propia voluntad en este apartado lugar, alejado de todo interés, durante décadas fui el encargado de manejar y programar el devenir del mundo en asuntos políticos y geoestratégicos, y no exclusivamente para el presente que corría y los años próximos, sino también para el largo plazo. Con esto no quiero decir que haya sido quien ha mandado en él, pero sí quien lo ha controlado, porque a los que estaban por encima de mí les interesaba. Yo parí guerras. Unas las luché, otras las diseñé y dirimí, y otras las levanté con el único propósito de que terceras potencias en auge se destrozaran entre sí, debilitándose y allanando el futuro hegemónico de mi país. Yo provoqué hambre, pena, muerte y destrucción, siempre que con ello despejara la posible futura amenaza a mi patria. Para ello tracé un plan que se ajustaba como anillo al dedo de una de las dos corrientes que imperan e interfieren en el mundo: la de la vertiente carente de empatía o amor de ningún tipo, la que repudia y margina la humanidad del ser humano. En ese plan mantenía a mi país en un segundo plano para que las miradas no recayesen sobre él, mientras debilitaba a otras potencias o promovía el auge de terceras que sostuvieran la tensión de la pugna. Fui yo —dijo sosteniendo firmemente la mirada a Juan, no con altanería, sino con visible culpa y arrepentimiento—, quien prendió la chispa de la Guerra chino-japonesa, y más tarde la de estos últimos con Rusia. Fui el artífice de la mayoría de los conflictos en Sudamérica; en África, diseñé la disputa de recursos, y aparte de otras, he de confesar que también levanté el escenario que concluyó con la derrota militar y la pérdida

de las últimas colonias de ultramar de España. Yo estaba allí, en la selva olvidada de aquella miserable isla remota de las Filipinas, a escasa media milla de ti, de tu misión desconocida, pero que era también la mía, sosteniendo sin saberlo tu vida en mis manos. Tú no sabías nada, pero tanto España como Estados Unidos intentaban obtener la alianza de Japón, y quien lo consiguiera inclinaría la guerra a su favor. Ambos bandos querían ser los primeros en masacrar una colonia de japoneses y hacer parecer que era el otro bando el que lo había llevado a cabo. Pero fue allí, en aquella misión que casi acaba con tu mente, donde cambié para siempre y detesté mi pasado. Allí me di cuenta de que la vida que llevaba no me hacía feliz, sino todo lo contrario. Allí murió la rebeldía nacida el día que visité las tumbas de mi mujer y mi hija, y renació en mí el antiguo nodianismo.

—¿Por qué hiciste eso, Alan? O Alex, o cómo demonios te llames, ¿por qué? —preguntó Juan con rabia en sus ojos—. Has estado aquí, junto a los míos, exponiéndolos al peligro de tu presencia. No sabes lo que pasamos allí, en aquel estercolero de miseria humana. No sabes a cuántos amigos perdí, algunos de la niñez. Yo vi a sus viudas, muertas en vida, a sus hijos hambrientos, huérfanos de padre y Estado que los socorriese en la desesperación. Y luego viniste como si nada, te sentaste en mi mesa, como si no te pesara la carga que llevabas en la mochila. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por arrepentimiento? ¿Por sentirte mejor?

—Porque ya no era el mismo. Había cambiado. Me habían cambiado, para ser más preciso. Y ahora, de verdad, me creas o no, lo único que quiero es arreglar este vertedero. Si hay otra vida, será allí donde pague mis pecados, pues en esta no hay castigo que lo consiga.

—Aunque me duela —intervino María—, me da igual lo que hiciese en el pasado, Juan. Solo sé que sin él no hubiésemos salido adelante. Creo en él, en su arrepentimiento. Como dice, quizá tras su muerte pague el daño que hizo, pero ahora, al menos por mi parte, tienes el perdón, mi apoyo sincero y mi eterna gratitud.

—Yo tampoco puedo dejar de perdonarte —admitió Juan—, aunque quisiera. Mis hijos están aquí y son lo que son gracias a ti.

—Se acercó hasta él y lo abrazó—. Quien fuiste quedó atrás, quizá en aquella selva horrenda. Ahora solo veo al hombre que me tendió la mano en la desesperación. Sin embargo, necesito saber una cosa y hacerte saber otra. La segunda es Ezequiel. Olvídate de llevarlo a la locura. Eso es innegociable. En cuanto a la primera, ¿por qué España? Ya no era nada, ¿por qué entonces? Me dan igual los territorios de ultramar que no aportaban más que sufrimiento al pueblo y un ceniciento prestigio a un país corrompido, pero las vidas de esos hombres, niños casi. Eso es lo que me duele.

—¿Por qué España...? ¡Sí, por qué! Me lo pregunté cientos de veces desde que llegué aquí, pero lo cierto es que sabía la respuesta antes incluso de formularla. Fue por envidia, envidia a un hombre que me empujó a soplar a esta nación y a hacerla caer por el precipicio al que se había arrimado por su ruindad y por la negligencia y necedad de sus gobernantes. España no era nada, solo un pendón marchito y humeante que se levantaba sobre los sufridos hombros del pueblo llano e inculto, desde siempre. Y la verdad es que para mis intereses era mejor que siguiera así. Estuve a punto de mandarla a la ruina años antes, cuando Peral logró aquel prodigio de sumergible que, de haberse construido en serie, hubiese aupado nuevamente su lugar hegemónico en el mundo. Era una maravilla técnica. De hecho, el Holland, fuertemente inspirado en él, no era mucho más que lo que habría sido el sumergible español con diez años más de progresivos avances. No destruí a España entonces porque conseguí desbaratar fácilmente los planes para la fabricación de este navío, untando la mano de algunos de sus poderosos. En España siempre fue fácil sobornar. Tuvisteis a Gonzalo de Córdoba, a Andrés de Urdaneta, a Blas de Lezo, a Isaac Peral y a otros personajes inmensos antes y después de ellos, capaces de guiar el corazón y la valía de hombres tan grandes o más que ellos mismos; pero todo ese esfuerzo aunado era capaz de derribarlo en unos años cualquier incompetente de turno con poder para gobernar, y de esos, puedo aseguraros, existieron más aún. Pero volviendo a lo anterior: necesitaba a este país como contrapoder para mantener a raya a los Estados Unidos. Diseñé un tablero donde todos los frentes estuviesen en tablas, y donde fuese

necesario coger las fichas del desempate del cajón que representaba mi país. España contra Estados Unidos, mirando de soslayo a las antiguas colonias del Cono Sur y a Japón en el futuro. Japón, necesariamente obligada a chocar con Estados Unidos más adelante, y con Alemania cuando compró las Carolinas a España, y un sinfín de conexiones tediosas de explicar. Pero me obligó, ese hombre que te conté antes, al único que envidié en mi vida, me forzó, o mejor dicho, picó a la estatua de la vanidad y del ego que anidaba en mí. La primera vez que tuve noticias de él fue a través de una copia del informe que el general Weyler remitió al gobierno de tu país. Me dejó sin habla, descompuesto. Era magistral, pero nada comparado al original, mucho más detallado. El plan que ese joven puso en manos de Weyler eran unas tijeras dispuestas a cortar fácilmente cada uno de los nudos geoestratégicos que durante tantos años y con tantos esfuerzos tejí. Allí estaba descrita, por primera vez, la importancia de un portaviones que recomendaba construir para las futuras confrontaciones bélicas, aun cuando el primer engendro esbozado y puesto en escena por Clément Ader no llegó a volar más de cincuenta metros. En ese plan estaban claramente esquematizados los desembarcos de tropas y material bélico apoyado por ataque aéreo, y un sinfín de novedades que me sumieron en el estupor. Pero lo que más me dolió fue saber que solo era un niño si lo comparaba conmigo. Sus contramedidas sacaron a tu país de la Primera Guerra Mundial y metieron en ella al mío, y con eso te lo digo todo. Lo busqué sin éxito durante meses, a pesar de mis redes de información. Tenía que conocerlo y derrotarlo intelectualmente, eso era una necesidad imperiosa para mí, por encima de todas las demás. Gracias al nido de víboras traicioneras que era tu país, donde mandaban los mismos desde doscientos años atrás, y mandarían sus hijos y nietos cien más si Ezequiel no lo impide, logré encontrar su paradero en un tugurio de Iloilo. Jugamos al ajedrez. Solo le derroté ahí, porque en la realidad él me derrotó a mí, aunque eso lo supe después. Me conocía, sabía perfectamente quién era yo, cada una de mis identidades, lo cual me turbó. Intentó convencerme para que desistiera del macabro juego al que jugábamos y luchásemos por una humanidad sin banderas ni

fronteras. Me reí de él en su cara, lo creía muerto, pero los muertos eran mis hombres esperándolo fuera del vetusto antro. Ahí supe que había perdido mi última partida. Contra toda lógica, me dejó ir sin más. Y de ahí hasta la segunda vez que nos vimos en aquella selva, donde tras dos horas de charla, nos dimos un sincero apretón.

—¿Te convenció? ¿Siendo quién eras te convenció un solo hombre en dos horas? —inquirió Juan.

—Sí, categóricamente sí. Pero ya era tarde para detener aquello que rodaba cuesta abajo como una enorme bola de nieve. El Maine ya estaba en el fondo del mar por orden mía, y la prensa estadounidense, convenientemente pagada por mis agentes, dio inercia a la rueda de la devastación. Los buques sobrevivientes en Cavite fueron obligados a hacer las rutas con mayor desgaste energético, con un carbón de mala calidad que yo me ocupé de suministrar a un alto precio, lo que obligó a la armada restante a buscar carbón en la trampa de Santiago mientras el ejército español cabeceaba somnoliento en el otro flanco de Cuba. Ese era el tablero, pero la ejecución de la última jugada la firmaron los traidores de tu país, sus dirigentes, cuando perdieron la guerra con honor pero... claro, con la sangre de otros, esos otros que no pudieron poner mil quinientas pesetas sobre la mesa. Fueron traidores, pero no a su patria, sino a la gente llana que la conformaban, pues cada país, cada nación, no es más que la vitola que aglutina el interés de una oligarquía cuyo pueblo no es más que la herramienta para desarrollar su propia ambición. Y fue esto último que os cuento, esta verdadera definición de nación, lo que puso ante mis ojos aquel joven en la selva, lo que me hizo cambiar. Eso, y el sueño recurrente.

—¿El sueño? —preguntó María.

—Sí, desde muy niño hubo un sueño que muchas noches me visitaba. Un sueño recurrente, pesado y fatigoso. Siempre empezaba de la misma forma, con el mismo aroma, pero su conclusión nunca era igual. En ese sueño, la tierra estaba al borde de su destrucción, pero finalmente, y por milagro, sobrevivió. En todo ese verde y nuevo mundo nacido de las cenizas del viejo, quedaban con vida solo cien personas, entre las que me encontraba

yo. Nuestro futuro era complicado. No estábamos allí sin más, esperando a que todos los recursos del planeta cayeran en nuestras manos, pues vivíamos colgados del resbaladizo filo de un inmenso agujero sin fondo. Todos intentábamos salir, aunque unos luchábamos más que otros para conseguirlo y así coger el saco de comida que esperaba frente a cada uno de nosotros. El primero en salir siempre era yo, pero la simetría del sueño acababa en ese punto; de ahí en adelante, cada nuevo sueño arrojaba un desenlace diferente. La primera vez que lo soñé fue a la edad de ocho años. Conseguí salir, no sin esfuerzo, y me dirigí hacia la persona más cercana a mí para ayudarla. Era un hombre de mediana edad cuyo rostro difuminado era un misterio. Lo saqué y nos dirigimos de inmediato al más cercano para también socorrerle, pero cuando me agaché para agarrar su mano, el hombre al que acababa de salvar me empujó al fondo del abismo. Luego hizo lo mismo con todos los hombres colgados y de ese modo obtuvo para sí los cien sacos de provisiones. Otras veces salvé a hombres que, tras salir, tomaron su alimento y se marcharon sin prestar ayuda a los demás. Con el transcurso de los años, hubo noches que me presentaron a hombres cobardes que no querían salir, pues tenían más miedo al exterior que a su delicada situación en aquel oscuro agujero; otros frágiles o negligentes que en vez de ayudar con rapidez, descansaban sin importarles que las fuerzas de algunos fallaran y se precipitaran al vacío; otros que se agrupaban para apoderarse de los víveres sin más; y otros que, aun queriendo ayudar, carecían de la destreza. Así, durante muchísimos años, de una manera u otra, acabé muriendo en cada uno de esos sueños, asesinado por un mal hombre, a causa de la inanición o por carecer de alguna cosa necesaria que poseía el reducido grupo que me rodeaba. Pues bien, la noche anterior a aquel encuentro en la selva, dormí plácidamente, sin interferencias de los molestos mosquitos, y tuve mi último sueño recurrente. Esa vez, en cuanto me vi libre del pozo, caminé hasta la zona más alejada y rescaté a un hombre al que jamás me había acercado. Me dio las gracias y le pedí que me acompañase para socorrer a los demás, pero cuando me aproximé a uno que me pareció bien, me dijo: «No, ese mejor no. Si hay que sacarlo, que

sea en último lugar, pues no dudaría en empujarnos en cuanto tuviera ocasión». A partir de ahí, fue él quien daba las indicaciones: «Ese, que es bueno y decidido; ese más adelante, que es un botonero; ese otro, que aunque le falta resolución, es bueno y ayudará; aquel de los últimos, pues es ruin y cobarde; ese después, por pusilánime». Al final logramos sacar a todos, cada uno con su saco de comida en la mano. Estábamos separados por grupos de distinta cuantía, y fue allí cuando reconocí su rostro. Era el hombre del tugurio de Iloilo, con el que me encontraría a la siguiente mañana en la selva. Con todos los grupos diseminados, me llevó a un lugar algo alejado y me susurró: «Precisamos a esos de ahí. Son fieles, valientes y empáticos, y estarán con nosotros a muerte, pase lo que pase, aunque sus vidas penden de un hilo; aquellos de allí, la mayoría, también están de nuestro lado. Buena gente, leales, honestos, y... aunque carecen de iniciativa, reconocen la verdad y la justicia y se ponen tras ella; esos otros de ahí, que son ocho, el ocho por ciento, hay que ponerlos en cuarentena para estudiarlos. Son idealistas. Algunos de ellos son honestos y admirables, por lo que defienden y por la manera en que lo hacen, pero otros, en cambio, mal ganado a tener en cuenta, pues a veces los ideales no son más que eslóganes cosidos por el hilo de la propaganda y hunden sus raíces en cualquier extremo, lo cual es síntoma claro de que pueden estar desprovistos de la verdad, y no ser más que una versión interesada y ajustada a una corriente. Aquellos dos de allí — continuó enumerando—, si bien no son lo peor, sí son lo más malo. Son élite, gente sin sentimientos. Son los que intentarán manejarnos a todos con ayuda de aquellos otros, los sicópatas. A esos la empatía les funciona algunas veces y solo con sus hijos, y son designados por la élite para controlar a la totalidad utilizando a esos de ahí, los botoneros. Son los peores, el comburente que consigue encender el mundo. Los botoneros son carroñeros, peones carentes de empatía y sin juicio para analizar la realidad si se ajusta a su interés, pues se ponen una venda en los ojos para acatar el dictamen de la justicia o el mandato del superior, sin pararse siquiera a preguntarse si ley u orden carece de honestidad o humanidad. Son agentes insensibles a los que pones a apretar un

botón y lo aprietan sin más, sin preguntarse a cuenta de qué son los alaridos que resuenan tras la pared cada vez que lo pulsan. Luego, cuando alguien les explica que con cada pulsación, un número indeterminado de personas mueren por culpa del gas que ellos dispensan, alegan: «Es que yo no sabía nada, es que yo cumplía órdenes, es que era legal».

»Y esto que os cuento resume en definitiva lo que quiero que asimile Ezequiel. Para abreviar, tres cosas: Primera, que hay fuerzas extrañas y desconocidas en el mundo que nos asaltan continuamente con el disfraz del azar y la casualidad, cambiando el rumbo de nuestras vidas. Segunda, que los entramados de poder son telas muy elaboradas para las que se utiliza cualquier hilo, por nimio que sea. Y tercera, que los porcentajes que determinan la cualidad de los individuos son estándares concretos, que pueden intoxicarse mediante mecanismos que estimulen la envidia, el miedo o la ambición. Y esto, la verdad, aunque él no os lo cuente, lo tiene bien aprendido, aunque su naturaleza de niño lo mantenga apartado en el estante del mañana. Pero algún día, creo, por su forma de ser, enarbolará esto último como pendón más alto, y así enseñará al mundo que cada frontera, cada país, no es más que una mentira imaginaria que nos coarta, condiciona y limita mediante una cultura que se defiende a muerte aunque el simple paso del tiempo la elimine; un rancio patriotismo que nos ciega, y un credo que en verdad no es más que una reja que mantiene anclada la libertad del ser. Y es eso precisamente lo que necesita el hombre, saber que la libertad es algo que se puede coger, aunque todo gobierno, tenga la vertiente que tenga, tratará de impedirlo, pues saben que si permite al hombre tomar la verdadera libertad, corren el riesgo de que el hombre termine creyendo en sí mismo. Lo queráis o no, la semilla está plantada en él; ahora, si preferís que nos aburramos con polinomios, decidlo. Venid. —Les pidió mientras se acercaba a una habitación que siempre permanecía cerrada—. Con esto trabajamos.

Allí, aparte de algunas pinturas que Juan y María le habían visto realizar en el porche o en el arroyo, solo había un mar caótico de mapas y de periódicos de distintos países, escritos en multitud de

idiomas, y una mesa enorme con grandes trozos de papel cuadrado donde se apreciaban un sinfín de anotaciones con la letra claramente discernible de Ezequiel.

—Desde hace tres meses no le enseño nada, ahora aprendo. — Les mostró un diagrama con multitud de anotaciones que arrojaban un número elevado de desenlaces, y a cada uno de ellos le otorgaba un porcentaje—. Llega mucho más allá de donde yo jamás llegué. Lee la misma noticia en medios de distintas tendencias, y por factores de regularidad estima la verdad y sus consecuencias. Aquí ha escrito...

A pesar de su delicada situación tras la gran guerra, de la miseria agarrada a los pies, el futuro próximo pertenecerá a Alemania, pues es la misma crisis la que duplicará los esfuerzos de las mentes de sus enormes talentos en tantas disciplinas: Física, Matemáticas, Medicina... El único problema es el rencor y el padecimiento presente, que puede arrojar líderes de visión extrema que finalmente pueden llevar al pueblo, e incluso al mundo, al abismo.

—Eso es una majadería —convino Juan—. Alemania jamás podrá levantar cabeza. Dicen que allí se calientan quemando billetes por carecer de valor alguno.

—Ummm... —murmuró Alan—, no creas... Puede que Ezequiel tenga razón.

—Una última cosa, Alan —demandó Juan—. ¿Quién era aquel hombre de la selva?

De Gálvez estaba inmerso en un trajín de tiestos de barro, carnes y especias extrañas que únicamente él manejaba en el lugar. A primera hora de la mañana, cuando puso el desayuno a su señor, habían jugado su habitual partida de ajedrez y logró una vez más poner contra las cuerdas a don Miguel, lo que consiguió que este terminara eufórico de lograr una victoria tan trabajada. Después, su

señora le pidió que esa noche, en la que recibirían a un invitado de cierta importancia, preparara un menú compuesto de faisán relleno de panceta, nueces y pasas, acompañamiento de pastel de batata, coliflor y cerdo, ensalada de frutos secos, y membrillo con chocolate y vainilla de postre. Andaba apresurado, porque a las seis de la tarde debía de dejarlo todo a punto, a falta de un último golpe de horno, y marcharse, pues para la visita, el patrón había solicitado la mayor discreción, y por ello todo el servicio, salvo Camila y una sobrina suya, debían abandonar la casa. En ese momento entró en la cocina el Gaditano, uno de los dos hombres más cercanos al Veterano, al cual, y en eso coincidía la mayoría, temía más la cocinera, que era como todos llamaban a De Gálvez.

El cocinero era un hombre nada bajo, de complexión fuerte, pero el hecho de que dedicase esas hechuras a la elaboración de platos y sus derivados, sumado a que no soportaba ver sangre porque, según decían, se desmayaba, era la razón de que todos los hombres de armas de don Miguel le dedicaran todo tipo de lindezas. El Gaditano, robusto como un toro, vientre prominente y hombros poderosos, se acercó a Antonio y, tras pellizcar lo que este había colocado pulcramente en el plato, se lo llevó a la boca.

—Nena —exclamó el hombre del Veterano—, dice don Miguel que prepares pronto unas empanadas de carne y nos las acerques al salón con unas botellas de vino y unas aceitunas. Déjalo todo en el carrito junto a la puerta y avisa a Camila para que lo meta adentro, pues el asunto que tratamos es delicado y no quiere a cualquiera husmeando cerca de allí.

El Gaditano dio otro pellizco a la comida, desmontando definitivamente el plato que el cocinero manipulaba con esmero artístico, lo que arrancó un tenue brillo de ira en sus ojos, el cual no pasó desapercibido para el hombre del Veterano.

—¿Quieres decirme algo, nena? Si tienes huevos, protesta de verdad como lo haría un hombre, y no como una colegiala timorata con ganas de tirar de las trenzas por detrás. Hazlo, pues nada me gustaría más que darte otra ración de esa barra que tanto conoces.

Lo de la barra era una historia que conocía todo el mundo en la hacienda. Se refería a un tubo metálico que había entre el tiro de

humos de la cocina y un mueble de platos que siempre estaba lleno de embutidos oreándose. La historia era sencilla pero curiosa, se limitaba simplemente a una paliza que don Miguel le dio un día que llegó harto de vino y medicina colombiana, tras hacer unas tablas en el ajedrez con el maestro húngaro. Tras aquel fiasco, tomó la barra desparramando toda la chacina por el suelo y arremetió contra el cocinero que se defendía patas arriba desde el suelo, como un infante asustado. Aquel día lo dejó amoratado, y aunque a la mañana siguiente el cacique le pidió perdón a su manera, el hecho fue lo suficientemente fuerte como para que a De Gálvez se lo recordaran en cada oportunidad.

Tardó media hora en prepararlo todo y dejarlo en el lugar que le habían indicado. Sabía que algo gordo se estaba cocinando. Últimamente había visto bastante preocupado al patrón y a sus hombres. Limpiaban más armas de lo habitual. Todo eso, sumado a la extraña visita de la noche, le indicó que era algo a tener en cuenta.

En ese momento llegó Camila y le dijo que podía volver a la cocina. El cocinero se volvió para cumplir la orden, pero en el mismo momento que Camila abrió la puerta y comenzó a introducir el carrito en el salón, se giró y se encaminó tras sus pasos. Cuando la mujer de confianza del patrón entró, algo cayó desde un perchero, y en el momento en que ella se agachó para recogerlo, el cocinero aprovechó para escurrirse parsimoniosamente en el salón y colocarse cerca de una planta alta que había tras un pilar que dividía en dos la gran estancia. La mujer dejó el carrito junto a ellos y se fue, pero antes de salir, su señor le pidió que en media hora regresase. Todos concluyeron en que las empanadas tenían buena pinta. El Veterano se levantó a coger el sacacorchos que estaba en una mesita que había detrás del pilar donde estaba escondido De Gálvez. Estuvo a punto de descubrirlo, pero don Miguel lo llamó alarmado por algo que había en unos documentos que trataban, lo que hizo que el Veterano cogiera el sacacorchos de forma que su atención estuvo más centrada en su señor que en el artilugio. Sin embargo, en la cara del cocinero no se mostraba desacomodo

alguno, como si para él ese tipo de contingencias fuesen algo cotidiano.

—Esto es un problema gordo, Veterano. Sabía que la mala decisión que tomé aquella noche en el hotel Hernán Cortes me pasaría factura tarde o temprano.

De Gálvez salió de detrás de la planta y se encaminó hacia la mesa donde se hallaban, cuando un ruido estrepitoso atrajo la atención de todos los presentes. Los niños, que jugaban en el patio, rompieron con una pelota el cristal del salón y don Miguel, sobrepasado por los acontecimientos, se levantó fuera de sí y caminó en esa dirección. Lo siguieron los dos hombres que le acompañaban. Mientras el cacique gritaba a su hijo y a los demás niños en el patio, De Gálvez sostuvo el cuaderno entre sus manos y ojeó sin prisa alguna, como si fuese su voluntad quien determinase los acontecimientos. Miró aquí y allá, memorizando por espacio de más de dos minutos todo lo que le pareció importante de aquellas páginas, mientras los hombres murmuraban extrañados sobre la rareza de los pájaros posados en el vuelo del tejado. Finalmente, una vez que De Gálvez volvió al cobijo del pilar, los tres hombres regresaron a la mesa y continuaron hasta que, poco después, llegó Camila, tal y como su señor le había ordenado, y los dos hombres se dispusieron a marchar.

—Camila, estoy entre las cuerdas —comenzó a decir el señorito—. La fanfarronada que cometí aquella noche en el Hernán Cortés, empujado por la connivencia del inglés y don Nicanor, empieza a acosarme. Sé que no fue culpa mía. Por mucho que Alan me advirtió para que no hiciera lo que finalmente hice, él sabía que el hecho de estar don Nicanor en el asunto me empujaría a ello. Mira este documento que me ha llegado de Madrid. —Le acercó el papel, pero al recordar que Camila ya no veía bien, se lo explicó él mismo—. Don Nicanor, el jodido conde, retiró sus fondos y desasoció sus vínculos justo una semana antes de que yo quedase atrapado por la deuda con el cambio de tendencias. Todo lo que gané en estos años, lo cual he gastado ya, es poco para acometer los pagos que tengo que hacer con distintas aseguradoras alemanas. A esto me llevó aquella visita, Camila. Fue todo una treta bien preparada y

conjunta en la que caí una y otra vez tras los pasos de don Nicanor. Que él entraba en algún tipo de comercio interesante y fructuoso, pues allí iba yo detrás, solo que en otra sociedad porque la suya estaba cerrada, la cual terminaba en quiebra y con un bocado succulento en mis arcas. Así caí en la inversión de los hoteles, en las cárnicas, en las del acero y las referentes al turismo. En todas fracasé, y él, don Nicanor, no solo salió indemne, sino borracho de éxito. Pero no son todas malas noticias, Camila, hay informaciones esperanzadoras. Esta noche viene el sobrino del conde, e intentaremos hacer un trato que a él le dé, y a mí me aporte, si no la liquidación total de mis deudas, sí un respiro por varios años en los que intentaré conseguir los dividendos que me hagan libre. Y por cierto, tenemos noticias frescas sobre el hombre que sustituyó a Alan en el hotel. Puede que al inglés se le esté acabando la fortuna, y con la suya, la de los Cabral.

De Gálvez no había dado dos pasos desde su ubicación cuando la pelota de los niños volvió a golpear el mismo cristal. Don Miguel volvió a despotricar al tiempo que Antonio se ponía tras la puerta de salida justo antes de que la sobrina de Camila la abriese y se dirigiera a entregar la carta que había llegado para el señor. El cocinero aprovechó para salir y dirigirse a la cocina sin asomo de prisa.

Esa misma noche, avanzada la madrugada, De Gálvez se presentó aporreando la puerta de Alan para hacerle saber los detalles de los últimos acontecimientos. La visita que esperaban en casa del cacique era Gonzalo, el hijo de Predilecta y sobrino de don Nicanor. Habían llegado a un acuerdo que contentaba a ambas partes, y con él se buscaría despejar la vía para que Gonzalo sustituyese a su tío a la mayor brevedad, y de paso eliminar el rumor de que su tío andaba enfrascado en dejarlo todo en manos de Ezequiel, el ahijado de su mujer, a quien quería con locura. Esto no solo era un problema existencial para él, sino que también repercutía en el mundo de don Miguel, pues todo ese caudal financiero y humano, pensaba el cacique, no tardaría en dirigir a Alan y al padre del chico a buscar venganza sobre él.

Gonzalo tampoco era tonto, así que, para tener cierta ventaja, le recordó al cacique que si Ezequiel se alzaba con el condado, no solo sería un problema para ambos, sino también para el mismo futuro del hijo de don Miguel, nacido un mes más tarde que Ezequiel, quien si quería, desde su posición y como hijo ilegítimo, podría disputarle la herencia al vástago de don Miguel. Para que no hubiese lugar a dudas, Gonzalo puso sobre la mesa varios documentos que acreditaban, mediante testimonios de personas importantes y un obispo, que toda esa historia era cierta.

El trato quedó zanjado según lo establecido: don Miguel allanaría el camino a Gonzalo en cuanto las circunstancias lo aconsejasen, pero para ello necesitaba la iracunda rebeldía del sobrino, allá en Madrid, y que esta atrajese al conde, que en los últimos tiempos se prodigaba poco en salidas. Aparte de eso, durante los próximos veinte años, las fronteras de sus imperios permanecerían tal y como estaban en ese momento, mediante cláusula de penalización. Además de ello, todas las cárnicas de Madrid y Castilla pertenecientes a don Nicanor irían a parar a manos de Don Miguel.

—Está perdiendo el miedo —esbozó pensativo Alan fijándose en Antonio.

—Es una rata y está más acorralada que nunca, ¿qué esperabas? Solo podemos hacer una cosa, y es evitar que a don Nicanor le ocurra algo. Él es la llave de todo este entuerto, pero hay que tener en cuenta que es una llave mohosa y que no durará tanto. Hay que ir haciendo algo, limpiar vías de escape y todo eso, por si son necesarias. De momento, tranquilidad, a ver cómo se desarrollan los acontecimientos, y a la familia nada. Ya tienen bastante con lo de Juan.

A Juan hijo lo encontraron muerto poco tiempo atrás, despeñado en las inmediaciones del castillo el mismo día que Ezequiel cumplió once años. Desde que era niño había recordado aquella leyenda que un día le contara su padre sobre el castillo y el tesoro enterrado en sus entrañas, y creía firmemente en ella. Por eso, cuando disponía de tiempo tras sus tareas, cogía un pico y se aventuraba en largas y fatigosas tardes en las que no cesaba de agujerear los alrededores de la antigua fortaleza árabe, allá donde su

determinación y sus varillas de zahorí le indicasen. Su intención era encontrar una entrada o pasadizo hacia la leyenda, y para ello buscaba en la Mina Chica, bajo el profundo interior de la Grande, en las inmediaciones de cada torre, en pequeñas cuevas y en cualquier lugar señalado por su viva imaginación. Con su actitud imperturbable, durante años fue el hazmerreír del pueblo, pero eso a él le dio lo mismo, pues tenía su propio sueño y ni todas las habladurías juntas consiguieron bajarlo de él. Esa vida que llevó durante años fue el motivo de que en el pueblo le pusieran el apodo de *Juan del Tesoro*, que ya no le abandonó ni después de muerto y que en vida le provocó no pocos altercados. Siempre que bajaba al pueblo, lo abordaban las lenguas más socarronas, el acoso de otras actitudes más hoscas y frases hirientes como: «Juan, ¿me dejas unas monedas de oro? Juan, ¿diste ayer con él? Juan, te veo muy dorado», tras lo cual, todo el mundo rompía a reír en sonoras carcajadas, las mismas que cesaron repentinamente el día que lo encontraron despeñado en un barranco del casi destruido castillo. Según se decía secretamente, solo en círculos de íntimos, el causante de la muerte no había sido el azar, sino las órdenes ciegamente cumplidas por el Veterano y mandadas por don Miguel de Guzmán Alcaraz y Shifol, hacedor de lo que le viniese en ganas en el pueblo, donde era respetado, adulado y temido como un autócrata sin escrúpulos.

La mayor parte del último año, Ezequiel lo dedicó a levantar la alegría en aquella casa que añoraba la presencia de su hermano Juan. Al principio, obligaba a su madre y a sus hermanas, que nunca tenían ganas de salir ni al porche, a dar largos paseos por las viejas viñas y los almendrales, para que al menos desterraran la pena de la fachada exterior y rieran un poco con sus carantoñas.

Una mañana soleada, con los doce años recién cumplidos, terminó rápidamente todas las tareas que tenía en las cuadras y su madre lo mandó al pueblo para que comprase canela y otras especias.

—Mamá, ¿no puedo ir esta tarde? —pidió Ezequiel.

—No, llevas dos días diciendo lo mismo y ya no nos queda. Necesito que me compres eso ahora y que vengas rápido, porque hace falta para la comida de hoy.

—Está bien, iré —terminó por musitar Ezequiel, no sin cierta resignación.

La actitud esquiva con que Ezequiel llevaba dos días evitando el mandato de su madre tenía su razón en algo que le sobrevino dos meses antes. Algún tiempo atrás, después de la muerte de su hermano, Ezequiel comenzó a gozar de la primera libertad que el ser humano se toma en su vida: la de ir y merodear por lugares cercanos y a su antojo, con el ánimo de recompensar la curiosidad. Esta primera emancipación le dejó diariamente, una vez que terminaba sus labores y sus estudios en casa de Alan, algunas horas de paseos por las embarradas o polvorientas calles del pueblo. Esto le trajo las primeras amistades y rencillas. En esos vagabundeos vespertinos, Ezequiel se enroló en la pandilla del señorito Miguel, y no porque desde pequeño tuviese necesidad de ello, sino porque la casualidad lo empujó el día que, sin vela ni entierro, se vio involucrado en un campo de batalla donde las piedras caían como ranas en una noche de tormenta. Harto de verse en medio de la lluvia de rocas lanzadas con muy mala leche, no tuvo más alternativa que sucumbir y poner su nombre a servicio de la épica y elegir un bando. Fue precisamente ahí donde la casualidad intervino para sacar su vena justa o tonta, según se mire, y meterlo en el bando menos numeroso. Sin presentación alguna, comenzó a tirar piedras a diestro y siniestro, aumentando la circulación de materia volante. Aquella batalla se perdió en lloros de ambos bandos, además de dejarle bastante trabajo al bueno de don Adolfo. Ambas victorias, la de un bando y la de otro, se celebraron en sus respectivas cabañas, al son de unos cigarros furtivos que, aparte de humo, hubiese arrancado más de una patada del padre de cualquier adelantadillo allí presente.

Fue allí, en aquella cabaña, donde Ezequiel y el señorito Miguel, hijo de don Miguel de Guzmán, de la misma edad, se hicieron hermanos de sangre mediante un corte profundo y peligroso, pero

desconociendo ambos, obviamente, las antiguas rencillas que dividían a sus familias desde mucho tiempo atrás.

A partir de aquel día, siempre que su amigo Basilio no estaba disponible, Ezequiel bajaba al pueblo para pasar la tarde con sus nuevos amigos. Jugaban a la pelota, al tute o iban al río a bañarse. La amistad creció hasta que una tarde, en la finca de don Miguel, se acabó de repente. Lo que sucedió fue algo fortuito, pues el cacique, que salía de su casa, reconoció al chico alto y delgado, el más ágil de los que había allí, jugando y riéndose a la par de su hijo, hombro con hombro.

Lo que veía don Miguel en su propia casa era algo que no podía permitir. Ese andrajoso, allí, con su hijo... No, no podía tolerarlo. Soltando lo que llevaba entre manos, comenzó a dar gritos como una fiera. Se dirigió hacia el niño, y cogiéndolo del cuello, lo abofeteó mientras el pequeño se quedaba inmóvil ante el inesperado asalto. Sin saber qué hacer, solo podía preguntarse por qué le hacía aquello. Estaba allí, sin moverse, sin poder reaccionar, mientras don Miguel le propinaba patadas por todo el cuerpo y le abofeteaba la cara.

—Vete de aquí, fuera de mi casa, fuera de mi vista, ladrón, sucio bastardo, y que no se te ocurra volver.

Con todo, menos caricias, el cacique lo llevó hasta la puerta de la finca, al tiempo que sus amigos permanecían boquiabiertos y en silencio, mirándose entre ellos sin saber qué ocurría.

Cuando don Miguel regresó, con las gruesas venas hinchadas en su cuello y la ira saliendo por la boca, reunió a los niños y les habló:

—No quiero que os juntéis con ese andrajoso, especialmente tú, Miguel. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, papá.

—Sí, don Miguel —contestaron todos.

—Ese chico es una mala persona, y también toda su familia, así que si os veo con él, os castigaré a todos. En adelante, cuando lo veáis en el pueblo, dadle una paliza y echadlo fuera. ¿Entendido?

—Sí, papá.

—Sí, don Miguel.

Aquella tarde, Ezequiel volvió a su casa con la cara hinchada y morada. Tenía sangre reseca en la oreja, en la nariz y en la boca, pero le dijo a su madre que era culpa de una caída entre rocas. Alan lo llevó a su casa y le enseñó varios movimientos y a soltar los puños con mala leche, y la verdad es que no le sorprendió nada que se moviera con tanta agilidad y elegancia. Cuando terminaron aquella breve clase, Ezequiel le preguntó que por qué le había enseñado eso, y Alan le contestó con aquello tan suyo: «Por si tienes que apalear a una piedra».

Una semana más tarde, Ezequiel bajó al pueblo simulando con su vista el proceder de los camaleones: un ojo aquí y otro allá. Se había dicho a sí mismo que jamás volvería a entrar en aquella casa, pero que por ello no iba a dejar de ver a sus amigos. Así que, venciendo la vergüenza de los primeros días, se lanzó a buscarlos. Anduvo por la plaza, donde recibió, como todos los de su edad que pasaban por allí, el pertinente tirón de patilla que propinaba el cura a todo aquel que osara pasar por la puerta del templo sin dedicarles una mirada a los santos. Al no encontrarlos allí, subió hasta el pilar alto y llegó hasta la ermita, pero también sin éxito. Tras estos fracasos, decidió ir hasta el puente visigodo, donde algunas tardes habían jugado y establecido campo de batalla con los «Pantalones Remendados», la otra banda. Finalmente, allí los encontró. Desde lejos les hizo señales, les gritó, pero estos, al verlo, se quedaron serios y mirándose unos a otros, hasta que Ignacio, el más amigo del señorito Miguel, que al igual que su padre, el Veterano, era oficial en adular, delatar y reírles las gracias a los mandamases, dijo:

—Mirad por dónde viene el andrajoso ese, dejémosle llegar y démosle una paliza.

Ezequiel se acercó con la confianza que solo los niños muestran. Cuando llegó, llevaba una sonrisa abierta y franca que marcaba dos hoyuelos en sus mejillas. Sin esperarlo, los niños lo rodearon y, sin tiempo para adivinar, empezaron a darle puñetazos y patadas por todo el cuerpo. Ezequiel, viendo dónde se había metido, echó a correr en dirección al arroyo del cementerio. Los chicos corrían detrás de él, pero este era una bala. Hacía ya un rato que lo seguían cuando se vio acorralado entre un barranco y la finca del señorito.

Sin más alternativas, cruzó las vallas. Los chicos lo vieron y lo siguieron. Poco a poco los despistó gracias a las parras y a las altas matas de tabaco que crecían con solvencia en las estercoladas tierras. Más tranquilo, a no mucha distancia, vio un cobertizo con paja, y tras comprobar que quedaba distante de la casa del cacique, se resguardó en su interior.

Transcurrieron al menos dos horas desde que Ezequiel se había escondido en el establo, metido debajo de un montón de paja en la parte superior del granero. Decidió quedarse allí hasta que fuera de noche, por si aún andaban buscándolo, pensando que, con la noche cerrada, le resultaría mucho más fácil ocultarse entre las sombras para poder escapar. El asfixiante calor que hacía debajo de la paja hacía que las gotas de sudor surcaran su cara en dirección al suelo de madera. Estaba ya mucho más tranquilo cuando su corazón dio un salto al oír murmullos que venían de afuera. Instantes después, se abrió la puerta del cobertizo y entraron varias personas.

Se tranquilizó cuando vio que los que habían entrado no eran sus antiguos amigos. A pesar de ello, no podía arriesgarse a que lo encontraran, así que permaneció quieto hasta que la curiosidad lo venció e hizo que se moviera hasta alcanzar unas tablas rotas por el paso del tiempo. Por esos agujeros podía ver y oír la conversación que mantenían un hombre y una mujer.

—No tendrías que haber venido, sabes que mi marido se encuentra en casa.

El hombre se encontraba de espaldas y tenía sus manos metidas bajo la falda de la mujer. No logró reconocerlo, pero a ella, la de la falda levantada, sí. Era la señora, la esposa de don Miguel.

—No podía aguantar otro día sin verte. Además, adoro ver a mi hijo aunque sea desde lejos.

Al escuchar la voz del hombre, se quedó totalmente desconcertado, y ese desconcierto aumentó cuando el hombre se giró y pudo verle la cara. «¡Él, Dios mío, no puede ser!», murmuró para sí Ezequiel.

—Nuestro hijo —corrigió ella sonriendo con ternura.

Desde su escondite, acompañado por unos cuarenta grados, Ezequiel pensó: «¿Qué es esto? La señora solo tiene un hijo».

La inteligencia de Ezequiel comprendió con claridad todo lo oído. También sopesó el peligro que correría si lo descubriesen en ese instante, por lo que permaneció más quieto que nunca. Al escuchar el resto de la conversación, que le atañía, una punzada de dolor le caló en lo más hondo de su ser.

—Tienes un corazón tierno, no como mi marido, que es un desalmado. ¿Sabes que poco tiempo atrás le dio una paliza a su propio hijo? Sí, a ese, al bastardo —dijo la mujer después de oír el nombre en boca de su ensimismado y pegajoso amigo—. El muy infeliz cree que no sé nada, y posiblemente crea también, y es lo que más gracia me hace, que me importaría. ¿Sabes que el muy cerdo obligó a esa...? ¿Cómo se llamaba?

—María Nazaria —acertó a decir el hombre desinteresadamente, mientras mantenía sumergida su cabeza entre dos cálidas montañas de blanca piel.

—Sí, María Nazaria. ¿Sabes que la obligó estando ausente su marido y que de aquel encuentro nació el niño ese?

La inteligencia que mostró Ezequiel en la conversación que antes había escuchado seguía intacta, desgraciadamente. Por ese motivo, el muchacho no pudo contener un llanto callado que le trajo un sufrimiento mayor que cualquier otro experimentado en su vida. Comprendió la incomprensible actitud y los groseros modales del cacique, y entendió el odio cerrado que le tenía y que luego transmitió a los demás niños. Su mente vagaba confusa por las orillas donde los tercios del dolor esperan un cuerpo al que subirse, y en el suyo encontraron la nave donde navegar eternamente. Tenía el corazón roto, rajado de un extremo a otro por una de esas verdades que puede sembrar más desastre que la afilada hoz y el más callado de los lejanos y cobardes fusiles. A pesar de lo que ahora sabía, que le quemaba el alma como un fuego lento e interminable, tenía que resistir, porque él no era culpable. Sus padres, por los que vertía la mayor parte de las lágrimas, tampoco lo eran. Así que, con sus manos mutiladas por el conocimiento indeseado, recogió parte de esos tercios de dolor que se derramaban por su cuerpo como ascuas e hizo con ellos una masa

de amargura con la que perpetuó su sonrisa y enterró el secreto en lo más profundo de su ser.

A lo lejos se oían ladridos de perros crispados que lo sacaron momentáneamente de sus atormentados pensamientos. Si lo descubrían, lo harían pedazos, pero seguramente la pareja de allí abajo lo llevaría peor, sobre todo si mantenían esa posición tan rara y difícil que habían adoptado.

—Carne de cristo. ¿Qué es eso que se oye?

—Los perros de mi marido —contestó ella cubriéndose con destreza.

Como amenazados por un rayo, se vistieron todo lo de prisa que pudieron y, como si lo tuviesen planeado, escaparon uno por cada lado, pero al hombre se le olvidó algo en el suelo, algo amarillento y rectangular que quedó escondido en parte por la paja que lo cubría todo.

La puerta del pajar se abrió, y un galimatías de voces chillonas y urgentes precedió a sus antiguos amigos envalentonados por su número y la presencia del cacique. Ezequiel aguantó la respiración todo lo que pudo, pues los ladridos se oían cada vez más cercanos.

—¡Busca, Lázaro! ¡Busca, busca, busca! —gritó don Miguel dando órdenes al perro, mientras que Ignacio, el hijo del Veterano, subía las escaleras y buscaba en cada rincón del piso superior.

El perro olía cada hueco de la zona baja, pero no encontró rastro alguno. «Quizá —pensó Ezequiel—, sea porque entré subiendo por el árbol, y no por la puerta.» Por las pequeñas grietas del suelo de madera, Ezequiel podía ver a sus perseguidores. Al mirar a su derecha, vio a Ignacio acercándose. Estaba a punto de saltar y salir corriendo cuando la voz del cacique se elevó sobre todas las demás.

—Marchémonos de aquí. Debe de haber escapado, porque si el perro no lo ha encontrado ya, es que no está.

Ignacio dio media vuelta y bajó las escaleras para luego marcharse con los otros.

Media hora más tarde, al no sentir peligro aparente, Ezequiel bajó intranquilo las escaleras y recogió del suelo lo que con las prisas había olvidado el acompañante de la señora. Era una carta que,

naturalmente, leyó. Le dolía lo que había escuchado, pero nunca diría nada. Su padre era su padre, el de siempre, y lo querría hasta la muerte; y su madre, una santa que había sido obligada. Salió con cautela por la puerta, y, a pesar del dolor que sentía en lo más profundo de su corazón, se dijo a sí mismo que nunca lo compartiría con nadie.

Aquel mismo día, antes de llegar a su casa, escondió la carta en su escondite secreto, una caja de madera antiquísima y hermética que guardaba en el interior del Olivo. Este era un árbol especial y querido por la familia desde tiempos tan remotos que la memoria del presente no llegaba a constatar. Del árbol solo se sabía, por su envergadura, que debería de tener varios siglos, y que desde siempre la familia lo había cuidado con tanta veneración que era considerado como uno más de ella. Esta dedicación tan grande para con el Olivo era dada de padres a hijos, y luego estos la delegaban a los suyos, y así de generación en generación. Junto a este había una piedra completamente redonda, salvo por una parte, la cual era plana y en la que se leía difusamente lo que en otro tiempo fue un texto. Muchas tardes pasó Alan intentando descifrarlo, sin éxito, pues creía que en sus entrañas guardaba algún misterio referente a la Cañada del Diablo, pero jamás pasó más allá de la certidumbre de que se trataba de un comunicado de dieciséis líneas cuyo significado el tiempo se encargó de velar.

Esta cadena de desgraciadas aventuras vividas en el pueblo y desconocidas por sus padres, fue la razón de que Ezequiel se rehusara a andar por el casco urbano a plena luz del día. Pero esta vez, la insistencia de su madre fue tan grande que no le dejó alternativa. Por eso, sin más excusa que oponer al margen de la verdad, que hubiese llevado a otra verdad más grande y dolorosa, Ezequiel se abandonó a la petición de su madre y se adentró en las blancas calles del pueblo, no con la cautela de un camaleón, como lo hizo aquella vez anterior, sino con la de una pareja de ellos.

Andaba con intranquilidad por las callejuelas de Cártama, temiendo el nefasto encuentro que de producirse lo pintaría de moretones y heridas. Cada cierto tiempo, miraba para atrás, y antes de cruzar una esquina, asomaba la cabeza para ver qué podía

encontrar al otro lado. Con esa actitud, propenso a convertirse en hombre bala a la mínima duda, llegó a la tienda y compró lo que su madre le había indicado. Más sosegado y con parte de su misión cumplida, salió a la calle con la guardia caída y, sin esperárselo, se encontró frente a frente con Ignacio, que parecía igual de sorprendido, o incluso más que el propio Ezequiel.

El pequeño de los Cabral ya tenía pensada la dirección hacia dónde dirigir su carrera, previa mutación en hombre bala, cuando vio que era su enemigo el que salía corriendo como alma que lleva el diablo. Al reparar en ese detalle, descubrió que Ignacio no era más que un cobarde y que solo actuaba y ejercía de fanfarrón si tenía el amparo de los demás. Con este descubrimiento, Ezequiel sacó pecho como el más galán de los palomos y prosiguió su camino hacia Royohondo, mucho más calmado.

Un rato después, antes de llegar a Pilar Alto, oyó el ajetreo de pisadas. Instintivamente miró hacia atrás, y a punto estuvo de perder el pañito de especias. El señorito e Ignacio, seguidos por una tropa de niños, intentaban alcanzarlo. Sin tiempo para pensar, corrió todo lo que pudo en dirección a la ermita, sin saber que ese camino cambiaría el destino de su vida para siempre.

El niño huía descabritado, casi sin aliento ni tiempo para mirar hacia atrás, con la sola intención de descolgar a la plebe que se encaramaba sobre su sombra. Poco a poco empezó a sacar una ligera ventaja, que desperdició cuando dobló a la derecha, hacia la torre albarrana, y se metió en un sendero de cabras. Con sumo cuidado corrió por la estrecha vereda que había elegido como ruta de escape, hasta que, sin esperarlo, esta terminó abruptamente sobre un precipicio de unos seis o siete metros de altura. Sin nada encima, no se hubiese atrevido a saltar por el sitio, pero llevando las especias, mucho menos. Si las perdía, tendría que dar muchas explicaciones que no estaba dispuesto a dar; así que se dio la vuelta para defenderse como pudiera. Al girarse se encontró frente al señorito, que portaba un palo en su mano y lo agitaba amenazadoramente.

—Andrajoso, ladrón. ¡Huye ahora, cobarde! —exclamó el señorito Miguel con la voz entrecortada por el esfuerzo de la carrera, al

tiempo que movía el palo y avanzaba hacia él.

Ezequiel buscaba una salida desesperadamente, pero solo había dos: la del precipicio y la que obstruía el señorito, secundado por siete u ocho niños. Sin ninguna salida, por indigna que fuese, solo cabía esperar un mal trance, al cual, por dignidad, estaba dispuesto a entrar antes de que lo despeñaran o apalearan.

—¿Cobarde yo? —replicó Ezequiel contestando al hijo de don Miguel—. ¿Tú crees que yo soy el cobarde? Mira para atrás y verás quién o quiénes son los cobardes.

El señorito lo hizo y pudo ver a todos los que lo acompañaban, comprendiendo las palabras de su antiguo amigo. Tenía razón, pero solo por el número de aliados, no porque le faltara valentía. Pero también era cierto que le daba lo mismo. Cuando volvió nuevamente su mirada a Ezequiel, este continuó hablando.

—Ladrón será tu padre, y andrajosa la concubina de tu madre —vociferó, poniendo especial énfasis en la palabra concubina.

El señorito se lanzó con el palo por delante con intención de arrojarlo al precipicio, pero, en el último instante, Ezequiel, que había soltado los encargos de su madre, dio un paso hacia atrás y se dejó caer agarrándose del filo de piedra. El señorito cayó por encima de su cabeza. La misma inercia lo había arrojado y ahora estaba tumbado e inerte en el fondo del precipicio, sangrando por la cabeza. Finalmente Ezequiel se aupó y aprovechó la conmoción para pasar entre los niños sin dificultad.

Minutos después de haber avisado a don Miguel, este y su mujer aparecieron en el lugar del accidente. Los acompañaban don Adolfo, el médico, y un montón de curiosos sin hacienda donde sumergirse. Un rato antes, Ignacio fue corriendo hasta el pueblo para avisarles y, por el camino, les contó lo sucedido. Les dijo abiertamente que el ladrón había empujado al señorito por el barranco cuando solo intentaba explicarle que no volviera a juntarse con ellos, y que Ezequiel, contrariado, había actuado de esa manera por despecho. Tras la explicación del hijo del Veterano, don Miguel explotó en un

mar de insultos, gritando por donde iba pasando la amenaza de que lo ocurrido era el comienzo de la guerra.

Paralelamente, a unos cien metros, a la sombra de un frondoso árbol alejado del bullicio, una figura que escondía su cara bajo el ala de un sombrero negro, de semblante similar a la persona que dejó olvidada la carta en el pajar, miraba todo cuanto acontecía. Su gesto de preocupación no perdía en amargura si se comparaba a la mostrada por don Miguel.

Aún quedaban varias horas de luz natural cuando el cacique irrumpió en Royohondo acompañado por una pareja de la Guardia Civil. La actitud de estos denotaba intranquilidad, a causa de la compleja situación y el estado de nervios de don Miguel. Se sentían entre la espada y la pared, y la verdad es que no sabían cómo actuar. Si lo que decían era cierto, Ezequiel era culpable y seguro que acabaría con su espalda en un correccional, pero todo eso dependía de la pertinente investigación, la misma que el señor quería pasarse por alto dando por aclarados los hechos. Desde luego, don Miguel tenía poder para eso y más, pero parecía que no era lo que pretendía, y lo dejó meridianamente claro a pesar de las advertencias de los civiles, cuando mandó a seis de sus hombres a cerrar todas las salidas de Royohondo.

—Abran, abran la puerta a la Guardia Civil —se oyó justo antes de que una andanada de golpes aporreara la puerta con estrépito.

María descorrió el cerrojo y la puerta le golpeó violentamente en la cara, arrojándola al suelo. Había entrado él, la persona que más odiaba en el mundo, seguido por los civiles que intentaban sujetarlo.

—¿Dónde está tu hijo? —inquirió un cabo.

—¿Quién? ¿Qué ocurre? —preguntó María.

—Tú lo sabes muy bien, zorra —gritó el cacique fuera de sí, golpeándola en la cara y arrojándola al suelo de nuevo.

El cabo, asqueado por la conducta del cacique, intentó con cierto tacto que el señor desistiera de su comportamiento y les dejara a

ellos reconducir la situación. No en vano, y temiendo un escenario como ese, por el camino le había pedido el revólver.

—Pararé cuando me dé la gana, niñato —le gritó al cabo—, o en adelante tus hijos comerán solamente con la miseria que te da el gobierno, si permito eso.

El guardia, sometido, se vino abajo, pero al menos consiguió que don Miguel le dejara la iniciativa y bajara un peldaño su actitud.

—Señora, ¿sabe usted dónde está su hijo Ezequiel? —demandó el cabo con educación—. Ha de prestar declaración en el cuartel y debe acompañarme. Su padre podrá estar junto a él en todo momento.

—No. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—¿Y su marido?

—Seguramente estará en el pueblo, en la taberna del Chiquitín.

—Dicen que su hijo empujó al señorito por una torre del castillo. Su estado es muy grave. Iremos a buscar a su marido y esta noche volveremos por aquí para que el chico nos acompañe. Hasta entonces, no pueden abandonar sus tierras, y lo digo por el bien de los suyos. Los hombres de don Miguel custodian las salidas y no queremos que esto vaya a más.

Respetuosamente, la pareja de civiles salió de la casa, pero el cacique, que había permanecido rezagado junto al quicio de la puerta tras el tímido toque de atención del cabo, se acercó a María y le susurró:

—Juro ante Dios que si mi hijo muere, mataré al tuyo delante de ti y de tu marido, y después al resto de tus hijos, y por último a vosotros dos, y tú sabes perfectamente que siempre cumplo mis promesas, y si el inglés tiene valor, que lo impida.

El calor que desprendían las dos piedras caldeadas durante el día era insoportable, pero el sitio era el adecuado para observar el llano de Royohondo. De Gálvez llevaba media hora reconociendo los alrededores, asentado entre unas rocas ocreas, desde el mismo instante en que oyó los relinchos y le adelantó su señor

acompañado por los dos Guardias Civiles. Desde entonces, permaneció en aquella ubicación porque era un lugar inmejorable para controlar los puntos claves donde podrían apostarse los hombres de don Miguel, que de momento, no estaban tan cercanos. A la inquietud que sentía mientras escrutaba la casa de Juan se había sumado la molestia de un pequeño ejército de avispas que zumbaba junto a su cuerpo buscando el agua derramada de la botella de su zurrón. En cuanto supo lo acontecido, fue a describirles la situación y a avisarles del peligro que corrían. Si el señorito Miguel moría, ellos no tendrían ninguna oportunidad frente a la fría y ciega ira que desplegaría el cacique.

Esa jornada la pasó junto a un chófer de don Miguel, dedicado a labores de intendencia en distintos mercados y amontonando más provisiones de lo acostumbrado. Dos días atrás, la nómina de hombres de armas se había duplicado hasta llegar a doce. Algo se estaba cocinando más allá del problema de Ezequiel con el pequeño Miguel, aunque no llegó a saber exactamente qué, porque todo se había llevado a cabo fuera de la casa del señor, lejos de su mirada. Lo que sí supuso, y con bastante certeza, fue que el asunto estaba relacionado con el sobrino de don Nicanor, más en concreto con algún hecho acaecido dos días atrás, que había logrado sacar al conde de su madriguera y ponerlo en un tren rumbo a Madrid.

Tuvo claro que, de momento, los hombres del cacique no se presentarían en el sitio, si no, ya estarían allí. En vista de ello, se encaminó cuesta abajo con la navaja abierta en la funda de su cinturón. Antes de llegar a la puerta, vio salir a los guardias y al señor, más tranquilo de lo que esperaba. El nuevo comandante de puesto no era mal tipo. «Durará poco en el pueblo», pensó. Esperó a que se perdiesen de vista cuesta abajo y entonces llamó con insistencia a la puerta atrancada. María le abrió llorando, descompuesta, sobrepasada por la situación. El ojo se le empezaba a poner morado y le faltaba un diente. De Gálvez no dijo nada, pero si en ese momento hubiese tenido delante al cacique, nada ni nadie lo hubiese frenado. La abrazó con ternura. No pudo reprimir las lágrimas.

—¿Dónde están todos? ¿Por qué estás todavía aquí?

—Espero a Miguel y Remedios, que deben llegar antes del anochecer. Han estado toda la semana en Málaga, ultimando detalles para una nueva apertura. Los demás están en la Cañada del Diablo. Juan quería partir rápidamente con Ezequiel, pero Alan lo convenció para que esperasen allí, donde estarían a salvo mientras tú llegases con noticias.

—Eso ha sido un acierto, porque tienen cortadas todas las salidas. Por Miguel y Remedios, no estés preocupada, llegarán sin contratiempos. Saben que, de lo contrario, pondrían en estampida al resto. De cualquier manera, tienes que salir de aquí antes del anochecer. Será entonces cuando vuelvan sin la Guardia Civil, independientemente de que el señorito siga vivo. El perro está suelto y azuzado, ya no hay quien lo pare. Voy a subir con ellos y trazaremos el mejor plan posible. Tendremos que huir de noche. Ve despidiéndote de tu casa, quizá no vuelvas a verla.

De Gálvez comenzó a bajar hacia el arroyo sin dejar de sopesar las distintas posibilidades. Lo tenían complicado. Tal vez la única oportunidad con tintes de éxito consistiría en limpiar una vía de problemas y escapar por ella, pero eran tantos... Porque, desde luego, ya no era el joven de antes. Cuando llegó al arroyo, le entró el miedo, no el que antiguamente lo asaltaba al merodear ese sitio, eso ya no lo inquietaba. De hecho, ya había subido dos veces al huerto del llano de la Cañada del Diablo en compañía de Juan; era el miedo de hallarse ante un evento de naturaleza desconocida. Aunque en realidad, él mismo era una cosa extraña. Todas las situaciones anómalas e incomprensibles lo asustaban, incluso su querido Ezequiel. No podía evitarlo, sin más. Recordó la vez que vio a Ezequiel intentando alcanzar una rama alta de un frutal y cómo creyó percibir que esta se postraba ante él para que la alcanzara. Mil veces se dijo que fue su imaginación, pero cada vez que se decía eso, lo asaltaba el escalofrío. Era la hora de subir, pero nunca lo había hecho sin compañía, así que un miedo nacido de su propia imaginación lo abrazó. Empezó a gritar a todo pulmón «voy a subir» de la misma manera que avisa y grita el amigo que visita la propiedad de alguien que posee un perro peligroso. Gracias a Dios, Juan apareció cuesta abajo y lo acompañó en la subida.

—¿Cómo está el señorito, tío? —preguntó Ezequiel en cuanto se acercó al grupo—. Yo no hice nada. Fue él, solo.

—Lo sé. Está bien, por eso no te preocupes —mintió.

La verdad es que no sabía nada, no había tenido tiempo. Cuando llegó a la casa del patrón, después de hacer las compras, en cinco minutos recabó la información necesaria y se lanzó hacia Royohondo. De Gálvez abrazó a Ezequiel, y luego a todos los hijos de Juan y al propio Alan.

—Aquí estáis a salvo, así que permaneced tranquilos. Todo saldrá bien, ya veréis —argumentó para tranquilizar a los niños.

Estaban en una pequeña construcción de cañas y barro que habían hecho para guardar las herramientas de trabajo y preservarlas de las inclemencias, aprovechando como techo el saliente natural de la montaña. No necesitó hacer señas a los adultos cuando se alejó hasta la pendiente dando la apariencia de querer observar algo.

—¿Has logrado mandar un aviso a don Nicanor? —dijo Alan.

—Tenemos que olvidarnos de don Nicanor. No será él quién nos lance un cabo al que agarrarnos. Oí que subió a un tren que le lleva a Madrid. Es una trampa tendida por don Miguel y Gonzalo, el hijo de la Predilecta. Don Nicanor jamás bajará vivo de ese tren. Es una fortuna para nosotros que haya ocurrido este asunto de Ezequiel, pues con don Nicanor fuera de juego y nosotros sin saberlo, no les hubiésemos visto venir.

Alan le acercó a Antonio su chaleco. Juan no lo había visto desde Filipinas. Lo reconoció por su inequívoco color caqui y los nombres de sus difuntos bordados en el cuello, en el mismo color. Estaba como siempre lo había llevado, con su revólver en la parte lumbar, cuchillos por dentro y otros utensilios en la parte exterior. Las manchas de sangre seca transportaron a Juan veintisiete años atrás.

—No, no de momento —indicó De Gálvez acompañado por un gesto de la mano—. He de volver a la casa mudéjar. Quiero regresar esta noche, si se dan las circunstancias, y entonces sí lo necesitaré. Antes preciso información para saber con exactitud dónde se encuentran los doce hombres de don Miguel, si no vienen más en

camino. Además, he de dejar el mayor número de trabas posibles. Lleva muchísimos años dedicando media fortuna a buscar información sobre ti. ¿Crees que no gastaría la otra media en buscarnos a todos? ¿Cuál es el plan?

—Nosotros partimos ya —sentenció Alan, abarcando con un leve movimiento de la mano a Ezequiel, a Juan y a él mismo—. Limpiaré la zona ahí arriba. No ha de haber más de dos hombres. Llegaremos a la sierra de Alhaurín de noche. Juan nos dejará y regresará. Allí dispondremos de la cobertura forestal necesaria para llegar por nuestros propios medios al lugar que quiero. Si Juan logra volver y tú te has marchado, su punto de encuentro será la chimenea de la Membrillera, donde lo asistirás, si nadie lo sigue. Si llega a tiempo y tú estás allí, te encargarás de todo.

Alan le pidió a Juan que se retirase, pues no le convenía conocer detalladamente el plan, por si le detenían antes de llegar a la cañada y no lograba reunirse a tiempo con el resto.

—Como supondrás, mi destino es Gibraltar —prosiguió Alan—. Allí intentaremos abordar un barco que nos deje en Canarias lo más pronto posible. Tú saldrás con todos, Juan incluido, si es posible, y si no con la mayoría. Tu destino es el buque Infanta Isabel de Borbón, que mañana estará fondeado en la bahía por puro azar, supuestamente, y partirá a las cinco de la tarde. Pregunta por Troilo en la garita de entrada al puerto a las doce de la mañana. Te conseguirá pasajes para todos. Si Juan está contigo, perfecto, si no, deja al grupo en la pensión de tu amiga e intenta contactar con él en la Membrillera por si llegara a última hora. Hasta que no paséis la escala de las Canarias, no desveles el destino final, que será Montevideo, punto de atraque intermedio entre Río y Buenos Aires. Mi intención es llegar a Canarias antes que vosotros y sumarnos al Infanta Isabel, pero puede que no lo consiga. Si es así, debes inculcarles esperanza a todos. Nuestro siguiente intento para contactar será un mes más tarde en San Jacinto, un pueblo no demasiado alejado de Montevideo, en la cantina Briloches a la hora del almuerzo. Si en esa ocasión no nos encontramos, se repetirá intento el mismo día del mes siguiente, y si vuelve a fallar el plan, será porque yo ya no estaré en este mundo. Si se dan esas

circunstancias, intentaré que alguien de mi entera confianza lleve a Ez a ese mismo lugar el veintitrés de abril del año que viene. Eso es todo.

—No me extrañaría que encontrásemos cuatro o cinco hombres en cada salida —sugirió el cocinero—. Al Veterano lo dejé con el teléfono en la mano.

—Saldremos por aquí —terció Ezequiel, que se había acercado a ellos señalando la Cañada del Diablo—. Es más fácil de lo que parece, y en estas circunstancias no será un problema que abordéis su interior. Se llega a través de una curva larga con forma de herradura hasta la salida de Las Cabrerizas, donde necesitaréis unos cordeles para bajar, pero será seguro. Nosotros la abandonaremos a mitad de camino y saldremos por el laberinto de arroyos a los llanos de Alquería.

—¿Seguro? —preguntó De Gálvez con preocupación—. Cuando estemos ahí esta noche no te tendremos.

Ezequiel lo acompañó al interior de la cañada, lo que le hizo estar más tranquilo con la decisión, al menos en ese momento. Antes de salir, le dio un nuevo abrazo al niño, el único hijo de su amigo que no era su ahijado.

—Ezequiel —lo llamó con voz resolutiva—. Te estás convirtiendo en un hombre. Mira..., los planes no siempre salen como se elaboran. Puede que lo que acordamos Alan y yo no llegue a concretarse tal y como lo hemos previsto, aunque sé que tu padrino se dejará la vida para que todo salga bien. Te quiere con locura, pero no creas a pies juntillas todo lo que te diga. No supedites tu futuro a la suerte ni al destino, aunque creas que este te vaya a socorrer. Ese viejo loco vuelve a ser un soñador. Jamás le creas si te dice que el mundo conspirará para mantenerte a toda costa en él. Eso tienes que lograrlo tú. Quizá solo, si se dan las circunstancias y Dios no lo quiera. ¿Sabes disparar? —Sacó un revólver acomodado en su espalda y se lo ofreció—. Llévalo, y si es necesario, utilízalo. Sobrevive.

Ezequiel lo apartó con su mano indicando claramente su negativa a cogerlo.

—Solo concibo cuatro tipos de hombres —insistió De Gálvez—. El que acepta el mundo tal y como lo ve, se lo cree y, por falta de carácter o dejadez, se limita a medrar siendo arrastrado por el viento, renunciando a la lucha contra el destino; luego está el que lo concibe de la misma forma, pero tiene arrestos para oponerse con todas sus fuerzas, apartándose de las inclemencias que lo asaltan a la menor ocasión; por encima de estos están los que hacen su trofeo de ese mundo creyendo que su inteligencia, astucia y voracidad les ofrece los mimbres no solo para desenvolverse en él, sino incluso para moldearlo de alguna forma, y son capaces de estar a favor de cualquier viento y de azuzarlo contra quienes deseen; y por último, los que no se creen el mundo que ven, que le describen o que le juran que existe, e intentan no solo moldearlo acorde a sus intereses, sino también cambiarlo a su antojo para hacerlo a su imagen. Jamás vi a ninguno de este tipo, salvo cuando te tengo frente a mí. La pregunta es: ¿eres verdaderamente ese tipo? Si lo eres, coge el revólver que te entrego y utilízalo si es preciso, pues es la única forma de dar comienzo a la inercia. No creas las palabras de un soñador por mucho que te quiera, podrían encaminarte al desastre.

—Si lo hiciera, no sería más que el tercer tipo de hombre que has mencionado, y prefiero no serlo a afrontarlo de ese modo.

—No hay otro modo, te lo aseguro. Sobrevive, por Dios. Hoy estás viendo los peligros de un bosque desde su periferia, pero cuando te internes, solo encontrarás selva indómita.

—Intentaré mantenerme con vida a toda costa, pero detesto la palabra sobrevivir, implica hacerlo a costa de que otros no lo hagan, y ese es un precio que no estoy dispuesto a pagar, pues violaría el principio de Banch.

—¡A la mierda el puto Banch, sea quien sea! En la vida los errores se pagan. Métete eso en la cabeza.

Salieron al exterior y Antonio de Gálvez se despidió de todos deseándoles suerte sin necesidad de decirlo expresamente. Antes de marcharse, Alan lo retuvo un momento, nuevamente apartado de los otros.

—Antonio, esta es nuestra familia, pero si las cosas se ponen feas de verdad, que no corran todos la misma suerte. Huye con los que estén aquí en la cañada y deja a la providencia lo que Juan por su parte pueda hacer. No intentes rescates, no pongas a estos dos niños en peligro si se presentara esa coyuntura. Practicismo, más practicismo que nunca.

—El practicismo resulta terriblemente difícil si se trata de tu familia
—aseveró De Gálvez.

—Lo sé, pero esos padres han perdido ya a dos hijos y no pueden perder a ninguno más, y menos perderlos a todos.

Ezequiel, Alan y Juan, que permaneció callado en todo momento, se internaron en la Cañada del Diablo que, contra el pronóstico del inglés, se abría en un túnel de vegetación de al menos tres metros de ancho a lo largo de su recorrido. La emoción que sentía Alan era indescriptible. Cuánto hubiesen dado Irving y su padre por hallarse donde él se hallaba. La imagen que ofrecía el recorrido a unos quince metros de distancia era la de un mar de maleza infranqueable. Sin embargo, al alcanzar cada nueva meta esta se mostraba más diáfana y cómoda de transitar, lo que resultó un enigma para el inglés. A los doscientos metros aparecieron las primeras señales de irrealidad, sin mencionar los misteriosos caracteres que vieron al poco de entrar. Lo primero en que reparó Alan fue en unas extrañas setas rodeadas de infinidad de escamas cristalinas.

—Es sal. Podéis probarla. Es de muy buena calidad. Se ve que existe, o existió en algún momento, un pequeñísimo reguero de agua salada que esas setas sintetizaban en sal. Podrías cultivarlas durante un tiempo bajo un toldo oscuro con cierta humedad y si en el lugar hay sal, las setas la extraerían toda convirtiéndola en lo que veis. Una vez puse una en un recipiente con un poco de agua y bacalao seco y lo dejó sin nada de sal.

Más adelante comenzaron a encontrar maravillosos diagramas y dibujos pintados sobre un tipo de material parecido al granito,

finamente pulido en la misma roca. Había fantasiosas ilustraciones de plantas desconocidas y extrañas, de las cuales Alan encontraría más adelante, en ese mismo túnel de naturaleza, versiones reales con cierta similitud. Junto a cada una de ellas se encontraban otros dibujos en los que se apreciaba el mar, a veces emparejado a cumbres heladas, el hermanamiento de las estaciones del año, y mapas del mundo distintos a los actuales, que si bien recordaban los continentes conocidos, la proximidad entre estos no se ajustaba a la versión promulgada años antes por Alfred Wegener en su teoría de la deriva continental, sino que la naturaleza de su acercamiento respondía a la existencia de un planeta Tierra de muchísimo menor tamaño.

Alan se impresionó con todo cuanto veía, a diferencia de Ezequiel, que mostraba naturalidad, como si conociera cada detalle y lo tuviese asumido. Había representaciones astronómicas, mujeres desnudas bañándose en fuentes de distintos colores, y un sinfín de minuciosos grabados acompañados de textos de origen desconocido, iguales a los que había en la entrada de la Cañada del Diablo, y que en sus misivas Irving se atrevió a catalogar de escritura hiperbórea. El grato recorrido por aquel pasillo de maravillosa irrealidad acabó súbitamente cuando Ezequiel torció a la derecha y salieron a una cañada mucho más agreste, carente de magnificencia. Solo encontraron dificultad en el mar de zarza común y monte bajo espinoso, cañas dispersadas en caótico orden y plantas trepadoras urticantes y ponzoñosas. Finalmente, el adolescente condujo a Alan y a su padre hacia la parte derecha del pequeño desfiladero, donde hallaron un camino conocido para Juan y que había abierto Basilio con su rebaño de cabras. Desde allí continuaron sin dificultad, pero con cautela, hasta las inmediaciones de Alquería, donde siguieron avanzando al amparo del arroyo de cañas que cruzaba la campiña hasta casi tocar los pinos de la sierra de Alhaurín. Amparados por pinos que los guarecían de toda indiscreción, continuaron hasta superar con creces el pueblo. Mientras cabalgaba sobre uno de los caballos que habían cogido prestado al padre de Basilio, sin su conocimiento, Alan recordaba perfectamente las indicaciones de su amigo Juan. Tenía que poner a

Ezequiel a salvo sin su ayuda, como fuese, porque él debía volver lo más pronto posible a casa para hacerse cargo de la situación junto a Antonio, sobre todo si el hijo del cacique había muerto, tal y como creían.

Con lágrimas en los ojos y con mucho pesar, el extranjero recordaba cómo Juan se había separado de ellos en la sierra de Alhaurín, y cómo, cogiendo a su hijo con ternura por los hombros, le dijo que había obrado con corrección, pues no le habían dejado otra alternativa, y que por ello no era culpable de nada. Le recalcó que si las cosas no se daban como las había planeado Alan, que no volviera en muchos años, que prefería tener un hijo vivo lejos de él, en cualquier parte del mundo, que tenerlo cerca y enterrado bajo los cipreses. Alan recordaba especialmente que a Ezequiel se le caía el alma a los pies y lloraba como si no fuese a ver jamás a su padre y a su familia. Se notaba que no quería romper ese último abrazo al padre. Cuando finalmente se separaron, Juan le dijo que lo quería, que estaba orgulloso de él, y que, fuese a donde fuese, recordara siempre a su familia. Cuando ya se alejaban el uno del otro, Ezequiel llamó a su padre para hablarle con fuertes gritos.

—Padre, te quiero.

—Yo también te quiero, hijo.

—Padre —gritó una vez más Ezequiel con el corazón cogido por la pena—, si alguna vez oyes algo malo de mí, quiero que me sigas queriendo, que yo soy tu hijo, y tú el mejor padre del mundo, no me olvides.

—Qué tonterías estás diciendo. Yo siempre te querré. Vamos, ánimo, a lo mejor nos vemos antes de lo que creemos.

Finalmente, se dijeron adiós agitando los brazos en alto.

Avanzaron en su trayecto hacia la colonia inglesa al amparo de la noche, intentando recorrer la mayor cantidad de kilómetros posibles, pero en cuanto la claridad del día enseñaba sus fauces, proseguían sigilosamente, cobijados por profundos arroyos y densas cañadas. Alan podía leer los métodos del cacique como si fuese un libro abierto. Tenía la seguridad de que habría utilizado sus influencias para conseguir información de los puestos de la Guardia Civil que fueran encontrando por el camino. Durante la noche dejaron atrás la

sierra de Alhaurín y otras cercanas a Coín, donde solo divisaron alguna que otra pequeña casa de pastores y labriegos. Pasaron Monda y bordearon Ojén. Avanzaron hasta Marbella, desde donde prosiguieron con mayor dificultad por la claridad del día, pero sin perder de vista la reconocible peña de la colonia inglesa.

El miedo inicial que embargó a Ezequiel cuando comenzó la huida fue desapareciendo a medida que dejaba tras de sí kilómetros y más kilómetros de añorada tierra. No obstante, con cada trozo que recorría, iba creciendo su inquietud, hasta sumirlo en una agobiante sensación de culpa. Sus atormentados pensamientos dibujaban macabras escenas en las que don Miguel se vengaba de él arrasando a toda su familia. Nunca quiso que al señorito Miguel le sucediera algo malo, pero intuía que a esas horas estaría descansando bajo la tierra oscura del cementerio, y su familia sufriendo. Echaba de menos a sus padres, a sus hermanos, pero sobre todo a su madre y a María Candela. También le dolía tener que abandonar su pueblo y arrastrar a Alan en la huida. No solo era su padrino, también era su mejor amigo, y sabía a ciencia cierta que, en caso de verse obligado a permanecer en el exilio indefinidamente, con nadie estaría mejor que con él.

Alan había contratado un barco por un buen puñado de dinero en Estepona, a cuyo patrón no facilitó su destino hasta hallarse lejos de la costa. Ya a bordo, Ezequiel abrazaba con sus pensamientos el recuerdo de su hermana María Candela cuando la voz de Alan lo trajo a la realidad.

—Mira, Ezequiel, eso es Gibraltar, esas casas de ahí son parte de Inglaterra.

—Todavía no puedo entender cómo demonios pudimos perder ese trozo de roca —murmuró Ezequiel con su mente puesta en el pasado.

—Espero que esa cuestión que te planteas sea pura retórica, si no sentiría que he perdido parte de mi tiempo —respondió Alan, lanzando también el comentario al vacío.

Ezequiel esbozó una sonrisa desinteresada que resultó demasiado amarga para su edad. Al verlo, Alan rio de regocijo y pensó: «Solo

los necios, egoístas e insensibles pueden ondear siempre el estandarte de la felicidad».

Todavía no era de día cuando el barco los dejó en el puerto, y hablando de historia y de injusticias, azotando a unos y elevando a otros, continuaron hasta que se perdieron entre las casas de la colonia inglesa.

Cuando el cocinero llegó a la casa mudéjar, varios hombres que jamás había visto andaban ajetreados por el patio principal. «Malas noticias, desde luego», se dijo. Aquello parecía los preparativos de una contienda. Contó a cuatro, pero eso no quería decir nada. Los hombres eran de aspecto fiero, o al menos lo aparentaban. Se les veía con cierto aire de desconcierto, inseguros al andar por un lugar que desconocían, pero también deseosos de demostrar su valía y ganarse un sueldo con lo que les gustaba hacer. Por una puerta lateral que se adentraba en los almacenes aledaños de la cocina, De Gálvez vio aparecer a Camila y su arrastrar de pies, levantando más polvo del suelo que en otras ocasiones. Al reparar en él, se acercó visiblemente interesada.

—¿Qué haces aquí hoy? Tenías la tarde libre.

—Me enteré de lo del señorito. Es una tragedia. ¿Cómo está?

—Ahí, ahí... —musitó al tiempo que se persignaba—. Don Adolfo no le quita su atención, ni su madre el rezo, y el cura, que se niega a dar la extremaunción para no llamar al diablo, ha prometido una misa diaria en la ermita durante un año si Miguelito sobrevive. Anda, ve a la cocina, que tu ayuda nos vendrá bien, pues hay nuevos hombres por ahí, pero antes preséntate ante el patrón por si necesita de ti.

—¿Para cuántas personas más he de preparar, a parte del párroco y el doctor?

—Cuatro. No, ocho con ellos.

Veinte hombres en total para cuatro posibles salidas, más algún voluntario que se habría sumado gratuitamente con el fin de contentar al patrón. «No menos de cinco hombres esperando en

cada posibilidad», dedujo De Gálvez. Solo que ellos no contaban, en principio, con que habían atravesado la sierra por la Cañada del Diablo, pero eso no era óbice para que pensarán en un posible avance a través de la montaña que les dejara cerca de Alquería o de Las Cabrerizas. «Arduo asunto, desde luego», pensó De Gálvez. Seguro que ellos verían el paso del cerro Las Tetras como improbable, lo mismo que el de Barceló y el Higuerón, que los condenaría sin posibilidad de lucha. Por tanto, esos lugares estarían poco vigilados, aunque no desiertos, y concentrarían al resto de hombres en las otras alternativas. «Aquello resultará difícil», fue lo que quedó finalmente en el pozo de sus pensamientos, lo cual garantizaba complicaciones en Las Cabrerizas o en el paso del río por Las Monjas. Y no era lo mismo ir con un puñado de hombres con la vida en empeño permanente que con un grupo de niños asustados. «Que pase lo que tenga que pasar», se dijo, y encaminó sus pasos hacia la entrada de la casa donde, seguramente, estaría don Miguel.

—¿Qué haces aquí? Estabas libre esta tarde. ¿Cómo es que no estás con tus amigos en Royohondo?

—Patrón, siento mucho lo de su hijo. No sabe cuánto me entristece lo sucedido. Siempre fui muy amigo de Juan, desde muy niño, y por ello estimé mucho a su familia. Pero la verdad solo tiene un camino, y lo que está pasando su hijo, desde luego que no lo merece y tiene un culpable. Con mi presencia aquí le digo dónde estoy, le muestro que sé dónde se halla la mano que me da de comer. Usted sabe que quiero profundamente al señorito. Le preparé sus primeras papillas, limpié y cociné sus primeras verduras, y le he visto crecer y pedirme sus platos favoritos con vehemencia. Por eso estoy aquí, aunque hoy no me pertenezca estar, para que no le quepa duda del camino en que se encuentra mi lealtad. Aparte de ayudar en la cocina, puedo ofrecer poco, señor, pero si hay agua que calentar y paños que empapar para sanar a su hijo, quiero estar ahí. Y si necesita usted que le prepare algo especial para pasar este trago amargo, haré lo posible por complacerle.

El cacique se levantó y con una mano en el hombro del cocinero agradeció su gesto.

—Gracias, Antonio. Nunca vi con buenos ojos tu amistad con los Cabral, pero la entendí sin más, y he de reconocer que en alguna ocasión me vino bien. Te agradezco tu compañía en esta noche dura, pero quiero que sepas que esa familia no tiene perdón, y que lo que han hecho tendrán que pagarlo con creces.

—La razón le asiste, don Miguel. ¿Quién soy yo para dudar de su justicia? Pero por favor, señor, solo le pido una gracia: que no me envíe usted, como en otras ocasiones, a indagar lo que ocurre en Royohondo. No podría estar con ellos y mirarles a los ojos sabiendo que un huracán los barrerá. Hágame usted ese favor.

Don Miguel lo miró con un brillo especial en la mirada. Era una posibilidad en la que no había reparado. No era mala idea. El inglés y los Cabral no tenían escapatoria, pero si existía alguna, por muy remota que fuese, nadie mejor que el cocinero para señalarla.

—Es justamente lo que pensaba, Antonio. Enviarte allí para que los retengas si planearan marcharse. Antes de que pase lo que tenga que pasar, te prometo que saldrás para no ver nada, y por ello serás bien recompensado. Ese es tu trabajo hoy, lo siento. Pero antes de irte quiero que prepares mi plato favorito de cerdo, que me subas cinco botellas del mejor tinto y que dispongas para mí la mejor partida de ajedrez que jamás planteaste. Quiero que me arrincones como nunca, quiero que me hagas sudar en el tablero, pues la noche es muy larga, y me encuentre o no el amanecer vestido de luto, presenciare en ella los fuegos artificiales más esperados de mi vida.

Era la segunda vez que le sucedía algo así. La primera ocurrió dos días atrás, cuando abandonó la Cañada del Diablo en compañía de su padre y de Alan. Era como un rascado de nuca extraño, como una comezón de ansiedad agarrada a la parte posterior de su cuello con la firme intención de sugerirle algo, pero Ezequiel no sabía qué. La voz de Alan le llegaba desde la habitación contigua. Hablaba con

el que le había presentado como uno de sus mejores amigos. Resultó ser un tabernero inglés con acento cerrado del Puerto y un arsenal de *piccchaaaás* en la boca, que esa noche tenía más sueño que un perrillo recién nacido. Respondía al nombre de Kasey. Tenía la taberna sobre ellos, y aunque todavía no la había visto, se notaba por el olor que el asunto iba de pescado. Se encontraban en un sótano mugriento, húmedo y oscuro, con rancio olor a cerveza agria y vino derramado en un largo pasillo lleno de serrín, además de tres habitaciones de las cuales solo dos poseían camas.

En las horas que siguieron al accidente del señorito, lo había pasado mal, lo mismo que después, mientras avanzaban por el trayecto en la huida, pero fue precisamente en ese momento cuando el niño cobró verdadero sentido de la realidad y de que su vida había cambiado por completo. Sentado sobre aquella cama descompuesta, mientras observaba el desvencijado baúl con un enorme candado y su reflejo deformado por el espejo, tomó consciencia de que quizá lo que le deparaba el futuro nada tendría que ver con lo que había dejado atrás. Los ojos se le volvieron rojos a pesar de su intención de someterlos al rigor del estoicismo, pero fue imposible. Al final, la repentina aparición de Alan y su apoyo incondicional lo salvó del desplome del mundo que se le venía encima.

—Tengo que salir, Ez. Hay varios barcos que pueden sernos de utilidad, pero he de concretar antes las condiciones con sus capitanes y tantear el terreno. Sobre todo averiguar cuál de ellos será fiable. Duerme tranquilo e intenta descansar, porque lo más probable es que partamos antes del amanecer.

Regresó casi dos horas más tarde, y entró sigilosamente en la habitación a oscuras. Muchas noches había dormido en esa misma cama cuando los sucesos del pasado lo requirieron. El amigo de Alan roncaba con estrépito en el cuarto contiguo, pero Ezequiel no. Nada más lo oyó, se giró en su cama y preguntó cómo había ido todo.

—¿No has dormido nada, Ez? —Alan vio la negación en la cabeza del chico y encendió el quinqué—. Tenemos un barco que me transmite confianza. Necesito que estés tranquilo, que dejes de

pasar las mismas escenas por tu cabeza. Eso no te conducirá a nada. Las cosas pasan, y con recrearlas insistentemente no ayudarás a reconducirlas. Solo queda avanzar e intentar tomar el mejor camino para arribar a un claro confortable. No puedo decirte hacia dónde vamos hasta que estemos en alta mar. Es por la seguridad de tu familia, pero quiero que entiendas que todo sigue su curso para que en el menor tiempo posible nos reunamos todos. Podríamos estar con ellos en una semana, o si no, en uno o dos meses, y si eso falla, habrá que esperar un año. Pero terminarás estando con ellos. Piensa que estamos emprendiendo una travesía por el desierto y que esta, más temprano o más tarde, nos dejará en el oasis. Así que todo lo que sea darle vueltas a la cabeza es un sinsentido.

—¿Crees que todo saldrá bien? —inquirió su ahijado.

El inglés se fijó en los ojos acuosos de Ezequiel. ¿Qué pretendía? Solo era un niño asustado, despojado de su círculo de confort, aunque el aura que desprendía fuera la de alguien poderoso y con un futuro por encima de todos.

—Desde que te vi en aquella cuna en Royohondo, supe que lo único que me separaría de ti sería la muerte, y te aseguro que eso no ocurrirá hoy. Soy inabordable, inalcanzable, y de ti haré lo mismo antes de alcanzar ese barco. Jamás te abandonaré mientras me quede un hálito de vida que exprimir y fuerza para lanzar otra zancada para seguirte.

Hincó sus ojos en el niño roto, asustado e indefenso ante tanta tierra incógnita por delante.

—No es tiempo de llorar, Ezequiel, nunca lo has hecho. Es hora de coger las riendas del caballo desbocado que es la vida y reconducirlo hacia donde te plazca. ¡Mírame! —gritó intentando sacarlo de su mutismo lloroso—. Y escúchame con atención, por favor. Dentro de un rato vamos a salir ahí afuera y vamos a llegar a ese barco, cueste lo que cueste, encontremos lo que encontremos. Lo superaremos, lo superaremos por muchas trabas que haya.

Alan se sentía mejor. Ezequiel se había secado los ojos y parecía distinto, más maduro, quizá más fuerte, con más decisión para llevar hasta el final lo que hubiese que llevar.

—Quiero que escuches y retengas en esa mente prodigiosa todo lo que te voy a decir ahora —continuó Alan, dueño ya de todo el interés de Ezequiel—. Si se dieran las circunstancias más desfavorables que pudiesen darse y no terminaras junto a tu familia y no contases con mi ayuda, jamás te rindas. Lucha, hasta el final. Pero no seas lo que eres ahora, un objeto demasiado brillante y codicioso que arrastrará las miradas de todos los poderosos, que intentarán utilizarte como sepan. Cambia tu forma de ser, no muestres tus conocimientos, dilúyete en la mediocridad de los que te rodeen y sobrevive. De esa forma, pasarás desapercibido. Pero nunca olvides quién eres, quiénes te enseñaron, qué se te enseñó. Todo eso forma la semilla que eres, pero a esa semilla llena de conocimiento le falta la sabiduría que le proporcionará el paso de los años, la experiencia. Hasta entonces, ocúltate, sumérgete en tierra común hasta el día que crezcas y florezcas y estés listo para dar al mundo el fruto que llevas dentro. Ten eso siempre en cuenta, por favor, es lo único que te pido, que te acuerdes del mundo y lo ayudes, que lo cambies, porque estoy convencido de que puedes lograrlo. Para ello, nunca olvides que toda nación o país no es más que la mentira que enarbolan sus poderosos para sensibilizar a los que finalmente derramarán su sangre por ellos, y que cualquier vida perdida en el más apartado rincón del mundo es muchísimo más valiosa que el trapo teñido que representa cualquier bandera. Debes derribar las fronteras, conseguir que las culturas no sean motivo de discordia, que los idiomas dejen de ser barreras que impidan la comunicación de las personas, y que todo hombre o mujer disfrute verdaderamente de la libertad de creer en lo que quiera. Desbarata los intentos que nos empujan al pensamiento único, a lo correcto según alguien que lo dictamina y al cual desconocemos, y permite que cada persona pueda explorar sus ideas sin miedo al fracaso, a la burla o al escrutinio del inquisidor que a veces se escuda en la ciencia. Eso sí sería enriquecedor, que cada persona explorara las fronteras de su conocimiento y sus inquietudes partiendo del punto que quisiera y no del determinado por el paradigma, pues eso eliminaría de la ecuación al dogma. Convince a la gente del dicho japonés que dice que un hombre puede pasar toda una vida

intentando buscar una flor de cerezo perfecta y que aun sin lograrlo no la habrá desperdiciado. ¿Te imaginas lo que sería eso, millones de personas siendo los protagonistas de perseguir su sueño sin más interés que el del reconocimiento y el aplauso común? —Alan hizo una pausa para observar el brillo emocionado en los ojos de Ezequiel, tras lo cual prosiguió pausadamente—. No sé cómo puedes hacerlo, pero inténtalo, por favor. Ten en cuenta que para ello no debes utilizar la política, pues es un laberinto ponzoñoso y enfangado a cuyo centro no llegarás sin el uso de las armas de la traición, la mentira y la aceptación de reglas que te convierten en engranaje del sistema. Busca en ese mar de gente hasta dar con los apropiados y formar una pequeña ola que termine convirtiéndose en tsunami y arrastre cuanta porquería haya. Recuerda los porcentajes, iguales en todo el mundo; no olvides que la mayoría de la gente que lo ocupa es buena, aunque quizá estén dormidas, asustadas o cohibidas, pero están a pesar de que no se les oiga y no suelen ocupar un atril desde el que vocear y llamar al arretrato de la unión. Acércate a los hombres que quieren lo bueno para ellos al mismo tiempo que para los demás, y desdeña a los que quieren lo mejor para ellos a costa de los demás. Guíalos, no con palabras, como todos, sino con hechos que los atraiga. Rompe el hipnotismo que los mantiene anclados a la competitividad, pues es el virus de tanto desastre, y conforma una fuerza común aunando sus esfuerzos desperdigados. Esto será muy difícil, pues el mantra que los mantiene hipnotizados suena como un canto recurrente para recordarles que sin esa competitividad ciega e inhumana, el estómago de sus hijos sufrirá. Si me preguntas cómo hacerlo, te diré que convenciéndolos de que ni a ellos ni a sus hijos ni a sus nietos los visitará el hambre, el frío, la incultura o la enfermedad, pero es algo que de momento a mí me suena a algo que va más allá de la utopía, me suena a mentira. Ese es tu problema, tu objetivo, convencerlos de que otro mundo es posible.

—¿Sabes qué dice Antonio de ti? —murmuró el niño.

—¿Qué dice ese truhán?

—Que eres un soñador.

—¿Y qué? Me enorgullezco de ello. Enorgullécete tú también, pues eres otro, aunque todavía no lo sepas, porque los soñadores somos todo: padres, al engendrar ideas; madres, cuando parimos mundos.

Sacó la cadena del bolsillo y miró su reloj. Sonrió transmitiendo la tranquilidad que no tenía a Ezequiel. Dirigiéndose al rincón donde estaban sus bártulos, le dijo:

—Se nos ha ido la noche. Espero que en ese barco podamos dormir, el día será largo.

Mientras el niño y su padrino tomaban un café y comían algo que los fortaleciera para el inicio de la dura jornada, el cantinero salió a indagar el ambiente en los puntos calientes por si, como sospechaba Alan, había agentes del cacique buscándoles. El tabernero llegó diez minutos antes de que tuvieran que marcharse y confirmó la inquietud de Alan. En total, cuatro hombres haciendo preguntas indiscretas sobre ellos y soltando algo de dinero a cambio. El que parecía tener la voz cantante era uno fuerte con cara de navajero de monte, tatuaje en el brazo y la cabeza rapada hacía unos cuatro días. Alan no necesitó escuchar mucho más para saber que se trataba del Veterano. Tampoco precisaba preguntarse cómo terminaron descubriéndoles, solo había dos respuestas posibles: que hubiesen cogido a De Gálvez, hecho improbable si él mismo no lo permitía, o que las pesquisas de don Miguel en Gran Bretaña, durante tantos años y con tanto dinero de por medio, hubiesen arrojado resultados. Así y todo, intentaría que el escenario que se presentaba ante ellos no fuese el del acto final para sus huesos, y para ello deberían de moverse por ochocientos metros de callejuelas y recovecos traicioneros hasta desembocar frente al Cauteloso. De nada le servía ahora su capacidad de desaparecer si no podía ocultar con ella a su ahijado. Más aún, si se presentaba el momento, tendría que llamar la atención para facilitar la huida a Ezequiel. No hizo partícipe de la mala noticia al chico, pero lo previno: si surgían problemas, a correr sin prestarle ayuda a las piernas viejas.

Salieron al exterior siendo noche cerrada, con aire frío y fuerte viento. Las cantinas vomitaban el estrépito y el humo de sus

preparativos y el desperezo de la jornada. Luces encendiéndose y ruido de ajetreos en las inmediaciones del puerto. Hombres con gabardinas en distintos rincones, cerrando tratos de infinita índole. Putas hambrientas de sueño y cariño. Perros ociosos y gatos astutos en cada rincón. Carros, coches, chirriantes grúas, bestias cargadas con el sueño de un soñador, y Alan y Ezequiel, en medio de aquella vorágine, intentando sortear como mínimo a cuatro hombres escondidos en cualquier oscuro rincón. Alan se había pertrechado con tres cuchillos repartidos entre la espalda y sus botas, y un revólver que no pensaba utilizar excepto para mantener con vida a Ezequiel. Hacerlo era romper la huida, pero eso era algo que también sabían sus perseguidores, pues un tiro liberado al aire y ellos también serían carne de cañón en un país que no era el suyo. Si aquello debía resolverse por la vía dramática, sería a cuchilladas. Por eso forzó al niño para que llevara también dos cuchillos y los utilizara en caso de necesidad, aunque dudaba de que este lo hiciera, salvo para proteger al propio Alan.

Sortearon la primera, la segunda y la última parte del camino sin sobresaltos, y en el tramo final, cuando vieron la estampa del Cauteloso en la cornisa del muelle, tomaron aire y comenzaron a correr en busca de la pasarela que los esperaba con el capitán ardiendo en inquietud. Desde la distancia, en mitad de la carrera que los llevaba a la salvación, el capitán comenzó a hacerles señas para que corrieran aún más rápido, pues los dos hombres que habían llamado su atención una hora antes, apostados en dos esquinas diferentes, iniciaron su persecución. Subieron la pasarela con distinta inercia, Ezequiel primero, con soltura, pero sin despegarse de Alan, que ya acusaba el cansancio.

El capitán dio orden de retirar rápidamente la pasarela en cuanto Alan estuviese arriba, pero por culpa de la desidia de un hombre metido en carnes, los matones del cacique consiguieron alcanzar la pasarela, e incluso hubieran podido subir a cubierta si Alan no hubiese actuado. Tras dejar un sobre cerrado en las manos de Ezequiel y el petate en el suelo, se giró y corrió pasarela abajo hacia los perseguidores, cuando estos ya habían recorrido la mitad. Aprovechando el impulso que llevaba, los repelió con la ayuda de un

remo, y antes de que pudiesen contraatacar, sacó de la espalda un cuchillo y lo clavó en el ojo izquierdo del primero y en la garganta del segundo con una rapidez que los sorprendió. Hubiese regresado al barco si un tercer hombre salido de la nada, que se desgañitaba por alarmar al Veterano, no hubiese lanzado un ancla al perfil del Cauteloso y asegurado el otro extremo a un punto de atraque. Cuando Alan reparó en que al menos tres metros del cabo, la parte que enganchaba el ancla, correspondía a una gruesa cadena de hierro, arrojó la pasarela al mar y liquidó al matón sin que este llegara a verlo, tras lo cual comenzó a cortar la gruesa maroma en el punto de atraque para así liberar al barco. Sabía que al menos quedaba uno, el Veterano, y que la llamada que había efectuado el que acababa de matar tendría sus consecuencias. La gruesa maroma no era una cuerda trenzada sin más, sino que tenía en su trama pequeños hilos de acero que dificultaban el corte. La imponente figura del Veterano apareció a la carrera desde una esquina y berreó hacia las calles, lo cual indicaba que no estaba solo. Corrió hacia el barco, y cuando estaba cogiendo la pasarela de otra nave que había a la derecha con intención de arrojarla sobre el Cauteloso, una voz ausente gritó su nombre. Buscó su origen, pero no vio nada, y para más *inri*, el chillido de las gaviotas estorbaba su concentración. Casi al instante, a una grúa se le cayó la carga con el consiguiente estruendo. «Aquí, Veterano, aquí, soy yo, Alan, el inglés», oyó decir más fuerte aún, aunque seguía sin verlo, atrapado por otros intereses que tiraban de sus sentidos aturdidos por la locura de la escena, hasta que una mano, con brío y decisión, lo sacó del aturdimiento y reparó en una figura borrosa que poco a poco sus ojos lograron identificar a no más de tres metros de distancia. Era el inglés, sudoroso y fatigado por el esfuerzo de cortar una maroma. Cuando se acercó con el cuchillo, vio que Alan, sin dejar de cortar, metió su mano izquierda en la bota, pero antes de que lograra sacar nada, el Veterano descargó un puntapié con toda su furia en la zona de la espinilla. Se oyó una rotura de hueso y un grito de dolor en el inglés. A pesar de ello, la maroma finalmente cedió, dejando libre al Cauteloso en el mismo instante que Alan sintió el frío acero de una cuchilla entrando por su axila, luego en el

costado, y hasta cinco veces más antes de que sus ojos se cerrasen para siempre sobre los adoquines.

Desesperado, gritando y llorando de impotencia, mientras el capitán del barco y otro marinero lo sujetaban para que no se arrojase al mar, Ezequiel capturó en sus retinas la última imagen que asaltaría recurrentemente sus pensamientos durante muchos años. Esa imagen era un negro retrato que representaba, con dolorosas pinceladas de sangre, el cadáver de su padrino tirado en el suelo.

Capítulo 3: El viaje

La hermosa franja de luz que pintaba la luna en la mansa superficie del océano Atlántico destilaba una paz tan grande que se reflejaba en las caras de los miembros de la escasa tripulación. Apenas hacía media hora que el sol se había puesto, y salvo la mala digestión de la apresurada y fatídica partida, la tranquilidad seguía siendo la nota predominante de la travesía. El Cauteloso navegaba por la costa oeste de África con rumbo sur, manteniendo un lento pero constante avance por rutas poco frecuentadas o desiertas, ya que la condición clandestina y contrabandista de su carga obligaba a ello. Su capitán, el Puma, lo gobernaba con habilidad, como si de un ajedrecista que entablase una partida se tratara, solo que esta partida se jugaba en el vasto tablero de un mar carente de reglas, donde los numerosos enemigos podían dar jaque en cualquier momento.

El Cauteloso era un barco de veintisiete metros de eslora y casi siete de manga, y un fondo capaz de abordar todo tipo de mares, si quien lo capitaneaba reunía en su oficio la experiencia y destreza necesarias, sutilmente aderezadas con algunas gotas de osadía. Esbelto y elegante, era un balandro muy marinero de dos palos y robustas velas que izaban en cuanto el barco abandonaba puerto y el viento se hacía querer, dejando mudo el ronroneo brusco del motor Hispano-Suiza que lo asistía. Su construcción era íntegramente de madera, salvo por el socorro de acero en juntas y puntos críticos. En popa sobresalía un castillete de madera que cobijaba el puente de mando y un cómodo salón adyacente, donde en sus horas de asueto la tripulación rejuvenecía con los diversos

juegos de mesa que ofrecía y una generosa biblioteca. Bajo el castillete se hallaban los camarotes, limpios y ventilados, que se repartían en uno general y otro pequeño y austero para el capitán. El espacio restante, la mayoría, estaba destinado a bodega de carga, en la que un doble casco permitía colocar una gran cantidad de clandestinidad, fuera del alcance de miradas indiscretas e inquisitorias. Sí, su línea era elegante, y lo demostraba con creces la gallardía para enfrentar las tempestades o cuando el viento parecía esquivo o contrario. Pero toda esa belleza desaparecía con la ausencia de sus velas en puerto y sus cercanías, por el caprichoso y ofensivo color de cada centímetro de su estructura, ya fuese casco, cubierta, escalera, palo o trozo de nave expuesta a la vista. Su color era... era... difícil de expresar, pues parecía pintado íntegramente de un gris azulado, sobre el que se hubiesen dado infinidad de trazos anárquicos de otros tonos azulados de diferente intensidad, lo cual lo dejaba ante la vista como una aberración. En Gibraltar, la gente, cuando lo veía atracar, lo llamaban el Soso, y en las zonas cercanas a La Línea, los pescadores que se cruzaban con él le pusieron el Saborío. Lo terminaban de rematar dos horrendas bandas de chapa de medio metro de anchura, pintadas de idéntico color, que lo atravesaban longitudinalmente tanto a babor como estribor, hasta juntarse en el eje de la popa. Para más *inri*, sus velas izadas ofrecían el hastío del mismo diseño, en lo que parecía la máxima expresión de un nublado mental en cuestiones de estética. Los utensilios y aparejos, diseminados estratégicamente por la cubierta, seguían la misma línea. Todo muy pulcro y cuidado, casi solemne, lo que describía con exactitud la personalidad sobria, casi obsesiva de su capitán, quien trece años antes, al hacerse con el mando de la nave, diseñó y ordenó el levantamiento de aquel decorado angustioso.

En sus poco más de veinte años de vida, desde aquel día lejano que fuera botado en unos astilleros chipriotas, su repintado casco no había gozado de descanso alguno. Durante todo ese tiempo había cruzado tantas veces el Atlántico, que su capitán se movía por sus aguas como por el pasillo de su casa. Había recorrido varias veces la costa este de América, tanto en el norte como en el sur, y había

cruzado en tres ocasiones el Cabo de Hornos. Pero alejado de esas rutas era tan novel como el niño que espera la palmadita en el culo para llorar por primera vez. El viaje que llevaba a cabo en esta ocasión era mucho más solemne que los acostumbrados, pues sería su segunda correría por el Pacífico profundo, después de la realizada un año antes por las peligrosas costas de China. Dicho viaje reportó elevadas ganancias a su patrón en la sombra, un siciliano de origen árabe cuyos negocios tintados de negro acariciaban los cuatro puntos cardinales. Desde su nido de araña en la isla mediterránea, el Siciliano lanzaba sus largas redes a través de una flota de pequeños y escurridizos barcos que, mediante las estrictas diligencias de unos capitanes formidables e intrépidos, se encargaban de distribuir cualquier mercancía extraña o ilegal allá donde esta resultase necesaria y cara.

Entre las mercancías más utilizadas por su camuflado imperio de rápidas naves había, sobre todo, armas y alcohol. Las armas se destinaban a cualquier punto del mundo donde hubiese abierto un conflicto en el que las guerrillas, sus principales clientes, tomaran parte. Estas, y otros grupos rebeldes enfrentados a los poderes establecidos, se distribuían en pérdidas, y no tan pérdidas, regiones de África y Suramérica. No obstante, el destino del suministro que portaban en ese viaje era nuevamente China, donde la revuelta entre campesinos y terratenientes parecía a punto de estallar, como forzada por el mecanismo de un reloj. En cuanto al alcohol, su principal destino era Norteamérica, en cuyos puertos más recónditos o poblados de corruptelas se descargaba la mercancía prohibida. El alcohol que manejaba el Siciliano no era un alcohol de uso corriente para irrigar los paladares más burdos, eso quedaba exclusivamente en manos de bandas organizadas que lo lanzaban desde Canadá o Cuba, sino que atendía a productos de naturaleza más selecta y de sobrada calidad. El Siciliano trabajaba con los mejores caldos y licores procedentes de Europa. Conseguía la exclusividad de los mejores vinos franceses y españoles de reducida cosecha, de famosos güisquis escoceses embotellados con meticulosidad en las Tierras Altas, y de otros jugos alcoholados bien presentados y producidos en Italia. Con todo eso, conmocionaba los mejores y

más delicados paladares de la alta sociedad norteamericana, que con tal de hacerse con la exclusividad de tales tesoros para sus bodegas, y así refregarlo a sus iguales, llegaban a pagar cifras astronómicas en encarnizadas subastas que se celebraban en lujosísimos hoteles de Chicago, New York y Washington.

El Cauteloso era gobernado por un alicantino de nacimiento, aunque criado en Uruguay, al que todos conocían con el nombre de Puma. Era un hombre fuerte e inteligente que, como la mayoría de los de su calaña, tenía su cuartel general en Gibraltar, un puerto donde la permisividad de las autoridades consentía que los contrabandistas se desarrollaran con total libertad a cambio de recibir algún porcentaje de las ganancias. Hasta Gibraltar le llegaban misivas desde Sicilia con información acerca de operaciones y lugares de contacto, abastecimiento y entrega, que el terrible pero honesto capitán se encargaba de ejecutar con la única ayuda de algunos hombres de su absoluta confianza.

La primera noche del viaje cayó, y con la llegada del amanecer se pudo divisar la inmensidad de un mar calmado que, sin embargo, ofrecía en su lejano horizonte la inquietud de algunas nubes tenues y grises que fueron acercándose y creciendo de tamaño. A esa hora, el capitán se encontraba en su camarote estudiando algunas cartas náuticas. Hacía media hora que había terminado de desayunar, y ya se le estaba viniendo a la boca el sabor repetitivo de la comida. Había tomado su desayuno habitual en esa época del año: picadillo de tomates con abundante ajo y arencas de barrica. Según sus propias palabras, era el mejor desayuno posible, y por ello pedía al cocinero del barco, un chino enclenque y espigado, marcado por el misterio de poseer un inconfundible acento de Albanta, que mientras fuera posible lo distribuyera entre la tripulación, y tenía sus fundadas razones. Por una parte, permitía hartarse sin que el estómago estuviera pesado; y por la otra, decía que las arencas se encargaban de recordarles que habían comido, y así aguantar hasta la hora del almuerzo.

Exhausto, el capitán quitó su interés de las cartas que ocupaban la mesa en una especie de caos organizado; ya no lograba centrarse en ellas. Subió al puente para darse un respiro, sin embargo ocurrió

todo lo contrario, pues se dio de bruces con el acuciante problema que cargaba en sus hombros. El niño estaba allí, frente a él, pero tras el cristal de la ventana del puente de mando. Parecía más calmado, aunque todavía en estado de shock tras los oscuros acontecimientos, y seguro que removiéndolo aún los últimos recuerdos asentados a fuego en su memoria. Yacía sentado sobre unos fardos que había en cubierta, asegurados con cuerdas y telas del dichoso color extravagante que lo envolvía todo. Descansaba su mentón sobre las rodillas, mientras sus ojos se perdían en el horizonte sin reparar en nada. Uno de sus hombres se había encargado de sacarlo fuera para que le diese el aire. Sí, ese era el mayor problema del capitán, tanto en ese preciso momento como en el futuro, tanto si pudiese reunirlo con su familia como si no. Supo que el inconveniente estaría ahí desde el mismo momento que el inglés se presentó en el Cauteloso a esa hora de la madrugada. Le hubiese dicho que no ofreciéndole con respeto las pertinentes explicaciones, pero no pudo hacerlo cuando supo que se trataba de sus vidas. Esta vez, no tenía dudas de que el Siciliano se lo cobraría. Pero el Siciliano y todo eso vendría más tarde. Ahora lo que devanaba sus sesos era el chico. Tenía que dejarlo como fuese con su familia, si esta había conseguido escapar y lograba llegar a tiempo. Pero si no ocurría de ese modo, solo le quedaban dos alternativas, ambas con altas probabilidades de fracaso. En el mar no existió ni existirá jamás la seguridad total, pues esta varía en función del material, de la técnica, de la experiencia, de la disciplina, y de que no aparezca la mala fortuna derribando la sinergia de todo lo anterior. Por ello, su mente examinaba dos alternativas. La primera era dejar al niño en un lugar seguro y enviarlo hasta su casa, con su mujer, por cauces lo más convincentes posible, pero eso dejaba mucho en manos del azar, y no estaba dispuesto a ello si él no se encontraba cerca para remediar cualquier contratiempo. Así que, después de mucho sopesarla, se decidió por la segunda opción: llevarlo consigo si no lograba la conexión con su familia. Eso lo dejaba frente a un mar de peligros, lo cual era una literalidad. Pero si al final lograba llevar a cabo sus planes, el niño podría reunirse con su familia en un año, como mucho, y con un bagaje de

experiencia en la contrariedad, tal y como lo había sugerido el inglés. Si eso tampoco resultaba factible, ahí estaba él para cumplir la promesa que le había hecho a Alan.

El capitán volvió sus ojos hacia el niño, que seguía estático en la misma posición. Le recordaba a su difunto hijo, aunque no sabía precisar en qué. Quizá fuera la mirada inteligente, o posiblemente ese aire de profundidad, como si guardara un secreto. Le entraban ganas de correr hacia él, abrazarlo y decirle que en nada estaría con su familia, y si no, allí estaba él para tenderle la mano y acercarlo a donde fuera preciso. Pero eso hubiese anulado la lección que podía aprender, más fructífera que recibir apoyo abiertamente. «Que el chico se instruya y se curta en la soledad del mundo», se dijo.

El capitán lanzó una súplica al devenir para que reuniera a Ezequiel con los suyos, porque si no era así, el escenario sería de pesadilla. En ese caso, buscaría la manera de congregar a la tripulación, lejos de la influencia de Enzo, les revelaría sus planes y votarían si querían llevarlo a cabo.

Hacía ya dos días que el barco había abandonado las aguas del estrecho de Gibraltar, y todavía tendrían que pasar algunos más antes de encontrar su primer destino. Para todos los hombres, este no era otro que la isla del Hierro, una pequeña mancha de tierra enmarcada en el archipiélago canario. Allí había una pequeña ensenada donde habitualmente el Puma fondeaba durante sus viajes. Se hallaba escondida de miradas indiscretas, por lo que solían aprovechar esa ventaja para descansar uno o dos días y aprovisionarse de agua, víveres y carburante. Aparte de estas primeras necesidades, también acostumbraban a tomar unas copas en una cantina situada en el pueblo de Valverde, donde los personajes del gremio solían descansar y reunirse. Sin embargo, se acercaban al punto donde abandonarían la ruta acostumbrada para encaminarse directamente a La Palma, lo cual levantaría alarma en sus hombres y el grito en el cielo de Enzo. Sabía que el Infanta Isabel de Borbón atracaría primero en Tenerife y posteriormente en Las Palmas, lo cual le brindaría, según sus cálculos, más de doce horas de ventaja que podrían resultar cruciales.

Aun habiendo dejado atrás su estado de shock, la tristeza que embargaba a Ezequiel era inconsolable. Solo algunos días antes formaba parte de un mundo en el cual se movía con absoluta confianza. En este había una familia que le quería y mimaba y la diaria compañía de su maestro y padrino. Pero ahora carecía de todo aquello, su vida había cambiado radicalmente. Su familia ya no estaba con él y no sabía cuánto tiempo tardaría en verla, ni siquiera si volvería a verla, y si estaría pasando dificultades. Pero a pesar de la dolorosa situación, lo que más daño hacía a su corazón era el amargo recuerdo de Alan, su padrino, su amigo. Aún recordaba con nitidez, como si lo estuviera viendo, la manera en que la enorme navaja del Veterano lo había apuñalado incontables veces. Alan intentaba protegerlo. Había hecho lo mismo que una osa es capaz de hacer por sus oseznos, dar su vida para que ellos continúen viviendo. Tras ese instante de dolor profundo, Ezequiel sentía como si el tiempo se hubiera detenido. Su mente mantenía viva la imagen del Veterano en tierra, gritando y haciéndole gestos amenazadores con los que le advertía de que algún día le cortaría el cuello. Pero en aquel momento todavía cercano, las terribles amenazas le daban igual. En aquellas funestas horas, no comprendió su situación, pero ahora era consciente de su total desamparo, y su cuerpo respondió con un llanto convulsivo.

El nefasto día de la muerte de Alan, la tripulación optó por dejarlo en paz con su amargura. A la siguiente mañana, Enzo, el hombre gordo y amanerado, lo despertó. Entre blasfemias y exabruptos, le ordenó que se dirigiera al camarote del capitán, pues este quería hablar con él. Una vez que el muchacho dio cuenta de un tazón de leche que le sirvió otro tripulante del barco, que le recordaba al Veterano, descorrió la cortina de la desordenada habitación donde se encontraba y salió al pasillo exterior, en el cual había dos puertas, además de la suya. La claridad del día bajaba a través de unas desgastadas escaleras. Con algo de inseguridad, subió los viejos peldaños de madera y, al salir, lo que vio lo dejó con la boca abierta. A pesar de que el día anterior había estado en cubierta,

prisionero de un mutismo que incapacitaba su razón, y de que Alan le había descrito muchas veces la inmensidad del mar, jamás imaginó que tal grandiosidad azul pudiese existir, mirase en la dirección que mirase. Cuando se sobrepuso de la sorpresa de ver tanta agua junta, se dirigió al marinero que le había servido el tazón de leche para preguntarle por el capitán. El hombre le provocaba cierto temor. Salvo Enzo, todos los hombres eran grandes y fuertes, rudos y de gestos agrios, llenos de misteriosos tatuajes, de cortes en la cara y cejas como gatos callejeros.

Le indicó la ubicación del camarote del Puma con la sobria parquedad de su mentón y una mano servicial.

—Gracias, señor.

—No hay de qué, niño. Y llámame Pedro —le pidió con voz rota y una palpable falta de dientes antes de lanzarle una advertencia—: Come, niño, si no quieres perder el estómago con tanta arcada.

El capitán se hallaba nuevamente inmerso en el estudio de mapas. Tenía sobre la mesa varias cartas marinas muy detalladas de reciente creación, que contrastaban exageradamente con el estado de conservación y la precisión de otras mucho más antiguas, en blanco y negro, que también estaban desparramadas por su escritorio. Absorto en su estudio, cuando escuchó los golpes en la puerta, soltó los instrumentos de medición con los que trabajaba en unos complicados cálculos, recogió metódicamente las cartas más antiguas, las guardó en un rollo de cartón y lo escondió debajo de una tabla suelta en un extremo del suelo de su camarote. A continuación, abrió la puerta. Allí estaba el niño, al que había mandado llamar a causa de la insistencia de Enzo.

—Buenos días, capitán. ¿Quería usted verme?

Le gruñó un sí y, antes de apremiarlo para que tomara asiento, le aclaró que necesitaba algunas respuestas.

Ezequiel se sentó y comenzó a observarlo todo con detenimiento. El camarote del capitán lo sorprendió gratamente. Estaba construido en madera noble, pero lo que más llamó su atención fue la gran cantidad de libros que descansaban sobre unas ordenadas estanterías. Podía leer el título de algunas obras, y comprobó que la mayoría era de astronomía y geografía. Pensó que un marino

necesitaría de aquellas ciencias para orientarse en un espacio tan falto de referencias. Sobre la mesa había tres volúmenes de matemáticas, de los cuales uno se hallaba abierto. Aparte, en un rincón junto a un pulcro botiquín, se encontraba un manual de urgencias médicas. A corta distancia de los libros, había diferentes armas apoyadas en un mueble metálico clavado a la pared. Pudo distinguir varios revólveres, fusiles, y otras armas de mayor calibre, por él desconocidas. El alicantino aguardó con gesto pétreo a que el muchacho terminara. Le divertía su curiosidad y naturalidad, aunque se reservó el sentimiento tras su máscara.

—¿Y bien? ¿Has terminado tu inspección? —preguntó el capitán, con acritud forzada.

Ezequiel, cogido por sorpresa, miró rápidamente hacia el capitán y se excusó.

—Perdone, capitán, miraba los libros.

El Puma miró hacia atrás, al lugar donde se encontraban las estanterías.

—¿Sabes leer? —inquirió.

—Me enseñó Alan. Era mi maestro.

—Siento mucho lo de ese hombre, pero ahora no está y tienes que tirar para adelante. Aquí somos justos, estrictos pero justos. Continuarás con nosotros, pero deberás trabajar duro. Se te encomendará una misión acorde a tus capacidades. Eres el último mono. Cumple y no habrá problemas; trabaja y comerás y no pasarás frío. Desobedece, y atente a las consecuencias. Le dije a tu amigo que intentaría dejarte con tu familia, y lo haré, pero antes tenemos asuntos que resolver, así que no veas nada, no digas nada, no protestes ante nada y sé nada.

—Gracias, capitán —balbuceó Ezequiel asimilando el mensaje con sensatez.

—Tendrás que trabajar muy duro a bordo, chico, eso no te faltará, pero comida tampoco. ¿Qué edad tienes?

—Doce años.

El capitán lo miró con más ternura aún, esa era la edad que tendría ahora su hijo, de seguir vivo.

—Me ocuparé de que se te trate justamente si lo mereces. Aquí somos una familia, pero deberás aprender a guardar silencio cuando bajes del barco en cualquier puerto, y eso, siempre lo harás acompañado por mí o por alguno de mis hombres. En este barco casi siempre hay peligro... ¡Es un barco, puñetas, es el mar! Tu trabajo consistirá en ayudar a Kiro en la cocina, por lo que naturalmente tendrás un sueldo. Será un quinto del que obtienen los marineros, una parte en monedas y otra en oro, igual que ellos, pero como ahora mismo no lo necesitas para nada, porque todo lo que te es necesario para vivir lo tienes aquí, no te lo daré. Sin embargo, tienes mi palabra de que te lo guardaré todo para el día que te reúnas con tu familia, y si eso no fuera posible, para cuando tengas edad suficiente para dejarnos y valerte por ti mismo, si así lo crees necesario. Si ese día decides quedarte con nosotros, es porque lo merecerás y habrás cumplido con suficiencia. Si ese día llega, Dios quiera que no, cobrarás como un marinero más. Y ahora, antes de terminar, quiero hacerte una última pregunta. ¿Por qué huáis?

Ezequiel, dejándose caer en el sillón, le contó con todo detalle su historia, que sirvió para que el capitán sintiera más afecto aún por el desgraciado muchacho.

—¿Puedo hacerle dos preguntas, capitán? —Esperó a que este le diese su consentimiento y lanzó la primera—: ¿Me cambiaría el oro y las monedas por plomo? —preguntó con la mirada clavada en el armero—. Quiero todas mis ganancias en munición, quiero aprender a manejar todas esas de ahí —esgrimió el niño con la cara desencajada y la ira apenas contenida.

—¿Y eso? —demandó el capitán, aunque sabía de antemano la respuesta.

—Lo de mi padrino, lo de mi familia, sea lo que sea, no quedará así —le aseguró con los ojos perdidos y posados en el pasado y en el futuro al mismo tiempo.

—Ya, y vas a ser tú quien los vengues, ¿verdad? Mira, Ezequiel —comenzó a decir pausadamente, como rebuscando una explicación que no estaba precisamente al alcance de la mano—. Tu padrino no llamó a la muerte para que ahora tú vayas a buscarla. Ni tu familia te envió lejos para que revoques tal esfuerzo y encamines tus pies a la

perdición. Lo que sucedió en el puerto, aquel mal trago, tienes que olvidarlo, desterrarlo de tu mente, porque si no te pudrirá por dentro. La venganza es algo que si se da es porque la vida la pone a tiro, no porque se persiga. Tu padrino ha muerto para que vivas, no para que te entregues a la primera de cambio. Agradéceselo con la conservación de tus huesos. Olvida esa idiotez, por favor, aunque cueste. La vida es un soplo, un paréntesis de luz en la oscuridad. Aprovéchala. Vive, experimenta, crece y amontona bagaje para que tu vida sea algo que enriquezca este mundo, no lo conviertas en algo más ponzoñoso con tus pensamientos. Estoy seguro de que tu padrino querría eso. Hazlo por él, por favor, y tira adelante sin ese rencor en tus entrañas, porque, de lo contrario, como te dije antes, te pudrirá.

Asintió, sin convencimiento, pero lo hizo. Antes de irse, Ezequiel se dirigió al capitán para formularle la segunda pregunta:

—¿Si tengo algún rato libre, podría leer algunos de sus libros?

—Ahí sí podemos llegar a un acuerdo —le contestó esbozando una sonrisa por primera vez—. Elige uno que no sea esos cuatro volúmenes de ahí.

El muchacho echó detalladamente un vistazo a los libros y escogió uno relacionado con la historia.

—Muchacho, ese libro está escrito en alemán. ¡No me digas que sabes hablar alemán!

—Sí, capitán, lo hablo y escribo. Mi padrino me enseñó tantas cosas...

El capitán se quedó verdaderamente sorprendido, no podía dar crédito a cuánta suerte tenía, y por un momento, por un único pensamiento que al poco desterró de su mente, deseó que el niño no encontrara a su familia. Ese libro se lo había regalado un amigo en Gibraltar, pero él, por no saber alemán, no tenía ni idea de qué iba; llevaba algunos años en su camarote y nunca lo había tocado, por no entenderlo. Años después, llegaba un niño de doce años, un agricultor de pueblo que supuestamente no tendría que saber leer ni un cartel de habanos, y se llevaba de su camarote un libro en alemán, justo cuando estaba intentando traducir con pereza un

tratado escrito en ese idioma, al cual, por mucho que se empeñase, no sabía por dónde meter mano.

Ese mismo día, por la tarde, Ezequiel ya estaba ayudando en la cocina al extraño Kiro. Entre corte y corte, este le contó que su familia había salido de China varias décadas atrás, y que se establecieron en los Estados Unidos de Norteamérica. Fue allí donde conoció al capitán Puma, que estaba navegando por las costas de Carolina del Sur, y como este acababa de quedarse sin cocinero, lo contrató como tal e intérprete, pues si algo tenía en común cada puerto de importancia era la mano de obra de origen chino, y, por tanto, información, contactos y posibles negocios. De esa forma, pudo cumplir el sueño de toda su vida, ver la tierra de sus ancestros.

Prepararon unos tomates con ajo y perejil, y le echaron por encima generosos tarugos de atún en conserva. Después cortaron muchas lonchas de jamón serrano que colocaron en bandejas, y al lado de estas, pequeños trozos de papada de cerdo frita. Como postre, prepararon unos dulces y batatas al horno con un leve chorro de miel. Kiro le contó que el desayuno se tomaba a las siete de la mañana y por turnos, igual que el almuerzo, y que la cena era la única comida que reunía a toda la tripulación, salvo el timonel de guardia.

Cuando estaban sentados para cenar, el capitán le presentó formalmente al resto de la tripulación. Empezó por Pedro, al que había conocido esa mañana, luego a Enzo, con quien también había tenido un encuentro algo... desagradable; después conoció a Francisco, Rubén y Marcelo, y por último, el capitán le dijo que el joven del puente de mando era Javier, paisano suyo de Manilva, un pueblo costero de Málaga.

El ambiente estaba en penumbra, iluminado por dos velas titilantes y tímidas, porque, a primera hora de la tarde, el avistamiento en la lejanía de una nave, que Pedro creyó reconocer como la Caroline, los puso a todos en ascuas. Hasta entonces, no habían variado el rumbo, pero el grito de Javier anunciando «luz mayor cada vez», los convenció definitivamente de que se trataba de la fragata de guerra

francesa, que había puesto cerco al Cauteloso, aprovechando el flojo viento de popa y el mayor empuje de su motor.

Estaban llegando al punto donde el capitán pensaba variar el rumbo y encaminarse dirección a La Palma, lo cual hubiese levantado caras de sorpresa en sus hombres y protestas encarnizadas en Enzo, pero la presencia de la Caroline dio clara justificación a la maniobra. Giró a babor dejando que todo el empuje del viento hinchiera sus velas, y mandó apagar todas las luces, por nimias que fuesen, hasta que el haz de la fragata francesa fue perdiéndose en la lejanía.

A pesar de todo, hubo gritos de protesta por parte de Enzo, pero el capitán le dejó meridianamente claro que en caso de peligro como ese, su opinión valía menos que una mierda, por muy brazo derecho del Siciliano que fuera. Le dijo, y todos pudieron oírlo con claridad desde la cubierta, que se dedicara a apuntar en su cuaderno cuanto le viniera en gana para mostrárselo a su amo y que lo dejara en paz.

Enzo era uno de los más feroces contables que el patrón tenía en nómina, con capacidad y poderes para negociar con bancos en el extranjero y contratar abogados y testaferros de una larga lista de posibles candidatos en todo el mundo. Amigo desde la niñez de un cuñado del Siciliano, a su sombra había sabido medrar con diligencia desde su juventud. Su reconocida y más que contrastada falta de escrúpulos le habían proporcionado el empuje definitivo para llegar al lugar que ocupaba. Sus destinos habían sido sobre todo la misma Sicilia, un fugaz paso por el Caribe, y finalmente muchos años de servicio en Gibraltar. Pero el feo asunto de Nicola en el Cauteloso y la salida al aire de ciertos negocios de la tripulación, lo llevaron, desde el año anterior, a ocupar un sitio en el barco capitaneado por el Puma, el más productivo de toda la flota de su amo, para ser los ojos del Siciliano y vigilar que se cumpliese lo estipulado por sus mejores agentes.

Finalmente, Enzo aceptó las explicaciones del Puma. Así supo que no era la primera vez que la fragata francesa los perseguía, sino que llevaba tiempo intentando la captura o hundimiento del Cauteloso. Sin saber cómo, volvían a conocer la naturaleza de su cargamento, pues la fragata solo los hostigaba cuando transportaban armas. Le

explicaron a Enzo que los franceses se la tenían jurada al Cauteloso y a su tripulación desde que inundaron el Magreb con material bélico, armando las manos de los opositores del gobierno francés, y que esta vez, conociendo con seguridad el contenido de su carga, más la información relativa al viaje del año anterior a Asia, donde los franceses también tenían intereses que defender, los puso nuevamente sobre su rastro.

En cuanto se hizo de día y se pudo tener cierto margen de seguridad de que no le seguían, el Cauteloso giró ciento ochenta grados para desandar la ruta hecha durante la noche y alcanzar La Palma. Enzo volvió a protestar con energía, pero el Puma, irritado, le aseguró que si encaminaban su rumbo directamente a El Hierro, que era lo que esperaban los franceses, se los encontraría de cara. Así se salió con la suya de llegar a La Palma temiendo que el Infanta Isabel de Borbón hubiese partido ya. Y así fue, llegaron tarde por dos horas. Ezequiel no sabía nada de ese plan, así que ni se enteró del mazazo, ni de cuánto afectaba al Puma. A partir de ahí, el futuro del capitán quedaba expuesto, lo mismo que el de sus hombres, si continuaba en sus treces de auxiliar al niño por encima de su cometido. Durmieron atracados en La Palma para continuar por la mañana rumbo a El Hierro, lo cual produjo la discusión más fuerte de todas entre Enzo y el Puma. El primero advirtiendo que deberían abandonar al niño allí para que se buscara la vida y continuaran con la misión, pero el capitán gritó más fuerte aún, incluso rompió enseres, y le aseguró que no abandonaría en La Palma al ahijado de su hermanastro, donde quedaría claramente expuesto a sus enemigos. Enzo se tragó que el inglés era su hermanastro y consintió que el niño se quedara en El Hierro, pero nada más, así que el capitán ganó algo de tiempo para profundizar aún más en el loco plan elaborado durante las noches de insomnio.

Hora a hora, minuto a minuto, Ezequiel se fue acostumbrando a la vida del barco. A bordo, todos, salvo el italiano, lo trataban con afecto, pues había caído estupendamente entre la tripulación, a pesar de que sabían que podía acarrearles dificultades. Sin embargo, confiaban ciegamente en el capitán, el cual, no en pocas ocasiones, les había proporcionado el clavo deseado para salvarse

en el último momento. En poco tiempo, Ezequiel fue como el hijo que cada uno de ellos había dejado en casa, el que perdieron o nunca tuvieron. El chico, por su parte, se encontraba bien, aunque echaba de menos a su familia y se preguntaba constantemente cuándo volvería a verla.

Una noche después, cuando todos terminaron de cenar, el capitán les dijo que a la mañana siguiente fondearían en la isla de El Hierro, en el lugar acostumbrado. También les comunicó que solo bajaría la mitad de la tripulación, y el resto se quedaría vigilando hasta la mañana siguiente, cuando cambiarían los papeles. Tras esto, se dirigió a Ezequiel para decirle que si quería poner las piernas en tierra firme, por la mañana sería el momento oportuno. Naturalmente, Ezequiel contestó que sí, que lo acompañaría.

Bajo las ruidosas gaviotas y otras aves marinas, había un mar tan calmado que sus aguas no rompían contra los abruptos acantilados, por lo que pudieron acercarse a la isla por el lado convenido. Ezequiel se sorprendió con el hermoso paisaje que se dibujaba ante él. Abismos de rocas se levantaban majestuosamente sobre las aguas cristalinas, como si fuesen gigantes salidos del mar. Estos estaban poblados por bandadas de aves que pululaban libremente entre las paredes pintadas de verde por la abundancia de algas y otras plantas marinas. Ezequiel pensó en cuán diferente era ese paisaje respecto todos los que había conocido hasta entonces, y se preguntó cuántos horizontes le quedaban aún por ver, y cuántas millas por recorrer.

El barco se internó por un estrecho entre dos altos acantilados donde cualquier capitán no se atrevería a meter su barco. Pero el Puma no era un capitán cualquiera, sino que su destreza nacía de la experiencia adquirida por la misma necesidad que tantas veces lo había obligado a buscar recursos de antemano imposibles, y que luego resultaron óptimos. Fue por una de esas experiencias vividas años atrás, siendo aún el segundo del Cauteloso, por la que descubrió esa ensenada cuando los perseguía un barco francés. En

aquella ocasión, los franceses intentaban alcanzarlo porque el Cauteloso, recién construido, transportaba desde Gibraltar un cargamento ilegal de armas para vender a grupos marroquíes insurrectos que estaban en contra del protectorado en que se había convertido su país. El alicantino y su viejo capitán, seguido de muy cerca por la armada francesa, no tuvieron otra alternativa que jugársela y navegar por bajíos y estrecheces, previamente explorados por dos marineros que, buceando, fueron indicando las maniobras necesarias. El resultado de la osadía fue un rotundo éxito, ya que el escondite resultó ser implacable. Los franceses pasaron de largo sin descubrirlos. Desde entonces, siempre que traficaba con armas, como en esta ocasión, echaban anclas en el mismo lugar a su paso por las Canarias, si el mar lo permitía.

Atracaron, bajaron una chalupa y a ella subieron Marcelo, Pedro, Ezequiel, el capitán y Enzo, que aparte de buscar un rato de ocio, quería asegurarse de que el niño se quedaba en tierra y de una vez por todas dejaba de meter palos en las ruedas de la misión. Con maestría, remaron hasta una playa algo distante del escondite, y después de andar unos dos kilómetros, divisaron la pequeña población de pescadores donde solían alquilar una carreta.

Cuando llegaron a Valverde, todos, salvo Enzo, quedaron para la tarde en el mismo lugar, donde les volvería a recoger el carretero. Los dos marineros se dirigieron a una casa de citas, y Enzo a un lugar parecido, pero donde le aseguraron que también servían naipes de distinto palo. Entretanto, el capitán y Ezequiel entraron en una calle que el primero conocía muy bien, pues era donde solían comprar un carburante contrastadamente bueno y barato, lejos de los lugares habituales para ello. Después de arreglar el repostaje, entraron en un local donde el capitán perdió mucho dinero apostando, y donde el niño creyó apreciar enseguida cuál era la debilidad de este. El Puma, fuera de control, fue perdiendo más y más dinero, mientras bebía sin moderación hasta quedarle la lengua como un trapo. De no ser por el niño, que lo convenció tras mucha insistencia para que se marcharan de allí, el Cauteloso hubiese seguido anclado de por vida en aquella isla. Cuando salieron de

local, los dos hombres por los que el capitán había estado apostando seguían peleándose en el suelo.

Fuera del antro de apuestas, el Puma le advirtió, sin dar muestras de embriaguez, para que jamás apostara, pues en las apuestas a la larga se pierde. La respuesta del niño fue bastante directa: le preguntó que por qué lo hacía. Entonces el Puma le explicó que en ningún otro lugar, ni siquiera con muchísimo más dinero del que había perdido allí, podía obtener tanta información. Le dijo que siempre lo hacía, y que los del interior le esperaban como agua de mayo y con las manos abiertas. Entre ellos se encontraba el hombre de mayor influencia en los oscuros tejemanejes de la isla. Era contra quien había jugado y perdido, mientras despachaba asuntos de negocios sucios con sus hombres. Eso le permitía, bajo su facha de borracho, hacerse con un extenso listado de asuntos con los que podía traficar, o al menos beneficiarse. Al mismo tiempo, podía ver en una pizarra las últimas llegadas y próximas salidas de barcos ilegales, y esto le proporcionaba una visión general de lo que se desarrollaba en esa parte del Atlántico.

Almorzaron en una casa particular; el niño en la cocina, con una mujer de mediana edad que no paraba de arrimarle comida y apremiarlo para que la acabara, como si fuese a llegar el fin del mundo, y el capitán con el marido de esta, tratando asuntos en la estricta intimidad de un despacho confortable.

Por la tarde, salvo Enzo, que como de costumbre aparecería en el Cauteloso a la hora de partir, todos se reunieron en el punto acordado para regresar al barco a escondidas del italiano. Empezaron el camino de vuelta hasta la playa, donde descargaron varios bidones de carburante y algunas provisiones. De todas ellas, la que más impresionó a Ezequiel fueron los plátanos. Gracias a su padrino y a su madrina, había tenido acceso a ellos y a otras frutas exóticas a las cuales no podía llegar la gente común, como su familia, pero jamás había visto racimos como los que cargaron en el barco. Pidieron al cochero que los esperase el tiempo que hiciese falta, tal vez horas, para llevarlos nuevamente a Valverde.

Las horas que siguieron fueron tensas, casi agónicas, y aunque no resultaron problemáticas, podrían tildarse de difíciles. Los hombres que se habían quedado a bordo se extrañaron de verlos allí con el niño, y más aún porque ese grupo tenía permiso para pasar la noche en Valverde. Se reunieron en el puente de mando, salvo Ezequiel, al que mandaron al puntal de proa a vigilar y así alejarlo de la discusión. Los rostros de los hombres describían una honda preocupación. No sabían qué pasaba, pero sabían cuál sería la reacción del Siciliano si partían de allí sin Enzo. El capitán ocupó el centro del círculo que formaron sus hombres, y les habló, con dificultad, pero lo hizo.

—Por todos y cada uno de los hombres que me acompañáis aquí, desde Pedro, el primero en llegar, hasta Javier, el último en unirse, pondría la mano en el fuego sin dudarlo un instante. Sin embargo, jamás os pediría a ninguno que me acompañaseis a caminar sobre las llamas. Ya no tengo hijo, como algunos de vosotros. Desgraciadamente, lo perdí, así que no tengo la responsabilidad familiar que sí tenéis vosotros. Lo que sí tengo es la palabra empeñada a Alan de que pondré a ese niño, su ahijado, al que consideraba como un hijo, bien con su familia o bien a salvo de esta mierda de mundo que tan bien conocemos. No sé el concepto que tenéis de Alan, pero yo lo tengo muy alto. Era mi amigo, lo mismo que vuestro, y si al principio, hace muchos años ya, nos obligó a trabajar para su gobierno so amenaza, luego nos liberó y terminó tratándonos como amigos de verdad. Muchas veces nos salvó la vida desinteresadamente, recordad Madagascar, Canadá, Chile, Las Azores. Yo lo conocí en el cenit, pero también en la debilidad, donde seguía siendo el rey aunque no tuviese corona, país, súbditos o ejércitos, disfrutando de una familia que hizo suya de tal manera que terminó dando la vida por ella. Por eso, y por mucho más, pienso cumplir mi palabra. Me fío de vosotros, lo sabéis, por eso os lo cuento. Abandono el Cauteloso con Ezequiel. Podéis decir que me fui con el niño en tal barco o en tal otro, podéis seguir adelante sin mí, salvar vuestras cabezas ante el Siciliano, pero lo dejo, no hay marcha atrás, me voy y me llevo al niño hasta que lo deje con su familia, tarde o temprano, si existe todavía.

—¡Ese plan es una bazofia, una mierda, y lo sabes! —exclamó Pedro—. Me da igual escuchar el otro que tienes en tu cabeza, el que nos contempla a todos —repuso señalando al grupo con el mentón—, pero quiero estar en él.

—Y yo —se apresuraron a decir todos casi al unísono.

—Es una locura... —aclaró el Puma—, una apuesta muy fuerte, y quizá una estupidez.

—Preferimos la estupidez antes que al mariposón ese dándonos órdenes mientras tú te quitas de en medio —le contestó Pedro con sorna—. Escúpelo ya, capitán.

—Bien... —comenzó—. Es algo que tendríamos que hacer, tarde o temprano, estuviese o no a bordo Ezequiel, si somos inteligentes. Quizá su presencia haya servido como detonante, como catalizador de la idea. Utilicémosla. Cinco años de condenas por estas rutas, ¿os imagináis? El año pasado nos salvamos de milagro; este tenemos tras nosotros a toda una fragata de guerra, porque no creáis que perdimos definitivamente de vista a la Caroline. Os aseguro que antes o después aparecerá, por delante o por detrás, y todo eso sin abandonar las cercanías de Madagascar que es donde empieza el peligro de verdad. Entonces yo pregunto: ¿creéis que sobreviviremos a cinco años de esta peligrosidad? No, callad, yo mismo os contesto: ¡Imposible! Así que lo más inteligente es buscar una alternativa y desaparecer. —Hizo una pausa en la que todos se enzarzaron en una discusión que no llevaba a nada, pues cada uno remaba en distinta dirección, aunque todos querían llegar al mismo puerto—. La hay —zanjó el capitán—. Puede salir bien o mal, pero existe. La pregunta es: ¿lo intentamos?

—Adelante, capitán. Soltemos el dado y que salga el seis o el uno, pero que nadie lo lance por nosotros —vociferó Pedro, y todos lo secundaron visiblemente superados por las clásicas onomatopeyas de Javier.

—De acuerdo —murmuró casi para sí al tiempo que comprobaba por la ventana la presencia de Ezequiel en proa—. El plan es el siguiente, aunque no depende exclusivamente de nosotros, pues intervienen otros.

—Adelante, capitán —terminó de convencerlo Marcelo.

—En parte, en gran parte, el plan lo tracé con Alan la otra noche —comenzó a relatar el Puma—, pero dependemos de terceras personas y es ahí donde se juega verdaderamente la apuesta. —Miró a todos, impertérritos mientras dejaban escapar cierta inseguridad en sus gestos—. Por esos terceros no pongo la mano en el fuego, pero es lo que hay. Estuve con ellos en el almuerzo junto a Ezequiel y me parecieron de fiar. Los dos fueron en su juventud amigos de Alan. Formaban parte de algo llamado sociedad nodiana o algo así. Alan me dijo que esta sociedad fue lo más parecido al movimiento cátaro, solo que muchos siglos después y de carácter social en vez de socio religioso. La sociedad nodiana fue la semilla depositada en la tierra con idea de germinar, solo que su crecimiento fue segado antes de que el tallo rompiera a la luz del sol. Alan me contó que casi todos murieron acosados por el poder, salvo unos pocos diseminados por el mundo, que sin duda, y gracias a Ezequiel, nos prestarán su ayuda.

—¿Por qué?! ¿Por qué gracias a Ezequiel? ¿Por ser ahijado de Alan? —inquirió Rubén.

—No —contestó el capitán—, aunque eso creía yo en un principio. La pareja, un matrimonio de la misma edad de Alan, no quiso escucharme cuando les dije que venía de su parte, pues, según supe después, tuvieron desavenencias en el pasado. Pero luego vieron al niño y todo cambió, como me había asegurado Alan. Se marearon, quedaron como conmocionados y cayeron al suelo. Lo siguiente que recuerdo es que acudieron a Ezequiel como abejas a la miel.

—¿Y qué quiere decir eso? —demandó Javier.

—Nada —le aclaró el Puma—, nada salvo las tonterías y estúpidas creencias de unos locos que, sin embargo, terminaron de gestar el plan que Alan y yo habíamos iniciado.

—¿Y podemos fiarnos de esos locos? —preguntó Pedro.

—Yo al menos sí. Entre los cinco años con fecha de caducidad o salvar a Ezequiel y quitarnos de circulación con ayuda de esa gente, no tengo dudas.

Todos asintieron, con mayor o menor convicción. Sabían que si el capitán había dado su visto bueno al asunto, este contaría con visos

de prosperar. A pesar de las lagunas que existieran, querían seguir adelante.

—Sin entrar profundamente en detalles, por cuestiones de seguridad, como comprenderéis, *grosso* modo el plan es el siguiente: Si zarpamos todos a bordo del Cauteloso, el contacto, el loco, pondrá en marcha el plan. Para empezar, contactará con nuestras familias para que desaparezcan y terminen en los lugares donde se encuentran nuestras fortunas, en distintas partes de Australia. Conoce sobradamente los detalles por un documento que me entregó Alan, que fue quien se encargó de todo aquel desaguizado después de nuestro problema con el Siciliano por la cuestión Nicola. Cada familia sabrá dónde ir, y los nodianos brindarán su asistencia para que lo hagan de forma velada, segura y sin dejar rastro. Esto se hará antes de la posible llegada a Sudáfrica, la cual intentaremos evitar a toda costa, como veréis más adelante.

—¿Cómo podremos impedir que eso ocurra? ¡No hay tiempo para ello! —exclamó Javier visiblemente contrariado.

La pregunta pilló por sorpresa al Puma, pues su mente recorría los acontecimientos que determinaron el final de la sociedad con Alan por culpa de la cuestión Nicola. Durante años, el capitán y sus hombres llevaron a cabo negocios secundarios que les reportaron dividendos suculentos. Eran negocios ajenos al Siciliano, siempre fuera del campo de sus asuntos, que ejecutaban si merecía la pena y si no conllevaban excesivos factores de riesgo. Pero lo que nunca hicieron, salvo en las pocas ocasiones que lo pidió Alan, fue meter gente a bordo, por mucho dinero que reportase. Ese fue el origen de los problemas con el Siciliano, o más bien que este se enteró del último favor que el Puma le hizo a Alan cuando sacó del puerto de Nueva York a Nicola, el profesor de Ezequiel, y lo llevó hasta Royohondo. Ese asunto desató una crisis internacional entre los distintos departamentos de inteligencia, lo que acarreó una búsqueda loca e incesante, pues se trataba de alguien tan importante que el Gobierno Norteamericano mantenía una vigilancia permanente sobre él. Esa crisis estuvo a punto de terminar con el imperio del Siciliano, que se salvó gracias a su nutrida agenda de contactos, que incluía nombres de grandes agentes de la política

estadounidense, en uno y otro bando, así como los lazos de amistad que trababa con la aristocracia inglesa y germana. Finalmente, el regreso de Nicola a Nueva York terminó calmándolo todo, pero en adelante, ni el Cauteloso ni ningún miembro de su tripulación tuvieron permiso para acercarse a las aguas territoriales de los Estados Unidos. El capitán del Cauteloso y sus hombres lograron mantener sus cabezas sobre los cuellos, cosa que no habían esperado, cuando el Puma le explicó al Siciliano que lo que habían hecho era solo un favor desinteresado a un amigo que les había ayudado durante años con contactos y ceguera oportuna en muchos puertos del mundo, lo cual redundó en sus éxitos y, por tanto, en los de la compañía. El Siciliano los perdonó, y se rio en su cara de la dimisión en bloque que presentó el capitán. En vez de aceptarla, los obligó a navegar por rutas escandalosamente inseguras por la falta de cobertura de su paraguas de protección. Inseguras pero jugosas, con poco porcentaje para el éxito, que si se daba, las ganancias eran desmesuradas. Cinco años por esas rutas, con la mitad de paga, pero el Puma albergaba la certeza, sobre todo después de subir a bordo al chico, de que la guillotina que pendía sobre sus cabezas terminaría por caer si se enteraba el Siciliano.

—Habrá tiempo suficiente —sentenció el Puma, volviendo al presente para atender la pregunta de Javier—. Crearemos el tiempo necesario mediante una avería ficticia en la isla de Ascensión, que llegará mediante noticias a Gibraltar, lo cual nos dará tiempo para que nuestras familias desaparezcan. Para entonces, Enzo ya será un problema, por estar Ezequiel a bordo, claro, pero evitaremos a toda costa que esa información llegue a oídos del Siciliano. Luego haremos la escala prevista en la isla de Santa Elena, donde ganaremos otros días, como estaba previsto. Ahí un barco que tiene por nombre The Herald nos sorprenderá a la hora de partir. Deberemos fingir que lo conocemos de toda la vida y que es de total confianza, pues será quien nos proporcione la falsa información de que una revuelta en Sudáfrica pone en peligro nuestra escala allí. Dirán que habrá disturbios, muertes, robo, confiscación de material y de armas, con lo cual, será el mismo Enzo quien implorará para que no atraquemos allí. Con ello evitaremos que el italiano exponga su

queja al agente del Siciliano, el cual, tras lo de Nicola, tendría toda la potestad para no dejar la cabeza sobre nuestros hombros. Eso no le resultará terriblemente problemático, sobre todo cuando tienen hombres de su entera confianza que podrían sustituirnos y acabar la misión con ciertas garantías.

—Bien hasta ahí —murmuró Pedro—. ¿Pero qué haremos en la isla de Cocos, donde, por cierto, está el siguiente agente del Siciliano?

—Atracar sin más. Enzo vomitará, y con razón, toda la rabia acumulada durante tanto tiempo, y el agente sellará nuestra decapitación, pero lo hará sin fecha determinada porque está aislado y no dispone de hombres de confianza con la disciplina conveniente para acabar la misión. Nos dará una palmadita en la espalda y fingirá que nos perdona si mostramos arrepentimiento, pero con los dedos cruzados en la espalda. Así que tendremos vía libre para acabar la misión, acción que llevaremos a cabo según el pálpito que nos dé, y si somos nosotros los que cobramos en lugar del agente en China. De ahí, quizá a Mindanao, en las Filipinas, pero eso será algo que deberemos discutir en su momento, y por último a Joló.

—¿Qué es Joló? —se apresuró a preguntar Pedro.

—Una isla del Pacífico, también perteneciente a las Filipinas, creo, situada entre Mindanao y Borneo. Allí hay otro loco amigo de Alan y de este de El Hierro, otro nodiano o como puñetas se llamen. Posee la infraestructura necesaria para cambiar la faz del Cauteloso. Añadirá palos, colocará apéndices aquí y allá, lo pintarán de otra forma y cambiarán la fisonomía de sus velas. Me han asegurado que, con los hombres que tienen, en menos de dos meses tendrán lista la transformación y, lo que es más sorprendente, gratis, otra vez gracias a la presencia de Ezequiel y a una carta del loco de Valverde. No harán preguntas, no cuestionarán la diferencia entre el peso que debería tener el barco y el que tendrá, no...

—¿De qué demonios hablas? ¿A qué peso te refieres? —lo interrumpió Pedro.

—Eso es lo que deberemos abordar, o no, en Filipinas —le aclaró el capitán con cierto deje misterioso en su gesto.

—¿Has resuelto la información del viejo? ¿Lo has conseguido y dispones de todos los datos? —preguntó Pedro visiblemente excitado.

—No, pero lo conseguiremos durante la travesía.

—¿¡Cómo!?

—Llevamos un traductor a bordo. Lo conseguirá —le aseguró el Puma a su segundo.

—¿Enzo sabe alemán? ¿Lo obligaremos?

—No, no se trata de Enzo, a esas alturas el italiano estará realizando una apnea de récord.

Las horas anteriores a la partida fueron más movidas y explosivas que una jornada intensa de fuegos artificiales. Los hombres que se reunieron con Enzo la mañana del segundo día para regresar al Cauteloso no comentaron lo más mínimo, así que cuando este llegó y descubrió a Ezequiel a bordo, lió la de Dios. Se encerró en el camarote con el capitán y vociferó hasta la extenuación, aclarándole que quedaba relegado del mando y que a partir de ese momento era él quien tomaba las riendas de la misión, a lo que el capitán, sin alterarse, le contestó que para eso era necesario tomar el timón, y que lo único que él podría hacer con el timón era succionarlo por detrás. Después hubo más gritos y amenazas por parte del italiano, tras las cuales se oyeron varios golpes contundentes y un lloriqueo que arrojó a Enzo escaleras arriba y con el rabo entre las piernas.

El viaje continuó su ruta de acuerdo a lo establecido. La anterior calma marítima, compañera de viaje durante las jornadas de la primera etapa, dejó paso a un fuerte y molesto oleaje que, aunque no suponía peligro a la expedición, retrasaba la marcha. A parte del incremento en el gasto de combustible por culpa de los vientos, cosa que hacía enfurecer al capitán, el problema se cebó sobre todo con el niño, que en los últimos dos días no había podido comer absolutamente nada. Durante esas agónicas jornadas de navegación, todos intentaron convencerlo de que comer era el mejor remedio contra los mareos, porque de esa manera el vómito no

resultaría tan desgarrador, pues este, acompañado de comida, salía de una forma más suave que con el amarillento jugo de la bilis. Pero el muchacho nunca pudo corroborar esta teoría, ya que tras probar bocado, su rebelde estómago se retorció y casi instantáneamente lo echaba todo fuera.

La navegación continuó su rumbo por alta mar. El capitán utilizaba esta medida para mantenerse alejado de los litorales africanos, donde el peligro se debía más a las repentinas apariciones de barcasas de asalto infestadas de problemas que a sus traicioneras costas. Aparte de los temibles piratas, cualquier patrullera militar que los viese se convertiría en un peligroso depredador de un pequeño barco contrabandista como el Cauteloso, cuya única legalidad fuera de puerto era la abanderada temeridad de sus tripulantes. El alicantino prefirió, al igual que en el viaje anterior, hacer escala en territorios británicos alejados de las costas continentales, siempre que estos se encontrasen en su ruta, la cual había sido trazada con información obtenida por los agentes que su patrón siciliano tenía repartidos por el mundo.

La primera de sus escalas fue la isla de Ascensión. Durante el viaje anterior conocieron a un contrabandista que vendía carburante y víveres a los muchos barcos ilegales que arribaban a sus costas. El hombre había amasado una gran fortuna sin moverse del sitio, y pagando a los militares de la zona un veinticinco por ciento de las ganancias, según estimaba el Puma, para que hiciesen la vista gorda sobre los barcos que entraban por aquella parte de la isla.

Antes de alcanzar el siguiente objetivo, el capitán y sus hombres empezaron a preocuparse por el extraño cuadro de nerviosismo que atacó a Ezequiel. Una mañana, muy temprano, en un punto equidistante entre Ascensión y Santa Elena, el niño comenzó a hablar al aire con angustia y cierto temor, gritando a la voz que más tarde dijo que lo llamaba, pero que no lograba comprender, para que lo dejara en paz. Después de mucho exclamar y gesticular lo que parecía una defensa desesperada, cayó desmayado, y no fue hasta la mañana siguiente cuando, más calmado, explicó la experiencia a los hombres, que se miraron con inquietud.

El siguiente punto de aprovisionamiento de comida, agua y combustible fue Santa Elena. Esta isla británica había sido uno de los fallos del viaje anterior, o mejor dicho, la supresión de la escala, pues, según sus cálculos, creyeron que no habría problemas de autonomía entre Ascensión y Sudáfrica. Sin embargo, aquel viaje se encargó de demostrarles lo contrario, poniendo de por medio un continuo mal tiempo que aceleró el consumo de combustible hasta extremos insospechados. Los últimos días de navegación, previos a la escala sudafricana, fueron una permanente preocupación por la reserva de carburante, que llegó a ser agónica. Incluso pensaron que tendrían que ponerse a merced de unas velas casi inoperantes, en un mar cargado de enemigos como los sangrientos piratas modernos y los diferentes bandos militares que representaban a países deseosos de hacerse con la supremacía de territorios y rutas por todo el mundo.

El capitán volvió de Santa Elena acompañado por dos soldados de la isla, con claros síntomas de embriaguez y sin dinero en el bolsillo. También trajo consigo la valiosa información de todos los barcos que habían atracado en la isla en las dos últimas semanas, y el programa de los que lo harían en la próxima, entre los que se hallaba mediante ruego la Caroline. Sin que lo vieran, consiguió modificar la tiza de la pizarra con el nombre de su barco, alterando la escritura aquí y allá, hasta que pudo leerse «Flaoaodeloso».

Al siguiente día zarparon rumbo a Ciudad del Cabo con Ezequiel recuperado gracias al furtivo descanso en Santa Elena y a la notable mejoría del Atlántico.

Las cosas entre Enzo y el Puma parecieron calmarse, quizá porque el capitán reconoció delante de todos que el italiano era de verdad quien mandaba en la misión, y que él era el encargado de ejecutarla según sus criterios y su conocimiento. Hablaron, desde luego, inducido por la estrategia ideada por el capitán, y que Javier se encargó de llevar a cabo el día después de la pelea. En una simulada reunión a solas, Javier le confirmó al italiano que los hombres estaban con él y no con el alicantino, pero que por el bien de la misión era necesario mantener la convivencia entre ambos. Javier le pidió que comprendiese al capitán, pues en El Hierro tuvo

noticias de que la familia del niño le esperaba en Sudáfrica, cuestión por la que el Puma decidió llevarlo hasta allí. En la charla con el capitán, Enzo dijo que conociendo esa cuestión, lo comprendía y le perdonaba, pero el Puma sabía que era mentira y que de hacer escala en la ciudad sudafricana, la cabeza y los cuerpos de toda la tripulación quedarían separados.

A las tres horas de haber zarpado de Santa Elena, siguiendo la ruta prevista, apareció el The Herald, el barco que el nodiano de El Hierro había descrito. Hizo señales para que se encontrasen, y aunque el italiano protestó y ordenó que no se llevara a cabo tal hecho, el Puma le aclaró que eran amigos y que si pedían un encuentro era porque había algo importantísimo que comunicar o auxilio que demandar. Aun sin conocerse, de acuerdo a lo establecido, ambas tripulaciones se fundieron en un efusivo abrazo como si fueran amigos de toda la vida. El capitán se preguntó quién puñetas eran esos nodianos para levantar fuerzas tan desconocidas para él y poner en liza tantos recursos para llevar a buen puerto todo aquello.

En el puente de mando del The Herald se reunieron ambos capitanes y Enzo por petición del Puma, que reconocía así su autoridad. Morgan, el capitán del The Herald, les comunicó que en Ciudad del Cabo había estallado una guerra civil en la que habían muerto miles de personas. Lo informaba por si en los planes del Cauteloso estaba hacer escala allí, pues el puerto era una trampa en la que todo barco que entraba era capturado y confiscado con todo su cargamento, al tiempo que a sus hombres se les pasaba a cuchillo. Aquella noticia fue un duro golpe para el italiano y sus planes de venganza, que después, nuevamente a bordo del Cauteloso, se enzarzó en otra discusión enfervorizada negando el ataque en Ciudad del Cabo, acto en el que el «insensato» Puma insistía para contactar con la familia de Ezequiel. Enzo lo convenció, pero tuvo que prometerle al capitán que Ezequiel permanecería a bordo durante toda la misión, en espera de una mejor ocasión a la vuelta. De ese modo, el plan magistral ideado por el nodiano de El Hierro y el Puma alcanzó el éxito deseado, al evitar la escala de Sudáfrica y que el The Herald llevara a los agentes del Siciliano en

Gibraltar una comunicación firmada por Enzo, en la cual se desestimaba la escala prevista y se informaba que la siguiente comunicación sería a través del agente de Cocos. Con esa maniobra planificada de antemano, la misión ganaba tiempo para que Ezequiel y las familias de la tripulación se quitasen de en medio.

Solo un día más tarde, la preocupación volvió a la tripulación cuando el muchacho, que seguía imaginando los ataques de aquella llamada desconocida, sufrió una nueva indisposición. Había pasado la noche entre sudores y escalofríos, a los que había que añadir una creciente dificultad respiratoria. Por la mañana, a pesar del tiempo agradable en la mar, continuó sin llevarse nada a la boca. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que no solo era culpa de los mareos, sino también de falta de apetito. A la altura de Ciudad del Cabo, pero en alta mar, la persistente tos comenzó a arrancar sangre. Las noches eran horribles a causa de los continuos sudores y la fiebre constante.

El Puma no tuvo duda de lo que era, su hijo había pasado por ahí. Se trataba de tuberculosis. También supo con seguridad donde la pilló y a causa de qué. Fue en el barrio de los curtidores, en las islas, donde compraron pellejos para llenarlos de agua y hacer con garantías el largo trayecto entre Santa Elena y Madagascar, cuando un pordiosero al que no dio limosna escupió en la cara del niño. Días antes de certificar sus sospechas, tuvo la precaución de dejar al chico solo en su camarote, en aislamiento, y ordenar al resto de la tripulación que durmiese en el salón de recreo. Nadie protestó, salvo Enzo, que quiso dejar al niño en una barca a la deriva con víveres para varios días, en espera de que una embarcación lo encontrase y pudieran prestarle una ayuda que ellos no podían ofrecerle. Todos los hombres, sin excepción, protestaron y adujeron que en ese barco nadie abandonaba a nadie, que todos corrían la misma suerte, fuese cual fuese. El capitán pensó en hacer escala en Ciudad del Cabo dando al traste con el plan tan bien llevado hasta el momento, pero Pedro le aseguró que lo único que conseguiría, aparte de la muerte de todos, era un final más rápido para el niño y la pérdida de toda esperanza. El Puma sabía por sus propias carnes que en la tuberculosis no había milagros. La única alternativa era

una no prevista, Tôlanaro, en Madagascar, a pesar de ser territorio francés.

El viento vino a socorrerles dos horas después de que descubrieran en el horizonte la Caroline siguiéndoles. Su motor era netamente inferior, pero el fuerte viento, que se presentó como un milagro, y la mar picada pusieron en liza todo el esplendor del Cauteloso, la maravilla técnica que era y su capacidad de mimetismo. Las velas coronaron las alturas, los cabos se tensaron hasta liberar sus quejidos, las bandas de chapa de babor y estribor subieron sobre sus ejes y dejaron a la vista los anárquicos brochazos de pintura blanca que se asemejaban a los pañolitos en el mar. En menos de una hora, tomaron ventaja, y antes de la segunda, se perdieron mimetizados con el océano, como si de una gota de agua se tratase.

Todas las mañanas, Kiro mataba una gallina para hacer caldo para Ezequiel. Lo obligaban a tomarlo aun sin ganas. El capitán pasaba las noches con el niño, aplicándole trapos húmedos sobre la frente para que bajase la fiebre. Pedro, carente de miedo, le ayudaba cada día a bañarlo en cubierta, y si hacía buen tiempo, durante las horas más agradables dejaban al niño tomando el sol y respirando la brisa marina.

Era aún de noche cuando el alicantino regresó a su camarote, donde se encontraba su lugarteniente vigilando la evolución del muchacho. Durante días habían conseguido mantenerlo con fuerzas en espera de encontrar un médico en Madagascar que les prestase ayuda. Si seguían con viento a favor, en menos de tres días arribarían al lugar.

Quedaban cuanto menos dos horas para llegar a un sitio seguro donde fondear. Sin embargo, el gobernante del barco no perdía la esperanza de que el niño se salvase. La noche anterior creyó que el muchacho se les iba, pues su estado había empeorado muchísimo. Todo el tiempo estuvo sentado junto a su cama, intentando bajarle la fiebre y calmarle sus agónicos dolores en el pecho, pero con la llegada del nuevo día, el chico mejoró algo y se renovaron esperanzas. En aquellos momentos de angustia e impotencia, pasaron por su cabeza antiguas imágenes de su hijo en el lecho de

muerte. Había hecho todo lo posible por él, pero fue imposible salvarle, y con Ezequiel no iba a ser menos.

La grave situación por la que atravesaba Ezequiel había hecho cambiar los planes de ataque en Tôlanaro. De esa manera, lo que en un principio se iba a hacer a escondidas, ahora se haría en una pequeña cala cercana a la ciudad, aunque resguardada de las miradas curiosas por pequeños bosques de altos árboles. Esta era la alternativa más ventajosa para mantener relativamente escondida la ilegalidad de la expedición, aunque sin llegar a las cotas de seguridad que se tendría habiendo atracado unas millas más alejados de la ciudad. La urgencia del estado casi terminal del niño no dejaba otra puerta abierta al capitán y sus hombres. Seis horas antes se había reunido con la tripulación y les había hablado de la situación en que se encontraban. Expuso su visión de los hechos y les comunicó su intención, pero que, para su tranquilidad personal, requería el apoyo de sus hombres. Les dijo que necesitaba la conformidad de todos en el cambio de planes, y aclaró que si alguno de ellos no estaba de acuerdo con lo que iba a exponer, lo señalara abiertamente, pues si alguien se iba de la lengua y llegaba a oídos franceses la temeridad que estaban a punto de cometer, no habría nada que pudiera salvarlos de la artillería que se les vendría encima. Igualmente, les advirtió que si algún observador taimado reparaba en la imprudencia que cometerían, las consecuencias serían parecidas; por tanto, aunque él estaba dispuesto a correr el riesgo por el chico, también necesitaba moralmente la aquiescencia de ellos. La reunión, casi solemne, la hizo únicamente por Enzo. Todos, incluso el italiano, eran conscientes de la situación, así que hasta el italiano evitó protestar, pues lo único que hubiese conseguido es que lo mataran y lo echaran a los tiburones. Tras un corto cambio de impresiones, y salvo alguna vacilación por parte de Enzo, la tripulación se puso de acuerdo en lo referente al nuevo punto de ataque del Cauteloso. En los casi veinte días que llevaban de travesía, los hombres se habían enternecido con el desafortunado muchacho que a tan corta edad había recibido tantos golpes de la vida.

El Puma y Pedro amarraron el bote a unas piedras en el lugar más oculto de la playa. Entre ambos sacaron de la barca una camilla improvisada que construyeron para la ocasión, sobre la que descansaba el cuerpo inerte de Ezequiel, sujeto con dos tiras de tela para que no se cayera por el camino. Antes de tomar tierra, eligieron el punto de destino: una pequeña casa de pescadores a unos escasos doscientos metros de la orilla.

Depositaron con delicadeza la camilla en el suelo y, a continuación, golpearon en la puerta de madera carcomida por la brisa marina. Un instante después oyeron voces que no entendían, y a los pocos segundos se escuchó el chirriar de un oxidado cerrojo descorriéndose. Abrió la puerta una mujer delgada con las manos ensangrentadas y un espeso olor a pescado. La mujer les habló en un idioma desconocido para ellos. Aunque intercaló algunas palabras en francés, no entendieron nada. A la mujer le ocurrió lo mismo cuando ellos empezaron a hablar, pero cuando Pedro señaló al chico, la mujer lo comprendió todo. La dueña de la casa les indicó una dirección que ellos siguieron con la mirada, hasta divisar una mansión en la cima de una pequeña meseta. En ella, decía la mujer mediante gestos, vivía un médico. Los hombres cogieron la camilla y, dando las gracias a la mujer, que asintió como si entendiese lo que le decían, empezaron a subir por la ladera tupida de árboles y vegetación.

Ezequiel deliraba comido por la fiebre. Soñó con la noche que se escapó de su casa para ir en busca de lo que lo llamaba desde la Cañada del Diablo. No era un sueño claro, sino pesado, anárquico. Se vio en el interior del túnel con la luz de unas velas amparándolo y llenando de fluorescencias verdes y moradas las paredes atestadas de dibujos y caracteres extraños. Más tarde, su sueño derivó a una imagen en la cual se encontraba a corta distancia del porche de su casa, en Royohondo. Su visión se fue acercando hasta uno de los pilares que sujetaban el tejido de alambre de las parras. En la base había unos ladrillos de barro encalados que le daban una apariencia

extraña, y junto a estos, una planta rara que surgía del suelo pero que no pertenecía a ese lugar. La había visto en la bóveda de maleza y también pintada en las paredes del túnel, acompañada de los ininteligibles caracteres. La planta era un triple tallo que salía del suelo con vida casi arrogante. Los tallos no superaban los veinte centímetros de altura, y estaban llenos de hojas intensamente verdes con gotas de amarillo fuerte en su interior. Los coronaban unos bulbos morados con finas rayas amarillas que terminaban en una hermosa flor de hojas blancas y rojas. Junto a la planta, en el pilar, distinguió con claridad el dibujo de unos pulmones.

A la tercera llamada de la campana que colgaba de la puerta, les abrió un hombre negro, exquisitamente vestido. Intentó comunicarse con ellos, pero comprobó que era imposible. Sin embargo, cuando el mayordomo vio la camilla, les hizo un ademán con la mano para que aguardasen, tras lo cual, corrió hacia el interior de la casa dando gritos respetuosos.

Los dos marineros estaban preguntándose dónde estaría el maldito criado cuando Ezequiel, con dificultad, abrió los ojos y los fijó en la base del pilar cercano a la entrada de la casa.

—Esa planta... es muy parecida a una que existe en la Cañada del Diablo. La necesitamos —dijo, y de inmediato volvió a cerrar los ojos.

El criado apareció detrás de un señor majestuosamente vestido. Sin duda, era el dueño de la ostentosa vivienda.

—Buenos días —saludó el caballero en inglés.

—Buenos días —contestó el capitán en el mismo idioma, pero con inequívoco acento.

—¡Ah, veo que son españoles! —dijo con sorpresa—. Mi mayordomo me dijo que eran extranjeros, y no sé por qué pensé que tal vez fueran ingleses. Los españoles no se prodigan por aquí —añadió.

—Gracias a Dios que habla usted español —esgrimió el capitán algo agitado y sudoroso.

—Sí, aunque solo un poco, pero creo que entre el inglés y el español nos entenderemos. Bueno. A qué esperan. Cojan la camilla

y síganme, y cuéntenme lo que le ocurre a este chico mientras llegamos a mi estudio.

—Doctor...

—Eluchans, pero llámenme Walter.

—Doctor... Walter, creo que tiene tuberculosis. Corrijo, sé que tiene tuberculosis, mi hijo murió de ella.

—Y el mío también —le aclaró el doctor visiblemente consternado—, pero le prometo que no haré menos por él de lo que hice por mi pequeño François.

Ezequiel soltó un grito de dolor al despertarse durante la exploración que le practicó el doctor, una vez instalados cómodamente en la enfermería que el francés tenía en un ala de la enorme mansión. Le obligó a tomar una infusión y un caldo de ave, y puso sobre la mesita una olla humeante de la que salían vapores de eucalipto.

—Haré todo lo posible para que mejores —le advirtió el doctor cuando reparó en los ojos de Ezequiel lúcidamente fijos en él.

—Con esa olla no lo logrará, doctor.

—No, sé que no —vaticinó con solemnidad—. Lo que tienes no se cura, pero a veces ocurre el milagro y mejora. Se llega a vivir con comodidad, créeme.

—Es tuberculosis, doctor. Lo sé. Lo mismo que usted sabe que Dios, si existe, no pasará por aquí.

Al doctor Eluchans le sorprendió la crudeza y la madurez del niño.

—Pero quizá nosotros logremos obrarlo por Él —prosiguió Ezequiel—. Afuera, en el pilar de la derecha, según se sale, hay una planta. Intentémoslo con ella. Tiene cuatro bulbos por tallo. Hiérvalos en un litro de agua, y una vez que la sustancia resultante esté fría, deseche la capa gelatinosa que quedará arriba y guarde el líquido restante. Deberé tomarlo tres veces al día, en tomas de cuatro cucharadas disueltas en un vaso de agua. Puede que eso valga.

El doctor no protestó, simplemente salió a la puerta y se sorprendió al ver la rara planta que jamás había visto en ningún otro sitio. Sin nada que perder, arrancó uno de los tallos, tal y como le había explicado el niño, y procedió según el dictamen onírico de un

sueño febril. Su gran pasión era la botánica, pero ni siquiera en viejos tratados había visto algo parecido.

Fue necesario poco tiempo para que el capitán y el señor Eluchans trabaran amistad. El doctor había invitado a todos los marineros para que fuesen sus huéspedes durante la convalecencia del muchacho. La tripulación aceptó, pero optaron por la rotación para mantener vigilada la nave. Enzo protestó todo el tiempo. Amenazó, ya sin reservas, pero una vez dejada atrás la escala sudafricana, donde el Siciliano perdía casi toda su influencia, todos sabían que eran ellos quienes sostenían la sartén por el mango. Enzo esgrimió que no llegarían a tiempo a la entrega, a lo que el capitán le comunicó que lo había y de sobra, pues se contemplaban imprevistos en alta mar, malentendidos con autoridades portuarias, averías y extras como la Caroline, que podían obligarlos a variar las rutas. Se negaron en rotundo a abandonar al niño allí por muy en buenas manos que estuviese, y le recordaron que toda la tripulación, salvo él, lo consideraba parte de la misma.

El doctor explicó al capitán y a Ezequiel en qué consistía la tuberculosis. Con la ayuda de detallados y casi artísticos dibujos, les describió la naturaleza de la infección y las formas para intentar atajarla, pero reconoció que todo ello, salvo la higiene —mantener los lugares limpios y ventilados—, no servía para nada.

A los dos días de iniciar el tratamiento de Ezequiel, se emocionó al comprobar que la enfermedad remitía, y tras otros dos más en que los síntomas casi habían desaparecido, se sintió protagonista presencial de un enorme descubrimiento. De inmediato fue a cortar un bulbo para estudiarlo e intentar cultivar más plantas como aquellas, pero, extrañamente, se había marchitado durante la noche. Le preguntó al niño dónde podría encontrar más ejemplares de esa planta y de qué lugar obtuvo la información. Ezequiel se limitó a recordarle que todo fue un sueño.

Walter salía todas las mañanas, acompañado de algunos criados, a buscar más plantas por los alrededores, pero jamás logró

hallarlas. Tampoco las descubrió en las madrugadas iluminadas por las velas mientras hurgaba en los incontables volúmenes de su biblioteca. Un día, conmovido, Ezequiel se apenó por él y le dijo que dejara de buscar, que nunca la encontraría, porque, según creía, todavía no era tiempo para ello, ya que posiblemente violaría el principio de Banch. Walter le preguntó qué era el principio de Banch, pues le sonaba a algo que no sabía precisar, como si de una melodía que lograba tararear, pero no llegaba a recordar. También le dijo que lo remontaba a algún momento del pasado, quizá de su infancia, a algo tan abstracto y sutil como el aroma del té que hacía su abuela o el olor casi tangible de las galletas recién horneadas de su madre.

El tiempo pasó y el mes de convalecencia establecido por el doctor Eluchans llegó a su fin. Un día después, Ezequiel, el capitán, y el resto de los hombres se despidieron efusivamente del nuevo amigo. El chico estaba totalmente recuperado, aunque, durante algún tiempo, debía tener cuidado con su cuerpo. Tras desearse suerte mutuamente, los españoles y el francés se separaron hasta una próxima vez, y se dirigieron hasta la cercana playa donde cinco días antes habían iniciado las tareas necesarias para reemprender el viaje.

Durante la ausencia del capitán, Pedro fue el encargado de gobernar la nave. Como medida precautoria, cambiaba el atraque cada dos días, buscando siempre lugares más seguros mientras la tripulación esperaba ociosa la recuperación del pequeño compañero. Con poco más de un mes de retraso, el Cauteloso zarpaba hacia las costas de China para cumplir su misión. Mientras Ezequiel terminaba de fortalecerse en su camarote, aprovechaba para leer documentos escritos en alemán aportados por el capitán. Este, a su vez, se encerraba durante horas estudiando las secretas cartas marinas que a tan buen recaudo guardaba en el cilindro de cartón.

Partieron de Tôlanaro con destino a la isla de Cocos, donde deberían aguantar las embestidas de Enzo en presencia del agente más oriental del Siciliano. Tenían firmes evidencias de que era un hombre aislado en la clandestinidad, cuyo objetivo era mover dinero

y ciertos recursos en torno a miles de kilómetros a la redonda. Tendría que obviar todas las negligencias perpetradas por la tripulación y permitirles marchar sin más. La zona a cruzar era de influencia francesa, así que esperaban ver la Caroline acompañada quizá de otras naves de presa que la apoyarían en su misión. El capitán pensó que la red francesa montaría guardia en la ruta que unía las Reunión y las islas Mauricio, destino natural si se quería llegar cómodamente a Cocos y evitar el cepe que formaban las dos islas anteriores y Tromelin, donde en los últimos meses se había apostado un destacamento francés con dos barcos. «Ese destacamento —dedujo— prestará apoyo a la Caroline». Teniendo todo eso en cuenta, apostó fuerte y cortaron por medio del nido de víboras que era el grupo de islas. Milagrosamente, evitaron el encuentro con la flota francesa.

La siguiente parada de la expedición, tal y como estaba prevista, se llevó a cabo en Cocos. Lo que no habían planeado fue verse forzados a hacerlo en la isla de West, a raíz de la rotura de una pieza del motor. Esto los obligó a una espera de tres días en un punto elegido por su discreción, mientras lograban solucionarlo artesanalmente. Un contrabandista europeo, que no se limitaba a los negocios de la copra, los socorrió a cambio de un suculento fajo de dinero. Removió cielo y tierra para encontrar la pieza con toda la brevedad que le fue posible. Al final, lo consiguió, pero repercutió considerablemente en el aumento de los gastos del viaje. Otra traba más a tener en cuenta, sin duda, cuando se efectuase el encuentro final con el agente del Siciliano.

Libre de nuevo, el Cauteloso puso proa hacia la paradisíaca isla de Home, también perteneciente a las Cocos, donde tenía su cuartel general el agente del Siciliano, entre una jauría de malayos.

En aquellas latitudes del globo, Ezequiel experimentó con más intensidad la llamada que intentaba sugerirle algo que no podía comprender. Desde su recuperación en Madagascar y la vuelta al barco, ni un día dejó de sentir ese rumor en su nuca. Sin embargo, había aprendido a soterrar y controlar la ola de pánico que le invadió la primera vez, para que los hombres no se pusieran nerviosos. No era una voz pastosa y clara en el interior de su cabeza, como la que

escuchó años atrás en Royohondo. Esta era ininteligible y casi metálica, negando con su sola presencia cualquier atisbo de humanidad. Pero a su vez también percibió la grandeza y diversidad de un mundo maravilloso que, de no haber sido por su desgracia, jamás hubiese conocido.

Muy repuesto, envuelto en las caricias de una brisa suave y reconfortante llena de húmeda salinidad, Ezequiel pensó que, para la mayoría de las personas, ver nuevas y hermosas tierras era síntoma de infortunio: una guerra en Cuba o en Filipinas, vivir del peligroso mundo del contrabando, un exilio, una huida, y tantas otras adversidades cuyo único fin era poner tierra de por medio. Eso también lo llevó a pensar que la mayoría de las aventuras que se vivían en este mundo eran gozadas fortuitamente por seres que habían sido arrancados de su tierra por la fuerza o la miseria.

Si de Enzo hubiese dependido, ningún hombre de la tripulación habría vuelto a subir al Cauteloso, pero como había sospechado el Puma, las cartas estaban sobre el tapete, y las suyas eran ganadoras. Todo transcurrió como había imaginado: un rapapolvo serio y contundente, y un perdón ficticio que sería papel mojado en el mismo momento que entregasen la carga. Se reunieron el agente, Enzo, el capitán y Pedro, que le apoyó en la conveniencia de las decisiones tomadas. Luego de tres horas de charla, el italiano y el agente se quedaron a solas discutiendo, seguramente, el final de los hombres.

Como si por las Cocos pasara la línea que dividiera la sonrisa y la tristeza de este mundo, los rostros de todos y cada uno de los miembros de la experimentada tripulación cambiaron como si el paraíso hubiese quedado atrás, en mitad de la nada. Ya solo se veían caras de preocupación, de alerta extrema, de esperar lo peor en nada y de la nada. Ezequiel se dio cuenta de ello, por lo que preguntó al capitán cuál era la causa del cambio de ánimo en el personal.

—Ezequiel —le explicó el Puma —, ya te dije un día que este trabajo era un oficio peligroso, y que por ello reporta grandes beneficios. Así que, lo que tú ves ahora, no es más que el olor de ese peligro.

—¿Por qué es tan peligroso el viaje a partir de aquí, capitán?

—Quiero que sepas, en primer lugar, que en ningún momento el viaje dejó de ser peligroso. Acuérdate si no de Tôlanaro. Desde su inicio hasta su término, de nuevo en Gibraltar, nunca, y por ninguna circunstancia, se está a salvo, pero dentro de ese continuo peligro que es nuestro camino, es aquí, a partir de aquí, donde estaremos expuestos con más intensidad.

»Hace poco más de dos meses que nos conocemos y viajamos juntos —continuó el capitán—, pero ha sido tiempo suficiente para conocerte y saber que puedo confiar en ti, igual que en cualquiera de mis hombres. Es por esto que voy a contarte con detalle nuestra situación. Viajamos llevando con nosotros un cargamento de armas valiosísimas. No me preguntes qué armas. Ni lo sé, ni me interesa. Lo único que importa es que tenemos que dejar cierto número de cajas en una isla del mar de China, recoger un documento, y listo. Gracias a Dios, de cobrar se encarga el agente de mi jefe en esta parte del mundo, si no, el problema sería mucho mayor.

—¿Quién es su jefe? —preguntó Ezequiel.

—A eso no te puedo contestar, ya que ni yo mismo lo sé. Pero créeme si te digo que puede ser mucho más peligroso que el resto del viaje que nos queda. Y es precisamente de esto de lo que quería hablarte, del resto del viaje que nos queda. Lo malo en sí no es la entrega del cargamento, pues si se hace como está previsto, no deberían surgir problemas —mintió—. Lo verdaderamente preocupante es lo inminente en nuestro camino, y esto no es otra cosa que los mares más peligrosos del globo para la navegación de un pequeño barco como el nuestro. Tenemos que atravesar la peligrosa Indonesia, navegar por el mar de Java y cruzar varios mares igual de peligrosos hasta desembocar en el mar de Célebes, para luego, desde allí, continuar navegando hasta topar con las costas de Filipinas, donde descansaremos un día o dos.

«¡Las Filipinas, Dios mío! Mi padre estuvo combatiendo allí, y ahora yo voy a verlas», pensó Ezequiel mientras continuaba escuchando al capitán.

—Hasta llegar a las Filipinas —prosiguió el capitán—, solo podremos hacer varias escalas en puertos seguros; aparte de eso,

encomendarnos a que el viento y la fortuna estén de nuestro lado. Luego, a partir de ahí, tendremos que continuar por el mar de la China meridional hasta la isla de Lü Tao, donde entregaremos la carga.

—¿Y dónde radica el peligro de navegar por estas aguas? ¿En las tormentas? —preguntó Ezequiel.

—También. De las tormentas no debemos olvidarnos, pero en las tormentas me meo yo cuando me acuerdo de los piratas que asolan estas aguas.

—¿Piratas en estos tiempos? —preguntó Ezequiel frunciendo el ceño—. Yo creía que los piratas desaparecieron hace mucho.

—Pues no, hijo, desgraciadamente siguen existiendo, sobre todo aquí, si hablamos con literalidad, donde el tiempo parece haberse estancado. Estas aguas son únicas en el mundo por sus características geográficas —empezó a explicar el capitán señalando con su dedo un mapa desplegado a sus espaldas—. Están infestadas de innumerables islas, grandes y pequeñas, que dificultan, casi totalmente, el control de las autoridades de la zona sobre la patulea de maleantes que atentan contra la calma de cualquier travesía. Me atrevería a aventurar que por aquí únicamente puede navegar tranquilo un buque de guerra. Todos los demás están expuestos a asaltos, robos y, en algunos casos, a que lo descuarticen la horda de bárbaros que forman los piratas tailandeses, indonesios, filipinos, chinos e, incluso, mongoles. Y mira que a estos últimos les coge lejos de su acera. En el viaje de vuelta tendremos lo mismo. Es cierto que no llevaremos carga, sí, pero seguimos teniendo barco. Así que, por todo eso, ten la seguridad de que, hasta que no estemos sanos y salvos en el puerto de Gibraltar —volvió a mentir—, no volverás a ver la sonrisa plasmada en los rostros de esos hombres.

»Hay una cosa más que quiero decirte —le dejó caer el capitán algo indeciso mientras recorría nerviosamente con sus manos los mapas y cartas náuticas desplegadas ante él—. Después de la entrega de la mercancía, propondré un trabajo a la tripulación, pero no quiero hablarlo hasta que llegue el momento. Tenlo presente, pero no digas nada.

El Cauteloso pasó las primeras alertas sin incidentes, incluso el mar quiso ponerse de su parte. Al menos hasta ese momento, los peligros tan escuchados por Ezequiel no habían aparecido, aunque sí vio con cierta intranquilidad cómo los numerosos y extraños barcos de vela se cruzaban con ellos en las paradisíacas islas de vegetación abundante.

Vencida la tarde que pasaron en Célebes, donde Ezequiel vio algunos animales tan hermosos que pensó que solo podían ser creados por la imaginación, el Cauteloso continuó con su tripulación intacta hasta las Filipinas. Allí descansaron dos días en un puerto natural, alejados de cualquier núcleo poblado, ya que, por una parte, el odio que todavía seguían sintiendo los filipinos hacia los españoles era demasiado grande, y por otra, los norteamericanos, dueños ahora del Gobierno de las islas, no verían con buenos ojos un barco tripulado por españoles y con su bodega llena de armamento. Cuando volvieron a zarpar con rumbo al destino final, el mar de la China se encontraba embravecido, pero eso no les importó, porque habían repostado recientemente y llevaban suficiente combustible como para combatir con cierta soberbia las inclemencias que pudiese desatar Neptuno. Ezequiel, por su parte, tampoco sufrió el estado del mar, ya se había acostumbrado a navegar en circunstancias difíciles sin que su cuerpo le pasase factura por ello.

Impuesto el crepúsculo, y a medio camino entre Filipinas y su objetivo, un vigía identificó lo que parecían ser dos barcos persiguiéndoles. El Puma mandó incrementar la velocidad de la nave. A pesar de ello, al amanecer, uno de los barcos había acortado distancia con el Cauteloso, lo que provocó el nerviosismo de la tripulación. El mayor de los temores se hacía presente. Sin la seguridad que daba la distancia, el Cauteloso continuó otra dura jornada, pero cuando parecía que el barco pirata les daría alcance, se desvió de su rumbo, cambiando la condición de perseguidor a perseguido. Esta suerte no vino dada porque el barco pirata hubiese cambiado su objetivo, sino porque otra nave, que el capitán y la

tripulación conocían muy bien desde el viaje anterior, salió en ayuda del Cauteloso. El Libertad de China los escoltó durante el resto del viaje hasta que atracaron en Lü Tao.

Mientras transcurrían las jornadas de navegación hasta la isla, sucedieron muchas cosas en el Cauteloso. Una vez puesta al corriente de la nueva situación, la tripulación dejó de seguir las instrucciones de los agentes del Siciliano para llevar a cabo el plan ideado por el capitán. Durante esos días, se afanaron en distribuir estratégicamente las cargas de explosivos por el barco, lo cual dejó a Ezequiel desconcertado y a Enzo al borde del colapso, sobre todo porque todo lo que se desataba ante sus ojos era una sedición. Bramó, blasfemó a los cuatro vientos y amenazó con toda la fuerza de su pobre ingenio, pero lo único que consiguió fue que una paliza de Pedro le calmara los ánimos y bajara los humos. Rubén y Marcelo lo inmovilizaron y amordazaron y luego lo arrojaron a un rincón de la bodega.

El segundo oficial del Libertad de China subió a bordo del Cauteloso, acompañado por dos de sus hombres, para informarles los pasos a seguir. Era un hombre joven, de honestas maneras e inglés sobrado. Los saludó con cortesía y les ofreció hospitalidad y descanso en la isla, pero el capitán le comunicó que los términos del acuerdo habían cambiado, no en cantidad, pero sí en el modo de concretar la transacción. Ahora serían ellos los que recibirían la cantidad estipulada, ni más ni menos, en oro también, por supuesto, y no les importaba esperar varios días para que ello se realizase en orden y sin incidentes. El joven oficial del pueblo protestó, pero con moderación. Conocía a esos hombres desde el año anterior y no quería actuar con beligerancia. Les insinuó con suavidad que el cambio podía acarrearles problemas, que ellos no tenían capacidad, ni siquiera él mismo, de impedir medidas de fuerza que acabaran por tomar la mercancía por las bravas. Ante tal respuesta, el Puma lo puso en conocimiento de las cargas diseminadas por la cubierta, con sus respectivos cableados, y le advirtió que si esas medidas de fuerza se intentaban, lo único que conseguirían sería liberar los fastos de unos fuegos artificiales no deseados por ninguno de ellos. Finalmente, se llegó a un entendimiento, más aún cuando el

segundo oficial y su mando jerárquico vieron el impresionante material que les traían. Aceptaron los nuevos términos del acuerdo y estrecharon sus manos.

Dos días más tarde, en el Cauteloso se cargaron dos cofres repletos de lingotes de oro y provisiones de sustento en abundancia, así como agua y combustible en los términos acordados. A cambio, entregaron el arsenal de moderno material bélico de origen norteamericano. Tras eso, la extravagante nave zarpó de nuevo para emprender el viaje planeado en secreto, con la intranquilidad que la presencia de piratas sembraba en la tripulación, y más sabiendo que ya no contaban con escolta. Liberaron al italiano y lo amenazaron para que permaneciese sumiso el resto del viaje. Podían haberlo matado, eso no constituiría ningún problema en caso de ser necesario. El mismo Puma, Pedro o cualquiera de sus hombres eran lo suficientemente capaces de hacerlo sin sentir el mínimo remordimiento, pero para los planes del capitán era de vital importancia que Enzo acudiera con sus huesos y la equivocación a los hombres del Siciliano, lo que aportaría pistas falsas sobre el destino final de la tripulación.

Maniobraron y marcaron rumbo a occidente, a contraviento. No tuvieron reparos a la hora de insuflar en los oídos del italiano la información de que el objetivo era entrar secretamente en Ciudad del Cabo para dejar a Ezequiel con su familia. La idea era hacer germinar en la mente del gordo que, luego de lo del niño, el destino final era occidente. Después de que Enzo se nutriera con esa información, le dijeron que si se portaba bien lo dejarían en una isla. Ese era el plan, dejarlo en una isla y que desde allí partiera en busca de su amo con noticias falsas sobre el paradero del Cauteloso, y que salieran a dar palos de ciego por Sudamérica. Pero antes de eso, necesitaban apoyarse en la arremetida de cualquier barco pirata para variar el rumbo hacia donde querían, dejarlo atrás con viento a favor, abandonar al italiano en una isla, navegar libremente hacía las Filipinas y finalmente a Australia, donde el año anterior Alan había puesto a buen recaudo su fortuna y las familias estarían esperando a la tripulación, gracias a los nodianos. Y ya desde allí, en el futuro, acercar al niño en la fecha

concreta al lugar indicado por Alan para cumplir la promesa de entregarlo a su familia.

Dejaron atrás al primer barco pirata que vieron, tras lo cual, se encargaron de gritar que pondrían nuevamente rumbo a Ciudad del Cabo en cuanto soltasen a Enzo en Borneo. Así lo hubieran hecho si no hubiese aparecido el barco pirata que los persiguió antes de encontrar al Libertad de China. Abandonaron la idea de Borneo y pusieron todo el trapo a trabajar, hasta que comenzaron a perder de vista a los piratas, gracias al viento, que arreció. Cuando amaneció, no se divisaba nada a sus espaldas, pero al mediodía, con la caída del viento fuerte, la velocidad del Cauteloso bajó de tal forma que antes del crepúsculo volvieron a divisar la silueta de sus perseguidores recortada en la lejanía del horizonte. Con la llegada de la noche, recogieron las velas, apagaron las luces, y pusieron a pleno rendimiento el Hispano-Suiza, al tiempo que cambiaban de rumbo para ver si el peligro se esfumaba. A la mañana siguiente comprobaron que la estrategia no había surtido efecto. Por el contrario, los piratas se acercaban lentamente. El viento los abrazó de nuevo, así que izaron velas y apagaron el ronco quejido del motor. Pero una sorpresa les vino en esos menesteres: alguien, a quien rápidamente pusieron nombre, había vaciado varias garrafas de lejía sobre las velas mientras estuvieron recogidas, privándolos de la ventaja del mimetismo. A punto estuvo el capitán de descerrajarle los sesos al italiano allí mismo, en cubierta, pero su sangre fría le advirtió que la jugada de abandonarlo con la equivocación en la boca era imprescindible si quería tranquilidad para el resto de sus días. Le cerraron los ojos a puñetazos y lo dejaron prácticamente sin dientes, apaleado, tirado en un rincón de la bodega.

Estuvieron navegando cinco días por distintas islas de las Filipinas, sondeando el ambiente, indagando rutas y lugares tranquilos donde fondear y cargar víveres, pero con un ojo siempre puesto en el barco pirata, que parecía haberse olvidado de ellos.

Una noche, cuando todo parecía más tranquilo, después de una copiosa cena en el barco, el capitán reunió en su camarote a todos los miembros de la tripulación, incluido Ezequiel. Una vez instalados

cómodamente, el silencio venció a los murmullos, hasta que Pedro se decidió a prorrumpir.

—Suéltalo de una vez, capitán.

—Antes de todo —empezó a decir con tono solemne—, quiero aclarar que nadie está obligado a lo que voy a pedirles. Si no lo aprobamos todos, no se hará, y en ese caso continuaremos con el plan trazado.

—Vale, vale, capitán, pero di ya de qué se trata —bramó Javier arrancando la risa de todos.

—Señores, el caso es el siguiente. Hace un año, cuando nos encontrábamos más o menos en la misma latitud donde nos encontramos hoy, solo que en una isla donde las mujeres no eran normales y vosotros lo recordareis bien... —dijo y algunos asintieron con risas socarronas—, un viejo español al que tuvimos el honor de conocer, antiguo soldado durante la guerra contra los tagalos en Filipinas, me hizo un regalo por el que no mostré demasiado interés, salvo el meramente cortés. El hombre, al enterarse de que yo era paisano suyo, y viendo lo poco de vida que le quedaba, me ofreció unos viejos mapas de la zona donde nos encontramos. Yo, naturalmente, acepté esos mapas, como ya he dicho antes, pero únicamente por cortesía y por el interés histórico que conllevaban, pero sin dar pábulo a las habladurías. Cuando me los entregó, me contó una vieja historia referente a un barco español que a finales del siglo XVIII se hundió en estas aguas cuando iba a ser abordado por piratas. Ese barco navegaba hacia la península ibérica, y transportaba una inmensa fortuna en oro, gemas y otras joyas que siguen enterradas en el mar. Así mismo, me contó que el barco en cuestión está hundido en una zona señalada en esos mapas.

—¿Y tú te creíste eso? —dijo Rubén enseñando su falta de dientes mientras todos reían.

—No, ya os he contado que no; sin embargo, al poco tiempo de llegar a Gibraltar, la curiosidad me picó y me dirigí a un conocido que tenía acceso a ciertos archivos navales de ultramar. Mi sorpresa fue enterarme de que dicho barco sí había existido, y que, para más inri, se había perdido en la zona indicada en el mapa del viejo. —

Tras el comentario del capitán, todos guardaron silencio, ya nadie reía.

—Esto es serio, señores. Creo que deberíamos escuchar la proposición del capitán —dijo Pedro mirando al resto de sus compañeros que, por lo que delataban sus gestos, estaban de acuerdo.

—Gracias, Pedro. Bueno... La proposición es la siguiente: el mapa es mío, aparte de que he sido el que ha estudiado la probabilidad de recuperar esas riquezas, y después de llevar a cabo un estudio más que exhaustivo de todas las variables que intervienen en ese rescate, he llegado a la conclusión de que es factible. Por tanto, si accedéis a entrar en la operación, quiero que sepáis que, en el caso de que recuperemos esa fortuna, esta será repartida a partes iguales entre todos los presentes —el capitán dijo esto último señalando con la cabeza a Ezequiel.

—¿Por qué motivo tiene que llevarse el niño lo mismo que nosotros? —preguntó Marcelo sin brusquedad. Todos sabían que no era avaro.

—Primero —contestó el capitán—, porque lo digo yo. Aquí no entra el Siciliano, esto lo he buscado y lo he estudiado yo, así que, si queréis hacerlo, se hará como yo diga. En segundo lugar, os diré que algunas dudas que tenía por culpa de anotaciones que en el mapa venían en alemán, las ha resuelto el chico, y con esto doy por zanjado este tema.

Tras la exposición del capitán, todo el mundo estuvo de acuerdo, y transcurridos unos instantes en los que el silencio reinó, Rubén volvió a hablar.

—Capitán, ¿quién nos asegura que el barco esté en buenas condiciones después de tanto tiempo?

—Nadie, pero se va o no se va. He estudiado las cartas y puedo garantizar que el barco estará casi intacto a pesar de que lleva más de un siglo bajo las aguas.

—¿De dónde saca esa seguridad, capitán? —preguntó Javier, el de Manilva.

—El lugar donde se encuentra está en una zona libre de corrientes. Además, se halla resguardado de las inclemencias del

mar por algunas islas esmirriadas y despobladas que no son más que meros bancos de arena.

—¿Y cómo bajaremos? ¿Buceando? —volvió a preguntar Javier.

Todos echaron a reír, pero se callaron rápidamente al ver que el capitán asentía circunspecto.

—El barco está unos dieciocho metros de profundidad. Pedro y yo —expuso el capitán—, hemos bajado muchas veces a esa profundidad en las aguas del estrecho de Gibraltar, donde la corriente es muy fuerte, por una mera apuesta de cojones. ¿Vas a decirme ahora que no seremos capaces de hacerlo en unas aguas tranquilas y por tanta riqueza?

—No, desde luego, pero no sabía que el barco estuviese a tan poca profundidad. ¿Seguro que no lo han saqueado? —agregó Pedro.

—Según me dijo el viejo —expuso el capitán—, no lo han registrado en la vida, ya que su bisabuelo, el único descendiente de los supervivientes de los dos barcos enfrentados, no lo hizo, y nunca dijo nada a nadie.

—Entonces —demandó Pedro—, ¿cuál es el plan para poder registrar el barco en intervalos de tres minutos, que es lo que podremos estar sumergidos?

—El siguiente —le aclaró el Puma—: bajaremos por turnos los tres; el primero de nosotros llevará un hacha que amarrará al barco. Como su madera debe de estar podrida, abriremos accesos a su interior para no perder tiempo por sus camarotes y pasillos. Esta es la única forma de conseguirlo. Es muy rudimentaria, pero es la única. Antes de seguir, debo saber la opinión del grupo.

Todos asintieron, sin excepción, aunque Rubén, cuyo deseo no era aguarles la fiesta, les recordó con refunfuñada amargura la cantidad de piratas que frecuentaban esas aguas.

—Es cierto, Rubén, aquí hay muchos piratas, pero por eso mismo he preguntado vuestra opinión respecto al trabajo, porque esa será precisamente vuestra misión cuando nosotros estemos sumergidos: apoyar desde la superficie y vigilar por si hubiera que salir a todo vapor. ¿O creéis que os ibais a llevar una parte de lo que

encontremos ahí abajo por el simple hecho de estar tumbado en cubierta? —Todos terminaron riendo a carcajadas.

Una vez asimilados los términos de la misión, todos los hombres estuvieron de acuerdo y aceptaron afrontarla. La posible recompensa era suficiente motivo para no negarse, a pesar del peligro.

La moral de la tripulación creció notablemente en la cerrada noche oriental. Pensaban que si la operación tenía éxito, no tendrían que volver a trabajar nunca más. Pero por la mañana, con las primeras luces del alba y el inicio de la marcha, esa misma moral cayó por los suelos cuando se vieron nuevamente perseguidos por el mismo barco de siempre.

Con toda la vela desplegada, continuaron sin rumbo fijo, intentado coger viento fuerte para dejar atrás a los piratas, pero estos se acercaban cada vez más. El capitán, acostumbrado en su larga vida de contrabandista a buscar atajos casi suicidas en situaciones de desesperación, intentó una maniobra en el estrecho de Palawan. Siendo negligente, pero sin otra opción, arriesgando mucho al Cauteloso, como tantas otras veces, se internó por un tramo de costa de poca profundidad. El Cauteloso se frenó con un golpe seco. Habían dado con un banco de arena, pero la suerte les asistió y consiguieron salir de allí. Más tranquilo, pero vigilando la profundidad, el alicantino arengó a sus hombres asegurándoles que de momento estaban a salvo, pero entonces observaron que el barco de los piratas navegaba por el mismo lugar que ellos y sin contratiempos. Fue entonces cuando el Puma comprendió su error.

Los perseguidores tenían todas las de ganar en unos bajíos como aquellos, gracias al menor calado de su barco. El alicantino se supo acorralado y decidió jugarse una última carta maniobrando hasta salir por la derecha. Sin embargo, un ruido de deslizamiento inundó el barco, arrojando a la mayor parte de sus tripulantes al suelo. Así, mientras el Cauteloso se encallaba en un fondo blando, el barco pirata se acercaba majestuosamente.

Los aturridos tripulantes ni siquiera tuvieron tiempo de coger los fusiles del camarote del capitán antes de que los piratas asaltaran el barco. La mayoría portaba cuchillos y sables. Carentes de miedo y

poseedores de un salvajismo indescriptible, se abalanzaron derramando sus babas contra la nerviosa tripulación. Los pocos que portaban fusiles abrieron fuego nada más ganar la cubierta, y los disparos de la primera andanada alcanzaron a Rubén, a Javier y a Marcelo, que acabaron por correr desigual suerte. A Francisco le rebanaron el cuello en un santiamén, y lo mismo le sucedió a Kiro. El ruido era ensordecedor, pero por encima de ese caos estrepitoso y de los gritos que llenaban el aire con alaridos de terror, se oía la voz del capitán llamando desesperadamente a Ezequiel, mientras corría junto a Pedro en dirección a su camarote para coger las armas. Una vez allí y armados, los hombres se preguntaban por Ezequiel y por qué no entraban los piratas de una vez por todas para matarlos. Llevaban esperando casi cinco minutos, extrañados de que no los hubiesen atacado todavía, cuando una poderosa voz les habló en castellano.

—Capitán, puede usted salir, tiene la palabra del capitán Tao de que no le ocurrirá nada. —La voz, desconocida para ellos, y que se expresaba en un perfecto español, los sorprendió.

—¿Quién eres?! —gritó el capitán desde el interior del camarote.

—Eso no tiene importancia. Solo soy un tripulante del barco que les dio caza. Soy español, o mejor dicho, era español, hasta que mi país me dejó abandonado a mi suerte en Filipinas, tras la guerra.

—No pienso salir —le contestó el capitán—. Si tu capitán quiere verme, tendrá que entrar, y no puedo prometerle que me contenga de meterle un tiro entre las cejas.

—Capitán, si usted no sale, el niño, al que sabemos que aprecia, morirá.

—Maldita sea, tienen a Ezequiel —dijo el capitán a Pedro mientras se estrujaba los sesos buscando una solución—. Tengo que salir, no tengo alternativa.

—Te matarán, capitán; a los dos y luego a mí.

—Quizá, pero qué puedo hacer. Prometí a Alan que cuidaría a ese niño como si fuera mío, y el intento al menos va a existir. Escóndete, quizá no sepan que te encuentras aquí.

—Lo intentaré, y veré qué puñetas puedo hacer para ayudar —murmuró tras asentir.

—¡Voy a salir! —gritó el Puma.

Cuando subió a cubierta, contó una docena de hombres. Todos eran asiáticos, salvo un hombre de unos cincuenta años que debía de ser el español. Junto a él, amarrado por las manos, estaba Ezequiel. Lo observó con detenimiento y comprobó que el niño estaba en perfectas condiciones. «Gracias a Dios», se dijo. En ese momento, el capitán iba a decir algo, pero entonces el pirata español lo interrumpió.

—Pedro, ahora te toca a ti. Sal. Entre todos hemos de encontrar ese barco hundido.

El capitán, sorprendido y contrariado, miró rápidamente al niño que se encontraba con la cabeza gacha, y entonces lo comprendió todo. «Posiblemente —pensó el capitán—, cuando descansamos en Filipinas, a la vuelta, alguien consiguió sacarle la información» Eso explicaba que los piratas estuviesen al tanto de todo. No había otra respuesta, pues el chico era el único que entonces sabía algo del tesoro y de los mapas. Para más evidencia, el pirata sabía que todavía había un hombre más, y que su nombre era Pedro. A pesar de que solamente era un chico, el capitán no esperaba aquello de Ezequiel, así que se sintió profundamente decepcionado.

Pedro apareció por la puerta, y en cuanto estuvo a la vista de todos, se oyó un disparo que le atravesó el torso.

El capitán se puso como loco y miró al hombre que le había disparado. Era exageradamente alto si se comparaba con los demás. Sus poderosos brazos estaban perfectamente equilibrados con su tórax, y sus anchos hombros, musculosos, hacían juego con el resto del bestial cuerpo. Ignorando la estampa violenta del hombre, el Puma corrió hacia él como un vendaval. Tenía intención de destrozarlo, de extirparle la vida, de mutilarlo, de arrancarle la piel a tiras, y por la furia que lo embargaba, parecía seguro de conseguirlo.

El hombre musculoso gritó algo que el Puma no entendió y todos sus hombres se apartaron, dejando a la bestia de cuello y cara tatuada en mitad de un ring cercado por inhumanos personajes. En una fanfarronada, lanzó el arma con la que había matado a Pedro hacia uno de los hombres más cercanos y se quedó tan desarmado

como el propio Puma, que se acercaba echando espumarajos de bravura por la boca. Cuando el alicantino llegó a su altura, estaba fuera de sí. Con los labios pisados por la rabia, lanzó un puñetazo fortísimo contra el rostro de su oponente, pero este, con su poderosa mano, lo paró sin dificultad. Reconponiéndose de su fracaso inicial, el Puma golpeó con su otra mano, pero el asiático volvió a parar el golpe, a la vez que descargaba sobre el capitán un cabezazo en plena ceja que lo dejó fuera de combate antes de que cayera al suelo. A continuación, el tipo volvió a hablar en su lenguaje, e instantes después, el pirata español tradujo.

—Capitán Puma, le presento al capitán Tao. Dice que por ahora tendrás que conformarte con este saludo, pero que más adelante, cuando obtenga lo que quiere de ti, terminará de ajustar cuentas.

Lo único que podía hacer el Puma desde el suelo era respirar tomando grandes bocanadas de aire mientras la sangre se le metía en los ojos. Cuando se recuperó de la confusa situación en que se encontraba, miró al lugar donde estaba Ezequiel. Este forcejeaba con sus captores mientras lo llamaba entre lágrimas. Al momento, dejó de luchar contra quien lo sujetaba y cayó al suelo golpeado en la cabeza. El capitán no le dijo nada, pero pensó: «¿Por qué, Ezequiel? ¿Por qué?».

El Puma se encontraba amarrado y sentado en una banqueta. No recordaba el momento justo en que lo habían puesto allí, por lo que pensó que seguramente se habría desmayado. Débil y hambriento, se despertó al sentir en su cara el frescor del agua salobre golpeándole. Al abrir los ojos, vio al pirata español; en sus manos tenía un cubo que goteaba. Miró a su alrededor y vio a los mismos hombres que había visto antes, por lo que dedujo que el tiempo transcurrido debía de haber sido mínimo. Algunos segundos después enfocó más su vista y descubrió que Ezequiel se encontraba casi a sus espaldas.

—Bienvenido al mundo de los lúcidos, capitán —gritó el pirata español al tiempo que dejaba el cubo en el suelo—. Sabemos que posees unos mapas valiosísimos, si nos dices donde se encuentran, si nos lleva al lugar, el chico no sufrirá daño.

Algo no cuadraba en la mente del Puma. Si Ezequiel era el que se había ido de la lengua, ¿cómo era que no les había revelado el escondite de los mapas? Aparte de él mismo, el chico era el único que conocía la ubicación del tesoro...

Pensando en esto último, y confundido por ello, decidió poner a prueba al chico para ver las cartas que jugaba.

—No sé de qué demonios me estás hablando —contestó el capitán.

La respuesta del pirata español a la negativa del capitán a colaborar fue un potente golpe en la cara del muchacho, que cayó al suelo con un chorro de sangre saliéndole por la nariz y por la boca.

Ezequiel lloraba. No sabía dónde estaba, salvo que estaba mareado en el suelo y sin ningún amparo. El capitán, por su parte, sufría a más no poder, y para sus adentros se decía: «Dilo, Ezequiel, dilo, muéstrate de una vez». Pero el muchacho, con el rostro ensangrentado y sin comprender nada, continuaba sin decir esta boca es mía.

El Puma no podía aguantar más la situación y pensó en ceder antes de ver al muchacho destrozado o muerto. Jamás permitiría que el chico sufriera, aunque fuera el culpable de todo, por lo que iba a hablar y a descansar, pero justo entonces, una voz conocida surgió a sus espaldas.

—El capitán nunca hablará. Preguntadle al chico, también vio los mapas.

El alicantino se volvió hacia atrás, y su vista confirmó lo que su oído había escuchado. Una oleada de impotencia y odio invadió todo su ser cuando vio a Enzo de pie, hinchado, con la cara aún congestionada y violácea, con su recién estrenada falta de dientes. En ese momento, otra oleada, pero esta vez de dolor, arañó su corazón al ver al niño inocente padeciendo en el suelo. En ese momento lo supo todo. El chico nunca los había traicionado. Es más, con sus doce años mantuvo el tipo de una manera inapropiada para su edad. Sin embargo, su desconfianza había estado a punto de matarlo.

—Juro por Dios que acabaré contigo, Enzo. ¡¿Cómo has sido capaz?! ¿Dónde fue? ¿Cuándo?

—¿Creáis de verdad que escaparíais? Yo sabía que este sería vuestro final desde el mismo momento que aceptasteis al chico en el barco. Era el motivo por el cual estaba allí, y lo sabes. El Siciliano llega a todas partes, no lo olvides. Te escapaste en Ciudad del Cabo por los levantamientos, y en Cocos, a pesar de mi recomendación, porque el agente no disponía de efectivos de confianza para sustituirlos. Pero fue allí mismo donde tramamos esto. Este barco lo contrató él para que os siguiera, y si era necesario, os empujara hasta Lü Tao para acabar la misión, pues temíamos que si os creáis perdidos podríais haberla evitado. Después de eso, la misión de estos hombres era la de capturaros y no dejar a nadie con vida. Era difícil, la verdad, y nunca lo hubiesen conseguido sin mí, primero por lo de la lejía en las velas, después por el mensaje que le dejé en un salvavidas, cuando más cerca estaban de nosotros, con la información del barco hundido que encontré sobre la mesa de tu camarote. Sabían por mí de tus tretas, de vuestra manera de actuar, de medrar en el mar sembrando la equivocación, y fue por eso por lo que esta mañana encontraron nuestro rastro.

Pedro se quejó desde el suelo, donde todavía permanecía tirado. El capitán, inmovilizado en la silla, le lanzó una mirada de súplica, de perdón por este fin. El marinero herido intuyó con certeza lo que bullía en la cabeza de su amigo, y sufrió por no tener tiempo ni fuerzas para explicarle. De haberlas tenido, le hubiese dicho que así era la vida, una apuesta continua en la que el devenir o la edad siempre acaba por vencer, y que de perder, mejor de esta forma. Al final, recompuso su cara surcada por el dolor y en un esfuerzo supremo le soltó:

—Bien alta la cabeza, capitán. Lo intentamos... con dos cojones.

El italiano se acercó hasta él con frialdad, mientras su dedo señalaba su rostro violáceo. A escasos centímetros de la cara de Pedro, murmuró:

—Tú me has puesto así. —Tras eso hundió lentamente un cuchillo en la garganta de Pedro.

—¿Vas a hablar, o continuamos con el chico? —amenazó el pirata español descomponiendo la escena.

—Dejad al chico en paz y os prometo que os llevaré yo mismo al lugar.

—Eso es mucho más inteligente por tu parte —aseguró el pirata.

El español y dos hombres más acompañaron al capitán hasta su camarote, y poco después regresaron con los mapas. Tres piratas se quedaron en el barco para sacarlo de allí cuando subiese la marea y unírseles más tarde. Recibirían una muy buena cantidad de dinero si lo dejaban en Cocos, pero ya en la mente del capitán Tao empezaba a germinar la idea de quedárselo. Era una nave magnífica, que con muy pocos retoques los haría poderosos. Sacaron de su interior cuanto de valor encontraron. Enzo protestó por los cofres de oro, y esgrimió con firmeza que pertenecían al Siciliano. Tao no tuvo que explicarle nada, una simple mirada lo silenció. Luego arrojaron los cuerpos de los hombres al agua. La sangre pronto atrajo una jauría de tiburones que compitieron por el festín. A Javier no tuvieron que tirarlo, el mismo lo había intentado antes para ganar la orilla con su herida y todo, pero lo acribillaron antes de que alcanzara la playa.

Al Puma lo encerraron en un sucio camarote donde permaneció día y noche con estrecha vigilancia, y solo de vez en cuando se le permitía una breve visita del chico. Aparte de Ezequiel, el único que se entrevistaba con él era el español, pero únicamente con el propósito de intercambiar impresiones sobre el lugar donde se hallaba el pecio, del que todavía los separaba la distancia de un día. Por su más que supuesta peligrosidad, el capitán tenía cortada sus alas. Sin embargo, tanto Enzo como el niño tenían cierta libertad para desplazarse por la cubierta del barco, donde dormían de noche, vigilados por la guardia de turno.

Tao se despertó con un tremendo dolor de cabeza. La excitación por la inminente aventura, que bien podría bañarlo en riquezas, lo había mantenido abonado al insomnio durante gran parte de la noche. Después de unas horas inquietantes para su cerebro, en las cuales no dejó de pensar en los posibles desenlaces, consiguió caer en un profundo sueño, del que ahora había sido despertado por un griterío inusitado. Se levantó furioso, se vistió, y salió de su camarote dejando tras de sí un catre sudado en el cual se veía

reflejado su paupérrimo descanso. Cuando salió a cubierta, vio a casi toda su tripulación en ella, arrancada de su descanso de la misma forma que él, por culpa del europeo que había delatado a sus camaradas. Enzo estaba tendido en el suelo, desnudo y gritando de dolor, con sus manos tapando sus partes íntimas, que sangraban abundantemente. Con un monumental enfado por su interrumpido descanso, Tao preguntó a uno de sus hombres qué había pasado, y fue el pequeño japonés, que a esas horas estaba de guardia, quien contó lo sucedido.

Cuando le narraron los hechos, Tao se dirigió hacia el lugar donde se encontraba Enzo, y sin mediar palabras le propinó un tremendo puntapié en la boca que le abrió un torrente de sangre. Después, para poder hablar, hizo que algunos de sus hombres acallaran los gritos del italiano.

Dio orden para que echaran el ancla, y cuando el barco se detuvo completamente, se dirigió hacia Enzo, que no dejaba de suplicar y pedir perdón, advirtiéndole que si moría no recibirían el resto del pago estipulado en Cocos. Le dieron igual sus torpes amenazas; lo amarraron a una cuerda y Tao lo arrojó por la borda sin ninguna consideración. Al aparecer las primeras aletas, lo subieron ahogado en su miedo, y antes de que el barco retomase la navegación, el jefe de los piratas soltó ante sus hombres lo que bullía en su interior.

—Cualquier hombre, europeo o asiático, amigo o enemigo, que muestre signos de feminidad en mi barco, no estará en peligro, pero si actúa como tal, lo que recibirá será algo mucho más severo que lo que suministré al desgraciado este. Así que, si alguien se siente tentado, que lo haga fuera de mi barco, con gente que no sea de mi barco, porque si no es así y me entero, lo pagará caro.

Horas más tarde, luchaba contra las ideas recurrentes que asaltaban sus pensamientos una y otra vez describiéndole distintas posibilidades. Las escrutó detenidamente, muchas veces, pero siempre arrojaban un desenlace distinto. Sus hombres le observaron como si estuviese ausente, hermético más bien, aunque ninguno de

ellos se atrevió a deslizar una opinión. Él, Tao, leyó en sus rostros la respuesta. Pero ellos no eran él, porque sobre ellos no recaía la responsabilidad del futuro de sus familias, de sus vidas. Se estrujaba los sesos intentando dilucidar qué era lo más conveniente a sus intereses, si cumplir el trato al que había llegado con el europeo de Cocos, o si, por el contrario, obviarlo y quedarse con el barco y el oro. De ser con otro hombre, no hubiese tenido dudas, pero con ese europeo... Aun encontrándose aislado y limitado de recursos, se deslizaban no pocas murmuraciones sobre sus capacidades. Llevaba solo dos años en las islas; sin embargo, cuando fue necesario, levantó de la nada una jauría para acometer lo que hubiese que llevar a cabo, tanto de oriundos de la zona, que lo empezaban a defender a muerte, como de occidentales a su cargo, repartidos por otras zonas del mundo si el caso lo precisaba. Y todo eso a pesar de que las habladurías decían que solo era el agente de alguien todavía más importante.

Sus hombres le pedían a gritos con los ojos que se quedasen con todo y arrojasen al italiano por la borda para festín de los tiburones. Pero ellos no eran como Tao. Eran muy valientes y muy cafres, pero sin dos dedos de frente para pensar que sus familias se encontraban a escasas millas del susodicho sujeto. Decidió que debería entrevistarse con los dos hombres, tanto con el capitán como con el italiano, por separado, y sonsacar información con la que analizar la situación para extraer la mejor conclusión.

Mientras pensaba en aquello, su mirada no se detuvo en nada, tampoco en el conjunto de armas que habían requisado a los hombres del Cauteloso. No obstante, un cuchillo muy afilado, con mango de cuerno de ciervo, atrajo su interés. Lo tomó y encaminó sus pasos hacia otra parte del barco masticando sus devaneos. Oyó la inequívoca presencia de un nutrido grupo de delfines. Era extraño en aquella época del año, ni siquiera recordaba que algo parecido hubiese acontecido antes, pero sí, eran delfines. Se encaminó hasta unos respiraderos de las bodegas que había junto a los palos del Cauteloso y se sentó. Observaba cómo uno de sus hombres ponía los ojos en el italiano y supo lo que pensaba: lo hubiese machacado allí mismo y lo habría arrojado al mar. Hasta él mismo lo haría si el

futuro de sus familias no dependiese de detalles como ese. Puso el cuchillo a su lado, y mientras miraba al cielo buscando respuestas, tomó una decisión: «Primero me reuniré con el gordo y después con el capitán Puma, tras lo cual obraré en consecuencia».

El hombre que había puesto en proa para vigilar el fondo pidió cautela al que maniobraba el timón, pues un banco de arena se insinuaba cercano. Tao corrió hasta él, olvidando el cuchillo en el lugar donde lo había depositado, y comenzó a despotricar al tiempo que se hacía dueño de la situación. Estuvo un rato ordenando variaciones aquí y allá, intentando como fuese salvar al Cauteloso de la marea baja. «Es un barco fantástico —pensó—. Con un buen motor que lo ampare en las faltas de viento, sería insuperable.» El dinero para el motor, lo tenía. ¿Tendría el valor? Un ruido de deslizamiento los abrazó cuando el barco encalló en el banco de arena, arrojándolos al suelo violentamente.

Enzo estaba nervioso. Aquellos desarrapados habían sido capaces de arrojarle por la borda y dejarle en el agua lo que le pareció un tiempo interminable. Gracias a Dios que lo sacaron en el instante que aparecieron las primeras aletas de tiburón, y sus quejidos protestaron con desesperación que algo le había rozado los pies. Tenía que reunirse como fuese con Tao, a solas. Reconducir la situación que intuía opaca, explicarle quién era el Siciliano, hacerle ver de qué medios disponía e insinuarle, sin que sonara amenazador, hasta dónde era capaz de llegar si se le agraviaba. Advirtió en los piratas los ojos de avaricia cuando repararon en el oro, y los gestos de admiración cuando tomaron el Cauteloso y lo pusieron a navegar en mar abierta. Tenía que reunirse con él como fuese, sin mostrar necesidad, sin enseñar el miedo que lo abrazaba. Pero ¿cómo hacerlo sin que este reparase que era una treta para reconducirlo? Tao debía saber quién era el Siciliano. Era necesario que conociese sus muescas en el revólver, como las que marcó el día que asesinó con sus propias manos a sus dos sobrinos gemelos cuando descubrió que le robaban un

porcentaje del negocio que dirigían en su nombre, y cómo después, cuando su hermana fue a maldecirlo, exigió a los presentes que la violaran uno tras otro mientras él apuraba un faisán con la tranquilidad de quien observa una puesta de sol. Sí, ese era el Siciliano, el jefe de los piratas debía de saber eso y muchas cosas más, como que sería capaz de arrancar sus cuarenta y seis barcos y sus respectivas tripulaciones de otras latitudes del mundo para ponerlos tras su cabeza y lavar la afrenta.

El italiano oyó un ruido extraño que achacó a pájaros desconocidos, aunque después comprobó, cuando vio a otros piratas observando el mar, que se trataba de delfines. Se cruzó con un marinero que lo miró sin ápice de neutralidad, y que tal vez pensara que él era un pez gordo. Vio a Tao sentado al fondo y se encaminó hacia él, aunque sin saber cómo abordar el tema. Justo antes de llegar a su altura, los gritos de un marinero asentado en proa arrancaron nerviosamente a Tao de su descanso. Se sentó donde había estado Tao y siguió dando vueltas al asunto. Un rato después, los gritos volvieron con más intensidad, lo que le levantó de su inquieto asueto hasta que un estruendo arenoso hizo que todo se precipitara con violencia. Una gruesa maroma que colgaba, a la cual se agarró, evitó su caída hacia delante. El propio rebote lo depositó nuevamente en su asiento, golpeando con su culo el cuchillo con mango de ciervo que había olvidado Tao. El italiano lo deslizó accidentalmente por el respiradero de la bodega.

«Ha de haber una oportunidad, ha de haberla», se decía el Puma una y otra vez. Estaba en la penumbra lúgubre de las bodegas del Cauteloso, con cadenas y bastantes kilos de peso que lo mantenían sujeto al fracaso. Tenía que lograr hablar con Tao, a solas. Desmigajarle sobre el plano de la realidad todo lo que podía acontecer. No sería un impedimento el hecho de que hubiese acabado sin misericordia con sus hombres, aunque bien sabía Dios que de tener la oportunidad, arrancararía uno a uno los ojos a todos ellos y se los comería crudos por mucha indigestión que le

reportase. Pero era necesario salvar a Ezequiel, costase lo que costase, y para ello no concebía mejor forma que describirle toda la verdad. Tenía que mostrarle quién era el Siciliano, cuáles serían sus pasos si le fallaba, pero también en qué se convertirían él y sus hombres si no lo hacían y cumplían. Si fracasaban, la muerte más horrenda, por descontado. Pero si lo hacían, serían sus esclavos para siempre, bajo la constante amenaza a sus familias, que serían en adelante una pinza sobre sus partes. Solo había una oportunidad y esa pasaba por un plan que él desarrollaría para ellos, al que destinaría incluso su lealtad, a cambio de que dejaran a Ezequiel en Joló, la isla recomendada por el nodiano de El Hierro, donde sabía que el chico estaría a salvo.

El Puma se estremeció. Había pasado frío durante toda la noche, a pesar de haberse enrollado entre maromas y colocarse junto a un fardo que poca protección le pudo ofrecer. Alguien en cubierta se situó sobre su cabeza. Pudo distinguirlo por el ajetreo de pisadas y las constantes interrupciones sobre los rayos del sol que se colaban por el respiradero. Oyó a los delfines y se extrañó por la época. Dejó esas nimiedades y se centró. No podía engañar a Tao, necesitaba contarle toda la verdad, sin zonas ocultas, y para ello se repitió que debía explicarle sin fisuras quién era el Siciliano. Eso lo pondría por encima de cualquier cosa que pudiese contarle Enzo. Estaba dispuesto a todo, incluso a enseñarle los secretos del Cauteloso, indicarles los lugares donde los podrían encontrar sus perseguidores, o llevarlos hasta el tesoro y a entregarles su vida sin lucha, pero únicamente si veía a Ezequiel a salvo.

Su plan era el siguiente: partir hacia Cocos haciendo creer a Enzo que esto sucedía en sintonía con sus deseos. Dejar que este pensara que tenía el mando intelectual de la misión. Tras eso, simular contratiempos y roturas cerca de Bali, donde el Puma sabía, por informaciones obtenidas el año anterior, que el agente del Siciliano tenía un informador con capacidad de movimiento en Kuta. Allí, aprovechar los tres días que tardarían en arreglar los falsos desperfectos para que Enzo apremiara al informador y que este llevara las noticias de que él, Enzo, llevaba el oro, el Cauteloso y a su capitán capturado. A partir de ahí el plan se desarrollaría con

rapidez. Varios hombres de Tao saldrían tras el informador en otro barco alquilado para llegar a Cocos y rescatar a las familias de los piratas, mientras el agente del Siciliano se quedaría esperando unos días más a que llegara Enzo con todo el botín. Pero, en verdad, Enzo estaría muerto, y ellos con días de ventajas para acometer el resto. Ezequiel y las familias de los piratas a salvo, y ellos a por el tesoro, tras el cual, el destino dictaría. El Puma sintió la laceración bajo sus pies. El Cauteloso, su barco, había entrado de lleno en lo que supuso un banco de arena, y al mismo tiempo, algo afilado cayó desde el respiradero que había sobre su cabeza. De inmediato reconoció el cuchillo de Javier.

La noche le trajo sosiego y algo de abrigo cuando Tao bajó a la bodega buscando al Puma en demanda de información. Se la dio, toda, y con ello les brindó lo que Tao y sus hombres pedían: una oportunidad para tener éxito. Pero con la aurora, todo se vino abajo cuando el destino les trajo un barco conocido por los piratas y el nefasto sople de que más de ochenta hombres a cargo del agente occidental habían tomado la isla de Home y rodeado con disimulo los hogares de los piratas. Supo que todo su plan tan bien cosido se había deshilachado en un momento cuando lo sacaron a cubierta y pudo ver la cara de satisfacción del italiano, que lo miraba con tintes de mofa sabiéndose vencedor, ya no le cupieron más dudas. Más tarde, un hombre de Tao le dijo que su jefe le había pedido que le dijera que lo respetaba, pero que todo se había ido al traste con la nueva situación. Le contó que hubo desavenencias entre el italiano y Tao, pero finalmente llegaron a un acuerdo para que antes de partir hacia Cocos, buscasen el tesoro, el cual quedaría repartido en dos partes iguales: una para el Siciliano, de la que Enzo se llevaría un cinco por ciento, y la otra mitad para los piratas, que finalmente aceptaron.

El sol se encontraba en mitad de su recorrido cuando el Puma, encadenado de pies y manos, sujeto por un cordel, y lo que supuso no menos de veinticinco kilos de hierro en su espalda, se negó

nuevamente a señalar la zona donde, según sus cartas, se encontraba el barco hundido. Llevaba fuera de la bodega algo más de dos horas. Antes de salir había intentado negociar con el pirata español, hombre de Tao, que fue el encargado de llevarlo a cubierta, pero no pudo lograr que a Ezequiel lo dejaran en la isla mencionada. Ni siquiera Tao, que lo quería en su tripulación por el don de idiomas que tenía el niño, y porque lo consideraba una pieza de importancia en las futuras negociaciones de su barco con los occidentales, pudo retenerlo. Enzo se negó en redondo a ello, persistiendo en la idea de que el único sino del chico sería permanecer a su lado hasta que él creyera conveniente, sobre todo después de la herida que el niño le provocó en sus partes cuando intentó abusar de él. Esa información, desconocida hasta entonces por el Puma, le reportaron dos cosas: orgullo por el chico, que se había defendido de Enzo con arrojo, y la esperanza de que si lograba quitarse de en medio al italiano, quizá pudiese brindarle una oportunidad, incluso con aquellos piratas, pues sabía que tarde o temprano, mediante su astucia, lograría escapar de ellos.

—Capitán Puma —la voz del pirata español rompió el hilo de sus pensamientos—, por última vez. ¿Dónde se encuentra el barco hundido?

El Puma levantó con cierta libertad su brazo encadenado y señaló una cala cercana. En sus ojos apareció un tenue brillo de esperanza, al tiempo que guardó para sí el esbozo de una sonrisa.

Dos horas y media más tarde, uno de los piratas, de origen filipino, encontró el barco hundido, y Tao le ordenó que subiera a bordo para desarrollar el plan de búsqueda y rescate del tesoro. El marinero habló del buen estado de conservación en que se encontraba el barco, de la nula corriente que existía y de lo fácil que resultaría investigar su interior al hallarse a unos doce metros de profundidad con marea baja. Tao se quedó pensando en las palabras del filipino, pero creyó conveniente contar con la opinión de su homólogo europeo, que llevaba mucho tiempo estudiando las probabilidades del rescate. Comunicó al pirata español que le preguntase a su compatriota por el método que había pensado emplear, pero la sorpresa de todos fue mayúscula cuando vieron que el alicantino no

se encontraba en el lugar que debía, donde solo quedaba un grueso cordel cortado limpiamente. De repente oyeron las pisadas torpes y el arrastre de hierros, y vieron cómo el Puma se abalanzaba sobre la descuidada figura del italiano, que estaba mirando por la borda. Con las cadenas que unían sus manos le enlazó el cuello, y después saltó por el abismo de la desesperación con sus kilos de hierro arrastrando la silueta chillona tras él. Ambos cayeron al agua en un estrépito de gritos y chapoteos, mientras el peso de tanto metal los empujaba abruptamente hacia el fondo. A pesar de las aletas de tiburón que empezaban a surcar la superficie, un marinero se lanzó al agua ante la orden de Tao para recuperar como fuese el salvoconducto que se les escapaba. Alcanzó a los hombres a los seis metros de profundidad, pero lo único que pudo asir fue la sorpresa de un cuchillo con mango de ciervo entrándole por el ojo. Fue la sangre la que dio la campanada inicial del festín. Luego vinieron los cortes en la barriga del italiano, y un pulular de excitados tiburones se enzarzaron con frenesí.

Ezequiel se encontraba recluido en la bodega del Cauteloso con el cuerpo lleno de cardenales, testimonio de la tremenda paliza que le habían dado los piratas una vez que asimilaron la nueva situación. Aunque no fue testigo, porque llevaba dos días aislado, supo que el capitán, Enzo y uno de los piratas habían muerto devorados por los tiburones. Lloró sin consuelo por el Puma. Poco antes se había despertado con carraspera y un agrio sabor a sangre invadió su boca. Cuando escupió, un amasijo pegajoso y oscuro salió al exterior. Mientras lo arrastraban hacia cubierta, pudo apreciar que el paisaje había cambiado, pero solo en la perspectiva, ya que el lugar donde el barco estuvo anclado el día anterior se veía a varias millas de distancia.

Con gritos desordenados y muy malos modos, lo bajaron a un bote que se balanceaba en el agua. En el interior había dos marineros y, junto a la chalupa, saliendo de la superficie, asomaban unos veinticinco centímetros de gruesos maderos que completaban una

figura cuadrada. Al acercarse, advirtió que los maderos eran enormes cañas de bambú y que se trataba de una jaula que flotaba gracias a unos corchos macizos amarrados a ella. En ese momento supo cuál iba a ser su destino y empezó a llorar desconsoladamente, como el niño que era.

El barco se alejó en dirección al naufragio. En la barca se quedaron dos piratas y un Ezequiel asustado pidiendo ayuda a su compatriota. El socorro del pirata no fue más que un bofetón en la cara que lo hizo callar, pero más por orgullo que por miedo. Minutos más tarde, el barco llegó a la posición deseada y el español, ayudándose de unos prismáticos, pudo ver las señales que le autorizaban para que iniciase su trabajo.

Ezequiel gritó cuando notó el primer corte en su hombro. Los gritos volvieron a escapársele otra vez, cuando sintió de nuevo su carne profanada por la afilada cuchilla que manejaba el español. De varias zonas de su cuerpo manaba sangre, pero no en cantidades excesivas como para que le preocupase su vida. Lo que verdaderamente le preocupaba eran los seres que su sangre atraería. El español cortó las cuerdas que ataban las manos del niño y lo arrojó, no sin esfuerzo, al interior de la jaula. Luego ordenó a su compañero que se alejasen unos metros de ella.

Llevaba varios minutos en el agua cuando vio aparecer la primera aleta. Era un buen nadador, pero mantenerse en el centro de la jaula requería demasiado esfuerzo, así que dejó de llorar al ver que no le aportaba nada y pensó en relajarse todo lo que pudiese para ahorrar energías y sangre. El ingenio de Ezequiel, misteriosamente, se agudizó cuando llevaba algo más de media hora en el agua. En ese momento, y ante la cercanía de la muerte, su inteligencia le ofreció alternativas en las que segundos antes no había reparado. Serenándose, como si sintiera que algo le tendía una mano, empezó a tomar aire y dejarse caer hasta el fondo de la jaula con ayuda de una maroma amarrada al fondo, para descansar sus doloridos brazos y sus fatigadas piernas, hartas ya de patalear. Allí, debajo del agua, mantenía los ojos abiertos para controlar la distancia con las paredes. La visión era angustiosa. Las heridas de su cuerpo parecían hogueras que ahumaban de rojo las aguas. Hogueras que,

con su calor y tintado agrisado atraía a numerosos tiburones que, aunque no eran demasiado grandes, sí lo suficientemente voraces como para merendarse un brazo al menor descuido. De esa manera continuó por un tiempo que supo a eternidad, y que repartió entre descansos en el fondo de la jaula, que iban aumentando la capacidad de sus pulmones, y el corto tiempo que necesitaba para oxigenarse. Desde la inquieta superficie, Ezequiel podía observar asustado las aletas que sobresalían del agua, y se preguntaba si los escualos serían capaces de saltar sobre los bambús que asomaban a la superficie. Algún tiempo después, sus inquietantes preguntas dejaron de acosarlo. Ya habían pasado más de dos horas y ningún tiburón había intentado entrar por la parte superior de la jaula.

La sed comenzó a ser el mayor escollo para el niño. No sabía cómo podía llevar tanto tiempo sin haberse ahogado, pero el miedo a los escualos había disminuido, al menos mientras tuviera de por medio esos barrote. Tras cada diez minutos en la superficie del agua, manteniéndose con repetitivos movimientos de manos y pies, se pasaba otros diez minutos sumergido, divididos en periodos de oxigenación y apnea, agarrado a la cuerda del fondo de la jaula. La inexplicable tranquilidad que le embargó se esfumó cuando los tiburones dejaron de nadar alrededor de su salvadora prisión y comenzaron a golpear cada vez con mayor frecuencia los robustos travesaños de bambú, firmemente engarzados y sujetos con cordeles poderosos. Cuando empezó a utilizar la táctica de descansar en el fondo, su apnea era corta y angustiosa, pero su tolerancia a los largos periodos de ausencia de oxígeno se había multiplicado varias veces, lo que le permitió descansar con mayor regularidad.

El pirata español, que se cubría la cabeza con un parasol, vio que el barco abandonaba su posición de rastreo y regresaba a por ellos. Todavía no sabía cómo el chico, el cebo, había aguantado siete horas sin perder el conocimiento, pero, sin duda alguna, se debía a esa extraña tenacidad que asoma en el ser humano cuando es asolado por situaciones extremas. Había aguantado mucho más tiempo del que hubiese apostado. Finalmente, tuvo que darle un flotador de corcho para que no se ahogara, y un minuto después el

cuerpo de Ezequiel desfalleció, quedando inerte y a merced del salvavidas.

El ruido del motor despertó a Ezequiel, que se asustó al ver el ejército de aletas que lo rodeaba. Solo fue un instante, porque al recordar el lugar donde estaba y las horas pasadas, esa misma rutina se encargó de tranquilizarlo.

El junco estaba anclando a escasos metros de él cuando el bote del pirata español se acercó para recogerlo. Le indicó que subiera, el castigo había acabado. Ezequiel, azulado y con los labios temblorosos, avanzó con dos brazadas hasta ganar la barca posicionada junto a su prisión. Iba a subir, pero justo cuando alzaba las manos para que lo recogiese el marinero, un enorme golpe sacudió la jaula. El chico cayó de nuevo al mar, a la vez que los amarres que unían la jaula se desprendían de sus uniones. El marinero que acompañaba al español se precipitó como disparado a varios metros de distancia, y cayó al agua sin saber qué había ocurrido. Cuando Ezequiel fue consiente de la situación, quiso reaccionar, pero quedó paralizado por la falta de aire en sus pulmones y los numerosos asesinos que lo rodeaban. Estaba a varios metros de profundidad, pero esta vez sin maderos que lo protegiesen. Pidió un esfuerzo a su fatigada mente y esta le recordó la potencia del golpe que lo había arrojado al lugar donde se encontraba. Entonces, cuando sopesó las dimensiones que podría tener la criatura que había golpeado la jaula, un escalofrío lo traspasó. Inquieto, miró en todas direcciones, y en todas ellas vio difusas manchas alargadas de escualos de cierto tamaño. Sin embargo, estos se mantenían a una distancia prudencial. Desentendiéndose y empujado por un miedo que liberaba toda la adrenalina de su cuerpo, empezó a seguir las burbujas de aire que se le escapaban hacia la superficie. En su loca carrera solamente albergaba una preocupación: aquello que había sido capaz de romper los barotes de bambú como si fueran de juguete.

Estaba a punto de salir a la superficie cuando giró su cabeza para mirar a una intensa oscuridad que le tapó el sol, y fue entonces cuando todo el aire de sus pulmones se esfumó de golpe. Frente a él, a escasos metros, se encontraba el tiburón más grande que

jamás había visto. Ni siquiera en las más fantásticas historias que le había contado Pedro sobre antiguas aventuras por mares desconocidos, imaginó un tiburón de ese tamaño. Su frío cálculo le indicó que se trataba de un gran blanco de ocho o nueve metros, cuya boca sería capaz de partirlo en dos de un mordisco. Pensando esto, el tiburón fijó su interés en él, y al instante arremetió mostrándole sus fauces abiertas de par en par, dejando entrever una gran hilera de dientes afilados como cuchillos y grandes como peras invertidas. La funesta visión lo paralizó antes de salir a la superficie. Ya solo aguardaba el cortante filo de la muerte, pero con los ojos abiertos, como lo habría hecho su amigo Puma o el mismo Alan. Sin embargo, en el último momento, la bestia cambió su dirección hacia otra persona que había en el agua.

Al alcanzar la superficie, una ola le golpeó la cara. Hinchó sus pulmones al límite y, seguidamente, notó unas manos que lo asían y lo sacaban del agua. Su salvador era un pirata que, tras ver la despreocupación de su colega español, bajó rápidamente al bote.

A salvo en la chalupa, Ezequiel vio cómo la parte inferior que quedaba del desafortunado que había caído al agua era devorada por el grandioso tiburón, a la vez que oía la reprimenda del español al otro pirata, que se vino arriba, cuando desde la cubierta recibió el apoyo del capitán Tao. A bordo, el muchacho fue golpeado y torturado para que confesara si el capitán Puma los había engañado, porque en el barco no habían encontrado absolutamente nada de valor. Solo después de que el muchacho aguantara una tremenda paliza sin abrir la boca, los piratas quedaron convencidos de que el pecio había sido saqueado con anterioridad. Tao, contrariado y furibundo, dio órdenes para que curasen al niño y no lo volvieran a tocar. Lo iba a convertir en su particular mina de oro, al menos por un tiempo.

Dos semanas más tarde grabaron a cuchillo un escorpión en el omoplato de Ezequiel, pero el cuerpo sin cola terminaba en el hombro. Fue muy doloroso, tanto por el filo cortante como por el tiempo empleado en completarlo. Luego amarraron al niño al sol, en una postura incómoda, y lo dejaron hasta que se le quemó la espalda y la zona dañada por la figura. Después de aquello, estuvo

tres días con fiebre, pero finalmente mejoró con los dolorosos enjuagues de agua de mar y pomada de algún tipo de cactus, según le dijeron. Todos los hombres tenían uno igual, con la diferencia de que la cola y el aguijón subían por la parte derecha del cuello rodeando la oreja, salvo el pirata español, que tenía dos, uno a cada lado, y Tao, cuya tercera cola terminaba casi al inicio de su frente rapada. Le dijeron que tarde o temprano lograría su cola, como todos, pero para ello debería arrancar antes su primera vida humana.

Ezequiel esperaba con ansiedad ver las legendarias costas de Japón. Aún no tenía su cola de escorpión, y no porque los piratas no le brindaran oportunidades, sino por tozudez, pues en la primera ocasión que tuvo juró que jamás quitaría vida alguna. Aquel principio de intenciones le reportó bastantes palizas y no pocos días sin comer.

En los ocho meses que llevaba en el barco, ni un día había dejado de oír hablar de la majestuosidad de las tierras donde el capitán Tao tenía otra base ilegal. En cualquier caso, Japón, Filipinas, Tailandia o Australia, le daba lo mismo, pues lo único que quería era desembarcar e intentar huir una vez más de la esclavitud que gobernaba su vida. Hasta ahora nunca lo había conseguido, y eso que ante cada oportunidad que le ofrecía el destino, había reaccionado con un intento de fuga, pero siempre terminaron en el muro de los fracasos, y luego venían los más crueles castigos y los más horrendos tormentos psicológicos. Sin embargo, y a pesar de todos y cada uno de los sufrimientos que le sobrevenían después de cada intento fallido, nunca caía en el conformismo, y planeaba nuevas formas de librarse de los barrotes donde el capitán Tao lo recluía.

En el barco, todos los piratas estaban sorprendidos por la inteligencia que mostraba el chico, pues era sumamente extraño que en tan corto periodo de tiempo hablara un japonés tan solvente. A pesar de todo, ninguno de los maleantes que le rodeaban sentía

afecto por él, salvo Shito, el marinero que lo salvó del temible tiburón. Ezequiel sabía que Shito le apreciaba, aunque este no lo demostraba por temor a sus compañeros. No obstante, siempre que era posible, le ayudaba a escondidas, sobre todo, en temas concernientes a la alimentación, porque la comida que recibía era deficiente.

La vida de Ezequiel se había convertido en una representación permanente. Era, como le dijo en una ocasión Tao, una máquina de hacer dinero. Desde su recuperación física, tras la muerte del capitán Puma y las terribles horas posteriores, formaba parte activa de lo que los piratas denominaban «El Circo de la Estafa». En el ambulante, se dedicaba a pelear en peligrosos combates por todas las costas del mar de la China y sus islas, haciendo las veces de asombroso prodigio o de extraordinario pelele. Los piratas aprovechaban su exótica estampa occidental para que pelease, como gancho de idiotas, contra el capitán Tao. Este, al llegar a cualquier puerto, participaba en peleas de apuestas clandestinas. Durante aproximadamente un mes, aceptaba el reto de los lugareños, que jamás hasta ahora lo habían vencido. El trabajo de Ezequiel consistía en pelear dos veces contra Tao. En la primera pelea, que se desarrollaba después de que Tao se mostrara invencible durante algún tiempo, Ezequiel siempre ganaba, exhibiendo en su victoria unos ágiles movimientos que le había enseñado el fornido pirata, adornados con dinámicas técnicas marciales sin sentido, pero muy atractivas, que le hacían netamente favorito en la pelea de revancha. Este engaño era aprovechado por el pirata español, que, apostando por el chico, sacaba sustanciosas ganancias que luego, en otros puertos, llenaban el barco de mujeres y fiestas. En el segundo combate, el de la revancha, Ezequiel sufría la ira de Tao. Para dar espectáculo y resarcirse de la vergüenza anterior, el capitán lo machacaba, pero siempre le respetaba la cara, pues decía que un luchador importante solo debía tener cicatrices en el cuerpo, porque la cara era el espejo y la huella del invencible. En esta segunda pelea, el español apostaba por Tao, que al no entrar esta vez en las apuestas para nadie, arrojaba una bolsa considerable de riquezas.

Aunque la vida del chico había cambiado por completo, y a veces su mente le provocaba pequeñas crisis de identidad por tantas contrariedades sufridas, nunca dejaba de pensar en su familia, su pueblo y sus valles. Muestra de ello eran las lágrimas que afloraban en sus mejillas cuando miraba al oeste, pues con esa mirada llena de nostalgia podía sentir en sus carnes la viva presencia de sus padres y sus hermanos.

La crisis melancólica que lo invadía esa mañana tras despertar era fruto de un hermoso sueño. En él, su hermana lo acompañaba el día de su primera comunión, cosa que hizo por agradar a su madrina. Allí estaban los rostros de las personas que tanto le querían. Rememoraba el maravilloso sueño cuando la voz de Shito lo sacó de sus pensamientos.

—Mira, Ezequiel, eso es Japón. Y en aquella dirección se encuentra la provincia de Kishu, el lugar adonde nos dirigimos.

Tras unas horas más de cauta navegación, arribaron a la costa, donde dejaron el barco escondido en un puerto natural. Protegidos por la noche, varios piratas, entre los que se encontraba Tao, se adentraron en el interior de la provincia. Allí tenían la intención de buscar una población con las condiciones idóneas para participar en algún espectáculo de luchas clandestinas.

Tao se había establecido en una fonda del barrio pobre. Detrás de la taberna se encontraba el granero, y allí se celebraban las peleas de apuestas. Durante el mes que llevaba luchando, se había mostrado intratable. Por el tatami pasaron muchos luchadores, buenos, malos y expertos, pero entre ellos no hubo ningún maestro. Como empujada por el viento, la fama de Tao se extendió por todas las poblaciones cercanas, trayendo un gentío fisgón y deseoso de apostar y de oler. Era el momento idóneo para poner en liza la doble participación de Ezequiel y recoger las enormes ganancias que llenarían la bolsa en el próximo lance. Después, era fundamental salir corriendo, pues no tardarían en llegar, llamados por la fama de

Tao, algunos grandes maestros contra los que el pirata nada podría hacer.

Una semana después, el granero se encontraba a rebosar. A pesar de las muchas entradas puestas a la venta para disfrutar del espectáculo, fueron insuficientes para satisfacer a todos los curiosos que deseaban ver en acción al extraño muchacho que una semana antes había derrotado a Tao, el invencible. En el combate de revancha, personas de todas partes y condición apostaban enormes sumas de dinero por el occidental. Según decían, y a pesar de su corta edad, su velocidad era endiablada y su técnica una secreta arte marcial de los caballeros templarios. Tan solo un hombre se atrevió a apostar una gran suma de dinero por el voluminoso asiático: el pirata español.

Más tarde, la mayoría de los asistentes que presenciaron el combate rodeaban la fonda gritando y maldiciendo con intenciones de linchar al perdedor. Muchos eran los que acabaron esquilmados tras perder en las apuestas. Otros, incluso bienes de consideración más seria. Algunos, simplemente se encontraban indignados con la actuación del muchacho que tanto había alardeado con su verborrea antes del combate, casi obligándolos a apostar. De cualquier forma, todos sin excepción se sentían engañados ya que el occidental no había mostrado los prodigios de la primera pelea, y por eso, la intención de la mayoría era, cuanto menos, la de propinarle una paliza. Pero entre toda aquella muchedumbre de encabritados con sed de venganza había un espectador que tenía planes totalmente diferentes. Esa persona lo había presenciado todo, lo que acababa de ocurrir y lo del combate anterior. Una persona con la cabeza despejada, de bajísima estatura y rostro poderoso y noble. Ese hombre sabía que la primera pelea había sido fruto de una farsa en la que se había obligado a participar al muchacho, pero también vio cosas que nadie percibiría. Había en aquello una coreografía determinadamente nítida para él, y exclusiva de la primera pelea, porque en cuanto al segundo combate, solo hubo miedo y un sálvese quien pueda. Pero también algo más que lo desconcertó por el misterio que encerraba. En ese segundo lance, no hubo escenificación. Sin embargo, los movimientos del niño, antes de que

lo venciera el cansancio, fueron tan extremadamente rápidos, que no podían ser pactados por el sangrante desenlace final, ni podía catalogarse como respuestas a un ataque. No, aquello no era respuesta, era anticipación, y no en aras a la rapidez, sino del vaticinio. Aquello superaba con creces la réplica, y eso lo desconcertó. A él, todo un maestro del budo, que conocía los mecanismos reactivos de la defensa frente al ataque. Aquello desafiaba hasta donde jamás había visto las leyes de la física, llenándolo de curiosidad y desconcierto. Por el bien del chico, tenía que intervenir.

Finalmente, la llegada de la noche pudo con las intenciones de los personajes que protestaban alrededor de la fonda donde se encontraban los luchadores. A esas horas, la masa ingente que había montado bullicio había desaparecido. Solamente quedaba un hombre, aguardando inmóvil y en silencio bajo el amparo de una pequeña techumbre, hasta que la puerta de la fonda se cerró por completo. Entonces decidió entrar por el granero hasta la habitación donde una lámpara encendida ofrecía señales de movimientos. Esquivó sin dificultad al dueño, que estaba limpiando el local, y subió por unas empinadas escaleras que, supuso, debería dejarlo a los pies de su objetivo. Cuando estuvo a la altura de la puerta que manaba luz a través de sus grietas, oyó el murmullo de varias personas en su interior. Con sus nudillos llamó a la puerta, y tras un prolongado silencio, una voz ordenó que alguien abriera. Una vez cesó el crujido de los goznes, la luz bañó parte del pasillo y la oscura silueta de un hombre que poseía un rostro quemado por el sol y surcado por arrugas y antiguas cicatrices.

—¿Quién eres? —preguntó el sujeto.

—Eso no importa. Vengo a hablar con tu jefe.

Desconcertado, el pirata dudó un instante, tras el cual miró hacia atrás en busca de ayuda.

—¡Que pase! —ordenó una voz desde el interior.

El extraño entró y vio a cuatro hombres sentados tranquilamente fumando unos puros. Entre ellos, reconoció al vencedor de la pelea y se dirigió a él.

—Desearía hablar contigo —dijo el hombre bajo.

—¿Qué quieres? —inquirió Tao.

—Al niño. Solo quiero llevarme al niño.

—¿¡De qué demonios hablas!?! —exclamó.

—Lo sabes muy bien. ¿O acaso crees que no sé que todo esto es puro teatro?

Tao se quedó pensativo un momento y a continuación hizo una señal a sus hombres para que atacaran al extraño. Instantes después, todos sus hombres estaban diseminados por el suelo, algunos con roturas en sus muñecas, otros, simplemente, sin poder moverse. El pirata, tras darse cuenta de que el personaje que se encontraba delante de él no era un hombre vulgar, decidió pasar a la defensiva.

—Está bien, está bien. ¿Qué quieres? ¿Has perdido tu dinero? Si es por eso, puedo devolvértelo. No se hable más. ¿Cuánto has perdido?

—No es eso, y tampoco vine a apostar. Pasaba por aquí y vi como maltratabais a ese pobre chico, y eso no puedo permitirlo. ¿Quién es? ¿De dónde proviene? ¿Tiene familia?

—Sí, nosotros somos su familia —Tao hizo una pausa en la que miró con inseguridad al hombre extraño—. El chico está estupendamente con nosotros. Lo recogimos de un naufragio donde fue el único superviviente, y desde entonces se encuentra feliz con nosotros.

—¿Dónde está? Quiero hablar con él —sentenció el hombre de rostro noble.

—Pues, me temo que no está, así que no va a ser posible.

Ante la negativa del pirata, el extraño se le acercó, y Tao aprovechó para lanzar un rápido ataque.

El pirata golpeó con todas sus fuerzas al intruso, pero este, para su sorpresa, le cogió la mano y todo su cuerpo siguió a esta en un corto pero intenso viaje de dolor que lo dejó en el suelo con su mano en la espalda, tan inmovilizada como el resto de su cuerpo.

—Ahora tienes dos alternativas —dijo el extraño—: la primera es que me digas donde está el muchacho; la segunda, cosa que no deseo, es que tu mano te quede inservible durante algún tiempo. Tú decides.

El pirata aulló de dolor y después pidió clemencia.

Cuando quedó libre, intentó convencer al extraño de que al menos le pagara un precio por el niño, asegurándole que había invertido mucho dinero en él, pero la mirada del hombre lo hizo desistir de cualquier cobro y llevarlo sin dilación hasta Ezequiel.

La puerta de la habitación se abrió y el hombre bajo encendió la luz. Con la claridad, percibió un agrio olor, mezcla de vino y sangre, por lo que dedujo que al chico lo habrían curado de sus heridas con saque. Con actitud serena, se fue acercando al niño, pero este, asustado, se arrinconó en una esquina de la cama.

—Hola, ¿entiendes lo que te digo? —Ezequiel asintió y se sintió raro por la repentina calma que le había proporcionado la presencia del hombre.

—¿De dónde eres?

—Soy español.

—¿Español? —murmuró el hombre con una mueca de asombro—. ¿Qué haces tan lejos de tu casa? —preguntó.

El chico le refirió brevemente su vida a aquel hombre que, solo con su proximidad, lo hacía sentirse bien. Al terminar su historia, este volvió a hablarle:

—Bien, Ezequiel, mi nombre es Morihei. Voy a llevarte conmigo. A mi lado no tienes nada que temer. Prometo ayudarte desinteresadamente hasta que seas mayor y decidas lo que quieres hacer con tu vida, si antes no encontramos una solución.

El pequeño asintió y, conmovido, resopló de alivio y soltó todas las lágrimas que no había podido llorar.

Morihei miró el cuerpo casi desnudo del niño, advirtiendo su lamentable estado. Estaba desnutrido. Las llagas y los cardenales poblaban macabramente su delgado ser.

—¿Puedes andar?

Ezequiel inició la marcha con mucha dificultad. Tenía la pierna derecha dolorida y totalmente inservible por culpa de un golpe que le había dado Tao en el muslo. El hombre, viéndolo, le hizo de bastón y lo ayudó con las escaleras. Cuando bajaron, llamó a voces al posadero, que apareció poco tiempo después.

—Prepara la mejor comida que tengas, el muchacho la necesita.

—¿Está loco? ¿Quién es usted?

—Será mejor que hagas lo que te digo, si no quieres que te denuncie a las autoridades por el negocio que tienes en la parte de atrás —le sugirió.

El cielo aún estaba totalmente oscuro cuando salieron de la fonda. Morihei curó las heridas del muchacho, pagó la comida y las provisiones, y compró un mulo para Ezequiel. Antes de la salida del sol, los dos abandonaron la población con destino a Ayabe, ciudad donde se encontraba la casa de Morihei. Durante el trayecto, la fatiga hizo que Ezequiel se quedase dormido, pero una repentina crisis nerviosa lo despertó y comenzó a llorar sin consuelo.

—Tranquilízate, respira con suavidad —murmuró Morihei ofreciéndole su atención—. Llorá lo que precises, desahógate y saca fuera la preocupación que oprime tu pecho. Expúlsala. Dime, ¿qué te atormenta?

—Mi familia —logró decir Ezequiel, intentando coger aire donde parecía no haberlo—, ¿qué le habrá ocurrido a mi familia?

Capítulo 4: El juez de la soberbia

Esa mañana, el Veterano se levantó con una extraña excitación, sin saber que ese día apacible dejaría paso a la tempestad. Llegó de Madrid la noche anterior, tras ultimar los detalles de un plan para cuya elaboración había necesitado años, incontables esfuerzos y no poca inversión por cuenta de su señor. En virtud de ello, este lo liberó de cualquier tarea y le otorgó el día de asueto, esperando que al finalizar la jornada hubiesen exitosas noticias sobre el buen desarrollo de dicha trama.

Tenía una casa que perteneció a sus padres en el centro del pueblo, pero la abandonó poco después de que falleciese su mujer, cuando su hijo tenía tres años, para mudarse a la hacienda de su señor, donde poseía una propiedad en usufructo. A su hijo, Ignacio, le faltaban pocos meses para que cumpliera catorce años, edad propicia para que determinase qué quería hacer en la vida. Esa mañana lo levantó muy temprano, contra toda costumbre, y lo llevó a una barbería que poseía en la esquina del paseo y que daba a la calle de la taberna Chiquitín. Tanto el padre como el abuelo del Veterano habían sido barberos de cierta reputación en el pueblo, y ese hubiese sido su destino natural, pero los distintos conflictos de ultramar le mostraron que había otras formas menos sutiles de emplear una navaja. Sin embargo, las pocas veces que disponía de una jornada de descanso, abría la barbería y se dedicaba al afeitado, porque decía que a su entrenamiento diario era necesario imbuirle de vez en cuando de ciertas dosis de paciencia y esmero artístico.

En las contadas ocasiones que abría, el pequeño antro se llenaba de hombres deseosos de reírle las gracias y de dejarle a cambio unos vinos pagados en la taberna del Chiquitín. Eso hacía que los dos o tres días al año que dedicaba al rasurado sirvieran para tener pagado el consumo de vino de todo el año. Decía de sí mismo que no era un hombre malo sin más, pues siempre ofrecía la oportunidad para que el sujeto rectificara la falta y se arrepintiese pidiendo perdón a su señor. Cuando eso ocurría, se lo hacía saber citándole para un afeitado en el que le contaba, a puerta cerrada, los dos caminos en que se bifurcaría su vida cuando saliera de su barbería con la cara suave.

Esa mañana, acompañado por su hijo, que se quejaba por lo intempestivo de la situación, abrió la barbería porque había citado a cuatro hombres que se quejaron de las condiciones laborales en el tajo de la vega y crearon cierto malestar entre el grupo.

Dos ya estaban esperando en la puerta, un tercero no apareció, y el cuarto entró y se acomodó con su inquietud en la vieja silla de barbero. El Veterano pasó su Dovo Solingen por el asentador y luego aplicó la crema de afeitar. El hijo, con cara de hastío, observaba la situación sin saber a cuenta de qué estaba allí.

—Tu abuelo y su padre vivieron toda la vida de esto, Ignacio. No es mal día para que lo pienses y decidas si esto que ves es lo que quieres hacer en adelante. ¿Qué opinas tú de lo que le digo al muchacho, Alonso? —preguntó dirigiéndose al hombre con la cara llena de espuma y los ojos embadurnados de angustia.

—Un hombre nunca debe entrometerse en los asuntos entre un padre y un hijo, Veterano.

Temblaba, el hombre temblaba a pesar de que sabía que aquello no era más que un toque de atención y que el Veterano jamás dio muerte a nadie en aquel sillón que consideraba lo más parecido a un altar.

—Y en las decisiones de su señor, Alonso, ¿crees que debe entrar un hombre?

—Desde luego que no, Veterano, pienso ir hoy mismo y pedir disculpas por mis quejas. Reconozco que por culpa del vino hablé más de lo que debía.

—No serán necesarias, Alonso, yo me hago cargo y así se lo expresaré a don Miguel. Tómame dos semanas de descanso, te vendrán bien para reflexionar. Seguro que tu mujer, cuando sufra en sus carnes las dificultades para preparar el potaje, te aconsejará bien para que la próxima vez que surjan el tipo de cuestiones a la que te adheriste ayer, no las secundes ni hartos de vino.

El afeitado del segundo hombre discurrió en los mismos términos, pero con el tercero hubo desavenencias por su actitud chulesca. Era forastero, y quería inculcar actitudes en el resto de los hombres, que si bien en el norte se toleraban, en el sur ni se insinuaban.

—Es tu decisión —zanjó el Veterano al ver que no entraba en razón—. Pásate en dos horas por el matadero y se te pagará lo que se te adeuda. Después de eso, te recomiendo que abandones el pueblo. Aquí no necesitamos gente de por ahí que venga a decirnos lo que tenemos que hacer.

—Nadie va a echarme de mi casa, la pagué y viviré ahí hasta que me dé la gana —respondió el Gijonés, que era el apodo con que todo el mundo lo conocía—. Además, nadie va a decirme lo que he de hacer. Meteos vuestro sucio trabajo donde os quepa, porque puedo buscarme la vida en otras cosas, pero nadie impedirá que diga a esa gente asustada que no es sano trabajar medio descalzo en campos embarrados con la enfermedad cosida al pecho.

Cuando el Gijonés salió, había un grupo de hombres que hacían cola para preguntar si la barbería estaría abierta esa mañana.

—A los seis primeros los afeitaré, y al Bobo también —puntualizó al reparar en Benicio el Bobo.

Comenzó con el primero, mientras daba instrucciones a su hijo, que parecía tener la mente en otro lugar.

—No es un mal trabajo, Ignacio, ¿qué dices?

—Que soy amigo del señorito, padre. Puedo conseguir algo mejor.

—Yo también me consideraba casi amigo del señor, y cuando las cosas se le torcieron, no dudó en poner su bota en mi culo. Así que si piensas que por el simple hecho de creer que eres su amigo vas a tener el futuro asegurado, mal camino llevas. Piénsalo, no es mala profesión. Te compraré, si quieres, cien globos que espumarás y afeitarás. Te aseguro que no romperás ninguno de los últimos

veinticinco. Fue así como me enseñó mi padre. Estoy seguro de que no te iría mal. En definitiva, eres hijo mío, todos los días tendrías una enorme cola esperando ahí afuera, pero ten en cuenta que el día que yo falte, nadie se sentará en este sillón, y solo serás el hijo de un apestado muerto.

El Veterano lo veía ausente, disperso, con la vista en la calle. Harto de trabajar incluso antes de debutar.

—Padre, tengo sueño. No estoy acostumbrado a estos madrugones. Mira ese perro tumbado ahí al sol, eso sí que es vida, ¿verdad?

—¿Tú prefieres estar ahí con el perro?

—Sí, me gustaría. ¿Puedo...?

—Sí —le respondió a su hijo sin mirarle la cara siquiera—. Si es eso lo que quieres, vete ahí con el perro.

Afeitó a otro hombre más y se excusó con el resto para ir a desayunar a la taberna del Chiquitín. Al verlo pasar, su hijo le preguntó y le siguió hasta entrar con él y sentarse en el salón trasero. Estaba allí uno de sus hombres con un calibre de coñac. El Veterano se le acercó y le insinuó algo al oído. Tres veces le dijo el hijo lo que quería comer, pero el Veterano ni caso, como si no existiera. Cuando le pusieron por delante el medio pan y el plato de lomo, su hijo fue a darle un pellizco al pan y el Veterano lo paró en seco.

—¡Fueeeera, peeeerrooooo!

Esa mañana no comió, y cuando volvió por propia voluntad al interior de la barbería, se mostró más atento.

—Bien —continuó el Veterano dirigiéndose a su hijo—. Veo que ahora sí estás aquí. Lo que te contaba antes de comer era que, en un principio, no te iría mal aquí, pero al final, tendrías que irte con tu navaja a otro lugar, donde seguirías siendo cordero. En el mundo existen tres tipos de personas: los amos, los perros y los corderos. A amo no se llega, se nace o es territorio inalcanzable; a perro, a este tipo de perro, se accede si se tiene la voluntad y la determinación necesaria; y para continuar siendo cordero solo tienes que coger esta navaja de afeitar y utilizarla el resto de tu vida con tipos que, cuando están ahí sentados, se creen más que tú aunque huelan a

estiércol o a sudor de una semana. Si quieres eso, adelante. Estoy seguro de que si les pido a esos de ahí fuera que pongan el cuello para que te entrenes, lo pondrán. Ahora, si lo que quieres es ser un perro, un perro de verdad y no la estupidez que propusiste antes, coge la otra navaja, la de muelles, y aprende a utilizarla. Todo se aprende en la vida, y para eso lo único que necesitas es manejar bien el asunto de las entrañas. Las tuyas, para que no te reconcoman en las noches solitarias, y las de los otros, para no desparramarlas demasiado con el consiguiente trajín que conlleva. Si quieres esto, que sí te dará la estima eterna del cacique y su heredero, aprende, pues se acerca el momento de practicar con una presa apropiada. Aquí, en este negocio, no hay Dios, ni santos con el san delante, ni deshonor, ni moralidad, únicamente las insinuaciones de tu amo y una actitud concisa por tu parte. No hay diferencia, créeme, entre que tu país te pida que mates en una guerra porque es legal o que la orden te la indique con discreción tu señor. Al fin y al cabo, si tú no lo haces, será otro quién lo haga y se lleve los aplausos. Así...

—Quiero ser un perro de este tipo, padre. A mí no me importa matar.

—Matar no es fácil. Te llevará un tiempo, porque no has estado antes en la guerra.

—Aprenderé.

—Aprenderás primero a callar, luego a ver, más tarde a no sentir náuseas con lo visto, y finalmente, si la ocasión lo requiere, que lo requerirá, a matar; pero ten en cuenta que no es fácil, aunque en el fondo es como montar en bicicleta.

Toda esta última parte de la conversación la tuvieron con el Bobo sentado en la silla, ausente y sonriente a la vez. Pasadas las doce del mediodía, cerraron la barbería y se dirigieron al matadero. En el centro de la fábrica se concentraba la mayoría de máquinas ensordecedoras, alrededor de una pequeña sala de despiece pulcramente alicatada, y casi siempre desierta, desde la que partía un tubo de acero que bajaba más de treinta metros en un ángulo pronunciado hasta alimentar unas corraletas con cerdos que había en el piso inferior.

Desde afuera, Ignacio oía a los cerdos gruñir sin descanso. Antes de abordar la pequeña sala central, el Veterano cogió dos trozos grandes de papel de un saco de harina y se los puso en forma de polainas, cubriendo íntegramente sus botas de Valverde. Una vez en la sala, el hijo del Veterano descubrió que los gruñidos que había oído desde el exterior no pertenecían a los cerdos. Dentro estaba el Gaditano con dos hombres amarrados y llenos de moratones y cortes. Uno de ellos era el Gijonés, el otro, supuso el chico, sería el que no se había presentado en la barbería. Estaban de rodillas, con la frente apoyada en el suelo y las manos amarradas en la espalda. Su padre sacó el revólver del interior de la chaqueta, lo puso en la sien del Gijonés, y mirando a su hijo a los ojos, le dijo:

—Así se mata a un hombre. Créeme cuando te digo que con el tiempo no hallarás diferencia entre esto y abrir un caqui por la mitad para extraer su jugosa pulpa. —Y disparó.

Tras las detonaciones, cuando vio los cadáveres en el suelo y a su padre con la cara y el traje manchados de restos pulposos, el muchacho comenzó a vomitar sobre las mesas cercanas donde se extendían enormes piezas de cerdo todavía caliente. Con ayuda del Gaditano, el jefe arrojó los cuerpos por el tubo de acero, mientras los gruñidos de una piara de cerdos excitados subían hasta ellos. El Veterano se quitó la ropa hasta quedarse desnudo y la arrojó a un horno que ardía con viveza. Luego se metió bajo una ducha que había en un rincón, donde se afeitó la cabeza, rapada no más de cuatro días atrás, con parsimoniosa actitud, mientras posaba sus ojos, manifiestamente tranquilos, en los de su hijo. Cuando terminó, llegó hasta un armario, lo abrió y dejó ver un montón de trajes iguales. Eran todos de algodón; pantalón y chaqueta celeste, de tela fina y cómoda, y camisa blanca pulcramente planchada. Se vistió, se puso las botas y se acercó a su hijo para aclararle:

—El día que tras una ducha y un afeitado dejes atrás toda la mierda, incluso la del remordimiento, estarás preparado.

El chico lo miró sin decir nada, con la bilis contenida a duras penas, y, sintiendo que se ahogaba, se encaminó hacia la puerta para tomar aire fresco, pero el padre lo llamó antes de que alcanzara la salida.

—¿Adónde vas? Tienes trabajo. Llena varios barreños de agua y deja impoluto todo eso que has llenado de mierda. Aquí nos orgullecemos de ofrecer la mejor carne. Fresca, no adobada.

Don Miguel se encontraba en el salón. Poco antes había pedido a todo el mundo que no lo molestaran, que lo dejaran a solas con sus reflexiones. Llevaba años de reveses continuos, tanto en su vida como en sus negocios, que en los últimos tiempos parecían a punto de extinguirse. Sin embargo, en el preciso momento que empezaba a sacar la lengua fuera para saborear el plato de la venganza y cortar el nudo que lo aprisionaba, el destino terminó presentándose vestido de contrariedad para sazonar con amargura el devenir. Por mucho que consiguiese llevar adelante sus asuntos, si su hijo moría o quedaba lisiado, como pronosticaba don Adolfo, ya nada sería igual. En sus planes iniciales estaba quitar de en medio a Juan y a Alan, y también a Ezequiel para allanar el futuro de su hijo el día que él faltase. Para el resto solo quería dificultades, complicaciones extremas que llevaran a María a humillarse y suplicar. Pero lo acontecido durante la desgraciada tarde lo cambiaba todo. Iría a por la familia de Ezequiel sin reparo alguno. Quería destruir, quemar, torturar a todos y cada uno de los Cabral y a aquellos que mostraran el mínimo ademán de contrariarle.

Había llamado al Gobernador Civil, y este hizo lo propio con los civiles que lo increparon en Royohondo, retirándolos del pueblo con la orden velada de que se les necesitaba en la capital para una charla rutinaria. Mientras le describía la situación, don Adolfo le había visto apurar una segunda botella de vino y tomar varias medidas de polvo colombiano. Entonces le advirtió que no siguiera por ahí, pues para la situación lo necesitaba entero y con la mente clara. Don Miguel no solo no lo escuchó, sino que lo despachó para que hiciese sombra a su hijo moribundo, ofreciéndole una fortuna si conseguía retenerlo en este mundo.

Se asomó por la ventana y pidió a uno de sus hombres que buscara al Veterano para que se presentase ante él sin dilación,

cosa que ocurrió en menos de media hora.

—Todas las salidas están tomadas —le aseguró el Veterano, transcurrido un tiempo desde que tomase las riendas del desaguisado—, y puedo aseverar que nadie ha salido del lugar. No sabemos si Ezequiel y el padre estaban allí, únicamente lo que nos contó usted, que esta tarde no se encontraban en la casa. Tenemos la certeza, porque hemos preguntado, y porque tanto Miguel como Remedios, dos de sus hijos, han permanecido toda la semana en Málaga. Suelen volver los viernes a última hora en un coche de alquiler que los deja en las inmediaciones de Barceló. Tenemos hombres apostados en el lugar, cortando las comunicaciones con Royohondo. Señor, la pregunta es: ¿qué hacemos cuando los cojamos?

—Retened a la hija. No quiero que le hagáis daño. Antes quiero verla y hablar con ella. Al hijo dejadlo subir con la noticia, eso nos mostrará si Juan permanece en la casa o cerca de ella, escondido, pues en ese caso será él quien baje a por ella. Si baja la madre, es que Juan no está, lo que hará que pongamos parte de los hombres a rastrear en las escapatorias naturales. Si se da este último caso, quiero ver rápidamente a los hombres colocados en lugares que nos den una perspectiva amplia de las zonas de la Alquería, de los pasos del río hacia Málaga y de los caminos hacia Alhaurín. Los hombres deben saber desde este mismo instante que las mujeres de la familia, incluida la madre, en caso de que sean atrapadas, deben ser traídas a los sótanos de la bodega, lo mismo que Juan. En cambio, tanto a Ezequiel como sus hermanos, pasaporte en el momento que se les coja.

—Se olvida del inglés, patrón.

—No, de ese no me olvido. Ese es el que más interés tengo en que muera. Quiero que lo maten en el mismo instante que se le tenga a tiro. Es astuto, con ases escondidos en todas las mangas. Por tanto, que ni se le deje hablar. Escucharle es entrar en duda, y no quiero tenerlas en este momento. Luego pasará lo que tenga que pasar, pero ahora lo quiero muerto, y su cabeza aquí, a mis pies, literalmente. Lo del inglés es asunto tuyo, el resto haz que llegue a los demás, a todos y cada uno de los hombres. Utiliza los caballos

que necesites y a los peones de mayor confianza para entregar los mensajes, tu hijo incluido.

—A mi hijo lo he metido en cartera esta mañana. Lo he mandado con el Gaditano.

—Bien. Y otra cosa, quiero estar enterado de lo que ocurre en todo momento. Quedan bastantes cohetes de la última fiesta en el cuarto estanco trasero a la bodega. Repártelos entre los correos que envíes para que lleguen a los distintos puestos. Quiero un cohete blanco estallando por cada varón que se siegue, y otro de colores por cada hembra que se aprese, y un hombre apostado... —Don Miguel miró por el ventanal escrutando la lejanía—. Allí, en el pico de la Umbría, con cohetes también, y que reproduzca los estallidos que divise desde allí. Y una última cosa, ¿dónde está el cocinero con mi comida y las notas de ajedrez?

Un cuarto de hora más fue lo que tardó De Gálvez en aparecer con un carrito cargado con la cena y otros bocados para que su patrón pasara la noche en el salón, que parecía haberse convertido en el cuartel general de todo aquel desaguisado. En una gran bandeja descansaba el plato principal todavía humeante, algo de dulce y las botellas de tinto que le había pedido. Aparte, una botella de champán francés que pensaba abrir y apurar, ocurriese lo que ocurriese con su hijo, si el otro asunto, el que traería los cohetes, discurría según sus deseos.

Entre la salida del Veterano y la entrada del cocinero recibió la visita de su mujer, que le comunicó el último parte de don Adolfo. Auguraba una noche muy complicada para el niño, pero si era superada, otorgaría nuevas probabilidades de salvación. La mujer lo conminó a que barriese, a que limpiase cuanto hubiese que limpiar para vengar el estado de su hijo, pero don Miguel le dijo que se marchara con el niño y que lo dejara con sus asuntos, pues él sabía a la perfección qué tenía que hacer. De Gálvez lo instó una vez más para que recapacitara y le dejara en la casa atendiendo a la familia, y le aseguró que permanecería toda la noche en estado de vigilia. Don Miguel se negó y le dijo que se marchara ya para Royohondo, y que un hombre le acompañaría hasta las inmediaciones, desde donde vigilaría sus movimientos. No se había ni sentado frente al

enorme plato de filetes de cerdo medio crudos, gruesos, con seis huevos fritos muy blandos, ajos, hilos de miel de caña, manzana al horno y canela, cuando lo interrumpió nuevamente el Veterano. Al ver el gesto de enfado del cacique, se apresuró a explicar:

—Le traigo una nota con los resultados de la conferencia telefónica que he mantenido con Valladolid. Era donde estaba mi contacto, que me relató de forma velada lo sucedido en el tren.

Don Miguel mutó el gesto de su cara haciéndolo risueño, fiel al reflejo que deslizaba el Veterano con el papel en la mano.

—Déjame ver —le pidió y comenzó a leer.

La feria de ganado en el pueblo castellano se desarrolló según lo previsto. Hubo fuegos de artificio y resoplidos, pero finalmente se pudo someter y sacrificar al macho de dientes amarillos. Por mencionar algo negativo, decir que a S.S. le hubiese gustado ver la lucha, aunque esta careció en todo momento de épica alguna, para mostrarse plenamente dentro de los límites de lo soez. Lo acordado al menos salió a la perfección, y todas las partes en el trato disfrutarán por tanto de tal logro, a saber: comprador, vendedor y corredor. Finalmente, el semental murió en el dramático festín de sus heces, mientras miraba a su cuidador de toda la vida con manifiesta incredulidad, asemejándose bastante al dicho aquel de: «mirar con cara de cordero degollado».

—Sé leer el resultado, pero me resulta todo muy vago —expresó el cacique con cierta desazón.

—Me tomé la libertad de llamar a mi contacto, no desde aquí, sino desde la casa del párroco, que sabía desierta; no a su casa, por supuesto, sino a un restaurante en el centro de Valladolid. Hablamos a través de pañuelos de forma nada abierta.

—¿Y? —demandó don Miguel.

—Salió casi como lo planeamos. En adelante tendremos que tener un ojo puesto en el hijo de la Predilecta. El Gonzalito promete, y no

eludiría cualquier canallada por improbable que nos resulte. Tratamos el asunto un mes atrás. Gonzalo, Cañales, que fue el hombre de confianza durante toda la vida de don Nicanor, y yo. Dicen que cuando el conde vio a su hombre en la treta, dejó de luchar por la impresión. En las cercanías de la zona acordada para ejecutar el plan, Cañales le ofreció una copa de jerez que le llevó al excusado para hacer la mayor. No es manera de morir para un conde, señor, pero así lo dispuso su sobrino como ironía por toda la mierda que tuvo que tragar durante años. En los últimos tiempos tuvo que digerir el mal bocado que representaba Ezequiel paseando como un pavo real por toda la hacienda, pero claro, lo que más le molestaba a Gonzalo es que lo hiciera con su propia cola de colores. Fue el propio Cañales quien le dio la puntilla, sin mirarle a los ojos, porque el mecanismo de la cisterna que accionaba el cable que le iba a segar el cuello mientras estaba sentado en el retrete falló a medias. El conde llevaba meses intranquilo por el resquemor propiciado por su testaferro, notario y hombre de confianza en asuntos legales. Estaba compinchado con la trama a causa de su hija, que había desaparecido dos veces, la segunda con vigilancia incluso, y no quiso tentar el destino con una tercera, así que colaboró cuando supo que don Nicanor dejaría de respirar. Primero fue un rumor anónimo, pero luego fue su propio hombre de leyes quien le hizo saber, aun siendo mentira, que Gonzalo maniobraba con la gente de su partido asentada en el ministerio para quitar las posesiones personales de doña Águeda. Aunque al rumor no le dio crédito, al consejo de su «amigo», sí, quien le insinuó que, según en qué términos, Gonzalo sí podía interferir en el testamento de doña Águeda mediante artimañas. Preocupado por todo, don Nicanor abandonó finalmente el solaz de sus últimos tiempos, que era en exclusiva su casa, y se entregó a la trampa que le tendimos.

—Es agradable saber eso con tanto detalle, Veterano. Déjame ahora que voy a comer y a jugar una partida. Tengo más victorias que alcanzar.

Don Miguel se puso nuevamente frente al plato, con el tablero de ajedrez a un lado y las piezas en su posición inicial. La comida estaba templada, pero sugerente incluso así. Cortó un gran trozo de

filete que dejó un reguerillo de sangre en el fondo del plato, se lo metió en la boca y paladeó el abanico de sabores, la mezcla tan exótica preparada por Antonio. Al fondo de la estancia sonaba casi inaudible el gramófono Odeón. Terminó el disco, unos de los muchos pertenecientes a la ópera *Turandot*, de Giacomo Puccini. Era una rareza, pues la obra todavía no se había estrenado; se la había conseguido un amigo suyo, socio de la compañía del gramófono S.A.E de Barcelona. Le encantaba, y la ponía una y otra vez durante sus noches en vela.

Colocó otro disco antes de continuar comiendo, subió el volumen y abrió la libreta con las jugadas de ajedrez preparadas por De Gálvez. El cocinero siempre ponía títulos al conjunto de lances escritos para una partida, títulos como «caballo reverbérate», «peón altivo» o «reina desenfrenada»; para la ocasión eligió el misterioso nombre de «Jarchlila y Serta Vulle», lo cual ocultaba el protagonismo de su intentona. Don Miguel salió con blancas y buscó en la primera hoja de notas la respuesta a su movimiento. Luego el filete, el vino, otra pieza blanca y el vino con el filete, mientras posaba su mirada en el gran ventanal buscando en el pico de la Umbría el color del posible resplandor, pero de momento no llegaba.

Uno de los nuevos hombres en nómina era el encargado de acompañar a De Gálvez hasta Royohondo para vigilar sus movimientos. No conocía la zona, pero el Veterano le aclaró al cocinero, en presencia del nuevo hombre, antiguo compañero de armas contra los alzamientos populares cubanos, por dónde debía de subir y en qué lugar tenía que apostarse para tomar nota de cuanto ocurriese. Al cocinero se le advirtió con nitidez que si avisaba a la familia de lo que se le venía encima, no habría lugar en el mundo donde pudiese ocultar sus huesos. Las instrucciones eran claras y concisas: tranquilizar a la familia y mantenerla dentro de la casa, alegando, en caso de necesidad, la falsedad de que el señorito estaba fuera de peligro y que el cacique dejaba pasar el asunto por respeto a Alan y don Nicanor. Toda maniobra fuera de

esos límites sería recogida por el hombre que lo acompañaba desde la distancia, lo que le haría dar la voz de alarma al resto para que se iniciase el ataque sin esperar a que los últimos hijos se presentasen en Royohondo. El Veterano fue claro con su nuevo hombre: mano dura con el cocinero, pues era cagón cuando sentía la amenaza cerca. Si era preciso, un punto de avasallamiento y algo de violencia no vendría mal para que lo respetara.

Llegaron a la zona que le indicaron y De Gálvez se lo hizo saber al hombre. Este comprobó que era correcto. Le gritó al cocinero para que se sintiera cohibido y comprobó la reacción de cobardía ante su trato vejatorio. Mientras lo apremiaba para que bajara rápido a la casa, se fijó, pese a la inquietud de su cara, en que el cocinero tomaba un largo trago de una licorera que parecía de aguardiente.

—Dame eso, nena —le gritó a Antonio.

—La voy a necesitar más que tú. He de calmarme antes de entrar en esa casa —se atrevió a replicarle De Gálvez con cierta timidez.

—Te he dicho que me la des.

El cocinero, visiblemente contrariado, mostrando frustración e impotencia, la soltó sobre una piedra plana que había junto a una pequeña zarza y se retiró con ojos miedosos. El hombre la cogió y la puso por encima de la boca para meter un largo trago, momento que aprovechó De Gálvez para empujarlo por encima de la piedra y a través de la zarza. Se oyó una protesta en tono de incredulidad perdiéndose en la oquedad.

—Ese es el pozo del Arquero, idiota, veintitrés metros de profundidad en roca viva, y lleva dos años seco. Te lo repetiría —dijo asomando la cabeza por la ancha abertura que había tras la zarza —, pero dudo que lo escuches.

Bajó a la carrera por el sendero hasta el llano, iluminado por la luna llena. Llegó a la puerta de la casa, cerrada a cal y canto, y gritó fuerte para que María y quien hubiese le oyesen. Solo apareció la mujer de su amigo.

—¿Han llegado los niños? —preguntó De Gálvez, buscando con la mirada por todas partes. Ante la angustiada negativa de María y la posterior explicación, le sugirió—: Pues, sube a la cañada y reúnete

con María Candela y Francisco. Yo me haré cargo de Miguel y Remedios hasta que lleguen y nos reunamos arriba.

—No, Antonio, mejor sube tú con ellos. Si te pasara algo no tendrían escapatoria, al menos así, si nos vienen mal dadas, ellos tendrán una oportunidad.

Antonio protestó, pero María le hizo entrar en razón. Si todo salía bien, se reunirían con ellos en una hora, más o menos, pero la madre necesitaba asegurarse de que al menos sus hijos tendrían la oportunidad de escapar.

—Si en dos horas no estamos arriba, marchaos. Llévalos contigo a donde tengáis pensado, Antonio. ¿Sabe Juan dónde es?

—Sabe dónde tiene que llegar para que yo le encuentre. Dirigíos allí si esta noche no logramos salir todos juntos, por favor, María — le dijo mientras la miraba fijamente a los ojos—. Es frente a la chimenea de la Membrillera. Debes saberlo, por si Juan no llega y tú consigues escapar con los niños. Si te cogieran, no dudes en vomitarlo antes de que te lo saquen a la fuerza. Los niños no se hallarán allí, estarán a salvo en otro lugar, y a mí nunca podrán cogermé.

María no pudo evitar un sollozo. Se dieron un abrazo cálido y se despidieron mientras deslizaban una especie de letanía como runrún de fondo.

Miguel Cabral jadeaba. Subía a la velocidad que le permitía su corazón desbocado, con sus pulmones a punto de estallar. Iba por la zona del bosque de encinas y algarrobos, en una carrera forzada por la abrupta pendiente. Llevaba un ojo cerrado, casi negro por el traumatismo, le faltaban dos dientes delanteros y su tobillo torcido daba a sus prisas un aire de ridiculez con cada saltito que intentaba para esquivar el dolor. A su hermana y a él los dejaron, como cada viernes, sin incidencia alguna junto al cortijo de Barceló. Ignorantes de la situación, subieron hasta el cortado donde nacía el sendero hacia la casa de los Cabral, pero allí, cuatro hombres de don Miguel los asaltaron y retuvieron a su hermana, y a él le ordenaron que

siguiere su camino. Miguel intentó defenderse lanzándoles dos piedras, pero lo redujeron y le dieron leña hasta en el aliento. Mientras uno que había abofeteado a su hermana la sujetaba, los tres restantes se enzarzaron con él. Le dijeron que si querían recuperarla, debían bajar su padre y Ezequiel a por ella, y que en ese caso la liberarían sin más. Solo dejó de luchar cuando el hombre que custodiaba a su hermana le puso a esta un revólver en la sien. Desde ese momento, corrió cuanto pudo para llegar a su casa y avisar a la familia.

Ya casi sin aliento, aporreó la puerta, llorando y maldiciendo, hasta que su madre, que parecía estar esperando tras ella, abrió y lo abrazó entre sollozos que imposibilitaban el entendimiento. Cuando lo comprendió todo, le dijo al oído que subiera a la Cañada del Diablo y se reuniera con sus hermanos y su padrino. No quiso, por supuesto, pero su madre lo obligó. Le explicó que ella lograría sacar a su hermana de las garras de don Miguel, que por eso no temiera, pero que para eso necesitaba tener la seguridad de que él estaba bien. Desconsolado, le dijo a su madre que sí, y comenzó a bajar hacia el arroyo mientras María se echaba sobre los hombros un pañuelo y comenzaba a bajar buscando Barceló.

Dos minutos más tarde, Miguel se volvió, manteniendo cierta distancia con su madre para que no reparase en él. Por el camino cogió un palo fuerte y cómodo de portar, y fue seleccionando piedras de un tamaño que llenase su mano y colocándolas en el cinturón, que se había aflojado.

María lo tenía claro, pensaba dar a don Miguel todo cuanto poseía, casa, tierras, negocios en la capital, y su ser si fuese necesario, pero tenía que lograr que su hija se reuniese con su padrino, costase lo que costase. Se tocó los cuchillos bajo el delantal, lo que le dio cierta tranquilidad. En toda la tarde no se había desprendido de ellos, como si fueran un apéndice más. Los había afilado hasta que se volvieron peligrosos incluso para ella. No tenían funda, solo mala leche y determinación. Llegó abajo y vio los hombres separados y expectantes. Notó cierta contrariedad en los ojos del más cercano, quizá por ser ella quien hacía acto de presencia en lugar de su esposo y Ezequiel, como habían exigido.

—Dejad a mi hija y quedaos conmigo. Mi marido no ha venido porque no se encuentra en Royohondo. Lo mismo ocurre con Ezequiel. No perdáis el tiempo preguntándome dónde están, porque no lo sé. Suelta a mi hija, por favor —dijo acercándose al hombre que la sujetaba—. Dejadla marchar y yo misma me encargaré de firmar cuantos contratos de compraventa me ponga por delante don Miguel. Si es necesario, falsificaré la firma de mi marido. El hombre que retenía a Remedios rio, y la única respuesta que ofreció fue apretar con violencia el pecho de su hija. Fue lo último que hizo, porque un cuchillo inesperado se le incrustó en la garganta dejándolo postrado en el suelo sin síntomas de haber comprendido lo sucedido. Los tres hombres sacaron sus revólveres y apuntaron, y María otro cuchillo que alzó intimidatoriamente. Sin mirarla, puso una de las armas en la mano de su hija y le dijo: «No les des el gusto. Antes muertas que ultrajadas». Un quinto hombre, que no habían visto hasta ese momento, salió de detrás de unas rocas y descargó un machete sobre la mano alzada de María. Su cuchillo y cuatro dedos terminaron en el suelo. Al grito de dolor de la madre y de incrédulo horror de la hermana, se unió el de la rabia de Miguel, que apareció tirando piedras y agitando un palo que golpeó con furia la cabeza del hombre más cercano. Tres disparos sonaron, y tres balas impactaron en su cuerpo, dos en la zona alta del pecho y otra en mitad de la frente. La madre y la hermana se arrojaron sobre él. Tres cohetes, dos de color y uno de luz blanca iluminaron el cielo nocturno.

«¿Qué demonios indicarán esos tres cohetes en el cielo?», se preguntó De Gálvez mientras se ajustaba el chaleco color caqui. Observando a los niños asustados, se cercioró de que el revólver contenía todas las balas. Miró la mochila militar que le había dejado Alan en el interior del cuartucho de aperos que había cerca de la entrada a la Cañada del Diablo. Había ciertas instrucciones que memorizó y destruyó prendiéndoles fuego, dos enormes fajos de billetes, un documento manuscrito para entregar al contacto en el

puerto, y un sinfín de artículos más que esperaba que no fuesen necesarios. Junto a la mochila que se cargó a la espalda, había seis palmatorias y al menos una docena de botellas de agua. Cogieron dos de las primeras y tres de las segundas, y, mirando el reloj, les dijo a los niños que esperarían media hora más y después partirían, y que al siguiente día terminarían por reunirse todos. No era que tuviese miedo de adentrarse en la cañada, estaba aterrado, pero los niños no percibieron en él el mínimo síntoma de ello.

El tiempo acordado transcurrió. Colocó una palmatoria encendida en la mano de Francisco, que cerraría el grupo, y él lo abriría llevando otra. A continuación se introdujeron en la boca oscura del túnel de zarzas. «¿Quién era Ezequiel?», se preguntó Antonio. «¿Quién para adentrarse solo en aquel mundo extraño, vetado a todos, y para conseguirles un salvoconducto?». Aquello era irreal, como de otro mundo. El velo de zarzas cobijaba una cuantiosísima variedad de plantas desconocidas para las que no hallaba similitud con las que había contemplado en otros rincones del mundo. El denso túnel de maleza, a diferencia de lo que imaginaba antes de sumergirse en su interior, era un camino de suave alfombra verde, cómodo de recorrer, que de vez en cuando se abría a una zona despoblada que dejaba ver la luna, y donde numerosas flores y plantas se entrecruzaban escondiéndose del mundo. En el interior, en ocasiones se percibían tenues luminiscencias producidas por las hojas de extrañas flores, o colgaban lo que parecían sugerentes frutos que desprendían un aroma agradablemente dulzón e irresistible. Los había de muchos tamaños, algunos incluso tan grandes como melones, con formas de espiral y del color de la calabaza. Había otros azules, verdes y morados, rosáceos y con tonalidades chillonas. No quiso probarlos y prohibió terminantemente a los niños que lo hicieran, pues aunque tenían permiso para pasar, no se lo habían dado para indagar, ni para saquear. Pensó en Banch, fuese quien fuese o lo que fuese, y sonrió por primera vez en toda la noche. «Sí, es una buena pregunta, ¿quién es Ezequiel?», volvió a preguntarse. La intranquilidad, que no miedo, de los primeros instantes del recorrido había dejado paso a un sopor, a una especie de raro letargo que los tranquilizaba

misteriosamente. Era como si una cortina de cómoda pesadez los abrazara, como si hubiesen tomado una infusión de adormidera antes de irse a la cama. Era algo casi simpático, agradable, y supo que allí dentro, aparte de plantas medicinales y comestibles, para cuya utilización la humanidad no tenía permiso aún, habría una ingente cantidad de venenos y drogas desconocidas. La ansiedad que sintieron al principio, cuando vieron los primeros dibujos de vivos colores pintados sobre el irreal pulido de las rocas que sobresalían entre la vegetación, antes de que se adentraran en el túnel, dejó paso a la admiración. Sus tinturas eran hermosas, seguramente naturales, como tocadas por la intención de un genio. Dejaron a la derecha una salida que De Gálvez intuyó que los hubiese encaminado hacia Alquería, y que sería la que tomaron Alan, Juan y Ezequiel para huir. Más adelante llegaron a la entrada de un túnel de piedra natural totalmente pulida. Estaba seguro que por encima de ese túnel, quizá a muchos metros de altura, estaba el paso entre montañas que utilizaba Basilio, el amigo de Ezequiel, para llevar sus cabras al tajo del Águila, evitando así las sensaciones que provocaba la Cañada del Diablo. Estimó que su longitud rondaría los cuatrocientos metros en forma de curva. Todo, incluido el techo, estaba colmado de maravillosos dibujos y textos desconocidos, diagramas y lo que interpretó como explicaciones de algo que no llegaba a comprender. A mitad del recorrido, fueron presa de un pánico atroz cuando creyeron vislumbrar una silueta, pero al acercarse comprobaron que se trataba de la *pareidolia* producida por unos muebles con enseres encima. Junto a una mesa y una silla destartadas por la edad, había otra mesa y otra silla que recordaban haber visto en casa de Alan. La mesa antigua estaba llena de morteros y otros utensilios para el preparado de algún componente, pues había trozos de hematita y azurita diseminados en la mesa, enquistadas en el tiempo. Se apreciaban restos que en otro tiempo fueron libros, inabordables por su estado de deterioro. En la mesa nueva había un cuaderno moderno abierto por la mitad, en el cual había un dibujo claramente identificativo del estilo de Ezequiel. A De Gálvez se le puso piel de gallina y se preguntó: «¿Cómo diablos podía ponerse alguien a dibujar en mitad de

aquella oscuridad con dos flancos desprotegidos ante la amenaza de quién sabe qué, y con la ayuda de una lámpara de aceite?». A dos metros escasos, sobresaliendo de la pared, descubrió varias vetas de mineral de distintos colores, y cerca de ahí lo que parecía una especie de colchón confeccionado con unas vainas secas de hasta dos metros de largo, las mismas que habían visto bajo el túnel de naturaleza. Las tocó por curiosidad y le resultaron confortables. Nadie dudó de que perteneciera a Ezequiel, sobre todo porque había una especie de cojincito con forma de cono que él siempre utilizaba en casa para apoyar la zona lumbar cuando dormía. Un poco más adelante, no muy lejos de allí, vieron la entrada a una estancia totalmente oscura de la que salía un agradable olor a flores, De Gálvez no tenía la menor intención de husmear allí, pero Francisco introdujo la palmatoria y gritó. A todos se les heló la sangre. A lo lejos divisaron luminiscencias que le recordaron a unos ojos extraños, como de otro mundo, y el grito reverberó en un eco que presagiaba grandiosidad. Una oleada de terror los asaltó. Era el antiguo miedo que los sobrecogía cuando intentaban subir al llano. Antonio no tuvo que retirar la luz que portaba Francisco. El propio joven, aterrado, la quitó y se apartó de la abertura tirando de su hermana y haciendo señas nerviosas a su padrino. Continuaron casi a la carrera mientras los consumía la desesperación, pero entonces el cocinero gritó: «Somos la familia de Ezequiel», y las pulsaciones comenzaron a decaer y la sensación de miedo poco a poco fue desapareciendo. Aunque Antonio no lo sabría hasta muchos años después, no fue el nombre del niño liberado al aire lo que los salvó, sino la idea, el pensamiento del chico en la mente de todos lo que desarticuló el caos.

Continuaron por lo que De Gálvez consideró una porción de camino igual a la que recorrieron antes de llegar al túnel de roca. Calculó que ya habrían recorrido unos tres kilómetros. Tres kilómetros de secretos maravillosos, de misterios, de estupor. Cuando empezaron a intuir el final, el sopor les abandonó, como si ya no fuese necesario, como si la tranquilidad que tuvieron allí dentro necesitara dejar paso al estado de alerta, y fue entonces cuando los asaltó un vigor que los dejó en la cotidianidad del mundo

normal, para el que necesitaban disponer de todos sus instintos más primarios.

Estaban en el cortado de roca que daba a Las cabrerizas, no menos de diecisiete metros en caída vertical. Antonio buscó en la mochila que se había colgado Francisco y extrajo una escalera de cordeles no muy gruesos pero resistentes, engarzada con peldaños de madera fina aunque solvente. Primero bajó Francisco, mientras Antonio lo aseguraba desde arriba con otro cordel; luego María Candela, con decisión; y por último De Gálvez, que una vez abajo, se las ingenió con ayuda de un hilo de pesca, para dejar arriba la escalera por si llegaba el resto de la familia.

Antonio hizo un gesto para pedir absoluto silencio, pues estaba seguro de que el Veterano habría apostado algún hombre en Las cabrerizas. Mientras los niños aguardaban ocultos entre las rocas, De Gálvez dio un rodeo hasta despachar a dos hombres que ni siquiera intuyeron su presencia.

Iniciaron el descenso hacia Doña Ana, por donde Antonio tenía pensado cruzar el río, para después desviarse del camino habitual y avanzar en dirección a la capital resguardados por los cañaverales, las altas matas de tabaco, los limoneros y las cañas de azúcar.

Desde que abandonaron Royohondo, salvo para responder con parquedad alguna demanda de su padrino, ni María ni Francisco habían abierto la boca. Antonio no podía precisar si era por miedo, por pena o por ambas cosas. El caso es que en ningún momento de la noche rompieron el mutismo. A pesar de ello, De Gálvez volvió a recomendarles silencio con gestos breves, especialmente en ese lugar, pues estaban arribando el pasadero, el punto más crítico de la huida, el eslabón más débil en todo el plan, pero necesario si querían escapar.

Hasta alcanzar el paso del río, avanzaron paralelamente al camino, siempre arropados por las hojas de tabaco. De esa manera, con suma cautela, hasta ese momento había logrado evitar cualquier desafortunado incidente. Sin embargo, ahora el río estaba ahí, y no tenían otra alternativa que cruzarlo por el punto indicado, ya que tanto más arriba como más abajo, la profundidad y la corriente eran insalvables. El cocinero les pidió que se quedaran

escondidos entre las cañas del vado y que no se movieran hasta que él volviera a buscarlos. Con tranquilidad, se internó en la vegetación para cruzar la acequia previa al río, y luego avanzó sin dejar de escudriñar alternativamente los extremos cercanos al pasadero. Después de un rato, y a pesar de sentir cierta intranquilidad, no descubrió nada que lo alarmase. Sabía que los posibles perseguidores podrían estar al acecho en cualquier lugar, pero esa contingencia era algo contra lo que no podía maniobrar más que con cautela. Tras sopesar las diferentes posibilidades, algo inseguro pero sin otras alternativas, y con el reloj conspirando en su contra, decidió que no había más opción que proceder. Regresó al lugar donde había dejado a los niños, intentando dilucidar qué hacer. «La suerte está echada», pensó. Todo cuanto quedaba era poner sus huesos y los de sus ahijados en manos del caprichoso destino. No había más.

—Igual que antes nos vino bien —comenzó a explicarles a los niños en voz muy baja, con la mano apuntando al cielo—, esa puñetera luna no nos hace ningún favor ahora. No he visto a nadie, y mira que he hecho ruido para atraer la atención, pero nada. Incluso he palmeado a tres caballos solitarios que había a la orilla para que protestasen, pero eso tampoco lo consiguió. Pero... puñetas, tienen las sillas puestas, eso me da muy mala espina. Bueno, atended bien e intentad cumplir fielmente lo que os voy a pedir. Vamos a llegar hasta el límite de la plantación, y ahí os quedaréis escondidos tras las matas. Bajo ningún concepto os expongáis. Yo iré a por los caballos hasta acercarlos a donde estéis. Los utilizaremos como parapeto y caminaremos entre ellos siempre a la altura de las patas delanteras, lo que os protegerá más. Tú, Francisco, en el lado izquierdo, Candela en el derecho, y yo por delante de ella. La anchura del pasadero son unos once metros. A partir de ahí hay una profundidad considerable, nada de otro mundo, desde luego, pero suficiente para que perdáis pie. —Marcó una leve sonrisa para que se animaran—. Hay troncos clavados en una y otra margen del paso para delimitar su anchura; pues bien, empezaremos en un tronco, el más cercano a nosotros, y avanzaremos en diagonal hasta llegar al que se halla en el límite

contrario, luego lo mismo hasta el siguiente. De esa manera, zigzagueando, ofreceréis más dificultad a un posible disparo. Si cruzamos, seguiremos actuando igual durante bastantes metros en dirección Málaga, ¿de acuerdo?

Operaron según dijo Antonio, alcanzando el borde del sembrado que los mantenía ocultos. Luego él se acercó hasta los caballos, y tras moverlos en otra dirección, intentando evitar las avispas del posible avispero, se encaminó nuevamente hasta los niños. Puso los tres caballos en paralelo y se metieron tal y como había planeado De Gálvez, buscando el poste más cercano para comenzar desde ahí el zigzagueo. Pero el orden y el silencio lo rompió un disparo terriblemente cercano, horriblemente preciso, que se introdujo en la espalda de Francisco, por debajo del omóplato, desatando los gritos de María Candela y la estampida de los caballos. Hasta De Gálvez llegó el olor a pólvora y la desgracia que trae consigo. Vio la brillante negrura de la sangre en la espalda de Francisco, y a María desconsolada sobre el cuerpo de su hermano mientras intentaba volverlo boca arriba. El chico respiraba a duras penas. Con cada bocanada de aire emitía un pitido por el orificio de entrada, salpicando de sangre el rostro de su hermana. María Candela creía que todo aquello no era verdad, sino una pesadilla que tarde o temprano la dejaría en un pavoroso despertar. Francisco se negaba a creer que ese fuera su final, pero aunque no vio pasar su vida en imágenes, como algunos decían que ocurría, al cabo de nada entendió que eran los últimos instantes de su existencia, los últimos latidos de su corazón. De Gálvez, estático ante la visión de su ahijado, tuvo un golpe inapropiado de lucidez, y pensó que si su existencia hubiese sido otra, si hubiese sido padre y supiese de la vida lo que ahora sabía, lo primero que habría enseñado a su hijo es que la vida era algo voluble, con caducidad y sin garantía de fecha. Al instante, cuando volvió en sí, no dijo nada, solo miró a Candela y a Francisco, y si lloró, lo hizo por dentro, porque en ese momento no había nada que decir, era tiempo de actuar.

El Gaditano, con el revólver alzado y apuntando a la niña, no reparó en el cocinero hasta que este lo insultó. Rio sin dar crédito a lo que veía.

—Tira los dos cohetes, uno claro y otro de color, y amarra a la niña —le ordenó al hijo del Veterano, que medio se escondía tras él—. Yo voy a divertirme con la cocinera.

Silbó e hizo señas al otro lado del río, donde con toda seguridad estaba el tercer hombre, y acto seguido guardó su revólver y se encaminó hacia Antonio disfrutando de la situación. Cuando lo tuvo a unos cuatro metros, comenzó a hablar nuevamente, descojonado de risa.

—¡Esto no puede estar pasando! —exclamó mientras reía dirigiéndose a De Gálvez—. Te voy a dejar morada, nena, pero lo que vamos a disfrutar cuando te coja don Miguel y te azuce a León.

«León —pensó De Gálvez—, hasta nombre propio le pusieron a la barra metálica con la que una vez me apaleó el cacique».

Después de eso, puso cara de rabia y arremetió contra el cocinero, pero sus ojos se llenaron de sorpresa y contradicción cuando este arrancó hacia él y le metió un puñetazo en la nuez, con más fuerza de lo que podía esperar. Quedó sin aire y conmocionado. Casi al instante, la planta del pie de Antonio se estrelló violentamente contra su rodilla, que se descoyuntó tocando el suelo con la corva. Sus ojos lo miraban sin comprender, sin sopesar siquiera la realidad de la situación. Se mantenía en el suelo, sostenido por las manos, con la corva de la pierna herida tocando la tierra y la otra estirada, hasta que De Gálvez saltó sobre ella y también la descoyuntó. El Gaditano lo miraba ojiplático, sin dar crédito a que ese hombre con rostro descompuesto por la ira fuera el mismo del que siempre se habían carcajeado. El cocinero le levantó el brazo, lo dejó quieto sobre su rodilla y se dejó caer al suelo mientras tiraba del antebrazo hasta romperlo en un sonajero de huesecillos. Los berridos de dolor del Gaditano no cesaban. De Gálvez le cogió la última extremidad sana y operó del mismo modo, hasta que el hombre de confianza del Veterano no fue más que un tronco chillón lleno de apéndices rotos y desconectados de sus articulaciones. Vio que el otro hombre del cacique cruzaba el río por la mitad, se giraba y se adentraba nuevamente en la maleza de la otra orilla. Entonces se sentó en su pecho, y con los ojos inyectados en rabia, le golpeó los dientes con una piedra. Sabía que era de la Línea de la Concepción, y que con

las cuatro palabras que manejaba presumía de hablar inglés, así que De Gálvez rompió por primera vez su silencio.

—Dos cosas *only*, llanito. La primera es que la cocinera ya no tiene nada que esconder; y la segunda es que es un rumor infundado eso de que sienta aversión y se maree al ver la sangre.

Tras esas palabras, con una frialdad que ya no recordaba, le clavó el cuchillo en la garganta en una línea limpia y lo estrictamente profunda como para dejarlo consciente y que viese su propio final mientras intentaba inútilmente tomar aire con angustiosas bocanadas.

El hijo del Veterano estaba allí, paralizado por el terror. Antonio lo alcanzó y le metió un rodillazo en el muslo, tan fuerte que le hizo hincar la rodilla en la tierra. Luego repitió lo mismo con cada una de las extremidades, hasta que fue un despojo inerte y lloroso desparramado en el suelo. Lo arrastró a cierta distancia para que María Candela no los oyese hablar.

—Voy a hacerte dos preguntas, niño. Si mientes, lo sabré. Ahora depende de ti que sigas siendo un corcho temporal, o que me emplee contigo hasta convertirte en eterno. ¿Cuántos sois? ¿Qué significado tienen los cohetes?

Cuando terminó de oír las explicaciones del niño, hizo cálculos pensando en Ezequiel y Juan, y lanzó al cielo dos cohetes, lo cual les daría algún tiempo adicional si conseguía acabar con el hombre de la otra orilla. Le pidió a Candela que dejase el cuerpo sin vida de Francisco y que esperase resguardada tras unos árboles cercanos.

Ignacio no era problema, en un ejercicio de tormento y expiación, se arrastró en dirección a Cártama menos de tres metros, con la boca y los ojos llenos de polvo seco, y con el olor a excremento caprino adherido a su cuerpo. Así que De Gálvez se internó en el agua en busca de la otra orilla, con la asistencia de un caballo que había regresado, y consciente de que por mucho ruido que hiciese al cruzar, siempre habría algo que lo mitigaría hasta hacerlo inaudible para quien quisiera atender contra él. Pero no era eso lo que quería, no esta vez, pues dejaría a la niña como único blanco, así que gritó y blasfemó hasta que su silueta se hizo vagamente discernible. Eso lo dejaba a merced del hombre oculto al otro lado,

si es que no había huido ya. El caballo que le servía de protección evitó un primer impacto y salió a la carrera, dejándolo al descubierto. El segundo disparo, que tronó poco después, pasó algo por encima de su hombro. Sin embargo, lo aprovechó instantáneamente para gritar de dolor y tirarse al agua bocabajo y quedarse inerte sobre la superficie. El hombre del cacique se acercó con ciertas reservas hasta el cuerpo inmóvil del cocinero. Cuando lo tuvo cerca, le disparó a la pierna, pero el cocinero no reaccionó, lo que le llevó a pensar, ya sin fisuras, que estaba muerto. Guardó el revólver y se acercó hasta el cadáver para sacarlo fuera del agua, sería un enorme trofeo para su patrón. Pero cuando lo fue a agarrar, el cadáver se aupó como un resorte apartándole la mano e hincándole un cuchillo hasta el fondo de la garganta.

Una hora más tarde, la joven y su padrino, embargados por la angustia, rezaban una oración a un dios desconocido junto a un nogal distante de los caminos. A sus pies, a poco más de medio metro de profundidad en tierra blanda, enterraron un ocasional ataúd que De Gálvez construyó con varias puertas de una cuadra cercana. En su interior, otra parte de la familia Cabral empezaba su descanso eterno.

Las últimas noticias sobre su hijo seguían la misma tendencia negativa, pero ni eso mitigó sus instintos más simples y viles cuando vio el cielo iluminado por los primeros cohetes de la noche. Su oscuro corazón rio de felicidad. Dos estallidos de color y otro blanco iluminaron de alegría el pico de la Umbría, lo que incitó a don Miguel a abrir con premura la helada botella de champagne y salir corriendo como un poseso hasta el gran ventanal para gritar a los cuatro vientos: «Mi camino siempre fue el tesón, y la venganza mi adorada princesa». Disfrutaba de lo que hacía. Estaba terminando de comer el plato ya frío, pero aún riquísimo en una velada ambigua. Mojó pan hasta agotar el caldo sanguinolento con los últimos trozos de ajo y huevo, y comenzó a beber el champagne con avidez. La ópera seguía su curso a máximo volumen en intervalos de verdadera

excitación. Puede que por la mañana dijeran que estaba loco, pero con su locura pensaba dinamitar el mundo si su hijo moría.

Se centró nuevamente en el tablero, mientras las notas escritas por De Gálvez lo ponían contra las cuerdas una vez más. La verdad es que no le preocupaba, no era la primera vez, pero de una manera u otra siempre acababa ganando. Era muy bueno, como también había que reconocer que sin su entrenamiento diario no habría conseguido sacar a relucir el genio que habitaba en su interior. Por él fue que comenzó a conseguir tablas con el maestro húngaro y luego a ganar la mitad de las partidas, hasta que en los últimos tiempos jamás era derrotado. Dio paso a una jugada nueva que había estudiado, pues la cosa empezaba a ponerse verdaderamente mal. De hecho, remontar aquello empezaba a convertirse en un verdadero reto. A cada movimiento suyo, la siguiente nota le respondía con contundencia. Le hubiese gustado tener al cocinero enfrente, mirarlo a los ojos, cohibirlo con su presencia como tantas veces había hecho. Estrelló la copa de champagne contra el suelo cuando tuvo que refrendar la siguiente anotación de su cocinero, y luego, media hora más tarde, una segunda botella tras leer la instrucción de la siguiente hoja que, por primera vez en la noche, lo dejaba en jaque.

Dos nuevos cohetes en el cielo le arrancaron una sonrisa, y diez minutos más tarde, otros dos iluminaron la carcajada final. Toda la familia Cabral estaba dentro de su red de vivos y muertos. Las cosas iban bien, de acuerdo con lo planeado. Se dio ánimos a sí mismo y se dijo que levantaría esa partida fuese como fuese, que él era el maestro y el cocinero solo eso, un calentaplatos que se aprovechaba del momento, de la fragilidad de su mente ocupada con varios menesteres. Comenzó a reverberar el aria de tenor, el punto álgido de la obra, su parte favorita, bellamente desmigajada por la inconfundible voz de su querido y admirado Miguel Fleta. *Nessun Dorma* en acción. «Nadie duerma, nadie duerma —gritó por encima de la música—, que la venganza pronto llegará».

Se sentó henchido de emoción, con nuevas ínfulas para acometer el reto de levantar la partida. Tomó el cuaderno de notas y al hacerlo algo cayó al suelo. Lo recogió extrañado y lo leyó: «Dos buenos

amigos en una tarde jovial y agradable». Y dos firmas con una fecha: «febrero de 1897, Viena». Le dio la vuelta al papel y quedó a la vista una fotografía en la que dos muchachos tomaban una copa de vino o ponche frente a la Ópera de Viena. Uno era el cocinero, muchísimo más joven, por supuesto. El otro le sonaba a alguien conocido que no podía precisar... Hasta que recordó. Era el maestro húngaro, al cual conoció ese mismo día en el asiento contiguo de su palco. Fue allí donde trabó lazos con él, mientras degustaban champagne entre acto y acto, y forjaron la «amistad» que los llevó a la larga lista de disputas ajedrecísticas que mantuvieron durante sus vidas. Cuando fue consciente de tamaño engaño, cogió su bastón con cabeza de perro y golpeó las botellas de la mesa con rabia inusitada. Abrió el cuaderno de notas por la siguiente hoja y... jaque, la siguiente y... jaque, jaque, jaque mate, con una nota bajo el escueto mensaje, rodeado de filigranas dispares en acento claramente de mofa:

La rueda no siempre gira en la dirección que uno desea, don Miguel, ni siquiera lo hace cuando al forzarla se busca que lo haga cuesta abajo, pues cabe la posibilidad de que esta termine perdiendo la inercia y el equilibrio, y no llegue al fin deseado. Es algo que debería haber aprendido ya, don Miguel, y sacar con ello la conclusión de que no es el centro de universo, sino solo alguien al que la fortuna o el devenir lo depositó en una cuna de prestigio. Por si no se ha dado cuenta, don Miguel, porque doy fe de que a veces no alcanza a ver claramente la realidad, le digo que jamás llegará a la suela del zapato a Juan, ni a la de Alan. Lo mismo que tampoco le llegó a José. Ni su padre, por cierto. Eso, en la vida, porque en el ajedrez, le diré para despejarle la incógnita, que no llega ni a mediocre, que se queda en nulidad. Mi amigo húngaro, al que posiblemente reconozca en la foto que le he dejado en el cuaderno, aprendió de mí. Llegó a ser lo que es por mi juego, y si perdió contra ti, don Miguel, aunque fuese

con seudónimo, lo hizo a regañadientes porque yo se lo pedí. Pude ganarte el primer día, el segundo, el tercero y cada uno de los días que perdí a propósito contra ti. Eso formaba parte del juego para que creyeras lo que no es, lo que solo tú creías ver. Por tanto, don Miguel, para vencerte no necesité de ninguna partida especial ni nada con el rimbombante nombre de «Jarchlila y Serta Vulle», que son dos venenos poderosísimos traídos desde las profundidades de la selva de Malasia. Aunque los utilicé en muchas ocasiones, nunca juntos, pero hoy necesitaba asegurarme de que a su futuro se le ponía coto definitivamente. La Jarchlila es mortal en pequeñas dosis, muchísimo más pequeñas que la cantidad que ingeriste en esa sarta de filetes, aunque actúa con lentitud. Y la Serta Vulle, ¿qué decir de ella? Me encanta, pues aunque quien la consume empieza a percibir cierto mareo y su boca empieza a salivar en demasía, no es hasta que un médico, o alguien, le insinúa a la víctima que posiblemente haya sufrido una intoxicación o envenenamiento cuando imprime su celeridad al proceso y lo hace irreversible. En paz, don Miguel. Brindo por sus tierras. Salud.

Atentamente firmado: Un antiguo cocinero.

El mareo que achacó a la noche de alcohol dejó paso a una súbita aceleración del ritmo cardíaco y al miedo provocado por la duda creciente de la muerte. Con el rostro congestionado, don Miguel se levantó de la silla intentando gritar, pero sin aliento suficiente para ese pedido de socorro. El aria llegaba a sus últimos compases, con la voz del tenor desatada en un paraíso de sonoridad poderosa. En su afán de pedir ayuda, tiró al suelo las botellas y las copas del pequeño mueble bar, y al no servir de nada, su bastón con cabeza de perro se estrelló torpemente pero con violencia contra el mueble repleto de valiosas vajillas centenarias. Un grito apenas audible y desgarrado se liberó finalmente en la cúspide de su tormento,

dejando paso a la caída estrepitosa en cuya trayectoria su voluminoso cuerpo impactó contra el mueble de la cristalería. Tanto alboroto consiguió que Camila, que pasaba por la puerta del salón, lo escuchara y entrase. Sus gritos sí que se oyeron por toda la casa mientras intentaba asistir al que tomaba casi por hijo. Lloraba de angustia, de desazón ante la horrenda visión de su señor bocabajo con la cabeza morada y el rostro ensangrentado salpicado de diminutos cristales, al tiempo que intentaba pedir la asistencia de don Adolfo, presente en el piso superior. El cacique temblaba con todo su cuerpo preso de una violenta convulsión sobre un puré color vino tinto con enormes trozos de filetes rosados a medio masticar. Por encima de todo, el *vincero, vincero* de Miguel Fleta en el gramófono señalando la ironía.

La joven quería mirar por una de las altas ventanas que tenía la bodega, pero no le resultaría tarea fácil. Apenas veía a causa de las contusiones que le dejaron en los ojos. Sufría por la hinchazón de los pómulos y por la nariz rota, con restos de sangre seca en sus aberturas. El fuerte golpe recibido en las costillas le impedía respirar, y lo poco que andaba, lo hacía encorvada y con las manos amarradas a la espalda. Desde que las dejaron en la bodega, no había cesado de gritar pidiendo la ayuda de un médico para su madre, que no dejaba de sangrar por la mano cercenada, pero lo único que consiguió fue una brutal patada en las costillas y un pequeño cubo con yeso para que su madre metiera la extremidad y contuviera la hemorragia. Ninguna de las dos suplicó por su vida, pero ambas lo hicieron por recoger y abrazar el cadáver de Miguel. Desoyeron su petición, y ante la negativa de una y otra a dejarse arrastrar, una manta de golpes y palos las dejó molidas pero con fuerza para luchar. Madre e hija fueron amarradas y manoseadas sin escrúpulos, y si no llegaron a más, fue porque el cacique lo exigió, pues dos hombres querían libertad para actuar según sus apetitos más miserables. Las amordazaron y las cargaron en un carro cubierto con una lona para que nadie viera más de lo

necesario. De ahí hasta la bodega, donde el mar de dudas en que se hallaban no dejaba tiempo para quejarse de dolor. Querían saber qué había pasado con el cuerpo de Miguel y atisbar un hilo que les brindase alguna noticia sobre el paradero de los demás.

Tenía que mirar por esa ventana, costase lo que costase, y romper sus cristales aunque fuese con la cabeza para llamar la atención de alguien. Le habían vuelto a poner un trapo en la boca, pero no se lo pondrían a sus ideas. Estaba alto, aunque no imposible, pero tanta suciedad le imposibilitaba incluso saber si tenía rejas. En su horrible estado se las ingenió para acercar una silla y subir hasta posicionarse entre barriles de vino. Si se caía, estaba perdida, no tenía ni manos que poner. Con esfuerzo, logró auparse a la siguiente fila de la pirámide que formaban los barriles. Desde la sucia ventana, llena de telarañas, Remedios no veía absolutamente nada. Al no poder utilizar las manos, no tuvo otra alternativa que limpiar la suciedad con su cara. Tras frotar el cristal con cierta dosis de repugnancia, arrastrando insectos secos y telarañas, una parte quedó medio limpia. Finalmente, pudo mirar. La ventana, por su parte exterior, estaba pegada al suelo del patio de la casa hacienda de don Miguel, y situada junto a la puerta de entrada a la bodega.

Lo primero que vio le produjo intranquilidad. No es que no esperase trájín a esa hora, pero tampoco ese bosque de piernas en quieta actitud. Distribuidos en distintos grupos, varios hombres comentaban algo de manera seria. Remedios se preguntó si habría muerto el hijo del cacique. «De momento, no —pensó—, pocas piernas para algo tan notable», y eso las dejaba a ellas y al resto de la familia con alguna posibilidad. Se sintió mal por pensar eso, pues su hermano Miguel estaba muerto y tirado en el campo a merced de los perros y de las alimañas. De repente, cuando reparó en dos pares de botas que parecían encaminarse hacia la bodega, abandonó el hilo de sus pensamientos. No había reaccionado todavía cuando la puerta crujió y los pies empezaron a bajar las escaleras. Remedios quiso ganar el suelo rápidamente para que no la vieran, pero ya era demasiado tarde. Con las prisas, tropezó en unos de los soportes que separaban los barriles y cayó rodando hasta el suelo. Sin posibilidad de utilizar las manos, frenó la caída

con la cara. Tras el ruido que provocó, notó que las piernas que había visto terminaban de bajar las escaleras con mucha prisa. Al levantar la cabeza, que sangraba por una brecha abierta en una ceja, miró hacia el lugar donde un hombre calvo y de mirada neutra la observaba detenidamente.

—Si luego pudiese llegar el médico a echaros un vistazo, no digáis que todo lo que tenéis encima os lo hemos hecho nosotros —sentenció el Veterano con gesto pétreo.

—Si continúas tratándote así, no dejarás nada para esta gente de fuera —añadió socarrón el hombre que le acompañaba, buscando en la cara de su jefe el guiño a la gracia.

No lo hubo, ni por parte del Veterano, que permaneció inexpresivo, ni de Remedios, que eludió la ironía del sudoroso carcelero.

—¿Dónde está tu madre, niña? —preguntó el jefe de los hombres de armas.

—Está allí —señaló con el mentón hacia un rincón donde se encontraba María dormida, muerta o desmayada—, pero no puede hablar.

—Si respira, hablará, al menos lo hará si pretende que se salve algo de este incendio.

El Veterano cogió una silla y se sentó frente a María, con el respaldar en el pecho, sin preocuparse por averiguar su estado.

—A tu hijo lo hemos enterrado como Dios manda. Don Miguel es un hombre de fe, y hay cosas que no tolera.

María comenzó a llorar sin fuerzas, y preguntó por el cacique asegurándole al Veterano que si su señor dejaba al resto de sus hijos libres, podían quedarse con cuanto quisiera. «Quiero hablar personalmente con él», suplicó fervientemente.

—Su hijo anda entre la vida y la muerte, María. No tiene tiempo para tratos. Yo soy el único interlocutor válido. Yo soy tu hombre. Yo dispongo.

El Veterano se levantó de la silla cuando tuvo todo el interés de María, y dio una vuelta parsimoniosa por la estancia, con las manos en la espalda y en actitud pensativa.

—Si tu hijo se hubiese quedado allá arriba como le pedimos, no le hubiese ocurrido nada. Queríamos y queremos a Juan y a Ezequiel,

y más que a ellos a Alan. Ese es el trato. Dánoslos y el resto seguirá su curso. Ocúltanos su paradero y atente a las consecuencias.

—Aunque supiese donde están, ¿no entiendes, cacho lerdo, que no podría decírtelo, que antes de eso muerta? ¿No sabes que...?

—Che, che —la interrumpió—. Yo no he venido a esto; estoy aquí para alcanzar un acuerdo y no dispongo de toda la noche. Vendré en una hora y te haré la misma pregunta. Anselmo —carraspeó dirigiéndose al que le acompañaba—, amarra a la señora a la argolla y quédate aquí hasta que me presente dentro de una hora. A la madre no la toques, a la hija, dejándola viva, hazle lo que quieras. Te prometo que en una hora no os molestarán.

María se agitó y gritó echando víboras por la boca, revolviéndose como una loca. Antes de que el Veterano saliese por la puerta, lo llamó, pero este le dijo que tenía asuntos que reclamaban su presencia, que la vería en una hora. Fue una hora que María nunca olvidó, que se le hizo eterna y en la que pidió la asistencia de la muerte para ella y para su hija. Después de aquella hora, Remedios ya nunca fue la misma, solo un despojo marchito y roto. Quedó en el suelo, sin fuerzas para llorar, sin norte para buscar la compasión en los ojos de su madre, sin mente cabal para pensar en los suyos. Después de aquella hora, lo único que le quedó fue respirar.

Cuando el Veterano entró y se sentó nuevamente frente a María, con ausencia de cualquier sentimiento en su rostro, María le dijo que lo único que sabía es que Juan se había dirigido a la sierra de Alhaurín, y que De Gálvez la encontraría si se daban las circunstancias en la Membrillera.

—Con eso me basta, María. Será suficiente. Hace falta ver una sola pieza en el puzle para saber de qué trata. Anselmo —gritó—, deja aquí a la madre y lleva a la hija al otro sótano. Que don Adolfo las cure y que nadie vuelva a tocarlas. Deben saber en todo momento que, si colaboran, nada malo les ocurrirá.

Un rato después de que María dejase de gritar y pedir que trajesen de nuevo a su hija, la puerta del sótano se abrió con el crujir de sus goznes y el torpe arrastrar de unos pies en la penumbra.

—Consigue que la traigan conmigo, por favor, Camila —pidió sollozando la madre—, es lo único que pido. Te lo agradeceré lo que

me reste de vida.

—Un rayo te parta a ti y otro al despojo ese. Solo merecéis lo que os está pasando. Si de mí dependiera, os echaría a los cerdos hambrientos. El señorito no creo que vea nuevamente el sol, y a don Miguel lo envenenó el desagradecido del cocinero. Es poco lo que os pase —dijo y la escupió sin acierto por culpa de los dos dientes—. Un día te dije que cogieras el dinero, todo aquel dinero que puse en tus manos, y te marcharas con los tuyos. Cuánto mejor hubiera sido para todos; pero no, tenías que ser la valiente, la digna. Así se te emplea, y bien merecido que lo tienes. Ojalá te pudras con tu dignidad, zorra —agregó y se dio la vuelta para marcharse con su arrastrar de pies y su ceceo hasta en la «s» final de los plurales, pero antes de alcanzar la escalera se volvió para preguntarle una última cosa—: Te arrepientes de todo, ¿verdad?

—De lo único que me arrepiento es de no haber dedicado cada real sobrante después de dar de comer a mis hijos, para acometer antes lo que De Gálvez acaba de hacer.

La noche brillaba con la inconmensurable luna llena asentada en el cielo. Solo se oía el chillido de un mochuelo posado entre las ramas de algún pino cercano. Poco a poco, el chillido fue apagándose, tragado por el ruido de unos cascos de caballo que pisoteaban el silencio de la noche. De la espesura surgió un hombre cabalgando tranquilo. Se dirigió a la boca de la cueva situada en el pequeño cortado que había por debajo del bosque. Desde allí se veía casi todo el pueblo de Alhaurín. A unos cinco metros de la gruta ardía un pequeño fuego. Sin embargo, la cálida noche no invitaba a sentarse junto a él.

La familia gitana se asustó un poco tras ver al jinete que emergía de la nada a esas horas. Alarmados, buscaron protección detrás del cabeza de familia, pero todos se tranquilizaron cuando este reconoció al visitante, bañado por el reflejo de las llamas. En el rostro se percibían claros signos de haber derramado lágrimas. Tenía los ojos rojos y las cuencas hundidas. La pena enquistada se

deslizaba tras él como su sombra. Llevaba prisa y mutismo a la vez, como si no tuviera destino para sus pasos. Se acercó al fuego y saludó al gitano y a la familia con visible espíritu de derrota, y pidió un poco de agua para él y para el caballo, y aclaró que tenía que marcharse con prontitud.

—¿Ocurre algo, Juan? —le preguntó ofreciéndole un trago de vino.

El gitano, viejo ya, lo conocía desde mucho tiempo atrás, lo mismo que a José Cabral, con quien había mantenido tratos siempre que este había necesitado una bestia.

—Sí, Fernández. Lo de siempre: un Cabral, un cacique.

—Te lo pregunto porque hace cosa de una hora vino por aquí una pareja de la Guardia Civil preguntando por dos hombres y un niño. Dijeron que uno era extranjero. Así que..., ya sabes por qué te lo digo. Me aseguraron que si veía algo les fuera con ese algo y que me recompensarían.

—¿Qué mierda es esto, Fernández? —Escupió Juan al tragarse el vino—. ¿De dónde sacas esta porquería?

—Es lo que me dieron los civiles. Si les llevo el chivatazo de que te vi y te cogen, se guardarán el fajo que les suelte tu cacique y a mí me traerán otra como esta. Que se la metan por el culo.

Juan rio y le dio un abrazo, y luego se echó al pecho sudoroso otro trago de vinagre.

—¿De dónde eran? ¿De tu pueblo o del mío?

—Del mío —contestó el gitano.

—¡Vaya! Le faltó tiempo para poner a bailar a todo el mundo. Gracias por todo, Fernández, de corazón, y que sepas que te debo dos botellas de buen vino.

—Con Dios, Juan, y que llegues a cumplir tu promesa.

Pasado un pequeño arroyo, Juan arrancó con una fuerte galopada y arremetió contra el caluroso espacio que separaba su agonía de su futuro incierto. Gracias a la información que le había proporcionado el gitano, cambió la ruta que tenía pensada. Ahora, en vez de entrar bordeando el pueblo por la cornisa que circunvalaba Mirabueno y la ermita por la parte de atrás hasta alcanzar Campó, el trayecto más rápido, lo haría por la parte

posterior a Montoro. Desde allí acortaría hasta Viñas Viejas atravesando los terrenos de secano de don Miguel, para descender por el Chorraero hasta divisar la casa de Alan.

Juan sacó de su bolsillo el viejo reloj que un día le regaló su padre, poco antes de la contienda en Filipinas, y vio que llevaba algo más de media hora cabalgando desde que se encontró con el gitano. Estaba perdiendo demasiado tiempo, pero no podía exponer el caballo a un trote más intenso, sobre todo después de la dura jornada a la que lo había sometido. Estaba sediento de nuevo, y su caballo también, así que decidió desviarse un poco hasta una alberca cercana. Sudoroso frente al caño de agua, Juan bajó de su montura y lo acercó hasta la poza para que bebiere y descansase, pues el resto de camino hasta su casa era arduo, sobre todo el último tramo, donde todo se volvía empinadas cuestas y angostos senderos. Todavía no había terminado de beber cuando el animal levantó la cabeza y soltó varios relinchos de inquietud. Esto alertó a Juan, que amarró las riendas al caño y subió corriendo los escasos metros que lo separaban de la cima de un pequeño cerro. Ganada la cumbre, se arrodilló con una mano en la cintura tras notar un intenso dolor en el costado por la falta de aire. Inspiró varias bocanadas de aire fresco con las que se recompuso, se puso de pie y miró en todas direcciones. Nada ni nadie parecía venir en la suya, a menos que las hileras de olivos y almendros que se perdían en la oscuridad de la noche clara ocultasen el origen del nerviosismo del animal. Durante algunos minutos continuó mirando a todas partes, pero sin éxito en su búsqueda, hasta que su respiración se tranquilizó y sus oídos se volvieron sumamente sensibles a la callada noche. Ahora parecía oír algo a sus espaldas. Volviéndose, reparó, muy a lo lejos, en las siluetas de varios jinetes que cabalgaban entre los olivos. A medida que se acercaban, los oía con más claridad. Bajó la cuesta corriendo hasta llegar junto a su animal, que había empezado a beber nuevamente. Con prisas, le soltó las riendas, lo montó e hincó sus talones en los costados para que cabalgara con mayor rapidez, pero no había recorrido ni cincuenta metros cuando pensó que si él era el perseguido, les sería más fácil verlo de esta manera. Apresuradamente, bajó del caballo y lo

condujo a una vereda sembrada con altas cañas, donde se metió y tranquilizó al animal con caricias y susurros.

Desde su posición, Juan podía observarlo todo sin ser visto. Pasados varios minutos, pudo oír claramente el repetitivo golpeteo de los cascos de los caballos amansados por los terrones de tierra. Junto al ruido, tres figuras que parecían fantasmas en la noche aparecieron bajando la cuesta que llevaba a la alberca. Al llegar a ella, se detuvieron, escrutadores y sedientos. Uno de los hombres encendió un farol y comentó algo a los otros al tiempo que señalaba el suelo. Juan pudo distinguir que hablaban de las huellas recientes que había dejado sobre el barro. Decidieron y sentenciaron, así que, mientras un hombre se quedaba dando de beber a los animales, los dos restantes, portando el farol, se acercaron hasta un estrecho puente de madera que utilizaban los lugareños para cruzar con los carros en el invierno lluvioso. Juan vio perfectamente, desde unos siete metros, cómo miraban debajo del puente. Volvieron a reunirse en la alberca y, tras una sigilosa conversación, montaron en sus caballos y partieron en la misma dirección que Juan debía de seguir.

Cuando los tres hombres pasaron a escasos metros del lugar donde se ocultaba Juan, este reconoció a uno de ellos; al menos, ya tenía la certeza de que eran sus perseguidores, hombres del cacique. Lo único que lo tranquilizaba era la convicción de que si buscaban a Ezequiel, estaban en terreno equivocado. El perseguido se convirtió en perseguidor, porque pensó que le resultaría más seguro ir tras ellos, manteniendo una distancia prudencial para tenerlos controlados. Conforme transcurría el camino y pasaba el tiempo, casi se convenció de que los que se creían perseguidores llevaban su misma dirección. Cuando empezaron a subir por la espalda de Montoro, ya no le cupo duda. Vigilándolos, y con la incertidumbre de si finalmente tomarían la dirección de la Fuente Miranda o, por el contrario, acortarían buscando Campó, los siguió estrechamente. Pero nunca llegó a saberlo. A sus espaldas, a no mucha distancia, se oyó un disparo que lo hizo volverse tan rápidamente como a los hombres que le antecedian. Al girarse, Juan entendió la trampa. Otros tres jinetes subían tras él por el estrecho desfiladero, cerrándole la salida. Miró nerviosamente en

todas direcciones, pero no había vía de escape, o eran difíciles para su animal. En escasos segundos pensó que su única oportunidad era subir la pendiente de la derecha, ya que si optaba por tomar el camino de la izquierda, el que llegaba hasta la Morronga y la fuente Miranda, acabaría atrapado entre sus perseguidores y Cártama.

El caballo de Juan tiraba con sumo esfuerzo por una pendiente abrupta y resbaladiza. Sus seis perseguidores también hacían lo que podían. En la subida, se abrieron para cerrar la posible escapada de Juan por los laterales. Ya en la cima, el caballo corrió todo lo que pudo entre los pastos secos, pero el esfuerzo realizado durante toda la jornada fue tan descomunal que empezó a ser alcanzado por los hombres del cacique. La sensatez le dictó a Juan que a caballo no tenía ninguna posibilidad, por lo que enfiló a la izquierda hasta una pequeña mina que conocía muy bien. Allí saltó de su montura y subió jadeando por las peñas, pensando que de ese modo estaría en las mismas condiciones que sus adversarios, aunque solo con seis balas en el revólver que Alan puso en sus manos. Para continuar el acoso, sus perseguidores también tuvieron que abandonar sus monturas y empezaron a abrirse a ciegas mientras la voz beligerante del Veterano pedía a sus hombres que lo atrapasen con vida. Al ganar finalmente los pastos que encumbraban de color pardo esa parte tan agreste de la zona, Juan se volvió entre jadeos y confirmó lo que imaginaba, a los seis hombres subiendo tras él en un orden estudiado. Desde el lugar donde se encontraba, no pudo distinguir a ninguno, salvo al que reconoció en la alberca. Se giró y continuó bajando por el lado contrario, donde no había más salida que un precipicio de dimensiones considerables, lo que lo obligó a esconderse junto a las buitreras, donde grajos, pequeñas águilas y ocasionales buitres construían sus nidos. En nada se dio cuenta de que ese sería precisamente uno de los lugares que registrarían. Con la ansiedad carcomiéndolo, avanzó un poco más hacia abajo y, al ver que no tenía salvación, apostó fuertemente y se escondió entre unas grandes palmas azotadas por el viento. Imaginó que tal vez así pasarían de largo y podría volver sobre sus pasos para coger un caballo menos cansado.

Oculto y silencioso en la vegetación, se acomodó como pudo y se quitó de la cara las hojas que le pinchaban. Tras unos minutos en los que le pareció que su respiración llenaba el mundo de ruido, oyó pisadas que se le acercaban. Los pasos siguieron de largo, pero permaneció completamente estático, respirando de forma suave y muda, esperando el momento oportuno para salir discretamente o, si fuera necesario, jugársela a la carrera. Instantes después volvió a oír pasos cercanos, y vio cómo, donde momentos antes solo había oscuridad, aparecía una fuerte luz. El hombre que se encontraba a escasos metros de su escondite había encendido un farol. Después de cada golpe de bastón que tiraba sobre las matas, acercaba la luz para escudriñar. El matón, tras el bastonazo de rigor, acercó la luz a la palma donde se encontraba Juan, pero lo único que encontró fue el cegador fogonazo de un disparo que le entró por debajo del pómulo y le salió levantándole la tapa de los sesos. El grito cortado del desgraciado nunca tendría recompensa, pues cuando uno de sus compañeros llegó hasta su cuerpo, el de la luz ya estaría llamando a las puertas del infierno.

Mientras corría entre palmas y maleza, Juan rozaba con sus piernas los arbustos, cuyas púas traspasaban sus pantalones y se le clavaban en la piel. En su interminable jadeo podía percibir la fragancia que las matas de tomillo liberaban al paso de sus fatigadas piernas. Una vez que alcanzó la mina, subió rápidamente a lomos de su caballo y echo a galopar rozando la extenuación del animal. Sintió pena por el caballo de su amigo el cabrero, pero su vida y la de su familia estaban en juego.

Poco tiempo después, evitando su destino para no descubrir a su familia, y tras pasar la Fuente Miranda, empezó a oír el relincho de sufrimiento de los caballos perseguidores. Se giró y disparó casi a ciegas y tuvo la fortuna de dar a alguien que se quejó. Entonces, abrieron fuego contra él, y Juan respondió hasta vaciar el tambor de su arma. Lo tuvieron en cuenta, porque no volvieron a disparar.

La cuesta arriba se terminó, y súbitamente comenzó a bajar con temeridad, exigiendo un último esfuerzo a su montura. Pero esta no pudo soportar tanta fatiga y en Viña Canchena cayó reventada. Juan sintió que una oleada de tierra entraba por su boca, y que el monte

bajo y las distintas brozas arañaban su cara. El golpe que recibió en la cabeza lo dejó aturdido durante algunos instantes, los justos y necesarios para que los cuatro hombres de don Miguel lo rodeasen. Sintiendo un ardor en sus mejillas, y cierto mal sabor en la boca y la garganta, se levantó con su mano estirada, zigzagueando el aire con su navaja. Sabía perfectamente que lo cogerían, pero vendería cara su piel.

Uno de los caballos avanzó hacia Juan y su jinete intentó golpearlo con un palo atestado de nudos y púas, pero Juan consiguió agarrarlo, sorprendiendo a su atacante, que cayó de bruces al suelo. El confundido agresor intentó levantarse, pero antes de darse cuenta de lo que había pasado, notó un frío cruel atravesándole el abdomen y describiendo una curva que acabó cuando el acero chocó con las costillas.

—Si pretendéis cogermé vivo, vais a tener que sudarlo —vaticinó Juan—. No he llegado hasta aquí para que tres fanfarrones me cojan.

Dos caballos se movieron para rodearlo, pero una voz los paró en seco. Una voz inconfundible que Juan conocía muy bien: la del Veterano.

El robusto siervo del cacique bajó pausadamente de su caballo, sacó una enorme navaja que abrió con un sonoro y repetitivo clac, y avanzó con confianza hacia Juan, que no parecía inquieto ni asustado. El Veterano fue el primero en atacar, pero su navajazo solamente encontró la sucia chaqueta que Juan se había enrollado en la mano. Como respuesta, el padre de Ezequiel tiró una silbante tajada sobre el costado de su contrario, pero el Veterano se apartó con un movimiento felino que lo sorprendió incluso a él. Una vez separado de su oponente, notó cierto calor húmedo en su costado; se tocó y palpó la raja que tenía en su camisa, y percibió el inconfundible olor de la sangre. Desde el final de la guerra de Cuba, nadie había conseguido herirlo, y no fue precisamente por escatimar oportunidades. Alarmado, miró la cara del hombre que lo acababa de conseguir, y entonces leyó lo que esos ojos arrasados por el dolor le advertían: que posiblemente no fuera la última vez. Repentinamente, perdió toda su fanfarronería y gran dosis de su

bravura. La seguridad había cambiado de bando y ahora era Juan el que se sentía superior. Ciego de ira, se abalanzó sobre su enemigo como el león que se tira contra la gacela herida o enferma, pero su contrincante no dio muestra de debilidad y se apartó de la hoja por escasos centímetros. Acto seguido, cuando intentó atacarlo de nuevo, el Veterano se agachó, cogió tierra del suelo y la arrojó a la cara de Juan. Sin dejar de tirar alocadas estocadas a ciegas, Juan intentaba limpiarse los ojos. Se encontraba en inferioridad y maldecía por ello la cobardía de su oponente. Sin embargo, la única respuesta que encontró a sus insultos y amenazas fue una punzada en el brazo que le hizo perder el arma. Desarmado y todavía enceguecido por la tierra, sintió una avalancha de golpes en su cabeza que al poco le reportó el olvido.

Juan despertó sintiendo el sabor salado del sudor y el dulzor metálico de la sangre en su boca. El dolor del brazo era insoportable, pero más insoportable era la angustia que le comía las entrañas. El primer pensamiento que tuvo al abrir los ojos, después de saber que viajaba en el cajón de una carreta, fue el recuerdo su familia. «¿Qué habrá pasado con ella?», se preguntaba una y otra vez. No tenía respuestas, de momento; sin embargo, algo le decía que pronto lo sabría. Algo blanco y redondo que quedaba por encima de su mirada y por debajo de las estrellas que brillaban en la clara noche, algo que había visto cientos de veces, unas a pie, otras a caballo, algo tan grande y majestuoso como el arco de entrada a la hacienda de don Miguel.

La carreta paró frente a la casa del cacique y los jinetes que la escoltaban la rodearon. Los hombres desmontaron, se relajaron y liaron unos cigarros de la última cosecha. Uno de ellos, el lugarteniente del patrón, bajó de su caballo y se dirigió hacia la entrada principal de la casa. A la segunda llamada, apareció Camila con gesto serio e inquisitivo, pero al ver a Juan rodeado por varios hombres, dejó escapar un aire de verdadera satisfacción.

—¿Cómo está el niño, Camila? —inquirió el Veterano denotando preocupación en la voz.

—El niño igual, pero ahora es don Miguel quien debe preocuparnos más —le explicó—. Dice don Adolfo que si se salva lo

hará con secuelas. Ha sido envenenado, pero por una vez fue una suerte la ingesta de medicina colombiana y todo lo que se metió en su cuerpo, pues hizo que vomitara violentamente con las convulsiones, y es todo eso junto, precisamente, lo que le salvó la vida. ¿Viene vivo, como te pidió? —preguntó Camila dirigiendo la mirada al carro.

—Sí, pero está herido. Dio más guerra de lo previsto, incluso mató a dos hombres.

—Veo que tú también estás herido. Se pudran todos en su jugo —maldijo y escupió.

La criada, maltrecha y descuidada, más de lo normal por la falta de descanso, se apartó del Veterano y se dirigió a la parte de atrás de la carreta, donde vio al antiguo sirviente de su señor, herido y maniatado.

—No sabes el placer que siento al verte así. Estás a su merced. —Juan la miró con desdén y volvió la cara hacia el otro lado, a lo que ella repuso—: Lo mismo que tu familia.

—¿Mi familia? ¿No habréis hecho daño a mi familia...?

—Ocurrieron cosas —contestó impasible la criada gozando de la situación, para agregar después—: A lo que queda de ella. Tu hijo Miguel ya no existe —empezó a enumerar Camila desoyendo la advertencia velada de Juan—, y tu mujer y tu hija mayor están en poder de mi señor, y tres de sus mejores hombres siguen la pista de tu otra hija y su hermano, que huyeron con el cocinero. Yo de estas cosas no entiendo, hijo, pero diría que te queda poca maniobra y mucho sufrimiento por delante.

Juan se volvió loco. Fuera de sí, gritó, maldijo y finalmente juró por cuanto se podía jurar que si tenía oportunidad, arrancararía los ojos a don Miguel con sus propias manos y los masticaría hasta comérselos crudos.

—Jura por lo que quieras, necio, pero piensa las cosas bien y hazte cargo de que tú eres el herido y el que está amarrado. En vez de decir tonterías, más te valdría luchar por lo que te queda, que son esas dos mujeres sufriendo ahí abajo. Yo podría... Veterano, Veterano —gritó presa del pánico—, está desmayado, llamad

rápidamente al médico, si le ocurriese algo, don Miguel no lo perdonaría.

María Candela sacó de su hatillo la única muda que tenía, aparte de la que llevaba puesta, y la lió con firmeza alrededor de la pierna de su padrino. Había curado la herida lo mejor que pudo lavándola en el río, que en esa época del año bajaba claro. Sobre la improvisada gasa estrujó un par de limones que harían la función de antiséptico, lo que provocó en el cocinero una reacción de la que no se creía capaz ni él mismo. Una vez saneada la herida, emprendieron de nuevo el camino, pues quedaban todavía unos quince kilómetros por recorrer, distancia que no debía de hacerse excesivamente larga disponiendo de los caballos que ahora tenían. Aun así, el trayecto se les haría largo y dificultoso, porque la herida, incluso taponada, no paraba de sangrar, sobre todo después del esfuerzo derrochado durante el enterramiento de Francisco. A todo eso, María Candela tenía que sumar la pesada carga en la conciencia por haber dejado al resto de su familia en el estado de jaque que se encontraba, pero si quería cumplir la promesa hecha a sus padres, y a su hermano antes de morir, solo le quedaba continuar hacia adelante.

De Gálvez miró el reloj de bolsillo que colgaba de una cadena de plata y se tranquilizó al ver que faltaban muchas horas para la salida del barco que querían abordar. Había tiempo suficiente para alcanzar el objetivo, pero solo si no encontraban más fatalidades en el camino, porque en ese caso, y con su herida, sería el fin.

Un poco más adelante cruzaron el río de Campanillas por la derecha del puente, evitando así nuevas y desagradables sorpresas. El nulo caudal no les causó problemas. Continuaron con un trote vivaz por los cañaverales dejando muy a la izquierda el cortijo Torres, y se desviaron hasta alcanzar la playa para llegar a Puerta del Mar sin más imprevistos. Por la línea costera, de fina y oscura arena, era posible ver a los marengos echando sus botes al agua para empezar la jornada de pesca. Cuando María Candela

reparó en ellos, se asustó, pero De Gálvez la tranquilizó asegurándole que no tenía nada que temer.

Aún faltaban diez horas para que el Infanta Isabel de Borbón zarpara, cuando los dos jinetes que cargaban en sus monturas más desgracias que equipaje pararon frente a la pensión El Flamenco. Mientras que la joven miraba intranquila en todas direcciones, De Gálvez bajó del caballo y caminó tambaleándose hasta la puerta. Tras tocar la campana para llamar, cayó al suelo inconsciente.

El antiguo soldado de Filipinas despertó gritando de dolor, lo que hizo que el médico se retirara durante algunos momentos, sorprendido cuando intentaba sacar la bala que parecía no haber hecho demasiado daño. Tras unos segundos, el herido se calmó, sobre todo cuando vio junto a su cama a María Candela y a Marcela, la dueña de la pensión El Flamenco, un antiguo burdel donde ejerció como titular en sus tiempos mozos. En aquella etapa, poco después de la guerra de Cuba, conoció al joven soldado que ahora, con sus huesos más viejos y carcomidos por el tiempo, volvía a llenar el hueco de su cama. La historia de ambos era triste, como la de dos trenes que se cruzan de por vida en una estación, en la que se rozan y se tocan, pero nunca llegan a partir en la misma dirección. De igual forma, ambos se tocaron y se quisieron durante mucho tiempo, pero siempre se interpuso entre ellos el pasado de una profesión que separaba cruelmente sus destinos, pero que no pudo jamás asustar el respeto y cariño recíproco que se tenían. Una hora antes, María Candela comprobó la certeza de ese cariño en cuanto vio la transformación que sufría la cara de la dueña, que pasó de un desdén desmedido al verla a ella, a una angustia descontrolada que la invadió cuando salió a la puerta y vio a De Gálvez inconsciente en el suelo.

Después de ese desafortunado encuentro, ambas llevaron al cocinero hasta la cama de Marcela, que mandó a una de sus criadas a llamar a un médico de confianza. Desde entonces, en esos menesteres había trascurrido el valioso tiempo.

Los gritos de dolor del cocinero hicieron que la dueña de la casa se acercara y le cogiera la mano para tranquilizarlo hasta que el médico terminó y María Candela tuvo la previsión de dejarlos solos.

—Hoy has pisado con un pie el otro barrio, Antonio.

—Ya sabes que he salido de muchas peores.

—Sí, pero no tenías esta edad. Estás hecho un viejo —dijo la dueña mostrando una sonrisa.

—¿Viejo? La ropa es vieja, yo estoy hecho un zagal.

—¿Adónde vas?

—Lejos, y lamentablemente dispongo de pasajes.

—Tu ahijada me comentó algo, a solas.

—Una estupidez. No te conocía de nada.

—¿Crees que se reunirán contigo?

—No —y se derrumbó abrazándose a ella—. No todos. Alan y Ezequiel... seguro que sí, pero Juan habrá tirado hacia el matadero en cuanto no encontró a su familia. ¿Quieres venir? —Antonio se lo pidió de otra manera.

—Sabes que antes de un mes el pasado volvería a interponerse. Mejor no.

—Cierra la puerta. Quiero hacerte el amor por última vez —le susurró él.

—¿Estás loco? Has perdido mucha sangre.

—No la suficiente.

—Tu ahijada está ahí afuera —le repitió algo sonrojada, como si el tiempo y la distancia hubiesen vuelto a poner a cero los marcadores de la confianza.

—Cierra la jodida puerta —ronroneó—. Y no grites.

—Y tú no digas porquerías, viejo.

Apagaron la luz.

Una hora más tarde entraron en un salón privado que había en la primera planta y que utilizaba únicamente el servicio. El médico estaba comiendo y disfrutando de un buen tinto que mandó a comprar Marcela.

—Usted no puede levantarse, podría ser contraproducente. —le aseguró el médico.

—El hecho de quedarme aquí también lo será, créame. Y a ella le ocurriría lo mismo —puntualizó De Gálvez señalando a María Candela—. Tengo varios asuntos que resolver, el primero intentar contactar con mi familia. Si no se mueve de aquí hasta las seis de la

tarde, todo este dinero que pongo en manos de Marcela será suyo. Me gustaría evitar posibles inconvenientes. Además, necesito que me cambie las vendas antes de partir.

A eso de las tres de la tarde, regresó Antonio con la tristeza en sus ojos. María Candela no tuvo que preguntarle nada, pero él le contó que los planes contemplaban otras posibilidades para que se reunieran en el futuro. Así se lo hizo saber a Marcela en una carta que le pidió que no abriera hasta pasadas las seis de la tarde, una vez que hubiesen partido. Después de eso debía destruirla y revelar su contenido únicamente a la familia Cabral. Supo que cerca del muelle había dos hombres a caballo preguntando y ofreciendo una suculenta recompensa por él y por María Candela, así que diseñó un plan para que su ahijada no tuviese problemas.

Finalmente, una apuesta dama salía de la pensión El Flamenco junto a varias criadas. Con ellas también iba el padre de la joven dama, un hombre enfermo, en silla de ruedas, y se dirigían al buque Infanta Isabel de Borbón, un trasatlántico que les llevaría al otro lado del océano, con la intención de dejar en este lado el más doloroso pasado, el más sufrido presente y abordar el más incierto futuro.

Un fuerte olor a vino rancio fue lo primero que advirtió Juan al despertarse. Intentó moverse para ver dónde estaba, pero antes de descubrirlo, una fuerte punzada en su brazo herido le recordó las últimas y desgraciadas horas. Le habían curado el brazo, una venda lo envolvía. Se levantó del suelo con mucho esfuerzo, y pudo ver que todo estaba oscuro a su alrededor. Sin embargo, el olor le decía que debía de encontrarse en una bodega, seguramente la del cacique, ya que la hacienda era el último lugar que recordaba antes de haber perdido el conocimiento. Caminó hacia cualquier parte con la intención de percibir algo que le diese la razón, y tras varios pasos halló una pared húmeda. Nada en ella le describió algo conocido, por lo que se encaminó en dirección opuesta. Andados varios metros de total ignorancia, tocó un gran barril, y junto a este, a derecha e izquierda, palpó muchos más, lo cual confirmó sus

suposiciones. Ahora debía de averiguar si la bodega donde se encontraba era la de don Miguel, pero eso no debería resultar difícil, pues muchas veces había entrado allí con su amigo el cocinero. Antes de continuar, abrió un grifo al azar y sació su sed con un dulce caldo, posiblemente un Moclinejo. Solo bebió un trago, el necesario para refrescarse, pues necesitaba de toda su integridad para salir de la situación en que se encontraba.

Antes de continuar investigando el lugar, miró hacia todas las direcciones con la intención de descubrir alguna ventana, pero, o no existía, o bien no la veía por culpa de la oscuridad exterior. Avanzó hacia la derecha, siguiendo siempre la fila de barriles. Si estaba en el lugar que creía, debería doblar a la izquierda formando una escuadra. Tras once o doce barriles, sucedió lo previsto, por lo que ya no tuvo duda de dónde estaba. Con la certeza de su ubicación, se volvió en redondo para dirigirse hacia la salida, aunque sabía a ciencia cierta que estaría cerrada y vigilada. Sin embargo, tenía que intentarlo. Siguió el camino de vuelta por la pared de enfrente, para no chocar con los grandes recipientes de roble, pero antes de llegar a la esquina, oyó algo detrás de él, algo que lo hizo detenerse y contraer el alma. Quieto, con las gotas de sudor recorriendo su frente, Juan permaneció con el oído alerta en la dirección donde había escuchado el leve ruido. En esa posición, cauto y silencioso, advirtió un jadeo tenue que le heló la sangre. No pudo aguantar más y soltó el grito que su miedo le pedía a voces. El alarido de Juan fue contestado por otro más estridente y angustioso, de mujer, lo cual no fue razón para que se tranquilizara. Se dirigió hacia la dirección desde donde provenían los quejidos, y fueron sus propios pasos los que terminaron por arrancar otros gritos de terror, de ansiedad; gritos que provocaron cierta inseguridad en Juan y que lo hicieron detenerse a escasos metros de su fuente.

—¿¡Quién anda ahí!? —dijo con voz áspera.

—¿Juan? ¿Eres tú, Juan?

—¿María? ¡María! ¡Por Dios!

El hombre corrió hasta su mujer y se abrazaron entre lágrimas. Le confirmó lo de Miguel y le contó en parte lo de Remedios, y él gritó y blasfemó hasta que la garganta se le rompió y los nudillos de sus

puños sangraron golpeando las paredes y la madera que los rodeaba.

María intentó tranquilizarlo haciéndole saber que tenía que intentar sacar a Remedios de allí. Le pidió que a ella la dejase, pues estaba encadenada como un perro. Se contaron cuanto sabían de los otros niños. Uno y otro se alegró de saber que Ezequiel, María Candela y Francisco lo habían conseguido gracias a la inestimable ayuda de Antonio y de Alan.

Cuando María le contó con más detalles lo de Miguel, se abrazaron con los ojos llenos de lágrimas y Juan clamó al cielo, a un Dios en el que nunca había creído, que siempre le había puesto zancadillas, que permanentemente había vuelto la espalda a su familia. Un Dios cruel, o al menos desatento, al que detestaba. Sin aliento, cayó al suelo y continuó llorando amargamente mientras se compadecía de sí mismo y por los suyos. María lo abrazó cariñosamente sin saber qué decir. Sabía que estaban atrapados en la jaula de un asesino despiadado y que, aunque quizá no había forma de escapar, era mejor morir en el intento que dejarse ultrajar en aquellos sótanos del infierno.

—Empieza a hacerse de día. Se filtra la luz por los ventanales — dijo un Juan resolutivo—. Vamos a escapar de aquí, al menos vamos a intentarlo.

Durante mucho tiempo intentaron, inútilmente, romper la cadena que aprisionaba a María. También destrozó dos astiles de madera ejerciendo palanca para sacar la argolla de la pared, porque no encontró un sucio trozo de hierro que sirviera a sus propósitos, solo madera y más madera. Intentó abrir la puerta para salir y buscar algo útil con lo que liberar a su mujer, pero tan solo oyó risas en el exterior, más allá de la puerta atrancada desde fuera. Así que desistió y se abrazó a su mujer a la espera de que el destino enseñara su jugada.

Sobre las nueve de la mañana entró don Adolfo, vigilado de cerca por el Veterano, para que no hubiese ningún tipo de comunicación entre ellos, aparte de la estrictamente sanitaria. Fue el propio hombre del cacique quien instó al médico para que guardase

silencio en lo referente a toda la carnicería, bajo la firme amenaza de que sería su propio hijo quien pagaría si soltaba la lengua.

Cuando vio al matrimonio allí, en aquel estado, perdió toda su pose aborregada y estalló maldiciendo la situación. Le dijo al Veterano que María no podía seguir un segundo más así, pues ese estado provocaría diversos problemas funcionales e infecciones peligrosas en la muñeca y el brazo, y que todos, sin excepción, incluida la hija que acababa de curar, debían permanecer en un lugar menos insalubre donde se les pudiese atender en mejores condiciones y con dignidad. Lo único que prometió el Veterano fue la asistencia de dos hombres que limpiasen, aireasen y saneasen algo los sótanos; aparte de eso, nada, y le ordenó que se limitase a hacer su labor, pues todo ese intrusismo en lo que no le concernía lograría acercarlo a la posibilidad de quedarse sin heredero.

Después de eso, y una vez que don Adolfo hizo su trabajo lo mejor que pudo, el hombre de confianza del cacique inmovilizó a Juan en otra argolla y mandó a dos hombres para asear los sótanos, sin lo cual, tal y como le había asegurado el médico, podría dar al traste con toda la producción de vino almacenada en los barriles. Uno de ellos, llamando la atención de Juan, se acercó por detrás a María y le tocó todo el cuerpo con vileza, ante los exabruptos de su marido y la cólera enjaulada bajo las cadenas que imposibilitaban su ayuda. El otro, divertido por la situación, se acercó por delante a María con la intención de colaborar con su compañero, pero al intentar besarla, esta le mordió, le arrancó el pómulo y lo escupió al suelo. Los salvajes gritos del hombre herido, loco de rabia mientras golpeaba a la mujer, atrajeron al Veterano, que al enterarse de la situación, sin pensarlo dos veces segó el cuello del hombre como advertencia y le dijo al otro que lo propagase entre la chusma armada: «Aquí debéis hacer lo que se os mande cuando se os mande, sea lo que sea, pero si improvisáis para vuestros antojos en algo que va en contra de las directrices marcadas por el señor, eso de ahí es lo que os espera». A María también se acercó y le aclaró: «Si vas de perra, mordiendo por ahí, necesitarás al menos un collar», y le colocó un collar de cuero que se utilizaba para amarrar los cencerros a los

grandes machos cabríos, y una cadena a la que unió una enorme bola de hierro de varios kilos para alargar su humillación.

Después del mediodía, la puerta de acceso a las escaleras de la bodega se volvió a oír y bajó por ellas el cacique. A ambos les costó reconocerlo. El bastón ya no era un mero adorno como lo había sido toda su vida, sino una insalvable necesidad. La pierna izquierda no funcionaba con normalidad, sino con un leve arrastre del que tiraba la mitad derecha de su cuerpo. El brazo izquierdo, en cabestrillo, parecía un colgajo contenido a duras penas, y su cabeza, sin fuerzas para sostenerse, caía ladeada hacia esa misma extremidad tullida. Tardó una eternidad en cruzar el largo pasillo de barriles hasta llegar a la parte más diáfana, donde se encontraban Juan y María encadenados, separados e indefensos, pero para ellos ya no había nada que defender. El cacique comenzó a hablar con la mitad del rostro vencido y con feos protuberancias de color violáceo. A todos les costó entenderlo por el pesado arrastre de su lengua, que parecía llenarle la boca. Don Miguel se ofuscó cuando comprendió que no se le entendía bien, y lo demostró enrojeciendo sus ojos con las lágrimas que pudo contener. Se acercó a Juan y lo amenazó con su lengua de trapo para que le dijese dónde estaban Alan y Ezequiel, por un lado, y Francisco y María Candela por otro. Desconocía que Francisco había muerto, porque Ignacio, el hijo del Veterano, al que encontraron después de que se arrastrase durante tres horas, les refirió que el cocinero fue quien había lanzado los cohetes para desorientarlos, y quien le había dicho que Francisco solo se había desmayado.

Juan rio en su cara a carcajadas después de escupirle, y ni siquiera la manta de golpes que le propinó el Veterano ni el dolor de sus dientes consiguió que parara su extensa carcajada, pues supo ya con certeza que al menos ellos sí lo habían conseguido.

El cacique le dijo al Veterano que dejase de golpearlo, pues evidentemente servía de poco a tenor de la risa, e hizo mandar que trajesen a Remedios, a la que amarraron a una argolla de la pared con una larga cuerda que no le impedía descansar en el suelo. Aunque la habían lavado, tenía marcas en la cara y por todo el cuerpo que el vestido amarillo que le habían puesto dejaba a la

vista. En cuanto la vieron, María y Juan rompieron a llorar y la llamaron, pero ella ni los miró. Mantenía la vista perdida en la nada, al tiempo que deslizaba un leve quejido como si fuera un mantra inacabable, y meneaba el torso hacia adelante y hacia atrás en un vaivén lento y perpetuo.

—Puede que ahora sí estés interesado en dialogar, Juan. Yo no soy como el Veterano, aún me tengo por hombre de cierto decoro. —Deslizó una tenue risa difusa por la cara imperfecta—. Me contaron que para reducirte tuvo que llenarte los ojos de tierra. Normalmente no me meto en ese tipo de cosas, pero le dije con seriedad que me parecía una actitud repugnante, deshonesta. ¿Y sabes qué me dijo el truhán? —Volvió a reír, esta vez a mandíbula batiente—. Que en su profesión, si se tiene en cuenta el honor, uno se va al cementerio sin billete de vuelta ante de los cuarenta años, y entonces lo entendí, en parte. Bueno, dejemos al Veterano y centrémonos en lo que nos interesa. Eso amarillo de ahí —dijo señalando a Remedios—, supongo que es un buen argumento para que trates, ¿no crees? Pues, vamos a ello. Como habrás notado, no he estado al mando durante unas horas, y en ese interludio, se tergiversaron mis consignas. Falta de comunicación en una noche tan intensa, lo que acabó por difuminar los objetivos marcados, arrojando otros más trágicos. Sé que tu hijo Miguel ha muerto, y lo siento de veras, aunque he de defender a mis hombres porque actuaron en defensa propia; pero, en el otro plato de la balanza está mi hijo, moribundo, y dudamos que vuelva a salir vivo de esta próxima noche, aunque no dejamos de asistirle en todo momento con don Adolfo y con las plegarias del párroco. Por tanto, y esto que te cuento te parecerá muy crudo, estamos a la par. A partir de ahí necesitamos un acuerdo, quizá ventajoso para mí, porque necesito cobrar algo más que ese empate, y si te avienes a razones, aunque estas te parezcan desmesuradas, lo alcanzaremos. He aceptado que mi hijo se va, pero tú también has perdido otro; dejémoslo ahí, pero quiero otras contraprestaciones, quiero especias que ayuden a mi decisión final para no arrasar con todo lo que por momentos pienso que debería arrasar. Ofreceme esas especias que ayuden a

mi conciencia y todos podréis marcharos. Lejos de aquí, por supuesto.

—Si lo que quieres son mis tierras, tuyas son. Pon delante de mí cualquier documento y lo firmaré —prometió Juan.

—No dudo de ello, pero no es solo eso, quiero saber también las direcciones que están tomando tus hijos, el punto de contacto que los reunirá. No, no me interrumpas, que sé que protestarás. Déjame explicar: necesito esa información, pero no por tus hijos, sino por mi cocinero, que me hizo esto que ves, y por Alan, al que no pienso dejar olvidado, pues sé que de hacerlo resultaría lo mismo que si lanzara al aire un bumerán y me girara a contemplar el paisaje.

—Yo no sé a dónde van, es algo que decidieron en el mismo momento que planearon marcharse, por miedo a esto mismo, a esta extorsión a la que estoy siendo sometido con mi hija, ahí desvalida, y mi mujer, aquí encadenada.

—Piénsalo, Juan. Si te niegas a colaborar en esto, el acuerdo no se cerrará.

—No es que no quiera, es que no lo sé. Y... me pides que traiciones a los dos hombres que han puesto a salvo a mis hijos. ¿Qué tipo de hombre sería? Por otra parte, sé que si los alcanzaras, acabarías con todos ellos, lo mismo que con nosotros después. Nosotros no tenemos salvación, pues no hay forma de que te crea; pero ellos, con De Gálvez, con Alan y con don Nicanor, tenlo en cuenta, sí que la tienen. Y respecto a Alan y los demás, tienes razón, no lo olvides... Yo sí que estaría inquieto el resto de mi vida.

—¿Quién te crees tú, miserable? Soy un caballero, un hombre de palabra.

—Ni tú te crees eso. Solo eres un hombre que asesina niños, aunque no tengas el valor de hacerlo con tus propias manos.

Don Miguel lo cruzó con una mirada asesina, y lo hubiese matado allí mismo a bastonazos en la cabeza si no necesitase su firma.

—¿Te fiarías de mi palabra si jurara sobre *La Biblia*?

—Sería la única forma de que firmara la venta de mis tierras a cambio de que nos dejaras en paz.

—¿Venta? Quién ha dicho venta. Ese plazo venció ya. Ahora son las tierras a cambio de tu mujer, tu hija y tus otros hijos, salvo

Ezequiel, al que pienso encontrar. Tú no entras en el trato, y no habrá dinero de por medio. Terminas aquí tus días. O lo tomas o lo dejas.

—Si traes esa biblia y juras sobre ella, firmaré.

María protestó. Llorando, imploró a don Miguel para que su marido también pudiese marcharse, pero Juan le gritó que callase. Le dijo que tenían posibilidades, le dijo que el cacique era un hombre religioso y que si firmaba sobre *La Biblia*, cumpliría. La aleccionó para que vendiera las tiendas en Málaga y se marchasen lejos, lo más lejos posible, y que empezasen una nueva vida.

Cuando don Miguel juró sobre *La Biblia*, el Veterano acercó un documento con el que Juan quedó plenamente satisfecho, dadas las circunstancias, y lo firmó. El cacique lo cogió e iba a firmarlo cuando se detuvo y pidió a uno de sus hombres que volviesen a atar e inmovilizar a Juan.

—Voy a firmarlo, como te he dicho, pero antes vas a decirme qué dirección tomó Alan.

—No lo sé, los dejé pasado Alhaurín, en un llano en mitad de los pinos.

—¿Alhaurín el Grande o el de la Torre? —demandó el Veterano.

—El de la Torre —deslizó suspicazmente Juan, a lo que respondió con un esbozo de sonrisa el hombre del cacique.

—Y por curiosidad, Juan —preguntó el cacique con forzado desinterés, mientras firmaba el documento—. ¿Sabes quién es verdaderamente Alan? Porque yo, después de gastarme una fortuna intentándolo todo, solo pude saber que fue un hombre muy importante en su país, pero que ya no lo es.

—¿No sabes quién es Alan? ¿De verdad que no lo sabes y te has metido en todo esto? Lo sabrás, no te preocupes, lo sabrás.

—Bien, aquí estamos, esperándole. Veterano, ¿has pillado algo? Te vi sonreír.

—Sí, don Miguel. Van a Gibraltar, es lo natural, y... en cuanto a lo otro, lo de los cuatro hombres que mandé a las Membrilleras, tres han muerto. El otro acaba de llegar con la noticia y dice que no vio nada. Pero hay tres posibilidades, Marruecos, Canarias o Sudamérica.

—Eso es dinero, más dinero que gastar. Hay que concretar más.
—Se acercó hasta Juan y le aseguró—: Nos ayudarás, estoy seguro de que lo harás y dejarás esas tres posibles vías en una.

—Te he dicho que desconozco...

—Lo harás —insistió el cacique determinante—, si quieres que tu hija siga al menos en ese estado.

—Por favor, don Miguel, déjelo estar, le suplico... He... hemos alcanzado un acuerdo, ha jurado sobre *La Biblia*.

Don Miguel rio con aquella media cara y pasó el documento al Veterano para que lo acercase a la casa lo más pronto posible, y puso *La Biblia* en la mano del otro hombre, especificándole:

—Si hace falta matar otro cordero para que los hombres se sacien, sea. Toma, pon esto en las brasas, que el fuego no se venga abajo —sugirió al tiempo que le entregaba el libro sagrado.

—Y una última cosa —gritó al Veterano antes de que saliese—. Dos hombres aquí cada hora a partir de esta noche si Juan no ha colaborado. Que hagan lo que quieran con la hija, y que ellos lo presencien en todo momento. —Después se dirigió a Juan, que gritaba como un poseso y blasfemaba mientras se hería las muñecas intentando soltarse—. Ya no creo en Dios, Juan, no después de lo que ha dejado que nos hagan a mi hijo y a mí. Ahora creo únicamente en mí. Lo estáis viendo vosotros, y lo verán Alan y el cocinero. El cocinero..., ese sí que es mi objetivo número uno. Me engañó durante años, en todo, pero lo pagaré, y cómo lo pagaré. Tengo que reconocer que me ha sorprendido. Mató a dos hombres en Las Cabrerizas, a dos más en el paso del río y dejó vivo al pequeño Ignacio, porque quiso. Qué tío. Qué falsedad de hombre. ¿Quién es en verdad, Juan? ¿Lo sabes?

—Un nido de avispas al que no conviene molestar y alguien que detesta dejar un trabajo inconcluso. ¡El típico cocinero de toda la vida, vaya!

Dos días más tarde, compartían soledad y derrota en aquel pozo de olor rancio, separados por cuatro metros de imposibilidad,

mientras el cuerpo ultrajado y sin vida de su hija empezaba a dar síntomas de descomposición. En ningún momento pudieron darse el calor de un abrazo que los reconfortase en la adversidad, solo palabras que ni siquiera intentaban difundir ánimo. María permanecía amarrada como un perro con las manos forzadas y estiradas como un cristo crucificado. Estaban rotos, deseosos de que llegase el final cuanto antes, y pedían al destino que sus hijos pudiesen salir adelante allá donde estuviesen. Las veces que un hombre del cacique entraba en el sótano, pues el Veterano llevaba dos días sin aparecer, Juan le increpaba con todo lo malo que podía arrojar por su boca, intentando que un mal golpe se los llevase por delante, pero lo único que conseguía a cambio eran silenciosas sonrisas de desdén. Sobre las once de la mañana entró Camila con agua para los presos y una especie de papilla, por indicación de don Adolfo, quien aseguró que, o se les suministraba líquidos y alimentos o no durarían mucho. Pero ambos se negaron a ingerir un solo gramo de nada a pesar de la sed, pues lo último que pretendían era alargar el martirio de sus días. Ya no lloraban, ni hablaban. Había poco de que hablar en un espacio que les resultaba huérfano. Lo único que pedía cada uno para el otro, en una callada letanía, era la asistencia de una muerte, dulce o amarga, les daba igual, pero que los arrancase de este mundo.

Poco después del intento de Camila de hacerles comer, apareció el cacique, al que no habían visto desde la firma del documento de cesión de tierras. Su andar estaba mejor, más firme, como si estuviese recuperándose poco a poco de las secuelas, aunque la cara no había variado en repugnancia. Entró seguido por el Veterano, que venía con ropa sucia y desaliñada, cosa poco habitual en él. Traía dos talegas, una en cada mano, riendo a locas carcajadas. Parecía fuera de sí, con barba de cuatro días sobre la fealdad de su nueva cara, y depositó las talegas sobre el cuerpo marchito de Remedios.

—Las abriré yo, porque vosotros no podéis. —Rio—. Aquí tenéis, son vuestros salvadores prestos y dispuestos, solícitos. ¡Vamos, pedid, pedid!

Les arrojó las cabezas cortadas de Alan y don Nicanor. La de Alan, apenas reconocible.

Comenzaron a llorar nuevamente, aunque no sabían de dónde le salían las lágrimas. No lo hicieron por los dos hombres, a los que querían, sino por Ezequiel, pero pronto se tranquilizaron cuando comprendieron que este se les había escapado.

—Me urge saber dónde está Ezequiel. Necesito imperiosamente esa respuesta, pues no me vale con haceros creer que lo maté. Lo quiero muerto, muerto. Quiero una respuesta antes de esta noche, Juan, y que sea convincente; si no, tu mujer se verá inmersa en mitad del mismo tráfico de hombres que llevó a tu hija a la muerte. No escatimes, Juan, por favor. Al fin y al cabo, no es hijo tuyo, es mío, y como tal haré con él lo que me venga en gana. No puedo dejarle campando a sus anchas por ahí, porque si mi hijo, que aún lucha por su vida, sale adelante, necesita un horizonte despejado de problemas. Sí, Juan, abandona la incredulidad de esa mirada ausente y la bisoñez. Es mío.

Juan permaneció en silencio, y recordó las palabras de Ezequiel antes de partir, en el llano de Alhaurín, mientras Alan esperaba. Se le hizo un nudo en el estómago y la ansiedad le llenó el pecho. Empezó a llorar, en actitud callada, no por sí mismo, sino por su hijo, porque lo hubiese o no engendrado el otro, sabía a ciencia cierta que era hijo suyo. Él lo había criado, alimentado, achuchado en la enfermedad. Él lo recogió del suelo tras lo del rayo, creyendo que estaba muerto, él fue quien se moría de inquietud cuando lo de la Cañada del Diablo. Pero lo que más le dolía era que Ezequiel pensase que no era su verdadero padre. Comenzó a llorar más fuerte, como si hubiese un lago que alimentase sus lágrimas, como si todo lo demás en el mundo le diese igual, y solo después de un rato, volvió a la realidad al reparar en los gritos de María, que también lloraba llamándole. Fijó sus ojos derrotados en ella, pero no la oía, solo veía el movimiento de su cabeza negando repetitivamente. De repente, comenzó a escucharla. Le decía que la creyera, que ese hijo era suyo como todos los demás, que recordara que en esa época hacían el amor cada noche, y que el otro, solo había tenido capacidad para obligarla, amenazando la seguridad de

sus hijos y la del propio Juan. Puede que el cacique hubiese dejado embarazada a María, puede, pero si eso sucedió así, ella no era culpable, estaba seguro. Solo era una víctima más, una doblegada más. Juan sorbió para dentro su derrota, detuvo sus lágrimas y se vistió de coraje para dirigirse a María y decirle con serenidad.

—Lo sé. Te creo. No te preocupes, te creo. Y te quiero, nunca lo olvides.

—Bueno, veo que es un momento trascendental, un momento para contar cosas. Yo también quiero jugar, yo también quiero participar. Contemos cosas. Será divertido. Empiezo. La primera que contaré trata de un joven, un tal Juan del Tesoro. Murió por orden mía, pero no por venganza personal contra ti, sino porque se inmiscuyó en asuntos propios que ahora no vienen a cuento. No tuve otra alternativa, sin embargo, hoy me alegro de ello y te lo hago saber. Te lo debía. Me acuso —agregó.

El cacique relató la historia sin ser molestado en ningún momento por los gritos e insultos que le proferían sus prisioneros. La herida en la que hurgaba don Miguel era mucho más dolorosa que la provocada por el Veterano algunos días atrás.

—Ya se pusieron las cartas sobre la mesa —continuó aclarando el cacique—. Ahora es tiempo de terminar la jugada. ¿Dónde está Ezequiel? ¿Adónde se dirige el Cauteloso?

—No volveré a abrir la boca —dijo Juan con los puños apretados—. Haz conmigo lo que quieras, más no puedo sufrir. Sé que de todas formas nos matarás. Tarde o temprano acabarás con nosotros, ya lo has demostrado a lo largo de tu vida y lo has confirmado con esta historia sobre mi pequeño Juan. A pesar de todo, no puedo explicarme, por más que lo intento, cómo puede una persona llegar a esos niveles de inhumanidad, sobre todo cuando solo tiene por bandera las causas de la avaricia y la soberbia.

—¡Eso no es cierto! —lo interrumpió el cacique con precipitación para protestar—. Yo me considero un caballero por encima de todo, y como tal no hago uso exagerado de mi poder y mi furia, a menos que tenga un motivo. En tu caso lo tuve —dijo don Miguel fijando su mirada en Juan. Después hizo una pausa en la que escrutó el arrugado y quemado rostro del Cabral. Tras ese corto espacio de

tiempo, prosiguió—: Un motivo tan antiguo y solemne que se remonta varios siglos atrás. Esa causa, esa bandera que desde entonces empuja a mi familia en vuestra contra, fue pasando de padres a hijos como hilo principal en la vida de cada uno de mis antepasados. Yo solamente fui fiel a mis antepasados, respetando y obedeciendo las consignas de recuperar lo que, desde el principio, fue nuestro por derecho y gracia de Dios. Y es precisamente ahora, tras muchos siglos soportando la penosa losa de la injusticia sobre las espaldas de mis antepasados, cuando recupero para la casa De Guzmán casi la totalidad de lo que nos pertenecía desde mucho tiempo atrás, todo menos el pequeño trozo de tierra que posee el inglés y que pronto también será mío.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Te has vuelto loco? —carraspeó Juan con cara de estar perdido.

—Veo que no sabes nada de nada, y que crees que desvarío —le contestó el cacique pasando su mano por la frente con signo de excitación—, pero pronto comprobarás que lo que digo es cierto, y que todas las desgracias que te han ocurrido a ti, a tu familia y a tus antepasados, obedece a un plan de venganza que lleva desarrollándose desde siglos en estas tierras que pisamos, un plan en el cual ambos somos piezas importantes; yo como ejecutor de los designios de este, y tú como diana de una divina venganza que pronto concluirá.

Unos minutos más tarde, un hombre de confianza del cacique entraba en la bodega llevando consigo un viejo aunque bien conservado cofre de ébano. Don Miguel lo cogió con sumo cuidado y lo depositó en el suelo. Meticulosamente, abrió un pequeño mecanismo de cerrajería forjado en plata que había perdido su brillo. Del interior sacó con esmero un rollo de pergamino que llevaba grabada en su piel la inevitable ley del paso del tiempo. Tras desenrollarlo, lo puso a escasos centímetros de la cara de Juan y le preguntó:

—¿Me crees ahora?

Juan miró el pergamino con incredulidad, y después posó su mirada en el rostro del cacique, mostrando cierta perplejidad. Confundido, observó aquel trozo de historia sin saber lo que veía ni

lo que leía, ya que, aunque las palabras eran muy parecidas al castellano, diferían de este. El cacique, al ver que su reo no comprendía ni un ápice del lenguaje que tenía ante sus ojos, lo atrajo para sí y comenzó a leer en voz alta, traduciendo con su lengua de trapo el desfasado y precioso castellano antiguo.

De mí, don Gabriel de Guzmán, antepasado de vuestros antepasados por los siglos de los siglos, a vosotros, mis injustamente recompensados herederos:

Mi deseo es comunicar con total veracidad nuestra triste historia de infamia e injusticia acaecida al siguiente año de la gloriosa reconquista de Cártama, efectuada por nuestros amados Reyes Católicos. Contar quiero, con exactitud, el relato que marcará mi destino y el vuestro, y de la misma forma dar a conocer mi no alcanzado descanso en el cielo, hasta que cada uno de los árboles, cada una de las piedras y cada uno de los arroyos que integraban nuestra sagrada propiedad, ganada con el riego de mi sangre, vuelva a pertenecer íntegramente a la casa De Guzmán.

De mi linaje intachable prefiero no hablar, por no despertar de su ganado descanso a tales excelencias. Solo hablaré de mi vida. A mí me tocó la sinrazón, y de mí para ti es legada secretamente, hasta que sea revelada al último infame cuando, al sur el Molino de Castro, al norte la Verde Montaña, al este el Torreón Bermejo, y al oeste la viña de Al Fayad, delimiten nuestra ilegalmente arrebatada propiedad.

Durante la reconquista, y por mi valor en el campo de batalla, gané gran parte de las tierras que hoy visten el hermoso y cristiano valle del Guadalhorce, pero un hombre me las arrebató, un hombre provisto de astucia, avaricia y deshonor, deshonestas cualidades que ya poseía al nacer, y que como todos sabemos, es dada de nacimiento a la raza que vistió de sufrimiento el rostro de Nuestro Señor, que hoy se sienta a la derecha de Dios Padre.

Ese hombre, Asiel Cabral, seguramente descendiente del mismo Herodes, en confabulación con su padre, Meir Cabral, y otros de su misma calaña que entonces ostentaban populosos cargos de la más alta categoría, atentaron contra mi nombre y mi persona, y consiguieron parte de mis tierras, dejándome a mí, el legalmente dueño de ellas, en la más absoluta miseria. Sin títulos, casi sin honor y sin tierras que dejar a mi descendencia. A partir de ese momento, el tal Asiel pasó a ser mi más encarnizado enemigo, condición que aumentó su ya elevado grado cuando me arrebató forzosamente y con traición a la mujer que yo amaba. Tras esta acción, quedé sumido en el más absoluto de los abismos y con el corazón hecho jirones. Sobre mi llanto, lleno de ira y fuego, juré que me vengaría, y esa misma noche lo conseguí. Salí de mi casa en cuanto un criado me relató lo ocurrido, y cabalgué hasta encontrarlo en el arroyo de los álamos. Fue allí mismo donde le di muerte, a pesar de que solamente me acompañaban dos de mis hermanos de armas, y de que él estaba cercado por una numerosa escolta que, aunque no impidió que diera muerte al descendiente de los asesinos de Jesús, más por mi pericia que por su resistencia, sí evitó que recuperase a mi amada, que fue obligada a huir junto a un extraño extranjero que había entrado al servicio del tal Asiel.

Allí, en aquel rincón del mundo, me quedé solo, roto, vencido a pesar de mi victoria sobre los hombres que me rodeaban, escuchando a lo lejos los gritos de mi amada llamándome y pidiéndome ayuda mientras yo estaba inmóvil en el suelo a causa de la impresión que me trajo el ver los cuerpos sin vida de mis hermanos.

Poco después, sin embargo, conseguí vengarme en parte, pues arrebaté a la familia Cabral la mitad de las tierras que anteriormente eran mías. A partir de aquel instante, esa fue mi vida, una vida que viví en constante lucha para recuperar lo que era mío, lo que

os tenía que legar. Y así, de esa forma, transcurrieron mis años hasta el día de hoy en que esto escribo.

Sé que pronto moriré, y también sé que con mi muerte no obtendré descanso; por ese motivo, y para que mi alma logre la paz que durante mi vida le fue esquiva, os pido:

De mí a mi primogénito, y de mi primogénito al suyo, y así de generación en generación. Que entreguéis esta carta y que exhortéis a vuestros hijos a nuestra particular guerra santa, pues ha de ser la guía de nuestras vidas. Ella, nuestra guerra particular, contempla que:

Cada primogénito será el encargado de cumplir la mayor parte de la misión que le sea posible, y al mismo tiempo delegarla y traspasarla al suyo, inculcando a la vez en su hijo el odio más feroz hacia nuestros enemigos; que no tenga la menor duda de que tendrá que actuar sin vacilación y con toda la fuerza que sea capaz para recuperar poco a poco y de generación en generación lo que nos pertenece; que vengue el dolor de mis hermanos, permitiendo que solo un varón de cada generación Cabral siga viviendo, para que nuestra venganza pueda seguir adelante hasta que concluya. De la misma forma, la venganza por mi amada ultrajada, tomará forma en la deshonra de al menos una hembra Cabral por generación.

Conste así por los siglos de los siglos, de generación en generación, de primogénito a primogénito, hasta el día que cada uno de los árboles, cada una de las piedras, y cada uno de los arroyos que integraban nuestra sagrada propiedad, que limita al sur con el Molino de Castro, al norte la Verde Montaña, al este el Torreón Bermejo, y al oeste la viña de Al Fayad, sean recuperados, dando fin a esta divina venganza.

Y para que conste junto a mi palabra la autorización divina, firma junto a la mía la más noble e intachable.

D. Gabriel de Guzmán D. Tomás de Torquemada

Cuando don Miguel terminó de leer el manuscrito, lo guardó en la caja con esmero y miró directamente a los ojos de Juan:

—¿Comprendes ahora por qué he actuado así? Es legal a los ojos de Dios, aunque en este momento Él y yo estemos disgustados, y sagrado ante el mismísimo Torquemada.

Juan bajó la vista al suelo creyendo que sufría una pesadilla, y luego le dijo sin fuerza en la voz:

—¡Estás loco, Miguel!

Don Miguel soltó su puño contra el rostro de Juan Cabral. Una vez, dos, tres, hasta que vio que se gastarían todas sus fuerzas antes de borrar esa estúpida sonrisa de sorna en la cara de su reo.

—Sacad este cuerpo de aquí y echadlo a los puercos. Apesta —acabó por decir don Miguel recomponiéndose, mientras tanteaba con su pierna débil el vientre abultado de Remedios—, y amarrad a la madre junto al marido. A ella no le ha llegado todavía su turno.

Don Adolfo metió su cabeza bajo el agua de la bañera y aguantó todo lo que pudo, como si ese simple hecho lo apartara de la cruda realidad. Cuando salió, respiró con suavidad, fijando sus ojos en las sombras que proyectaban los árboles sobre los cristales emplomados del baño del piso superior. Esa mañana, por primera vez, le permitieron ir a su casa tras cuatro días enclaustrado en la casa mudéjar. Fueron cuatro días horribles, crueles, a los que ningún hombre debería estar expuesto. Cuatro días sin ver a su mujer ni a su hijo, obligado de manera retorcida a permanecer en casa del cacique sin retirar su atención ni del niño ni del padre. Esa vigilia continua no había sido lo malo, sino que con ella, otros pacientes del pueblo que lo habían necesitado carecieron de su asistencia. Sabía, por su mujer, que uno de ellos falleció en su cama entre alaridos de dolor, y otro, de camino a la capital con una pierna semiamputada.

Esa mañana, cuando llegó a su casa, se fundió en un prolongado abrazo con su mujer y su hijo, como si llevaran años sin verse y

podrían tardar otros tantos en volver a hacerlo. Cuando su mujer le preguntó por cómo había ido todo, le contestó con lágrimas y debilidad, y con la certeza de que tenían que abandonar el pueblo en cuanto les fuese posible, pues el cacique había enloquecido. No fue capaz de contarle todo cuanto había presenciado en aquella casa que se parecía más a una cloaca de la inquisición que al agradable hogar de los De Guzmán, donde tantas tardes había compartido café y pasteles en grata y animada charla con toda la familia, con el alcalde y con el señor párroco. Tres veces había entrado en aquel pozo umbrío y rancio donde el olor a maduración de vino en madera había dejado paso a otro en el que se mezclaban las heces, la angustia y el miedo. En las dos últimas tuvo que presenciar, y evitar, el cuerpo de Remedios Cabral descomponiéndose en el suelo. Pero mejor esconder todo eso a su mujer. «En el mundo, mientras más ignorante se es, más cercano se está a la felicidad —pensó don Adolfo nuevamente sumergido en el agua tibia—. Pero no solo basta con la ignorancia, también hace falta una alta dosis de desprecio, o al menos de desinterés por los demás, y la capacidad para mirar hacia otro lado cuando es preciso». Pero él no era así, no podía girar la cabeza para ignorar el problema y desligarse del asunto, aunque no le concerniera. Eso no era de humanos, sino de alimañas, y tampoco podía esconder la cabeza entre las patas, como los avestruces cuando sienten el peligro. Salió de la bañera y se secó con parsimonia, más dedicado a los pensamientos que reverberaban en su cabeza que a la simple acción de secarse, y trazó un plan para que todo cuanto le intranquilizaba alcanzase una orilla mejor que la que divisaba.

Se vistió con cuidada pulcritud, como siempre solía hacer. Traje marrón oscuro a juego con el sombrero y la correa del reloj de pulsera, y camisa beige en sintonía con los zapatos. Preparó su maletín introduciendo al menos seis frascos nuevos, pues pensaba visitar algunos enfermos antes de regresar a la casa mudéjar para pasar la noche. Iba a cerrarlo cuando decidió meter otro más, sin etiquetar, que tenía escondido tras unos libros de la estantería más alta. Estaba decidido a utilizarlo, no iba a dejar que Juan y María prolongasen el sufrimiento y la tortura en que se habían convertido

sus vidas. Se lo proporcionaría en la comida, y él mismo les explicaría lo que era con la mirada. Hubiese preferido otra fórmula. Denunciar, airear el caso, pero ya había visto cómo se las gastaba el cacique y su perro con todo lo que les estorbaba.

Abrazó y besó varias veces a su hijo, y después hizo lo propio con su mujer, a la que deslizó en el oído que se marchara esa tarde con todo el dinero y se hospedarán secretamente en el hotel donde se vieron desnudos por primera vez. Él se les uniría al día siguiente con la excusa de acercarse a la capital con la intención de comprar productos de farmacia, y aprovecharían para desaparecer. Le dijo que lo hiciera a plena luz del día, solo con su bolso y el dinero dentro, y que pareciese tan natural y cotidiano, como el viaje semanal que hacía a la capital para pasear con su hijo y mirar tiendas en calle Larios y las zonas aledañas.

Salió por el paseo de la calle de Enmedio con sencillez, saludando a los vecinos y parándose a hablar con quienes desearan hacerle alguna consulta, hasta que se le acercó un hombre que esperaba apostado en un portal de la acera contraria, al cual reconocía de haberlo visto en el patio del cacique a las órdenes del Veterano.

—Don Adolfo, el Veterano dice que se acerque por la barbería, que si bien no necesita un afeitado porque estuvo en su casa, no le vendría mal un corte de pelo.

El médico intentó protestar, pero la mirada del hombre le advirtió que era innecesario y que era mejor llevar a cabo las indicaciones de su jefe. Se volvió sobre sus pasos hasta llegar a la barbería, que halló con la puerta entreabierta y las cortinas echadas.

—Buenos días, don Adolfo. Siéntese, no le vendrá mal un corte.

Se sentó, solemne ante lo que viniese. Sabía que nada podía hacer contra ese hombre, y que todos los que miraban desde la esquina, disimuladamente y sin murmurar ni esta boca es mía, tampoco lo harían. El Veterano mojó el peine en agua, se lo pasó por el pelo y comenzó a cortar con habilidad, hasta que buscó sus ojos a través del espejo y le dijo:

—Don Miguel es un hombre impresionante, pero a la vez un ser bicéfalo. Tiene una cara en la que todo es gratitud y amistad hasta el final, pero otra en la que, si se busca, puede verse la entrada a

los infiernos. Supongo que todo hombre de poder ha de ser así, poseído por esa dicotomía.

Las palabras no eran suyas. Se las había oído decir una vez al director del banco y las adoptó en adelante para ocasiones como aquella. Aunque no sabía leer, le gustaba adornar el inicio de ciertas conversaciones con frases ostentosas que ensayaba frente a un espejo.

—Me ha pedido que le dé un corte de pelo para bajarle los humos —prosiguió—, pero al mismo tiempo, me ha dicho que si con ello no basta, corte hasta donde crea conveniente.

—¿A qué viene esto, Veterano? ¿Es así, con amenazas, como me paga tu patrón los cuatro días que he estado en su casa, reteniendo en este mundo a su hijo y sacándole a él de la muerte?

—Eso es un tema aparte, doctor, por el que cobrará sobradamente, y es precisamente por eso por lo que sigue vivo y seguirá, si no vuelve a entrometerse en sus asuntos y si sigue manteniendo la boca cerrada y colaborando con lo que le pida.

—No he abierto la boca sobre toda la mierda y la inmundicia que ocurre en aquel sótano, pero eso no quiere decir que lo vea con buenos ojos. Aparte de eso, no sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabe, doctor. También debería saber que el hombre que le ayudó a enterrar a Remedios, contraviniendo las indicaciones del patrón, ha sustituido el alimento que representaba la niña. Ahora está diseminado en el estómago de una piara de puercos. Y eso, lo quiera ver o no, es culpa suya.

Don Adolfo cerró los ojos y sintió miedo por su familia. ¿Cómo lo habían descubierto? Estaba seguro de que el sepulturero, que se había llevado un buen puñado de duros por ello, no había sido, y que el nuevo hombre del Veterano, que ahora reposaba en la digestión de los puercos, tampoco. ¿Habría sido capaz el párroco? Es cierto que se había negado a decir unas plegarías para que el cuerpo de la niña descansase en paz, y que él mismo tuvo que buscar a otro párroco amigo en un pueblo vecino para que viniese en la oscuridad, como un furtivo, y dijera unas palabras con la que los padres, cuando lo supiesen, se sintiesen mejor.

—Sí, la respuesta es el cura —sentenció el Veterano al percibir cómo se devanaba los sesos el médico—. Don Miguel va a olvidar todo esto, por cuanto ha hecho por él, pero así mismo quiere que cumpla con todas las obligaciones que le indique, y que no vuelva a sacar la pata del tiesto. Necesita imperiosamente que los Cabral del sótano sigan con vida. Esgrime que no pueden irse de rositas sin más, y que si alguno de ellos muere en circunstancias sospechosas, y averigua que usted tuvo algo que ver en ello, su familia lo pagará.

Don Adolfo se alegró de haberle pedido a su mujer que se marchase. Había sido una buena estrategia el haberlo hecho con anterioridad a que el Veterano lo citase, pues contaba con tiempo suficiente para la huida. Pensaba que su mujer bien podría haber salido ya, estaba vistiendo al niño cuando él se marchó de casa.

—Veterano. ¿Estás ahí? —gritó desde fuera la nueva voz trabada del cacique.

—Sí, patrón. ¿Qué desea, señor?

—Nada en particular, Veterano, pasaba por aquí, notando cómo estos palurdos me miran sin mirar. Vamos..., como si no me hubiese ocurrido nada. ¿Estás trabajando?

—Sí, tengo precisamente aquí a don Adolfo, que pronto se marchará para la casa mudéjar.

—Don Adolfo, qué casualidad. Abre la puerta, que lo vea. Precisamente llevo a su hijo aquí. Iba a Málaga con su madre, pero la convencí para que no diera ese día de calor al niño y me lo dejara llevar a la hacienda, donde podrá bañarse en la alberca y acompañar un rato a su padre. Buenas tardes, don Adolfo. —Don Miguel lo saludó con toda la ironía que le permitía dibujar su cara—. Ve con tu padre, pequeño. Lloró en un principio —le aclaró al médico con su nuevo habla a veces incomprensible—, será por esta cara, pero se acostumbrará, supongo. Con Dios, don Adolfo, le espero para la cena.

Don Adolfo llegó a la casa mudéjar con la claridad diurna acompañándole. Lo primero que hizo fue visitar al hijo de don Miguel, al que administró un medicamento para que bajase la fiebre que empezaba a asomar. Después cenó en compañía de don Miguel y el párroco. Hablaron de trivialidades, del vino, de la vida y

de la muerte, de la casualidad y del devenir, mientras el doctor parecía ausente de todo. Y luego, tras la copa de rigor de la que se disculpó alegando que se le amontonaba el trabajo, bajó hasta los sótanos en compañía de Camila, que se sumó por propia iniciativa para curar a Juan y a María. Antes de entrar, el Veterano, que ni se molestó en acompañarlos, hizo con la mirada una clara advertencia al médico. Él reconoció la diatriba que encerraban esos ojos: «Si se te mueren, prepárate», así que asintió en señal de comprensión. El médico se acercó hasta Juan, que estaba en peor estado, y le curó como pudo en aquella posición forzada por grilletes en los pies, los brazos abiertos en cruz por cadenas casi tirantes y una única soga amarrada de lado a lado de la pared, en la que apoyaba el trasero cuando ya no podía más. Cuando don Adolfo comprobó que Camila hablaba con María, aprovechó la ocasión para susurrarle una advertencia a Juan:

—A Remedios se le dio sagrada sepultura. Descansa en el cementerio. El cura de Pizarra, hombre bueno de verdad, consagró su entierro a pesar de las posibles represalias.

—Gracias, don Adolfo. No habría tiempo en esta vida para que pudiera pagarle cuanto hizo.

—Quise proporcionaros alguna cosa que os ayudara a marchar, pero intuyeron algo y amenazaron a mi familia. Lo siento. Tenéis que buscar algo por vuestra cuenta. La vida aquí se hará insostenible.

Los gritos de Camila y María lo interrumpieron. Cada una gritaba por encima de la otra, queriendo imponer su voz.

—La sacaremos y se la echaremos a los cerdos, esté como esté. Si se comen las cáscaras de huevo y de limón, qué no serán capaces de comer.

—¿De qué diablos hablas, Camila? —se inmiscuyó don Adolfo incrédulo ante lo que oía.

—De la niña, de la que enterraste saltándote las órdenes dadas por el señor.

—No, eso no se hará, eso es inhumano. No me quedaré quieto ante tal blasfemia. Y por amor de Dios, Camila, si fuese así, que aseguro que no será, ¿qué ganas diciendo eso?

—Satisfacción, regocijo, saborear la victoria. No merecen menos. Hicieron imposible la vida a mi Miguel. Su padre —aclaró señalando a Juan—, se la hizo a mi antiguo señor, y viendo dónde han dejado a mi niño, meciéndose en la cuna de la muerte... —Se persignó—. ¿¡Qué no merecen!?! Sí, ardo de alegría al verlos sufrir. Quiero que se les marchite el corazón, que se les pudra el alma, si es que la tienen, y que sufran, que sufran.

Echaba saliva entre los dos dientes. Don Adolfo vio en ella un pozo de maldad, de envidia, de resentimiento enquistado sin fundamento. «Qué inmundicia de ser humano», pensó. Siempre la había visto como la sombra del cacique, ejerciendo funciones que iban más allá de las de un ama de llaves, suplantando a la madre del señorito que la muerte arrebató de pequeño. Pero qué serpiente susurradora, qué mente más podrida y perversa, qué...

—Yo me encargaré de que la saquen del cementerio, lo juro —sentenció la vieja cortando el hilo de sus pensamientos, mientras se llevaba dos dedos cruzados a la boca y los besaba—, y de que te ajusten a ti las correas. Él siempre me hizo caso. Fui yo quien sustituyó su falta de experiencia en su juventud, quien le aconsejó para que llegara a donde debía llegar cuando las ínfulas de su nobleza apagaban el mandato de su voz, cuando sus luces eran insuficientes y cuando era débil, tierno y abordable. Yo le convencí de que ganara tierras a porrillo salvando o mandando hombres a Cuba cuando la guerra, fui quien le abrió los ojos para que quitase de en medio a Enrique, el hermano de Juan, quien le aconsejó para que arrojase por un barranco a su hijo Juan para que no husmease en sus intereses. Yo, yo, siempre fui yo quien estuvo ahí velando por sus metas, por su honor, para que la grandeza de su apellido no fuera mancillada, pero ya no necesito inculcar en él una idea, porque se me volvió mayor, listo, ya sabe cuidar de sí mismo.

Con dificultad, comenzó a mover una paca de paja de una pequeña pirámide construida con ellas, hasta colocarla frente a María. Tapaban una especie de arqueta cuya bocana cerraban unas tablas cortadas a medida. Desde allí llegaba cierto olor desagradable, como de alpechín. Ni siquiera tuvieron el detalle de amarrar un poco más a la derecha a María, para que descansara su

peso en esas pacas, lo cual hubiese evitado la inflamación de sus antebrazos y muñecas y la fatiga de sus piernas. Dormía a ratos, cuando el cansancio se hacía más penoso que la debilidad de sus piernas, pero una sensación cercana al descoyuntamiento la despertaba con sus hombros adoloridos.

—Cúrala bien, doctor, la necesitamos lo más sana posible. Tiene que perdurar, ambos tienen que hacerlo. Ella ha de sufrir una cola interminable de hombres y su marido tendrá que contemplarlo todo. Durante mucho tiempo, tanto como fue vejado mi señor, si es posible. La hija sufrió poco, murió pronto, pero no ocurrirá lo mismo con ella. La mantendremos viva, cuanto más mejor, contamos para ello con su sapiencia, doctor.

Cuando don Adolfo hubo terminado, Camila lo despachó con acritud y sin decoro alguno. Quería hablarles a ellos, medrar con el conocimiento de lo que les esperaba en aquel sótano durante un tiempo indeterminado. El hombre que custodiaba la puerta entró para ver qué hacía Camila sola allí abajo, pero esta le gritó furibunda y le dijo que se metiera en sus asuntos si quería seguir contando con el trabajo. Cuando quedó nuevamente a solas con los reos, se acercó a María y le rompió a lo largo el vestido, dejando su cuerpo desnudo a la vista.

—Esto hará que los hombres no aguanten siquiera hasta la orden de don Miguel. En cuanto te vean, se lanzarán con lascivia hacia ti.

—Me defenderé tal y como hizo mi hija, hasta la muerte. Por cierto, cómo está tu sobrino. Siempre me llenará de orgullo que mi Remedios se haya ido al otro mundo con la nariz arrancada a un miserable en la boca.

Camila sintió el golpe. Su sobrino, que había sido contratado para llenar el cupo de hombres de armas del patrón, no había sobrevivido a la primera noche laboral, pues en su estreno, Remedios le había arrancado la nariz de cuajo de una dentellada cuando aquel intentó pasarle por segunda vez la lengua por la mejilla. Recompuso su momento de vacilación y se encaminó hacia Juan, al que habían vuelto a separar de María.

—Sabemos que se dirigen a Sudamérica. Conocemos el nombre del barco. Da igual que mi señor tenga que buscarlos en Brasil, en

Argentina o en todo el continente; tarde o temprano los encontrará. Sí, y con el cocinero... Eso le hará remover cielo y tierra con tal de hallarles. Y si estáis vivos, que estaréis, porque si no lo pagará la familia del doctor, lo veréis, lo veremos. Y... prepárate para esta noche —le insinuó teatralmente dirigiendo una mirada a su mujer—. ¿Crees que... que gozará? —susurró al oído a Juan.

La ira hizo que le propinase un cabezazo en la ceja con toda la rabia acumulada durante días. Cayó sobre él a trompicones, bajando sobre su torso hasta golpear fuertemente el suelo con los dientes que le quedaban, justo por encima de la cadena que unía los grilletes de los pies de Juan. Ella no pudo reaccionar, pero él sí. Cruzó una pierna sobre otra anudando el cuello de la vieja con la cadena. Miró hacia arriba como pudo, con esa fuerza extra que proporciona la presencia de la muerte, pero fue insuficiente. Intentó gritar, pero de su boca únicamente salió un hálito tímido, impotente para reclamar socorro. Hizo tres intentos, al cuarto se apagó como las luces bajas de energía, rodeada por el estupor violáceo que llenaba su cara de maldad, de incredulidad ante su última hora, mientras Juan tironeaba con fuerza intentando llevar su pierna al lugar más lejano posible.

—Tú no verás nada, zorra —aseveró el hombre con la cara tensa por el esfuerzo y el rencor—. A ti se te cerró la vista y la conciencia.

María deslizó una sonrisa apenas perceptible. Fue como si una brisa fresca la hubiese recorrido. Después, con pose circunspecta, le dijo a su marido que lo quería, que si había otra vida, la pedía para volver a nacer y casarse con él, y para tener nuevamente a sus hijos, pero con más suerte, con menos intransigencia y maldad rodeándoles.

—¿Qué vas a hacer, María? —le dijo Juan con lágrimas en los ojos, sin querer levantar demasiado la voz, pero siendo consciente de lo que intentaba su esposa.

—Írme, cariño. Y ese pozo que me ha mostrado esa bruja es mi escapatoria.

—No, no lo hagas —suplicó entre sollozos—. Tiene que haber otra solución.

—No, no la hay, cariño. No la hubo para Remedios ni para Miguel, ¿por qué tendría que haberla para nosotros? Sería contra natura, y no lo soportaría. Además, no voy a permitir que me ultrajen otra vez, y menos que tú lo veas. No pienso ser la mona de circo del demonio ese, ni el escenario y protagonista de la obra que quiere que presencias cada noche. Dignidad, amor mío, hay que reconocer que, dadas las circunstancias, lo que parece cobardía no es más que dignidad y valentía, y la única forma de alcanzar una victoria, por pírrica que sea. Así que, por favor no me pidas que no lo haga, pues con todo el dolor de mi corazón me vería obligada a desobedecerte.

Juan se dejó caer lo que pudo sobre la cuerda y lloró en silencio, no de rabia, sino de pena, pues sabía que no podía pedirle a su mujer que no hiciera lo que intentaba hacer, porque después, ¿qué?

—Te quiero, amor mío, vida mía. Mil besos que ahora no puedo darte y mi abrazo para siempre. Si en el lugar al que voy sobreviven los pensamientos, cada uno de ellos será siempre para ti y para nuestros hijos.

—Lo... lo siento, María, siento de veras no haberte podido dar una vida mejor, el no haberte hecho feliz en todo momento, el haberte conducido a este lugar donde hemos tenido que presenciar tanta maldad.

—No hables más, amor mío, ya no hables más. Déjame ir, por favor, no me retengas. Pero quiero que sepas que salvo la muerte de nuestros hijos, todo cuanto viví me acercó al gozo. La felicidad no existe, no para el ser humano pleno, es un reducto únicamente desvelado a tontos, insensibles y egoístas.

Terminó de recoger con sus pies la larga cadena con la enorme bola de hierro en su extremo, le metió la punta del pie debajo, miró por última vez a su esposo, y la lanzó hacia la arqueta tapada con tablas podridas que habían ocultado en todo momento las pacas de paja. La bola golpeó con estrepito rompiendo una madera y haciendo volar otra por los aires, y se perdió por la bocana oscura hasta que la cadena terminó secamente su recorrido. María quedó allí, encadenada, con los brazos abiertos en cruz, con la ropa rota dejando a la vista su torso, sus piernas desnudas y su cabeza

describiendo una pose imposible. Y Juan llorando, gritando de rabia a los cuatro vientos, y jurando sin miedo a lo divino. Lo único que necesitaba era tener cualquier cosa frente a él para utilizar sus dientes, su cabeza y todo su propósito.

Capítulo 5: En el imperio del sol

La mañana se levantó limpia, casi primaveral, invitando a los cinco sentidos a fundirse con la hermosura que les rodeaba. Ezequiel no daba crédito a la exuberante belleza que desprendía la naturaleza, pintando el paisaje con colorida vistosidad. En algunas direcciones se observaban serpenteantes caminos que se perdían y volvían a aparecer entre el tapiz verde de los pinos lejanos y las laderas montañosas; arroyos de aguas frías y diáfanas manaban de la espesura, al tiempo que un ruiseñor cercano explotaba su condición de tenor. A media distancia, bajo la suave pendiente por la que se movían pensativos los dos personajes, se divisaba un río que alimentaba los campos de arroz y daban vigor a los ejércitos de cerezos que abrían la sencillez y belleza de sus flores a los ocasionales viajeros.

Habían hablado durante bastante tiempo. Eran dos desconocidos con ganas de escucharse, aunque a veces el silencio resultaba necesario para enriquecer la conversación. El chico fijó su mirada en el hombre sereno que precedía su cabalgar por el estrecho desfiladero, y dio gracias al destino por haberlo encontrado. Tampoco es que creyese en el destino, pero sin un Dios al que pedir y agradecer, necesitaba algún referente que lo sustituyera. Pocos días atrás había cumplido trece años, de los cuales, casi la totalidad del último era mejor desterrar de la memoria. Pero no podía ni sabía. El poco tiempo que llevaba junto aquel hombre de baja estatura pero magnificencia de carácter, fue suficiente para dejar en él una profunda impresión, pues desde su forzada salida de España,

no había gozado de paz salvo el corto periodo que convivió bajo la protección del capitán Puma. A Morihei le fascinó cada historia que Ezequiel le contó de su añorada Andalucía. Sin embargo, la gastronomía, dato importante a la hora de comparar diferentes mundos, según su tío Antonio y Alan, no pareció importarle, pues veía la comida como un mero medio para sostener al cuerpo. Morihei le aclaró que era tan beneficiosa una alimentación sana como un ayuno controlado, al que recurría en ocasiones apoyándose en la meditación, factores que revitalizaban el cuerpo y la mente con igual importancia. Aunque no sabía qué significaba meditación en el sentido pronunciado por Morihei, tampoco se aventuró a preguntarlo, porque recordaba que, en algunas charlas, Alan le había insinuado que en adelante sería necesario que deslizará menos inteligencia de la que poseía, y una manera de hacerlo era dar por sabido algo ignorado, dejando que el interlocutor pensara que desconocía el tema. Sin embargo, creía que meditación era lo que hacía el hombre cada mañana al levantarse y antes de dormir, lo cual provocaba en Ezequiel un estado casi hipnótico que arrastraba su interés, sobre todo cuando Morihei permanecía inmóvil como una estatua a la que ni siquiera se le veía respirar.

Durante las primeras fases del trayecto, Morihei contó a Ezequiel que sus grandes pasiones eran la agricultura y la práctica y enseñanza de las artes budo, lo cual ejercía en diferentes lugares, y que se consideraba afortunado de poder dedicar a ellas la mayor parte de su tiempo. Pero en lo referente a esto último, el chico se dio cuenta de que su protector había sido realmente modesto, pues durante la visita que habían realizado al pueblo originario de Morihei, descubrió, por las efusivas muestras de admiración y respeto que le profesaban todos, que en el asunto del budo era algo más que un maestro. Ezequiel, fascinado por las historias que escuchó indirectamente sobre Morihei, pidió a este si podía impartirle tales disciplinas.

—¿Por qué? —fue su respuesta simple, quizá seca.

El niño balbuceó. Jamás había sido su estilo, pero un año como el que había vivido terminó por crear en él inseguridades antes

inexistentes.

—No sé —terminó por decir—. Oí historias sobre usted a lo largo de todo el camino. Siento curiosidad... y necesidad, he de serle sincero.

—¿Necesidad? ¿Para qué? El budo es una filosofía, un camino que se elige para transitar la vida; no es un regalo que se abre para ver qué hay dentro o una cucharada de sopa que ingerir.

—Quiero saber defenderme —le aclaró—, le conté cómo salí de mi pueblo... No puedo regresar siendo el que era. Desconozco qué ocurrió a mi familia, pero sé que don Miguel jamás cejará hasta destruirla. Son muchos, el Veterano y todo un enjambre de malhechores que le flanquean y barren todo lo que les estorba. Preciso recursos, capacidad, conocimientos, algo con lo que hacerles frente.

—¡Venganza! Eso es lo que tú buscas. Pero no puedo contentarte ahí, pues ningún sentimiento está más lejos de lo que soy, sin olvidarnos de su gemela, la envidia. Pero te entiendo, porque yo una vez también me encontré en esa misma intersección. De niño, presencié cómo mi padre era agredido por una banda enfrentada a sus miras políticas, y juré que eso no acabaría ahí. Sé lo que has pasado, Ezequiel, pero no puedes detener tu mente. Has de avanzar, lograr otros retos. Debes continuar sin que ese sentimiento te consuma. Eres muy inteligente, lo sé, aunque intentes ocultarlo. Utiliza esa condición y olvida, aunque no perdones. ¿Quieres budo? Te lo daré, pero no para que lo desperdicies, sino para que lo lleves y utilices como un camino hacia la superación personal y espiritual del ser humano que eres, un camino tan largo y tan cambiante como la propia vida —le explicó Morihei con vehemencia, sumiéndolo en el desconcierto.

—No lo entiendo. ¿Entonces el budo no sirve para pelear?

—No, muy al contrario —contestó el maestro poniendo toda su atención en el muchacho—. El verdadero budo sirve para evitar siempre ese conflicto. Su misión es que esa supuesta capacidad marcial sea la que detenga el posible torrente de violencia que daría lugar a un imprevisible y nefasto desenlace.

—Entonces, si yo supiera budo y me atacaran, ¿no tendría que defenderme? —preguntó Ezequiel con el ceño fruncido.

—Por supuesto, siempre que no exista otra alternativa, la que sea, aunque esta nos deje el orgullo en evidencia y maltrecho.

—No comprendo —adujo Ezequiel consternado.

—Lo que trato de explicarte —continuó argumentando Morihei— es que nunca deberías utilizar esa capacidad para recoger a la primera ocasión el guante que te lancen, ya que, de la misma forma que te crea una barrera de respeto que puede frenar la actitud agresiva de un oponente, puede levantarla para que nadie intente avasallarte.

—Ahora entiendo —esbozó Ezequiel con un leve murmullo.

—Pues esa comprensión y su empleo son las cualidades primordiales para empezar a practicar budo, al menos, el que yo concibo.

—¿Entonces puedo llamarle maestro a partir de ahora? —preguntó el niño con esa risa que marcaba los hoyuelos.

—Sí, a partir de este momento te considero mi alumno. Pero descubrirás que esta condición te acarreará muchas adversidades que deberás digerir en el camino del aprendizaje, pues tendrás que vencer muchos muros, derrotar incontables miedos y esquivar profundos agujeros que intentarán socavar la razón. Pero si al final no desfalleces y lo consigues, yo te abriré la puerta de un mundo maravilloso al que pocos hombres han conseguido entrar. Un mundo donde reina la armonía del espíritu y donde se cargan los depósitos de la felicidad.

—¿Cuándo empezamos, maestro?

—Todo a su debido tiempo, Ezequiel, primero hemos de llegar a Ayabe. Allí conocerás a un gran hombre, el mismo que cambió mi vida con su sabiduría, el mismo que me abrió las puertas del maravilloso mundo donde reina el espíritu feliz. Cuando estemos allí, comenzarás tu entrenamiento y tus estudios, e igualmente colaborarás en el mantenimiento del dojo u otra función que puedas llevar a cabo sin problemas.

Alcanzaron Ayabe algunos días más tarde y Ezequiel se instaló en el dojo de su maestro. Tanto Hatsu, la esposa de Morihei, como

todos los amigos del gran maestro, le dieron la bienvenida al chico que pronto se dedicó a cuidar que las travesuras del pequeño Kisshomaru no pasaran de eso. Era un lugar hermoso y placentero que invitaba a sonreír. La actividad bullía prácticamente a todas horas, con una concurrencia frenética de curiosos, alumnos y viajeros que querían ver al maestro en persona, aunque fuese a cierta distancia.

Durante varios días no dejaron que Ezequiel participara en ninguna actividad, ya fuese entrenamiento o asuntos de otra índole, pues la familia Ueshiba quería, por encima de todo, que se restableciera por completo de las heridas y magulladuras sufridas en el último combate contra Tao. Le apremiaron para que se alimentase bien y conociera la ciudad en total libertad y por sus propios medios. Fueron días hermosos y de sosiego, de una tranquilidad que ya no recordaba, pero en esa serenidad se clavaba la espina de la inquietud que hacía que su cabeza no descansara pensando en los suyos y recordando el final de su padrino. Qué distinto hubiese sido todo de haber estado él aún con vida.

Al segundo día de su llegada, mientras paseaba por las calles de Ayabe, se percató de que la gente se fijaba en él con disimulo, y es que la noticia de su aparición en compañía del maestro, y las circunstancias que la propiciaron, se esparcieron como un fuego de verano por cada rincón de la ciudad. La noche del tercer día, después de cenar, salió a dar un paseo antes de dormir y conoció a Fudo. Nadie en su sano juicio catalogaría la primera noche que ambos conversaron como algo inolvidable que quedaría marcado a fuego en la mente de Ezequiel, pero el tiempo, a veces, se encarga de demostrar que nada hay más desacertado que el juicio de una primera impresión. El hábitat de Fudo no superaba los ocho metros cuadrados. Vivía anclado permanentemente a la embriaguez. Malvivía de la caridad y las monedas que los forasteros le daban a cambio de historias que contaba sobre el maestro, a quien aseguraba conocer desde que era niño, gracias a su amistad con Yoroku, el padre de Morihei. Su casa, cercana al dojo, era un cuchitril poco adecuado para los días fríos y lluviosos. Soportaba el envite de los años gracias a la aportación que el maestro y otros

lograban reunir para que este evitara con ciertas garantías las inclemencias estacionales. Esa primera noche, a cambio de una botella de sake, contó a Ezequiel la vida del maestro como si de un cuento se tratara; su infancia enfermiza y la rebeldía de este por superarla, sus luchas por los demás desde la juventud. Su iniciación al budo y los maestros que le enseñaron, a los cuales superó, sin excepción. El abandono del funcionariado por honestidad y rectitud, el ingreso en el ejército, la lucha, la injusticia y la decepción que la guerra le provocó. Las empresas que afrontó, amargas, duras, una y otra vez, sin desfallecer, por él y por los demás; y finalmente el encuentro con Onisaburo Deguchi, el mago que lo marcó para siempre. Después vino la aventura en Mongolia y la capacidad sobrenatural allí demostrada por el maestro, y la lucha sin espada con el maestro de kendo, tras la cual alcanzó la iluminación, siendo él mismo testigo de cómo un vapor dorado envolvía todo su cuerpo mientras meditaba bajo la sombra de un árbol.

Ezequiel se desternilló de risa al oír lo último, y solo se contuvo cuando vio el reproche en la mirada de Fudo y escuchó la avalancha de improperios que le lanzó.

—Soy un viejo, niño. Merezco tu respeto. Y quien te da comida y techo, también lo precisa.

—Perdón, señor. No era mi intención herirle. Le pido disculpas. Pero... eso último que ha contado... y lo de esquivar balas en Mongolia... No pretenderá que le crea, ¿verdad?

Se marchó tras otra salva de amenazas por parte de Fudo y pensó que si en aquel país todos eran así, en adelante debería tener más cuidado. Se armó de valor y regresó una noche después. Lo encontró tirado en el suelo con tres botellas vacías a su alrededor. Los pelos al albedrío del azar, la cara tiznada de mugre y la incapacidad para incorporarse. Era una noche fresca, así que Ezequiel abrió la puerta de la casa y lo metió con un poco de ayuda por parte de Fudo. Dentro lo reconoció y le gritó que cómo se había atrevido a volver allí.

—Siento lo de anoche, Fudo. Espero que me perdone. Debí haberle escuchado sin más y no juzgar su relato.

—¡Uhhh! —gruñó—. Tú no conoces al maestro. ¿Traes sake? Tendrás que darme algo de vino si quieres oír más historias.

—No, no traigo sake, solo un cuenco con arroz y pescado.

Fudo se puso furioso. Cogió el recipiente de comida y lo lanzó fuera desparramando todo el contenido.

—¡Fuera, fuera de aquí! ¡Llévate esa porquería y se la das a los cerdos! Y si quieres hablar conmigo, no vuelvas sin traer una botella.

—No, no espere jamás una botella más de mi parte. Si necesita comida, la traeré, pero no otra cosa. Y en cuanto a lo de conversar... no me interesa hacerlo con una persona ebria. Si quiere compañía, conversación y un poco de atención, la podrá encontrar en mí, pero la única forma de conseguirlo es que se encuentre sobrio.

Fudo gritó y gritó sin parar, utilizando palabras malsonantes cuyo significado Ezequiel todavía desconocía. Durante algún tiempo evitó una experiencia tan exasperante como la vivida aquella noche.

La mañana que Ezequiel se presentó ante Onisaburo por primera vez, hacía un frío imprevisto, con el sol ya reinando en un cielo limpio. Era un hombre demandado, y lo atestiguaba la muchedumbre que se agolpaba frente a sus dependencias esperando recibir un favor o un consejo. Sin embargo, su primer acto del día estaba destinado a recibir al niño occidental del que tanto le había hablado Morihei. A Onisaburo Deguchi todo el mundo le conocía como el *Mago*. Era un místico y religioso muy carismático, líder de la nueva religión llamada Omoto-kio, «El gran origen», cuya finalidad radicaba en asentar la paz en el mundo, concibiendo para ello un camino cuya puerta de entrada era el desarme total de todos los países. Onisaburo fue sin duda el artífice de que Morihei abandonara los acentos agresivos del daito ryu y del yagyu ryu y creara su propia técnica marcial, el aikido, de corte espiritual. También fue quien lo instruyó en la meditación chinkon-

kishin, creada en la antigüedad por místicos con la idea de controlar el espíritu humano y desarrollarlo.

A Ezequiel le recibió un hombre de edad avanzada, imbuido en un pulcrísimo kimono gris. Lo acompañó hasta un diáfano e iluminado despacho. Dentro, aparte de un gastado aunque llamativo escritorio de madera, sobresalía la presencia de unas estanterías atestadas de libros cargados de años o descuido, y otras publicaciones y periódicos atemporales que daban al entorno un aire intelectual. Cuando se encontraron, Onisaburo y Ezequiel se dieron la bienvenida con el típico saludo japonés, y, aunque había banquetas a ambos lados de la mesa, permanecieron de pie expectantes.

Los ojos de Onisaburo buscaban en los de Ezequiel la similitud con los informes de Morihei. En cuanto a los del chico, lo primero que percibieron en los del religioso fue la serenidad de su rostro noble y franco.

—Un placer —admitió Onisaburo rompiendo el hielo, al tiempo que mostraba una leve sonrisa que declaraba honestidad—. ¡No sabes cuánto me ha hablado el maestro sobre ti!

La cara de Ezequiel manifestó cierto sonrojo, como si el cumplido hubiese sobrepasado a su modestia.

—Incluso me avergüenza que tenga el conocimiento de mi existencia, señor —repuso Ezequiel con voz queda—, pues desde que estoy aquí, solo oigo hablar del maestro y de usted como si de dioses vivientes se tratara.

Onisaburo volvió a sonreír, pero no dio pábulo al comentario deslizado por el chico.

—Te vi anoche y anteanoche con Fudo —dijo el Mago trivializando y encauzando la charla—. Es un caso perdido —sentenció—, y mira que no dejamos de intentarlo. Pero... no tiene remedio, parece. En fin... Te contó historias, ¿verdad?

—Sí —asintió Ezequiel acompañando con un movimiento de cabeza.

—Sobre el maestro, ¿no? —Tras un nuevo gesto afirmativo por parte de Ezequiel, Onisaburo continuó—: ¿Qué te dijo sobre él?

—Poco le faltó para asegurarme que el maestro podía volar.

La carcajada sonora y redonda de Onisaburo terminó de romper definitivamente el hielo. Reía hasta con el brillo de los ojos.

—Eres ingenioso, de veras que lo eres. Incluso con el esfuerzo que haces por esconder ese ingenio. O lo que sea.

El chico cortó la risa de acompañamiento súbitamente, como si se sintiese desnudo. Pretendía mostrarse tímido, pero ni con esa pose lo parecía; quería mostrarse timorato, pero no lo conseguía.

—No voy a convencerte ahora mismo con palabras —argumentó Onisaburo con una voz que relajaba—, pero el tiempo te demostrará que en este lugar, con esta gente, no son necesarios los escudos que has levantado para esconder la realidad que eres. La desconozco —se apresuró a decir el Mago con un gesto de la mano al contemplar la cara de sorpresa de Ezequiel—, pero sé que eres especial, porque el propio maestro se cercioró de eso. Quiere que te ayude. Dice que todas las noches te despiertas entre pesadillas y bañado en sudor. ¿Qué te despierta cada noche?

—Horrores —explicó Ezequiel cerrando los ojos al tiempo que buscaba palabras en su mente—. La cuerda que apresa a mi familia y la mano que la tensa, y la rabia por alcanzar esa mano y destruirla, borrarla de la faz de la tierra.

—Morihei me contó qué te sacó de tu tierra, y todo lo concerniente sobre los problemas de tu familia. Si estás aquí es por algo, y seguro que no es para que te montes en el primer barco que veas y regreses en busca de la muerte. ¿Crees en la casualidad o en la causalidad?

—En lo segundo, siempre. Ya se encargó mi padrino de marcar esa idea a fuego en mi mente desde que tengo uso de razón.

—Pues, entonces, despejada la incógnita de la casualidad, solo nos queda la causa de la que resulta el hecho, y ese hecho es que estás aquí, a la sombra del maestro. ¿Sabes cuántos miles de personas querrían eso? Aprovéchalo y deja al tiempo correr hasta que el poso se asiente. Voy a escucharte y voy a ayudarte. Quiero que te olvides de venganzas, quiero que saques la rabia de tu interior. Quiero que respires paz y quiero que las exhalas a tu alrededor. Olvida el rencor, lo harás aunque ahora no lo creas. La vida es solo una batalla y la guerra es la existencia, que consta de

muchas vidas. La vida se encarga de poner a cada cual en su lugar, y no la voluntad de uno que se deja perder la batalla que es la vida en actos de maldad. Detesta la violencia, y por tanto la venganza y el rencor que la sustenta.

—¿Olvidar el sufrimiento de mi familia, la muerte de mi padrino? ¿Cómo?

—Lo lograrás. Estamos aquí para ayudarte. ¿Has meditado alguna vez? ¿No? Pues mañana comenzaremos. Te abriré las puertas a un nuevo mundo y quizá en ese mundo encuentres los argumentos de las historias de Fudo. Te contó lo de Mongolia, ¿verdad?

—Y lo de un vapor dorado.

—¡Ah! El vapor dorado. Eso no lo presencié, pero es un rumor que voló y sigue volando de un lugar a otro, pero lo de Mongolia sí lo sé, porque estuve allí. Lo recuerdo como un sueño vago. Los militares, los disparos, al maestro reclamando y ejecutando el milagro. Él nunca te lo contará, así que olvídate de preguntarle, pues está por encima de todo eso. ¿Me crees?

—Me cuesta. Lo siento —aseveró Ezequiel.

—¡Ah! No crees en los milagros, en la ruptura puntual de las leyes de la física. Crees que el mundo siempre es plano. Pues yo te aseguro que hay ocasiones en que la manzana de Newton se queda suspendida en el aire, y otras en que desaparece antes de chocar contra el suelo. Son posibilidades, y se dan, incluso puede obligarse a que se den.

«Posibilidades», pensó Ezequiel recordando las palabras de Alan. «Toda posibilidad existe, aunque el exponente de su probabilidad tienda a infinito», y también pensó en las charlas con Schrödinger y Heisenberg.

—El mundo es más de lo que vemos, Ezequiel —prosiguió Onisaburo rescatando al chico de sus profundas cavilaciones—, el mundo es más de lo que nos muestran.

Su mente volvió a su padrino y su tío Antonio. Siempre había llamado tío a De Gálvez. Reparó en el desconcierto que representaba la Cañada del Diablo; su misterio y origen aún desconocido para él, la voz que le había llamado desde su infancia para que fuera hasta allí, la otra misteriosa y metálica que parecía

escuchar con menos claridad en alta mar, a bordo del Cauteloso, antes de dejar atrás el cabo de Buena Esperanza, y tantos episodios más vividos a lo largo de su vida, como el sueño que desarmó la tuberculosis. Al reparar en todo eso, sintió vértigo y no pudo reprimir un escalofrío.

—Algunas veces, Ezequiel —continuó Onisaburo, volviendo a romper el hilo de sus pensamientos—, el ser humano contacta con algo que está más allá de este mundo, y esa percepción nos demuestra que somos más de lo que somos y vemos. Los místicos y algunos sabios, desde la más remota antigüedad, llaman «abrazar el vacío» a ese contacto entre distintas realidades. Hay personas que han logrado sentir su olor, el de la estructura natural que soporta al universo y sus muchas realidades que coexisten con nosotros hasta trenzar la verdad. La meditación es una de las llaves que nos permite abrir una ventana, por pequeña que sea, y que nos asomemos a esa parte de la verdad que es la contemplación del vacío. Si logras llegar ahí, puede que algún día logres percibir ese olor, el aroma del vacío.

Onisaburo dejó a Ezequiel rumiando la conversación y los descubrimientos desprendidos de ella y se acercó hasta una ventana para ver el gentío.

—Creo que por hoy será suficiente —convino en forma de despedida—. Te espero aquí mañana, al alba. Comenzaremos la instrucción. Hay que dotar tu mente de herramientas que asienten el desorden, que la vuelvan estable, fructífera y poderosa. Lo conseguiremos. Has tenido unos días para recuperarte, pero se acabaron, ahora comienza el trajín. Come bien, duerme profundo y así asimilarás mejor todo lo que se te viene encima.

Esa noche descansó regular. Le costó dormirse, y luego sueños recurrentes asaltaron su solaz impidiéndole el sosiego. Fue como si todo el tiempo hubiese estado entrenando, desbordado por la excitación onírica. La verdad es que estaba impaciente por empezar, deseoso de hallarse en el dojo rodeado de compañeros, aunque

fuese el último mono. Durante el mes que llevaba allí, presenció muchas veces las prácticas y había quedado fascinado con ellas, tanto que a veces dudaba de si estaría capacitado para llevar a cabo el extenso catálogo de prodigios técnicos y concretar con éxito toda esa suerte de vuelos que terminaban con los practicantes martilleando el suelo. Había tantas cosas que no comprendía, y que el maestro aún no le había explicado, que temía hacer cualquier cosa impropia. Por la noche, al entrar en su habitación, vio el kimono pulcro y limpio que le había dejado Hatsu, la esposa de Morihei, y un entusiasmo e impaciencia impropios en alguien de su edad se apoderó de él. En adelante, ese sería su kimono de entrenamiento.

Por la mañana, antes de que se levantara el sol tras las montañas, se dio cuenta de que su descanso no había sido el apropiado para el día que le habían asegurado que tendría. Tuvo que reconocer que las dos horas que pasó con Onisaburo fueron tediosas. No hicieron nada más allá de uno preguntar y el otro responder multitud de veces. Quiso saber todo sobre su familia, de cada uno de sus miembros; cómo eran, qué labores desempeñaban, qué gustos tenían, demandando detalles que incluso lo llegaron a exasperar. Fue algo duro para él, pues aunque los tenía cada día y a todas horas en su cabeza, el hecho de reparar en detalles nimios lo acercaron más a la añoranza y lo atormentaron con más intensidad. Aquello le pareció un interrogatorio policial; el punto álgido llegó cuando el Mago le preguntó por Alan, pues tuvo que divagar mucho para no contar la realidad de su persona, reconocer que no era alguien corriente. Onisaburo detectó lagunas en las respuestas de Ezequiel, y es que le costaba guardar bajo llave lo que le había pedido tan insistentemente Alan: que nadie reconociera bajo ningún concepto lo que su padrino siempre había llamado «la naturaleza prodigiosa de Ezequiel». Pero si el líder de Omoto-kio llegó a reparar en algo, lo omitió, aportando a Ezequiel la confianza necesaria que precisaría cada jornada que en adelante tendría que pasar en su compañía.

Por fin llegó la hora tan esperada por el preadolescente: la apertura de las puertas de las instalaciones de entrenamiento. Su

maestro, antes del inicio de las clases y de permitirle la entrada en el dojo, le explicó cómo acceder, cómo saludar, cómo comportarse dentro y cómo respetar el espíritu que lo impregnaba. Por su parte, el chico, visiblemente contrariado por la rectitud de las normas, soltó una leve sonrisa que atrajo una oleada de indignación en su maestro, que tras montar en cólera durante unos minutos en los que no cesó de vociferar, se calmó y le expuso el porqué de estas actitudes tan solemnes.

—Ezequiel, todo lo que envuelve al budo está impregnado de honor, misticismo, y carácter sagrado. Cuando practicamos artes marciales, hemos de tener la misma actitud que tenían nuestros antepasados. Ellos, cada vez que entrenaban, lo hacían como si fuera la última vez: con rectitud, con solemnidad, de la misma manera que lo harían ante un adversario verdadero contra el que podrían perder la vida. Así debemos entrenar cada día, como si fuera el último.

Esa fue la primera y última vez que Ezequiel entró con reservas a un dojo. A partir de ese momento, y durante toda su vida, cada entrenamiento estuvo presidido por la más loable y sagrada actitud, como si cada entrenamiento fuera el último.

Durante su segundo mes de convivencia en Ayabe, el tiempo de Ezequiel estuvo repartido entre el merecido descanso nocturno y sus muchas ocupaciones: el mantenimiento del dojo; las sesiones con Onisaburo, en las que no veía ni obtenía nada singular salvo la más profunda soñarrera; el estudio de ortografía japonesa y las prácticas marciales, que no pasaron de ser meras caídas al suelo que le provocaron agujetas y moretones por todo el cuerpo.

En el transcurso de ese primer mes de práctica, Ezequiel, situado en una esquina del tatami junto a otros alumnos noveles, llamó excesivamente la atención del asistente de su maestro, que observaba los ejercicios junto a este sin perder nada de vista.

—Fíjese, sensei. No es normal. Impresiona. Su capacidad de absorber cada explicación, de llevarla a la ejecución correcta a la primera ocasión. Sus equilibrios, sus distancias, los adecuados repartos en su centro de gravedad, la forma de invitar al error al oponente, los coqueteos en la aplicación de fuerzas. Es maravilloso.

—Sí, sí que lo es —repuso Morihei—. Jamás vi nada igual en alguien que acaba de empezar. No es como si aprendiera, parece más bien que recordara, que volviera al tatami tras una larga convalecencia.

El tercer mes en Ayabe fue una copia exacta del segundo, con la salvedad de que el adolescente, otrora triste, no abandonaba nunca su risueña actitud. Hizo grandes avances en la escritura, tan grandes que su maestro quedó fascinado por su capacidad de aprendizaje. Aunque él no lo sabía, este cambio de carácter se debía en gran medida a la portentosa capacidad de Onisaburo para curar las enfermedades psicosomáticas. En el dojo aprendió los principales agarres para desarrollar después todo el torrente marcial que le podía proporcionar Morihei, y los conceptos básicos del ki, que resultó ser en principio un muro para su ciega visión occidental.

—Maestro, ¿qué es el ki?

—Es el aliento vital que recorre el universo, la misma vida en sí. Una energía que nos rodea y nos envuelve. Con el tiempo, aunque ahora te parezca imposible, aprenderás a notarla y a utilizarla. El ki puede hacernos muy poderosos si lo utilizamos en cada técnica empleada, pues dotaremos a esa técnica una energía mayor de la que puede ofrecer la fuerza bruta más colosal que hayas visto jamás.

Una mañana, en su cuarto mes en Ayabe, y previo al entrenamiento matutino, Ezequiel estaba realizando unos profundos y pausados ejercicios de respiración con los que descubrió que podía sentirse infinitamente mejor, pues lo recargaban de energía para combatir la fatiga del duro entrenamiento a lo largo del día. Cuando terminó y salió al jardín, vio a un grupo de nobles preguntando por el maestro. Poco después supo, por algunos compañeros, que se trataba del mismísimo almirante Takeshita, que quería convencer a Morihei para que fuese con él a Tokio.

Solo unos días más tarde, Ezequiel, junto a su maestro y varios discípulos más, partieron hacia la capital del Japón. Se instalaron en Yotsuka, pero por un corto periodo de tiempo. Al poco le facilitaron un dojo en Shinagawa, donde Ezequiel continuó con sus entrenamientos de forma totalmente apasionada, sobre todo a partir

del momento en que empezó a imitar cada técnica de manera ejemplar, a los minutos de conocerla. Su maestro estaba impresionado con la facilidad de aprendizaje que mostraba en tan corto tiempo. Ejecutaba unas técnicas absolutamente limpias y gráciles, aunque todavía no eran más que eso, meras técnicas desprovistas del poder espiritual que podía inculcarle el ki y una mente poderosa y equilibrada. Feliz por ello, y contrariado a la vez, una noche, tras la cena, Morihei le llamó para pasear por unos magníficos jardines y mantener una charla distendida en la que le mostró su preocupación.

—Tienes que cambiar tu actitud, Ezequiel. No todo es matemáticas, dominio de fuerzas, previsión de sus resultantes y aplicación magistral de fórmulas corporales. En mi vida he visto a nadie con tu potencial. Jamás. Pero eres una cáscara vacía, te falta espíritu. El budo precisa alma. Haz que sea una filosofía, una razón de vivir, y no un medio para alcanzar un fin. Impresiona cómo aprendes, la rapidez a la que lo haces y la puesta en práctica de todo, pero no es lo único. Olvida la venganza, por favor, destruye la barrera de maldad y rencor que ella lleva implícita y verás qué rápido alcanzas la felicidad.

El tiempo transcurrió apaciblemente a pesar del duro e intenso entrenamiento diario, hasta que, de manera inesperada, la adversidad posó sus garras sobre el inigualable maestro en forma de funesta enfermedad. La vida de Morihei pendía de un hilo. Según la versión de algunos facultativos que lo trataron, la enfermedad era terminal, pues la úlcera sangrante era el síntoma terrible de un cáncer de hígado. Durante ese periodo, la fatiga se instaló permanentemente en el cuerpo del maestro. Casi todos sus discípulos llegaron a temerse lo peor. De entre todos ellos, posiblemente Ezequiel era el más afectado, porque consideraba a su maestro casi como un padre, ya que desde un principio este se había portado como tal. Solo unos días después, Onisaburo se personó en Tokio, afectado por los nefastos rumores que circulaban

en torno a su discípulo y amigo. Al verlo, quedó tan conmovido por su estado que dispuso todo para llevarlo nuevamente a Ayabe, donde por algún tiempo quedó bajo su atención.

Esa temporada junto a su familia y al líder religioso, repuso totalmente de su enfermedad a Morihei. Durante los seis meses que duró la convalecencia del maestro, el joven español no dejó de entrenar ni un solo día. Cada jornada que pasaba en el dojo la dedicaba a este fin con mayor ahínco y determinación, de tal manera que su antaño débil cuerpo se tornó duro y flexible, igual que la rama de un árbol que se deja vencer y acariciar por el viento para luego volver a su estado inicial. El propio Onisaburo dedicó al chico más horas de las habituales, para enseñarle las antiguas y secretas técnicas de meditación chinkon-kishin, que terminaron por calmar su turbulento interior. Durante estos ejercicios, Ezequiel ya no se quedaba dormido como le ocurría al principio, sino que pasaba por un estado de bienestar que lo hacía renacer. Su concentración pasó a ser formidable, pues podía ver con absoluto realismo los casi olvidados rostros de sus queridos familiares. Quizá por ello, meditaba diariamente al amanecer, para sentir la presencia de sus seres amados. Había veces que veía con todo detalle su casa, la habitación principal con sus padres y sus hermanos, todos comiendo juntos, y resultaba tan real que en ocasiones alargaba la mano para tocarlos. En aquellos ejercicios llegó a recordar cosas soterradas en lo más profundo de su memoria, pequeñeces tan triviales como un aroma o el sonido que un animal producía al amanecer. Se acordó de Basilio, de la espuma caliente de la leche de cabra recién ordeñada en su tinado, de un beso de su madre, de una historia narrada por su madrina, del sabor a vida del agua que bajaba por la pared cercana a la cueva del ermitaño, donde Manuel Pelao había cavado un pequeño hoyo en la roca viva para que la mula de su padre pudiese beber al pasar durante los trayectos calurosos del verano. A Ezequiel siempre le había gustado beber de aquella fuente, por su dulzura, por su frescura, al tiempo que se acercaban las niñas de Montoro para saludarlo. Siempre llegaba primero Remedios, que rondaría su edad, la única capaz de sostener una tímida y breve conversación con él, y tras ella, como

dos lazarillos, su ahijada Encarnación y su prima María, ambas de tres años, pidiéndole que les hiciera un truco de magia. Encarnación creía a esa edad que era el mejor mago del mundo, pues cuando ponía en la palma de Ezequiel una pequeña piedra, este cerraba la mano y al abrirla aparecían tres caramelos de chocolate bajo su franca sonrisa de satisfacción. Todos, todos aquellos recuerdos volvieron a él cargados de añoranza, de agris dulces sentimientos, pero tiernos y bienvenidos.

Fue en esos días cuando percibió por primera vez la presencia del ki, y entonces tuvo consciencia del poder que esa energía, a la que ahora tenía un acceso muy limitado, podía ofrecerle. Su maestro le dijo que para dominarla era necesario entrenar diariamente su dinamismo y meditar, pues únicamente así podía hacerse con ella, evitando que esta se volviera en su contra.

A los seis meses de encontrarse nuevamente en Ayabe, Takeshita, un buen amigo de Morihei y uno de sus más fervientes defensores, volvió para convencer al maestro de que se marchara definitivamente a Tokio. Después de consultar esta cuestión con Onisaburo, este le dio su beneplácito y regresó, esta vez acompañado por toda su familia y algunos de sus más cercanos discípulos. Para empezar, construyeron un dojo en las posesiones del duque Shimazu, donde muchos discípulos se entrenaban a diario. El número de demandantes crecía diariamente de una forma tan exagerada que en un año tuvieron que mudarse a un lugar más espacioso en Shiba Mita, pero este sitio también resultó inapropiado con el tiempo. Cambiaron de lugar una vez más y se instalaron en un nuevo dojo en Shiba Kuruma, junto al descanso de los cuarenta y siete ronin, pero algún tiempo después resultó ser nuevamente inviable para la cantidad de solicitantes que querían aprender del maestro. Por todo esto, varios nobles aunaron esfuerzos para construir un dojo definitivo en el distrito de Wakamatsu. El nuevo dojo se inauguró el mes de abril de 1931, una semana después del decimotercero cumpleaños de Ezequiel, y se le dio el nombre de Kobukan, la sala imperial del valor marcial.

A los dieciocho años, lo único reconocible que quedaba de aquel niño desprotegido y débil que Morihei rescató de las garras del

infortunio eran los dos hoyuelos que la imperecedera y risueña actitud de su rostro dibujaba. Su altura había crecido hasta poco más del uno ochenta, lo que lo desmarcaba físicamente de la media del pueblo japonés. Su cuerpo, aunque delgado, era flexible y fibroso. Los únicos vestigios del tormentoso pasado eran el tórax, salpicado por tenues cicatrices de la funesta tarde en que hizo de cebo para tiburones, y el tatuaje de un escorpión sin cola asentado en el hombro, junto al cuello, que el kimono apenas lograba tapar.

El joven se había convertido en un experto artista marcial gracias a la inestimable ayuda de su maestro, que se sentía inmensamente orgulloso de su progreso. Era eficaz, fiable, inteligente y seguro. Su gran capacidad para controlar el ki hacía de él un discípulo de imprevisibles fronteras evolutivas. El aprecio que le tenía el maestro era tan elevado que rara era la noche que no lo despertaba a altas horas de la madrugada para practicar y enseñarle las técnicas que se le ocurrían mientras dormía. Ya no era un autómata desprovisto de alma. Ahora era un ser poderosamente espiritual, con una capacidad casi sobrenatural para todo lo que abordaba. El maestro sabía, sin miedo a equivocarse, que la venganza que en el pasado buscaba era algo tan lejano y enterrado que nunca volvería a aparecer, aunque las condiciones para que se diera se presentasen.

Un día, por esas fechas, Morihei lo llamó a sus dependencias con más rigor del acostumbrado.

—Ezequiel, ya eres un hombre. ¿Has pensado en algún camino para tu vida?

—¿A qué se refiere, maestro? —preguntó Ezequiel, visiblemente extrañado por la pregunta.

—Creo que deberías continuar con tus estudios, no me vale lo que tienes, quiero que accedas a la universidad.

—Maestro, tengo más de lo que necesito y fuera no puedo aprender más que aquí.

—Sí, ya lo sé, pero quiero que lo hagas en otras áreas. Eres la persona más inteligente y autodidacta que he conocido, y si no me equivoco, cosa que contigo pocas veces me ocurre, algún día querrás volver a tu tierra para reunirte con los tuyos. ¿No es así? —

El joven lo miró con los ojos encendidos por un torbellino de emociones enfrentadas.

—Sí, maestro, si me otorga su bendición, algún día regresaré. Aunque sé que ese día la mitad de mi corazón quedará aquí con usted y con este país que me hizo renacer.

—¡Ya! —exclamó Morihei visiblemente afectado aunque comprensivo—. Pero ese día aún no ha llegado. Sin embargo, el día que te vayas, quiero que estés preparado y que seas totalmente autosuficiente. Ese es el motivo por el que te he hecho llamar. He estado hablando con un buen amigo mío que facilitará tu ingreso en la universidad, pero antes debes elegir lo que quieres hacer allí. Esa es tu decisión.

Al siguiente año académico, Ezequiel Cabral fue inscrito como alumno de Física y Matemáticas en la prestigiosa universidad Waseda de Tokio. También se matriculó en la especialidad de Historia, al tiempo que un italiano exiliado que había sido catedrático de Derecho en la Universidad de Milán lo instruía en la disciplina que dominaba. También conoció a otro importante hombre que marcaría su vida con el sello del conocimiento: un catedrático de Historia de origen español y antiguo soldado, don Cristóbal Yepes, íntimo amigo de Juan Cabral, su padre, en la guerra de Filipinas.

En el otoño de su primer curso, Ezequiel experimentó nuevas emociones. Conoció el amor de una joven con la que diariamente paseaba por las inmediaciones del parque Ueno, tan bello como en primavera a pesar del rojizo color de las hojas secas de arce. Por el hermoso parque paseaban infinidad de parejas que charlaban animadamente mientras niños ataviados con kimonos de todos los colores jugaban sobre la fría hierba y lanzaban sus cometas y globos al cielo gris. En las riberas, algunos estudiantes leían a los clásicos budistas o recreaban temas religiosos en diferentes tipos de lienzos, a la vez que el joven español conversaba sobre temas de interés científico con su adorada compañera. Esta fue la primera y última relación sentimental que Ezequiel tuvo en Japón, ya que la misma motivación que lo indujo a dejarla lo obligó a no empezar ninguna otra con seriedad, medida que adoptó después de una profunda y dolorosa conversación con Morihei.

—El problema no es que seas occidental, Ezequiel, el problema es que algún día te marcharás de Oriente. Es un asunto difícil, lo sé, pero tienes que meditar sobre ello y tomar una decisión en cualquier sentido, por mucho que duela. La familia de Myoko es una familia poderosa. Su padre es alguien muy importante en el ejército, pero eso no sería un muro insalvable por dos razones. La primera de ellas es que Myoko y tú estáis enamoradísimos y eso lograría convencer a su padre sin posibilidad a equivocarme; la segunda es que tú no eres cualquiera, eres como un hijo de Ueshiba, alguien admiradísimo por el mismísimo almirante Takeshita, y uno de los alumnos más carismáticos y talentosos de la universidad Waseda, a pesar de lo mucho que tratas de esconder tus capacidades. Pero... la disyuntiva está ahí. Los caminos son dos y te los aclaro: uno, te quedas a vivir en Japón y te unes a ella, olvidando tu pasado. El general jamás permitiría que su hija se fuese a un país extranjero donde existen tantas turbulencias políticas; y dos, la olvidas por mucho que os duela a ambos, si lo que pretendes algún día es volver con los tuyos. Y si es por eso último por lo que optas, no puedes dejar transcurrir más tiempo sin solucionarlo.

Fue terriblemente doloroso para Myoko, pero al menos a ella le quedaba el consuelo de creer que Ezequiel no la quería y que, por tanto, no tenía otra posibilidad; pero fue mucho más duro para el joven, pues existiendo otro camino hacia la felicidad, tuvo que abandonarlo por iniciativa propia, yendo contra sus deseos y teniendo que mentir.

Estuvo mucho tiempo mal. Sus primeras noches resultaron angustiosas, incluso una de ellas se encerró en una cabaña abandonada que había en un bosquecillo alejado de todo y se emborrachó mientras componía una triste canción con ayuda de un shamisen. Decía así:

*Inaudita es la mañana
que amanezco sin dolor,
y cotidiano el día que navego
por el falso mar del desamor.
Cada vez es más inaudito*

saludarme con el éxito,
y mucho más frecuente
abrazar fuerte al fracaso.
Sufro de ese terrible mal
que es la 'inmarchita' nostalgia,
y de un terrible dolor
que refleja la abundancia.
La abundancia de tu ausencia
sin equis por contrapartida,
que hecho pesar arraigó en mí
durante el invierno de tu partida.
Y entre tanto y tanto
solo un muro de tejos,
que cercan mis conjuntos
mis penas y descontentos.
Mi cólera vertida
al que miro en el espejo,
y los mil abordos fallidos
nacidos de mis intentos.
¿Y en qué lugar descansar
si no hay losa para pisar,
ni asa donde agarrarme
ni puerto para atracar?
Ni luz que parta de tu estrella
hasta la orilla del mar,
donde en calma chicha naufrago
en archipiélago Soledad.
Raras son las turbias noches
en que puedo conciliar el sueño,
y raras las madrugadas
sin hermanarme con el desvelo.
Cada vez extraño más
los sueños con aquel presente,
y es mucho más frecuente
acariciar el frío de tu hueco.
Ardo en el fuego vivo

*de la combustión de mi pecho,
y no hay calidez que lo apague
si no vienen de tus besos.
Besos que no recorro
ni en el archivo de mis recuerdos,
besos negros, besos tiernos
aireados por el viento.
Y entre tanto y tanto
solo un muro de tejos,
que cercan mis conjuntos
mis penas y descontentos.
Mi cólera vertida
al que miro en el espejo,
y los mil abordos fallidos
nacidos de mis intentos.
¿Y en qué lugar descansar
si no hay losa para pisar,
ni asa donde agarrarme
ni puerto para atracar?
Ni luz que parta de tu estrella
hasta la orilla del mar,
donde en calma chicha naufrago
en archipiélago Soledad.*

A partir de aquel doloroso episodio, Ezequiel intensificó sus estudios académicos y marciales al máximo. A pesar del dolor por romper con Myoko, en su cabeza no tenía cabida ninguna otra cosa que no fuera su añorada familia o su gran maestro y todo el saber que este podía proporcionarle. En este punto de su vida, con diecinueve años, Ezequiel ostentaba el segundo dan de aiki budo, y para su protector y maestro, la capacidad espiritual y marcial del joven carecía de techo.

Una madrugada en que ambos entrenaban, en mitad de una defensa, Ezequiel se quedó paralizado y fue barrido por el maestro,

de modo que dio con sus huesos en el suelo.

—¿¡Qué te ha pasado!?! —le reprochó O-Sensei visiblemente irritado.

—Es la voz, maestro, otra vez esa voz metálica. Por primera vez la he oído nítidamente.

Sus ojos miraban al techo, intentando ubicar algo, pero ese algo, fuese lo que fuese, estaba a mucha distancia, en una dirección determinada. Morihei sabía de esas experiencias porque Ezequiel se las había contado y también compartido con Onisaburo, y aunque le preocupaban, las entendía. Sabía que Ezequiel no era alguien normal, que estaba tocado por algo casi divino que no sabía precisar.

—¿Qué te insinuó? —acabó por preguntar.

—Al sur —le contestó Ezequiel.

—¿Qué?

—Al sur, que he de ir al sur, pero para ello he de despejar antes la incógnita que me libere de la parte del principio de Banch que repercute.

Morihei cerró los ojos y rememoró la primera vez que escuchó esas palabras en boca de Ezequiel. Aquella vez, y las siguientes, siempre le ocurría lo mismo. Le asaltaba una sensación agradable, como la de oír una melodía que se recuerda pero que se es incapaz de precisar. Lo remontaba a las mañanas de su niñez, al sonido de los pájaros en la ventana de su casa y al olor del té preparado por su madre. Detuvo sus pensamientos en la primera vez que oyó a Ezequiel decirlo, unos cuatro meses después de su llegada. Por aquel entonces, el chico se dedicaba al mantenimiento del dojo, hasta que Morihei descubrió que en ningún lugar estaría mejor que al cuidado de las plantas. El maestro estaba preocupado por un viejo cerezo que se estaba muriendo. Le tenía un cariño especial, era el primer árbol que su padre había sembrado siendo niño. Tenía una enfermedad a la que no lograban poner remedio a pesar de todos los intentos. Una noche, el niño se acercó y ofreció su ayuda mientras el maestro le dispensaba sus cuidados al árbol. En una semana, el cerezo se encontró mejor, y un mes después le brotaba juventud y vida por cada rama. Ezequiel le dijo a su maestro,

cuando este le preguntó, que solo le había aplicado garun, y le remitió al milenar tratado de Columela. Ueshiba le pidió más información alejada de la técnica, porque sospechaba que había algo más espiritual en aquello, pero Ezequiel le dijo que no podía, pues era una clara violación del principio de Banch.

Los estudios universitarios del segundo año seguían la exitosa inercia del primero, e igual que en lo académico, lo marcial continuaba enriqueciendo al joven, que cada mañana era admirado por la multitud de paseantes que descansaban y deambulaban por el parque Ueno. Muchas eran las jóvenes que murmuraban cuando Ezequiel pasaba junto a ellas y las saludaba cortésmente, ataviado con su pulcro kimono gris. Muchos jóvenes le admiraban por prestar ayuda desinteresada a todo aquel que la precisaba, en las clases y fuera de ellas. Otras veces, llamaba la atención su delicada, abierta y tranquila naturaleza cuando se paraba a debatir con cualquier persona, conocida o desconocida, sobre las últimas noticias de interés, o las intensas conversaciones que mantenía diariamente, a media mañana, con sus amigos y maestros de la universidad junto a la estatua del gran Saigo, extraordinario hombre de la era Meiji.

Una vez acabado el año universitario, Ezequiel abandonaba Tokio y se recluía en la remota Takeda, un pueblo situado en la prefectura de Hyogo, lugar donde Morihei daba clases durante algunas épocas. En la montañosa Takeda, la vida era dura. Se trabajaba la fuerza con ardua dedicación y las artes budo se afrontaban con especial intensidad, lo que aprovechaba el joven español para subir aún más el nivel de su disciplinada técnica, que rozaba límites verdaderamente inhumanos a pesar de hallarse lejos de la de su maestro.

El tercer año en la universidad se caracterizó por la total entrega del joven a la historia universal, manteniendo disputas implacables con sus profesores al mostrarse en desacuerdo y poner en solfa muchas cosas que, sin más, se daban por sentadas. Fuera del horario académico, se enriquecía con la franja de historia que más

le apasionaba, la de la lejana y mágica Al-Ándalus, pero más que darle pábulo, se las tomaba como un cuento.

Cristóbal y él hablaban durante horas de las encarnizadas luchas por el poder en la España medieval, de la belleza de su lenguaje, de los hermosos lugares que todavía no había visto: la bella Alhambra, la exquisita Mezquita de Córdoba, relatada hasta la saciedad por su amigo, que era cordobés. La exuberancia del Generalife, e incluso la antiguamente cercana Alcazaba de Málaga, cuyo plano había contemplado gracias a su maestro y se sabía de memoria.

Cuando llegó la primavera del veintitrés cumpleaños de Ezequiel, la sangre de joven se alteró por completo. La nostalgia invadió su corazón, como cada año, y bajo las ramas doradas de los sauces que poblaban la verde colina junto al apacible lago de Ike-no-hata, desde donde se podía observar el templo de Benten Sama, el ya capacitado pero todavía joven maestro marcial se abandonó a una profunda meditación. En ella, el extremo grado de concentración en que se sumió le otorgó la capacidad de vislumbrar con total realismo, y a vista de pájaro, las añoradas tierras de su pasado.

En un vuelo grácil y suave, se acercó a las montañas que le vieron nacer. Entró por los agrestes barrancos de Umbría, se dejó acariciar las manos por los rectilíneos surcos que dibujaban la soleada tierra de Montoro y escuchó el relajante viaje del agua por la recordada Royohondo. Sintiendo un escalofrío que atravesó su espalda, tocó el campanario de la ermita, notó en sus mejillas el agua fresca del pilar alto, junto al cual había un limonero que le brindó el placentero y suave aroma del azahar mezclado con el ácido e intenso olor de su fruto. La concentración que alcanzó finalmente Ezequiel llegó a ser de tal magnitud, que decidió no abandonar todavía el paraíso al que su mente lo había llevado. En una sensación tan real como la vida misma, subió rápidamente hacia el cielo, notando la fuerte brisa que hacía ondear sus cabellos. Sin miedo, se dejó caer y voló a escasos metros del suelo, dentro del aeroplano en que su imaginación lo había convertido. Se rozó con arbustos, encinas, algarrobos, y luego

descendió hasta la tierra que lo vio caminar por su rojizo manto. Se acercó a un olivo y tocó su redondo y verde fruto, deslizó sus dedos por una de sus hojas, arrastrando el polvo que estas tenían y palpando el leve surco de su parte inferior. Después se dirigió hasta un almendro cercano, y al rozarse con su árido fruto, sintió la picante sensación que afloraba en su piel. Tras el feliz torrente de intensas emociones que le proporcionaron cada una de las anteriores sensaciones, giró y se encontró de lleno con su casa, pero era diferente. Lo primero que vio fue una absoluta dejadez generalizada. Por diversas zonas de la fachada no quedaba ni rastro de cal. En el tejado divisó un enorme agujero por el que salían varias palomas. La mayoría de las ventanas estaban destrozadas, e incluso las rejas colgaban inertes agarradas por un trozo de metal oxidado, sin llegar a tocar el suelo. La única nota de vida era la gruesa parra que en su más remoto recuerdo de la niñez sembró junto a su hermana María Candela y a su padre. Apesadumbrado y temeroso, se acercó a ella y vio que solo su fortaleza natural la mantenía con vida, pues no vio señales de riegos u otros cuidados. Con cautela, entró en la casa por el hueco que sustituía a la puerta, que había ardido dejando en el suelo un montón de cenizas sembradas con los clavos quemados y herrumbrosos que un día unieron sus maderas. En el salón había dos grandes recipientes que contenían agua y grano. La tizne adornaba macabramente toda la estancia, y el suelo estaba enteramente cubierto de excrementos de cabras. Inquieto, subió las escaleras y lo que observó no fue menos desolador. El rincón donde antiguamente dormían sus padres, ahora era ocupado por unas ociosas gallinas encerradas en jaulas. Se quedó absorto. Detrás de él, un ajetreado ruido lo hizo volverse rápidamente. Era una enorme paloma que entró aleteando en la estancia, a través del agujero del tejado, hasta posarse sobre un añejo retrato. La paloma lo miró y él miró a la paloma, luego levantó el brazo y esta se lanzó en una controlada batida hasta posarse suavemente en su mano. A continuación, el joven se acercó a escasos centímetros del retrato cuyo cristal roto y la capa de suciedad le impedían ver la fotografía. Pasó la mano desocupada por la superficie del objeto, y tras desempolvarlo y quitarle las

telarañas, vio la imagen más bella del mundo: la de una mujer triste, rota, surcada por arrugas que la santificaban: su madre. Ezequiel bajó la vista al suelo y, sobre la desgastada madera, vio dos gotas. Una era de sangre seca, aunque tan roja como si llevara allí escasos minutos; la otra, clara, brillante y cargada de dolor, había caído desde su mejilla.

Lo siguiente que vio Ezequiel fue el verde manto junto al lago del parque Ueno. Había salido de su meditación con un súbito golpe de intranquilidad. Se tocó las mejillas y notó que estaban húmedas. Miró a su alrededor y, a escasos centímetros de su cuerpo, vio un numeroso grupo de bellos pájaros que lo rodeaban tranquilamente, sin ningún miedo. Sorprendido, alargó la mano hasta uno de ellos y, para mayor sorpresa, el pájaro no se inmutó, sino que, contra toda lógica, se dejó acariciar con verdadera satisfacción.

La fría noche parecía estar conjurada con el agua y el viento para atacar la debilitada integridad del joven que, desorientado, se desplazaba por oscuros bosques. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí, pero se daba cuenta de que podrían ser varios los días que llevaba vagando. Después de la experiencia angustiosa del parque Ueno, había perdido toda su tranquilidad y autocontrol. La desoladora visión de su mundo destrozado y azotado por la miseria y la dejadez lo dejó indefenso, derrumbando las barreras que un día le enseñara a levantar su protector. Hubiese pedido consejo a su mentor, él lo habría ayudado en aquella dolorosa prueba, o, en ausencia de este, Onisaburo, pero ninguno estaba cerca. Uno se encontraba en las montañas de Takeda y el otro en Ayabe. Su primer impulso fue partir hacia su antiguo hogar, pero la falta de consejo lo hizo desistir. En vez de serenarse con las técnicas que conocía, había entrado en una espiral de ansiedad inexcusable en una mente tan instruida, que finalmente lo depositó en el limbo de un bosque recóndito. Tras calmarse un poco, se resguardó de la lluvia en una pequeña cueva de las inmediaciones, y poco a poco

sus ojos se fueron cerrando hasta quedarse profundamente dormido.

El frescor de la mañana y los primeros rayos del sol le dieron los buenos días. Estaba en un escenario que desconocía. Se sentó sobre los restos de su sucio kimono y se restregó los ojos. Oyó el canto de los pájaros, y con ello ganó un poco de terreno a la angustia que lo envolvía. Permaneció algunos minutos en esa posición, intentando alcanzar un estado de meditación que lo calmara, hasta que el ruido de unos pasos lo sacó de su objetivo. Terminó de incorporarse y vio la figura de una monja acercándose.

—Bendita señora, ¿podría decirme en qué lugar me encuentro?

La monja, visiblemente sorprendida por la extraña pregunta, pareció dudar antes de responder.

—Está en las inmediaciones del lago Shuzenji.

A Ezequiel le sonaba el nombre del lugar, pero no recordaba cómo diablos había llegado hasta allí. Salió del bosque hacia un claro cercano y la belleza que lo envolvió lo dejó perplejo. Descubrió un hermoso lago rodeado de innumerables colinas salpicadas de templos budistas, y de ellos, como intentando acariciar el cielo, se elevaban incontables y aromáticas columnas de humo de incienso. Paseó sin descanso por la orilla del lago, llenándose de vida en cada nueva bocanada de purísimo aire fresco. Su inquietud mermó hasta ser una sorprendente tranquilidad. Sabía que, sin duda, era el mismo lugar lo que había apaciguado su mente.

Cuando llevaba algo más de una hora caminando, se acercó hasta una pequeña cabaña de paja con la intención de informarse sobre la dirección que debía tomar para regresar a Tokio, pues desconocía siquiera los días que llevaba vagando y perdido. Antes incluso de llegar a la puerta, una voz enérgica, en un japonés de acento rudo, gritó:

—¿Quién anda por ahí?

—Perdone, señor. Mi nombre es Ezequiel. Soy extranjero.

—Pues hablas demasiado bien para ser extranjero. No me gustan las visitas. En absoluto —reprochó la voz acercándose cada vez más a la entrada, hasta que una mano descorrió la cortina que la cabaña tenía por puerta.

Cuando el anciano vio a Ezequiel, cayó al suelo asaltado por un mareo repentino, pues supo que a partir de ese momento el joven sería, e incluso había sido, el sino que determinaba el hilo de su existir. Era un nodiano, aunque no lo supiese.

—No quería molestarle, venerable. Lo siento. ¿Se encuentra bien?
—dijo Ezequiel prestándole ayuda para que se incorporase.

—Jamás en mi vida he estado mejor. Lo del mareo no ha sido nada. Tienes hambre, ¿verdad? Pasa adentro, en el interior verás que todo es mucho más confortable de lo que parece a simple vista.

Ezequiel siguió al anciano, y tras una breve pausa para estudiar la casa del ermitaño, de la misma forma que en su día estudió el camarote del capitán Puma, le dijo:

—Tiene razón, es acogedora.

Comieron arroz y pescado del lago, seguido por unas ciruelas pasas muy dulces y acabaron con un té. Cuando terminaron con la sagrada ceremonia del té, Ezequiel le dijo:

—Venerable, le doy las gracias por la estupenda comida. —El anciano le correspondió con un gesto de asentimiento, tras el cual, Ezequiel agregó—: Me he acercado a su casa para saber en qué dirección queda Tokio.

—Me cuesta creer que no sepas dónde estás ni adónde vas —argumentó el anciano con ojos brillantes, como si contemplase un diamante con codicia—. Veo en ti a una persona compleja, poderosa. Joven, sí, eso no lo discuto, pero con mucha energía.

—Yo también he notado lo mismo en usted. De la misma manera que mi maestro, usted también irradia poder —afirmó Ezequiel.

—¿Lo ves? No me equivoco, tú también eres de los especiales. Solo los especiales pueden percibir eso. ¿Quién te enseñó? —preguntó el anciano.

—Ueshiba. Para mí es como un padre.

—Debería haberlo imaginado. Ese control, esa constante alerta, ese poder que trasmites... solo podía venir de sus enseñanzas o de alguien como él. A sus enseñanzas pueden optar muchos, sin embargo, asimilarlas y desarrollarlas es algo que queda vetado para la mayoría de las personas. —El viejo hizo una pausa en la que se sumió en una reflexión. Después dijo—: El maestro puede ser muy

bueno, y en este caso es el mejor, pero el alumno ha de estar a su altura. Cuéntame, ¿qué te ha ocurrido para que tus barreras cayeran de esa forma?

Ezequiel se quedó perplejo. Una pregunta así solo la habría esperado de su maestro, que conocía hasta el último hueco de su alma, pero no de alguien al que acababa de conocer. Con los vellos erizados, el joven le relató lo percibido en la visualización que experimentó durante la profunda meditación, y esto desembocó en la narración de toda su vida; la anterior y la posterior al encuentro con su maestro. Cuando concluyó su relato, dejando sobre el tapete el caos vivido durante la meditación que lo dejó frente a la puerta del anciano, este le contestó:

—Yo no me preocuparía en exceso por lo ocurrido. A pesar de tu dominio de esas técnicas, el mundo al que accedes con ellas es demasiado complejo para controlarlo del todo. Cualquier persona que hubiese estado sometido a esas visiones habría acabado en ese estado. Tienes que comprender que todavía eres muy joven y necesitas más experiencia para dominar toda esa energía a la que puedes recurrir. Llegar al nivel que posee tu maestro es muy difícil, pero puedo aseverar que ahora lo haces demasiado bien. ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés años.

—¡Por la bendita Kwannon! ¡Veintitrés años! —exclamó—. A esa edad lo único que yo conocía era la técnica que movía mi espada, y no tenía ni idea de la energía que hoy la controla. Tú, en cambio, controlas tu ki, tienes un poder mental envidiable. Eres admirable. Ahora, aquí donde me ves, puedo parecer muy poderoso porque domino esas técnicas. Sin embargo, para llegar a tu nivel, necesité al menos cuarenta y cinco o cincuenta años.

—Pero, señor... ¿No cree usted que perdí el control? —preguntó Ezequiel preocupado.

—En cierta manera, sí, pero podría haberle pasado a cualquiera, me atrevería a decir. A pesar de ello, el que estés aquí señala lo especial que eres. ¿O piensas que llegaste por pura casualidad? ¿Crees en la casualidad?

Ezequiel no llegó siquiera a contestar, ni el anciano precisó respuesta alguna. Le bastó con ver la cara que puso el joven.

—Nunca dudes de tu potencial —le reprendió—, porque puede llegar a ser grandioso. Es casi grandioso. Ten en cuenta que en un momento de descontrol, tu mente, sin gobierno aparente, te sacó de la difícil situación en que te hallabas. Ella sola, al no percibir la presencia de tu maestro para ayudarte y al encontrarse lejos también de Onisaburo, te trajo a un lugar donde las sutiles energías benignas que impregnan este valle podían calmarte, y todo ello sin haber estado nunca antes aquí. Piénsalo bien, esto no es más que una enorme prueba de tu capacidad.

El joven asintió al asimilar la certeza de esta afirmación.

—Sin embargo, honorable, todavía me preocupa la visión que tuve. Me llena de inquietud —murmuró Ezequiel demandando respuestas del sabio.

—Yo creo que no es nada, solo una sensación negativa que la química de los cambios de estación pueden producir en nuestro organismo. Pero es normal que estés preocupado. Tienes una familia de la cual tuviste que separarte forzosamente hace mucho tiempo, y de la que tienes necesidad. Sin embargo, lo que visualizaste quedará muy lejos de la realidad, si no, hasta yo mismo me rendiría ante tu poder —el anciano terminó de hablar y le sonrió para tranquilizarle.

—Y usted, venerable, ¿por qué vive aquí, separado del mundo? —preguntó Ezequiel ansioso por conocer la historia del ermitaño.

—Es una larga historia, hijo, mucho más longeva que la tuya, naturalmente. Pero no vivo separado del mundo, sino que vivo en el mío propio, pues el otro murió para mí hace demasiado tiempo. En este mundo me quedé por propia voluntad, pero no adelantemos acontecimientos y te relataré muy brevemente mi historia, una historia que ya va por los ochenta y siete años. Mi nombre es Hiroshi Saigo, y nací en un remoto aunque noble pueblo de montaña en el año 1849, bajo la condición de hijo y nieto de samuráis. Desde mi nacimiento, mi vida estuvo regida por este hecho y, como tal, a los cinco años fui investido con cada una de las prendas del atuendo samurái, como indicaba nuestra tradición. A los quince años, cuando

alcancé la mayoría de edad, recibí el sable que preside mi modesta cabaña y me convertí en uno. Al igual que mi padre, estuve al servicio del Shogun hasta que el shogunato cayó en 1868. La historia hasta 1871 prefiero obviarla por lo delicado de aquellos años.

»Ese año marcaría el inicio de mi sinvivir, cuando una orden imperial abolía toda clase social y, con ellas, a los samuráis, dejándome fuera de un mundo para el que había nacido y me había preparado. No digo que esa ley fuera mala, solo que borró del mapa la razón de mi existir. Desde entonces vivo aquí, aislado, donde me entreno a diario, donde rezo y medito hasta que llegue el día de mi muerte, que será pronto. Hasta hoy creí que con mi muerte moriría también el secreto arte de mi familia, su sagrada custodia. Sin embargo, al contemplarte ha renacido en mí una esperanza que no esperaba encontrar, sin duda enviada por los dioses para que pueda perpetuar, al menos durante una generación más, la sabiduría de mi familia, su sagrado deber. Esa esperanza eres tú, tú eres la segunda razón, sino la única, de que me encuentre en este lugar, pero la espera ha finalizado.

—Venerable, yo... yo... no creo merecer ese honor —comenzó a decir al tiempo que pensaba en la tostada que le había caído—. No soy su descendiente, ni siquiera japonés, y, con todos mis respetos..., me debo a mi maestro.

—Lo sé, pero no trato de sustituirle, ni borrar lo que te enseñó, solo quiero dejar un trozo de historia en este mundo sobre una persona que sea digna de llevarla. Y esa persona eres tú. Conozco a tu maestro, hablaré con él y en su sabiduría tendrá una respuesta. Si es afirmativa, te pediré que aceptes ser el depositario de mi legado, solo entonces quiero que me des una respuesta. Sé que podrías aprender pronto, a pesar de tus estudios, a pesar de que compartirías tus prácticas marciales con el aiki budo, lo sé, pero también sé que eres el elegido para custodiar a Katuzo el día que yo muera.

Un mes después de aquellos hechos, Morihei regresó a Tokio. Tiraron de él las informaciones que le pasaron acerca del estado de nerviosismo en que se hallaba Ezequiel como consecuencia de la desagradable visión que tuvo. Lo ayudó durante varios días con meditaciones conjuntas y hasta logró que viniese Onisaburo, pues sabía que en temas mentales, el místico llegaba hasta donde ni siquiera él lograba alcanzar. Pasada una semana, cuando lo vieron recuperado, una mañana el maestro lo mandó llamar a sus dependencias.

—He hablado con Hiroshi —dijo—. Me contó lo ocurrido tras tu experiencia y sus inquietudes. Es un gran hombre y también un gran guerrero, no te quepa duda. Por mi parte estoy de acuerdo en que seas el recipiente donde deje el legado de su familia.

—Maestro... —murmuró con vaguedad Ezequiel—. No tengo tiempo para eso. Si me lo pides, lo haré. Pero... es algo arcaico, no me aportará nada salvo merma de tiempo para mis otras labores.

—Ese hombre merece respeto, puedo tolerar una discusión sobre si puedes llevarlo a cabo o no, pero no sobre la valía de lo que te aporte. Eres un privilegiado —prosiguió—. ¿No te das cuenta? Es un honor, ¿no lo ves? Eso no te vendrá mal, es más, te enriquecerá. No creas que es un arte obsoleto y sin aplicaciones, porque puede que en alguna faceta de tu vida te sirva. Si aceptas, debes saber que ese reto conlleva un inconveniente, pues tendrás que encontrar una persona con las cualidades necesarias para que dentro de muchos años, en tu vejez, el secreto arte no muera contigo. A ser posible, esa persona debería ser de este país, si no es tu hijo, claro. Así lo quiere Hiroshi. —Morihei permaneció callado unos momentos estudiando el rostro de Ezequiel. Después agregó—: Tienes mi bendición para que empieces la enseñanza siempre que no descuides ninguno de tus estudios actuales, ya sean académicos o marciales. Esta intensificación y dedicación te servirán para el futuro, para cuando nos dejes.

Se presentó ante él una tarde ventosa. Reconocía que no deseaba aquello, pero, por una parte, no quería contrariar a su maestro, y por la otra no deseaba romper la ilusión que el viejo samurái tenía por enseñarle todo cuanto sabía. Al menos, el sitio era inmejorable, pues no había muchos lugares como el lago Shuzenji. Su nuevo maestro, tras la cena, le instó a dormir profundamente en vista de lo que le esperaba a la mañana siguiente, pero no pudo pensando en lo tedioso de la situación.

«Será poco tiempo —pensó Ezequiel—. En un mes aprendo todo esto, se queda con la boca abierta y me marchó dejándole feliz. Y si hace falta, me llevo a Gatzuzo o como diablos se llame la espada que dice que custodia, y santas pascuas.»

Lo primero que aprendió Ezequiel con el viejo samurái fueron los principios de ese arte marcial, principios de los que un siglo antes pendían la vida y la muerte.

—Para mí —decía el maestro—, esto que te enseño es cuanto soy, mi cultura, los restos de mis antepasados. Quizá no te sirva para salvar la vida, o quizá sí, nunca se sabe, pero de lo que estoy seguro es que toda esta filosofía te ayudará y terminarás por darle aplicación alguna vez.

El viejo intentaba hacerlo sudar, pero no lo conseguía. Le fastidiaba de veras que Ezequiel ni siquiera buscara una pausa para coger aire. ¿Qué clase de maestro pensaría que era? Los movimientos de los primeros días no logró imitarlos, sino que los mejoró. Era grácil y veloz a la vez, tanto que a sus ojos les costaba trabajo seguir los movimientos de piernas del joven. «Con la espada flaqueará», se dijo Hiroshi, pero tampoco. Tres le puso para que entrenase: una equilibrada, otra con el centro de gravedad adelantado y la última con este atrasado, pero nada, pues tras sopesarla un poco, comenzaba la técnica afrontando un nuevo centro de gravedad y un nuevo equilibrio de fuerzas. Era como si siempre tuviese la misma espada. Jamás había visto nada igual, ni en él mismo, ni en su hermano, ni en su padre, que era lo que más le dolía. Pero el español hacía a la primera cuanto le pedía, sin que tuviese que corregirle una sola postura.

Aunque Ezequiel no le decía nada, porque lo que quería era irse cuanto antes y dejar contento al anciano, los entrenamientos con el viejo samurái lo enriquecían, pues terminaban llenos de conclusiones, de sabiduría, de cultura y de historia. El joven engullía con voracidad cada técnica, cada kata, cada combate contra sí mismo, y todo ello consagrado a la superación personal y a la supervivencia de la memoria de muchas generaciones. Sabía que próximamente sería el único en albergar aquel caudal de historia, y que también tendría que legarlo. A aquel maravilloso anciano que empezaba a apreciar, anclado aún en el pasado, no le quedaba mucho tiempo, pero el que le quedaba era para Ezequiel, y por agradecimiento no desperdició ni un segundo de los que pasó junto a Hiroshi.

Una tarde, mientras observaba las evoluciones de su discípulo al realizar un kata sobre la frondosa hierba verde, ora lento como la hoja que cae, ora veloz como el rayo, pero siempre acertado en cada movimiento, seguro y preciso, Hiroshi dio gracias a los dioses por traerle aquel regalo maravilloso. «¡Qué suerte ha tenido Morihei!», pensó. Después, emocionado tras los ejercicios, le insinuó a Ezequiel que lamentaba que no dispusiesen de más tiempo, pues de tenerlo, le enseñaría a forjar una espada.

Ezequiel puso cara de consternación, pero por dentro lo único que pensó fue: «¡Para eso estoy yo, para espaditas!».

A la hora de los ejercicios, aplicado y concentrado en cada adiestramiento que realizaba, se aislaba del mundo, dejando entrar únicamente las instrucciones de su maestro y permitiendo salir solo la vigilia. Y en ese mundo, al que pocos hombres tenían acceso, se desarrollaban toda clase de experiencias. Mientras que para una monja que pasaba junto a la cabaña del viejo lo único que veía allí era una suerte de ejercicios marciales, para Ezequiel era un entrenamiento a vida o muerte. En su meditado ejercicio se enfrentaba a oponentes que creaban su imaginación, a los cuales debía derrotar. Mientras que la monja veía al hombre lanzando estocadas al aire, Ezequiel veía la imagen creada por su cerebro de

uno o varios samuráis atacando, guerreros cada vez más rápidos, más numerosos, que le exigían ser más veloz y resolutivo.

Así transcurrió mes y medio en el que el joven tomó cuanto le proporcionó Hiroshi con regocijo y felicidad, hasta que una tarde, después de un largo entrenamiento, le dijo que había terminado, y con un nivel inigualable, todo lo referente al arte samurái.

—No sabe cuánto se lo agradezco, maestro, y me alegro de veras, pues he de volver rápidamente para hacerme cargo de los exámenes. Mañana partiré hacia Tokio. ¿Me llevo a Gatuzo ahora o será en otra ocasión?

—No es Gatuzo —le recriminó—. Se llama Katuzo, y no es una espada sin más. Cuenta la leyenda que fue la primera espada forjada, hecha del mismo tejido madre que sostiene el universo.

—¿Puedo verla? —inquirió Ezequiel—. Me gustaría probarla.

El anciano lo miró de una forma tan severa que podría haberlo partido en dos.

—Katuzo no es una espada forjada para que la utilice el ser humano. Es solo para los dioses. No podemos verla fuera de su envoltorio, pues su energía nos haría enfermar; no podemos asirla sin más, pues nos haría estallar. No soy portador, ni tú lo serás. Solo somos sus defensores, sus custodios, y créeme, es el mayor honor que en vida podrás tener.

La cabaña del viejo estaba pegada a una pared de roca cortada que había moldeado la naturaleza. Hiroshi pidió que le acompañase y, a través de la puerta secreta de un armario, entraron a una cueva tallada en el interior de la montaña. Recorrieron un pasillo estrecho durante unos treinta metros y desembocaron en una estancia pequeña que se iluminó con una antorcha que portaba el viejo. El suelo y las paredes estaban secos. El único mobiliario que había era una mesa larga de madera, cubierta con una tela aterciopelada de color rubí. Sobre esta descansaba lo que supuestamente protegía a Katuzo, un recipiente enorme formado con lo que parecía una caña de bambú de la que salían dos apéndices en el extremo superior, dándole forma de cruz. Inexplicablemente, todo parecía formar una única pieza. En la naturaleza no existían bambús con esas geometrías. «¡Qué hago yo con esto! ¡Dónde meto este muerto!»,

fue lo único que se le vino a la cabeza a Ezequiel. «¡Vaaaya la que me ha tocado!», terminó por pensar.

—Es muy bonita —dijo sin nada más que ocurrírsele.

—¿Bonita? —gruñó el anciano—. Bonita o fea, qué más da. Se trata de protegerla, hasta el fin de tus días.

Ezequiel se acercó hasta ella para parecer algo más interesado. «Ciertamente, no es fea», pensó Ezequiel. Alrededor de ella, subiendo en espiral, tenía dos tiras de tela idénticas a la de la mesa, acompañando las siluetas de dos serpientes talladas en el bambú y que se cruzaban entre sí hasta llegar a la altura de la cruz. En esta, a cada lado de sus apéndices, había un ala tallada. De los cuatro cortes exteriores sobresalía una suerte de filamentos enrollados entre sí, con el color característico del cobre oxidado, lo cual le sugirió a Ezequiel que podía tratarse de una jaula de Faraday que recorría todo su interior. Como Hiroshi no lo reprendió al acercase, alargó su mano para tocarla, y sintió que una energía nada hiriente le subía por la piel.

—Bueno, maestro —demandó Ezequiel—. ¿Cómo me la llevo? ¿Alquilamos un mulo o qué?

—Es más liviana de lo que parece. Te sorprendería. Pero no te vas a llevar nada, no hasta que yo muera, pues soy su custodio hasta el día de mi muerte. Y mucho menos hasta que estés preparado. Necesitas las técnicas de defensa. No menos de dos meses, en tu caso. Así que termina con el asunto de los exámenes y vuelve después para que concluyamos lo concerniente a Katuzo.

Fue como una pesada carga sobre sus hombros. No esperaba eso, desde luego que no. Deseaba renunciar a aquel galimatías sin punta por ningún lado. «Dos meses —pensó Ezequiel—. Mira, bien, con mucho esfuerzo, pero esperar a que muera el viejo, que parece como acartonado... No, no estoy dispuesto a eso, quiero volver antes a España.»

Aquella noche le costó dormir por la contrariedad sufrida. Tardó en hacerlo y solo lo logró después de una relajada y profunda

meditación. Al principio, tuvo un sueño bellissimo, pero luego se tornó oscuro e inquietante. Se encontraba en medio de un hermoso valle de reducidas dimensiones que le era desconocido. Tardó un buen rato, pero averiguó, no sin dificultad, que se trataba de Royohondo. Muy distinto. Las montañas que lo rodeaban parecían recién esculpidas, más jóvenes, y todas estaban cubiertas de nieve por encima de los cuatrocientos metros, aproximadamente. Hacía frío, un frío limpio, desde luego. Toda la cordillera que veía a la espalda de lo que algún día sería Estación de Cártama estaba blanco, y el valle del Guadalhorce, enteramente desprovisto de árboles. La hierba que los sustituía era azotada por vientos gélidos que dibujaban vistosas figuras sobre el verde manto. No existía Estación de Cártama, no había casas por ningún lado, y el río era salvaje, ancho y caudaloso, difícilmente vadeable. A cierta distancia identificó lo que supuso una mujer. Llevaba pieles sobre su cuerpo, gruesas, de distintos colores, como si para esa prenda tosca hubiese necesitado de diversos animales. Se acercó y la llamó, pero nada. Era un sueño, ¿qué esperaba? Se puso frente a ella y tampoco reparó en su presencia. Era preciosa, dulce. Tenía la capucha echada para atrás, dejando ver su pelo castaño. Cosía pieles, una prenda gigantesca, de casi dos metros y medio de largo. La volvió a llamar, de nuevo sin éxito. Daba igual. Le encantaba contemplarla. Se hubiese quedado allí para siempre. No quería despertar, y que todo el mundo y sus problemas se fuesen al garete. Pero entonces, el sueño cambió, pues el día se volvió noche y un cielo atestado de estrellas conquistó un firmamento como jamás había visto. Las estrellas eran distintas, como si estuviesen desordenadas, en caos. Se fijó en las más importantes, reconocibles, eternas, pero desubicadas, y luego, súbitamente, su atención fue arrastrada por otra cosa que apareció para convertir su sueño en pesadilla. La mujer seguía allí, como si nada, incapaz de reparar en los gritos de Ezequiel que la llamaba insistentemente hasta perder la voz. Quería que se marchara de allí, que huyera, pues la imponente figura que había salido de la espesura iba a su encuentro. ¿Sería sorda? ¿Ciega? «No lo oye, no lo ve», pensaba al tiempo que sufría impotente buscando hacer algo. La figura se

acercó hasta que pudo divisar su rostro. Era grotesco, tosco, casi inhumano, aunque sus ojos desprendían nobleza. Dijo algo que Ezequiel no pudo oír, de la misma manera que tampoco pudo captar la respuesta de la mujer. Se miraron y se fundieron en un abrazo tierno y desequilibrado, pues el ser sobresalía al menos setenta centímetros sobre la cabeza de ella. Ezequiel se fijó en la espalda del hombre, o lo que fuese, y descubrió que llevaba colgada la funda de Katuzo. El ser giró repentinamente la cabeza y unos ojos intensamente verdes, idénticos a los del joven, lo atravesaron. Despertó con un grito de terror, jadeante. Quería que fuese por la mañana, quería volver a Tokio de inmediato.

Una fría y escarchada mañana de invierno del año 1938, Ezequiel le pidió formalmente a su maestro permiso para volver a su casa. Pero Morihei, informado con todo detalle de la tensa situación política por la que atravesaba la patria de su protegido, convenció al imponente hombre en que se había convertido Ezequiel para que pospusiera por algún tiempo su regreso.

—No me parece el momento adecuado para que vuelvas. Tú conoces la situación que reina allí. No es la más apropiada.

—Por eso mismo, maestro, quizá mi familia me necesite.

—Tu familia te necesita, pero te necesita vivo, y una Guerra Civil es el escenario propicio para que ciertos enemigos traten de ajustar cuentas. Y tú sabes mejor que nadie que allí tienes enemigos tan grandes que son capaces de matar a un niño. Además, si han estado tanto tiempo sin saber de ti, podrán esperar un poco más.

—Pero, maestro, es que...

—Voy a decirte algo doloroso que nunca te he dicho antes, Ezequiel. Lo siento, es duro para mí, pero también es mi responsabilidad. —O-Sensei tomó aire y fijó sus ojos en los del que consideraba como un hijo—. Quizá no estén todos allí —insinuó lastimeramente—, a lo mejor se marcharon a otro lugar y lo único que persigues son sombras, fantasmas.

—Lo sé, maestro. Y pueden que estén muertos, esa posibilidad existe. Pero si estuvieran vivos, por remoto que sea, quiero estar allí para ayudarles.

—Pero... ¿por qué ahora? Espera un poco, por favor te lo pido, pues el fin de la guerra no ha de tardar. Si sobrevivieron todo este tiempo, estarán allí el día que vuelvas, pero si no es así..., es la guerra, Ezequiel... Personas crueles vagando a sus anchas. Armas a mansalva, gatillos ligeros y balas contra las que no puedes hacer nada, a pesar de tus conocimientos, a pesar de tus capacidades incuestionables.

—Hay rumores que aseguran que contra las balas sí se puede luchar con éxito —sentenció Ezequiel.

—No, no sigas por ahí, hijo. Son habladurías que hacen daño, cuentos de viejos chiflados.

Ezequiel lo miró con compasión y con devoción a la vez, al tiempo que los ojos se le volvieron acuosos.

—Lo siento, maestro. Lo tengo decidido, pero si todo está bien, le prometo que volveré para terminar lo que debo y cumplir mis promesas.

—No, no volverás Ezequiel. Si te vas por ese rumbo, nunca regresarás y habrás tirado por la borda tanto esfuerzo, tanto sacrificio que hicieron los tuyos. Siempre, y eso es una cosa que te enseñé, se ha de utilizar la cabeza por delante del corazón.

—Menos con la familia —le aclaró el joven.

—Con la familia también —le aseguró Morihei con tristeza—. ¿O crees acaso que una vez que acabe la guerra te daré mi consentimiento para que te marches sin más?

El maestro, impotente, supo lo que venía, el adiós definitivo, lo cual suponía la perdición para Ezequiel. Iba al matadero, lo sabía. En esos momentos, en España había carta blanca para todo. Allí no había nada más que agregar, pues estaba todo dicho.

Los ojos de ambos estaban enfrentados, llorosos, unos de decepción y los otros de pena y suplica de perdón, pero en ese momento, un joven estudiante del dojo pidió permiso para una visita inesperada.

Fudo entró por la puerta con su pelo revuelto y su kimono desastroso y sucio. Parecía más sobrio de lo normal, pero solo fue una falsa percepción.

—Onisaburo me ha dicho lo que ocurre. Sabe lo que siento por este joven que jamás ha dejado de prestarme su apoyo, a pesar de que nunca hice caso a sus consejos, a pesar de mi mal humor, de mis días irritantes. Quédate, por favor, quédate, Ezequiel. Haz caso al maestro. Si lo haces, te juro por lo más sagrado que lo que no lograste estos años con tu constancia, lo que no logró el maestro con su empeño y Onisaburo con su dedicación, lo llevaré a cabo por la promesa que te hago. Quédate, por favor. Termina lo poco que te queda de universidad, lo que te indique Morihei y cumple la promesa hecha al samurái, pues eso, sobre todo, se convertirá en una carga con la que algún día no podrás luchar. A cambio, yo te juro que desde este mismo momento cambiaré.

Dos meses tardó Ezequiel en graduarse en la universidad. Número uno de su promoción en Matemáticas, número uno de su promoción en Físicas, y una nota mediocre en Historia por culpa de las interminables discusiones que mantenía con casi todos los profesores de la materia, incluido su estimable amigo Cristóbal Yepes. Había defendido, y lo seguía haciendo, que toda historia escrita no encerraba más realidad que la de una mente interesada en asentar un devenir casi siempre distinto a la verdad de lo ocurrido, mitigándola o cambiándola en su totalidad.

Ese día, su maestro estuvo presente, mostrando su orgullo por Ezequiel, al que consideraba un hijo. Cuando recogió sus titulaciones, lo llevó a una esquina alejada del gentío.

—Ahora que has terminado tu carrera universitaria —sugirió Morihei—, y mientras te llega la hora de partir, quiero que dediques todo el tiempo que tengas a intensificar tus estudios de budo. Quiero que el día que te marches te lleves algo más del séptimo dan que ostentas y que termines la promesa hecha a Hiroshi.

—Sí, maestro. Así será.

Y así fue. Con cada día y con cada entrenamiento, el poderoso budo de Ezequiel se hacía más incuestionable. Todas las mañanas, su maestro le enseñaba nuevas técnicas, las cuales eran dominadas instantáneamente por Ezequiel, gracias a los conocimientos que albergaba en su dilatado aprendizaje. Nada más ver una nueva habilidad, era capaz de asimilarla, desarrollarla y ponerla en práctica instintivamente. Morihei disfrutaba con él. Cada ejercicio que realizaba el muchacho era acompañado por una inmensa cantidad de energía, la misma que pregonaba el maestro diariamente a los cuatro vientos con su famosa frase «Dónde está el ki». La increíble rapidez que ponía en liza el español con cada movimiento solo era superada por la infinitamente superior habilidad de su maestro. El joven era capaz de responder al ataque de una docena de hombres, resistirlos, inclinar la balanza a su favor y finalmente someterlos, ya estuviesen estos provistos de armas blancas o no.

—Ahora empiezas a ser lo que yo quiero que seas: uno con el universo, dueño de tus movimientos, de cada paso atrás, de cada paso adelante; dueño de lo que te rodea para que lo sometas al inevitable equilibrio que reina en el cosmos, amo de la armonía con la que te sientes en armonía —todo esto le decía el maestro al alumno, mientras que este último se defendía de los ataques de muchos contrarios con absoluta suavidad, tranquilidad, majestuosidad y destreza.

Algunos meses después, en un entrenamiento algo especial, el maestro reparó en que, a cada ataque que realizaba el adversario lanzándole un objeto, el joven siempre respondía escapando por la derecha. Dubitativo y algo molesto por lo previsible que resultaba esa defensa, Morihei paró la práctica para cambiar el ataque por otro que había indicado al encargado de efectuarlo. Cuando el oponente lanzó el objeto, no lo hizo directamente al lugar en que se hallaba Ezequiel, como las veces anteriores, sino que lo lanzó al espacio por donde siempre escapaba. Pero, para sorpresa del atacante y la tranquilidad del maestro, Ezequiel se mantuvo quieto en su posición inicial y el objeto pasó a escasos centímetros de su

cuerpo. Después de esto, Morihei se acercó sonriente a su discípulo y le dijo:

—Eso es lo que quiero que te lleves, el sexto sentido, ese que tenías cuando no eras casi nada en aquel combate con Tao. No todo es técnica, conocimientos y puesta en práctica magistral. Necesitamos algo más, hemos de aportar también sabiduría y ese sexto sentido que nadie utiliza como tú.

Estando cercana la primavera, regresó con Hiroshi. El viejo se alegró enormemente de verle. Encontró en Ezequiel una mejor predisposición que la primera vez, y lo cierto es que la necesitaba. La realidad era que el joven desconocía por completo lo de las técnicas secretas que tendría que aprender, y el viejo Hiroshi tampoco le aclaró nada esa primera noche. El primer día de práctica fue un desastre, y los quince siguientes, también. Empezó con la meditación de ambos en el interior de la espaciosa cabaña, siendo todavía noche cerrada y asistidos por una vela. Después llegaron los ejercicios corporales para desentumecer los músculos y activarlos. Tras esa fase, con el cuerpo ya cargado de energía, Hiroshi le indicó otro tipo de calentamiento que Ezequiel jamás había visto. Era raro, muy forzado y lento, y cargaba presión y tensión sobre las zonas lumbares, dejándolas expuestas a lesiones, según su criterio. Ese primer entrenamiento se limitó a eso, por lo que se sintió hastiado y contrariado sin lograr entender el porqué. Al siguiente día, lo mismo, un calco del anterior, solo que los terribles dolores en algunas articulaciones y músculos que ni siquiera sabía que existían le restaron concentración. El resto de semana, el viejo lo condujo por el mismo camino, lo cual le resultó exasperante. No recordaba agujetas desde sus inicios con Morihei, y no era únicamente eso, pues detectaba que todo movimiento que llevaba a cabo, incluso con tanta lentitud, bordeaba las lesiones en distintas partes de la espalda y en la zona dorsal. Todo era antinatural, forzado, desequilibrado, obligando al centro de gravedad a quedar fuera del control que Ezequiel quería ejercer.

Las agujetas remitieron durante el fin de semana, al tiempo que empezó a notar una fortaleza antes desconocida. Era parecida al poder y al equilibrio que podían suministrar al resto del cuerpo unos abdominales bien trabajados.

El domingo, Hiroshi le dio descanso. Le pidió que meditara y paseara buena parte del día, pues la semana siguiente no sería más suave que la anterior. Por las noches se acostaba tras una cena frugal y caía profundamente dormido. Soñó dos veces más con el Royohondo raro, cuyas montañas jóvenes estaban rodeadas de nieve.

En el sueño de la segunda noche, la mujer se le acercó y lo abrazó con ternura, y también apareció el ser grotesco, que le sonrió con afecto. Ya sabía con seguridad dónde se ubicaban sus sueños, pues antes de finalizar sus estudios le habló de ellos al profesor Sasaki, que impartía Astronomía en la universidad Waseda. El catedrático montó un firmamento con los posicionamientos estelares que le proporcionó Ezequiel y fue girando un globo terráqueo teniendo en cuenta el movimiento de precesión, hasta situarlo frente a la bóveda celeste que Ezequiel vio en sus sueños. Cuando concluyó, dictaminó que, aun existiendo márgenes de error, situaba su experiencia onírica en el pasado, aproximadamente unos doce mil años atrás.

El lunes, tras la meditación matutina y dos horas de odiosos y lentos ejercicios, apareció Hiroshi portando un arma de entrenamiento que había buscado en una de las alas de la cueva excavada en la montaña. Tenía forma de sable en su empuñadura, algo cotidiano, y luego un palo largo de una madera desconocida para él, de parecido muy liviano, similar a un bo, pero cuya semejanza acababa ahí. Tras la hoja principal había dos apéndices del mismo material, de unos veinticinco centímetros cada uno, unidos y articulados por unos rodillos metálicos pequeñísimos y de un extraño color blanquecino. Cuando el samurái subió y bajó la punta, se oyó la queja del mecanismo en el interior de los dos apéndices.

—Las dos hojas menores llevan en su interior algo parecido a giroscopios que avanzan y retroceden durante un trayecto,

desatando grandes fuerzas. Nunca los he visto, por supuesto. Así les llegó a mi padre, a mi abuelo y a todos los anteriores —le aclaró el viejo samurái—. Es el motivo por el cual trabajamos la semana pasada posturas tan poco ortodoxas. Tómala, pero no apliques ninguna energía. Muévelo con suavidad, para que los giroscopios de su extremo no te lesionen.

Ezequiel tomó la empuñadura y deslizó la hoja de madera en el aire como a cámara lenta. Parecía que no cargaba peso alguno, y así le resultaba difícil determinar su equilibrio. Desoyendo al maestro, fintó y lanzó una estocada corta, pero un golpe súbito de energía contraria a la aplicada llegó hasta su dorsal derecho y lo hizo gritar de dolor. Dos días tardó en recuperarse, tiempo que dedicó el samurái a explicarle la forma correcta de utilizar el arma. Comenzaron de nuevo con una suerte de katas sin sentido, muy heterodoxos y, según los criterios de Ezequiel, difícilmente aplicables y carentes de toda estética. Eran acometidas sin norte, en las cuales la cobertura siempre quedaba sacrificada en pos de un desenlace errático. Los centros de gravedad carecían de firme, y el torso quedaba claramente expuesto ante un enemigo. Era como tirarse por un precipicio, una sinrazón. El samurái los llevó a cabo y Ezequiel se quedó con todo. Al menos no se lesionó, y eso que el maestro llegaba a girar los apéndices del extremo a noventa grados, el que seguía a la hoja grande, y algo menos el del otro extremo, con lo que el arma dibujaba lo que parecía ser una U que quedaba mirando al portador. Hiroshi le explicó que no había sufrido ninguna lesión porque había incrementado gradualmente la fuerza de las acometidas, preparando el cuerpo poco a poco para ello. Ezequiel no se atrevió a decirle que todo parecía ridículo y se limitó a asentir.

Varios días más tarde, cuando se sintió recuperado del todo y retomó las prácticas, llevó adelante los pasos acordados ayudándose de las instrucciones directas de su maestro, con lo que al menos consiguió acabar el día sin lesiones, lo cual era todo un logro, pero había sentido tantas fuerzas, que quedó agotado y con el cuerpo dolorido. «Jamás desarrollaré esas técnicas ante nadie. Son vergonzosas, me hacen parecer a un pato mareado», pensó.

Así continuó hasta completar el mes, en el que asimiló todo lo explicado por Hiroshi. Se sentía más fuerte que nunca, y en las meditaciones notaba músculos que jamás había imaginado que existían. El samurái lo felicitaba constantemente, pues, según decía, lo hacía con gracilidad. Al segundo mes, la enseñanza se intensificó, pues aparte de realizar los katas y mover la espada, tenía que imbuirle variables de fuerzas que consiguieran operar los extremos articulados, desatando la energía de los giroscopios hasta completar la U invertida en el extremo. La última semana de ese segundo mes, alcanzó una destreza tan inusitada que resultaba todo un espectáculo contemplar a Ezequiel llevando aquel baile de poderosas energías, susurrantes y ensordecedoras a la vez. Era tal el ruido que escapaba de aquella extraña arma, que el maestro llegó a llorar y reír de felicidad, pues, según explicó, ni él, ni su familia jamás consiguieron acercárseles en adiestramiento. Cuando Ezequiel logró ejecutar los ejercicios a tal velocidad, lo errático y desastroso de esa especie de danza llegaba a perder un poco la falta de estética. Sin embargo, eso no terminaba con la inutilidad de dejar siempre las defensas descubiertas ante cualquier adversario. Finalmente, pasados unos días, Ezequiel descubrió que aquello que le parecía inservible para la lucha, le había proporcionado algo extraordinario, algo parecido a lo que hacían los gatos: conseguir girarse y voltearse en el aire incluso sin puntos de apoyos en los que sustentarse. Aquello lograba crear un subterfugio para dar un leve rodeo a algunas de las leyes de la física, pues quedaba claro que a toda acción no correspondía una reacción igual y en sentido contrario.

Y así transcurrió casi otro año en la vida de aquel hombre joven que un día, para salvar la vida y siendo un niño, fue obligado a exiliarse lejos de la tierra que lo vio nacer, a caballo entre la sabiduría de su mentor y maestro al que quería como a un padre, y la del viejo samurái que también apreciaba hasta la extenuación. Un año que lo acercaba más a su destino: regresar a su casa, con su

familia, a los valles que le vieron nacer. Pero antes de eso, la vida aún tenía una desagradable y dolorosa sorpresa para golpearle, la enfermedad de su amigo y maestro Hiroshi.

Ezequiel llevaba casi tres meses seguidos en el lago Shuzenji, concretamente desde que regresara después de pasar un largo y duro mes de entrenamiento en el Kobukan junto a Morihei. Cuando llegó, encontró al anciano maestro moribundo. Habló con él y quiso llevarlo a la capital, a un hospital donde lo cuidaran y se repusiera, pero fue imposible, ya que el viejo y obstinado samurái se negó a ello. Dueño de una constancia machacona y casi absurda, decía que no necesitaba médicos ni medicinas, que su misión ya estaba concluida, y que lo único que necesitaba era morir en paz y descansar. Desde entonces, Ezequiel no había dejado de rezar a su Dios, un Dios al que ningún hombre había creado, un Dios personal cuya imagen era la naturaleza, la luna, las estrellas, el cosmos. Un Dios que no utilizaba a los hombres ni se dejaba utilizar por estos para crear imperios y riquezas, un Dios que no ejercía como reclamo principal de un negocio solvente y falsamente austero. Durante todo ese tiempo en que el viejo no había dejado de delirar dando voces al aire y a sus fantasmas personales, Ezequiel no se apartó de él ni un solo instante. Le preparaba diariamente la comida, que no comía, y el té que tomaba a regañadientes. Con cariño y dedicación, lo limpiaba, lo sacaba al aire libre para que se untara de sano sol y se refrescara de suave brisa, e intentaba dialogar con él, aunque sin conseguirlo. De la misma manera, transcurrió otra semana más, hasta que poco a poco la llama de su vida fue apagándose y solo quedó su triste lecho de muerte. En él, recuperando milagrosamente toda la cordura que durante su enfermedad se había recluido en lo más recóndito de su mente, habló para sorprender a su discípulo, que, desde un rincón, y aparentemente tranquilo y en la postura de la flor de loto, lo observaba.

—¡Acércate, Ezequiel!

El joven, que de su maestro ya nada esperaba, lo miró a los ojos y le brindó la sonrisa que siempre marcaba las facciones de su cara con dos profundas sombras.

—Sí, maestro.

—Mis dioses me están llamando. Noto su presencia, y junto a ellos noto la de mis antepasados que me esperan. Solo quiero decirte que hagas uso de mis enseñanzas y que la deposites en lugar noble. Así, ellos estarán orgullosos de mí.

—Sí, maestro. Así lo haré.

—Una cosa más, hijo.

Al llamarlo así, Ezequiel no pudo contener las lágrimas. Durante su dura vida había estado expuesto varias veces a momentos como esos, en los que la existencia muestra sus últimos suspiros. Desgraciadamente, en casi todos esos momentos, su tristeza fue para alguien que se había portado bien con él, como si fuera el padre que tuvo que abandonar. En esto, al menos siempre había tenido suerte, pues gozó del apoyo de hombres que lo trataron como a un hijo. A ello tenía que agradecer que, sorprendentemente, de ser un niño desamparado y carente de la natural protección de su familia, llegase a convertirse en un hombre que podía sostenerse a sí mismo y afrontar su destino. El viejo samurái empezó a hablar de nuevo, y las palabras sacaron a Ezequiel de su ensimismamiento.

—Quiero que seas fuerte, que vivas la vida dignamente. Cuando vuelvas a tu casa, aunque lo encuentres todo como lo viste en aquella visión, no busques el camino de la venganza encarnizada, los samuráis ya murieron. Sigue tu destino, la vida siempre nos tiene marcado un destino prefijado del que no debemos renegar. Nunca salgas de su senda como lo hice yo, pues debería haber muerto junto a mi señor. Sin embargo, no fue así, y a partir de entonces mi destino siempre fue errático y tormentoso.

»La vida es la encargada de ejecutar sentencias, nunca nosotros por medio de la sangre. Recuérdalo, el universo se mueve en círculos, y sus movimientos son envolventes. Nunca afrontes las situaciones directamente. En vez de eso, gira a su alrededor hasta vislumbrar el problema. Si actúas así, la vida dará todas las vueltas que sean necesarias para que tu destino se cumpla.

—Así lo haré, maestro —musitó Ezequiel sin poder contener las lágrimas en sus mejillas.

—Una última cosa. Cuando muera, dentro de muy poco, quiero que me incineres y que mis cenizas sean lanzadas al viento el día que vuelen las flores del cerezo. Eso me hará feliz. Ahora ve y trae mi espada.

El discípulo se acercó hasta la pared donde la katana descansaba de su larga peregrinación. Con solemnidad, la descolgó y la llevó junto a su dueño que, desenvainándola, la mostró a Ezequiel.

—En mi vida llegué a elaborar algunas, pero ninguna de ellas como la heredada de mi padre. Cuídala, pues tiene alma. Llegó a mi familia hace casi trescientos años, y durante todo ese tiempo y con anterioridad, sirvió a la buena y a la mala causa, pero en un universo donde todo gira en círculos, eso es normal. Lo importante es que, tanto en su inicio como en su fin, sirva al bien. Por eso quiero que la tengas tú.

—Pero, maestro, es la espada de su familia.

—Eso no importa, ya te dije que no fue siempre así. Su primer dueño fue Hojo Jinsuke Shigenobu, al que todo el mundo conocía como Hayashizaki Jinsuke, un gran hombre de bien, que por medio de la meditación en el templo Hayashizaki Myogin, le fue dada junto a la técnica que conocemos hoy. Corría entonces el año de 1600. Por eso quiero que tú la lleves, para que si es su fin, termine cerrando el círculo en un alma pura como fue en su inicio.

El viejo maestro, cansado, calló.

—La custodiaré siempre, maestro, con la misma intensidad que protegeré a Katuzo, y solo la legaré a mi descendencia si la tengo y la merece, o en su defecto, a un hombre de alma pura, para que si ese es su fin, el círculo se cierre en el bien, igual que empezó.

Cuando Ezequiel terminó de hablar, el viejo samurái sonrió, luego cerró sus ojos y comenzó su sueño eterno.

Después de la muerte de su amigo Hiroshi, Ezequiel volvió a Tokio definitivamente. Allí siguió entregado por entero al entrenamiento diario mientras le llegaba la hora de partir. Cada jornada entrenaba ocho horas hasta la hora de comer. Algunos días, por la tarde, se

desplazaba hasta la universidad Waseda para conversar con su amigo Cristóbal, hombre de edad ya muy avanzada. Cierta día de abril, el profesor mandó llamar a Ezequiel para felicitarlo por su veintiséis cumpleaños, pues le tenía preparado un magnífico regalo.

Tras degustar una taza de té, el viejo profesor y antiguo compañero de armas de su padre, se levantó de la mesa y se acercó hasta un armario de pesadas puertas del que extrajo una pequeña caja envuelta en un fino papel decorado con flores de ciruelo.

—Toma, es para ti. Viene de España.

—No era necesario. ¿Por qué te has molestado?

—No sé si te quedarás mucho tiempo más, así que quería hacerte un buen regalo, muy simple, pero esperanzador. Ábrelo.

Ezequiel tomó el regalo y lo desenvolvió. Era una solemne caja de madera. Al abrirla, en su interior halló una hoja plegada.

—Vamos, léela —le indicó su amigo.

Ezequiel desdobló el papel, lo sostuvo entre sus manos y lo leyó en voz alta.

En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

Ezequiel miró fijamente a su amigo, preguntándole con los ojos si lo que acababa de leer era cierto. Este, comprendiendo su mirada, afirmó:

—Sí, así es, la guerra ha terminado. —Llorando, continuó—: Llevaba ya un par de días con ese trozo de papel en mi poder, incluso se lo enseñé a tu maestro, pero Morihei insistió para que te lo entregara en tu cumpleaños. ¡Qué demonios! Si llevas años sin volver a tu casa, ¿qué son dos días más?

—Gracias, amigo —dijo Ezequiel visiblemente emocionado—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca, aunque de todas formas no me iré inmediatamente, antes he de resolver unos asuntos pendientes. Una vez los finalice, partiré.

—Bien, no olvides despedirte antes.

—Cómo iba a olvidarlo.

Igual a aquel día pasaron los siguientes, hasta que llegó el tiempo en que las flores de cerezo se entregan al viento. Ese fue el momento en que Ezequiel buscó a su maestro para pedirle permiso y marcharse.

Morihei estaba estudiando algunos libros en sus dependencias más personales cuando recibió la visita de Ezequiel.

—Pasa, hijo, sé muy bien a qué vienes, pero dímelo tú —le pidió con los ojos rojos.

—Me gustaría marcharme, maestro, pero necesito su bendición.

—La tienes —le dijo con un nudo en la garganta—, pero recuerda, te la ofrezco con la mente, pues si dependiera del corazón, te la negaría para siempre. Ya es tu hora, no me queda la menor duda. Igual que no me queda duda de que tu destino está muy lejos de aquí. Tú no has nacido para envejecer lejos de tu casa, has nacido para seguir tu destino, y tu destino está allí, en tus valles, en tu río, en tus montañas y con los tuyos. Alcanzaste mucha sabiduría, utilízala, no te dejes engañar por lo fácil, sé circular como el universo. Si las cosas van mal, no desesperes, sigue las leyes de la vida y ellas te ayudarán de cualquier forma, hasta de la más inesperada o imposible. Nada es casual, todo atiende a leyes, desconocidas para nosotros, sí, pero al fin y al cabo son leyes. Déjate aconsejar por tu instinto, y algún día ese sexto sentido que aflora en ti saldrá a la vista. No te metas en problemas banales, sobre todo en tu patria, donde la vida de un enemigo vale tan poco en estos tiempos. Apártate de la senda política, sobre todo ahora, después de una guerra, pues todo vencedor se ciega y acaba siendo prepotente y, por tanto, injusto, sea cual sea su signo, su causa, y el vencido es entonces, sea el que sea, el injustamente tratado, lo cual nos lleva a que el buen político debería estar a su lado. Y eso te dejaría a los pies de los caballos. Además, no entiendes sus resortes.

En eso se equivocaba, pues aunque escondido, para nada estaba más preparado que para leer el corazón de los hombres cuando marchan en rebaños azuzados por el pastor, que es el político de turno.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana, al amanecer. Esta noche, durante la cena, me despediré de todos.

—Sí..., vi tus cosas. Ve con Dios, hijo mío, que la vida te sea próspera y larga, y no olvides nunca a estos que tan bien te trataron. Tienes mi bendición.

—Gracias, maestro —le susurró Ezequiel sin poder contener las lágrimas—. Jamás me olvidaré del hombre que me trató como un padre, ni de su familia que fue la mía, ni del país que tanto me dio.

Por la tarde se celebró un acto especial en el dojo, al que asistieron todos sus amigos para despedirlo. Incluso llegó por sorpresa el almirante Takeshita, acompañado por el gran Hideaki Inoue, considerado un gran artista y el mejor fotógrafo de Japón. Hizo muchas fotografías durante el entrenamiento, y de entre todas ellas, Morihei escogió una para que en adelante estuviese en la entrada de todos los dojos, pues decía que ninguna otra representaba lo que significaba el budo. Era muy simple, pero cargada de significado. En la imagen se veía, en primer plano, a Ezequiel de espaldas. Representaba el reposo tras el esfuerzo para volver a afrontarlo. En la instantánea, el joven intentaba ajustarse el kimono tras una caída, que le dejaba el cuello al desnudo mostrando un escorpión sin cola y dos cicatrices cruzadas. Frente a él, su maestro, Morihei, portando una sonrisa franca mientras le insinuaba algo.

Esa noche comieron en una velada agridulce. Allí se encontraban, aparte de Ezequiel, Morihei, Hatsu, Kishomaru, Onisaburo, compañeros del dojo, Cristóbal y otros catedráticos, y Fudo, vestido con un cuidado kimono azul, con su pelo peinado y su cara llena de rigor. Ezequiel pidió a todos que las despedidas la hiciesen allí, pues al alba no quería pasar nuevamente por ese trance. Tras la cena, Fudo le pidió que le acompañase a pasear junto a un estanque.

—No sabes cómo me alegra verte así, Fudo —admitió Ezequiel.

—Lo sé. Tan solo el maestro y Onisaburo han luchado tanto como tú para que me encuentre aquí. Quiero contarte algo —prosiguió—, me lo pidió el maestro.

—Soy todo oídos, amigo.

—Nunca busques la venganza.

—No debéis preocuparos por eso, eso quedó muy atrás — murmuró Ezequiel.

—Sí, pero el hombre a veces se ciega, sobre todo cuando encuentra en el camino piedras grandes que ocultan su visión. Si... No sé bien cómo decirte esto, pero he de hacerlo. Si al llegar a tu casa encuentras que falta alguien..., tienes que controlar eso.

—Está controlado. Dejad de preocuparos.

—Voy a contarte mi historia. Serás la única persona que la conozca, pues ni hablé en el pasado ni lo haré en el futuro.

—Adelante, ardo en deseos.

—Bien. Yo era un hombre normal. Amigo de Yoroku, de la familia Ueshiba de toda la vida. Una tarde, después de salir de trabajar, llegué a casa, donde vivía con mi madre. Pronto intuí que la situación no tenía la normalidad acostumbrada. En el jardín encontré desorden, caos, todo lo contrario a la costumbre de mi madre. Me preocupé y la llamé a gritos al tiempo que la buscaba por todos lados, y finalmente la encontré en la parte trasera de la casa con el pelo revuelto, tirada en el suelo, gimiendo porque le había robado el dinero que teníamos ahorrado y porque la había zarandeado con violencia. Busqué por la ciudad noticias y pistas por si alguien había visto u oído algo, y descubrí que había robado en otras casas y en algún comercio, incluso lo persiguieron y llegaron a ver su cara. Un vendedor ambulante que pasaba por el pueblo lo reconoció y me dijo de dónde era. Lo busqué en esa otra ciudad durante más de una semana, hasta que finalmente lo encontré. Llevé hasta allí a uno de mis vecinos que aseguró haberlo visto y me confirmó, sin dudar, que era el mismo hombre que le había robado a mi madre y la había dejado magullada por los suelos. Vivía en una casa decente, decente... a costa de otros, pensé. Así que lo vigilé hasta que se hizo de noche y lo asalté cuando salió a buscar agua al pozo. Lo golpeé desde atrás y sin darle oportunidad de escucharlo, lo arrojé al pozo. Al mes siguiente, el vendedor ambulante volvió a pasar por el pueblo, y nos contó que habían encontrado muerto en el interior de un pozo al hermano gemelo del ladrón que había atacado a mi madre. Seguramente fue un descuido al ir a buscar

agua, pero que eso no era todo, pues en su casa también encontraron muerta a su hija, de menos de un año de edad, porque el hombre era viudo y único sostén de la pequeña. ¿Comprendes ahora, Ezequiel, a qué me llevó aquello? Luego vino todo lo demás. El sufrimiento de mi madre al verme destruido y sin saber por qué, mi vida abocada al vino, a la destrucción. En fin... Todo eso ya lo viste tú.

—Tienes mi promesa. Todos la tenéis. Sabed que cuanto se me ha enseñado aquí estará siempre presente en cada una de mis acciones.

Por la mañana, cuando todavía no había amanecido, Ezequiel abandonó su habitación sin hacer ruido, portando sus enseres. Tenía pensado salir por la puerta que daba a la calle de atrás para no encontrarse con nadie, pero a último momento decidió pasar junto al pequeño altar shinto que había en la entrada principal, pues rara era la vez que su maestro no se encontraba allí meditando a esas horas.

—Sabía que finalmente vendrías —admitió Morihei al verle.

Al principio no se dijeron nada más, simplemente se despidieron como los occidentales, con un fuerte abrazo. Fue la última vez que se vieron maestro y alumno, casi padre y casi hijo, admiradores mutuos, historias para libros.

Ezequiel, con los ojos acuosos, temblando, estaba a punto de alcanzar la puerta de salida cuando la voz de su maestro le dijo:

—Sí que se puede.

—¿Qué? —preguntó Ezequiel girándose casi sin haber oído.

—Las balas. Se puede ser más rápido que ellas.

—Alcanzó la iluminación, ¿verdad?

—Son otros los que tienen que decir si has alcanzado la iluminación. Si es uno mismo el que lo atestigua, seguro que no la ha alcanzado. Pero lo percibí, Ezequiel, lo percibí.

—¿Qué, maestro, qué percibió?

—El aroma del vacío.

La tarde en la ciudad de la paz y la belleza era triste. Su cielo no daba alegría, sin embargo, de cada árbol, de cada hoja, manaba armonía. Kioto era el centro espiritual de Japón, cuna de grandes emperadores, samuráis y monjes, y hasta allí quiso ir Ezequiel para entregar las cenizas de su maestro, el viejo Hiroshi. Por los verdes valles corrían niños incontrolables que sus familias trataban de apaciguar. Había una inmensidad de personas que habían salido al campo a presenciar el más bello espectáculo que puede contemplarse en Japón: el hermoso pasaje que nos muestra la naturaleza y que los japoneses llaman O Hanami, el acto de presenciar la fastuosa entrega que hacen los cerezos al aire. Cada año, durante unos días, las hojas de los cerezos caen y son arrastradas por el viento, impregnando el aire de fragancia y perfección.

Con esas hojas y con ese aire quería fundirse Hiroshi, y Ezequiel se encargó de que fuese así. En lo alto de una colina, donde antiguamente se desarrolló una importante batalla entre samuráis de distintos clanes, Ezequiel soltó las cenizas de su amigo y mentor. Su última promesa al viejo samurái estaba cumplida. Después se acercó hasta un sauce cercano, y como es costumbre en Japón, dejó en sus ramas un poema en honor de su amigo. Decía así:

*Para que la esencia de tu ser
vuele libre junto a las flores de cerezo.
Visita lo infinito, alma noble,
y rodéanos con tu don.
Para que tu espíritu que hoy nos deja
entre en su paraíso,
que en sus aposentos se asiente,
y luego, guardián de este,
cierra la puerta, pues
el último de tu raza entró.*

Llevado por sus propios pasos, al igual que un peregrino, dejando atrás, una ciudad tras otra, el caminante avanzaba entre rojizos

sauces. Después de varios días de camino, la lejana Osaka se presentaba ante su mirada como una gran ciudad. Desde las afueras del puente la ciudad bullía con la misma intensidad que una colonia de hormigas una semana antes de desaparecer hasta el siguiente año.

Junto a los vendedores ambulantes que pregonaban sus mercancías, pasaban hombres tirando de pequeños carros cargados de té, obreros en dirección a la zona industrial y algún que otro rufián mofándose de su invicta carrera marcial. De un salón de té cercano salieron dos geishas acompañando a dos hombres corpulentos que tenían toda la pinta de estar envueltos en el mundo del sumo, y estos, visiblemente irritados, no dejaban de señalar las enormes chimeneas de las fábricas, quejándose del impuro tributo en humo que estas arrojaban al cielo. En definitiva, la imagen era la de la más ordenada normalidad en una gran ciudad industrial tocada por el progreso.

Eran las siete de la tarde, según el reloj de pared, cuando la sirena de alguna fábrica cercana lo despertó. Algo despistado, Ezequiel miró a su alrededor, e inmediatamente supo dónde se encontraba. El baño de agua fría y el aire fresco de la habitación que había alquilado terminaron por dejarlo helado, por lo que se resguardó pensativo debajo de la tapa de plumas. Unos minutos más tarde, cuando su cuerpo se hallaba mejor y la mente había recopilado y ordenado sus siguientes movimientos, se levantó de la cama como nuevo. Se vistió con una de sus cotidianas vestimentas japonesas, a las que desde un principio se había acostumbrado por su comodidad. Se puso un impecable kimono gris, un haori y su hakama, luego se peinó con un toque de rebelde dejadez y salió de su habitación.

Cuando llegó a la calle, la noche era dueña del cielo, pero todavía el humo de las grandes chimeneas esparcía su pestilente y contaminante carga. El joven cogió la primera calle a la derecha y avanzó durante bastante tiempo en esa dirección. Al llegar a la estatua que le habían indicado, volvió a girar a la derecha, y por esa calle descendió durante otros tantos minutos, hasta que al fondo divisó el mar manchado con las siluetas de grandes y pequeños

barcos. Anduvo un largo trecho por los muelles, leyendo los nombres de los barcos e identificando las banderas que ondeaban en sus popas. Tras transitar curiosamente por espacio de una larga hora, su estómago le dijo que estaba ahí, por lo que se encaminó a un tugurio cercano donde comer y encontrar lo que buscaba.

Al cruzar la puerta, el agrio e intenso hedor a pescado presente en cada punto del puerto dejó paso a una humareda que conquistaba cada rincón de la cantina. Desde su altura, Ezequiel observó con detenimiento la precaria estampa de armonía que reinaba en el local. Más que el dueño en sí, el señor de todo aquello parecía ser el juego. En varias mesas donde este se desarrollaba, la tertulia había dejado paso a una particular y tensa guerra fría, que parecía a punto de estallar en cualquier momento; en otras, la tensión estaba latente, pero en otras, claramente visible y sonora.

El extranjero dejó atrás todos los núcleos de polvorines vivientes y, con sosegado caminar, avanzó a lo largo de la ancha estancia hasta encontrar en un rincón una zona menos bulliciosa. En ella, varios hombres de rasgos occidentales comían y bebían en placentera charla.

Expectante, Ezequiel se sentó en una pequeña mesa desocupada, y desde allí pudo oír que dos hombres altos y rubios hablaban en alemán. Los saludó en castellano y le hicieron saber que no lo entendían, así que lo hizo en alemán, pero estos, contra toda lógica, se miraron entre sí y escupieron al suelo dejando a Ezequiel con la palabra en la boca. El joven español comprendió que su alemán dejaba mucho que desear, o bien se trataba de su atuendo, por lo que decidió dejar la cosa tal y como estaba para evitar posibles problemas. Sopesaba a quién podría dirigirse para concretar el tema del pasaje, cuando un japonés se le acercó.

—¿Qué desea, señor?

—Agua y algo de comer, por favor.

Algún tiempo después, mientras se encontraba dando cuenta de la pechuga de ave que había pedido, un hombre occidental se le acercó.

—Buenas. Mi nombre es Julio Alberto, y aunque mi acento ya se lo dijo, soy argentino. Me ha dicho mi amigo el cantinero que está

buscando pasaje para Europa.

Ezequiel abandonó inmediatamente la comida, y tras limpiarse la mano en una servilleta decorada con vistosas flores, se la estrechó al hombre que parecía venir con intención de resolver su principal quebradero de cabeza.

—Así es. Me dirijo a España, aunque si no es posible, también me vendría bien Portugal.

—No habrá problemas con lo de España, pues he de hacer escala en Gibraltar para dejar algunos de los artículos que llevo. El problema es que le costará bastante dinero, ya que esos kilos de material que deje de subir a bordo suponen plata.

—Me parece bien.

Después de varios cambios en la cuantía de las cifras, el importe del pasaje quedó a gusto de ambos hombres, y, aunque Ezequiel sabía que era mucho dinero lo que le cobraba el argentino, era mejor montar en esa oportunidad que esperar a otra, de momento inexistente.

—Bien, señor Cabral —le aclaró el argentino finalmente—. A las ocho sale el barco. Tiene que estar allí una hora antes para no entorpecer el trabajo de la tripulación. En cualquier caso, si no llega al muelle indicado antes de las ocho, perdería el barco y la mitad que ya ha pagado del importe del pasaje. También le recuerdo que en el preciso instante que suba a bordo, tendrá que pagar el resto. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —contestó Ezequiel antes de que juntaran nuevamente las manos para sellar el pacto.

El argentino ya se había vuelto para marcharse cuando se giró repentinamente hacia Ezequiel.

—Otra cosa más, amigo. Es solo una sugerencia.

—¿Sí?

—Si no quiere ser el centro de las burlas durante todo el viaje, le recomiendo que cambie su atuendo por uno más... normal. Sabrá a qué me refiero.

—Lo tendré en cuenta —le aclaró.

Cuando el argentino salió por la puerta, el español se enzarzó nuevamente en el plato, que ya estaba frío. No había terminado aún

de comer cuando una voz llamó su atención, una voz a la que años atrás odió con toda su alma, una voz rajada, cortante, desagradable, una voz a la que no pudo eludir. Dejando los últimos restos del ganso, levantó su cabeza y el dueño de la voz certificó su sospecha. Perteneecía al pirata español.

Ezequiel llamó al cantinero y le pagó la comida con los ojos centrados en otro lugar, porque si el pirata intentaba marcharse, quería estar preparado para seguirlo. Aún, después de tantos años, tenía un asunto pendiente con él y con sus compañeros. «Y esto no es venganza», se dijo a sí mismo. Sin apartar su vista, pidió un licor al que solamente dio un sorbo para dejarlo sobre la mesa y no volver a tocarlo. Con cierto cosquilleo en el pecho, se acomodó lo que pudo en la silla e hizo como si leyera un libro, pero sin apartar ni un instante su soslayada mirada de su compatriota. Comprobó, con sumo alivio para su conciencia, que su antiguo intérprete seguía siendo el mismo, pues no había perdido un ápice de su antigua mezquindad, de su ruin porte y de su insolencia. Serenándose y recluyendo en su interior la inquietud, que clamaba un desquite, se dijo que únicamente iría a por lo que era suyo, sin entrar en reclamaciones ni venganzas personales. Sería objetivo y punto.

En esa tesitura pasaron dos horas, hasta que el viejo español y su compañero saciaron su sed y salieron con la misma fanfarronería que habían mostrado al entrar, y que mantuvieron durante toda su estadía en la cantina. Ezequiel se levantó y, guardando su libro con disimulo, marchó tras ellos. Los dos hombres continuaron por el muelle que se perdía a la derecha, y tras ellos, avanzó el otrora indefenso niño, que quedó sorprendido al comprobar el desfase entre el paso firme que mantenían los dos sujetos y el que deberían haber mostrado en honor al desfile de copas que pasó por sus gargantas. Después de una caminata prolongada, el compañero del pirata español se volvió de lado para orinar, y fue entonces cuando reparó en el hombre alto que a escasos veinte metros los miraba fijamente, sin inmutarse. El pirata terminó de hacer sus necesidades, se subió los pantalones, y echando una risita fanfarrona a Ezequiel, continuó sin mostrar el más mínimo interés. Varios minutos después, el hombre volvió la mirada hacia atrás y vio

otra vez al hombre alto, pero esta vez ya no le pareció normal que estuviera ahí.

—Calixto —dijo a su compañero español—. Creo que nos siguen. Ese que viene detrás de nosotros estaba ahí hace un rato.

—¡Eh, tú! —gritó el pirata—. ¿Qué buscas?

—El pasado —le respondió Ezequiel sin acento alguno.

Calixto ni se inmutó, las peleas inesperadas solían aparecer con bastante frecuencia en lugares como aquellos. Avanzó decididamente hacia el hombre alto con ansias de pelea, y su compañero, más beligerante aún, hizo lo propio.

—Los cuervos te coman —vociferó con una actitud amenazante el compañero de Calixto.

Salió corriendo hacia Ezequiel para asestarle un golpe, pero nunca llegó a alcanzar su objetivo, pues este, en el último instante, y mediante un veloz e inesperado movimiento que sorprendió a ambos, se quitó de en medio dejando ante la vista del sorprendido pirata la visión de un fibroso antebrazo que surcó el aire hasta estrellarse contra su cuello. Cayó al suelo de espaldas, aturdido, siendo testigo de unas repentinas, minúsculas y luminiscentes formas que danzaban alrededor de su cabeza. Con nulas fuerzas, intentó levantarse atendiendo quizá más a orgullo de hombre rudo que a su convicción, pero su sorpresa fue mucho mayor cuando a su espalda notó que era ayudado a levantarse. Lo que encontró, una vez incorporado, no fue precisamente ayuda, sino el otro antebrazo de su contrincante que repetía el mismo ataque contra su cuello para llevarlo directamente al quinto sueño.

El otro pirata miró a su compañero tendido en el suelo y notó cómo respiraba. Su preocupación creció, pues nunca hasta ahora había presenciado su fracaso, salvo en manos de Tao. Tal vez fue por eso que sintió temor y vaciló, pero esa sensación solamente le acompañó unos momentos, pues de súbito, la disfrazó de falsa valentía.

—En tu madre... —gritó—. Si has hecho daño a mi amigo, lo lamentarás.

Calixto arremetió contra Ezequiel portando por coraje un largo cuchillo que sacó con destreza del interior de su camisa, pero antes

de terminar su ataque, quedó paralizado por las palabras de su oponente.

No fue precisamente el significado de las palabras lo que lo detuvieron, sino las propias palabras lanzadas al aire en un castellano vestido de andaluz.

—Ahórrate tu vergonzoso japonés, Calixto; manchas la dignidad de su belleza e historia. Hablemos mejor en castellano y quizá así logre entenderte.

A pesar de la parsimoniosa frase y del tiempo transcurrido desde que esta fuera emitida al aire, el pirata continuó quieto como una roca, indeciso, pero alerta como una gárgola. Su nerviosismo volvió a surgir mientras se preguntaba quién podría ser el extraño guarnecido en las penumbras del puerto que lo conocía y desafiaba. Por más que se preguntaba una y otra vez, su mente obviaba la respuesta. El desconocido sabía quién era, de hecho lo había llamado por su nombre. Sin embargo, no tenía la menor idea de quién podría ser; más aún, hacía muchos años que no se encontraba con un compatriota, así que permaneció impertérrito intentando descifrar el dilema.

La voz del misterioso hombre alto se dejó oír nuevamente, sacándolo de sus pensamientos.

—¿No me recuerdas, Calixto? Yo nunca me olvidé de ti.

El pirata frunció el ceño, asaltado por sus interrogantes. Forzó hasta la extenuación los archivos de su memoria, pero la respuesta fue la misma: nada.

—No conozco a ningún español por aquí. Juraría que hace años que no me encuentro con ninguno, posiblemente... desde la Guerra de Filipinas. ¿Quién eres?

—Que Dios te conserve la vista, Calixto, porque la memoria... —replicó Ezequiel avanzando en la penumbra.

Nada, no había nada que hiciese aparecer una respuesta en el pirata. Pasaron segundos o minutos, quién podría saberlo, pero fue un tiempo indeterminado para el antiguo soldado, un tiempo que acabó por rescatar el misterio de la sombra que lo envolvía. Las dudas del pirata se disiparon, dejando a la vista una oleada de sorpresa y miedo, una sensación de angustia, un listado de

preguntas. Fuera de la oscuridad, en un círculo de luz que regalaba un farol cercano, Calixto sostuvo a duras penas la poderosa mirada de Ezequiel, una mirada que muchos años atrás no era nada.

Ya no albergaba dudas, ya no exhibía fanfarronería ni bravuconadas, solo deslizaba preguntas: «¿Cómo diablos puede ser él? ¿Cómo aquello pudo convertirse en esto? ¿Cómo había sobrevivido?». Preguntas sin respuestas mientras temblaba de miedo frente a su antiguo juguete, ahora convertido en un hombre del que manaba peligro por cada poro, un hombre que había sido capaz de manejar y tratar a su amigo como si fuera una almohada.

—Ezequiel, ¿verdad? —Calixto palideció, tenso, con profundas huellas de preocupación en la voz. Tragó saliva y su borrachera se esfumó de súbito en un acceso de inquietud.

—¡Ah, veo que de vista estás bien! Y también compruebo con satisfacción que tu memoria mejora. Felicidades —murmuró Ezequiel recreándose más de lo que quería.

—Mira, chico, lo pasado, pasado está, y ni tú ni yo podemos cambiarlo, así que acabemos con esto o déjame en paz.

—No deseo acabar con nada, mi intención es más bien lo segundo. Pero antes tienes que contestarme algunas preguntas. Si lo haces, no habrá problemas.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó mostrándose fanfarrón.

—¿Vive Tao?

—Sí.

—¿Continuáis juntos?

—Sí.

—¿Tenéis el mismo barco?

—Sí.

—Bien, llévame hasta él y te dejaré marchar sin más.

—¿Estás loco? ¿Quién crees que eres? ¿Qué crees que soy?

—Tendré que obligarte, entonces —expuso Ezequiel.

No había terminado de dar un paso en dirección al pirata cuando, de pronto, este atacó, anteponiendo el cuchillo. La tajada lanzada por Calixto solo desgarró el aire cercano a la mano del joven español, que, agarrando la muñeca del atacante, prolongó la cuchillada en un inesperado círculo de dolor. El hombre, de mayor

edad, parecía un pelele danzando alrededor del cuerpo de su antigua marioneta. Pero la danza terminó bruscamente en un seco y repentino cambio de dirección en la muñeca de Ezequiel, que arrastró también la de su atacante con el crujido de un hueso rompiéndose y el chocar del cuchillo contra el suelo. Después de aquello, solo se oyeron las blasfemias prorrumpidas por el pirata, acompañada por una queja cercana al llanto.

—Me has roto la muñeca —gimió.

—Si te la cuidas bien, sanará —le tranquilizó Ezequiel—. Ahora llévame hasta el barco.

El pirata obedeció echándose a andar al tiempo que derramaba lamentos. No había dado ni tres pasos cuando se volvió rápidamente para golpear a Ezequiel con su única mano sana, pero esta, en vez de golpear, fue cogida e izada con la palma mirando la cara de Ezequiel y los dedos hacia el suelo.

—Suéltame —gritó el pirata entre quejidos de dolor—, me la vas a romper también.

—La próxima vez que intentes algo, piénsalo bien. Ahora llévame hasta el barco.

El pirata obedeció sin más dilación, sabiendo con certeza que cualquier acción que intentara contra aquel inesperado hueso que acababa de encontrar terminaría en fracaso.

Transcurrido un rato en el que Ezequiel caminó por los tortuosos pasillos que las numerosas mercancías erigían por todo el puerto, y tras pasar junto a una montaña de enormes troncos despellejados y poblados por ejércitos de hormigas rubias, el joven descubrió la celda de su agrio pasado remoto y de sus viejos y olvidados miedos; la parturienta sala de sus más dolorosas experiencias, la prueba más dura que jamás tuvo que soportar para encontrarse donde ahora se hallaba.

La atracción que sintió por el sucio junco duró apenas unos instantes, pero una vez pasaron estos, la mente de Ezequiel volvió a controlar la situación, o cuando menos a medirla y asumirla. Dueño del siguiente paso, se dirigió al pirata y le recomendó que se fuera si no quería volver a tener problemas. Este, tomando el consejo como un beato tomaría el primero de sus mandamientos, desapareció por

los oscuros callejones del puerto, como desapareció años atrás el fantasma de su recuerdo en la mente del joven.

Miró nuevamente al barco y estudió la situación. Junto a la pasarela de embarque había un hombre alto de guardia. En principio, no debería de causar el menor problema, así que se dirigió diligentemente hacia el viejo junco y subió por la pasarela, ignorando la advertencia del centinela que le hablaba en japonés. Momentos después, el vigilante dejó de hablar y gesticular, tal vez convencido por la receta de oscuridad que le había suministrado Ezequiel.

Ya en cubierta, comprobó que estuviese despejada, y solo cuando estuvo completamente seguro de ello, continuó hasta la zona de camarotes. Su intención se resumía a entrar a su antigua estancia, coger lo que era suyo y marcharse, dejando atrás cualquier deseo de venganza y evitar la violencia. Con cautela, abrió la puerta que daba al pasillo de camarotes, y tras ver que nadie obstruía su avance, continuó hacia su objetivo. La puerta había desaparecido. En su lugar se encontró con una descuidada cortina de fibra vegetal. Al retirarla, comprobó con pesar que lo que parecía sumamente sencillo había dejado paso a algo complicado. Al simple hecho de recuperar los documentos de Alan, que estaban escondidos entre las paredes de madera del camarote, tendría que sumar el amargo panorama que tenía ante sus ojos, una visión dolorosa que acababa de despertar la ira aletargada en su interior. En el mismo camastro que él había ocupado en aquellos tiempos, sufría un niño infestado de pústulas y cardenales. Un niño de unos doce años, encadenado y casi moribundo, que al abrir los ojos se sobresaltó de miedo cuando contempló la alta figura que lo miraba. Pero el miedo duró un instante, pues dejó paso a una desconocida paz que le proporcionó Ezequiel.

El joven alargó su mano y acarició la cabeza del niño, que lo observaba como si fuese un ángel. Y entonces pensó que esta habría sido la misma imagen que encontró años atrás su maestro. Con ternura, le habló y le pidió que se calmara, que no tuviese miedo, que el sufrimiento cesaría para siempre. Hurgó en las

cadenas y comprobó que estaban cerradas con fuertes grilletes que rozaban y herían la carne.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Nori.

—¿Siempre te tienen así?

—No, solo en algunos puertos.

—No te preocupes, pasará. Aunque no lo creas, yo estuve una vez en el mismo lugar que ocupas ahora, y... mírame, no lo parece ¿verdad? —El pequeño sonrió casi sin fuerzas, y Ezequiel prosiguió —: Te prometo que si trabajas duro, algún día también estarás como yo ahora. Tienes mi palabra.

—¿Eres Ezequiel?

El español lo miró sorprendido.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Shito me habló de ti —dijo—, me contó tu historia hasta que desapareciste. Era el único amigo que tenía aquí. Intentó ayudarme a escapar, pero lo descubrieron y lo mataron.

—Era un buen hombre —aseveró Ezequiel afectado—. Siempre quiso endulzar mi amarga vida a bordo. No tenemos mucho tiempo. ¿Sabes dónde están las llaves de los grilletes?

—Las lleva Tao, siempre las tiene consigo.

—¿Sabes si está a bordo?

—Sí, pero no podrás con él y sus hombres. Aunque algunos hayan salido a puerto, deben de quedar al menos cinco o seis.

—No te preocupes, me las arreglaré.

El español salió del camarote prometiéndole al chico que volvería. Cautamente, cruzó el pasillo y se dirigió a la cocina, donde, seguramente, Tao y sus hombres estarían jugando a las cartas. Al llegar a la puerta, pegó su oreja a la madera y percibió claramente las discusiones que antaño solía oír. Entre las voces distinguió la del capitán, y una oleada de furia contenida emergió desde lo más profundo de su ser. Abrió la puerta de golpe y cogió por sorpresa a los confiados piratas. Al más cercano lo puso a dormir con un potente golpe en la nuca. Después, varios hombres que gritaron alarmados fueron lanzados contra las paredes mientras los ruidos de huesos rotos adornaban el inesperado altercado. Con un par de

movimientos más, dio cuenta de los dos últimos hombres. Solo quedaban él y Tao, que observaba incrédulo el torbellino que en menos de un minuto había destrozado a toda la tripulación. Al ver a sus hombres en el suelo, una marea de angustia lo invadió y reaccionó visualizando alternativas. Aunque parecía que nadie había muerto, sus hombres estaban desparramados en el suelo con las manos y los brazos describiendo figuras anatómicamente imposibles. Una acentuada inquietud lo apresó. Una vez, muchos años atrás, comprobó algo parecido que todavía le dolía al pensarlo: su derrota ante un hombre que había mostrado la misma velocidad y técnica que este mostraba ahora. Abandonó el hilo de sus pensamientos y posó la mirada en el torbellino personificado que mantenía su mirada fija en él. Lo reconoció. Ahora lo comprendía todo, y supo que podía ser su fin.

—Poseo riquezas, Ezequiel —empezó a decir Tao, al mismo tiempo que se arrinconaba contra la pared—. Si me dejas en paz, las compartiré contigo.

—No necesito riquezas. Solo la llave que apresa al chico.

Cuando tuvo la llave, hizo que Tao se sentara en un rincón mientras redactaba una carta. En ella describía todos sus delitos y fechorías. Finalizada, se la leyó en voz alta y le pidió que la firmara.

—¿Estás loco? Si firmo eso estaré toda mi vida preso.

—Es lo que pretendo.

Ezequiel no había terminado de contestar cuando Tao le lanzó una estocada con un cuchillo que había mantenido oculto, pero el hueso que sonó al romperse no pertenecía a Ezequiel. Tras ese primer infortunio, el pirata lanzó su pierna contra el joven, pero de inmediato se astilló describiendo una figura deformada y retorcida.

—Firma, o no pararé.

Al pirata no le quedó más remedio que firmar su ostracismo y el de sus hombres.

En el mismo instante que Ezequiel tuvo el documento en sus manos, despertó a uno de los hombres que permanecían tendidos en el suelo y lo amenazó para que atara a sus compañeros. Por último, Ezequiel maniató al que había utilizado y se marchó asegurando que volvería.

Cuando entró al camarote del chico, este le regaló una sonrisa de gratitud. Su ángel personal volvía para salvarlo. A continuación, Ezequiel retiró unas tablas de la pared, dejando al descubierto una pequeña caja de la que extrajo varios papeles. Entre ellos estaba la carta que Alan, poco antes de morir, le dio en el puerto de Gibraltar, una carta testamento por la cual todas sus propiedades le pertenecían por voluntad de su padrino.

El resto de la noche, hasta que llegó la hora de partir, fue una verdadera contrarreloj. Tuvo que ocuparse del muchacho llevándolo a un hospital. A un médico que creyó buena persona, le dejó una carta y dinero para que, una vez curado, mandara al chico a una dirección, ya que este era huérfano y no tenía familia. Al muchacho le dejó otra carta, tranquilizándole, pues dispondría de una casa donde lo tratarían con afecto. La otra carta, la que dejó al médico, era para su maestro. En ella le pedía a Morihei que acogiese al niño igual que lo acogió a él muchos años atrás.

Después se encargó de entregar a las autoridades a todos los componentes de la nave, con su consiguiente confesión firmada por el capitán. Junto a este documento había otro, igualmente rubricado por el jefe de los piratas, donde cedía la propiedad del barco y todas sus riquezas a Ezequiel Cabral, y este las donaba mediante carta firmada de su puño y letra para que lo convirtieran en un hospital flotante que llevara la vida por las aguas de oriente.

A última hora de la noche, poco antes del amanecer, el joven entraba en el barco que lo llevaría a casa, del país que lo acogió al país que lo vio nacer. Partía hacia Europa, portando como equipaje una alforja al hombro y dos grandes bultos cargados a la espalda. Había conseguido, al menos de momento, domar los difíciles recodos de la vida para ponerlos rumbo a su destino.

Capítulo 6: Reino Nazarí de Granada 1482-1485

Los sueños fueron durmiéndose a la vez que la conciencia era rescatada de los dominios de Morfeo por un rítmico e incesante goteo. El hombre, tendido y camuflado en la casi total oscuridad, levantó la vista y miró a su alrededor mientras sus manos intentaban calmar el dolor de cabeza. Pasaron algunos segundos antes de que, ayudado por la tenue mancha de luz que entraba por un pequeño agujero, apreciara la claustrofóbica sala donde se encontraba. Se incorporó con torpeza, y alzando sus manos, tocó el bajo techo y notó la humedad de la roca que cubría toda la estancia formando una cúpula regular, cuya uniforme geometría rompía una estalactita. Se acercó a ella y descubrió la causa del sonido que lo hizo despertar. Dio una vuelta a la pequeña sala, que tendría un diámetro de unos nueve metros, comprobando con extrañeza que la humedad lo impregnaba todo, salvo una enorme piedra situada en el centro. Tendría unos dos metros de altura, y estaba separada del techo por unos escasos cuarenta centímetros. Vacilante, preguntándose por la leve sordera que enturbiaba sus oídos y el intenso cosquilleo en su garganta, avanzó hasta la verde claridad que entraba por un agujero situado a nivel del suelo. Al llegar allí, advirtió que se trataba de la luz del día que se filtraba a través de la tupida vegetación. Tras alternar repetidas veces su mirada entre el agujero y el entorno interior que acababa de examinar, se preguntó: «¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí?». Posteriormente, se agachó y salió a través de las grandes palmas, con dificultad. Una vez fuera, se puso de pie y levantó la vista protegiéndose con su mano derecha del sol que hería sus ojos acostumbrados a la

penumbra. Cuando estos se adaptaron a la luz del día, la inmensa belleza del desconocido paisaje hizo que se formulase otra pregunta: «¿Quién soy?».

Frente a él se desplegaba un imponente valle de tierra roja, adornada por frescas gotas de verde colorido que ponían aquí y allá exuberantes y vigorosas viñas. Cada cierta distancia acogía armónicamente el sosiego de lozanos olivos y fecundos almendros. Mientras sus ojos gozaban con tanta contemplación, distraídamente se tiró del cuello de su ropaje, totalmente negro, pero tras comprobar que no ganaba nada con ello, terminó por dejarlo. Se atusó las rodillas para quitarles las manchas de barro y luego se sentó en la tierra labrada.

En ese momento, ya sereno, sintiendo una profunda sensación de paz ante el paisaje que tenía ante sí, se hizo eco de cuanto lo rodeaba. Entre las viñas, en los llanos, en las pendientes, a izquierda y derecha, cerca y lejos, se movía una multitud de solitarias manchas de diversos colores. Unas eran negras, otras blancas, también había ocres y pardas, figuras humanas en continuo ajetreo, algunas guiando arados y otras portando herramientas agrícolas. Desde donde se encontraba sentado el hombre, podía oír perfectamente la caricia de las azadas más cercanas al hundirse en la tierra, pagando así el tributo que más tarde esta devolvería con sus frutos. A sus pies corría un enorme torrente de agua que endulzaba el ambiente con su frescura y el sonido de sus cascadas. Siguió con su vista el curso del riachuelo corriente arriba, para volver a sorprenderse otra vez con el fresco estrépito de agua estrellándose a su espalda. Se dio la vuelta y se separó para observar con sumo detalle la majestuosa e inteligente obra de ingeniería que quería comerse el cielo con su presencia.

En la parte más alta del cauce, una noria de al menos diez metros de diámetro aprovechaba la fuerza del torrente para subir el agua a unos siete metros de altura y verterla sobre otra noria de idénticas dimensiones. Un total de siete artilugios para llevar agua hasta una altura de unos cincuenta metros. El funcionamiento era desconocido para el hombre, por lo que se acercó a estudiarlo con detenimiento. Al llegar al pie de la primera noria, descubrió que esta estaba

situada en una pared altísima, casi vertical, y que junto a esta, a menos de un metro de distancia, se encontraba la siguiente noria, aunque un poco más adelante. Así se repetían una tras otra, a idéntica separación, pero ganando unos siete metros de altura respecto a la anterior. Subió como pudo hasta el siguiente ingenio y comprendió su funcionamiento sencillo y eficaz. Cada uno de los receptáculos que recogían agua colgaba de dos gruesas cadenas que, al llegar a la cúspide de su recorrido, se encontraba con un mecanismo que lo obligaba a derramar el contenido sobre otro recipiente de la noria inmediatamente superior, de menor capacidad. De esta manera, si la primera noria cogía unos doscientos litros en cada depósito, iba perdiendo parte de su contenido al traspasarlo a la siguiente, proporcionando así la energía necesaria para moverla. Una vez arriba, el hombre descubrió que el agua se almacenaba en un aljibe que utilizaban para ganar terreno regable que, a pesar de estar situado de manera abrupta, era rico y bien aprovechado, pues estaba abanclado de tal forma que parecía una gigantesca escalera de exuberancia.

Tras una media hora de merecido descanso, el hombre se puso en pie y se dirigió hacia un individuo con túnica y turbante blancos. Saludó al labrador y este se sobresaltó por el inesperado encuentro, sobre todo cuando reparó en el raro atuendo y la excesiva altura del extraño, que además hablaba una lengua desconocida.

—No entiendo su idioma, señor —aseguró el labrador en un árabe llano que su interlocutor comprendió con nitidez.

De inmediato, el extraño volvió a preguntarle, esta vez en un árabe culto y fluido, pero volviendo a sentir la molestia en sus oídos y su garganta.

—¿Podría decirme dónde estoy?

El labrador lo miró más estupefacto que antes, pero le contestó con cortesía.

—En las viñas de Cártama, señor, situadas en las montañas que rodean los campos de la vega del Guadalhorce. Una de las puertas de Málaga y una de sus llaves.

—¿Dónde se encuentra la población más cercana? —inquirió el hombre alto vestido de negro.

—En esa dirección —señaló—. Si sube ese cerro de viñas, desde lo alto divisará la villa. Allí podrá encontrar cama, comida, comerciantes, soldados y todo lo necesario, aunque la vida no es tan apacible como antes.

El hombre alto, demasiado alto para el agricultor y para la mayoría de sus congéneres, agradeció la información y se encaminó hacia la loma que el labrador le había indicado. Tras un momento de vacilación, este reemprendió su labor al tiempo que se preguntaba por las rarezas que cada día podía encontrarse.

Una vez que alcanzó la cima, el hombre vestido de negro se giró y miró el coqueto valle donde había despertado sin recordar nada de su pasado, y luego prosiguió por la diminuta altiplanicie, descubriendo con cada paso una nueva porción del otro lado del valle, abanderado por una imponente fortaleza que le mostraba su costado derecho.

La imagen, sin entender el porqué, le resultaba nostálgica y romántica; quizá por el colorido de sus banderas, tal vez por lo agreste de sus defensas naturales, o a lo mejor por el simple hecho de ver algo que no esperaba. En cualquier caso, la estampa le resultaba fascinante. Sobre la cima, coronando la montaña, se hallaba la fortaleza. Su majestuosidad se respaldaba en una pared casi vertical. Su vista principal, la que volcaba hacia la villa, mostraba otro tanto de inaccesible oposición natural. A lo abrupto del terreno, había que sumar una inmensa muralla que descendía vertiginosamente hasta encontrar dos torreones bermejos, en los que se veía deambular constantemente a la guardia de turno con sus armaduras. La muralla continuaba hasta torcerse flanqueando el enjambre de casas que rendían pleitesía a sus pies. Frente a la fortaleza se extendía un grandioso valle salpicado de huertas que adornaban con sus coloridos frutos la inmensidad del terreno cortado en dos por un caudaloso río. En esas huertas, sin aparente orden, y atendiendo a la belleza de lo aleatorio, se levantaban aquí y allá numerosas alquerías de un blanco inmaculado. Separadas de estas, también emergían oscuros torreones de carácter militar que, haciendo honor a su naturaleza belicosa y estratégica, sí guardaban orden de localización y distancia.

Desde su posición, el hombre vestido de negro contempló los diversos caminos que cruzaban el enjambre de huertas, surcadas por pequeños canales fluviales desmembrados del río por la inquieta mano del hombre. Junto al río se divisaban dos grandes caminos de piedra. El primero nacía en la parte más lejana y continuaba escoltado por altos árboles en dirección a Málaga, según supo después, la segunda ciudad más importante del reino de Granada; el segundo, flanqueando también el río, aunque en su orilla más cercana a la villa, parecía seguir el curso de su compañero de enfrente, pero también lo hacía en sentido contrario hasta perderse de vista, mostrando su serpenteante y cuidado empedrado a través de los claros que dejaban los álamos. Algunas leguas arriba, el camino se bifurcaba en otro de similares características, buscando quizá alguna villa.

Pasados unos minutos en los que se recreó la vista mientras lo acariciaba una suave brisa que soplaba a favor de su paso, el hombre alto empezó a descender la colina por un pequeño sendero. De vez en cuando se cruzaba con algún que otro rebaño de ovejas o cabras, agricultores trabajando la tierra e incontables grupos de colmenas. Después de atravesar una pequeña colina que se interponía entre él y la villa, se acercó hasta un manantial donde había un musulmán bebiendo agua en un cuenco hecho con una penca a la cual había extraído las espinas. Lo saludó, sació su sed y siguió su camino hasta llegar a las primeras casas cercanas a la muralla. Por su lado pasaron dos mujeres que tenían la cara cubierta por un velo y acarreaban sobre sus costados grandes vasijas de barro. De un lado para otro, no cesaba el inagotable deambular de carros y carretas cargados con hierbas, hortalizas y frutas frescas, barriles de vino, agua, sal, sacos de trigo y distintos cereales en dirección al mercado y a la fortaleza. El hombre alto entró, según le dijeron, en la calle de mayor importancia en la villa, que resultó ser dos largas hileras de paredes altas, sin tacha en su blancura, que escondían los grandes y hermosos patíos ajardinados que antecedían a espaciosas viviendas. Por el centro de la vía empedrada cruzaba un canal subterráneo de dos por dos metros de caudal, con orificios que funcionaban como respiraderos. Supo que

la utilidad del canal era la de recoger todas las aguas de lluvia y guiarlas hasta diferentes aljibes situados en las afueras.

Preguntó dónde podía comer algo y le respondieron que siguiendo la calle, junto a la mezquita, encontraría varios comercios dedicados a tal fin, y que entre ellos tenía la libertad de escoger según su gusto o creencia, musulmana, cristiana o judía. Sin saber exactamente cuál era su creencia, pues ni siquiera recordaba su nombre, entró en la posada adornada con una media luna, tal vez llamado por el frescor que manaba hacia fuera, o quizá por el sugerente olor a especias que acarició su olfato y su estómago. En su interior, el posadero lo acomodó en un rincón confortable desde el cual podía observar con todo detalle la estancia de piedra y madera entrelazada. En sus mesas y cojines podía verse de todo, desde el más glotón de los gordos hasta hombres envueltos en ricos turbantes que tomaban bocanadas de grandes cachimbas, pasando por adoradores, bebedores de té, de vinos y deliciosos platos aromáticos que untaban el aire de placer.

El hombre alto cogió la jarra de barro y se sirvió un oloroso vino rojo mientras esperaba la comida. Al saborearlo, descubrió en su paladar el más delicado de los sabores, mucho cuerpo y mucha esencia. Tomó un trozo de pan de mijo y lo mordió recreándose con las minúsculas semillas de sésamo y anís adheridas a su corteza, y esperó con ansiedad el plato que había pedido. Minutos después, el posadero apareció con el succulento manjar compuesto de migas, queso de oveja rallado y dos huevos fritos con ajo salpicado de tomillo frito. Una vez saciado, el hombre de negro, que atraía la mirada de sus vecinos de fonda como la soleada tarde al anciano ocioso, sacó un pequeño grano de oro de su bolsillo y pagó. El posadero le devolvió una sustanciosa cantidad en maravedíes.

Salió de la posada con el estómago lleno y empezó a preocuparse por su aguda amnesia. Al menos, la opresiva sensación de sus oídos y garganta parecía haberse esfumado. Se encaminó a la mezquita rojiza, mirando la belleza de sus arcos y fijándose en el almuédano que llamaba a la oración desde su alminar, cuando un ulema lo apremió para que entrase a rezar.

—Hijo mío, ¿no entras a la casa de Dios?

Ante la bloqueada expresión del alto y extraño hombre, cuya cara estaba poblada por una generosa barba tan negra como sus grandes ojos y su pelo, y surcada por una cicatriz transversal en la mejilla derecha, el doctor religioso volvió a hablarle.

—¿No abrazas la religión del profeta Mahoma?

—No lo sé, buen hombre. Ni siquiera recuerdo mi nombre —le contestó el hombre de negro.

—En ese caso, entra, hijo mío, pues no te hará daño rezar a alguien —le sugirió.

Imitando a los demás, el hombre vestido de negro se quitó las botas gastadas y entró. Caminó detrás de uno que lo saludó con cortesía y se postró detrás con la sensación de que sus gestos y movimientos eran naturales y cotidianos. No obstante, y sin saber por qué, llamó poderosamente la atención de un musulmán cercano.

Una vez acabó la plegaria al Único, según el ulema, el hombre caminó sobre las bellas alfombras en dirección a la puerta mientras observaba la altura de los esbeltos pilares coronados por perfectos arcos de herradura. Cuando llegó a la entrada, se calzó las botas y salió a la calle. Sin destino aparente, subió en dirección a una pequeña plaza situada en alto y sació su sed en una fuente de agua fresca, repleta de mujeres y asnos que acompañaban a sus ajetreados y vociferantes amos. Ensimismado por la curiosidad, miró la atractiva imagen que producía la poderosa fortaleza y oyó los gritos de los soldados musulmanes ataviados con pesadas armaduras y otros pertrechos que, brillantes al sol, pasaban bajo la puerta de entrada. El comandante del grupo, un hombre de tez morena, impartía órdenes fieras a su impecable tropa. Salían a esas horas a practicar ejercicios militares para posteriormente relevar a la guardia que, a varias millas de distancia, en mitad de los campos, formaba primera línea de alarma y de defensa en los torreones dispuestos por toda la vega.

A continuación, el hombre se dirigió hacia el mercado donde se instalaba diariamente un zoco provisional. El mercado estaba situado junto a la torre albarrana, y aprovechaba esta y sus murallas colindantes para resguardar la parte trasera de los puestos, en los que era frecuente encontrar los más dispares y variados artículos,

tales como ropas de diversas telas, lanas, pieles, carnes frescas y en salazón que los tenderos cuidaban de las pesadas moscas atizando una pequeña fusta vegetal. Arenques, frutos secos entre los cuales los ricos pistachos originarios de oriente ostentaban la primacía en calidad y hacían de su comprador un hombre envidiado. También había uvas pasas, almendras, higos, cítricos y variedad de verduras que, en grandes cantidades y cargadas sobre carros, tomaban la ruta de Málaga para ser vendidas al día siguiente en los mercados de sus famosos arrabales. Por otra parte, había una importante cantidad de armas, aunque eran de escasa calidad, corto alcance y tamaño pequeño, ya que las de alto valor marcial y económico se precisaban para equipar al ejército nazarí y como atrezo para la vestimenta de los nobles.

El hombre alto vestido de negro se paró a estudiar un libro con permiso del comerciante judío. Lo abrió y, tras reconocer los caracteres árabes, tuvo una certeza: no solo hablaba árabe, también podía leerlo. Esto significaba que también sabría escribirlo. Cogió varios libros más, escritos en diferentes idiomas, y, aunque no supo leerlos, habló sobre ellos con el tendero. Ante la extrañeza, el comerciante pensó: «Insólito, un hombre que habla perfectamente todos los idiomas y no sabe leerlos, muy peculiar». Ensimismado en sus pensamientos y profundamente dubitativo acerca de su procedencia, el hombre vestido de negro escuchó la llamada de un árabe que le hablaba a sus espaldas. Al volverse, comprobó que se trataba del hombre que no había dejado de mirarlo durante la oración en la mezquita. Venía acompañado por un soldado.

—¿Quién sois? —demandó el soldado.

—¿Yo? —adujo el extraño con sorpresa—. No lo sé. Estoy...

—¿Ves, Abú? ¿No te dije que era raro? —aclaró el que iba acompañando al soldado.

—Debo llevarle a la fortaleza —replicó el soldado—. Tenemos órdenes de interrogar a todo desconocido que suscite alguna sospecha. Abundan los espías castellanos.

—¿Qué?... —Escenificó alarmado el hombre vestido de negro, metiendo la mano en los bolsillos en busca de respuestas.

El soldado, al ver el gesto que hacía el extraño, entendió que se trataba de una amenaza y descargó su porra en la cabeza del hombre, que cayó al suelo inconsciente.

El viejo canoso gritó de dolor y a punto estuvo de propinarle un puntapié a su viejo amigo que, riendo, le dijo que era necesario apretar la venda con tal intensidad. El viejo canoso era Meir Cabral, el nasí de la comunidad judía de Cártama. Había alcanzado el cargo gracias al apoyo de la inmensa mayoría de los vecinos con los cuales compartía cultura y religión, siendo sus principales avales la experiencia acumulada durante años cuando ejerció de timonel en las cuestiones monetarias del astuto Al Zagal, al frente del gobierno de la segunda ciudad nazarí.

Doce años antes, junto a su amigo David Toledo, médico de la villa desde esa fecha, tuvo que abandonar la histórica ciudad de Toledo, lugar donde ambos nacieron, jugaron, crecieron y alcanzaron posiciones socialmente elevadas, arropados por sus acomodadas familias y acreditados por sus propios méritos. La salida de Toledo fue dura, empujada por la indirecta acción de los Reyes Católicos, que intentaron ahogar fiscalmente a dos de sus más eminentes funcionarios para que se convirtiesen al catolicismo. Ahora sus vidas transcurrían sosegadamente.

—Meir —dijo el médico mientras terminaba de ajustarle la venda de lino—, eres ya demasiado viejo para trabajar con la intensidad que lo haces. Deberías delegar la mayor parte del trabajo en tu hijo y vivir ocioso los años que te quedan.

—¿Cómo puedes reprocharme el rigor de mi trabajo, si eres más viejo que yo y sales de tu casa a cualquier hora de la madrugada para atender una simple tos? —contestó Meir algo irritado.

—Ese es mi trabajo, pues el médico es médico hasta que muere o las fuerzas le abandonan —afirmó David Toledo riendo—. Y en cuanto a lo de ser más viejo, dos años a nuestra edad es nada.

—Pues el mío solo acabará cuando se den las mismas circunstancias que cesarán el tuyo —le replicó Meir en sus trece.

Meir era el hombre más rico de la villa, pero al igual que en Toledo, no utilizaba esta condición para sobresalir entre los demás, y fe de ello daba el afecto que le dispensaban sus paisanos, de cualquier condición o comunidad. Cuatro años atrás, cuando abandonó su puesto de funcionario, con el pesar y la bendición del propio Al Zagal, acabó por comprar casi todas las tierras de la villa donde se encontraba establecido su amigo. Hasta ellas fue a vivir, llevando el contento para todos los lugareños de origen musulmán, judío o cristiano, que vieron con sorpresa cómo un patrón, por propia iniciativa, duplicaba los salarios de sus trabajadores. Sí, así fue como lo dijo en su día, con sus propias palabras: «Prefiero ganar menos, que también es mucho, y que ellos vivan mejor. Soy viejo. ¿Qué gano con más ganar? ¿Desprecio? ¿Una espalda intranquila?».

Esta misma opinión que Meir tenía sobre la vida era compartida por su único descendiente vivo, Asiel, que en ese año, 1482, contaba con una edad de veinticinco.

Entre las acciones agradecidas a Meir, estaba la de acondicionar los tejados de las viviendas más pobres de la villa para dirigir el agua de lluvia hasta los grandes aljibes que había construido en las afueras. Con ello había aumentado la superficie de tierras de regadío, lo cual repercutía en el número de trabajadores bien remunerados y en las ganancias extras, suficientes para pagar en tres años el costo total de las obras en los tejados y los canales de las vías públicas.

Algún tiempo atrás, cierta enemistad apareció entre los dos viejos amigos, cuando David, atendiendo a las razones de Karima, su única hija, rechazó el contrato matrimonial que le tendía su amigo en favor de Asiel. Karima, entontes de dieciocho años, argumentó su negativa en que solamente quería a Asiel como a un hermano al que conocía desde siempre. Sin embargo, las tiranteces pasaron a mejor vida después de algún tiempo de miradas esquivas, amargos ratos de soledad y remordimientos mutuos.

Los dos amigos seguían tertuliano con evidente nostalgia de su juventud y madurez en Toledo, tema que últimamente salía a relucir con excesiva frecuencia. De este asunto pasaron a otro sin apenas

darse cuenta, como en casi todas las conversaciones en que de pronto se comenta o discute sobre algo que no se sabe cómo ha salido a relucir. No obstante, para el caso sí sabían cuál había sido el puente que los llevó de una charla a otra: la mención de don Fernando el Católico, personaje que traía a la palestra la preocupante guerra de Granada, asunto al que se desvió finalmente la conversación. El diálogo, carente de discusión y en uniforme dirección por parte de los dos ancianos, se interrumpió por la aparición de Asiel Cabral, que saludó efusivamente a ambos hombres.

—Buenas tardes, David. Buenas tardes, padre —dijo Asiel sentándose en una silla de madera y piel.

Los dos hombres correspondieron el saludo y, a continuación, el padre bromeó con su preocupado y cotidiano celo por el trabajo, comentario que arrancó la sonrisa de Asiel, acentuando las sombras marcadas por los hoyuelos de sus mejillas.

Con afanosa y partidista intervención, el hijo de Meir se unió a la charla que mantenían los viejos, subrayando la desafortunada intrusión castellana en los asuntos del reino nazarí, sin que fuera censurado por ello. En esto estaban, caminando los tres a favor del mismo viento, cuando un tropel de pasos que bajaban las escaleras rompió la tertulia. Era Karima, la hija del médico judío, tan hermosa como inteligente y noble, tan fuerte de carácter como vacía de presunción, y tan radiante como la misma vida.

—¿Cómo están mis tres zánganos? —preguntó mientras repartía besos entre sus tres únicos amores: su padre, su otro padre y el hermano que nunca tuvo.

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo estás? —dijo Meir con un tono de voz que desembocaría donde todos sabían.

—Bien, padre —contestó Karima a Meir, al que llamaba padre en vez de papá, forma que reservaba para David Toledo, su progenitor.

—Pues, ¡yo creo que no!

—Sí, padre —le reprochó Karima, secamente pero con gracia—, ya lo sabemos. Todos sabemos lo que crees. ¿Tienes que hablarme todos los días de eso?

—Sí, he de hacerlo. Tu padre se niega a sostener una pugna contigo en lo concerniente a esa cuestión; pero yo sí me veo capaz de mantenerla. Necesitas un hombre, ya tienes dieciocho años. A esa edad, todas las mujeres están casadas, no entiendo por qué tú no.

—Padre... ¿Otra vez? —interrumpió Asiel cansinamente y con la vista perdida en el techo.

—Tú no te pongas de su parte, Asiel, también necesitas una mujer, no la defiendas. Comprendo que no os deseéis como hombre y mujer porque os consideráis hermanos, pero todo el mundo no es vuestro hermano, ¿no? Digo yo.

—Deja a los muchachos, Meir, ellos sabrán lo que se hacen.

David, como en cada ocasión que requería su intervención, sacó su capote y desvió el asunto a otras vertientes lejanas al tema. Así, la tarde continuó por derroteros menos personales y más genéricos, entre risas y encendidas discusiones, propias de los bandos que suelen congregarse a las diferentes generaciones.

El soldado encargado de vigilar al extraño hombre vestido de negro abrió la boca de par en par, miró al prisionero, que estaba atado de manos y pies en una silla, y poco a poco empezó a cerrar los ojos, llamado por el sueño, que de aparecer, podía reportarle no pocos problemas. Afortunadamente para él, una molesta mosca se posó en su cara, sacando a relucir en el soldado toda la ira contenida por tener que estar donde no quería, ira que explotó en unos feroces movimientos de manos que no alcanzaron su objetivo. Instantes después, como mofándose del ridículo enemigo, la mosca volvió al ataque, sacando definitivamente de sus casillas al soldado de dientes blancos y ropa descuidada. Al ver la huida del insecto, e imaginándolo muerto de risa, contuvo la respiración hasta divisar su pose. Una vez seguro de que la mancha negra sobre la pared ocre era la mosca, el soldado se levantó silbando entre dientes y se acercó al insecto sin poner su vista en él. Cuando estuvo delante, sacó una rápida mano y lo atrapó. Lo retorció levemente sobre sus

sucios dedos, para atontarlo sin matarlo, y lo dejó caer al suelo, donde lo pisó liberando al aire un minúsculo crujido. Su honor estaba a salvo. Volvió a la silla y se sentó con las manos sobre el respaldo que tenía en su pecho. Cuando reparó en que el hombre vestido de negro lo miraba, le dijo:

—Si no hablas, vas a terminar igual que ella.

Iba a continuar amenazándolo cuando un ruido de pasos a su espalda lo contuvo y, levantándose rápidamente de la silla, se puso en posición de firme, como si fuera el hombre más serio de la historia de la humanidad.

De los tres hombres que entraron, uno era el alcaide de la fortaleza, otro el capitán de la guardia, y el tercero, el soldado que la tarde anterior había detenido al hombre vestido de negro. El alcaide, mirando con extrañeza a sus dos subordinados, dijo: «Veremos si tenéis razón».

La tuvieron, pues tras preguntar, el hombre de negro le respondió en árabe, castellano, latín y romance. El sorprendido alcaide se quedó a solas en la mazmorra junto a su capitán.

—¿Tú crees que verdaderamente no sabe quién es, Muzaffar? —le preguntó el alcaide al militar.

—Lo dudo, alcaide. Nadie es tan culto sin saber quién es. Mi opinión es que es un espía castellano. Mira su piel blanca, sus manos, lisas como las de un bebé. Sin duda es de alta alcurnia, posiblemente uno de esos defraudados que por desamor emprenden una aventura suicida en pos de su mancillado nombre. Si es así, su acomodada familia podría pagarnos un suculento rescate.

—No lo sé, Muzaffar, no lo sé. Este asunto, cuando menos, es espinoso. Ayer, sin venir a cuento, encontramos un hombre sospechoso e ingenuo. Fuerte en apariencia, aunque no hace nada para evitar su detención, y ni siquiera recurre a ninguna familia. Por Alá y el profeta que este asunto nos viene grande.

—¿Qué vamos a hacer con él, señor? —preguntó el capitán—. Si lo obligamos más, rozaremos el límite de lo irrespetuoso.

—Nada, no haremos nada. Nos lavaremos las manos enviándolo al alcázar de Málaga; allí sabrán cómo llevar este asunto. Prepara

un carro presidio y una escolta. Quiero que esta noche duerma en Málaga y que sean ellos los que se ocupen del rescate o de lo que sea.

Faltaba al menos una hora para que la oscuridad tomara posesión de Málaga cuando la escolta que acompañaba a la vieja carreta que sostenía la oxidada jaula esperaba el pertinente permiso del capitán de guardia en las puertas de la alcazaba. Algunos minutos más tarde, la comitiva que conducía al reo entró a la fortaleza.

El propio capitán destacado en Cártama fue el encargado de entregar la noticia al alcaide de Málaga, el astuto y obstinado Bexir, hombre ya maduro y tan experimentado como cano.

—Capitán —inquirió Bexir—. ¿Es cierto que el reo no confesó nada?

—Así es, alcaide.

—Entonces, ¿en qué os basáis para suponer que es de alta cuna?

—Es culto —contestó el capitán de la fortaleza de Cártama—, habla por lo menos cuatro idiomas de manera exquisita, y sus ropajes son extraños y delicados. Sin adornos pero de calidad.

—Capitán, ¿qué queréis decir con extraños? —La voz pertenecía a un tercer hombre, inadvertido por el capitán hasta ese momento, que saliendo de las sombras y escanciando vino en una copa, se acercó hasta el traedor de la nueva. Este, reconociendo la imponente figura del hombre, se puso mucho más firme de lo que estaba; ante él se hallaba el mismísimo Al Zagal, segundo hombre en importancia en el reino nazarí, general de sus ejércitos y hermano del rey.

—Alteza —improvisó el capitán al mismo tiempo que hacía una genuflexión—, me refiero a que su traje no es común entre los nobles castellanos, pero mucho menos en común tiene con los nuestros.

—Bien —dijo el general—, veamos a ese hombre y salgamos de dudas.

El carcelero abrió la oxidada puerta de hierro y Al Zagal, Bexir y el capitán, custodio del reo hasta hacía escaso tiempo, entraron en la celda.

—¡Carcelero! —ordenó Al Zagal—. Suelte a ese hombre y tráigale buen comer y buen beber.

Después de la orden, Al Zagal se acercó hasta él contemplando la extrañeza de sus ropas. Eran totalmente negras, de tejido ligero y flexible, con la particularidad de que carecían de costuras. Sin embargo, lo que buscaba no eran precisamente cuestiones de costura, sino respuestas que solucionaran los problemas de su reino, envuelto en una guerra desde algún tiempo atrás.

—Mi nombre es Abu Abdalá —dijo el general posando su mirada en el hombre vestido de negro—, pero todos me conocen como Al Zagal.

El general escrutó la cara del hombre, que, aunque parecía increíble, lo sobrepasaba en altura. Igualmente, se fijó en su abundante pelo y su barba morena, en sus extraños ojos profundamente oscuros y en la cicatriz que marcaba su mejilla derecha. Todo el conjunto de apreciaciones, que en cualquier otro hombre hubieran hecho crecer la más cauta de las distancias, no causó ese efecto en el general. Seguramente, en ello tuvo algo que ver la mansedumbre del hombre vestido de negro. Este, en cambio, sí sintió la capacidad asesina que había en el hombre que lo observaba, refrendando así la oscura cara de nariz aguileña, los ojos negros e inteligentísimos, y la barba pulcramente cuidada. A pesar de ello, Al Zagal transmitía nobleza con la misma intensidad.

—¿Cuál es el tuyo? —preguntó Al Zagal interesándose por el nombre del reo.

—Es mi pesar, señor, pues no lo recuerdo —contestó consternado el extraño.

—No os queremos dañar —prosiguió Al Zagal—, solo saber si pertenecéis a alguna familia importante, y si es así, hacer un trueque con prisioneros musulmanes. También hay quien dice que sois un espía castellano.

—Tampoco recuerdo nada de eso, señor —adujo el extraño.

—¿No sois entonces un espía? —insistió el general.

—Lo ignoro, señor.

—Bien, nos vamos —sentenció el general—. Me encargaré de que estéis bien y de que salgáis de aquí. Sin embargo, permaneceréis

custodiado día y noche en unos aposentos de mayor calidad.

Una vez fuera de los calabozos, el alcaide preguntó al general si no era una temeridad dejar al reo con cierto margen de maniobra.

—No lo sé, Bexir. De lo que estoy seguro es que no recuerda nada. Si no fuese así, hubiese negado tajantemente ser un espía.

Hacía ya una semana que el reo estaba recluido en una pequeña torre cuya vista daba a un mar hermoso y constantemente surcado por barcos cargados de comercio. A pesar del tiempo de reclusión, no había recuperado ningún recuerdo que rellenara un poco los grandes huecos de su memoria. El tiempo en la celda pasaba despacio, aunque en ella no faltaba vino, buena comida, e incluso mujeres. En ocasiones, también era premiado con la visita del ilustre y querido general, que apreciaba sobremanera el buen juego de ajedrez que el extraño entablaba. Estaban jugando al tablero cuando el secretario personal de Al Zagal se presentó en la torre con noticias alarmantes para su señor.

—General, su hija pequeña ha caído terriblemente enferma. Todos los médicos importantes de la corte se hallan junto a su lecho, pero... es la enfermedad del dolor abdominal. —Al Zagal lo miró con el alma derretida y, tras despedirse cortésmente de su contrincante, salió de la estancia como un torbellino.

La madre de la niña lloraba. Al ver a su esposo, corrió a abrazarlo. El fiero enemigo de sus enemigos avanzó hasta la cama, y después de tocar la sudorosa y calenturienta frente de su hija, miró a los cinco médicos que al unísono bajaron su vista hacia el suelo, comunicando así lo inevitable. Por un instante perdió los nervios y pensó en azotarlos, pero de nada serviría, ya que la dichosa enfermedad había arrastrado a la muerte a la mayoría de los tocados por ella. Así que se limitó a ahogar su pena en el pecho moribundo de su hija, escondiendo sus lágrimas a los presentes.

—Señor —lo interrumpió temeroso el eunuco encargado del harén—. Ahí fuera está su secretario con el hombre extraño. Dice que cree ser médico y pide permiso para ver a su hija.

A las puertas de la muerte, no había nada que perder, así que, secándose las lágrimas, hizo pasar al reo.

—Alteza —dijo el hombre vestido de negro—. Ignoro cómo, pero sé que poseo conocimientos curativos. ¿Puedo reconocer a vuestra hija?

—Adelante —contestó Al Zagal cabizbajo—. ¿Cómo podría negarme? Sin embargo, has de saber que mi hija pequeña contrajo el mal abdominal. Nadie puede vencerlo.

El Extraño, nombre que le dio Al Zagal al hombre vestido de negro, reconoció a la niña con meticulosidad, examinando sus pupilas, tanteando su tripa con pequeños golpecitos y llevando a cabo otros procedimientos analíticos ajenos a los realizados por los restantes galenos. Tras media hora más de desconocida parafernalia, habló:

—Es sin duda lo que pensáis. No sé explicarlo, general, pero creo que puedo tratarlo.

Un murmullo de asombro inundó la sala, y todos los médicos, musulmanes y judíos, se pusieron rápidamente en contra del intruso, advirtiéndole a su señor que eso era imposible. También le dijeron que, seguramente, el extraño sería un emisario del dolor con la misión de desestabilizar el reino. Al Zagal escuchó sus razonamientos y sus envidias, e hizo una pausa en la que se ausentó de todo y de todos, hasta que finalmente dictaminó.

—Extraño, eres mi clavo ardiendo, a ti me agarro pues. Quémame y quémate conmigo, o sálvate y sálvame contigo.

El extraño asintió y contestó:

—Suya es mi vida si pierdo la de vuestra hija.

Tras esa apuesta, el supuesto galeno comenzó a gritar órdenes a médicos y mujeres para que buscaran todo lo necesario.

Pidió vendas de lino limpias, desinfectantes tales como tomillo y romero, vino de alta calidad, bisturís, escalpelos, agujas e hilo de oro. En poco rato, todo lo necesario estuvo a su alcance y entonces pidió que solo se quedaran con él Al Zagal, la madre de la niña y su criada de confianza. Esta, atendiendo las órdenes del hombre, se

puso a hervir grandes cantidades de agua con tomillo y romero en la sala contigua. Una vez hecho el preparado, se lavaron las manos con agua y jabón, se las secaron y se las frotaron con la infusión resultante del preparado. Con la esencia del tomillo y el romero hervidos, el extraño lavó todo el cuerpo de la pequeña, y luego pidió al general y su esposa que tuvieran preparado grandes trozos de lino que absorbieran la sangre, pues todo empezaba. Con mano firme y decidida, cogió un bisturí perfectamente limpio y cocido en vino, y abrió una brecha de unos quince centímetros en el costado de la hija del general, lo cual provocó un alarido ahogado en la madre. Viendo Al Zagal la valentía, la seguridad y la decisión que mostraba el prisionero, la hizo callar con una sola mirada.

—Ahora debéis absorber la sangre para que no me impida ver — pidió el hombre vestido de negro.

Con un pequeño artilugio metálico, mantuvo abierto el corte y empezó a hurgar en las entrañas. Tras unos minutos en los que pinzas y bisturís entraron y salieron, el Extraño retiró un trozo de tejido en forma de saquillo ensangrentado que tras lavarlo mostró un color negruzco. Después de eso, cosió con hilo de oro algo del interior, suturó la herida y detuvo la hemorragia con los paños secos y otros húmedos impregnados en cocción de romero y hebras purpúreas de cardo borriquero.

Por la mañana, la fiebre de la pequeña había bajado ostensiblemente. Dos semanas después, pasó de beber líquidos a comer papillas.

Al Zagal hizo del cautivo uno de sus mejores amigos, médico personal de palacio y hombre acaudalado. En adelante, se le conocería con el nombre de Salvación.

Las llamas revoloteaban a su antojo en la gran chimenea, atrayendo toda la atención del caballero del pañuelo azul que, presa de un vino embriagador, se había recostado en su silla desoyendo parte las discusiones del consejo al que había sido invitado.

—¿Y vos? Qué opináis, don Gabriel.

—¿Qué? —respondió el caballero sorprendido mientras adoptaba una postura más decorosa sobre la silla.

—Veo que andabais por otros lugares, don Gabriel —alegó el caballero que lo sacó de su ensimismamiento—. Preguntaba acerca de vuestra opinión. Es más favorable a la expuesta por el marqués de Cádiz o, en cambio, como me imagino, se acerca a la del maestro de Santiago.

—Le responderé, don Pedro —contestó el caballero del pañuelo azul incorporándose—. Mi opinión solo sigue una senda, la que se abre ante nuestro señor Jesucristo. Esa es la única manera de llegar adonde queremos llegar. En cuanto a eso, sé que todos estamos de acuerdo, pero en lo que no lo estamos, desgraciadamente, es en el tamaño del regalo que queremos hacerle a Jesús. En esa cuestión, yo me inclino por la ofrenda mayor, y en ello coincido con la opinión del maestro de Santiago, don Alonso de Cárdenas: puestos a servir a nuestro Señor, estoy seguro de que Él se sentirá mejor servido si le entregamos Málaga y todas sus riquezas en vez de la fortaleza de Zahara.

—Pues ahí queda su voto, el último de los presentes. —Don Pedro Henríquez, adelantado de Andalucía, puso especial énfasis en la palabra «último», arañando así el orgulloso y traidor corazón de don Gabriel de Guzmán.

Un cordero y varios odres de vino después, todos los grandes y algunos de sus caballeros de mayor importancia se pusieron finalmente de acuerdo en el destino de la expedición, aunque para ello hubiese sido necesaria una votación que si bien desunía las fuerzas, finalmente, y de forma democrática, las encaminaba contra la desprotegida ciudad de Málaga. Pero ahora, al calor del fuego, casi todos reían y bebían a la salud de la segura victoria. Sin embargo, algunos nunca descansaban, pues sus dominios no se lo permitían, y necesitaban constantemente de la trama, la política y la información para seguir mirando desde la atalaya donde se hallaban postrados.

—Don Rodrigo, traigo las nuevas que demandasteis.

—Habla en susurros, Eladio —dijo el marqués de Cádiz a su confabulador—. ¿Quién es?

—Se trata de don Gabriel de Guzmán —respondió Eladio.

—Eso ya lo sé. ¿Crees que soy idiota? —protestó desdeñosamente el marqués.

—Es hijo de don Pedro de Guzmán —aclaró su agente.

—Nada me dice el nombre —adujo algo abstraído el marqués de Cádiz.

—Don Pedro de Guzmán —comenzó a relatar el confidente— era un infanzón castellano muy venido a menos, si es que alguna vez estuvo arriba. Murió algunos años atrás dejando su mísera y pobre hacienda en heredad a su único hijo, el tal don Gabriel. Las propiedades abarcaban dos paupérrimos caseríos en ruinas y tres poblados calamitosos, donde los campesinos a su servicio eran avasallados hasta límites horribles en los helados campos de las alturas burgalesas. Dicen de él que es cruel y traidor, y que apuñalaría por la espalda al mismísimo apóstol Santiago si este tuviese cualquier cosa para su provecho. Una de las personas que me contó sobre él, asegura que solo viene a estos paganos lugares buscando fortuna en tierras de los moros, y sobre todo, la misma tierra; para ello, afirman que luchará a pesar de su cobardía, que matará por la espalda al moro, cristiano o judío que se interponga en su camino, y que no descansará hasta conseguir lo que Dios tiene determinado para él. Sin embargo, señor marqués —prosiguió Eladio—, lo más escondido que tiene es un secreto a voces y a medias, el de su nacimiento. Sus delatores y detractores, que son muchos en las tierras castellanas, más por la falta de méritos del sujeto que por envidia a las riquezas que este posee, hablan de que su sangre no es de la casa De Guzmán, sino de que el bueno de don Pedro tuvo que acogerlo por temor a la ira de un monje franciscano que conocía el secreto de su impureza de sangre. Después de eso, don Pedro lo crió como si fuera su propio hijo, a lo que ayudó el hecho de que no tuviese ningún vástago. Le proporcionó cultura, modales y, finalmente, su hacienda.

—Entonces, ¿quién es el padre? —preguntó el marqués de Cádiz.

—Según comentan, el monje, señor. Pero nadie conoce su nombre, y si lo saben, callan por temor.

—Una última cuestión. ¿Se decanta por las mozas o busca placer en los mancebos? —demandó el marqués.

—Es vicioso, señor. Goza con las dos vertientes, la femenina y la masculina; pero si me preguntáis por sus deleites o inclinaciones actuales, le diría que va como loco detrás de la hermosa y joven Juana, la hija de don Fortún, igual que la mayoría de jóvenes caballeros que se encuentran aquí. Ha intentado hacerle la corte, pero ella lo ha esquivado con diligencia y diplomacia. Él, sin embargo, no cede y se muestra obtuso.

—Gracias, Eladio —susurró el marqués—. Otra vez eres de suma utilidad. Come, caliéntate y descansa, pues mañana tendrás que seguir buscando el rastro del hueso.

Una semana después de la velada en que se decidió el destino de la expedición cristiana, el ejército estuvo dispuesto en las llanuras cercanas a Antequera. Corría el mes de marzo del año 1483. Sobre la verde alfombra que cubría las afueras de la villa se divisaban, en perfecto posicionamiento, casi tres mil jinetes bien armados para entrar en combate y más de seis mil infantes.

Entre los nobles caballeros que lo comandaban figuraban don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz; el adelantado de Andalucía, don Pedro Henríquez; y el maestre de la orden de Santiago, don Alonso de Cárdenas. Bajo las órdenes de este último, medraba, con voz y mando gracias a la intervención de un valedor desconocido, don Gabriel de Guzmán, el infanzón burgalés. También lo hacía el infanzón don Fortún Matamoros, padre de Juana, por cuya estampa suspiraban incontables nobles de alto y bajo escalafón.

La pequeña cruzada estaba encauzada a tomar Málaga, pero al mismo tiempo, era imprescindible arrasar la región de la Axarquía por medio del saqueo, la quema y la destrucción.

Tras la retaguardia del ejército marchaba un enjambre de harapientos en busca de fortuna ocasional. Comedores de los restos que quedaban una vez que el molino de la guerra quebrantaba la

prosperidad de cualquier ciudad, poblado o villa. Mezclados con estos, caminaban numerosos comerciantes con la intención de comprar la cosecha que arrojaría el desmadre. Todos estos sujetos perseguían el mismo fin, hacerse de primerísima mano con cualquier objeto de valor: oro, joyas, enseres, ganado y vino. Los mercaderes eran observados con desdén por los nobles que capitaneaban el ejército, salvo por uno, don Gabriel de Guzmán, que fue el encargado de avisar a la mayoría, a cambio de un porcentaje en los tratos que estos hicieran.

Guarnecidos por cañaverales y profundos cauces, el ejército cristiano avanzaba a través de territorio enemigo, internándose en los angostos pasos de montañas hombre a hombre y caballo a caballo, mostrando fragilidad ante una inesperada aparición del enemigo.

Poco antes de la puesta del sol del siguiente día, tras ganar una colina, divisaron las llanuras de Málaga con el mar al fondo. Amparados por la noche continuaron hasta los valles de la Axarquía, donde esperaban hacer botín con rebaños y esclavos. Sin embargo, se encontraron con su primer escollo, pues allí no había nada. Toda la población y su ganado se habían ocultado en las fortalezas cercanas, en las grutas del terreno y en las escarpadas montañas circundantes. Tras este choque inesperado con la realidad, la tropa, enfurecida y espoleada por sus comandantes más viscerales, emprendió la devastación de los poblados. Quemaron pastos, árboles, casas y alquerías, destrozando el paisaje con grandes hogueras y altas columnas de humo.

Los soldados y caballeros se dispersaron y se entregaron a la destrucción de la hacienda enemiga. En esa locura, inmanejable ya, don Alonso de Cárdenas pretendía reagrupar a su tropa, previniendo así la posible aparición del enemigo. No lo conseguiría hasta mucho después, pues un nutrido grupo de los soldados a su cargo, comandados por don Gabriel de Guzmán, se había alejado con la intención de arrasar, al tiempo que buscaba fortuna, lo que provocó más tarde una severa reprimenda hacia el infanzón burgalés por parte del maestro de Santiago.

—Con vuestro comportamiento perdéis nobleza, don Gabriel —le gritó el maestre de la orden religiosa cuando lo encontró manchado por la sangre de algunas mujeres que encontraron escondidas.

—Toda acción que desgaste la riqueza mora es loable desde el punto de vista cristiano, don Alonso —le contestó el burgalés.

—¿Desde el punto de vista cristiano o desde el vuestro? —le espetó el maestre con tono retador—. Que no vuelva a ocurrir, don Gabriel. Manteneos noble y algún día yo mismo os proporcionaré tierras de los falsos creyentes.

—Así será, señor —admitió finalmente el infanzón, en un fingido gesto de acatamiento.

Una vez que el maestre de Santiago logró reunir a su mesnada, continuaron avanzando entre montañas, por caminos que había que inventar. Ya no caminaban unidos, sino divididos por decisión de sus comandantes. Todos querían ser los primeros en encontrar algo de valor.

La moral de la tropa había tocado tierra cuando en los altos acantilados de un paso que cruzaban aparecieron las furtivas siluetas del enemigo. Portaban arcos y empezaron a hacer lo que mejor sabían: agujerear los cuerpos de los cristianos. Algunos guerreros arrojaban flechas con máxima precisión y a intervalos de tres segundos. Entre tanto, no paraban de gritar y maldecir a las tropas castellanas, que sin un resguardo donde cobijarse, capeaban el temporal de muerte con vidas y más vidas. Muchos hombres se desbandaron por los ensangrentados pasillos de guijarros, y así, mientras que unos eran perseguidos por la puntería certera de los arqueros musulmanes, otros eran alcanzados por las pesadas piedras que lanzaban los lugareños, que no dejaban de aparecer de la nada y en gran número. Esto obligó a don Alonso de Cárdenas a pedir ayuda al marqués de Cádiz.

Había hombres muertos por todas partes, incluso incrustados en las grietas de las paredes, porque al intentar guarecerse en ellas, fueron alcanzados por las flechas impregnadas de odio y venganza. Algunos combatientes se ocultaban debajo de los caballos muertos, a otros les salpicaba la sangre de un compañero cuando una enorme piedra les deshacía el cráneo, y otros se tiraban al suelo

fingiendo estar muerto, rezando para que una flecha no los atravesara. El maestro no paraba de soltar gritos de rabia y de dolor. Intentaba ordenar a sus hombres, pero lo único que conseguía era acercarlos más a la muerte.

—¡Lanzad vuestras flechas! —ordenó el maestro a sus hombres—. Algunas darán en el blanco —agregaba insuflando valor a todos—. Don Fortún, id hacia ese pequeño recoveco, allí estaréis a salvo.

El infanzón don Fortún, noble caballero, fue valiente y no abandonó al maestro ni un solo momento bajo la tormenta de flechas.

—¡Don Gabriel! ¡Don Gabriel! —gritó varias veces don Alonso sin obtener respuesta. «Con seguridad que estará muerto», terminó por pensar y siguió dando órdenes, exponiéndose al igual que sus hombres.

Don Gabriel de Guzmán no estaba muerto, sino escondido entre dos caballos que nunca más volverían a galopar. Al oír la voz del maestro, quiso contestar, pero su instinto de supervivencia se interpuso y cerró los ojos para hacerse el muerto. Cerró los ojos para no ver que su comandante lo necesitaba. Cerró los ojos para no ver la ayuda evidente que precisaban sus compañeros. Cerró los ojos para pensar. Y pensó que la vida era el más alto honor, que la suya tenía más valor que cualquier otra y que era más valioso poseer un villorrio del tres al cuarto que ser el póstumo amo y señor de muchas posesiones. También se dio cuenta de que no era lo mismo sacar la espada en total desventaja numérica, como era el caso, que hacerlo en superioridad y ante cabizbajos campesinos; sacarla ante acérrimos musulmanes que defendían su patrimonio, que ante mansos jornaleros que no poseían nada; sacarla ante la fuerza, la rabia, la pasión, la defensa a ultranza, que hacerlo ante la sumisión, la dependencia, la inseguridad y la obligación de tolerarlo todo. Una vez que pensó en todo esto, se dijo: «Soy un cobarde, pero estoy vivo».

Finalmente apareció el marqués de Cádiz con su caballería para auxiliar a su compañero de campaña. Quizá fuese un milagro, pero su llegada y la presencia de sus numerosos arqueros forzaron la

huida de los musulmanes, lo que aprovechó el maestro para sacar a sus diezmadas tropas del matadero donde se encontraban.

Don Gabriel de Guzmán alzó la vista y comprobó que lo peor había pasado. Frente a él, a unos veinte pasos, se hallaban numerosos caballeros, entre los que estaban don Alonso y don Rodrigo. Dudó si era o no el momento idóneo para salir. Hacerlo en ese instante implicaría el desprecio del maestro de Santiago, al que no había socorrido en su demanda. Varias ideas rondaron por su cabeza, y tras dudar entre algunas y descartar las más descabelladas, metió una pierna debajo del caballo, cogió una piedra y con un golpe seco, se arrancó un jirón de carne de la frente. Lo duro había pasado, ya solo quedaba actuar.

—¡Auxilio! —gritó el burgalés solicitando el interés de los caballeros—. Sacadme de aquí. Estoy aprisionado y herido.

El maestro de Santiago saltó del caballo y corrió en ayuda de su hombre. Al llegar junto a él, miró los ojos y la cara de don Gabriel, y luego alarmó a don Rodrigo y a otros hombres.

—Es uno de mis nobles. Ayudadme, ha recibido un impacto en la cabeza y está inmovilizado por el caballo. ¿Puedes cabalgar? —le preguntó solícito.

—Sí, don Alonso. Por la cristiandad y por nuestros reyes, lo que sea, hasta dar la vida.

—¡Esto es un valiente! —exclamó a gritos el maestro de Santiago—. Montad, noble caballero, pues la lucha no ha hecho más que empezar y aún es tiempo de cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Don Alonso de Aguilar reunió su tropa y marchó tras el soldado que acababa de traerle una mala noticia. Después de sufrir una dificultosa huida, en la que aumentó el número de bajas, lograron reunirse con el marqués de Cádiz y el maestro de Santiago, que nuevamente estaban siendo acosados por el enemigo. Llegaron a la conclusión de que lo único que los salvaría del vendaval de flechas y piedras sería una retirada a campo abierto, donde podrían contraatacar con éxito. La huida comenzó, pero en vez de dirigirse a una zona diáfana, como habían establecido, por equivocación se encaminaron a lugares más escarpados, donde tuvieron que bajar

de los caballos y tirar de ellos. El desfiladero en el que desembocaron resultó ser tan estrecho que los hombres lo atravesaron de uno en uno. De descubrirlos, sería el fin.

Gracias a la destreza de sus espías, el general nazarí supo que en Antequera se reunía la flor y nata de la cristiandad, e intuyó que dicha agrupación deseosa de contienda, terminaría con el ataque a la ciudad de Málaga. No sabía a ciencia cierta si la incursión se efectuaría por la Axarquía, por el valle del Guadalhorce o por cualquier otro lugar, pero tenía la certeza de que la habría. Por ello, él y sus dispersas tropas debían estar alerta.

Un halo de niebla envolvía la noche y otro de paciencia al general y sus hombres. Llevaban horas esperando en aquella boca del desfiladero. El frío empezó a cubrirlos con su manto de escarcha. El embudo que vigilaban era uno de los más largos y estratégicamente ventajoso. Había hombres apostados en toda su extensión, equipados con ballestas e innumerables montones de piedras y troncos que habían reunido desde el alba. Junto al general estaban algunos de sus fieles comandantes, su peón de combate y también su médico personal, que se había convertido en uno de sus mejores amigos desde que lo conociera un año antes en extrañas circunstancias. El médico se había mostrado obstinado desde que entrara a su servicio. Su celo profesional fue empujando con insistencia hasta que convenció al general de la imperiosa necesidad de su presencia en los campos de batalla. Su curiosidad era enorme, tanto como su inteligencia, pues estudiaba con minuciosidad cada detalle del escenario de la contienda, y en no pocas ocasiones presagiaba su desenlace. Muchas veces vislumbraba la estrategia rival y la comentaba con Al Zagal, evitando así la pérdida innecesaria de vidas. A pesar de todo eso, el médico jamás quiso inmiscuirse en asuntos políticos. Esa actitud distante con su propio ascenso e interés lo había mantenido lejos de los puestos que siempre acababan vinculados al poder, pues esto último le habría granjeado en la corte muchos más enemigos de los

que podía mantener a raya. Con su natural celo, Salvación deambulaba de un lugar a otro llevando comida y mantas con las que contrarrestar el frío, y de paso transmitía los mensajes del general musulmán. Los soldados y comandantes estaban repartidos por toda la cornisa del precipicio, en absoluto silencio. Cuando Salvación terminó su ronda, volvió junto al general que, al verlo llegar, le dijo:

—¡Mira hacia allá! Son las señales que esperábamos. Parece que finalmente han conseguido guiarlos hasta aquí. Tendremos fiesta.

—¿Cómo sabías que desembocarían precisamente en este desfiladero? —preguntó Salvación.

—Para eso están los espías, incluso los de ellos mal informados —expuso Al Zagal esbozando una sonrisa triunfal—. Cuando me enteré de que iban a emprender un ataque contra nuestro territorio, dispuse todo para que creyeran que este era el mejor camino. Les hice saber que estaba casi despoblado, muy desprotegido, y que era seguro para el avance de su ejército. Por otra parte, utilicé a un pastor del lugar para que mostrara a sus espías la zona por donde internarse en la Axarquía. Ese camino concluye aquí, en la punta de nuestras espadas. Somos pocos y ellos muchos, pero en estas circunstancias tenemos ventaja y nunca lo olvidarán. De antemano advertí a la población para que se escondiera con sus rebaños, y a los soldados de los puestos cercanos les ordené que aguardaran en lugares estratégicos y los empujasen hacia nuestra posición. Desde que empezaron a marchar en la dirección precisa, nadie los ha atacado. Ahora están más confiados, y eso nos viene bien. Es un gran ejército, por eso elegí este sitio, estoy convencido de que venceremos.

Cuando la noche los arropó con su oscuridad, acabaron por destensar sus rostros y músculos fatigados por el esfuerzo. Resignados, tras tantos desengaños en que habían terminado sus esperanzas al doblar un recodo, llegaron a una pared muy escarpada donde no les quedó otra alternativa que pasar de uno en

uno una vez más. Estaban intranquilos por la estrechez del lugar y por el destino en ese momento tan delicado, hasta que un grito de horror desgarró el aire. Eran los soldados musulmanes coreando el nombre de su general. Al compás de los gritos, incontables antorchas empezaron a caer desde ambos lados del precipicio, iluminando la noche y la jaula en que se había convertido el desfiladero. La luz alumbró los contornos de los aterrados soldados cristianos. Numerosas flechas silbaron en el aire antes de clavarse en sus cuerpos. Casi de inmediato empezaron a caer hombres con la cabeza o los ojos atravesados por las saetas, y otros literalmente aplastados por las rocas o mutilados por las piedras. En cuestión de minutos murieron muchos soldados y nobles, pero otros tantos lograron escapar. Los que sobrevivieron corrieron cuesta arriba mientras sus caballos pisoteaban las cabezas ensangrentadas de sus compañeros caídos. En la huida, los más nobles y valerosos expusieron sus vidas respondiendo desesperadamente con sus ballestas. En cambio, otros volvieron a buscar refugio entre las paredes de los caballos muertos. Una vez arriba, los que evitaron tan cruel muerte, miraron hacia abajo y descubrieron con horror la carnicería que tapizaba el suelo del desfiladero.

Don Gabriel de Guzmán, que aprovechó más que nadie los parapetos que ofrecían los caballos y los compañeros, logró alcanzar la cima con una montura robada a un soldado de su mismo bando. Desde esa atalaya que lo mantenía a salvo de los musulmanes, vociferó para decir, para preguntar, para parecer, pero sabía de antemano la respuesta.

—Amigos, mirad al fondo y observad en lo que se ha convertido nuestro noble ejército. Sentid el sufrimiento de cada uno de esos soldados muertos por la traidora acción mora y preguntaos: ¿No sentís lo mismo que yo? ¿No queréis poseer igual que yo la noble pasión de arremeter contra nuestros enemigos y morir cual fiel compañero?

Nadie dijo nada, ni una respuesta, ni una suma al falso ofrecimiento. Todas eran miradas esquivas.

—Me abrumáis con vuestra cobardía —repuso nuevamente el burgalés—. ¿No os dais cuenta de que morir ahora, en esta

carnicería y matando moros es morir cubriéndose de honor y gloria al mismo tiempo que nos cubrimos de sangre?

El infanzón burgalés dijo esto con furia y lágrimas en los ojos. El maestro, advirtiéndolo su osadía, corrió hasta él y lo abrazó también con lágrimas en los ojos.

—¡Esto es un caballero, esto es un noble! Pero también un hombre dolido que en su dolor no es capaz de percibir la insensatez de sus palabras. No es el momento, compañeros, pero os juro que habrá otras oportunidades.

Muchos más hechos desastrosos afectaron aquella noche a las tropas castellanas. Finalmente, algunos lograron escapar y alcanzaron la ciudad de Antequera. Por su parte, las tropas musulmanas recogieron un buen botín, pues lograron alzarse con armas y armaduras, caballos, prisioneros nobles que proporcionarían gran cantidad de oro, tropa llana que se vendería para esclavizar, además de truhanes y mercaderes que acompañaban a la expedición con todas sus riquezas. Esta fue la batalla que proporcionó gloria a los vencedores y pesar a los vencidos; esperanza a un pueblo que agonizaba y horizontes funestos a otro que montaba en el caballo de la soberbia. Sin embargo, entre los vencidos hubo alguien que ganó. No una batalla, ni tierras, ni riquezas, pero sí fama, honor y un puesto entre los nobles: el «valiente» caballero don Gabriel de Guzmán.

—Padre, he de ir, tengo que hacerlo. Puede que sea la única esperanza para Salvación. Por primera vez veo una ventaja a mi condición de nuevo cristiano. ¿No querías verme así, utilizándola en provecho de los demás? Pues quizá no encuentre mejor momento.

Meir Cabral miró los ojos de su hijo, y con verdadero fastidio comprendió que tenía razón. Debía hacerlo por el médico, que era un buen amigo de la familia; por Al Zagal, pues ya era hora de pagarle su amistad y buena voluntad para con ellos; y por Karima y por el padre de esta, que lo apreciaban.

—Nunca pensé que tu condición de cristiano te pusiera contra las cuerdas como ahora —balbuceó Meir consternado—. En este instante me arrepiento de haberte obligado.

—No me obligaste, padre, simplemente me lo pediste insistentemente, que no es lo mismo. Fui yo quien tomó la decisión, y aunque todavía me duele y me seguirá doliendo por toda la vida, sé que es acertada; si no para mí, sí para mis descendientes y para todos los que subsisten con nuestra ayuda. Salvación, sin ir más lejos, será el primero en aprovecharse de mi conversión.

Meir meneó la cabeza con los ojos apretados y actitud desesperada. En ese momento se sentía culpable, y con razón, de haber contribuido al cambio de religión de su hijo. Lo hizo por interés, pero solo por el interés de Asiel, nunca por el propio, pero ahora pensaba que, con toda probabilidad, se había equivocado. Un año atrás, su alto sentido político y la experiencia de toda una vida en constante vivencia con las esferas del poder, primero en Toledo y Valladolid y después en Málaga, le indicaron que el reino nazarí estaba abocado al ocaso. Pensando esto, Meir quiso que su hijo se hiciese cristiano, pues sabía que estos nunca dejarían las tierras y posesiones a los vencidos, menos aún si eran judíos.

Cuando Asiel oyó por primera vez los pensamientos de su padre, creyó que se había vuelto loco: un nasí de su envergadura dando estos consejos a su propio hijo era algo inconcebible. No obstante, después de muchas horas explicándole los motivos de tamaña argucia, recapacitó y accedió, aunque solo fuera por el bien de toda la comunidad, fuesen judíos, musulmanes o cristianos, pues esta dependía de ellos, y sin tierras esas familias carecerían de lo que hoy tenían.

Así fue como Asiel Cabral se hizo cristiano. A él le dolería siempre, pero sus futuros hijos nacerían y vivirían bajo esa condición, felices y con las posesiones que su padre les legaría nada más accedieran al bautismo.

Tanto Meir como Asiel abandonaron sus pensamientos y se miraron. Al plan que tan minuciosamente había elaborado Meir acababa de surgirle un imprevisto, pues Al Zagal, amigo personal de Meir y de Asiel, necesitaba la ayuda de este último para efectuar el

pago de un rescate, el de Salvación, amigo también del general nazarí, de la familia Cabral y del propio David Toledo, desde que salvó la vida de Karima cuando esta enfermó de dolor abdominal.

Tras esa mirada que mantuvieron padre e hijo, y después de unos momentos de desconcierto, Meir, con los ojos enrojecidos, levantó la vista y convino con su hijo:

—Tienes que hacerlo, hijo mío. Tienes que hacerlo por Salvación, por Al Zagal, que siempre nos trató bien, por ti, por nuestro honor y porque es lo justo y apropiado. Al Zagal me dijo que te lo pidiese, pero también que reconocía el peligro existente y que comprendería una negativa por tu parte. Simplemente pensó en ti porque eres un cristiano poderoso en tierra de musulmanes. En principio, esta condición de cristiano te dará un salvoconducto para acceder hasta el campamento de estos bárbaros, pero nunca se sabe.

—De todas formas, quiero hacerlo, padre —expuso Asiel—, con o sin peligro. Esta misma noche deberías informar de mis intenciones al general.

—Así lo haré. Mañana estará aquí el oro, y por la tarde podrás abordar lo referente al pago del rescate.

La luna iluminaba tenuemente con su cauta blancura la vega del Guadalhorce, atrozmente arrasada, talada, incendiada y despoblada de sus naturales habitantes. La mayoría de estos estarían aguardando atemorizados en el interior de la fortaleza de Cártama.

Muchos soldados cristianos, ebrios y abandonados al festín, celebraban por trigésima noche consecutiva la victoria sobre las tierras controladas por los musulmanes. Docenas de cerdos, cabritos, corderos y ríos de vino corrían por las gargantas de la soldadesca enloquecida con la victoria. Salvo las tropas encargadas de vigilar el extenso campamento compuesto por ocho mil jinetes y quince mil infantes, todos bebían, comían y se divertían.

Al mando de los tres batallones del nutrido ejército se hallaban don Alonso de Aguilar, don Rodrigo Ponce de León, don Alonso de Cárdenas, el duque de medina Sidonia y el conde de Cabra.

Treinta días habían pasado desde que, a primeros de la primavera del año del Señor de 1484, el ejército cristiano se pusiera en marcha desde las llanuras de Antequera. Durante todo ese mes no hubo fuerza capaz de parar a un poder tan destructivo que convertía en caos cualquier lugar al paso de la soldadesca. Desde que entraron por el camino de Álora y pasaron por los fértiles valles de Casarabonela, Coín, Almogía, Cártama, Pupiana y Alhaurín, arrasando todo a su paso, desatando una ola de castigo que diezmó rebaños, cereales y toda la arboleda reinante. Ahora, en sosegado descanso a orillas del Guadalhorce, y a una escasa legua de la villa y fortaleza de Cártama, todo ese poder vitoreaba sus hazañas.

Entre los altos fogones se divisaban las tiendas de las tropas, las de los capitanes y las de los altos nobles. También estaban firmemente instaladas sobre la vega las que formaban el primer hospital militar de campaña. Bajo la luz nocturna, se veía aquí y allá a los numerosos soldados enfrascados en peleas provocadas por la bebida y el juego. Otros menos precavidos hacían sus necesidades junto a las mismísimas tiendas, contraviniendo las órdenes estrictas que lo impedían por cuestiones de higiene. También había una actividad intensa de cambistas de monedas y de oro, y comerciantes de botín. Por otra zona estaban los vendedores de vino, chacinas y frutos secos; los artistas, los recitadores de versos y gestas y todo un sinfín de buitres carroñeros que buscaban sustento entre los despojos que dejaban la muerte y el pillaje que el ejército sembraba a su paso. En medio de tal desorden, irrumpió una patrulla de vigilancia custodiando a un hombre.

—Don Alonso —informó un soldado de la guardia—. Hemos encontrado a un mensajero. Es cristiano.

—¿Qué deseáis? —preguntó seriamente el maestro de Santiago cuando estuvo frente al hombre de profundos hoyuelos en la cara.

—Pagar el rescate de un cautivo.

—¿Cómo se llama?

—Salvación.

—¿El amigo del general?

—Sí —respondió Asiel.

—Ese es muy caro. ¿Por qué vos?

—Soy cristiano, poseo tierras y cierta solvencia —alegó Asiel—. Eso y que a ese hombre le debo la vida de un familiar.

—¿Salvó la vida de un cristiano?

—Salvó a muchos. A cristianos, a judíos y a musulmanes. En lo de salvar vidas no hace distinciones.

—Muy noble —determinó don Alonso—. Cuando lo apresamos y comprobamos que poseía cultura y ademanes nobles, le preguntamos por su pasado. Dice no saber nada. ¿Es cierto?

—Así es. Apareció hace unos dos años en esta villa y lo apresaron creyendo que era un espía cristiano. Poco después, cuando le salvó la vida a la hija del general, este le concedió su amistad eterna —contestó Asiel, al tiempo que rechazaba un trozo de asado de cerdo que le ofrecía el maestro.

—Fue apresado por don Gabriel de Guzmán —aclaró finalmente el maestro de Santiago—. A él atañe el rescate. Hablad, pues, y lleváoslo.

Don Gabriel de Guzmán se hallaba postrado en un reconfortante sillón de terciopelo azul, en estado de embriaguez y degustando una pierna de cordero muy dorada.

—¡Estáis en lo cierto! —exclamó—. Es a mí a quien corresponde el pago de ese recate. —Con sumo nerviosismo, el burgalés contó las piezas de oro que luego debería repartir proporcionalmente, como estaba estipulado—. Todo está en orden —prosiguió—. Es lo acordado. Tomad este salvoconducto con mi firma y recoged al reo en el hospital de campaña. Esta algo enfermo, pero vive —dijo antes de dibujar una sonrisa llena de inquina y dientes irregulares y manchados por la dejadez—. Una última cosa —agregó don Gabriel antes de que Asiel se marchara—. Fui amonestado por querer despojarlo de sus ropas, y desde entonces vetan mi presencia junto a él. Es por eso por lo que me gustaría hacer un trato con vos.

—¿Qué tipo de trato?

—Quiero comprar sus ropajes —resaltó el infanzón burgalés—. Me gustan. Decidle que le daré cuanto me pida. ¿Hablares?

—Lo haré. Pero no le prometo nada.

Asiel se alejó rápidamente de don Gabriel y preguntó a un noble de bajo rango por la ubicación del hospital de campaña. Al llegar, mostró el salvoconducto al guardia de la puerta y entró. Mientras buscaba con su mirada por toda la estancia, abundantemente iluminada, pensó en las palabras del caballero burgalés, pero las olvidó en cuanto reconoció la larga figura del amigo sobre un colchón de paja.

—¿Cómo estás, grandullón? —preguntó a Salvación en cuanto estuvo lo suficientemente cerca para que este lo estrechara con un fuerte apretón.

—Vivo, que no es poco. Tengo algo de fiebre, pero pasará.

—¿Algo? Estás ardiendo. No creo que sea conveniente salir a estas horas de la noche.

—Estoy bien. Salgamos de aquí cuanto antes —convino Salvación.

—No creo que sea una buena idea —repuso Asiel—. Hablaré con don Alonso, parece un buen hombre, y estoy seguro de que no pondrá objeciones a la intención de marcharnos mañana con la salida del sol. ¿De acuerdo?

—Qué remedio, veo que no te haré cambiar de opinión. Aunque vendría bien otro lugar menos lúgubre.

Asiel se despidió momentáneamente de su amigo para exponer la situación al maestro de Santiago, pero un poco más allá, lo paró un enfermo.

—Hijo, por la cruz que llevas en el pecho, tráeme un poco de agua.

—¿Tenéis sed, caballero?

—Estoy ardiendo, joven, y me muero por un trago. Si puede ser vino, mejor.

Asiel salió riendo y le prometió que algo haría.

Algunos minutos después, Asiel regresó con el consentimiento de don Alonso para permanecer allí hasta la salida del sol, hora prevista para que los guerreros prosiguieran con sus obligaciones en el campamento.

Antes de llegar a la cama de su amigo para llevarlo a un lugar más saludable, se encaminó con una jarra de agua hacia la del caballero que antes había demandado su auxilio. Pero esta vez no estaba solo, alguien lo acompañaba. Al acercarse para saludar y entregar la jarra, una oleada de calor y color invadió su cara, pues el acompañante resultó ser la acompañante, y no una cualquiera, sino la mujer más bella que había visto en su vida.

Posó la jarra de agua en un taburete de madera y saludó cortésmente a la mujer con una genuflexión. Ella se giró y lo correspondió con una tímida sonrisa.

—Buenas noches, caballero. El enfermo es mi padre.

Tras el torpe no saber qué hacer, el joven agregó:

—Me llamo Asiel, y ese hombre de ahí es mi amigo.

—Le conozco, tuve que llevarle agua no en pocas ocasiones. Aquí mucho hospital y muchas dependencias, nada más. Si no tienes a alguien cerca para cuidarte, puedes morir de sed.

—¿Cómo es que estáis en campaña? —preguntó Asiel.

—Vine ayer mismo. Don Alonso me envió al castillo de Antequera un mensajero con la noticia de que mi padre estaba malherido. Así mismo, me dijo que si quería cuidarlo en el hospital no habría problemas. Por cierto, el nombre de mi padre es don Fortún, y el mío, que no os lo he dicho aún, es Juana.

—Un honor —susurró Asiel.

Tras un corto silencio en el que ni el padre dormido ni los jóvenes hablaron, Asiel volvió a preguntar.

—¿Qué le ocurre exactamente a vuestro padre?

—Sus lesiones son de gravedad. Tiene un corte en el pecho y temo por su vida, y dudo que esté en condiciones de seguir el ritmo de marcha que lleva el ejército.

Asiel se sumió en un prolongado silencio en el que se mostró pensativo, y después agregó:

—Vivo en esa villa de ahí. Tengo una casa grande, algunos hombres que me ayudan, y también conozco a algunos buenos médicos, aunque el mejor de todos es ese que descansa ahí —dijo señalando a Salvación—. Lo que quiero deciros es que, si lo creéis

oportuno, podéis quedaros en mi casa todo el tiempo que sea necesario para que vuestro padre se recupere.

—No es posible —sentenció la joven—. Mi padre es un caballero cristiano, y esos de ahí son musulmanes. Lo matarían en cuanto pisara ese suelo, sobre todo después del destrozo en vuestros campos y hogares de la vega.

—Por eso no sufráis. Puedo prometeros que en ese lugar no le ocurrirá nada. Mi padre, aunque judío, es una de las personas más influyentes en la villa, y al igual que yo, tiene una gran amistad con Al Zagal. Puedo garantizaros su seguridad.

—Vuestra vida ha de ser extraña —admitió la joven—. Tenéis un padre judío, el mismísimo Al Zagal es vuestro amigo, y sin embargo sois cristiano. ¿Cómo se lleva todo eso?

—Muy bien, aunque cueste creerlo. Yo vivo en una casa, mi padre en otra, donde rigen las más arraigadas costumbres judías, y Al Zagal en su palacio. A pesar de ello, convivimos en perfecta armonía. Todos nosotros, nuestra comunidad en general, y me refiero al pueblo del reino de Granada, seguimos nuestros cultos y creencias en paz y tolerancia. El cristiano descansa cada domingo, si así lo cree conveniente, el judío respeta el Sabbath, y el musulmán cumple con su viernes y con el ramadán. En esas cuestiones, cada uno a va lo suyo. Sin embargo, queremos aprovechar, y de hecho aprovechamos, el más insignificante lazo para disfrutarlo en comunidad y de esa forma enriquecer la convivencia.

—Así debería ser siempre —expuso la joven—. La guerra no conduce a nada, la guerra me hizo perder a mi madre y ahora quizá a mi padre. Ojalá salga de esta —dijo Juana pasando su mano por la sudorosa frente de don Fortún.

—¿Qué decís a lo que os he propuesto antes? ¿Aceptáis mi ofrecimiento?

—Sí, desde luego que quiero, pues sé que sin esa ayuda no saldrá adelante. Sin embargo, mi padre ha de contar con la bendición de don Alonso, pues es su comandante.

—En ese caso, hablemos con él.

Una hora después, todo estaba resuelto. Don Alonso de Cárdenas, hombre cabal y justo, vio con buenos ojos la medida y la aprobó,

contando también con el beneplácito del marqués de Cádiz. En cambio, hubo alguien que no estuvo de acuerdo con la solución adoptada, pero cuya opinión no contaba para nada. Con la ira invadiéndolo hasta los tuétanos, don Gabriel de Guzmán, hombre iracundo, vengativo y enamorado hasta los huesos de la hija de don Fortún, quedó sumido en la más profunda de las desesperaciones.

Faltaban al menos dos horas para que la clepsidra marcara la salida del sol cuando Salvación despertó y encontró a su amigo sentado junto a él en el hospital de campaña.

—La fiebre se portó bien —señaló Asiel—. Te dejó dormir.

—Creo que bajó. Estoy mucho mejor —admitió Salvación.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Asiel—. ¿Alguna infección?

Salvación giró la cara y mostró la parte escondida de su cuello. Tenía un corte transversal que giraba buscando la nuca.

—¿Quién te hizo eso? —dijo Asiel alarmado.

—Don Gabriel.

—¿Por qué? ¿Acaso le es innecesario el rescate? —preguntó Asiel.

—No, no lo quería —aclaró el médico.

—¡Qué tonterías estás diciendo! Nadie cambia dinero por un muerto.

—Un muerto no, pero por el traje de un muerto, quizá sí. Si no fuera por la repentina intervención de don Alonso, ahora no estaríamos hablando.

—¿Y todo por unos ropajes? ¿Estás de broma? Ha de haber algo más. Cuéntame —pidió Asiel.

—No sé mucho más que tú. También estoy sorprendido.

—¿Sorprendido? ¿De qué? —insistió Asiel.

—Baja la voz —pidió Salvación—, y te contaré lo sucedido. Pasó hace dos días. A los prisioneros de baja condición los vendieron como esclavos a los mercaderes y tratantes que deambulan por el campamento con ese fin, pero a los de alguna nobleza, nos encerraron en una gran tienda para cobrar los rescates. Mientras

estábamos encerrados allí, muchos nobles de baja condición e hidalgos cristianos pasaron para recoger las pertenencias de valor que tuvieran los prisioneros que ellos mismos tomaron. Junto a la gran tienda que nos albergaba había otra tienda donde, en turnos concertados, estos caballeretes nos llevaban para registrarnos y sustraernos cualquier cosa de valor. A mí también me tocó el turno, y fue don Gabriel de Guzmán el encargado de registrarme según su legitimidad por haberme capturado. Primero registró mi turbante, pero al no encontrar nada de valor, amenazó con matarme si no le conseguía nada que valiese la pena. Yo no me asusté en absoluto, pues era consciente de que mi amistad con Al Zagal me confería un alto valor. Sin embargo, viendo que no me impresionaban sus amenazas, don Gabriel rompió mi túnica y vio el traje negro que siempre llevo debajo. No sé si es que le gustó o que apreció algún valor en él, la cuestión es que lo quiso. Evidentemente, no lo consentí. Este traje es lo único que me liga, quizá, a una vida que no recuerdo. Por todo eso fue que le dije que si lo quería tendría que quitármelo él mismo, a lo que respondió con fuertes tirones e insultos. Me quedé muy sorprendido cuando comprobé lo infructuoso que resultaron sus bárbaros tirones, pero se ve que él quedó más turbado que yo, pues sacó su cuchillo e intentó cortar la tela sin éxito.

—¿Estás herido? —lo interrumpió alarmado Asiel.

—No, déjame contar. Al final me lanzó una estocada al abdomen, pero el cuchillo no atravesó el traje. Perplejo, lo intentó varias veces más, pero todas con el mismo resultado. Enloquecido por el deseo de poseer algo así, me puso el cuchillo en el cuello y me rajó, pero en ese instante entró don Alonso y lo arrestó por indigno.

—Salvación —dijo Asiel con los ojos muy fijos y una mueca de incredulidad en sus labios—. ¿Estás delirando?

—No, créeme —respondió el médico—. Estoy tan pasmado como puedes estarlo tú. —Hubo un silencio en el que no dejaron de observarse mutuamente, tras el cual, Salvación agregó—: No me crees, ¿verdad? Prueba a cortarlo con aquel escalpelo.

—Te creo, te creo —reconoció Asiel sacudiendo las manos y queriendo evitar la cuestión, pues creía que su amigo desvariaba.

—¡No! —sentenció Salvación—. ¡Sé que no me crees! Al menos intenta cortar una manga. ¡Hazlo!

Pasándose una mano por la frente, Asiel cogió el escalpelo con mano temblorosa y lo rozó levemente contra el grueso tejido negro, de textura casi sedosa.

—Más fuerte, con más agresividad —le insistió el médico.

Asiel raspó e intentó cortar, cada vez con mayor ahínco, hasta que empezó a intentar clavarlo levemente, después con mayor intensidad y finalmente con todas sus fuerzas. Boquiabierto, miró a su amigo y le preguntó:

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. Formará parte del mismo pasado que desconozco.

—¿Lo sabe alguien más?

—No, don Gabriel lo ocultó a don Alonso, lo quiere para él. Hay un turco a su servicio. Según dice, es piel de unicornio. Le ha dicho que es una prueba de que soy un custodio de la seda.

—¿Un custodio de la seda?

—El turco argumenta que son soldados que custodian la ruta que conecta el Lejano Oriente con la antigua Constantinopla.

—Puede ser una pista sobre tu pasado. Indagaremos. En cuanto a don Gabriel y el traje... Será en otra ocasión. Dentro de un rato estaremos en mi casa, y don Alonso me ha prometido que levantará el campamento y que esta vez no nos atacarán. Me dijo que era en agradecimiento a lo hecho por don Fortún, pero que para la próxima vez no puede garantizar nada.

—¿Qué ocurre con don Fortún? ¿Ignoro algo? —preguntó el médico.

—Ah. No te lo he dicho, cierto... Vendrá con nosotros a mi casa. Allí intentaremos que se recupere con ayuda de su hija.

—Ah, ¿su hija también viene? Qué bueno eres. La de sacrificios que tienes que hacer por don Fortún —dijo el médico en voz baja, y los dos amigos rompieron a reír.

El sol acababa de salir y la tierra, con su nubloso hálito, daba la bendición a un buen par de pieles calientes. Don Gabriel, saliendo de la huronera que formaban varias alfombras y pieles situadas al pie de un olivo talado, se frotó los legañosos ojos mientras observaba la jauría de perros desesperados que comían los restos de asado de la noche anterior. Se levantó con dificultad y dio un largo trago a un pellejo de vino dulce e instantáneamente recordó el dolor de la noche anterior. La mujer que más deseaba se había marchado con el amigo de los musulmanes. Pensando en ello, paró a un soldado que llevaba las cuerdas de varias tiendas desmontadas.

—Soldado. ¿Ves esa villa de ahí? ¿Ves los campos que hoy pisamos? Todo es hermoso, ¿no crees?

—Así es, señor, todo muy hermoso.

—Sí, muy hermoso. Quizá no sea el lugar más bello del mundo, soldado, pero a mí me lo parece. Sus llanos, sus montes sembrados de viñas, su río. Tú, soldado, tú eres testigo de lo que voy a decir. Juro por la mismísima virgen María que todas estas tierras serán mías, con mi espada y mi esfuerzo se la arrebataremos a los infieles. Tardaremos un año, tardaremos dos, o podremos tardar diez, pero cuando lo consigamos, yo, don Gabriel de Guzmán, seré dueño de ellas y todo lo que haya en ellas me pertenecerá.

—No es como el año pasado, hijo mío. Hay tropas por todas partes. Han divisado pequeños batallones que cortan las comunicaciones por el camino de Málaga, infinidad de soldados en el río asegurando que el paso a izquierda y derecha no se lleve a cabo, patrullas por doquier, y, para colmo de males, el grueso del ejército cristiano está apostado cerca de Benamaquís con su rey al mando. Me ha deslizado el alcaide de nuestra fortaleza, basándose en sus fuentes, que lo forman diez mil jinetes y más de veinte mil infantes. Sin embargo, esto es menos preocupante si lo comparamos con el poder destructor de las demoníacas máquinas que traen consigo. Cuando el año pasado comprobaron que con

estas bombardas caían importantísimas plazas con relativa facilidad, adquirieron más, algunas de calibre superior, y por consiguiente, portan en sus entrañas mayor poder de destrucción.

—Si esas noticias son verdaderas, padre, esto puede ser el fin del mundo que conocemos. Aún recuerdo con nostalgia la abnegación con la que villas y ciudades se enorgullecían de su origen y condición. Pero todo ello cambió con el transcurso de pocas jornadas en que fueron acosadas y sometidas por esas máquinas. Junto a sus muros y torres, también se hizo pedazos su firmeza, fidelidad, costumbres y cultura arraigadas durante siglos. No, padre, no me da vergüenza mostrar las lágrimas que corren por mis mejillas cuando recuerdo el orgulloso pasado de Álora, de Setenil y tantas otras villas. Donde hace tan solo un año era posible encontrar en animada tertulia a los paisanos que acababan de abandonar su iglesia, su mezquita o su sinagoga. A esas villas nunca volverá el pasado que se marchó, y eso me llena de tristeza. También lloro porque creo que ahora le toca el turno a Cártama y a muchas otras plazas. —Asiel calló, dejando total libertad al torrente de lágrimas. Se abrazó a su padre, roto por una nostalgia que ya nunca le abandonaría hasta el día de su muerte.

—Todos los agricultores y la población se encuentran ya en el interior de la fortaleza, lo mismo que los soldados de los torreones vigías de la vega y de la sierra. Yo subiré pronto con David y Karima, pero antes quería pasar por aquí y convencerte de que subieras tú también con tu esposa y con tu hijo.

—No, padre, yo me quedaré aquí defendiendo mi casa y mis tierras, pues he de legárselas intactas a mi hijo. Parece mentira que una familia cristiana tenga que defender sus posesiones de sus hermanos de fe —confesó Asiel esbozando una sonrisa irónica—, pero es inevitable, sobre todo cuando entre sus filas cabalgan hombres de la naturaleza de don Gabriel de Guzmán.

—Creo que no te causarán problemas gracias a don Alonso y al marqués de Cádiz, pues son gente de honor. Búscalos y ellos mismos te garantizarán tu futuro, máxime cuando tu difunto suegro era uno de los más reputados caballeros del maestro de Santiago.

Al oír tales palabras, Asiel no pudo evitar un sentimiento de amargura que lo transportaba a los últimos días que vivió su suegro. Fue el propio don Fortún quien, levantándose de su lecho asediado por la muerte, llevó a cabo los últimos menesteres previos al enlace matrimonial entre su hija y Asiel. Habló con el sacerdote de la villa, mandó misivas a sus familiares de Castilla y al mismo don Alonso de Cárdenas para que bendijera el enlace matrimonial, sobre todo sabiendo que pronto las tierras de su yerno estarían dentro de la corona castellana. Por último, le dijo a Asiel que estaba orgulloso del hombre al que entregaba su hija.

El noble don Fortún murió dos días después del enlace y de la concepción de su nieto, que ahora tenía un mes de vida. Pero al menos no murió doblado por los fuertes dolores que le partían el pecho, sino que se fue al otro mundo dejando una sonrisa de tranquilidad por la felicidad que embargaba a su hija.

—Padre —dijo Asiel abandonando sus pensamientos—, deberías subir ya con Karima y David al castillo. No creo que tarde mucho en producirse el asedio. Allí ha de estar Salvación, pues salió de mi casa poco antes de que llegases.

—¿Cómo es que estaba aquí? —preguntó Meir.

—Pidió permiso a Al Zagal y salió de Málaga desoyendo la advertencia de este en cuanto a las tropas cristianas. Ya sabes cómo es, cuando promete algo, lo cumple, y como se comprometió a examinar a mi pequeño por la extraña dolencia que ha tenido las últimas noches, y de la cual David no encontraba procedencia... Pero tranquilízate, padre, pues Salvación le restó importancia.

—Bueno, hijo mío, te dejo. Que Dios nos proteja a todos. Espero que volvamos a vernos.

—Seguro, padre. ¿Por qué tendría que ser de diferente forma?

—No sé. Pero ya conoces al alcaide, es tan testarudo como capaz, y en inferioridad, ambas cualidades no ayudan.

—¿Crees que habrá ataque?

—Lo dudo, al menos aquí. En Coín seguro que sí, pues su fortaleza invita a ello. La nuestra, en cambio..., es demasiado abrupta para sus bombardas y máquinas de guerra. Un asedio

permanente será más eficaz para que la fruta madure y caiga por sí sola.

—Con Dios, padre.

—Con Dios, hijo.

Ambos hombres, padre e hijo, judío y cristiano, se despidieron hasta la próxima vez, donde el mundo que habían conocido hasta entonces habría dejado ya de existir para siempre.

Las puertas del torreón de la primera muralla defensiva estaban totalmente abiertas. Por debajo de su arco, y ante la atenta mirada de los guardias, pasaba el gentío atemorizado, cargado con cualquier cosa de valor que tuviese. Había niños que portaban hatillos de ropa, gallinas bajo el brazo, palomas y tórtolas enjauladas; mujeres con grandes cargas de frutas, hortalizas y sacos de pan; agricultores que llevaban las reservas de sus bodegas y graneros; ganaderos con sus quesos, manadas de ovejas y cabras; carretas llenas de grano, vino, aceite, paja, hierba y todo aquello que pudiese alargar y hacer menos amargo el inminente sitio al castillo.

Salvación, con su rostro mojado por las gotas de sudor que bajaban desde su turbante, cogió uno de los pellejos de agua que repartían varios soldados junto a la torre albarrana. Tras echárselo al hombro, empezó a subir la cuesta empedrada. De fondo oía la voz rota del mismísimo alcaide exhortando a sus asustados vecinos. Mientras subía, no dejó de mirar el incesante ajetreo que llenaba cada rincón de la fortaleza. A la izquierda, siguiendo la muralla, un numeroso enjambre de soldados corría por los adarves posicionándose ordenadamente en las almenas, con lanzas y ballestas engrasadas. Al mismo tiempo, los peones socorrían los distintos puestos defensivos con saetas para los ballesteros y con cargas de piedras para los vecinos varones que en nada se sumarían a la defensa del castillo. A su derecha, Salvación pudo observar la intensa agitación que había en las cuadras, situadas en la ladera empinada, donde parte de la caballería esperaba con

semblante grave la posible orden de salida de castigo sobre alguna patrulla despistada que se acercase. No obstante, se dio cuenta de que la mayoría de los víveres, armas y municiones se transportaban al reducto superior de la fortaleza, para soportar, en caso de necesidad, un sitio más estrecho, agónico y defendible. La abrupta pendiente natural del monte sobre la que se asentaba la fortaleza estaba preciosa, ocupada metro a metro por el colorido de huertos.

La gruesa columna humana que llenaba toda la vía subía como un arroyo a contracorriente, en busca de la parte superior de la fortaleza, donde mujeres, niños y ancianos se agolpaban. Los hombres y jóvenes descargaban sus bártulos y volvían a bajar para fortalecer la defensa en las murallas.

Salvación soltó su carga, fatigado por el desacostumbrado esfuerzo, y pidió un arma para bajar hasta las almenas inferiores, pero un capitán cercano desautorizó al soldado que iba a entregársela.

—Os conozco, y sé que haréis mejor función atendiendo a los heridos que luchando. Además, si nuestro general se entera de que hemos expuesto a su amigo al peligro, el alcaide sufriría las consecuencias. Mi nombre es Sharif.

—El mío Salvación. ¿En qué puedo ayudar, entonces?

—Hablad con el alcaide. Él sabrá indicaros. Se encuentra en aquella torre.

Salvación se encaminó hacia la torre que le indicó Sharif. En su corto paseo descubrió que el sedoso velo que impedía ver las caras de las mujeres musulmanas no lograba mitigar el terror que sentían. Justamente detrás de la torre, donde daba órdenes el alcaide, se encontraba el aljibe de la fortaleza, y como era norma, siempre tenía vigilancia, solo que en esta ocasión, y atendiendo al asedio, eran cinco los soldados que lo custodiaban por temor a que un posible espía envenenase el agua y acabase de antemano con las posibilidades de éxito de la defensa.

—Para lo que mandéis, alcaide —gritó Salvación a través del gentío sobreexcitado.

El alcaide dejó de impartir órdenes y se volvió hasta reconocer al hombre alto de negro, que lo saludó cortésmente con una

reverencia.

—No tengo el placer de conoceros personalmente, pero quién no ha visto u oído hablar del inseparable amigo de nuestro general Al Zagal. Me siento orgulloso de que os encontréis aquí, pero lamento que sea en estas circunstancias. Mi nombre es Aben Said. El vuestro lo conozco, por supuesto.

—Gracias por vuestra cordialidad, alcaide, y, aunque mi llegada aquí es fortuita, no es lamentable. Me pongo a vuestro servicio para ayudaros en lo que preciséis.

—¿Me acompañáis dentro? —pidió Said señalando sus dependencias.

El alcaide transmitió algunas otras órdenes a su segundo y se marchó en compañía del médico. Bajaron la escalera de la torre y pasaron por el estrecho pasillo que había entre las dependencias inferiores de los adarves y el aljibe central. Alrededor de este, en una plaza cuadrada, se encontraban el polvorín, con vistas a la villa; el arsenal, cuyos muros miraban a Málaga; el almacén de víveres y las dependencias de los oficiales a espaldas de las fértiles viñas; y el antiguo edificio al cual se dirigían, que hacía de comandancia y alcaldía, y cuyas ventanas exteriores se orientaban hacia Coín, por encima de la entrada a la parte más elevada de la fortaleza.

—No quiero que hagáis nada por los heridos. Quiero que esperéis aquí dentro, y si las cosas se tuercen y resultan desastrosas, entonces cumpláis la misión que voy a encomendaros.

—¿De qué se trata?

El alcaide, con evidente preocupación, pidió a un soldado que abriese las puertas de los sótanos. Bajaron por una escalera de caracol, y al llegar abajo vieron a un soldado de alta graduación con su ballesta apuntada hacia dos prisioneros que trabajaban encadenados de pies y manos.

—Zaydún, ¿les queda mucho?

—Están concluyendo, señor alcaide.

Los dos prisioneros terminaron de meter los cofres y las sacas en una abertura de la pared, y después cerraron una puerta gruesa hecha de la misma piedra. Ya no se vio nada, ni puerta, ni hueco, solo una pared de piedra.

—El alcaide hizo una señal a Zaydún y este disparó la ballesta contra el primero de los prisioneros; posteriormente, sacó su cimitarra y la descargó sobre el pecho y estómago del segundo, que soltó un lamento mientras sus vísceras se desparramaban por el suelo, sin que sirvieran de nada las airadas protestas de Salvación.

—No es noble vuestra forma de actuar, alcaide —clamó el médico con languidez y consternación—. ¿Por qué habéis matado a esos hombres indefensos?

—En la guerra nada es noble, y mucho menos las miserables acciones que ella nos lleva a cometer. Pero si nosotros no las cometemos, el enemigo sí las cometerá, lo cual nos dejaría en desventaja.

—Ni con esa explicación ni con muchas otras me convenceréis de la necesidad de tales actos —sentenció Salvación—. Lo que habéis hecho es indigno.

—Sé que nunca te convenceré, ni siquiera trato de hacerlo —terminó por decirle abandonando todo tratamiento de respeto—. Por ese motivo eres médico y yo soldado. Sígueme, por favor. —Cuando estuvo frente al lugar que había ocupado anteriormente la abertura, el alcaide dijo—: Fíjate en lo que ocurre al girar los soportes de estas antorchas.

Salvación se puso en el lugar que le señaló el alcaide y giró una antorcha en la dirección indicada, al mismo tiempo que Said hacía lo propio con la suya. Al instante se oyó un ruido pesado y se abrió una puerta escondida en el grueso muro de piedra.

—Muy ingenioso —observó Salvación—. ¿Qué escondéis ahí?

—Entra y verás.

Salvación entró en la sala y se quedó perplejo: había enormes cofres repletos de oro, joyas, collares y escudos relucientes con los bordes de oro y el centro en lapislázuli. Del mismo material estaban hechas las empuñaduras de diferentes cimitarras y lanzas. Había armaduras ricamente labradas en plata y oro, pieles exóticas, jarras y vasos nobles, rica porcelana venida de oriente, leones y elefantes hermosamente tallados en madera oscura, cuyos ojos eran de diamantes refulgentes. Cuando creyó que lo había visto todo, divisó en un rincón un montón ordenado e inmenso de barras de oro.

—Esas sacas que ves ahí no pertenecen al tesoro del reino nazarí —explicó el alcaide—, sino a acaudalados judíos que las han puesto en nuestro poder, temiendo el avaro fin que nos dispensarán las tropas cristianas. La de la derecha, y no quiero que lo menciones nunca, pertenecen a tu amigo Meir Cabral. Las trajo porque si las legara a su hijo podrían caer en manos indeseables, y de estas, a las manos de la iglesia y a las del ejército castellano-aragonés. Ya sabes cómo son esos obispos. QUITAN las tierras a judíos y a musulmanes para purificarlas con sus ritos y dejarlas con mucho esfuerzo en manos cristianas. Pero solamente la tierra, porque según ellos, Dios la creó. Sin embargo, el oro y las joyas creadas por nosotros, los infieles, no, pues son de origen maligno. Argumentan que solamente pueden perder esa condición diabólica bajo la custodia y bendición permanente de la iglesia. Mira en el interior de las sacas.

Salvación miró y se quedó asombrado.

—¿Todo este oro tenía Meir?

—Sus antepasados se remontan a la antigüedad de Toledo y siempre fueron ricos. Sin embargo, la cantidad es lo menos importante. ¿Sabes qué hay aparte de las veintitrés barras de oro?

—No. Iluminadme.

—Esto —señaló Said levantando una joya en alto—. La media luna que siempre llevó el mismísimo Almanzor en su cabeza. Un objeto sagrado y legendario de valor incalculable, por el que miles de personas asesinarían. La otra saca, la de la izquierda, pertenece a otro acaudalado judío de Benamaquís, su nombre es Jacob Denia. Ayer mismo consiguió sacarla de la villa antes de que la destruyeran las tropas cristianas. Nos la legó para que ayudase en la lucha contra los cristianos, pues dice que prefiere en el poder a los que dejan vivir en lugar de los que asesinan. Lo que hay en su interior tiene el mismo valor que la media luna de Almanzor, si no más.

El médico, extrañado y curioso, miró en el interior, y de su boca salió una incontenible mueca de admiración. Sin apartar las manos de la saca, retiró un paño de terciopelo y palpó un bello tablero de ajedrez. Estaba fabricado con oscura madera de ébano, y el contraste de los cuadros lo formaban finísimas láminas de oro

labradas. En el borde del tablero había incrustaciones de rombos de oro, lapislázuli, rubís, esmeraldas y otras gemas. Cuando Salvación desenvolvió una pieza, contempló un rey negro elaborado en ébano y con la corona, cimitarra, capa y ojos en oro.

—¡Oh! —exclamó Salvación—. ¿Es lo que pienso que es?

—Después del ¡oh! que has soltado, estoy seguro de ello —dijo el alcaide.

—¿Es... es el ajedrez legendario? —preguntó Salvación.

—El mismo —respondió Said—. El mismo tablero y las mismas piezas que libró a Sevilla de su devastación cuando Ibn Ammar derrotó en una caballerosa partida de ajedrez al rey Alfonso VI de Castilla.

—¡Increíble! —apuntó Salvación—. ¡Existe! ¿Cómo puede estar toda esta riqueza en esta fortaleza? ¿No debería estar en Málaga o en Granada?

—Estás sorprendido, ¿verdad? Antes de nada te diré que eres el primer hombre que entra aquí durante mi mandato. Ni siquiera Zaydún, al que acabas de conocer, y que cuenta con toda mi confianza, ha tenido ese privilegio. Pero la norma así lo estipula. El derecho que ostenta la fortaleza de Cártama para poseer toda esta riqueza viene de muchos siglos atrás. Según cuentan las crónicas, y yo no soy quien para mostrarme escéptico con ellas, y mucho menos para rebatirlas, hubo un corto periodo de tiempo en el que esta villa tuvo su propio reyezuelo. Ese pasaje de la historia sucedió justamente después del desgraciado desmembramiento de Al-Ándalus. Al Alak era su nombre, y durante algún tiempo actuó como tal, teniendo únicamente por palacio un mísero torreón romano que había en este mismo lugar. Fueron varios los meses que gobernó secundado por una ferviente hueste de fieles, hasta que finalmente fue doblegado por la facción dominante. Pero, a cambio de su sometimiento, el príncipe de la taifa le otorgó el derecho a mantener las riquezas que tenía y a quedarse con un porcentaje importante de las aceifas que realizara contra otras taifas. Al mismo tiempo, lo ayudó a iniciar la construcción de la fortaleza que estamos pisando. Cuando la dinastía nazarí se hizo con el poder, mantuvo este viejo acuerdo y así ha seguido hasta nuestros días. Hoy en día, cuando

realizamos una aceifa y resulta provechosa, lo primero que se hace es pagar a los soldados; un treinta por ciento del botín vierte en nuestras arcas, y el resto viaja hasta Málaga. Toda esta riqueza que ves aquí sirve para apoyar a Málaga o a Granada en caso de que estas fuesen sitiadas. Precisamente por eso se nos permite mantenerla.

—Sí —reconoció Salvación—, pero... ¿qué pasaría en el caso de que Cártama cayera en poder cristiano? ¿No sería aumentar el ya de por sí elevado poder enemigo?

—Cierto. Es cierto que toda esta riqueza es un arma de doble filo. Pero, como sabrás, toda arma de doble filo tiene su funda. Tu misión, si se da el caso, es utilizarla.

Said cerró el muro desde el interior, cogió una antorcha y empezó a andar por el vetusto pasillo lleno de grietas. Mientras paseaba tranquilamente en amistosa charla con Salvación, iba encendiendo cada una de las antorchas dispuestas en el trayecto. Un rato después, el camino acabó súbitamente en una pared en cuyo pie había un agujero de unos tres codos cuadrados, lleno de agua.

—Hasta aquí podemos llegar. Estamos justamente debajo del aljibe mayor, a muchos metros de profundidad. Está cavado sobre la misma roca, pero debajo, y separado de este, se construyó un pasillo acuático por el que hace siglos no pasa nadie... Hasta que lo hagas tú, si aceptas la misión.

—¿Cuál es esa misión? —preguntó Salvación.

Antes de contestarle, Said guardó un tiempo de silencio, el necesario para salir de la gruta y cerrar la puerta.

—Ya conoces esta cámara, ¿verdad? —aseveró el alcaide.

—Naturalmente. Hace un rato vuestro capitán de confianza asesinó aquí a dos hombres.

—¿Ves esa puerta en alto? —preguntó nuevamente Said.

—¿Se refiere a la de entrada o a la de enfrente, la que se halla suspendida en la pared?

—A la de la pared —contestó el alcaide—. En ella hay cuatro barras de oro de no muy buena calidad, varios collares, sortijas, perlas, y también dos rubíes pequeños. Es un cebo, debe de llevar ahí varios siglos. —El moro dejó de contemplar la puerta y bajó su

mirada hasta posarla con gesto sereno en los ojos del médico—. ¿Aceptas la misión?

—¿Qué?... No entiendo —agregó con voz queda Salvación—. Tendréis que exponerla antes de que os dé una respuesta.

—No puedo hacerlo, tendrás que aceptar a ciegas, o negarte.

—Said, no puedo hacer eso, comprendedme. Si en esa misión me pidieseis matar, no podría hacerlo y os fallaría. Esa interrogante es la única excusa que me impide contestaros afirmativamente.

—Te aseguro que en ella no tendrás que matar ni conducir a nadie a la muerte.

—Entonces, asegúradme que es por el bien del reino y, si es preciso, daré mi vida por llevarla a cabo.

—Harás mucho bien, te lo aseguro —afirmó el alcaide mientras gesticulaba pausadamente con el índice.

—Acepto —murmuró finalmente Salvación.

—Lo sabía, sabía que no os rehusaríais. —A partir de ese momento, Said volvió a tratarlo con deferencia—. Os contaré. Sois el primer hombre al que se encomienda la divina misión de salvar estas riquezas y ponerlas en las manos del ejército de Alá. Durante siglos no fue necesario, pero el desgraciado y temido momento está cerca, ya que cerca veo la derrota o la capitulación de esta fortaleza. Abramos nuevamente la puerta, amigo mío.

Los dos hombres volvieron a girar las antorchas simultáneamente, y la sala del tesoro volvió a abrirse ante ellos.

—Pasad —dijo el alcaide—. Hoy sois más dueño de todo esto que yo. Oídmeme, pues os voy a explicar el plan forjado varios siglos atrás. Esta es la piedra que cierra la puerta desde dentro. ¿Veis? —Salvación asintió—. Otro giro y vuelve a abrirse. Ahora fijaos en ese gran mazo y contemplad esa pieza de piedra; si la golpeaseis, la romperíais y pondríais en marcha el plan.

—¿Qué pasaría? —preguntó Salvación sin ocultar su curiosidad.

—Salgamos nuevamente —indicó Said.

Una vez fuera, el alcaide contestó cuando estuvo sobre la sangre aún fresca de los dos prisioneros asesinados.

—Resultaríais ser mayor salvación de lo que sois ahora. Os explico: estaríais ahí dentro con la puerta cerrada, y cuando

rompieseis la pieza de piedra, toda esta sala donde nos encontramos quedaría inundada por grandes rocas y arena hasta el nivel de la entrada y la puerta suspendida en la pared de enfrente. Encima de todo ese derribo, caerían cuatro piedras descomunales de dos palmos de grosor, enviando para siempre al olvido el lugar que ahora ocupan nuestros pies. Esto solamente se haría si fuese inevitable, es decir, si los cristianos conquistaran esta fortaleza. Para evitar suspicacias, los cristianos encontrarían el botín de esa puerta de ahí arriba. —Said se quedó mirándolo fijamente, y Salvación le dijo:

—¿Puedo haceros varias preguntas?

—Adelante, preguntad.

—¿Por qué yo?

—Porque no hay nadie más indicado. Sois amigo del general, por lo que nunca le defraudaríais; sois valiente y también sé que los sobornos no os afecta. ¿Creéis que alguien más en esta fortaleza cuenta con esas cualidades?

Hubo un silencio en el que ambos hombres no dejaron de pensar en todo. Said fue el encargado de romperlo.

—Ya quisiera yo ocupar vuestro puesto, sería un héroe, pero mi compromiso es estar al frente de la defensa o en la nefasta hora de la capitulación. Si no fuese así, los cristianos sospecharían y buscarían un posible túnel de escape. Eso no podemos permitirlo.

—¿Y vuestro capitán de confianza? ¿Qué libra a vuestro capitán de ser un héroe?

—¿Zaydún? —El alcaide esbozó una sonrisa—. Oh, conozco a Zaydún, y es por eso mismo que no está al tanto de lo que sabéis. Sé que podría confiar en él hasta la muerte, pero también que moriría de terror en esa oscuridad. De no ser así, sería el elegido. ¿Teméis acaso a esa oscuridad?

—No, a la oscuridad no —aclaró Salvación—, pero a estar encerrado ahí debajo, sí. Me habéis mostrado que el pasadizo llega hasta el agujero que hay bajo el aljibe, pero después... ¿Qué hay después? ¿Habéis estado?

—Nadie ha estado ahí desde que sus constructores terminaron ese pasadizo, pero sé perfectamente lo que hay porque esa

información fue pasando de alcaide a alcaide.

—Said, demonios. ¿Cómo puedo fiarme de las palabras de un hombre que lleva más de cuatrocientos años muerto?

—De la misma manera que me fío yo —contestó el alcaide serenamente. Luego agregó—: ¿Acaso queréis retractaros?

—No, Said, no es eso. Pero al menos quiero saber que hay alguna esperanza de llevar a buen término esta condenada misión.

—Existe. Puedo asegurar que la hay.

—¿Cómo puede haberla si al cruzar bajo el agua perderé la luz y el confort del fuego?

—No os preocupéis por eso, todo está calculado. Al otro lado, el pasadizo está excavado en roca viva, y para evitar derrumbamientos, se revistió de grandes bloques de piedra y argamasa.

—Eso es muy importante, pero no me resuelve el problema de la luz.

—Para eso hay también una previsión —insistió Said—. A pesar de que os encontraréis en una oscuridad absoluta, una vez alcancéis el otro lado, existen los recursos necesarios para obtener lumbre. La solución estará en el rincón de la derecha.

—Por Alá, Said. ¿Qué voy a encontrar? ¿Una lámpara mágica?

—Confiad en mí —lo tranquilizó el alcaide—. Oídmeme y conoceréis la solución. Cuando lleguéis allí, en el suelo del rincón de vuestra derecha hallaréis una caja pequeña. No podréis moverla, está pegada a la pared, pero sí romper su tapa de arcilla. En su interior encontraréis una caja más pequeña aún, y un bote de alfarería herméticamente cerrado. Es algún tipo de aceite. Sacad la caja y ponedla donde más tarde podáis encontrarla fácilmente. A continuación, romped el bote de arcilla en el interior de la caja fija, y un líquido altamente inflamable se derramara en ella. Por último, sobre lo derramado, romped la caja pequeña de arcilla y todo el rincón arderá en llamas. Después veréis fácilmente una antorcha a vuestra izquierda. Destruid la arcilla que protege su parte combustible, prendedla y ya tendréis vuestra luz. Es así de fácil, amigo mío. A partir de ahí, poco más, pues únicamente tendréis que seguir por el pasillo hasta encontrar un último escollo.

—¿Cuál?

—Otro túnel de agua, pero más complicado de cruzar. Deberéis bucear un buen trecho, pero tendréis que hacerlo pegado siempre a vuestro ángulo superior derecho, pues cuando llevéis recorrido un tercio de su distancia, hallaréis un pequeño orificio para sacar la cabeza y tomar un poco de aire. Al bucear, no os olvidéis avanzar tanteando con vuestra mano la esquina que forma la pared y el techo, pues de lo contrario podréis pasaros el orificio y sería vuestro fin.

—¿El orificio es un respiradero?

—No, solo es un espacio con aire para que recuperéis vuestros pulmones. Si estáis mucho tiempo en su interior, el oxígeno se viciará, pues, según sé, se renueva con lentitud.

—Halagador —dijo Salvación—. Continudad por favor.

—Nada más respiréis...

—Aire puro, ¿verdad? —dijo Salvación con sarcasmo e interrumpiendo a Said. Este, sin embargo, no hizo caso de las palabras del médico y continuó alzando el tono de voz.

—En cuanto os hayáis recuperado, tendréis que continuar buceando, pero esta vez pegado al ángulo superior izquierdo, y cuando alcancéis los dos tercios del recorrido, volveréis a encontrar otro respiradero.

—Pequeño espacio con aire —espetó Salvación repitiéndose en su ironía.

—Sí, o como deseéis llamarlo —sentenció secamente Said—. A partir de ahí podréis bucear sin prestar atención hasta el final del túnel, pues en el centro de ese final os esperará la salida. Una vez fuera, tendréis que volver a encender el fuego de la misma manera que la primera vez.

—¿Qué distancia tiene el pasadizo? —preguntó Salvación.

—Millas, no sé si dos o diez. Su desconocimiento es precisamente una de las cuestiones que han permitido que el túnel siga siendo seguro y secreto después de siglos.

—Entonces, ¿nadie conoce su salida?

—Nadie. Eso es una interrogante que vos despejaréis. Es todo.

—Sí, es todo cuanto sabéis —agregó Salvación como si tal cosa.

—Ahora he de preguntaros nuevamente. ¿Os reafirmáis?

—Sí, pero yo también quiero haceros una pregunta —concretó el médico.

—Adelante.

—¿Qué hubiese ocurrido si me hubiese negado?

—A pesar del dolor que me embargaría, tendría que asegurar el secreto.

Salvación no necesitó nada más para comprender su destino en caso de retractarse. Estaba muy claro en la sangre que pisaban sus pies.

Ya de noche, en su cámara, muchas y grandes preocupaciones rondaban los pensamientos de Salvación, pero ni todas ellas juntas bastaron para que apartase su mente del ajedrez. Desde el mismo momento que lo vio, no había dejado de pensar en ese tablero y sus piezas, pero ¿por qué? ¿Qué era lo que le atraía tanto de ese juego?

De un sorbo, terminó con el último trago de vino, se comió una pieza de fruta y se acostó a descansar. A pesar de saber que cualquier hora de las próximas podría ser su última hora, sus sueños no contemplaron esa posibilidad, sino que fueron absorbidos por extraños capítulos que se entremezclaban entre sí. La totalidad de ellos eran presididos por el legendario juego de ajedrez, al cual se le sobreponía difusamente la figura de un hombre encorvado que miraba desde una ventana situada a centenares de metros de altura, y que a su vez contemplaba otras tantas ventanas a cientos de metros de altura. A los pies de tantas ventanas, ensombrecida por la niebla, solo veía una gran raya de color gris salpicada por puntos de muchos colores que avanzaban estorbándose entre sí. El ajedrez, el hombre y la raya gris continuaron asaltando su inconsciente durante toda la noche, hasta que sobre ellos apareció la figura de una anciana que lo llamaba con su mano.

Un gallo cantó antes de salir el sol y Salvación despertó entre frías gotas de sudor. Alzando la mano al cielo gritó: ¡Madre!

Nada ni nadie había conseguido parar a las encolerizadas huestes en su empeño por matar, saquear y destruir. Ni siquiera los altos nobles que, acatando la orden de sitio, dejaron a las tropas menos ocupadas a su libre albedrío. Estas, en una rápida lucha contra el tiempo, destrozaron casas, molinos, huertas y arrasaron con todo lo que avistaron, sobre todo después de la obstinada negación del alcaide a rendir la fortaleza. Los soldados robaron en todos los hogares, sin importar si estaban presididos por una estrella, una media luna o una cruz. Sin embargo, cuando fueron a entrar en una hermosa casa de estilo mudéjar, la única que encontraron con sus habitantes protegiéndola, su comandante, don Alonso de Cárdenas, los contuvo al reconocer al hombre que estaba al frente, espada en mano. Una vez controlada la soldadesca, el maestro de la orden de Santiago se acercó con su caballo y les dijo:

—Esta casa, este hombre, sus campos y sus bienes son sagrados y no se tocan. ¿Estáis ciegos? ¿O acaso no reconocéis al esposo de Juana, la hija de nuestro compañero don Fortún?

—Dios salve a la hermosa Juana y a su esposo —gritó un caballero y todos los soldados lo secundaron.

—Sí, Dios los salve, y tengan al bueno de don Fortún en sagrado lugar y brinde paz a su adorada y tierna hija —agregó don Alonso.

Asiel, conmovido en parte por las muestras de afecto que sentían esos salvajes por su esposa y su difunto suegro, invitó a algunos de sus nobles a pasar al jardín para que tomasen un refrigerio e intentar convencerlos de que los hogares de sus vecinos refugiados en el castillo no sufriesen altercados.

Tras saludar a don Alonso, Juana subió a sus aposentos y Asiel se hizo cargo de todo. Sacó varios jamones, algunos quesos y dos pellejos de buen vino que había comprado solo como previsión en caso de una situación así, aunque él no pensaba probar el cerdo en su vida. Viendo que empezaba a escasear, decidió sacar otro pellejo y bajó hasta la bodega para buscarlo. Probó varios caldos y se decidió por uno de envidiable calidad. Estaba atareado intentando sacar vino de entre dos barriles cuando unas pisadas lo hicieron volverse. Allí, frente a él, estaba don Gabriel de Guzmán.

—Veo que no te alegras mucho de verme, judío —soltó el de Burgos.

—La verdad es que no. Sin embargo, puedes continuar en mi casa, pero en el jardín, no aquí.

Don Gabriel hizo una mueca con los labios y dio un paso hacia delante en señal de claro desafío.

—Échame si puedes —le deslizó mientras llevaba su mano al pomo de la espada. Asiel, desarmado, evitó la confrontación intentando pasar por un lado, pero el burgalés se interpuso en su camino—. Quiero hacerte unas preguntas, y quiero respuestas. — Cuando vio que el dueño de la casa no se avenía, prosiguió—: ¿Dónde está tu amigo?

—¿Cuál de ellos? Tengo muchos —respondió Asiel.

—El médico.

—¿Cuál de ellos? Conozco a varios —volvió a contestar Asiel.

—Sabes perfectamente que me refiero al médico que salvaste.

—Hace mucho que no le veo —expuso Asiel—. Estará en Málaga.

—Todos los judíos mienten. He indagado y sé que ayer estuvo aquí.

—Quizá —dijo Asiel—, pero hoy no está.

—Sabes lo del traje, ¿verdad?

—¿Qué tengo que saber?

—Mira, judío, no pretendo mantener una conversación amistosa contigo, ni tampoco jugar al juego de las palabras. Simplemente quiero decirte lo que he venido a buscar. Quiero el traje de tu amigo, y quiero que sepas que para conseguirlo mataré cuantas veces sean necesarias. En cuanto a ti, son varias cosas las que quiero. Tus tierras y propiedades, tu mujer y tu vida por habérmela robado.

—Muchas cosas pretendes, pero te costarán, lo que pides no se obtiene sin luchar —sentenció Asiel.

—En eso te equivocas. Ya me han sido prometidas todas las propiedades que cubren este valle. Solo es cuestión de tiempo que cambien de manos. —Asiel se soltó bruscamente de la mano que apresaba su brazo y, sin mediar palabra, se alejó con el semblante serio.

El día ya no existía, y en la fresca oscuridad solo quedaban algunos nobles conversando entre sí. Uno de ellos, el maestre de Santiago, retiró sus manos del fuego y se acercó al anfitrión.

—Se os ve preocupado, amigo mío.

—Lo estoy, don Alonso. Quisiera preguntaros algo y os ruego sinceridad.

El maestre se indignó con las palabras de Asiel, y dijo:

—¿Acaso os parezco un vil mentiroso?

—Por Dios que no, don Alonso, no pretendía ofenderos de ninguna manera. Pero estoy inquieto y necesito una respuesta, por dura que sea.

—Hablad, pues.

—Esta tarde he oído que mis tierras han sido prometidas a alguien.

—En ese asunto, estaos tranquilo, creo que no tendréis problema. Es cierto que las tierras de esta villa han sido prometidas, pero no las tierras de un caballero como vos, sino las pertenecientes a moros y judíos.

—Ya, el problema es que casi todas estas tierras me pertenecen, y soy converso.

Don Alonso se puso tieso y torció el rostro.

—Lo sé, pero vuestro enlace con la hija de don Fortún da sobradas garantías de que sois un buen cristiano. El problema estriba en que no sabíamos que todas estas tierras os pertenecen, y eso puede cambiar en algo las cosas; además, y aún más importante, es la ruptura en el pasado de tu padre con la reina. No hubo intermediarios, pues todo se despachó entre ellos. Sin embargo, creo que su majestad sigue estimando a ese viejo zorro, y es lo que intentaré aprovechar para arrimar la carne a vuestra brasa. Partiré enseguida para hablar con el rey don Fernando, y prometo contestaros mañana a primera hora. Ah, y una cosa más, lo olvidaba. En referencia a que sois converso... Me da igual lo que haga un hombre en su vida privada y hasta en la pública, pero a la mayoría de los que hay ahí sentados, no. Os lo digo como amigo:

arreglad lo del cerdo. Don Gabriel os ofreció dos veces marrano delante de todos y rehusasteis. Son detalles que para muchos, incluido el rey, tienen su importancia.

Asiel expresó al noble su gratitud con los ojos y se dirigió al grueso de la reunión, donde acababan de poner tres nuevas bandejas de cerdo humeante. Mientras se acercaba, recordó las palabras que tuvo una vez con su padre, cuando el asunto de la conversión. Le había dicho que asistiría a los oficios religiosos, pero que jamás probaría el cerdo. Su padre le aseguró que tendría que hacerlo. Sus palabras exactas fueron: «Te verás obligado. Tendrás que comer cerdo más de una vez, si no quieres que tus hijos coman mierda».

Esa mañana, todo en la villa era inusual. No había mujeres barriendo los excrementos dejados por las cabras y las ovejas, ni hombres caminando con sus azadas al hombro, ni judíos paseando, ni un turbante adornando una cabeza, ni arrieros, ni pastores, ni vinos, ni té... Nada de nada. Todas las cotidianidades estaban encerradas en la fortaleza esperando una suerte que viniese del cielo. Pero esa rara mañana, un hombre se encontraba en una ventana, mirando distraídamente el irreal panorama mientras mecía un bebé. El trote de un caballo lo sacó de su mirar sin mirar. El hombre de profundos hoyuelos en la cara dejó al niño en brazos de su mujer y bajó hasta las rejas del jardín para recibir al visitante.

—Buenos días, don Asiel.

—Buenos días, soldado.

—Os traigo un mensaje de don Alonso. Me pide que os comunique que debéis presentaros en su tienda lo más pronto posible. Se trata del asunto que mantuvisteis anoche con él. Os acompañaré.

—No tardaré. Me despido de mi esposa y vuelvo enseguida.

No mucho tiempo después, ambos jinetes partieron hacia la zona donde estaban instaladas las tiendas de la orden. Asiel pudo apreciar la cerrazón del cerco, los diferentes batallones que esperaban la rendición, las bombardas apuntando a diferentes trechos de los muros y, detrás de toda esa parafernalia, las tiendas

firmemente montadas. Se dirigieron a una de ellas, bastante grande y de color marrón con filos bordados en oro. A sendos lados de la puerta había dos grandes escudos de la orden. Cuando el soldado se acercó, en compañía de Asiel, facilitaron un documento al guardia y este los dejó pasar.

El hijo de Meir saludó cortésmente al maestro, que le presentó a Juan Céspedes, su delegado.

—Sentaos, amigo mío. ¿Vino? —Asiel asintió—. Tengo ya una respuesta a vuestras inquietudes, está firmada por el propio rey, así que todos deberemos estar conformes con ella. Pronto llegará el otro interesado en el asunto, y entonces se os dará a conocer.

Tras estas palabras, la incertidumbre continuó asentada en el pecho de Asiel, pero no dio muestras de intranquilidad mientras observaba la confortable tienda. Tras un corto lapso de espera, apareció por la puerta la figura de don Gabriel de Guzmán, con una leve sonrisa en los labios. Saludó y se sentó.

—Bien señores, estamos todos —concretó don Alonso—. Es hora de resolver este asunto para que podamos seguir cada cual con nuestro trabajo. A vos, don Gabriel, os comunico lo mismo que he comunicado a don Asiel Cabral hace tan solo unos momentos. Este documento del rey lo deja todo muy claro.

—La palabra del rey es la palabra del rey —adujo don Gabriel.

—Así es. ¿Queréis firmarlo antes de leerlo para acreditar lo que acabáis de decir, o queréis poner en tela de juicio la determinación de Su Alteza?

—Soy su más fiel vasallo —dijo con seguridad don Gabriel—. Aceptaré de buen grado lo que determine.

—Señor Cabral, ¿queréis firmar vos también este documento antes de leerlo o preferís hacerlo después de abordarlo?

—Firmaré también.

—Señores, ahora leeré lo dictaminado por su majestad el rey don Fernando el Católico, a lo cual habéis dado vuestra conformidad mediante la estampación de vuestras rúbricas:

Muy noble señor don Gabriel de Guzmán. Muy noble señor Asiel Cabral. Quiero comunicaros mi decisión en

el reparto de tierras al término de la conquista de esta villa.

Sin empeñar mi palabra dije a don Gabriel que estas tierras serían suyas en su mayoría, pero lo hice sin conocer la pertenencia de ellas al yerno de don Fortún. Por tal caso, fallo hoy de la siguiente manera: salvo una décima parte de ellas que pasarán a manos de la iglesia, soldadesca y colonos, la totalidad de las tierras se partirán en dos porciones no iguales, siendo la menor de ellas la de mayor valor a causa de sus terrenos regables. Por tanto, la de mayor extensión, en su mayoría secanos, vides y montes, irá desde la acequia morisca hacía la villa y sus sierras; siendo la de menor extensión las que amparan los márgenes del río. No establezco sorteo para determinar el orden de elección, dejando la iniciativa en primer lugar a don Gabriel de Guzmán, por sus altos desempeños en sus cometidos del ejército.

Palabra de rey.

Después de leer la escueta pero resolutive carta del rey, la sonrisa mudó de la cara de don Gabriel a la de don Alonso. Asiel no dijo nada, pero se le veía contento a pesar de las pérdidas. El burgalés se levantó contrariado del sillón, pues tomó aquello como un descalabro, y echó a Asiel una mirada capaz de cortar un árbol antes de salir picando espuelas a toda prisa.

Desde el grueso del campamento se divisaba la arrolladora victoria sobre Benamaquís, cuya evidencia era el suelo tupido de cascotes y cadáveres pestilentes. Los únicos cuerpos sin vida que se libraron de alimentar a perros y zorros fueron los de los principales cabecillas de la villa, que todavía seguían colgados sobre las únicas almenas que aún quedaban en pie. De eso hacía ya varios días, y desde entonces esperaba impacientemente el rey, don Fernando, a que cualquiera de las dos villas que tenía asediadas cayera bajo el

atronador poder de sus máquinas de guerra. Hasta ahora, ninguna parecía rendirse, y eso que los artilleros venidos de varios países de Europa no daban descanso a sus bombardas. El rey, con su séquito personal y flanqueado por varios de sus nobles, estudiaba desde lo alto de una gran loma los últimos daños infligidos por sus batallones enviados a Coín y Cártama simultáneamente. Cada cierto tiempo, un mensajero aparecía con misivas de ambos frentes. El de Cártama seguía disparando su artillería con escaso resultado, por lo que el rey ordenó que cesara el fuego para no malgastar munición; el de Coín, sin embargo, parecía infligir mucho más daño a la fortaleza, gracias a la precariedad de sus muros.

—Soldado, ¿cuál fue esta vez la respuesta del alcaide cartameño?
—preguntó don Fernando al correo.

—Majestad, sigue en las mismas. De momento, no se decide a rendir la fortaleza.

—Lo suponía.

El rey recordó los informes de los dos espías recientemente asesinados. El agua que brotaba sin fin de una mina en el interior de la fortaleza; el monte todo abanclado y sembrado de huertos prometedores y el abundante grano acumulado; los animales, oportunos si llegaba el momento y se daban torcidas. Toda esa intendencia bien administrada era un bocado duro de roer y Said, el alcaide, desde luego que era un buen administrador. Estimó que aquello podría alargarse al menos otros seis meses.

—Nobles y caballeros —acabó por decir—, no quiero que se efectúe ni un solo ataque más sobre Cártama, los pocos daños que ocasionamos salen demasiado caros. Intensifiquemos el cerco y a dormir. Concentrémonos en Coín. Cuando esta caiga, Cártama será la fruta que termine madurando en el árbol.

Consejeros, militares y expertos en tácticas departían con el rey sobre las diferentes acciones a emprender, pero todas chocaban en el mismo punto: debían exponer vidas para conquistar la plaza. Sin esa apuesta, el sitio se podía alargar demasiado. Así que, cuando un mensajero trajo la nueva de que dos pequeñas brechas habían sido abiertas en los muros de Coín, el rey no dudó un instante en

enviar al duque de Nájera y al conde de Benavente a internarse en ellas con sus tropas.

Ambos nobles entraron en tropel, descargando un infierno sobre las cabezas de los musulmanes, pero poco a poco empezaron a perder por la acción de Hamet el Zegrí y sus valientes Gomérez, que previamente habían entrado en la fortaleza sorprendiendo a los sitiadores.

La noticia de esta contrariedad obligó a don Fernando a pedir la intervención de las tropas del duque de Medinaceli. El duque y Pedro Ruiz de Alarcón comandaron el grueso de la hueste. Con grandes esfuerzos y muchas bajas lograron entrar en la fortaleza. Una vez dentro, la lucha empezó a inclinarse cada vez más hacia el lado cristiano. A pesar de ello, muchos seguidores de la cruz fueron abatidos por los Gomérez y los soldados de la villa. En sus calles estrechas, los gritos y voces eran ensordecedores. En sus cuevas, la sangre de ambos bandos se deslizaba por el empedrado y los caballos resbalaban al girar sobre las charcas sanguinolentas. Niños de diez años defendían sus casas con palos, macetas y botijos que arrojaban por las ventanas cuando algún cristiano intentaba entrar en ellas. Incluso el mismísimo Ruiz de Alarcón murió como un héroe a manos de los defensores. No obstante, la resistencia cedió ante el empuje devastador de las tropas de Fernando, y tanto el Zegrí como sus Gomérez tuvieron que rendirse para no convertir la plaza en un matadero. Sin embargo, el alcaide de Ronda y sus hombres obtuvieron el derecho a salir con vida de la villa, manteniendo sus armas, seguidos por una columna de civiles orgullosos de las zancadillas puestas a las superiores fuerzas cristianas. La mayor parte de la población de Coín se dirigió con la frente alta hacia la ciudad de Málaga. Por su parte, el rey mandó derribar los muros de la fortaleza y dejó un destacamento para ejercer la soberanía sobre ella. Una vez concluida la toma, todo el grueso del ejército se encaminó para aumentar la presión sobre la cada vez más aislada fortaleza de Cártama.

A una distancia prudencial de las torres y murallas, se instaló el pabellón real y las tiendas de los nobles. Casi la totalidad de las bombardas fueron dirigidas a la fortaleza, pero aún se mantenía la

orden de no abrir fuego. En lugar de piedras y bolas de hierro, sobre la agreste fortaleza voló un ir y venir de mensajes que poco a poco fueron acercándose hasta concluir en la rendición condicionada. Todos los sitiados tenían derecho a salvar sus vidas y a mantener lo que pudiesen portar consigo y en sus carros. En cuanto a las tierras, solo a algunos cristianos se les permitió mantenerlas.

Era noche cerrada cuando Said, alcaide de la fortaleza, se encaminó con la firma del tratado a las dependencias donde estaba instalado Salvación.

—Salvación, amigo mío, ha llegado la hora que siempre temimos. En este lúgubre momento os encargo oficialmente la realización de la misión.

El médico abandonó la escritura que había comenzado varios días antes tras el sueño en el que vio a su madre, y que no había interrumpido salvo para alimentarse frugalmente. Tomó el escrito que traía consigo el alcaide y después de leerlo, preguntó:

—Alcaide, ¿habéis leído bien este documento?

—Al pie de la letra.

—¿Y no veis lo mismo que yo? —preguntó Salvación.

—¿A qué os referís?

—A que este documento dice claramente que se nos permitirá marchar con todas las riquezas.

—¿Os fiáis de eso? —le reprochó el alcaide.

—No con total garantía, pero deberíamos estudiarlo. ¿Habéis pensado en la posibilidad de sacar el tesoro libremente por la puerta?

—Ni quiero pensar en ella. Puede ser muy peligrosa.

—¿Más peligrosa que la de intentar recuperar el tesoro por un estrecho túnel lleno de peligros y del que desconocemos si aún seguirá existiendo salida? Y esto, sin ponernos a estudiar la viabilidad del rescate en mitad de una zona controlada por tropas cristianas. ¿Lo habéis pensado bien?

—Por supuesto que sí, pero es preferible que el tesoro quede sepultado bajo tierra durante siglos antes de que estos cristianos lo posean. En el más extremo de los casos, algún día las recuperaremos, y con ellas el tesoro. Puede que sea dentro de un año, de un siglo o de mil años. —Salvación tenía la intención de hacer un comentario, pero Said lo interrumpió con vehemencia para asegurar—: No se hable más, no existe alternativa. Tenéis tres horas para llevar a cabo la misión. En esas tres horas podéis rezar, comer o hacer lo que queráis. Y una cosa muy importante, no podréis llevar nada de oro encima, pues si os cogieran os obligarían a hablar. Recuerda, lo único que necesitamos es la ubicación de la salida que nos servirá de entrada cuando recuperemos las tierras.

—¿No puedo salir de aquí para despedirme de Meir, David y Karima?

—No, ya os encontraréis mañana en Málaga.

—¿Tan seguro estáis de que tendré éxito?

—Por supuesto. Es más, prometo esperaros en un lugar y acompañaros hasta Málaga. He estado pensándolo. Os esperaré escondido en las viñas de Meir, ya que si lo hiciera en el río, me expondría sospechosamente a la vista de todo el mundo.

—¿Creéis firmemente en que la salida está en el río?

—Es lo único que sé, que la salida está cerca del agua. Os esperaré escondido en el primero de los molinos. Hasta allí deberéis desplazarnos durante la noche, y desde allí partiremos hacia la capital, donde se nos recibirá como héroes.

—Una última pregunta, ¿qué pasa con Zaydún? ¿No revelará nada?

—Nada —pronosticó el alcaide—. Pondría la mano en el fuego por él. Dentro de tres horas vendré a despediros hasta la cámara. Ahora os dejo, amigo mío, y que Alá os conduzca.

El alcaide salió y cerró con llave la gruesa puerta. Salvación volvió a sentarse para aprovechar el tiempo con sus escritos. Ya había perdido, muchísimo. Él, que solamente tendría que haber estado algunos meses en el reino nazarí de Granada, llevaba tres años. ¿Qué pensarían los que le habían encargado su verdadera misión?

¿Podría volver con los suyos? «Si tan solo pudiese volver a ver el cielo», se dijo.

Salvación miró la clepsidra y vio que faltaba poco menos de una hora para que Said entrase por la puerta. Ahora eso no le importaba, solo quería tener éxito, salir y escapar para reunirse con los suyos, especialmente con su madre, que tras haber aparecido en sueños hizo de catalizador para recordarlo todo. Ahora sabía quién era, a qué había venido y que en su poder tenía lo que había venido a buscar. Solo quedaba un escollo casi insalvable para triunfar, sí, triunfar, con tres años de diferencia, pero triunfar al fin y al cabo.

De la oscura misión dependía su futuro.

Zaydún estaba consolando a soldados y civiles encerrados en la fortaleza, asegurándoles que no tendrían problemas una vez que la hubiesen abandonado, cuando un soldado raso le entregó un mensaje.

—Pasa, Zaydún.

—A sus órdenes, señor alcaide.

El alcaide dejó en la oscura mesa la copa de vino tinto, y echando su brazo sobre los hombros del capitán, caminaron hasta una ventana en forma de herradura.

—Mira, amigo mío, mira las hogueras de esos bárbaros. Ahí están hoy, cual perros harapientos. Sin embargo, mañana poseerán uno de los bastiones más importantes y con más historia de todo Al-Ándalus. Durante siglos no pudieron poner sus zarpas aquí, amigo mío, en cambio mañana pasearán por esta fortaleza. No falta mucho, Zaydún, para que el ocaso de la media luna resplandezca en las tierras que nuestros antepasados gobernaron durante tantas generaciones.

Las palabras pronunciadas por Said provocaron lágrimas en el joven capitán. Las llamas de las antorchas se reflejaban en sus ojos. Poco después, su boca lloró sangre. El alcaide retiró la daga de su espalda y Zaydún cayó al suelo con un ruido sordo.

El sonido metálico de pisadas fue puntual con la hora marcada por la clepsidra. Tras los pasos, la llave, después la cerradura y por último la sombría figura del alcaide.

—Es la hora desgraciada, amigo mío. Con ella morirá algo de nuestra historia, pero también nacerá un héroe. ¡Vamos!

Salvación recogió los pocos escritos que le quedaban por coger, los guardó debajo de sus ropas y se tocó un extraño collar de plata con siete esferas que tenía en el cuello. A continuación, siguió al alcaide por el pasillo que daba a las escaleras.

—Pasad, es vuestra hora —le indicó.

El médico entró cabizbajo, y tras él, el alcaide. Ambos movieron las antorchas simultáneamente y la puerta de piedra se abrió.

—No defraudes a tu pueblo, ten valor y hazlo. Serás un héroe.

Una vez que Salvación estuvo dentro, cerró el muro, y Said, desde el exterior, bloqueó la antorcha amarrándola, por si el médico se arrepentía.

—Said, contaré cien para que salgáis —dijo la apagada voz de Salvación desde el interior del muro—, después accionaré el mecanismo.

De la mencionada cuenta de cien, sobraron más de cincuenta, pues el alcaide subió como alma que lleva el diablo. Una vez arriba, cerró la puerta y observó desde fuera.

Salvación se arrodilló en dirección a la Meca, como había hecho durante toda su vida, primero en Jerusalén y luego en Nueva Jerusalén, y rezó. Después se levantó, cogió la maza y golpeó con todas sus fuerzas la viga de piedra. Un fuerte ruido pilló por sorpresa a Said y lo sobresaltó. De las dos paredes que podía ver, se descascarillaron dos grandes rectángulos de piedra y una avalancha, de grandes rocas primero y pequeñas después, comenzó a caer creando una polvareda que impedía ver y respirar. Durante al menos dos minutos no cesó el estruendo. Tuvo que esperar unos diez más para que el polvo se asentara y pudiera acercarse para observar.

Cuando el alcaide pudo aproximarse, abrió la puerta y siguió andando hasta la de enfrente, por donde antes solo había aire. En el suelo, cuatro enormes piedras se habían confabulado para borrar una huella de más de cuatrocientos años de antigüedad. Tras su exitosa comprobación, el alcaide ordenó a una docena de mujeres que limpiasen el polvo de aquella sala. Después de eso, a lo largo de la historia nadie podría haber asegurado que debajo de aquel suelo existió otro.

Salvación se levantó del piso y se quitó los dedos de los oídos. Aún le retumbaba el estruendo y notaba un leve y agudo pitido. Cogió la antorcha apagada y la encendió con la que iluminaba el pasillo en penumbras. En ese momento, su tranquilidad no era la misma que sintió en compañía de Said. En realidad, estaba aterrado. El ambiente era húmedo y lóbrego. Cada dos o tres pasos por el solitario pasadizo, miraba hacia atrás como temiendo encontrarse con algo maligno. Así anduvo durante algún tiempo, dejando el miedo y las antorchas encendidas tras él, hasta que llegó al agujero de agua en el suelo. «Cinco metros sumergido en el agua y la oscuridad total me envolverá al otro lado», se dijo. Estuvo vacilante mucho tiempo, hasta que se infundió valor. «Al menos — se dijo—, si no consigo encender luz al otro lado, siempre podré volverme y relajarme aquí mismo.» Colgó la antorcha en un soporte de la pared y lentamente se introdujo en el agua. No hacía pie. Cogió todo el aire que pudo y se sumergió. Notó el frío descorazonador, pero solo en la cara, ya que su extraño traje le mantenía el calor corporal. Fue buceando y tanteando las paredes para no golpearse en ellas, hasta que sus manos encontraron un hueco y su cabeza asomó a la más absoluta negrura. Muerto de miedo, salió del agua y buscó el rincón de su derecha, pero algo lo tiró al suelo. Aterrado, se levantó dando fuertes gritos de furia y lanzando puñetazos al aire. Allí no había nada, si lo hubo, se había esfumado. Adelantó su pie con cuidado y tocó algo. Era tierra, el enemigo que lo había hecho caer. Estaba rodeado de tierra. Utilizó

las manos para excavar y desplazarla, intentando no abandonar el rincón derecho. Las manos le dolían y le sangraban. Pequeñas piedras se hincaban por debajo de sus uñas y, a pesar de ello, continuó cavando con la mente puesta en la posibilidad de que la caja de arcilla se hubiese roto y ese fuese su final. Al menos dos horas tardó en retirar toda la tierra, pero al final tanteó algo plano que sonaba a hueco. Con sumo cuidado golpeó la cubierta y esta se rompió. Tal y como le había dicho Said, allí había dos botes, uno cilíndrico y otro cuadrado. Recordó perfectamente las indicaciones del alcaide y rompió el cilíndrico; en sus dedos advirtió una sustancia húmeda y espesa que se derramó en la caja. Después cogió el otro bote, el cuadrado, y lo estrelló contra el contenido que había liberado en el interior del recipiente de arcilla. Al instante, una fuerte llamarada invadió de luz y calor todo el túnel. Salvación encendió dos antorchas conservadas en vasijas herméticas de cera de abeja y apagó el fuego con agua para no malgastar el aire. Seguidamente, subió por el montón de tierra hasta el otro lado. Ante él se extendía un sinuoso pasillo de poco más de un metro de anchura en el que las raíces habían abierto grietas, muchas de ellas imperceptibles, por donde se habían colado algunas pequeñas concentraciones de tierra finísima.

Muchas curvas y recodos, muchos espacios y pasillos angostos, y mucha valentía había quedado atrás, pero Salvación no sabía cuánto exactamente. En su marcha solo lo acompañaban el calor de las antorchas y el crujir de arañas y escorpiones, que allí tenían su paraíso. Finalmente, tras una larga y desapacible caminata, llegó al peligroso tramo de agua.

Sabía muy bien lo que tenía que hacer, y como no había marcha atrás, volvió a rezar a Alá y se introdujo en el agua. Dedicó varios minutos a oxigenar sus pulmones. Cuando se sintió preparado, pronunció una oración, cogió una última bocanada de aire y empezó a bucear.

Calculó que llevaba unos cinco metros recorridos, y empezó a tantear el techo para encontrar la bolsa de aire que sus pulmones ya demandaban con urgencia. Said le había dicho que la distancia entre la entrada y la primera bolsa de aire sería de diez o doce

metros. Sin embargo, a él le parecía llevar mucho más trecho buceado, porque el pecho le iba a explotar. Pensó incluso en volverse para ver si se había pasado de largo, pero se dijo que eso sería una locura. También sopesó la posibilidad de cruzarse al lado izquierdo del pasillo acuático para encontrar el otro respiradero, pero volvió a considerarlo una insensatez. Cuando creía no aguantar más, sus manos se hundieron en el techo. Salvación asomó la cabeza y respiró con todas sus fuerzas, pronunció otra oración y volvió a sumergirse antes de agotar el aire bueno, que se reciclaba con lentitud. Se pegó al ángulo izquierdo, y el trayecto volvió a hacerse eterno. Estaba pensando en que ya no le faltaría mucho cuando se golpeó de frente contra un muro. Presa de la ansiedad, tanteó en busca de salida, pero no la encontró, así que rodeó el muro y siguió por la izquierda.

Halló la cavidad cuando su pecho empezaba a causarle unas contracciones que no hubiese podido controlar por mucho más tiempo. Mientras tomaba aire ansiosamente, pensó en lo que le quedaba por recorrer. Se preguntaba si el siguiente trecho sería como lo había descrito Said, ya que el alcaide no le había mencionado nada del muro que por poco lo ahoga. De todas formas, lo sensato era seguir el plan, y así lo hizo. Esta vez, el trecho de agua que le faltaba por bucear no le pareció tan largo. Fatigado pero entero, llegó a la salida y emergió del agua.

La caja de arcilla estaba a la salida, en buenas condiciones, sin siquiera tierra que dificultase su manipulación. Esta vez el fuego no se hizo rogar. Lo encendió rápidamente, prendió la antorcha y lo apagó, todo en escasos dos minutos. A partir de allí, Salvación inició la marcha a pie. Dobló un recodo y se encontró con una pared sin salida. Tras mucho cavilar y buscar, encontró una piedra no muy grande que sobresalía de las demás, pero al manipularla no ocurrió nada. Siguió buscando y palpando las paredes, durante al menos otra hora, pero al no hallar nada, volvió a la piedra inicial. Presionó de nuevo sobre ella, sin que sucediera nada una vez más, por lo que se separó y la golpeó fuertemente con la planta del pie.

Después de la patada, percibió el sonido de una cascada de agua y la claridad entró por un agujero en el muro de piedra.

Salvación llevaba dos minutos en el suelo, llorando de alegría, cuando el muro volvió a cerrarse dejándolo solo con la luz de las antorchas. Desesperado, volvió a levantarse y golpeó una vez más la piedra y, para su tranquilidad, la luz del día volvió a entrar, lo que aprovechó para salir como un rayo.

Ya en el exterior, escondido tras la cascada que lo guarecía de cualquier curioso, se quedó observando hasta que una gran piedra empezó a subir hasta cerrar la abertura. Se preguntó cómo podría abrirla, y quiso contestarse esa pregunta probando, pero después de empujarla en todas direcciones, no ocurrió nada. No se dio por vencido. Se subió sobre la piedra, pero el resultado fue el mismo. Desde esa posición, se ayudó empujando las rocas que había encima de su cabeza, y el impulso liberó el mecanismo de apertura durante otros dos minutos. Ya tenía respuestas para todo. Poseía el conocimiento que había venido a buscar.

Habían ocurrido muchas cosas desde la noche anterior, antes de la entrada de Salvación en los pasadizos, hasta la fresca mañana que ahora lo recibía. La más importante de ellas, envuelta en dolor, era el abandono de la fortaleza musulmana por parte de sus moradores.

Con los primeros matices de luz que desterraron la noche, el apesadumbrado alcaide depositaba las llaves de la fortaleza y de la villa en las manos del mismísimo rey Fernando.

Una vez que Said, avergonzado, abandonó la fortaleza que por muchas generaciones habían comandado sus antepasados, le siguió una hilera de tristeza finamente ataviada con ropas de inmejorable calidad. Eran sus oficiales y funcionarios, tras los cuales marchaba una caravana. Todos, sin excepción, lloraron con la pérdida de la belicosa corona de rocas que embellecía la sierra de sus hogares. Dejando atrás trastos pesados y carentes de valor, la multitudinaria comitiva formada por cientos de personas y más de dos mil soldados abandonó las tierras de sus antepasados. Entre la gente caminaban docenas de rebaños de ovejas, cabras y borricos

que, en los días de asedio, habían rasurado el verdoso manto del suelo empinado del interior de la fortaleza. Más de treinta carretas cargadas de grano, alimentos y vinos marchaban entre la muchedumbre, y otras muchas cargadas con enseres, muebles y algunos libros. También circulaban unas trescientas bestias de carga, portando en sus lomos cofres, arados y otras herramientas agrícolas.

Cuando el último musulmán dejó la fortaleza, desde la puerta principal, un caballero cristiano brindó una salva de honor muy por encima de la horda de turbantes y velos que, con paso cansino, abandonaban la plaza de la villa en busca de una nueva vida. Al instante, unas provisionales campanas tañeron a la oración, desde el mismo lugar donde habían cantado durante siglos incontables almuédanos.

Una vez que la gran caravana dejó atrás la calle principal y tomó el camino de Málaga, esta se abrió para aprovechar el tiempo acordado y recoger pertenencias en viñas y alquerías. Entre las familias y los grupos que lo hicieron, estaba el alcaide, que separándose de la larga fila, flanqueado por varios oficiales y un campesino, se dirigió hasta el camino que conducía a los molinos de Royohondo. Allí, oculto detrás de unas altas matas, alcaide y campesino intercambiaron sus vestimentas. Cumplido ese requisito, Said emprendió en solitario el camino hasta los molinos.

Pero, mientras el alcaide se escondía para desvestirse y poner en marcha su plan, alguien deseoso de conseguir botín lo vigilaba desde una loma.

El hombre rudo ató su caballo a un olivo, dejando en su montura pruebas inequívocas de que era un caballero cristiano. A continuación, siguió a prudencial distancia los pasos de alguien tan importante, pues nadie apuesta por nada, y mucho menos un alcaide. Al llegar a la cima del camino, Said cruzó por el llano de viñas en dirección a los molinos, y el cristiano lo hizo tras él. Una vez pegado a la fuerte pendiente del arroyo, el hombre dio un rodeo para ponerse a espaldas del alcaide, que estaba escondido al pie del primer molino. Cruzando por detrás de unos peñascos, el cristiano se resbaló con la hierba húmeda y cayó, pero se levantó

sin daño alguno. Luego se agachó y avanzó como un furtivo hasta que la punta de la flecha montada en su ballesta tocó la nuca del alcaide.

—Si intentáis algo, sois hombre muerto.

El alcaide se volvió con sorpresa, y al ver la ballesta apuntando a sus ojos, alzó sus manos al cielo.

—¿Qué queréis de mí? Solo soy un campesino que hasta el último rayo de sol tiene libertad para andar por sus tierras.

—En primer lugar, tirad vuestras armas, y a continuación dadme todo lo que llevéis de valor, señor alcaide. Ante la cara de sorpresa que puso Said, el cristiano volvió a hablar—. Os vi cambiar de ropas. ¿Por qué todo esto? ¿Una amante campesina?

El alcaide entregó un grueso collar de oro y varias piezas delicadas de gran valor, al mismo tiempo que le contestaba.

—¿Qué otra cosa podría ser? No podía irme de aquí sin ella.

—Muchas gracias por vuestra generosidad, señor alcaide —dijo el cristiano—, pero ahora solo puedo pagaros con la muerte.

—Un momento, no me matéis. Os di lo que me exististeis. ¿Por qué he de morir?

—Lo habéis dicho antes. Tenéis libertad hasta la noche, si reclamáis, y vos tenéis voz para hacerlo, yo puedo sufrir las consecuencias.

—No reclamaré nada. Tenéis mi palabra.

—Eso no me basta —gruñó el cristiano.

El alcaide vio cómo el hombre apretaba el gatillo y comprendió que solamente tenía una salida.

—Os daré mucho oro —sollozó.

El cristiano detuvo el avance de su dedo.

—¿Dónde está el oro? Muéstralo.

—En Málaga tengo mucho oro, os doy mi palabra de que os daré cuanto me pidáis.

—Por Dios juro que os ensartaré con varias flechas, como a un ganso viejo. ¿Habéis visto en mí la cara de un lerdo?

El cristiano iba a apretar el gatillo cuando el alcaide volvió a hablar.

—Aquí, el oro está aquí.

—¿Dónde? —Said le contó parte de la historia, obviando por supuesto que el origen del túnel estaba en la fortaleza.

—¿Y creéis ciertamente que esa cueva está escondida en el río?
—preguntó el cristiano.

—Sí.

—¿Confíaís en ese hombre? —volvió a preguntar el cristiano.

—Sí, pues lo hace por el reino. Es el mejor amigo de Al Zagal, nunca lo traicionaría.

—En cambio, vos solo sois un maldito traidor deseoso de riquezas —le dijo el cristiano al alcaide—, pero no me importa. Si la mano que busca la mía viene cargada de oro, se la tiendo hasta al mismísimo diablo. Mi nombre es don Gabriel de Guzmán.

—El mío Aben Said. ¿Socios?

—Socios —contestó don Gabriel con un apretón de manos.

Durante algo más de una hora guardaron silencio compartiendo el vino y el pan que tenían. Sin embargo, el cristiano comió con una sola mano, pues la otra la ocupaba en mantener amenazante su ballesta. Tras una fugaz mirada, el alcaide se puso tenso al divisar a un hombre que bajaba por el arroyo.

—Por Alá, es el médico.

—¿Qué decís? —preguntó don Gabriel, que no había reparado en el hombre vestido de negro.

—Ese de ahí es el hombre que esperaba, el médico —señaló el alcaide.

—Por la Santísima Trinidad, salgo a dar un paseo y a recrearme viendo el fin de tu gente, y mato varios pájaros de un tiro, los pájaros más apetitosos. El alcaide me da su oro, me brinda un tesoro, y ahora pone ante mí lo que ya no esperaba encontrar, el traje.

—¿El traje? ¿Qué traje? —murmuró el alcaide desconcertado.

—¿Cómo puedo agradeceros esto, Said? ¿Tal vez así? —Don Gabriel apuntó su ballesta contra el pecho del alcaide y apretó el gatillo. La saeta atravesó la carne hasta que solo se vieron las plumas.

Rápidamente, don Gabriel recargó el arma y aguardó hasta que Salvación estuviese a su altura. Cuando lo tuvo frente a él, salió de detrás del follaje apuntándole con el arma.

—Los caminos de Dios son infinitos. ¿No crees? —La cara de Salvación mostraba un asombro tan grande que no dijo nada. Fue don Gabriel quien habló de nuevo—: Dame el traje y llévame hasta el lugar del tesoro. Allí podrás coger lo que más desees y luego prometo dejarte marchar.

A pesar de su cautela, don Gabriel no esperaba la rápida carrera del médico. Sin embargo, disparó su ballesta en el mismo momento que este se giró para correr. Increíblemente, la flecha rebotó. Cargó de nuevo el arma y volvió a utilizarla, pero otra vez fracasó, pues la flecha se partió en dos. El tercer intento acertó en el cuello descubierto del médico, que cayó pesadamente al agua fría del arroyo. Despacio y con arrogancia, don Gabriel se acercó hasta Salvación, que se puso de rodillas para huir, pero su huida era ridícula, frágil, inexistente. Estaba cargando de nuevo para amenazar y conseguirlo todo, cuando una voz a sus espaldas lo llamó. Se volvió con miedo en el cuerpo y pudo ver dos cosas: la piedra que buscaba su frente y al alcaide que caía al suelo atravesado por su saeta. Después oyó un crac y seguidamente lo abrazó la oscuridad.

Salvación vio la sangre que fluía por el arroyo y que salía del cuerpo del alcaide. También vio la flecha que asomaba por la espalda y supo enseguida que estaba muerto. Se levantó como pudo y avanzó a rastras hasta la cueva de donde había salido tres años atrás. Estaba muy cerca; la encontró y entró. Puso una piedra en la estrecha entrada que había en mitad de la gran palma, y se sintió tranquilo a pesar de oír los gritos del cristiano llamándolo. Tocó su cuello y supo que si no se operaba pronto estaría perdido. Se soltó el turbante e intentó taponar la herida lo mejor que pudo. Después se dirigió a la parte más plana de la gran piedra central. La palpó hasta que halló en ella un pequeño agujero en forma de círculo. Entonces buscó su collar.

Después de varios intentos, se dio cuenta de que el collar no estaba allí, y de que eso lo convertía en el hombre más angustiado del mundo. Lo buscó por el suelo; luego retiró la piedra para que entrara más luz, pero tampoco lo encontró. Al final, vencido y viéndose cercano a la muerte, se sentó contra la gran piedra central,

sacó el diario de su pecho y escribió algunas líneas relatando las adversidades del pasadizo y cómo llegar hasta el tesoro. Cuando terminó de escribir, guardó el diario en un extraño cierre hermético que había en su pecho y se acercó hasta el agujero por donde entraba la luz. Lo tapó nuevamente con la piedra y, tras el esfuerzo, las pocas fuerzas que le quedaban lo abandonaron.

Salvación, el médico, el extraño, el hombre de negro o como se llamase, murió allí, en la cueva, en la misma posición que un día despertó regalando a sus ojos la belleza del lejano reino nazarí de Granada.

Capítulo 7: Fénix

[...] Sé que eres vivaz e inteligente, y al decirte esto callo mucho. Utiliza tu ingenio y sobrevive. Busca la ayuda de un buen hombre, Dios puso a muchos en la tierra; si no lo encuentras, no desfallezcas y resiste, pues si maduras en la crudeza del mundo durante algún tiempo, luego todo será más llano.

Junto a esta carta póstuma te dejo los títulos de propiedad que poseo, y te los dejó a falta de tu firma. Una vez que seas mayor de edad, fírmalos y mis posesiones serán tuyas. A condición de ello, únicamente te pido dos cosas: no vuelvas a España bajo ningún concepto hasta que seas mayor de edad, cuando tu rostro muestre alguna dificultad en ser reconocido. Entonces regresa y sé cauteloso. Y no olvides que para mí eres la semilla dormida que un día ha de germinar.

Ahora, hijo, tan solo me queda desearte paz y suerte, pues ya no estaré para ayudarte.

Ezequiel terminó de leer la extensa carta por enésima vez en su vida. A pesar de ello, la costumbre no había apagado la tristeza que fluía en su corazón cada vez que lo hacía. Se recompuso, no sin esfuerzo, dobló con esmero el amarillento papel y ojeó los dos títulos a su nombre. El primero de ellos pertenecía a las posesiones de Alan en Cártama, el otro era de una pequeña casa en Gibraltar, pues todo lo demás estaba en el aire cuando se desataron los acontecimientos, razón por la que su padrino le pedía disculpas en la misiva. Los firmó y volvió a guardarlos.

«Disculpas a mí, con todo cuanto hiciste por nosotros, incluso entregar tu vida. ¿Por cosas vanas y materiales me vas a pedir perdón? Si estuvieras ante mí, padrino, tendríamos ahora unas palabras», murmuró Ezequiel para sus adentros con lágrimas en los ojos.

Un rato más tarde, Ezequiel se encontraba en cubierta con sus únicas posesiones: su alforja, una caja de madera que había construido para proteger el armazón de bambú que contenía a Katuzo, y otro más largo de similares características que albergaba el arma de entrenamiento y el sable de Hiroshi. Aunque en Japón había ahorrado bastante dinero como asistente del dojo y desempeñando diversas labores agrícolas, como la de ser el responsable de elegir la hora de la siembra a altas horas de la madrugada, no había traído más que lo que consideró necesario para regresar con ciertas garantías. Estaba seguro de que su maestro pondría el grito en el cielo cuanto descubriera que le había dejado casi todos sus ahorros, junto a la carta donde pedía que se dedicase todo a la comunidad que tanto le había dado; pero a la distancia a que se encontraba de Morihei, lo que menos le preocupaba era su enojo.

Finalmente, sus pensamientos volvieron al barco, que estaba ejecutando la maniobra de atraque. Desde cubierta advirtió que la cantidad de hombres que trabajaban con los cabos era idéntica a la de los que contemplaban con postura ociosa. Un toc agudo indicó que el barco acababa de tocar el puerto de Algeciras, por desavenencias de última hora con las autoridades gibraltareñas.

El último contacto con los numerosos amigos que había hecho Ezequiel durante la larga travesía se produjo en una cantina cercana al puerto. Allí, tras la sabrosa degustación de la patria condensada en un succulento bocado de manjares marinos y una copa de vino de Sanlúcar, se estrecharon muchas manos y se dieron multitud de abrazos. Luego de las despedidas, el joven español salió de la cantina acompañado por un viejo marinero que contrató en ese mismo lugar para que lo introdujese en la colonia británica.

El único motor que empujaba a la pequeña barca era el viejo marinero, que no dejaba de batir los remos desgastados por la sal y

la arena de la playa. Con maestría, fueron aproximándose a suelo inglés sin que nadie percibiera la embarcación, al menos nadie que él no quisiera. Tras pasar entre dos grandes barcos lujosamente pintados en azul y oro, se dirigió a un pequeño embarcadero donde dos guardias de la colonia vigilaban una zona no muy extensa.

—Buenas noches, Gustavo —saludó uno de los guardias con pronunciado acento inglés.

—Buenas noches, Mat —contestó el viejo marinero de rostro descuidado, con un castellano propio de la zona—. Nada, que pasaba por aquí —ironizó al tiempo que sacaba unos billetes y se los tendía al guardia, que miraba para otro lado. Una vez que estos se marcharon para seguir vigilando estrictamente lo ordenado, el marinero se dirigió a Ezequiel.

—Ya sabes, joven, esa calle hasta el final y después sigues hasta el puerto; la cantina que buscas aún sigue ahí.

Para alguien que habitualmente no tomaba ninguna, una segunda copa era demasiado. Tras dos tragos, Ezequiel lo supo con certeza. Ni siquiera tocó el plato de pescado frito que le pusieron sin pedirlo. Se limitó a permanecer sentado en la barra, con sus bártulos entre las piernas, mientras esperaba a que la cantina quedase desierta para preguntar por el dueño. Pasaron más de tres horas sin que advirtiera su presencia. Solamente vio a dos jóvenes taberneros, más bien un niño y un joven, que entraban y salían por el estrecho pasillo que, según recordaba, comunicaba con la cocina. Todavía tuvo que pasar mucho tiempo para que Ezequiel fuese la única persona que quedara allí, con la copa de vino prácticamente intacta, lo que terminó por exasperar a los muchachos de la cantina.

—Perdón, joven, pero vamos a cerrar —le dijo el mayor de ellos.

Ezequiel le echó unos diecisiete años. Tenía el gesto serio, pero a lo largo de la noche había comprobado que eso era algo congénito y no de las circunstancias. Tiraba a barbilampiño. El poco pelo que tenía en el bigote se lo dejaba hasta donde llegaba para parecer más hombre. «Eso... y que no para de fumar, lo hará sentir más adulto», pensó Ezequiel.

—Busco a Kasey. ¿Sigue siendo el dueño de esto? —inquirió Ezequiel.

—¿Quién le busca? —preguntó el más alto de los dos jóvenes, fijándose con descaro una vez más en la vestimenta de Ezequiel.

—Dile que lo busca el amigo de un amigo.

El cantinero se quejó sin pudor alguno, mostrando una aguda falta de tacto ante la petición. Ezequiel lo oyó despotricar por todo el pasillo, farfullando un sinfín de improperios que no se molestó en disimular. Pero cuando estuvo delante del muchacho, su gesto serio se transformó en risueño y sorpresivo.

—¡Por Dios, Agustín, tú aquí!

Ezequiel se disponía a interponer una protesta cuando la mano con olor a pescado crudo del viejo cantinero se posó en sus labios sin miramiento alguno y dijo:

—Che, che, no repliques, no abras esa boca que te conozco demasiado. ¡Ven acá, Agustín, y dale un fuerte abrazo al viejo Kasey! Y vosotros dos, llamad a vuestra madre y a dormirla por ahí —ordenó a los mozos—. Dejadme solo con este truhán y mañana ya os encargaréis de limpiar el local.

Tardaron menos de un minuto en recoger sus cosas y salir por la puerta acompañados de la madre, que habría estado en la cocina, por si Kasey se arrepentía. Cuando la cerraron tras sus pasos, el viejo dio un abrazo a Ezequiel, que estaba totalmente perdido, y lo llamó por su verdadero nombre.

—Hoy en día, en el lugar que nos encontramos, no podemos fiarnos ni de nuestra sombra —le aclaró—. Don Miguel sigue mandando hombres cada cierto tiempo. Supongo que es el único dato de conexión contigo de que dispone.

—¿Don Miguel? Aún...

—Por supuesto —afirmó el tabernero—. Debe tener contactos bastante displicentes. Sabe de la casa que poseía Alan aquí y supongo que pensará que bien podría ser un lugar donde podrías ocultarte si volvieras. Por cierto, no dejé de alquilarla en ningún momento, te he guardado el dinero proporcionado por ello y el proveniente de algunos otros negocios que estaban en el aire y que pude reconducir. Casi todo lo perdió meses antes de tu huida. Su Gobierno lo atosigaba para que tomara las riendas de ciertos asuntos que no conseguían barajar, pero fue firme en lo de su

retirada. Con ello logró que lo repudiaran, que le confiscaran todo cuanto tenía repartido por el mundo anglosajón, que era una fortuna incalculable, y que sus enemigos, como el propio don Miguel y don Gonzalo, el actual conde del Valle, le dieran alcance. Dispones de algo más de un millón trescientas mil pesetas.

Ezequiel silbó de admiración. No podía concebir tanto dinero junto, ni que una única persona pudiese reunirlo.

—Yo que tú, cogería ese dinero y desaparecería. Podría ayudarte a buscar a tu familia —prosiguió Kasey.

—¿Qué sabe de mi familia? —preguntó el joven.

—Nada de nada, y tutéame si pretendes que seamos amigos. Mandé dos veces a comerciantes con rutas cercanas para indagar y hacer pesquisas. Pero en ese pueblo nadie tiene lengua. Solo me llegó el rumor vago de que huyeron a Sudamérica, pero no pude confirmarlo. Incluso puede que estén allí. Es algo que no descarto —mintió en eso último, pues Kasey sabía que de haber permanecido en el pueblo, hubiesen corrido la misma suerte de Alan y la misma que seguían buscando para Ezequiel.

—Eso está fuera de mis planes. Debo y quiero ir allí —expuso Ezequiel—. Cada noche me digo a mí mismo que me estarán esperando.

—Jamás creí que volvería a verte con vida —admitió Kasey—, sobre todo después de la muerte de Alan y la pérdida del Cauteloso por esos mares de Dios. Se habló mucho sobre vuestra desaparición. Hubo un sinfín de rumores, algunos jocosos, pero ahora veo que ninguno era cierto. Es increíble que hayas sobrevivido sin Alan y sin la protección del capitán Puma. Tendrás que contarme, supongo.

—Prometo hacerlo esta misma noche, mañana quiero partir antes del alba.

—¿Bromeas? —El viejo palideció—. A tu situación me refiero. No tienes papeles y... tu pasado no existe. Si entras así en España, serás sospechoso de algo. Y el día que puedas intentarlo, olvida ponerte ese vestido o lo que sea que llevas puesto, pues serás culpable directamente de todo. Esta guerra, aunque no lo creas, no ha terminado todavía.

«Ninguna guerra acaba cuando se decreta su fin. Para algunos solo es el comienzo», pensó Ezequiel. Sabía a la perfección que era hora de llevar a cabo la limpieza de opositores, la caza de brujas, la hora de los careos y la de sacar a relucir los instintos más bajos del ser humano.

—¿Sospechoso? De qué.

—Mira, hijo, en esa maldita guerra se han enfrentado primos contra primos y hermanos contra hermanos, así que si te presentas en cualquier lugar y no tienes papeles ni un salvoconducto, te considerarán un prófugo, en el mejor de los casos. En el peor, creerán que eres del bando vencido, o sea, un rojo, y los rojos ahí no tienen cabida. Por cierto, ¿lo eres?

—No soy rojo —empezó a decir Ezequiel, sintiendo la decepción en los ojos de Kasey—, ni azul, ni negro ni blanco.

—Eso es imposible —sentenció el tabernero—, todo el mundo es de algo, todo el mundo tiene unos principios, unos ideales, tenga o no el valor de defenderlos o exponernos en público.

—No, no lo es —replicó Ezequiel tajantemente—. Y es la libertad principal que todo hombre debe buscar, la de no adherirse a cualquier idea que te pongan frente a los ojos para que la asumas, y que al negarte no te conviertas en enemigo de ella. Detesto el «si no estás conmigo estás contra mí». Es el mayor cáncer de la humanidad, pues te obliga a secundar algo, cualquier cosa.

—No te entiendo —gruñó el viejo.

Ezequiel miró a su alrededor y reparó en un tablero de ajedrez que estaba en una mesa, con las piezas mezcladas en su caja sin tapa. Se levantó y fue hasta el juego. Cuando regresó a la mesa, lo puso sobre ella, y dejó justo al lado un estropajo que había colocado sobre la barra uno de los jóvenes que trabajaba para Kasey.

—¿Puedo utilizarlo? Quizá quede inservible.

—Desde luego —puntualizó el viejo—. Si algo hay en Gibraltar aparte de tabaco y alcohol son tableros de ajedrez y backgammon.

—Bien —continuó el joven con parsimonia mientras posicionaba las piezas en sus lugares—. ¿Qué ves aquí?

—Una partida preparada para empezar —afirmó Kasey.

—Una guerra —le corrigió Ezequiel—. Un campo de batalla con sus dos ejércitos: uno blanco y otro negro, y cada uno de ellos con sus distintos rangos. Pues bien, ¿qué es lo que diferencia a estas dos piezas? —preguntó señalando al caballo y al peón.

—Su valor, su rango, lo que pueden hacer con sus movimientos.

—Cierto —convino el joven—. ¿Y qué hace cada una?

—Intenta ganar.

—¿A costa de qué? —inquirió Ezequiel.

—De sacrificios.

—¿Y quién paga la mayor parte de esos sacrificios?

—Los peones, sin duda —aclaró Kasey.

—¿Y por qué? —demandó una vez más el joven.

—Porque son los menos importantes y porque les obligan a hacerlo.

—No, no es por eso —aclaró Ezequiel negando con la cabeza, al tiempo que tomaba el peón en una de sus manos y cogía el estropajo con la otra—. Podría decirte que pagan la peor parte porque no se dan cuenta de que pese a las diferencias que le separan, poseen otras cualidades más numerosas y reseñables por las que luchar en común; pero iré más allá. Sufragan lo peor del costo porque alguien puso ante sus ojos un atuendo para que se distinguiesen entre sí, y lo tomaron sin más, bien engañados, bien obligados por la necesidad de venganza que esos mismos atuendos habían traído, o bien porque les negaron las herramientas para pensar por sí mismos. Si lo logran, llegarían a la conclusión de que en el fondo de todo son simplemente esto —dijo colocando un peón blanco y otro negro al que había raspado la pintura. Sobre el tablero dejó los dos peones en madera virgen—. Ya ves, son iguales. Todos ellos, y no solo eso, sino que el rey y el caballo en verdad también son lo mismo, aunque crean que miran desde arriba. —Colocó dos peones más sobre el tablero, junto a los restos de madera negra que les había quitado con una navaja al caballo y al rey—. Pero todos juegan, desde este, el rey, hasta este, un peón cualquiera, obligados por una mano exterior e invisible para ellos, que los exhorta a la destrucción mutua. Pero si reparasen en esa

verdad, entre todos podrían suprimir esas reglas que los encaminan a la perdición y serían lo que quisieran.

Dejó allí lo que quedaba del tablero con las casillas borradas y todos los peones limpios de pintura, tallados de forma tosca en su tamaño pero con forma de rey.

—¡No estoy de acuerdo! —exclamó el cantinero—. Lo que dices es simplista, sencillamente porque el hombre lleva la guerra en sus venas.

—No, la guerra no —le corrigió Ezequiel—. Admito que la violencia puede ser inherente al hombre, pero la guerra no es más que un invento para sacar rendimiento a la violencia. Y en cuanto a simplista, ¿hay algo más simple que una vida, que no es más que una chispa que prende y se apaga en un solo instante en el correr del tiempo?

—Bueno, pero...si no eres de nadie, como aseguras, al menos debes estar con alguno, ¿no? —insistió Kasey.

—Por supuesto, casi siempre con el vencido, pues suele padecer la injusticia y la ira de quien lo ha sometido. También por una razón muy sencilla: el vencedor normalmente no está preparado para serlo al carecer de magnanimidad, y por tanto lleva implícito en él la venganza y la soberbia. Y aparte, en el caso que nos contempla, debemos tener en cuenta quién ha roto el orden constitucional, que son las reglas que nos hemos dado para convivir, sujeta siempre a crítica y debate, para llevarla al extremo más igualitario posible, o sea, un ser, un voto, literalmente. Luego podremos discutir si la gente tiene verdaderamente libertad para llevarlo a cabo con el juicio que mana de sus entrañas, y capacidad para tasar la verdadera realidad obviando los cantos de sirenas de la propaganda y el bombardeo informativo interesado y sin escrúpulos, para depositar su opinión analizada y discernida en consecuencia. Pero he de decirte que si el resultado final de la confrontación hubiese sido distinto, y el vencedor careciera también de magnanimidad, mis simpatías y afectos estarían con los mancillados.

Permanecieron allí casi toda la noche, hablando sobre esto y lo otro, sobre el olor a quemado que desprendía Europa. Hablaron de Alan, de algunas de sus muescas en el revólver, totalmente

desconocidas por Ezequiel; de los pasos a seguir para el regreso a España, de lo que podría encontrarse en el camino, que no eran más que meras especulaciones. Vencidos, finalmente fueron a acostarse, Ezequiel en el mismo cuarto que durmió con su padrino la primera vez que estuvo en Gibraltar. Lo echaba de menos, porque lo necesitaba, porque se sentía perdido.

A la mañana siguiente, incluso Kasey se levantó mucho más tarde de lo acostumbrado. Los dos jóvenes se habían encargado de echar a andar el local, cosa no excesivamente rara, por otra parte. El trajín del puerto se adentraba cada vez que un cliente abría la puerta, y el humo de los cigarros se hacinaba junto a las retorcidas vigas de madera del techo dibujando volutas grises.

—Fue una charla apasionante la de anoche —declaró Kasey—. Me recordó a las que mantuve con tu padrino en sus últimos días. Espero que ahí fuera no muestres la fragilidad que percibí en ti y que él mostró la noche de su muerte. A partir de ahora y hasta que te vayas de aquí con esos papeles, serás Agustín, para todos —le explicó—. Madura, porque ahí afuera no hay más que tiburones.

—Él creía que yo podía cambiar el mundo. Era un ingenuo, adorable, pero ponía demasiadas esperanzas en mí. Imagínate, cambiar el mundo cuando no soy capaz ni de gobernar mi vida. Pero... lo que sí puedo hacer es intentarlo, al menos por él, y la única forma que concibo para ello es ser yo mismo lo que me gustaría que fuese el mundo. Kasey..., mira, la humanidad solo será lo que soñamos y queremos que sea cuando la inocencia no haya que esconderla y toda estrategia sea innecesaria.

El cantinero sonrió para sus adentros y negó con la cabeza en claro desacuerdo. ¿Cuántos jóvenes inocentes había en los cementerios? «El tiempo lo pondrá en su sitio, si tiene tiempo para ello», pensó, y también lamentó el desperdicio y la dedicación de Alan.

—Y en cuanto a los papeles... ¿Qué? ¿Cómo? —le preguntó Ezequiel cortando el hilo de sus pensamientos.

—Ponernos manos a la obra y esperar —le advirtió Kasey.

—¿Durante cuánto tiempo? —demandó el joven.

—Meses. Tres, seis, depende.

—¿Depende? ¿De qué? No puedo esperar tanto.

—Depende del dinero que sepan que tienes. Si es poco, te harán una mierda de documentos, y si saben que tienes mucho, alargaran la cosa para que te impacientes y sueltes más. Así que, cuando nos pongamos a ello, tú mudo, déjame hablar a mí. Si queremos que sea algo rápido y de calidad, que es lo que precisas, le haremos saber que tienes un dinero jugoso pero justo, y que no sabes cuánto tiempo podrás retenerlo. Mañana mismo te tomarán las fotos. Conozco a un falsificador que hará un trabajo impecable. Ha cambiado ya muchos nombres y la ideología de muchos hombres en un papel, pero además, y esto es lo más importante, los documentos que obtengas finalmente estarán refrendados por corrompidos colaboradores suyos que trabajan en el Gobierno de la ahora «una grande y libre». No obstante, tanta calidad te costará un ojo de la cara.

—Lo que sea —dijo Ezequiel.

—Tendrás cartas acreditativas firmadas por un obispo aragonés. Es alguien importante, por supuesto, pero gracias a Dios con más apego a las finanzas que a la política y la religión, que suelen ir de la mano. Dirá, por ejemplo, que participaste con valor en la batalla del Ebro, y corroborará tu historia una foto con cinco militares reconocibles en la que el falsificador insertará tu imagen como si hubieses estado allí. Así mismo, tu nombre aparecerá en documentos y registros oficiales, lo cual respaldará todo el entramado.

—Y... ¿puedo fiarme de ello?

—Con toda seguridad, pues si se supiese lo que han traicionado y malversado esa docena de corruptos, acabarían en el paredón. Creo que con unas cien mil pesetas tejaremos un pasado que no te cause problemas. Además, frenará el ímpetu inicial de don Miguel de ir a por ti abiertamente. Un héroe de la batalla del Ebro no es cosa baladí; pero eso no impedirá que trame a escondidas hasta acabar contigo, por supuesto.

—De acuerdo. Si hay que esperar esperaré. Hagamos bien las cosas. Necesito un trabajo —reconoció—, no puedo estar todo el día ocioso, dándole vueltas a esta —dijo señalando su cabeza—, mientras que mi familia quizá las esté pasando puñetas.

—Si te interesa uno de tabernero, lo tienes ya —dijo Kasey abriéndole las puertas de su casa—. El hermano pequeño, con sus catorce años y todo su ímpetu, está un poco verde aún, y para subsanarlo, la pobre de la madre en la cocina arremete demasiado como queriendo llegar a donde no llega el hijo. Nos vendrán bien tus manos, y esto, la verdad —dijo señalando su cabeza de la misma manera que antes lo había hecho Ezequiel—, da para sostener a muchos.

—Acepto —le contestó Ezequiel sin pensárselo dos veces.

—Estupendo. Ahora te recomiendo dos cosas. La primera es que te vengas a vivir a mi casa y mantengas el alquiler de la tuya, eso mantendrá distantes y tranquilos a los hombres que manda don Miguel, aunque muy de tarde en tarde.

Trabajando en la mugrienta taberna, transcurrieron los siguientes meses. La labor de Ezequiel consistía en hacer de todo para que al final del día las ganancias fuesen un éxito. Servía, limpiaba, adecentaba y ayudaba en la cocina cuando lo requería Carmen, la madre del barbilampiño y del chico verde, con quienes compartía tareas en el salón. Desarrollando esos menesteres, conoció multitud de excombatientes españoles, defensores de la causa roja. Tras muchas noches de hablar con ellos, descubrió que solamente el azar los había llevado a ese bando, pues, antes del inicio del conflicto, estaban al margen de toda ideología, y la única preocupación que habían tenido era llevar un plato con comida a la mesa. Sin embargo, terminaron confinados en aquel lugar y en otros más lejanos.

Muchos eran los Juanitos Portales y los Rufinos Ledesma que tuvieron que huir de su patria, abandonar sus casas y familiares por culpa de un grupo de fanfarrones armados y desalmados. Estos,

que abundaban en ambos bandos, los obligaron bajo amenaza de muerte a coger un fusil y guarecerse en una trinchera sin dejar de disparar. En esas fosas de dolor, medio jugando al escondite, estos sujetos intercambiaron balas con un vecino, también obligado a ello, y con el que poco antes habían compartido la matanza del cerdo y el gazpacho. De esa manera, familias enteras, carentes de ideología política o beligerancia, fueron sometidas a plomearse entre sí y sin razón, por el simple hecho de vivir más cerca de una trinchera que de otra, ignorantes de que, en muchos casos, las figuras difusas que de vez en cuando asomaban su cabeza para atinar sobre la de un «supuesto enemigo», pertenecía a un primo hermano con quien, la noche anterior, intentaron compartir una taza de café.

Mientras engordaba la tardanza de los papeles ilícitos, acercándose así al tiempo en que podrían obtenerse en burocrática regla, Ezequiel fue empapándose del caos reinante en su masacrado país. En una mesa donde dejaba un plato de humeante abadejo frito oía esto; donde servía una jarra de fino jerez oía aquello. De esa forma, fue haciéndose una idea del maltrecho rompecabezas en que se había convertido su tierra durante su ausencia.

Mucho era el trabajo que tenía. Sin embargo, no descuidó su entrenamiento diario y la forma de vida aprendida en Japón. Por las mañanas, antes de acudir a sus tareas, practicaba sus artes budo. Por la noche, lograba una serenidad palpable gracias a la meditación. Con el dinero que le pagaba Kasey, alquiló un pequeño almacén anexo a la cantina en el cual solía practicar por la tarde, en las horas más tranquilas, con la extraña arma que le enseñó a manejar Hiroshi. Era la única hora en que podía utilizarla, desde luego, cobijándose en el ruido que producían el gentío laborioso, las grúas del puerto y los vehículos cargados de mercancías, inmersos en la vorágine del trajín, porque el bullicio de su acción era tan sonoro, que a una hora de baja actividad se hubiese dejado oír por toda la vecindad.

Carmen, a escondidas, consiguió observarlo dos veces. Había entrado a través de una puerta con la que comunicaron el almacén y la taberna para meter cajas y mercancías, y quedó asombrada, y a

la vez temerosa, al ver a Ezequiel manejando aquel artilugio del infierno. El ruido de sus mecanismos interiores crujían con estrépito, y el aire era cortado con todo lo contrario a un susurro. En aquella danza veloz, Carmen pensaba que Ezequiel anulaba la gravedad cuando lo veía flotar en el aire durante milésimas de segundo, sustentado por las incomprensibles inercias de los potentes giroscopios.

Desde que empezó a trabajar en la taberna, cambió sus kimonos por vestimentas más usuales en España. Sin embargo, echaba de menos la comodidad de los trajes japoneses, y se dijo que en cuanto estuviese en Royohondo, volvería a vestirlos.

Una noche, mientras Ezequiel dormía en una cama que había puesto en el almacén, tras una pequeña habitación que formó con cajas de madera atestadas de bebidas, Carmen se deslizó bajo sus sábanas y lo besó apasionadamente buscando el calor de su cuerpo. Hicieron el amor durante horas, pero entre acto y acto, cada vez que Ezequiel intentaba conversar sobre algo, ella ponía un dedo sobre sus labios como si no fuese necesario.

A partir de esa primera noche, se sucedieron muchas más, y cuando se empezaba a oír el ruido de las primeras grúas, ella despertaba y se iba del almacén como había venido, sin hablar. Carmen se había casado con veintiún años, llena de amor, y en ese momento, con treinta y ocho, ya sabía a la perfección que la vida era un camino de espinas. Al marido lo mataron al principio de la guerra, y decían que fue por tener una opinión, y a ella la raparon y tuvo que salir de España con ayuda, porque si no, al hijo mayor, entonces de quince años, también se lo habrían llevado por delante. El joven era todo arrestos, y con eso cargado en la mochila de la venganza y la rabia que bullía en su pecho, pensaba que con un grupo de huérfanos de guerra como él podía llevar a cabo la reconquista íntegra de lo que llamaban la libertad. A pesar de su edad y las contrariedades, Carmen seguía siendo hermosa, pues el duro trabajo cotidiano y el afán desmesurado por proteger a sus hijos la mantenían viva por dentro y por fuera. Hasta la llegada de Ezequiel, había sido una máscara de tristeza, pero en los últimos

tiempos la sonrisa de su boca clara empezaba a asomar de nuevo, y el brillo de sus ojos retoñaba como las hojas del olmo de Machado.

Una mañana en que sonreía sin sonreír a Ezequiel, cuando este entró en la cocina a retirar unos platos, Kasey, que la acompañaba en las sartenes, le dijo:

—Tranquila... Serénate, Carmen, y no te hagas ilusiones que ese pájaro buscará nuevos climas.

—Lo sé, pero déjame ser feliz al menos durante una toma de aire, pues no sabes qué fría es la soledad en la oscuridad de la noche.

A Carmen le inquietaban las salidas de su hijo mayor, al que consideraba todavía un niño, y las junteras que tenía con otros con los que mantenían reuniones peligrosas, incluso en Gibraltar, para planear el derrocamiento de la dictadura. Una mañana, mientras compraba unas cajas de verduras en el colmado, alguien le susurró que Gustavo, su hijo mayor, y otros más como él, se habían hecho con una docena de rifles. Se preocupó por el destino que planeaban darle. Llegó hecha una furia a la cantina y montó la de San Quintín regañando al hijo para que confesase, pero él no dijo ni esta boca es mía, a pesar de las intervenciones de Kasey y Ezequiel, al que empezaba a admirar con devoción.

Una noche, a altas horas de la madrugada, tocaron en la puerta aladaña a la cantina, y cuando Kasey abrió, entró un hombre que rondaba los sesenta años de edad, con el cual se fundió en un emotivo abrazo mientras Ezequiel los observaba con curiosidad. Eran amigos desde muchos años atrás. Cuando Kasey le dijo que era el ahijado de Alan, el hombre dio un fuerte apretón a Ezequiel.

—Es el mismísimo Smedley Butler —le aclaró el cantinero.

—¡Un placer, general! —exclamó Ezequiel con verdadera admiración—. He leído su magnífico libro. Si todos los militares llegasen a las mismas conclusiones que usted, este mundo sería otro.

Había venido por asuntos que no quiso desvelar, pero estaba en el centro del mundo geoestratégico, y eso no era algo que Ezequiel

pasase por alto. Entraron a una habitación que cerraron para que las palabras no escapasen y estuvieron toda la noche conversando ante la presencia de Ezequiel.

—¿Es un velado? —preguntó el general nada más sentarse a la mesa—. Le pierdo de vista.

—No, no es un velado —le aclaró Kasey sonriendo con los ojos—, es que te estás haciendo viejo y con tanto jerez te fallan los ojos.

—¿Qué es un velado? —preguntó Ezequiel atraído como las moscas a la miel por aquella expresión.

—Tu padrino y tu tío De Gálvez. Esos eran velados —le respondió Kasey.

Le explicaron qué significaba, y aunque al principio no dio crédito, pues era difícil de asimilar, supo que en el mundo, en la vida, como decía su padrino, «toda posibilidad existe».

—¿Y tú, chico, qué crees que se nos viene encima? —le preguntó el general a modo de prueba.

—La guerra, por supuesto —admitió Ezequiel—. Pero no es que se nos venga encima, es que la bomba ya ha impactado contra el suelo, solo que no ha estallado aún. Se lanzó el mismo día que Hitler se saltó los tratados internacionales de comercio, accediendo al trueque con Argentina, desatendiendo por tanto las suculentas comisiones bancarias que van a las cuentas de quienes mandan.

Kasey tronó con una carcajada que Ezequiel no le había visto nunca, después puso los ojos en el techo y silbó a modo de admiración antes de exclamar:

—¡Toma ya! En toda la línea de flotación.

—Bien, joven. ¿Y quién, según tú, será el que active esa bomba y, por tanto, el malo de la película ?

—Alemania, por supuesto, pero no le han dejado otra. Las rendiciones incondicionales lo son por un tiempo. Una cosa es el castigo y otra la humillación y el genocidio. Y en cuanto al malo..., sabe que en la guerra no hay buenos y malos, solo malos y menos malos, según las circunstancias, y estas, como sabrá, son cambiantes. Hitler es una abominación, y lo veremos. Nada más tenéis que fijaros en lo que permitió durante la noche de los cristales rotos. Pero cuando todos entren en la guerra, también lo serán, solo

que los vencedores barrerán lo que hicieron y reunirán y mostrarán oportunamente las tropelías de los vencidos.

Durante toda la noche hablaron de lo que se les venía encima, y tanto el general como Kasey quedaron fascinados con las exposiciones de Ezequiel, pues desmenuzaba la realidad política y geoestratégica con una lucidez incuestionable. Hablaron de los envites fascistas y comunistas y sus posibles desenlaces, de la guerra más que probable entre dos o más bandos y de la intervención de Estados Unidos, que era lo que más temía Smedley. El general y Kasey mostraban una acuciante preocupación por el auge y evolución de las armas químicas que se dejaron ver en la primera guerra mundial, pero Ezequiel los tranquilizó en ese aspecto. Sin embargo, no ocurrió lo mismo respecto a otros infiernos que en tiempos de guerra la ciencia podía alumbrar.

—No creo que los bandos lleguen a utilizar las armas químicas —adujo el joven—. Hitler la vivió de cerca combatiendo en la gran contienda y sabe que su utilización lleva al empate técnico más idiota posible entre bandos. No, no es eso lo que más me preocupa, sino el alto poder científico que Alemania posee gracias a sus muy notables mentes. Estas trabajarán a punta de pistola o por rancio patriotismo en infinidad de campos, sin barreras ni medios que las limiten, y sobre todo, lo que más temo es lo que puedan llegar a hacer eminencias de distintas nacionalidades, como Bohr y Oppenheimer con el átomo. Y en cuanto a su país, general, no dude de que entrará en contienda, solo que lo hará más tarde que otros países, cuando la fruta esté madura para ser recolectada. En el frente occidental, cuando el viejo zorro de Churchill lo disponga o cuando a la madeja que será el succulento botín tecnológico nazi no pueda permitírsele aumentar de tamaño por inabordable. En cuanto al otro frente, general, porque sé que sabe que habrá otro frente, estoy seguro de que Japón será el toro bravío que embestirá al capote con los colores del Maine que le tenderá irremisiblemente los Estados Unidos.

Aquella noche terminaron de hablar prácticamente al alba, y al final, la conversación dejó de serlo para convertirse en una exposición de hechos por parte de Ezequiel, en respuesta a las

demandas de los boquiabiertos contertulios, que alabaron sobremanera la mente analítica del joven.

—Desde luego que tu padrino te enseñó bien —acabó por reconocer Smedley—. Hoy aprendí cosas que ni sabía. ¿Qué eres, un jodido físico?

—Las cosas que tenías guardadas, ¿eh? Eres una caja de sorpresas —admitió Kasey—. Pero de poco le servirá ese conocimiento —le indicó el viejo a Smedley—, pues es solo un cordero.

Una noche de finales de agosto, que ya se hacía notar con vehemencia, el falsificador se presentó en la cantina a altísimas horas de la madrugada con la documentación que tanto había estado esperando Ezequiel. Les mostró todo lo conseguido y hasta el viejo Kasey, que durante años había prestado servicios en la inteligencia británica a las órdenes de Alan, alabó la calidad del trabajo. Tal y como habían asegurado el falsificador y sus compinches, todo fue un éxito, lo que daba al joven libertad para moverse sin sobresaltos por la España de posguerra.

Inquieto por su regreso y todo lo que conllevaba, a Ezequiel le costó dormirse. Volvió a soñar con la chica hermosa vestida con pieles que habitaba en el Royohondo de hacía doce mil años, y con el ser grotesco pero noble que siempre la acompañaba. Ella estaba donde siempre, en el llano que daba acceso a la Cañada del Diablo, y a él lo encontró en una pequeña laguna termal que había sobre el tajo del Águila, bañándose desnudo en medio de aquel páramo helado y ventoso. Cuando el hombre salió del agua para secarse con pieles gruesas, Ezequiel pudo ver su cuerpo robusto lleno de cicatrices largas y muy precisas que ocupaban los gemelos, los omoplatos y todo el pecho en sentido horizontal.

Amaneció y Ezequiel pensó en dedicar el día a preparar todo lo concerniente a su partida. Pocas cosas precisaba llevar aparte de las que había traído de Japón, pero sí necesitaba despedirse de las amistades entabladas en la colonia inglesa que, trabajando en el

sitio que trabajaba, no eran pocas. También debía redactar varios documentos relacionados con el movimiento de dinero de sus cuentas a un banco más cercano a su hogar. Por pura lógica desestimó hacerlo a su pueblo: la amistad que el cacique pudiese tener con el director del banco lo dejaría en cierta desventaja. Así que, tras mucho sopesarlo, decidió abrir una cuenta bancaria en una oficina secundaria de Málaga. Cuando llegó a la cantina, después del almuerzo, la encontró cerrada a cal y canto, lo cual le extrañó, pero cuando entró por la puerta aledaña, lo que vio sí que lo dejó helado. La cara del viejo Kasey era todo un poema; al hijo menor de Carmen lo habían mandado con unos vecinos y ella se echó en brazos de Ezequiel llorando como una magdalena, al tiempo que le tendía una carta que habían recibido poco después de que el joven saliera esa mañana. La misiva decía que Gustavo estaba preso en el almacén de una población cercana que no era Algeciras, donde había intentado robar armas con sus amigos en un pequeño depósito perteneciente a un grupo de falangistas. La carta manuscrita se la encontró Kasey en la barra de la cantina, y sospechaba que uno de los muchachos que siempre andaban con Gustavo la habría dejado allí porque no había tenido el valor de decírselo a la cara a la madre. Indagaron aquí y allá, con escaso éxito, hasta que a última hora del día, cuando el sol tiraba a esconderse, Ezequiel logró contactar con uno de los amigos del hijo de Carmen, al cual encontró escondido y acobardado en el pequeño local donde solían reunirse. Le contó que los habían estado esperando y que cruzaron tiros a ciegas. Escaparon casi todos, salvo uno herido que se quedó atrás y que pensaba que lo habrían rematado. Dijo que Gustavo ni siquiera llegó a salir del almacén. El chico le contó a Ezequiel que a última hora les había llegado información que aseguraba que ambos presos estaban bien, pero que si querían salvarlos tendrían que presentarse todos los que intentaron el saqueo, con un determinado dinero como compensación, a cambio del cual juraban liberarlos a todos. Pero el problema no era el dinero, sino que sabían que los rematarían en cuanto asomasen la cabeza por allí, porque la carta la firmaba el mismísimo Marcelo Garriere.

Marcelo Garriere estaba sentado, casi recostado, en una cómoda silla de piel, al fondo de la estancia que conformaba la sede de la falange en aquella población, que no era la más cercana a Gibraltar. La sede era un viejo local confiscado que en el pasado se utilizó para guardar grano, y que las mujeres habían adecentado adecuadamente. Por todos los rincones había banderolas y enseñas nacionalistas, y otras propias de la entidad, así como numerosas fotografías en la pared con los hitos más representativos e ilustres alcanzados por el movimiento a lo largo de toda la larga contienda, tanto en el plano civil y social como en el militar. En las paredes también habían colocado fusiles y armas vencidas por la fatiga y manchadas de sudor y de sangre, camisas agujereadas por la metralla como señal de honor, y un sinfín de objetos propios del nuevo mundo que acababan de conquistar. Sin embargo, el lugar donde se hallaba Marcelo, el sitio de honor, estaba alejado de todo aquel populacho embriagado, vociferante y jubiloso. En vez de luz, a su alrededor solo había oscuridad, que rompía a intervalos las fuertes arremetidas que daba a un puro vigoroso. De vez en cuando, alguien se le acercaba y le ponía un plato de jamón o de queso y le colocaba una botella de tinto en una pequeña estantería que había en la pared, si la mesa estaba servida con otra. Los jóvenes y no tan jóvenes le hacían cumplidos a los que solía responder con fútiles ademanes, como no queriendo alargar esos momentos para recluirse nuevamente en la soledad de ese rincón elevado sobre un pedestal de lozas de barro. Miraba a la nada, casi nunca al gentío pegado a la barra de la sede. La mayor parte del tiempo, mantenía la atención de sus ojos en la caleidoscópica oscuridad de la botella de vino, como si estuviese rumiando algo. La gente decía que ya no era el mismo, que desde que había terminado la guerra se había quedado sin santo para su devoción, y que no sacaba todo el partido que cualquier otro hubiese sacado a su heroísmo en la contienda. Sobrepasaba los cuarenta años, de ojos oscuros y secos, cual pescado olvidado en un camión de mercancías, con barba de varios días y en el mismo tono gris de su poblada cabeza. No hubo

que nombrarlo jefe cuando el levantamiento, sino que él mismo se ganó los galones al ser el primero en cargarse a un rojo en mitad de la plaza del pueblo y a la vista de todos. Después de eso no fueron necesarias las votaciones, sino que lo siguieron ciegamente, muchos hasta la muerte y otros hasta la gloria. En aquel momento parecía ausente, como anclado en el lejano pasado. Cualquiera hubiese dicho que estaba dormido a causa de las tres botellas de tinto que se había echado al pecho si su cabeza no hubiese buscado la presencia del joven que se le acercó en actitud risueña.

—Don Marcelo, le traigo una novedad que sin duda lo alegrará. Hemos matado a un rojo y tenemos preso a otro en el almacén que las juventudes controlamos en el campo. Vino un grupo numeroso desde Gibraltar, diez o doce. Les estábamos esperando, porque fuimos nosotros mismos quienes les dimos la pista de que teníamos armas y que estas quedaban desprotegidas durante la noche. Son todos huérfanos de la noble y ahora grande y libre, gente en busca de venganza, pero tropezaron con la china más gorda. Al prisionero no lo hemos matado porque pensamos que quizá quisiera interrogarlo usted. Su hijo y dos más lo mantienen a punta de pistola en espera de su presencia u otras órdenes.

—¿Sabe alguien más de esto? —dijo Marcelo mientras comprobaba que todo en su revólver estuviera en orden.

—No —respondió el joven.

—Pues que siga así. Vamos, es algo que resolveremos por nosotros mismos.

Los acontecimientos terminaron por desatarse a una velocidad pasmosa. Ezequiel volvió a la carrera hasta las inmediaciones de la cantina de Kasey en el puerto, pero no se atrevió a entrar y encontrarse con Carmen, a la que no hubiese podido esconder las trágicas noticias que llevaba. Consiguió que un vecino arrastrase a Kasey fuera del antro con un pretexto cualquiera, y cuando se reunieron en un lugar seguro, le hizo partícipe de los hechos. El viejo enumeró distintas acciones a emprender, pero todas

desprendían cierto tufo a fracaso. Finalmente, Ezequiel lo convenció de que la mejor opción era él, asegurándole que era un hombre de recursos. Discutieron nuevamente los términos para que el plan alcanzara el éxito, si es que Gustavo aún respiraba, lo cual, estando de por medio Marcelo Garriere, al cantinero le parecía harto improbable. Kasey desestimó con rotundidad la utilización de los documentos por parte de Ezequiel, aunque estos resultaran provechosos para entablar un diálogo, pero le dijo que no había esperado tanto tiempo y dedicado tantos esfuerzos y dinero para que lo echara todo por la borda a las primeras de cambio, y menos por culpa de un insensato imberbe. Por tanto, la única solución que encontraron, aun estando en desacuerdo el viejo, fue la que ponía al joven en peligro y aislado de toda ayuda. Un amigo de Kasey lo acercó en coche hasta un lugar donde pudiese cruzar la valla con ciertas garantías, y luego, otro amigo lo dejaría cerca de la población donde habría que lanzar los dados de la pobre estrategia.

Ezequiel se vistió con ropas muy comunes para pasar por uno más de los miles de hombres que transitaban o vivían por la zona. Le había pedido con insistencia a Kasey que le consiguiese cualquier pintura de mujer para pintarse la cara y no mostrarse sin más, porque lo de negociar, sabía que era imposible frente al famoso sujeto.

El amigo de Kasey lo dejó cerca de unas palmeras que había junto a la carretera, a un kilómetro escaso del lugar que el amigo de Gustavo le había descrito a Ezequiel. Allí, antes de salir, utilizó el espejo del coche para pintarse la cara como una máscara samurái, con una maestría inusitada. Cuando el chófer lo vio de repente, se llevó tal susto que se cagó en todos sus ancestros.

Salió a hurtadillas por una vereda de cañas en dirección al punto señalado, dándole vueltas a eso que últimamente pensaba: que posiblemente fuese un velado. Esa noche lo iba a averiguar. Tanto su padrino como su tío Antonio, cada uno a su manera, lo habían tenido por alguien especial. ¿Habría sido por ese motivo? Que él supiera, porque de pequeño se lo habían contado mil veces, los tres vinieron al mundo con dientes. ¿Sería eso un detalle determinante? Empezó a acercarse al lugar y distinguió su luz a cierta distancia. Sí,

estaba seguro de que era un velado. Lo sentía. Y no lo sentía a veces. Era una contradicción. «En mala hora», se dijo a sí mismo. Quedarían unos setenta metros para alcanzar la especie de establo reconvertido en sede, así que se deslizó con todo el sigilo del que era capaz. No vio a nadie en las cercanías, lo que le sugirió una falta de celo impropia de alguien como el tal Marcelo. Se acercó a las paredes de madera, a las cuatro, y miró por los pequeños agujeros que el tiempo había hecho en la construcción. Únicamente se oía una voz, casi chillona, descontrolada, y vio que el sujeto que la liberaba daba la espalda a Gustavo. Su amigo estaba amarrado de manos y pies, y, gracias al destino, vivo. No le cuadraba para nada la situación, pero tras dar otra vuelta más y esperar sin resultado que otra voz se dejase oír y le revelase nuevos datos, se dijo sin más que era la hora de comprobar si era o no un velado.

Entró por la puerta con decisión y sus ojos se clavaron en la espalda del joven que lanzaba cuchillos a escasos centímetros de Gustavo, buscando la humillación de su congoja. Pero no la encontró, pues el hijo de Carmen demostraba agallas y dignidad. Al ver esto, se lanzó definitivamente a por su presa, y cuando pensaba que aquello iba a resultar más fácil de lo esperado, un disparo tronó y fue a parar junto a sus pies, y varias voces surgieron dando gritos casi de pavor. El joven de los cuchillos se giró tan sorprendido como el propio Ezequiel, y lanzó un espasmo al ver la figura grotesca y estática que lo observaba a menos de cuatro metros.

—¡Por Dios! ¿Qué es esto? —preguntó a los demás con los pelos como escarpas.

De la parte de arriba del granero salieron dos cabezas nerviosas que no paraban de gritar palabras ininteligibles. Eran otros dos jóvenes, cada uno con un fusil, que apuntaban a Ezequiel con el miedo saliéndoles por los ojos. Cuando terminaron de controlar la situación y se hicieron cargo de lo que ocurría, uno de ellos bajó y ató a Ezequiel de manos y pies mientras el de arriba le apuntaba nervioso y el de los cuchillos encañonaba la cabeza de Gustavo.

La horrenda pintura en la cara de Ezequiel ocultaba la decepción que sentía. Tenía claro que no era un velado, pero eso ahora le era intrascendente. Lo sentía primero por Gustavo, que se quedaba sin

esperanzas, y por Carmen, que en pocas horas, o días, le llegarían las noticias de que no solo era viuda; lo sentía por él mismo, pensando en todo lo que había pasado a lo largo de la vida para terminar en aquel lugar con olor a estiércol. Pero sobre todo lo sentía por su maestro. Si O-Sensei hubiese visto cómo había abordado todo aquello, no le hubiese dirigido la palabra durante mucho tiempo. Había sido un necio, y pagaría por ello. «Qué estúpido he sido —se dijo—. He dejado mis instintos naturales y mis conocimientos al margen para dar prioridad a una posibilidad remota, y ahora estoy en este precipicio.» No habría segunda oportunidad, pero si la hubiese, jamás volvería a fallarle a todo lo que le enseñaron en Japón, ni a lo que él mismo era. No le temía a la muerte, desde luego, pues pensaba que solo era un ascensor que lo depositaría en otra planta, pero no era eso lo que quería. Lo que deseaba era volver a reunirse con su familia. Si el de los cuchillos no tuviese encañonado a Gustavo, lo intentaría, a pesar de estar maniatado, y aunque no sabía esquivar balas como su maestro, moriría con cierto honor y no como un cochino en el matadero con la cara roja de pintura.

El rugido de un motor derribó el hilo de sus pensamientos. El coche paró junto al inmueble y sonaron voces urgentes. Otros dos se sumaron al desaguisado; uno era joven, todo impaciencia e inestabilidad, y el otro era Marcelo. Ezequiel no tuvo duda de ello. El cabecilla miró al de los cuchillos más detenidamente que a ninguno y luego reparó en todos los demás: en el del techo, en el que había junto a Ezequiel y finalmente contempló a Gustavo con gesto serio, de arriba abajo. Echó otro vistazo a toda la estancia, con las manos a la espalda. Ezequiel advirtió que Marcelo tenía un revólver de serias dimensiones incrustado en el cinturón.

—¿Quién es el fante? —interpeló Marcelo sin tener que señalar a Ezequiel.

—No sé, padre. Un «opereta» que vino a salvarlo —contestó el de los cuchillos, que se descubrió como hijo de Marcelo—. ¿Y este, padre? ¿Sabes quién es?

—Por supuesto. Esa cara es inconfundible. ¿Sabes quién soy? —se dirigió a Gustavo.

—Un asesino. El que mató a mi padre en mitad de una plaza sin que nadie moviese un dedo —afirmó Gustavo antes de escupir en la cara de Marcelo.

Todos se agitaron, pero Marcelo, parsimonioso, levantó una mano y cortó en seco todo el ajetreo que se venía cociendo.

—Iros todos de aquí. Quiero encargarme solo.

Empezaron a protestar por lo bajo, pero una simple mirada abortó cualquier atisbo de queja. Salvo la del hijo de Marcelo, que se acercó a su padre implorando con la mirada para conseguir su propósito.

—Al hijo de Gustavo Fuertes me lo quiero cargar yo, padre.

—Tú te vas, como ellos, y no ahí fuera. Coged el coche y cada uno a vuestra casa —ordenó.

—Y yo le digo, padre...

La estrepitosa bofetada que le soltó se oyó hasta fuera del establo. El hijo de Marcelo se levantó del suelo con la cara roja por el golpe y con el cuerpo morado por la humillación. Cuando el coche se perdió en la distancia, Marcelo volvió a situarse frente a Gustavo. Acercó una silla para sentarse frente al joven, pero se lo pensó mejor y terminó por arrimar tres más, todas distintas, despintadas, una de ellas con las aneas desmelenadas por la edad. A Ezequiel le fallaban las matemáticas, pero cuando puso el revólver sobre la más destartalada, halló el resultado.

—Siéntate, Gustavo. Y no vamos a hacerle un feo al «opereta». Ven aquí, a saltitos o como puedas, y ponte cómodo —le pidió a Ezequiel, que obedeció solo por tener más cerca a Gustavo y utilizar aunque fuese la cabeza a modo de ariete.

Marcelo tenía los ojos perdidos, como puestos en otro tiempo, y el aliento le apestaba a vino y cebolla. Ezequiel se dio cuenta de que la pistola estaba un poco alejada de Marcelo, y que este, o estaba demasiado confiado, o le hacía poca gracia el botín que tenía al alcance. Marcelo buscó con los ojos algo en el techo mientras terminaba de liar un cigarro parsimoniosamente. Resopló, se atuso el pelo con tintes de desesperación y, después de dar una gran calada al cigarro, comenzó a hablar como ninguno de los dos presos había esperado.

—¿Sabes qué es una montaña rusa, Gustavo? —No esperó la respuesta del muchacho—. Es una atracción loca y vertiginosa en la que no te da tiempo a nada más que a agarrarte y chillar. Cuando termina, siempre acabas preguntándote si ha concluido ya. Pues bien, esa atracción es lo más parecido que encuentro para explicar una guerra. La guerra fue un somnífero, pero terminó y al enfermo se le acabaron los opiáceos. No se trataba de rojos ni de azules, Gustavo, se trataba de ceguera. Y de cobardía y de no querer utilizar la cabeza. Habrás escuchado por ahí que Marcelo Garriere mató a tu padre por rojo, y después que hizo esto o aquello, que eliminó a tantos o cuantos. Pero de ahí a la verdad, hay un gran trecho. Tu padre no era rojo, ni yo azul. Los hombres listos nunca son de algo y ya está, igual que los necios lo son de cualquier cosa que se les pegue al lado y les haga un guiño. Tu padre era simplemente un hombre con una opinión, y yo, un oportunista con una deuda por cobrar, y que simplemente la saldé en el momento oportuno, desgraciadamente para mí. No fue una cuestión política, Gustavo. En esta puta guerra solo los tontos pelearon por política, pues los listos, o se marcharon antes del pitido inicial o estaban prestos para cambiar de vagón en cada estación. La guerra para nosotros, los llanos, solo fue un ajuste de cuentas, o una venganza desprendida de ese ajuste. Yo fui novio de tu madre, Gustavo, la quería a reventar —le reveló con los ojos clavados en él—, y aún hoy la sigo queriendo con todo cuanto soy. Pero un día me dejó por otro, tu padre, y eso hizo que la humillación que sentí a partir de entonces no se la perdonara a ninguno de ellos ni con el paso de los años. Y de aquellos polvos llegaron aquellos otros lodos, cuando simplemente aproveché la oportunidad que el levantamiento me dio. Después me siguieron todos los cobardes que necesitaban una barra para apoyar sus codos. A partir de ahí, todo fue una cuesta abajo vertiginosa en la que me vi metido sin poder frenar. Aunque no lo creas, nunca maté a nadie más. Ni quería ni me era necesario, pues tenía a mi alrededor un nutrido ramillete de desalmados sin escrúpulos que lo hacían por mí tan solo para adularme. Sin embargo, es como si a todos ellos los hubiese matado con mis propias manos, pues siempre miré para otro lado. Incluso cuando a

tu madre la desnudaron y la pasearon rapada por la plaza del pueblo. Te servirá de poco, Gustavo, pero ya la primera noche no pude dormir, pues veía el rostro de tu padre a cada momento y en todos lados y sus ojos eran el recuerdo vivo que azuzaban mis remordimientos.

Ezequiel se detuvo en los ojos acuosos de Marcelo. Creía en sus palabras. «Hojas —pensó—. Simples hojas arrastradas por el viento».

—Aunque no lo creas, Gustavo, todos perdimos en la guerra —continuó el hombre con los ojos fijos en el suelo—. Vencedores y perdedores por igual, la única diferencia es que el perdedor se da cuenta en el momento que es atravesado por la bala o hinca la rodilla y deja de luchar, y el vencedor, si le queda un trozo de corazón, lo hace en la soledad de la fría noche, y si no, al final de su camino, cuando en sus días solitarios se enfrenta al último pasillo que desemboca en la muerte. Y es ahí, si su alma no está podrida, cuando repara en que la vida no es más que un soplo al que es mejor dejar desinflarse por sí mismo.

Marcelo se llevó la mano al bolsillo de su camisa y sacó una fotografía maltratada que puso en la silla junto al revólver, antes de comenzar a explicar:

—Conoces este cementerio, ¿verdad? —Esperó alguna señal en los ojos del chico, y cuando la percibió, continuó—: Pues, bajo esta higuera reposan los restos de tu padre, con su ropa puesta y la medalla de tu madre enrollada en su mano derecha. Todo hombre merece el respeto a su descanso y el lugar que elijan sus familiares para que su recuerdo permanezca vivo.

Después de eso se alejó unos pasos de los jóvenes y se giró para comunicarles algo más.

—La vida es algo con lo que ya no puedo, pues está llena de arrepentimientos y de rostros desvaídos que vienen a negarme cualquier sosiego. Las caras son de tus padres, Gustavo. Idénticas a la máscara pétrea de odio ciego y desdén con la que me fulminó tu madre el día después de que matara a tu padre. No tengo derecho a nada, muchacho, mucho menos a tu perdón, pero si

quieres venganza, aunque sé que no te dará tranquilidad, aquí la tienes.

Se acercó hasta Gustavo, cortó las cuerdas que lo sujetaban, y dejó la navaja en la silla, junto al revólver. Después de eso se alejó varios metros y permaneció de espaldas con los ojos cerrados, esperando que el fin de su agonía llegara con su descuido. Tardó unos momentos, pero cuando aclaró su mente, Gustavo cogió el revólver y dio dos zancadas hasta el hombre cano y levantó el arma.

—No lo hagas, Gustavo —le pidió Ezequiel con voz queda—. Déjalo. Corta ahí la venganza y que sea la vida la que determine.

—Para ti es muy fácil. No ha sido tu padre al que han asesinado.

—Puede, pero si fuese así, me gustaría hacer lo que te pido que hagas.

Se fijó en sus manos temblorosas, en sus dudas y en el dedo que empezó a acariciar el gatillo como si no pudiese parar.

—No lo hagas. La vida es solo una batalla y la guerra es la existencia, que consta de muchas vidas. No le acortes el suplicio.

Salieron con prisas por donde había llegado Ezequiel, buscando las palmeras. Cuando estaban a más de medio kilómetro, oyeron el disparo en mitad de la noche. Continuaron por la carretera hacia una casa de citas, bastante alejada del establo, resguardándose de las luces de los coches que se acercaban a ellos. Cuando llegaron al lugar indicado, se metieron en el vehículo que señaló Ezequiel y tocaron el claxon. Casi de inmediato, salió del local el amigo de Kasey, que al ver a los dos jóvenes sentados en los asientos de atrás, sin decir nada ocupó el sitio del conductor, arrancó y se perdió en la distancia.

Esa misma noche, Kasey consiguió pasajes hacia Canarias para Carmen y sus hijos. Tenían claro que lo mejor era marcharse lo más rápido posible. Aunque Marcelo se había quitado la vida sin ayuda, nadie lo hubiese creído, y eso empujaría a un montón de jóvenes con ganas de venganza a querer barrer a la familia. Ezequiel les dio un buen puñado de duros, y Kasey hizo lo propio, añadiendo cartas con recomendaciones y contactos para cuando llegasen a Argentina.

A la mañana siguiente, en la cantina, todos los habituales del antro se abrazaron a Ezequiel y se despidieron con tristeza. Kasey le buscó plaza con unos comerciantes que iban hasta Ronda y otros sitios cercanos, pero el joven desestimó la ayuda porque, según dijo, quería saborear el camino hasta su casa por sus propios medios, y no a la carrera como en su huida, hacía ya muchos años.

—¿Nos volveremos a ver? —le preguntó Kasey con los ojos enrojecidos.

—No lo dudes —le advirtió Ezequiel—. A ti te queda cuerda para rato.

Vestía como un español más: pantalones marrones cómodos y sencillos, y camisa de un blanco que el camino mancillaría antes de que llegase la hora de comer. Recogió sus bártulos, se colocó un enorme sombrero de paja y comenzó a andar, dejando la peña a la espalda de sus pasos.

Por la antigua carretera, llena de baches, muchos de ellos a causa de las bombas, ocasionalmente pasaba alguna que otra camioneta. Varios conductores pararon y cortésmente ofrecieron al caminante solitario un poco de descanso para las fatigadas piernas, al menos durante unos kilómetros, pero el viajero siempre rehusaba dando las gracias, pues sentía la necesidad de desandar, por sus propios pies, lo andado muchos años atrás, oliendo la fragancia de cada brizna de hierba mecida por el viento. Costeando cerca de la playa, la vetusta carretera desaparecía al llegar a un pequeño pueblo, para renacer al abandonarlo, y así sucesivamente, recodo tras recodo. La miseria propia de la posguerra se palpaba en todas partes: en famélicos niños encomendados a un duro trozo de pan, en madres que alimentaban a sus bebés con agua hervida y algunos tallos, en los desmembrados árboles que habían combatido el frío del último invierno, en la delgada pátina gris que parecía envolver al mundo...

Ezequiel continuó caminando con paso tranquilo, emocionándose cada vez que reconocía un árbol, una lejana cueva en una ladera montañosa o un cerro por el que había andado siendo niño. La

segunda noche de viaje durmió al abrigo de una encina donde años atrás había pernoctado en compañía de Alan, pero su descanso estuvo salpicado de pesadillas y sueños que, con tristezas o alegrías, homenajearon a su padrino.

A media mañana de su tercer día de viaje, tras doblar el recodo de una abrupta subida tachonada de pinos, Ezequiel divisó el cementerio y las primeras casas de Alhaurín el Grande. Muchos hombres y sus bestias cargadas se entrecruzaban por las empedradas calles del blanco y hermoso pueblo. La mayoría de ellos pregonaba la venta de su carga. Uno de esos hombres aconsejó al joven un lugar donde comer y beber.

A medida que Ezequiel se acercaba a la fachada blanca con zócalo de pintura negra, iba distinguiendo el nombre de la taberna estampado en un letrero colocado en alto: El Sardina. En el interior de la taberna había gente jugando a las cartas y bebiendo vino con soltura. Saludó y se sentó en un rincón de la barra, donde dos barriles de roble goteaban su esencia sobre un recipiente de barro. Pidió un moscatel de Cártama y algo de comida. El camarero le sirvió unas anchoas, un trozo de queso y unas lonchas de jamón, que le susurraron su tierra, su niñez.

Entre mulas y carretas cargadas de hierba, emprendió el último tramo de un viaje que había empezado muchos años atrás. Algunos kilómetros más adelante, dejó el camino y se internó por una vereda sinuosa que corría entre higueras, frutales y olivos, sin poder apartar la vista del Serrajón y de los montes que cubrían la espalda de Montoro. A pesar del mes que corría, los días eran calurosos. Vio niños desarrapados jugando y otros que se subían a los árboles para hacer cabañas. Había manadas de cerdos que buscaban alimento hurgando la tierra con sus hocicos; cabras y ovejas a lo largo del recorrido, y todo ello envuelto por el agradable sonido de los pájaros. Al fondo, junto al monte del Serrajón, se divisaba la robusta figura de un hombre a caballo, ataviado con una chaqueta a cuadros verdes y marrones, que tendía su enguantada mano de vez en cuando, llamando la atención de un joven halcón que cazaba perdices y palomas. Junto a él, había otro hombre en una yegua joven.

—¡Ignacio! —vociferó el hombre joven y regordete de la chaqueta a cuadros—. Se acabó la caza por hoy. Recoge todo que nos vamos.

El hombre regordete hizo sonar su silbato para llamar al halcón, que interrumpió su vuelo tras una paloma para volver; pero en el último instante esquivó la mano que le tendía su dueño y voló unos metros más allá hasta descansar sobre la mano de Ezequiel.

Indignado, el hombre silbó repetidas veces hasta que, hecho una furia, sacó una fusta de su bota para encararse con Ezequiel. Sin embargo, se contuvo en cuanto vio que este le tendía el halcón.

—¿Quién eres? —le preguntó con desdén.

—Un viajero harto de caminar.

Ezequiel reconoció perfectamente la cara del hombre, a pesar de los años transcurridos, y al hacerlo se alegró enormemente, pues si el señorito Miguel había salvado la vida, su familia no tendría por qué haber pasado dificultades.

—¡Pues, viaja, pero sal de mis tierras! —le gritó el hombre.

Ezequiel no le contestó, simplemente asintió y se dirigió hacia el camino con pose tranquila, lo que acabó por sacar de sus casillas al señorito, que se quedó mirándolo fijamente hasta que lo venció la curiosidad.

—¡Oye, tú! ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

Ezequiel se giró dando su inescrutable rostro al hijo del cacique.

—Vengo de muy lejos, y pienso quedarme por aquí el resto.

—Pues, tienes que saber que aquí mando yo —gritó en un alarido que resultó ridículo—. Todo cuanto ves es mío, forastero. Mi nombre es don Miguel de Guzmán, el mismo que lleva mi padre. ¡Tenlo en cuenta!

Ezequiel se giró con gesto cansino y asintió con parsimonia.

—Lo sé, sé que te llamas Miguel, te conozco.

—¿Tú? ¿A mí? Exijo saber cómo te llamas.

Ezequiel levantó entonces el sombrero que cubría su cabeza y parte del rostro.

—Mi nombre es Ezequiel Cabral.

Muchos hombres sentados en el Santo Cristo lo vieron pasar, pero el sombrero desvió cualquier interés. Muchos niños pasaron por su lado corriendo una rueda con un palo, y se quedaron embobados contemplando las cajas que cargaba a la espalda, pero tampoco lo reconocieron. Pero al saludar a una pequeña reunión de mujeres que andaban desollando a alguien, una lo reconoció.

—María —dijo una mujer vestida de riguroso luto—. ¿Te has fijado?

—¿Quién es él... tan raro? —preguntó María sin reconocerlo.

—¿No lo ves, hija? Esa cara no se olvida por muchos años que pasen. Es la misma cara que tenía de pequeño; esa frente recta, esos hoyuelos en las mejillas, esos ojos de un verde tan fuerte. ¿De verdad que no te acuerdas de él?

—Pues no, hija, qué quieres que te diga. Dímelo tú.

—El niño de María y Juan Cabral, el que quitó de en medio el extranjero aquel cuando lo del señorito.

—¿Ezequiel?

—Sí, así se llamaba —recordó otra de las mujeres sin apartar la vista de él.

—Bendito sea el Señor. ¿Qué hace ese hombre aquí? ¿Está loco? Con lo que dicen que le hicieron a su gente.

—¡Calla mujer! —dijo otra al tiempo que se persignaba—. Ni lo menciones.

—¿Dónde habrá estado todo este tiempo? Porque al extranjero, dicen que lo mataron en Gibraltar —murmuró la de riguroso luto.

—¡Me alegra que esté tan bien! —susurró otra—. Pero alguien debería avisarle para que el pobrecillo se marche de aquí.

Mientras Ezequiel se perdía por la calle, en dirección al camino de Málaga, las mujeres seguían hablando. Sería la conversación de los próximos días.

Con la misma velocidad que surcaban el aire los vistosos pájaros otoñales, corrió de boca en boca, de vecina en vecina, la noticia de que el pequeño de los Cabral había regresado. Antes de que

Ezequiel llegara al pilar de los Chorritos, los vecinos que vivían junto al singular caño de agua ya sabían que el hombre fuerte y alto del enorme sombrero era Ezequiel Cabral. Las calles se quedaron desiertas. Todos se metieron en sus casas para no tener que saludarlo, por temor a las consecuencias que esos gestos pudieran acarrearles con el patrón. No obstante, muchos eran los cuchicheos de regocijo detrás de las persianas, en el interior de las casas. Algunos decían que no tendría ni idea de lo que pasó a su familia, de lo contrario no hubiese venido; otros advertían que se necesitaban muchas agallas para volver. Otras, simplemente, comentaban su porte con sonrojada actitud; y los más rastreros salieron disimuladamente de sus casas en dirección a la de don Miguel con la intención de asegurarse un buen número de jornales para combatir el hambre de la posguerra. Sin embargo, la mayoría de estos últimos tuvieron que dar media vuelta al enterarse del colérico estado del cacique, pues su propio hijo, el señorito Miguel, ya le había proporcionado la noticia.

—Imagínese usted, padre —explicaba el señorito—, lo que sentí por el cuerpo cuando se quitó el sombrero y lo reconocí. Cuando escuché de su propia boca que se llamaba Ezequiel Cabral, la rabia se agolpó en mi pecho, y tanto Ignacio como yo nos quedamos mudos y sin saber qué hacer.

—Eres un desgraciado. ¿Cómo te has dejado humillar así? Tú, idiota —gritó el cacique dirigiéndose esta vez al hijo del Veterano—, ¿por qué no le disteis una paliza allí mismo y luego me lo traíais aquí? Seguro que es un rojo.

—Lo siento, don Miguel. Nos pilló por sorpresa y nos quedamos mudos.

—No importa —murmuró el cacique para sí—. En el fondo esto me agrada, pues no lo esperaba, no después de tantos años. ¡Increíble! Matamos al extranjero, lo dejamos solo en el mundo, y ahora aparece aquí. ¿Dónde dicen esos de ahí afuera que está?

—Lo han visto subir por la cuesta Colorá, padre. Seguramente irá a su antigua casa.

—Sí, quizá no sepa nada de nada. Mejor así, de esa forma la sorpresa será más dolorosa; sin familia y sin tener dónde caerse

muerto.

—Padre, ¿voy con unos hombres e impedimos que entre en nuestras tierras?

—No —contestó don Miguel—, dejadlo que llegue a la viña, que vea la situación en que se encuentra su antigua casa. Dejad que choque contra la realidad de que no hay nadie esperando. Entonces entrad y echadlo de allí. Pero tú no vayas, déjale esto al Veterano y a otros hombres.

—Así se hará, padre. Con Dios, padre.

—No, no te vayas, quiero hablar seriamente contigo de ciertos asuntos. Déjanos, Ignacio.

En cuanto el hijo del Veterano salió, don Miguel pegó un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que sobresaltó a su hijo.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no seas un derrochador? Las deudas se nos están acumulando, y he de hacer frente a numerosos pagarés y adeudos; incluso he tenido que hipotecar parte de nuestras tierras y posesiones mientras tú sigues tirando el dinero noche tras noche en juergas y putas. Cómo he decirte que no tenemos un banco. El dinero no crece en nuestros sótanos. Hay que ganarlo, y en estos años de guerra nuestras arcas han quedado vacías. Han sido años en los que no ha habido buenas cosechas, años sin ganancias en los que hemos invertido dinero en la causa que finalmente venció, pero hasta que esta no nos permita obtener beneficios, hemos de ajustarnos el cinturón. ¿Lo entiendes?

—Sí, padre.

—Pues que no tenga que volver a repetírtelo. ¡Desaparece de mi vista!

El señorito salió del despacho y don Miguel se quedó revisando facturas y avisos de los bancos. Durante los años que duró el conflicto no había tenido reclamaciones de ningún tipo, pero ahora los banqueros volvían denunciando pagos supuestamente olvidados durante la guerra. «Tendremos que abrocharnos el cinturón —se dijo así mismo—, y los trabajadores también deben colaborar con más trabajo y aceptar sueldos más bajos».

Todo cuanto Ezequiel divisaba parecía haber retrocedido en elegancia. Los campos estaban descuidados y echaban de menos la cortante caricia de los arados. A los árboles le faltaban numerosas ramas que podrían haber sido arrancadas por el viento o quizá por las familias que pasaban frío durante el invierno. Las famélicas bestias que veía parecían pertenecer más al oscuro mundo de la muerte que al de este, pues andaban sin fuerzas, con sus cabezas agachadas hacia un suelo donde solo había pastos pobres. La lluvia, que había aparecido de manera esporádica y de forma torrencial, también ayudó a pintar de miseria el paisaje, con profundas grietas y argayos que cortaban caminos y senderos. En general, todo cuanto veía Ezequiel no era más que un lienzo de devastación.

Cuando llegó a la cima del cerro las Tetas, una indescriptible emoción invadió su ser, al tiempo que un cosquilleo conquistaba su pecho y su estómago. A escasos metros del lugar se encontraba la imagen que más había anhelado durante sus años de ausencia. Le entraron ganas de correr y de gritar, de llamar a voces a sus padres, a cada uno de sus hermanos, de abrazar a su hermana María Candela; pero no lo hizo. En vez de eso, se detuvo y se puso a pensar en las caras que pondrían al verle después de tantos años. Feliz, recordó las de sus padres y de sus hermanos. Con esas imágenes en la mente, reanudó la marcha, y poco a poco la tierra fue descubriéndose ante sus ojos, pero no de la forma que la había imaginado, sino más gris y triste, como si llevara años abandonada. Reconoció los olivos donde antaño se subía, pero ahora sus ramas estaban llenas de nudos y echaban en falta una buena poda. Los almendros estaban mucho peor, pues le faltaban ramas, troncos enteros, y muchos se habían secado totalmente. Al fin, detrás de un olivo enorme, apareció su casa, pero no lo parecía. En su tejado, un enorme agujero vomitaba blancos aleteos de palomas, y entonces recordó aquella funesta visión que le llevó junto a su maestro, el viejo samurái. Apesadumbrado, corrió todo lo que pudo colina abajo, sorteando como un rayo las zarzas y lentiscos que habían conquistado toda la llanura de Royohondo, hasta que finalmente se encontró frente al porche de su casa. Lo único que parecía tener

vida era la vieja parra que muchos años atrás había sembrado con ayuda de su padre. Entró y la vio tal y como la había visto en la visión, sucia y destrozada. Subió a la planta superior y observó el rayo de sol que entraba por el agujero del techo. Siguió avanzando a través de la amarillenta luz que delataba el polvo del aire y descubrió, con pesar, que lo que había visto en aquella visión era real. Con manos temblorosas descolgó el retrato de la pared y, tras limpiarle el polvo, lo atrajo contra su pecho. Era el retrato de su madre. A su espalda, lo sobresaltó un ruido, pero solo era una paloma que había entrado por el tejado y se había posado en otro cuadro. Ezequiel alargó la mano e, incomprensiblemente, el ave se posó en ella, pero no estuvo mucho tiempo, pues un ruido de cascos de caballos hizo que echara a volar.

Ezequiel bajó las escaleras con las mejillas surcadas por las lágrimas. Frente al porche encontró a varios hombres comandados por el Veterano. Era el mismo hombre que un día ya lejano mató a su padrino, el mismo que en innumerables ocasiones ocupó sus pesadillas. Pero ahora no le provocaba ningún temor.

Un sentimiento de venganza lo gobernó durante algunos momentos, pero enseguida lo desterró. Algún día, la vida por sí sola se encargaría de pasarle factura.

—¿Qué te trae por aquí, muchacho?

—Aquí está mi casa, mis tierras, mi familia o, al menos su recuerdo.

—¿Dónde? —inquirió el Veterano con la cabeza recién rapada, levantando las manos y mirando en todas direcciones en clara señal de mofa—. No veo ninguna de esas cosas. Mira joven, este papel dice claramente quién es el dueño de todo esto. Sabes leer, ¿verdad? —Ezequiel cogió el documento y lo escrutó. Era el contrato de propiedad de Royohondo, a nombre de don Miguel de Guzmán. Escondiendo todo sus sentimientos, preguntó:

—¿Dónde está mi familia?

—No lo sé, poco después de que desaparecieras, vendieron y se marcharon a América, o al menos eso oímos.

—¿Por qué se marcharon?

—También desconozco eso. Lo que sé es que tienes que irte de aquí si no quieres recibir una paliza de la que te acordarás el resto tu vida.

Ezequiel no dijo nada más, simplemente se volvió, y dando la espalda al Veterano se dirigió hacia el arroyo.

—¿Adónde vas, joven? —preguntó el Veterano con el mismo tono de burla que había mostrado anteriormente—. El arroyo tampoco te pertenece. Lo que es de todo el mundo está hacia allá —agregó señalando el camino.

Ezequiel se paró en seco, sacó algo de su petate, y extendió una carta ante la cara del Veterano.

—¿Y tú, sabes leer? —murmuró entre dientes.

El Veterano titubeó por unos momentos, tras los cuales iba a decir algo, pero antes de ello fue cortado por el joven Cabral.

—Esto es un documento igual que ese, en el que se dice que yo, Ezequiel Cabral, soy el dueño de esas tierras de ahí, las tierras del hombre que tú mataste.

El titubeo del Veterano se convirtió en nerviosismo. Así que, esta vez sin sarcasmo, y mudando su expresión, le espetó con gesto pétreo:

—Pues, si te quedas ahí, terminarás igual que él.

—Habrá que verlo. Soy capaz de dejar pasar cosas, pero incapaz de poner la otra mejilla —le contestó Ezequiel.

—Lo veremos, pues —le respondió a su vez el Veterano, intentando sacarlo de sus casillas para que se desatasen allí mismo los acontecimientos.

—¿Ves esa casa de allí? —le preguntó Ezequiel al Veterano señalando la antigua propiedad de Alan—. Allí estaré.

Tras la muestra de desafío, varios hombres se movieron de manera envolvente hasta rodear a Ezequiel, pero el Veterano los contuvo.

—No, muchachos. Otra vez será. La guerra ha terminado y las cosas ahora son diferentes. Hay mucha luz y se presentarán otras oportunidades. La primera llegará en breve —ironizó fijando sus ojos en los de Ezequiel—. Me refiero a la Guardia Civil. Espero que tengas algo que contarles sobre lo que hiciste durante la guerra.

Los hombres permanecieron sobre sus caballos mientras el joven que les había mantenido el pulso se dirigía hacia sus tierras con una tranquilidad que los irritaba y que hubiese sacado de sus casillas a don Miguel.

—Cuando sepa esto el patrón, se va a liar una buena —susurró el Veterano casi para sí—. Lleva muchos años intentando comprar esas tierras, y ahora resulta que pertenecen a un Cabral. Se va armar la de Dios.

La casa de Alan estaba totalmente destrozada. Habían roto los cristales y robado todo lo que la adornada: libros, enseres de cocina, butacas, sillones, repisas, y hasta los fogones de la cocina. «Mucho trabajo tiene esto, pero es mi casa, la fue de Alan y antes de Irving, nada menos», se dijo.

Se puso manos a la obra inmediatamente. Con un viejo recogedor de madera sacó los restos secos de excrementos que había por toda la casa, quitó las pilas de leña, y después barrió toda la tierra y el polvo del interior de la vivienda. Con varias horas que le dedicó esa tarde, la casa parecía muy distinta. Sin embargo, con eso no bastaba. Habría que meter un buen puñado de duros. El tejado estaba prácticamente destrozado, pues habían arrancado todas las tejas. Los cristales habían sido apedreados y no quedaba más madera que la de los bastidores, llena de pelos por el roce de las cabras y otros animales que entrarían por la noche para protegerse. Cuando terminó la faena que se impuso ese día, aún quedaba un rato de sol, por lo que bajó hasta el arroyo y se aseó bajo la cascada, frotándose con una pastilla de jabón. Estaba casi oscureciendo cuando se vistió para bajar al pueblo, donde intentaría buscar información sobre el verdadero paradero de su familia, aunque sabía que sería muy complicado, pues nadie le daría abiertamente un indicio sin exponerse a la desgracia.

Una vez venció la noche, Ezequiel salió de su nueva casa y se dirigió al pueblo, pero antes cargó con Katuzo y las otras espadas, y las dejó en la Cañada del Diablo, que, aunque legalmente ya no

fuera suya, a ver quién se la quitaba. Tras eso, pasó por un lugar casi sagrado para él, el Olivo, dueño de sus secretos desde que tuvo uso de razón. Era un olivo imposible de no reconocer, pues en su enorme tronco, que bien podría tener cientos de años, el capricho de la naturaleza había formado un nudo igual al que un hombre puede hacer con los cordones de sus botas. Cuando lo tuvo delante, metió la mano por el agujero del tronco, hasta el fondo, y... estaba allí, la caja de madera con evocaciones de su infancia. Tras dedicar un tiempo prolongado a sus recuerdos, también escondió en su interior los documentos y el dinero que portaba.

Incluso en la oscuridad, a medida que avanzaba por las calles veía cómo la gente se iba metiendo en sus casas. Su memoria no flaqueó, y desde lejos reconoció la casa de su tío Antonio. Después de mucho gritar y golpear la puerta y las ventanas sin éxito, reparó detenidamente en la fachada y comprendió que tampoco lo tendría más tarde, pues la casa parecía abandonada hacía tiempo. Tocó en la casa de al lado, y tras un largo cuchicheo en su interior, un hombre tembloroso y de baja estatura abrió la puerta.

—¿Qué quieres, muchacho? —tras la pregunta, el hombre no dejó de mirar a ambos lados de la calle con evidente nerviosismo.

—No quiero acarrearle problemas, señor —le contestó Ezequiel—, solo saber si el hombre que vivía aquí aún vive.

—No, hace muchos años que está abandonada.

—¿Y no sabe usted dónde puedo encontrarlo?

—No. No lo sé.

El hombre intentó cerrar la puerta, pero Ezequiel la contuvo.

—Una última pregunta, por favor. Soy hijo de Juan Cabral. ¿Conocía usted a mi padre?

El hombre volvió a mirar nuevamente en ambas direcciones, y sin mirar a Ezequiel, le contestó mientras finas gotas de sudor empapaban su frente.

—No, no, no sé quién es.

Ezequiel dio las gracias, aunque fue a una puerta que se había cerrado con un estrepitoso golpe. Comprensivo, continuó por la calle de Enmedio hasta que llegó a la esquina de las peonadas, donde se cruzaban los cuatro vientos arrastrando las mentiras allí vertidas

para darles órdago de desproporción. En cuanto alcanzó esa esquina, vio el bar el Chiquitín y hasta allí se dirigió. En la puerta de la taberna había un numeroso grupo de hombres que dejaron de cuchichear y se disolvieron con gestos de preocupación. Algunos entraron al bar, pero otros partieron callejuela abajo. Desde la calle, Ezequiel miró el interior a través de la ventana y después entró.

El trabajo se le acumuló al tabernero, pues casi todos los hombres presentes pidieron la cuenta para marcharse. En la barra quedaron vasos a medio beber, trozos de tocino a medio comer, sudores y adioses. Pidió una copa de vino y el tabernero se la sirvió, pero a su lado solo quedaban exaltados borrachos que hacían gala de su pobre y ronco cante flamenco.

Ezequiel le dijo al tabernero quién era y después le hizo varias preguntas a las que este no supo responder. Todo le resultaba muy extraño. Un halo de misterio envolvía el asunto de su familia, pero así y todo, tenía que descubrirlo. Viendo que en la taberna no tenía nada que hacer, pagó para marcharse, pero, justo en ese momento, una pareja de hombres irrumpió cantando. A uno de los dos que entraron no le hacía falta un peluquero para nada, y el otro tampoco lo necesitaría en poco tiempo. Se les veía con ganas de fiesta. Ezequiel reconoció sin ningún esfuerzo a los hermanos Vargas.

—¡Dos vinos y anchoas! —dijo el Pelón, el más alto de los dos. Pero antes de que terminara de hablar, se impuso la voz del otro preguntando sobre Ezequiel.

—¿Quién es este tío? —Luego se dirigió al mismo Ezequiel, como si lo conociera de toda la vida—. ¿A ti te conozco yo, verdad? ¿Tú no me conoces a mí? A ti te he visto yo en algún lado. No me lo digas, no me lo digas. A que tú eres... ¿Quién eres tú, tío?

Preguntas y más preguntas. Aquel tipo parecía capaz de hacer de una sola vez todas las preguntas del mundo, y le daba igual que le contestaran o no.

—Manolo —dijo el mayor de los Vargas—. ¿No lo reconoces?

—No. ¿Y tú?

—Cómo no, si este de niño jugó muchas veces con nosotros dos, ¿verdad?

—Así es, Vargas —contestó Ezequiel.

—¿Lo ves, Manolo? Se acuerda de mí. Es Ezequiel Cabral.

—Ezequiel..., Ezequiel... ¿El que se fue con el extranjero?

—El mismito.

Los tres viejos amigos se abrazaron una vez roto el hielo y hablaron de sus vidas, de Japón, de vino y de mujeres, pero como en todas las conversaciones que tomaba parte Manolillo, se terminó hablando de pesca. La noche fue pasando con cuatro a uno por hora en el marcador de copas; la una, naturalmente, para el Cabral, hasta que finalmente Ezequiel preguntó si ellos, como los demás, no tenían miedo de perder el trabajo y caer en desgracia con don Miguel.

—¿Trabajar nosotros? —dijo Manolillo con la lengua trastabillada

—. Que trabajen los romanos, que tienen el pecho de lata.

—¿Acaso no trabajáis para él? —preguntó Ezequiel.

—No, nosotros vamos por nuestra cuenta —argumentó el Pelón Vargas, antes de meterse en el cuerpo otro vaso de vino peleón.

—Entonces, ¿podrías decirme qué le ocurrió a mi familia?

—A trabajar para otros no le tenemos aprecio, pero la vida sí la estimamos. Lo siento, amigo, en eso no podemos ayudarte —le dijo Miguel, serio y a gritos.

La conversación entre los tres hombres pareció enfriarse, y tras un rato en el que todos miraron hacia el suelo sin decir nada, la reunión se disolvió. Manolillo fue al urinario y Miguel salió al kiosco a por tabaco.

La ausencia de los dos hermanos fue aprovechada por el tabernero para susurrarle a Ezequiel que ambos hermanos se habían forrado de dinero con el estraperlo durante la guerra. Momentos después, entró Miguel con un paquete de tabaco para liar.

—Bueno, vamos a tener que irnos. Se hace tarde —aseguró.

—Sí, es tarde y estoy cansado —contestó Ezequiel.

—Toma este tabaco, te lo regalo —le dijo el mayor de los Vargas.

—No, déjalo, no fumo.

—Es igual, un regalo es un regalo, y se coge sin rechistar —insistió—. Aunque no fumes, cuando llegues a casa, saca un poco y huélelo, verás cómo relaja.

Ezequiel se movía en estado de extrema alerta por la oscuridad de la noche. Subió por la cuesta Colorá, pasó junto al lagar, y cuando iba por la mitad de Viña Vieja, cortó hasta el Chorraero, donde se encontraba su casa.

Como todavía no había arreglado las puertas y las ventanas, y temiendo la llegada de los hombres de don Miguel en cualquier momento de la noche, subió a dormir al interior de la Cañada del Diablo. En los próximos días tendría que comprar todo lo necesario para que aquella casa pareciera eso, una casa. Quería contratar a un carpintero, pero sabía perfectamente que debería encontrarlo fuera, pues los del pueblo no se atreverían a trabajar para él. Hizo una lista de los materiales a comprar. Necesitaba una mesa, una cama, varias sillas, un sillón cómodo, utensilios de cocina y comida, además de la puerta y las ventanas. Una vez hecha la lista, se tendió en el suelo del túnel, sobre el colchón de fibras que había preparado muchos años atrás, el cual seguía intacto en cuanto a sus cómodas propiedades. Olía a limpio, pero dentro de la Cañada del Diablo todo resultaba extraño y familiar a la vez. Pasó algo más de media hora tendido sobre el lecho, leyendo algo de Víctor Hugo con la ayuda de una vela, pero la intranquilidad por todo el misterio que envolvía a su familia no lo dejaba concentrarse ni descansar. Se acordó entonces del tabaco, y pensó en olerlo un poco. Aquello olía a rayos. Iba a desechar la idea y apartarlo, cuando el movimiento de la luz que proyectaba la vela hizo que se fijara en algo escrito en el interior de la bolsa.

«Dentro de tres horas, en la parte de atrás de la casa de Almotaje.»

Ezequiel dio un salto y se puso de pie. Aquello no estaba firmado, pero sin duda era un mensaje para él. Lo único que había que discernir ahora era si eso que había escrito el de la cabeza sin pelo era para soplarle algo o para tenderle una trampa. Tras un instante en que sopesó el tema lo mejor posible, cogió un bo, se lo colgó al hombro por si aparecían problemas, y salió a la carrera.

A unos cincuenta metros de la parte posterior de la casa de Almotaje, Ezequiel reparó en un cigarrillo encendido en mitad de la negrura que lo invadía todo. Se agachó e interponiendo su mano entre el cigarrillo y sus ojos, se concentró en los alrededores. Instantes después estaba más tranquilo, allí solo había una persona.

—Miguel —susurró.

—¿Eres tú, Ezequiel? —contestó el del cigarrillo.

—El mismo. ¿Sabes algo?

—Muy poco. Solo tímidos rumores. En el pueblo no podía decirte nada, estaba mi vida y la de mi hermano en juego, por eso te hice venir aquí. Hay quienes dicen que están muertos, te seré sincero; pero también hay quienes aseguran que embarcaron para Sudamérica, aunque no sé cuál de las dos historias se acerca más a la verdad, o si hay un punto a mitad de camino. Sea como sea, tu historia no es la única así por estos lados, pues hay decenas, todas imprecisas, liosas.

—No puedes imaginarte cómo te agradezco esto, por vago que sea —le dijo Ezequiel—. Creí que nadie me ayudaría. ¿Qué sabes?

—Cuentan por ahí, y eso no debe estar lejos de la verdad, que el cacique aprovechó vuestro accidente para conseguir las tierras. Sabía que su hijo ya estaba a salvo, pero lo ocultó para que la gente creyera que tenía un motivo justificado para actuar de la manera en que lo hizo. Dicen que quiso matarte a ti por lo que le hiciste, pero que al no conseguirlo por la intervención de tu padrino, el extranjero, golpeó con toda su furia a tu familia. Algunos cuentan que acabó con todos; con tus hermanos y con tus padres, menos con tu hermana María Candela, que huyó a Sudamérica con tu tío De Gálvez. Aunque la verdad es que yo no albergaría ninguna esperanza.

—¿Y mi madrina, la condesa? ¿No intervino?

—Tu madrina entonces ya no era condesa ni era nada. Dos días antes encontraron al conde en Madrid, sin cabeza, y Gonzalo se alzó finalmente con todo. Ese sí que es un demonio. No te fíes, pues también podría estar interesado en la tuya —le aclaró señalándole el rostro—. El cacique se queda chico si se le pone al lado. Oí que tu madrina vive aún, pero que mejor estaría muerta.

Miguel tuvo que hacer una pausa para consolar al hombre que frente a él lloraba como un niño.

—Tienes que superar esto, amigo. No busques venganza, te matarán antes de que te des cuenta.

—¿Qué hago, Dios mío, qué hago? —gritó Ezequiel sin contención alguna mirando al cielo mientras se frotaba las sienes con intensidad—. No debo derramar sangre, pero es lo que más deseo en este momento.

—Si intentas derramarla, será la tuya. Olvídalo —le aconsejó Vargas.

—Debo ver a mi madrina. Es lo único que me queda, si todavía vive.

—Es un paso peligroso. Si vas allí, terminarás arrepintiéndote.

—No tengo alternativa. Sería un miserable si no intentara verla.

Finalmente, los dos amigos abandonaron los campos de Almotaje; Miguel a caballo y Ezequiel a pie, convencido de que lo que sabía no eran más que meros rumores. Mientras subía por las tierras del cacique en dirección a las suyas, las nubes se abrieron para mostrar algunas estrellas. A una de ellas, cuando estaba en Japón, Ezequiel le había dado el nombre de esperanza.

Se levantó temprano y se vistió. La temperatura dentro de la Cañada del Diablo siempre era la ideal para sentirse cómodo. Allí nunca había ruidos, ni corrientes de aire, ni alimañas, insectos u otro tipo de seres vivos, como si estuviese sellada contra toda intrusión que la cañada no admitiera. A pesar de que ni siquiera en el llano que antecedió a la entrada le hubiese ocurrido nada, el deseo de proteger a Katuzo lo impulsaba a asegurarse el mejor escondite posible. Así que dejó la caja que lo contenía junto a la entrada de la estancia que incluso él desconocía, frente a la mesa y la silla que había puesto allí en su niñez. Ni siquiera él podía entrar allí, pues nada más intentarlo, empezaba a sufrir los mismos síntomas que cualquier otro sentiría en las cercanías de la cañada. Era consciente de ello, y de que si lo hiciera, violaría el principio de Banch.

Salió al valle estando aún oscuro, pues si los hombres de don Miguel lo estaban vigilando, no quería que le descubriesen saliendo de sus tierras. Cogió el sendero y comenzó a bajar hacia Barceló, donde a veces paraban camiones para recoger productos agrícolas y llevarlos a los mercados de la capital, que ese día era su destino. Tenía la necesidad imperiosa de ver a su madrina, pero antes debía depositar los documentos trasferenciales de capital en un banco que le ofreciera ciertas garantías. Su idea desde un principio fue dejar todo en Gibraltar, pero Kasey lo convenció de que no era prudente, por si nuevas investigaciones sobre los bienes de Alan revelaban el depósito de una cuantía tan desproporcionada. En ningún lugar hubiese estado tan seguro como en la Cañada del Diablo, pero para sus planes, ese dinero debía estar dentro de la legalidad.

Lo dejaron en el puerto sobre las nueve de la mañana. Tomó café en casa Aranda y se dispuso a llevar a cabo la larga lista de tareas que traía en su agenda. Lo primero fue entrar en una sastrería y pedir la confección urgente de un traje. El viejo Kasey se lo había explicado más que bien: «Cuando vayas al banco, de nada te servirá tu buena disposición, tus dotes para agradar, ni tus conocimientos de derecho. En el banco, todo cuanto necesitas para hacer un buen negocio es un traje nuevo, caro y vistoso, unos buenos zapatos, una mirada y un trato desdeñoso y altivo, y por supuesto, una fortuna a tu espalda». Mientras esperaba el traje, que no estaría terminado hasta bien entrada la noche, lo cual posponía la cita en el banco hasta la siguiente mañana, Ezequiel se dedicó a buscar un vestuario más adecuado. Compró varios pantalones y camisas, algunos jerséis de lana y un abrigo robusto que todavía tardaría bastante en utilizar. Reservó en una carpintería los trabajos y materiales que necesitaba. También contrató una cuadrilla de albañiles que empezarían al día siguiente con los arreglos del tejado y paredes. Había pactado un precio por encima de lo recomendado, pero no le importaba con tal de estar instalado cuanto antes.

A eso del mediodía, aún le quedó tiempo para darse un paseo por el mercado de Atarazanas, donde comprobó que, después de la guerra, la calidad de los productos y su cuantía diferían mucho de aquellos que, en tiempos ya lejanos, contemplaba cuando

acompañaba a Alan y alguna que otra vez a su madrina y a don Nicanor. Sin embargo, esa España dividida también se dejaba ver a la hora de la compra. Algunos podían llegar a cualquier artículo, mientras que a otros no le quedaba más que resignación a la hora de llevar comida a sus casas. Era una época de contrastes que le venía bien al sepia de las fotografías. La gente hablaba en susurros y en pequeños grupos, aunque también había quienes intentaban aportar cuanto fuese necesario para salir de aquel atolladero de desconfianza, encogimiento y miedo. Los cafés resurgían de su ostracismo, y los ultramarinos pintaban de falso colorido y deseo las calles del centro, pobladas con más cajas vacías que géneros. Aquella noche Ezequiel durmió en Puerta del Mar, en una pensión sencilla para sus posibilidades reales, pero nunca en su vida necesitó más que un cálido abrazo, un tentempié frugal, unos versos para soñar y el sonido maravilloso de una azada acariciando la tierra.

Se presentó en el banco a primera hora y se puso en la cola de una de las ventanillas. Seguramente al ver su ropa, lo invitaron a pasar de inmediato para que no tuviese que esperar su turno, a lo que rehusó con cortesía. En la ventanilla lo atendió un hombre de mediana edad, quien tras comprobar la naturaleza de su trámite, lo derivó a una mesa reservada que había en un lateral de la oficina. Allí lo recibió Aurora, joven, risueña, hermosa y coqueta a más no poder, pero cuando advirtió la clase de operación que tenía ante sí, entró en pánico y llamó al director, que acudió tan solícito y adulador que a Ezequiel le dieron ganas de levantarse. Cerró un buen acuerdo en cuanto a intereses, y consiguió gratuitamente la colaboración de un agente que averiguase sobre la posible compra de un local de profusas dimensiones en calle Larios.

Era noche cerrada cuando llegó a Royohondo y comprobó que su casa estaba rodeada de enseres y una cuadrilla de mulos. Cuando entró, saludó a los albañiles, que ese día habían hecho un trabajo considerable, y comió y durmió entre ellos.

A media mañana del día siguiente, Ezequiel se presentó en la hacienda del conde del Valle. Fue hasta allí con el único chófer de alquiler que encontró en Estación de Cártama. Había una garita en la puerta de entrada a la finca que antes no existía, y un guarda armado al que jamás en su vida había visto. Desde luego, no era uno de los antiguos hombres de don Nicanor. Lo tuvieron esperando en la puerta más de hora y media, a pesar de que había un teléfono y de que el hombre mantuvo una extensa conversación en la que explicó que un tal Ezequiel Cabral pedía entrevistarse con el conde. No obstante, tampoco tuvo esperanzas de un trato más exquisito por parte de don Gonzalo.

Cuando dieron consentimiento a la entrevista, un conocido de su niñez fue el encargado de acompañarlo por el camino de la finca hasta la casa. Ezequiel le preguntó por cómo iba todo. El hombre no abrió la boca, parecía aterrado, y simplemente le hizo un ademán de contrariedad del que Ezequiel extrajo la información que otro no hubiese encontrado.

—Tranquilo, Esteban. No hables, no quiero causarte problemas — le susurró Ezequiel dándole un abrazo con la ternura y comprensión de su mirada.

Esteban no contestó nada, simplemente miró al suelo con otro gesto de «esto es lo que hay», y dio un leve apretón en el brazo de Ezequiel en señal de afecto.

Gonzalo lo recibió en el majestuoso salón que Ezequiel conocía como si hubiese nacido allí. Aún se notaba la mano de su madrina en el mobiliario y en el decorado, aunque sabía que ella allí ya poco contaba. Estaba en pijama, con un batín florido y aterciopelado junto a la chimenea recién encendida, sosteniendo una copa de licor dorado. A pesar de los cincuenta y seis años, la vida le había tratado bien, pues aparentaba bastante menos. Estaba delgado, en el buen sentido de la palabra, y casi jovial. De tez morena y cabeza todavía poblada y negra, idéntica al color de la cuidada perilla que no dejaba de acariciarse. Cuando reparó en Ezequiel, interpretó un gesto de sorpresa. Con una risa incontrolada, avanzó hasta él para estrecharle la mano.

—Vaya casualidad y sorpresa. ¡Ezequiel! Quién lo hubiese imaginado. Se te ve bien, de verdad. ¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Veintiséis años, don Gonzalo.

—No, no por favor. Obvia el tratamiento. Gonzalo a secas para ti. Total, somos casi familia —dijo y volvió a desternillarse de risa tras la teatralidad de sus palabras.

—Pues, Gonzalo sea —le respondió Ezequiel con gesto adusto.

—Perdona la indumentaria, pero ha sido todo muy súbito. A tu llegada me refiero, claro —agregó y siguió riendo con los ojos cerrados antes de continuar—: Pero es que ayer mismo llegamos de un viaje digamos que... entrañable por Sudamérica, y nada más llegar, y de ahí viene lo de casualidad, pasé por tu pueblo y departí un rato muy grato con el reyezuelo... y claro. No te veía... —agregó cambiando de tema sin avisar—: Tendrías ocho años, quizá. ¡Allí, en aquel jardín! —exclamó señalando a través de la ventana—. Ibas con mi tío, y la verdad, he de reconocer, que eso siempre desataba un fuerte sentimiento de celos en mí.

Volvió a reír a mandíbula batiente, sin derramar ni una sola gota de la copa. Hablaba rápido, con energía, y a Ezequiel le recordaba a una ardilla con sus movimientos cortos y precisos, nerviosos y controlados a la vez. En los ojos se le notaba inteligencia, y alguien como Ezequiel supo leer en él ciertos mecanismos siempre dispuestos para desarrollar una estrategia. Al joven todo aquello no le pareció cómico, sino más bien de temer. Aunque todavía no podía aseverarlo, por lo que estaba viendo y por lo que había observado fuera y dentro con la gente del servicio, todo le decía que se encontraba ante un sicópata de cuidado.

—Bueno, dime qué es lo que te trae por aquí —le preguntó soltando la copa en la mesa y superponiendo una mano a otra como hacían muchas veces los religiosos.

—Mi madrina, Gonzalo, únicamente eso. Llegué hace pocos días de Japón —mintió—, donde viví muchos años y regresé fugazmente después de la guerra. Ella es lo único que me queda.

—Vaya cosa le queda —comentó teatralmente dirigiéndose a un hombre sentado junto a la chimenea, trajeado enteramente de negro

y que no había abierto aún la boca—. Perdona, Ezequiel, él es el Reverendo. En verdad ni es ni ejerce, pero tomó en su día ciertos cursos para impartir los sacramentos, especialmente el opuesto a uno. —Puso los ojos muy abiertos al explicarlo y terminó a carcajadas nuevamente.

—¿Ella está bien, Gonzalo? —dijo Ezequiel impaciente ante tanta desconsideración.

—Ella está, que no es poco, primo. ¿Eso está bien? ¿Puedo llamarle primo? Me refiero a si somos primos o algo así —preguntó el conde al hombre de la chimenea forzando cierto interés, a lo que el hombre trajeado respondió negativamente con la cabeza, sin pronunciar palabra, dibujando una leve sonrisa dentro de su seriedad—. Bueno, pues apartemos lo de primo. A ella le gustaría verte, desde luego, tanto que cree que eres su hijo. La cabeza, ya sabes. Las personas mayores...

—Por favor, Gonzalo, es lo único que me queda.

—No, no, no, no y no. Eso no es verdad, no es lo único que te queda. Pero... en este momento, hasta ahí puedo leer.

—¿Qué...? ¿Qué has querido decir con eso de que no es lo único que me queda?

—Nada. Tonterías. El alcohol de anoche. Volvamos a mi tía, Ezequiel. Lo cierto es que no puedes verla. No se halla en un estado óptimo para recibir visitas. Los mismos médicos lo desaconsejaron.

—Gonzalo. Por favor, te lo ruego.

—¿Tanto deseo tienes de reunirte con ella?

—Por supuesto...

—¿A qué estarías dispuesto con tal de verla? Y lo que es más importante aún, ¿qué interés esperas sacar de ese tan esperado encuentro?

—A lo que sea, y lo único que quiero de ella es saber que está bien, y que sepa que he logrado sobrevivir. Sé que se alegrará.

—No sé... No sé... Me causaste muchos problemas en el pasado. ¿Por qué habría de permitirte eso ahora?

—¿Yo? ¿Qué problemas te pudo causar un niño?

—Mi tía intentó dejarte toda su hacienda, que no es moco de pavo. Incluso convenció a mi tío carnal de que hiciese lo propio con la

suya. ¿Te parece poco?

—Si eso fue así, yo no tenía conocimiento de ello. Y no estaba interesado entonces ni lo estoy ahora.

—¿Es eso verdad? —preguntó con aires de desconcierto mientras apuraba la copa volviendo a poner teatralidad en sus ojos—. ¿Tú le crees, Reverendo?

El Reverendo puso gesto de decir «qué sé yo», y abrió las manos en evidente señal de duda.

—Demuéstralo, entonces. —Tocó una campanilla tras la que aparecieron por la puerta otros dos sujetos con unos documentos—. Estos son el Diácono y el Monaguillo. Ayudan en ciertas tareas al Reverendo, y forman un gran equipo. —Se desternilló una vez más con aquella risa nerviosa, manteniendo los ojos cerrados.

—¿¡Cómo!? —exclamó Ezequiel.

—Muy fácil. Estos documentos son las últimas voluntades de mi tía, acreditan que sus bienes pasarán a ti cuando fallezca. Aunque... dispongo de amigos muy influyentes en las cortes que no tendrían problemas a la hora de fallar y declarar que se registraron bajo una fuerte enajenación mental. Pero que lo consiga no quiere decir que no me cueste nada, pues son favores que tarde o temprano deberé devolver, así que es mejor que lo hagamos de otra forma, por ejemplo, con tu renuncia por... por lo que sea, pero vaya, que no me cueste mucho. Por ejemplo, a cambio de visitar cuando quieras a mi tía.

Ezequiel tomó los documentos y los ojeó página por página, y luego los que le tendía el conde para que rehusara al deseo de su madrina.

—Si necesitas ayuda, disponemos de un letrado que en nada estará aquí. Podrá explicarte los pormenores y aclararte cualquier duda que tengas.

—No será necesario —murmuró Ezequiel—. Pero necesito que se incluya una cláusula en la que se me permita visitarla cuantas veces quiera.

—Eso no supondrá un inconveniente.

Gonzalo descolgó el teléfono y unos minutos más tarde apareció una joven con el anexo cumplimentado.

Ezequiel volvió a leer todo detenidamente, y al comprobar que no existían trampas, salvo la que le robaba el deseo a su madrina, los firmó antes de pasárselos al conde para que también los rubricara.

—Me he quedado anonadado —le confesó el conde devolviéndole sus copias firmadas—. Jamás creí que aceptases, desde luego no así. Tal vez por la intervención de la parroquia —dijo señalando a sus hombres—. Mi tía tenía razón cuanto aseguraba que la querías mucho —le aclaró haciendo mohines con los ojos—, pero te aconsejaría que cuando la vieses no le comentaras nada de esto. Es por su bien, ya sabes... el corazón.

—No será un problema. ¿Dónde está?

—Llamad a Esteban, que lo acompañe. Y comunicad a todos que tiene libertad para hacerlo siempre que quiera, acompañado por Esteban u otro hombre que le sustituya si no se encuentra disponible.

Esteban lo acompañó por el corredor principal hasta la escalera que ascendía en una gran espiral desde la que se veían las partes más hermosas de la casa. Pero no se detuvieron en la primera planta, sino en la segunda y última. Continuaron por un ancho pasillo hasta una habitación que había al fondo.

—La tiene aquí porque se pasa muchas noches gritando, señor —le susurró Esteban—. Normalmente la asiste su criada de siempre, Monserrat, pero no puede hacer todo cuanto ella quisiera porque la llaman con frecuencia para llevar a cabo otros menesteres.

Cuando entraron a la habitación, aparentemente ordenada, notaron un fuerte olor a orín, a sudor, a humedad y a dejadez en definitiva. Estaba tumbada y ladeada hacia el lado contrario a ellos. Varias vírgenes y cristos llenaban toda la cómoda, y también muchas fotos de su difunto marido y al menos seis de Ezequiel en su infancia. Había otra mesa con soluciones médicas, restos de comida en una bandeja de plata y moscas de la fruta pululando alrededor en la mesita de noche.

Al oír la puerta, se giró hacia ellos incorporándose un poco con suma dificultad. Primero clavó sus ojos en ellos, después se llevó los anteojos a la cara. La boca se le abrió temblorosa, sin poder pronunciar lo que quería decir, presa de un ataque de nerviosismo

que acompañó con una lluvia de lágrimas silenciosas. Levantó las manos hacia Ezequiel, dubitativas, erráticas, hasta que logró desencallar el llanto y pudo articular la voz.

—Mi niño, mi niño, mi niño.

Se unieron en un abrazo tierno y prolongado, y ella lo llenó de besos tardíos, ausentes durante tanto tiempo, mientras le acariciaba el pelo sin dejar de llorar.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo, hijo mío?

Esteban les dijo que el conde le había pedido que estuviera con ellos en todo momento, pero que podía salir a un balcón exterior si no se lo contaban. «Ni se te ocurra, Esteban. Tú eres uno más de la familia», le soltó Ezequiel sin aceptar protesta alguna.

Doña Águeda se enteró de casi toda la vida de Ezequiel desde el día de la partida, y de la muerte de Alan, que todavía era un misterio para ella. Ignoraba lo ocurrido con el resto de la familia de su ahijado y así se lo hizo saber, y también le explicó, con lágrimas en la cara, el final de don Nicanor, al cual Ezequiel también llamaba tío.

—Te imaginas, hijo, te imaginas el trato conmigo por parte de los forenses, desatentos e insensibles. Me pedían que reconociera a mi pobre marido por las joyas en sus dedos. ¡No necesito de eso!, les grité. Lo reconozco a pesar de como está, por sus tiernas manos, sus dedos decrepitos y afectuosos, la forma de sus brazos siempre atentos conmigo.

Hablaron de tantas cosas que tenían por decirse después de tanto tiempo, que se les vino la noche con rapidez. También hubo tiempo para risas, para que Ezequiel recitara las golondrinas de Bécquer, la estrella brillante de Keats, algunos poemas propios de Ezequiel que embelesaron a su madrina. Pero llegó la noche y el joven tuvo que irse. Le prometió volver, y también que cuando estuviese lista la casa la llevaría a ella y a Monserrat para que estuviese en un lugar más saludable y con mejor compañía.

Cuando Ezequiel bajó a la planta principal, preguntó por el conde y pidió una entrevista para solicitar cuidados más esmerados para su madrina.

—Se hace lo que se puede —carraspeó don Gonzalo desatento—, después de la guerra los recursos son limitados.

—Estaría dispuesto a sufragar los costes yo mismo. Quiero que Monserrat se dedique exclusivamente a ella.

—Qué considerado —expresó con burla—. ¿Eres rico?

—No, desde luego que no lo soy. Dispongo de unos ahorrillos y no me importaría...

—No —lo cortó—. Rotundamente, no. Mi tía morirá en esa cama, sola. Lo merece.

—Me gustaría llevármela. Te ahorrarías esa carga.

—No. A no ser... que reciba una compensación a cambio.

—¿Qué quieres, Gonzalo? ¿Dinero?

—Sí, dinero está bien —admitió el conde.

Ezequiel sacó una chequera del bolsillo y una estilográfica y esperó instrucciones para rellenar la hoja.

—Dime la cantidad. Tu tía se sentirá orgullosa de ti una vez más —ironizó.

—Digamos que... un millón ciento treinta y siete mil pesetas.

El conde comenzó a desternillarse con su característica risa nerviosa, y la «nobleza eclesiástica» lo secundó al unísono desde el fondo de la estancia.

—Te sorprende, ¿verdad? —agregó mutando la risa en seriedad—. Pues así soy yo. Dispongo de información de todo cuanto pueda ser de mi interés.

Ezequiel permaneció como una estatua observando la chequera con ojos distantes. Estático, pétreo. Era la cantidad que había ingresado el día anterior en el banco, porque el resto, unas setenta mil pesetas, lo había dejado en la Cañada del Diablo para la restauración de la casa y otros gastos pertinentes para poner sus tierras en el buen camino. Permaneció en aquella pose lo que le pareció una eternidad mientras oía la risa cínica de fondo.

—Muy bien, chico. Creo que hemos terminado. A ver si ahora es mi tía la que se siente orgullosa de ti, cuando sepa que no irá contigo porque tu dinero es más importante que ella.

Ezequiel ni siquiera lo escuchó. Continuaba allí, en la misma posición vacilante de antes, intentando poner claridad en sus ideas. Y pensó que la vida no es más que una chispa cuyo brillo no ilumina más allá del instante que se vive, y que de lo único que

verdaderamente puede arrepentirse uno en todo su transcurso es de lo que no lleva a cabo. No era un nodiano en el sentido estricto de la palabra, aunque sí por las ideas, pero si lo hubiese sido, aquello que sucedía lo habría reconocido como un nodo trascendental. Así que puso el cheque con determinación sobre la mesa y lo firmó.

—Manda a redactar los documentos sin dilación y según mis instrucciones, y esto será tuyo.

El conde del Valle palideció. Le irritaba la falta de doblez del joven, pues daba la razón a los procederes de sus tíos.

—Monaguillo, busca a mi secretaria y que redacte según lo acordado. Pero Monserrat se queda —agregó.

—No, Monserrat entra en el trato.

—No, con Monserrat no hay trato, y el Monaguillo se queda donde está.

—De acuerdo —acabó por admitir Ezequiel.

—Bien, ahora, mientras redactan lo acordado, quiero enseñarte algo.

Salieron al jardín y recorrieron un camino paralelo a los parterres, donde tanto le había leído a su madrina en su infancia, hasta llegar a una especie de cobertizo de lujosa presencia.

—Todos estos trofeos que ves aquí son míos. Los gané por toda Europa y otros lugares del mundo. Soy un magnifico tirador. El mejor que jamás hayas visto. Esto lo demuestra. Lo que trato de decirte es que jamás fallé un disparo. Tenlo siempre presente. Con siete años, mi madre, la Predilecta, me regaló un muy buen fusil, con ocho estaba orgullosísima de lo que podía hacer con él, y con nueve intentó quitármelo tras saber lo que terminé haciendo con ese arma. ¿Sabes qué es el poder? —le preguntó cambiando de tema.

—Sí, aquello que algunos persiguen sin alcanzarlo del todo mientras dejan pasar la vida y la posibilidad de felicidad que lo rodea.

—No, eso es una mierda de definición. Jamás escuché una bazofia más gorda que esa. Esto que vas a presenciar es el poder. ¡Esteban, Esteban! —gritó.

El hombre llegó a la carrera, rojo por el esfuerzo, tomó una bala de unos siete centímetros que le dio su amo, y se fue casi a cuarenta

metros de distancia. Esteban sostenía la bala, tembloroso.

—Pero no tiembles tanto, inútil. Dame una oportunidad —protestó visiblemente irritado el conde.

—No es necesario, Gonzalo —le suplicó Ezequiel mientras el conde apuntaba.

—Sí, sí que lo es, sí que lo es. Descuida, tenemos dos buenos médicos en la finca y hombres que pueden sustituirlo en caso de contingencia.

En el mismo momento que Gonzalo iba a disparar, Ezequiel golpeó el arma elevándola y consiguiendo que errara el disparo. El conde se volvió hecho una furia.

—No vuelvas a tocarme en tu vida, miserable, en tu puta vida, recuérdalo siempre —vociferó fuera de sí, al tiempo que se giraba por sorpresa y de un disparo arrebataba la bala de la mano de Esteban—. Eso es el poder, cuatrero, eso es. No el hecho de arrebatarse la bala desde esta distancia, sino conseguir que se mantenga allí aguardando lo que quiera dictaminar mi voluntad. Ya puedes irte, fuera de aquí.

Ezequiel comenzó a girarse para buscar la salida cuando Gonzalo lo llamó nuevamente.

—Te aborrezco, incluso más que a Miguel de Guzmán. Soy un buen árbitro. Comenzad a luchar.

—Yo no estoy aquí para luchar con nadie. Estoy aquí...

—Sí, lucharás —lo interrumpió—, no te quedará más remedio que hacerlo, pues no dispones de más dinero para sustituir a tus huevos.

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

—A que tiene a tu padre todavía. Vivo, preso.

Y se marchó hacia la casa entre carcajadas, con el fusil en la mano. Esteban lo seguía a pocos pasos con la gorra en la mano y la vista en el suelo.

Tan negro como la noche desprovista de luna era el kimono que vestía el joven Cabral, apostado tras las vallas naturales de zarzas y maleza que cercaban la finca del cacique. Había visto con buenos

ojos la idea que le sugirió Vargas, con quien departió la noche después de que se reuniera con el conde, cuando le preguntó si había oído alguna vez lo que le soltó don Gonzalo sobre su padre. Vargas reconoció que sí, pero que le daba poco o nulo crédito a tenor del tiempo transcurrido desde los hechos que desataron todo. Intentó convencer a Ezequiel para que se olvidase, pues con seguridad era la respuesta a una treta ideada entre ambos para que Ezequiel se metiese en la boca del lobo por propia iniciativa. Pero cuando Vargas entendió que cualquier intento de meterle en razón sería infructuoso, lo persuadió de que al menos no abordara la situación esa misma noche y esperase una ocasión más sensata, como por ejemplo ampararse en la verbena que se celebraría en unas dos semanas. A Ezequiel le costó admitir que era un buen juicio, y para ello tuvo que recordar las palabras de su maestro, que tantas veces le dijo: «Sé circular, nunca busques el camino corto, pues estará lleno de trampas».

La hacienda estaba en silencio. Ezequiel no observó ningún movimiento extraño, así que cruzó el impedimento de las zarzas abriendo con dos vigas de madera un pasillo hasta el otro lado. Continuó en dirección a las luces de la casa, todavía distante, con los cinco sentidos puestos en el mínimo detalle que llamase su atención y aprovechando la cobertura que le ofrecía la densa arboleda de cítricos. No es que recordara la ubicación de los edificios tras esas dos tardes que estuvo allí hacía tanto tiempo, pero sí retenía a la perfección la descripción que Vargas realizó en una porción de tierra que alisaron, donde dibujó cada una de las dependencias que rodeaba la gran casa mudéjar. Esa tarde, el agua había hecho acto de presencia dificultando su plan con varios aguaceros que convirtieron la tierra en un barrizal. Logró evitarlo desliziéndose sobre la columna de hierba que corría en paralelo, junto al pequeño canal que se extendía hasta las inmediaciones de las primeras construcciones de la finca.

Todo estaba como él lo recordaba; el granero, la casa y, detrás de ella, la bodega. Llegó hasta la puerta de esta sin esfuerzo, como si la vigilancia que había esperado fuese inexistente. En cuanto la empujó, se abrió sin ofrecer resistencia y por ello pensó que con

toda probabilidad sería una esperanza vana. Ningún hombre custodiando la entrada, ninguna cerradura. Todo resultaba tan fácil, que empezaba a dudar de la revelación de Gonzalo. Bajó por las escaleras maldiciendo el agua de los escalones que produjo cierto eco en la estancia. En cuanto estuvo abajo, percibió una luz titilando al fondo. Dobló la primera fila de barriles, y el corazón le dio un vuelco cuando vio que entre la luz y el pasillo se interponía una robusta reja. Con cautela, llegó hasta ella, y cogiéndose fuertemente de sus barrotes, asomó la cabeza.

—¿Padre?

El famélico hombre que ocupaba un pequeño camastro vuelto de espalda, giró la cabeza sin curiosidad, casi con desidia, como acostumbrado a padecer todo tipo de tormentos que resistía ya sin fuerzas para revelarse e, incluso, para quejarse. Tenía la barba larga y gris, el cabello desaliñado, y la ropa era la de un mendigo. Sin embargo, en ese cuerpo enjuto, quebrado por el tiempo, la reclusión y quien sabe qué más, Ezequiel reconoció a Juan Cabral. Se levantó de aquello que no merecía el nombre de camastro y se encaminó hasta las rejas forzando la vista para escudriñar. No era el hombre fuerte de antaño, el que siempre lo miraba desde arriba y le hablaba con ternura unas veces, y otras con severidad. Las fatigas lo habían encorvado y envejecido.

Conforme fue acercándose, los ojos comenzaron a abríseles incrédulos y soñadores a la vez, y liberando unas lágrimas que ya no creía poseer, alargó la mano para tocar la cara de su hijo y comprobar si aquello que estaba percibiendo era real.

Se abrazaron como pudieron, y el padre, tembloroso, le llenó las manos de besos al tiempo que le susurraba repetidamente entre sollozos:

—Tienes que irte de aquí, hijo mío. Tienes que irte, tienes que irte, tienes que irte. Ya me has dado un regalo que no esperaba ni en mis sueños. Ahora tienes que irte, lejos, y no volver nunca más.

El brillo de las velas se reflejaba en la cabeza. El sudor de las mejillas se mezclaba con la sangre seca alrededor de la nariz y la boca. Muchos palos tuvo que recibir antes de que el mayor de los hermanos Vargas confesase, a primera hora de la tarde, después de una noche que nunca olvidaría y una mañana que le haría odiar para siempre a una parte de la humanidad.

—Tu amigo ya está aquí —se apresuró a comunicarle con regocijo el Veterano mientras se frotaba las manos de impaciencia—. Acaba de entrar en la bodega.

El Pelón Vargas levantó la cabeza sin fuerzas, miró la cara del Veterano y, apesadumbrado, volvió a dejarla caer sobre su pecho.

—¡Vosotros cuatro! —ordenó el Veterano—. Andando. No quiero escándalos; una paliza sin mala leche y me lo traéis en no muy malas condiciones. El patrón lo quiere vivo, servible.

Desde una ventana del granero, el Veterano observó, junto al maltrecho amigo de Ezequiel, cómo los cuatro hombres bajaban por la puerta de la bodega.

—Tu amigo está acabado —le insinuó a Vargas—. Lo sabes, ¿no?

Allí abajo no había nada con qué abrir la puerta. Ezequiel lo había intentado con una barra de hierro, pero no obtuvo ningún resultado. Tras ese fracaso, intentó hurgar en la cerradura con varios útiles metálicos que encontró por allí, pero tampoco lo consiguió. Desoyendo las palabras de su padre, que insistía con tozudez para que se marchase, continuó con la tarea.

—No me marcharé de aquí sin ti —le aseguró Ezequiel sobrepasándolo en terquedad, aunque desconocía cómo demonios iba a sacarlo de allí.

—Estás haciendo demasiado ruido, te oirán. Creo que es una trampa, porque en la puerta siempre hay alguien vigilando.

No había terminado de decir eso cuando en la puerta oyó el forcejeo con que intentaban desatracar la estaca que había puesto Ezequiel.

—Son ellos, hijo mío. Escóndete donde sea, que no te vean o te matarán delante de mí, sin importarles lo más mínimo.

Ezequiel miró a su alrededor, sin prestar ninguna atención a la inquietud de su padre, hasta que sus ojos se fijaron en un almanaque de una conocida marca de carne de membrillo de la época. Con un tizón del suelo, señaló la fecha de ese día y se lo entregó a su padre a través de las rejas.

—Voy a hacer todo por sacarte esta noche de aquí, pero si no lo consigo, necesito que estés vivo mañana. Incluso, antes de que entren a tu celda, grita que tomé varias fotos tuyas posando con el almanaque. Eso los detendrá hasta que te saque de aquí.

—No los conoces, hijo. Son capaces de todo. Escóndete y que de mí sea lo que tenga que ser.

—Padre, soy el mismo que se empeñó en sembrar en la Cañada del Diablo, no lo olvides. Aunque te respeto más que a nada en el mundo, si tengo que pegarte dos tortazos para que reacciones y me ayudes, lo haré. Coge el almanaque de una vez y di lo que te dije. Después de catorce años sin saber de ti, por nada del mundo voy a dejar que mueras aquí.

La resistencia de la puerta finalmente fue profanada y la intensidad del vocerío aumentó con los ecos de la estancia, hasta que cuatro hombres doblaron el último recodo y se encontraron en el pasillo que daba a la celda de Juan.

—No lo matéis, por favor. Es el único hijo que me queda, dejadle en paz, por favor —gritaba Juan sumido en el llanto, preso de la desesperación y de las rejas.

Uno de los hombres avanzó hacia Ezequiel con un astil de madera mientras este lo observaba sereno y estático. Gritando, con las venas del cuello hinchadas por la tensión, el matón se lanzó con el madero por delante a modo de estoque, intentando golpearlo en el estómago para dejarle sin aire, pero un movimiento extraño y repentino del joven lo sorprendió. Ezequiel sincronizó la palma de su mano con el movimiento del extremo del palo, poniendo cierta resistencia y liberándola al instante, lo cual desequilibró súbitamente al oponente, que quedó a su merced. En un abrir y cerrar de ojos, desvió hacia abajo la inercia del palo y lo proyectó en sentido

contrario hasta golpear la nuez de su oponente, que cayó al suelo intentando encontrar una bocanada de aire que tardaría en llegar. Sorprendidos, los tres hombres restantes titubearon, pero algo como eso, según ellos, solo podía achacársele a la suerte. El más grande de todos se adelantó gritando improperios y amenazas para amilanar a Ezequiel, pero la mirada y la pose de este permaneció imperturbable.

—Ten cuidado con ese, es el Toba. Si te alcanza, estás listo —le gritó el padre en un ataque de histeria.

Era un «mauro» de mucho cuidado, fuerte, más que fuerte, *unicejo* y con unos puños que parecían mazas. Corrió hacia Ezequiel por el pequeño trecho que los separaba con el puño preparado para soltarlo cuando estuviese a la distancia correcta. Cuando lo descargó, la cabeza de este, que era su objetivo, se apartó en el último instante. Acto seguido, Ezequiel le rodeó el cuello con su antebrazo y acompañó la inercia desequilibrada del «mauro», prolongando el error en un movimiento circular hasta que detuvo súbitamente esa inercia, sin soltarle el cuello. Las piernas del Toba se elevaron por los aires de una forma que nadie hubiese creído. El choque de las vértebras cervicales contra el suelo fue estremecedor. Hasta bastante después, no descubrirían que el Toba aún podía caminar. Los dos que quedaban atacaron a la vez, pero cada uno de ellos crujió como la débil castaña que, sin rajarse, cae en las brasas de un fuego. En menos de un minuto, los cuatro hombres estaban indefensos y rotos sobre el suelo, ante la atónita mirada de Juan Cabral.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Juan a Ezequiel, repartiendo su mirada repetitivamente entre los hombres tumbados y su hijo.

—El almanaque. No me falles, padre —fue su única respuesta—. Céntrate en lo del almanaque. Si esta noche no te saco con las llaves, mañana ellos mismos te abrirán la puerta.

El Veterano arrastró la silla desde donde se encontraba atado el mayor de los Vargas, hasta situarla en una ventana desde la cual se viese la puerta de la bodega.

—Fíjate bien, don Rumores, dentro de poco a tu amigo lo sacarán por esa puerta sin poder sostenerse por sí mismo.

Durante varios minutos, los dos hombres aguardaron con desigual interés el desenlace que por uno u otro motivo los mantenía en ascuas. Sin embargo, lo que salió por la puerta no fue lo esperado, pues en vez de salir los hombres del Veterano arrastrando al hijo de Juan Cabral, de la oscuridad emergió la figura de un hombre sereno y seguro que, luego de mirar tranquilamente a su izquierda y a su derecha, finalmente posó sus ojos en la cara del Veterano, iluminada tras la ventana del piso superior del granero.

La pronunciada tos del contrabandista entrecortó la repentina risa que había brotado de su boca. Tosió mucho, pero cuando se recompuso, alzó su rostro destrozado por la tortura y le escupió un sarcasmo al Veterano.

—Tus hombres no han podido impedir que salga por sí mismo de la bodega. Pero no te preocupes, por la mirada que ha puesto y la dirección que ha tomado, diría que tendrás oportunidad de arreglarlo.

La mano derecha del Veterano no pudo evitar mostrar cierto nerviosismo, los interrogantes lo asaltaban. Sin saber qué hacer, buscó un arma de fuego en el granero, pero no encontró nada, así que sacó su enorme navaja y la presentó al aire con mano recompuesta y firme.

Desde arriba se oyeron los pasos que por abajo discurrían con calma, hasta que finalmente se detuvieron.

—Vargas —gritó Ezequiel—. Dime cuántos son y si tienen armas de fuego.

—Solo está el Veterano —contestó el mayor de los Vargas—, pero lleva una navaja que se deja atrás a Tizona.

Los pasos volvieron a oírse cada vez más cerca, hasta que encontraron la escalera y fueron ganando la planta superior.

—Veterano... —Ezequiel se tocó la sien a modo de saludo—. Si vuelves a tocar a mi amigo, te acordarás de mí el resto de tu vida.

Sin esperar una sola palabra más, el Veterano se lanzó contra el joven Cabral, llevando en su cabeza la temerosa duda de lo que había pasado con sus hombres en el interior de la bodega. La perica buscó la garganta de Ezequiel, pero cuando ya parecía alcanzar su meta, una muñeca firme se interpuso, desviando el ataque hacia el cielo. El joven giró su muñeca sobre sí misma sin perder el contacto con la del Veterano, hasta agarrarla y pasarla por encima de su cabeza. Tras un giro incompleto de su cuerpo, el Veterano quedó cariacontecido y desarmado, con la mano a punto de quebrarse en la espalda.

Gritó mil maldiciones preguntándose si lo que acababa de ocurrir era cierto, y si lo que había pasado en la bodega era más de lo mismo, pues si era así, tenía, mejor dicho, tenían un serio problema. El Veterano apenas sentía su muñeca, tampoco su brazo, únicamente la tensión, un estiramiento que presagiaba que, si lo deseaba, Ezequiel podía desarticular el amasijo de huesos y tendones.

—Veterano..., las llaves —le ordenó sin mostrar siquiera el mínimo atisbo de esfuerzo en el timbre de su voz.

—No las tengo —dijo el Veterano con voz lastimera—. Don Miguel siempre las lleva consigo. No está aquí, sino en la capital, en la inauguración de una obra de teatro.

Tres disparos tronaron en el exterior. Se oía el nerviosismo en cada rincón, quizá por el inimaginable dos en la quiniela que resultó de la bodega.

—Tenemos que irnos, Veterano —le espetó Ezequiel, mientras levantaba una talega con algo dentro para simular una cámara—. Tomé fotos de mi padre en la celda con el almanaque en su pecho. Esta noche sacaré las pruebas suficientes como para dinamitar el cuestionable prestigio que le quede a tu amo, si mañana mi padre no está en la calle.

Amarró al Veterano y lo amordazó con una manga que le había arrancado antes de ocultarlo tras un muro grueso de alpacas de paja. Luego soltó al mayor de los Vargas y salieron por una ventana trasera que daba al amparo que ofrecía la oscuridad de una extensa huerta de cítricos.

—¿¡Cómo se te ha podido ir de las manos, Veterano!? ¿¡Cómo!?

—exclamó el cacique poniendo el grito en el cielo—. Erais cinco hombres contra uno. Vuelve a explicármelo, porque si no me volveré loco.

Ni siquiera había pasado media hora desde que huyera Ezequiel con Vargas, tiempo suficiente como para recontar a sus hombres maltrechos y encaminarse con las malas nuevas a la casa mudéjar, donde don Miguel había permanecido toda la noche esperando la noticia de que la celda se había quedado pequeña.

—No sé cómo, don Miguel, todavía no consigo explicármelo. Los hombres dicen que se movía muy rápido, que se adelantaba a todos sus movimientos, y que cada defensa que hacía se convertía luego en un ataque devastador. Todos tienen huesos rotos.

—Eso que me dices es imposible, Veterano, imposible.

—Lo vi con mis propios ojos don Miguel. Lo atacé con mi navaja y al instante estuve rendido a sus pies como un pelele. Después de eso no podía moverme, pues sentía mi brazo a punto de romperse. Lo más doloroso de todo, don Miguel, es que sentí en mis carnes el poder que ocultaba. Y me duele confesarlo, señor, pero si hubiese querido, me la habría roto como a un pollo. Los hombres de la bodega están aterrados. Dicen que a Toba lo lanzó por los aires y su cabeza quedó a más de un metro de altura y que sus piernas subieron casi a tres. A Toba, señor, ciento veinte kilos de músculos de verdad, no de tonterías.

—Es para volverse loco —dijo don Miguel echándose las manos a la cabeza—. Esto no puede estar pasando, Veterano. Tenemos que detenerlo esta misma noche, tenemos que impedir que esas fotos vean la luz.

—No sin utilizar armas de fuego, don Miguel —sugirió el Veterano—. Sin ellas, ninguno de nuestros hombres se atreverá a acercársele. Después de lo visto, tienen el miedo metido en el cuerpo.

—¿El miedo, Veterano? ¿El miedo? Yo soy el miedo en este pueblo, Veterano, yo. Coged las armas que necesitéis, me da igual

lo que digan esos informes del obispo ese, y todo lo héroe que haya sido en la batalla del Ebro, pero antes de que amanezca lo quiero aquí. ¡Vivo! No pido otra cosa. ¿Me oyes, Veterano? Es solo un muchacho, Veterano, nacido de la zorra de su madre y de esta de aquí, Veterano. ¡Esta! —gritó fuera de sí tocando su bragueta—. Y tú deberías saberlo, aunque no estuvieses allí aquel día.

—Si lo encontramos antes de amanecer, don Miguel, antes de amanecer lo tendremos aquí, se lo prometo.

—Quiero ir con ellos, padre —se apresuró a decir el señorito Miguel.

—Adelante, hijo, eso dará ínfulas a esta panda de gallinas. Ve con ellos y no falléis.

Volvía a caer una lluvia leve y Ezequiel regresaba tras dejar al mayor de los Vargas en la parte de atrás del pico de la Umbría. Hasta allí consiguieron llegar en un caballo que robaron en las afueras de la hacienda del cacique. Por la marca del hierro de cuadra supieron que pertenecía a este. En la huida, pasaron por el lugar donde los hermanos solían dejar sus dos mejores monturas y otras tantas bestias de carga de nulo pedigrí, pero cuando se cercioraron de que los caballos no estaban, el mayor de los Vargas supo que su hermano estaría esperando en la sierra de Alhaurín, el lugar de reunión durante los días problemáticos.

Justo antes de la despedida, Ezequiel le redactó una carta apoyado en la silla de la montura, a la luz de la luna, en la que le pedía a Kasey que les abriera la puerta de su casa alquilada, y que les consiguiera negocios de cualquier índole, pues verdaderamente tenían recursos sobrados para ello. Después de eso, emprendió el camino hacia sus tierras, donde, con toda seguridad, estarían aguardando los hombres del cacique, en su propia casa o en los alrededores.

El trayecto de vuelta no lo hizo por el estrecho sendero que solían utilizar las bestias, sino que lo encaró atravesando los campos, describiendo prácticamente una línea recta entre Umbría y Viñas

Viejas, evitando la posible presencia de algunos hombres en los caminos. Ezequiel sabía que don Miguel no podía contar con los cuatro de la bodega. Si lo que le dijo Vargas era cierto, el cacique tenía doce hombres de armas en nómina, a pesar de haber terminado la guerra y encontrarse todo como a él le gustaba. Supuso entonces que solo tendría disponibles ocho sujetos, de los cuales cuatro o cinco deberían quedarse en la hacienda para proteger a don Miguel y asegurar los asuntos de la bodega. El hecho era que, aunque él había provocado la situación, le preocupaba que hubiera tantas armas sueltas, contra las que poco o nada podía hacer su budo. Para más pesar, todo parecía conjurarse en su contra. La lluvia, que de haber sido más torrencial habría ablandando la tierra y mitigado el ruido de sus pasos, había cesado; la luna, que con la ayuda de nubes negras estaría oculta, alumbraba todo definiendo su silueta en la noche; y el viento, inexistente, poca ayuda podía aportar al desenlace que se acercaba.

Al alba le faltaban horas todavía para insinuarse en el horizonte cuando Ezequiel cruzó Campó y divisó Viñas Viejas al fondo. Eso le preocupaba: si miraban al lugar concreto, lo descubrirían. No dudó de que estarían allí. El cebo de las fotos era una carnada irresistible para tamaño tiburón. También sabía que si el Veterano reprodujo ante Miguel hijo parte de los insultos que le dedicó Ezequiel, este respondería uniéndose a los hombres del cacique, y ese era el núcleo de todo el plan: que el hijo del cacique apareciera.

Comenzó a bajar con cierta zozobra y preocupación. No las tenía todas consigo. En Gibraltar, las armas se encargaron de demostrarle que él solo era un hombre.

Los perros ladraban por todas partes, pero eso no era algo que alertase sobremanera a la mesnada de don Miguel, pues tanto ladrado suelto era común. Alcanzó el llano y se dirigió a la parte de atrás de Viña Vieja, buscando el cerro rocoso y áspero que coronaba su estampa por la parte más dificultosa para abordarlo. Sin embargo, aunque peligrosa, era la que más ventaja le ofrecería. La luna se tapó de golpe y un viento gélido y ululante se levantó como de la nada, al tiempo que dos relámpagos secundados por

sus truenos hicieron de maestros de ceremonia de una lluvia torrencial que convirtió la noche en dantesca.

Ezequiel comenzó la escalada por las resbaladizas rocas mientras los relámpagos irrumpían inesperadamente en la oscuridad y las cortinas de agua danzaban anárquicamente en todas direcciones. Lo consiguió, con mucho esfuerzo, y ya arriba, se dejó caer al suelo empapado y avanzó postrado en dirección a la cornisa que ofrecería una panorámica del escenario donde se desataría la lucha. El único problema era que el Veterano, como estratega experimentado en la guerra y en el servicio a don Miguel, seguramente habría apostado a un hombre. Pero el Ezequiel que se deslizaba por el suelo no era el lerdo que se pintó la cara para salvar a Gustavo en aquel establo cercano a Gibraltar, sino un hombre con los pies en el suelo, dueño de sí y que ponía en escena toda su capacidad analítica, estratégica y marcial.

Vio al hombre del Veterano tumbado a lo largo de la piedra sobresaliente con el fusil al lado y un abrigo de piel resguardándole la cabeza y la espalda de la lluvia. Aunque sabía que con aquel vendaval no le hubiese oído llegar ni a la carrera, continuó arrastrándose con toda la paciencia del mundo. Cuando estuvo a apenas dos metros de él, se levantó para reducirlo. El hombre ni se percató. Escudriñaba el fondo del valle socorriéndose con la luz de cada relámpago, hasta que algo cogió su mano y la llevó al límite mientras otra, usando su propio abrigo, apagaba el grito de miedo y de dolor, ayudado por el estrépito de un trueno.

Ezequiel lo retiró de la cornisa y lo llevó hasta la parte de atrás, donde lo ató de manos y pies antes de sacarle toda la información. El hombre del Veterano estaba aterrado, se notaba que las historias de la bodega y de Toba habían circulado rápidamente. Dijo lo que Ezequiel había calculado: que los cuatro hombres restantes estaban apostado en las tres peñas que sobresalían entre los matorrales frente a su casa, aproximadamente a unos cien metros, y que se dividían en Ignacio hijo, en un lateral, el Borrico en el otro, y el señorito don Miguel y el Veterano en la peña central. «Ahí están la dama y el rey —pensó Ezequiel—, y el jaque a la partida.» Resguardó como pudo al hombre bajo dos piedras enormes a las

que lo ató, y le advirtió que si intentaba liberarse y avisaba a los demás, se quedaría sin trabajo porque el cuerpo le fallaría. Ezequiel volvió a apostarse en el saliente, sustituyendo al hombre que había maniatado, y cuando varios relámpagos persistentes se lo permitieron, comprobó que todo lo que le había dicho era cierto.

Bajó por la parte más cómoda del cerro de Viñas Viejas y se acomodó en la sierra de enfrente para avanzar y entrarles por detrás a los que le esperaban. El viento seguía con su bramido y el suelo absorbía cada pisada. Tardó unos veinte minutos en posicionarse tras la pareja e iniciar el descenso en línea recta a través de un sendero de cabras que surcaba el monte bajo. Cuando ya estaba relativamente cerca, casi lo delató un resbalón repentino, pero el estallido de un trueno desactivó cualquier alarma. Finalmente, ganó la peña y avanzó por ella, hasta que hincó la rodilla en el codo del brazo con el que el Veterano sostenía el fusil. Simultáneamente, encañonó la sien del señorito Miguel con el revólver del hombre que había apresado. Los condujo fuera de la vista de los otros y los obligó a tenderse bocabajo en el suelo, uno encima de otro, el señorito Miguel sobre el Veterano. Allí los registró para quitarles las armas, y después los inmovilizó con los cordeles. La lluvia y el viento cesaron al poco, y Ezequiel se asomó a la peña con los dos hombres maniatados. El propio señorito ordenó a Ignacio y al Borrico que tiraran las armas y se acercaran. Finalmente, todos quedaron amarrados, formando una piña incómoda y estresante. Todos excepto el señorito, a quien Ezequiel se llevaría consigo, dejando al resto al albur de la intemperie.

—No le ocurrirá nada, Veterano —le aseguró Ezequiel—. Posiblemente esta misma noche esté en su casa, si yo tengo en la mía a mi padre, y con la certeza de que en adelante no se nos molestará. También correréis con los gastos de la puerta y las ventanas que habéis destrozado, por supuesto —le advirtió Ezequiel señalando la casa cuyas obras habían concluido hacía dos tardes.

Ezequiel vislumbró el cielo y supo que en unas dos horas y media aclararía. «Sí —se dijo—, puede que para el almuerzo mi padre esté conmigo en Royohondo».

—En cuatro o cinco horas volveré a por vosotros y todos bajaremos a hablar con don Miguel. Hasta entonces..., relajaos — les sugirió Ezequiel con ironía antes de partir con el señorito atado y protestando, y desoyendo las amenazas que vertía el Veterano.

A eso de las once de la mañana pasaron por la calle principal en dirección a la casa mudéjar. Iban a caballo, Ezequiel en la montura del señorito. Todos desarmados, casi todos cabizbajos. En cuanto la autoridad se les acercó, un osco además del Veterano le hizo desistir de cualquier inquisición.

Cuando don Miguel los vio llegar, se le cayó la copa de brandy y montó la de Dios, pero por poco tiempo, el que tardó en comprender que por primera vez en mucho tiempo no era su mano la que asía el mango de la sartén.

—Tienes mi palabra de que tu padre quedará en libertad en el mismo momento que mi hijo esté aquí sano y salvo.

—¡Tu palabra es una mierda! —le espetó Ezequiel sin consideración alguna—. Quiero garantías, documentos que te agarren por los huevos.

El cacique estaba a punto de entrar en colapso ante tanta desfachatez. De haber podido, allí mismo le hubiese machacado la cabeza, pero ni él ni sus hombres podían hacerlo sin poner en riesgo la vida de su hijo. Comprendiendo eso y queriendo evitar que sus subordinados le vieran indefenso ante aquel mosquito, les pidió a todos que se marchasen, lo que le brindó la oportunidad de serenarse un poco y entrar en la partida con otra actitud.

—¿Quién te dijo lo de tu padre?

Si había un traidor en su casa, quería saberlo. «Mar revuelto, ganancias de pescadores», se dijo Ezequiel así mismo, y pensó que quizá le viniese bien un poco más de disputa entre dos gigantes.

—Gonzalo, por supuesto.

—¿Gonzalo? Qué casualidad. Estuvo aquí hace poco —le reveló—. Trajo una información para mí. Por cierto, también una foto. Podríamos intercambiarlas, porque a lo mejor podría interesarte; es de tu hermana María Candela.

Estuvo a punto de saltar, impaciente, pero se recompuso y dio muestras de total incredulidad.

—Yo no tengo foto alguna —le espetó—, solo a tu hijo en un lugar que nunca podrás encontrarlo. Ni siquiera tengo cámara, lo único que tenía era un almanaque de carne de membrillo que ni siquiera era mío. Y un poco más de cerebro que esos de ahí afuera.

Esa fue posiblemente la mañana más aciaga de la vida del cacique, pues nunca lo abrumaron tantas adversidades en un solo día; tantas que se encontró arrinconado de una manera tan intensa que le costaba respirar. Jamás había sido vapuleado de esa forma, jamás el Veterano había recibido una bofetada de su mano, jamás nadie se atrevió a darle una orden. Sin embargo, ahora se la daban, y debía obedecer, pues la vida de su hijo corría peligro.

—¿Sabes bien lo que estás haciendo? —preguntó el cacique sumamente exaltado, volviendo a estar bajo los pies de la desesperación—. ¿Crees que tienes alguna posibilidad? Ahí fuera, en la cima de la colina, tengo a ocho hombres armados esperando una sola orden mía para entrar.

—Esos hombres ahora mismo no son más que marionetas de papel, que penden de los hilos de otra mano más robusta que maneja el titiritero. ¿Continúas jugando al ajedrez? ¿Sabes quién es en este momento el titiritero?

—¿Cómo está él? —preguntó don Miguel intentado mostrar algo de inteligencia.

—¿Cómo está mi padre?

—Tu padre está bien —contestó el cacique con sequedad—. ¿Y mi hijo?

—En un lugar donde nunca lo podrás encontrar si me ocurre algo. Pero está en perfectas condiciones. Lo estará durante un par de días..., creo. Sí, podrá aguantar eso sin agua.

—Haré lo que quieras —suplicó el cacique desatándose de cualquier arrogancia.

—Sí, me hago cargo. Pero también sé que después nos atacarás con todo cuanto puedas reunir. Así que..., documentos por escrito.

Le acercó unas hojas redactadas a mano que don Miguel empezó a ojear con gesto grave e incredulidad, y una vez acabó de leerlas, estalló en un arranque de ira.

—¿Crees que soy un memo? ¿Cómo puedes pedirme que renuncie a mis tierras?

—Ahí no te pido que renuncies a tus tierras, ni siquiera pretendo recuperar con ello las que robaste a mi padre con amenazas y extorsiones. Lo único que te exijo para cerrar el trato es que la Cañada del Diablo pase a mi nombre, así como el Olivo y el encuentro que lo circunda. Y también te aclaro, por supuesto, que en caso de que mi padre, los hermanos Vargas o yo suframos vuestra ira y haya alguna muerte de por medio, todas vuestras tierras pasarán a nombre de... Papel, necesito papel, me has sugerido algo importante.

Redactó un nuevo documento, igual al anterior, solo que cambiaba el final. Cuando el cacique lo leyó, se negó en rotundo.

—¿A nombre de tu hermana y De Gálvez? ¿Estás loco? Él me hizo esto que soy ahora, un despojo de hombre que arrastra tras de sí una pierna inútil.

—Y la puerta y las ventanas, no lo olvides, aunque no lo contemple el documento —le dejó caer Ezequiel.

Dos horas más tarde, se personó un abogado del cacique y certificó que era cierto todo lo expuesto por el joven. Ninguna de sus tierras dejaría de pertenecerle salvo la Cañada del Diablo y una treintena de metros que bordeaban el Olivo, y que pasaban automáticamente y en exclusividad a manos de Ezequiel mientras que a Juan Cabral, los hermanos Vargas o al propio Ezequiel no les sobreviniese nada malo por orden del cacique. El contrato se firmó, y luego se mandaron copias cerradas y selladas a varias notarías para que procedieran a cumplimentarlo en caso necesario.

Esa misma noche, el señorito Miguel, que había estado amarrado en el interior de la cueva del tajo, llegaba a su casa, al tiempo que Ezequiel recogía a su padre en la hacienda de don Miguel.

Por la noche cenaron leche, miel y fruta, y después Juan le relató a Ezequiel parte de lo ocurrido a la familia cuando se marcharon,

ocultándole hechos con los que él mismo aún tenía pesadillas. Pero antes de hacerlo, se aseguró de que su hijo no buscaría venganza.

—La vida se encargará de cobrarles, padre, es sabia y termina poniendo a cada uno en su lugar —le dijo para tranquilizarlo.

Después Ezequiel le preguntó por Basilio y su padre, y obtuvo por respuesta la negativa de un movimiento de cabeza muy expresivo. Tras eso, Ezequiel aprovechó el repentino frío que se había levantado para contarle, a la luz de la chimenea, todo lo que le había ocurrido durante tantos años. La muerte de Alan en Gibraltar, el viaje y la amistad del capitán Puma a bordo del Cauteloso; los tormentosos meses de cautiverio con los piratas, y finalmente su descanso y aprendizaje en Japón, con tan gran hombre. La historia que Ezequiel resumió en unas cinco horas junto al fuego dejó boquiabierto a su padre. En algunos pasajes, Juan no pudo reprimir las lágrimas por el dolor; sin embargo, también lloró de alegría, como en el tramo de historia donde aparecía su amigo y compañero de la guerra de Filipinas, Cristóbal Yepes.

Dos días más tarde, los carpinteros terminaron de poner nuevamente todo en su sitio y Ezequiel volvió a la hacienda del conde para recoger a su madrina. Intentó sonsacarle algo mostrándole la fotografía que le había dado don Miguel, pero el conde, tras ver la foto de una mujer llorosa y atemorizada, con sangre en el rostro, todo cuanto dijo fue: «No sé de qué me hablas, muchacho».

Doña Águeda arribó Royohondo al anochecer, acostada en un camastro que el joven construyó para ponerlo entre dos mulas y que subiera por la ladera con cierta comodidad. Llegó con una sonrisa de felicidad en sus marchitas mejillas, y aunque no se quedó mucho, ese tiempo que le brindó su ahijado fue suficiente para que sintiera que la vida, al fin y al cabo, se había portado bien con ella. Desde el primer día empezó a vérselo mejor, tanto que un día Ezequiel quiso llevarla a la catedral o a ver una nueva obra de teatro que estrenaban en el Cervantes, pero ella se negó en rotundo, y adujo

que ningún drama podía superar al de su existencia. Sus noches fueron tranquilas y las mañanas transcurrían apaciblemente mientras conversaba con Juan de esto y lo otro y observaba a Ezequiel a lo lejos enfrascado en el trajín del arroyo y los olivos. Varias tardes después le trajo un gramófono en el que oía hermosas piezas de música y versos de varios autores que le apasionaban. El verdadero misterio de aquello radicaba en la incertidumbre de saber de dónde obtenía la electricidad para que funcionara, así que cuando le preguntó a Ezequiel, este le respondió que, si hubiese conocido a Nicola, su profesor de la niñez, sabría que cualquier trozo de cielo a la intemperie era un enchufe. La vida le parecía bella nuevamente, tanto que llegó el día de su partida y se fue como había llegado, con una sonrisa en los labios. Ezequiel la enterró en el lugar que ella mismo le señaló una tarde que hablaban sobre el ocaso, sin más responso que un beso, sin más asistencia y compañía que la de su padre y sin más constatación que el recuerdo asentado en sus corazones.

La tranquila y repentina aparición de Ezequiel Cabral en el pueblo fue una agradable sorpresa, pero más si cabe resultó la de su padre. Era un secreto a voces lo ocurrido con esa familia. Incluso en círculos muy concretos se sabía lo de la reclusión del viejo Juan, pero que aparecieran ambos por el pueblo como si nada, hasta un día antes resultaba algo impensable para cualquier persona.

La esquilmada familia tenía ahora libertad para moverse a su antojo por las calles del pueblo sin miedo a represalias o a posibles emboscadas. No obstante, el trato de los vecinos no era del todo abierto, a pesar de la simpatía que la mayoría sentía hacia ellos. Pero la dependencia de los lugareños a comer de la mano del cacique los obligaba a comportarse de modo contrario a sus deseos.

Los duros golpes que la vida propinó al padre de Ezequiel y los años que estuvo preso en las dependencias del cacique lo dejaron muy débil. Tenía sesenta y cinco años, la misma edad de don Miguel y De Gálvez. Ya no estaba para aventurarse en faenas, pero ello no

lo privaba de acariciar el huerto quitándole la mala hierba. Se quejaba de ellas, amargamente, y Ezequiel le reprendía con aquellas palabras ajenas que decían: «No hay mala hierba, solo hierba en mal lugar».

El paso de los meses terminó sacando a la palestra una enfermedad crónica que se había cebado con él muchos años atrás, razón por la cual Ezequiel no permitió que trabajase en las labores de reverdecer la viña, a pesar de la tozudez de su padre.

—No puedo permitir que trabajes, padre. Yo me basto.

—He de hacer algo, hijo, no puedo quedarme achancado. En este estado, también me siento preso.

Finalmente, acordaron que Juan se encargaría de la casa y de preparar la comida, y Ezequiel haría todo lo demás.

Lo primero que abordó a partir de ese día fue acicalar la tierra para el huerto de invierno, previniendo con mucha antelación la llegada del frío. Aparte de eso, compró una cabra para la leche diaria y un pequeño arado para las dos mulas que había conseguido por medio de los hermanos Vargas, a los que, por cierto, mandó un aviso para que volvieran cuando quisiesen, asegurándoles que todo estaba resuelto. Pero tanto Miguel como Manolillo desestimaron tal posibilidad, porque los negocios en la colonia inglesa marchaban de maravilla y con prontitud emprenderían un prometedor viaje a Gales acompañando a Kasey.

Durante los siguientes meses, Ezequiel saneó completamente la viña, labró la tierra, taló olivos y almendros, injertó muchos de estos últimos en frutales, hizo varios bancales y arriates, y sembró numerosas parras idénticas a las desaparecidas décadas atrás cuando la nefasta epidemia de la filoxera. Para ellos, el comercio en el pueblo estaba negado, pues no querían poner en dificultades a los vecinos, por lo que la venta de frutas y hortalizas la llevarían a cabo diariamente en los pueblos colindantes.

A finales de julio, las ganancias se incrementaron sustancialmente con la venta de chumbos. Como antaño hacía su padre, y antes su abuelo, Ezequiel se levantaba al alba para poner en práctica toda la parafernalia que estos frutos complicados pero sabrosos demandaban. Primero los cogía con una penca de la misma

chumbera, a la cual había extirpado las espinas, luego los barría meticulosamente con altabaca, y finalmente los vendía en los pueblos cercanos, de donde regresaba poco antes del crepúsculo. Ni todo este trabajo bastó para que el joven Cabral abandonara sus entrenamientos; por eso, cuando llegaba, se entrenaba cuatro horas seguidas con y sin sable, y luego meditaba otras dos horas en el llano que antecedió a la cañada.

En general, la vida era apacible en Royohondo, pero todavía quedaba un nubarrón que les impedía ser felices: la absoluta falta de noticias sobre María Candela y su tío De Gálvez. Ezequiel se había puesto en contacto con todos los organismos oficiales y embajadas de los países sudamericanos que le fue posible, pero la búsqueda había resultado infructuosa.

Desde que la vida se asentó en la tranquilidad de la rutina cotidiana y Juan volvió a sentir seguridad en sí mismo, Ezequiel comenzó a quedarse parte del fin de semana en Málaga, concretamente desde la noche de los sábados hasta los domingos por la tarde, cuando regresaba en tren para dormir en su casa. Alquiló una habitación modesta a una viuda octogenaria por un precio módico que a ella le permitía ciertas licencias, más la generosidad de la leche y los frutos que cada sábado le llevaba el joven. Esos días de asueto los dedicaba íntegramente a Aurora, la joven del banco con la que no había dejado de verse, salvo el periodo que su madrina estuvo en Royohondo. Se les veía felices, enamorados. Solían pasear por el parque agarrados de la mano y tomar café en cierta pastelería de calle Larios, donde el joven le explicó que su familia había tenido un negocio similar. En ocasiones, por la noche, cenaban en algún restaurante sencillo e incluso se permitían asistir de vez en cuando a alguna obra de teatro en los últimos días de función, cuando el acceso resultaba más asequible a sus bolsillos. Aunque en un principio, el padre de Aurora, el director del banco, vio con buenos ojos la relación y dio su consentimiento, se retrajo cuando Ezequiel perdió todo su capital en extrañas

circunstancias. El mismo Ezequiel le explicó a ambos las razones de su descapitalización, pero no convenció al padre, que de inmediato intentó impedir, sin conseguirlo, lo que en sus círculos tachaban de noviazgo.

Aurora era una joven de veintiún años. Tenía el pelo moreno, un hermoso y voluptuoso cuerpo, y una cara de belleza poderosa y firme. Atesoraba un carácter inquebrantable que su progenitor conocía bien. Obvió los consejos de su padre respecto a Ezequiel, y hasta las órdenes tajantes de su madre en la misma línea. Incluso, en la intimidad de su casa llegó a tildar de bellacos a sujetos tan renombrados como el conde del Valle y a don Miguel de Guzmán, por muy ilustres y afamados que a todos les parecieran. Pero a la hora de la verdad, la dar el paso y decir sí a la propuesta de Ezequiel, se desinfló cual globo suelto. Quizá fuera porque la casa y la vida que Ezequiel le había mostrado en Royohondo no fue lo que ella esperaba, o porque la noche que su padre le presentó al hijo de su denostado don Miguel de Guzmán, en el estreno de una zarzuela en el teatro, cambió su discurso respecto a los Guzmán. Le agradó y se sintió halagada. Las siguientes noches la llevó a cenar a los mejores restaurantes de la ciudad, a divertidas fiestas y a eventos fastuosos que la encandilaron y terminaron por convencerla de que su padre tenía razón. Puestas en la balanza las dos razones, la que caía al fondo era la del joven señorito. Así que, a pesar de lo feliz que había sido con el joven y pequeño propietario, con el cual, de vez en cuando, soñaba en la soledad de las noches, y de que la hizo mujer una tarde otoñal, dio el sí quiero a don Miguel de Guzmán hijo en la faustuosa catedral de Málaga, también una tarde de otoño, tras dos cortos meses de noviazgo.

Esa no fue la época más difícil en la vida de Ezequiel, no con el bagaje que cargaba a su espalda, pero tuvo su miga. Las dos primeras noches, luego de que ella le dijera que todo se había acabado, no durmió. Varios días después, cuando le llegó la información de que Aurora se paseaba con el señorito por los mismos lugares que lo había hecho con él, fueron muchas más las que no pudo conciliar el sueño. A Juan le hería su pena, la alegría exiliada de su cara, su mutismo y su lacónica presencia en

Royohondo. Se entregó a trabajar como un poseso en las zonas más empinadas, martilleando con una azada con la que pretendía socavar el mundo. Solo bebía agua y a lo sumo comía dos arenques a lo largo de la jornada. Por las noches, se aislaba en la Cañada del Diablo, donde entrenaba horas y horas antes de intentar meditar. Durante al menos una semana dejó de afeitarse y de cambiarse de ropa, lo que dio a su padre motivos para pensar que en Royohondo habían contratado a un pordiosero. Se dejó la barba y apenas si se peinaba con las manos. Juan intentó hablar con él, pero fue necesario que le metiera dos tortas bien dadas para arrancarlo del abandono y el ensimismamiento.

—No dejes que te arruinen la vida una cualquiera sin ojos para sopesar siquiera lo más elemental y un señoritingo que lo único que tiene es dinero. El mundo está lleno de mujeres. Algún día encontrarás la que deba compartir el viaje por el trayecto que es la vida.

A la siguiente mañana, Juan se alegró cuando lo vio limpio, peinado y con la barba arreglada aunque sin afeitarse. A partir de ahí trabajó como Dios manda, no como un enajenado, y siguió entrenando en aquella danza del diablo que a Juan le parecía casi prestidigitación. Algunas veces lo observaba a lo lejos «meditar», o como coño se llamase aquello, y se preguntaba cómo se podía tener tal ausencia de azogue y tamaña paciencia durante lo que le parecían horas. Pero era otro, porque se había dado cuenta de que no se le podía poner puertas al mar.

Cuatro eran las casas que formaban la paupérrima población de un desconocido lugar situado en cualquier parte de la desembocadura del Río de la Plata. Las familias del lugar, en tono jocoso, lo llamaban Limboperdido. A esa hora temprana, casi toda la gente de la famélica vecindad se hallaba trabajando o dedicada a otros menesteres fatigosos. No obstante, los cantarines y danzantes pájaros que revoloteaban por el limpio aire podían observar a una mujer que, en actitud ausente, viajaba en el ir y venir de una

crujiente mecedora, con la vista perdida en los soleados reflejos del agua. Los acuosos y arrugados ojos de la mujer, joven aún, contradecía la tersura de la piel, castigada por los tajos de la vida. Abstraída, depositó sobre una pequeña mesita de fibras vegetales una humeante taza de espeso chocolate, al tiempo que se estremeció cuando la mano de un hombre mayor le tocó en el brazo. Abrazaba un cojín, como si necesitase el contacto de algo tierno que ceñir para no sentirse sola.

—Perdón, Héctor. No era mi intención.

El hombre, casi anciano, bajó los ojos al suelo buscando algo con sentido que argumentar, pero al no hallarlo, la miró alzando una pequeña red con peces.

—Son buenos, ¿verdad?

—Muy hermosos. Lo siento.

—Aquí puedes estar tranquila, nadie te tocará. Somos apenas una treintena de vecinos, prácticamente familia todos, y apreciamos sobremanera a tu padrino. Nadie llegará para dañarte, y si Dios pusiera ahí a uno de repente, lo mataríamos a bocados antes de que lograra alcanzarte.

Desde que subió a bordo del Infanta Isabel de Borbón, muchos años atrás, empujando una silla de ruedas, siempre que se acercaban las fechas navideñas se sumía en un estado melancólico muy profundo. Pero ese año no era eso lo único que la atormentaba. Su mente seguía anclada a aquel salón de Royohondo, con la chimenea crepitando al fondo y el bullicio de su familia rodeándola. Algunas veces soñaba con la estampa de su madre en los fogones gastando bromas a De Gálvez y a su padre, y Alan disfrazado de escocés tocando la gaita mientras todos cantaban cualquier cosa que se les ocurriese. Desde aquel lejano día en que se separó de su familia, María Candela y su padrino no habían cesado de ir de acá para allá evitando la infatigable búsqueda de los agentes de don Miguel, tanto que su padrino Antonio le había asegurado que todo ese esfuerzo le estaba proporcionando unos bocados de consideración a las empobrecidas arcas del cacique. De Gálvez siempre había mantenido a raya los intentos de don Miguel. Es más, muchas veces les mostraba el capote como pidiendo una

embestida, con la única finalidad de fatigar sus recursos. Lo que nunca intuyó fue la cercanía de Gonzalo, el nuevo conde del Valle, y la traición de la superiora de aquel convento de infausto recuerdo. Al pensar en Gonzalo y los de las togas, María Candela se volvió a estremecer y arropó contra sí el cojín. Solo la presencia del viejo Héctor a su lado, con su mirada de preocupación, logró tranquilizarla. La joven pensaba en Ezequiel, en cómo sería de seguir vivo. Sabía que su padrino, en sus idas y venidas, lo había buscado sin descanso, pero aunque nunca se lo había dicho a ella, también pensaba que quizá ya no estuviera en este mundo.

No obstante, ella presentía que Ezequiel aún vivía. Al menos ese sentimiento la reconfortaba un poco. «Mejor eso que la certeza de la muerte», se decía.

—No nos gusta verte así, botija —le susurró el anciano desde su mecedora.

—No puedo evitarlo. Estas fechas me afligen y se me agarra al estómago un dolor agudo que me hace recordar el pasado.

—Lo sé, María Candela —le contestó—. Eso nos ocurre a todos los que perdimos a alguien por el camino, pero los años siempre han servido para curar heridas, y si no, al menos para mitigarlas.

—Siempre intento no dirigir la mirada al pasado, pero en estas fechas no puedo evitar recordarlos a todos y preguntarme qué fue de ellos. El fin de mis padres y mis hermanos lo conozco, pues, desgraciadamente, es evidente si tenemos en cuenta en manos de quien quedaron... Y conociendo como conocemos al diablo de De Guzmán, no son ellos los que me preocupan ahora, sino Ezequiel. Héctor, es mi hermano quien me quita poco a poco la vida cuando me pregunto si estará vivo, si estará bien o si se encontrará confinado en un lugar tan apartado de todo como nos encontramos nosotros, malviviendo esta vida que aborrezco. Son todas estas preguntas que me hago las que me tienen en este sin vivir.

—Tu padrino siempre habla de Ezequiel como alguien inigualable, inteligentísimo para la edad que tenía. Si vive, seguro que estará bien —le aseguró Héctor soltando los pescados limpios en la mesa—. Habrá salido adelante.

—A pesar de ello, Héctor, prefiero no saber nada de él antes que saber que le ocurrió algo malo, y es esa actitud ambigua es la que a veces me deja a las puertas de la locura, pues en lo más profundo de mi corazón siento que jamás volveré a verlo.

—Sobre eso no hay certeza, hija. La vida puede ser muy larga, y nunca sabe uno lo qué se encontrará detrás de la siguiente curva.

—Es lo único que pido a Dios, Héctor, que cualquier día pueda encontrarme con él, porque si hay algo que deseo en esta vida, después de todo el sufrimiento que he tenido que soportar, es el abrazo de mi hermano.

Aquella estampa resultaba extraña. Era como si en Europa nevara en junio. Algunos dirían que el mundo ya no era lo que era, que se iba al garete. La fría y tormentosa noche era de novela de terror, inaudita en diciembre, llena de relámpagos y violentos truenos que se negaban a dar protagonismo al silencio. El hombre se cobijaba de la lluvia bajo el puente que formaba un gran fardo de mercancías apilado sobre otros dos de mayores dimensiones. Aunque en aquella oscuridad no se veía, vestía una larga gabardina y una gorra de franela de cuadros marrones y ocre, y fumaba dando largas caladas a un cigarro que le iluminaba la cara en la distancia. No le importaba, a pesar de que seis hombres merodeaban con la intención de apresarlo. Sabía que cada acto llamativo suyo sería ahogado por otro de mayor intensidad que arrastraría irremisiblemente la curiosidad de cualquiera que estuviese incluso a su lado. Tenía sesenta y seis años, pero un cuerpo todavía trabajado y fibroso para sostenerle un pulso a quien se lo propusiera. Un enorme y prolongado relámpago iluminó la cara de Antonio de Gálvez en el mismo instante que salió de su refugio con el cigarro en la boca, tras ver a un hombre aparentemente precavido pasando justo por delante de su ubicación. Se puso a su espalda y le arrojó el revólver al suelo al tiempo que le colocaba una albaceteña en la garganta y aguardaba a que otro rayo certificara que no era el hombre que deseaba encontrar. Entonces le rebanó el

cuello sin siquiera pestañear y se desplazó hasta otro lugar a esperar la aparición de otra víctima.

Esta vez había logrado arrastrar hasta el puerto del Callao, en Perú, a cinco hombres pagados por don Miguel. Pero cuando comprobó que no eran conocidos ni de cierta importancia, una semana antes, disimuladamente, se dejó ver por tres de ellos para que el cacique le enviase a alguien de mayor empaque. Soñaba con encontrarse con el Veterano, pero solo mandó a su segundo mejor hombre, Cañales, a quien tomó a su servicio en el mismo instante que Gonzalo lo despidió por desconfiado cuando mató a don Nicanor. No era mal bocado, desde luego, y podría sonsacarle cosas interesantes.

De Gálvez se sentó sobre un fardo seco y se recostó a hurgar en sus recuerdos mientras terminaba con parsimonia el cigarro. La suya no había sido una vida fácil. No fue fácil irse de su pueblo con quince años para no cometer una locura llevándose por delante al antiguo cacique, como tampoco lo fue enrolarse en el ejército donde, rápidamente, el general Weyler se dio cuenta de sus dotes y certificó que las leyendas sobre velados que circulaban entre ciertas élites eran ciertas. Afortunadamente, quedó libre de las influencias del general cuando este pasó a un segundo y a un tercer plano, y creció en él una fe en el espíritu humano que llevó a convencer a Alan de que otro mundo era posible. Mucho había llovido desde entonces, tanto que los canales de su esperanza en la humanidad zozobraron con los torrenciales argumentos que la vida le deparó. Ya no quedaba nada que le sugiriese una visión que le acercara a los postulados que Alan enarbolaba en sus últimos días. Ahora, para él la vida no era más que un sálvese quien pueda en el que debía sobrevivir manteniendo a flote a su familia, que era María Candela, y a toda la masa de buenos amigos repartidos por el mundo, por los cuales se dejaría cortar una mano si fuese preciso. Cuánto habría cambiado todo si hubiese matado al primer cacique que conoció.

Al volver de la guerra, solamente encontró vacío en vez de un padre, un hermano y un solaz que le cobijara en el desconcierto, pero todo eso había dejado de ser, o mejor dicho, había ido a parar al nuevo cacique. Supo con claridad que si bien don Miguel no los

había matado, sí cavó el hoyo donde terminaron cayendo, arrastrando a la vez las tierras que quedaron en manos de la banca, que no era otra que el mismo señorito.

Su primer instinto fue degollarlo; total, era igual de difícil que eructar. Pero las horas le dijeron que esa alternativa no era más que poner a otro mono al volante del vehículo. Si don Miguel moría sin descendencia, el conde del Valle se haría con todo, y desde luego no había nada más pernicioso que una boca con deseo de algo prohibido. Así que decidió que en vez de ello, contrariamente a lo que su instinto le decía, se metería en su cuna y medraría como el destino le insinuara, manteniendo su mirada siempre fijada en un norte. Intentó llevarlo a su modo de pensar, y al ver que no lo conseguía, pues el peso de Camila era superior al suyo, reparó en que tal vez su sino era el de guiar a su futuro hijo, formándolo como hombre, adocrinándolo para que fuera una buena sarmiente en vez de un tocón chamuscado y muerto. Pero ni eso. Aún antes de aquello, vino la boda de Juan, y pensó que en ningún lugar estaría mejor posicionado para ayudar a su amigo, pero ni toda su equivocada ayuda bastó para sacarlos del atolladero que el más pertinaz destino les deparó. Después le siguió el desatino y la huida con María Candela y su hermano Francisco, que naufragó antes incluso de la navegación; y más tarde, el encallar en una isla desierta cuya agua, cuya luz y cuyas ganas de vivir solo proporcionaban la risa triste de su ahijada. Cuántas cosas más vinieron después que le quitaron el sueño. Llegaron las pesquisas del cacique, que resultaron un pozo sin fondo para su caudal; las idas y venidas por Sudamérica con el pretexto de huir y seguir mermando la riqueza de don Miguel. Cada falsa pista que le dejaba Antonio requería a cambio una fortuna que finalmente caía en saco roto. Con esa estrategia, la infructuosa búsqueda de Ezequiel se extendió por todo el globo, mientras María Candela se escondía en lugares seguros.

La única pista cierta que el cacique encontró sobre el chico se estrelló contra el imperio del Siciliano, que en menos de dos años acabó devastado por el cáncer que el mismo De Gálvez le produjo desde su tuétano. Tras eso, un don Miguel más arruinado, más

débil, que rezaba para encontrar con su último billete el premio mayor en la lotería del devenir.

Y ahí estaba hasta que a su ahijada, a la sazón su niña, la sorprendió un demonio que ni siquiera olió. La había dejado en un convento de un país de Sudamérica que ni quería recordar, con confianza y la promesa de que nada le ocurriría. Pero el destino quiso que una novicia llegada de España la reconociera y mandara informes. Con eso vino lo peor: su soledad, su reclusión forzada por la madre superiora que vio en ella un filón que cobró primero mirando a otro lado y después al frente. Pero la madre superiora lo pagó, vaya que si lo pagó. De Gálvez la introdujo desnuda, nadie supo cómo, en una penitenciaría de altura, en la que ni siquiera la decrepitud de su cuerpo fue un estorbo.

Otro hombre con poca fortuna pasó ante su vista sin cerciorarse de que estaba allí. El hombre murió de un garrotazo en la nuca mientras un trueno se desgañitaba. Después vino otro ahogado con un lazo, un cuarto al que le cayó un fardo que terminó asfixiándolo, y un quinto que murió aplastado por un tubo de hormigón.

Ahora la partida estaba donde De Gálvez quería, en la situación que abría todo el tablero para él, que era rey, reina y todo lo demás, mientras que, por el contrario, su contrincante, Cañales, no era más que un triste peón, y él lo sabía.

—De Gálvez... No eres una leyenda. Ni un cocinero, desde luego —le dijo Cañales intentando ocultar su miedo al tiempo que con su arma buscaba la cabeza de De Gálvez. Pero al llegar el revólver al punto indicado, un golpe seco lo derribó. Quiso levantarse, aunque fuese a ciegas, pero una patada en la boca lo dejó inservible para todo. Lo siguiente que sintió fue el frío de algo metálico en la garganta.

—¿Cómo encontrasteis a María?

—No fuimos nosotros —le contestó un Cañales rogativo—. De Guzmán nunca fue capaz de vislumbrar tu sombra.

—¿Quién entonces? —demandó De Gálvez liberando sangre del cuello.

—Don Gonzalo, conde del Valle.

—¿Él? ¿Qué pinta en esto? —inquirió De Gálvez.

—Con vosotros, nada. Sois ladillas para él, insignificantes. Sabía cuánto le importabais al cacique y quiso humillarlo demostrándole que con su dedo podía llegar donde no alcanzaba don Miguel con todo su arsenal.

—¿Qué le hizo a mi ahijada? A mi hija en ausencia de mi amigo Juan. Le pregunté, pero no quiso contestar. No es ella. Es solo una sombra de la sombra que era.

—La violó —le contestó Cañales sin regocijo—. Es su proceder con todas las que elije. Y tiene su liturgia.

Le explicó su *modus operandi* en tales fechorías. Le dijo que había visto las fotos y a la madre superiora presente observándolo todo. De Gálvez lloraba ciego de odio. Rompería la promesa hecha a María Candela de no volver a España. Aquello merecía cualquier perjurio. Era más, mucho más de lo que le había referido una novicia, y el castigo que la madre superiora había tenido fue menos de lo que merecía.

Cañales le aclaró que el cacique estaba abatido, al borde del abismo, sin dinero para acometer nada.

—¿Y por qué os ha mandado entonces? ¿Por qué este dispendio? —le preguntó De Gálvez a Cañales.

Sabía que haber llegado hasta sus pisadas, a través de una trama de parapetos diplomáticos y una red de soplos costosísimos que él mismo había hilado con aguja fina y contumacia, había supuesto una fortuna para el cacique.

—Porque ya le da lo mismo quedarse ciego con tal de sacarle un ojo al enemigo. Hará lo que sea por llevarse por delante a Ezequiel y a su padre.

—¿Qué...? ¿Qué mierda estás hablando? —gritó mientras le golpeaba la cara con toda la ira que tenía hasta agotar sus fuerzas.

—Que Ezequiel está allí, hecho el amo —logró pronunciar Cañales, sin dientes, con los ojos morados y cerrados—. Que tiene agarrado por lo huevos a don Miguel.

La Navidad es una época de contrastes. Por un lado, la felicidad embarga a los parientes que se reúnen después de mucho tiempo separados, y las mesas muestran lo mejor de sí en desquite por la miseria de los meses pasados. Por otro lado, las sillas apartadas en un rincón señalarán el adiós de un familiar querido. Los niños, precoces en madurez por la crudeza del mundo, ni siquiera albergarán ilusiones, sabedores de que son invisibles para unos Reyes Magos que en la mayoría de casos ni aparecerán.

En una situación similar, por diversos motivos, se encontraba la casa de la familia Cabral en la época donde los belenes son desempolvados. A la ausencia de tantos familiares queridos y a la falta de noticias sobre María Candela y su tío De Gálvez, se había unido la grave enfermedad del padre de Ezequiel. Durante los últimos días de noviembre, Juan Cabral empezó a vomitar todo lo que comía. En primera instancia, el nuevo médico del pueblo lo achacó a una infección del aparato digestivo. Tras un tratamiento controlado y una dieta estricta que no mitigaron los síntomas, el galeno decidió delegar el asunto en los servicios hospitalarios de la capital, donde los especialistas descubrieron que el estómago de Juan Cabral había dejado de funcionar correctamente. Ya no toleraba ningún alimento, ni siquiera los más líquidos, por lo que la vitalidad recobrada tras la libertad fue apagándose poco a poco hasta dejarlo sin fuerzas y sumido en un estado de sopor continuo.

A pesar de los augurios pesimistas, Ezequiel no perdió la esperanza, y tras buscar consejo entre algunos de los mismos médicos que atendían a su padre, decidió viajar a Barcelona, donde le aseguraron que podrían encontrar algunas novedosas soluciones. Alertado por el cuadro médico de los elevados gastos que tendría que afrontar, Ezequiel vendió todo cuanto tenía de valor, salvo la casa y sus tierras. Se deshizo de enseres, arado, mobiliario y animales; pero después de un mes en Barcelona, padre e hijo volvieron sin haber solucionado el problema. La enfermedad del padre acabó por agravarse más aún, y a ello había que sumarle la ruina económica en que se encontraban dos días antes de la Nochebuena.

De la capital catalana, Ezequiel solo trajo un consejo, que le había costado muy caro. Se trataba de un informe extraoficial de un doctor barcelonés, en el cual le notificaba la existencia de un grupo de médicos que actuaba al margen de la cobertura estatal, y que afrontaban cirugías aparentemente imposibles con un elevado porcentaje de éxitos. Sin embargo, el doctor barcelonés se desmarcaba de cualquier responsabilidad, y le informaba del cuantioso gasto que debería de asumir en esa empresa de desconocidas metas en la capital de España.

Tras la charla con el médico barcelonés, halló un último rastro de esperanza, muy tenue, lo que hizo que Ezequiel meditara con su debilitado padre la posibilidad de vender la casa y las tierras, salvo la Cañada del Diablo.

—Ni lo pienses —le ordenó Juan.

—Padre, por favor, no puedo dejarte morir sin más.

—Si muero es porque ha llegado mi hora. No puedes empeñar el resto de tu vida en un caso perdido. Lo mío no tiene cura, hijo. Lo mío es definitivo. Prométeme que no venderás lo que aún queda. Prométemelo, o yo mismo me quitaré la vida.

—Te lo prometo, padre, pero al menos déjame buscar dinero.

—No, tampoco quiero que te embargues por culpa de una causa perdida. Ahora no tienes bestia de carga, ni siquiera un arado, dependes solo de lo que te da la tierra, y con lo que te da la tierra no podrás pagar una deuda. Además, ¿a quién podrías recurrir?

—A los hermanos Vargas, ellos me ayudarían.

—Haz lo que quieras, Ezequiel, pero lo que hagas, hazlo por ti, no lo hagas por mí, pues yo no lo necesito.

Eran las nueve de la mañana del veinticuatro de diciembre cuando Ezequiel dibujaba figuras sin sentido en el vaho de los cristales de la ventana. Había pasado la noche en vela, pues la duda de contraer una deuda lo angustiaba. Ni un pensamiento de todos los que pasaron por su cabeza durante la fría noche de insomnio fue para los hermanos Vargas. Ellos y Kasey se hallaban fuera de Gibraltar, en algún lugar desconocido de Gales. En realidad, solo había una alternativa, y la emprendería aunque hubiera de buscarla en el infierno.

Esa fría mañana de invierno dirigió sus pasos hacia el mismísimo hogar del diablo. Cuando Ezequiel entró en la finca de don Miguel, los hombres se apartaban apresuradamente a su paso, sobre todo los que habían sentido en sus carnes la misteriosa habilidad del joven y los que habían oído los exagerados comentarios que divulgaba la gente del pueblo. Al principio, el cacique rehusó la entrevista solicitada por Ezequiel, pero finalmente accedió intuyendo que de tanta impaciencia bien podría sacar tajada. Estuvieron conversando en el despacho durante más de una hora, discutiendo la cuantía del dinero y la forma de pagarlo, pero don Miguel, advirtiéndole que no obtendría tierras por su ayuda, y que en caso de negarse Ezequiel buscaría la ayuda de los hermanos Vargas, propuso un trato aparentemente favorable para el joven.

—¡Contarás con esas cuarenta mil pesetas! —le aseguró—. Y no tendrás que pagarlas. No, no quiero que me las devuelvas.

—¿No? ¿Entonces? No entiendo.

—Me explicaré. Yo te doy el dinero, pero a cambio deberemos romper el contrato que tenemos firmado.

—Si rompemos ese contrato quedaremos expuestos a tu venganza.

—No, joven, ya no deseo venganza, solo quiero destruir algo que por azares de la vida podría dejarme sin mis posesiones. No tendrás un contrato, pero tendrás mi palabra de que os dejaré en paz.

—Tu palabra para mi familia nunca tuvo ningún valor. Te lo dije de distinta forma otra vez.

—Es el trato que hay. Lo tomas o lo dejas. Es mi última oferta.

Ezequiel pensó detenidamente la trampa que suponía aceptar el trato, pero igualmente se vio en condiciones de aceptarlo con garantías.

—Acepto, pero con una condición. Que únicamente podrá hacerse efectivo mediante cláusula el día que mi padre no esté.

Cuando Ezequiel salió en compañía de su padre de un vetusto café situado en una céntrica calle de Madrid, el frío del día dos de

enero dibujaba humaredas de vapor alrededor de las bocas de los transeúntes. Habían ido hasta allí, por expreso deseo de Ezequiel, buscando soluciones a los problemas de salud de su padre. Juan no veía con buenos ojos el despilfarro de su hijo en una causa inútil, pero cambió de parecer cuando, tras la operación, el doctor Moret explicó a Ezequiel el éxito de la cirugía.

—Hemos efectuado a tu padre el trasplante de un órgano decrepito por otro de cerdo joven y sano.

—¿Es eso posible? —preguntó Ezequiel extrañado.

—Sí, y la única posibilidad, además. De otra forma, no hubiese durado ni una semana más. Sin embargo, el cuerpo puede rechazar el órgano, por lo que de todas maneras su fin podría estar cerca.

—¿Se ha hecho antes la operación? —inquirió Ezequiel, contrariado.

—Varias veces, y algunas de ellas con un rotundo y duradero éxito.

—¿Cómo de duradero, doctor?

—Meses, y un paciente valenciano, creo recordar, llegó a durar casi dos años.

Una semana más tarde, un coche alquilado en Estación de Cártama los llevó desde la estación de ferrocarril hasta las inmediaciones de Barceló. Juan hizo el resto del camino sobre una mula, cargado con un libreto de indicaciones y un hatillo de medicamentos que no sabía cómo iban a sufragar en el futuro.

Los dos días siguientes fueron duros para Ezequiel, siempre atento a cualquier síntoma extraño que pudiese delatar un empeoramiento de su padre. Le preparaba infusiones con miel, que era lo que le había prescrito el galeno. Juan las bebía ocultando como podía el dolor de sus entrañas. El único solaz que parecía contentarle eran las mañanas al sol, sentado en el pequeño porche mientras charlaba con su hijo. Contaba anécdotas de cuando este y los demás eran pequeños, de lo que hicieron en aquella piedra o en aquel árbol. Sus horas se convirtieron en un malestar interior continuo, que solo mitigaban los recuerdos y añoranzas de un pasado que, aunque duro, recordaba hermoso. Siempre que veía a Ezequiel hacer algo más allá de lo normal, miraba para otro lado,

como si lo contrario le convirtiese en un invasor de intimidades. Pero esa mañana no pudo reprimir la curiosidad y le preguntó por qué tantas veces miraba al cielo y seguía con su mirada algo que parecía no existir. Ezequiel le respondió. Quizá hubiese sido esquivo en otro momento, pero no en aquel que sabía que era uno de esos últimos instantes con su padre.

—A veces, padre, al igual que oía en el pasado aquella voz que me sugería que subiese a la Cañada del Diablo, me asalta una inteligencia que me pide que busque el sur, el sur del sur, antes de que empiece a convertirse en norte. No veo a esa inteligencia de mensajes metálicos, pero la percibo y puedo describir su llegada y huida constante.

El padre lo miró entrañablemente, con aquella profundidad de ojos que empezaba a difuminarse, y solo atinó a hacer un ademán comprensivo antes de susurrarle:

—Tú siempre con tus cosas.

Por la noche, el joven se acostaba junto a su padre para sentirlo cerca, para respirar el mismo aire de sus últimos días y ofrecerle ayuda en el mal momento. Cuando se quedaba dormido, a ratos, soñaba que soñaba que un sueño le traía respuestas al igual que aquella vez cuando su tuberculosis. Sabía que los remedios para esa dolencia y para muchas otras estaban en la cañada, aunque le fuesen desconocidos, pero hurgar en tales secretos no le estaba permitido, pues era una clara violación del principio de Banch.

Esa madrugada, a las seis de la mañana, Juan despertó con una queja escondida y pidió un poco de agua. Su hijo se la ofreció mientras encendía un quinqué para verle el rostro. Le cogió la mano con ternura y vio cómo este se marchaba para siempre con una tranquilidad que no había esperado. Lo enterró un rato después, tras haberlo aseado, afeitado y vestido con ropas nuevas, lejos del interés de los hombres y sus miserables leyes, en sus tierras, aunque ciertos documentos dijese ahora que no le pertenecían. Pensaba recuperarlas, y desde luego lo haría, aunque antes tuviese que perderlo todo.

El descanso eterno de su padre lo buscó en los parterres, junto a los rosales amarillos donde tantas veces se había sentado a

descansar a últimas horas de la tarde mientras fumaba un cigarro y oteaba el campo y el horizonte unidos por las montañas y el cielo.

El siguiente amanecer lo encontró huérfano de todo, prisionero de una honda nostalgia que no era capaz de desterrar. Subió al tajo del Águila y recorrió la ancha cuerda del macizo montañoso hasta llegar a lo que había sido el extraño hogar de Basilio. Una sensación descorazonadora lo invadió cuando divisó los polvorientos y carcomidos restos de lo que un día fue para él un lugar idílico. Cuatro ventanales descompuestos, un tejado desprendido y piedras desprovistas de barro era cuanto quedaba. Cerró los ojos y miró al pasado, buscando en sus recuerdos aquellos maravillosos días que se fueron por el desagüe del tiempo para no volver jamás, y no pudo contener la pena que lo asaltó de una manera rotunda y pertinaz. El mundo le parecía vacío, incluso de fantasmas en los que posar su añoranza, carente de todo vestigio que no se sustentara en la injusticia y la sinrazón. Caminó sin rumbo entre malezas y piedras, por cañadas inabordables, junto a cortantes laderas pedregosas y abruptas, hasta que finalmente se encaminó hacia el castillo. Desde lo que había sido una torre, divisó el pueblo, que todavía no alcanzaba la forma de pez que llegaría a tener en el futuro, solo por unos años, y se dejó caer hasta la ermita. Entró en el templo silencioso y desierto y se sentó en el primer banco para hablar de manera callada con la hermosa imagen. Su familia jamás había sido religiosa, tampoco él. Eso iba más allá de sus creencias, pues nadie que hubiese venido a este mundo por nacimiento, cuatro mil, dos mil, mil o cien años antes, podía señalarle en qué creer, sobre todo cuando este planeta tenía millones de años. Sabía, y de ahí nada conseguiría moverlo, que todo lo que pudiese exponer el más alto teólogo era tan probable como lo que hubiese parido su mente en una noche cualquiera de introspección. Sin embargo, desde muy niño había elegido aquella hermosura, que adoraba como algo muy suyo, para dirigirse directamente a lo que hubiese por encima de los hombres y de este mundo. No rezaba nunca, aunque tampoco le hubiese importado. Incluso ignoraba las oraciones estipuladas. Simplemente se sentó allí y conversó con la imagen a la que profesaba un gran respeto, de la misma forma que su maestro oraba

ante un altar shinto para conectar con algo superior. No era supersticioso, pero creía en un mundo distinto al que los hombres de ciencias defendían, porque sabía que no todo en la vida era raciocinio, física y química que escrutar, desgranar y ordenar. Mantenía que, aunque la ciencia no supiese sopesar, había más de lo estrictamente medible y entendible. Le pidió a la virgen por los suyos, para que estuviesen bien allá adonde fuera que fuesen esas energías desprendidas de los cuerpos muertos, y también por el mundo, que parecía de nuevo abocado al abismo. Después de aquello, regresó a su casa más tranquilo, recordando los últimos momentos de felicidad en compañía de su padre, y a los amigos repartidos por el mundo. Muchas veces les había advertido que si algún día lo visitaban, fuera un veintitrés de abril, pues era el día señalado para conocer la esencia de su tierra en su máximo esplendor.

Tres días con sus noches fueron necesarios para que Ezequiel empezara a soportar la ausencia de su progenitor. Tres días duros e intensos en los que echó en falta las caricias de Aurora. Tres días en los que intensificó sus entrenamientos al límite y en los que meditó como nunca antes lo había hecho. Durante esos días no dejó de trabajar hasta que su cuerpo le imploraba descanso. Así mantuvo su mente alejada de los tormentosos recuerdos. Durante esas jornadas reparó los destrozos ocasionados por la lluvia, aró con un mulo y un arado que le enviaron los hermanos Vargas tras su regreso de Madrid, en cuanto se enteraron por terceros de lo sucedido. Y en ese momento, con la finca acicalada para convertirse en un vergel, decidió emprender la tarea tantas veces comentada por su padre: cavar un pozo en una zona alta y fresca. El lugar idóneo lo tenía pensado: las verdes palmas que rezumaba humedad abundante, incluso en los inviernos menos lluviosos. «Estoy seguro de que ahí, a escasos metros, saldría mucha agua si hiciésemos un pozo.» Varias veces le había comentado aquello su padre, y había llegado el momento de probarlo. Esa fría tarde de enero, bajó al pueblo y compró dos astiles nuevos para sus herramientas. Por la mañana abordaría el trabajo.

Era noche cerrada todavía cuando Ezequiel despertó. Tras dar de comer al mulo, desayunó un aguacate con aceite y ajo y un té muy caliente, y después subió a la zona elegida. El sol acababa de volcar sobre la cima del tajo del Águila cuando Ezequiel cortó las palmas que cubrían la zona que había delimitado. Lo primero que hizo fue excavar hacia dentro para tener una base llana en mitad de la pendiente para trabajar con cierta comodidad. Al principio no precisó del pico, pues la tierra labrada era tierna y bastó con una azada y una pala para retirarla. Pero conforme avanzaba se hacía más profundo, esta se fue mostrando dura y compacta. Cuando paró para comer, al mediodía, ya tenía un cuadrado de unos dos metros de anchura y uno y medio de profundidad, hacia la pared de la pendiente. Serían las cinco de la tarde cuando sus manos sintieron el choque de su herramienta contra una gran piedra oculta en el barro que pisaba. El joven hurgó por diferentes lugares para abordarla, buscando una zona en la que meter el pico y hacer palanca para retirarla. Tras varios intentos fallidos, la parte final del hierro se hundió entre dos piedras, logrando así un punto de apoyo seguro. Ezequiel lo intentó repetitivamente hacia la izquierda y hacia la derecha, hasta que poco a poco, con suma dificultad, la enorme roca fue cediendo hasta quedar liberada. Soltó las herramientas e intentó retirarla hacia atrás, y al tercer intento, rodó sobre sí y cayó pendiente abajo hasta encontrar descanso en el fondo del arroyo. Cuando Ezequiel se volvió, observó extrañado que un agujero estrecho conducía a algún espacio interior. Intentó meterse por el hueco, pero su cuerpo no cabía, así que, pese a que estaba cayendo la noche, continuó excavando y retirando piedras, hasta que un ruido de cascotes, arena y barro tronó y todo el peso del derribo cayó sobre su espalda, dejándolo tumbado e inconsciente en el suelo embarrado.

El canto de algunos pájaros nocturnos despertó a Ezequiel. Tiritando de frío, apartó varias rocas de sus costados y se levantó con dificultad. Miró hacia el agujero, ahora de mayor diámetro, pero la oscuridad le impedía vislumbrar algo, por lo que decidió ir hasta su casa y volver la mañana siguiente.

Ezequiel no pudo esperar a que se hiciese de día. Con los primeros cantos del gallo salió hacia el agujero que martilleaba su curiosidad. Estaba llegando al lugar cuando empezó a amanecer. Frente a la oscuridad, esperó que la luz del día la iluminara. En cuanto el sol alumbró la cumbre del tajo del Águila, Ezequiel encendió una vela y se arrastró por el agujero. Tras recorrer unos dos metros de estrechez, la falta de espacio dio lugar a una cámara mayor, que el joven iluminó levantando la palmatoria. Lo sorprendió la enorme piedra, casi redonda, que se hallaba en el interior de la sala, pero lo que lo dejó sin habla fue la silueta de un hombre tendido junto a ella. Se acercó hasta el cuerpo, pero la luz de la vela solamente le mostró una calavera separada de su cuerpo, y un traje de color oscuro. Tocó el traje, que rindió su relieve a la vez que soltaba una polvareda blanca. El material era muy extraño, parecía fuerte y a la vez fino y rugoso. Fue recorriéndolo de arriba abajo con sus manos, notando los pliegues y los bultos guardados en unas cartucheras internas. Al mover la vela, una luz pareció brillar en la suela de la bota. Era una sucesión de diminutos eslabones metálicos. Cogió un extremo y tiró, y tras ello arrastró el resto de la cadena en la que unas pequeñas bolas de color negro brillaron con la luz de la llama. Guardó la hilera de perlas negras en su bolsillo y hurgó en la cartuchera adherida al traje. Su cierre era muy hermético, pero finalmente consiguió abrirlo. En su interior había un pequeño y antiquísimo libro que algún día había sido rojo. Antes de ojearlo, continuó palpando el resto del traje, hasta que dio con otra cartuchera más pequeña junto a la muñeca. Retiró la parte protectora, pero no pudo sacar nada, pues el rectángulo cristalino que allí había no se desprendía del tejido. Volvió al libro y lo abrió por su primera página. Tras leerla, en su cara apareció el desconcierto más grande de toda su vida. Solo eran dos líneas escritas en inglés:

Solo para David Denia; para que la estrella y la media luna vuelvan a brillar juntas.

T.A «Salvación». Vaya ironía del destino.

Por más que lo intentara, Ezequiel no lograba descifrar aquel enigma envuelto en el más incierto de los misterios. Sobre todo se preguntaba qué hacía un libro escrito en ese inglés, aquí, en España, y en una cueva que, si alguna vez estuvo abierta, tuvo que ser en tiempos anteriores a sus abuelos, pues, según sabía él, estas tierras pertenecían a sus antepasados desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, su padre nunca le había hablado de ella, por lo que supuso que no estaría al tanto de su existencia.

Absorto en sus confusos pensamientos, Ezequiel pasó la primera página y lo que leyó en la siguiente hoja, eclipsó todo el misterio de la anterior. El encabezado de la página, con letra recta y firme, decía:

New York, 12-12-2073. Anterior a V.

Capítulo 8: New York

El irritante y retrógrado sonido telefónico tronó a las seis de la mañana, tal y como había pedido expresamente el cliente de la habitación 2-1-14-3-8. El hombre, de complexión fuerte y elevada estatura, cogió rápidamente el aparato y oyó los buenos días en un tono complaciente e indiscutiblemente hipócrita.

—Señor, son las seis de la mañana. Que tenga usted un buen día.

—Muchas gracias —respondió el hombre de la habitación por pura cortesía.

Puso el auricular en su sitio y se levantó para mirar por la ventana del novísimo y elegante hotel Double Everest. Echó un rápido vistazo a la gran avenida y volvió a mirarse en el espejo. Estaba bien, exactamente igual de bien que media hora antes, cuando se vistió.

Habría dormido un par de horas a lo sumo, y para colmo de males, habían sido intermitentes y tormentosas. Estaba en pie desde las cinco de la madrugada. Se había duchado, afeitado y, una vez vestido, se había sentado en la mesa de la habitación a leer las noticias del New York Times que no leyó el día anterior. No eran muchas, así que acabó con ellas en unos quince minutos y luego empezó a dar vueltas por la habitación con un agudo nudo en el estómago que certificaba su nerviosismo.

Más tarde, mientras examinaba los papeles que había redactado la tarde anterior, se puso a practicar el discurso frente al espejo, pero en mitad de su ensayo, llamaron a la puerta de la habitación.

—Servicio de habitaciones.

—Adelante —contestó.

—Señor, el desayuno que pidió. Huevos revueltos con beicon, café y zumo de mandarinas, y el ejemplar del New York Times en papel antiguo.

Antes de nada, el hombre de complexión fuerte cogió el periódico y comprobó la fecha: 12 de octubre de 2073. Después revisó los titulares en los que no encontró nada interesante. Pasadas más de la mitad de las hojas, se detuvo en las noticias internacionales y empezó a leerlas mientras daba cuenta del desayuno, ya casi frío. Al llegar a la que buscaba, soltó el cruasán que comía, miró su reloj y marcó un número de teléfono desde su comunicador personal, pues no disponía de nodos de comunicación internos. Dos, tres, al cuarto aviso, le atendieron.

—Buenos días, señor —lo saludó el hombre de complexión fuerte —, siento llamarle a estas horas, pero... ¿ha visto la noticia de la página cuarenta y tres del New York Times?

—Por supuesto —aseveró el hombre al otro lado del auricular—. Es muy preocupante, pero la esperaba. Ayer recibí dos llamadas desde Jerusalén y una tercera desde Nueva Jerusalén. Ahí sí que arden. La Patagonia ya no es lo que era. Si todo está listo, deberíamos adelantar en lo posible.

—A mí también me parece conveniente, señor —expuso el hombre del Double Everest.

—Bueno, después continuamos hablando. Me dirijo hacia el edificio —añadió excusándose el sujeto al otro lado del auricular.

—Yo me pongo ahora mismo en marcha. Adiós, señor.

El hombre del hotel recogió sus papeles, los guardó en un maletín y salió con prisa. En la puerta principal de hotel le esperaba un taxi.

El tráfico a esas horas era ya muy denso. Aunque no hubiese mucha distancia hasta su destino, se relajó, sabía que tardaría un buen rato en llegar.

—¿Tardaremos mucho en alcanzar el edificio Marchat? —preguntó.

—Sin duda, señor —explicó el taxista—. Más de lo deseado, pues este tráfico... Son muchísimos coches, a pesar de NOGALE.

NOGALE era el computador cuántico que controlaba el tráfico del estado. Todo vehículo que traspasaba su demarcación, instantáneamente enviaba a NOGALE el código de su transpondedor, y este se adueñaba de sus vectores para llevarlo al lugar deseado por el itinerario que el sistema estimase más oportuno, teniendo en cuenta las rutas y destinos de los millones de vehículos en circulación, agilizando de esa forma el tránsito y contribuyendo a dejar en cero el número de siniestros y muertes. Había costado un mundo introducir a NOGALE en el sistema, sobre todo por la presión de los centros financieros mundiales y las mayores aseguradoras, que perdieron casi todo su valor de cotización al entrar en vigor el sistema.

—¡Maldito traspaso de fotones! —susurró el hombre de complexión fuerte. Luego, alzó la voz para proseguir—: No sé por qué lo mantienen obligatoriamente en ciudad, cuando está demostrado que es algo innecesario.

El taxista, algo incómodo, lo miró sin saber qué decir. Era una de esas ocasiones en la que a una persona le costaba expresarse con naturalidad por el férreo control de pensamiento.

—Puede usted despoticar cuanto quiera —le aclaró el cliente con el asomo de una sonrisa pícar—. Dispongo de un inhibidor, lo que le exime de cualquier reconocimiento en este habitáculo mientras yo esté presente, y es por tanto libre de expresarse como desee.

—La mayoría de los clientes que hablan sobre el tema tienen la misma opinión que usted —dijo el taxista mirando al hombre a través del espejo retrovisor, preguntándose si sería cierto, pues solo a personalidades muy relevantes e influyentes a nivel mundial se les permitía el uso de tales dispositivos.

—¿Solo la mayoría? —preguntó el pasajero.

—Sí, bueno, aunque ralentice un poco... Sabrá que los accidentes de circulación se han reducido a cero, pero si hubiese un posible colapso de NOGALE, sería el enlace fotónico entre vehículos y el cálculo de sus resultantes quien debería custodiar y llevar a buen término el desaguisado. Ahora ni siquiera se producen colisiones laterales; pero incluso solo con el enlace fotónico los costes de vidas humanas seguirían cercanas al cero. Contra esas cifras tan

evidentes no se puede discutir. Además, ¿sabe usted la bolsa de negocio que deja el invento entre su instalación obligatoria y sus revisiones periódicas?

—Estimo que mucho.

—Miles de millones de consorcréditos cada año —aclaró el taxista—. Con ese dinero viven a cuerpo de rey muchos políticos de todo el mundo, razón de sobra para no quitarlas.

—Sé que no podemos negar sus resultados ni prescindir de sus funciones, son necesarias —adujo el pasajero—, pero pienso que al menos en las ciudades, donde las velocidades no son elevadas, podían suprimirse.

—No cuente con ello, señor —apostó el taxista—. Ya hicieron mucho rebajando los límites.

—¿Sabe usted cómo quedaron finalmente? —preguntó el pasajero.

—Sí, puedo responderle a eso. El programa informático que controla la velocidad del coche que conducimos y del que nos precede, y que calcula la distancia necesaria de frenado, obligándonos a mantenerla, dicta una distancia no inferior a veinticuatro metros en autopista, por muy despacio que circulemos. En ciudades, su funcionamiento también es el mismo, pero al ser las velocidades inferiores se permite un acercamiento de cuatro metros entre coches. En semáforos y retenciones podemos parar a un metro y medio del vehículo que nos precede. —El taxista miró la cuantía de su servicio y agregó—: Estamos llegando, señor. Ese es el edificio que usted busca y eso de ahí enfrente es el santuario por la paz.

—Sí, lo conozco —afirmó el pasajero al tiempo que recogía sus cosas.

—Ahora mismo es el lugar más visitado del mundo, después de Jerusalén y la Alhambra de Granada —informó el taxista antes de que el cliente abandonara el vehículo.

El cielo de la mañana neoyorquina se mostraba limpio y claro, aunque sin el esplendor del pasado. Su centro financiero era uno más del montón, pero quizá fuese eso lo que acabó por darle mayor calidad de vida a la ciudad. Sin embargo, y a pesar de las políticas de medio ambiente, aún se palpaban gotas de polución en el cielo de la duodécima ciudad más grande del mundo, pero muy lejos de los índices nocivos de principios de siglo.

En el piso más alto del edificio Marchat, al cual se dirigía el hombre de complexión fuerte, otro hombre, alto, de edad avanzada y silueta encorvada, miraba a través de un inmenso ventanal, posando el cansancio de sus ojos sobre el santuario de la paz mundial. Su nombre era David Denia, y siempre que tenía un momento de respiro en aquel grandioso despacho, lo dedicaba a contemplar en absorta actitud el monumento a la paz mundial. Era un ejercicio que lo relajaba sobremanera. Había dedicado muchas horas de su vida a admirar aquel monumento erigido en recuerdo del dolor y en promesa de la paz, pero todavía le seguía fascinando como la primera vez.

El santuario de la paz estaba formado por las dos construcciones vegetales más grandes del mundo. Había quien afirmaba que superaba en belleza a los desaparecidos jardines colgantes de Babilonia, y al no existir estos para compararlos, tal afirmación se daba por cierta. Se construyó en el año 2024 sobre los dolorosos rescoldos de las Torres Gemelas, desaparecidas cuando se perpetuó el mayor acto terrorista de la historia, a principios de siglo, según seguían sosteniendo algunos. En ese atroz atentado murieron más de tres mil personas, pero como hasta en el más arduo de los tormentos puede hallarse una gota de paz, ese desastre, luego de veinticinco años, sirvió para dejar expedito de penurias y de terror el incierto futuro de la humanidad, hasta entonces abocado al caos. El monumento era una inmensa mole de andamios entrecruzados de hipertitanio que se elevaban del suelo hasta tocar el cielo. Era una representación exacta del desaparecido World Trade Center, pero en lugar de verse como un rompecabezas laberíntico de hierros cruzados y tornillos que los sujetaban, simplemente se observaba la recreación exacta de las dos torres,

vestidas por un verdor fresco y un colorido exuberante. La estructura que lo alzaba hasta las alturas habían sido revestidas de jardines colgantes que, mediante una numerosa población de flores de todos los tipos y colores, tratadas genéticamente para que no perdieran su colorido ni en el más frío invierno, se había convertido en el hogar de miles de aves que, con su vuelo, pululaban el antiguo gris techo de la ciudad de los rascacielos. Desde el exterior, los miles de visitantes que diariamente recreaban su vista con el símbolo de la paz mundial, no lo veían, pero en su interior, más de seis mil drones jardineros trabajaban para que su belleza se mantuviera intacta.

David Denia apartó su vista de las aves que surcaban el cielo, biónicas en su mayoría, con capacidad programada y limitada para procrear, y se volvió hacia el interior del gigantesco despacho tras escuchar la voz de su secretaria en el comunicador, poniéndolo en conocimiento de la llegada de una de las visitas esperadas. Algunos instantes después, un hombre meticulosamente trajeado hizo acto de presencia en la grandiosa sala.

—Buenos días, Walter. Eres el primero en llegar —aclaró el anciano encorvado.

—Buenos días, señor Denia.

—Siéntate en el lugar indicado con tu nombre, por favor.

A partir de ese instante, la secretaria no paró de indicar periódicamente la llegada de nuevos sujetos, hasta contabilizar finalmente un total de ocho, incluido David Denia.

El hombre encorvado dio nuevamente los buenos días y agregó:

—Este es un día largamente esperado por todos nosotros, especialmente para los que conocemos el verdadero objetivo, el puzle final que formarán vuestros trabajos, vuestras intenciones, vuestros esfuerzos y vuestras conclusiones individuales. Sé que habéis dedicado todo cuanto sois al proyecto, aun sin conocerlo, por lo que os estoy enormemente agradecido, y por ello he aprobado una revisión al alza de vuestros contratos.

A la mayoría de los reunidos se les escaparon tímidas sonrisas. Otros, simplemente asintieron satisfechos.

—¡Ya era hora, señor! —exclamó uno de los hombres sentados a la mesa—. Son dos años los que llevo dedicados enteramente al

proyecto, y todavía ignoro la finalidad de mi trabajo. Mantenerse motivado en esas condiciones resulta complicado.

—Me hago cargo de ello —admitió el anciano encorvado—, pero era una de las condiciones para formar parte de algo de tal envergadura. Ahora, si podéis esperar a un último miembro del equipo, conoceréis todo.

Cuando terminó de hablar David Denia, jefe del proyecto y magnate de la causa, todos los presentes se volvieron en dirección a la puerta atendiendo el ruido que de ella provenía.

—Ese es nuestro hombre —les dijo David Denia señalando al hombre de complexión fuerte que entraba por la puerta—. Señores, os presento a Thomas Aldrig, director técnico y uno de los pilares fundamentales de nuestra empresa. Aunque no le conocéis, Thomas sabe todo acerca de cada uno de vuestros respectivos trabajos y desarrollos.

Los hombres, cómodamente sentados alrededor de la mesa, estudiaron aquella cara de tez blanquecina, intensos ojos azules y pelo rubio, al tiempo que evitaban fijar los ojos en el bulto del pecho que insinuaba claramente un arma.

—Señores..., un placer —gritó Thomas para que le oyesen todos.

—Ahora que no falta nadie —expuso David—, podemos empezar con las presentaciones pertinentes. Yo mismo, como jefe y director financiero del asunto, me encargaré de ellas. Primeramente daré a conocer vuestros nombres, a continuación daré a conocer vuestra especialidad, y una vez que yo concluya, vosotros mismos, uno a uno, explicaréis vuestros estudios y desarrollos referentes al proyecto. En los orígenes de todo, Thomas y yo pensamos no revelar nunca la totalidad de nuestro propósito, pero con el paso del tiempo cambiamos de parecer, pues creímos que sería mejor para la fiabilidad y el éxito. Es esta última decisión, la de haceros participe de todo, el motivo de que se haya decidido doblar vuestros honorarios. Pero para ello tienen que firmar unos contratos en los que las cláusulas de confidencialidad serán extremadamente estrictas. Ahora ya sabéis la nueva cantidad que os corresponde. Si alguien está en desacuerdo, que hable. —Hubo un silencio prolongado, tras el cual David Denia retomó el discurso—. Veo que

nadie opone nada; en ese caso, firmad ahora la cláusula anexa a vuestros contratos, por favor. Podéis encontrarla en el interior de una carpeta con vuestro nombre.

Momentos más tarde, Thomas Aldrig recogió y entregó, después de certificar las firmas, todos los documentos a su jefe.

—Bien, señores —prosiguió David Denia—. A partir de ahora no hay marcha atrás. A continuación expondré las condiciones extraoficiales que conlleva el conocimiento de todo el proyecto. Joe Rambis, vuestro colega de americana verde, y sus compañeros colaterales, German Diux y Mikel Berry, ya conocen este apartado, pues trabajaron juntos en estas mismas instalaciones. Su parte del proyecto, aún más secreta si cabe a la desarrollada por vosotros, obligó a ello desde un principio. No quiero que penséis bajo ningún concepto que aquí practicamos una política mafiosa ni nada por el estilo, pues lo único que pretendemos asegurar con las siguientes medidas es la confidencialidad de lo que vais a conocer. Adelante, Thomas.

El hombre de los intensísimos ojos azules sacó una carpeta de piel, también azul, y la mostró alzando la mano. Luego habló.

—Señores, en esta carpeta se halla el fruto de nuestras pesquisas. Puedo asegurar que ni con la información conjunta que pudiesen aportar sus madres, sus padres, sus mejores amigos y hasta la propia alma de cada uno de ustedes se superaría lo contemplado aquí. Pero todo ello carece de valor, pues estaremos enclaustrados en estas dependencias durante algo más de un año, quizá dos, tres, o incluso alguno más, aunque os garantizamos que nunca superaremos el lustro. Por tanto, tal información no responde al hecho de amedrentar, pues cuando terminemos, y lo hemos aceptado mediante rúbrica, afrontaremos un lavado de memoria que extirpará el conocimiento adquirido en estas instalaciones, mediante la restauración de nuestros implantes, antes de que salgamos nuevamente al mundo y quedemos expuestos a la red neuronal.

Uno de los hombres de la mesa quiso protestar, pero Thomas lo cortó apresuradamente.

—Ya es tarde para cualquier reclamación, para retractarse ya tuvieron tiempo. Sin embargo, quiero que tengan la plena seguridad

de que podrán recibir a sus familiares periódicamente en entornos adecuados, vigilados y dotados de inhibidores neuronales. Sí, resultará duro, lo sé, pero ni siquiera un talento como el de ustedes ganaría por sí solo la millonada de consorcréditos que obtendrán por su trabajo. Para estos honorarios tan desorbitados contemplamos también las dificultades sociales, por supuesto. ¿Alguna pregunta?

Un hombre de mediana estatura, con cara contraída y cabeza coronada por la calvicie, levantó la mano. Debería de tener unos cincuenta años.

—Adelante, señor Hughes —dijo Thomas Aldrig.

—Todo esto me parece exagerado —objetó—. Yo nunca creí que el desarrollo de un proyecto como el mío pudiera conllevar tal riesgo y desacomodo.

—Pues, debería haberlo pensado antes, porque un proyecto que en dos años consume dieciséis millones de consorcréditos y le reporta a usted otros tres, no puede considerarse un asunto común.

Nadie más preguntó nada, pero cada hombre allí sentado sintió sobre su cuello una soga de oro.

—¡Alégrese, señores! —gritó Thomas con jovialidad para tumbar el muro de frialdad que se había levantado—. Esto no es un duelo, es simplemente un proyecto delicado, secreto y ambicioso que necesita de toda la integridad y ambición posible. Deberemos trabajar codo con codo para que cada esfuerzo sea útil, así que no lo desperdiciemos en ademanes cabizbajos. —Hizo una pausa para escrutar los rostros antes de proseguir—. La reunión de hoy será para dar a conocer el proyecto final. A partir de mañana, todos trabajaremos el tiempo que podamos, pues en dos meses deberíamos tener todo atado y ensamblado, y... puedo asegurar que de todos los que estamos aquí, soy yo el que más se expone.

»Si no hay más preguntas, entremos sin más demora en las presentaciones. Ya conocen a David Denia. Todo el mundo dice que es uno de los mayores extractores de minerales del mundo. Mienten. Puedo asegurarles que es el mayor y el más rico. Si no fuese así, no podría financiar esta empresa, y mucho menos ser el único dueño de este rascacielos frente al complejo Paz, el lugar más caro del mundo tras Nueva Jerusalén para comprar un metro de

suelo que pisar. David y yo somos amigos desde hace mucho tiempo, a pesar de nuestra diferencia de edad. Él me expuso una idea, yo le comenté que era teóricamente posible, y a partir de ahí, muchos millones que desembolsar y un buen equipo que buscar. Esa tarea me concernió íntegramente. Sí, a mí, desarticulen esa pose ojiplática. Aunque no hayamos tenido contacto en el pasado, soy el que los descubrió, el que los recomendó, el que posibilitó sus contrataciones y quien finalmente gestionó con las autoridades intergubernamentales los delicados y exclusivos permisos que permitieron la cirugía que los desconectó de la red. Eso costó un huevo y el que lo perdió, desde luego, fue el señor Denia. Así, por tanto, las ideas de sus mentes le pertenecen a él en exclusividad, y no a un sistema que puede analizarlas y patentarlas antes de que puedan imprimirse en un papel. Para mí son los mejores en cada campo, por eso están aquí. David se encargó de detallarles, una vez firmados los contratos, los diferentes proyectos. Estos fueron ideados por mí, pero solamente ustedes fueron los artífices de los éxitos alcanzados. Mi nombre ahora, como bien dijo David, es Thomas Aldrig, y digo ahora porque el verdadero es otro, pero debido a que varios países intentan obtener mis servicios a toda costa, tuve que cambiarlo y ausentarme un poco del mundo. Ese es el principal motivo por el cual no traté directamente con ustedes, pues podrían haberme reconocido.

Estoy licenciado en Física, Medicina y *Biogennucleica*, y soy el director técnico del programa. —Thomas miró a David Denia y le dijo: —Cuando usted quiera, jefe.

—Bien, señores —comenzó a exponer el anciano encorvado—. Después de esta breve introducción, lo siguiente es presentaros. Empezaremos por el señor Hughes. —Walter Hughes se levantó y saludó cortésmente—. Es licenciado en *Electrobiogenética* por la Universidad de Massachusetts. Durante muchos años trabajó para el gobierno de este país en el Pentágono. Fue el primero en diseñar los trajes antibalísticos con tejidos de la *Nephila Clavipes* con gen adulterado. El desarrollo de su proyecto parte de esta base, pero luego él os lo explicará mejor. A su izquierda se encuentra Carlos Smith, colega del señor Hughes en titulación y egresados de la

misma universidad, por cierto, pero graduados con seis años de diferencia, razón por la cual no se conocieron hasta ahora. Su proyecto también será presentado por él mismo al final. Seguiremos hacia la izquierda. Tom Ribers, colega académico de los dos anteriores y licenciado en la mejor universidad para dicha materia, que no es otra que la anteriormente citada. Su proyecto es tan espectacular que os dejará con la boca abierta. Tenemos pensado patentarlo y comercializarlo más adelante. De este y otros posibles proyectos potencialmente comerciales, en el futuro cada uno obtendréis un porcentaje digno, aunque luego ni siquiera recordaréis que lo creasteis. Tenéis mi palabra. Continuando en dirección contraria a las agujas del reloj, encontramos a German Diux, Joe Rambis y Mikel Berry respectivamente. Físicos el primero y el tercero, e ingeniero aeroespacial el flanqueado por ambos. Sus conocimientos ayudaron activamente a colocar el New Destiny y su tripulación en la luna Europa en el año cincuenta y tres. Lo que han conseguido hacer estos tres hombres con la teoría de Aldrig os parecerá ciencia ficción. Dudaréis al oírlo, no lo creeréis al verlo y estoy seguro de que más de uno se pellizcará la cara para certificar que no es un sueño lo que finalmente oigan. La explicación de este proyecto la dejaremos para el final. Lo merece. Y ya solamente queda por presentar a Ralf Lozano, uno de los doctores en Medicina más prestigiosos de este país. Asumirá un papel importante a partir de ahora, y estudiará las posibles consecuencias derivadas de la realización de todo este tinglado, conjuntamente con Aldrig. Y ahora, antes de bajar a los subterráneos del edificio, donde, como sabéis, permaneceréis durante catorce meses, cuanto menos, explicaremos los detalles de vuestros proyectos individuales —sentenció Denia—. Cuando sea necesario, Aldrig intervendrá para especificar dónde irá colocada cada pieza del rompecabezas. Mencionar también que, aunque todo sea al final una obra de relojería, pues deberá ir suave como la seda, muchos de los proyectos se combinarán en otros colectivos que formarán un subconjunto indivisible dentro del puzzle. Ahora, sin más, que sea el señor Hughes el primero en tomar la palabra. Señor Hughes, su turno.

—Encantado de conocerlos, caballeros —dijo el señor Hughes levantándose de su cómodo sillón—. Como bien dijo nuestro jefe, trabajé muchos años en el Pentágono, más en concreto para DARPA. Ya oyeron, sin mucho detalle, la naturaleza de lo que he desarrollado, así que lo explicaré lo mejor que pueda. En resumidas cuentas, lo que he hecho es un traje, pero un traje que deja atrás cualquier antibalístico de última generación. Su tejido exterior es de Nephila Clavipes con gen adulterado, pero su resistencia a impactos ha aumentado en un trescientos setenta y dos por ciento sobre los actualmente utilizados por los mejores ejércitos de este mundo bajo un mismo mando. Si alguno de ustedes no sabe nada acerca de las características de estos blindados, podría decirle que soportan el impacto de doce proyectiles antiaéreos convencionales, uno tras otro, sobre un mismo punto milimétrico. En cuanto al tejido exterior, dos cosas hemos conseguido: la primera es multiplicar por mucho los antiaéreos lanzados sobre el mismo punto antes de que llegue a quebrarse la fibra; la segunda, más importante si cabe, en mi opinión, consiste en que se introdujo un gen de pigmentación mutante entre las células del tejido de Nephila adulterado. Dicho gen se muestra reactivo con varios colores y multitud de tonos pertenecientes a ellos. Los tres colores que hacen reaccionar al gen son el negro, el marrón y el verde, por lo que tendremos un traje impenetrable y mimético a muchísimos tonos dependientes de estos tres colores. La función de resistencia es relativa al tejido, sin embargo, la de mimetismo ha de ser alimentada con energía, ya que sin esta, el color del tejido será invariablemente negro, el color natural de la fibra de Nephila Clavipes genéticamente adulterada. Todos estos avances expuestos son llamativos y vienen a mejorar sustancialmente lo que había, pero no debemos olvidar que debajo de ese tejido casi indestructible habrá un ser humano, y este solo soportaría con éxito el impacto mecánico de una bala, pues un único proyectil antiaéreo lo mataría, aun sin llegar a atravesar el traje. Es precisamente en esta debilidad en la que más me he esforzado y más progresos he conseguido, pues he dotado al antibalístico de un mecanismo de defensa que nunca antes tuvo. Se trata de una capa interior de microfibra genética que yo mismo he diseñado en el

trascuro de estos dos años, a la que le he dado el nombre de *microelastic-respond*. Esta especie de membrana no es otra cosa que una cubierta de cuatro milímetros de espesor adherida al interior del tejido blindado, y que tiene la particularidad de albergar ciento sesenta microscópicos cubos de retención. Cada uno de estos cubos, que se ubican entre el tejido interior del traje y la piel del hombre, están molecularmente tratados para que soporten una amortiguación diferente. Esta urdimbre resistiva está diseñada para retener la fuerza de un impacto en una escala de mayor a menor. Así, el de menor retención se hallará junto al tejido blindado e irá doblando su capacidad de aminoramiento cubo por cubo conforme se acerque a la piel del usuario. La conclusión de esto, señores, es que la fuerza que lleva un proyectil al chocar contra el tejido de Nephila se irá deteriorando continuamente al presionar cada una de las capas, quedando en nada mucho antes de llegar al cubo de *microelastic-respond* que contacta con la piel.

Hughes terminó de hablar y se quedó mirando las caras de los presentes. En ellos percibió asombro. Ninguno de los hombres sentados en la mesa guardó la admiración provocada por su explicación. Después alguien murmuró y todos lo secundaron en la pregunta de quién y para qué se pondría ese traje.

—Eso todavía es un secreto, señores. —Todos volvieron sus miradas hacia el señor Aldrig.

—Debe de ser algo muy peligroso el fregado en que nos hallamos metidos —comentó Carlos Smith, que tras hacer una larga pausa, agregó—: Empiezo a estar asustado de veras.

—No debe estarlo, al menos mientras el secreto que se oculta aquí no salga a la luz —le respondió el director técnico—. Simplemente, nos preocupan las posibles consecuencias derivadas de todo el proyecto, aunque creemos tenerlas firmemente controladas.

—Con su permiso, señor —pidió Thomas mirando a David Denia—. ¿Quién seguirá?

—Que sea el señor Smith, así soltará los nervios que parecen comer su estómago.

Carlos Smith se levantó de su asiento con gestos que denotaban inseguridad. Frunció el ceño y comenzó.

—La verdad es que me siento un poco acomplejado después de conocer el trabajo que ha realizado nuestro compañero, el señor Hughes, y mucho más cohibido aún tras saber la cifra empleada para ello.

—No lo crea, señor Smith, ha hecho usted un gran trabajo, el que se le pidió —lo interrumpió Thomas Aldrig—. Continúe.

—Gracias —dijo Carlos Smith—. Mi cometido ha sido realizar un simple casco con ciertas características. Ahora me doy cuenta de que el extraño material utilizado en su interior era *microelastic-respond*. Lleva unos dispositivos muy precisos, capaces de efectuar bajo programación temporal algunas complejas operaciones microcerebrales. Eso es todo, en realidad.

—Es mucho más, señor Smith —dijo Aldrig tomando la palabra—, pero con eso bastará por ahora. Todos le hemos entendido. Este proyecto está realizado a medias, pues deberá complementarse con el realizado por el señor Ribers. Después de la siguiente exposición comprenderán que es una obra de arte. Señor Ribers, tiene usted la palabra.

—Mi contribución al proyecto, caballeros —empezó a decir el señor Ribers—, aún sin conocerlo, me parece fascinante, y con mi opinión no quiero parecerles petulante, pero es la conclusión que extraigo. Lo diseñado en los fastuosos y adinerados laboratorios puestos a mi disposición por el señor Denia puede ayudar en un futuro, que queda a disposición del señor Denia, a revolucionar el mundo de la enseñanza y de las comunicaciones. Pero ahora también sé que contribuirá de alguna forma al éxito del misterioso proyecto que verá la luz en los próximos meses. El nombre que le he dado a la nueva ciencia es *Microbiogenetractología*. Y lo siento mucho, de veras, señores, pero este tiempo que nos ha tocado vivir, enmarcado en el desarrollo de la *Microbiogenética* y la *Bioelectrogenética* no me ha dejado otra posibilidad. Sin más expresiones descabelladas que rocen la paranoia, intentaré explicar lo alcanzado con la mayor sencillez posible. Pero antes, ruego que me permitan una pequeña introducción que viene al caso. Desde

algunas décadas atrás, los más prestigiosos investigadores han conducido su dedicación por caminos difíciles en busca de grandes tesoros. Así, Bernal Maxwell abrió pasillos hacia la posibilidad de retener pequeñas cantidades de información en el cerebro humano por medios quirúrgicos. Fue un gran avance, sin duda, pero después nadie logró ir más allá de la pequeña habitación que él mostró. Luego vino la conexión neuronal a la red, obligatoria a los nueve años, que más que brindarnos un mundo de posibilidades por descubrir, insertó en nuestras mentes una miríada de ideas no concebidas por nosotros mismos, lo cual nos induce al aborregamiento doctrinal. Por eso, muchos proyectos, entre ellos el más fundamental, según mi opinión, el de la culturización mundial, quedaron abocados al fracaso. Hoy, sin embargo, podemos decir que al menos una barrera ha sido derribada con éxito, pues el conocimiento de todos y cada uno de los lenguajes que existen y han existido se rendirá ante nosotros por medio de una pequeña operación. Esa cirugía menor consiste en la implantación de unas células con información grabada, que en un plazo de veinticuatro horas se relacionarán creando un nuevo aparato biológico, el de la comunicación total. Para que lo comprendan mejor, trataré de ser escueto. He diseñado tres tipos de células cargadas con diferente información, las cuales serán implantadas en el cerebro, en la garganta, junto a las cuerdas vocales, y en el tímpano. Las del cerebro guardan toda la información de los idiomas que se han conocido en la historia, y lo que es más sorprendente, saben contrastar la información que le llega desde el tímpano para transmitir las a las células de las cuerdas vocales. Veo que algunos de ustedes están confusos —advirtió Ribers—. Intentaré expresarlo mejor. Tras veinticuatro horas, los tres tipos de célula se unen a través de ramificaciones nerviosas. Las células que se implantan en el tímpano crean un tejido paralelo que manda la información a las células del cerebro; este analiza la información y contesta por medio de las cuerdas vocales manipuladas automáticamente por las células implantadas en ellas. Es muy simple. Usted, por ejemplo, señor Hughes, ¿qué pasaría si alguien le hablase en un dialecto centroafricano que no conoce?

—Que no le entendería —contestó el señor Hughes.

—Exacto. En cambio, señor Hughes, si usted tuviera implantadas estas células, reconocería cualquier idioma grabado en ellas, lo entendería y lo hablaría como si fuese natural de nacimiento. Lo único reprochable a este invento es que solo permite hablar y entender el idioma hablado, y no el escrito, pues para ello tendríamos que saber leerlo, y en voz alta.

Todos sin excepción se quedaron mudos al comprender el alcance del descubrimiento. Solo entonces miraron con interés a sus compañeros adyacentes, pues comprendieron que quizá en aquella sala se encontraban algunos de los mayores genios del mundo.

—Su explicación, señor Ribers, me ha dejado tan impresionado como si no hubiese sabido nada acerca de sus avances y conclusiones —afirmó Thomas Aldrig—. Si todo sale bien, en el futuro ganaremos mucho dinero con esto. Ahora, o bien el señor Diux o bien el señor Berry, cualquiera de ellos deberá exponer el alcance del proyecto en que ambos han trabajado.

—Tú mismo, German —sugirió con voz áspera Mikel Berry.

—Gracias, Mikel. Es muy escueto a simple vista, pero ha costado mucho conseguirlo, créanme. Se trata simplemente de acumular mucha energía en muy poco espacio. Imagínense por un momento que una de las centrales nucleares que existían a principios de siglo cabe dentro de una esfera del tamaño de una perla. Más aún, conciban que es un millón de veces más segura. ¿La pueden recrear en su mente? Pues, eso es, una enorme central nuclear limpia dentro de una esfera que tiene el tamaño de una perla.

Tom Ribers palideció y se apresuró a interrumpir sin esconder su absoluto desacuerdo:

—¿No se estará refiriendo a energía nuclear, verdad? Lo que acabo de oír será más bien una metáfora, ¿no?

—Es lo que ha oído —sentenció secamente Aldrig—, pues hablamos del átomo, aunque con un enfoque distinto. Sin embargo, no perdamos el tiempo en conceptos.

—¡No puedo creerlo! —insistió exaltado Ribers—. Saben perfectamente que la energía nuclear y todo lo relacionado con ella está prohibido desde el año treinta y siete. En diciembre de ese año

se cerró la última central nuclear, en Rusia, y hasta los submarinos atómicos tuvieron que cambiar sus fuentes energéticas. Hoy en día, la única cosa que mancha de peligro nuclear nuestro mundo son los misiles que la totalidad de los países tienen en sus silos y arsenales como monumentos intimidatorios, sin pararse a pensar siquiera en lo hipócrita de su conducta, pues de ser utilizados, acabarían con la vida humana sobre la faz de la Tierra. Por eso, señores —dijo Ribers lanzando una mirada rápida sobre todos los presentes—, yo me resisto de manera frontal a esa parte del proyecto, si me es posible, si tengo opción.

—Ni usted ni ninguno de los presentes tienen alternativa alguna para oponerse al proyecto una vez que han conocido sus componentes —sostuvo Thomas Aldrig—. Pero, para su tranquilidad, señor Ribers, sepa que esta nueva forma de almacenar y suministrar energía procedente de un núcleo no clásico es totalmente segura.

—Eso no lo dudo, señor Aldrig, porque después de ver la calidad de las mentes aquí presentes, estaría de más. Simplemente quiero presentar mi desaprobación a algo absolutamente prohibido por la autoridad mundial, que sí tiene al parecer un mínimo de respeto por la vida humana. Aparte de eso, señor Aldrig, supongo que estará al tanto de las penas internacionales que pueden caer sobre nosotros por realizar experimentos con energía nuclear, ya que ni siquiera son llevados a cabo por los países más avanzados, gracias al acuerdo del año treinta y siete.

—Estoy al tanto de todas las leyes internacionales que penan la experimentación con estas energías potencialmente peligrosas —le respondió el señor Aldrig—. Por eso, precisamente, tanta cautela y tanto misterio alrededor del proyecto. Pero para llevarlo a cabo es necesaria esa cantidad de energía concentrada en tan poco espacio. Si hubiese otra posibilidad, señor Ribers, la utilizaríamos, aunque resultase cara, créame. Sin embargo, aunque todos libres de la red y autónomos, nos debemos al señor Denia, el cual es un hombre amparado por el sistema, que vela con celo por su mantenimiento y que cuenta con toda su confianza. Estamos autorizados, tranquilícense, a eso y a lo que sea. Y ahora que

estamos metidos en esta cuestión, señores, y sabiendo con certeza que lo que diga no es mayor secreto que nuestro proyecto en sí, contaré algo relacionado con el acuerdo de la energía nuclear firmado el año treinta y siete. Presten atención, especialmente usted, señor Ribers, pues el martilleo de su conciencia no tiene motivos para perpetuarse, ya que la probabilidad de que haya un accidente derivado de los experimentos es inexistente. Le diré... Respecto a esos acuerdos que defiende la oficialidad, existen tres versiones. Una es la que defiende el sistema y que cualquier persona puede comprobar a través de la red neuronal, accediendo al mismísimo documento original con las firmas estampadas de los principales líderes mundiales del momento; la segunda versión, extendida por la zona alta, que no cumbre de la pirámide, es esta que les cuento:

»En el año treinta y cinco, los Estados Unidos de América, dirigido entonces por un gobierno altamente consciente del corrosivo peligro que embargaba al mundo por culpa de tanta contaminación, encontraron una solución para resarcirse del pecado que cometieron al abrir las puertas de la destrucción masiva por medio de la energía nuclear. Dos años antes, en el tercer viaje tripulado a Marte, encontraron tres grupos de bacterias desconocidas en la Tierra, que vivían en el hielo del subsuelo marciano. Dos de ellas aún permanecen en cuarentena en la estación espacial Mid Vialac por su supuesta peligrosidad. Pero dejemos esas dos ahí y centrémonos en la tercera. A esta misteriosa bacteria se la denominó Marthian. Después de un exhaustivo estudio de Marthian en la estación espacial, con y sin condiciones equivalentes a las naturales de la Tierra: gravedad, oxigenación, sometimiento a diferentes presiones y temperaturas, y tras contrastarla combinadamente con cada uno de los elementos químicos y biológicos de la Tierra, mediante simulación, se llegó a la conclusión de que esta forma de vida no era nociva para el planeta. Fue entonces cuando se trasladó la bacteria Marthian a la Tierra para realizarle un estudio exhaustivo y determinar posteriormente sus posibles aplicaciones. A Marthian se le atribuyeron incontables usos positivos, la mayoría de ellos en el campo de la Medicina.

Aldrig hizo una pausa ante la atónita mirada de todos, y dejó momentáneamente la narración para dirigirse personalmente a ellos.

—¿No se han preguntado por qué todas las insuperables enfermedades del siglo XX se vencieron casualmente en 2036, un año antes del acuerdo nuclear, si se disponía de sostén económico? No, veo que no. Tampoco reparó en ello la opinión pública mundial ni la comunidad científica. Todo fue achacado a la evolución de la investigación genética y a los potentes ordenadores desarrollados a partir de la teoría de cuerdas, que podían desmembrar molecularmente cualquier elemento de la Tierra y nombrar cualidades y aplicaciones para cada uno de ellos.

—¿No fue por las hojas de farwa? —preguntó visiblemente sorprendido el señor Lozano—. ¿Acaso no fue el descubrimiento de las hojas de farwa en Brasil lo que llevó a desarrollar medicamentos eficaces contra el SIDA, el cáncer, el ébola y todas las armas químicas conocidas?

—Sí, señor Lozano, fue la hoja de farwa. Pero también podría decirle el motivo de que la hoja de farwa no fuera encontrada antes del treinta y cinco, fecha en la que se constató su descubrimiento por parte de dos famosos botánicos.

—Dígamelo. ¿Por qué? —exigió algo desafiante el señor Lozano.

—Muy sencillo, señor Lozano, no la encontraron antes porque no existía.

Hubo un murmullo de asombro que inundó la sala.

—¿Cómo que no existía? —preguntó el señor Lozano más retador aún.

—Como lo oye, señor Lozano, no existía. La hoja de farwa fue creada en los laboratorios del Pentágono por dos científicos genéticos. Estaban hechas a partir de segregaciones realizadas a Marthian, que genéticamente elaboradas, dieron lugar a una nueva planta que contenía las principales armas de choque para afrontar con éxito la lucha contra cualquier agente nocivo al cuerpo humano.

—¿Cómo puede saber todo eso?

—A eso no puedo contestarle. Pero si se preguntó antes por la causa de que me persigan las inteligencias subversivas de varios

antiguos países, desatendiendo el hecho de que me ampara el consorcio mundial, ya tiene una posible respuesta.

—Señor Aldrig —intervino Rambis—. Aunque todo esto es fascinante, ¿qué tiene que ver con el acuerdo nuclear del año treinta y siete?

—Mucho. Tiene muchísimo que ver, Joe, pues tanto la hoja de farwa como el acuerdo sobre la prohibición y utilización de energía nuclear se debe al descubrimiento de la bacteria Marthian. Continuaré con la explicación:

»Como ya dije antes, a Marthian se le atribuyeron numerosas aplicaciones positivas. Las concernientes a la parte médica, ya las conocen. Sin embargo, la más importante de todas es la propiedad que hizo que algunos científicos empezaran a llamar a Marthian con los nombres de «regalo de Dios» y «ángel guardián». Marthian tiene la particularidad de que, una vez liberada al aire, se multiplica y disuelve por todo el globo. La principal misión natural de Marthian es rodear a los átomos de uranio, plutonio y demás elementos radiactivos imperecederamente, haciendo que ningún agente externo pueda provocar su partición en cadena, desatando así un caos atómico.

»Esto fue lo que se descubrió en los laboratorios del Pentágono en el año dos mil treinta y seis. Tras este descubrimiento, el entonces presidente de Estados Unidos, supuestamente abanderado de todas las políticas bajo un único gobierno en la Tierra en aquel entonces, quiso esparcirlo a los cuatro vientos para aniquilar la mayor amenaza existente en el globo. Pero sus colaboradores y consejeros desestimaron esta acción aplazándola para sacar una mejor tajada de ella.

»Las más altas esferas del gobierno y de la defensa norteamericana, venida ya a menos en el tablero geoestratégico mundial, acordaron una reunión en las todavía existentes Naciones Unidas, en la que tomaron parte la totalidad de los países del mundo; tanto los que poseían potencial atómico como los que no. De esta reunión se obtuvo la fecha de inicio de diálogos para la desarticulación de todas las centrales nucleares del mundo y el cese de la investigación atómica con cualquier fin. La fecha resultó ser el

doce de enero del año treinta y siete. Finalmente, en junio de ese mismo año se aprobó la desarticulación de todas y cada una de las centrales nucleares del mundo y la interrupción de cualquier pesquisa en los dominios del átomo con fines oscuros. Como sabrán, en ese documento histórico, la totalidad de los países firmaron y acataron todas las medidas adoptadas en él, por las que se obligaban a cesar la investigación nuclear y el desarrollo de armas atómicas. De sobra estarán al tanto de los acontecimientos posteriores. Se desarticulaban miles de silos y cientos de barcos y submarinos nucleares, y solo se permitió que cada país conservara diez armas atómicas en sus arsenales como medida intimidatoria. El documento fue firmado sin reservas por todos los países, pues China y la reluciente Nueva Israel, los más armados y preparados en cuanto a defensa atómica, fueron los más interesados en ello. Una vez verificada la destrucción del último proyecto nuclear en desarrollo o funcionamiento, los Estados Unidos lanzaron al aire el agente benigno conocido en las altas esferas del Pentágono como «ángel guardián». Así, señores, todos los países del mundo descansan en paz, pues creen hallarse en igualdad de condiciones en cuanto a armamento nuclear. Y... eso es cierto, se hallan verdaderamente en igualdad de condiciones.

»Ahora conoce usted, señor Ribers, el motivo real por el cual un ingenio atómico ya no es peligroso. Y también sabe la verdadera naturaleza de aquel acuerdo, que no es otra que mantener el mayor tiempo posible bajo el cerrojo a la experimentación, como el hecho de que las armas atómicas que nos podríamos lanzar unos contra otros en cualquier momento no funcionarían. Solo de esa manera se evitaría la necesidad de buscar en la investigación nuevas y diabólicas armas para la destrucción masiva.

—¿Es todo eso cierto, señor Aldrig?

—Sí, lo es. Muy cierto. Creo que estamos extendiéndonos demasiado, señores. Sepan únicamente que lo diseñado por los físicos aquí presentes no es peligroso y funciona perfectamente al estar protegido contra Marthian con las esferas construidas para nuestra causa.

—Y la tercera —interfirió David Denia—, dijo que había tres versiones.

—¡Ah, cierto! Lo olvidada. La tercera versión es la correcta, por supuesto, lo que ocurre es que la desconozco, pues no estoy a su altura, señor.

—¿Y cuál es nuestra causa si puede saberse? —preguntó Joe Rambis.

—La sabrán, naturalmente—contestó Thomas Aldrig—, pero a su debido tiempo, pues ahora he de relatar la esencia del asunto que nos concierne. Antes he de describirles el descubrimiento que hice, el cual nos llevó al punto donde nos encontramos. Permítanme que excuse la intervención del señor Lozano, pues su verdadero trabajo empieza a partir de ahora, y consistirá en contrastar las hipotéticas consecuencias médicas que supongo podrían derivarse de nuestro cometido. Puedo asegurar que estas contingencias solo atañerán a una persona, al único conejillo de indias en todo este asunto. Entre ambos, el señor Lozano y yo intentaremos buscar soluciones, y solo si las hallamos se llevará a cabo el proyecto. Esto que relataré a continuación es su esencia.

»Hace cinco años estuve con un equipo de personas en el Polo Sur, en la antigua base rusa Vostok, ahora controlada por el consorcio mundial. Nuestra presencia allí estaba exclusivamente enfocada a la investigación, pues debíamos sacar conclusiones precisas sobre la posible fabricación de oxígeno en la luna Europa. Las bajas temperaturas invernales eran propicias para llevar a cabo el experimento, y esto fue, a mi entender, lo que posibilitó uno de los mayores y casuales logros en la historia de la investigación científica. Antes de continuar, he de advertirles nuevamente que si algún día hablasen sobre el tema, a pesar de las medidas de seguridad que hemos adoptado y otras que adoptaremos, instantáneamente estarán abocados a soportar sobre vuestros cuerpos una losa con las siglas RIP. Y no os lo advierto por advertir, pues cuatro éramos los que formábamos el equipo dependiente de un gobierno, que no denunciaré aquí, y de todos ellos solo yo continúo con vida, sin saber aún cómo lo he conseguido. Pero

dejemos eso ahí y continuemos con el relato, que sobrepasa lo creíble.

»Hasta el Polo Sur llevamos un equipo novedoso y multimillonario. Era la primera vez que se utilizaba y estábamos eufóricos. Entre todo ese material había un nuevo microscopio fabricado con tecnología de cuerda, que sobrepasaba en millones de veces la potencia de sus contemporáneos más avanzados. Era capaz de actuar incluso como un telescopio espacial y, por tanto, podíamos utilizarlo y enfocarlo a nuestro antojo en cualquier dirección en un radio de kilómetros. El primer día que lo utilizamos no pudimos centrarnos en nuestro trabajo, pues era tal la nitidez con la que nos mostraba cada molécula, cada átomo, cada partícula subatómica de cualquier punto o medio al que lo dirigiéramos, que solamente tuvimos tiempo para disfrutar de ello. En su pantalla nos podía mostrar millones de datos sobre cada una de esas partículas identificadas. ¡Era increíble! No pueden imaginar lo que supone ver con tal nitidez la naturaleza física de la estructura existencial con la misma claridad que puede observar alguien su coche aparcado en un garaje. A partir de ahí fue todo de lo más normal, hasta que se me ocurrió la idea de mirar el centro justo del polo magnético de la Tierra, no muy distante de nosotros, en esos momentos sobre la anomalía del lago que existe bajo el hielo. Allí no encontré las mismas partículas que pululaban por todas partes, sino que en su lugar observé unas difusas corrientes que formaban óvalos geocéntricos alrededor del polo magnético. El extraño fenómeno lo achaqué en un principio a la naturaleza de las fuerzas que allí se concentraban, pero luego volví a sentirme nuevamente confuso, pues, repentinamente, de la nada se materializaron unas partículas desconocidas tras entrar en escena la belleza de la aurora polar. Al descubrir dichas partículas, el calor recorrió todo mi cuerpo, las manos me temblaron y gotas de sudor frío empaparon mi frente, pues me sabía el descubridor de algo nuevo. Las partículas se concentraban en seis metros de diámetro alrededor del eje magnético, ni más allá, ni más acá. La altura de esa concentración no sobrepasaba los cuatro metros, por lo que había una zona delimitada de la que no escapaba ninguna de ellas. El reducido

fortín donde se hallaba apresado tal descubrimiento me hizo concebir la idea de grabar la naturaleza de una de esas partículas e intentar hallar el número de ellas. Lo conseguí, pues una cifra larguísima apareció en la pantalla del ordenador. Me quedé fascinado. ¿Qué era aquello que solamente parecía existir alrededor del eje magnético? Ni siquiera me dio tiempo a pensar una hipótesis descabellada: la pantalla del ordenador me sorprendió aumentando la cifra en una unidad, poco después en otra y al rato en otra más. Comprobé el tiempo transcurrido entre la aparición de una unidad y otra, y siempre era el mismo: cuatro segundos. Así permanecí por mucho tiempo, absorto en mis pensamientos. Mientras tanto, mis compañeros dormían. El tiempo pasó sin darme cuenta y de repente las partículas se desvanecieron. Aparté la vista de la pantalla, miré al cielo, y la aurora polar había desaparecido. Ninguno de mis compañeros creyó sin reservas en mi historia. Les dije lo que vi, el número de partículas contabilizadas y la hora exacta en que desaparecieron con la ocultación de la aurora. El nerviosismo de ese día tampoco nos dejó trabajar, pues en nuestras mentes solo vivía el relato de lo que vi y luego conté. Sabíamos a la perfección la hora en que veríamos la próxima aurora polar, por lo que todos permanecimos atentos a la pantalla, con el microscopio dirigido al punto donde en ese momento se encontraba el eje magnético de la Tierra. La aurora se mostró y mis compañeros rompieron a gritar con la contemplación de lo que sus ojos estaban viendo. Aún me parece oírlos y, si me concentro, aún puedo escuchar las risas de aquel día. Sin embargo, hoy ya no están. Uno de ellos, Eric, comprobó la certeza de la suma constante en el aumento de su número. Lo midió y también duraba cuatro segundos entre cifra y cifra. Entonces se me ocurrió mirar el número de unidades que había en la hora que desapareció la aurora y el número que mostraba la pantalla. Hice la cuenta con el tiempo transcurrido desde entonces, y el resultado fue: cada cuatro segundos, exactamente, se generaba una nueva partícula, incluso en el tiempo que la aurora no las mostraba. Era increíble. Decidimos estudiarlas multiplicando su tamaño millones de veces en el microscopio, pero resultaron ser diferentes entre ellas, pues unas eran totalmente azules, otras eran rojas, marrones,

verdes..., otras mezclaban todos estos colores en diferente proporción, así que nos quedamos sin ninguna respuesta a eso. Más tarde, el programa informático nos advirtió de patrones en su naturaleza. Por una marca física más o menos deteriorada podía vislumbrar la antigüedad de cada una de las partículas, así que le pedimos que nos la contabilizara nuevamente y nos la mostrara por antigüedad. Unos veinte minutos después, el ordenador nos avisó que lo había conseguido. Nos expuso las partículas en un pequeño diagrama, divididas por grupos similares y quedamos alucinados con la pauta de su naturaleza. De antiguas a más jóvenes, las partículas se reunían en formas y colores: las más antiguas eran pequeñas y rojas, después marrones, prácticamente del mismo tamaño, las siguientes algo más grandes y marrones, y luego más grandes aún y de colores mezclados que variaban entre marrones y azules, la serie continuaba con azules con una mancha marrón, más tarde igual, solo que la mancha esta vez era marrón y verde y se iba partiendo en trozos más pequeños, al tiempo que las partículas crecían de tamaño. Ninguno de mis compañeros asoció aquello con algún conocimiento, pero yo sí, y todavía me acuerdo la manera en que me eché las manos a la cabeza. Era increíble. Aún me lo parece y se me erizan los vellos.

Thomas Aldrig hizo una pausa como queriendo revivir aquel momento, lo que aumentó la incertidumbre y la curiosidad de los que le oían.

—¿Qué vio usted, señor Aldrig? —inquirió Joe Rambis.

—Algo difícil de creer, señor Rambis. Pero déjeme relatarle la manera de consumir mi sospecha. Aumentamos las partículas nuevamente para que se vieran a tamaño de un balón de baloncesto, y entonces lo vimos claro.

—¿Qué era?

—La Tierra. —Aldrig se quedó mirando a los absortos allí reunidos.

—¿La Tierra? —preguntó Rambis.

—Sí, la Tierra. La Tierra condensada en una partícula cargada con toda su información cada cuatro segundos desde su creación. La vimos en llamas, desierta, azul de agua. Vimos el Pangea ocupando todo el planeta, la separación de este en diferentes continentes,

pero no azuzada por la deriva continental como estipuló Wegener, sino por la obligación de una Tierra que crecía de tamaño de la misma forma que lo haría un globo al inflarse. Allí vimos claramente lo que un día debió de ser la Atlántida con sus anillos concéntricos, el Coloso de Rodas, los Jardines Colgantes de Babilonia, ante los que el edificio Paz solo es un garabato; la Torre de Babel, luces que iluminaban la noche de civilizaciones muy avanzadas, anteriores al deshielo, el caos de las cinco grandes extinciones. Todo eso está allí, en el polo magnético de la Tierra.

—No sé si creerle, señor Aldrig —adujo el señor Hughes, boquiabierto.

—Pues créanme, pronto lo verán, ya que este año hemos conseguido imitar la radiación y la luz de la aurora austral en un artilugio que mantiene las variables y todas las condiciones multidimensionales adecuadas. Tenemos aquí varias de esas partículas.

—¿Tenemos? ¿Y qué haremos con ellas, señor Aldrig? —demandó nuevamente el señor Hughes.

—Las activaremos.

—¿Activarlas? ¿Para qué?

—Para viajar en el tiempo.

Hubo un silencio prolongado y pesado en el que se abrieron muecas de desaprobación e intentos desesperados por controlar alguna que otra carcajada. Finalmente, la seriedad de Aldrig impuso cordura.

—¿Viajar en el tiempo?

—Sí, señores, eso es lo que haremos.

—¿Cómo?

—De la única forma que conocemos: recreando ese momento, dando curso a ese espacio-tiempo.

—¿Es posible? —dijo Hughes con la cara desencajada por lo que oía.

—Sí, esas partículas son meras grabaciones de un espacio-tiempo, una puerta que nos permite acceder dentro de nuestro universo a un momento-lugar concreto. También descubrí algo más sorprendente aún.

—¿Qué, señor Aldrig? —preguntó Ralf Lozano visiblemente emocionado, como el resto de sus compañeros.

—Algo que rompió todos mis esquemas, pues el ordenador del microscopio mostró diez parejas de partículas exactamente iguales entre sí, como dos gotas de agua. A partir de esos momentos espacio-temporales repetidos, no se apreciaba ninguna partícula más con idéntica anomalía, pero sí había muchísimas con el mismo patrón de antigüedad hasta llegar a una época concreta.

—¿Qué quieres decir, Thomas? —inquirió David Denia, visiblemente perdido.

—La única respuesta que concibo, aunque no sea muy científica, emana de «algo superior», omnipotente.

—¡Dígala ya, por Dios! —exclamó el señor Smith impaciente, poseído por la curiosidad.

—Es... es como si en ese tiempo algo inconcebible hubiese sucedido, y alguien, viendo que todo se le escapaba de las manos, hubiese activado un momento espacio-tiempo ya pasado. ¿Entiende?

—Sí, Thomas, entiendo. ¿Pero por qué?

—No lo sé. La última vez que ocurrió ese fenómeno fue en el año 1492. En esa fecha, alguien tomó la decisión de parar los acontecimientos del universo de ese presente para activar la recreación de una partícula espacio-tiempo ya pasada, Ocurrida durante el año 1486.

—¿Me está diciendo que somos un maldito programa de ordenador?

—Eso no lo sé, señor Rambis, lo que le digo es que si cree en Dios, puede que esté en lo cierto. Hay alguien por encima de nosotros. Aparte de eso, hubo una cosa que me sorprendió más aún. Acaeció o no acaeció, no sabría precisar, pero fue ahí mismo, a la vuelta de la esquina, si a tiempo nos referimos. En el año 2026 encontramos una bifurcación temporal sellada, igual a las anteriores que habíamos encontrado a lo largo de la historia, pero desconozco si fue un rumbo de los acontecimientos que se anuló o si, por el contrario, concierne a una posibilidad que podría instaurarse si el camino que llevamos ahora mismo es sellado algún día para que

Dios, o lo que sea, nos lleve por ese otro destino, cuyo origen parte del año 2026.

—¡Es una locura! —sentenció el señor Rambis acariciándose la cabeza—. ¿Y cómo sabe que no seremos nosotros mismos los que cambiaremos el espacio-tiempo actual por otro, incluso por ese mismo que se sugiere en el año 2026!?

—Eso es imposible porque lo controlaremos.

—¿Cómo?

—Activando ese espacio-tiempo dentro de una barrera de idéntica naturaleza a la existente en el polo magnético de la Tierra. Esa es la razón por la que estas partículas están sometidas al eje magnético del Polo Sur. Si no fuera así, y una de ellas saliera de ese control, liberaría la información de su espacio-tiempo y mandaría el presente al polo magnético de la Tierra condensado en otra partícula.

—¿Y dónde hallará usted ese campo magnético, señor Aldrig?

—Si ha hecho bien su trabajo, señor Rambis, en él. En su máquina con aspecto de piedra. Esa máquina, alimentada por la energía que hemos sido capaces de condensar en las pequeñas esferas nucleares, nos permitirá controlar la activación de un pasado sin sustituir el espacio-tiempo en el que nos encontramos.

—¿Cree que funcionará?

—Eso es lo que dice la teoría, Joe. Si esta no falla, ese espacio-tiempo se desatará dentro de esa máquina que usted ha construido con mis instrucciones. La teoría también dice que podemos ubicar esa máquina en el punto físico que queramos dentro de ese espacio-tiempo. Y ahora, señores, no más preguntas, pues tenemos por delante dos meses de arduo trabajo.

—Una última cosa, señor Aldrig.

—Dígame, German.

—¿Podemos cambiar la historia?

—Sí, de tal forma que si yo dejara un reloj escondido en una caja en el año 1300 y usted encontrara esa caja ahora, tendría un reloj con ochocientos años de antigüedad.

Nadie de los presentes pudo guardar en su interior los listados de preguntas que se hacían, sin embargo, solo el señor Rambis preguntó:

—Quisiera saber qué época visitaremos y qué haremos allí.

—Se lo diré, señor Rambis. Alguien irá al año 1482 a buscar una reliquia muy importante que pertenecía a la familia del señor Denia, nuestro jefe. Solamente ha de descubrir el lugar exacto donde fue enterrada, para rescatarla cuando vuelva a la actualidad.

—¿Tan importante es esa reliquia?

—Para él sí —aclaró Aldrig señalando al viejo encorvado—. Tanto como para mí obtener la certeza de que Dios existe. Así que, si tenemos éxito, ustedes se embolsarán varios millones de consorcréditos sobre lo ya estipulado, yo sabré que Dios existe y el señor Denia tendrá lo que tanto desea. Después destruiremos la máquina y toda la información relacionada con el proyecto.

—¿Y si no lo logramos? —preguntó el señor Hughes.

—Una piedra en el pasado es una piedra —contestó fríamente Aldrig—. Alguien sin descendencia morirá en tiempos pretéritos, ustedes ganarán menos dinero y el señor Denia fracasará en su intento por obtener esa antigüedad. Si llega a darse esa situación, igualmente se destruirán todas las pruebas. Nunca, oigan bien, nunca, bajo ningún concepto, se intentará un rescate en caso de que algo fallara. Solo podrá enviarse a ese tiempo, en unos pequeños dispositivos que logramos desarrollar, la partícula de la fecha a la que se ha de volver cuando estas estén creadas, claro está. Hemos de mandarlas desde el punto donde se halle en ese momento el polo magnético de la Tierra, pues solo disponemos de tres segundos. Uno para obtenerla con el artilugio que hemos construido, el cual está programado para recoger la última partícula creada en el polo magnético y enviarla a la máquina instantáneamente; otro segundo servirá para que esa partícula llegue a la nave con forma de piedra instalada en el pasado, donde solo se activará si el viajero está presente y tiene la máquina preparada. Si no fuese así, la partícula se conservará sin activarse. El tercer segundo es para que el viajero regrese antes de que se genere una nueva partícula en el presente, evitando así que vuelva a un espacio-tiempo desfasado cuatro segundos con el que corresponde. Solo hay tres fechas fijadas para volver. Si en estas el viajero no logra el éxito, olvidaremos todo este asunto y lo

relacionado con el proyecto. El artilugio que recogerá la última partícula creada está programado para que la envíe a una fecha concreta que daré a conocer a continuación. La primera captura de partícula será en abril del próximo año, y se recibirá en el pasado con fecha de abril de 1484. Si esa partícula no basta, mandaremos la siguiente en abril de 2075, y su destino será a abril de 1485; y si con ese nuevo intento tampoco alcanzamos el objetivo marcado, lo abordaremos una última vez, que será en la Navidad de 2076. En esa ocasión, el dispositivo la enviará a esas mismas fechas de 1486.

»Intentaremos que el piloto y viajero logre estar en la máquina con la información necesaria cuanto antes. Si no lo consigue, no podrá utilizar las partículas allí conservadas y se quedará en el pasado. Creo que es preferible eso a saber que vive en un espacio-tiempo distinto al suyo. Y ahora, señores, una cosa más: sepan que la ubicación física de nuestro objetivo en el pasado es una zona delimitada dentro del antiguo reino nazarí de Granada. El destino, nuestro destino, es uno de los últimos reductos de la mágica Al-Ándalus. Por último, os pido que trabajéis con entusiasmo, pues estamos creando historia.

Poco después, tras algunas preguntas y respuestas, los científicos conocieron los sótanos del edificio Marchat, donde se encontraban bajo máxima seguridad los más modernos y equipados laboratorios del mundo, fuera del sector asiático y de la Patagonia. Esa tarde, todos se relajaron, comieron bien y también bebieron sin control, pues a partir del siguiente día todo sería duro trabajo.

El señor Denia se encontraba exultante de felicidad, pues el logro que habían alcanzado sus hombres en la tarde del día anterior no era para menos. German Diux y Mikel Berry volvían a esas horas en avión privado desde el Polo Sur, donde el día anterior habían llevado a cabo un experimento conjuntamente con los laboratorios de New York. En dicho experimento, un modelo reducido de la máquina cuyo ocupante aún desconocían todos, llevó a un pequeño

perrito desde Nueva York hasta el año 1482 y, desde el Polo Sur, los dos físicos del proyecto lo rescataron utilizando el artilugio diseñado para obtener la última partícula espacio-temporal creada, y lo trajeron nuevamente a los sótanos del edificio Marchat en el presente. El logro de la misión era total por dos razones: la primera de ellas porque consiguieron imágenes exitosas del interior de la cueva elegida, lo que serviría para posicionar la máquina en el pasado con sus dimensiones definitivas; la segunda era que el perrito estaba bien físicamente, pues el único problema que traía consigo era de pérdida de memoria. Estos resultados clínicos extraídos del cánido estaban dentro de los supuestos aceptables que arrojaban los informes desarrollados por el señor Aldrig y el médico de la misión, el doctor Ralf Lozano, según los test de Zirone.

Uno de los motivos que llevó al señor Aldrig a contratar los servicios de Ralf Lozano era la condición de eminencia médica que ostentaba en cuanto a conocimientos del cerebro y la memoria humana. Algunos años atrás, el señor Lozano descubrió la forma de volcar la información del cerebro humano en un dispositivo artificial, crear la amnesia en ese cerebro y volver a instalar esa información desde el dispositivo. Pero la intromisión del ejército en su trabajo para utilizarlo con fines militares hizo que abandonara. En la actualidad, sin embargo, lo había retomado y en ello estaba desde que supieron de sus necesidades para el proyecto.

Durante los dos meses anteriores, el ajeteo en los sótanos fue inmenso, pero lo primordial para la misión conjunta fue que todos los componentes trabaron una profunda amistad, lo que redundó de manera nítida en la consecución de los objetivos en esa fase del proyecto. El señor Hughes había terminado el traje sin disponer siquiera del sujeto que lo vestiría, aunque daba igual, dado que cualquiera hubiese podido llevarlo porque este se autorregulaba al tamaño dentro de ciertos límites. Rambis, por su parte, se apoyó en la inestimable ayuda de los físicos Diux y Berry para terminar de acoplar la máquina y las células energéticas que la harían funcionar, pero esto no les causó el mínimo problema. Sin embargo, no todo fue un camino de rosas en lo concerniente a la nave, pues la antigravedad que separaría la cápsula interior, donde viajaría el

navegante, y la parte exterior, también con aspecto de roca, no funcionó hasta que se resolvieron multitud de problemas. Otro subgrupo que trabajó fue el formado por los señores Smith y Ribers, que, con la inestimable ayuda de Aldrig y el señor Lozano, terminaron el casco, que probablemente fue el proyecto más dificultoso de realizar, pues debieron instalarle un minúsculo y potente ordenador capaz de gobernar toda la misión durante el tiempo en que esta quedaba sumida en la anarquía. Esto ocurriría justamente después de activar la partícula espacio-tiempo, pues una vez hecho esto, el piloto sufriría, ya en el pasado, una pérdida de memoria que le haría fracasar irremediablemente de no contar con la ayuda del casco. La función de este era sumamente importante, y consistía en ejecutar de modo automático, una vez que el navegante estuviese en el pasado, dos funciones de vital importancia para la misión. Una era de cargar en el cerebro su propia memoria, que previamente a la implantación del nuevo espacio-tiempo, se había grabado en el mismo casco; la otra era inyectar en el cerebro las células *microbiogenetractológicas*, programadas por el señor Ribers para las necesidades del lenguaje en el pasado.

Un viejo reloj de pared señaló las diez de la noche en el preciso instante que los dos físicos procedentes del Polo Sur entraban en los sótanos del edificio Marchat. El alto y encorvado hombre los felicitó y los invitó a sentarse antes de que hablara.

—Mañana, amigos míos, haremos historia. Mañana emprendemos un viaje que nos hará ganar algo deseado. Yo... Ya sabéis todos lo que yo deseo... Vosotros seréis ricos y Thomas tendrá la certeza de si existe o no lo divino. Diversos son los motivos que nos empuja a esto, sin embargo, todos queremos lo mismo: triunfar. Triunfar en lo emprendido, señores, esa puede ser la verdad, la finalidad que resume al hombre, pues el hombre es vanidoso por naturaleza. Aprovechemos pues esa vanidad y brindemos por el triunfo.

Todos los científicos alzaron su copa por la causa, por concretar la hazaña y por el nuevo día. Después, David Denia instó a todos para que descansaran bien, porque por la mañana un hombre del año 2073 caminaría por el mismo suelo que muchos siglos atrás pisaron Fernando el Católico y Al Zagal.

Estaban todos saliendo hacia sus habitaciones cuando David se introdujo en una sala cerrada y encontró a Thomas Aldrig, que no había estado presente pero había seguido la reunión a través de una pantalla.

—¿Nervioso, jefe?

—Mucho, Thomas, ya sabes lo que nos jugamos con esto. Son muchas vidas las que hay en juego, pero sobre todo es el mismo sistema el que puede acabar hecho añicos.

—Lo sé, David. Intentaremos hacerlo lo mejor que podamos. Relájese. Son solamente cuatro meses los que tiene que esperar.

—Estoy bien, pero te envidio. Si fuese joven...

—Lo sé. Pero ya está haciendo demasiado. Si todo esto sale bien, el mundo le deberá mucho. Por cierto, ¿cómo están las cosas en Tierra Santa?

—Igual, ya sabes. Necesitamos tener éxito cuanto antes para arreglar la situación. Solo así cortaremos los oscuros hilos que se tejen en las sombras.

—Lo conseguiremos. —Aldrig miró sonriendo al suelo y, tras unos segundos de mutismo, continuó—. ¿Sabe qué es esto?

—¿Un diario?

—Sí. De la mitad hasta el final está todo lo que hemos hecho estos últimos meses. En la primera parte anotaremos todo lo que ocurra. Se quedará en la máquina, a la que el piloto volverá con cierta asiduidad para escribir —agregó riendo con cierta amargura—. Así, si tiene razón el señor Lozano y tras el regreso transcurren varios días sin que recuperemos la memoria, usted sabrá de antemano lo ocurrido durante todo ese tiempo. Después lo destruiremos.

—Es lo único que me preocupa de la misión, lo de la memoria. Es el único nubarrón —afirmó David.

—Es inevitable, un riesgo que debemos correr —aclaró Aldrig.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar para que esa memoria se restablezca?

—Ralf supone que días, en el peor de los casos, semanas. Todo depende del cerebro y del individuo, pero asegura que lo conseguiremos. Lástima que no dispongamos de más tiempo para perfeccionar la programación de la memoria. En fin, mañana será otro día.

—Sí, mañana será otro día, Thomas. Que duermas bien.

Tomás Aldrig se dirigió hacia su habitación. Se puso el traje de dormir, se aseó los dientes, apagó la luz y se acostó. Cierta tiempo después, antes de la medianoche, encendió la luz, cogió su diario y escribió:

Solo para David Denia, para que la estrella y la media luna vuelvan a brillar juntas.

T.A.

Después pasó la hoja, y volvió a escribir:

New York 12-12-2073. Anterior a V.

Al fin mañana cabalgaremos sobre las agujas.

Eran las seis de la mañana cuando en la cafetería particular de los componentes del proyecto, un camarero indio empezó a servir el desayuno: café, zumo de naranja y mandarina y huevos con beicon frito. Entre los señalados, había quienes no podían evitar una mueca de felicidad, igual que los niños que sabiendo lo que encontrarán dentro del regalo, esperan impaciente la hora de abrirlo. A pesar de esos casos, la solemnidad presidía el ambiente.

Media hora más tarde, todos abandonaron la cafetería en callada tensión, algunos respirando hondo y exigiéndose autocontrol, para no dar rienda suelta a sus emociones y empezar a brincar por el estado de nerviosismo y euforia. Finalmente, el grupo llegó al cuarto sótano, donde se hallaban los enormes laboratorios. Aparentemente, allí reinaba el caos, pues solo se veían mangueras

de cables, tubos y radiadores por aquí y por allá, dispositivos de ultimísima tecnología, ordenadores convencionales, cuánticos y de cuerda, y todo ello unido a un embrión central: una enorme piedra de color pardo. La persona que ensambló todo aquel galimatías tecnológico permanecía, como siempre, detrás del enorme ventanal que había al fondo de la estancia. El hombre rechoncho, de cara inocente y barba poblada y desordenada que manejaba los tableros, ordenadores y controladores, nunca los había visto ni llegado a tener contacto con los científicos, pues el ventanal solo dejaba observar desde el lado de los hombres que comandaba Aldrig. Siempre lo mantuvieron aislado de cuanto se guisaba allí dentro. No obstante, los científicos a veces hablaban de él y hacían bromas sobre sus aficiones y su estampa, y apuestas sobre la camiseta o sudadera que llevaría puesta cada día, las cuales diseñaba él mismo. Era un espécimen raro, un *frikiman*, un hombre anclado en algunas aficiones y gustos del pasado que se pasaba los días leyendo cómics vetustos y amarillentos, a veces de más de cien años, y que diariamente arrancaba carcajadas en los hombres de Aldrig cuando escuchaban el tipo de música que oía. Ese día, en vez de reírse del significado de la sudadera negra, se quedaron perplejos, entre la duda y el desconcierto. Normalmente, los mensajes de sus camisetas eran letras o dibujos multicolores en los que aparecían Strange, Capitán Palestina, Spiderman, Hosco y Cisco, un tal Skywalker u otros cien nombres desconocidos, pero ese día lucía una sudadera negra en la cual había serigrafiado con tinta blanca una gráfica con vectores y resultantes que terminaba creando un rombo asimétrico, desconectado en un vértice sobre el que podía leerse: «Jamás violes el principio».

Aunque nunca habían departido con él, sabían que su nombre era Horacio, que había nacido en Nueva Israel, de padre uruguayo y madre argentina, y que era un caso extraño, de esos cercanos al cero y pico por ciento, cuyo cuerpo rechazó el ensamble neuronal a los nueve años. Por tanto, se había quedado aislado del mundo, convirtiéndose en un inadaptado cultural y, por consiguiente, en un analfabeto, aunque existía también un número nada despreciable de expertos que contradecían esos postulados y defendían incluso que

podían llegar a ser más inteligentes e ilustrados. Esa última conclusión fue una de las razones por la que Denia había requerido sus servicios, en concreto por la inteligencia que poseía. Por eso, y porque sus pensamientos no eran compartidos con nadie. Tenía otra cualidad extraña en esos tiempos: la de manejar a su antojo los antiguos idiomas de programación informática, opacos a todo barrido de inspección de la red neuronal. Una rareza al fin y al cabo.

Finalmente, los científicos abandonaron sus cavilaciones y se colocaron en sus puestos predeterminados, en espera de que todo estuviese listo para iniciar el viaje más largo y complejo en la historia de la humanidad. Tras unos minutos de tensión, de una habitación contigua aparecieron dos personas. Una era el señor Hughes; la otra, para sorpresa de todos, era el señor Aldrig vestido con el traje de Nephila Clavipes. Al llegar al centro del laboratorio, todos los hombres abandonaron sus puestos y se acercaron hasta él para abrazarlo y alabarlo por su valor. Casi todo el último mes, para extrañeza del grupo, había permanecido ausente, aunque sin dejar de supervisar cada detalle desde la distancia. Se le veía raro, con una barba tan rubia como el pelo, más largo de lo acostumbrado. Unos iban simplemente a estrecharle la mano y a desearle suerte. Otros en cambio, tenían aún cosas que hacer. El primero en acercarse fue German Diux.

—Suerte, Thomas.

—Gracias, German.

Diux le dio un collar de perlas engastadas y después le dijo:

—Toma, cuélgatelas del cuello y cuídalas bien, son tu billete de regreso. Con tres bastarían, pero hemos decidido poner algunas más por cualquier contratiempo. Ya sabes que la máquina tiene una más para su funcionamiento básico. Así que no te preocupes por el estado de las células inyectables durante el viaje de regreso, el casco las tendrá en buen estado de conservación incluso mil años con la ayuda de esas perlas nucleares.

—Deséame suerte —suplicó Aldrig consciente de que no lograba ocultar el nerviosismo.

—Sí, sabes que sí. Una cosa más, Aldrig —dijo Walter Hughes.

—Dime, Hughes.

—Recuerda que el traje solo te protegerá de los impactos, pues al final no se le ha instalado la célula energética que posibilitaría el mimetismo. No era aconsejable.

—Lo sé, pero gracias por recordármelo. Espero no echar en falta esa posibilidad.

Finalmente, el señor Ribers y el señor Lozano se acercaron a estrecharle la mano. Este último le pidió que se tumbase en la camilla para que le insertasen los argumentos raciales necesarios para pasar lo más desapercibido posible en la época y el lugar donde medraría por algún tiempo. Un dron médico voló hasta él y se acopló a las barras laterales de la camilla. Primero recorrió a Aldrig a lo largo, mapeando la totalidad de su cuerpo. Después hizo un cero para moverse con seguridad por las coordenadas vitales, y por último se posicionó sobre su cabeza. Dos placas laterales le sujetaron el rostro de manera tal que le fue imposible moverlo. El dron le sugirió que cerrara los ojos, pues le resultaría más cómodo un inyectable a través de los párpados que mantenerlos abiertos mientras una aguja horadaba sus cuencas oculares. Aldrig siguió el consejo sin pensárselo dos veces y cerró sus intensos ojos azules. Una vez consumada la operación, los abrió mostrando unos ojos oscuros como la noche. Hubo otra inyección dirigida a la zona nerviosa donde reinaban los ejecutores de melanina, y tanto el vello facial como la cabellera crecieron varios centímetros al tiempo que se ennegrecían dándole una imagen totalmente opuesta a la suya. Sus manos tampoco eran las de antes. Una de las muchas cosas que había hecho la última semana fue transformarse en obrero de la construcción, trabajando a horas intempestivas y en condiciones de un frío horrible, manejando materiales sumamente irritantes para sus manos, que terminaron agrietadas y ásperas. El señor Lozano aplicó un ungüento alrededor de ellas y así terminaron por parecer las de un jornalero.

—Estas son las manos que necesitas para la época que vas a visitar y no esas otras de porcelana que tenías —bromeó el doctor al tiempo que le entregaba el casco—. Sabes que no debes preocuparte por nada, Thomas, sus programas no te fallarán. Está

cargado con una perla energética y tiene células inyectables como para realizar treinta viajes.

Desde lejos, Rambis lo saludó mientras verificaba los monitores conectados a la nave. Le dijo que tuviera fe en esa piedra.

Por último, se le acercó David Denia. Tal vez el viejo hombre encorvado fuera el más feliz y preocupado de todos, pues ahora nada dependía de él.

—Buen viaje, Thomas.

—Gracias, David. —El viejo lo miró desde la misma altura a pesar de su encorvamiento, y tras una amplia sonrisa, agregó con solemnidad:

—Para que la estrella y la media luna vuelvan a brillar juntas.

—Para que brillen juntas nuevamente —contestó Thomas.

—Una última cosa, Thomas.

—¿Si?

—Te hemos hecho un regalo. Hay en la máquina otra partícula espacio-tiempo desactivada, corresponde a abril de 1486. Si terminas pronto tu trabajo, no esperes, utiliza esa partícula y ve hasta abril del 1486. Así volverás antes a casa.

—Gran sorpresa, desde luego. Gracias. Gracias a todos —dijo Aldrig en voz alta, con lágrimas en los ojos, para que todos pudiesen oírlo.

Con un movimiento de su mano levantada, Aldrig se despidió de los hombres que en tan solo dos meses de duro e intenso trabajo se habían convertido en más que buenos compañeros. Sin más dilación, se giró y fue entonces cuando su cara golpeó contra una manguera de cables y una brida metálica mal cortada le abrió una brecha de considerables proporciones que arrojó sangre por todos sitios. Ralf Lozano corrió hasta él, le pulverizó un coagulante y le puso una película de piel de farwa para aislar la herida de cualquier infección.

—No tenemos tiempo para cirugías, así que el próximo año te verás con esa horrible cicatriz —admitió el doctor—. Puede que te cierre puertas, pero también que te facilite otras cosas.

Aldrig limpió el traje con una toalla húmeda, aun siendo consciente de que la sangre se desprendería en cuanto se secara. Después de

eso, avanzó, cogió una de las perlas de la cadena que colgaba de su cuello, y observando la enorme roca que se alzaba frente a él, la introdujo en un pequeño agujero. Un leve ruido acompañó la apertura de la puerta antes invisible. Aldrig entró y vio la cápsula interior pegada al suelo. También tenía aspecto de piedra, solo que mucho más pequeña, pero al tocarla, perdía su forma y volumen. Era la que lo llevaría al pasado. La abrió por un lateral y se introdujo en ella.

El espacio era muy reducido, pero cómodo para una persona, incluso se atrevería a decir que para dos. El miedo que en ese momento sentía le hizo concebir la compañía de un perro. Desterrando los sentimientos funestos, pero también agradables, que invadían su corazón, puso gesto serio y empezó su trabajo.

Pulsó una letra en el panel digital y la puerta de la cápsula se cerró. Otra pulsación cerró la exterior, dejando la nave con la apariencia de una simple roca. Accionó un interruptor y las voces de los que estaban en el laboratorio se oyeron nítidamente. Después habló:

—Aquí el primer viajero.

Tras la frase, una algarabía de voces y gritos de alegría se oyeron en la cápsula interior de la nave a través de un altavoz. Pasados esos segundos de jolgorios, se escuchó la sobria voz de Denia.

—Aquí 2073.

—Aquí el primer viajero. Tengo la nave cargada y ambas puertas cerradas —dijo Aldrig.

—Aquí Rambis, primer viajero. Tomo el mando de la operación en el exterior.

—Entendido, Rambis. Cuando quieras.

—Suelta vapor —ordenó la voz de Rambis a través del altavoz.

Aldrig pulsó un interruptor de la consola y un vapor inundó el habitáculo, esterilizándolo.

—Hecho —contestó Aldrig.

—Conecta el casco.

—Casco conectado —transmitió Aldrig.

—Inyecta base de farwa.

—Adelante. —Aldrig accionó la consola y el casco hizo la primera operación, que consistía en inyectarle una base de farwa para eliminar de su cuerpo todas las bacterias y gérmenes que pudiese trasladar a otra época. Al mismo tiempo, este medicamento lo inmunizaba contra todo lo que hubiera en el sitio de destino—. Listo.

—Conecta la automatización del casco.

—Conectada —sentenció Aldrig.

—Activa la perla cargada.

—A la de tres —anunció Aldrig—: uno, dos, tres.

Se oyó un ligero zumbido y se activó la barrera magnética que discurría dentro de la cápsula exterior de la nave con forma de piedra, excluyendo así al mundo de todo lo que pasaba en el interior de aquella enorme roca.

«Ahora estoy solo. Nadie me escucha, nadie me ayuda», se dijo Thomas Aldrig.

El casco volvió a actuar, esta vez automáticamente. Primero registró toda la memoria de Thomas Aldrig y después la guardó. La cápsula de roca interior se elevó hasta el centro justo de su hermana mayor, quedándose completamente suspendida en el aire. Después, una pasarela minúscula salió de la cápsula interior mostrando un pequeño artilugio iluminado. Era un microordenador que recreaba, con la ayuda de las perlas atómicas, la temperatura, la luz de la aurora austral y el magnetismo del Polo Sur.

Se oyó una cuenta atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero. La luz que recreaba la aurora se apagó y el magnetismo que mantenía desactivada la partícula espacio-temporal se esfumó, liberando la correspondiente al año 1482. En el interior de la cápsula, Aldrig fue rodeado por una intensa luz blanca que lo cegó. Después, otra, paradójicamente negra, lo envolvió todo. En el centro de esa negrura divisó una fosforescencia maravillosa con forma de estrella de cinco puntas que giraba imitando el movimiento en espiral de las galaxias. En cada vértice de esa estrella había una figura, todas con el mismo rostro, pero vestidas de diferentes formas. Era un rostro bondadoso y risueño, magnificado por unos ojos que transmitían paz. De las cinco figuras, tres tenían barba. Las otras dos dejaban

entrever la simpleza de dos grandes hoyuelos que marcaban sus mejillas.

El semblante del de más arriba parecía distinto a los demás, casi no humano, de magnas proporciones, grotesco incluso dentro de la nobleza y elegancia que transmitía. Sobre su espalda portaba algo que le recordó al mítico caduceo. Sus vestimentas no eran más que pieles cosidas entre sí, y sus ojos, dos llamas verdes.

La segunda figura, a la izquierda de la primera, tenía un porte más humano, coronado por unas llamas que lo investían de magnificencia, y a pesar de portar también el caduceo, estaba preso. A Aldrig le vino a la mente el mito de Prometeo, sin saber bien la razón.

Otra fisonomía, posicionada sobre la tercera punta de la estrella, siguiendo por la izquierda, tenía la cabeza afeitada. Vestía de blanco lino con adornos de oro, y al fondo se divisaba la esfinge de Guiza, pero con cabeza de león.

La imagen que le seguía, la cuarta punta de la estrella en sentido contrario a las agujas del reloj, también tenía barba. Sus vestimentas eran blancas y sencillas, y su cabeza sufría el tormento de una bola de arbustos lacerantes. Si en ese momento alguien le hubiese preguntado a Thomas Aldrig por su parecido, sin dudarlo ni un momento hubiese dicho que bien podría haber tenido muchos nombres: Mithra, Zoroastro, Dioniso, Krishna y otros más.

Ya solo quedaba una última figura, la que completaba las cinco puntas, colocada a la derecha de la punta superior. Estaba totalmente vestida de negro, con ropa que bien podría ser la misma que Aldrig llevaba. A pesar de la tupida barba que ocultaba su faz, también se insinuaban aquellos hoyuelos que llenaban de humanidad el rostro sonriente. Sus ojos eran intensamente verdes. Lo acompañaban las llamas de Prometeo y algo muy parecido al caduceo.

La imagen de la estrella y las figuras que la rodeaban desaparecieron sumiendo el interior de la cápsula en una oscuridad absoluta. Aldrig se vio arrastrado al olvido. Sus ojos se cerraron y, en el preciso instante que las fuerzas lo abandonaban, perdió la conciencia. Unos segundos después, varios pitidos en la consola y

las luces que se encendían por toda la cápsula pusieron en marcha la automatización del casco. Este insertó la memoria en el cerebro de Aldrig. Posteriormente, anestesió varias partes e inyectó las células de *microbiogenetractología*.

Veinticuatro horas más tarde, Aldrig despertó entre sudores fríos y angustiosos temblores. Se arrancó el casco violentamente, abrió la puerta y salió a exterior. Le molestaba el cuello de su traje, por lo que tiró de él, pero nada consiguió. La puerta de la nave se cerró automáticamente y él se llevó las manos a la cabeza, que sentía a punto de estallar. Después cayó al suelo, bocabajo, y se durmió.

Los sueños fueron durmiéndose a la vez que la conciencia era rescatada de los dominios de Morfeo por un rítmico e incesante goteo. El hombre, tendido y camuflado en la casi total oscuridad, levantó la vista y miró a su alrededor mientras sus manos intentaban calmar el dolor de cabeza. Pasaron algunos segundos antes de que, ayudado por la tenue mancha de luz que entraba por un pequeño agujero, apreciara la claustrofóbica sala donde se encontraba. Se incorporó con torpeza, y alzando sus manos, tocó el bajo techo y notó la humedad de la roca que cubría toda la estancia formando una cúpula regular, cuya uniforme geometría rompía una estalactita. Se acercó a ella y descubrió la causa del sonido que lo hizo despertar. Dio una vuelta a la pequeña sala, que tendría un diámetro de unos nueve metros, comprobando con extrañeza que la humedad lo impregnaba todo, salvo una enorme piedra situada en el centro. Tendría unos dos metros de altura, y estaba separada del techo por unos escasos cuarenta centímetros. Vacilante, preguntándose por la leve sordera que enturbiaba sus oídos y el intenso cosquilleo en su garganta, avanzó hasta la verde claridad que entraba por un agujero situado a nivel del suelo. Al llegar allí, advirtió que se trataba de la luz del día que se filtraba a través de la tupida vegetación. Tras alternar repetidas veces su mirada entre el agujero y el entorno interior que acababa de examinar, se preguntó: «¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí?». Posteriormente, se

agachó y salió a través de las grandes palmas, con dificultad. Una vez fuera, se puso de pie y levantó la vista protegiéndose con su mano derecha del sol que hería sus ojos acostumbrados a la penumbra. Cuando estos se adaptaron a la luz del día, la inmensa belleza del desconocido paisaje hizo que se formulase otra pregunta: «¿Quién soy?».

Capítulo 9: Cártama 1486

Con el transcurso de la mañana, Ezequiel desplazó hasta tres metros su asiento, buscando la agradable calidez del sol invernal. Desde muy temprano se mantuvo apostado a la entrada de la cueva por miedo a que la descubrieran, y durante todo ese tiempo no fue capaz de dejar de leer el manuscrito, seleccionando desordenadamente diferentes fragmentos de las dos partes en que parecía dividirse el texto. En la primera de ellas, el autor en cuestión relataba una asombrosa aventura vivida en la Cártama nazarí, pero en la segunda todo parecía atender a un galimatías nacido del pensamiento de un nublado mental.

Ezequiel estaba confuso, muy confuso. Su imaginación le brindó varias hipótesis. En cualquier caso, las desestimó todas, salvo la que consideró más probable: que en todas las épocas han existido consumados bromistas. No obstante, el que llegó a maquinarse eso se llevaría la palma por su ingenio. Esa era la única respuesta que se daba: que algún gracioso, posiblemente el más gracioso de cuantos había pisado el planeta, hubiese dejado a su muerte la mayor broma de toda la historia. Pero luego también pensó que el mayor bromista de la historia, además tuvo que ser un buen adivino, pues si no, cómo se podía explicar que esa persona conociera el nombre de New York, una de las ciudades más importantes de la actualidad, y que en aquellos años ni existía.

El último varón de los Cabral decidió mantener en total secreto aquel descubrimiento. Por eso abandonó la irresistible lectura del diario y empezó a recoger piedras y a transportarlas hasta la

estrecha explanada que había creado la jornada anterior. El resto de la tarde, y hasta que la oscuridad lo abrazó todo, lo dedicó a esos menesteres. Siendo ya noche cerrada, mezcló el agua que se filtraba con abundante tierra para hacer barro. Luego, con la masa pastosa y las piedras circundantes construyó un túnel estrecho que fue apuntalando con rocas y palos desde la misma cueva hasta el final de la explanada. Tardó varias horas en llevar a cabo el trabajo, y una vez concluido, lo reforzó más aún con las piedras restantes, y arrojó sobre ellas grandes cantidades de tierra para dejar la pendiente igual que estaba antes de abordar la construcción del pozo. Continuó con su tarea hasta la llegada del alba. Al salir el sol, nadie hubiese sospechado que allí hubo una explanada. Finalmente, sembró varias palmas, algunas pencas de chumbos y otros arbustos que trasplantó en torno a la boca del túnel. Con eso consideró que el asunto era seguro y se marchó a descansar con el diario y las perlas negras bajo el brazo.

Tres días permaneció sin salir de su casa. Uno lo pasó durmiendo, y los otros en completa dedicación al diario, que únicamente abandonó a la hora de la comida y de sus entrenamientos cotidianos. A la mañana del cuarto día, unos golpes en la puerta lo arrancaron de la irrefrenable lectura, sintiéndose fastidiado por la interrupción y la presencia de un hombre decentemente vestido que acababa de llegar a lomos de una mula torda. Mantuvo una leve discusión con el mensajero uniformado del servicio postal, pero pronto comprendió que solo era un mandado que traía un encargo del banco.

Se vistió y acudió al pueblo con la intención de subsanar lo que consideraba un error.

El director del banco forzó una tenue sonrisa ante Ezequiel, sacando a relucir el brillo de dos dientes de oro, e invitó al joven para que lo siguiese hasta el despacho.

—Ha de haber algún malentendido —aseguró Ezequiel en la incomodidad de aquel asiento, después de conocer el alcance de la

noticia.

—Nada de eso, joven, lo papeles están muy claros. La firma de tu padre acredita el adeudo que se debe efectuar en favor de don Miguel de Guzmán, a cambio de los servicios prestados cuando este carecía de montante para contratar a un médico y los cuidados derivados de sus indicaciones. El monto corresponde a varios años en los que el señor De Guzmán corrió con los gastos médicos en un hospital. La suma asciende a doce mil pesetas.

—Insisto en que ha de haber algún error —aseveró el joven mucho más serio, mientras escrutaba los ojos del director—. Mi padre nunca estuvo en ningún hospital. A no ser que consideremos hospital a una prisión.

—Simplemente te pongo en conocimiento de lo que hay. Puedes leer tú mismo los documentos. Están firmados por el antiguo doctor, ya fallecido, por el párroco, por don Miguel, y también cuenta con mi firma. Estás contrariando a cuatro testigos de mucho peso en este pueblo. Somos gente alta.

—Y embustera —agregó Ezequiel al instante, en un tono nada habitual en él.

—Tu educación deja mucho que desear —deslizó circunspecto el director.

—Y lo mismo le ocurre a tu vergüenza —le espetó Ezequiel, metiéndose también definitivamente en la trinchera del tuteo.

El banquero miró directamente y con ademán agrio los ojos del enemigo de don Miguel, pero no pudo sostener el poder de aquella mirada. Le turbaba en exceso, le apocaba incluso, pues no estaba acostumbrado a amedrentar a sujetos con tanto aplomo y firmeza. Finalmente, lo asaltó cierto nerviosismo y bajó los inseguros ojos para enredarlos una vez más en los documentos.

—Esto que puedes leer aquí es cierto —prosiguió repitiéndose y titubeando—. Soy tan testigo como lo son el párroco y el mismo don Miguel. Deberías estar agradecido al señor De Guzmán. En un principio no quería cobrar esa deuda y dejarlo todo en un mero acto de caridad, pero advirtiéndome que posees tierras y que eres acaudalado, mientras él necesita afrontar varios pagos atrasados, no le queda otro remedio que actuar de esta manera.

Ezequiel ya no le respondía a nada, simplemente mantenía sus ojos pétreos en el rostro del banquero, que no dejaba de agregar argumentos nuevos, algunos sin sentido, incluso sobre los agujeros de don Miguel, mientras trataba de ordenar la mesa para mitigar la congoja que el joven le provocaba.

—¿Qué pasará si no pago? —terminó por preguntar Ezequiel sin desmontar su pose y su mirada.

—Que las autoridades se verían obligadas a embargar tus bienes y afrontar con ellos la deuda pendiente con don Miguel —le respondió el director amedrentado y vacilante.

Ezequiel bajó la vista y se fijó en los aleatorios dibujos blancos que decoraban las baldosas rosas del suelo. Después soltó una angustiada bocanada de aire, pues se sintió preso en una red de la que no podía escapar. Estaba atado de manos y pies, y sin salida aparente.

—No dispongo de ese dinero en este momento. Quiero alternativas —lo pidió de una forma que llevaba implícito el hecho de que debía haberlas.

—Si usted no tiene dinero —comenzó a explicar el director, abandonando todo tuteo, como si hubiese escapado definitivamente del atolladero donde creía haberse metido—, únicamente puede hacer dos cosas. La primera es vender lo que tiene y pagar; la otra es hipotecar sus bienes a cambio de ese importe y posponer el pago de esa cantidad más intereses para meses posteriores. Pero..., si cuando se alcance la fecha definitiva no ha logrado zanjar ese importe, cualquier persona podrá pagarlo y alzarse con sus bienes hipotecados.

—Comprendo —le espetó Ezequiel—. Todo es una trampa para que el cacique se quede con mis tierras. Y me imagino que el cura y tú partís a seis mil, ¿no?

—No sé de qué me habla —alegó el banquero presa del rubor, mostrando una tenue y falsa sonrisa.

—Yo sí, pero no le demos más vueltas al asunto. Prepara los papeles. Hipotecaré mis bienes. Y una cosa más. Dile a tu amo que jamás, jamás, conseguirá las tierras de mis antepasados. Y a ti solo te prometo una cosa: esta es la última treta que urdirás.

Esa misma noche, guarecido por la ausencia de luna, Ezequiel fue hasta el Olivo, que al igual que en su niñez, seguía ocultando algunos de sus mayores secretos durante sus ausencias, pues si había algo que sabía bien era que la Cañada del Diablo no era una caja fuerte.

El Olivo era peculiar, muy peculiar, tanto que desde niño recordaba a su padre dedicándole los más esmerados cuidados. Una vez Ezequiel preguntó a su padre el porqué de tanto celo con aquel viejo árbol, a lo que este le respondió: «De pequeño yo le hice la misma pregunta a tu abuelo, y su respuesta fue la misma que yo te daré a ti, es decir, que él también le preguntó lo mismo a mi abuelo... Así es, hijo mío, nadie lo sabe, pero de generación en generación mi familia brindó más ternura a este árbol que a otros. Quizá sea por su extraña forma, no lo sé, pero todos nuestros antepasados lo han mimado, y yo no soy quién para romper esa tradición».

El Olivo era un árbol imponente, uno de los más grandes de su especie en los valles cercanos, y sin duda uno de los más viejos. La peculiaridad que lo señalaba era el nudo formado en medio de su grueso tronco. Era como si un gigante hubiese bajado a la tierra y hubiera hecho esa traba en su tallo leñoso con la misma facilidad que uno puede hacerlo en una cuerda de pita.

Por la mañana, Ezequiel bajó hasta el pueblo portando el secreto que había sacado del árbol. Pasó por el banco para firmar los papeles y afrontar el pago a nombre de don Miguel, y después se dirigió a la iglesia. Cruzó la puerta de entrada y caminó hacia la derecha, buscando la sacristía, donde, como esperaba, encontró al cura. Este se hallaba distraído en distintas labores de orden, así que no reparó en Ezequiel, ni siquiera cuando este cerró la puerta y se sentó en una cómoda butaca a la espera de que advirtiese su presencia.

—¿¡Qué haces tú aquí!? —gritó del susto sin poder esconder el ridículo de su estremecimiento—. ¿¡A qué se debe la presencia en la casa del señor de un hombre que nunca escucha su palabra!?

—En eso tienes razón, señor párroco. A pesar de lo mucho que pregunto —le aclaró Ezequiel señalándose el corazón con su mano—, nunca hay respuestas, nunca a ninguna cuestión que formulo:

¿Dónde están mis padres? ¿Y mis hermanos? ¿Y mi padrino? ¿Y mis amigos? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? Y así podría estar hasta el final de los tiempos y no lograría una respuesta. ¿Y sabes por qué? No, no, no abras la boca, te contesto yo. Porque no existe respuesta si se pregunta afuera. La única que se puede obtener es si se pregunta al interior, a sí mismo. ¡Aquí! —exclamó señalándose el pecho—. Únicamente aquí es donde pueden obtenerse las respuestas. ¿Y sabes por qué? Pues, muy sencillo, porque afuera, si alguien te contesta, no es más que un usurpador que se atribuye funciones que no le corresponden, y se viste con galones que no ha ganado. El Arquitecto, el verdadero, ni siquiera tiene tiempo para fijarse en nosotros, y con esto no te digo que no le importemos. Así que, señor párroco, no necesito venir aquí a obtener respuestas, y mucho menos de alguien que puso su negocio en recitarlas de carretilla.

—Insolente —bramó el cura acentuando el fastidio en su rostro—. Vete ahora mismo de aquí o llamaré a las autoridades para que te encierren.

El joven ni se inmutó, lo que apremió al cura para que entrara en cierto nerviosismo y quisiera marcharse, pero Ezequiel lo agarró del alzacuello y con un movimiento violento lo sentó en la butaca que había ocupado él mismo.

—No te vas a ir tan pronto de aquí. Antes tendremos una conversación en la que te espero presto y solícito.

—No pienso perder un minuto contigo —sentenció el párroco.

—Sabes lo que es este documento firmado, ¿verdad? —inquirió Ezequiel obviando sus palabras.

—Sí, un papel del banco. Un adeudo, si no me equivoco.

—Exacto. Tienes que conocerlo, pues lleva tu firma.

—Sí —afirmó tras ojearlo—, lo recuerdo bien. Se firmó hace muchos años, cuando don Miguel corrió con los gastos médicos de tu padre.

—¿Seguro, señor párroco? —El cura miró con desprecio a aquel hombre que no parecía tenerle ningún respeto.

—Seguro.

—¿No será más bien una treta forjada por vosotros? —preguntó Ezequiel.

—No sé de qué hablas.

—Te hablo de que tengo la seguridad de que me han tendido una trampa.

—¿Llamas tramposo a un siervo del señor?

—Por supuesto, y otras muchas cosas más desagradables que no tengo ganas de pronunciar. Se las diría también al personaje que dirige el banco y al cacique. Sin embargo, descargo de tales adjetivos a don Adolfo, el antiguo médico, pues era incapaz de prestarse a una treta así. Es otro motivo más para no dudar de que este documento sea una farsa.

—¿Y tu padre? ¿Qué me dices de la firma de tu padre?

—Mi padre pudo ser obligado a ello por medio de la tortura, como a otras muchas cosas.

—Quiero dejar este asunto. Ni me interesa, ni me importa —gritó el cura levantándose de su sillón.

—¿Te importaría más acaso una carta amarilla y floreada que perdiste hace muchos años? —Al cura le cambió la faz—. Tu cara me dice que sí —apuntilló el joven.

Ezequiel sacó un papel de su chaqueta y lo puso delante de la cara del cura, que al instante bajó la mirada y rompió a llorar desconsoladamente.

—No temas, no la mostraré a nadie, de momento. Pero ahora dime lo que quiero escuchar. ¿Este documento es una trampa ideada por vosotros? —le preguntó poniendo ante sus ojos el comunicado del banco.

Entre sollozos y lamentos, el cura empezó a relatar la argucia tramada por don Miguel, a la que prestaron toda su ayuda él y el banquero. A cambio de esa ayuda que empujaba inexorablemente a Ezequiel a perder sus tierras, ambos se repartían el dinero a partes iguales. Después, varios meses más tarde, don Miguel intentaría alzarse con la hipoteca, si conseguía levantar la cabeza en sus propios asuntos. Por último, Ezequiel supo que la firma del médico fue falsificada por el banquero, y que la de su padre era verdadera, solo que obtenida a la fuerza sobre papeles en blanco.

—Estoy en un callejón sin salida —expuso consternado el párroco.

—No pasa nada, guardaré silencio si actúas como voy a indicarte. De momento, te pediré a cambio la parte de lo estafado que te corresponde. Lo necesito para ir pagando mientras el tiempo me ofrece otras soluciones. No diré tampoco nada del asunto que te concierne estrictamente a ti. Solo lo conoceremos tú y yo. ¿De acuerdo? —El cura asintió sollozando—. Ahora, *padre*, cuéntame con todo detalle qué es eso que trae de cabeza a don Miguel.

Durante horas, el cura le refirió todo lo que sabía de don Miguel y de su supuesta ruina económica. Para esa información había picado en varias fuentes: la del banquero, las provenientes de varias personas de contrastada altura y en la mejor de todas: el confesionario.

Llevaba varias horas cautivado por la lectura cuando apartó sus cansados ojos y los posó en la enorme roca que ocupaba el centro de la estancia. Entonces, por primera vez, se preguntó con seriedad si todo sería cierto. Se puso en pie de un salto, cogió el quinqué y examinó la piedra por todos lados. La tocó, pero no era más que una roca normal. Sin embargo, su presencia en aquella cueva le pareció irreal. «¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?», se dijo. Confundido y acuciado tal vez por la necesidad de dinero, y porque los hermanos Vargas y Kasey no se hallaban en Gibraltar, salió arrastrándose de la cueva y corrió por el arroyo en dirección a la cascada que el Chorraero hacía en sus tierras. Pasó a través de ella mojándose en el frío invierno, y vio el hueco grande que allí había. Tocó las paredes, los trozos de cañas y maderas viejas que las estaciones y las corrientes habían ido depositando, y las piedras ancladas en el barro, pero no encontró nada extraño. Finalmente se sentó sobre una roca húmeda y, mirando el diario, se preguntó nuevamente: «¿Será cierto?».

Ezequiel retornó a la cueva y, una vez allí, acercó la luz a la gran roca para examinarla una vez más con suma atención. Después de mucho investigar sin obtener resultados, se fijó en una mueca

diminuta que parecía dibujarse en la rugosidad, a la altura de su pecho. Era como un pequeño círculo, pero estaba obstruido. Mojó ese punto delicadamente con abundante agua, hasta que un agujero redondo se percibió con nitidez. Un rato después, logró dejarlo completamente limpio. El hallazgo lo dejó conmovido, lleno de estupor, pero a la vez dominado por una sensación irrefrenable de curiosidad y certeza. Con las manos temblorosas, sacó la cadena de perlas que había encontrado incrustada en la suela de la bota de Thomas Aldrig, y liberó una esfera de su eslabón, acercándola a la pequeña cavidad. Comprobó que tenían el mismo diámetro. Sin saber a ciencia cierta si temer más al triunfo o a la destrucción de un sueño, Ezequiel respiró hondo y despacio e introdujo la pequeña perla en el hueco. Oyó un leve clic. Al principio no pasó nada, pero tras algunos segundos, escuchó un ruido sordo, breve y molesto, parecido al del vacilante vuelo de una abeja. Tras este sonido, la piedra mostró una grieta en forma de puerta que luego desapareció a su izquierda como si nunca hubiese existido. Asombrado e inquieto, Ezequiel se pasó sus callosas manos por los cabellos. La misma fuerza que lo empujaba a entrar, parecía oponerse al deseo de hacerlo. Vaciló, pero tras unos interminables momentos de duda, su pierna derecha avanzó un paso, después dio otro con la izquierda, y el tercero lo introdujo definitivamente dentro de la piedra. El interior era más espacioso de lo que había imaginado desde fuera. Vio una silla de aspecto cómodo, que tocó con reparo, y giró sobre sí hasta quedar frente a unos paneles que no sabía describir. Junto a la silla, arrinconado en el suelo, había un casco grande y extraño. Ezequiel lo recogió con cuidado y lo puso sobre el asiento. En un lateral del habitáculo colgaba una especie de bolsa ocre y flexible que, por lo que había leído en el diario, supuso que sería para que el piloto se aislase, y que al hincharse adoptaría forma de roca. Si todo era cierto, estaría confeccionada con carbonfaradae para aislar al ocupante de posibles energías nocivas que pudiesen desatarse sin la cobertura exterior de la nave, que estaba en el edificio Marchat. Había ventanales de cristal verde distribuidos en el interior y, debajo de ellos, otros paneles más pequeños con letras y números en inglés y hebreo. Pulsó una

palabra que decía «Instrucciones», y uno de los ventanales cambió su verde por un interminable texto acompañado de imágenes que podían manipularse desplazando los dedos sobre ellas. Encima de ese cristal había otro en el que parpadeaba la frase «Célula energética cargada».

Mucho tiempo permaneció Ezequiel estudiando las posibilidades que ofrecía todo aquel material, hasta que por la noche decidió marcharse a su casa, recordando las palabras de su padrino: «Toda posibilidad existe, aunque el exponente de su probabilidad tienda a infinito».

Cuando salió de la piedra, aguardó un momento hasta que la puerta se cerró tal y como había leído en su interior. Desde ese momento, solo podría abrirse con ayuda del traje. Esa noche, en su casa, al calor del fuego que desprendía la chimenea, Ezequiel estudió toda la información encontrada en el interior de la piedra y la contrastó con la del diario. Al amanecer, con el sueño venciéndolo, preparó una mochila con comida y otras provisiones que estimó oportunas, así como algunos documentos de los que no quería separarse. Finalmente, cogió la katana que había heredado de Hiroshi.

A primera hora de la mañana se dirigió a la cueva con la mochila y la espada. Manipulando un cristal de la manga del traje que llevaba puesto, abrió nuevamente la puerta de la piedra, se acomodó en el sillón y emprendió las maniobras pertinentes siguiendo las instrucciones, primero las del libro y luego las de la propia nave, o lo que fuese. Acto seguido, obedeció la orden de que se pusiese el casco y lo enlazara activando un control. Ezequiel tuvo dudas de si aquello marchaba bien, pues en ningún momento se le pidió que conectase clavija o cable alguno, hasta que un recuadro verde en la mágica pantalla lo tranquilizó. Después se desinfectó a él mismo y a toda la cabina con esa extraña sustancia que liberó, y ya por fin se metió en la bolsa de carbonfaradae que lo ponía al principio del camino que lo llevaría al punto deseado, mientras una larga cuenta atrás se agotaba lentamente.

La máquina probó su propio aislamiento magnético, ya que aquí no contaba con el producido por la piedra exterior que se

encontraba en los sótanos del edificio Marchat. Estaba en orden, aunque los cálculos de sus ordenadores exigieron poner otra perla nuclear en la toma auxiliar para crear un campo de energía alrededor de la nave. Ezequiel hizo exactamente lo que indicó la máquina. Después, manipulando un mando desde el interior de la funda donde se encontraba, eligió una entre las posibles partículas espacio-temporales a activar. Se decidió por la de 1486, el tesoro estaría enterrado en esa época. El casco cumplió sin problemas con todas sus funciones. Tras eso, la bandeja liberó la partícula entre la cápsula de piedra y el campo magnético que la nave había creado alrededor de esta y, de repente, una luz blanca le cegó los ojos.

Karima estaba feliz y radiante, y prueba de ello era el ensimismamiento que dispensaba a la interpretación melodiosa de un bello jilguero posado en el alféizar de la ventana. Su casa ahora estaba en las afueras de la villa, entre el verdor de los viñedos que regalaba el cálido mes de abril, ya que tras la conquista de Cártama a manos de los cristianos, habían sido incautados los bienes de todos los habitantes que no demostraron su fe. La condición religiosa de Asiel le había permitido conservar la mayor parte de sus tierras, y en ellas, en una modesta aunque coqueta casa de campo situada en las viñas, vivían ahora su padre, David Toledo, y Karima.

En el último año, las cosas habían cambiado totalmente. La antigua libertad de culto y la convivencia habían dejado paso a una creciente oleada de fanatismo entre los nuevos colonos y los antiguos dueños de esas tierras, convertidos ahora en poco menos que esclavos. De esa manera, antiguos amigos en celebraciones y fiestas acabaron siendo enquistados enemigos en pos de la supervivencia, ya que la apisonadora de la injusticia, vestida de reconquista, había sembrado en ambas comunidades, la judía y la musulmana, la necesidad de sobrevivir a costa de la otra. Toda esta vorágine de acontecimientos había ensombrecido los corazones de tal manera, que solamente quedaban al margen de las rivalidades las capas más cultas de dichas comunidades.

Durante los últimos meses, la tristeza de esa opresión había llegado también a la viña de Royohondo, donde se hallaban confinados, por propia voluntad, el padre, el amigo y la casi hermana de Asiel Cabral. Desde el principio Asiel quiso que vivieran en su casa, y nunca solos en las afueras, sin más cobertura que la del azar. Sin embargo ellos, testarudos como rocas, no aceptaron sus ruegos para no crearles dificultades, pues en los tiempos que corrían, nadie vería con buenos ojos que tres judíos compartieran techo con una familia cristiana. Así y todo, la tristeza de los últimos tiempos había pasado a mejor vida, o al menos así lo reflejaba la cara risueña de Karima, que desde hacía un mes había recobrado la alegría.

Karima terminó de preparar el cesto con varias piezas de fruta, pan y queso, y luego dejó la casa con un sonoro beso en la mejilla de su padre.

—Está radiante, ¿no crees? —preguntó David a Meir, que comía unos pistachos.

—Sí, parece muy feliz, y de veras que me alegro —contestó su amigo.

—Él también parece corresponderle; sin embargo, no se ha dirigido a mí con esos propósitos.

—Se ve buen hombre, sin duda que lo hará, David —dijo Meir tranquilizándole.

Karima se marchó en dirección al arroyo, donde Hoyuelos estaba trabajando en la preparación del huerto para el verano. A ella le encantaba verlo de aquella manera, pues más que trabajar parecía que se comunicaba con las plantas, tratándolas como a un igual. Al llegar junto a él, le sonrió, dejó la cesta en el suelo y le pidió que la acompañara.

Hoyuelos dejó la azada y, perplejo como siempre por la fascinación que sentía por aquella mujer, se sentó a su lado. Hoyuelos era sin duda la causa del cambio de la decaída actitud que arrastraba Karima desde la aparición de los cristianos y sus estrictas leyes. Apareció por Royohondo un mes atrás, cuando la misma Karima lo encontró tumbado e inconsciente en el arroyo. Tras reponerse del susto inicial, la joven llamó a su padre y a Meir, que lo llevaron hasta

la casa, donde durmió entre fiebres y pesadillas más de dos días seguidos. Cuando despertó, la amnesia y la confusión hicieron acto de presencia, pues el joven no recordaba nada de su pasado, ni nombre, ni lugar de origen, ni ningún otro dato. Eso y el traje que llevaba puesto les recordó a Salvación. A pesar de ese lunar en la memoria, o precisamente por eso mismo y algunos otros factores, como el exagerado parecido con el hijo de Meir, todos ayudaron al joven indefenso y lo acogieron en el seno familiar, dándole trabajo y un firme para su existencia. Aunque desde su restablecimiento Karima quiso que viviera con ellos en casa, tanto su padre como Meir le hicieron ver que era algo descabellado, más que nada por lo que pudiesen pensar los demás y por las habladurías, así que acondicionaron una pequeña habitación en la parte superior del granero, junto a las cuadras, donde Hoyuelos dormía y pasaba parte de sus ratos de sosiego.

Karima le puso nombre al joven, y fue la cara de este la que hizo que la búsqueda resultara sencilla. Desde entonces, Hoyuelos trabajaba con solvencia en todas las labores que fueran precisas, y empezaba a ser verdaderamente apreciado por todos.

El día del despertar del joven, Asiel, presente en la casa, se acordó de Salvación y le preguntó por la procedencia del traje que llevaba puesto, pero Hoyuelos no supo ofrecerle respuesta. Más tarde, Meir, Asiel y David comentaron la similitud de las apariciones del joven y de Salvación en el mismo lugar. Luego Asiel, como cabeza de familia, le facilitó todo su apoyo sin estar seguro de si lo hacía por su parecido con Salvación, o porque parecía un reflejo de sí mismo, pero con otro color de pelo. También le dio un consejo: que vistiera alguna ropa sobre la que llevaba puesta. No hubo recelo por parte de ningún miembro del grupo, y si bien hubo ciertas inquietudes rondando los pensamientos de los dos hombres mayores, se desvanecieron hasta extinguirse completamente cuando vieron que Canelo, el hosco perro de la familia, se desvivía por estar con Hoyuelos a todas horas. Alguien así, decían, no podía ser más que bondad y ternura, y lo acreditaban definitivamente los pájaros que habían visto comer de su propia mano. Y, como guinda para coronar la confianza, estaba el hecho de que, al igual que

Karima, era el único ser vivo conocido que podía adentrarse en la Cañada Maldita sin sentir aprensión alguna.

Junto al huerto, ambos terminaron de comer, y Karima preguntó al joven si quería acompañarla esa tarde a casa de Asiel.

—No sé, hay mucho trabajo aquí —contestó Hoyuelos, pues, aunque lo deseaba fervientemente, no quería molestar a David.

—No te preocupes por el trabajo —protestó Karima quitándole la azada, al tiempo que se fijaba en la tinta de distintos colores que tenía alrededor de las uñas—, mi padre y Meir lo saben y dan su conformidad. Por cierto, ya no sé cómo frenar el interés que tienen en echar un vistazo a ese libro que te traes entre manos, y más desde que vieron el dibujo que hiciste del arroyo fluyendo. Quedaron conmocionados de admiración y ahora arden en deseos de ojear tu obra en proceso.

—Que la vean, qué más da —dijo Hoyuelos sin comprender la negativa de Karima.

—No, de eso nada. Que esperen, no quiero tenerlos todas las mañanas husmeando en lo que tu inspiración provoca durante las noches que te pasas despierto entre velas, papel y tintas maravillosas. Definitivamente, olvídale hasta que concluyas. Venga, deja eso y vamos a casa de Asiel, te prometo que el gigante no aparecerá.

Ambos rieron. Siempre lo hacían cuando Karima sacaba a relucir al gigante grotesco. Todo provenía del mismo día que despertó Hoyuelos, cuando al ver la cara de Karima, primero quedó fascinado, y luego buscó en todas direcciones al gigante, pues según dijo después, había soñado multitud de veces con ella y un gigante que la protegía.

Por la tarde, ambos entraron andando por la puerta principal de la villa. Era la primera vez que Hoyuelos salía de Royohondo, y al llegar a las principales calles empedradas y desiertas de cuidados, sintió un profundo ahogo, como una extraña e incomprensible nostalgia.

—Esto no era así hace un año —explicó Karima con tristeza—. Todo cuanto ves era un enjambre de personas, bestias y comercio que en todas direcciones circulaban pregonando y vendiendo sus

mercancías. Ahora todo es distinto. La mayoría de las personas que vivían aquí se marcharon, y con ellas, naturalmente, los negocios y el amor por sus calles. Esta plaza se llenaba de niños que jugaban a guerrear sin importarles que sus padres fuesen judíos, árabes o cristianos. Puede que eso no ocurriese en otros lugares, pero aquí sí, al igual que en Toledo, y en todo eso, quizá, tuviera que ver la presencia y la mano de Meir. Hasta esos mismos padres encendían hogueras en las noches de entretiem po para que sus hijos se calentaran y comieran a la luz de las brasas mientras oían antiguos relatos. En aquella calle que se pierde junto a la muralla, a la izquierda de la torre albarrana, los judíos teníamos una pequeña sinagoga. Siempre la recordaré. En la puerta había un pequeño puesto en el que mi padre me compraba almendras bañadas en miel. Sabes que no soy musulmana, sin embargo, echo de menos el canto del almuédano cuando llamaba a la oración en el mismo lugar donde ahora tañe esa campana. Qué bello era todo en aquel entonces, y qué lago de nostalgia inunda mi corazón ahora. Este mundo que vemos no es el que era, y sé perfectamente que si no fuera porque aquí está Asiel, también nos hubiésemos marchado.

—Es difícil dejar el lugar donde se ha crecido, pues las raíces siempre quedan en él. Yo llevo poco tiempo aquí —admitió Hoyuelos—, sin embargo, me costaría dejar la tierra donde ahora trabajo y vivo. Es... como si siempre hubiese pertenecido a este lugar.

A medida que continuaban con su paseo en armoniosa charla, un ensordecedor galope se fue acercando por las calles empedradas que llegaban hasta los macizos cimientos de la antigua mezquita. A la altura de estos, en las dos catacumbas de ladrillos rojizos que sostenían la construcción de la nueva iglesia, pararon cuatro caballos. Sus jinetes, soldados cristianos, desmontaron para entrar en la cantina, pero uno de ellos se fijó en Karima y caminó hasta ella para preguntarle con rudeza.

—¿Quién es este campesino que os acompaña?

—Es amigo de la familia, don Gabriel —contestó Karima.

—¿Y no os incomoda pasear con él libremente?

—No, por supuesto que no. Si mi padre lo acepta, ¿quién sois vos para reprocharlo?

—Me siento ultrajado —le recriminó con acritud—. Yo soy don Gabriel de Guzmán, caballero del rey. Llevo meses intentando ganar vuestros favores con humildad y sosiego. Hablé con vuestro padre en no pocas ocasiones, lo sabéis. He rogado vuestra mano otras tantas, y nunca obtuve su permiso para conoceros. Ahora, en cambio, se lo da a un miserable campesino. ¿Lo creéis justo?

—Muy justo —terció Karima—. Además, bien sabéis que mi padre nunca se opuso a vos, solo os reflejó mis sentimientos. —Enojado por lo que oía, don Gabriel levantó la mano para descargar un golpe contra la joven, pero el campesino interpuso su mano y lo paró.

—No es de caballeros atentar contra una dama, don Gabriel —murmuró el joven.

El caballero De Guzmán, sorprendido por la osadía del campesino, volvió a lanzar otro golpe, esta vez sobre el descarado sujeto, pero no encontró su blanco, y el peso de la armadura que traía puesta tras el duro entrenamiento lo llevó de manera ridícula al suelo. Hecho una furia, se levantó y avanzó en dirección a Hoyuelos, que lo esperaba inmóvil mientras Karima hacía lo imposible para sacarlo del atolladero.

—¡Por Dios juro que te mataré, piltrafa! —gritó el burgalés.

—En cuanto vos quisieseis, don Gabriel —interrumpió la voz de Karima—, pues sois caballero y él solo un campesino. ¿Os rebajaréis a tanto? —continuó explicando Karima, interponiéndose entre la espada de don Gabriel y su acompañante.

Las palabras de la joven tocaron el orgullo del burgalés, y este paró su acometida. Después volvió a dirigirse a ella.

—Esto no quedará así. Pediré explicaciones a vuestro padre.

—Cuando queráis, don Gabriel. Sabéis perfectamente que os atenderá.

Los caballeros cristianos entraron en la taberna, entre murmullos socarrones, mientras Karima y Hoyuelos continuaron hacia la casa de Asiel. En cuanto se alejaron un poco de los sótanos de la iglesia, Karima reprochó a Hoyuelos su insensatez.

—No vuelvas a hacer algo parecido, podría haberte matado.

—Lo haré siempre que lo necesites, y mientras alguien indefenso lo precise. ¿Quién es ese hombre sin escrúpulos? —acabó por preguntarle Hoyuelos.

—Es uno de los más salvajes caballeros del rey. Participó en la conquista de esta villa. Habéis tenido mucha suerte, pues es desalmado, carece de condición humana. Ese hombre fue el destinatario de las tierras que arrebataron a Asiel después de la conquista cristiana. Eligió las que quiso, y prefirió las de la otra margen del río.

Mientras se dirigían a la casa de Asiel, Karima fue relatando a Hoyuelos todo lo relacionado con don Gabriel de Guzmán, que se había entrometido en la vida de todos ellos, especialmente en la de Asiel.

En los sótanos que formaban los cimientos de la antigua mezquita, ya en proceso de reconversión en iglesia, los cristianos habían montado su centro de ocio y borrachera. En su interior, los caballeros y peones que cumplían sus deberes militares en la fortaleza, a las órdenes del delegado de la orden de Santiago, bebían hasta perder el control, desatando entonces sus más viles bajezas para arremeterlas luego contra la población no cristiana, a la cual trataban como a esclavos. Varias eran las jarras de vino que don Gabriel de Guzmán había ingerido. Sometido por su embriaguez y su total falta de escrúpulos, minutos antes había roto un taburete en la espalda a un soldado que le recordó su actuación ridícula con el campesino. Después de eso, nadie volvió a sugerirle nada respecto al hecho, pues temían su cólera ciega, vengativa y cobarde. Entre jarras y más jarras de cerveza y vino, volaban asaduras de cerdo que se estrellaban contra las paredes y los cogotes de la soldadesca. Los dados hacían pasar de unas a otras manos grandes cantidades de dinero ganado con la muerte. En un rincón, junto a un fuego testimonial, una flauta llenaba de notas musicales al viciado aire. En ese momento, una voz ronca que liberaba saliva como fuego un volcán en erupción, se hizo notar por

encima de todos los otros ruidos. Era la voz de don Gabriel, que poseído por el espíritu del vino mostró toda la rabia acumulada por culpa del campesino.

—¡Maldito judío! ¡Maldito lacayo! ¿Cómo puedo yo dejarme humillar por alguien así? —Ciego de ira, y arrastrado por su orgullo, arrojó su jarra de cobre contra el suelo, derramando su contenido—. Voy a por él, ¿me oís?, voy a por él —gritó—. Que alguien me acompañe y le preste una espada para que estemos en igualdad de condiciones. De esa manera, luego nadie osará llamarme cobarde.

La soldadesca, aburrida como la estatua de una pintura, dejó sus quehaceres de tabernas y empezó a azuzar al caballero burgalés, que viéndose en posesión de la verdad, aseguró:

—Otro judío más que atravesará mi espada con razón.

Al menos doce jinetes emprendieron la marcha hacia las afueras de la villa con intención de alcanzar el objetivo perseguido por don Gabriel. Todos conocían con certeza el rumbo a seguir, pues todos sabían que muchas tardes Karima era acompañada por una criada hasta la casa de Asiel. El grupo de jinetes vio a la pareja cuando estaban a menos de cien metros de la casa. Los dos jóvenes, dándose cuenta de lo que se les venía encima, echaron a correr en busca de la protección que ofrecía la casa, pero no les dio tiempo, pues antes de que pudiesen alcanzarla, los caballos de la soldadesca cristiana los rodearon. Hoyuelos se puso delante de Karima, que gritaba y lloraba pidiendo ayuda a Asiel. Mientras tanto, el joven la protegía con sus brazos extendidos hacia atrás, dando vueltas mientras la mantenía tras él para no perder de vista la cara de don Gabriel. El caballero cristiano desmontó con su espada desenvainada y se aproximó todo lo que pudo hasta el campesino. En ese preciso instante, Asiel acudió al grito de socorro de Karima con dos criados armados con espadas y palos, pero seis jinetes descabalaron para cortarles el paso.

Los jinetes y moradores de la casa iban a enzarzarse en una refriega cuando Hoyuelos intervino para detener la lucha.

—Tranquilizaos —gritó—. ¡Asiel! Retrocede con Karima y resguardaos en vuestra casa, pues este caballero solo desea lidiar conmigo.

—Jamás miraré para otro lado mientras se levanta la injusticia frente a mi puerta —gritó Asiel ante todos. Salvo por el negro intenso de su pelo, era idéntico a Hoyuelos.

—¡No, por favor! —imploró Hoyuelos—. Eres padre y marido, y de tu gracia depende mucha gente. Déjame defenderme solo. Yo no tengo a nadie.

Karima, entre sollozos, se abrazó a él rogándole que no se batiese y que rehuyera la lucha.

—Ante alguien de tal calaña, dudo que haya alternativa.

—Así es, campesino —gritó don Gabriel—. Te prometo que ninguno de los hombres que me acompañan intervendrá en la pendencia. Únicamente tú y yo.

—Sea —certificó Hoyuelos con un aplomo que nadie sabía de dónde sacaba.

—Sea, pero antes de morir, campesino, dime tu nombre.

—No lo recuerdo, pero mis amigos me llaman Hoyuelos.

—Bien, Hoyuelos, seré cortés. Elige una espada de esas cuatro que muestran mis compañeros de armas.

—No recuerdo haber empuñado jamás una espada, así que no lo haré ahora para descargar vuestra conciencia, si es que la tenéis. Me defenderé con mis manos.

—Engrandas la ofensa contra mi dignidad, campesino. Toma o deja la alternativa que te ofrezco, pero hazlo rápido, pues mi arma tiembla y pide justicia.

—Estoy preparado para morir o para lo que sea. —Con las palabras de Hoyuelos, todos los acompañantes de don Gabriel irrumpieron en risas, mofándose así de la esperanza del campesino—. Vos y yo, don Gabriel, solamente vos y yo.

—No ofendas más mi buen nombre con tales advertencias.

Tras las últimas palabras, don Gabriel arremetió contra el campesino para liquidar la disputa, pero detrás de esta primera acción, muchas veces más lo intentó, y todas ellas sin alcanzar a su adversario. A los ojos de los expectantes caballeros, todo lo que sucedía era irreal y terriblemente confuso, pues el mísero campesino ninguneaba con soberbia pericia cada embestida del

burgalés, sumiéndolo en un nivel aún mayor de vergüenza y desconcierto.

Tanto Asiel como Karima estaban absortos con lo que estaban presenciando. Como si de un sueño se tratase, la figura de Hoyuelos se apartaba infaliblemente del filo de la muerte cada vez que lo necesitaba. Sin gritos, sin fanfarrias, sin los ademanes propios de una lucha común. Era como si un hombre jugara con un niño. Harto ya el caballero burgalés de lanzar mandobles, empezó a fatigarse, no pudiendo evitar las acometidas erróneas, que eran todas, y que terminaban por estrellarse contra el suelo. En el siguiente ataque, el campesino, contrariamente a lo que venía haciendo, agarró la muñeca de don Gabriel y la llevó a un ángulo que le hizo perder todas sus fuerzas hasta hacerle caer la espada. Rojo de ira y agraviado, el burgalés hizo caso omiso de su palabra empeñada antes de iniciar la lucha y ordenó a sus acompañantes que atacaran al campesino. Estos dudaron, pero luego se entregaron al deseo del vencido. Asiel corrió entonces en su ayuda, pero a mitad de camino vio que era innecesaria. Lo que veían sus ojos era algo inaudito, una maraña de actividad frenética en la que siempre sobresalía Hoyuelos, al tiempo que los enemigos caían entre gritos de dolor por los huesos rotos. Hoyuelos se quedó con la espada de uno de los soldados y como hojas al viento salieron revoloteadas por los aires las armas de los tres siguientes atacantes. Otros dos lanzaron sus filos al unísono contra el campesino, pero también los esquivó al tiempo que dejaba dos finos regueros de sangre en sus antebrazos. Los siguientes en entrar en liza titubearon, pero finalmente fueron detenidos por la voz de mando de un jinete que se acercaba al galope. Era el maestre de la orden de Santiago, don Alonso de Cárdenas.

—¿Quién ha empezado esto? —preguntó. Sin esperar respuesta, miró en dirección al burgalés, que se defendió culpando con su mirada al campesino—. No tenéis excusa don Gabriel, por mucho que queráis imponerla. Os conozco y sé de vuestro proceder. Si no fuera por el valor de vuestro brazo en combate, yo mismo os desterraría. Desapareced todos de mi vista. Y una última cosa antes de que partáis. Jamás, jamás, seáis pendencieros con esta buena

gente, pues si me entero de ello, repartiré tal reprimenda que nunca la olvidaréis.

Marchad ahora, luego hablaremos en la fortaleza.

Los hombres, cabizbajos y heridos en su orgullo, más por la vergüenza de la derrota que por las palabras del maestro, abandonaron en maltrecha actitud las inmediaciones de la casa de Asiel Cabral.

—Gracias por vuestra intervención, don Alonso —le dijo Asiel.

—La merecéis más que nadie, lo sabéis, amigo mío. Pero a Dios también doy hoy las gracias por mi pronta aparición, pues aunque lo merecieran esos hombres, no está el ejército como para que se esquilme de tal manera contra un solo hombre —don Alonso dijo esto último al tiempo que regalaba su sonrisa al joven campesino—. Jamás en mi vida vi a nadie moverse de esa forma. Ha sido increíble. Si me lo cuentan no lo creo. Mi nombre es don Alonso de Cárdenas, permitidme el vuestro, joven, pero antes de decirlo, os diré que solamente por vuestra destreza, tal nombre merece la anteposición del don.

—Perdonadme, don Alonso, pero no puedo ofrecéroslo, pues no lo recuerdo. Karima, Asiel y sus padres me llaman Hoyuelos. Si queréis, podéis llamarme así.

—Don Hoyuelos seréis para mí, entonces, mientras no recordéis el propio. Decidme ahora, os lo ruego, ¿dónde aprendisteis a luchar de esa manera tan exótica y certera?

—También me es desconocido, señor, pues hasta ahora no sabía que supiese luchar. Todo ha sido tan... rápido, tan instintivo —contestó Hoyuelos.

—Si queréis luchar, el ejército necesita hombres como vos. Estaríais a mis órdenes.

—No es mi intención, don Alonso, detesto la confrontación. Solo combatiré por necesidad, como acaba de ocurrir.

—Respeto vuestra decisión, don Hoyuelos, y ruego a Dios para que nunca deba encontraros como contrincante, pues estimo vida y honra —dijo riendo el maestro de la orden de Santiago.

Tras la charla, todos pasaron al interior de la casa de Asiel para cenar. Entre asado de buey, buen queso y buen vino, trascurrió una

magnífica velada en placentera charla. La conversación giró alrededor de cuantiosos temas, entre ellos, naturalmente, el de la guerra. De vez en cuando, don Alonso hacía un inciso para recordar la gesta protagonizada por Hoyuelos. Después, las ascuas mudaron su color al negro, los perros royeron huesos y todos marcharon a sus casas. La noche, a esa hora, era estrellada y mágica.

Esa misma noche mágica, resultaba diabólica en la mente de otro hombre. En mitad de la vega, a escasos metros del río, en una antigua torre vigía utilizada por los musulmanes cuando mandaban, don Gabriel de Guzmán descargaba su furia sobre la espalda de cualquier esclavo cercano.

Varios meses atrás, cuando tuvo el privilegio de elegir las tierras que quería, se instaló en una de las muchas torres que pintaban de militar la orilla del río más cercana a la villa. Con el trabajo de sus esclavos, fue cambiándola hasta hacer de ella algo parecido a un hogar. En ese momento, en el salón, frente al resplandor de una gran chimenea, ahogaba sus penas con vino. Se sentía humillado.

Tiempo atrás, don Gabriel segó el dolor que le causó la boda de la hija de don Fortún y Asiel Cabral con el deseo de una hermosa espiga llamada Karima, y desde ese día, todos y cada uno de sus pasos se encaminaban en dirección a ella, pero cada intento de acercarse había sido abortado por su padre, por Asiel o por ella misma. Él le había ofrecido todo: sus casas, sus tierras, su nombre, pero todo fue desestimado por la joven. Sin embargo, no desesperó, pues nada en el horizonte parecía apartarla de su camino. Pero ahora... Ahora sí había algo, que para más inri, lo había humillado como nunca antes lo había hecho nadie. Don Gabriel apuró un nuevo vaso de vino, que llegó a su estómago a través del malestar instalado en su pecho de constante sufridor.

Estaba en una encrucijada, pues necesitaba venganza, y, sin embargo, no podía administrarla por expresa orden de su superior. Constantemente se preguntaba cómo demonios ese hombre los

venció con tanta facilidad, pero con cada una de esas preguntas, en lugar de respuestas, acudía a su mente una oleada de vergüenza que roía sus entrañas. Con sus pensamientos ofuscados por el vino, pasó su ruindad por varias soluciones. Durante algún tiempo las sopesó, luego fue apartando las menos convincentes, y finalmente eligió una. Tomó papel y pluma de su escritorio e hizo venir a un escribiente de su confianza. El tiempo que tardó en terminar de dorarse una pata de carnero fue el empleado por don Gabriel en redactar la carta al escribiente. Cuando el hombre a su servicio la acabó, él la cogió y la miró. No sabía leer bien, pero sí distinguió en el encabezado el nombre de la persona a la cual iba dirigida: Tomás de Torquemada. La firmó y se la entregó a un correo que esa misma noche partió en dirección a Segovia.

...Y fueron de sus propios labios, de donde esas funestas palabras escaparon, Excelencia. Y entonces, estos oídos siempre atentos y al servicio de Dios, del rey y de vuestra divina causa, las oyeron.

Mucho es el ajeteo que se traen, Ilustrísima, y con presta organización. Son comedidos y certeros, ni un ápice lo dudo, señor.

Así, no es otro mi remedio que actuar como buen cristiano y rogar la intervención de vuestra divina gracia y mano, pues también sé que, aunque confinada dentro de los muros de Castilla, sabrá atender un caso de tan peligroso afán para remediarlo con la purificación del fuego.

Atentamente: Don Gabriel de Guzmán.

Tomás de Torquemada dejó caer la carta sobre la mesa. Rara vez atendía un caso con tanta urgencia, pero este lo requería, más aún

cuando provenía de alguien a quien tenía tanto aprecio, y para quien siempre estaban abiertas sus puertas y disponibles sus horas.

Torquemada era un viejo dominico entregado por completo a la vida ascética. Ahora, a sus sesenta y seis otoños, ostentaba el manejo de la temida y odiada Inquisición, y lo llevaba a cabo de manera enérgica e impecable. Durante muchos años había ejercido de prior en el monasterio de Santa Cruz, en Segovia. Ese cargo lo llevó a conocer a la mismísima reina Isabel la Católica, que lo hizo su confesor. Por mediación de esta, el Papa Sixto IV lo nombró inquisidor general de Castilla a principios de 1483, y más tarde, a finales de ese mismo año, también de Aragón. Desde entonces, su poder no había dejado de aumentar, llevándose con su fanatismo un número incontable de vidas a causa de su ciega visión religiosa.

Hacía ya casi cuarenta días que la misiva había partido desde la marca fronteriza del reino nazarí, en las inmediaciones de Málaga, pero su continuo vaivén por las responsabilidades impidió que la recibiese antes. Las dos noches siguientes al conocimiento de la nueva fueron de insomnio, reflexión, estudio y oración. Lo alertado por don Gabriel era una cuestión grave, y aunque estaba fuera de sus dominios, como el propio don Gabriel bien indicaba en la carta, precisaba de su intervención, si no la semilla del mal podría extenderse nuevamente por la cada vez más santa Castilla.

La urgente notificación que recibió hablaba sobre la confabulación de tres oscuros personajes que intentaban crear una red secreta para avivar la causa judía por toda la península. Los nombres de tales sujetos eran: Hoyuelos, David Toledo y Meir Cabral. En dicha carta, de vital importancia según el propio Torquemada, se pedía la intervención, aunque esta fuese secreta, de la Santa Inquisición para secuestrar a los enemigos de Cristo y llevarlos ante los ojos de Dios, donde serían juzgados para impedir así sus viles intenciones. Don Gabriel también detallaba con exactitud la matanza de niños cristianos por parte de estos personajes, que de esa manera, atendían sin simulacro alguno la perfecta celebración de sus ritos paganos.

El gesto serio de Torquemada era secundado por la irritación de sus ojos. Se encontraba en el interior de unos austeros aposentos

de un convento segoviano, acompañado por ocho personajes de oscuros trajes.

—Ya conocéis prácticamente la totalidad de la misión. Cuando entréis en la zona que no controlamos, abandonaréis vuestros ropajes y cualquier efecto que conduzca a vuestra identificación como servidores del Santo Oficio. Recorreréis esa salvaje y diabólica tierra de la misma forma, hasta llegar al lugar indicado. Allí será el mismo don Gabriel quien os señale a los tres judíos. A partir de ese momento, todo el trabajo será enteramente vuestro. Una última cosa —dijo el inquisidor general—: si os descubren, no implicaréis a la Inquisición ni a don Gabriel.

Los oscuros personajes abandonaron en silencio las dependencias del inquisidor para partir en rápidos caballos en dirección a la frontera del reino nazarí.

Desde una ventana, Tomás de Torquemada persiguió con sus ojos la marcha de sus enviados. Después se dirigió a una mesa de roble repleta de papeles y ejecuciones por firmar. Empezó a garabatear su firma en cada una de esas órdenes de muerte, poseído por la certeza del bien que hacía, unas tras otra, sin detenerse un instante, hasta que su responsabilidad refrendó a todas y cada una de ellas. Después de eso, con la vista anclada en un crucifijo de roble colgado en la pared, sacó un estuche de madera de un cajón, lo abrió y extrajo de su interior una pequeña estrella de plata con zafiros en cada una de sus puntas. Clavó la estrella en la mesa de madera y después la golpeó fuertemente con un crucifijo de hierro, aplastándola por completo. Cuando la vio deshecha, murmuró:

—Esta vez, maldito Cabral, no escaparás a mi venganza ni a la justicia de Dios.

En Royohondo, en una tertulia celebrada en un amplio salón, en torno de selectas viandas, la voz de Asiel magnificaba la pericia marcial de Hoyuelos, comentando el halo de misterio que había germinado en toda la villa y sus alrededores. Más de un mes había transcurrido desde lo acontecido junto a la casa de Asiel Cabral

entre el joven y los caballeros cristianos. Desde entonces, la gesta no había cesado de aumentar como la leche en el momento de hervir, de tal manera que un judío de Coín, que cada mes traía grano a casa de Asiel para el sustento de las bestias de carga, preguntó a un mozo de brega si era cierto que en las inmediaciones del lugar, un hombre solo, un portentoso guerrero, había derrotado a cincuenta soldados cristianos, y sin llegar a matarlos. Meir, David Toledo y Jacob de Ipswich, amigo e invitado de la familia, escuchaban sin alegría lo narrado por Asiel, pues sabían perfectamente las consecuencias que solían traer ese tipo de exageraciones a la hora de mitificar a una persona: «Quien bate al legendario, más legendario es aún».

Siendo ya noche cerrada, después de que Asiel se marchara con su esposa e hijo, y de que Karima, Hoyuelos y el joven Roland, ahijado de Jacob, se acostaran, los tres viejos amigos se quedaron en el salón para tertuliar mientras disfrutaban de un buen vino y algunos frutos secos. Abordaron el espinoso asunto de Hoyuelos, en sus múltiples facetas, y los tres llegaron a la misma conclusión: apartar al joven de la zona, ya que, por una parte, lo misterioso y épico de su hazaña atraería como la miel a las moscas a decenas de aventureros con ansias de grandeza; y por otra, la autoría del maravilloso aunque peligroso libro que había concluido en dos meses lo sentaba directamente en la hoguera, si la moratoria alcanzada en la capitulación de la villa referente a la intervención del santo oficio concluía tan de repente como temían.

Hacía cuatro años que Jacob de Ipswich no los visitaba, y pidió perdón por la tardanza en hacerlo, pues había pasado un año desde que recibiera la petición de Meir para que los socorriera con una labor totalmente contraria a la que siempre los había reunido. Se conocían desde la juventud, hacía ya muchos años de eso, de Toledo, de la corte de Valladolid. Jacob siempre los había surtido de los mejores libros de Medicina y códices extraños y exclusivos, pues tanto Meir como David los apreciaban por encima de todo. Pero, en esta ocasión, el desempeño no era traer, sino llevar, poner a salvo la magnífica biblioteca que los amigos mantenían en secreto en una pared tapiada. No eran tiempos para presumir de libros, sino más

bien para esconderlos. Ya no les importaba perder todo ese caudal de arte y sabiduría si otros le daban curso con un buen propósito. Jacob les prometió que les buscaría un buen destino con el que ellos se sintieran conformes, y unos beneficios succulentos, aunque estos no fuesen la prioridad. Los calmó, les dijo que los libros llegarían a Inglaterra, donde estarían a salvo, quizá en círculos cercanos a Oxford o Cambridge. Y ellos se quedaron más tranquilos, por las obras y por el peso que les quitaría de encima con la Inquisición.

—¿Y qué tal con tu aprendiz y ahijado? ¿Le está pareciendo provechoso su primer viaje? —dijo Meir volcando su interés en el joven Roland.

—Muy dormido aún, le queda mucho por aprender. No es un Ipswich como mi hermana, desde luego, les ha salido un Dee, como su padre, y eso es una maldita carga que he de trabajar. Pero es lo más parecido que tengo a un hijo, así que no me queda alternativa —le aclaró al tiempo que reía con franqueza.

—Quieres verlo, ¿verdad? Tus ojos arden de deseo y curiosidad —advirtió David dirigiéndose a Jacob.

—Sí, a ver si es cierto lo que decís. Lo pondría en duda, pero viniendo de vosotros, que no sois precisamente unos neófitos...

Jacob permaneció expectante mientras David se levantaba y avanzaba hasta un armario de olivo del que extrajo algo liado en lienzos. Por su parte, Meir sonreía con brillo en los ojos, como si supiese de antemano la reacción que acabaría por mostrar Jacob. David le mostró el libro y Jacob lo tomó tembloroso y comenzó a desvestirlo con esmero de su protección de lino. Cuando lo vio, antes de abrirlo, una sombra de decepción cruzó por sus ojos, como pidiendo una explicación.

—Sé que no tiene la calidad que esperabas, pero lo importante es el contenido, créeme. Si hubiese sabido que iba a realizar algo parecido a esto, le habría comprado el mejor papel y no uno de vitela finísima creado con mis propias manos en mis ratos de ocio y disfrute.

Jacob volvió a mirar el manuscrito con otros ojos, intentando confiar en su amigo. Tendría una longitud de unas seis por nueve

pulgadas, sin cubierta ni protección, sin texto en la primera página, todas desiguales, por cierto. Abrió la primera y mutó el gesto de su cara, y con la segunda, tercera y cuarta, se excitó. Recorrió apresuradamente el libro, con ternura e impaciencia a la vez, mientras su boca, fascinada, se abrió presa de la conmoción. Lloró, solo unas pocas lágrimas, pero lo hizo, y preguntó sin abrir los labios: «¿Cómo, cómo era posible aquel trabajo en dos meses, sin tachas ni correcciones?». Los dibujos eran fascinantes, no impresionantes, como el que había visto de Karima en el arroyo, realizados con una técnica totalmente desconocida para él, que lo había visto todo. La belleza radicaba en el conjunto, indescifrable para mayor prodigio. Había algunos dibujos algo más toscos que parecían no llevar su firma, entre ellos la mujer de mejillas sonrosadas o el pequeño dragón. Meir le aclaró que esos otros dibujos los había realizado Karima por deseo de Hoyuelos. Estuvieron más de una hora sin decir nada, los tres expectantes, risueños y felices, mientras Jacob se desplazaba de un lado a otro del manuscrito con la perplejidad asentada en su rostro. No conocía las plantas ni nada que ubicase su conocimiento en un lugar concreto. No tenía certeza de si era un tratado de Medicina, Botánica, Astrología o una mezcla de todo. Había ojeado casi todas las lenguas que existían en el mundo conocido, incluso las de China y la India, pero aquella no es que no la conociera, es que no existía.

Después de ese largo periodo de tiempo, se fijó en los ojos de Meir y David y aseveró:

—Es una obra de arte, la más fascinante que haya tenido en mis manos, aun sin saber qué esconde su conocimiento. La gente más poderosa del mundo mataría por poseerlo. Su ejecución es inhumana. No hay errores de trazo, ni manchas que lo trivialicen, no hay raspaduras de correcciones, ni sobrescrituras que acomoden un error. Jamás vi nada igual. Hasta las copias más breves guardan erratas, pero esta no. Los colores son fascinantes. ¿Qué base utilizó para los tintes? Parece goma arábiga, pero quizá esta mitigaría la vistosidad de los colores.

—No lo sabemos con certeza —expuso David Toledo—, dijo que se trataba de un extracto de resina de una planta desconocida. Y los

pigmentos son maravillosos. Algunos rojos son de hematita, otros, los más púrpuras, marrones y negruzcos, aseguró que eran de tinta ferrogálica obtenida de corteza de roble y agregados minerales. Los verdes provienen de extrañas y desconocidas plantas, y los azules corresponden a azulita molida.

—¿De dónde los conseguí? ¿Los traje consigo? Se haría de oro vendiendo ese conocimiento.

—No me creerías si te dijera que los obtuvo aquí, ¿verdad? Solo que de un lugar donde no podemos acceder. En verdad nadie, salvo Hoyuelos o Karima, puede entrar. Está vetado para todos, salvo para ellos.

—Llevo una cédula real que me otorgaría paso hasta Málaga con todos esos libros, pero si descubren este, me lo quitarán. En Málaga, en Portugal e incluso en Inglaterra, ocurriría lo mismo. ¿Cuánto quiere Hoyuelos por él? Lo quiero para mí.

—No, ese libro no está en venta. Solo te pedimos un favor: que lo custodies hasta que él lo vaya a buscar. Si tú ya no vives, que sea tu sobrino quien lo guarde, pero quiero tu palabra de que cuando Hoyuelos lo requiera, se lo darás. Dice que algún día lo necesitará, y le creo.

—¿De qué trata, qué oculta? —demandó Jacob.

—Ni él lo sabe, lo escribió durante las noches de manera casi automática, y por la mañana, al examinar lo escrito y dibujado, ya no lo entendía, pero sabe que lo necesitará. Es lo único que sabe.

—Tienes mi promesa, amigo mío, de que lo custodiaré bien. Si yo no estoy en esta vida, será mi sobrino, Roland Dee, quien lo custodie, a cambio de nada, solo por amistad, y devoción a tamaño artista. Le esperaremos, pero si no aparece durante nuestras vidas, la descendencia de Roland será quien lo asuma como propiedad.

—Es un buen trato. Gracias por todo, Jacob. Nos quitas un peso de encima.

—De nada. Pero sabed que los tesoros suelen ser muy pesados. ¿Tenéis pergamino, cuero, piel u otra cosa con la que pueda elaborar una cubierta burda que al menos lo proteja? —preguntó Jacob pensativo.

—Algo ha de haber en mi taller —le respondió Meir.

—Pues, manos a la obra. He de meterlo entre todas estas obras y que parezca algo muy corriente y carente de valor. Si os digo la verdad, no es el hecho de que me lo quiten lo que más me preocupa. Si descubriesen, por ejemplo, los dibujos de las mujeres desnudas en fuentes y la especie de conductos extraños que lo comunica todo, o esos otros con rostros entre las estrellas y el sol al lado, como centro de la creación, se nos otorgaría a todos un asiento de primerísima fila en las hogueras de estos bárbaros.

A media mañana del siguiente día, Hoyuelos se encontraba escardando las malas hierbas que molestaban al aún joven huerto. Jacob y su sobrino habían partido al alba y el sol picaba más de lo normal, pues en el aire se olía la llegada del verano. Las puntas antes verdes de los pastos empezaban a tornarse pardas y muertas, mudando así el verde manto que había provisto el húmedo invierno. En esto estaba Hoyuelos cuando el médico judío se acercó con una botella de vino.

—Descansa un poco y tomemos un trago.

Ambos se sentaron en la tierra mientras contemplaban admirados las laderas atestadas de parras vestidas de verde.

—Esos molinos de ahí —dijo Hoyuelos—, deberíamos ponerlos en funcionamiento. Los he estudiado y no necesitarían mucho para dejarlos en marcha. No están estropeados, solo sometidos por el abandono.

—Sí, el abandono es lo único que los ha llevado a ese estado —le contestó David con aire pensativo y la vista perdida—, pues hace un año funcionaban a la perfección, regando con su infatigable quehacer todas esas laderas de ahí enfrente. Pero has de saber que dicho abandono no fue a causa de nuestra negligencia, sino que fue impuesto.

—¿Impuesto? ¿Por quién? —preguntó extrañado Hoyuelos.

—Por los cristianos que ahora gobiernan estas tierras condenándolas a su perdición.

—No lo entiendo —dijo Hoyuelos torciendo la cabeza en un gesto de incompreensión.

—Nadie lo entiende, pero es así. Esas tierras no pueden regarse porque así lo entiende el sacerdote de la villa.

—Explicadme, señor Toledo —pidió expectante Hoyuelos.

—Estas tierras —comenzó a decir David—, compradas por Meir años atrás, fueron conservadas por Asiel gracias a su condición de cristiano converso. Antes de la reconquista, tuvo la suerte de conocer a don Alonso de Cárdenas, cuando se vio mezclado en un turbio asunto. Se trataba de un rescate. En él, Asiel intervino como intermediario de Al Zagal y las tropas cristianas. Es una larga historia en la que andaba mezclado un gran hombre llamado Salvación. Algún día te la contaré, pero dejémosla ahora, pues no viene al caso y queda fuera de lo que nos acontece. Como te decía, estas tierras continuaron perteneciendo a Asiel, pero únicamente por ser cristiano y tener la gracia de don Alonso. Sin embargo, el sacerdote enviado a esta villa, prohibió la utilización de esos molinos.

—¿Por qué? —preguntó Hoyuelos.

—Porque él lo entendía así. O mejor dicho, su oscura mente. Para esa prohibición daba razones que escapaban incluso a la lógica de un niño. Esgrimía la hipótesis de que Dios no quería que esas tierras fuesen regadas, pues si Él lo hubiese querido así, habría creado un río en su cima para poder regar todo lo que quedaba por debajo. Por esa ley tan... «cristiana», el cura dictaminó unas normas por las cuales solamente podían regarse las tierras que quedasen a nivel del río y de los arroyos. Para ello estaba permitido utilizar los canales y acequias que fuesen necesarios, pero nunca, bajo ningún concepto, saltaríamos esa voluntad de Dios mediante ingenios demoníacos y antinaturales, sobre todo si estos provenían de pensamiento infiel.

Hoyuelos se quedó mirándolo con fijeza antes de asentir con un gesto de desgana y exasperación, tras el cual cerró los ojos para comenzar a decir:

—Ya, pero no creéis eso, ¿verdad? La teología es la excusa, y su deliberación sobre ella es la herramienta que utiliza. Es política,

simple y llanamente, y la inspiración se la desliza don Gabriel.

David Toledo irrumpió con una carcajada estrepitosa que lo llenó todo hasta hacerle saltar lágrimas de los ojos.

—¡No se te escapa una! Vaya ejemplar estás hecho. Sin embargo, estos son los tiempos que nos toca vivir, hijo, tiempos oscuros, fanáticos e hipócritas. Pero dejemos ese tema y hablemos del asunto que me trajo a beber en tu compañía este amargo trago de buen vino.

David Toledo apuró el vaso y pidió a Hoyuelos que lo imitara. Después los llenó nuevamente, y tras dar un largo trago, abordó el asunto sin reservas.

—Estoy preocupado por la fama que parece crecer a tu alrededor.

—Sí, yo también lo estoy.

—Meir..., sabes lo que te aprecia Meir, ¿verdad? —Hoyuelos asintió expectante—. Ambos vemos con buenos ojos que te retires de aquí durante algún tiempo. Es por tu propia seguridad, pues, pronto, caballeros de todas las latitudes querrán medir sus espadas frente a tu destreza. Eso si conseguimos soterrar lo del libro.

—Ambos sois sabios, haré lo que creáis oportuno, más por vuestra seguridad que por la mía.

David, tras una pausa llena de inquietud, prosiguió.

—No hace tanto que te conozco, pero ha sido tiempo suficiente para descubrir mucho de lo que eres. Eres bueno, bondadoso, firme, cabal e inteligente. Además, posees algo de lo que carece la mayoría de los hombres, incluso hombres más viejos y cargados de experiencias. Eso que posees y admiro por encima de todas las cosas es tu comprensión de lo que es el bien y el mal, y tu firmeza para condenarlo o alabarlo sin importarte lo que el resto de los hombres piense. Por todos esos motivos sé que tendrás en cuenta nuestra opinión. Pero hay algo más que me preocupa.

—¿Qué, señor?

—Mi hija. Sabes perfectamente, igual que Meir, su hijo y yo, la devoción que Karima siente por ti. También sé, y no creo engañarme, que ese mismo afecto sientes por ella.

—Así es. La quiero.

—Hemos pensado que lo mejor para ti es que vayas a Málaga. Allí te será fácil establecerte con una carta de recomendación de Meir, pues él es muy apreciado allí.

—Lo haré cuando lo creáis oportuno.

—El problema..., el problema radica en que Karima querrá oponerse a ello. La conozco desde que era una niña, y piensa que eres el carro al que ha de subirse.

—Entonces, señor, ¿cuál es el problema? ¿Que no poseo nada?

—No, eso no es lo que me preocupa. Sabrías salir adelante. Eso ya lo he visto.

—¿Entonces?

—Es tu pasado, hijo, tu pasado es lo que me preocupa, pues, ¿qué pasaría si dentro de unos meses lo recuerdas y resulta que tienes esposa? O una misión que te aleja de ella. Esas interrogantes son las que me hacen dudar de vuestra unión, ninguna otra.

—Lo comprendo, David. Decidme qué debo de hacer y así lo haré.

—Meir y yo hemos pensado que lo mejor para todos es que desaparezcas con esa carta de recomendación y marches a Málaga. Tienes que hacerlo pronto, pues sabemos que estás en peligro.

Hoyuelos lo miró con lágrimas en los ojos.

—Lo haré esta misma noche, cuando todos durmáis.

—Está bien. En la cuadra, en el cajón de la mesa, encontrarás la carta de recomendación de Meir, la escritura de una casa que él tiene allí y una buena cantidad de dinero.

—Nada de eso me es necesario, señor. No puedo aceptarlo.

—Lo sé, ya te dije que sabrías salir adelante ante cualquier dificultad, pero queremos que tengas esa ayuda.

David, apesadumbrado, se despidió de Hoyuelos. Unos metros más allá, se detuvo y se volvió.

—No es solo por Karima, créeme, es para que te alejes de lo que se te puede venir encima. Si alguna vez recuerdas y descubres que eres libre, aquí tendrás tu casa, aquí tendrás un padre.

Esa noche, el cielo nublado anulaba cualquier destello de luna, y una molesta llovizna erizaba la piel de Hoyuelos, expuesta a la intemperie. Tras la cena, salió con sigilo de la casa, un sigilo que le

sorprendía incluso a él. «¿De dónde estas cualidades casi felinas que poseo?» Todo lo relativo a las habilidades le seguía siendo un misterio. Se detuvo junto a la cuadra para escrudiñar desde un olivo la casa que quizá vería por última vez. Entró en la cuadra y se dirigió hacia la mesa. Abrió el cajón para mirar en su interior. Cogió lo que debía ser la carta de recomendación y dejó el dinero y el título de propiedad. Lo único que le interesaba era encontrar un buen trabajo, y esa carta, con seguridad, se lo brindaría. Después cogió un zurrón con alguna fruta, carne y pescado en salazón. Ya solo le quedaba despedirse del único mundo que recordaba: el valle de Royohondo.

Iba a empezar a bajar la cuesta para seguir el curso del arroyo cuando un tropel de voces y ruidos llamó su atención. Provenían de la casa.

Hoyuelos dejó la carta y el cesto en el suelo en cuanto oyó la voz de Karima demandando auxilio, y corrió con determinación en dirección a la casa. Las gallinas, alborotadas daban su nota y el gallo adelantó su reloj. En el tejado, los arrullos de las palomas no eran de amor. En el interior de la vivienda se veían varias luces que dibujaban sombras en movimiento a través de las ventanas. Esas mismas sombras de opacos ademanes deslizaban terror y voces de téngase a la autoridad.

Al llegar a la puerta, el joven descubrió que esta estaba vigilada por dos individuos fornidos y encapuchados. Estos, nada más verlo, corrieron hacia él con sus estoques por delante. El primero de ellos, aunque fuerte y alto, voló en un ridículo e inexplicable círculo que contravenía la física más elemental, y cayó de bruces al suelo, con la mano rota y dando alaridos de dolor. El segundo hizo varios dibujos invisibles en el aire con la punta de su espada, pero el hecho de que Hoyuelos no se inmutase lo amedrentó. Recompuso su maltrecho ánimo para armarse de valor y descargó una estocada directa sobre el pecho de su contrincante, pero la punta siguió su curso sin encontrar carne. Después, en esa posición de desventaja, su mano crujió rompiéndose en el mismo instante que perdió la espada, que ahora sujetaba el mismísimo demonio que creía ver ante él. Hoyuelos entró en la casa con la espada en la mano y se

sorprendió al ver a tantos hombres enmascarados. Sin apenas tiempo, contó siete... No, ocho. Dos de ellos sujetaban a Karima por el cuello y otros hacían lo mismo con Meir y David. Con una velocidad desconocida por los hombres de la cara cubierta, Hoyuelos saltó una mesa de grandes proporciones y ganó la posición de los hombres que sujetaban a Karima. Un santiamén bastó para que Karima quedase libre y sus captores fuera de combate. Después de eso, tras dejarla en un rincón, al margen del peligro, Hoyuelos se volvió hacia los demás, pero ya no gozaba de la ventaja de la sorpresa, y los hombres amenazaban con hundir los cuchillos en las gargantas de sus prisioneros.

—Si te mueves, morirán —oyó decir a uno de los hombres con la voz atenuada por la capucha.

Hoyuelos se quedó quieto sin saber qué hacer, aparte de dejar caer la espada. Le vino un vago recuerdo, no sabía a cuenta de qué. En ese recuerdo vio a un hombre descompuesto y vencido por la impotencia de enfrentarse a un arma desconocida. No le veía el rostro, pues estaba pintado de un modo similar a una máscara samurái.

—Sujetadlo —gritó uno de los encapuchados, y dos hombres corrieron hacia él para reducirlo y atarlo con gruesos cordeles.

Una vez sometido Hoyuelos, los enmascarados ataron también a los judíos en unas yeguas, ocultándolos con pieles. Antes de partir, dejaron a Karima en manos de otros dos encapuchados.

Atados y embargados por la incomodidad, la sed y el hambre, los tres prisioneros fueron dejando tras de sí leguas y leguas de labranza y matorral. Iban escoltados por ocho hombres vestidos de negro, cuyos emblemas estaban ocultos por maltrechos trozos de tejido negro mal cosidos. Un rato después, Hoyuelos pudo averiguar, por una rotura en los parches, que el escudo que los hombres intentaban esconder era el emblema de la casa De Guzmán.

Una carreta fue transitando secos y polvorientos caminos mientras se cruzaban con grupos de soldados diseminados y huestes más profesionales y mejor pertrechadas que llegaban al sur para intervenir en la contienda granadina. El bando era el de los Reyes Católicos.

La comitiva continuó su marcha arropada por la oscuridad. Cuando la claridad del alba se insinuó, pararon al cobijo de unas encinas centenarias, a varias leguas de Antequera. Uno de los soldados más viejos se encargó de desatarlos de las monturas y de vigilarlos mientras hacían sus necesidades, aún maniatados. Más tarde, los obligaron a sentarse debajo de una de las encinas, junto a un fuego que se permitieron prender por la claridad del día. Los hombres de negro sacaron varias viandas de un cesto y empezaron a comer. Una vez saciados, el mismo soldado de antes se encargó de alcanzarles agua, pan y tocino salado. Los dos prisioneros mayores, viendo que el tocino era de cerdo, se negaron a comerlo. Entonces Hoyuelos, que ya lo había cogido también, lo soltó por solidaridad con sus amigos.

Ese día lo pasaron aguardando la noche entre frondosos árboles. Los prisioneros no tuvieron más sustento que agua y el calor de la hoguera. Cenaron temprano, aún con claridad, y tras eso los volvieron a atar en un carromato que alguien acercó a última hora. Allí durmieron estrictamente vigilados, a la espera de la llegada del nuevo día. Las jornadas fueron pasando con igual rutina en la soleada Andalucía. Lo único que rompía la monotonía del recorrido eran los bruscos cambios que imponía el terreno, llano y silencioso durante muchas leguas, rocoso y escarpado al atravesar otras. Detrás del carro, en la distancia, se perdían las hileras de olivos y cepas, de almendros y frutales, de cardos y zarzas, y un sin fin de flora, en parte apta para el consumo, en parte hermosa para la vista.

Tras varias equivocaciones que obligaron a desandar parte del camino hasta en tres ocasiones, el carromato se fue internando definitivamente en el territorio donde la Inquisición estaba más asentada. Los reos de más edad, que en los días anteriores no cesaron de preguntar por la naturaleza de su captura y por sus captores, advirtieron con sus propios ojos las respuestas que tanto

les había preocupado, pues al entrar en Castilla, los hombres de negro soltaron sus ropajes y se ciñeron el de la Santa Inquisición, con lo que el peso del mundo cayó sobre el ánimo de los cautivos.

Al final de esa jornada de marcha, tras superar un recodo que ocultaba de la vista el trayecto, los prisioneros pudieron ver a un grupo de jinetes inquisitoriales esperándolos con un carro celda, más desalentador si cabe, junto al fresco acomodo de una fuente de agua clara y sonora. A ese carro fueron conducidos, atados de pies y manos.

La gran comitiva continuó por pardos y amarillentos caminos, ya sin nada que esconder, pasando por aldeas, villorrios y grandes ciudades, cuyo único lazo de unión era el tamaño de las piedras que niños, hombres y viejos lanzaban contra la jaula andante. Algunas impactaban en el cuerpo de los prisioneros, cuyo futuro ya les olía a chamusquina.

Los verdugos de la infalible máquina de tortura de la Inquisición eran crueles y arrogantes, tanto que todas las preguntas que Meir y David formularon acerca del porqué de la intervención del Santo Oficio fuera de su jurisdicción cayeron en saco roto. También quedó sin respuesta la causa de tan desagradable avatar, pero de lo que sí estaban seguros era de que no había tenido nada que ver el asunto referente al Libro y a Jacob, quien la tarde anterior a la captura les había mandado un mensaje con un mozo, en el mismo momento que embarcaba en el puerto de Málaga con destino a su tierra. Alarmados por lo que se les venía encima, Meir y David hacían conjeturas sobre el macabro futuro que les esperaba, y se pedían perdón mutuamente y hacían lo propio con Hoyuelos, anticipando lo que pudiesen llegar a confesar mientras los torturasen. Si algo tenían claro los dos ancianos era que si querían que de sus bocas saliera cualquier cosa, saldría. Durante mucho tiempo habían oído hablar de los fines que podía conseguir la Inquisición, muy malos por cierto, pero mucho menos que los instrumentos de tortura que utilizaban para ello. Por su parte, Hoyuelos, desconocedor de todo esto, escuchaba incrédulo las crueles historias que cruzaban Meir y David entre sí.

Muchos días después, en una mañana clara regada por un sol rojizo, los prisioneros avistaron a lo lejos, a través de los barrotes carcelarios de su transporte, los arrabales de Valladolid. La ciudad castellana era el centro del poder y la crueldad que, con desmesurado celo, ejercía estrictamente la Inquisición a cargo de un dominico loco, del que David y Meir habían oído hablar sobradamente durante sus años de servicio en la corte castellana.

Valladolid era una ciudad grande y de calles bien cuidadas que contrastaban con otras sucias e hirientes al olfato. Había calles pobladas por el aleteo de las palomas y grandes aves, antagónicas a estas, calles surcadas por las amarillentas y líquidas cataratas que cualquier ventanal ofrecía con su inmundo orín.

Mientras continuaba el trayecto por algunas de las vías más insalubres y descuidadas de la ciudad, los reos creían formar parte de una pesadilla forjada con retales del mismísimo infierno. Incontables les parecían los días pasados desde la fatídica noche que los apresaron. Luego de todo ese tiempo de penurias, Meir y David Toledo estaban tan famélicos como un galgo abandonado. En cambio, Hoyuelos, parecía otro. La mayor parte del camino había permanecido mudo y ausente, abstraído del mundo, casi místico, como ajeno a cualquier preocupación, salvo la de mostrarse solícito en asistir como pudiese a los hombres mayores, aunque solo fuera con la complicidad de una mirada.

Quizá por necesidad o por simple capricho macabro, la jaula pasó por el barrio de los judíos. Los prisioneros sintieron miradas de apoyo y lástima. Allí fueron testigos de las crueles persecuciones que los inquisidores y sus soldados llevaban a cabo en el barrio. Parejas de alguaciles sacaban a hombres y mujeres de sus casas mientras el resto de los familiares lloraban desconsolados, al tiempo que los acusadores, en su mayoría conversos, esperaban para tomar posesión de una parte de la hacienda que dejaban los condenados.

Cuando abandonaron definitivamente el barrio judío, un gran portalón de madera se abrió y dejó paso a la oxidada carroza. Dentro, en un enorme patio atestado de estropeados barriles de vino, esperaban varios dominicos de gestos graves y amenazantes,

reflejando más bien el infierno que el supuesto brillo celestial. Atados de pies y manos, los prisioneros fueron conducidos a empujones por un oscuro pasillo lleno de mugre. Muy de vez en cuando, la luz de una antorcha mostraba los perfiles de los impiadosos dominicos. Sin mediar palabras ni presentaciones, excusas o acusaciones, fueron arrojados al interior de una celda infestada de bichos y aire viciado, donde se turnaron para hacer sus necesidades en un rincón alejado de la puerta.

La celda estaba totalmente a oscuras, salvo por un pequeño orificio en el techo que regalaba la única luz que se percibía en aquella especie de tártaro. Algún tiempo después, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y percibieron los detalles de toda la estancia. Era muy pequeña. Por ponerles un nombre, había cuatro especies de camastros levantados a un palmo del suelo, contruidos con losas de barro y revestidos con paja maloliente y húmeda. También se dieron cuenta de que se habían equivocado a la hora de elegir el lugar para defecar, pues era evidente que los prisioneros anteriores habían escogido el rincón contrario, por lo que la porquería estaba más desparramada de lo que ellos hubiesen deseado. Algún tiempo después, tras un desacompasado concierto de ronquidos, los dos prisioneros que dormían se despertaron con el chirrido de la puerta de hierro que los separaba de la libertad. El tercero, simplemente abrió los ojos y trajo a su mente la crudeza del mundo real. Un carcelero entró y encendió una pequeña vela, y los cautivos pudieron ver la jarra de agua y el pan mohoso que les traía.

Pasaron tres días más con la misma rutina. Estaban hambrientos, temblorosos de frío y asustados, salvo Hoyuelos, que parecía ajeno y nada afectado por todo aquello. Había pedido disculpas por comer cerdo, aunque adujo que le era necesario para tener fuerzas por si se presentaba una oportunidad. Al cuarto día, el carcelero abrió nuevamente la puerta, solo que esta vez lo hizo con la luz entrando todavía por el agujero del techo. Tras él lo hicieron tres ballesteros que apuntaban a Hoyuelos para evitar cualquier contratiempo. Los soldados condujeron a los reos por el mismo pasillo que recorrieron unos días antes hasta llegar a unas escaleras anchas que conducían al piso superior.

Sin dejar de apuntar sobre el prisionero más joven, los ballesteros entraron detrás de ellos en una enorme sala construida enteramente en madera, en la cual se hallaban sentados numerosos hombres vestidos de negro. En el centro de la estancia, en un sillón más altivo que el resto, se encontraba un dominico de mirada severa y cínica, de ojos hundidos surcados de ojeras: el inquisidor general Tomás de Torquemada.

Al mismo tiempo que se rascaba dos feas verrugas negras y ensangrentadas que tenía en el lateral del cuello, la mirada de Torquemada se posó con rabia en Meir, quien, al reconocerlo, se supo perdido y dio un paso atrás. Torquemada mantuvo su mirada firme en el viejo, sus ojos denotaban que no era un caso más. Estaba poseído, y ahora, en esa posesión, tenía frente a sí a un enemigo que había escapado de sus zarpas mucho tiempo atrás.

—¡Va a comenzar el interrogatorio! —exclamó una voz neutra, desconocida—. Su Ilustrísima, el inquisidor general, tomará la palabra.

Tomás de Torquemada levantó su voz colérica, cascada y desprovista de emoción y humanidad. Su espalda encorvada no subió siquiera un palmo.

—¿Es cierto que tu nombre es Meir Cabral? —dijo el fraile dirigiendo sus ojos a Meir.

—De sobra lo sabéis, fray Tomás, no es la primera vez que nos vemos, ¿verdad? —Torquemada lo miró desdeñosamente y giró su vista sin contestar nada.

—Tú, judío, ¿atiendes al nombre de David Toledo?

—Ese es mi nombre, Ilustrísima.

Torquemada, sin perder más tiempo en el padre de Karima, buscó la alta figura del prisionero más joven.

—Joven, ¿eres conocido por el extraño nombre de Hoyuelos?

—Así es.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

Antes de que Hoyuelos respondiera, Meir irrumpió a gritos:

—¡Padece amnesia! Ni lo recuerda.

—¡Judío! Habla solamente cuando se te pregunte —replicó un religioso regordete y de mejillas sonrosadas.

Torquemada aguardó a que regresara el silencio, y una vez que este se hizo nuevamente, volvió a preguntar.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Mi nombre es Ezequiel Cabral.

A la mañana siguiente de la intrusión de los encapuchados en Royohondo, Asiel paseó por las extensas viñas, como tantas mañanas solía hacer. Montado sobre Claro, su caballo blanco, cruzó la planicie de vides, olivos y almendros en dirección a la casa, saludando a su paso a los jornaleros que trabajaban las tierras. Al llegar, le resultó extraño ver el cristal roto de una de las ventanas, pero más extraño fue encontrar la puerta entornada en vez de hallarla abierta de par en par. Abrió y no encontró a nadie en el amplio salón de entrada. A esas horas, lo normal era encontrar a Karima ajetreada en la cocina. Subió las escaleras y llamó a gritos, pero nadie respondió. Bajó de nuevo y entró en el salón de la chimenea. Las señales de violencia que descubrió lo dejaron perplejo y preocupado. La mesa del centro, la mayor, estaba tirada en el suelo. Junto a ella había una capucha negra a medio quemar. Salió de la casa y corrió por el llano en dirección al trabajador más cercano, para preguntarle si esa mañana había visto a Hoyuelos o a alguien de su familia, pero la única respuesta del jornalero fue la extrañeza de un no. Subió a su caballo y cabalgó entre los molinos buscando la cima del tajo del Águila. Tras llegar a la cumbre y buscar en todas direcciones, tampoco descubrió nada fuera de lugar. Su siguiente paso fue alcanzar la atalaya más cercana, distante a un cuarto de legua, pero también encontró el lugar desierto. Sin otras ideas, solo concibió una hipótesis, nada descabellada, por cierto: Era obra de don Gabriel de Guzmán.

Con un trote violento recorrió la distancia que lo separaba de la villa. Entró en ella como una exhalación, pegado a las murallas inferiores. Nada más cruzar Caño Alto, giró a la izquierda y subió hasta encontrarse con el arco de entrada a la fortaleza.

—¿Quién va? —gritó desde la distancia uno de los soldados de la entrada.

—Asiel Cabral, amigo de vuestro comandante, don Alonso de Cárdenas.

—El maestro se encuentra reunido con varios nobles.

—Subid, os lo ruego, decidle que Asiel Cabral necesita urgentemente de su consejo y ayuda.

Poco tiempo después, era el mismo maestro quien bajaba con celeridad por la empinada cuesta desprovista ya de manto verde.

—¿Qué ocurre, amigo mío? —preguntó.

—Han desaparecido, y en la casa encontré señales de violencia.

—¿Quiénes han desaparecido? —demandó don Alonso.

—Todos. Karima, David, mi padre y Hoyuelos. Tuvo que ser anoche, pues la tarde de ayer la pasamos en compañía.

—Mandaré a algunos de mis mejores hombres para que investiguen en la casa y los alrededores, pero decidme, ¿sospecháis de alguien?

—Naturalmente, don Alonso, aunque no dispongo de pruebas.

—¿Quién es el centro de vuestras sospechas? —preguntó don Alonso.

—Don Gabriel, quién si no. Ya sabéis el enfrentamiento que mantiene conmigo y el que entabló hace más de un mes con Hoyuelos.

—Asiel —susurró don Alonso echando su brazo sobre el hombro del amigo—, eso que decís es peligroso. No tenéis pruebas, y puedo aseguraros que, aunque desconozco su nombre, tiene alta protección. Pero sin duda no existe nadie más indicado para vuestro recelo, lo cual me hace compartir también vuestra opinión. Haremos una cosa —dijo mirándole a los ojos—. Permaneced tranquilos en vuestra casa y dirigid los pensamientos a vuestros quehaceres. Seré yo quien me acerque a la casa del burgalés para ver si puedo encontrar algo.

—Gracias, don Alonso, le estaré eternamente agradecido.

—Para lo que necesitéis, amigo mío.

El maestro de la orden de Santiago dio aviso a uno de los soldados de guardia para que llevara un recado a un capitán de su

completa confianza, y después partió al galope buscando los llanos del río, en dirección a la casa de don Gabriel de Guzmán.

En las inmediaciones de la torre del burgalés, los musulmanes trabajaban la tierra con rastros de certeros latigazos sobre sus desnudas espaldas. Hombres o niños musulmanes, daba lo mismo, el látigo no hacía distinción. En ese momento, en lo alto de una muralla que rodeaba la torre, un hombre de tez cetrina hizo sonar una campana y todos los trabajadores abandonaron sus puestos y acudieron a la llamada de la olla. Instantes después, comenzó el reparto de sustento en desgastados cuencos al que añadían unas magras raciones de agua hervida con cebolla, habas y pan duro.

Por detrás de la fila de jornaleros, apareció don Gabriel ataviado con una armadura de entrenamiento. Era muy pesada, estaba sucia de barro y briznas de hierbas, llena arañazos y signos de desgaste.

—Dios lo guarde, don Alonso.

—Y a vos, don Gabriel.

—¿Qué le trae por aquí?

—Problemas e inquietudes, desde luego. Estoy ayudando a Asiel Cabral, pues su familia ha desaparecido de Royohondo y la estamos buscando. He preguntado en cada alquería que he visto, pero nada de nada, y al pasar por aquí, me pregunté si vuestros hombres habrían observado algo extraño durante la noche o al alba.

—Supongo que nada, don Alonso. De ser así, me lo hubiesen comunicado.

—En ese caso, os pido por favor que si oís algo me lo hagáis saber.

—Así lo haré, don Alonso. Id con Dios.

Don Alonso se marchó por entre los árboles recién sembrados, machacando con las robustas patas de su animal los terrones de tierra y mantillo. Mientras tanto, don Gabriel se quedó mirándolo, aguardando a que desapareciera en dirección a la villa ocre y blanca, antes mora y ahora marchita. El jinete aún no había empezado a subir la cuesta donde, en un futuro muy lejano, los Palomos sembrarían su cortijo y su nogal, cuando un soldado de su confianza se le acercó.

—¿Creéis que sospecha algo, don Gabriel?

—Sin duda, no es tonto, y sabe a la perfección que somos los únicos que nos atreveríamos a perpetrar algo así contra esa familia que él mismo protege. Debemos arrancar esos recelos de su mente, así que en un rato le invitaré a tomar algo en mi torre y dejaremos que uno de sus hombres husmee por donde quiera. En un rato, dale el tiempo suficiente para que llegue a la fortaleza. Luego ve en su busca y alega que uno de nuestros soldados vio algo extraño al alba, al otro lado del río, pero que no le dio mayor importancia. Quiero que nuestros hombres miren para otro lado mientras los suyos indagan disimuladamente bajo cada piedra.

El burgalés dejó a su soldado con la misión encomendada y luego accedió a la segunda planta de la antigua torre vigía. Tiró de una cuerda que abría una trampilla con escalera y subió al lugar más alto de la torre, donde solo un año antes se apostaban los soldados andalusíes para certificar la ausencia de inquietud. Una vez arriba, cerró la trampilla y se acercó a Karima Toledo, atada y amordazada, hermosa como el sol, tierna como una nube de agosto, enamorada, esperanzada, temerosa.

—Karima, en un rato tendremos visitas. Don Alonso trata de encontrarte, y mi misión es erradicar cualquier sospecha. Vamos a cortar la cuerda que da acceso a este cuartucho y a clavar unas maderas que oculten el lugar. Pasarán bajo tus pies, no lo dudes, pero eso deberás obviarlo, pues lo único que conseguirás será que el hombre en cuestión muera, y cuantos sean necesarios, incluido el maestro. Puedes pensar que es una farsa y atreverte a probarlo. No te lo recomiendo, pero tú decides si merece la pena arriesgarse.

Semanas después, cuando don Alonso dejó de buscar a la familia Cabral, don Gabriel de Guzmán, como cada día, subió a la alta torre, la prisión de sus amores. Estaba atestada de rosas y bellas flores que, más que endulzar, amargaban el aire que respiraba la cautiva. Muchos días habían pasado desde que Karima fue secuestrada por los hombres de don Gabriel, y desde entonces, ni un solo día dejó de ser fiel a su corazón, retorciéndose de angustia ante la insistencia del burgalés, que no cesaba de agasajarla con presentes. El caballero cristiano había intentado todo para conseguir su amor, pero solo había conocido el fracaso. Sus visitas,

inicialmente delicadas, con el paso de los días se tornaron agresivas y viles, y una suma de desilusiones. Pero estas innobles cualidades no tocaron fondo en la vejación, pues le aseguró, y hasta el momento mantuvo su palabra, que de tomarla sería bajo los lazos sagrados. Y así pasaron los días y ni con todo el interés de don Alonso y el tormentoso indagar de Asiel Cabral se consiguió algo concreto sobre el paradero de los pobladores de Royohondo.

Meir y David miraron a Hoyuelos sin dar crédito a lo que acababan de oír. Sabía su nombre, y era un nombre muy familiar. De todos los presentes en aquella gran sala, ni uno solo podría decir que alguna vez había visto a Torquemada sonreír de la forma que lo estaba haciendo. Era una sonrisa leve, sostenida, que no ocultaba la satisfacción implícita.

—¡Ah, pero si hay aquí mucha sangre Cabral! —expresó fray Tomás.

—Nada de eso —tronó Meir viendo lo que se le venía encima al muchacho—. Este joven nada tiene que ver con mi familia. Lo que mantengáis conmigo, conmigo es. Ellos no han hecho nada.

—Eso lo decidirá este tribunal designado por Dios, y es con Él con quien mantenéis una deuda, no conmigo —replicó el dominico.

—¿Dios? —se apresuró a gritar Ezequiel llamando la atención de toda la sala—. ¿Creéis que Dios es conforme, que observa y aplaude la cortina de muerte con que cubrís la vida que crea? —Un murmullo, leve al inicio, se transformó en delirante vocerío señalando la blasfemia del joven.

—Calla, hijo. ¿Has perdido la cabeza? Estás en el fondo de un pozo, ¿quieres que sellen su boca? —le advirtió David.

Rojo de ira, con los ojos hundidos en sus cuencas diabólicas y escupiendo con cada palabra que brotaba de su boca, Torquemada avanzó señalando a Ezequiel con su índice enjuto y manchado, maldiciendo su estampa, hasta ponerse cara a cara con el joven.

—¿Dudas tú, asesino de Cristo, de la pureza de este santo tribunal? —Las gotas de saliva mojaron el rostro de Ezequiel, que

abrió los ojos y respiró hondo antes de exclamar:

—¡Hasta la médula, asesino! Empezando por ti, que pisoteas los mandatos que tu Dios legó.

El dominico, fuera de sí, empezó a dar gritos que ponían los pelos de punta a todos, al tiempo que lanzaba furibundos golpes sobre el pecho del joven osado. Cuando se cansó, entre jadeos y grandes bocanadas de aire, tronó:

—Yo soy su vigilante, su ojo en la tierra, su mano vengativa, su látigo, su voz, su ira. Yo encarno la pureza que Él quiere sembrar en el mundo, su azada para la mala hierba, el fuego para el malsano sarmiento, así que tú, demonio del infierno, dime uno, tan solo uno de los mandatos que yo incumplo.

—Me lo pones fácil, con uno solo me lo pones muy fácil. —La sala enmudeció ante la arrogancia del joven que incumplía las más simples normas de respeto y cortesía, y que parecía desconocer el miedo—. No matarás, dijo Dios, y tú lo haces cada día —le espetó Ezequiel a un palmo de su cara.

Uno de los ballesteros se acercó y le propinó a Ezequiel un fuerte puntapié en la espinilla. El muchacho cayó al suelo haciéndoles creer que había acusado el impacto. Después, allí mismo, en esa sala alterada por la desacostumbrada intervención de un reo, continuó el interrogatorio, pero llevado esta vez por el religioso circunspecto de anchas costillas y consternadas mejillas. Tras las preguntas y las pertinentes negaciones, hubo más preguntas con sus silencios por respuestas. Al final, ninguno de los tres acusados se confesó culpable de los cargos que varios testigos ausentes afirmaban conocer, por lo que una de las maquinarias más certera construida en la historia de la tortura fue engrasada y puesta a trabajar para obtener las confesiones que se precisaban para proceder al saneamiento de las almas poseídas por el demonio. Las pruebas, al provenir del testimonio de personas tan gratas y fiables, no podían calificarse de presuntas. Así que, por varios medios, se intentó hacer coincidir las palabras que a regañadientes soltaban los cautivos con las vertidas por los acusadores. El primero que quiso firmar sus delitos fue David Toledo, incapaz de soportar más dolor, pero como constató que él era el único culpable de los hechos que

se mencionaban, negó tajantemente la intervención de sus compañeros de ataduras. Para llegar a este punto de sometimiento, David soportó tormentos que pocos hombres hubiesen resistido. Perdió el pellejo de sus talones a causa del fuego, sintió un frío dolor en sus entrañas cuando le introdujeron trozos de cañas bajo sus uñas, y percibió el tormentoso rebullir de un insecto que metieron en su oído izquierdo, al que sus torturadores llamaban *comecerilla*. Más tarde, cuando comprobaron que nada servía, con una especie de fuelle le metieron agua por los agujeros de la nariz y sus partes íntimas, y como eso tampoco lo venció, recurrieron al que llamaban «el último recurso», porque el prisionero que llegaba hasta allí, rara vez salía con vida. Era el potro, donde se estiraba el cuerpo del prisionero hasta descoyuntar todos sus miembros si antes no hablaba. Fue este instrumento el causante de su sometimiento nada prematuro. El potro, siempre el potro. Allí se terminaba aceptando lo que fuera o se obtenía el fin de la vida, no había más opciones. Cuando lo liberaron, David descansó de su tormento y se relajó apostado en las puertas de la muerte. Al verlo, Meir, que había resistido con fuertes alaridos las mismas vejaciones, dijo que firmaría en las mismas condiciones, pero hasta eso le costó trabajo, pues sus articulaciones habían dejado de funcionar.

Esta era la verdadera esencia del torturador del Santo Oficio, llevar al torturado a un punto donde se rindiese y le diese tiempo a firmar su sentencia, por lo que Félix, sumo experto en estas lides, que había alcanzado el éxito en muchísimas ocasiones, se sintió nuevamente feliz. Pero para él no todo estaba hecho. Si quería ser completamente eficaz, debía llevar a Ezequiel, el más duro de los tres hombres, por el mismo callejón que había llevado a los dos viejos. Félix percibió que Ezequiel era un tipo verdaderamente duro, mucho más que un soportador, nombre con el que acostumbraba a llamar a los tipos irreductibles. De esos había visto a algunos, pero no como este. Había hombres capaces de soportar los tormentos hasta niveles insospechados, pero escondiendo su dolor en los gritos e improperios para desviar la lógica de una mente atormentada. En cambio este joven aguantaba el dolor en el más absoluto de los mutismos, con el corazón ralentizado como el andar

de una babosa por una hoja verde y los ojos cerrados como un mochuelo posado en una rama cuando el sol solo ha recorrido la mitad de su trayecto diario. El desconcierto de Félix era infinito. Ni un grito de dolor, ni un insulto que le insuflara maldad para acometer con mayor ahínco su trabajo. Ni una lágrima, ni heces involuntarias, ni orines incontrolados, nada, absolutamente nada.

Así transcurrió mucho tiempo intentando tensar el cuerpo de Ezequiel y destensándolo para que se reconfortase. Sin embargo, misteriosamente, la fuerza que tenía que aplicar al torno era sumamente grande, y parecía como si una resistencia física se opusiera a ello. Aunque Félix no lo sabía, ese efecto lo causaba el traje que llevaba puesto Ezequiel, que se resistía a perder la forma protegiendo al sujeto que lo portaba. Incluso, el rostro del joven siempre estaba sereno e inexpresivo, como evadido de la realidad. Inquieto por fallar en su trabajo, ya realizado con éxito con los dos ancianos, Félix destensó el potro para darle un nuevo descanso al reo. Pero al soltarlo creció su inquietud, pues parecía no respirar. «¿Acaso habrá muerto?», se preguntó el torturador. Temeroso de que así fuera, se acercó mucho más al cuerpo, lo examinó y certificó su temor, pues parecía que no respiraba. Para asegurarse, sacó su cuchillo, lo limpió y lo acercó a los orificios nasales. Félix contó cien gotas de agua en su lento chocar contra el suelo, pero en todo ese tiempo, la hoja no se empañó. Contó otras cien con la hoja en la misma posición, pero esta seguía sin recibir ningún hálito, y entonces tuvo certeza de que el joven había muerto. Antes de soltarlo, pegó un hierro al rojo vivo sobre los desnudos talones del muerto. Era la última prueba, siempre la hacía. Ezequiel tampoco reaccionó, por lo que empezó a quitarle la cadena que aprisionaba su mano derecha. La mano cayó pesadamente e inerte hasta golpear el costado del potro con un ruido seco; después liberó la izquierda. Félix, preocupado por su fracaso, se volvió para desatar los pies y así terminar de liberar al cadáver. Tras hacerlo, se llevó el mayor susto de su vida, pues el muerto se movió con la rapidez de una mosca cambiando de dirección en el aire, hasta dejarlo con la cara pegada a los pies, sin poder moverse y sin oxígeno para pedir ayuda.

Ezequiel lo amordazó con unas correas de cuero, lo colocó en el potro y le dijo que si intentaba hablar o hacer ruido, lo descoyuntaría en un santiamén. Si en ese momento a Félix le hubiesen puesto una hoja metálica en la nariz, tampoco hubiese sido empañada por su hálito, porque lo retenía como si la vida le fuese en ello.

Tras colocarse una gasa impregnada de farwa en el talón, que obtuvo de un cierre escondido en su pecho, lo primero que hizo el joven fue acudir en busca de David, ya que Meir tenía los ojos abiertos, prueba de estar en mejores condiciones.

—David, amigo mío —dijo Ezequiel zarandeando con ternura al viejo, que abrió los ojos, enrojecidos de tanto sufrir. Al verlo en aparente buen estado, comenzó a liberar sus muñecas, pero estas, sin fuerzas, cayeron sin poder contrarrestar la fuerza de la gravedad.

—No te esfuerces —murmuró David—. ¡Huye!

—No, si no es con mis amigos, no me moveré de aquí.

—Me estoy muriendo, Hoyuelos... o Ezequiel, qué más da, buena persona y amigo, al fin y al cabo.

—¡No, no moriréis! —dijo Ezequiel con lágrimas en los ojos—. Os sacaré de aquí y os curaré.

—Ya es demasiado tarde para eso, no olvides que soy médico.

Ezequiel le cogió una mano y le pasó la otra por la cabeza blanca. Estaba llorando. La muerte, tan presente en su vida, tan cortés a la hora de visitar a sus seres queridos, volvía a reírse de él. Consternado, bajó sus ojos lacrimosos al suelo y se dijo a sí mismo: «¿Por qué tuve que venir aquí? ¿Acaso no tuve suficiente sufrimiento en la vida que Dios me concedió?».

—Ezequiel —musitó David, débil—. Ahora que recuerdas tu pasado, dime una cosa: ¿Tienes a alguien esperándote?

—No, estoy solo.

—Entonces, hazme un favor. Encuentra a Karima y uníos. Cuídala, llévala contigo a donde debas ir.

—Si ella quiere, así lo haré. Ese es mi deseo.

—Querrá, sé que querrá.

Lentamente, la cabeza de David fue ladeándose; después, los ojos se le cerraron y su pecho, al bajar, se mantuvo ya inerte. Murió con

un deje de resignación en la cara, encajando como pudo el último bache que encontró en el camino.

Ezequiel se repuso y acudió a la llamada de Meir, que también empezaba a agonizar.

—Dime, hijo. ¿De dónde es tu apellido? ¿De Italia, de Flandes?

—De aquí, amigo mío.

—Eso es imposible, a menos que seas pariente cercano, y a todos estos los conozco; los más lejanos están en *Balansiya*.

—Yo también soy pariente vuestro, un descendiente, un hijo lejano.

—Eso es imposible, conocería a tu padre... —Meir miró a los ojos de Ezequiel y supo que era cierto, pues en ellos no había hueco para la mentira.

—Decidme una cosa, señor. ¿Qué os ocurrió en el pasado con él? —preguntó Ezequiel refiriéndose a Torquemada.

—Eso viene de muy lejos —le susurró Meir con los ojos en otro lugar—. Fue precisamente su acoso sobre toda mi familia en Castilla uno de los argumentos que hizo que nos marchásemos al reino de Granada. Le tiene demasiado odio a los Cabral, y todo es por mi culpa.

—Pero... ¿qué pasó para que sienta tanto odio por nuestra familia, y más tarde por todos los judíos?

—Primero porque él también es de origen judío, y nada más propicio para alejarte de algo que atacarlo con todas tus fuerzas; y segundo, y más importante, por algo por lo que las almas codiciosas se corrompen: el desamor.

—¿El desamor? —repitió Ezequiel sin comprender.

—Sí. Antes de ser religioso, Tomás fue hombre. De joven, muy de joven, él y mi hermana estuvieron enamorados, pero esta olió su negro interior y terminó repudiándolo. Era hermosa como el húmedo rocío que refresca la mañana, e inconfundible por su belleza y aquel lunar que parecía una lágrima debajo del ojo. Dolido con ella, con toda mi familia y con el mundo, el joven Torquemada ingresó en una orden religiosa, pero no por ello cejó en su empeño por conseguirla y acosarnos. Desde su nueva posición, los ya de por sí poderosos lazos de amistad que tenía su familia se incrementaron y fueron

aprovechados para provocar y condenar de una u otra manera a la mía. Incluso sé, aunque nunca obtuve pruebas, que fue el artífice del secuestro que nos arrebató a Rosa. Cuando ocurrió aquel doloroso episodio, creímos que se trataba de alguien que quería obtener algún dinero por medio de un rescate, cosa común en aquellos días, pero luego no fue así, desgraciadamente, y no supimos nada de Rosa durante al menos un año, hasta que un día gris recibimos una carta de su puño y letra. Era una carta muy vaga, escueta. En ella nos pedía que la perdonásemos, pues pensaba acabar con su vida, ya que el peso del mundo era demasiado grande para seguir viviendo en él.

—¿Murió?

—Sí, en su cautiverio fue forzada y tuvo un hijo no deseado, y luego, infeliz por ello y por su vida, se la quitó.

—Qué historia más triste. Y el hijo... ¿De quién?

—Eso no creo que lo sepamos nunca, pues es un secreto enterrado donde jamás llegará la pala de nuestra sabiduría. —Hubo un silencio duradero en el que Meir se secó las lágrimas de las mejillas. Seguidamente, prosiguió—: Después de aquello, el fraile, que siempre tuvo a mi familia en su contra, inició su despiadada campaña en contra de nuestra religión y nuestras costumbres ancestrales, dolido y empujado por el irremediable y voluntario abandono definitivo de mi hermana, hecho que por alguna razón que me es desconocida, alcanzó a saber.

—¿Y el hijo? ¿Qué pasó con el hijo? —preguntó Ezequiel.

—De eso nada supimos —contestó Meir gesticulando con su cabeza—. Seguramente lo daría a algún monasterio.

Ezequiel pensó en el porqué de tanto daño que había hecho este personaje en la historia. Quizá algo tan simple o tan complejo como el desamor hubiera influido para que ese hombre sin alma, equivocado, llegara a ser el artífice de la leyenda negra de España.

—Pero... ¿cómo puede un hombre solo acaparar tanto poder y utilizarlo de esa manera tan mezquina?

—No, no te equivoques, no estaba solo. Lo acompañaron los rencores, los miedos y las envidias de otros muchos.

—¿Y por qué tantos enemigos?

—Por encontrarme cerca del poder, aun sin quererlo. Mi padre fue jurista en la corte de Juan II. Nací allí, en un lugar tan innoble para vivir, vaya ironía. Crecí siendo amigo de Enrique IV, su mejor amigo de la niñez, querido por el rey y por la reina, hasta que mi padre pidió permiso para retirarse de la corte y vivir en Toledo. Allí nos marchamos cuando yo tenía nueve años. Fue entonces cuando conocí a David. Nos hicimos inseparables, al igual que más tarde nuestras esposas. Vivimos allí hasta que Enrique IV accedió al trono y demandó mi presencia a su lado como jurista y contable real. No pude negarme, así que marché con mi primera mujer, que murió un año más tarde. Intenté hacerlo lo mejor que pude, sin ocupar las primeras líneas, por decisión propia, pero con influencia para aconsejar al rey y ser escuchado, al menos al principio. Diseñé un plan que, de haberse llevado a cabo, hubiese fortalecido el reino, no tengo dudas. Hasta el marqués de Villena lo apoyaba. Lo que no sabía entonces es que lo apoyaba por interés propio y no porque creyese en ese plan. Desde el principio fui muy claro con el rey. Le aseguré que el poder de cualquier Estado reside en la confianza que tenga el pueblo en su monarca y sus dirigentes. Ellos, el pueblo, son los pilares donde se sustenta todo, aunque no lo crean. Si el pueblo está contento, los nobles no pueden abrir filas contra su dirigente, pues se los comerían. Quería que el rey fuese participe de la verdad, aunque eso implicase un peligro para mí y un baño de humildad para él, y le aseguré que debía aceptar toda crítica para mejorar, y que no pensara nunca que era un buen rey, porque eso lo llevaría a la autocomplacencia y esta derivaría en el desastre, pues para descubrir si un rey ha sido verdaderamente bueno, solo existe un camino, y este se vislumbra a toro pasado, cuando se dan dos factores. El primero, que sea derrocado; y el segundo, que en el exilio termine viviendo en la pobreza. En ese plan que concebí, para volver al principio, contemplé una redistribución en la recaudación de impuestos, donde los que más ganasen más aportasen, y los que menos, mucho menos, pues ese dinero que se les «robaba», si permanecía en circulación, crearía comercio, riqueza y redundaría en el Estado de manera más efectiva que siendo gestionado por el propio Estado y sus nobles. Lo intentó, de veras, al menos al

principio, pero los nobles se le echaron encima temiendo ver mermadas sus riquezas, de la misma forma que la Iglesia, que temía perder sus privilegios. Al final mi nombre afloró y me convirtieron en su más acérrimo enemigo, por mucho que mi voz y mi cara, hasta entonces, hubiese sido la de don Diego Arias. Resistí, a pesar de todo, pero el rey no, que empezó a recular en las medidas y a tomar más en serio a la nobleza, desoyendo mis críticas en cuanto a abordar una guerra contra Granada. Yo era ya el centro de todo mal en aquellos días, por todo, por esto y por lo otro. Los nobles ponían en mi persona el interés de atacar el reino nazarí, lo cual acabaría en una merma de sus riquezas. La Iglesia, por el contrario, me responsabilizaba de que no se hiciera, lo cual era cierto, pero no por los motivos que ellos aseguraban: el odio a su religión para favorecer a la mía.

—Desde que os conozco —lo interrumpió Ezequiel para fortalecerlo—, jamás observé en vos un sentimiento nocivo hacia ninguna religión.

—Por supuesto que no, hijo. Siempre tuve una mente abierta a esos aspectos del hombre. Defiendo la libertad de pensamiento y culto de todas las personas, y lo que es más importante, la respeto profundamente. No soy un necio, un intransigente o un hipócrita. Nunca en la vida puse una religión por debajo de la mía, que es la mía por una única y sencilla razón: el destino me depositó en una cuna cuyos padres creían en ella. Por eso sé que si hubiese nacido en cualquier otro lugar del mundo y fuera un intolerante, defendería a esa religión hipotética por encima de todas las demás, y ese, lo creas o no, es el viacrucis del ser humano, la sierra que lo separa del hermano. Nunca defiendas a una religión por encima de otra y toléralas a todas, hijo mío, ese es el mayor consejo que los años me han enseñado a dar. Si lo pusiésemos en práctica y supeditásemos nuestras creencias a un segundo plano de nuestra existencia, este mundo sería otro.

Ezequiel preguntó a Félix por un pellejo que había en una mesa, y tras probarlo y asegurarse de que era agua, le ofreció un sorbo a Meir, que respiraba con suma dificultad.

—Así que después de aquello —prosiguió Meir—, pedí permiso al rey y renuncié a mis labores en la corte y regresé a Toledo, donde tiempo más tarde me casé de nuevo y nació Asiel. Fue allí, a los pocos años de aquel alumbramiento, cuando Dios bendijo a David con su única hija, Karima. Pero tuvimos que marcharnos por la presión de la nobleza y de Torquemada. La nueva reina me apreciaba, pues fui su maestro durante algunos años de su niñez, pero no me perdonaba que hubiese defendido el honor de su hermano hasta las últimas consecuencias. Aquello fue lo más ruin que he visto en mi vida. Si hasta retocaron los cuadros para negar el innegable y profundo parecido entre Enrique IV y la que los miserables continúan llamando la Beltraneja. Luego fuimos a Granada, donde apreciaron sobremanera mis servicios, que abandoné cuando comenzó la guerra, pues mis ideas no cazan con las de los tiempos de guerra, es decir, esquilmar al pueblo hasta extraerle todo el jugo. Después de aquello, nos marchamos a un sitio tranquilo donde pudiésemos pasar el resto de nuestros días, y fue allí donde nos encontraste.

Ezequiel miró nuevamente a Meir para hacerle otra pregunta, pero ya no estaba allí. Había muerto.

Controlándose como nunca para no quitar lo que no podía dar, Ezequiel se acercó hasta el potro donde se hallaba Félix. Allí, el olor a miedo y a heces se palpaba.

—Si no quieres que te ocurra nada, llama con naturalidad al vigilante.

El vigilante entró y, rápidamente, Ezequiel lo puso a dormir amarrado al potro. Después, subió sigilosamente las escaleras, regalando dolor y sueño a cada desdichado que iba encontrando en el camino. En vez de ir a las caballerizas y coger dos caballos para marcharse con los cadáveres y darles sepultura como tenía pensado, saltó sobre los escalones en cuanto oyó los gritos de varios desventurados en el piso superior, seguramente, en la misma sala donde estuvo durante el interrogatorio.

Cuando entró en la sala, en vez de tres ballesteros, como cuando se desarrolló su caso, había solo dos, que se apuntaron también a la repentina epidemia de sueño que parecía conquistar las

dependencias del Santo Oficio. Los religiosos empezaron a chillar asustados, sobre todo al ver la displicencia y desenvoltura de Ezequiel, que había esquivado las saetas y derribado a los ballesteros. «Sin duda es un diablo», pensaron los regordetes dominicos y demás religiosos. Con calma, Ezequiel avanzó hacia Tomás de Torquemada, que se escondió detrás de otro religioso ancho. Mientras iba a su encuentro, varios dominicos sacaron puñales de debajo de sus túnicas y arremetieron contra Ezequiel, pero todas las cuchillas cayeron con estrépito al suelo, al tiempo que las muñecas crujían y las gargantas gritaban de horror. El religioso ancho se quitó de en medio y se quedó frente al encorvado asesino de vestimentas raídas y sucias, de cuello nauseabundo y ensangrentado por el continuo ajetreo que sus manos llevaban en las malolientes verrugas negras.

Ezequiel levantó la mano y el dominico cerró los ojos asustado, pero solamente le quitó con un fuerte tirón el crucifijo de madera que portaba en su pecho.

—¡Quítate esto! Dios tiene que sentirse avergonzado de que lo lleves, y ven conmigo.

Con la vida del arrogante Torquemada en sus manos, nadie se atrevió a acercarse a Ezequiel, que llegó hasta las caballerizas y montó en un caballo con el inquisidor general. Bajaron cabalgando hasta las mazmorras, arrastrando a una yegua sobre la que Ezequiel ató los cuerpos de sus amigos, y salió por los estrechos pasillos hasta el patio. Allí, todos los presentes fueron obligados a entrar en una cuadra donde el propio Ezequiel los encerró, atravesando la puerta con un madero de grandes dimensiones. Con el camino despejado, puso en el suelo al inquisidor y se marchó al galope en dirección sur por las calles de Valladolid.

Fue el mismo inquisidor general quien abrió la puerta donde estaban reclusos todos sus colaboradores y subordinados, pero en vez de dejarlos en libertad, pasó al interior. Primero estuvo un rato paseando alrededor de todos ellos, sin decir nada, hasta que finalmente habló, amargado y poseído por la cólera.

—Si alguno de los presentes abre la boca sobre lo ocurrido hoy aquí, que Dios lo parta con un rayo.

Jamás nadie habló de aquello.

Ezequiel galopó como un loco por las calles empedradas y por otras embarradas por una llovizna reciente. Su caballo estuvo varias veces a punto de resbalar, pero siempre consiguió vencer esos apuros. En la yegua blanca, los cuerpos inertes y pesados de los dos judíos daban pequeños saltos sobre el lomo sudoroso del animal, pero sus ataduras, fuertes y precisas, evitaron que cayeran al suelo. Ezequiel recordaba perfectamente el recorrido que hicieron por las calles en el carromato convertido en cárcel; simplemente lo recreó en sentido contrario. Al llegar a las puertas de la ciudad, las encontró abiertas, pero un soldado que montaba guardia se alertó al ver la prisa y la carga que traía y le dio el alto. Sin aminorar la marcha, Ezequiel pasó junto al soldado que tenía la mano levantada, y en ese instante, él también la levantó y le dijo adiós en señal de saludo, al tiempo que oía al ridículo soldado gritar: «Adiós no, que pares».

Cabalgó sin descanso durante horas, pero a un ritmo que no hiciese sufrir a las monturas y evitando exponerse a los riesgos de una cabalgada por los transitados caminos, que seguramente estarían atestados de soldados del Santo Oficio. Dejó los llanos y subió una suave pendiente que discurría junto a un arroyo entre dos arboladas colinas. Tras ellas, un inmenso bosque de rebollos se perdía en el horizonte. Estaba surcado por dos caminos, o al menos eso era lo que se veía desde la posición que ocupaba el Cabral. En mitad de tanto verde, Ezequiel se supo a salvo, al menos en principio. De vez en cuando se encontraba con senderos usados por pastores, pues las huellas y las heces de cabras lo atestiguaban. Alguna vez que otra, al subir una pendiente, podía notar su avance lejano y paralelo al camino principal. De esta manera, no se extraviaba y al mismo tiempo evitaba dejar un rastro legible a sus seguros perseguidores.

La noche lo alcanzó sin que se diera cuenta, pero su claridad persistente le permitió caminar sin descanso durante un rato más. Algún tiempo después, paró a escasa distancia de un claro. Allí había árboles comunes que dibujaban figuras extrañísimas, antinaturales; sobre todo encinas y rebollos. Se detuvo estupefacto

junto a una encina joven. Lo que le llamó la atención del árbol no fue su edad ni sus frutos, que se hallaban lejos aún de la cosecha, sino su tronco, pues se retorció sobre sí mismo describiendo un nudo imposible, al igual que el formado por el tronco del Olivo con su metafórico grito de angustia. Era un lugar hermoso, igual que el árbol, y quizá por ese motivo decidió enterrar a sus dos amigos junto a su tronco. Durante varias horas excavó dos agujeros profundos en la dura y prensada tierra, y luego, con dulzura, depositó en ellos los cuerpos, que ya empezaban a descomponerse. Al borde de las tumbas, Ezequiel pronunció una oración por las almas de sus amigos, una oración a Dios, al Dios de todos, al único Dios que Ezequiel creía posible, aunque no tuviese nombre siquiera para designarlo. Después de aquella larga oración, cubrió las fosas con tierra, pero no las señaló, pues... ¿qué más señal que el bello árbol que las custodiaba?

En la quietud y el silencio de la noche, el joven se despertó alarmado por el cercano ladrido de un perro. Las monturas seguían atadas en el lugar que las dejó. Con sigilo avanzó en dirección a los ladridos, pensando que si estaban siguiendo su rastro, se oiría el ladrar de una jauría, no un único perro. Hambriento, después de dos días sin probar bocado y muchos sin comer bien, avanzó hacia el claro que se abría a su derecha. Los ladridos provenían de allí, de ese trozo antes oculto a sus ojos, concretamente de una pequeña casa que mostraba una luz tenue a través de sus ventanas. Ezequiel se alejó del claro en dirección a los caballos, imaginando que si se acercaba a la casa a esas horas, sus moradores recibirían un susto de muerte. Con la llegada de la aurora, se apostó en la espesura, junto al claro, en un lugar desde el que podía observar sin ser observado, y allí permaneció hasta que divisó el pausado caminar de un anciano por detrás de unos árboles. Entonces se levantó y se encaminó hacia él, pero con la precaución de advertirle que estaba allí.

—¡Señor!

En el silencio del bosque, casi nunca roto en aquellos lugares por la voz del hombre, la de Ezequiel alertó rápidamente al anciano, que devolvió la llamada con un «quién va».

Finalmente, el anciano descubrió al extraño hombre vestido de negro, pero su solitaria presencia y su lento caminar lo tranquilizó, a pesar de la suciedad y la poblada y desaliñada barba.

—¿Qué deseáis?

—Solo agua, señor, y un poco de comida, si es posible. He dormido junto al claro. Vi su casa, pero no quise molestarle a esas horas de la noche.

—Eso ha estado bien, de lo contrario os habría ensartado sin preguntar. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? El camino queda muy lejos. Huís de algo, ¿no?

Ezequiel se fijó en su indudable atuendo judío, y no tuvo reparo en decir la verdad, intentando obtener con ello también la ayuda que tanto necesitaba.

—Sí, del mismísimo Torquemada.

—Si huís del demonio, sois bienvenido a mi casa. Pasad adentro. Mi hija está horneando unos panes, y tenemos aceite del sur y estos ajos que acabo de coger del granero.

El nombre de la hija era Soledad, acertado para el lugar donde vivía. Cuando Soledad supo de la visita de un extraño, temió lo peor y regañó a su padre, pero una vez vio los tranquilos ojos de Ezequiel y la bondad que transmitían, se serenó y hasta llegó a alegrarse. Con el anciano y la mujer vivía el hijo de esta, un zagalillo que todavía no había cumplido los seis años. La familia era judía, y se apenaron mucho con todo lo que les contó Ezequiel sobre su estancia en las dependencias de la Inquisición. Después, fue la propia Soledad quien le prometió que cuidaría de las tumbas de sus amigos llevando flores cada vez que estas se marchitaran. Soledad era viuda, su marido había sido quemado dos años atrás en un auto de fe. Las únicas pruebas que usaron para condenarlo fueron las quejas de un vecino de Valladolid, cristiano y colega de profesión, que dijo al Santo Oficio que su marido mezclaba el vino que servía en su taberna de Valladolid con sangre cristiana de recién nacido para pudrir el alma de los verdaderos creyentes. Pablo, el difunto esposo de Soledad, confirmó los cargos y los firmó en los calabozos de la Inquisición, aconsejado por el potro, naturalmente. Tras aquello, sus posesiones fueron repartidas entre la Corona, la Iglesia

y una pequeña porción para el delator. El último recuerdo que Soledad tenía de su marido era el de sus gritos de dolor mientras era consumido por el fuego.

El anciano se llamaba José, y era un hombre sabio, culto y justo, y autor, como luego más tarde descubrió Ezequiel, de las bellas figuras que dibujaban los árboles. Entendía de todo y hablaba de cualquier cosa con propiedad. Su vida cotidiana transcurría entre el cultivo de un huerto y el pastoreo de varias cabras y ovejas, de las que obtenía leche y queso. El segundo día de los siete que estuvo en su casa recuperándose de su famélico estado, Ezequiel lo acompañó al granero para ordeñar, y fue allí donde descubrió unos pequeños recipientes con los jóvenes árboles sembrados y con su figura ya formada.

—¿Cómo lo hacéis? —preguntó Ezequiel perplejo con aquellas figuras extrañas y hermosas.

José divagó para ofrecerle una respuesta esquiva, pero ese mismo día cambió de parecer cuando comprobó que Ezequiel no era un hombre corriente, sino alguien muy especial, al que posiblemente había estado esperando toda la vida. Advirtió que tenía una relación con las plantas que jamás percibió en otra persona, pues estas parecían reír de felicidad cuando Ezequiel interactuaba con ellas.

Esa primera noche le contó la historia de cómo aprendió a ejecutar las bellas figuras en los árboles. Ocurrió muchos años atrás, en su juventud, antes aún de contraer matrimonio con la madre de Soledad. En esos años hizo un viaje de negocios con un tío suyo. Viajó por Palestina y por Egipto, y fue en este último país donde un sacerdote de una religión antigua se lo enseñó.

Ezequiel le comentó que donde él vivía había un viejo olivo con un nudo en su tronco, igual al pequeño acebuche que descansaba en un recipiente junto a la pared. Cuando Ezequiel le contó esto, José se quedó sorprendido, pues se creía el único capaz de hacerlo en toda la península, y tomó el hecho como una nítida señal. Ezequiel también le contó que una vez, de pequeño, intentó hacer lo mismo con un acebuche, pero se partió. Después de romper el árbol estuvo triste una semana, en la que lo recordó como a un ser vivo que paseaba por el mundo. Algunos meses más tarde, algo repuesto, lo

intentó nuevamente, pero dejando el acebuche dos noches metido en agua. Casi lo consiguió, pues pudo hacer el nudo, aunque abierto y tosco. Un año después, el árbol murió estrangulado en sí mismo. Jamás volvió a atentar gratuitamente contra la vida de otra planta.

José era amante de los árboles. Entre sus amigos de juventud era conocido como el Piloto de Ramas, pues las gobernaba misteriosamente a su antojo y con suma delicadeza. Al comprobar José la fascinación que su trabajo produjo en el corazón del joven, quiso legarle la sabiduría de su arte, pues supo, por una extraña sensación que a veces afloraba en él y que lo dejaba perplejo, que todo cuanto había sido y sería en adelante su vida tenía como fuente y finalidad la conexión con ese joven de alma exquisita y pura. José le enseñó cómo ablandar el pequeño tallo de los árboles para que su nudo fuese perfecto; le explicó cuáles eran las especies que soportaban estas operaciones y cuáles no, la edad propicia para operarlos, la época adecuada, la mejor luna para sembrarlos y todos los secretos tan firmemente guardados. Le indicó los jugos que debía mezclar con el agua y el aguardiente para sumergir el tallo sin su raíz, pues si esta absorbía del preparado, moriría. Según el árbol deseado, debería estar dos, tres o cuatro días en ese fluido. En el caso de un pequeño olivo, eran dos días. Después, muy importante para que no sucediera lo que a Ezequiel de pequeño, se debía quitar la corteza de la zona a anudar, y una vez hecho el nudo, rodearla con una cataplasma que debería refrescar durante dos semanas para que sus savias se conectaran, y así, al crecer, progresaría el nudo en conjunto como parte del tronco y sin estrangularse.

Durante los siete días que permaneció en aquel claro lleno de sabiduría, adquirió muchos conocimientos que jamás soñó poseer. Incluso, el último día aprendió algo que nunca olvidaría. Algo místico, o tal vez solo un pensamiento filosófico, de esos que desinteresadamente regalaba el Piloto de Ramas. Todo sucedió cuando el pequeño Pablo, su nieto, se hallaba ausente de toda tarea y mataba el tiempo escribiendo en el techo de la cocina con tizne de una vela. Su madre, al verlo en esa actividad peligrosa y carente de fin, le regañó, pero el abuelo le pidió que lo dejara, pues esos

momentos en los que la mente vaga a su libre albedrío son los únicos en los que Dios nos libera de nuestro destino y nuestras tareas.

Ezequiel, atraído por la idea de aquel pensamiento tan filosófico, le pidió al Piloto de Ramas que se lo explicase detenidamente.

—Es lo que creo y siento —le aclaró José—. Sin duda, Dios nos trae a todos al mundo para que hagamos algo, aunque pueda parecer insignificante, pero que en el peso de su creación continua ejerce una función relevante y precisa. Algo tan simple y tan mágico como el que te preste una vida entera para que cumplas un cometido, que a lo mejor nunca descubras, pues puede ser solamente el hecho de perder una pequeña almendra en un camino solitario.

—¿De qué le serviría a Dios que yo perdiese una almendra en un camino solitario? —le preguntó Ezequiel.

—Eso no puede saberse con certeza, pero... para cualquier cosa, pues todas, absolutamente todas las cosas que ocurren en este mundo, tienen una razón de ser. Te pondré un ejemplo. Imagina que pierdes una almendra en un camino que cruza el desierto. La almendra cae al suelo y una serpiente la muerde dejando en ella su veneno. Luego pasa una comitiva real que trae a una reina embarazada de un príncipe heredero. A la reina, inesperadamente, se le antoja una almendra, y más inesperadamente aún, un siervo repara en una almendra caída en el camino que cruza el desierto. Al verla, todos dirán que es una enorme casualidad, pero... ¿quién puede negar que no haya sido propiciada por Dios? Quizá, para los planes que rigen al universo, sea necesario que ese vástago muera junto a su madre envenenada, para que su lugar lo ocupe otro que, seguramente, dará un rumbo diferente al mundo. ¿Lo ves ahora?

—Sí —afirmó Ezequiel encontrándole cierto sentido.

—Es así, pues así me lo explicó el mismo hombre que me enseñó la técnica de las figuras en las ramas, y así lo creo yo, pues nadie en toda mi vida me explicó mejor que él los caminos que esta nos abre. ¿Te has dado cuenta de que todo tiene un destino en esta vida? El sujeto que pierde la almendra en el lugar apropiado, los de la comitiva que pasan por allí, la reina encinta, que siente antojo de

una almendra en un lugar donde no hay, y la serpiente, que vive toda una vida para envenenar una almendra, e incluso la misma almendra, que sabe Dios por qué caminos terminó tirada allí.

—Es para pensárselo, amigo mío —murmuró Ezequiel—, pues yo tampoco escuché nada que diera un sentido más explícito a los nimios detalles que sazonan la vida. ¿Por qué empezamos esta conversación tan interesante?

—Por la actitud de mi nieto. Estaba ausente, ensimismado en algo sin sentido, y son esos momentos, precisamente, los que nos liberan momentáneamente de los caminos que nos llevan directamente hacia nuestro destino. Una vida es una vida, y se vive, pero en ella siempre se ha de ejecutar la acción que activa el mecanismo del plan divino. Luego, una vez cumplida esa acción, quizá se sea libre de actuar, no lo sé. Mi maestro, el sacerdote egipcio que cumplía los preceptos de Aneft de manera tan estricta, me dijo que todo ser vivo tiene una sola acción que cumplir en este mundo. Sin embargo, hay personas que tienen que cumplir varias. Esas personas, decía, son los profetas que el Único envió, que aún hoy continúa enviando, y que por siempre enviará para socorrernos en momentos delicados.

Ese mismo día, Ezequiel abandonó el hermoso claro de aquel perdido lugar apartado del mundo, llevando consigo un regalo en su espalda. Era un pequeño acebuche con un nudo en su tronco, que le recordaba a un bonsái de los que había visto y cuidado en Japón.

A la hora de partir, Ezequiel se quedó a solas con el Piloto de Ramas, que le contó sus planes más inmediatos. Lo primero que quería hacer era mandar lejos de Castilla a su hija y a su nieto, a Italia tal vez, pues sabía perfectamente que algún día la Inquisición lo encontraría y lo acusaría de brujería.

—Las pruebas no están muy lejos —le aseguró José riendo y señalando los bellos y exóticos troncos—. En cuanto las vean dirán que conjuro a los diablos. Será así como se repartirán las tierras de mis antepasados.

—Tal vez no os encuentren nunca —argumentó Ezequiel.

—Lo harán, estoy seguro de ello.

—Si se diera ese caso, que Dios no lo quiera, ¿querríais entregar una carta a Torquemada? —añadió Ezequiel.

—Dádmela, amigo mío, y si se da el caso, que Dios no lo quiera, se la entregaré como último acto de venganza y valentía.

Ezequiel sacó de sus ropas una carta que había redactado durante los últimos días. Estaba escrita sobre un papel de color rojo intenso que había tintado con extractos de plantas.

—Cuando me marche, leedla, y solo si llega ese fatídico momento, y lo creéis oportuno, dádsela.

Tras aquella conversación, después una extensa tarde de tertulia, los dos amigos se despidieron con la certeza de que jamás volverían a verse, pues los hallazgos de valor no son frecuentes a lo largo de la vida.

Ezequiel continuó dejando a sus espaldas leguas y más leguas de camino. Terminó liberando la yegua robada al Santo Oficio, con la cual transportó los cuerpos de Meir y David, pues habérsela dejado al viejo piloto hubiese resultado peligroso. En su constante avance hacia el sur, evitaba el camino principal cabalgando en paralelo a este, manteniéndose oculto, pues en varias ocasiones divisó a lo lejos algunas partidas de agentes que sin duda andaban buscándolo. La frágil sensación de seguridad que albergaba Ezequiel se sustentaba en la continua alternancia de claros, bosques y sembradíos. Solo se detenía de noche, y siempre al resguardo de lugares de exuberante vegetación. Nunca creyó que hubiese tantos bosques en el siglo XV, sobre todo luego de haber leído que los Reyes Católicos deforestaron casi la totalidad de la península.

Soledad le había surtido bien de alimentos, así que no tuvo que acercarse a ninguna población para aprovisionarse. En unas alforjas de piel llevaba mantequilla, queso y algunas hortalizas que quedaban del invierno; un pellejo de agua, algo de aceite, y unas mantas robustas para combatir el frío que asolaba la intemperie por las noches.

Dejó Calatrava a su izquierda y se encaminó hacia Córdoba. Tiempo después, subió a una planicie elevada para observar mejor el embudo por el cual tenía que pasar. Era un estrecho desfiladero en el que, si alguien lo vigilaba, lo descubriría. Estuvo un rato pensando. Aquello era peligroso, pero solamente Dios sabía el rodeo que tendría que abordar para evitarlo. Se armó de valor y decidió avanzar. Cabalgó con cautela durante algún tiempo, pero nada imprevisto parecía surgir de la exigua maleza que crecía entre las rocas laterales. El desfiladero volvió a subir hasta un punto intermedio bastante elevado, desde donde comprobó que el camino no era de rosas, precisamente, y se sintió acorralado. Un poco más adelante, enclavada en mitad del paso de montaña, apareció el blanco y marrón de una posada. Mucho más allá, una comitiva de al menos cuarenta o cincuenta soldados bien armados. A sus espaldas deambulaba otro grupo, perteneciente a la Inquisición. Estaba en un aprieto casi ineludible. Podría haber escalado la escarpada pared y escapar del paso, pero el caballo marcado con la enseña de la Inquisición en su costado lo hubiese delatado.

Sin otra alternativa, corrió hasta la posada. Sin decir nada, metió el caballo en las cuadras y se escondió en ellas. Después pensó que las cuadras bien podrían llenarse de hombres, si alguna de aquellas dos comitivas pernoctaba allí, por lo que decidió esconder el caballo en un lugar que no dejara a la vista la marca de la Inquisición. Entonces salió y empezó a buscar algún escondite. Poco espacio había para eso, pues los soldados que venían desde el sur rastreaban todo a su paso. Decidió trepar hasta una ventana abierta en el piso superior de la posada. Entró con sigilo y se tranquilizó al ver que nadie ocupaba la habitación. Estaba limpia y ventilada, y olía a romero quemado. Había una especie de armario y pensó en esconderse dentro, pero luego desechó la idea. Debajo de la cama tampoco le pareció un lugar idóneo, por lo que decidió esconderse bajo una mesa enorme de madera gruesa y oscura que había en un rincón, en cuyo fondo, junto a la pared, ofrecía un escondite seguro, siempre y cuando no la moviesen.

El tiempo fue transcurriendo mientras crecía su angustia y los latidos de su corazón se aceleraban tanto que tuvo que controlarlos

con una profunda meditación. Poco después escuchó unos relinchos que se acercaban desde el norte, y supo que pertenecían a la Santa Inquisición. Al rato oyó gritos y órdenes, portazos y subir de escaleras, hasta que finalmente la puerta de la habitación se abrió. Desde su posición, Ezequiel vio dos pares de botas negras caminando hacia él, pero se contuvo de salir. Unos pies se dirigieron al armario y lo abrieron, mientras otro hombre miraba bajo la cama. Después, uno de los soldados se asomó por la ventana y exclamó:

—¡Todo está en orden! Su excelencia puede subir.

Ezequiel comprendió entonces que tanta coincidencia solo podía atender a la culminación de uno de esos destinos que propugnaba el Piloto de Ramas, lo cual era lo mismo que aquello que tanto había defendido su padrino, y que llamaba nodo existencial. Tras unos cansinos y pausados pasos, unos zapatos que había visto en aquella enorme sala de Valladolid aparecieron en la estancia. Eran los pies de fray Tomás de Torquemada. El inquisidor general se dirigió a la mesa donde aguardaban dos sillas. Se sentó en la más pequeña y soltó sobre ella varios documentos. Luego calló y esperó silenciosamente con un vaso de agua fresca.

Nuevas voces y relinchos aparecieron, esta vez por el sur. Debían de ser los soldados que había visto Ezequiel. Desde debajo de la mesa, pudo oír los murmullos de excitación que se deslizaban en la calle, pero no llegó a entenderlos. Instantes después, unos pasos enérgicos y seguros irrumpieron en la escalera y desembocaron en la habitación.

—Sea bienvenido, majestad —dijo fray Tomás aduladoramente.

—Tratemos el asunto de una vez por todas, fray Tomás —expuso el rey—. Mostradme vuestro nuevo propósito, pero que sepáis que solo os atiende por petición e insistencia de la reina.

—Sé que este nuevo proyecto que pretendo mostraros, don Fernando, será de vuestro agrado, pues si dinero necesitáis para la guerra contra Granada, dinero os proporcionará.

—Hablad, pues, inquisidor general.

—Está todo escrito aquí, como podéis ver, majestad. Si estáis de acuerdo y lo firmáis, yo me encargaré personalmente de llevar a cabo toda la propaganda y el zurcido.

El rey lo leyó y puso buena cara. No le parecía mal del todo, pues era cierto que por ello se ingresarían muchas riquezas, pero desconfiaba.

—¿Cómo es que habéis cambiado de parecer, fray Tomás? Antes queríais expulsar a los judíos de España, y ahora me pedís que promulgue edictos por los que les sea apremiante instalarse en Castilla. ¿Dónde está la trampa?

—En el santo juicio de Dios, majestad. Estoy seguro de que Él me ha mandado a este mundo para que acabe con todos los marranos que lo moran. Por eso, majestad, he pensado en cambiar el trato que hicimos anteriormente, el de expulsar a los judíos una vez conquistemos Granada para nuestro Santo Padre. Ahora, majestad, sugiero que en vez de expulsarlos pronto, los atraigamos a Castilla desde todos los lugares, ofreciéndoles a los que lleguen unas buenas ventajas fiscales, pero que sin duda reportarán grandes riquezas para afrontar la guerra.

—Sigo sin saber el precio que cobrará vuestra excelencia por este servicio, fray Tomás.

—El precio es sencillo, majestad: la firma de este otro documento, en el cual os pido plena libertad para ejecutar a todos los marranos que vivan en el reino a la conclusión de la guerra contra Granada. Así, nuestra patria y el mundo se librarán de su mal, y Dios liberará sus almas.

El rey se quedó pensativo, estudiando el acuerdo que le reportaría grandes sumas para su causa y la de su esposa. Quería aceptar aquel jugoso caramelo, pero sabía que su interior podía ser amargo.

—Decidme, fray Tomás, decidme vos, que sin duda estaréis más cercano a Dios y sabréis mejor de sus inclinaciones y deseos, ¿creéis que Dios sería feliz con este exterminio?

Fray Tomás se fijó el rostro del rey y se supo complacido, pero antes debía de contestar a la pregunta, que para él no albergaba ninguna duda.

—Dios sería inmensamente feliz, majestad.

El rey, sin más, cogió la pluma que le tendía el dominico y se dispuso a firmar, pero algo surgió de debajo de la mesa que lo

detuvo y asustó a ambos. Una figura enorme, recta, poderosa, que suplicó al rey:

—No firméis ese documento, majestad.

El rey, en un arranque de ira súbita por el miedo de lo inesperado, sacó su espada para atacar a quien fuese, pero el intruso se movió a la par que la estocada y se apartó para pegarse a su cuerpo y quitarle el arma. Entonces retrocedió nervioso, compungido, al tiempo que fray Tomás pedía auxilio desde la ventana abierta. Varios hombres entraron en la habitación, hasta diez, antes de que Ezequiel atrancara la puerta, pero todos ellos sucumbieron ante la magistral destreza del desconocido, que fue apartándolos y arrojándolos al suelo, al tiempo que tiraba sus espadas por la ventana. Siguieron atacando desarmados, pero en nada fueron cayendo por la ventana sobre montones de paja y con algún hueso roto, hasta que Fernando, Ezequiel y el dominico volvieron a quedarse a solas. El joven pegó la mesa a la puerta, que parecía que iba abrirse de un momento a otro con las fuertes arremetidas de los soldados. Entonces, Ezequiel se acercó al rey, repuesto ya de la sorpresa de ver a un hombre acabar con cuanto soldado se le cruzó. El monarca levantó el mentón y esperó con estoicismo el fin que le deparase el destino a manos del hombre de barba descuidada que ahora portaba su propia espada.

Ezequiel se quedó mirando fijamente a aquel hombre erguido. Tenía el rostro surcado de arrugas y moreno por la intemperie, y una barba corta y canosa que no se había rasurado en varios días. Se acercó un poco más y murmuró:

—Solo quiero que me escuchéis, majestad. —Tras la frase, Ezequiel alargó la espada que portaba y se la ofreció por la empuñadura antes de proseguir—. Haced con ella y conmigo lo que creáis oportuno, ya sabéis mi intención.

En ese momento, la puerta saltó de sus goznes e irrumpieron en la habitación varios soldados encabritados y furiosos, pero Fernando los contuvo.

—Salid todos por donde habéis venido, no pasa nada. —Desconfiados, los soldados dieron media vuelta mientras mantenían

sus miradas de sorpresa en su señor—. ¡Salid de una vez! —repitió gritando.

Cuando se quedaron solos nuevamente, el rey envainó la espada y le pidió a Ezequiel que se sentara y le explicara.

—Majestad, estaba aquí por casualidad, o quizá porque Dios así lo quiso, para que impidiera una barbaridad como la que pretende su excelencia —dijo Ezequiel señalando a Torquemada.

—Proseguid.

—Majestad, no podéis hacer lo que os pide este hombre, es injusto, antinatural, y estoy seguro de que Dios se opondría a ello.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque en sus mandamientos lo dice claramente: No matarás.

El rey se quedó confundido. El dominico lo instaba para que no lo escuchara, alegando que era un judío evadido de la justicia.

—Majestad, expulsadlos si queréis, como teníais planeado, pero no permitáis tal barbarie, pues Dios se opondría a ella, porque ellos también son su creación.

Fernando caminó parsimoniosamente por la estancia, con las manos a la espalda, mientras fijaba sus ojos en el pavimento. Torquemada elevó su voz para sugerir algo, pero la mano del rey lo detuvo con un ademán. Fernando salió de su mutismo y le dijo a Ezequiel:

—A veces, los reyes tenemos que tomar medidas duras por el bien del reino, muy a pesar de nuestros deseos. A eso se le llama deber. No somos un hombre más, tenemos responsabilidades que afrontar.

Torquemada rio sin esconder su deleite y su victoria sobre el judío que había estado a punto de arruinarle el plan tan minuciosamente trazado.

—Los reyes no sois un hombre más, por supuesto, pero si Dios quiere, alcanzáis con suerte los ochenta años. Nadie os libraré de lo que viene luego. Y es entonces cuando tendréis que rendir cuentas con vuestras noches, con la Historia y con Dios.

El rey lo miró fijamente a los ojos, serenos e inquietantes como los de una estatua pétrea. Tuvo que retirar su mirada porque en ellos percibió algo que hundía sus raíces en el misterio, algo que iba más

allá de la vida y de la muerte misma. Luego se paseó parsimoniosamente por la estancia mirando al suelo, meditabundo.

—Marchaos en paz. Tenéis mi promesa de que no firmaré jamás esos documentos —acabó por declarar.

—Gracias, majestad, os estaré eternamente agradecido, y Dios también.

Ezequiel se giró y se dirigió a las escaleras para salir, pero entonces el rey le preguntó su nombre. Cuando se lo dijo, Fernando volvió a hacerle otra pregunta.

—¿No queréis formar parte de mi ejército? Jamás vi a nadie pelear como lo hacéis vos.

—Mi misión en este mundo no es pelear, mucho menos matar. Mirad abajo y comprobad las muertes que he provocado con mi lucha.

El rey se asomó entonces y vio a todos sus hombres maltrechos pero vivos. El mayor daño que recibieron fue en el orgullo.

—Marchad en paz, Ezequiel Cabral, pero huid siempre de este servidor de Cristo —afirmó señalando al dominico, que miraba con odio a Ezequiel—, pues la próxima vez que os encuentre, quizá no esté yo para ayudaros. Os proporcionaré un salvoconducto por espacio de cinco días. Alcanzada esa fecha, la Inquisición hará lo que crea conveniente respecto a vos si os detiene.

No tuvo ningún imprevisto hasta llegar a las inmediaciones de Córdoba, cuando su caballo se clavó una astilla y se vio forzado a parar durante una jornada. Al día siguiente, con el animal recuperado, prosiguió la marcha. Muchos días había perdido el joven Cabral en el trayecto, pues las tropas cristianas deambulaban de aquí para allá y no se arriesgó a toparse con ellas, ni tampoco con las partidas organizadas por el Santo Oficio. Una noche, al pasar por una aldea, vio su figura reproducida toscamente en un lienzo. La había puesto allí la Inquisición ofreciendo una buena recompensa por su paradero o su detención.

Era pleno verano. Agasajado por un caluroso sol, Ezequiel ganó las cumbres de las montañas cercanas a Almogía. Desde ellas pudo observar con claridad los suaves perfiles del rico valle del Guadalhorce. Ese mismo día llegó a las faldas de Cártama y atravesó la vega escondido entre las cañas del río, mientras observaba la extraña tarea emprendida por los hombres de don Gabriel. Estos, en vez de labrar la tierra y prepararla para las cosechas venideras, se dedicaban a agujerear con picos y palas las zonas pedregosas que había junto al río, como si estuvieran buscando algo.

La noche dejaba ver más allá de las propias siluetas. En esa claridad enemiga, por su condición de buscado, Ezequiel cabalgó por detrás del Santo Cristo, nombre que le dieron las tropas cristianas al lugar donde Fernando el Católico clavó su pendón cuando la toma de Cártama. Anduvo sigilosamente por detrás del pequeño cerro hasta llegar a la casa mudéjar de Asiel Cabral. Los perros de la casa ladraron dando la alarma de que había alguien merodeando y, poco después, un farol se encendió en el porche y apareció Asiel Cabral con una ballesta en mano, acompañado por tres hombres de su hacienda. Los perros se abalanzaron sobre el sujeto que todos vislumbraron en la distancia, pero se limitaron a lamer las manos del intruso como si fuera su propio amo.

La sorpresa de Asiel fue mayúscula. Abrazó al amigo como si fuera a perderlo nuevamente y para siempre. Asiel no tuvo que preguntar nada, no fue necesario. Una simple mirada acuosa de Hoyuelos, que después se transformó en llanto, bastó como respuesta. Pasado ese momento de desconsuelo, se volvieron a abrazar y lloraron juntos por las almas de David y Meir.

Asiel lo introdujo en la casa donde pidió a uno de sus hombres que preparase el baño para Hoyuelos. La paciencia de Asiel tuvo sus frutos, pero el sabor de estos resultó muy amargo. Ezequiel le contó todo lo ocurrido desde que fueron secuestrados por la Inquisición. Asiel, que no paró de llorar por la noticia de las muertes de su padre y de David, no daba crédito a lo que oía.

—¿Cómo os han acusado de eso? ¿Cómo tuvieron la desfachatez de actuar fuera de su jurisdicción? Y en cuanto a tu situación,

despreocúpate. Mientras no salgas de los nuevos territorios conquistados, sobre los que pesa afortunadamente una moratoria que impide la injerencia libre de la Inquisición, no hay nada que temer.

Tras un rato de explicaciones y lágrimas, Asiel lo miró a los ojos y percibió que había llegado el momento que tanto había temido. En cuanto lo intuyó, llegó la pregunta.

—¿Y Karima? ¿Está arriba descansando?

La respuesta volvió a ser nuevamente llanto, lamentos que acabaron por despertar a Juana, quien bajó a abrazar a Hoyuelos y a consolar a su marido. Ezequiel estaba fuera de sí.

—Hay un culpable de todo —aseguró llorando de rabia—, y juro por Dios que las va a pagar todas juntas.

—¿Quién?! —preguntó Asiel, intentando tranquilizarlo mientras concretaba que lo único que sabían era que desconocían su paradero.

—Don Gabriel de Guzmán. Sé que fue él quien alertó al inquisidor general con noticias infundadas.

—Siempre sospechamos de él, pero no pudimos averiguar nada. Tampoco don Alonso, que lo intentó de veras.

Hoyuelos salió de la casa presa de una ira y un descontrol desconocidos. Todos los intentos de Asiel por detenerlo resultaron infructuosos.

—Le sacaré la verdad. Si es preciso, la escupiré junto a las tripas —amenazó Ezequiel.

—¿Estás loco? Allí hay al menos quince hombres armados. Es imposible.

—Si no existiera el juramento que le hice a David de protegerla, lo haría; imagínate estando ese juramento de por medio...

—En ese caso, iré contigo —propuso Asiel.

—No, tú no sabes luchar. Es peligroso y aquí tienes indefensos a tu mujer y a tu hijo.

—No me importa. Y no podrás detenerme, pues es como mi hermana.

—Antes tengo un asunto ineludible. No iré así, con las manos desnudas.

—¿Dónde nos vemos entonces? —preguntó Asiel.

—En el paso, junto a la acequia superior, pero prométeme que te limitarás a esperarme allí. Eso me sería de más ayuda que tu presencia a mi lado.

Ezequiel partió al galope por detrás de la fortaleza, cruzando las empinadas viñas en dirección Royohondo. Dejó su caballo junto a la casa y se dirigió a las palmas que daban entrada a la cueva. Cargó la máquina con una de las perlas y la puerta se abrió. En el interior encontró el casco tirado y el sable de Hiroshi junto al sillón. Lo cogió y se dirigió al punto donde había quedado con Asiel.

Dos hombres vigilaban la casa de don Gabriel desde la torre, y otro más desde la puerta. Los dos amigos, uno descendiente de otro, se acercaron hasta guarecerse en la sombra que proyectaba un limonero de Tierra Santa al ser bañado por la luz de la luna. Allí, Ezequiel le susurró a Asiel:

—No intervengas a no ser que pida auxilio. Quédate aquí.

Asiel quiso protestar, pero Ezequiel ya había salido, aprovechando que los guardias miraban para otro lado. Tenía toda la confianza del mundo en sí mismo, y aunque en el pasado lo derrotaron en inferioridad numérica o porque usaron armas de fuego, en esta ocasión no ocurriría. Llevaba el sable con intención de intimidar, no con la idea de utilizarlo hasta las últimas consecuencias. No debía matar a nadie bajo ningún concepto, esa era la condición *sine qua non* del asalto. Su budo era superior a la capacidad marcial de la totalidad de los quince o veinte hombres que esperaba encontrar en la torre vigía, pero eso era sin armas. También sabía que las armas castellanas construidas con tecnología toledana eran de calidad superior a las katanas japonesas, aunque posiblemente eso no ocurriese con la que llevaba. Conocía a la perfección el desenlace de la única batalla entablada entre españoles y samuráis a finales del siglo XVI en Cagayán, en la que cuarenta soldados españoles le habían dado estopa de sobra a casi mil samuráis. Aquello también tuvo que ver con la tecnología, la de las armas y armaduras. Seguro que el filo de su sable cortaba mucho más, pero también podría resultar dañado en continuos choques fortuitos, así que su manera de proceder sería amortiguar las embestidas de los contrarios hasta

anularlas de una manera decreciente para salvaguardar el legado de Hiroshi.

Se colocó unas gafas transparentes que había visto en la nave y que cubrían enteramente los ojos, con dos finalidades: primero la de proteger la vista de la arena de mantillo que solían llevar los soldados en unos saquitos a la cintura, y que tiraban sobre los ojos de los contrarios si era necesario; y en segundo lugar, porque los atemorizaría.

El guardián de la puerta ni se enteró, solamente sintió un golpe seco en la nuca que lo proyectó contra el muro de piedra y lo dejó sin sentido en el suelo. Ezequiel trepó como una araña por las grietas que ofrecían las juntas de la pared, ante la atónita mirada de Asiel, que lo contemplaba todo desde el limonero. El primero de los guardias de arriba sufrió el mismo ataque que recibió el de abajo; el tercero también se desmayó, pero de una manera menos sutil. Ezequiel no esperaba ni en el más grato de los sueños lo que encontró cuando se introdujo en la torre. Era Karima, maniatada y amordazada, sobre unos cojines de terciopelo. Desde luego que no había esperado que todo resultara tan fácil. Cuando Karima, que estaba un poco desmejorada y algo más delgada, vio a Ezequiel, le costó contenerse para no gritar. En silencio se besaron y se abrazaron, y después se abandonaron a un frenesí irresistible de pasión, deseo y amor, desentendiéndose del peligro que los envolvía. Las caricias volaron de un cuerpo a otro, y ambos sintieron el estremecimiento del compañero. Así transcurrió un tiempo indeterminado tras el cual se volvieron a abrazar y lloraron de amor. Después de eso, vino la huida. Ezequiel deslizó un cordel por la muralla de la torre vigía y descendió, parsimoniosamente y con seguridad, llevando a Karima, que no cabía dentro de sí. Cuando alcanzaron el limonero, Asiel se echó las manos a la cabeza como diciendo: «¿Quién es este hombre?». No llevaban más que dos caballos, pues no esperaban encontrar tal tesoro en la torre, así que Asiel montó en el suyo y Ezequiel compartió montura con Karima.

Todavía no había montado la hija de David a lomos del animal cuando uno de los soldados desmayados llenó la noche de gritos y blasfemias. Los Cabral, entonces, se lanzaron al galope, pero varios

jinetes arrancaron en su persecución. El caballo de Ezequiel se quedaba atrás por el exceso de peso, lo cual hizo posible que los primeros jinetes que salieron de la torre les pisaran los talones con prontitud. Corrían como las hojas de un olmo al entrar en la corriente en dirección a la casa de Asiel, pero llegando a los álamos que había detrás del Santo Cristo, un jinete descargó su lanza sobre el caballo de la pareja y los tres rodaron por el suelo. Ezequiel se levantó rápidamente y desenvainó el sable samurái. Varios hombres retrocedieron asustados al ver la brillante y extraña hoja y la entereza de quien la portaba, pero pronto se compusieron y atacaron. Sietes jinetes se sumaron a los ocho que ya había en el lugar, entre ellos el mismo don Gabriel de Guzmán, que zarandeaba su espada por el aire. Asiel, que había bajado del caballo, descargó su ballesta sobre el hombre más cercano, pero al no ser un guerrero entrenado, falló. Estaba intentando cargarla nuevamente cuando una saeta lanzada por don Gabriel le atravesó la espalda. Ezequiel luchaba desesperadamente con un ojo puesto en Karima; a pesar de ello, aguantaba con gloria. Las espadas de sus enemigos no servían de nada, pues resultaban juguetes en las manos de niños, y las mantas que sacaron para enredar la hoja de Ezequiel se deshicieron limpiamente ante el filo del sable samurái. Muchos de los soldados perdieron sus espadas por la acción de Ezequiel, que con una mano manejaba el arma y con la otra hacía crujir los huesos. Al cabo de un rato, muchos soldados gritaban en el suelo con uno o varios huesos rotos, por lo que don Gabriel dio orden de soltar las espadas y tirar saetas con las ballestas. Algunas fueron desviadas por la endiablada velocidad y la precisión que daba Ezequiel al sable, pero eran tantas, que muchas chocaban contra su cuerpo y caían al suelo sin haberle causado ningún daño. Ezequiel continuó con la refriega volcada enteramente a su lado. Los últimos soldados fueron perdiendo sus armas y derrumbándose indefensos, hasta que solamente quedaron dos. Uno de ellos era don Gabriel que, montando en su caballo, sin asomo de pudor se dio a la fuga. Con todos los soldados por el suelo, desarmados y lastimados, Ezequiel corrió hasta su antepasado, que se encontraba herido. Le costaba respirar y hablaba con dificultad. El joven Cabral hizo un

esfuerzo que solamente él supo por no quebrarse, pero sabía que donde estaban, en el tiempo que estaban, aquella herida significaba la muerte.

Idearon una especie de camastro con mantas de los soldados vencidos, cuatro lanzas y algunos cordeles, y se las apañaron para instalarla entre dos monturas. Subieron al herido con toda la delicadeza que supieron y emprendieron el camino hasta la hacienda de Asiel Cabral. Quizá fue el momento más duro de cuantos Ezequiel había vivido, pues aunque sabía que había extracto de farwa en la nave, le estaba vetado utilizarla por temor a un desenlace de imprevisibles consecuencias para la historia. Aparte de eso, sabía que era una clara y flagrante violación del principio de Banch. Así que todo cuanto hizo al llegar a la casa y fundirse con Juana en un abrazo de dolor, fue organizar a los hombres de Asiel para que lo asistieran y ayudaran a Juana y a Karima mientras él iba en busca de un médico de la fortaleza con mediación de don Alonso de Cárdenas.

Asiel Cabral murió al amanecer, consciente de que la vida se le escapaba con la agonía de su respiración. El médico del destacamento poco pudo hacer por él, a pesar de sus laboriosos intentos y la continua exigencia de don Alonso. Con las primeras arrancadas de los gallos, lo dejaron con Juana, Karima y su hijo pequeño dormido y liado en trapitos. Un rato antes de marcharse, Asiel comunicó que deseaba hablar con Hoyuelos a solas. Le pidió que cometiera una atrocidad, un acto para el cual no tenía nombre. Quería que le enterrasen como a un cristiano más, en un camposanto, acorde a lo que correspondía a la normalidad de la naturaleza que había elegido por interés, pero solo para no levantar rumores que pusiesen en peligro el bienestar de su mujer y de su hijo. Pero también quería que por la noche lo arrancase de la tierra y lo llevara a un lugar lejos de toda religiosidad, fuera cual fuera, pues consideraba que no había nada más nocivo para la hermandad de los hombres que el cuchillo de las creencias puestas como prioridad en una vida.

Por la capilla donde velaron su cuerpo pasaron prácticamente todos los habitantes de la villa, de una creencia u otra, pues todos lo

habían apreciado sinceramente. Su cuerpo fue enterrado al atardecer con una misa extensa y empalagosa que jamás habría tolerado, a la misma hora que don Gabriel de Guzmán estrellaba sus huesos contra los adoquines de una celda de la fortaleza. Don Alonso de Cárdenas lo había desposeído de todo mando en la tropa y expulsado de la empresa militar, lo mismo que a sus hombres, por viles y embusteros. Lo único que se le permitió fue que entregase una carta a un mensajero bien pagado que partió a la carrera hacia Castilla.

Tras una larga y extenuante noche, Ezequiel cumplió el deseo de Asiel, tal y como había prometido. A la siguiente mañana, en los llanos de Royohondo, Ezequiel, Karima y Juana enterraron el cuerpo de Asiel. El joven fue el encargado de darle sepultura de una forma especial, en un lugar que Juana escogió por ser su sitio favorito para leer, su gran pasión. Lo enterró a casi dos metros de profundidad, en una tierra inmejorable, donde sembraron un árbol para que en el futuro se pudiese sentir su esencia en esa nueva vida verde. El árbol que sembraron fue el pequeño olivo que el Piloto de Ramas le dio a Ezequiel.

Solo cuando dijeron la última oración, Ezequiel se dio cuenta de que ese olivo que acababa de sembrar era el Olivo que su familia adoraría hasta llegar a sus días. Entonces reparó en que ese suelo que pisaba era el mismo que pisó en su niñez, el mismo que pisaron sus antepasados, y el mismo que pisarían sus descendientes. Sin saber por qué, se arrodilló en la húmeda tierra que empapaba la modesta llovizna, metió sus manos en el barro, como poseído por una emoción irrefrenable, y se las restregó por la cara y por la frente, sintiendo con ese frescor la esencia misma de la madre tierra. Con ese acto descubrió, que esa forma de querer tan intensamente a la tierra que lo acogió tras su venida al mundo, atendía al hecho de buscar en ella las huellas de todos los seres que le precedieron y fueron dándole forma con su semilla. De uno tomó un lunar, de otro el color de los ojos; de un antepasado muy lejano quizá un ademán, una actitud, una cabezonería, un gusto por aquello o por lo otro. En ese *impasse* que es la vida, breve día entre dos noches infinitas, donde tantas veces se encontraba perdido en

un mundo que no comprendía, Ezequiel entendió que el único asidero que le quedaba era el acto casi inconsciente de husmear y vislumbrar en un llano o una montaña la tenue presencia de un ser querido.

Con los ojos arrasados por las lágrimas, Ezequiel pidió excusas para ausentarse y subió a la Cañada del Diablo, de la que regresó poco después con siete bulbos de extraños colores. Los machacó concienzudamente en un lebrillo de barro y luego añadió agua y una finísima lama del arroyo hasta crear una pasta densa. Al poco, la untó en la piedra que había junto al olivo que había sembrado, la misma que Asiel siempre había utilizado para sentarse a leer, y dejó que actuara durante cierto tiempo, tras el cual pasó un hierro por ella y le arrancó trozos, como si fuera queso tierno, hasta darle una forma plana por la parte delantera y redondeada por la trasera. Entonces, aún conmovido, hizo un puntero con una rama y comenzó a escribir sobre la superficie plana de la roca, como si fuese mantequilla, consciente de que lo que estaba escribiendo era lo que había hecho, o haría perder, tantas tardes de contemplación y estudio a Alan, intentando descubrir el significado que el paso del tiempo hizo ilegible. Decía así:

Al bonsái de mi muerte

*Perdón por la prisión, halo de vida,
contén, por favor, la verde explosión
que tu universo sometido anida,
pues tras mi muerte, será mi expresión.*

*Disculpa mi celo en tu castración,
mi vanidad, amigo, tu adversidad,
esta intransigencia en tu contención,
tu furia doblegada, tu insaciedad.*

*Y mañana, cuando ya no exista
la mínima exaltación de mi rostro,
la terminable canción de mi vista,
vencerá la factura de mi costo.*

*Entonces camina, sueña, emerge,
abrázate al jugo de mi vestigio,
ahonda en el hoyo que me acoge
y desgañita mi eterno presidio.*

Nueve días más tarde, muy de mañana, don Alonso envió a Ezequiel un mensajero de su entera confianza con una carta sellada. En ella le comunicaba que debía desaparecer, pues el correo enviado por don Gabriel de Guzmán, según pudo saber por uno de sus agentes, llevaba instrucciones precisas para que lo apresaran, así como otras medidas favorables a don Gabriel. No quiso buscar asilo para sus huesos en el reino nazarí, como le propuso Karima, pues no estaba dispuesto a abandonarla, ni a hacer lo mismo con Juana si se llevaba a la joven. Ante su negativa, le insinuaron que se escondiese en la iglesia. El propio don Alonso, en secreto, le aseguró que el nuevo párroco era un hombre de principios y que respetaría su palabra, incluso en contra de órdenes de procedencia muy elevadas.

En la iglesia se enteró de que una carta de la mismísima reina y Torquemada había liberado a don Gabriel de las rejas y condonado todos los castigos, salvo el de la expulsión del ejército. Sin embargo, a cambio de ello le concedieron el privilegio de formar una mesnada de hasta treinta hombres y hacer por su cuenta la guerra contra los infieles, lo que podría acarrearle sustanciosas riquezas por medio del acecho, la violencia y el secuestro.

Aunque los primeros días Ezequiel temió una traición por parte del joven párroco o del mismísimo don Alonso, tuvo que reconocer que ambos llevaron el empeño de sus palabras más allá del deber. El primero negó ante altas autoridades eclesiásticas que Ezequiel se hallara en las dependencias sagradas, como había atestiguado uno de los albañiles que convertían el lugar del almuédano en torre acampanada. Por su parte, el maestre negó ante la misma reina, con la que se entrevistó en las inmediaciones de Málaga, que el joven Cabral estuviese en la zona.

Ezequiel sufría demasiado encorsetado entre aquellos muros mientras don Gabriel maquinaba aquí y allá intentando quitar todas las tierras a Juana. Solo lograba calmar su ansiedad cuando llegaba la noche y salía por las azoteas hasta alcanzar el arroyo y desde allí corría hasta la hacienda de Asiel, donde lo esperaban Karima y Juana para ponerlo al día de las últimas noticias. Desde luego, podría haber estado a salvo en la Cañada del Diablo, incluso Karima, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a abandonar a Juana, ni por todo el oro del mundo.

Una tarde llegó a la fortaleza una misiva real, firmada por la reina Isabel. En ella se estipulaba que la mitad de las tierras de doña Juana, la hija de don Fortún, debían quedar en manos de don Gabriel como pago a sus buenas obras anteriores y como castigo a doña Juana por haberse casado con un hombre de dudosa fe. Inmediatamente, el mismísimo don Alonso solicitó audiencia con la reina a raíz de cierto malestar entre la tropa, que aunque acataba las órdenes reales, las repudiaban por injustas. Finalmente, le hizo ver que había otro camino para que ella quedase mejor ante la soldadesca: repartir entre los soldados las tierras que pensaba ceder a don Gabriel. La reina aceptó, pero solo como treta para destruir el prestigio de Juana. Por eso puso sobre la mesa la oferta de que, o se procedía como indicaba la orden real o, en vez de la mitad, se desprendía de tres cuartas partes de sus tierras y las destinaba al repartimiento. Ni don Alonso lo esperaba, pero Juana no pestañeó cuando estampó su firma sin siquiera pensarlo, con lo cual se ganó el reconocimiento de por vida de los integrantes del ejército, e incluso el respeto de la reina, que mandó a callar de una vez por todas a su perro Torquemada.

A dos días de la caída de Málaga, cuando todo en torno a la figura del misterioso Hoyuelos se había calmado, Ezequiel se introdujo en la torre de don Gabriel una vez más, y lo despertó con la hoja de un cuchillo en la garganta para susurrarle, al tiempo que el burgalés descubría los más abruptos y escarpados precipicios del miedo:

—Me marchó, pero no para siempre. Si a Juana o a Karima se les vuelve a molestar, entraré una vez más aquí, o donde haga falta, para ofrecer algo que no será un consejo. No habrá puertas ni soldados, por muy numerosos que sean, que me detengan. Quedas avisado.

Don Gabriel se quedó en la posición que estaba por un largo espacio de tiempo, aterrorizado como un niño, con la piel erizada y un frío enquistado en la nuca advirtiéndole que en el mundo aún existían cosas extrañas. Al rato, cuando logró reunir el valor necesario para mover un músculo, se levantó y avanzó por la oscuridad hasta una ventana cercana, desde la que observó a tres ineptos centinelas que reían quedamente, ignorando que sus guardias habían sido violadas. Horas después del susto, en la semioscuridad rota por una única vela, don Gabriel de Guzmán tomó papel y pluma y despertó a un escribano para que formulara aquella carta-legado en la que dejaba a su descendencia la misión de quitar todas las tierras a la familia Cabral, pues a él, por culpa de un demonio vigilante, no le estaría permitido.

Aquella misma noche, Ezequiel volvió a Royohondo. Ya dentro de la máquina, cogió unas barritas luminosas, estudió con detenimiento las trampas que encontraría hasta llegar al tesoro y lo archivó todo en su cabeza. La travesía por el túnel oscuro le resultó mucho más fácil que a Thomas Aldrig, pues este carecía de luz. Con esta ventaja, tardó menos de dos horas en llegar al tesoro. Se quedó perplejo al ver lo que escondía el subsuelo. Examinó todo embelesado, pero solamente cogió el ajedrez legendario y algunas barras de oro perteneciente a sus antepasados. Antes de que despuntara el día, regresó a la casa mudéjar, donde dio a Juana todas las barras de oro que pudo cargar y guardó el ajedrez para él.

En la casa había dos retratos bastante fieles de Asiel, por lo que Ezequiel le pidió uno a su esposa. En el retrato, Asiel era..., era... exactamente igual a él, únicamente cambiaba el color del pelo y el de los ojos. Después solicitó a Juana una caja de madera donde pudiera guardar el retrato, y casi al instante apareció con una gran caja de ébano de la mejor calidad. Ezequiel metió en su interior el retrato, protegido por paños y gasas, junto a la carta que, cuando

era niño, encontró en el granero de don Miguel, el mismo día que vio a la esposa del cacique junto a su amante, el verdadero padre del señorito Miguel. Luego, en el granero, dio a la caja de ébano una capa de cera de abeja de un dedo de espesor. Una vez segura e impermeabilizada, la escondió en el suelo del salón, debajo de las maderas que formaban el hermoso piso, donde quedaría oculta hasta el futuro. Tras eso llegaron las despedidas, las lágrimas, los abrazos y la promesa: Ezequiel aseguró a Karima que la única forma de que no regresara a por ella era que lo impidiese la muerte.

Con el ajedrez en su poder, regresó a la máquina de la cueva, cargó la partícula espacio-temporal correspondiente al año 2076, la última fecha en que debía regresar Thomas Aldrig. La luz blanca lo iluminó todo nuevamente. Después apareció la negrura con su estrella de cinco puntas y sus cinco rostros.

El verano estaba acabando, lo atestiguaba el fruto amarillento del membrillo que regalaba aquella fragancia tan peculiar. Al pie de uno de estos se encontraba don Gabriel de Guzmán, inmerso en sus cavilaciones. Era un hombre maduro, inservible ya para la guerra, por culpa de las heridas y el miedo. Ahora, años después del fin de la reconquista, su tiempo lo dedicaba a la supervisión de sus tierras y a cavar hoyos junto al río. En ese quehacer se hallaba aquella tarde de principios de septiembre de 1498 cuando apareció un mensajero con noticias urgentes que precisaban su comparecencia en Ávila.

A mediados de ese mes de septiembre, don Gabriel caminaba entre el enjambre de circunspectos religiosos que poblaban los pasillos del convento de Santo Tomás. Había sido llamado por alguien importantísimo en su carrera, alguien que en las dificultades le había allanado el camino, alguien honesto y casi divino para él, su ángel de la guarda personal.

Cuando don Gabriel entró en la modesta habitación, Tomás de Torquemada hizo un ademán a todos los presentes para que los dejaran solos.

—¿Cómo os encontráis, Ilustrísima?

—Bien, hijo, en orden conmigo y con Dios..., creo, aunque siento un miedo atroz, pues pronto dejaré este mundo.

—No lo sintáis, Ilustrísima, nadie mejor que vuestra excelencia merece el cielo.

—Eso creo, caballero, eso creo. Sin embargo, desde que años atrás me retiré al interior de los muros de esta, mi prisión, una duda al respecto ronda mi cabeza. Una duda provocada en mí por el mayor de mis enemigos, que me envió con uno de sus diablos la carta de mi continuo tormento, de mis dudas, de mi infeliz vejez; una carta escrita sobre el mismo color del infierno, una carta que acabó de raíz con mi ganado bienestar y que me dejó en tinieblas ante las mismas puertas de la muerte, a la que ahora temo como si fuera un criminal de Dios.

—Que nada os haga dudar, Ilustrísima, pues siempre habéis sido un fiel servidor suyo.

—Y vos, don Gabriel, siempre fuisteis el mejor cayado que tuve, por eso os hice venir, para agradecéroslo.

—Siempre me lo habéis agradecido en demasía, Ilustrísima.

Don Gabriel le iba a hacer una pregunta, pero se la guardó en la despensa del olvido, pues el hombre que siempre había velado por él desde su infancia había muerto. Las lágrimas surcaron el rostro del burgalés hasta desaparecer en su poblada barba. Luego alargó su mano y cerró los ojos del religioso. Con disimulo, cogió el papel de color rojo para marcharse, pero antes levantó el pequeño cuadro que reposaba bocabajo en el hinchado vientre del dominico. Era una pintura que recreaba una extraña imagen familiar. Representaba un cuarto suntuoso donde una madre amamantaba a un recién nacido. La mujer era extremadamente bella, sobre todo con aquel lunar en forma de lágrima bajo el ojo. El niño, como todos recién nacidos, era irreconocible, pero de su cuello colgaba una hermosa cruz de oro y rubíes engastados. En primer plano, de espalda al observador, y dando el rostro a la cama con la mujer y el recién nacido, se encontraba la figura de un hombre de vestimentas grises, joven tal vez. En su cuello, unas manchas de sangre rodeaban dos feas verrugas negras.

Don Gabriel de Guzmán cogió el pequeño cuadro y lo escondió entre sus ropas. Acto seguido, por debajo de su cuello de cuero introdujo una cruz de oro engastada con rubíes y, por último, sin poder retener las lágrimas, abandonó la estancia hacia sus tierras del sur.

Muchas leguas pasaron antes de que se detuviera bajo las ramas de un roble, donde sacó la carta de color rojo y la leyó para sí, sintiendo por enésima vez aquella conocida sensación de impotencia.

Hablo y pienso cuanto leéis, y valor tengo para decíroslo a vuestra furibunda cara, lo sabéis con certeza. Sin embargo, la incomodidad que en mi ser produce ver vuestro porte encorvado por el peso de la maldad, declina esa valentía en la voz de mi pluma, cabo de Satán.

Dolor de cabeza os he causado, pirómano de almas, negligente de la palabra de Dios, vida sin alma, vivero de muerte y dolor, y... por eso sé que siempre os acordaréis de mí. Sin embargo, mi deseo es que en vos sea yo, no pasajero dolor, sino jaqueca eterna.

Con esta misiva solo deseo, recolector de pecados, que no os olvidéis de mí. Yo tampoco dejaré de reírme de vos, os lo juro por Dios, y al menos por cinco siglos, los que de una u otra manera veré pasar mientras os quemáis con las llamas del infierno, la misma con las que ensuciáis la libertad del mundo y el pensamiento y sentimiento del hombre.

Recuerdos son solamente lo que me queda por daros antes de despedirme, y también regalos de sabiduría para que confirméis la certeza de lo que os digo, asesino del regalo de Dios. Regalos breves, pero indudables, para que con el paso del tiempo lo diluyáis en vuestro pensamiento y os sepáis seguro portador y

ganador de todo cuanto os he dicho; portador de lo malo que hay en vos, de lo que dais; ganador de las brasas que promovéis.

Aquí tenéis mis regalos:

Si frente a la misma Granada mora, Santa Fe veis crecer, rezad por vuestra alma.

Si Granada capitula el veinticinco de noviembre de 1491, rezad por vuestra alma.

Si se rinde el dos de enero de 1492, rezad por vuestra alma.

Si don Cristóbal, para más seña Colón, descubre nuevos mundos por el lugar impensable, rezad por vuestra alma.

Si todo esto se cumple, rezad, y sumergíos en el doloroso retiro de Santo Thomas por cuatro años, los que van desde el 94 al 98, el año de vuestra muerte.

Estos son mis regalos. Comprobad si coinciden con los hechos que el futuro deparará, y, si concuerdan y se van cumpliendo, rezad, pues mi certeza es cierta y vuestro morir es abrir las puertas del infierno para vos.

Ezequiel Cabral. La memoria de un azote, 1486.

Capítulo 10: El germen de la utopía

David Denia se encontraba reclinado en su asiento de los sótanos del edificio Marchat. En su rostro se leían con claridad los angustiosos síntomas de fatiga y estrés. A pesar de ello, intentaba disimular sus temores y cavilaciones, pues no deseaba transmitir a sus hombres signo alguno de la negatividad que se había adueñado de su mente en los últimos días. Desde su posición privilegiada, observaba con meticulosidad todos los entresijos de la operación que se desataba. Todo parecía estar en orden para el tercer y último intento. La conexión con el Polo Sur era inmejorable, y así lo habían confirmado German Diux y Mikel Berry, que llevaban varios días instalados en un campamento en ese frío lugar. La misión consistía en recoger la última partícula espacio-tiempo con el pequeño artilugio diseñado por Aldrig y enviarla inmediatamente a un contenedor especial instalado en el interior de la nave, donde Aldrig debería de encontrarse preparado y dispuesto para activarla antes de que se gestara una nueva partícula que desfasase. Era el tercer y último intento de traer de vuelta a Aldrig, y ya no existían las eufóricas sonrisas de la primera vez, ni siquiera la solemne expectación de la segunda tentativa, acometida sin éxito también el año anterior. Desde el último intento de traer sano y salvo a Thomas se percibía una muda tensión que había derivado en una escalada de fricción entre todos los componentes del proyecto. Esa situación de separatismo y sálvese quien pueda de la mayoría de los miembros del equipo de científicos requirió la intervención de David Denia para controlar la desunión que parecía aflorar en momentos de suma importancia. El mecenas del proyecto sabía a la perfección

que solamente una cosa podía aplacar los ánimos feroces que embargaban al grupo, y esta era que, en el momento oportuno, el piloto verde, que en las dos anteriores ocasiones había permanecido apagado, se encendiera y confirmara la apertura de la cápsula donde se encontraba Aldrig. En caso de que esta última tentativa fracasara, el equipo tenía dispuesto un plan de emergencia que consistía en la búsqueda y destrucción de la cápsula de piedra en la actualidad.

Desde antes de la realización del proyecto, y gracias al satélite geológico OUL, se conocía la ubicación exacta de la cueva donde se había mandado la nave, situada en un valle escondido entre las montañas de Cártama. La zona a intervenir en caso de necesidad había sido fotografiada por un satélite espía con milimétrica precisión. Incluso se intentó comprar el terreno antes de la puesta en marcha del plan, previniendo así un posible fracaso. Para ello, Aldrig viajó a Cártama un año antes de la fase final del proyecto, y dijo ser representante de una multinacional que quería construir decorados de cine en esas tierras; que en ellos se rodarían multitud de películas sin tecnología que desnaturalizaran las escenas rodadas, como en los antiguos y dorados días de la cinematografía, ahora tan demandados. Dijo también que crearían multitud de puestos de trabajo en el pueblo y los alrededores, al igual que riqueza y comercio, y que aquella zona sería famosísima y atraería multitud de visitantes que redundaría en el florecimiento de los negocios existentes y en la apertura de otros nuevos.

Sin embargo, nada de eso convenció ni conmovió al viejo que durante toda la verborrea soltada por Thomas no había dejado de dar exagerados mimos a una viejísima parra que inundaba de sombra el porche de una casa antigua, y que finalmente solo abrió la boca para decir:

—¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Aldrig, Thomas Aldrig.

—Mi nombre es Asiel, no Masiel, y lo único que rodará en estas tierras son los lomos de mis bisnietos cuando jueguen sobre la hierba fresca.

Aquel episodio vivido por Aldrig con el viejo testarudo y su obstinada actitud de no vender aquel trozo de tierra ni por todo el oro del mundo no había dejado otra alternativa a la empresa que la de actuar como si de un comando militar se tratara. Intervendrían a altas horas de la noche para destruir la roca mediante la utilización de cápsulas de ácido retardante y expansivo, y posteriormente por la acción de detonaciones controladas.

—Cinco minutos para proceder —reverberó la voz de Diux a través del altavoz desde el Polo Sur, atrayendo la atención de David Denia y de los hombres atareados en los sótanos del edificio Marchat.

—Un minuto —volvió a decir Diux más tarde.

Al oír aquello, todos los hombres se tensaron, pues ya habían vivido momentos así y el recuerdo no era grato. Alguno se persignó, otros posaron su atención en Horacio, aislado al fondo en la cabina que controlaba casi todo aquello a ciegas. Los segundos se sucedieron hasta que la voz de Diux volvió a sonar en una solemne cuenta atrás que traería consigo el más estrepitoso de los fracasos o el mayor logro en la historia de la humanidad.

—Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ya.

La vida se paralizó por instantes que parecieron horas, y todos los hombres contaron mentalmente los segundos que trascurrían: uno, dos, tres. Antes del cuarto, que habría traído consigo el fiasco, un pitido estridente y una luz verde irrumpieron en los sótanos del edificio Marchat. David Denia y los científicos soltaron toda la tensión acumulada durante tanto tiempo y comenzaron a gritar dando grandes muestras de alegría y abrazándose entre sí. «Lo conseguimos», decían unos. «Lo sabía», aseguraban otros. «Gracias al gran Arquitecto», fue lo único que logró murmurar David Denia, que sudaba por su arrugada frente como si estuviera inmerso en la fatigosa laboriosidad de una calera.

—Señor Smith, adelante, por favor —dijo inmediatamente en claro tono de orden.

El hombre se adentró en la inmensa bóveda atestada de tecnología, y cuando cruzó una especie de pasillo que lo dejó en el centro, las tres aberturas que daban acceso a la enorme piedra, eje de todo, quedaron selladas con la repentina aparición de unas gruesas rejas que bajaron del techo clausurando toda salida. El señor Smith giró su vista atrás sin comprender, gesto que imitó al unísono el resto del equipo, buscando respuestas en los ojos del señor Denia.

—No temáis —dijo el viejo—, forma parte del protocolo.

—¿Desde cuándo? —inquirió el señor Smith, completamente aislado de los demás.

—Prosigue, Carlos —ordenó Denia inexpresivo—, y aguarda a que se abra.

La puerta exterior de la inmensa roca que en sus entrañas contenía la cápsula se abrió de par en par, vomitando una estampida de vapor blanco que se interpuso entre el bienvenido y un señor Smith en actitud laxa y cariacontecida. David y los científicos vieron, a través de esa niebla, la negra silueta de un hombre que salía sin fuerzas y que cayó con estrépito al suelo. Aquello sacó a Carlos Smith del ensimismamiento y corrió hasta que cerró la puerta y comenzó a dispersar el humo con una bandeja metálica que encontró. Solo entonces se dio cuenta de que el hombre que se encontraba tumbado boca abajo no era Aldrig.

—¡No es Aldrig! —logró apenas balbucear gritando y aterrado, con la piel erizada, congelando el ánimo y los corazones de los demás, que quedaron impertérritos como estatuas marmóreas.

—Es la Anomalía, la Anomalía, el Acicate —chilló Denia fuera de sí y presa de unos nervios nunca antes vistos en él, amedrentando a todos, antes de reconducirse con disciplina para tomar el control y ordenar colocando su dedo índice sobre la sien.

—¡Que entre la unidad estratégica de inmediato, ya!

Ni quince segundos tardó en entrar un grupo formado por cuatro hombres fornidos e idénticos, equipados con potentes armas paralizantes. Todo el equipo sabía que esos hombres eran entes biónicos. Así lo indicaban claramente los globos oculares grises y reflectantes a cualquier atisbo de luz, tal y como lo describían las

nuevas leyes de la robótica desde que se consiguiera crear unidades exteriormente idénticas al ser humano, las cuales se utilizaban en cuerpos policiales, militares y en servicios preventivos desde el año treinta y cuatro. Los cuatro entes entraron en la bóveda y se colocaron estratégicamente apuntando sus armas de forma escalonada hacia el sujeto tendido en el suelo. Al acabar todo aquel despliegue de fuerza, el señor Smith volvió a dirigirse al cuerpo inerte para interactuar con él.

—Respira, pero no responde. Está desmayado o en coma.

—Sujeto D, avanza hasta el cuerpo e inmovilízalo de manos y pies antes de introducirlo en la celda enfermería. ¡Órdenes nuevas e inexcusables! —vociferó un Denia más autoritario que nunca para que le oyesen nítidamente todos—. Nadie abandonará esta subplanta apantallada a las pesquisas de barrido informativo hasta que logremos reconducir esta crisis, ni siquiera yo. Y cuando logremos eso, espero, únicamente se hará después de haber tomado una sesión de ultra hipnosis que extirpe todo rastro de estos hechos de nuestras mentes. No todo será incomodidad, pues se abrirá una sala habilitada para descanso y sustento.

Después de todo el ajetreo y los gritos, se dirigió a Ralf Lozano para que se encargara del reconocimiento médico, tras lo cual el doctor preguntó:

—¿Por qué gritó como un poseso fuera de control eso de... ¡Es la Anomalía, el Acicate? ¿Qué quiso decir?

—Eso ha sido solo por el estado de nervios, un shock momentáneo inducido por la sorpresa de que el sujeto no es Thomas Aldrig —explicó en voz alta para que le oyeran todos, aunque con ello no logró tranquilizarlos, máxime después de la imposición de nuevas medidas que los obligaba a permanecer indefinidamente en aquellos subterráneos—. Encárgate de él, Ralf —insistió—, y haz lo imposible para que se recupere cuanto antes.

El doctor Lozano examinó el cuerpo inerte del inesperado piloto e hizo varias analíticas que solo arrojaron como resultado un desmedido cansancio físico. Transcurridas veinticuatro horas, el sujeto dio señales de despertarse. Inmediatamente, el doctor Lozano llamó al señor Denia, que se hallaba reunido con Diux y

Berry, que acababan de llegar del Polo Sur y se habían dado de bruces con la nueva situación. Cuando David Denia llegó a la enfermería, el extraño, postrado y atado a la cama, movía su cabeza pesadamente y hacía mohínes con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Poco a poco fue despertando hasta abrir los ojos. Ojos verdes que miraron en todas direcciones intentando hallar respuestas sobre el lugar donde se encontraba. Ojos verdes que luego posó en los hombres que lo miraban, en los cuales no había reparado. Al verlos, se levantó de la cama con un repentino y ágil salto, a pesar de las trabas.

—¿Dónde está David Denia?

La pregunta del extraño pilló por sorpresa a ambos hombres, más que el propio salto que había dado.

—¿Quién lo busca? —interpeló David, absorto.

—Mi nombre es Ezequiel. Conocí relativamente a Aldrig.

Por la mente del poderoso viejo pasaron un sinfín de respuestas a tamaño anuncio, y todas y cada una de ellas conducían al mismo nudo y nodo existencial. «Sin duda que se trata de la Anomalía —se dijo Denia—, bien levantando una treta de las que se le suponía, o bien porque el propio sujeto desconocía que lo era, por encontrarse en el mundo aún en pañales.» Sus pensamientos se posaron en el pasado que lo invistió del conocimiento hermético que ahora poseía. Al alcanzar el grado treinta y tres, nada le causó más impacto y más devoción que la figura mítica y altísima de la Anomalía. Aunque todos en su hermandad la repudiasen abiertamente por su encomienda, en él provocaba una profunda devoción que se encargaba de esconder en lo más profundo de su ser. Eso lo convertía en un traidor a la orden, en un embustero que desertaba de sus votos. Si lo supiesen, su fraternidad, la más poderosa, influyente y envidiada de todas cuantas existían en el mundo, no lo perdonaría jamás. En adelante, había de conducirse con equilibrio por el fino alambre que pisaba. Sus juramentos lo obligaban a poner el hecho en conocimiento de sus hermanos, si no debería borrar las mentes de todo el equipo. Aquello que sucedía ante sus ojos era algo que se levantaba ante muy pocos seres cada ciertos miles de años, por lo cual daba gracias al supremo conocimiento. «Traidor a

la orden», pensó, a pesar de hallarse en una de las dos posiciones que ocupaba el segundo escalón de la pirámide. Bien sabía que si no reinaba en el vértice de la cúspide era por carecer de descendencia, condición indispensable, pues nada había más oportuno para tener a alguien agarrado por sus partes que la amenaza sobre su prole. ¿La traicionaría en verdad? ¿Traicionaría a su orden desoyendo todo juramento de lucha por exterminar al rompedor del devenir calculado? Hacerlo era peligroso, desde luego, tanto para su conciencia como para el curso de la historia que defendía; pero en caso de denunciarlo a la orden y demandar al Único Poder, ¿serían capaces de destruirlo? Sabía que existían dos fuerzas enfrentadas entre sí en la programación de la realidad. Una que se esforzaba con todas sus armas por destruir al Acicate, la Anomalía, y otra que se le oponía con todas las resultantes de la supuesta casualidad. De intervenir, ¿quién ganaría? No, no tenía ninguna duda de que ese joven barbudo y de pelo desaliñado con aires de indefensión era la Anomalía, pues sabía que la última intervención en el curso de la historia había sido en el año del que había regresado sustituyendo al Aldrig. La voz del hombre atado lo sacó de sus cavilaciones y volvió a traerlo al mundo.

—Denia, busco al señor Denia, insisto.

—Yo soy David Denia. ¿Dónde está Aldrig? —preguntó sin necesidad de respuestas, pues sus creencias y sus estudios le aseguraban que sus suposiciones eran ciertas.

—Lo mataron —contestó Ezequiel—. Murió desangrado en 1485. Sin embargo, he traído lo que fue a buscar. No sé el porqué, pero sí que es de suma importancia para la paz mundial. —David miró de soslayo a Ralf y le dijo que guardara silencio sobre lo oído y que los dejara solos. Cuando el doctor se marchó, David preguntó a Ezequiel.

—¿De dónde vienes? ¿Cómo sabes todo eso?

David Denia escuchó durante horas lo vivido por Ezequiel, y supo con exactitud que todas las experiencias desagradables que finalmente le hicieron desembocar por aparente casualidad en la cueva donde se hallaba la máquina y los restos de Thomas Aldrig, no eran más que hiladas calculadas por el devenir programado.

Ezequiel le relató el escepticismo que había sentido en un principio hacia lo que Aldrig había escrito en el diario durante los últimos días de su vida. Le habló de la amnesia que provocó que Aldrig ignorara quién era y de dónde venía durante todo el periodo de la guerra granadina y hasta días antes de morir; de las anotaciones sobre su procedencia futura que escribió al perder las perlas energéticas y hallarse en su celda de muerte; de sus comunicados a David Denia, en los cuales describía el lugar exacto del tesoro y la certeza de que el ajedrez legendario se encontraba entre sus riquezas, para cuando fueran a rescatar la máquina, a principios del año 2077.

—Al final —confesó Ezequiel en mitad del relato, mirando fijamente a los ojos de David—, solo la palabra New York me hizo concebir destellos de realidad en todo aquel galimatías que leía. Pero, a pesar de ese detalle tan revelador, desconfié ciegamente de algo tan irreal que jamás me hubiese permitido comprobar si los hechos que me acuciaban no hubiesen sido tan desesperantes.

Ezequiel también le habló de los momentos vividos por Aldrig que el diario no reflejaba, y que conocía gracias a las largas conversaciones con Asiel y Karima, de la gran amistad con Al Zagal después de salvar a su hija, y su roce fortuito con las tropas católicas, de lo que extrajo una buena amistad con el maestro de Santiago y una abismal enemistad con el caballero don Gabriel de Guzmán. Comentaron lo que debió de vivir en el oscuro pasadizo, todo ese miedo que supo recrear en su diario de forma magistral. Hablaron de la valentía de Aldrig para ir sorteando una a una todas las trampas que le fueron apareciendo, y las inesperadas calamidades que abordó con éxito a pesar de hallarse mordido por las mandíbulas de la desesperación. Finalmente, Ezequiel le contó un sinfín de aventuras que Aldrig vivió sin tener derecho a ellas por nacimiento, y a las que no hubiese renunciado, según sus propias palabras, ni por evitar la muerte que lo aguardaba en sus últimos momentos.

Algunas horas más tarde, tras una cena en la que Ezequiel tampoco dejó de hablar con David, empezó a nacer en el viejo una simpatía tan intensa por el muchacho, que comenzó a vislumbrar la posibilidad de que se hubiese equivocado en su hipótesis, pero...

¿no se le suponían, acaso, esas capacidades a la Anomalía? De una manera u otra, no estaba dispuesto a denunciarlo a sus hermanos, desde luego que no. Sopesó indultarlo secretamente y utilizarlo para sus fines, aunque... ¿no era eso lo mismo que criar a un cuervo? «Estaba en pañales, eso seguro que sí», pensó Denia. Debería conducirse con sumo cuidado. De momento no hablaría de Ezequiel, y tampoco podía dejarlo interactuar con nadie del grupo, que era lo mismo que mantenerlo en aislamiento, o sea, cuasi preso, así que concibió la posibilidad extrema de buscarle una compañía inocente. «El gordito, eso es, el gordito introvertido es el sujeto adecuado» —pensó Denia—, pues se encontraba aislado del mundo por una disfunción que le impedía la conexión neuronal mundial, lo cual era indispensable para sus planes. Sí, así lo haría.

Dejaron a Ezequiel en una habitación inmensa, donde había una cama confortable, una estantería repleta de libros que el propio Denia había elegido, y cuya particularidad radicaba en que todos habían sido escritos con anterioridad a la fecha en que Ezequiel subió a la nave, la posguerra civil española. Además, en un rincón había una cocina en la que podía encontrar de todo para comer, a cualquier hora del día. No lo hacía, desde luego, solo se alimentaba de frutos secos, el único sabor que podía soportar, porque toda aquella comida procesada y empaquetada era pura porquería. Incluso las frutas frescas eran pura bazofia de inmejorable presencia pero de sabor neutro, a menos que se le rociara la bolsita que acompañaba a cada unidad para conseguir el sabor y aroma característicos.

La misma tarde que lo encerraron allí con dos entidades cibernéticas custodiando la puerta, apestillada por fuera, arrinconó todos los enseres en una esquina y utilizó todo el espacio para practicar su budo y llevar a cabo sus ejercicios cotidianos y de meditación, mientras seis cámaras lo recogían todo. A la mañana siguiente, David Denia le explicó que debían proceder de aquella manera para que no se intoxicase con eventos futuros a su época, así como también evitar que su propio equipo lo hiciese con lo que él pudiera informar. Tras una breve charla, le prometió que cada día le permitiría varias horas de tertulia con alguien inofensivo.

Esa misma tarde, se vio por primera vez con Horacio en una sala que adaptaron para tal fin. Una pared acristalada dejaba ver su interacción, una cámara lo grababa todo y unos micrófonos escondidos recogían el devenir de sus charlas. Todo era seguido al dedillo por el equipo encabezado por Denia, como era natural, que había aleccionado a Horacio para que supiera cómo actuar y en qué términos debía manejarse en las conversaciones con Ezequiel. Denia le contó la verdad, no toda, claro, sino que solo era un hombre que había encontrado la nave durante la posguerra española, había ido hasta el pasado y vuelto aquí con una experiencia que no le correspondía. Denia también le aseguró que sería excelentemente recompensado por esa nueva encomienda, y que había sido elegido para ello por su falta de implante neuronal, pero que, aun así, al final de todo tendría que ser tratado con ultra hipnosis. Horacio aceptó, pero solo después de ver la cifra que le mostró Denia en una pantallita de *lizgrafeno*. Le permitieron que llevara su arcaico computador, después de mostrar a los componentes del equipo que todo cuanto almacenaba en el dispositivo era música y sus habituales tonterías, pues entendían que debía entretener al sujeto del pasado con algo más que conversaciones llenas de excentricidades.

La primera vez que lo vio, Ezequiel se preguntó qué era aquella tontería de camiseta que llevaba puesta, toda llena de colorido, donde un muñeco con garras destrozaba un grueso libro cuyo título era «Injusticia». En la parte alta de la camiseta, en letras multicolor, con sumo esfuerzo se podía leer Wolwerain o algo así.

—Podría decirle que me causa un inmenso placer conocerle, señor Cabral, pero mentiría, pues es todo un sueño hecho realidad —fue lo primero que le dijo el hombre de cara bonachona mientras le dispensaba una sonrisa, después de haberse mareado y casi desmayado en el preciso instante que lo vio—. Mi nombre es Horacio, soy un nodiano, estoy aquí para ayudarle, y debe saber que está en peligro.

Ezequiel se quedó boquiabierto observando la cara del hombre, sin comprender un ápice de aquello. Su acento era argentino.

Y no recordaba haber mencionado su apellido a Denia.

—Ahora ríase con fuerza, como si acabase de entender una broma. Nos observan.

Ezequiel le siguió en la carcajada, como si de veras hubiese que reírse a mandíbula batiente, mientras el joven hombre barbudo gesticulaba abiertamente y hablaba, para acto seguido preguntarle en voz baja.

—¿Puedo hablar? ¿No nos escuchan?

—Puede hablar todo lo alto y claro que quiera. Ellos creen que nos escuchan, pero no lo hacen. Mi arcaica tecnología —dijo con ironía— tiene bajo mi tutela todo lo que ocurre en este edificio. Los micrófonos instalados en la sala pasan por un filtro que he interpuesto, y un algoritmo que yo mismo he creado hace corresponder el movimiento de nuestros labios con una conversación trivial, distinta a la que realmente mantenemos. Creerán que decimos pavadas, así que puede hablar con total libertad.

—¿Quién eres? ¿Cómo puedo fiarme de ti?

—Sinceramente, porque no tiene alternativa. Pero para su tranquilidad, le diré que soy descendiente de aquellos nodianos de la isla de El Hierro, y pienso, pensamos, los pocos que quedamos, que usted es la única fuerza capaz de imponer justicia en este mundo. Es eso lo que le aseguraba su padrino Alan, ¿verdad?

Tras aquellas palabras, Ezequiel se quedó conmocionado. Todo daba vueltas a su alrededor, no terminaba de comprender.

—Le he dicho quién soy. Ahora, dígame, ¿sabe quién es? —continuó Horacio.

—Ezequiel, simplemente Ezequiel Cabral.

—No solo eso, créame. Para ellos, y con ellos me refiero a Denia y los de su calaña, que todavía ignoran que usted está aquí, es la Anomalía, el Acicate, pero para nosotros es el Prometeo, otra vez encarnado para administrar luz a los hombres, aunque no lo reconozca todavía por encontrarse en pañales, como asegura Denia ante el espejo de su habitación.

—No sé de dónde sacas eso, Horacio. Soy un hombre normal, muy perdido, con multitud de problemas, con incontables frentes

abiertos. Nada más, Horacio, nada más. Y tutéame, por favor, aunque te lleve algunos años.

—Lo haré —convino el joven apacible—, pero todos esos contratiempos que encontraste y que seguirás encontrando a lo largo de la vida, no son más que pruebas con las que llenarás de muecas la culata de la experiencia. Pero volviendo a lo de antes, ¿crees acaso que si en la infancia tuviste maestros como Schrödinger, Heisenberg, Ramanujan, Einstein, Tesla, Ueshiba, y a Alan de padrino, o sea, sir Alex Crawford, el mayor titiritero de los últimos trescientos años, fue fruto del azar? ¿Crees de verdad que todo eso es una simple casualidad?

—¿Cómo..., cómo sabes todo eso? —preguntó Ezequiel, perplejo.

—Porque los nodianos venimos al mundo para buscarte, para ayudarte dando la vida si es preciso, para conseguir que abras los ojos. Buscamos tu rastro desde que te marchaste de El Hierro y te perdimos en el Pacífico, y volvimos a encontrarlo en tu casa, en la posguerra, pero fue demasiado tarde, pues ya te habías marchado al pasado. Allí solo pudimos ser testigos de los despojos de la carnicería que desató tu tío De Gálvez.

—¿Mi tío? ¿Qué hizo mi tío?

—Aunque fue hace mucho, no puedo contártelo, pues violaría el principio.

—El principio de Banch —interrumpió Ezequiel apesadumbrado y abriendo los ojos con amplitud.

—Sí, el principio... de Banch. Suena bien —soltó Horacio pensativo mientras sonreía.

—Entonces... ¿Ahora qué?

—Ahora trabajaremos, hablaremos y nos reiremos juntos. Todo a la vez. ¿Sabes qué es esto? No, desde luego. Un computador. Arcaico, supuestamente. Tengo muchas cosas que puedes ver y oír, sobre todo música, pero también, si metes esta clave —la recitó de memoria para que Ezequiel la retuviese—, aparecen otros archivos velados porque violarían el principio. Solo puedes abrirlos una vez que hayas superado las fechas que cada uno tiene por nombre. Te ayudarán como puertas para descorrer salones de conocimiento. Y una cosa más. No puedes fiarte del viejo, tiene alma de víbora.

—Pero... si me trata como un padre —le aclaró Ezequiel.

—Lo intenta, lo desea, de veras, porque tiene una edad, porque carece de descendencia, porque sabe lo que eres y te ama y repudia a la vez. Y es por esa dualidad por lo que te entregaría a los suyos o te utilizaría en su provecho como ariete para romper el cascarón que es su pecho y salvar su alma de la mala conciencia. Por todo eso has de trabajarlo, mimarlo, conseguir que te quiera, pues si lo haces, puede que en el último instante nos ayude.

Con el paso de los días, una sincera amistad germinó entre el viejo y Ezequiel. Muchas inquietudes personales y preocupaciones atenuadas pasaron de uno a otro. De ese modo, David conoció con exactitud la realidad de los caminos y personas que interactuaron con su antepasado. Con esto, lo único que consiguió fue sumirse en una desconocida melancolía que le arañaba el alma, pues le trajo el irrealizable deseo de conocer a aquel ser que siglos atrás puso una piedra en el muro que soportaba su existencia.

Por su parte, Ezequiel tuvo conocimiento de una noticia increíble. Cuando el joven habló de su hermana a David, este le dijo que haría lo posible por saber algo de ella, intentando escudriñar cualquier dato: dónde vivió, si volvió o no a Cártama para terminar sus días, si había dejado descendencia, y prometió hacerle un paquete con todo lo que pudiese encontrar para entregárselo como regalo por sus servicios.

—¿Cómo va a hacer eso? ¡Es imposible! —insinuó Ezequiel al oír tal disparate.

—Hoy en día, en cuestión de información, nada es imposible —le explicó el anciano—. Sígueme, pediremos ayuda a tu amigo Horacio para no dejar rastro de la búsqueda.

Horacio se sentó frente a su computador y acarició sonoramente la hilera superior de un teclado transparente, y donde antes se reflejaba el violento y desapacible torbellino de olas y blancos pañuelos azotados por los fuertes vientos del mar, aparecieron unas grandes iniciales que resumían la frase de más abajo: «Punto de

conexión ilegal a la red neuronal mundial». Al pulsar otra tecla, las iniciales y la frase desaparecieron, dejando a la vista un menú de opciones. El joven eligió «base de datos sobre identificación personal», y luego la referente a España. A continuación especificó una búsqueda comprendida entre 1925 y 2000. Cuando apareció una ventana que pedía el nombre a introducir, Horacio tecleó el de María Candela Cabral Nazaria, e instantáneamente aparecieron una docena de referencias. Tras cribar las que no contuviesen la palabra Cártama o Málaga, quedó un solo documento, que finalmente abrió.

David Denia miró la pantalla y después sonrió a Ezequiel, que comenzó a leer mientras intentaba apaciguar los fuertes latidos con los que su corazón brincaba de alegría. La noticia tenía su origen en un sitio y acababa en otro, pero Ezequiel supo que realmente se trataba de su hermana:

...exactamente igual a este es el caso referente a María Cabral Nazaria. Ella también permaneció durante décadas exiliada de su tierra, perdida para el mundo, hasta que la demanda propiciada por sus amigas cartameñas de la niñez hicieron que un programa televisivo de máxima audiencia en TVE la encontrara en lugares remotos de Sudamérica, a principios de 1991. Dicho programa la trajo a España en esas fechas, lo mismo que a Ernesto Gutiérrez, que vivió durante años...

—Es lo que hay, pero es revelador. ¿No crees?

—Lo es, ciertamente lo es. Gracias, David, gracias, Horacio, no sé cómo pagaros esto que habéis hecho por mí. —David agachó la cabeza y subió la mano para que dejara de hablar. Tenía los ojos cerrados, parecía atormentado—. ¿Qué ocurre, David?

—No me agradezcas nada, amigo —dijo el magnate—, no he hecho nada por ti, salvo causarte complicaciones.

—¿De qué habla? ¡Explíquese! —pidió Ezequiel mientras Horacio abandonaba la estancia.

—Me he..., me he reunido con los miembros del proyecto para estudiar la viabilidad de tu regreso y se han opuesto. Todos los científicos y mi superior en Jerusalén —mintió sobre el hecho de tener a alguien por encima—, han negado esa posibilidad por insegura. Es imposible, Ezequiel, no podemos permitir que vuelvas a viajar en esa máquina.

—Es una broma, ¿verdad? —soltó Ezequiel, cariacontecido.

—No, no es ninguna broma, es la realidad del asunto —apuntó David.

—Pero... ¿por qué?

—Porque no podemos arriesgarnos nuevamente a dejar esa máquina varada en alguna época. Esta vez hemos tenido suerte y no ha habido complicaciones, pero no podemos exponer al mundo otra vez.

—¿Exponerlo a qué? —preguntó Ezequiel.

—Al peligro real de que cayese en manos inapropiadas, distintas a las tuyas, y que acabe gobernada por una mente caprichosa, negligente o ignorante del peligro que puede acarrear la intromisión descontrolada de un elemento que jamás existió en el pasado, y que puede cambiar el futuro que ves ahora —contestó David.

—Ese peligro que dice, también existió antes y no lo tuvieron en cuenta, o lo obviaron negligentemente para atender sus intereses, y ahora que el beneficio se ha alcanzado y el resultado de mi vida no suma, la moral y la ética florecen entre ustedes —tras gritar esto, Ezequiel se serenó un poco y continuó—: Lo reconozco, David, es un peligro, pero yo intentaré que no trascienda al mundo. Por favor, David —argumentó Ezequiel en tono de súplica—, permita que me marche hoy o mañana, y le prometo que pasado mañana o la semana que viene podrá mandar una expedición a mis tierras, y allí encontrarán la máquina para destruirla o hacer lo que quiera con ella.

—No es solamente eso, Ezequiel, hay más. Llevas aquí un tiempo en el que has observado muchas cosas del futuro. Maquinaria, medicinas, potenciales objetivos a los que puedes dirigir fuertes inversiones desde el pasado.

—No te entiendo, David. ¿Qué me quiere decir?

—Que podrías influir en las decisiones de ricos hombres de negocios para que encauzaran sus intereses en proyectos que en la actualidad son exitosos. Si hicieras eso, podrías cambiar completamente la faz de la tierra. La Segunda Guerra Mundial cambió la historia. ¿Qué sucedería si los alemanes de esa época conociesen la existencia de una máquina con la que pueden saber de antemano el desarrollo de la contienda? —Denia hizo una pausa, y al no encontrar respuesta, agregó—: Que bien podrían cambiar sus planes y fabricar con antelación la bomba atómica, por ejemplo.

—Por Dios, David. No he salido de este edificio por propia iniciativa, y lo que he visto aquí es mucho menos que lo que descubrí al dar con esa máquina que dejasteis abandonada en tierras de mis antepasados, y que luego llegó hasta mis días.

—Conoces suficiente como para cambiar el mundo —sentenció el anciano—. El simple hecho de haber visto la red mundial es un peligro que puede deparar un presente diferente al de hoy.

—¿De qué manera? —preguntó Ezequiel.

—Una sola palabra tuya sobre ese tema, y podría hacer cambiar los destinos financieros actuales, y con ello el reparto de poderes y toda la historia —contestó David Denia.

Ezequiel lo miró desconcertado e incrédulo. Todo aquel tropel de viajes a lo largo de su vida... para nada. Los sufrimientos pasados, los tormentos que la vida le deparó, y todo para acabar en una época que no era la suya y con una enorme carga de recuerdos que le carcomían el alma. Siempre empatizó con los sentimientos que embargaban a los animales enjaulados en un zoológico, ahora los hacía suyos.

—David —dijo Ezequiel con serenidad—, ayúdeme, por favor, permítame marchar. Le prometo que seré una tumba, que jamás revelaré nada.

—Es imposible —contestó el anciano con los ojos cerrados y moviendo su cabeza.

—¿Así me pagáis después de todo lo que he hecho?

—Sé, y me duele el alma por ello, que jamás podré pagarte lo que has hecho por mí y por este tiempo, pero al menos busqué a tu hermana y sabes que sobrevivió. Además, para ti era necesario

venir aquí, para conseguir la partícula que te llevaría a la posguerra civil española.

—Ahí te equivocas —le aseguró Ezequiel—. No niego que me hiciese falta, pero mi prioridad era la de entregar el ajedrez, pues también hubiese sido feliz en la época que estaba. Allí conocí al único amor que quiero en mi vida.

—¿Ves, ves que no podemos permitirte partir? ¿Has pensado en el caos que hubieses creado al unirse a esa mujer y tener hijos? Habrías cambiado toda la historia.

—Ya lo hice, y no lo notaron. Es más, posiblemente viva gracias a mí —le gritó Ezequiel colérico.

—¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?

Ezequiel contó a David lo ocurrido con don Fernando el Católico y Torquemada en aquella posada. Al oírlo, el anciano cayó sobre una silla y se echó las manos a las sienes recordando aquella charla de Aldrig. La recreó en su mente, y, después de repasarla, le halló sentido:

También descubrí algo más sorprendente aún.

—¿Qué, señor Aldrig? —preguntó Ralf Lozano visiblemente emocionado, como el resto de sus compañeros.

—Algo que rompió todos mis esquemas, pues el ordenador del microscopio mostró diez parejas de partículas exactamente iguales entre sí, como dos gotas de agua. A partir de esos momentos espacio-temporales repetidos, no se apreciaba ninguna partícula más con idéntica anomalía, pero sí había muchísimas con el mismo patrón de antigüedad hasta llegar a una época concreta.

—¿Qué quieres decir, Thomas? —inquirió David Denia, visiblemente perdido.

—La única respuesta que concibo, aunque no sea muy científica, es la procedencia de «algo superior», omnipotente.

—¡Dígala ya, por Dios! —exclamó el señor Smith impaciente, poseído por la curiosidad.

—Es... es como si en ese tiempo algo inconcebible hubiese sucedido, y alguien, viendo que todo se le escapaba de las manos,

hubiese activado un momento espacio-tiempo ya pasado. ¿Entiende?

—Sí, Thomas, entiendo. ¿Pero por qué?

—No lo sé. La última vez que ocurrió ese fenómeno fue en el año 1492. En esa fecha, alguien tomó la decisión de parar los acontecimientos del universo de ese presente para activar la recreación de una partícula espacio-tiempo ya pasada, ocurrida durante el año 1486.

Tras aquellos pensamientos, Denia reparó en otra particularidad señalada por Aldrig: la de aquel amago de bifurcación temporal que llamó la atención de Thomas en el año 2026, y eso lo llenó de angustia.

—¿No me cree? Estoy diciendo la verdad, David —insistió una vez más Ezequiel cortando el hilo de sus pensamientos.

—Te creo, te creo, pero al hacerlo todo da vueltas a mi alrededor, y esas vueltas me hacen ver la pequeñez de lo que somos.

—¿A qué se refiere? —preguntó Ezequiel extrañado por las misteriosas palabras del anciano.

—A la prueba más grande jamás obtenida sobre la existencia de Dios —dijo David, que se quedó mirándolo unos segundos antes de preguntarle—: ¿Has visto alguna vez a Dios? ¿Crees en Él?

Ezequiel frunció el ceño y lo miró desconcertado. «¿A qué viene esto?», se preguntó. Luego pensó unos instantes y contestó:

—No, jamás lo vi, pero en cada instante lo siento, porque existe. Podrán llamarle de una u otra manera, pero es el mismo aquí o en Pekín. Que alguien no lo sienta, es posible, pues si no palpa y no escruta, no lo percibirá. Y eso, al menos para mí, es comprensible. Lo que ya no comprendo, por más que lo intento, es cómo puede alguien dudar de la existencia de algo tan grandioso que por sí solo es capaz de crear lo irrealizable. Este mundo con su vida, este sol con sus planetas, estas estrellas, estas galaxias, el universo... Eso es verdaderamente lo que me afecta, la existencia de personas que ignoren y no atribuyan dueño a la soberbia y eterna puesta en escena de ese baile tan perfecto que alrededor de nosotros gira sin cesar.

David permaneció mudo ante la respuesta de Ezequiel, pensando en la realidad de lo que había dicho. Nunca antes había pensado en Dios de esa forma, pero le pareció la más correcta posible para que todo ese baile que Él había puesto en escena no cayese en el baúl de los espabilados que luego modifican lo pronunciado por los profetas para crear los negocios más duraderos y solventes.

—¿Nunca has pensado en que podrías ser un instrumento de Dios? —preguntó David.

—Alguna vez que otra —precisó Ezequiel—, sobre todo cuando la vida me llevó a lugares a los que no quise ir, transitando caminos por los que nunca quise pasar. Mi vida siempre estuvo llena de lugares a los que me llevaron esos caminos, David. Pero... ¿por qué me hace todas estas preguntas?

David Denia le contó lo que descubrió Aldrig referente al cambio introducido en la historia cuando «algo» paró el curso de 1492 y activó un espacio-tiempo correspondiente a 1486, año en el que Ezequiel cortó los mezquinos planes de Torquemada, modificando con ello el devenir.

—Leí... —comenzó a decir el viejo—, leí, en el diario de Aldrig, que tras liberar la partícula su mente vio o imaginó la imagen de una estrella rodeada de varios rostros. Los rostros que describe en el diario son parecidos al tuyo. ¿También los viste tú?

—Sí, eran exactamente igual al mío, y uno de ellos podría decir que era yo. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Crees reconocer en esos rostros a alguien aparte de ti? —preguntó David.

—Sí, a tres, pero sería muy presuntuoso si me comparase con ellos, por lo que solo lo achaco a imágenes producidas por mi mente, como una especie de sueño.

—¿Un sueño? Es muy raro tener el mismo sueño que ha tenido otra persona. ¿No crees? ¿No ves más probable que ese Dios, lo llamemos como lo llamemos, te haya utilizado igual que anteriormente utilizó a los otros rostros que viste? —David Denia hizo una pausa esperando la contestación de Ezequiel, pero viendo que este no hablaba, continuó—: Primero te ves arrastrado a un pasado que intervienes con tu presencia para cambiar el futuro y

dejarlo tal y como lo conocemos en la actualidad, y después traes hasta aquí algo de incalculable valor, pues puede sofocar el fuego que en la actualidad parece querer prenderse de un momento a otro.

Ezequiel dirigió sus ojos al suelo, mostrándose pensativo y ausente frente a lo que le decía David. Con total claridad, de la misma manera que pudiera recrearlo frente a un espejo, repasó todos los acontecimientos vividos y pensó en la cantidad de misteriosas casualidades que constantemente aparecieron en el camino de su vida. Entonces reparó en las locas teorías de Alan y Horacio, aunque por higiene mental se negaba a creerlas. Supuestas casualidades, solo eso, que lo habían empujado junto a las más remotas experiencias que un hombre pueda vivir y soportar. Recordó a su mentor y maestro. Sin él, jamás hubiese tenido la capacidad mental ni física para afrontar el camino que le tocó vivir, sin morir en el empeño. Sin las privilegiadas capacidades que le inculcó, jamás hubiese sobrevivido a su aventura en la Edad Media, ni hubiese podido alcanzar la conversación que paró los planes nefastos que Torquemada tejía en las sombras, ni llegar con la esperanza bajo el brazo a la época donde ahora intentaban recluirle. Si lo pensaba bien, era fácil caer en la suposición de que toda su vida parecía un continuo entrenamiento donde forjó su cuerpo, su mente y su espíritu para dejarlo finalmente en una posición desde la que pudo resistir con solvencia las eventualidades a las que tuvo que hacer frente en la guerra de Granada y en el futuro.

Tras repasar los archivos de su memoria, Ezequiel levantó la vista y la fijó en David. Iba a decirle que tenía razón, que todo parecía indicar que probablemente estuviese manejado por Dios o lo que fuese, pero entonces reflexionó sobre la imposibilidad de lo que había pensado anteriormente y, tras una larga sonrisa, le susurró:

—Es una estupidez pensar eso, David. Nadie es profeta en su tierra, y yo no lo soy en ninguna. Por eso puedo asegurarle que no soy el habitáculo de uno.

—Pero... has salvado muchas vidas a lo largo de la historia de la humanidad, y muchas más que salvarás con lo que has traído —le aclaró.

—También salvó muchas vidas el hombre que descubrió el Marthian, y no por ello es un profeta enviado o manejado por Dios.

—No, Ezequiel, no lo compares con eso. Estoy seguro de que eres un enviado. Son muchas coincidencias.

—Vale —dijo Ezequiel entregando la razón al tonto o al loco, o al demasiado crédulo y soñador—. Puede que lo sea, pero ahora necesito marcharme. Ayúdeme, señor Denia. Se lo pido por última vez.

—Eso es imposible, Ezequiel, no puedo dejarte marchar. Te haremos fácil la vida aquí, e intentaremos que te acostumbres a este tiempo. Tendrás el dinero que quieras, e incluso, si así lo quieres, obligaremos al dueño de las tierras que fueron tuyas, un tal Asiel, para que las venda y puedas vivir en ellas. Pídenos lo que quieras, menos dejarte subir nuevamente a esa máquina. Mañana la destruiremos.

—Si mantienen esa actitud, les consideraré enemigos a todos, lucharé con los medios que posea hasta el final, e intentaré huir en la máquina —confesó Ezequiel.

—Si continúas por ese camino, encontrarás problemas.

—Sé dónde mantienen ocultas las perlas energéticas —reconoció desatendiendo la amenaza lanzada por Denia—. Las cogeré por la fuerza si es necesario, y nadie impedirá que me marche. Aunque no sea a la época que deseo, escaparé.

—Si vas a por ellas, te matarán —confesó David—, aunque yo quisiera impedirlo. En ese lugar hay cuatro soldados de élite que custodian el ajedrez. No son humanos, sino máquinas asesinas, cuerpos rudos creados artificialmente y capacitados para el combate y el exterminio. Las leyes que los regulan se aseguran de que puedan ser un diez por ciento más rápidos que cualquier contrincante humano, y el mismo porcentaje para su fuerza. No se les puede detener, pues aumentarán su poder en función del que muestre su oponente, y te aseguro que no tienen techo. Aunque parecen humanos, no lo son, pues ni se fatigan ni sus articulaciones llegan a un punto de ruptura. Están esperando la llegada de otros cuatro soldados para llevar el ajedrez a Jerusalén.

—En ese caso, aprovecharé ahora que solamente hay cuatro.

—¿Estás loco? ¿Quieres morir? —alertó David a Ezequiel viendo que este se ponía en marcha—. Recapacita, Ezequiel, por favor.

Ezequiel se paró el tiempo necesario para escuchar las palabras del anciano, y tras decirle «este joven nació muchos años antes que tú», le dio nuevamente la espalda y continuó.

A la vez que Ezequiel cruzaba el largo pasillo y se perdía doblando la esquina, David se sentó sudoroso en una silla. Estaba abatido, jamás hubiera pensado que esto terminaría así. Desde su asiento escuchó cómo Ezequiel derribaba la puerta de una patada haciendo saltar los goznes. Seguidamente oyó los estridentes disparos. En ese momento, hundió la cabeza entre sus rodillas deseando morir para no sentir el dolor que lo embargaba. Permaneció en esa posición durante un tiempo que le fue consumiendo el alma, hasta que el ruido de unos pasos hizo que levantase la cabeza. Su rostro húmedo y arrugado recobró la alegría perdida en cuanto vio a Ezequiel ante él, vivo, por extraño que le resultara.

David se recompuso al ver el collar de perlas y el ajedrez en las manos de Ezequiel. A continuación sacó una pequeña pistola de su bolsillo y la apuntó al joven.

—Deja el ajedrez aquí y dame las perlas energéticas —ordenó el viejo encorvado a Ezequiel, que permaneció sereno, observando la temblorosa mano que sujetaba la pistola.

—No haré ninguna de las dos cosas, ya le dije que lucharía hasta el final. Si quiere pararme, máteme.

—¡No seas necio! Haz lo que te digo o dispararé.

—Pues dispare —le contestó Ezequiel levantando el tablero.

Después de oír varias amenazas más, Ezequiel se encaminó seguido por el viejo en dirección a los sótanos. Marchaba sigiloso, con sus sentidos puestos en su espalda, por si el viejo, que no dejaba de gritar, hacía realidad su intención de dispararle. Las amenazas del viejo se consumieron en gritos, y los gritos en ruegos. Por último, los ruegos cayeron en lamentaciones que acariciaban lastimeramente el aire al tiempo que Ezequiel Cabral insertaba la perla energética y entraba en la máquina con el ajedrez en su poder.

El viejo cayó al suelo con las piernas abiertas y desesperado. No pudo hacerlo. Ni quiso ni pudo, y ahora, por su culpa, el mundo

estaba nuevamente sujeto a los sucios avatares que los hombres provocaban con sus negligencias y avaricias. Esos mismos hombres que solían escudarse en los tontos pensamientos que alimentan la arrogancia diciéndoles que aunque todo estalle en pedazos, ellos sobrevivirán. Esos mismos hombres que seguían talando árboles porque pensaban que más allá hay más, sin detenerse a pensar que más allá de más allá solo estaban sus espaldas azotadas por la deforestación que habían provocado; esos mismos hombres que contaminaban el agua sin consideración alguna, porque ellos la bebían embotellada. Muchos minutos estuvo David Denia repasando esos nefastos pensamientos sentado en el suelo. Por ellos deseó no vivir, pues no podría soportar el descalabro inevitable que sufriría el mundo por su fracaso. No es que él fuese culpable de ello, no, pues el inminente fiasco que estallaría en Tierra Santa y que luego se extendería como fuego de verano azotado por el viento, solo se podía atribuir a ese gen autodestructivo que todo hombre posee.

El viejo levantó su mirada del suelo y la posó sobre la puerta cerrada de la gigantesca roca que guardaba la máquina. Allí no había nadie, la esperanza se había marchado. Quizá fuera eso lo que merecía la humanidad, un nuevo diluvio en forma de vendaval bélico que arrasase de una vez por todas a la estupidez humana. «Porque, ¿cuántas oportunidades debería dar Dios a los hombres para que dejasen de tropezar en la misma piedra? —se preguntó David Denia—. Sin duda, Él también debe de estar harto de mirar las frutas maduras de su árbol señalado, y ver que la desconsideración del hombre volvía a arrancar sus manzanas.»

El anciano pegó el cañón de la pistola a su sien, puso el dedo en el gatillo y empezó a apretarlo lentamente. El primer intento fracasó, así que cerró fuertemente los ojos y empezó a apretar el gatillo nuevamente. Estaba a punto de dispararse cuando la voz de Ezequiel, que había salido de la gran roca, lo detuvo.

—No lo haga, David. Estoy aquí. Mi intención no era marcharme, sino demostrarle que puede confiar en mí. Usted necesita esto —matizó Ezequiel señalando el ajedrez—, y yo su ayuda para buscar a Karima y a mi hermana.

El anciano se levantó fatigosamente del suelo y se acercó hasta Ezequiel. Al llegar a su altura, cogió el ajedrez y le ofreció la mano al joven.

—Te ayudaré y te demostraré mi confianza, pero tenemos que ponernos a trabajar rápido, pues deberás partir antes que lleguen los entes que han de venir a por esto —indicó Denia señalando el ajedrez—. Pero... de verdad, con todo mi esfuerzo, únicamente puedo mandarte a tu tiempo, a la posguerra, y alguien tendrá que pagar por ello.

—Le hice una promesa a Karima, le dije que volvería. No le pedí que me esperase, pero así lo entendió ella. Es injusto, tengo que ir, porque si no se dejará marchitar en una espera imposible. La quiero. Ella existe por mí y yo por ella, a pesar del tiempo que nos ha separado. Lo sé.

—No puedo. Es imposible. Y también mi última palabra.

Media hora más tarde, se reunieron con todos los científicos y Horacio en la sala de reuniones. Al principio no estuvieron de acuerdo con lo expuesto por el viejo, pues contravenía de manera rotunda la argumentación ética que debía recorrer en todo momento el alma del proyecto. Eso... y las consecuencias que podrían acarrear si todo aquello veía alguna vez la luz, pero el viejo los convenció con suculentos dividendos que hizo crecer la negligencia del equipo y flaquear su moral de forma exagerada, sobre todo cuando Horacio levantó la mano y dijo que si se ingresaba cierto importe en Bitcoins en una cuenta de su familia, estaba dispuesto a ser cabeza de turco. Ezequiel protestó, pero Horacio pidió que los dejaran solos un rato en su cabina para convencerlo.

—¿Qué te ocurrirá? —preguntó Ezequiel.

—Tenemos que hacerlo, Ezequiel, es el cometido de mi vida. Y tú tienes que irte, no solo a la posguerra. También tienes que ir a por Karima, y luego a 1991 a buscar a tu hermana. Todo es fundamental. Tranquilízate, yo me encargo de todo.

—No, no, no. No puedo tolerarlo, no dejaré que te ocurra nada.

Horacio, con aquella sudadera negra serigrafiada en inglés con una nueva frase que decía «Nunca violes el principio de Banch», le aseguró tomándole las manos:

—Tenemos que hacerlo. Te repito. Denia está desesperado. Me ha ofrecido una fortuna que solo está al alcance de un puñado. Aprovechémoslo, porque es indispensable para millones de personas, que puestas en una balanza pesan más que yo. Además, te prometo que no me ocurrirá nada. Soy un nodiano, recuerda, con infraestructura y apoyo para lidiar con esto y salir a flote.

—Sí, eso dices, pero ¿qué intentarán hacerte? —inquirió un Ezequiel dubitativo.

—Lo primero que hará David en cuanto te marches será propinarme una sesión de ultra hipnosis que borraré de mi cerebro todo conocimiento de lo ocurrido y posteriormente me insertará falsos recuerdos que luego me sacarán otros a base de tortura. Básicamente eso. Pero te juro que los míos me sacarán de aquí antes de que eso ocurra.

—¿De verdad pasará así?

—De verdad, Ezequiel. ¿Crees que mentiría a la causa de mi existencia? Serénate, y recuerda que debes llevar a cabo todos los viajes. Es indispensable para el mundo.

Horacio abrió su computador y una clave dejó a la vista una fotografía que Ezequiel vio a medias, pues puso una mano sobre la pantalla para ocultar una parte de ella.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó Horacio.

—Sí, pero raro con esa túnica. ¿Dónde es?

—Es una pintura. Los nodianos la encontramos en una cueva de Cachemira, y tiene dos mil años. —Acto seguido quitó la mano que tapaba parte de la pantalla—. Es Karima, ¿no?

Ezequiel tocó la imagen de su joven amada con suavidad, mientras sus ojos se volvieron acuosos.

—Tienes que ir a por ella, debes cumplir la promesa que le hiciste. Estáis condenados a uniros una y otra vez, cuantas veces sean necesarias hasta que la jugada salga bien. Así que, ayúdame a cumplir con mi cometido. Te irás, te llevarás este computador, y harás lo que el destino tenga dispuesto para ti. Así que dime de una vez que lo harás.

—Sí, lo haré.

Media hora después, Diux y Berry partieron hacia el Polo Sur en el avión más pequeño y rápido que existía, y prometieron estar en el edificio Marchat en menos de cinco horas. Hughes comenzó a fabricar a marcha forzada una máscara elaborada con el mismo material que el traje, pues sabían de lo acontecido con Aldrig y no querían que se repitiese. El mismo Hughes también se encargó de explicar a Ezequiel la forma de conseguir la energía necesaria para utilizar la otra particularidad del traje, el mimetismo.

Obligaron al joven para que durmiese un par de horas, pero no consiguió pegar ojo hasta un rato antes de que lo llamasen. Fue el propio Denia quien le avisó y le entregó el traje para que se lo pusiera.

—Son las seis —carraspeó el anciano—. Vamos al reducto, allí esperaremos la llegada de Diux y Berry. Solo espero que cuando mañana, o pasado mañana, llegemos a Cártama, la máquina se encuentre enterrada en tus tierras.

—Allí estará —le contestó Ezequiel—. Lo prometo.

Cuando llegaron a la zona de la nave, la encontraron solitaria, salvo por la presencia de Horacio en la cabina del fondo, que mediante software dejaba ver ya ambas direcciones. Así que el anciano y el joven se sentaron y empezaron a charlar.

—Diux y Berry deben de estar a punto de llegar —dijo David Denia—. Lo harán solo una hora antes de que lleguen los cuatro soldados desde Jerusalén. Conseguí que estos vinieran en un vuelo estándar para ganar tiempo, convenciéndoles de que eso apartaría muchas miradas curiosas. Aprovecha este tiempo y prepara la máquina. Toma también este diario, yo he sacado copias y he entregado una a cada hombre. Se lo merecían.

—Sí, creo que también puedes confiar en ellos —afirmó Ezequiel.

—Antes de que te vayas, quiero contarte una historia.

—Por supuesto, adelante. Soy todo oídos.

—Bien, empecemos. Sabes que soy judío, pero lo que ignoras es que soy un judío nacido en Israel.

—¿Qué?! —exclamó Ezequiel frunciendo el ceño—. Israel no existe; en la antigüedad fue el estado de los hebreos, pero de eso hace muchos siglos, pues desapareció después del segundo

levantamiento contra los romanos, hecho que provocó la cólera de Adriano, que mandó destruir el templo de Salomón y expulsar a todos los israelitas de Jerusalén.

—Cierto, es así, pero para ti, que no has vivido aún el año 1948 — le dijo David.

—No entiendo. ¿Acaso ocurrió algo extraordinario ese año? — preguntó Ezequiel.

—Sí, ocurrió algo que empezó a forjarse a principios del siglo XX: la constatación del sionismo político buscado por algunos grupos de judíos que intentaron crear un estado judío en el antiguo reino de Israel, y que finalmente consiguieron ese mismo año cuarenta y ocho, a la fuerza.

»Todo empezó a agriarse en los primeros años del siglo, cuando los palestinos, moradores naturales de esas tierras desde tiempos inmemoriales, se alertaron por la compra masiva de sus territorios por parte de algunos grupos de judíos que ellos mismos habían recibido anteriormente con los brazos abiertos. Esta actitud a la hora de tolerar a los primeros colonos hebreos no era casual ni forzada, sino que atendía a la propia naturaleza hospitalaria de este pueblo, forjada durante siglos por las relaciones culturales y de convivencia que había provocado el hecho de compartir la Tierra Santa de Jerusalén con judíos y cristianos.

Desde entonces, los musulmanes de Palestina y los colonos judíos se enfrentaron en continuas disputas, que finalmente desembocaron en la creación del estado de Israel en 1948. A partir de esta fecha, cientos de miles de palestinos se vieron obligados a exiliarse abandonando sus propiedades, refugiándose sobre todo en la franja de Gaza, Líbano, Siria y Transjordania. Esto provocó una subida de la violencia en estos territorios. Las matanzas, batallas y guerras entre el recién creado estado de Israel y sus vecinos árabes se perpetuaron por más de setenta años, en los que el precio de una vida descendió al valor de nada. La antigua tolerancia del pueblo palestino se convirtió en ira descontrolada contra el opresor israelí, que respondió de la misma manera en una escalada de violencia, donde ambos enemigos, más que ganar, se intercambiaban el liderazgo en la cifra de muertos de uno y otro bando. Durante todos

esos años, la inestabilidad del territorio fue permanente. A veces parecía decrecer la violencia y discernirse un acercamiento hacia la paz, pero solo fueron espejismos que dieron lugar a un recrudecimiento de las hostilidades y al levantamiento de largos y altos muros de injusticia. Soy judío e israelí nacido en Tierra Santa, de la misma forma que tú eres andaluz de España —dijo David a Ezequiel, deteniéndose a pensar un poco—. Durante casi toda mi vida viví en esos santos lugares. A pesar de ello, y de sumergirme en la historia reciente de mi pueblo, no sé quién tenía razón, si los palestinos que vivían allí o los judíos que formaron el estado de Israel. Seguramente los palestinos, o quizá también una pizca de razón merecíamos los judíos, o ambos a partes iguales, o ninguno. La verdad es que no lo sé. De lo que estoy seguro es que la culpa de todo hay que echarla solamente a los hombres avariciosos que, con su afán de poder y gloria efímera, pues la gloria siempre es efímera, fueron capaces de pasar un pesado rodillo por encima del pueblo que finalmente es el único que sufre las consecuencias.

»A veces, cuando la barbarie llega a un punto tan elevado, parece que nunca se podrá encontrar una escalera para bajarla de ahí. Sin embargo, la hay, siempre la hay, tan solo hay que buscarla lejos de los habitáculos donde residen la obstinación, la venganza, y el orgullo, pues estos son elementos que contribuyen a elevarla mucho más.

»Pero volvamos a mi tierra, y no adelantemos acontecimientos. Al llegar el siglo XXI, las cosas siguieron de la misma manera. En su primer año, el 2000, nací yo. El siguiente, el año uno, ocurrió algo que de alguna manera provocó un acercamiento entre los pueblos enfrentados: el mayor acto terrorista presenciado en directo en la historia de la humanidad. Más de tres mil personas murieron aquí, en la ciudad de New York, a escasos metros de donde nos encontramos. Por ello se levantó el complejo de la paz mundial en el mismo lugar donde se produjo la sinrazón. Después de aquel atentado, vinieron guerras ciegas y llenas de bastardos intereses, de matanzas, de barbarie, de opresión, de involución y de escalada bélica, pero años después se consiguió una paz forzada, muda y tensa, nada segura, pues surgió por el soterramiento de una

violencia que aún latía en el corazón de ambos pueblos masacrados por la sed de venganza. La paz, forzada como ya he dicho, se consiguió tras el reconocimiento mutuo de los estados de Palestina e Israel, que compartieron la dividida Jerusalén como capital de los dos estados. Pero como en casi todas las cosas que se hacen por la fuerza, esta paz no duró, pues los líderes de los diferentes estados quedaron descontentos y ambicionaban más.

»En la actualidad, y dejo de contar lo que antes mencionaba porque me es necesario, el hombre más importante en la historia reciente de Tierra Santa es Abú Shamir. Ese nombre es tan importante en la actualidad porque fue el artífice de una paz duradera y estable en la zona, de tal forma que judíos y musulmanes, palestinos e israelíes, lo adoran desde el mismo momento que empezaron a conocer su vida y hechos en los colegios. Abú Shamir nació pocos años antes que yo, y murió no hace mucho. Desde muy joven inició su vida política por caminos intransitables para las mentes de sus contemporáneos políticos. Caminos que, según esos políticos, eran tierra yerma y perdida de antemano. La diferencia entre él y otros políticos que nunca lograron alcanzar la paz era la visión con que miraban al mundo que pisaban. Mientras que los líderes judíos y palestinos intentaban separar mucho más la tierra, para sus intereses, él quiso unirlas en interés común. No tengo dudas de que lo que hizo que este hombre oteara el horizonte con ojos diferentes a aquellos que estaban cegados por la cólera y la venganza fue que era hijo de un árabe y una judía. Por esto, Abú se crió inmerso en la rareza de una casa donde las dos culturas convivían en perfecta armonía. De un lado, su padre y sus abuelos paternos, árabes; de otro, su madre y sus abuelos maternos, judíos, condiciones que nunca produjeron roce alguno entre los habitantes de la casa. Esta forma de vivir la niñez y luego la juventud le inculcó la idea de afrontar la búsqueda de la paz a través de una convivencia tolerante y equitativa en un mismo estado, camino distinto a los transitados con las segregaciones antes intentadas sin éxito duradero.

»A mediados de los años veinte, Abú comenzó a dar conferencias sobre sus ideas en calles y plazas, ideas que fueron catalogadas de

locas y soñadoras por los líderes de ambos estados. Sin embargo, el pueblo llano, hastiado de ver tanta sangre derramada sin obtener avance alguno, empezó a oírlo, primero como si escuchasen un cuento, y luego con esperanza, una esperanza que, según decía, estaba reflejada en la certeza de la antigua convivencia en Al-Ándalus. «Si allí fue posible, ¿por qué no aquí?» Ese fue el lema político que mantuvo durante sus primeros discursos. Poco después de llevar un año recorriendo las plazas y calles de Palestina e Israel, disertando y concienciando, empezó a forjar en la mente de gran parte del pueblo la idea de la unión de los dos estados en uno solo. Al principio desentonó con diversos sectores de la población que le escuchaba, pero poco a poco les fue convenciendo de la conveniencia de este camino. Su discurso más importante fue aquel que hizo ante más de trescientas mil personas, judíos y palestinos, en la misma franja que separaba las dos mitades de Jerusalén. Decía así:

Gracias por vuestra presencia, amigos palestinos y amigos israelíes, amigos israelíes y amigos palestinos. Solo con vuestro apoyo y vuestra serena y firme actitud, sometidas siempre bajo la bandera de la paz, lograremos una convivencia que se nos ha negado durante muchísimos años. Hoy no es un día para mirar quién de nosotros tuvo la culpa de tanto desastre: si mi mitad árabe o mi mitad judía. Hoy es un día para salvar esas diferencias olvidando el pasado. Hemos de mirar hacia delante, no a nuestra espalda, pues la visión de ella solo puede traernos dolor, y el dolor solo sirve para traer más dolor. Nosotros hemos de arreglar esto, nadie más, ni europeos, ni americanos, ni asiáticos. Agradecemos sus esfuerzos, pero es nuestra hora. No me gusta veros como os veo desde aquí arriba, desde este púlpito, pues estáis separados, unos en una orilla de esta Tierra Santa y los otros en la otra, y eso, hermanos, es lo que debemos de evitar. Sé que os costará hacerlo, pues vuestra visión nublada ve en el

panadero de una orilla, en el doctor de la otra, el pueblo asesino de vuestras familias, pero no es así, pues solamente sois pueblo inocente arrastrado por la intolerancia y la charlatanería ofuscada de líderes insensibles. Olvidad ese odio, desterradlo aunque duela, pues si no, vuestros hijos seguirán vertiendo sangre y los hijos de vuestros hijos también. Paradlo ahora, aunque os duela, aunque tengáis que pegaros un bocado en las tripas para contenerlo, pero debéis saber que es la única manera de acabar con ese odio. Para nosotros tal vez sea un tormento, pero es la única opción que tenemos si queremos que nuestros hijos paseen tranquilamente por cada barrio, por cada calle. Dentro de poco, amigos míos, tendréis votaciones, en una orilla y en otra de esta Tierra Santa. Votad, pero no lo hagáis como lo habéis hecho siempre, no permitáis que los líderes sigan llevándonos por el camino que nos guían. Yo os pido, uséis la papeleta que uséis, que pongáis debajo de cada una, escrita con tinta indeleble y con mayúsculas, la palabra CONVIVENCIA. Junto a mí se encuentran dos jóvenes que comparten mis ideas, uno es palestino, el otro judío. Los dos son líderes de modestos partidos políticos que representan la esperanza que yo tengo y que vosotros merecéis. El que de vosotros la busque, que entregue su voto a ellos, pues intentarán acercar posturas para que toda la Tierra Santa forme un mismo país, tolerante con todo y con todos, equilibrado y equitativo.

»Aquel discurso fue mucho más largo y contenía muchos mensajes llenos de esperanza que hoy no recuerdo. Fue por la tarde, pero por la noche lo emitieron en varias cadenas de televisión. Aquel discurso llevó a los dos modestos partidos políticos al poder. En menos de un año se creó una Constitución, aprobada en referéndum, por la que Palestina e Israel se convirtieron en estados federados de un único país llamado Tierra Santa, cuya

bandera estaba formada por un cielo nocturno lleno de estrellas y medias lunas; en la parte inferior de esa bandera había dos más pequeñas en representación de los dos estados que la formaban, la de Israel y la de Palestina.

»Antes del tercer año de mandato conjunto, se aprobó una ley por la que toda empresa estatal, todo partido político y toda sociedad deberían estar formados por un número par dividido a partes iguales entre árabes y judíos. Las cosas empezaron a funcionar; los barrios y guetos se disolvieron en comunidades de vecinos multiculturales que luchaban pacíficamente contra otros barrios, formados también por judíos y árabes, con el único objetivo de embellecer las calles y plazas. Judíos y árabes trabajaron conjuntamente en una misma empresa y con los mismos derechos. El antiguo ruido de estallidos dejó lugar a las risas en las plazas públicas donde, tras el colegio, niños de toda condición y cultura empezaron a jugar entre sí.

»Varios años más tarde, Abú Shamir ostentó la figura de presidente de honor del Estado, cargo que rechazó en diversas ocasiones, pero que finalmente aceptó por expreso deseo del pueblo de Tierra Santa, que se acostumbró y progresó bajo la imagen de seguridad paternal que este ofreció hasta el día de su muerte.

»La muerte de Abú Shamir trajo consigo el reavivamiento de varios antiguos focos nacionalistas que parecían apagados del todo. El gobierno empezó a temer por todo lo conseguido. Desde entonces, hombres desalmados tejen sus hilos resguardados en la sombras con la sola intención de alcanzar el poder, incluso a costa de pisotear la paz alcanzada. Ellos, posicionados en los dos antiguos bandos, intentan separar nuevamente a los dos pueblos, y eso es lo que tratamos de atajar, el pequeño hervidero que empieza a agitarse.

David Denia permaneció en silencio escrutando el rostro de Ezequiel.

—Y en todo esto, ¿dónde entra el ajedrez?

—Este juego de ajedrez —empezó a explicar David— es un símbolo de la paz para todos los musulmanes. La historia del tablero y sus piezas se remontan a una antigüedad indeterminada, pero

sabemos que con una partida jugada en él se contuvo un gran derramamiento de sangre. Todo se desarrolló en las afueras del reino andalusí de Sevilla, cuando el rey Alfonso VI y Al Mutamid, rey de Sevilla, en una partida jugada con este tablero apostaron el levantamiento del sitio por una parte o la entrega del tablero al rey castellano por otra. Este último era un acérrimo enamorado del ajedrez, por lo que no pudo resistirse a la tentación de lidiar la apuesta. Ibn Amar, consejero del rey musulmán, ganó la partida, y así se levantó el sitio sin derramar ni una gota de sangre. Desde entonces, a este ajedrez se le conoce, en círculos muy secretos, como el tablero de la paz.

»Lo que los dirigentes religiosos judíos tienen previsto hacer con el tablero es entregarlo a la autoridad religiosa musulmana ante la presencia de todo el pueblo. De esa manera aprovecharemos toda la carga simbólica que este juego legendario posee para desbaratar las conjuras y afianzar la paz frente a todo el pueblo de Tierra Santa. Por su parte, la autoridad religiosa musulmana entregará a los judíos un antiguo diamante tallado en forma de estrella que en tiempos pretéritos vistió uno de los lugares más importantes del templo de Salomón.

—Ahora comprendo el alto riesgo afrontado con la puesta en marcha de la máquina —reconoció Ezequiel.

—Sí —le contestó Denia—. Era necesario, inexcusable diría yo. El gobierno de Tierra Santa estaba al tanto del manuscrito que mi familia conservó durante siglos, y de que en él se intuía el paradero del ajedrez. Tanto Aldrig como yo teníamos amigos cercanos al gobierno, así que nos informaron de todo y decidimos intentarlo. Yo sabía de manera aproximada el lugar donde mi antepasado había dejado el ajedrez. No tenía ninguna seguridad de que permaneciese allí, eso está claro, pero era el único sitio donde buscar. Por su parte, Aldrig conocía la forma de llegar hasta él sin llamar la atención de las autoridades, evitando los barridos neuronales de prospección y pesquisa.

Mediante un comunicado interno, se informó al señor Denia de la apresurada llegada de Diux y Berry, que portaban un mecanismo donde guardaban la partícula traída desde el Polo Sur. No era algo

usual, más bien todo lo contrario. Los elementos de enlaces informativos y comunicacionales, y otros más importantes aún, que señalaban también algunos testigos luminosos, nunca solían fallar, pero eso fue lo que ocurrió en esa ocasión.

—Adelante, joven —bromeó el viejo con Ezequiel—. Adelanta todo lo posible en los ajustes de la nave mientras recibo a Berry y Diux en la entreplanta. En nada pondremos en tus manos la partícula.

En cuanto David subió al ascensor, Horacio, que había estado escuchando la conversación a través de sus hábiles medios, salió al pasillo y acompañó a Ezequiel hasta la nave, donde después de darle un fuerte abrazo, le pidió que ocultara el ordenador en el interior.

—No olvides llevar a cabo todo lo que te pedí: utiliza las tres partículas en el orden que te indiqué, pues el mundo lo necesita. Y no te creas la patraña que te ha contado, al menos no toda, desde luego. La verdad es que el mundo solo es un pozo de mierda en el que únicamente ellos están a flote. Quiero que los esperes ahí, justo después de la franja en el pasillo, y que en cuanto cojas el recipiente con las partículas, corras hasta la nave. Yo me aseguraré de que no puedan seguirte.

—Pero... —susurró Ezequiel dubitativo—, traen una sola partícula, me lo dejó meridianamente claro.

—Tú no te preocupes, haz solo lo que te digo.

—Dime la verdad, Horacio. ¿Qué pasa en el mundo? ¿Qué le ocurre a esta época? —imploró Ezequiel apesadumbrado.

—Eso viola claramente el principio, pero es determinante que lo sepas. El mundo ahora no es lo que te han contado. De los casi ocho mil millones que fuimos, quedamos menos de dos mil millones, y ese número continua disminuyendo a pasos agigantados sin siquiera una confrontación termonuclear. Vivimos en una sociedad cuasi feudal y orwelliana, no te preocupes por la última palabra, pronto conocerás su significado. Ellos mandan y nosotros obedecemos. Lo que se dice o se piensa, lo saben a través de implantes neuronales que envían la información de los registros cerebrales de cada individuo a un analizador cuántico que discrimina qué es correcto y qué no lo es a sus intereses, lo cual

deja a la vista la libertad y verdadero albedrío del hombre. La alimentación es deficiente, nuestra esperanza de vida es de sesenta años, mientras que la de ellos supera los ciento cincuenta, y la mortalidad infantil es para echarse a temblar. Los medicamentos carecen de efectividad, aunque para ellos, que son casi dioses, sí la tienen y existen para lo que quieran. Ya conoces el farwa, por ejemplo. No hay forma de salir de esta situación, porque cualquier intento de rebelión es descubierto antes de que se produzca, y abolido de forma terrible y cruel por los entes, que se crearon para suplantar a los cuerpos de seguridad tradicionales, pues como humanos que eran, a veces los asaltaba la empatía y no toleraban una injusticia. En cambio, los entes lo mismo servían para efectuar un desahucio sin misericordia que para impedir que durante una protesta les colocaran un clavel en el fusil.

—¿Todo eso es verdad, Horacio?

—Eso es poco, pues soy incapaz de describirte la realidad. El mundo es un vertedero social por el que pasean a sus anchas un puñado de hombres pulcros y trajeados que se creen y actúan como dioses, pisoteando la miasma de la esclavitud con la soberbia que su poder les proporciona. El mundo vuelve a ser una mancha verde casi en su totalidad, pues bosques y selvas lograron vencer, pero no gracias a un plan ordenado, consecuente y regulado. Nada de eso. La reforestación se logró gracias al exterminio, al despoblamiento mundial que se produjo en un par de décadas, fruto de una población enferma a causa de la malnutrición provocada por la falta de comida en unas zonas y los alimentos desprovistos de nutrientes en otras. A los cultivos se los privó de minerales y sabor, solo importaba la imagen. Lo importante era que saciaran y acallaran los estómagos. En cuanto a las proteínas derivadas de la carne animal y del pescado, se las saturó de antibióticos y mercurio en los distintos tipos de granjas, lo que terminó por dismantelar el sistema inmunológico del ser humano. Ahí fuera, aunque no lo creas, solo quedan un puñado de ciudades repartidas por el mundo, que se dividen en tres tipos: unas muy aisladas y dejadas de la mano de Dios, donde la gente malvive a costa de su voracidad con el prójimo. Si no se han exterminado aún es porque sus poblaciones están

controladas y, en caso necesario, se utilizan para ciertos experimentos. El segundo tipo de ciudades son «urbeburdeles», donde los nuevos dioses subyugan a su antojo, con derecho a pernada y todo, a cuanto ser vivo tiene la desgracia de nacer y vivir en ellas; y un tercer tipo, de las que no hay más de cien, son grandes metrópolis, muchas de ellas clásicas, en la que la sociedad recrea casi en su totalidad el funcionamiento de occidente en el último cuarto del siglo XX. Gran parte de los ciudadanos de esas ciudades creen que poseen libertad, pero lo cierto es que esa libertad no va más allá de la que le permite un Gran Hermano gigantesco y omnipresente, donde el que se sale del tiesto es silenciado, soterrado y exterminado. Para que esos ciudadanos con ciertos privilegios crean que viven en libertad, se les permite ciertas licencias, como, por ejemplo, los pequeños pulsos políticos que se les deja mantener, dentro de unos bipartidismos que no son más que las dos caras de una moneda que el régimen suelta sobre el tapete. Y... en cuanto a la religión, que discutan, que se maten de vez en cuando si es preciso, que luego todo el conglomerado propagandístico anunciará cualquier tablero de la paz como ese que tú has traído para renovar el aire viciado del sistema por otros cincuenta años. Ese es el mundo que tenemos, Ezequiel, el que queremos que cambies; un mundo en el que han triunfado los preceptos líricos de Georgia, pues se han llevado a cabo en su totalidad. Un mundo donde mandan los nuevos dioses de carne y hueso como el propio Denia, que hacen y deshacen a su antojo. ¿Sabes que Denia no es su nombre verdadero? ¿Sabes que tiene ciento setenta años y que no nació cuando te dijo? Y los que durará asistido por el transhumanismo... ¿Sabes que antes de que triunfara la nanoingeniería médica y los implantes transhumanos le practicaron siete trasplantes de corazón? Te aseguro que los órganos no los obtenían en los huertos.

El joven desaliñado de mirada serena y franca lo miró sin reservas, mientras dejaba que calara en Ezequiel la triste realidad de sus días.

—Ezequiel, este mundo vuelve a ser un patriarcado como hace más de un siglo que no se ve. Las mujeres son silenciadas, mientras

su ingenio es estrangulado bajo el peso de una mano retrógrada y miedosa. Por detrás, en la penumbra más perniciosa, esa misma mano permite que ese conocimiento se desarrolle, crezca y alumbre de manera soterrada, aunque el haz de luz parta de otros faros. Quiero que sus nombres afloren, Ezequiel, todos esos nombres enterrados. Varios de esos nombres posibilitaron que tú estés aquí hoy, pues fueron columna vertebral, mente, corazón, fuerza, juicio y valor de los proyectos que te trajeron a esta época. En algunos casos, esos hombrecillos de ahí afuera, esos supuestos genios de la ciencia, no son más que meros voceros aupados por el amiguismo y la maquinaria política. Varios de ellos no serían nada sin las mujeres que sostuvieron sus causas, las impulsaron y las concibieron. Por todo eso tienes que ayudarnos, Ezequiel.

»Aún no conoces la obra de Zinóvieva Rosenbaum, pero la conocerás. Es contemporánea tuya, y aunque no estoy de acuerdo con todos sus pensamientos, con algunos sí comulgo de forma meridianamente clara. Una vez plasmó estas palabras, antes incluso de que la mediocridad manifiesta que era la sociedad se fuera por el retrete de forma súbita:

Cuando adviertas que para producir necesitas obtener autorización de quienes no producen nada; cuando compruebes que el dinero fluye hacia quienes no trafican con bienes sino con favores; cuando percibas que muchos se hacen ricos por el soborno y por influencias más que por su trabajo, y que las leyes no te protegen contra ellos sino que, por el contrario, son ellos los que están protegidos contra ti; cuando descubras que la corrupción es recompensada y la honradez se convierte en un sacrificio, entonces podrás afirmar, sin temor a equivocarte, que tu sociedad está condenada.

»Acertó —le espetó Horacio mientras asentía con su cabeza desaliñada—. De lleno. El mundo se transformó, con una rapidez que nadie había esperado, en algo sin esperanza, hueco de todo

sentimiento de hermandad, pues las personas cambiaron sus relaciones por entretenimiento vacío y desenfrenado que socavó todo atisbo de raciocinio y juicio crítico de la realidad. Aunque en teoría los países todavía eran soberanos y no estaban dentro de una bolsa que así una sola mano, estaban firmemente sujetos por acuerdos de vasallajes internacionales tan soterrados que la sociedad no era capaz de discernir. Sus dirigentes eran tecnócratas sin escrúpulos al servicio de los verdaderos poderes y bajo el amparo de unas siglas, que la población apoyaba mediante el simple acto de votar cada cuatro años. Estos desalmados dejaron de emitir la moneda de sus países y permitieron que bancos centrales y privados se quedasen con ese derecho, que era quizá la piedra angular de la libertad y la soberanía. Después de eso, a los nuevos dioses, esos que estaban por encima de los tecnócratas, les fue fácil implantar todo lo demás.

Las palabras de Horacio cesaron cuando oyeron que se acercaban. Después de aquello, se volvieron a abrazar por última vez. Mientras el joven Cabral se quedaba esperando de pie sobre la marca que le había indicado Horacio, este se adentró en su cabina cerrando la puerta con parsimonia a la vez que dedicaba una última mirada a la causa de su existencia.

—Rápido —gritó Berry, que venía al frente de sus compañeros y David—, los soldados están a punto de llegar; si descubren a sus compañeros inactivos antes de que se marche, Ezequiel estará perdido.

Los abrazó a todos, aturdido y perdido, sin saber a quién creer. Tras recibir un fuerte abrazo de Denia y una sonrisa de apoyo por parte de Berry, este le entregó el recipiente y se despidió con un gesto tierno. El joven se encaminó hasta la nave.

—Utiliza bien esas partículas, no nos defraudes —le sugirió Berry para darle ánimos.

Denia lo miró sin comprender, alarmado, y le preguntó:

—¿Cómo? ¿Has dicho partículas?

—Sí, esa fue la orden que dio cuando nos encontrábamos en el Polo Sur. Lleva los tres momentos espacio-temporales que indicó usted.

—Detenedlo, detenedlo —gritó Denia fuera de sí, pero antes de que todos comprendiesen, Ezequiel corrió hasta la nave y las rejas de acero bajaron cerrando el acceso. Entró en la piedra ante el pánico de todos, y los ruidos previos al inicio del salto se desataron.

—Aborta la huida, aborta la huida, Horacio —exigió mientras avanzaba como podía hacia la cabina de control de la misión.

Intentó abrir la puerta, pero no pudo. Entonces comprendió, al reparar en su cara de satisfacción, que el joven barbudo y desaliñado estaba al tanto del ardid.

—¿Qué has hecho, imbécil? Detén ahora mismo esta locura, detenla, te lo ordeno. Y abre la puta puerta de una vez.

—No puedo —le aclaró sonriente—, no dispongo de la llave, estaba en mi computador y ahora lo tiene él.

—Eres un tonto, te ha manipulado, ha conseguido que nos traiciones. ¿Sabes qué información lleva en el computador? Puede ser el fin de la humanidad que conocemos.

—Eso es lo que espero —le espetó.

—¿Quién eres? ¿Quién eres tú? —gritó fuera de sí—. ¿Has dado tú esa jodida orden a Berry?

—Naturalmente. No lo culpes, era tu voz. También fui yo quien manipuló a los entes biónicos para que fallaran sus disparos y después quedaran desactivados. Ahora no podría hacerlo —confesó—, Ezequiel se ha llevado la herramienta que lo hacía posible. Y... en cuanto a tu primera cuestión, te diré que soy todo lo contrario a lo que tú eres. Soy un nodiano. También responderé a la siguiente pregunta, esa que debe de estar pasando ahora por tu cabeza. Sí, es afirmativa. Ezequiel es lo que pensabas, la Anomalía, el Acicate, como vosotros lo llamáis; aunque para nosotros simplemente es Prometeo, condenado infinitamente a encarnarse hasta que libere a la humanidad. Quizá sean meras creencias, las vuestras y las nuestras, y moriremos por ellas. Bueno, unos más que otros. En cuanto a lo de la información que lleva en el computador, te diré que es la necesaria para que Ezequiel active esa otra bifurcación temporal difusa e inconclusa que también observó Aldrig en el año 2026.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó con la cara cargada de odio.

—Lo sé todo, todo cuanto se cocinaba aquí, incluso lo que ignoraba Aldrig. Soy un nodiano, recuerda.

La cuenta atrás comenzó a correr mientras Denia golpeaba salvajemente la puerta y los cristales, hasta que sus nudillos quedaron ensangrentados. Después, la luz indicó que el salto se había producido con éxito, de lo que se desprendía que la piedra que estaba en el centro de la bóveda no era más que una cáscara vacía.

—Lo pararemos, lo pararemos igual que lo hemos hecho otras veces a lo largo de milenios.

—¿¡Cómo!? No podéis. En cuanto salgáis por esa puerta, el mundo que veréis tal vez sea distinto, y si no lo es del todo, acabará por serlo. No volverá a ser ese pozo de mierda que manejaís a vuestro antojo. Esta vez soltará los pañales antes de que lo abordéis, de que lo hagan las casualidades que programan vuestros amos. Por cierto, ¿sabes que ha llegado ya más lejos que las últimas veces? ¿Sabes que es el recipiente de Hiroshi Saigo y que posee parte del conocimiento para oponerse a Los Curvos? Incluso sabrá dónde se esconde la biblioteca lítica.

—Lo pararemos, te lo aseguro —afirmó Denia descontrolado.

—No, no lo haréis, no podéis construir otra máquina. Esos de ahí son incapaces. Ni Aldrig lo lograría, pues la mayor parte de sus conocimientos se los insuflé yo sin que lo supieses. Ni siquiera yo sería capaz sin la ayuda de ese computador que se marchó a otra época.

La puerta del ascensor se abrió al fondo del pasillo y cuatro entes biónicos corrieron por él hasta llegar al grupo de científicos y la cabina.

—Sujetos, romped la puerta, romped los cristales —les ordenó el viejo.

Los soldados con apariencia humana, salvo por los ojos grises e inexpresivos, iniciaron su brutal puesta en escena, sin éxito, mientras Horacio adoptaba una pose triunfal.

—No pueden. ¿Quién es ahora el imbécil, viejo? Yo mismo inserté en el cerebro de Aldrig las instrucciones para construir esto, para

construirlo todo. Puede que con herramientas logren abrir esta puerta, pero no hoy.

—Pero lo harán, te lo aseguro, y si no logramos arrancarte toda esa información mediante tortura, la extirparemos de tu cerebro por otros medios.

—Eso es cierto, pero para eso antes tendría que haber un cerebro.

Horacio continuó hablando con aquella media sonrisa de satisfacción mientras manipulaba una mochila que había en un armario, de la que extrajo una caja metálica y una especie de máscara de gas. Mientras estaba en ese trajín, David ordenó a tres soldados que buscasen o pidiesen los artilugios necesarios para abrir la puerta, y al cuarto que exterminara al grupo de científicos incrédulos que acabaron entre alaridos de terror y ensangrentados. Entonces Horacio puso un gran trozo de algodón sobre la mesa, junto a la máscara, y lo roció con un chorro de un líquido hasta empaparlo totalmente. Acto seguido sacó dos jeringas de grandes proporciones y colores vistosos y las inyectó en dos cápsulas de cristal transparente que había en la máscara, junto a la zona donde deberían estar las fosas nasales. Se colocó el artilugio, que le tapaba todo el rostro salvo la boca, y se tendió en la mesa. Los golpes en la puerta del sujeto biónico no cesaban. En ese momento, tumbado, cogió el algodón para metérselo en la boca, pero antes de ello se giró hacia Denia y le dijo:

—Lo de enviar los Bitcoins a las cuentas de mi familia no será necesario, ya no me queda familia. Puedes averiguarlo. Mi verdadero nombre es Horacio Alsacia Banch.

Denia se quedó allí, arañando con sus uñas la puerta, observando cómo el hombre de cara rechoncha y bonachona apretaba un botón que inició una cuenta atrás en la máscara mientras se introducía el algodón empapado en la boca. A los dos segundos, su cuerpo comenzó a convulsionarse entre gritos de dolor. Menos de ocho bastaron para que dejase de temblar de aquella manera tan horrible. Denia no tuvo ninguna duda de su muerte. Al momento, un émbolo en el interior del cristal inyectó el líquido verde en la nariz y, tres segundos más tarde, el otro, de color fucsia fluorescente, hizo lo propio por la otra fosa nasal. La cabeza de Horacio Alsacia Banch

estalló salpicando de pulpa sanguinolenta toda la habitación y la mampara de cristal. El ente biónico continuaba golpeando la puerta al tiempo que David Denia, el viejo del grado treinta y tres, sufría un ataque al corazón, pues los sensores de rastreo de sus constantes vitales estaban inhibidos, al igual que los implantes transhumanos insertados en su cuerpo para salvarlo de posibles paradas cardíacas.

Por último, el mar de ácido denso que aislaba la bóveda de cualquier interrupción sísmica, que podía inducir un fallo en el salto, se dispersó a presión por los sensores repartidos por toda la estancia, derritiendo hasta la mínima huella de todo lo que allí había y enterrando para el mundo exterior el conocimiento de lo sucedido en los sótanos del edificio Marchat durante los últimos años.

Capítulo 11: De negro a blanco

Con total conciencia, a pesar de hallarse nuevamente rodeado de una oscuridad casi absoluta, rota únicamente por el continuo parpadeo de los testigos luminosos, Ezequiel salió de la roca y avanzó hacia la mancha de luz que guiaba los pasos de su destino. Esta vez, y quizá por lo reiterativo de las experiencias, su mente no olvidó de dónde venía ni dónde estaba. Cuando salió en estado de alerta por el agujero oculto entre arbustos espinosos y pencas, lo primero que sintió fue aquella llamada metálica que provenía del cielo y que se introdujo una vez más en su interior para susurrarle: «Al sur, al sur, al sur, y luego vuelve a mí». No la había sentido desde antes de que entrase a la piedra, ya que ni en el pasado ni en el futuro la había percibido. Desde la distancia oteó el tejado de la casa que construyó su familia y que ahora pertenecía al cacique. Por su estado de abandono, supo con certeza que se hallaba en la posguerra. La tarde estaba vencida, abocada a su eterna sumisión a la noche, así que decidió ir hasta su casa y matar el cansancio acumulado durante el corto pero intenso viaje. Al entrar a su hogar, abandonado durante meses, lo encontró sucio y saqueado, pero no le preocupó. Se abandonó a un merecido descanso.

La mañana trajo nuevas energías a su cuerpo y a su mente, y un horizonte despejado para sus planes, trazados en la soledad de los últimos días. Mas todo eso no consiguió acallar el rugido de su estómago. Salió y comprobó que no quedaban gallinas ni huevos, por lo que decidió bajar hasta el pueblo y comprar algunas provisiones para los siguientes días que, según el guión que había trazado, serían fatigosos y llenos de peligros.

Antes de salir de sus tierras, pasó por el olivo de sus secretos para obtener el poco dinero que aún le quedaba. Cuando llegó, sintió una sensación tan extraña, tan especial, que se sumió en una pesada nostalgia de sus antepasados, especialmente de Asiel Cabral; nostalgia de José, el Piloto de Ramas; nostalgia de un pasado que sus sentidos podían oler y percibir como si estuviera frente a él; nostalgia de cada cuidado que ese Olivo sembrado por él mismo había recibido de su padre, de sus hermanos, de su abuelo, del abuelo de su abuelo, y de todos y cada uno de sus ancestros. Nunca supieron de la verdadera esencia que corría por la savia de esa vida tocada por las centurias, y que, sin embargo, habían cuidado como algo sagrado.

La limpia mañana y el paseo tranquilo de Ezequiel por las calles de Cártama trajeron murmullos sobre la reaparición del último Cabral. Para muchos, la nueva irrupción del joven fue tan inesperada como celebrada en la intimidad, pues meses atrás, la desaparición repentina de Ezequiel fue asumida como el fin del joven, ya que en esos tiempos era común que la mano negra del señor De Guzmán diera pasaporte funerario a cualquier persona que considerase una molestia u obstáculo.

En esos días, los alimentos escaseaban hasta en las despensas más favorecidas, por lo que el precio de la comida era desorbitado. Ezequiel no pudo conseguir ni carne ni huevos, y no tuvo más remedio que comprar un queso curado casi rancio y dos gallinas, a las que no estaba dispuesto a matar, y que le costaron las últimas monedas que tenía.

Marchaba por la calle principal en dirección a los chorritos cuando un hombre pulcro y finamente trajeado que salía del interior de una taberna lo saludó. El director del banco no pudo esconder la sorpresa que dibujó su cara y que luego recompuso.

—¿Podría pasar por mi oficina esta misma mañana? —le susurró.

En el banco, el director le explicó que había estado preocupado por lo concerniente a sus deudas y le recordó que faltaban cuatro días para la última fecha de pago. También le recomendó que vendiese las tierras a alguno de los ofertantes que había, pues así, tal vez le quedaría algún dinero. Tras escuchar en silencio y con

tranquilidad los argumentos del director, Ezequiel se levantó y se dirigió hacia la puerta sin decir nada. Antes de salir, se giró sobre sí.

—Un día te dije que jamás perdería esas tierras, y aún lo mantengo. Nadie, absolutamente nadie, me las quitará. Puedes mandar el aviso a tu amo.

—Pues sepa que no falta mucho para el vencimiento. Nos veremos en cuatro días.

—En cuatro días, no lo dude —le contestó Ezequiel secamente.

Alertado por la calma de Ezequiel, el director del banco mandó un escrito a don Miguel de Guzmán advirtiéndole de la repentina aparición de Ezequiel Cabral y de la despreocupación que parecía tener. De ese modo, el cacique estaría al tanto de la situación y podría intervenir si lo creía oportuno.

Estudió someramente el laberinto de sus pensamientos. Su memoria se hallaba íntegra, lo cual le brindaba un conocimiento pleno de todo el recorrido hacia el tesoro. No en vano ya una vez lo había surcado con éxito, pero la enorme cantidad de años transcurridos entre aquella primera vez y la de ahora le sugerían reconsiderarlo todo en profundidad.

El señorito Miguel llegó a casa a lomos de su caballo, entre sudores y resoplidos de fatiga, y entró como una exhalación en el despacho de su padre, que a aquellas horas se encontraba inmerso en facturas y papeles de contenido preocupante, como el que había recibido del director del banco. Le seguía siendo fiel, como demostraba el aviso de la presencia de Ezequiel; sin embargo, también le exigía con desmesurado celo los pagos atrasados que, de no efectuarse, se llevarían consigo las tierras tan celosamente recuperadas por sus antepasados.

—Padre. No le comprendo —musitó el señorito—. Tiene usted abandonado los campos. Las cosechas no tardarán en llegar, y parece descuidarlas en pos de incomprensibles tareas que solamente abordaría un perdido mental. No alcanzo a entender su

actitud de mandar a todos los peones a cavar hoyos desesperadamente en vez de mimar los frutos que darán la tierra.

—No voy a ser esquivo con mis errores, pues también soy culpable, pero debes saber que tú, precisamente tú, eres uno de los artífices de que esa riqueza que puede darnos la tierra sea insuficiente para afrontar las deudas que nos acechan. Tú y tus putas, tú y tus malditas partidas de cartas, tú y tus fiestas, tú y tus noches sin fin. En gran parte eres responsable de la terrible situación en la que nos encontramos. Miguel, todas nuestras tierras están hipotecadas. Las casas, incluido esta, las bestias, los molinos, hasta los cuadros y estatuas que nos rodean, y todo ello para pagar las deudas que has cargado a nuestro patrimonio. Si no encontramos una fórmula mágica para obtener el dinero que nos hace falta, no solamente perderemos la oportunidad de comprar el último trozo de tierra que le queda a Ezequiel Cabral, sino que tres días más tarde tendríamos que vender algunas propiedades para asegurar las restantes, antes de que alguien se presente con mucho dinero y se las quede por nuestra falta de pago; socavón al que pienso asomarme por otra parte, con todo lo desolador que es, para no tener que vender ni un minúsculo trozo de tierra.

—¿Cómo puede arriesgarse a ello, padre?

—Con tiento, con mucho tiento, pues he obtenido la palabra del director bajo amenaza de muerte. Guardará silencio durante un mes pasada la fecha.

—¿Qué piensa hacer con un mes más?

—Encontrar la fórmula mágica.

—No lo entiendo, padre. ¿De qué está hablando?

—De esto. Lee —el cacique mostró un viejo pergamino, maltrecho y enrollado, que tuvo que traducir a su hijo:

A mi hijo y a los hijos de este por los siglos de los siglos si fuese necesario:

Esta es la segunda y última misiva con carácter sagrado que os lego. En ella doy fe de las riquezas que nuestro suelo guarda en sus entrañas, y os exhorto para que nunca descanséis hasta conseguirlas. Mi

certeza viene refrendada por el último alcaide moro que gobernó estas tierras antes de que claudicara frente a las tropas cristianas, comandadas por nuestro siempre sagrado rey don Fernando el Católico. Comprendería sin embargo, y lo vería con buenos ojos incluso, que mi hijo, el hijo de este y los sucesivos descendientes de nuestra sangre dudaran de la palabra de un siempre mentiroso infiel, más aún cuando habló por temor de su vida, pues yo mismo desconfié de esta, su palabra. Pero luego, no obstante, no me cupo la menor duda de ella, pues conseguí las pruebas necesarias del único hombre que tuvo acceso a tales riquezas, y que murió ante mí sin poder revelarme su secreto. La prueba es esta estrella de oro y diamantes que resume y simboliza la esencia misma de los asesinos de Cristo, y que dejo junto a esta misiva.

Don Miguel enseñó a su hijo una gruesa cadena con la estrella de David, la misma que su antepasado Gabriel de Guzmán consiguió de un médico supuestamente judío llamado Salvación, el único que tuvo acceso al tesoro escondido en las entrañas de sus tierras durante centurias.

Desde aquel día y durante todos los años de mi restante vida busqué la entrada al vientre donde la riqueza yace, pero la fortuna hizo esquivo caso de mí, y de mi hijo también, al menos hasta los días en que esto escribo, y en los que ya solamente me queda esperar el encuentro con la pálida dama, a la que aguardo sin urgencia pero con ardor para que me lleve junto a las puertas que guarda San Pedro.

Dejando ya para los santos designios el discurrir de mis pensamientos torpes y deambulantes, a los que mi flaca memoria a veces me deriva, únicamente me queda exponer ante vosotros, sangre de mi sangre, que la entrada secreta a esta aglomeración de riquezas se encuentra cerca de la orilla del río, aunque el lugar

exacto, obviamente, lo desconozco, igual que lo desconocía Said, el último alcaide moro.

Por último, hijo, nieto y descendientes de estos, rogaros que solamente entreguéis esta carta a vuestro primogénito varón, para que el patrimonio de nuestro glorioso apellido nunca se divida, esparciendo así nuestra grandeza.

Don Gabriel de Guzmán, en los días en los que la pálida dama duerme junto a mi cama.

Don Miguel de Guzmán dejó el pergamino enrollado sobre la mesa de su despacho y se quedó mirando fijamente a su boquiabierto hijo.

—¿¡Qué!? ¿Qué opinas?

—Es..., es..., es maravilloso, padre. ¿Cuántos años tiene ese pergamino?

—Más de cuatrocientos años, solo algunos años menos que el primero.

—¿Existe de verdad como indica ahí?

—Sí, y ya es hora de que lo conozcas, hijo.

—Es por ese el motivo por el que todos los peones se encuentran confinados a cavar junto al lecho del río, ¿verdad?

—Sí, así es. Hay más de trescientos hombres buscando el pasadizo, y de seguir a ese ritmo no me extrañaría que lo encontrásemos antes de un mes.

—Si existe... —agregó el hijo del cacique, sin tenerlas todas consigo.

—¿No crees en esto? —le preguntó el padre agitando el pergamino.

—Sí, pero quién dice que la entrada no esté en la otra orilla, o que llegue hasta el Arroyo Judío, o hasta el río Fahala.

—No pienses barbaridades, centrémonos en esta parte, y si en diez días no encontramos nada, ya veremos qué hacemos. Tengo confianza en esto, porque aunque todos mis antepasados lo buscaron, nunca llegaron a perpetrar una ofensiva de búsqueda como la que hemos desplegado nosotros.

—Deberíamos estudiar bien todo antes de dar palos de ciego, padre.

—¿A qué te refieres?

—A que si todo lo que sabe está escrito ahí, o en cambio le llegó algo por boca de mi abuelo.

—Siempre, a lo largo de la historia, algo pasó de padre a hijo.

—Pues, empiece por ahí, padre. Dígame lo que sepa y estudiaremos bien el asunto. Por ejemplo, ¿sabe si el lugar es una cueva o simplemente una cámara construida y enterrada? ¿Tiene acceso por un solo lugar o por varios? Cosas así, padre, esos detalles son los que nos alumbrarán el camino que queremos recorrer.

—Tengo entendido que es una cámara situada en un pasadizo que va desde el castillo hasta el río.

—Eso es importante, pues en vez de jugárnosla a una sola carta, apostaremos por otra en las inmediaciones del castillo.

—Eso es imposible. Si descubriéramos el pasadizo allí, no podríamos mantenerlo oculto, pues es un monte estatal. Solo podremos controlar un hallazgo de tal magnitud si es secreto, si lo encontramos dentro de nuestras propiedades.

—¿Algún antepasado nuestro buscó en aquella zona?

—Sí, pero sabríamos si hubiesen logrado algún éxito. Ese fue también el motivo por el cual el Veterano hizo desaparecer al segundo hijo de Juan Cabral, al que todos conocían como Juan del Tesoro. El desgraciado se empeñó en buscar cualquier cosa cavando en todos los sitios del castillo, por lo que cortamos esas acciones tajantemente; si no, podría haber llegado a vislumbrar alguna luz sobre el asunto. Por cierto, hablando de la familia Cabral, mira la carta que acabo de recibir del director. Me asegura que el antiguo novio de tu mujer está de nuevo en el pueblo.

El señorito estudió la carta y convino con su padre que atajarían ese problema de una vez por todas, al estilo del Veterano si era preciso.

—Todo a su tiempo, hijo, todo a su tiempo. Antes quiero ver la cara que se le queda cuando pierda sus tierras. Después de eso vendrá el momento apropiado para acabar con él de una vez por todas.

Un día antes de la fecha de prescripción del pago de la deuda hipotecaria, Ezequiel se presentó en el banco con una gran suma de dinero conseguida con la venta del lingote de oro marcado con la insignia de Abderramán III que Juana, la esposa de Asiel Cabral, lo obligó a quedarse cuando este le entregó el oro que rescató del pasadizo. La venta del lingote le había proporcionado una fortuna, y eso que solo había sido uno. Lo vendió en Gibraltar, hasta donde se desplazó por medios locomotrices para encontrarse con los hermanos Vargas, los artífices de presentarle a un árabe afincado en la zona. Ezequiel aún recordaba con satisfacción la reacción del árabe al contemplar aquel lingote de oro labrado con el sello de un grande de la Antigüedad, uno de sus históricos más reconocidos y admirados, y más aún cuando su experto en antigüedades confirmó la autenticidad de la pieza. Una vez que el hombre de inconfundible rostro semita tuvo en sus manos aquella pieza, le dijo a Ezequiel que le compraría todos los que le consiguiera y al precio que quisiera. Los quería todos para él.

Mucho placer le causaba aquel pasaje junto al peñón, condensado en el recuerdo de la alegría que mostró el árabe. Sin embargo, no alcanzaba a las bajuras de la enorme complacencia con que su mente gozaba al ver la mueca de sorpresa y resignación del director del banco. Don Ataulfo, mientras finiquitaba los papeles, estaba como ausente, y sin duda asustado por la reacción que a ciencia cierta mostraría don Miguel al enterarse.

—¡Anime esa cara, director! —exclamó Ezequiel—. El mundo no se acaba aquí. Hoy has perdido mucho dinero con mi presencia, ¿verdad?

Don Ataulfo lo observó con gesto grave y huidizo, y afirmó no saber de qué hablaba.

—Le propondré un trato, Ataulfo. —El director lo miró expectante pero sin decir nada, tras lo cual, Ezequiel continuó—: Sabes que hay mucho dinero en mi cuenta. —El banquero asintió circunspecto—. Le doy mi palabra de que le entregaré una buena suma si me

cuenta todo sobre las adversas condiciones económicas por las que atraviesa don Miguel.

El director miró la cuantía del dinero, se levantó, caminó con parsimonia hasta la puerta de su oficina y la cerró. Seguidamente se volvió a su sillón y vomitó todo lo que sabía.

—Tendré que contarle a don Miguel lo del pago de su deuda.

—No me importa —admitió Ezequiel—, con tal de que me describa la cara que pone. Pero hazle saber también que no tengo ni una peseta, que todo el dinero que utilicé para pagar la deuda me llegó mediante un giro enviado por los hermanos Vargas y varios socios a los que tendré que devolver todo ese importe más intereses.

—Así lo haré.

Después de que don Ataulfo pasara por la centenaria casa del cacique y le comunicara lo acontecido, don Miguel de Guzmán arrancó a dar gritos de desesperación, gritos que salieron del salón nazarí con la misma intensidad que entraron por la ventana las miradas peregrinas de los hambrientos trabajadores

—¿Cómo es posible, don Ataulfo? ¿¡Cómo!?

—El dinero que utilizó para saldar la deuda llegó por un giro que mandaron los hermanos Vargas. La cuenta de Ezequiel está pelada.

—¿Dónde se encuentran esos desgraciados? Cómo deseo ponerles la mano encima... Veterano, Veterano —clamó el patrón, iracundo como pocas veces, arrastrando sus palabras pesadas y torpes para reclamar a su mano derecha. Instantes después, el Veterano apareció en el quicio de la puerta, rojo a causa de la carrera.

—Diga, patrón —carraspeó el ejecutor del cacique tomando grandes bocanadas de aire.

—Gracias por venir, don Ataulfo. Puede marcharse —el cacique despidió al director del banco y le pidió al Veterano que entrara y cerrara la puerta—. Ese desgraciado ha saldado el pago de la hipoteca, Veterano, ¿cómo diablos lo ha hecho? Dime cómo.

—No sé, don Miguel, quizá...

Fuera de sí, el cacique lo interrumpió.

—No digas tonterías, Veterano, mejor quédate callado, pues soy todo ira y no soportaría paparruchadas. ¿Cómo has dejado campar

a sus anchas al Cabral? ¿Acaso no te di todo lo que pediste para controlarlo? Armas, hombres, caballos...

—Patrón...

—No, Veterano, no me salgas con eso ahora, porque sé muy bien lo que me vas a decir. El acuerdo que me vi obligado a firmar con él ya no existe, y antes de ese acuerdo dispusiste de oportunidades para finiquitarlo. —Se hizo un largo silencio durante el cual el Veterano no dejó de mirar el suelo, por lo que el cacique volvió a hablar—. No te quedes callado como si fueras mudo, dime algo, búscame una solución, pero ya, pues urge.

—Don Miguel... —Siempre que el Veterano se encontraba en un aprieto, cambiaba el tratamiento de patrón por el de don Miguel—. Usted sabe que es astuto, muy astuto. Hasta ahora siempre que hemos emprendido alguna acción en su contra, se nos ha adelantado, no me pregunte cómo, lo desconozco, pero esa es la realidad.

—Hay que hacer algo, y rápido, Veterano, pero sin fallar, pues si sale vivo vendrá directamente a por mi hijo y a por mí. El muy condenado ya me lo advirtió, y la verdad es que le creo. —El cacique miró fijamente al Veterano y le dijo en actitud casi ausente—: Reconozco que he llegado a temerle. Quién lo diría, un Guzmán temiendo a un sucio campesino. ¿Sabes, Veterano, sabes que muchas noches me he despertado entre sudores y asustado por una pesadilla en la que me encontraba a ese mal nacido mirándome desde los pies de la cama, sonriente como la muerte? No sabes lo que es eso, Veterano.

—Sí, patrón, sé lo que es. Raro es el día que no salgo al campo y cuando menos me lo espero me encuentro mirando continuamente a mi espalda, esperando verlo. Muchas veces eché a correr sintiendo un aliento detrás, y otras pedí a alguien que me ayudara en algo para no entrar solo a las caballerizas —el Veterano dijo todo tal y como lo sentía, avergonzado, mirando al suelo.

—Nos tiene bien cogido por las pelotas, ¿verdad? —expuso el cacique.

—Sí, patrón, pero porque tiene algo de sobrenatural, es distinto a todo lo que he conocido. A veces pienso si es que está muerto y ha

venido aquí desde el otro lado solo para buscar venganza.

—No digas tonterías —espetó don Miguel atrapado por un escalofrío—, los muertos no compran queso para comer. Mírame a los ojos, Veterano, y óyeme bien. Si queremos desterrar esas pesadillas de nuestras cabezas, tenemos que acabar con él. Ahora quiero que te serenes, pienses y me digas cómo.

—Acercarnos a él no es fácil, huele el peligro y lo evita. Ya lo hizo cuando lo rodeamos en su casa y nos desarmó uno a uno. O esa otra noche en que quise matarlo escondiéndome detrás de una persiana de un balcón, cuando regresaba del bar el Chiquitín. En esa ocasión no pude dispararle porque nunca llegó a ponerse a tiro. Sin embargo, lo vi, y desde aquella noche, siempre que recuerdo lo ocurrido, no puedo evitar un escalofrío.

—¿Qué pasó aquella noche, Veterano? —preguntó el cacique al tiempo que se frotaba los antebrazos con las manos, preso de extrañas sensaciones.

—Fue poco después de anular el acuerdo al que usted llegó con él, y antes de que desapareciera estos meses. Yo había entrado en la casa abandonada por el patio trasero, la del amigo de su padre, el cocinero que nos traicionó. Subí hasta la habitación que da a la calle, abrí una de las puertas y me quedé detrás de la persiana esperando a que pasase. Una hora después lo vi aparecer por la esquina. Estaba lejos y no podía dispararle sin mostrar mi cuerpo, por lo que decidí esperar un poco más hasta que se encontrase a tiro. Cuando faltaban cuatro o cinco metros para llegar a ese punto, el gesto de su cara cambió, como si hubiese notado algo. En ese momento se paró y dio un paso atrás sin dar la espalda, y empezó a mirar en todas direcciones. Fue como si hubiese sentido el peligro, hasta que definitivamente posó su mirada en la persiana que me ocultaba. Recuerdo a la perfección el miedo que sentí, era tan grande que me dejó totalmente paralizado, pero no aparté por ello mi mirada de su cara. Sin decir nada ni hacer gesto alguno, empezó a caminar hacia atrás, lentamente, hasta llegar a la esquina, y desde allí caminó hacia la calle de Abajo. Me quedé temblando, sudoroso y embargado por un miedo que nunca antes había sentido. Era una sensación tan rara que en mitad de mi miedo

me vi mirando continuamente a todas las oscuras direcciones, esperando que en cualquier momento surgiera un espanto de esa oscuridad. No sé cuánto tiempo estuve en aquella situación, si fue un minuto, un segundo o fueron horas, la verdad es que no lo sé. Pero cuando me recompuse, miré nuevamente y no lo vi, por lo que me tranquilicé. Entonces lo divisé a mi derecha, a cuatro o cinco metros de un punto que me ofrecería un buen ángulo de disparo. Había dado la vuelta a la manzana para que yo supiese que sabía que estaba allí. No obstante, la distancia de seguridad que guardaba era lo de menos, pues aunque hubiese estado a un solo metro de mí, no hubiese sido capaz de mover un músculo de mi cuerpo, y mucho menos acertar en el suyo con el fusil. Estaba allí, quieto, mirándome, hasta que sintió que clavaba mis ojos en los suyos o percibió mi miedo. En ese instante me dijo que no con un gesto de su dedo, que movía parsimoniosamente. Luego se marchó dándome la espalda, como teniendo la seguridad de que yo sería incapaz de dispararle.

El cacique se levantó y cerró la ventana para combatir el repentino frío que le sobrevino con el relato del Veterano.

—Eso es lo que ha estado buscando desde un principio, inundarnos con el miedo que es capaz de crear e inculcar, para que no lo volvamos a atacar, pero no se saldrá con la suya, pues si esto lo dejamos así, poco a poco se adueñará de todo —dijo el cacique.

—Tal vez podríamos atacarlo con muchos hombres a la vez, rodeándolo como la otra vez, pero en lugar de varios hombres separados, podríamos rodearlo con varios grupos que se cubrirían las espaldas en todo momento.

—No es una mala idea, Veterano, pero llamaríamos mucho la atención, y hasta tendríamos problemas con las autoridades si se enteraran de ello. Pienso que será mejor que acudamos a profesionales, a gente acostumbrada a estos avatares. Gente capaz de bailar con la más fea, aunque ello cueste mucho dinero.

—¿Ha pensado en alguien, patrón?

—Sí, en el Zailán y sus verracos.

El Veterano puso cara de perplejidad durante un breve espacio de tiempo, tras el cual preguntó:

—¿No desaparecieron al estallar la guerra?

—Sí, pero han vuelto a las andadas. Ahora se encargan de solventar viejas venganzas y rencillas que se han ido acumulando en estos años de contienda. Quiero que mañana cojas un tren y vayas a Extremadura, pues he oído que el último trabajo lo han hecho por aquellas tierras.

Nada más pasar los túneles que atravesaban los pantanos del Chorro, el Veterano comprobó la diferencia de clima entre uno y otro extremo del corredor. Lo demostraba el vaho húmedo adherido a las ventanillas del tren. Para acrecentar tal evidencia, también estaban los pájaros negros de blancas manchas, desconocidos para él, y que le recordaron los zapatos que últimamente vestía su patrón.

El Veterano viajaba llevando consigo una propuesta que solamente debía de entregar al jefe de la banda de los verracos, el archiconocido y cruel Zailán, de quien no se sabía mucho, salvo que trabajaba en un oficio donde los escrúpulos no terciaban. Su rostro jamás había salido en un periódico, ni tampoco se conocía a alguien que lo hubiese visto, ni siquiera los que habían tratado con él, ya que, según decían, el Zailán lo ocultaba con una máscara cuando mantenía conversaciones de «ámbito laboral». Muchas leyendas corrían sobre él, ninguna buena, sobre todo en pueblos alejados donde rara vez se aventuraban las autoridades. Sus labores, normalmente, las realizaba a favor de ricachones señoritos y caciques pueblerinos que precisaban tales servicios para socavar levantamientos de jornaleros y huelgas que atentaban contra la dictatorial autoridad, en tiempos anteriores al comienzo de la Guerra Civil. Algunas de estas historias aseguraban que la banda de los verracos era un grupo de excombatientes que habían luchado durante años en las tierras africanas como soldados de la «una grande y libre», y que, tras desertar, ahora obtenían grandes ganancias aplicando todo lo aprendido, pero, de una forma menos peligrosa. Otras informaciones hablaban del Zailán como de un noble venido a menos por la efervescencia de los republicanos, que

años atrás acabaron con su hacienda y su vida sosegada. En cualquier caso, el Zailán y sus verracos, al fin y al cabo, eran meros forajidos, aunque extraoficialmente tolerados y amparados por los poderosos que requerían sus servicios. Últimamente se murmuraba con incierto rigor que las autoridades militares habían puesto sus nombres en busca y captura, aunque de momento seguían en libertad. Del Zailán y sus verracos se había dicho de todo, y nunca nada bueno, por insignificante que fuese. Habían matado hombres por un simple no a un cacique; habían quemado cosechas de un agricultor autónomo por un capricho bien pagado de un patrón orgulloso o vengativo; habían desbaratado huelgas con el peso del miedo que producían al entrar en una comarca en la que, de repente, las autoridades desaparecían misteriosamente. En definitiva, un largo historial delictivo, siempre paralelo y afín a los deseos de los más poderosos.

Los verracos del Zailán eran doce pájaros de sumo cuidado, testados y contrastados en todo tipo de lindezas, situaciones complejas y tejemanejes más que turbios. Eran más que simples mercenarios preparados para empresas que en otras manos, hubiese necesitado de muchos más hombres. Ese fue, precisamente, el motivo por el cual don Miguel fijó su vista en ellos para acometer el fin de la familia Cabral.

Con el miedo metido en el cuerpo, el Veterano, que distaba mucho de ser aquel hombre de antaño, furibundo e invencible por su bestialismo y astucia, fue dejando tras de sí kilómetros de llanuras sembradas con los horrores de la Guerra Civil. De ese miedo que sentía no había escapatoria posible, al menos de momento, pues atrás dejaba el que le hizo emprender ese viaje, y delante se enfrentaba a uno de leyenda, el Zailán y sus verracos.

El primer día que el Veterano estuvo en Almendralejo, se dio cuenta de que en aquel sitio no era sensato hablar públicamente de la gente que andaba buscando sin poner en peligro la integridad. Lo pudo comprobar en los tugurios y tabernas por los que discurrió con furtiva presencia, dejando un oído aquí y otro allá, oyendo algo de este y algo más de aquel otro. Sin embargo, lo único que sacó de las indagaciones que llevó a cabo fue una madeja de miedo con la

que se podría haber confeccionado un sobretodo de inquietud que bien se hubiese podido tejer en la misma llanura de Royohondo. Contrariado por la escasez de lo conseguido en su primer día, decidió buscar en el arroyo donde los pájaros solían abreviar: la casa del cacique del lugar.

Al principio, don Heraclio receló del Veterano, pero tras comentarle detenidamente la calidad de su amo y las dificultades por las que atravesaba, el cacique de Almendralejo cambió de parecer y se mostró correcto y servicial.

—¡Los hermanos, aunque estemos lejos, hermanos somos! — exclamó don Heraclio dando parentesco a las virtudes con que la casualidad había traído a uno y otro al mundo.

Tres días después, tal y como había prometido don Heraclio, un hombre fue a la pensión donde se hospedaba el Veterano. Era rudo, alto y de gruesas barbas, y en él se hubiese reconocido el Veterano años atrás, de no ser por el pelo tan oscuro.

Sin decir nada ni esperar palabra alguna, el recio y ancho barbudo entró en la habitación y se sentó en la cama examinando el rostro del Veterano.

—¿Dónde está exactamente Cártama? —dijo el forajido.

El Veterano le explicó lo mejor que pudo, hasta que el hombre imaginó la ubicación dentro del mapa de España, tras lo cual apuntó:

—Ahora me acompañarás a ver al Zailán. Él decidirá si aceptamos el trabajo. Si fuese así, veinticinco por ciento antes de dar un solo paso, cincuenta por ciento en el lugar y el resto al final.

Ambos hombres salieron de la pensión y se introdujeron en un coche donde un chófer esperaba. Nada más salir de la población, el forajido le vendó los ojos con un pañuelo. Viajaron más de una hora por tortuosos caminos llenos de incomodidades. Cuando le quitaron la venda, el Veterano miró a su alrededor desorientado. Solo vio una inmensa planicie atestada de encinas, alcornoques y piaras de cerdos revolcándose alegremente en el negro barro excrementado. A continuación lo llevaron hasta una choza de piedras y barro con tejado de malezas pardas. Alrededor de ella había muchos hombres, pero el Veterano solo pudo fijarse en siete. Le dijeron que

entrara a la choza y, una vez estuvo dentro, comprobó que una densa oscuridad le impedía ver con claridad la figura que aparecía intermitentemente detrás de la brasa de un cigarrillo. Sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra hasta distinguir completamente un rostro enmascarado con telas oscuras.

—Así que tu amo se llama don Miguel de Guzmán —soltó el Zailán.

—Así es, caballero.

—Llámame Zailán. Cuéntame, dime de qué se trata.

—Mi amo tiene problemas con un hombre que no lo deja vivir en paz, y quiere acabar con él.

Tras aquella breve explicación, una risa altisonante reverberó hasta llenar toda la choza.

—¿Para un único hombre vienes desde Málaga en busca del Zailán y sus verracos? Cuéntame más..., y sé convincente o no te creeré.

—No es un hombre normal, ha puesto varias veces al patrón contra las cuerdas; y a mí mismo y a otros hombres que trabajan a mis órdenes.

—¿Cómo puede un hombre solitario poner en aprietos a un señor rodeado de vasallos armados y autoridades pueblerinas rendidas a sus pies?

—Es..., es como un demonio, siempre se nos ha adelantado, incluso una vez llegó a raptar al señorito. Muchas veces hemos intentado acabar con él, pero siempre hemos fracasado.

—¿Qué hace a ese hombre tan particular?

—Es imprevisible, jamás he visto a nadie acercarse a él. Antes de que ello ocurra, el atacante está en el suelo con algún hueso roto, y lo más sorprendente de todo es que no lleva armas, todo lo hace con sus manos y con su cuerpo.

El Zailán se levantó riéndose y dijo que estaba harto de oír tonterías, pero antes de salir se volvió hacia el Veterano.

—Di a tu amo que cobraremos el mismo dinero que si trabajáramos contra doscientos huelguistas. En breve estaremos allí. Prométele a tu jefe de mi parte que acabaremos con el «diablo».

La certeza que albergaba don Miguel en la causa de las prospecciones lo llevó a mantener sus posesiones intactas, pero inseguras. El riesgo que asumía lo mitigaba con una estrecha e intensa vigilancia sobre Ezequiel Cabral, sobre todo siguiéndole los pasos en los asuntos financieros, pues, si los obviaba, podía acabar perdido en cualquier momento. Para el cacique estar perdido hubiese sido, por ejemplo, perder un trozo de tierra, hecho que, de producirse, sería el fin de la imagen triunfal que sus antepasados habían enarbolado desde tiempos inmemoriales, cuando el judío Asiel Cabral y don Gabriel de Guzmán empezaron todo. Para esa seguridad, don Miguel contaba con la inestimable ayuda de don Ataulfo, que le avisaría para que, automáticamente, pusiera en venta algunas tierras con el objetivo de asegurar las restantes. Las ventas se realizarían a compradores señalados que en un futuro no muy lejano pudiesen ser sometidos y obligados a revenderlas al antiguo dueño, por lo que, obviamente, el Cabral quedaba fuera de ese ramillete.

Don Miguel tardó varios días en volver a dormir tranquilo. No lo hizo el primer día que sus tierras quedaron en el aire, ni el segundo, ni tampoco el tercero, pero al cuarto suspiró con cierto alivio al ver que don Ataulfo no había recibido ninguna visita del Cabral. El quinto día se permitió incluso el lujo de reír, y más fuerte rio cuando despidió e impartió las últimas instrucciones al Veterano, antes de subir al tren que lo reuniría con los verracos del Zailán.

Tal y como habían acordado, el Veterano y los verracos se reunieron en la estación de Álora. En dicho lugar, alejado de miradas indiscretas, el Veterano entregó el dinero exigido por el Zailán, junto con un mapa de la zona, una foto de Ezequiel, que por cierto estaba tomada desde muy lejos, y otra de la casa donde presumiblemente se hallaría. A la reunión asistieron solo tres hombres que el Veterano recordaba del encuentro con el Zailán. Uno de ellos era el tipo enorme de las barbas que lo fue a buscar a la pensión, y al igual que en aquella ocasión, fue el encargado de dirigir el asunto.

En algo más de un cuarto de hora se cerraron todos los detalles de la operación, que sería llevada a cabo al alba del día siguiente. El Veterano, al ver que solamente eran tres tipos, se preocupó y preguntó por los demás componentes de la banda, pero el Barbas le aseguró que poco a poco irían apareciendo en el lugar apropiado. Antes de marcharse, el Veterano les deseó suerte.

—Di a tu patrón —dijo el Barbas—, que esta noche toda la banda estará reunida, y que antes del amanecer consumaremos el trabajo; así que mañana, a esta misma hora, nos encontraremos aquí para recibir lo estipulado.

Ese mismo día, Ezequiel llegó al banco y entró sin permiso en la oficina de don Ataulfo, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué hace aquí? No tiene permiso para entrar de esta forma —protestó el director del banco.

—Las argucias que labraste en mi contra me dan derecho a ello, o al menos así lo creo yo —sentenció Ezequiel antes de tomar asiento.

El director se puso de pie con la firme intención de pedir auxilio, pero Ezequiel se levantó y lo redujo cogiéndole la muñeca y llevándosela a una posición que lo dejó indefenso sobre la mesa. Con la otra mano, Ezequiel le presionó una parte en el cuello y el director empezó a quedarse sin respiración.

—Tranquilízate, Ataulfo, o te haré daño —le aseguró el joven—. Voy a soltarte, pero procura portarte bien y escucharme con sensatez. Si no, te aseguro que la Guardia Civil no llegará a tiempo para socorrerte. —El banquero asintió con la cara congestionada.

Mientras Ataulfo recuperaba el aliento y el sonrojo que siempre llevaba en sus gordas mejillas, Ezequiel permaneció mirándolo impávido, hasta que lo vio recuperado.

—Hablemos bajo, muy bajo, Ataulfo, de una forma que solo los dos podamos oírnos.

El director del banco volvió a asentir. Tenía el gesto consternado, como embargado por un ataque de ansiedad.

—Me trae un asunto importante para mí, y más que para mí, para la memoria de mis familiares desaparecidos. Por tu bien, espero que me ayudes, y no lo digo en tono amenazante, al menos en el mismo sentido de amenaza que tuve que emplear para que me oyeras, pues no soy amigo de poner en práctica ese tipo de actitudes. No volveré a comportarme así. Tienes mi palabra.

—Usted dirá —susurró el banquero, dejando percibir en sus palabras la falta de aire.

—Quiero hacerte una petición. Es sobre un caso que conozco bien gracias a ti.

—No siga en esa dirección, el trato que hizo que le contara aquello no contemplaba nada más.

—Ya, ya, eso no lo discuto, pero como sé que las tierras de don Miguel están sometidas a cargos ya vencidos, quiero pagarlos y alzarme con ellas.

—¡No, no es posible!

—¿Cómo que no es posible? —vociferó Ezequiel, incrédulo y amenazador.

—Tengo orden de don Miguel para vender una parte de esas tierras que aseguren las restantes.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién le contó eso?

—Eso no importa ahora, pero dime, ¿no tengo derecho legal como cualquier otro a pagar esas deudas y quedarme con esas tierras?

—Sí, legalmente lo tiene, pero si hace eso el cacique le matará. Y a mí también, pues yo soy uno de los compradores en los que ha confiado para mantener sus posesiones mientras encuentra dinero para recuperarlas. De hecho, tengo firmado unos papeles que me señalan como comprador del cincuenta por ciento de esas tierras que tendría que vender en ese hipotético extremo. Y su ejecución únicamente depende de una firma mía, lo cual me dejaría a los pies de los caballos.

—En ese caso, deje en mí esa compra, le pagaré muy bien y podrá ganar mucho dinero con ello.

—¡Jamás! Me mataría. Además, alguien ya señalado comprará el otro cincuenta por ciento, con lo cual le sería imposible obtener

todas esas tierras, que por cierto valen mucho dinero, mucho más del que podría pagar aunque tuviese todo el dinero de los hermanos Vargas.

—¿Y si te dijera que ya tengo comprado ese otro cincuenta por ciento?

El director del banco lo miró y supo que era cierto, pues si no, ¿de qué manera hubiese sabido lo del plan perpetrado por don Miguel para mantener las tierras? Pausadamente, entre jaqueca y fríos sudores que corrieron por su frente, don Ataulfo levantó su cabeza y lo miró sorprendido y temeroso de verse inmerso en mitad de aquel duelo donde una pequeña esquirola que pudiera desprenderse de los dos titanes era suficiente para aplastarlo. Vislumbrando mucho, aunque no todo, el director del banco le habló a Ezequiel, pero no como hasta ese momento lo había hecho, sino que donde antes hubo un «tú» velado, ahora había un «usted» verdadero. Por primera vez entendía que ese hombre de actitud rara y esquiva no era tan simple como había creído.

—Enhorabuena, señor Cabral —murmuró el banquero levantando las manos y desmarcándose de todo—. Secretamente le felicito por lo conseguido con astucia. No sé cómo lo ha hecho, ni cómo el párroco se ha prestado a ello, pero no me gustaría estar en ninguno de los dos pellejos. Don Miguel irá a por usted con todo lo que tiene. Y a por él, cuente con ello.

—A él no le ocurrirá nada, ha partido y se encuentra a salvo. Y si tú me vendes eso que tienes, te enviaré a un lugar seguro y tampoco te ocurrirá nada.

—No lo haré, prefiero morir aquí, asfixiado por su mano, que permanecer largos años torturado en las suyas, como le sucedió a su padre.

—Por lo que a mí respecta, tu vida está a salvo, jamás intentaré contra ella. Sin embargo, he de decirte que te acusaré con lo mismo que acusé al cura para que se aviniera a mis deseos. —Don Ataulfo lo miró expectante.

—¿Cómo pudo convencerlo? —preguntó finalmente el director.

—Persuadirlo resultó muy fácil, todo el mundo tiene algo que esconder, y él no era menos. De lo que se trata..., observa tú

mismo... —El director cogió el papel que le entregó Ezequiel y empezó a leerlo. Conforme su vista iba avanzando en el curso de los renglones, su gesto se fue torciendo, después afloraron lágrimas a sus ojos y de las lágrimas pasó a un llanto consternado, pues supo con certeza y pavor que una de esas esquirlas que suelen saltar cuando dos titanes colisionan le había caído encima.

El papel que Ezequiel mostró a don Ataulfo era una carta escrita y firmada por el cura, la cual contenía una acusación terrible y sin defensa posible, que probaba su implicación, la del banquero y la del cacique en una conspiración para arruinar a Ezequiel. Ese documento fue suficiente para que el director pusiese los papeles de compra a nombre del hombre que lo amenazaba, de la misma forma que lo había hecho antes el párroco. De ese modo, el joven tuvo todos los derechos sobre las tierras de don Miguel, pero tenía un plazo de tres días para hacer efectivo el pago. Si en esa fecha no abonaba el dinero restante, perdería toda opción. También consiguió que don Ataulfo comenzase a redactar los documentos que en tres días lo convertiría en el dueño de todas las tierras de don Miguel, las mismas que en una época muy remota fueron íntegramente de Asiel Cabral, su antepasado.

El éxito o el fracaso de Ezequiel dependía del dinero, y la solución estaba a medio día de camino de Cártama. En Antequera era donde el árabe afincado en Gibraltar esperaba conseguir varios lingotes de oro con la firma de Abderramán III. En cierta manera, las cuentas eran las cuentas de la lechera, pero al menos, de momento los huevos no se habían roto. Todo parecía indicar que pronto alcanzaría el objetivo que se había propuesto. Ezequiel creía que a lo sumo en un día llegaría al tesoro, del que únicamente cogería una parte de lo que pertenecía a su familia, exactamente cuatro de los doce lingotes de oro que quedaban.

Don Ataulfo se hallaba inmerso en un halo de desesperación. En mitad de la noche decidió montar un caballo e ir en busca del cacique para contarle lo ocurrido esa mañana con Ezequiel.

—Has obrado bien viniendo y confesándomelo todo, Ataulfo, y por eso quedas perdonado. Entiendo que no tenías otra salida —le dijo

el cacique en su despacho mientras servía dos copas de brandy, con los pocos pelos que le quedaban totalmente enmarañados.

—Pero... no parece usted preocupado, don Miguel.

—En absoluto. ¿Por qué habría de estarlo? —admitió el patrón volviendo a llenar las dos copas.

—Porque tiene los derechos para comprar todas sus tierras si finalmente consigue el dinero, y me ha perjurado que a lo sumo en tres días lo tendrá.

—No se preocupe más por eso y bebamos a su salud, pues no debe inquietarnos lo que amanecerá muerto.

—¿Qué?

—Que no se angustie, que mañana será un día grato para ambos. Pero quien ha hecho posible esto, el párroco, lo pagará.

Durante dos días, Ezequiel había trabajado sin descanso bajo la cascada de Royohondo. Su actividad fue ardua, frenética, pues el arcaico dispositivo que abría desde fuera la entrada al túnel estaba inservible por el paso de los siglos. Eso lo obligó a meterse tras la catarata y forzar a pico y pala un acceso al pasadizo. Para no despertar las sospechas de la gente que pasaba por el lugar, trajinó sin descanso desde el amanecer hasta el crepúsculo, oculto tras el salto de agua fría y cristalina.

A la mañana siguiente, Ezequiel vio el rostro de su maestro a través de las ramas de un árbol frondoso. Lo halló inquieto, preocupado, vigilando sin descanso diferentes puntos perdidos en todas las direcciones, como si estuviese en alerta ante algo que lo intranquilizaba. Durante mucho tiempo se mantuvo en esa actitud, estático y silencioso como el halcón que vigila desde una atalaya esperando la repentina salida de su presa, hasta que notó que estaba siendo observado y se giró rápidamente para posar sus bondadosos ojos en los de Ezequiel. El maestro no pronunció palabra alguna, pero hizo un gesto con su dedo para que su pupilo permaneciera en silencio. Entonces dio un paso hacia delante y señaló hacia todos los puntos cardinales. Ezequiel contempló los

lugares que su maestro le había indicado, pero no vio nada, salvo una espesa niebla gris que lo envolvía todo. Sin respuestas para lo que veía, se volvió hacia Morihei, pero ya no estaba. Lo llamó en voz baja y no obtuvo respuesta alguna. Entonces sintió un nerviosismo inesperado, pues la espesa niebla se dirigía velozmente hacia él.

Entre sudores fríos y zozobra, Ezequiel despertó de repente y saltó de la cama con una acrobacia que poco tenía de humana. Su incomprendible mente percibió algo que rondaba el exterior de su casa. Mientras dormía, visualizó ese desasosiego en la figura de su maestro, o quizá le estaba avisando algo mediante extraños mecanismos desconocidos, aunque no acertaba a precisarlo. Casi en un acto reflejo, se calzó las botas y corrió sin hacer ruido hasta un pequeño agujero del tamaño de un dedal que había en una ventana de la casa. Miró a través de él hacia las direcciones que en sueños le había señalado su mentor, y en todas distinguió una figura camuflada que, seguramente, otra persona jamás hubiese visto. Aunque a esa distancia no veía claramente lo que hacían, sus brazos delataban que acechaban con algún tipo de arma. Hacia la espalda de la casa no tenía visión, salvo que abriese una ventana y delatara así su posición, pero no necesitaba verlo para saber que desde ese lugar también le acechaba la muerte. Si hacía caso al sueño, y lo que había visto hasta ahora no le daba motivos para no hacerlo, calculó que afuera habría muchos hombres. Sin que se le ocurriese nada mejor, Ezequiel colocó varios muebles para cubrirse de los posibles disparos que entrarían por distintas zonas de la casa. Luego se sentó a esperar en actitud alerta. Estaba seguro de que vendrían a buscarlo, tan seguro como de conocer el nombre de quien los había mandado.

La tarde anterior, el Zailán y sus verracos se reunieron bajo el puente de hierro que atravesaba el río Guadalhorce. En aquel momento quedaban al menos tres horas de sol, por lo que decidieron apresurarse e ir hasta la zona elegida para operar al día siguiente, a la salida del sol. Una vez que todos estudiaron el mapa y conocieron a Ezequiel y a su casa por las fotos, los verracos se dispersaron entre los limoneros para llegar por separado a la

antigua casa de Alan. Desde ese lugar, con la zona de intervención ya asimilada, se distribuyeron con sus fusiles y prismáticos por los altos que ofrecían una mejor perspectiva. Allí pasaron la noche, en plena intemperie, cotidianidad a la que estaban de sobra acostumbrados.

El sol se mostraba diáfano cuando el Zailán impartió las primeras órdenes mediante una serie de gestos precisos, desde el lugar donde esa noche había dormido liado con varias mantas. Tras su primera orden, tres hombres abandonaron sus nidos y empezaron a bajar con los fusiles en ristre hacia la casa de Ezequiel. Tardaron al menos diez minutos en reunirse en las inmediaciones de la vivienda, pero cuando llegaron allí, solo percibieron el arrastre de unos muebles en el interior. Ya en sus puestos predeterminados, los tres individuos aguardaron la orden definitiva del Zailán, que alzó tres dedos hacia los hombres de abajo, e hizo señales al resto para que permanecieran atentos y apuntando por si salía la liebre. Al ver los tres dedos, los de abajo se acercaron cada uno a una ventana y se quedaron con sus fusiles enfilados hacia ella hasta que uno gritó: «Ahora».

Los tres mercenarios dispararon a la vez, dos disparos sobre las ventanas que tenían frente a ellos e, inmediatamente después, cada uno arrojó un bote de humo por la tronera. Sin esperar otra orden, los hombres se separaron de la casa y cubrieron con sus armas las posibles escapatorias que esta ofrecía. Pasó un minuto, pero nada se movió ni se oyó en la vivienda; tras el segundo minuto, el silencio seguía presidiendo el interior de la casa.

—No es normal, ese gas no lo soporta nadie, prefieren morir saliendo al exterior que asfixiarse en una ratonera —dijo a sus compañeros el hombre corpulento de las barbas que había iniciado las conversaciones con el Veterano.

Pasaron tres minutos, y en el interior de la casa nada parecía arrojar señales de vida. El hombre corpulento miró hacia el lugar donde se encontraba su jefe e hizo mohines de no comprender nada. «Esperad ahí», les ordenó el Zailán mediante un escueto gesto, con parte de su cara cubierta por un pañuelo color crema. Antes del cuarto minuto, un ruido sordo, igual al que hace un cuerpo

al golpear contra un suelo de madera, se advirtió en el interior de la vivienda. El hombre de las barbas rio e hizo señas a su jefe de que el tipo había quedado seco. El Zailán indicó a sus hombres que podían relajarse, y a los tres de abajo que entrasen y sacasen el cuerpo. Los tipos se colocaron las máscaras antigás que colgaban de sus cintos en un ritual casi teatral, y procedieron a entrar con los fusiles preparados. Un blanco y denso humo llenaba toda la estancia. Sin ver nada, los hombres entraron y se dispersaron por el interior, tanteando con sus manos las paredes y muebles que parecía haber por toda la casa. El Barbas fue el primero en golpearse contra un armario que Ezequiel había puesto en medio del salón, tras lo cual soltó una risa que fue secundada por sus confiados compañeros. Poco después, otro hombre se golpeó contra alguna pared o mueble y se oyó un fuerte porrazo. Al instante, otro más violento volvió a soltar las carcajadas del Barbas, que no recordaba que en sus muchos años de fechorías le hubiesen encargado un trabajo tan fácil y tan bien remunerado como ese. Entrecortando la risa, el Barbas llamó a sus compañeros, pero no obtuvo respuesta. Sintió algo de miedo, sin embargo se recompuso al momento y volvió a llamarlos, pero estos continuaron mudos. El Barbas ya no reía. Notando que el desasosiego le subía por todo el cuerpo, insistió una vez más, pero al no escuchar nada, buscó una salida en la densidad cegadora del humo. Finalmente apoyó la espalda contra la pared y se relajó con la seguridad que esta le ofrecía mientras jadeaba. El pensar que al menos habían pasado seis minutos desde que arrojaron los botes de humo también lo tranquilizaba. Siguió caminando pegado a la pared, ya sin miedo, buscando una ventana para ventilar la casa. Su mano se encontró con un cuadro que se deslizó por la pared y a punto estuvo de caer al suelo. Luego chocó con una mesita que le golpeó las piernas. La rodeó y siguió arrimado a la pared hasta tocar algo blando parecido a una mano.

Ezequiel cogió la mano del Barbas y la llevó donde quiso con un fuerte giro que dejó tras de sí la constatación de un hueso roto y un grito de dolor. El fusil del intruso cayó de la misma manera que habían caído los otros dos. El hombre, auxiliado por el humo que

todo lo ocupaba, se levantó como un jabato en un ataque de ira, dando un rabioso alarido bélico. Pero las ífulas se apagaron y el ataque de ira se consumió en cuanto sintió un impacto descomunal en la boca, a pesar de la máscara, que le arrancó varios dientes. Después de eso, se sintió libre y corrió hasta la claridad que vislumbró a través de los cristales de su máscara.

El Zailán, turbado por la repentina e inesperada aparición del Barbas, volvió a ordenar atención a sus hombres con una serie de gestos rápidos y torpes, mientras se fijaba en el cacho de borrico que había salido desarmado y con más sangre en la boca que un toro de lidia en sus últimos suspiros. Por la puerta principal rodó uno de los botes de humo que aún vomitaba su asesina sustancia, hasta detenerse a escasos metros. Después, otro salió arrojado y cayó un poco más allá, y tras unos momentos, el tercero completó el pasillo de espesa niebla creado por los botes de humo en el exterior. Por ese pasillo de honor no pasó el Atlético Aviación ni el Real Irún, solamente un hombre que corría a una velocidad asombrosa. El Barbas, inmerso en el rojo asunto que lo acuciaba, levantó el pertinente puente de plata, pero sus compañeros arrojaron una andanada de disparos intentando dar cazar a la presa lanzada en la desesperada carrera.

Ezequiel corría sin parar arroyo abajo, llenando sus pulmones con todo el aire que podía luego de haberlo despreciado durante al menos seis o siete minutos en una meditación que ralentizó al mínimo los latidos de su corazón. Cada vez le era más difícil evitar las balas. Los disparos le venían desde todos los frentes. Por delante, por detrás, por los costados y oblicuamente, pero de momento ese azar que siempre había descrito Alan parecía protegerlo.

El Zailán había cargado varias veces su fusil, pero al igual que sus hombres, no había acertado ni un solo disparo. Se acomodó más aún, soltó todo el aire de sus pulmones y apuntó al cuerpo sin disparar, hasta comprobar y seguir con su cañón el ritmo de su presa. Luego adelantó un poco la mira y la mantuvo unos instantes, tras los cuales disparó acertando en la zona alta de la espalda del corredor, que cayó al suelo y quedó inerte. Al menos seis disparos

más acertaron en el estático blanco vestido de negro que estaba tendido en mitad del arroyo, con la cabeza oculta tras una gran roca. Desde su posición, el Zailán dio orden de dejar de disparar y de bajar en línea recta hasta el lugar donde se encontraba el trofeo.

El Barbas, por su parte, despertó a los dos compañeros que se hallaban profundamente dormidos en el interior de la vivienda. Luego, tratando de hallar una explicación a lo ocurrido, se encaminó con sus maltrechos camaradas hasta el lugar donde reposaba el hombre abatido.

La sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que todos los verracos estaban buscando el cuerpo cerca del lugar donde había caído, zona en la cual, para mayor asombro, no había demasiada sangre.

Ezequiel consiguió llegar hasta las palmas y las pencas que ocultaban la entrada a la cueva donde se hallaba la piedra. Desde el interior, con mucho esfuerzo, taponó el agujero con piedras y tierra por si lo descubrían, y se arrastró hasta la enorme roca para tenderse junto a ella. Con ademanes de dolor, se quitó el traje y liberó el torrente de sangre que había conseguido taponar subiéndose el cuello al límite. Las fuerzas parecían abandonarlo. Consiguió encender una de las velas que tenía junto a la puerta de la máquina, pero todo lo que vio al hacerse la luz era borroso. Con movimientos camaleónicos, logró introducir en la ranura de la roca una de las perlas que llevaba en un bolsillo y la puerta empezó a abrirse. Con la manga del traje fuertemente apretada contra su cuello para controlar la hemorragia, Ezequiel se deslizó al interior de la nave y abrió las puertas del botiquín, situada bajo la consola principal de navegación. El botiquín era uno de los instrumentos más importantes y sofisticados de la nave, y gracias a ello, y a todo lo aprendido con Horacio, con Denia y sus hombres durante su estancia en el edificio Marchat, sabía utilizarlo adecuadamente. Cuando bajó el cuello del traje, la sangre volvió a salir a borbotones, pero solo fue por breves instantes, ya que el spray coagulador

controló la hemorragia en menos de tres segundos. Acto seguido, desinfectó la herida con una toalla húmeda impregnada en esencia pura de farwa. Por último, se inyectó dos intravenosas, una de farwa y otra de vitaminas regeneradoras de compuestos primordiales de la sangre. Después de esto, el protocolo sanitario prescribía cuatro horas de absoluto reposo.

Una vez pasado el efecto de la píldora somnífera, Ezequiel se despertó totalmente repuesto. Miró la consola y comprobó que había dormido durante casi cinco horas, así que se levantó con plenas garantías. Con la mano sacudió la sangre seca del traje, la cual cayó a sus pies en finas partículas granates. Se lo puso y desde la pequeña consola de su muñeca activó la mimetización del traje. Funcionaba, tal y como había asegurado el señor Hughes, pero para ello tuvo que cargar la perla energética en la nave, aunque no iniciaría ningún viaje, lo que contravenía el protocolo, salvo en situaciones de gravedad extrema. «Sin duda, esta es una situación extrema», pensó.

Su mente le trajo el recuerdo de los hombres que esperaban afuera dispuestos a matarlo, incluso a cañonazos, por lo que decidió que era una buena oportunidad para probar la máscara que habían fabricado para él durante su estancia en New York.

El Zailán y los verracos llevaban seis horas buscando infructuosamente a Ezequiel. En las pequeñas cavidades de las rocas, en las zarzas, en la alta vegetación, por todos lados. Fijaron un centro desde donde se dispersaban unos dos kilómetros para luego reagruparse en ese mismo centro, pero nada de nada, como si la tierra se hubiese tragado al hombre que el mismísimo Zailán había derribado de un disparo certero. Mientras los verracos deambulaban entre el centro y los extremos determinados por su jefe varias veces, el Veterano viajaba en tren con una bolsa de dinero desde la estación de Cártama a la de Álora. En el viaje de vuelta cargó consigo algo más de lo que había llevado hasta allí: la ausencia del Barbas condensada en un agrio nudo en la garganta.

Furibundo y contrariado por las malas que le trajo el Veterano, el cacique comenzó a dar palos de ciego con los nervios asentados en la boca del estómago. Mandó al Veterano al banco para ver si había alguna novedad, y al no encontrarla, lo envió a Royohondo, pero regresó apresuradamente para explicarle al cacique que había visto a una sarta de hombres rebuscando entre las piedras y las hierbas. Con los nervios aún en el abdomen, el cacique ordenó a su hombre de confianza que permaneciera indefinidamente en Royohondo, hasta que tuviese la noticia que tanto esperaba.

En lo alto de un pedriscal que había entre el arroyo de Royohondo y el tajo del Águila, se encontraba uno de los verracos esperando como un cernícalo la aparición de una presa, pero estaba tan atento a lo que podía discurrir ante sus ojos, que no prestó atención a la mancha que se le acercaba por la espalda. El fusil acabó roto en dos, y el hombre amordazado y atado detrás de unas piedras. Una hora más tarde, el Zailán quiso reunir a sus hombres de la misma manera que lo hacía siempre, silbando y haciendo señales con los brazos y las manos, pero los únicos que atendieron a su llamada fueron el Barbas y dos sujetos más, que en el punto de reunión elegido se redujeron al Zailán, al Barbas y a Pizarro.

—¿Dónde está el resto de los hombres? —preguntó el Zailán, pero en vez de respuestas concretas, los dos interpelados movieron los hombros arriba y abajo.

—Zailán, esto me huele mal —dijo el Barbas, que antes de agregar algo más fue interrumpido por un fuerte grito de Pizarro:

—¡Ahí he visto algo!

—¿Qué has visto? —preguntó el jefe.

—Era... era como una enorme gota de agua que se movía a gran velocidad, cristalina. Tras ella se veían las rocas y los árboles.

—¿Estás loco? ¿Sigues carteándote con la gente de África? ¿Sigues fumando aquello? —le preguntó el Barbas con los ojos desencajados.

En ese momento, el Zailán disparó varias veces a la misma nada.

—He... he visto algo como lo que dijo Pizarro, estad atentos —gritó presa del pánico.

Una ráfaga de aire pasó junto a ellos, derribando a Pizarro y haciendo desaparecer su fusil. Los hombres empezaron a gritar aterrorizados. Disparaban al aire, en cualquier dirección, mientras se alejaban arroyo abajo en una alocada carrera.

«De aquí no escaparéis», oyeron decir los hombres a sus espaldas, pero al volverse para disparar, no hallaron a nadie. El Zailán fue el siguiente en perder su fusil en otra racha de aire que pasó junto a ellos. Entonces, acobardados por lo incomprensible, por lo antinatural de lo que ocurría, se detuvieron para ver cómo se les acercaba la gota de agua con forma humana. El Barbas soltó un disparo, a pesar de tener una muñeca hecha añicos, y luego otro, otro más y otro, pero las balas se paraban en la mancha translúcida y caían al suelo aplastadas. La cosa llegó hasta ellos y les quitó el único fusil que les quedaba, y este se partió en dos al golpear contra una roca. Los tres hombres cayeron al suelo dando alaridos de terror. Uno se orinó encima, los otros arrojaron piedras y taramas a la nada, juraron y perjuraron, se encomendaron a Dios y a la Santísima Virgen, y después de todo eso vieron salir de detrás de unas zarzas a un hombre totalmente vestido de negro de cuello para abajo. En los ojos, en los hoyuelos y en el porte reconocieron al hombre de la fotografía, el mismo al que habían venido a matar, pero ni siquiera trece pudieron. Cuando se acercó, los tres corrieron hacia él portando palos, pero en nada fueron desarmados y acabaron derribados. El Barbas tenía algo más que un hueso y los dientes rotos, y a Pizarro le ocurrió tres cuartos de lo mismo. Solo quedaba en pie el Zailán, que varias veces cayó al suelo como un pelele tras volar unos metros, pero sin daños graves, salvo el de la honra y el de la impotencia, que terminó por hacerlo llorar de rabia y cansancio. Finalmente, se dejó atar de manos y pies. Una vez que Ezequiel tuvo a todos los verracos y a su jefe indefensos y maniatados, demostrando su inexplicable ubicuidad y acrecentando aún más el misterio que lo envolvía, marchó decididamente hacia el pueblo. No necesitó llegar hasta el cuartel de la Guardia Civil para denunciar lo ocurrido, pues por el camino encontró al comandante

del destacamento, quien, como le pidió Ezequiel, dijo que él solo se había bastado para detener al Zailán y a la partida de los verracos. Muchas medallas se colgó el comandante aquella tarde, pero el peso de ellas lo endeudó de por vida con Ezequiel y su silencio.

La conmoción que desató en el pueblo la detención del Zailán y sus verracos llegó a todas las orillas generando perplejidad. Se comentó todo lo imaginable e inimaginable, y tanto se adornó la forma heroica en que su comandante los había apresado que recordaba la historia del caracol que desde una rama de hinojo cayó sobre una pendiente embarrada y comenzó a rodar y a rodar hasta llegar al arroyo convertido en una enorme bola de maleza y barro. Un día más tarde, la bola había llegado a todos los hogares, menos al del cacique, que sabía muy bien quién era el culpable de tanto desastre para sus intereses. Ese mismo día, don Ataulfo no fue al banco, sino que se refugió en casa de don Miguel por imperativo de este, intentando prorrogar todo lo posible el caos que se avecinaba sobre sus propiedades. El cacique, por su parte, hizo todo cuanto pudo por averiguar el origen del dinero que tenía que llegar a manos de Ezequiel para pagar las propiedades que él tenía en el aire. Pero nada descubrió. Al menos sabía que para pagarlas y alzarse con ellas solo disponía de un día, el siguiente. Así que esa noche, don Miguel se reunió con su hijo, con el Veterano y con Ignacio, el hijo de este, y decidieron jugárselo todo a una última carta. Ese naípe desesperado contemplaba la idea de atacar suicidamente a Ezequiel para evitar que llevase a cabo los planes que había forjado. Incluso estaba dispuesto a ir más allá, pues pensaba contar también con la peligrosa alianza que suponía don Gonzalo, conde del Valle, que a buen seguro ardería de preocupación si se le inducía a pensar que el nuevo estatus que llegaría a alcanzar Ezequiel pondría en peligro su hacienda. Si se daba pábulo a ciertos rumores que sobrevolaban algunos círculos selectos, los cuales aseguraban que lo dispuesto por los antiguos condes respecto a la herencia no se había llevado a cabo.

Por otra parte, don Miguel había pagado un buen dinero a un pastor, que habitualmente recorría las tierras aledañas a la viña de Ezequiel, para que le informase en todo momento de sus

movimientos. Por lo que, ese sexto sentido que siempre avisaba al joven ante cualquier peligro no apareció cuando el cabrero lo descubrió metiéndose bajo la catarata en plena noche cerrada. En menos de dos horas, el Veterano, el señorito e Ignacio se hallaban junto a la catarata pertrechados con fusiles, revólveres y cuchillos, mientras el pastor les indicaba el extraño y considerable tiempo que llevaba Ezequiel desaparecido en el interior del Chorraero. Los tres hombres se internaron en la catarata portando candiles. La ropa se les empapó y el frío se les instaló hasta en el tuétano. Bajo la cascada hallaron un espacio grande en el que había un agujero que daba paso a una cámara casi estanca. Al ver aquello, el señorito tuvo que hacer un enorme esfuerzo para callar y no saltar de alegría, pues supo con certeza de dónde llegaría el dinero para la compra de las tierras que le pertenecían por derecho. Riéndose interiormente, se acordó de los muchos palos de ciego que había dado su padre junto al río, y de cómo él, casualmente, había descubierto lo que tantas generaciones trataron de encontrar. Perplejos y dubitativos, avanzaron por el camino que se abría ante ellos. No anduvieron mucho antes de toparse con una pared que solo podía atravesarse buceando por un túnel de agua.

—No tiene alternativa. Tendrá que salir por aquí —masculló el señorito.

—¡Santo Dios! —exclamó el Veterano sin dar crédito a tanta suerte—. Es la ventaja que precisábamos. El Señor nos ha oído. Retirémonos unos metros y esperemos a que asome la cabeza por ese agujero. Hoy caerá.

Los brazos comenzaron a pesar de mantener tanto tiempo los fusiles en alto. Empezaban a impacientarse. Llevaban más de una hora en aquella posición, sin señales de que algo fuese a salir del agujero acuático, por lo que decidieron cambiar de estrategia y poner algo más de carne en el asador.

—Alguno debería zambullirse y averiguar hasta dónde llega ese conducto —adujo el señorito.

Padre e hijo se miraron fijamente, tras lo cual habló el Veterano:

—Iré yo.

—No, padre, déjeme a mí. Soy más joven y mis pulmones aguantarán mejor.

Atemorizado por la negrura del agujero, Ignacio se metió en el agua. Era profunda y estaba extraordinariamente fría. Varias veces tomó aire a modo de prueba, hasta que introdujo el fusil y sus pies chapotearon sobre la superficie hasta perderse de vista.

Bañado por la verde luminiscencia que desprendía la barra flexible construida con una especie de goma, el tesoro brillaba majestuosamente. Había decenas de cofres, de sacas carcomidas que habían vertido su exuberante contenido sobre el suelo de alabastro. A pesar de ello, supo el lugar exacto donde se hallaba la saca que había pertenecido a Meir Cabral. En esa parte del suelo había muchas barras de oro con la insignia de Abderramán III y el casco con media luna que había pertenecido al mismísimo Almanzor. Más allá, junto a algunas monedas de oro y collares de distinta naturaleza, vio el lugar donde tanto tiempo había estado el ajedrez que quizá salvaría al mundo del futuro. Aunque, después de lo hablado con Horacio, no llegaba a comprender del todo si eso llegaría a ocurrir de verdad.

El camino le resultó más arduo esta vez que la anterior, pues en el trayecto encontró montones de tierra y gruesas raíces que dificultaron su paso. Finalmente, cogió los cuatro lingotes de oro que necesitaba y se dirigió hacia la salida, sabiendo que Meir se sentiría orgulloso por ello, pues era para recuperar lo que un día había pertenecido a la familia. Cruzó arrastrándose entre los cúmulos de tierra que llegaban casi al techo, por entre las raíces, por el agua que había bajo la mina grande, hasta llegar al rompecabezas acuático, que solo proporcionaba una bocanada de aire al que supiera de sus trampas, o a alguien con mucha suerte.

Antes de sumergirse en el agua, dejó la barra luminiscente en el suelo, casi agotada por el transcurso de toda la noche. Se metió en la frialdad del agua con el único amparo de unos viejos pantalones, y avanzó hasta la primera zona de descanso para los pulmones. Tomó

aire de nuevo antes de proseguir hasta el segundo descanso, con las cuatro barras de oro anudadas al cinturón. Estaba consumando el siguiente tramo cuando chocó con algo que había en el agua, algo que se movía y que lo sujetaba, algo que gritaba ininteligiblemente un burbujeo de desesperación. La desagradable sorpresa le hizo perder la concentración y casi todo el aire de sus pulmones, que empezaban a quejarse y a convulsionar. Lo que lo había cogido parecía no estar ya a su alrededor, pero le hizo perder el norte, y quedó a merced de su instinto, que lo hizo pegarse a su izquierda y avanzar. De esa manera, encontraría la trampa de aire. Exhausto tras lo que le pareció un interminable periodo de tiempo, encontró el hueco y llenó sus pulmones. Volvió a sumergirse sin saber bien a qué lugar iría a parar, si a la entrada de la catarata o a la más cercana al tesoro. Por fin, la verdosa luz le indicó que era la que daba al camino de las riquezas. Portando la pequeña barra luminiscente, se sumergió una vez más hasta alcanzar el primer descanso, y antes de llegar al segundo, se encontró con la tez morada del causante de su fracasado intento. Cogiéndolo por el cuello con delicadeza, lo condujo hasta la siguiente trampa de aire y pudo ver que se trataba de Ignacio, el hijo del Veterano. Se había ahogado. Con toda la fuerza de su empeño, lo arrastró hasta la salida que no le pondría en problemas, las de las riquezas, y allí trató por todos los medios de revivir el cuerpo del joven, que tendría una edad parecida a la suya, pero no sirvió de nada.

La presencia de Ignacio le indujo a pensar que afuera habría más gente esperando, por lo que soltó la barra para no anunciar su llegada y avanzó sigilosamente hasta la entrada. Tenía la certeza de que no lo verían mientras no saliese del agua, pues esta estaba totalmente oscura. Tranquilo y muy despacio, llegó hasta la entrada y vio las difusas siluetas que apuntaban hacia el agujero. Permaneció en aquella posición al menos tres minutos, hasta que los dos de afuera coincidieron en el descanso que dieron a sus brazos bajando los fusiles, momento que aprovechó para saltar con la velocidad de un rayo.

La noche le resultó larga y fría. A eso de la una del mediodía, en cuanto se enteró de que el Zailán y toda su tropa estaban en el calabozo a la espera de que llegase un vehículo penitenciario desde la capital, el propio don Miguel de Guzmán cogió el teléfono y lo puso al tanto. A don Gonzalo le extrañó la llamada, que calificó de broma porque jamás en la vida había visto al cacique bajado del pedestal de la soberbia. Pero luego, mucho más tarde, comprobó que todo cuanto le había contado, aparte de ser cierto, respondía a la desesperación más absoluta. Entonces quiso maniobrar por detrás para quedarse con las tierras, pero el fracaso de sus gestiones le demostró que, tal y como le había dicho De Guzmán, Ezequiel estaba en condiciones de impugnar también sus posesiones y su título si lograba hacerse definitivamente con las propiedades del territorio cartameño.

No es que don Gonzalo, conde del Valle, estuviese nervioso. Ni por asomo. Pero por experiencia propia sabía que era mejor tener a un insignificante insecto bajo la bota que revoloteando a su alrededor. Había intentado de todo, tirando de cuanto contacto de alto nivel tuvo a su alcance, que no era poco, pero ni así consiguió poner en peligro los sólidos tejemanejes de Ezequiel. Según le habían contado, y eso era lo que más le preocupaba, era porque alguien de mucho peso en el gobierno y en el ejército había bloqueado cualquier posibilidad de derribar los intereses del Cabral. Tras la comida, estuvo en la oficina central del banco de calle Larios entrevistándose con el director general, al que conocía de muchas noches de tertulia en diversos lugares. Este le aseguró que en otra situación hubiese estado dispuesto a traspapelar cualquier documento para hacerle un favor, pero en esa ocasión le resultaba imposible. Alguien con mucho poder, muy por encima de ellos, había vetado mediante telegrama cualquier intervención por minúscula que fuese, so pena de castigo ejemplar y mayúsculo. Así que a don Gonzalo no le quedó más remedio que subir a su Mercedes Benz 260 D, a las dos de la madrugada, con todo su clero particular a bordo, e ir a la caza del Cabral en su propio terreno.

A las tres y media de la madrugada estaba en el llano de Royohondo. Un contacto de don Miguel lo llevó hasta el lugar donde

aseguraban que lo tenían acorralado. «Es un rincón decente para morir», pensó el conde mientras desplegab su taburete de madera y piel de búfalo y levantaba el puesto de caza. La luna era grande y hermosa, e iluminaba con desparpajo, que era lo que les interesaba, pues podían ver con absoluta claridad tanto la cascada como todo lo que había su alrededor. Colocó el bastón de apoyo para el fusil frente a su asiento. Asentó su máuser Kar 89K y verificó su campo de tiro, mientras gozaba de su limpio aroma a cuidado y a muerte. Aguantó más de dos horas en aquella posición, sin desprender ni una gota de sudor. Por eso era el mejor: lo atestiguaban cientos de trofeos nacionales e internacionales, tanto de caza como de tiro al blanco fijo y en movimiento. Pero se hartó, no estaba dispuesto a aguardar ni un minuto más en aquella vigilia espesa y somnolienta por si al hijo del cacique y a sus pistoleros se les escapaba el Cabral. Al menos no lo haría de aquella manera tan tosca e incómoda. Así que mandó al Diácono y al Monaguillo para que paleasen arena fina sobre la salida de la gruta, después de desviar unos metros gran parte del curso de agua usando piedras y barro.

Serían las seis de la mañana cuando los hombres del conde regresaron y se reunieron con el Reverendo y con don Gonzalo. Volvieron impregnados de barro y sudor, justo cuando don Gonzalo pedía su primer coñac.

Dieron las siete de la mañana y mandó al Monaguillo a la catarata para que preguntase cómo iba aquello, pero la respuesta que el hombre de don Gonzalo recibió del Veterano fue más hastío. El conde estaba harto de todo, y se preguntaba cuándo iba a terminar aquello. Incluso pensó en marcharse. Sentía nauseas a causa de la fatiga, y si no levantó el puesto fue porque en su fuero interno sabía que estaba haciendo lo correcto. Abandonar le colocaría el atuendo de incompetente y pusilánime, y eso era algo que no iba con su persona. Ante esas perspectivas, pidió a sus hombres que le buscasen una lona para hacer una cubierta y un respaldo sobre el que apoyarse para pegar un rato los ojos mientras su tropa mantenía la vigilancia. Se acomodó y le supo a gloria aquel estado de sopor que lo conquistó cuando los rayos del sol se elevaron sobre el tajo del Águila y tocaron sus ojos. Hizo dos tenues intentos

por mantenerse despierto, pero finalmente se abandonó al sueño conciliador entre las voces imaginarias y aturdidoras de la vigilia.

Cuando el Veterano estaba encendiendo un cigarrillo con la cara visiblemente descompuesta por la ausencia de noticias sobre su hijo, y el señorito se encontraba inmerso en un largo bostezo, sobrevino un chapoteo y un cuerpo descamisado emergió de las sombrías aguas subterráneas. Instintivamente, apuntaron y dispararon al torso del aparecido mientras este se les acercaba velozmente. Una sensación de irrealidad envolvió entonces a Ezequiel. Se sentía como mareado, como si caminara sobre un escalón más alto que todo lo que le rodeaba. Era como si su rostro estuviese anestesiado. De repente, se encontró en un mundo de percepciones donde nunca antes había estado. Vio minúsculos destellos blancos que parecían venir en su busca, pero los esquivó sin esfuerzo moviendo su cabeza y su cuerpo. Después los vio más lejanos, como anticipándose mucho antes a los disparos que salían de los fusiles, los cuales le recordaron a los copos de algodón aireados por el viento. Vio que uno de esos copos de luz blanca rebotaba contra la pared y se metía en el corazón del Veterano, y también se fijó en otro que, también tras rebotar, esquivó con un movimiento de cintura y continuó su trayectoria hasta incrustarse en la espalda del señorito. Ambos cayeron fulminados, y Ezequiel volvió al mundo natural, donde volvía a ver todo con normalidad. En ese momento supo, aunque su corazón no se alegró al contemplar a los dos hombres tendidos en el suelo, que su cuerpo o su mente, aún no lo sabía bien, había abierto una ventana a otro lugar desde el que pudo vislumbrar por primera vez el aroma del vacío.

A Ezequiel le extrañó que el torrente de agua estuviese apocado, dejando ver claramente el exterior. Luego fijó sus ojos en el cadáver del Veterano. Estaba como en shock, pero ese estado duró apenas unos instantes, pues los chillidos del señorito, como si fuese un cerdo entrando al matadero lo hicieron reaccionar. El señorito estaba bocabajo, tocando barro con el rostro, con un agujero en la

espalda que escupía sangre a borbotones. Ezequiel le arrancó la chaqueta al Veterano e intentó taponar la herida de Miguelito, que dejó de gritar para clavar en Ezequiel sus ojos asustados y apremiantes.

—Yo no quería este desenlace, Miguel, te juro por lo más sagrado que no era mi deseo, como tampoco lo quise en la torre albarrana cuando éramos niños. ¿Por qué, Miguel, por qué? Éramos amigos—gritó Ezequiel desesperado, con lágrimas en los ojos—. Voy a sacarte de aquí, vas a curarte. No tengas miedo.

Ezequiel lo cogió en brazos y supo que algo andaba mal. Era un peso muerto, una masa inerte. Se dirigió hacia el exterior fijándose en el cuello caído del señorito y en los llorosos ojos que lo miraban con pavor. Despreocupado por lo que pudiera esperarle, salió intentando no lacerar más el cuerpo de su antiguo amigo, pero, de pronto, sus pies se hundieron en una arena pastosa que lo succionó casi hasta las rodillas. No se lo esperaba, allí solo debería haber cantos rodados. Si soltaba a Miguel, se ahogaría en aquella sopa densa, así que alargó su cuerpo para depositarlo en una zona más sólida, de una manera que a cualquier otra persona se le hubiera quebrado la espalda. Pero él no era una persona cualquiera, ni su espalda una espalda común, pues el entrenamiento diario de la rara danza que le enseñó Hiroshi le había conferido una musculatura sobrehumana en las zonas lumbar y abdominal.

Cuando finalmente puso a salvo a Miguel, intentó sacar sus pies de aquella especie de lodo que hacía vacío bajo sus botas, pero sus esfuerzos fueron interrumpidos por una voz tan conocida como inesperada.

—Vaya, una situación delicada, ¿no?

Don Gonzalo, que estaba cerca de su casa, sentado bajo una especie de piel, le apuntaba con un fusil mientras él hacía esfuerzos titánicos por escapar de aquella trampa. Lo vio fijar su ojo en la mira y acariciar el gatillo, pero en vez de accionarlo, levantó la mano en una especie de pausa macabra.

—Iba a decir unas palabras, pero lo he reconsiderado y no merece la pena, joven. Solo tengo ganas de dormir. Así que dejémoslo en amén y punto.

Don Gonzalo volvió a inclinarse sobre el fusil. No tenía mira telescópica, no la necesitaba para una distancia que no superaría los setenta metros. Estaba a punto de disparar cuando algo surgido de la vegetación lo cogió por detrás y le clavó el nudillo del pulgar en la nuez, dejándolo al borde de la asfixia mientras el disparo salía errado, muy por encima de su objetivo. El conde cayó al suelo de rodillas, tosiendo, y cuando logró levantar la mirada para buscar respuestas, se quedó sorprendido por dos motivos: primero porque sus hombres no estaban allí, y segundo porque a ese desconocido que casi lo ahogó con un golpe traidor no lo conocía de nada. Volvió a toser mientras intentaba levantarse. Quería una explicación, pero la quería después de asestarle una puñalada al sujeto, y cuando quiso atacarlo, se encontró con que allí no había nada. Lo siguiente que sintió fue lo mismo de antes, pero de forma más violenta, pues lo lanzó hacia atrás hasta dar con sus huesos en el suelo, al tiempo que el hombre que lo había atacado se estaba sentando a horcajadas sobre su torso. Desalentado, intentó clavar el cuchillo en el desconocido, pero la falta de aire e ideas no se lo permitió. El hombre que había aparecido como de la nada, agarró el brazo armado del conde, lo estiró hacia la izquierda y, con un cuchillo, clavó la mano en las raíces gruesas que sobresalían por todo el suelo. Gritando de horror, Gonzalo buscó defenderse como fuera con su mano derecha, pero en nada también estuvo clavada del mismo modo, de forma que su cuerpo quedó indefenso, bocarriba, en forma de cruz. Al conde no le quedaban fuerzas para luchar, así que empezó a gritar como un poseso pidiendo auxilio, desprovisto de cualquier atisbo de estoicismo. Cuando supo que nadie vendría en su ayuda, comenzó a golpear con los pies al hombre, de edad más que madura, pero lo único que consiguió fue que este le separase las piernas y se las amarrase por los tobillos a otras raíces, recordando con su imagen al hombre de Vitruvio. El hombre le arrancó la gruesa cadena de oro con varias cruces y una virgen de gran tamaño, y se la introdujo en la boca, asegurando la cadena en una raíz para que no se la tragase del todo. Su imagen era horrenda. Intentaba respirar en un inhumano y desesperado esfuerzo que podría proporcionarle horas de sufrimiento. Intentó

hablar, pero no consiguió más que espantosas arcadas que si terminaban por producir vómitos lo ahogarían irremisiblemente. Empezó a controlarse cuando entendió a dónde le llevaría ese supremo intento por conseguir aire a cualquier coste. Siguió al hombre con la mirada hasta que se perdió entre la vegetación sin decir una palabra. Casi al instante reapareció arrastrando el cuerpo del Reverendo, cuyo traje blanco, otrora pulcro, estaba manchado de tierra y sangre por todas partes. Tenía un corte de consideración en el cuello. El hombre colocó al Reverendo de rodillas, con las manos extendidas sobre los hombros de Gonzalo, que no pudo evitar gritar de pavor a pesar de las cruces que arañaban su campanilla. Se perdió nuevamente en la vegetación, en silencio, y volvió arrastrando los cadáveres del Diácono y el Monaguillo y los colocó de la misma manera en cada uno de los pies del conde, construyendo así una escena macabra. Lo único que le quedó a don Gonzalo en su lento ahogo fue implorar una explicación con la mirada. Le hubiese gustado poder preguntar por qué, por qué le hacía esto a él. El hombre de edad más que madura se quedó mirándolo fijamente, como si hubiese entendido la demanda de Gonzalo. Entonces se arrodilló junto a él y se acercó a un palmo de los ojos.

—Aunque ella no lo sepa siquiera, te envió recuerdos de María Candela.

El hijo de la Predilecta lo miró sin comprender, aunque sabía de qué le hablaba. «¿Quién es este salvaje sin escrúpulos, quién?», se preguntó.

—Fue así como la violaste, ¿verdad, señor conde? Así, en aquel convento en el que confié, con la connivencia de la madre superiora, que miró hacia otro lado mientras se metía el dinero anudado en los senos, ¿verdad? La humillasteis, la destrozasteis como a tantas otras. La poseíste contra su voluntad mientras el Reverendo aguantaba su cabeza y los otros dos pedazos de mierda le sujetaban los pies. Fue así, ¿no, señor conde? Así, con sus manos amarradas a los laterales de la cama mientras tu cadena de oro la ahogaba en su desesperación. Fue así, ¿verdad, señor conde? Que te pudras en el infierno, que te parta un rayo. Todo esto y más te

mereces. Te dejaría morir aquí, lentamente, pero no voy a darte la oportunidad de que el destino te socorra. No, no tendrás esa suerte, así que yo mismo te mataré ahora aunque me pese. ¿No puedes creerlo, verdad? Piensas que todo esto es un sueño, ¿no? Que no puede estar pasándote a ti, ¿verdad? Pues está ocurriendo, no lo dudes. No eres más que nadie. ¿Te duele? ¿Estás sufriendo? Todos lo hacemos, así que empatiza con el resto, ¿o acaso te crees más? ¿Es eso? ¿Te crees más que los demás? Pues, despierta, todos somos iguales, todos salimos por un coño y nos vamos por la misma puerta, la de la incertidumbre, y lo único que nos diferencia es lo que hacemos y dejamos en esta vida. Eso es de verdad lo que importa, lo que hemos sido en el recorrido; y ahí, en el último vistazo que echamos a lo que hemos sido, debemos sentirnos orgullosos, porque si no, no hemos sido nada, y eso es lo que tú has sido y serás, nada.

Se sentó nuevamente a horcajadas sobre su pecho y sacó un punzón. Iba a metérselo en el cuello cuando el conde lo interrumpió con los efluvios de su agonía. La voz se deslizó a través de la cadena y los símbolos religiosos, por encima de su tormento y la desesperación, hasta imponerse sobre su miedo. En aquel momento de saliva incontrolada y respiración anárquica le dijo:

—No fue solo una vez, sino toda la noche. Y luego la poseyeron estos tres.

De Gálvez elevó las manos al cielo y apretó el punzón con toda la tensión que podía soportar. Los ojos parecían los de un poseído. Su rostro era el de un ser que había perdido todo rastro de humanidad, y su boca mostraba los dientes apretados por una rabia que parecía incapaz de controlar. Iba a asestar el golpe de gracia cuando reparó en que eso era lo que buscaba el aristócrata. Entonces se levantó y dio dos pasos atrás sin que Gonzalo perdiese su mirada.

—No, no te irás así de fácil —dijo con una tranquilidad que ni él mismo supo de dónde sacaba.

Se acercó hasta unas cañas que había no más lejos de una veintena de metros y cortó una que le pareció idónea. Seleccionó un tramo recto e hizo un canuto al que le dio forma de punta en un extremo. Con parsimonia, sin perderle los ojos, volvió a arrodillarse

junto al conde. Gonzalo luchó para que no se lo metiera en la boca, pero nada pudo conseguir. El canuto de caña entró rajando los labios apretados y rompiendo dientes. El conde gritaba como un loco, girando la cabeza a un lado y a otro sin que la cadena y sus ornamentos fuesen ya el mayor de sus problemas. Entonces Antonio apartó de una patada la cabeza del Reverendo y sujetó la cabeza de Gonzalo con las rodillas. Juntó un poco de mantillo del suelo entre las manos y lo dejó caer al fondo de la garganta a través del canuto. Se quedó mirándolo casi sin pestañear durante los cinco minutos que duró la agonía, oyendo pitidos indescriptibles, jadeos horrorosos y gritos inteligibles, mientras restos de saliva, sangre y arena alcanzaban su rostro a causa de los espasmos y las convulsiones del hijo de La Predilecta.

Fue entonces cuando Ezequiel alcanzó el pequeño llano donde había sucedido todo, y los ojos se le volvieron acuosos al contemplar la mirada limpia e intensa del que siempre había llamado tío. El antiguo cocinero le correspondió con un brillo emocionado en su mirada. Luego se fijó en los pantalones grises y remendados, con aquella mancha de sangre en el muslo, similar a una cabeza de pato; reparó en las botas cubiertas de barro, en el torso surcado por pequeñas y finas cicatrices, y en la poblada barba y el pelo desaliñado.

—No habrás estado de bancos y tejemanajes con esa pinta, ¿verdad?

—No, tengo otras cosillas para esos asuntos —le respondió riendo el joven.

—¿Tampoco te fías de los barberos en este pueblo?

—En adelante, ya no serán un problema.

Se dieron un abrazo que duró una eternidad, intentando hacerse cargo de que aquello era verdad.

—Te busqué por todo el mundo, incluso en los nidos de nodianos, pero nada.

—Tuve la suerte de ir a dar con mis huesos a Japón.

—¡Japón! No encontraste nada más cerquita, ¿no? Sabes que lo tienes hecho, ¿verdad? En nada todo esto será tuyo.

—Nuestro —le corrigió Ezequiel—. De mi hermana y tuyo también. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, a salvo. Lo del guiñapo este también —carraspeó señalando al conde con el mentón.

—¿Cómo?

—Que todo será vuestro, a mi edad necesito poco. Ayer entré en la casa del cacique para terminar el guiso que no pude acabar la otra vez, y lo oí hablar por teléfono con el prenda este. Fue entonces cuando alcancé a comprender todas y cada una de las puntadas de hilo que habías dado. Lo dejé con vida, pues necesito que tomes posesión de todo antes de hacerlo desaparecer. Después de oír aquello, me desplazé hasta la casa del conde, donde saqué todo lo importante que había en la caja fuerte. Allí tenía guardados los documentos que firmaron don Nicanor y tu madrina, los cuales declaraban que tú serías el beneficiario de todo, y multitud de cartas que la condesa envió a su hermano durante su convalecencia, y que no llegaron a ninguna parte. Cogí todos esos papeles y se los llevé a su hermano, gobernador civil de una importante provincia, que casualmente se encontraba en Málaga. Lloró y me dijo que estuviese tranquilo, que los deseos de su hermana y su cuñado se cumplirían. Allí mismo lo vi descolgar el teléfono, llamar al banco central y bloquear cualquier intento de Gonzalo o el cacique. Está todo hecho, únicamente hay que esperar un poco. Cambiando el tercio, ¿cómo hiciste tú solo lo del Zailán? No eres un velado, ¿qué eres?

—Una persona normal —respondió Ezequiel.

—Eso no te lo crees ni tú. Voy a tener que dar pábulo a las historias de tu padrino. Estaban a punto de acribillarte cuando aparecí. Por cierto, lo del Zailán y los otros es una metedura de pata. Quedarán libres, pues tienen amigos muy poderosos y tarde o temprano vendrán a por ti.

—No he matado nunca a nadie ni voy a hacerlo.

—Sigues siendo un bisoño. ¿Cómo has logrado sobrevivir todo este tiempo?

—Tampoco quiero que acabes con el cacique ni con su hijo, ni que envíes a otros a hacerlo. Prométemelo, tío.

—Eres un imbécil. Pero respetaré tu decisión. ¿Hay alguien tieso ahí abajo?

—El Veterano y su hijo. Uno se ahogó y el otro se disparó a sí mismo.

—Desde luego que tu padrino tenía razón, aunque yo siempre seguiré pensando que si quieres que un rayo parta a alguien, tendrás que provocarlo, no sé cómo, y colocar al sujeto en la zona de la descarga. Quiero que te vayas de aquí. Piérdete, y no vuelvas al menos hasta dentro de dos semanas, cuando esté todo aclarado. Esto de aquí lo he provocado yo —afirmó señalando la macabra escena del conde y su clero—, lo de ahí abajo también lo asumiré para quitarte la mierda de encima.

—No pienso tolerarlo, tío. No quiero que cargues con mis responsabilidades.

—Me importa un pepino. No podrás evitarlo. Así que, piérdete ya. Ahí tienes tu dichosa cañada. Además, he dicho que voy a cargar con esto, no que me entregue o que me cojan. No apareceré por aquí en un tiempo para no causarte problemas, pero cuando vuelvas encontrarás una carta en tu lugar secreto. Allí te daré indicaciones de dónde encontrarnos.

—Quizá no nos veamos en unos años —admitió Ezequiel, consternado—, hice una promesa y tengo que cumplirla. Quiero cumplirla.

—No me jodas, Ezequiel. Tu hermana se morirá por verte cuando sepa que estás vivo.

—Dile que me perdone, pero que también nos encontraremos. Es una promesa, y dile que ella no tiene más ganas que yo de que nos abracemos.

Después de aquello, se dieron un fuerte abrazo y se despidieron. De Gálvez llamó a las autoridades a través del pastor. Lo detuvieron cuando confesó todo, pero ni siquiera llegó al cuartel. En la cuesta Colorá, la pareja de civiles descubrió la montura desierta y las esposas sujetas a las riendas del caballo. A la mañana siguiente, los periódicos informaron que al famoso Zailán y a sus verracos los habían encontrado degollados en las celdas de la prisión provincial,

con los ojos abiertos y llenos de pánico, lo cual quitó el sueño a muchos.

Ezequiel, por su parte, se marchó a Antequera, donde se reunió con los hermanos Vargas y el árabe, con quienes convino que durante los días de los hechos y los posteriores él no había estado en Royohondo.

Un día después, en la misma localidad, don Lope, hermano de doña Águeda, su madrina, se presentó con un notario, un abogado y un registrador de la propiedad en la sucursal bancaria de la ciudad, aportando su buen nombre como testigo de la firma de los documentos necesarios para los pertinentes cambios de titularidad. Lo hizo con el deseo y el aplomo más firme del mundo, según le dijo él mismo a Ezequiel. Incluso hubiese buscado el dinero necesario hasta debajo las piedras si el ahijado de su querida Águeda no lo hubiera conseguido por sus propios medios. Se sentía tan en deuda con el joven que quiso conocerlo en persona. Sabía a ciencia cierta que era alguien especial. Gracias a las cartas de su hermana, las que habían requisado don Gonzalo, se enteró que Ezequiel le había dado el cariño necesario y la dignidad que merecía durante los últimos compases de su vida. También supo, por una misiva mandada por don Gonzalo a un amigo, y de la cual guardó copia en su caja fuerte, la enorme cantidad de dinero que había pagado el joven, todo el que tenía en aquel momento, para arrancarla de las fauces de la desesperación y de las siniestras garras del conde.

Dos semanas más tarde, Ezequiel se convirtió en el dueño legal de todas las tierras que un día pertenecieron a Meir Cabral, y también de las que atesoraban los antiguos condes del Valle. Le notificaron así mismo que era dueño de una pequeña viña en Extremadura, que había pertenecido a su abuelo materno. La dejó en usufructo al antiguo cacique y a su hijo para que no pasasen sus últimos días en la indigencia. No quería la muerte para ellos, sino que sintiesen en sus propias carnes la lucha y el esfuerzo, a veces desesperado, que todo trabajador debe llevar a cabo para conseguir un trozo de pan que llevarse a la boca. Se acordó de Basilio, de la empatía inducida.

El día que tuvo en sus manos las escrituras que acreditaban la propiedad de las tierras que hicieron de don Miguel de Guzmán un tirano, Ezequiel se presentó en la casa mudéjar con los documentos para tomar posesión de ella. Allí se encontraban el señorito, postrado en una silla de ruedas. Desde entonces, con la vista gacha y ausente, solo comía papillas y jugos de frutas que con menosprecio le daba Aurora, su mujer.

—¿A qué vienes tú aquí? —despotricó el cacique desconociendo que se había hecho efectiva la compra, pues don Ataulfo había huido del pueblo y se hallaba en busca y captura.

—Estoy en mi casa —le contestó Ezequiel con una tranquilidad que irritó más aún al cacique.

—Márchate ahora mismo y no vuelvas si no quieres que te meta un tiro entre las cejas.

Varios hombres irrumpieron en la casa alertados por Aurora, y con herramientas de campo amenazaron a Ezequiel.

—Este ya no es vuestro trabajo. Ahora tenéis la oportunidad de ser dignos —les replicó Ezequiel enseñando las escrituras a su nombre y al de su hermana—. Ahora yo soy el nuevo dueño. Ya no le pertenecéis, ni a mí tampoco, por supuesto. Marchaos y os prometo que en adelante todo será más fácil.

Los hombres dudaron, miraron varias veces al patrón, que los arengaba a la trifulca, y a Ezequiel, al que temían por todo cuanto habían oído sobre él. Transcurrido unos minutos en los que nunca se supo hacia qué lado rodaría la pelota, los hombres se miraron indecisos, salieron de la casa y montaron guardia para que nadie entrase.

—Malnacidos, ingratos. ¿Así es como me pagáis? —gritó don Miguel con los ojos desencajados, al tiempo que apuntaba a Ezequiel con su revólver—. No te muevas, ladrón, o te dejo seco. Aurora, avisa a la Guardia Civil.

Aurora salió al galope en dirección al cuartel, mientras don Miguel retenía a punta de pistola a Ezequiel, que permaneció impasible, mudo y alerta, en una tensa serenidad.

—Adelante, detened a este individuo que acaba de entrar en mi casa buscando problemas. Metedlo en el calabozo y que se pudra

allí —le ordenó el cacique al comandante de la Guardia Civil.

—Baje usted ese arma, don Miguel, ya estamos nosotros aquí para hacernos cargo de todo.

El comandante cogió el arma que se mecía temblorosa en la mano del cacique y luego fue a esposar a Ezequiel.

—Lea estos documentos antes de detenerme.

El guardia miró los papeles y torció la cara con gesto de sorpresa. Lo que leyó lo dejó atónito.

—Don Miguel, este hombre tiene todo el derecho a estar aquí, todo el que a usted le falta. Estos documentos son verdaderos y acreditan sin duda alguna que lo que dice es cierto. Testigos de elevadísimo peso han estampado su firma en ellos.

El cacique comenzó a lanzar improperios por su boca y a gesticular amenazadoramente. Demente, sollozante e infeliz eran los adjetivos que lo definían en aquellos instantes que jamás hubiese querido vivir, pero que eran los que le tocaban por toda una vida de despotismo, prepotencia y desdén por la piel ajena. Durante al menos una hora, don Miguel de Guzmán se arrastró por el barro donde siempre se había ensuciado los que tuvieron que comer de sus migajas. Perdió su gallardía señorial, su porte altivo. Postrado a los pies de Ezequiel, suplicó por lo que no tenía remedio, por lo que no era posible: despertar de esa pesadilla. Pero los momentos pasaron, y entonces se vio en esa cruel realidad a la que no hallaba salida. Una realidad dolorosa, tan viva que le quemaba la piel.

Un guardia, hartado de sus súplicas y de la pérdida de tiempo que estaba provocando, lo cogió de los brazos e intentó sacarlo a rastras, hiriéndolo más aún al llamarlo simplemente Miguel. Estaba ya en el quicio de la puerta cuando las palabras que pronunció motivaron la intervención de Ezequiel.

—Dejadle, por favor, dejad que se levante y hable. —El antiguo patrón se levantó con las mejillas sonrosadas por el llanto, que lo hizo caer más bajo aún—. ¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Ezequiel para que todos oyesen.

—Que no puedes hacerme esto. Que yo soy tu padre, y estaría dispuesto a dejártelo todo al final de mis días.

—¿Tú? ¿Qué tú eres mi padre? —Ezequiel lo miró fijamente con una furia inusitada en él. Tenía ganas de estrangularlo, de destrozarlo, de matarlo y dejar que se pudriese a la intemperie, pero se contuvo mediante un gran esfuerzo. Se serenó, pero con esa serenidad cargó la escopeta que más le gustaba utilizar: la de la verdad—: Tú no eres mi padre, ni el de nadie. Mi padre se llamaba Juan Cabral y mi madre María Nazaria.

Los guardias estaban atentos de manera soslayada a la interesante conversación, pues habían oído rumores sobre el asunto.

—No es así, tú eres mi hijo. Lo sé —reiteró don Miguel desgañitándose con falsedad y vehemencia.

—Te demostraré que no, desgraciado —aseguró Ezequiel.

Se dirigió hacia una esquina del salón y levantó unas tablas con ayuda del atizador de la chimenea. Tres tablas salieron limpiamente desparramando por el suelo los antiguos clavos mohosos. Todos los presentes vieron con sorpresa la especie de armazón que sacó de allí, especialmente don Miguel, que ignoraba que aquello estuviera bajo su suelo. Con mucho cuidado, Ezequiel retiró la gruesa capa de cera que lo recubría. En el interior había una caja de madera que guardaba un retrato y una carta amarillenta envueltos en paño.

—Sé por mi padre que has oído hablar de Asiel Cabral. ¿Es cierto?

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Es cierto o no es cierto? —insistió Ezequiel.

—Sí, oí hablar de él. Fue un asesino y un ladrón.

—¿Te gustaría ver su rostro? —don Miguel se quedó extrañado por la pregunta, y sin saber qué decir, asintió—. Es este.

Ezequiel levantó el cuadro y lo mantuvo en alto, y todos pudieron contemplar un retrato que empezaba a cuartearse por los bordes. Sin embargo, todos reconocieron en el centro de la pintura un rostro exactamente igual al de Ezequiel, con una sonrisa que marcaba de igual manera los hoyuelos de la cara. La única diferencia que se podía percibir era el color del pelo, que en el cuadro, a diferencia del castaño de Ezequiel, era de un exagerado negro brillante.

—Este es Asiel Cabral. Un hombre robado y asesinado por un desalmado llamado Gabriel de Guzmán.

Sin pero que oponer, cuando entendió que había perdido la última oportunidad de parar su debacle, don Miguel agachó la cabeza e imploró:

—¿A dónde iré ahora?

—Te he dejado una pequeña viña para que vivas. En el banco están los documentos que te permiten el usufructo. No quiero que pienses que soy un tonto que pone la otra mejilla, ni que quiero pasar por santo ante los demás. Lo que deseo es que sufras el día a día de los desheredados de este mundo: ese noventa y tanto por ciento condenado a luchar por el aire que respira y por las migajas sobrantes. Pero antes, déjame darte lo único que es tuyo en esta casa: esta carta.

Don Miguel leyó la carta y fue presa de un ataque de ansiedad. Iba dirigida de un amante anónimo a su mujer. En ella se hablaba de Miguelito como hijo en común. El nombre de él no aparecía en ningún renglón; sin embargo, sabía quién era, pues conocía aquella letra. Solo unos meses atrás la había visto en el documento que él mismo había redactado y que luego firmaron dos personas de bien. Una de ellas era don Ataulfo. La otra, el anónimo.

—Ya puedes salir de mi casa, y..., como te dije, no eres padre de nadie.

—Vamos, Aurora, coge a tu marido.

La mujer no se movió del sitio, permaneció de pie junto a la escalera y dijo:

—Yo no voy.

Don Miguel la miró con desprecio, se acercó a ella y le escupió la cara antes de gritarle:

—Eres una zorra. Cualquier otro adjetivo te queda corto. Ojalá revientes como una chicharra.

El antiguo dueño de la casa salió empujando en una silla de ruedas por lo único que tenía y quería en este mundo, el hijo de su mujer.

—¿Y tú, a qué esperas? —preguntó Ezequiel a Aurora.

—Ezequiel..., si me pudieras perdonar... Yo...

—No hay nada que perdonar, Aurora. No albergo ningún sentimiento de odio ni nada parecido. Para mí esto no es una venganza contra ti, te lo aseguro.

—No me hagas eso, Ezequiel. Podrías... Sé que eres bueno.

—No se trata de bondad ni de maldad, simplemente de sentimientos, créeme.

Aurora se tiró a los pies de Ezequiel sollozando. Estuvo así durante mucho tiempo, todo el que Ezequiel, apenado, permitió. Finalmente, tuvo que pedirle a un guardia que la sacara de la casa con delicadeza y que la acompañase a casa de sus padres.

Ezequiel permaneció durante un mes más en Cártama, tiempo que empleó en amarrar diversos cabos que concernían a sus propiedades. Redactó deberes y menesteres que los hermanos Vargas se encargarían de defender y dirigir hasta que él o su hermana regresaran. En ellos promulgó la igualdad de derecho al trabajo, al menos en sus posesiones; decretó la eliminación de los abusos y malos tratos a los campesinos y jornaleros; abogó por la erradicación del hambre a costa incluso de su patrimonio y de su riqueza personal; y desarrolló un plan para desmembrar y vender en pequeñas parcelas el latifundio que en la antigüedad perteneció a sus antepasados y luego a la familia De Guzmán. Con ello creía atacar las bajas pasiones que a veces embargan a los hombres cuando ascienden al pedestal del poder y el absolutismo.

Después de eso, partió. Nadie en el pueblo supo dónde, ni a qué, ni cómo se podía partir y abandonar todo lo que había conseguido con tanto esfuerzo. Pero Ezequiel lo hizo. Tras su desaparición, dejó un pueblo sin hambre ni rencillas, donde todos se hermanaron alrededor de una matanza y bebieron vino en armonía, donde todo el mundo tuvo su buen jornal. El más alto, el más bajo, el que podía segar más y el que podía segar menos. Incluso don Ataulfo, despedido por el banco tras ser descubiertas las irregularidades cometidas, y que perdió todos sus ahorros para evitar la cárcel, tuvo una hoz y un trozo de siembra para segar y ganarse el sustento.

El regreso de Ezequiel fue esperado con ansiedad, pero no apareció ni en los siguientes veinte años. De esta forma, aquella

historia pasó a ser un «sucedió o no sucedió» que fue pasando de generación en generación hasta convertirse en leyenda.

Transcurrido un año desde la marcha de Ezequiel, la vida en el pueblo había cambiado radicalmente. Ya no había envidias, ni correveidilismos, ni falsas acusaciones a cambio de un trozo de pan que echarse a la boca. El pueblo empezó gozar de un cierto nivel de prosperidad. Los almendros reverdecieron como nunca, pues sus pies fueron labrados con amor en vez de con el látigo de la obligación; los olivos alcanzaron la verde pasión natural que siglos atrás tuvieron, alargando sus brazos al sol, y todo lo demás fue dejando atrás el antaño tono gris.

En Extremadura, cada amanecer de verano, las mujeres salían de sus casas con sus niños asidos al cuadril, llamadas por la pastosa voz de trapo que con fuertes gritos anunciaba: «Chumbos, chumbos, redondos y bien barridos, de las sierras abruptas». Entonces, la mayoría de ellas se acercaban y compraban algunos frutos al forastero que había llegado dos años antes, apellidado Guzmán, pero al que todo el mundo solía llamar Miguelín. Decían de él que era buena gente, y aunque era hombre de campo, entendía de leyes. Con su pericia administrativa y conocimientos de derecho, había ayudado a unos y otros a resolver multitud de problemas.

Pronto empezaron a considerarlo un hombre importante. De la nada había conseguido alzarse con algunas tierras, a cambio de favores y apuestas de cartas, según decían, y a labrarse un respeto sólido, hechos reseñables que acabaron postulándolo como candidato para las siguientes elecciones de alcalde. Si lo conseguía, pensaba aprovecharlo como trampolín para llevar a cabo lo único que le importaba en esta vida: la venganza.

Un día de principios de agosto llegó a su modesta casa a última hora de la tarde. Lo primero que hizo fue cambiar las ropas sucias y meadas a su hijo, casi muerto, ausente en una silla. Tras lavarlo, le dio una papilla de frutas que trituró con paciencia, tras lo cual, comenzó a prepararse una ensalada. Mientras cortaba las verduras

en la mesa de la pequeña cocina, salón y dormitorio, le hablaba a su hijo. Nunca le contestaba, no podía, y quizá ni siquiera le escuchase, pero eso era mejor que nada. Así que continuó haciéndole partícipe de sus planes, aunque no los comprendiera, mientras removía con poco arte la ensalada.

—Hoy me han asegurado que ganaré las elecciones, Miguelito, y empiezo a creerlo de veras. Eso me dará la oportunidad de manejar suculentos fondos. Con ellos pienso contratar a varios minadores con los que he contactado, capaces de operar con explosivos. Me aseguraron que lograrán lo que nunca antes pudimos. Por otra parte, un pajarito me ha deslizado que no está en Cártama, pero que volverá. Siempre vuelve el condenado, y esta vez no esquivará lo que le tendremos preparado. Te lo prometo, Miguelito, esta vez lo conseguiremos.

—Esa ensalada deja mucho que desear. Yo utilizaría otros ingredientes.

El antiguo cacique gritó de terror al oír aquella voz tan conocida como inesperada, y su hijo abrió los ojos de una forma tan exagerada que parecían querer escapar de sus cuencas.

—¿¡Cómo has logrado entrar aquí, traidor, desagradecido!? —le gritó a De Gálvez amenazando con el cuchillo, aunque no veía a nadie por ningún lado.

—Vine a buscar pistas sobre el paradero de Ezequiel, pero ya he comprobado que no sabes nada. Sin embargo, aprovecharé para advertirte. Nunca podrás hacerle daño. Aunque él sea un insensato, yo no lo soy, y siempre estaré vigilando tus pasos. Siempre, no lo olvides. En tus días, en tus noches, en tus sueños, siempre.

—He oído historias. Eres un velado, ¿verdad?

—Abandona, don Miguel, desecha cualquier intento de conspirar contra él. Le prometí que no te mataría con mis propias manos ni con ayuda de otros. Otros... como si los necesitara. Sabes que podría destruirte en un santiamén, ¿verdad? Lo único que lo impide es esa palabra empeñada, nada más. Pero si decides continuar buscando una venganza que ni siquiera mereces, no dudaré un segundo en cometer perjurio. Supongo que sabrás que no me causaría el mínimo pudor hacer chorizo con el pellejo de tus tripas.

—No me asustas —gritó con voz temblorosa el antiguo cacique—. Ya quité de en medio a uno como tú. Estás al tanto, supongo.

De Gálvez se acercó hasta su antiguo señor sin que lo viese, le quitó el cuchillo de la mano y se lo apoyó en la garganta. Lo estuvo escrutando con la fría intensidad de sus ojos y pudo notar la congoja, el terror asentado en la mirada de De Guzmán.

—¿Y lo creíste? ¿Creíste de veras que lo quitaste de en medio? ¿No crees que tal vez fue él quien desapareció porque eso era mejor para Ezequiel? ¿Era su cara o no era su cara? Recuerda...

Don Miguel entró en un torbellino de pensamientos, vacilando y rebuscando en sus recuerdos. No tenía duda de que aquella cabeza que vio y luego arrojó a los suelos rodando ante Juan Cabral y su esposa era la del inglés. ¿O sí? Su mente le dijo entonces que quizá no lo fuera, pues el rostro había empezado a descomponerse y... «Maldición», gritó para sus adentros. El Veterano nunca lo hubiese engañado. ¿O sí?

—Abandona, don Miguel, abandona todo intento —volvió a rugir la voz del antiguo cocinero arrancándolo de sus cavilaciones.

—No puedo —gritó con la ira apenas contenida mientras la saliva escapaba de su boca—. Me robó todo cuanto tenía. Y a mi hijo, a mi hijo... Mira en qué lo convirtió.

—No te atrevas a soltar una palabra sucia sobre él. Para pronunciar su nombre deberías lavarte la boca, canalla. Cien veces intenté convencerlo de que acabara contigo definitivamente, y cuando supe que mil veces más tampoco hubiesen servido de nada, me ofrecí a hacerlo por él, pero ni por esas. Tiene un listado de nombres a los que respeta y que en la balanza pesan más que el destino de su familia. Deberías conocerlos, pues tal vez les debas la vida a ellos. Puma, Morihei, Hiroshi, Fudo...

—En todos ellos me cago. Y en su estirpe.

De Gálvez no se pudo contener. Lo agarró por el cuello y lo lanzó sobre una mesa destartada que terminó por descomponerse del todo, y comenzó a golpearlo con toda su furia hasta arrancarle varios dientes.

—Lo único que quiso quitarte era el poder que tenías, lo único —terminó por aclararle algo más calmado—. Salvo las tierras de su

abuelo, todas le importaban un pimiento. No las necesitaba, ni siquiera las deseaba. Y en cuanto a lo de tu hijo, solo hay un culpable: tú. Eran amigos, ¡amigos! Y las dos veces que Miguelito estuvo a punto de morir fueron provocadas por tu rabia ciega. Tú los enfrentaste.

—No desistiré. Lo intentaré una y otra vez mientras me queden fuerzas. Así que si quieres evitarlo, tendrás que matarme.

—No podrás, te lo aseguro. Y..., pensándolo bien, creo que no habrá mayor castigo para ti que vivir muchos años recordando el triste final de tus días. Sí, eso me satisface mucho más que matarte a palos con esto.

De Gálvez arrojó un tubo de acero al suelo, junto a los pies de Miguel de Guzmán, que reconoció sin esfuerzo a León, la barra de acero con nombre propio con la que una vez apaleó al cocinero.

—Quería utilizarla. No sabes cuánto lo deseaba, pero creo que existe una venganza más poética aún: que vivas, que recuerdes lo que fuiste y lo que eres ahora.

De Guzmán agarró a León y se giró en redondo intentando alcanzarlo, pero tras dos vueltas infructuosas, De Gálvez lo derribó como a un pelele sobre los mazaríes mugrientos y picoteados.

—Por Dios, Miguel. No seas patético. No caigas más bajo. ¿No te das cuenta que para mí solo eres un niño?

—Tendrás que matarme, pues no cejaré.

Antonio le endosó un rodillazo en el muslo derecho que lo dejó indefenso, y a continuación en el izquierdo, que terminó por depositarlo en el suelo con brusquedad.

—Ahí te quedas, infeliz. Pero quiero que sepas que me llevo a tu hijo.

—¿Mi hijo? No por favor, mi hijo no. Es lo único que me queda. No le hagas daño, te lo ruego —imploró entre sollozos.

—¿Dañarlo? ¿A este pobre desgraciado? ¿Por quién me tomas? No, no voy a hacerle ningún mal. Aunque no lo creas, lo aprecio. Fui yo quien lo alimentó siempre, recuerda. Desde que era un renacuajo. Y si no conseguí volverlo buena persona, fue por tu intromisión retorcida y por la ponzoña de Camila. Era un buen chico, a pesar de todo; y es por eso por lo que no voy a dejarlo en tus

manos. Ni tú mereces su compañía, ni él tu miserable atención. ¡Pero, mírale, por Dios! Si está todo el día meado y cagado. Lo llevaré donde lo cuiden bien.

—¿Dónde? ¿Adónde lo llevas? —preguntó Miguel sin poder incorporarse aún.

—Con su verdadero padre. Al menos sé que él sí le dedicará todo su tiempo.

—¿Dónde se encuentra?

—Esa información es algo que no sabrás por mí.

—No lo hagas, por favor. No hoy. Déjame siquiera pasar una última noche con él.

—No puedo, tengo que irme.

—Te doy mi palabra de que mañana yo mismo lo llevaré a donde indiques.

—Tú palabra es una mierda. ¿Quién puede creer ya en ella?

—Te lo juro por él, que es lo único que me importa —rogó el antaño todopoderoso hombre, entre lágrimas y carente de toda dignidad.

—Está bien —murmuró finalmente De Gálvez, sin tenerlas todas consigo—. Pero únicamente lo hago porque sé que así actuaría él.

—¿Él? —dijo don Miguel con voz monótona y ausente.

—Ezequiel, imbécil. Por Dios, cómo demonios lograste mantenerte tanto tiempo en la cima.

—Te lo agradeceré siempre —acabó por confesarle De Guzmán.

—No a mí. Debería ser obvio —le espetó De Gálvez mientras le ofrecía algo que sacó de su bolsillo.

—Conozco esta llave. Es mía.

—Lo fue. Pertenece al coche que te robaron por indicación mía hace muchos años. Con él apartaron de tu control a la mujer y al hijo de don Adolfo. Era algo que le debía al médico por su comportamiento humano y ejemplar. Tienes esta noche con tu hijo. Bésalo cuanto quieras y habla todo cuanto tengas que hablar con él. No habrá otra oportunidad. Te dejo el coche ahí fuera. Mañana deberás llevarlo a este pueblo de aquí —le dijo señalando un mapa—. Créeme cuando te digo que estará mejor.

—Así lo haré —le contestó Miguel.

—Eso espero. Lo recogerá un sacerdote que no es su padre. No te hagas ilusiones. Se encargará de dejarlo a buen recaudo.

«Incluso en la maldad más absoluta existe un resquicio de ternura», pensó De Gálvez al reparar en el sacrificio que estaba dispuesto a hacer De Guzmán renunciando a su hijo y permitiendo que quedase en los brazos de su verdadero padre.

De Gálvez salió por la puerta portando a León. No hubo amenazas ni adioses. En el ambiente quedó un dictamen que cumplir bajo el paraguas de un miedo atroz enquistado en cada segundo por llegar a la vida de Miguel de Guzmán. Pasada una larga media hora, consiguió levantarse a duras penas, y lo primero que hizo fue acercarse a la silla de su hijo, donde se derrumbó, abrazándose a sus piernas flácidas y enjutas. Buscó su mirada triste y comprobó que lloraba sin fuerzas a través de unos ojos acuosos y rojos.

—No desesperes, Miguelito. Tú padre no te fallará. Te prometo que juntos hallaremos una solución. Esos malvados no se saldrán con la suya. No, no nos dejaremos vencer esta vez, te lo juro.

Aterrorizado, salió afuera para indagar, pero en la oscuridad no descubrió nada, salvo la presencia de su antiguo coche, impoluto. Miró en todas direcciones buscando la presencia del viejo cocinero, pero sentía que se había marchado de verdad. Ahora sabía que en esa cuestión, la de provocar miedo, era todo un maestro. Se dirigió a su añorado vehículo y reparó en algo brillante en el suelo. Rio con amargura para sus adentros cuando comprobó que solo era León, la barra de su cocina que utilizaba el servicio para colgar los embutidos frescos, la misma con la que una vez le dio una paliza al cocinero mientras este se defendía como un cobarde con las piernas pataleando hacia arriba. Cuántos recuerdos le suscitaba ese tubo metálico.... Para empezar, el solaz de su viejo y añorado hogar, ese mismo que, según él, le habían robado con astucia y vileza. Se vio mil veces acudiendo a la cocina para cortar con su navaja un trozo de embutido y llevárselo a la boca. Aunque había sido el propietario de una gran empresa cárnica, famosa por sus productos, reconocía que siempre prefirió los salchichones de la competencia más cercana. «Cuántos recuerdos pueden nacer de cualquier

cosa», pensó, y continuó con lo que verdaderamente lo había llevado allí afuera.

Se introdujo en el coche y lo arrancó a la primera. Con las manos en el volante y las luces encendidas, estuvo un rato con la vista perdida, recorriendo sus pensamientos. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando repasó las palabras del cocinero. «¿Estará vivo de verdad el inglés?», se preguntó. «Y si así fuese..., ¿podría estar observándolo en aquel preciso instante?» Estuviese o no vivo, estuviese o no allí presente, supo que estaba, y entonces recordó aquellos versos de un tal Crawford que un día le soltó:

Y yo estaré allí de pie, incólume.

Aguardando el alzamiento de tu desdicha.

Metió la marcha atrás y retrocedió unos cuatro metros; luego se bajó dejando el vehículo en marcha y, usando a León, el tubo de acero, unió el escape del coche con la salida de porquerías que la casa tenía para las necesidades de su hijo. Por la mañana, los rayos de sol entraron por la ventana e iluminaron el cadáver de don Miguel de Guzmán en una silla, ladeado hacia la pared, agarrado a la mano de su hijo, caído hacia delante en su silla de ruedas, con el rigor mortis presente.

Capítulo 12: La orilla sosegada

El pastor lanzaba piedras aquí y allá, manteniendo dentro de los límites que su razón dictaba al rebaño de cabras que devoraban el suelo de abril. Estaba de espaldas al sol, que en ese mes, y a partir del mediodía, caía a pedazos, tornando el verdor de los meses anteriores en desértico pardo. Las cabras, con su natural desidia, cruzaban el arroyo, que todavía era surcado por un apocado cauce de agua clara. En algunos tramos, bajaba rauda, sorteando cascadas de un metro escaso; en otros, en cambio, se amansaba en profundas pozas.

El pastor miró su F-14 digital. Marcaba las trece y dieciséis. Pronto comería. Aburrido, como cada día, sacó la pequeña antena de su transistor, lo encendió y desplazó el dial hasta una frecuencia que se oyese con nitidez. Primero escuchó las noticias, hablaban del presidente del gobierno, Feliciano Alez, y de las últimas declaraciones que este había hecho. Luego, como cada día y a cada hora, hablaron de la exposición universal que se celebraría en Sevilla al año siguiente, y más tarde de Barcelona 92; de que habían terminado tal pabellón o cual instalación. Finalmente, los deportes y el tiempo, que no llegó a oír claramente porque las cabras se apartaron asustadas ante algo que subía por el arroyo entre la maleza. El pastor se levantó y avanzó para ver mejor la causa del ruido en las brozas. «¡Qué extraño, una pareja por aquí!», se dijo a sí mismo.

Verdaderamente, era extraño que una pareja subiese por ese camino. Un hombre era más probable, pues de vez en cuando veía

a alguno que otro buscando espárragos, pero una mujer..., nunca. Era hermosa, muy hermosa y joven. Tenía el pelo algo ondulado y castaño, brillaba con el sol, y se percibía en su rostro dulzura y determinación a la vez. Estaba en un avanzado estado de gestación; su figura lo gritaba a una legua. El hombre era alto y fuerte, y parecía transpirar paz y esplendor por igual, como los antiguos héroes forjados con letras en novelas épicas. Hablaba tiernamente con la mujer, y de vez en cuando reía marcando unos profundos hoyuelos en su rostro. Su pelo también era de color castaño, aunque de una tonalidad más clara.

—Buenos días —saludó el hombre al reparar en el pastor.

—Buenas tardes —contestó el pastor agriamente, imitando al paleto aquel que se subió por las ramas de la sabiduría cuando vio al tonto frente a él, pues creyó ver en Ezequiel a un joven de ciudad, a pesar de los pantalones grises y remendados, uno de esos que no pueden dar un paso por el campo sin tropezar o caerse.

El joven pastor siguió con su mirada los pasos de la pareja cauce arriba, hasta llegar a una encina donde se separaron de la vertiente para encaminarse hacia la antigua casa de los Cabral, aquella misma en la que la leyenda tantas veces oída por el joven pastor situaba a Ezequiel. Ahora estaba nuevamente habitada y, según decían, por la hermana de este.

—¿Reconoces estas tierras, Karima? —preguntó Ezequiel al contemplar el marchito llano de Royohondo y su casa maltrechamente habitable.

Karima puso cara de sorpresa. Aunque creyó a Ezequiel desde un principio, nunca pudo asimilar la fantástica historia que le había contado. Nunca pudo, ni en la cueva ni en el interior de la máquina, ni siquiera cuando todo se volvió blanco y después negro, y pudo ver la estrella que mostraba varios rostros de un mismo Ezequiel. Karima pensó en todos esos instantes, tras lo cual susurró abstraída:

—Cómo no. Sin embargo, me hieren, pues nunca las vi tan perdidas y descuidadas.

—Yo las vi en peor estado, créeme, y conseguí barajarlas. No te alarmes, será cuestión de tiempo.

Ezequiel sabía que su hermana solo llevaba algunas semanas en la casa, pero en ese tiempo había conseguido zurcir el tejado, aunque fuese con una suerte de lonas. También había encalado las paredes y arreglado algunas ventanas, las inferiores. Karima le habló e interrumpió así el hilo de sus pensamientos.

—¿Estás nervioso, vida mía?

—¡Imagínate! No veo a mi hermana desde que tenía doce años, y ahora me acerco a los treinta. A parte de eso..., no sé cuál será su reacción, porque la última vez que me vio me llevaba dos años, y ahora debe ser anciana.

—Si no lo compruebas, nunca lo sabrás —le tranquilizó Karima—. Vamos, vida mía, adelante.

Se acercaron a la casa y vieron con estupor el lamentable estado en que se encontraba. El porche estaba irreconocible, solo la vieja parra que parecía reírse de la adversidad, como si fuese indestructible e imperecedera, era testigo nostálgico de los años de esplendor.

Poco a poco, Ezequiel y Karima fueron acercándose a la casa. Todavía les quedaba un pequeño trecho por recorrer cuando vieron salir por la puerta a una anciana de cabellos grises. Su caminar era cansino y arduo, jadeante. Llevaba en sus manos un cacito esmaltado de color burdeos con el que rociaba agua sobre la tierra del porche para combatir el polvo que se hacinaba frente a la puerta. Ezequiel la miró y, tras reconocer a su hermana María Candela, una profunda emoción recorrió todo su ser. Estaba mucho más vieja, sí, naturalmente, con su cara surcada de arrugas y moteada por las manchas que la vejez trae consigo, y un poco encorvada por el peso de los años, pero sin duda era ella. No pudo ni quiso contener las lágrimas con las que la alegría inundó su cara. En ese momento, María Candela advirtió la presencia de los jóvenes y se volvió hacia ellos. Tenía unas gafas que le corregían su débil visión. Miró primero a la muchacha, luego al imponente hombre que estaba junto a ella, y al reconocerlo, el cacito se le cayó de las manos arrancando del suelo un estrepitoso ruido. Una oleada de júbilo la desbordó completamente. Con paso ligero e inseguro avanzó hasta él sin contener el llanto y se fundieron en un abrazo que duró una

eternidad. Ezequiel solo podía reír y llorar a la vez, mientras ella no paraba de llamarlo hijo mío una y otra vez. Finalmente, Ezequiel le tomó las manos y le dijo:

—Creí que nunca llegaría este momento, hermana.

Cuando oyó su voz y lo que esta implicaba, María Candela se separó un poco de su cuerpo para observarlo mejor. Estaba sorprendida por las palabras que el joven acababa de pronunciar, se sentía confusa.

—¿Hermana? Eso es imposible —sentenció—. Tú no puedes ser Ezequiel, su hijo tal vez, pues eres igualito a él; su nieto es más probable todavía, pero ¿Ezequiel? No, no puedes ser él.

—No, hermana, aunque te parezca imposible, soy yo, Ezequiel. El mismo Ezequiel que encontró aquel día el cerdo recién ahogado con un alambre y llamó a padre para que lo recogiese. ¿Te acuerdas de ese día? ¿Te acuerdas cómo nos pusimos de carne en la parte de atrás de la casa? El mismo que descalabró a Remedios encima de aquella piedra; el mismo Ezequiel al que se le rompió la cuerda del columpio cuando tú lo empujabas; el mismo al que tú le diste el trozo de pan que le quitaste a Frasquita; el mismo que conserva esta medalla tuya desde el día en que partió, y el único capaz de llevarte al lugar donde tú y yo solíamos esconder nuestros secretos.

María Candela cayó sobre su hombro abrumada y entre lágrimas de felicidad.

—¿Cómo, Ezequiel? ¿¡Cómo es posible!?

Entraron en la casa, y allí Ezequiel le contó toda su vida desde el día que tuvo que partir. Una historia que en menos de quince años había abarcado muchos siglos, adversidades y dificultades, pero que a cambio lo llevó al remanso de hombres iluminados que lo forjaron en la dureza y ternura necesarias para cada momento. Ezequiel le refirió todo lo sucedido en el primer viaje, sus largos años en Japón, a la sombra de aquel hombre de alma sincera y noble, cuyo existir se elevaba muchos peldaños sobre la inmensa mayoría de los mortales que pisaron la tierra. Le habló de su regreso y el encuentro con su padre, lo que conmovió extremadamente a María Candela; de sus antepasados y de Karima, naturalmente. Ezequiel pasó de puntillas por lo ocurrido en

el futuro y cómo supo de su regreso a España. De esa forma, entre relatos y aventuras, la tarde siguió derrumbándose ante la llegada de la noche y el posterior encuentro con otro amigo y una buena sopa hervida. Aquella noche, después de la comida, María Candela relató su vida, mucho menos intensa, pero igualmente interesante, tras lo cual compartieron sus inquietudes y planes de futuro, que, evidentemente, irían de la mano.

Antes de ir a dormir, entre todos resolvieron y establecieron las medidas que llevarían a cabo para que esa casa llegase a parecerse a lo que un día fue. La restaurarían, sanearían los campos rejuveneciéndolos con nuevos árboles y sembrados, construirían un nuevo huerto en el arroyo, como el de su abuelo, un columpio para los niños que algún día poblarían ese llano con sus juegos y travesuras, e incluso reconstruirían las norias de aquellos tiempos remotos, y que tan bien conocía Karima. Pero lo primero que harían era recuperar los cuerpos de sus familiares, diseminados por la barbarie. El de Francisco, enterrado al pie de un nogal cuando huía junto a su hermana y De Gálvez; el de su madre, cuyos restos estaban sepultados en los sótanos de la casa nazarí; y finalmente el de su hermana Remedios, que mal descansaba en una tumba sin nombre e indecente en el cementerio de un pueblo cercano. La casa nazarí era la única propiedad junto a Royohondo que Ezequiel dictaminó que quedaría a nombre de su hermana y suyo. No obstante, jamás vivirían allí, pues pensaban donarla como museo al municipio.

Los siguientes meses fueron fatigosos. Se podaron árboles, se quemó leña podrida y maleza marchita, y se comenzó la restauración de la casa. El niño, al que pusieron por nombre Asiel, ya había nacido, e inundó de alegría la casa y los valles, aunque también molestó en demasía el apacible descanso de Ezequiel cuando, tras las duras jornadas de brega, se refugiaba en el manantial de belleza literaria que su hermana le había aconsejado. Era un libro de un tal Gabriel, llamado *Cien años de soledad*, lectura que le quitaba la fatiga y le daba la vida, y que leía y releía una y otra vez, abriéndolo indistintamente por cualquier página. Por las noches, después de la cena, solían oír música: toda aquella

biblioteca musical que describían los gustos de Horacio y que les había dejado en la zona accesible del computador que no violaba el principio de Banch. Era parte del legado que les brindaba desde el futuro, y que describía a la perfección su exquisito gusto musical. Algunas veces, los cuatro discutían entre risas, inclinándose por un autor u otro, por una obra u otra, por una canción que hacían suya y amparaban hasta el final. Aquellas noches estaban llenas de Silvio y «Ojalá»; de Serrano y «Canción para un viejo amigo»; de Sabina, de La Raíz, de Ferreiro, de Bunbury, del Jose y el Kanka, tanto juntos como separados y de tantos y tantos otros. Una noche descubrieron una carpeta que tenía por nombre «Séptimo cielo de risas, emoción y llanto». Cuando la abrieron, tuvieron la certeza de que Cádiz era el lugar del mundo con más trovadores por metro cuadrado. Se hicieron escobuleros, perfectos escobuleros aun careciendo de brújula, y también orbitaron audiblemente la exosfera de Endor, comandados por Runa y Kurtz, o se refugiaban en el Sótano de Radio Belgrado, amparados por Emilio Darth.

Una mañana, trascurridos algunos días ya de aquel maravilloso descubrimiento, mientras Ezequiel ponía cañas a los tomates, Antonio le preguntó que a qué lugar del mundo que no hubiese conocido le gustaría ir, a lo que Ezequiel le respondió:

—En último lugar, a la Antártida, aunque sea el más inexcusable de todos —admitió dirigiendo sus ojos al cielo en respuesta a la permanente llamada metálica que cada ciertos días le acosaba—. Aunque... ¡Uf! También tendría que tener en cuenta los deseos de Horacio. Una vez me dijo que si tuviese como yo tenía la oportunidad de viajar a otra época, lo primero que haría sería buscarme y conocerme, pero como eso ya lo había conseguido, nada le apasionaría más que viajar a Toledo y pasar un fin de semana con los Amarillos Viejos, donde callaría y escucharía todo el tiempo lo que tuviesen que decir. No sé a qué se refería con eso de oír a los Amarillos Viejos, pero si era lo que más quería Horacio, debe ser impresionante. ¡Ah! Y a Macondo, por supuesto que también a Macondo.

Poco antes del nacimiento de Asiel, terminaron de construir un pequeño panteón familiar en la Cañada del Diablo, donde

reposarían los suyos, pues, seguramente, el descanso sería mucho más en paz. Era un panteón muy sencillo, construido en la roca de la montaña, nada exuberante, salvo por las flores que casi a diario depositaban allí María Candela y Karima. Sin embargo, el panteón era inmensamente rico, pues en el interior de la tumba de Juan, al que llamaban el del Tesoro, Ezequiel introdujo aquella media luna perteneciente a su familia, que en vida siempre llevó consigo el mismísimo Almanzor.

Tras dos años, Royohondo empezó florecer nuevamente y a parecerse a lo que un día fue, o al menos así lo veía Ezequiel desde la cornisa del tajo del Águila, a donde subía cada tarde a meditar. Después pensaba en su padrino y en la promesa de intentar crear un mundo mejor que le hizo antes de morir, pero... se sentía tan perdido. También estaba la dichosa y constante llamada desde el cielo: «Al sur, al sur, al sur». Pero el sur estaba tan lejos... Y por último, el enigmático mensaje que le había grabado Horacio y que escuchó la primera vez que abrió el computador. Lo recordaba íntegramente, como si lo estuviese escuchando en ese mismo instante:

Un mulo es lo que necesita este mundo, un mulo como el de la Fundación de Asimov, pero de carácter benigno. Existe, pero ha de descubrirse a sí mismo. Has de saber que ni Mitoa en su vórtice, ni Dean en sus cuarenta y cinco claves, ni en la Memoria de un tambor, ni en los campos morfogenéticos de Sheldrake, ni en la constante de Planck, ni en la teoría del todo y nada está la verdad. Tampoco la hallarás en Bauval ni en Hancock, ni en la doble cara de J Mayor, ni en Kaku, ni en los extraños días de Camacho, ni en Canales y Callejo, tanto juntos como por separado, ni en los archivos sonoros de Cebrián, ni en don Julio, el cordobés que siempre predicó con el ejemplo, ni en el gran Chomsky ni en tantos y tantos otros. Sin embargo, has de saber que todos y cada uno de ellos puede tocar algunas notas de la incuestionable sinfonía que termina tejiendo la realidad.

Ezequiel se levantó tras mirar unas plantas de tomates y examinó extrañado el raro horizonte. El huerto estaba regado y la tarde vencida, así que se encaminó hacia la casa recién reformada. Para llegar a ella cruzó por el llano arado, observando los molinos de agua que elevaban la vertiente del arroyo hasta la cima de la montaña. Al llegar al porche, se quedó perplejo. Allí estaban Asiel, Meir y David Toledo haciéndole señas para que entrase rápido en la casa, pues la cena esperaba. Cuando Ezequiel llegó al salón, vio una enorme mesa llena de cubiertos, vajillas y exquisitos manjares, como la mermelada de albaricoque de su madre. Sin saber el porqué de tantas sillas, se sentó a la mesa e hizo ruido con la cuchara y el tenedor a modo de broma. Estaba hambriento. De una sala contigua empezaron a salir conocidos. Primero lo hizo su hermana, luego Karima con su hijo en brazos, después algo imposible, sus padres y todos sus hermanos, que lo abrazaron y lo besaron, y por último su padrino junto a su tío De Gálvez. Cenaron entre risas, viejas historias y anécdotas casi olvidadas. Aquella noche, la felicidad fue como en los antiguos tiempos, donde todo se veía en colores. Cuando terminó la cena, toda su familia pasó ante él para despedirse. Percibió el aroma a jazmín que su madre siempre llevaba en el pelo, igual que el de Remedios. Notó las barbas de su padre, que le pincharon la cara con agradable sensación. Juan, su hermano, le aseguró que lo sabía, que sabía que había algo enterrado bajo aquellas piedras comidas por la edad. Finalmente, antes de que se fuesen todos, Juan, su padre, se acercó hasta él y le dijo con su dulzura acostumbrada:

—Ya es hora de que vivas tu vida, hijo. Nosotros somos felices donde estamos, y desde allí os vemos a diario.

El llanto de Asiel lo sacó de su sueño. Estaba embargado de felicidad y lloraba. Se rascó la cara, pues le picaba como si alguien se la hubiese rozado con la barba. Se levantó y durmió al niño antes de que Karima despertara y luego salió. Miró en el cuarto de su hermana y vio que dormía plácidamente. También en el de su tío Antonio, que no estaba. «Seguramente se habrá ido a escribir a la

vieja casa de Alan, como cada amanecer», pensó Ezequiel y bajó la escalera hasta salir al porche. Desde allí contempló el llano sembrado de verde y los molinos danzando al son de la música del agua. Había claridad, aunque el sol no había salido aún. De repente, una inmensa oleada de felicidad lo envolvió y se sentó bajo la parra casi centenaria adoptando la postura de flor de loto. Cerró sus ojos, pero no pudo apartar la sonrisa que marcaba los hoyuelos de su rostro.

Finalmente, se serenó, quitó aquella mueca de la cara y consiguió meditar. Un vapor dorado surgió a su alrededor, o eso al menos fue lo que juró en el pueblo el joven cabrero que lo vio. Allí, en las cuatro esquinas donde muchas veces las mentiras lanzadas al aire alcanzaban tintes de desproporción.

Epílogo

Mi edad, avanzada y pesada por el paso y la carga de los años, impiden a mis piernas el libre albedrío que estas desearían, sumiéndolas en una actitud vacilante antes de emprender un solo y escaso paso, y haciéndolas desistir una vez que han decidido abordar un paseo por corto que este sea Sin embargo, mi mente y mi memoria son diáfanas y no flaquean, nunca, al menos hasta la fecha en que esto escribo, por lo que doy gracias a Dios. Y es precisamente ahora, en esta vejez tan anciana que para medirla preciso de tres cifras, cuando tengo el valor de abrir de par en par aquel reducto de mi memoria que exilié a los archivos del olvido para reflejarlo al final de este libro que, pese a mi intención inicial de no abordarlo, me tocó escribir. Y no es porque la condición de anacrónico en que me hallo sumido a estas alturas de la vida me envuelva de una valentía que antes nunca tuve, sino porque en este momento que vivo, preámbulo al fin de una muerte que ansío más que nada en este mundo, he logrado alcanzar la paz que antes nunca tuve. Una paz que solo vino después de leer y comprender los diarios de varias personas, entre ellas Ezequiel; unos diarios que fueron arrojando sin yo saberlo, a través de mi pluma, la respuesta a la incógnita que enturbió y presidió secretamente mi vida.

Fue el propio Ezequiel quien me instó, a pesar de mi inicial desidia, a estudiar, resumir y sacar conclusiones de los diarios que trajo. El suyo propio, el de Thomas Aldrig y el de David Denia. De haberlos curioseado y discernido otra persona, hubiesen arrojado una luz muy diferente de la que finalmente resultó con mi estudio,

pues yo, aunque lejano a todo lo escrito en ellos, tenía algo que contar.

Es cierto, sin mi intervención involuntaria, cuando corría el año de las castañas tardías, Ezequiel, el quinto profeta, el que pudo llevar la paz a esa mierda de futuro y cambió la barbarie en el pasado, no hubiese existido nunca. Pero esa existencia tampoco hubiese servido de nada si los hilos de Dios no hubiesen llevado a Ezequiel a la sombra de un hombre tan sabio y elevado como su maestro, si no hubiesen arrojado a aquel pirata a las aguas para desviar la intención del tiburón que quería merendárselo, y si la casualidad no lo hubiese puesto con su desesperación frente a la máquina que finalmente lo llevó al 1486. Y es que no siempre los designios del Señor son insondables.

Cuando comencé a leer todos los diarios, fui descubriendo y posicionando detalladamente todo en este libro que concluí no hace mucho. Solo cuando estuvo terminado y lo leí, comprendí lo larga e inescrutable que es a veces la mano del Creador, que, como dijo el Piloto de Ramas y, anteriormente a él, Aneft, el tercer profeta, mueve los hilos de este mundo a su antojo, siempre que lo cree necesario.

Yo, por petición de Ezequiel, y para conocimiento de su hijo, solo quise relatar en este libro las extrañas vivencias de este por el mundo, la cuales fueron arrastradas como hojas a merced de un viento que nada tenía de casual.

El descubrimiento que hice en esos diarios sobre la presencia de Dios me trajo la certeza de que sin mi intervención nunca hubiese nacido Ezequiel, el Prometeo nuevamente encarnado.

Ahora también comprendo el porqué de la vida tan larga que me tocó vivir: debía encontrar la paz de mi alma antes de dejar este mundo. Creo.

Mi intención al relatar los hechos de Ezequiel fue hacerlo de manera anónima, tal vez porque me creía ajeno a toda esa historia o porque pensaba que mi edad no me permitiría terminarla. Por eso jamás me mostré como narrador y dejé ese honor a los campos, a las flores, a las hojas y a cualquier lugar que enseñase una visión panorámica de este mundo. Pero una vez que terminé y leí lo

contado por esos campos, esas flores, esas hojas y esas vistas panorámicas de este mundo, comprendí que también había formado parte de toda esa historia, en las escenas verdaderas en la que participé.

Después de toda esta comprensión que tanta paz me ha dado, solo queda esperar en silencio y sosiego la llegada de la muerte, bendita ya a esta edad que sorprendentemente tengo. Pero durante esa espera, no dejaré de pensar ni un momento en todos y cada uno de los propósitos que Dios ha puesto a merced de mi conocimiento a lo largo de mi existencia, e intentaré que no sean inescrutables. Sin embargo, toda esa madeja que envuelve al mundo con sus designios me lleva a pensar en otra cosa: que solo somos fichas en un inmenso tablero donde Él, el Único, proyecta, hace y deshace a su antojo y capricho con algún final que desconocemos.

Atentamente: *De Gálvez. Un antiguo cocinero.*

P.D

No sé qué cosa extraña ocurre. Tanto mi cuerpo como el de María Candela, aún sin abandonar sus arrugas, parecen rejuvenecer. La semana pasada bajé al arroyo y desde entonces lo hago cada día sin esfuerzo para ayudar a Ezequiel en el huerto. Pero hoy logré alcanzar la cumbre del tajo del Águila por mis propios medios. ¿Serán estas tierras? ¿Será la presencia de Ezequiel? ¿O acaso es lo que nos trae de comer desde la Cañada del Diablo? La muerte, que creía tan cercana, parece alejarse.

Creo.

Bibliografía

Cuatro son los libros en los que me he apoyado para acercarme a ciertos personajes históricos, a distintas épocas y a maravillosos lugares:

Crónicas de la conquista de Granada, de Washington Irving. Ediciones Miguel Sánchez.

Cártama en su historia. V Centenario de su incorporación a la corona de Castilla, libro que cuenta en su creación con la presencia del insustituible Francisco del Pino Roldán, y de cuya presentación en el añorado Teatro González Marín, en aquel lejano 1985, aún guardo recuerdos.

Paz abundante, de John Stevens, editado por Kairós, y necesario para toda persona que admire o desee acercarse a la figura del gran maestro y fundador del aikido, a pesar de la abundante información existente en la red. Me sirvió de gran ayuda para desarrollar la vida de Ezequiel en Japón.

Ecos del Japón, de Hari Prasad Shastri, José J. de Olañeta, editor, cuya placentera lectura me acercó a un tiempo y a un lugar para poder recrearlos en el capítulo 5.

Agradecimientos

Gracias a todos los pioneros de esta aventura, pues la fuerza del impulso inicial que dio origen a la inercia les pertenece, llegue a donde llegue.

A Marco, por iluminar; a mis padres, por estar ahí en cualquier circunstancia y ofrecerme siempre que lo requería la visión de los abuelos, testigos de algunos de los años donde se ubica esta historia de ficción; a Ana, presente constantemente al término de cualquier escrito para brindarme un veredicto o consejo; a Mili, dispuesta a todas horas para lo que sea; a José Antonio Pacheco por toda su ayuda; a Mari García por su apoyo incondicional; a José Gálvez, que leyó dos veces el libro y espera con impaciencia esta última versión; a Rafa el Físico por sus valiosísimos comentarios; a José María Mancera por la locura de leerse el volumen en tres días; a su hermana Reme, de cuya condición, tacto y nobleza debería estar más lleno el mundo; a Pedro Dueñas, apreciado amigo, necesario siempre en cualquier prospección histórica; al Bilba por sus consejos literarios y gramaticales; a Miguel Espinosa por sus incuestionables observaciones; a Inés García, a Víctor Serrano, a Rosa Corrales, a Yolanda Díaz, a Antonio Fernández, a Alicia Méndez, a mi querida Marina de Molina, a José Antonio Márquez y a Mercedes Jerez; a Rocío López por su ojo de halcón a la hora de señalar erratas y esquivos errores perdidos en el bosque de palabras; a mi apreciada Inma Domínguez por partida doble, cuyo mensaje a la conclusión de la lectura recordaré siempre; a su madre, Antonia Rodríguez; a Patricia Arteaga por la comparación

que hizo y el estatus que dio de manera personal a este trabajo; a Juan Miranda por sus mensajes de sorpresa y regocijo, que es el mío; a Manolo Godino, que siempre está ahí; a Manolo Porras por el asombro que fue mostrando su cara al ir desgranando la historia; a Elena Carvajal y a Belén Gallego por estar al pie del cañón y tratar con consideración y entusiasmo esta contienda; a Juani Vegas por su interés y por sus horas; a Begoña Arias por su curiosidad, a Juan Luis España y a Mercedes Carvajal porque os necesito ahí, subidos al carro; a Pablo Rebollar por su pasión en la lectura. Gracias a todos de corazón por vuestro tiempo, dedicación, confianza y persistencia, pues fuisteis la fuerza motriz que hizo navegar a este soñador hasta alcanzar la orilla deseada.

Aparte de los mencionados, quiero dejar constancia de otras personas que, si bien no tuvieron la oportunidad de leer esta historia aún, y no todos podrán hacerlo desgraciadamente, intervinieron de alguna forma en el resultado final de la misma. Mi sincera gratitud a Juan Antonio Ramos por el magnífico dibujo, según mi criterio, que hizo para la portada, y porque supo plasmar y enriquecer de manera certera cada uno de los elementos que le facilité, y del que recomiendo encarecidamente visitar su blog: juanantonioramos.blogspot.com.es para apreciar su catálogo de ejecuciones hermosas y precisas; a mi querido y siempre recordado tito Antonio, que me mostró con su ejemplo que no había nada más placentero en una mañana desocupada que el abordaje de una lectura; a don Cristóbal Yepes Serrano, por quien comencé a amar la literatura con aquel lejano volumen de Cuentos de la Alhambra, y a don Antonio Guerrero Trujillo. Ambos, aunque no lo sepan, marcaron y colocaron pequeños ladrillitos en la formación de lo que soy, e hicieron mucho para que hoy mire con añoranza y una sonrisa franca hacia aquellos lejanos años de escolaridad. Y ya por último, sería de una ingratitud enorme dejar de citar al recordado y entrañable Antonio Balbuena, más si cabe tratando el asunto de letras y literatura. Él fue, y jamás lo olvidaré, quien puso en mis manos aquella joya de Washington Irving.